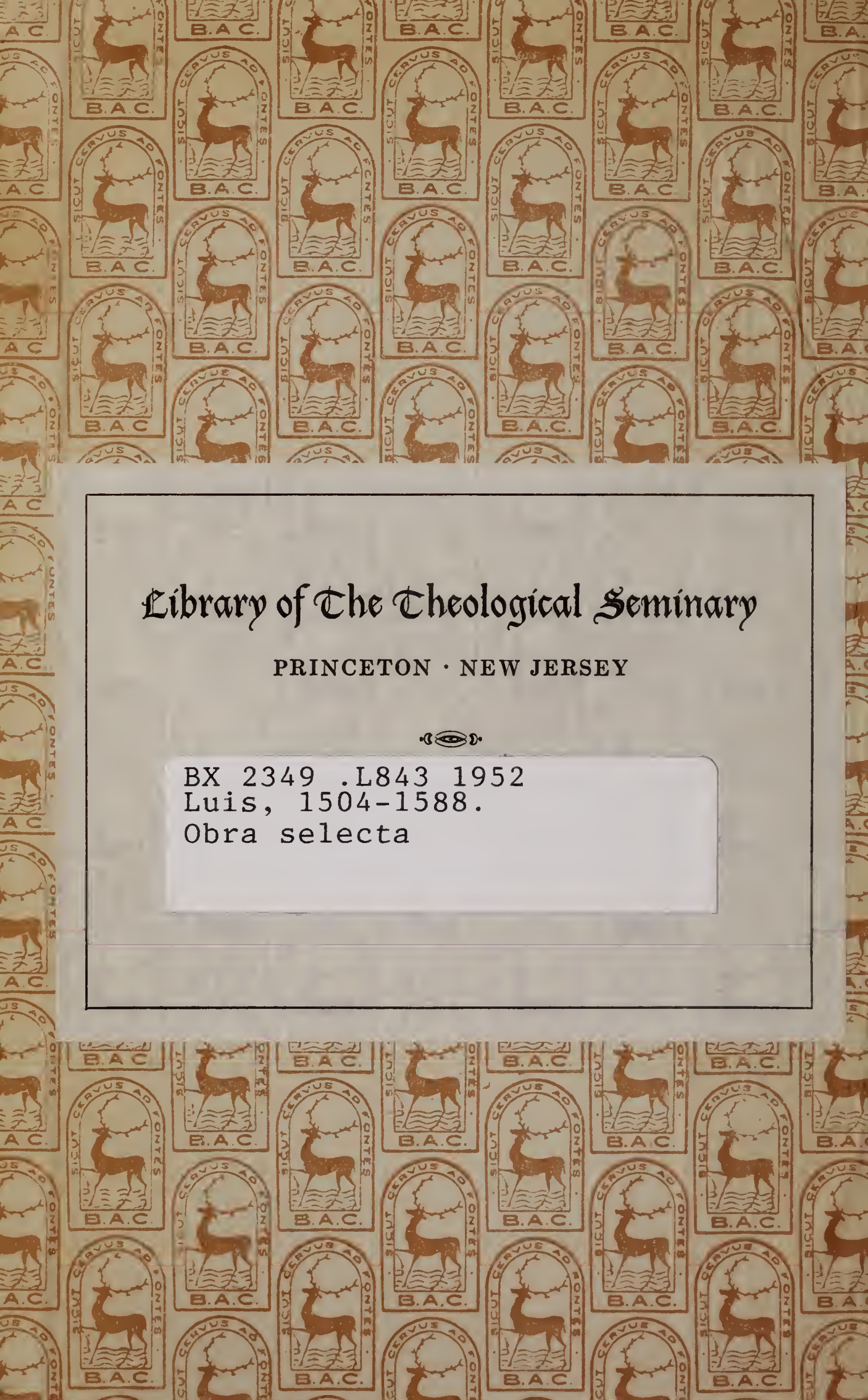
OBRA SELECTA


B.A.C.
SICUT CERVUS AD FONTES


SICUT CERVUS AD FONTES
B.A.C.

FR. LUIS DE GRANADA

OBRA SELECTA

BIBLIOTECA
DE
AUTORES CRISTIANOS

BAJO LOS AUSPICIOS Y ALTA DIRECCIÓN DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

LA EDITORIAL CATOLICA, S. A. APARTADO 466

MADRID · MCMLII

FRAY LUIS DE GRANADA

OBRA SELECTA

Los textos capitales del Padre Granada seleccionados por el orden mismo de la «Suma Teológica», de Santo Tomás de Aquino

POR EL PADRE

FR. ANTONIO TRANCHO, O. P. (†)

INTRODUCCIÓN DEL PADRE

FR. DESIDERIO DIEZ DE TRIANA, O. P.

PRÓLOGO DEL EXCMO. Y RVDMO. SR. DR.

FR. FRANCISCO BARBADO VIEJO, O. P.

OBISPO DE SALAMANCA

REIMPRESION

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID · MCMLII

NIHIL OBSTAT:

Dr. Luis Marcos,
Censor.

Madrid, 10 enero 1947.

NIHIL OBSTAT:

Fr. José Ballarín, O. P.
Lr. de Sagr. Teol.

Fr. Aureliano Martínez, O. P.
Lr. de Sagr. Teol.

IMPRIMI POTEST:

Fr. Pablo del Olmo, O. P.
Prov.

Almagro, 25 febrero 1947.

IMPRIMATUR:

† Casimiro,
Ob. aux. y Vic. gral.

IMPRIMATUR:

† Fr. Francisco, O. P.
Ob. de Salamanca.

INDICE GENERAL

Páginas

LIBRO I.—TRATADO DE DIOS Y DE LA CREACION

I.—DE LA EXISTENCIA Y PERFECCIONES DE DIOS

Páginas

II.—DE LAS VIRTUDES TEOLOGALES

A)—De la fe cristiana

B)—De la esperanza cristiana

C)—De la virtud de la caridad

Páginas

VI

VII

LIBRO V.—DE LAS POSTRIMERIAS DEL HOMBRE

I.—DE LA MUERTE

II.—DEL JUICIO

III.—DEL INFIERNO

Páginas

IV.—DE LA GLORIA

PRÓLOGO

FRAY Luis de Granada es de los escritores que más contribuyeron a formar el carácter y el espíritu cristiano del pueblo español. Escribe siempre para el pueblo, poniendo a su alcance, con una claridad y precisión inigualables, las doctrinas más excelsas del cristianismo. Nadie como él supo unir a la elevación de pensamiento y profundidad y seguridad de doctrina la amenidad y transparencia de estilo, asequible a todos. Ningún libro fué tan leído y meditado en España como los suyos.

Si el pueblo español mereció el dictado de pueblo teólogo, no sólo porque eran españoles Vitoria, Cano, Báñez, Suárez, sino porque comprendía y se interesaba por los problemas de teología que rigen la vida cristiana, a Fray Luis de Granada se debe principalmente. Sin la difusión de sus libros, difícilmente hubieran llegado a hacerse populares los autos sacramentales y las comedias teológicas de Lope, Calderón, Tirso y otros, que arrastraban a las masas con sus poemas, que hoy nos admiran por la profundidad y precisión, siendo contadas las personas que, a pesar de la mayor cultura humana de nuestros días, llegan a comprenderlos.

Que Fray Luis escribía para mujeres de carpinteros fué desafortunada frase despectiva de quien olvidaba que «Esposa de carpintero» era la «llena de gracia y bendita entre todas las mujeres». Mas la frase, que pretendió ser injuriosa, entrañaba muy subido elogio. También San Pablo, que escribía para los recién iniciados en la vida cristiana, ofreciéndoles leche y miel (I Cor. 3, 2), exponía

los altos misterios de la divina sabiduría, esforzándose por ponerlos al alcance de todos.

Fray Luis de Granada, como San Pablo, aspira a llevar la plenitud de la vida de la gracia al mayor número de almas para transformarlas en Cristo, elevando sus ideales y orientándolas y llevándolas como de la mano en las ascensiones de la virtud que exige la dignidad del cristiano, hijo de Dios, que vive en este mundo como de paso para la patria del cielo. Constantemente resonaba en su corazón el eco del Apóstol : «Somos conciudadanos de los santos y familiares de Dios» (Ef. 2, 19). «Buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios ; pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Estáis muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios» (Col. 3, 1-2). «Anunciamos a Cristo, amonestando a todos los hombres e instruyéndoles en toda sabiduría, a fin de presentarlos a todos perfectos en Cristo» (Ibíd. 1, 28). «La palabra de Cristo more en vosotros abundantemente, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría con salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando y dando gracias a Dios en vuestros corazones. Y todo cuanto hacéis de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por Él» (Ibíd. 3, 16-17).

Era la misma pedagogía de Cristo, que, viniendo al mundo para que los hombres «tengan vida, y la tengan en abundancia» (Jn. 10, 10), en estilo popular y llano y valiéndose de comparaciones y parábolas enseñaba al pueblo los misterios del reino de Dios con una abundancia tal de doctrina, que las inteligencias más preclaras, San Agustín, Santo Tomás, se quedan absortas en su contemplación, sin pretender siquiera abarcarlas y temblando cuando para exponerlas intentan penetrar en sus profundidades.

Es lo que no entendían los que reprochaban a Fray Luis, como reprochaban a sus santos contemporáneos y amigos, Santa Teresa de Jesús, Beato Juan de Avila, San Francisco de Borja, Beato Juan de Ribera y otros, que exponía a la llana, en castellano, para alimento de los fieles cristianos, la abundancia de la doctrina del Evangelio, invitando a todos a hacer fructificar la semilla de la gracia depositada en sus almas por el bautismo y a seguir cada vez más de cerca las huellas de Jesucristo y de los santos.

Por lo demás, la seguridad de doctrina del P. Granada no deja nada que desear ni necesita siquiera que se use de cierta benevolencia para dar a sus expresiones sentido recto. Sólo la malicia de los tiempos y la estrechez de criterio se atrevió alguna vez a interpretar torcidamente algunas de sus frases. Puestos a buscar equívocos —decía un sabio maestro del Sacro Palacio—, se pueden hallar hasta en el Padrenuestro.

Aquellas torcidas interpretaciones dieron ocasión al P. Granada para exponer en siguientes ediciones con más extensión algunos de sus libros, de forma que casi son obras nuevas, merced a su facundia y a la abundancia de su doctrina. Mas las primeras pueden correr hoy en manos de todos con la misma confianza y seguridad que las siguientes.

El P. Granada tiene también el mérito de haber superado las corrientes espirituales de su época, ya provinieran de los titulados intelectualistas o bien de los alumbrados; del mismo modo que el P. Vitoria superaba por aquellos mismos días las corrientes nominalistas y erasmianas y fundaba en Salamanca la gloriosa escuela teológica española, no a base de eclecticismo, sino de principios superiores inconmovibles que irradian luz a todo el campo teológico. Granada, como Vitoria, poseía poderosa inteligencia y corazón generoso para incorporar a su ciencia toda partecita de verdad dondequiera que la hallara, y dominaba a maravilla la gran síntesis doctrinal y asimiladora de Santo Tomás de Aquino. Fray Luis no es ecléctico. En sus escritos no quedan resabios ni adherencias sustantivas de las corrientes por él superadas. Se coloca en la región de los principios de teología tomista, con solidísima base bíblica, patrística y metafísica, y desde ellos domina plenamente el campo de la vida espiritual, que conoce además por experiencia propia y ajena.

Superó también Fray Luis las corrientes de separación de la ascética y de la mística, que en su época se iniciaba. Valora ambas fases de la vida cristiana, las coordina y domina en tan algo grado, que tanto los ascetas como los místicos con razón le tienen por maestro. Da preponderancia, sin duda, en sus escritos a las materias de la ascética, por lo mismo que se dirige a gran número de simples fieles, que precisan ante todo enamorarse de la virtud y de la pureza y santidad de vida, cercenando las malas

inclinaciones, para—purificado ya el corazón—orientarse luego hacia una vida superior.

Para ello, el P. Granada se esfuerza en conducir las almas, con pie firme y paso seguro, hasta la antesala de la contemplación y de la vida mística, aunque con frecuencia, por vivirla él intensamente, se le escapa el alma a las regiones de la comunicación íntima con Dios y aparece moviéndose de lleno en el campo de la mística; como acontecía a Santa Teresa de Jesús cuando en el *Camino de perfección* escribía para sus novicias, viéndose luego precisada a recoger velas y tornar al riachuelo por donde las conducía antes de arribar a las inmensidades del mar.

Todas aquellas otras corrientes de visual estrecha de intelectualistas o alumbrados, de ascetas o místicos puros, quedaron estancadas en el correr de los siglos, por más que a veces intenten unas u otras revivir. Mas el pueblo cristiano, los teólogos, los tratadistas de vida interior, los directores de almas, sienten hoy y piensan como el Fray Luis de Granada del siglo XVI, que logró alcanzar aquel equilibrio y dar aquella perennidad a sus libros que sólo consiguen quienes poseen la sabiduría con que se dominan los supremos principios de la filosofía y de la teología cristiana. Como Tomás de Aquino, abarcando con su poderosa inteligencia cuanto de verdad habían enseñado los filósofos antiguos y los escritores eclesiásticos, logró dar perennidad a sus enseñanzas, así Fray Luis de Granada alcanzó para sus obras, siempre nuevas, el privilegio de no envejecer con los siglos.

La amplísima cultura clásica y eclesiástica del P. Granada, su espíritu asimilador y la perfección de su estilo literario, le colocan—al lado de Vitoria y de Fray Luis de León—entre los creadores del humanismo y renacimiento cristiano español, de características y sello propio, que le distinguen y elevan sobre el de los demás países.

Con razón ha merecido el P. Granada el nombre de Cicerón español, por su elocuencia soberana, pero también por su clasicismo, no inferior a lo más selecto entre helenos y romanos.

Idea dominante del humanismo era la valoración del hombre, llevada a inadmisibles extremos en otras naciones, donde vino a establecerse una especie de homocentrismo de tipo pagano.

Para Granada, el hombre es también centro, y a elevar su dignidad y perfección dirige todo su arte literario. Pero es centro—rey de la creación—que atrae las miradas del amor y de la misericordia y providencia divina, y no para contemplarse el hombre a sí mismo y complacerse en sus cualidades y perfecciones, sino para dirigirse al Creador, retornándole amor y constituyéndose en cantor de sus atributos y perfecciones en nombre y representación del universo.

Por su forma literaria iguala Fray Luis a los más excelsos clasicistas del Renacimiento. Por el fondo doctrinal y por su conocimiento y valoración del hombre no es superado por ninguno.

Este fondo doctrinal es de una riqueza y variedad maravillosa. Aun prescindiendo de sus numerosas y ricas obras latinas, basta recorrer el índice de la presente síntesis para ver que no hay tema religioso que no sea por él tratado. El autor de esta compilación la titulaba *Suma de la vida cristiana* para indicar, al mismo tiempo que su carácter de síntesis, la riqueza de su contenido.

En este orden también supera con mucho Fray Luis a todos los escritores espirituales contemporáneos suyos y difícilmente es superado por los de siglos posteriores.

De los atributos y perfecciones divinas; de la creación y sus maravillas; del fin del hombre y de los actos humanos y de las virtudes, así teologales como cardinales, y sus divisiones, y de los vicios y pecados que a ellas se oponen; de Jesucristo Redentor, de su vida, pasión y resurrección; de las prerrogativas y perfecciones de la Santísima Virgen; de los sacramentos de la santa madre Iglesia, particularmente de la Confesión y Comunión, y, finalmente, de las postrimerías del hombre. No hay tema religioso que no sea maravillosamente tratado y expuesto por la pluma prodigiosa del P. Granada.

Sobresalen, con todo, en sus obras los tratados acerca de las perfecciones divinas y de las maravillas de la creación que las dan a conocer; de la necesidad de la oración y maneras de practicarla; de la caridad para con Dios y para con el prójimo y, sobre todo, del sacramento del altar y de los misterios de la Pasión y Muerte del Redentor.

Y todo ello con una exactitud y precisión de conceptos que con frecuencia da la sensación de que está tradu-

ciendo artículos de la *Suma teológica,* de Santo Tomás de Aquino.

La síntesis y selección que hoy publicamos invita a la lectura de los tratados completos de donde está tomada. La B. A. C. con esta publicación no renuncia a otra de mayor amplitud de *Obras selectas* o de *Obras completas castellanas* de Fray Luis de Granada. En modo alguno se pretende sustituir con la lectura de esta síntesis la de los tratados íntegros del dulcísimo P. Granada.

Cuál fuera el aprecio que ya en vida del P. Granada se tenía de su persona y de sus escritos aparece claro por múltiples documentos.

En carta llena de benevolencia y estima que le dirige el Vicario de Jesucristo Papa Gregorio XIII le anima a proseguir el apostolado de la pluma, ya que por su ancianidad se ve precisado a suspender la predicación. Esta carta es al mismo tiempo una confirmación del juicio aprobatorio de sus libros emitido por el Concilio Tridentino, y refrendado por el Papa Paulo IV, que tanto consuelo llevó al corazón de niño del P. Granada:

«Amado hijo: siempre nos fué gratísimo vuestro largo y continuado trabajo por apartar a los hombres del vicio y atraerlos a la perfección de la vida cristiana, con el que habéis proporcionado también abundante fruto y alegría a cuantos sienten anhelos de la propia santificación y de la del prójimo y de la gloria de Dios.

»Muchos sermones habéis predicado ya y publicado muchos libros llenos de excelente doctrina y piedad, y esto mismo proseguís haciendo cada día, no cesando, de cerca y de lejos, de ganar para Cristo el mayor número de almas que podéis.

»Nos llena de gozo conocer este tan gran beneficio del prójimo y provecho vuestro, porque cuantos han sacado fruto de vuestra predicación y de vuestros libros—y ciertamente es a muchos a los que han aprovechado y aprovechan cada día—, otros tantos hijos habéis engendrado para Cristo, haciéndoles mucho mayor bien que si, siendo ciegos o estando muertos, les alcanzaseis de Dios la vista o la vida. Porque es mucho mayor beneficio conocer aquella luz sempiterna y aspirar a vivir, cuanto es dado a los mortales, aquella bienaventurada vida, que gozar de esta luz y vida mortal, aunque sea en la abundancia y placeres de las cosas terrenales.

»Para vos habéis conquistado ante Dios muchas coronas atendiendo con tanta caridad a este ministerio, que ciertamente es de muy grande excelencia.

»Proseguid, pues, vuestra obra con todas vuestras fuerzas y acabad las que, según nos consta, tenéis empezadas. Dadlas a luz para salud de los enfermos, para esfuerzo de los flacos, para satisfacción y alegría de los esforzados y robustos y para gloria de la Iglesia militante y triunfante. Salud y bendición apostólica.»

Santa Teresa de Jesús, que tuvo el acierto de relacionarse y trabar amistad con gran número de almas santas, sus contemporáneas, viendo que se le pasaban los años sin tener proporción de tratar de vista con el P. Granada, se decide por fin a escribirle mostrándole predilección y agradeciéndole el bien que a las almas hace con sus escritos y encomendándose a sus oraciones:

«La gracia del Espíritu Santo sea siempre con Vuestra Paternidad.

»De las muchas personas que aman en el Señor a Vuestra Paternidad por haber escrito tan santa y provechosa doctrina y dan gracias a Su Majestad por haberle dado a Vuestra Paternidad para tan grande y universal bien de las almas, soy yo una.

»Y entiendo de mí que por ningún trabajo hubiera dejado de ver a quien tanto me consuela oír sus palabras, si se sufriera conforme a mi estado y ser mujer. Porque sin esta causa le he tenido de buscar personas semejantes para asegurar los temores en que mi alma ha vivido algunos años... Espero en Nuestro Señor me ha de aprovechar para que Vuestra Paternidad se acuerde alguna vez de encomendarme a Nuestro Señor, que tengo de ello gran necesidad, por andar con poco caudal puesta en los ojos del mundo, sin tener ninguno para hacer de verdad algo de lo que imaginan de mí.

»Entender Vuestra Paternidad esto bastará a hacerme merced y limosna, pues tan bien entiende lo que hay en él (mundo) y el trabajo que es para quien ha vivido una vida harto ruin. Con serlo tanto, me he atrevido muchas veces a pedir a Nuestro Señor que la vida de Vuestra Paternidad sea muy larga. Plegue a Su Majestad me haga esta merced y vaya Vuestra Paternidad creciendo en santidad y amor suyo.»

San Pedro de Alcántara tenía en tal aprecio el libro de la *Oración y meditación*, del P. Granada, que

se decidió a recopilarle para darle mayor difusión entre los fieles.

Contemporáneo del P. Granada, San Carlos Borromeo sostiene con él frecuente correspondencia, y le pide que le envíe sus escritos a medida que los vaya publicando, y le anima a proseguir la preparación de otros nuevos, y se hace panegirista de ellos, y los recomienda continuamente, llegando a escribir al mismo Vicario de Jesucristo:

«Entre todos aquellos que hasta nuestros tiempos han escrito materias espirituales, que yo haya visto, se puede afirmar que no hay ninguno que haya escrito libros ni en mayor número ni más escogidos y provechosos que el P. Fray Luis de Granada. Experiméntolo cada día en esta Iglesia, viendo que todos los que están escritos en su lengua ayudan grandemente a todo estado de personas a emprender el camino de la virtud y a conseguirla. Y asimismo se sabe de cuánta ayuda sean los latinos, especialmente para instruir a los que han de predicar y enseñar al pueblo.

»De manera que no sé que en este género haya hoy hombre más benemérito de la Iglesia que él y más a propósito para ayudar con semejantes trabajos a las almas, lo poco que le puede quedar de vida, siendo de ochenta años...

»Algunas personas graves y de fe que han venido de España y le han conocido y tratado y oídole algunos sermones, me afirman que corresponde la vida llenamente a los escritos y a la religión, de verdad tan grande y santidad que en ellos resplandece, y todos encarecen la grandeza de su bondad y el gran nombre que tiene en aquellas tierras.»

San Francisco de Sales recomendaba a un obispo amigo suyo: «Tened, os ruego, a Fray Luis de Granada todo entero y sea éste vuestro segundo breviario.

»El uso principal de sus libros os dispondrá el espíritu al amor de la verdadera devoción y a todos los ejercicios espirituales que habéis menester. Mi opinión sería que comenzaseis por la gran *Guía de pecadores;* después, que paséis al *Manual*, y después, que lo leáis todo.

»Pero para leerle fructuosamente conviene no engullirle, sino ponderarle y apreciarle y, capítulo por capítulo, rumiarle y aplicarle el alma con grande consideración y súplicas a Dios.

»Hase de leer con reverencia y devoción, como libro que contiene las más útiles inspiraciones que puede el alma recibir de lo alto para reformar todas sus potencias, purificándolas con la detestación de todas sus malas inclinaciones y encaminándolas a su verdadero fin por medio de firmes y grandes resoluciones.»

De Santa Rosa de Lima escribe su biógrafo, P. Leonardo Hansen, provincial de Inglaterra: «Con igual diligencia, la gloriosa Santa Rosa de Santa María leía y persuadía a otros que leyesen los piadosos libros que mejor tratan de la oración, entre los cuales daba el primer lugar a las obras eruditas de la *Oración y meditación*, del V. P. M. Fray Luis de Granada.»

A tan valiosos testimonios de personas santas y apostólicas, representativas de distintos países, pudiéramos añadir el de otras de gran prestigio en el campo de las letras, contemporáneas también o muy cercanas del P. Granada: el doctor Navarro, Fray Luis de León, los padres jesuítas Juan de Mariana, Ribadeneira, Posevino; los dominicos Joannini, Marieta, Diago, Hernando del Castillo, Luis de Sousa, etc.

Todos los cuales hacen resaltar la plenitud y seguridad de doctrina de las obras del P. Granada y la virtud y santidad de su autor.

Fray Luis de León, escribiendo a Arias Montano, llega a decirle que «más aprendió en los libros de Fray Luis de Granada que en cuantos libros había leído de teología escolástica, y que a tales escritos quería acudir siempre para ilustrar y fortalecer su espíritu». Y cuando se hallaba en la cárcel, para solaz de su alma pedía el libro de la *Oración y meditación.*

La acogida que en siglos posteriores hasta nuestros días tuvieron las obras del P. Granada queda bien patente considerando que pasan de cuatro mil las ediciones catalogadas que en diversas lenguas se han hecho de sus libros. Sólo en francés se conocen cuarenta y ocho ediciones de las obras completas y veintiocho en italiano, sin contar la infinidad de ediciones de libros sueltos, especialmente de la *Guía de pecadores* y del libro de la *Oración y meditación.*

Y esto por lo que hace a lenguas de países cristianos.

Mas también en griego, en árabe, en chino, en japonés, en tagalo existen traducciones del Cicerón español. Del japonés escribe recientemente el P. Bayle, S. J., en

Razón y Fe: «Llena de santa ufanía ver, verbigracia, que la *Guía de pecadores*, del P. Granada, impresa en japonés, fué uno de los sostenes que mantuvieron oculta y viva aquella cristiandad por dos siglos, cuando en Europa se la creía muerta.»

Por todo ello no aparecerá tan exagerada la apreciación del gran bibliógrafo español Nicolás Antonio, que se atreve a decir que «nuestra nación no ha tenido varón más grande ni más útil, ni tal vez llegue a tenerlo, que Fray Luis de Granada».

IN MEMORIAM.

El autor de esta selección granadina, P. Antonio Trancho, O. P., no pudo terminarla. Con otros veintiséis religiosos dominicos del convento de Almagro, donde era profesor de la parte moral de la *Suma* de Santo Tomás, dió su vida por Dios y por España, acribillado a balazos por los fusileros rojos, en los primeros días de la Cruzada española.

En Ciudad Real, y en Almagro principalmente, era apreciado y amado por su bondad y por su vasta cultura filosófica, teológica y humanística. Sociólogo eminente, inició la organización de una escuela social obrera, adherida al I. S. O. de Madrid, que la revolución cortó en flor.

Su actuación fué siempre sacerdotal. No intervino nunca en asuntos de política humana. Su caridad con los pobres y su anhelo por rehabilitar al obrero no conocía límites.

Los que con él convivimos en la intimidad del claustro y le tratamos en amistad durante largos años, conservaremos siempre el recuerdo de su figura prócer, noble, inteligente, sencilla, caritativa, piadosa y prudente, aureolada luego con los resplandores del martirio cristiano. *Vivat in Christo.*

† FR. FRANCISCO, O. P.
Obispo de Salamanca.

Salamanca, 31 de diciembre, aniversario de la muerte del V. P. Granada, de 1946.

INTRODUCCION

INTRODUCCION

LUIS SARRIÁ

1504 y en Granada. España se halla en el alba de su siglo de oro. La flor de los capitanes, Gonzalo de Córdoba. García de Paredes, Leiva, Próspero Colona—con el brillo de su espada—, hacen temible el nombre español a orillas del Garellano y en la plaza de Gaeta. «Veinte mil ducados daría yo—apostilla, fanfarrón, el general francés Termonille—por encontrarme al Gran Capitán en el campo de Viterbo.»

«El duque de Nemours hubiera dado doble por no encontrarle en Ceriñola», replica, irónico y digno, el embajador español Lorenzo Suárez de la Vega.

Colón, en el crepúsculo de su aventura—morirá en Valladolid el 1506—, dilata en las tierras transmarinas los dominios de Castilla. El pendón castellano ondea—desde hace doce años—al viento cristiano en las torres de Granada. En Gante, acunado por duras canciones de guerra, crece un tierno infante llamado a los más altos destinos: Carlos V. España es la primera potencia de Europa.

Pero este 1504, año de gloria, es también para Castilla fecha de luto. En el Castillo de la Mota, 26 de noviembre, a los cincuenta y cuatro años de edad y treinta de su reinado, se apaga la luz inmensa de Isabel de Castilla, madre de España. Un suntuoso cortejo doliente conduce, entre la veneración respetuosa y el silencio congelado de las muchedumbres, sus despojos mortales por las calles granadinas, en una tarde del 18 de diciembre, hacia el bien ganado reposo del convento de San Francisco.

En esta misma fecha de 1504, y en Granada, nace a la vida terrena, que en él ha de ser derecho caminar hacia la celeste, Luis Sarriá. Su padre, Francisco Sarriá, de la villa gallega del mismo nombre, había llegado, tras la espada reconquistadora, a la ciudad ya bautizada. Su madre, una modesta lavandera. Ignoramos hasta el nombre.

Heredó de su padre la temprana orfandad a los cinco años. Y de su madre, la ejemplaridad de una vida laboriosa, que a duras penas le va sacando adelante con el es-

fuerzo de un trabajo humilde y heroico. Oscuro trabajo de lavandera en el convento dominicano de Santa Cruz, de Granada, pero timbre de gloria del que nunca se sonrojará cuando la vida le brinde los altos honores. Después lloverán los aplausos y las distinciones de monarcas y pontífices, y él, en carta dirigida al cardenal San Carlos Borromeo desde Lisboa, a 9 de septiembre de 1582, se escudará, para que la gloria no le envanezca, en su origen humilde, bordando sus palabras con un hilo de delicadeza filial : «... siendo yo hijo de una mujer tan pobre, que vivía de la limosna que le daban a la puerta de un monasterio...» [1].

Poco más sabemos de su infancia. Nos cuentan que siente singular complacencia en improvisar y repetir sermones a un infantil auditorio, pórtico de una decidida vocación en ciernes.

Una anécdota encantadora que los biógrafos repiten con cariño :

Enferma su madre, Luis busca, mendigando, el necesario sustento. Un rapazuelo de la misma edad le echa en cara, como un sonrojo, la pobreza materna. La discusión fué adquiriendo unos tonos agrios y se vinieron a las manos.

Acodado en una ventana de su palacio de la Alhambra, el conde de Tendilla, alcaide de la ciudad, contempla curioso y maravillado la contienda. Hace que ambos comparezcan en su presencia, y tan fuertes fueron las razones de Luis y el calor que ponía en la defensa, que el conde, prendado de esta delicadeza filial, le admite desde aquella hora como paje y acompañante de sus hijos. Con ellos estudia y bajo el alto mecenazgo inicia su carrera literaria. Tal vez, como quieren muchos, contara como esclarecido maestro a Pedro Mártir de Anglería.

FRAY LUIS DE GRANADA

En la calma de la ciudad reconquistada, clavado como un pregón perenne del triunfo de la Cruz, florecía en virtudes y en saber un monasterio dominicano levantado merced a la católica esplendidez de los soberanos : Santa Cruz.

A sus puertas, bordeando los veinte años, llamaba como novicio Luis Sarriá. No era un extraño en busca de hospitalidad acogedora. Se le conocía de antiguo y se le apreciaba. Acaso en este mismo centro cultural, el primero del reino granadino, haya cursado las segundas letras. Un año

---

[1] Vid. *Obras de Fr. Luis de Granada*, t. XIV, págs. 478-79. Edición crítica. Madrid, 1906. (Todas las citas de las obras de Fr. Luis se harán por esta edición.)

más tarde—15 de junio de 1525—emitía sus votos religiosos en manos del prior Fray Cristóbal de Guzmán.

En el retiro del convento, a golpes de renuncias y de laboriosidad, se está labrando una entera personalidad dominicana: sabiduría y santidad. Alejado del mundo, ora y estudia. Sin olvidarse de su madre, con quien comparte, previa la oportuna licencia—expresamente nos lo testifican sus biógrafos—, la comida conventual.

Sabiduría y santidad sancionadas por el plebiscito unánime de estudiantes y profesores, que le granjean el preciado galardón de ser enviado como becario—embajador de aquel floreciente estudio de Santa Cruz—al Colegio de San Gregorio, de Valladolid, joya de los Estudios Generales españoles. Limpieza de sangre, claridad de ingenio, virtud acrisolada exigían de los candidatos los estatutos de este Colegio. Merced a estas exigencias se congregaba en la ciudad castellana la flor de selección de los dominicos —estudiantes y profesores—españoles.

Luis Sarriá—ya Fray Luis—cambiará desde este momento su apellido por el de Granada, y con él ascenderá a la inmortalidad mejor ganada. Años de formación intensa, de convivencia entrañable con estudiantes y profesores de nombradía: Carranza, Melchor Cano. Al compás de sus progresos intelectuales marchaba su adelanto en la virtud. De ambos nos quedan pruebas. Del primero, el que varón tan esclarecido como Fray Diego de Astudillo—aquel Fray Diego de quien pudo decir como elogio el maestro Vitoria: «El maestro Astudillo más sabe que yo, pero no sabe vender tan bien las agujetas»—le eligiera para prologuista de sus libros *De generatione et corruptione*.

«De la virtud—añade el P. Fray Justo Cuervo—nos dan suficiente testimonio aquellos dos caballeros que a altas horas de la noche, pasando por debajo de su ventana con fines aviesos y oyendo las fuertes disciplinas que el piadoso colegial descargaba sobre su cuerpo inocente, desistieron de sus proyectos criminales, y a la mañana siguiente, movidos por el ejemplo, se le arrojaron a los pies llorando sus pecados» [1].

Cuando Fray Luis de Granada llegó a Valladolid, y durante su permanencia, San Gregorio era un monasterio nido de floreciente observancia. Como ha hecho notar el P. Vicente Beltrán de Heredia en su obra *Las corrientes de espiritualidad dominicana* (Salamanca, 1941), el espíritu del austero reformador dominicano Fray Juan Hurtado de Mendoza brotaba allí con pujanza por obra de tres de sus aventajados discípulos: el P. Diego de Pineda, el P. To-

[1] *Biografía de Fr. Luis de Granada*, por Fr. Justo Cuervo. Páginas 12-13. Madrid, 1895.

más de Guzmán y Fray Jerónimo de Padilla. Rigor en la pobreza, perseverancia en el estudio y en la oración, ardor de apostolado, constituían el alma de este movimiento de reforma, que no era otra cosa que una incorporación a la auténtica línea dominicana. Fray Luis, espejo de religiosos, se asoció sin reservas a esta corriente. Este será, en definitiva, todo el programa de su vida futura. Desde aquella fecha conservará siempre la entrañable amistad con su condiscípulo Carranza—más tarde arzobispo de Toledo, blanco de juicios contradictorios—, fundido ahora en el común anhelo.

RESTAURADOR DE ESCALACELI

1529-1534: estudios en Valladolid. Con treinta años bien logrados y una formación completa vuelve a fines de verano a su convento de Santa Cruz. ¿Cuánto tiempo prolonga su estancia en Granada? Desde su regreso de la capital castellana hasta su entrada en Portugal se abría un paréntesis tejido de niebla, verdadero tormento de biógrafos.

Querían algunos—Jerónimo Joannini, Luis Muñoz, el padre maestro Juan de Ribas concretamente—que hubiera permanecido aquí hasta el 1544, consagrado a la enseñanza y a la predicación.

El benemérito en estudios granadinos P. Justo Cuervo, O. P., menos explícito, se contentaba con decirnos: «... en los pocos días que vivió entre sus paisanos...» [1].

Mientras el P. Paulino Quirós, O. P. [2], señala como fecha más aproximada la de 1537 ó 1538.

Fué el P. Fray Juan Marieta, en una biografía escrita en 1604, quien apuntaba que en el mismo año de 1534 había abandonado el convento granadino.

Ha sido mérito insigne de este paciente investigador M. R. P. José María Yáñez, O. P.—en recientes trabajos que duermen en la oscuridad de lo inédito, esperando que una pronta publicidad los redima del olvido—, el haber abierto en este mar de confusiones un resquicio de claridad, fijando ya como fecha exacta la apuntada por Marieta y hasta precisando el tiempo de su permanencia en Córdoba: 1534-1545.

¿Qué le llevaba a la ciudad de los califas? Una misión encomendada por el maestro general de la Orden: res-

---

[1] Vid. Fr. Justo Cuervo, O. P., o. c., p. 13.

[2] Vid. *Apuntes y documentos para la historia de la provincia dominicana de Andalucía*, por el P. Paulino Quirós, pág. 413. Almagro. 1915.

taurar material y espiritualmente el abandonado convento de Santo Domingo de Escalaceli, en el corazón de la sierra cordobesa.

Como aquí se desenvuelve gran parte de su existencia, pródiga en frutos, consideramos necesario hacer un poco de historia.

Dejando atrás el asfalto del Brillante, la magnífica carretera que se pierde en el corazón de la sierra bordeada de blancos caseríos—estancia veraniega del señorío cordobés—, la carretera se desdobla, y a mano izquierda se aparta un ramal, que asciende perezosamente en zigzag irregular. A un lado y a otro, un verde grisáceo de olivares, alguna encina milenaria y corcovada, color pajizo de rastrojera. De cuando en cuando, algún caserío a la vera del camino o hundido en el valle: San Cristóbal Maestrescuela, escalonado en anfiteatro. Nuevamente la carretera se bifurca, y al empezar el trazo de mano derecha, un pobre monumento perpetúa un milagro obrado por San Alvaro. Prosigue el mismo colorido del paisaje, el mismo camino accidentado, mordido a trechos por los socavones del terreno. Encinas y olivares; algún cañaveral. Un arroyuelo insignificante con un blanco plateado de álamos en movimiento y el espléndido caserío de San Pablo, antigua residencia veraniega del convento dominicano de Córdoba. Cada vez la ascensión es más penosa. Pronto se divisan sobre un altozano tres pilastras, en parte derruídas: es el Calvario. A mano izquierda, también en ruinas, escoltada por dos cipreses, la ermita de la Magdalena. Y antes de llegar a ella cruzamos otro arroyuelo, seco en verano, torrencial en primavera y en invierno, que la tradición ha bautizado con el nombre de «arroyo de Fray Luis». Allí se cuenta —y un miserable monumento lo atestigua—que él cincelaba la prosa admirable de su libro *Oración y meditación*. Jarales untuosos y pegadizos, adelfas floridas, verdes pinos en movimiento, encinas, olivos, es la decoración botánica del paisaje. Y luego, un poco hundido, pero descansando sobre una meseta, el santuario conocido con el nombre de *Santo Domingo de Escalaceli*. Una iglesia y un castillo. La iglesia, pequeña, de puro estilo barroco, recargada de altares, con una decoración excesiva, envuelta en una penumbra de misterio, es una fuerte invitación a la oración más en silencio. El castillo, con aspilleras, tiene un mirador enarenado guarnecido de petriles, y en la falda la huerta del santuario, en declive, salpicada de chumberas, naranjos y limoneros. En las paredes se encaraman los jazmineros, y el ambiente está embalsamado por una fragancia penetrante. Al norte del santuario, el humilladero de la «Vera Cruz». Y a la espalda, una hendidura trágica del terreno: el *torrente Cedrón*.

Como fondo maravilloso de aquel escenario, el macizo imponente de Cerro Muriano y la crestería de la sierra, que se prolonga, pobre a ratos de vegetación, con peñascales y algún arbusto, pero a trechos festoneada de pinos esbeltos, hasta las benditas ermitas cordobesas.

Santo Domingo de Escalaceli, a siete kilómetros de Córdoba, lejos de todos los ruidos urbanos, es un remanso de paz. La temperatura en primavera es benigna y agradable. Allí suben los cordobeses, después del trajín ciudadano, a reparar los pulmones y dar cuerda al corazón. Pero esto es en pleno siglo XX.

Cinco siglos antes era un paisaje agreste y retirado, casi inaccesible. Allí, en el año 1423—acongojado por los estragos que la relajación, conocida con el nombre de *la Claustra,* había infligido a la Observancia—, se recogió San Alvaro de Córdoba con varios religiosos para dar comienzo a la reforma. Quiso bautizarlo con un nombre encantador: Santo Domingo de Escalaceli. Antesala de la gloria. Reciente su peregrinación a Tierra Santa, traía en sus ojos y en su alma la visión de aquella tierra sagrada, escenario de la Redención. Y por eso santificó su retiro con nombres evocadores de Palestina.

Santo Domingo de Escalaceli fué en el siglo XV la cuna de la reforma española. De allí salieron los fundadores de otros conventos reformados, como Porta Celi, de Sevilla, por obra del compañero de San Alvaro, Fray Rodrigo de Valencia.

La vida en los primeros años en aquel monasterio de reforma era de floreciente observancia. Al correr el tiempo, el fervor se fué entibiando, y parece que el lugar—tan sano en nuestros días—resultaba enfermizo. Lo cierto es que determinaron abandonarlo definitivamente, y se llevó el proyecto a cabo un siglo después, en 1531.

En 1534 se hallaba en Córdoba, en visita canónica, el maestro general de la Orden, Fray Juan Fenario. Le llegó al alma encontrar el santuario desolado y aquel escenario de maravillas celestes, santificado con la vida de San Alvaro, nido perfumado de recuerdos, destinado a convertirse en un solar de escombros. Urgía poner remedio. Buscó un religioso capacitado que asumiese como vicario la responsabilidad de la restauración.

En el mismo año, conforme los recientes documentos exhumados por la diligencia del P. José María Yáñez nos testifican, Fray Luis ya estaba al frente de la nueva comunidad. En este marco espléndido, alejado del bullicio, se encierran diez años fecundos de su existencia. Restaura el santuario con cariño. Pulimenta su alma con esmero. Se da totalmente a Dios. Estudia, predica, escribe, ora. Conservamos de esta época en nuestro archivo de Almagro

una carta—verdadero regalo del espíritu—dirigida a su amigo Fray Bartolomé Carranza por el otoño de 1539, que nos revela con delicadeza el estado y la ocupación de su espíritu. Su alma se va desnudando de todo afecto terreno y se entrega gozosa y enteramente a Dios. Todo lo que de esto le aparte lo considera como un hurto. La oración consume la mayor parte de su existencia. Se recrea con la lectura de libros espirituales: «No dejo de leer los librillos de devoción con que nos dieron leche en la niñez, y sobre todos tengo en mucho el *Contemptus mundi (Imitación de Cristo)*, y la dignidad del estilo no disminuye, sino que acrecienta la devoción.» Lo lee una vez y otra, y, pensando que su lectura pudiera llevar a otras almas el provecho que trajo a la suya, lo traduce al castellano, en una versión primorosa que aparece por primera vez en Sevilla por el año 1538.

Por esta carta sabemos que tal vez como el maestro Juan de Avila, como la flor de los misioneros y de los capitanes, sintiera en aquella hora el fuerte tironazo de la llamada transmarina. Las tierras recién descubiertas les convocaban con su misterio; pero sobre todo aguijoneaban con dramática urgencia la suerte de las almas. Como el Apóstol de Andalucía, tuvo que frenar sus anhelos. «La causa principal de mi estada es la disposición de aprovechar más que en las Indias.»

Acaso en estos días naciera la entrañable amistad y veneración que le ligó para siempre al Beato Juan de Avila. Predicaban ambos por la campiña cordobesa y frecuentaban la casa del común amigo, el marqués de Priego. Allí se selló, con lazos indisolubles, una de las más limpias amistades. Las cartas de Fray Luis en adelante son un panegírico constante entonado al Apóstol de Andalucía. Al poco tiempo de su muerte, para edificación de todos, escribió la preciosa biografía del bienaventurado, auténtico cántico de triunfo.

Escalaceli era para Fray Luis la antesala de la gloria. En aquel aislamiento del mundo—blanca isla de sosiego—, relicario de la santidad de San Alvaro, con nombres evocadores de paisajes palestinenses, escribió una de sus más delicadas obras, verdadera filigrana de la literatura castellana: el libro de la *Oración y meditación*. Se cuenta que se sentaba a la vera del arroyuelo que hoy lleva su nombre y que allí iba dictando a dos amanuenses. El libro es una joya. No sé si será la obra más perfecta de Fray Luis de Granada. Él mostraba predilección por la *Guía de pecadores*. Pero creo que no hay exageración en afirmar que no existe otro en lengua castellana en donde se nos pinten los pasos y misterios de la Pasión y Redención de una manera más tierna y en una forma más acabada.

Si daba paz a la pluma, era para no conceder descanso a la palabra. Por estas fechas predicaba con frecuencia en la capital de Córdoba y en los pueblos de su provincia. Se iba ganando día a día la palma de primer predicador del reino. Fray Agustín Salucio—maravilloso predicador también, que le oyó por los años de 1541 al 43, según la cronología del P. Paulino Quirós—nos cuenta que no había conocido otro mejor. A confirmar esta fama vino la sanción de un capítulo provincial distinguiéndole con el apetecible galardón de predicador general.

DE CÓRDOBA A BADAJOZ

La comunidad de Santo Domingo de Escalaceli, guiada por la ejemplaridad y por la palabra de Fray Luis de Granada, ya podía defenderse sin su apoyo. La restauración estaba lograda. Fray Luis, con grande ascendiente en su Orden, era reclamado como superior en otros conventos. Por el año 1545 ó 1546 le vemos desempeñando el cargo de prior en el convento de Palma del Río. Con el doble título de prior y de predicador general asiste al capítulo provincial celebrado en Jerez de la Frontera el 23 de enero de 1547.

Tres sermones se pronunciaron en el capítulo, corriendo uno a cargo de Fray Luis. Señala la tradición que el duque de Medina Sidonia, D. Juan Alonso Pérez de Guzmán *el Bueno,* que presenciaba las deliberaciones públicas, como protector y patrono de la provincia, prendado de la elocuencia, profirió estas palabras: «De estos dos me quedo con los sermones; de Fray Luis, me quedo también con el orador.»

El maestro general de la Orden, Romero de Castiglione, en gratitud a tan insigne bienhechor, le había concedido como privilegio que pudiera elegir predicadores y confesores para sus estados, y rogaba a los superiores no pusieran trabas a los electos para la aceptación de sus cargos.

Fray Luis, es cierto, desempeñaba el cargo de prior de Palma del Río. Pero era inmensa su fama de predicador y extraordinario el fruto que cosechaba en las almas. Por estas fechas, el cardenal de Burgos ya había solicitado y obtenido del general de la Orden que le permitieran recorrer predicando todos los pueblos de España, faltos de siembra apostólica, en compañía de algún religioso elegido por él.

Lo cierto es que en esta ocasión se cumplieron los deseos del duque. Desde aquel día formaba parte de su cortejo en condición de predicador, confesor y consejero. Vivía en su palacio de Sanlúcar de Barrameda y le acom-

pañaba predicando por sus dominios. La permanencia fué breve. Suponen algunos que tal vez descorazonado, porque los nobles buscaban más el regalo del oído y la lisonja que la edificación del alma. No parece probable en príncipes cristianísimos, de las prendas del duque de Medina Sidonia. Nos inclinamos más bien a creer lo que el P. Paulino Quirós insinúa: que obedeció aquel rápido traslado a la decisión de sus superiores, que le reclamaban para la fundación del convento en la capital de Badajoz. Viene a confirmar esta sospecha una carta del maestro general Romeo de Castiglione a los superiores de la provincia de Andalucía, en la que les recuerda una vez más los favores recibidos del duque y les recrimina, aunque de manera cortés y velada, la facilidad en cambiarle los confesores y consejeros.

Hacia el 1549 lo encontramos como prior en Badajoz. En la capital extremeña, lo mismo que en Escalaceli—tal vez con más intensidad—, predica y escribe. Siete años que no fueron estériles ni para las letras españolas ni para las almas, y menos para la gloria de España. Bajo aquel cielo limpísimo y extremado se escribió la que él consideraba su obra maestra: la *Guía de pecadores*. «*¿Es posible que yo hice este libro en Badajoz? Buen cielo y clima debe ser el de aquella ciudad*», que dirá años más tarde, volviendo su vista con inefable complacencia hacia la obra bien hecha. Cada autor, como cada padre, tiene su obra preferida, que acaricia con mimos y delicadezas. La de Fray Luis de Granada, según confesión propia, era ésta, nacida bajo el cielo extremeño.

Una ola de popularidad y de veneración le envuelve y cada día se dilata más, transponiendo las fronteras. Del reino vecino de Portugal le reclama el cardenal infante don Enrique, ávido de ver confirmada en su propia casa la fama que llegue de tierra extraña.

ESTANCIA EN PORTUGAL (1555-1588)

Obedeciendo al requerimiento del cardenal infante, arzobispo de Evora, Fray Luis de Granada cruza, hacia el año 1555, la frontera portuguesa. Empieza una nueva época de su vida, bastante azarosa e inquieta, rica en obras del espíritu, pero también con harta frecuencia no exenta de sinsabores. El es por estas fechas el personaje central de una era y de una escena en la que la mayoría de los actores cobran categoría de primeras figuras. Sobresalir en un país de enanos no reviste mucho honor; brillar entre los genios es mérito muy subido.

Figura de primer plano fué la del religioso dominico

en estos años postreros de su existencia, no solamente en la vida portuguesa, sino en la de la cristiandad. Se leen sus obras, se escuchan sus predicaciones, se esperan sus cartas, se busca su dirección y consejo. Todas estas preeminencias pueden traerle una interna satisfacción—aunque humilde, nunca le envanecieron—, pero le acarrearon no pocos contratiempos.

Si cada año se señala con la aparición de un libro suyo, cada hora está transida de una nueva preocupación. Quisiéramos reseñar, con la mayor concisión posible, su permanencia en la nación hermana.

Confesor y consejero de reyes

Recién llegado a Portugal, una anécdota, conservada hasta nuestros días, nos pinta casi la primera entrevista con el cardenal infante. Se cuenta que D. Enrique, al día siguiente de su permanencia en la diócesis, le pidió que le escuchara en confesión. Fray Luis rehusa, prudente, con estas palabras, que la tradición recoge: «Vuestra alteza ha muchos años que es pastor de esta ciudad y arzobispado, y yo, como recién venido, no sé cómo se gobierna ni si hay escándalos públicos o pecados cuyo remedio corra por vuestra alteza; y así le suplico busque otro confesor por ahora, que yo no le tengo de confesar hasta que tenga conocimiento de las cosas.»

No fué su confesor en aquella ocasión, pero pasando los días, enterado ya de la marcha de la diócesis, se convertirá en el consejero inseparable y en el director de su conciencia. Más tarde vendrá a ser su biógrafo y el cantor de sus virtudes.

Predicó en la sede del cardenal infante. La aureola que le rodeaba comprobaba ahora D. Enrique que no era más que un reflejo de la realidad. Quiere retenerle por más tiempo, y recaba del general de la Orden, Fray Esteban Usodinare, la transfiliación a la provincia portuguesa.

Los dominicos portugueses, reunidos en capítulo electivo en abril de 1556, vienen a confirmar esta decisión eligiéndole provincial, sin que fuera obstáculo su condición de castellano.

Cuatro años se prolonga su provincialato, rigiendo y gobernando con mesurada prudencia. Florece la Observancia y se acrecienta la provincia con la erección de dos nuevos conventos: Montemor y Ansede.

Cada día es mayor el ascendiente que va ganando en la corte. Ya no es sólo el cardenal infante, sino también el rey D. Juan, quien busca y se atiene a sus consejeros. Y cuando la muerte siegue la vida del rey y D.ª Cata-

lina ejerza la gobernación del Estado durante la minoridad de su nieto D. Sebastián, Fray Luis será, además de consejero, confesor.

Más tarde quedará vacante la silla arzobispal de Braga, y D.ª Catalina le brinda con apremiantes instancias tan honroso cargo. Y si no puede doblegar su humildad y su repulsa a las prelaturas, al menos le obligará a que designe a un religioso de su misma Orden, el bendito Fray Bartolomé de los Mártires, espejo de obispos. Fray Luis, que fué su biógrafo, es el encargado de contarnos después de la muerte del obispo cómo se logró vencer la repugnancia de Fray Bartolomé de los Mártires a todas las dignidades, y concretamente al arzobispado de Braga. Con minuciosos detalles nos pinta aquella escena edificante acaecida en el capítulo de un convento de Predicadores. El candidato declina todos los honores y se obstina tesoneramente en rechazar el arzobispado. El provincial, bajo precepto formal, le fuerza a tomar sobre sí este honor y esta carga. Y entonces Fray Bartolomé de los Mártires cede, sumiso, a la obediencia. Solamente calla Fray Luis una cosa: que el provincial fuera él mismo.

Pasando por Valladolid

No todo iban a ser bienandanzas. Su camino constelado de triunfos sabe también de momentos amargos. En el verano de 1559, por mandato del inquisidor general, arzobispo Fernando Valdés, se imprimía en Valladolid, en casa de Sebastián Martínez, un *Catálogo de libros prohibidos*, especie de *Indice* expurgatorio, y en él se vedaba la lectura del libro de la *Oración y meditación* y la *Guía de pecadores*, entre otras obras de autores muy conocidos.

El hecho requiere alguna explicación. Eran unas horas turbadas, en las que la cristiandad estaba desgarrada por la herejía protestante. El peligro se encontraba a la vuelta de cada esquina.

En el suelo de Castilla, con anhelos de más santidad y de reforma, se había despertado un movimiento espiritualista y místico fecundo, un deseo de renovar la piedad, un poco dormida, mediante una unión más estrecha con Dios y una entrega más de lleno y más universal a la contemplación. Acaudillaban este movimiento santos eximios y escritores de talla. Para llevar las ideas al pueblo e interesar a todos en la empresa se empezaba a crear, en romance, una literatura piadosa y a verter a la lengua vulgar las Sagradas Escrituras, acontecimientos que entrañaban alguna novedad si los comparamos con los siglos medievales. Esta corriente era perfectamente ortodoxa y

sana; pero, como siempre sucede, algunos no estaban capacitados para digerir las ideas teológicas y se fueron al extremo contrario, desdeñando toda la vida activa y entregándose a unos excesos pietistas bastante sospechosos. Es decir, al margen de este florecimiento místico auténtico, empezó a brotar un falso misticismo, ávido de novelerías, de revelaciones y éxtasis, promovido por algunos ilusos y a veces por depravados, que, so capa de piedad, en la corriente revuelta se entregaban a inconfesables excesos. Y así, en nuestro suelo, tan avezado a los rigores doctrinales y tan poco propicio a la herejía, aparecieron «ciertas congregaciones de fanáticos y hordas de falsos contemplativos», conocidas con el nombre de *alumbrados* o *dejados*. Algunos hacían consistir la perfección en una especie de nirvana o quietismo estéril, en una embriaguez contemplativa enervadora de la voluntad, alcanzada la cual, ya todo les era lícito, hasta las más nefandas liviandades, con tal de que se realizaran en el arrobamiento. Otros, sin llegar a estos extremos, eran sencillamente ilusos, pietistas exagerados. La secta, aunque con nombres nuevos, era un brote tardío de raíces gnósticas.

Cada día se descubría un nuevo *iluminado* o toda una congregación de *alumbrados*. Con el protestantismo en fronteras y con los alumbrados en casa, los teólogos y los inquisidores—guardianes de la ortodoxia—vivían como sobre ascuas, en vigilia constante, y a veces hasta los dedos se les hacían huéspedes.

Empezaron a recelar de las versiones de la Sagrada Escritura, por creer que podían dar pábulo a la herejía protestante, y de los tratados piadosos en lengua vulgar, pensando que pudieran fomentar los iluminismos, y hasta —no tengamos reparo en confesarlo—hubo quien sospechó que todo escritor místico podía tener alguna tilde de alumbrado. Tan escarmentados estaban, que creyeron encontrar alumbrados a cada paso y recelaban de todo lo que se salía de los cauces tradicionales.

Fray Luis de Granada era uno de los primeros escritores de altura que pretendió poner al alcance de todo el pueblo, en romance, las doctrinas místicas. ¿Qué extraño es, por lo tanto, que nuestros teólogos e inquisidores, atentos a conservar intacta la pureza del dogma, empeñados en desarraigar el falso misticismo, a veces hirieran —sin pretenderlo—las plantas del auténtico?

En el caso de Fray Luis de Granada, sabemos, por carta de Domingo Soto escrita a Carranza en el año de 1558, que la Inquisición había comisionado—apretándoles con amenazas de sanciones—a los teólogos dominicos Fray Melchor Cano y Fray Domingo de las Cuevas para

que dieran por escrito su informe sobre el *Catecismo* del arzobispo de Toledo, el libro de la *Oración y meditación* y ciertas obras de Constantino, capellán que fué de Carlos V, quemado posteriormente como protestante.

Juzgaba Cano inoportuna, por las circunstancias del tiempo, la publicación del libro de la *Oración y meditación*.

Mediaron algunas intervenciones de buenos amigos de Fray Luis—Fray Felipe de Meneses entre otros—para lograr que sus libros no se prohibiesen. Y él mismo voló a Valladolid con ánimo de parar el golpe. Era demasiado tarde. El *Catálogo de libros prohibidos* ya había salido a la luz, y en él aparecían los suyos. Tal vez hubiera influído en esta especie de condenación el juicio de Melchor Cano, que no era la pasión—como alguien ha pretendido—lo que cegaba su juicio sereno. Más bien sucedía que el enemigo ya estaba en casa y no se podía andar con él en coqueteos. En los tiempos exentos de amenaza se puede ser más indulgente, en las horas de riesgo hay que extremar el rigor. Excesivo rigor, criterio estrecho y ciertal mal disimulada ojeriza de Valdés contra los religiosos, y acaso contra los mismos místicos, pudiera ser la explicación de esta inclusión en el *Indice*.

Fray Luis celebró una entrevista con el inquisidor, pero éste no dió su brazo a torcer. «Halléle todo lleno de espíritu de aquel Padre—escribe por estos días Fray Luis a Carranza—... y tan contrario a cosas (como él llama) de contemplación para mujeres de carpintero...» [1].

Predicó en la capital castellana con agrado del pueblo, pero no le quedaron muy gratos recuerdos de su estancia. Y donosamente podía añadir en la misma carta que «*no quisiera ir al cielo pasando por Valladolid, si no fuese por servir a Dios...*».

En el mismo *Catálogo de libros prohibidos* se vedaban las versiones de la Sagrada Escritura y pasajes de ella en lengua vulgar. Poseemos los originales de los dos libros de Fray Luis incluídos en el *Indice*. Examinados hoy serenamente, sin la pasión de aquellas horas, nada encontramos que no pueda tener una interpretación enteramente ortodoxa. Pero colocándonos en aquellas fechas, conociendo al inquisidor Valdés y al mismo Cano y en presencia del *Indice*, encontramos más fácilmente la explicación. Nada existía en la *Guía de pecadores* con sabor de iluminismo, pero contenía pasajes de la Sagrada Escritura vertidos al castellano. La *Oración y meditación*, totalmente ortodoxa, tenía algunas expresiones—pocas—

[1] Fr. Luis de Granada: *Obras completas*, t. XIV, pág. 551.

que, sutilizando demasiado, pudieran interpretarse en favor de los alumbrados.

Fray Luis, respetuoso con la Inquisición, a quien llamara más tarde «muro de la Iglesia, columna de la verdad, guarda de la fe, tesoro de la religión cristiana», reformó ambos libros. Retocó algunas frases, suprimió otras, explicó algunos pasajes, saliendo notablemente mejorados.

No le asustaron estas inclusiones en el *Catálogo de libros prohibidos*. Obtuvo el veredicto aprobatorio en el Concilio de Trento, refrendado por la alta autoridad de Pío IV. Él mismo lo dirá en carta al secretario de Felipe II, Zayas, cuando alguien intente renovar la sospecha de alumbrado.

Los había vedado, sí, un inquisidor; pero ¿qué valía esta condenación al lado de la suprema aprobación del más alto de los concilios universales y de la misma sanción del Papa? Si hubieran encontrado la más leve sombra de iluminismo o de heterodoxia, ¿lograrían semejante aprobación?

Después de esta breve estancia en Castilla—desagradable contratiempo en su vida de escritor—regresó de nuevo a Portugal, en donde termina, en 1560, su provincialato y prosigue predicando con el mismo aplauso de siempre, sin dar paz a su pluma fecunda.

En Santo Domingo de Lisboa

En 1560 se instala en Santo Domingo de Lisboa. Muy cerca de la corte, desde la cual D.ª Catalina y el cardenal D. Enrique, que la secunda en la regencia, le reclaman con frecuencia buscando luz en sus consejos. Le traen y le llevan, le consultan en los más arduos problemas. Le brindan mercedes y distinciones, que él, escudado en su modestia, rechaza. Sólo acepta lo que redunde en prestigio y acrecentamiento de su Orden—erección de nuevos conventos—o el alto mecenazgo para sus libros. En medio de aquellas idas y venidas a Palacio no pierde por un momento el contacto con sus libros. Un escritor de nuestros días ha dicho: «Fray Luis, preocupado, profundamente preocupado con su labor, estas visitas a Palacio, estos recados, estas consultas eran como cosas al margen de su vida; diríamos que tales incumbencias semejaban a los momentos fugaces en que el viajero que va en un tren pasea por las estaciones en que el tren se detiene» [1].

La oración y los libros. La escritura entrelazada con la plegaria. Su biógrafo moderno, el P. Justo Cuervo, ha re-

[1] Vid. AZORÍN: *Los dos Luises*, p. 72. Colección Austral.

cogido del dominico portugués Fray Luis de Sousa el método de vida que llevaba en Santo Domingo. Se levantaba hacia las cuatro de la mañana. Dos horas en oración, como preparación para la misa, que celebraba cada día. Prolonga la acción de gracias. Se recluye en su celda pobre, sin aderezos, casi sin sillas, en compañía de otro religioso, amanuense suyo. Durante una hora le leen un libro. Luego empieza a dictar, paseando, por espacio de otra hora. A las once despacha a su compañero y se ocupa en escribir él mismo sobre materias variadas.

Tras la comida, en la que las raras veces que no asiste con la comunidad manda que también le lean, visita a los enfermos y permanece algún tiempo en recreación con sus hermanos. Un breve descanso, que no se alarga más de media hora. El rezo de nona en coro, y, si no hay rezo, se inicia de nuevo la tarea, dictando desde la una hasta las completas o hasta la noche. Ligera colación. Nuevamente a la oración prolongada. Así un día y otro, con la misma ordenada laboriosidad.

Las idas a Palacio no alteraban la sencillez de su vida ni la pobreza de su vestido. Nada de regalo. Su ropa era raída y vieja. Si el más fiel amanuense, P. Oliveira, le sugería alguna mudanza, él la rechazaba como una tentación, escudándose en la pobreza de su origen: «Padre, no trate más de ello, que yo me crié medio desnudo, y mi madre con una mantellina más vieja me cubrió que nuestra capa; y ella pobre y yo desharrapado, íbamos a la portería de Santo Domingo en Granada con nuestra ollica, y en ella traíamos un poco de caldo y unos mendruguillos, de que nos sustentábamos...»

El título de maestro en Teología, alta distinción que le otorgaba el maestro general de la Orden en 1562, venía como a quitar el mal sabor de boca que le había dejado la inclusión de sus dos libros en el *Indice* de la Inquisición.

Años fecundos

En la misma fecha del incidente vallisoletano—1559—publica en Lisboa, con dinero de D.ª Catalina, una obra portuguesa: *Compendio de doctrina cristiana.* Después, durante más de un lustro, sin que la pluma descanse, cesan, no obstante, las nuevas publicaciones y las nuevas ediciones. Está trabajando sin tregua, pero en silencio. Corrige y enmienda. Se rompe el silencio en 1565 con la oración latina *Concio de officio et moribus episcoporum*, inserta en el mismo volumen del *Stimulus pastorum,* del santo arzobispo Fray Bartolomé de los Mártires.

Se abre ahora—1566-1578—una era fecunda, en que cada

año nos brinda algún nuevo regalo, verdadera delicia del espíritu. Por esta fecha se traslada a Setúbal para fundar un nuevo convento, el de San Sebastián, gracias a la larga generosidad de D. Enrique.

Más tarde lo encontramos en el monasterio de Nuestra Señora de la Luz, en la sierra de Almeirín. Paraje ameno, alejado un poco de la residencia veraniega de los monarcas, en el mismo Almeirín; pero más retirado aún del tráfago palaciego de la corte de Lisboa.

Parece que quiere ausentarse cada día más de aquel rey imberbe D. Sebastián, con sus quince años en flor y un cortejo de aduladores cortesanos, que le hacen mirar con malos ojos la regencia de D.ª Catalina y D. Enrique, y de rechazo a su confidente entrañable Fray Luis, porque piensa que pretenden levantarse con el reino.

Además ha buscado este retiro como el clima más adecuado para su infatigable tarea intelectual. Esta paz tan envidiable es muy breve. Tendrá que volver pronto a Lisboa. Pero son estos años—como antes indicamos—los que registran más obras nuevas:

1566: *Memorial de la vida cristiana*. 1567: la *Guía de pecadores*, ya reformada. 1571: *Collectanea moralis philosophiae*, o las *Sentencias de Plutarco*. 1574: *Adiciones al «Memorial de la vida cristiana»*. 1575: *Conciones de tempore*, tomos I y II, dedicados al cardenal D. Enrique y al obispo franciscano Fray Bernardino de Fresneda.

1576: tomo III, con una dedicatoria al cardenal San Carlos Borromeo. Y además, en latín, los *Seis libros de la Retórica eclesiástica*. En este mismo año, Fray Alonso de la Fuente, dominico extremeño, que había descubierto en Llerena un nuevo foco de alumbrados y se convirtió en el más decidido debelador de esta secta, volvió a renovar la antigua acusación, e intenta cargar a Fray Luis nuevamente con el sambenito de alumbrado. Con poca fortuna por cierto. Había llovido mucho por esta fecha. El inquisidor no era Fernando Valdés y el Concilio de Trento había dicho sobre los escritos de Fray Luis la definitiva palabra. Nadie le molestó lo más mínimo. Nos da cuenta de estas escaramuzas el mismo P. Granada en sendas cartas a Zayas, secretario de Felipe II, y al Beato Juan de Ribera, patriarca de Valencia.

ENTRE DOS FUEGOS (1578-1582)

La turbada política portuguesa en estos años va poniendo un marco de desasosiego a la vida de Fray Luis. Primero, ligeras estridencias entre el cardenal infante y su sobrino Felipe II; más tarde, batalla sangrienta entre el monarca

castellano y las huestes de D. Antonio. Fray Luis, castellano, reconoce y venera a Felipe II como «a su soberano natural», pero vive en Portugal con mucho ascendiente en la corte. Está el ambiente cargado de pasión, y cualquier actitud que no sea descaradamente en favor de un bando, cualquier medida de prudencia, es mirada con suspicacia por unos y por otros como una defección. Se encuentra en una postura incómoda: entre dos fuegos.

Pretendemos en estos renglones centrar la figura de Fray Luis en el escenario histórico de aquellas horas.

El rey D. Sebastián

En 1576, el joven rey portugués, de espíritu belicoso, con sueños de caudillo cristiano, piensa embarcar a su pueblo en una arriesgada aventura: la guerra en el norte de Africa. Inútiles todos los consejos de D.ª Catalina y la oposición de la nobleza. Vana toda la prudencia de su tío D. Felipe II y estériles todas las advertencias de aquel duque de Alba, veterano en asuntos de armas.

Empresa guerrera emprendida por el rey con fuego y pasión de iluminado, pero impopular, que costó mucha sangre a Portugal, entre ella la del mismo monarca, que cae, bizarramente, es cierto, en la plaza de Alcazarquivir, al lado de la flor de la nobleza del reino, en un 4 de agosto de 1578. Apenas seis meses antes—12 de febrero—se apaga santamente la vida de su abuela D.ª Catalina. Fray Luis, tan fiel en la muerte a quienes fueron sus amigos en vida, teje en su honor—mediante una oración fúnebre—una delicada guirnalda.

El cardenal infante, rey de Portugal

Por derecho propio, D. Enrique ascendía al trono de Portugal. Las Cortes le juran el 28 de agosto de 1578. Septuagenario, achacoso, abría, al subir, un interrogante transido de zozobra: el problema de la sucesión. ¿Quién vendrá a ocupar a su muerte, que se prevé no muy lejana, el trono de la nación hermana? Para remedio—temerosos de volver a la dominación de Castilla—, no faltan quienes susurran al oído del cardenal-rey, como obligación de conciencia, la propuesta de matrimonio.

Felipe II ha mantenido en Lisboa sucesivamente, como embajadores, al primer duque de Feria y a D. Juan de Borja, en muy buenas relaciones con Fray Luis. Ahora, mientras la dispensa de matrimonio se tramita en Roma, envía como embajador extraordinario a D. Cristóbal de Mora,

quien con habilidad diplomática va ganando a la aristocracia portuguesa y al alto clero para la causa de Castilla.

Casi al mismo tiempo llegaba, en misión secreta, el dominico granadino Fray Hernando del Castillo. Bajo capa de visitar a Fray Luis, trae el reservado designio de explorar el ánimo del cardenal y disuadirle, como proyecto descabellado, del pretendido matrimonio. En la primera entrevista celebrada con el cardenal se convenció Fray Hernando—y así se lo notifica a Felipe II—que el monarca veía la cuestión de la dispensa como la cosa más fácil del mundo.

Poco tiempo después escribe a Zayas, secretario de D. Felipe: «Creo que he hecho puntualmente en extremo lo que Su Majestad me mandó. Pero querer quitar amores a un viejo es como quererle quitar la tiña.»

Fray Luis, que le conocía muy bien, que le ha visitado —apretado por los escrúpulos que le ponía su mismo provincial, entre otros, si no lo hacía—para aconsejarle que proveyera de la sucesión del reino, nos contará más tarde en su biografía que no fué el amor a un estado que voluntariamente había rechazado el que le impulsaba ahora a pretender contraerlo, sino aprietos y apremios de conciencia. Prueba de ello que cuando el confesor le notificó que los médicos dictaminaban en contra, por su quebrantada salud, el cardenal recobró la alegría y el sosiego perdidos, como quien se desprende de una acongojada pesadilla.

Desechado el matrimonio, había que pensar en la solución del problema. Tres pretendientes—entre otros varios—alegaban sus derechos: D. Antonio, prior de Crato—cautivo en la derrota de Alcazarquivir y rescatado merced a la generosidad de Felipe II—, hijo bastardo del infante don Luis; la duquesa de Braganza y, finalmente, D. Felipe. Los derechos de D. Antonio, por bastardo, y los de la duquesa de Braganza, en la misma línea de parentesco que D. Felipe, pero con la desventaja de su condición de hembra, eran más débiles que los del monarca castellano.

Don Enrique titubea; pero se inclina con preferencia en favor de la duquesa. Nombra una regencia, que después de su muerte ha de dictaminar sobre la justicia de los pretendientes. El pueblo es hostil a la causa castellana. Felipe II es partidario de una solución pacífica; pero como presiente que no se alcanzará justicia por estos cauces, lo está disponiendo todo para la guerra. Por fin, al borde ya del sepulcro, con un pie en el dintel de la eternidad, el cardenal ha reconocido la mayor justicia que asiste a su sobrino D. Felipe. Muere, no obstante, dejando el reino en la misma dramática congoja. Sintió esta pérdida Fray Luis. Una vez más muestra su corazón agradecido y leal en la biografía que de él escribió. Buen cardenal, mecenas espléndido, aunque desafortunado político.

Calvario de Fray Luis

La Regencia se muestra vacilante. Empieza una política de tira y afloja, dando largas al asunto, si no por aversión a D. Felipe, al menos por temor al pueblo portugués. La aristocracia y el alto clero se inclinaban a favor de Castilla. Don Felipe quisiera arreglarlo todo sin llegar al remedio heroico de la sangre, y con estas miras envía a su embajador el duque de Osuna. Pero como nada se logra por estas vías y está colmada la paciencia, se decide en fin a invadir Portugal. Al frente de las tropas castellanas, el duque de Alba, decoro y lumbre de las armas españolas, ya en el otoño de su vida—si es que su vida tuvo otoño—, recluído en estas fechas en su villa de Uceda—por enojo de su monarca—, pero que a la primera llamada acude con presteza.

En el verano de 1580 transponen la frontera, después de saber que D. Antonio se ha proclamado rey en Santarem.

La plaza de Yelbes, sin un arcabuzazo, se entrega a Castilla, gracias a los buenos oficios del prior de los dominicos, Fray Antonio de la Cerda. Felipe II vino a instalarse a Yelbes, o Elvas, el 5 de diciembre de 1580. Con más o menos tenaz resistencia, nuevas ciudades se van enhebrando al filo de su espada.

A fines de agosto de este mismo año de 1580, el duque de Alba ya era señor de Lisboa, y en la primera quincena de septiembre se juraba a D. Felipe por rey, aunque retrasase su entrada hasta el 21 de julio del año siguiente. El pueblo, «que antes prefería darse a turcos que a castellanos», era partidario decidido de D. Antonio. Y más que el pueblo, la mayoría de los religiosos, entre ellos los dominicos portugueses. Acaudillaban con un fanatismo frenético a las multitudes, las arengaban, incluso desde el púlpito, e iban encendiendo en sus ánimos un odio entrañable hacia los castellanos. Y al mismo tiempo prestando magnífico apoyo—digno de mejor causa—al partido de D. Antonio. Unos guardaban las murallas, otros eran capitanes de ejército, otros recorrían las comarcas, y no faltaba quien apellidaba con el calificativo nada envidiable de traidor al que se inclinaba a favor de D. Felipe. Es el mismo Fray Luis de Granada quien nos lo refiere en cartas a Zayas y al mismo Felipe II.

Cuando esto acaecía, los dominicos portugueses se encontraban sin provincial. En el año de 1578 había recaído la elección en Fray Antonio de Sousa; mas por estas calendas se encontraba en Roma para la elección de maestro general. En su ausencia gobernaba como vicario el Padre

maestro Fray Francisco de Bobadilla. Queriendo apartar a sus religiosos de la contienda, les impuso un precepto formal, bajo pecado grave, para que se abstuviesen de pronunciarse en pro ni en contra y obligándoles a que no tomasen partido por ninguno de los dos bandos.

Estaban las pasiones al rojo vivo, en una tensión violenta, y se negaron a obedecerle. No faltó el dictamen autorizado de algún maestro de Coimbra que dictaminase negando obligatoriedad al precepto, por ir en contra del derecho natural que a cada ciudadano le asiste de defensa de su patria.

Para rehuir la obediencia apelaron al nuncio. Solamente el prior de Elvas, Fray Antonio de la Cerda, con todos sus religiosos, prestó un acatamiento sin réplica. Fray Francisco de Bobadilla, hastiado de su gestión incómoda, hizo renuncia de su cargo en manos del nuncio, quien la acepta, instituyendo como vicario al P. Jerónimo Correa, entregándole al mismo tiempo el precepto formal, impuesto por su antecesor y refrendado ahora por su alta autoridad de legado pontificio, para que lo notificase de nuevo a todos los religiosos.

El P. Correa dió cuenta a todos los frailes de su nombramiento, pero silenció lo concerniente al precepto. En la institución de vicario llevada a cabo por el nuncio en favor del prior de Evora, Fray Jerónimo Correa, se indicaba que su mandato perduraría hasta que el provincial, el general o un capítulo electivo proveyesen de superior.

Al poco tiempo, el provincial electo, Fray Antonio de Sousa, que ha alcanzado en Roma el cargo de procurador general de la Orden, lo pone en conocimiento de su provincia e instituye como vicario al que lo había sido interinamente: a Fray Francisco de Bobadilla. Cesaba, por lo tanto, en sus gestiones Fray Jerónimo Correa. Pero los religiosos partidarios de D. Antonio lograron que este nombramiento no se publicase.

Felipe II, dueño ya de Lisboa, piensa arreglar las cosas de la Orden de Santo Domingo en Portugal. Encarga al duque de Alba que busque al que ha de ser provincial.

El duque contestaba al monarca que, «bien informado por las personas de allí, era necesario traerle de Castilla. Porque nunca han visto aquí hacerse reformación en ninguna de las Ordenes sino con frailes castellanos».

Era necesario pensar en un fraile castellano. ¿Tal vez en Fray Luis de Granada? El duque de Alba acaso no le haya tratado por estas fechas: 11 de septiembre de 1580. En la misma carta a Felipe II le decía: «*Fray Luis me dicen que está muy viejo y no está para tener cargo.*»

Lo cierto es que el 21 de septiembre del mismo año Fray Jerónimo Correa estaba libre del cargo y venía a re-

emplazarle Fray Antonio de la Cerda, prior de Elvas. Como secretario o amanuense suyo tenía a Fray Vicente de Fonseca. Había intervenido en esta designación el legado pontificio, a instancias de D. Felipe.

Felipe II recela de Fray Luis

El nombramiento de Fray Antonio de la Cerda—no hace falta decirlo—causó profundo desagrado entre los partidarios de D. Antonio. Ni siquiera logró complacer al mismo Fray Luis. Así se lo hace saber el duque de Alba a Gabriel Zayas, secretario del rey. Así lo pudo comprobar poco más tarde el mismo Fray Antonio de la Cerda. Al poco tiempo emprendía la visita de su provincia, y en Santo Domingo de Lisboa, en donde residía el P. Granada, se dió cuenta que no todos condenaban a Fray Jerónimo Correa ni a todos les convencía la justicia de los motivos alegados en el nombramiento de Fray Antonio de la Cerda en favor de éste y en contra de Correa.

¿Tal vez era partidario, en el fondo, de D. Antonio, prior de Crato, o ponía en cuarentena la justicia de la guerra y las pretensiones de Felipe II? Nada más lejos de su ánimo.

Entre los elogios encendidos y al mismo tiempo sinceros—porque él no conocía la baja adulación ni la engañosa lisonja—que se hayan tributado al monarca castellano, pocos habrá más ardientes que los del P. Granada, y precisamente por estos días: «*Defensor de la república cristiana, columna de la fe, muro contra herejes y paganos, vara derecha de justicia, reformador de las Religiones y ejemplo de virtudes...*» [1], le llama en una carta, a 30 de enero de 1580, y dirigida al mismo rey.

No se recata en carta a Zayas—23 de noviembre de 1580—de lanzar su anatema contra D. Antonio, a quien apellida «apóstata del orden sacro, como otro Juliano, que tomó hábito de capa y espada, para que tome las armas y usurpe el reino que no le pertenece y se pierda él y todos cuantos le ayudaron [2]. Ni de recriminar a los teólogos que apoyaban su causa y a los predicadores que la difunden, y les reprocha su ceguera al no ver «que D. Antonio tiraniza el reino, para el cual ningún derecho tiene».

No había en su conducta desdén ni frialdad hacia el monarca y la causa castellana. Ni salía en defensa de Correa y mostraba cierta displicencia con el nombramiento de Fray Antonio de la Cerda porque él apeteciese el cargo.

---

[1] Fr. Luis de Granada: *Obras completas*, t. XIV, pág. 462.
[2] Idem, t. XIV, pág. 465.

Le dolía el ver que por este medio se fuera difiriendo la elección de provincial, con grave quebranto de la provincia, y al mismo tiempo, respetuoso con el monarca, pero más amante de la justicia, salía en defensa de Fray Jerónimo Correa, a quien juzgaba inmerecidamente vejado. Se le deponía por no haber notificado el precepto formal del nuncio a los frailes de su provincia. Pero en esto no veía Fray Luis «desobediencia, sino prudencia». Y en verdad, cuando tan caldeados estaban los ánimos y ya los más graves doctores portugueses habían sentenciado que el precepto no obligaba, por ir contra el derecho natural que a todos obliga a la defensa de su patria; cuando se había predicado—cegados por el rencor—que se podía odiar al castellano—expresamente nos da cuenta de esto el P. Granada—, el notificar el precepto era tender un lazo a sus súbditos, en el que se tenía la infalible certeza de que todos, o casi todos, iban a quedar prendidos. Prudencia era, por lo tanto, el silenciarlo.

Además, Fray Luis conocía las admirables prendas de santidad que adornaban a Fray Jerónimo Correa, y salía en defensa de la inocencia, aunque el hacerlo le acarrease la enemistad del más grande monarca.

Parecía que la ola de pasión se iba encalmando y todo —los religiosos principalmente—entrando en cauce, cuando nuevos acontecimientos vinieron a sembrar la confusión y acrecentar la tirantez.

A principios de 1581, Fray Luis de Granada recibe un *motu proprio* del Papa, que le nombra vicario general de la Orden en Portugal. Se depone a Fray Antonio de la Cerda, a quien reprochan su gestión gubernativa. Se censura la deposición de Correa, a quien se tributa un elogio. Le intima a él, bajo pena de excomunión, para que acepte en el plazo de un día, y con las mismas penas, para que en el término de un mes lo notifique a los frailes y se disponga la celebración de capítulo provincial electivo.

El primer sorprendido fué el mismo Fray Luis de Granada. Sospechaba que tal vez hubiera mediado en las gestiones del *motu proprio* el antiguo provincial Fray Antonio de Sousa, que, como hemos visto, residía en Roma.

Para Felipe II era un chorro de agua fría. Entrañaba la condenación de todo lo hecho hasta ahora.

Fray Luis de Granada escribe al confesor del rey, Fray Diego de Chaves, dándole cuenta del contenido, al mismo tiempo que envía al prior de Evora, Fray Jerónimo Correa, para que se entreviste con el monarca en Elvas. Le anticipa sus proyectos. Ha convocado el capítulo provincial y presiente que saldrá elegido el mismo prior de Evora. «Aunque el remedio sería que de Castilla venga hecho un provincial *auctoritate apostolica*.» Y él se decidía a peni-

tenciar—y con bastante rigor por cierto—a los partidarios más abiertos de D. Antonio, prior de Crato, expulsándolos de la provincia y condenando a galeras a los que hubieran tomado armas y derramado sangre.

Fué el mismo confesor del rey quien le sugirió que lo más acertado sería hacer venir a Fray Luis a su presencia, para que personalmente se pudieran tratar con calma las cosas.

Así se lo pide Felipe II en carta al duque de Alba, rogándole que le provea de todo lo necesario, para que no alegue excusa. Y no contento con esto, escribe también al mismo interesado desde Elvas, a 27 de enero de 1581.

Celebraron una entrevista el duque y Fray Luis, y acordaron que partiese el 30 de enero. Fray Luis se disponía a hacerlo de muy buen grado ; pero el duque de Alba, que se confesaba con Fray Luis y tenía de él un elevado concepto, viéndole de salud tan quebrantada y que ya no podía viajar en litera, temió echarse sobre su conciencia la responsabilidad de este viaje, que acaso acelerase la muerte de quien en tan alto aprecio tenía. Pensando mejor las cosas—y juzgando que no desagradaba a Felipe II—, le ordenó que por ahora desistiese del viaje ; que le entregase el original del *motu proprio* y la carta escrita para Su Majestad, con el fin de remitírselo al rey. Así se hizo.

En respuesta a la carta de Felipe II, Fray Luis de Granada, en otra de 31 de enero, da cuenta al monarca de su buena disposición para emprender el viaje, «por el deseo de besar la mano de Vuestra Majestad», añadiendo sinceros elogios ; pero le anticipa que no podrá ser tan pronto como quisiera, a causa de su maltrecha salud. «Paso de setenta años y tengo una flaqueza, *inflamación en las caderas del continuo uso de predicar*... Con esto se junta que *de un ojo no veo nada y del otro cuasi nada, por lo cual una vez caí en la mar y otra en la tierra, y ambas con manifiesto peligro de la muerte*» [1].

Mientras, algunos habían empezado a poner en duda la autenticidad del *motu proprio*. Examinado por el legado pontificio, vino en declararlo subrepticio y falsamente compuesto, señalando muchos puntos que manifestaban la ficción.

Fray Luis de Granada no acaba de maravillarse de semejante maldad. Por otra parte siente una inmensa alegría al verse libre de cargo tan enojoso. Felipe II, según lo declara al duque de Alba en carta del 5 de febrero, cree que no ha existido culpabilidad por parte de Fray Luis. «... *Si no fuera tan falto de vista, era mucho de maravillar el haberla aceptado ni usado de ella en materia alguna* ; *mas como*

[1] Vid. Fr. Luis de Granada: *Obras completas*, t. XIV, pág. 468.

se presupone que no la vió y que ha sido engañado (como acaece a los hombres tan buenos y tan sencillos como él), yo le tengo por libre de toda culpa en este caso...»

Fray Luis, en carta a Zayas (Lisboa, 21 marzo 1581), explica cómo pudo llevarse a cabo el engaño: «*Bien sabe vuesa merced cuán fácil cosa es ser engañado de otros quien no usa ni sabe engañar. Yo certifico a vuesa merced que, aunque el breve estuviera mil años en mi mano, nunca me pasaría por pensamiento ser posible que religioso falsease letras apostólicas...*» [1].

¡Cómo indignó al monarca la superchería del breve! Veía en toda esta trama una maniobra política de la que no consideraba ajena a la persona de Fray Jerónimo Correa. Y éste fué la primera víctima de sus iras. Le manda encarcelar. Y ordena a la Inquisición que proceda a la investigación del origen del *motu proprio* y que tomen las oportunas declaraciones a Fray Luis de Granada. Nada salió en claro, porque nada se sabía. Y esto no le agradó mucho a Felipe II. Pudo escribir estas desesperadas palabras: «Flojamente se debió de hacer esto y *Fray Luis no debió querer decir quién le dió el breve;* algún día se sabrá esto y otras cosas.»

No era voluntario, sino forzoso, este silencio de Fray Luis; no descubría, porque ignoraba.

Llegó Felipe II a recelar del patriotismo del P. Granada. Pensaba que acaso pudiera existir en él frialdad hacia su causa. El duque de Alba, que le reverenciaba y le distinguía con un amor entrañable, como a confesor y padre, salió en defensa de la inocencia. Escribe al secretario del rey: «*Vi lo que vuesa merced me escribe de Fray Luis de Granada, y si vuesa merced le conociese, vería que es tan diferente de lo que se imagina como va del cielo a la tierra, porque es el hombre del mundo que está más lejos de las cosas de él, y si él no tuviese por tan buena la justicia de Su Majestad, mal podría absolver al general de la empresa...*»

El argumento era irrebatible. Si Fray Luis de Granada tiene por injusta la causa de Felipe II, ¿cómo absuelve cada pocos días al primer paladín de ella?

El que tanto reverencia al monarca y conoce por mediación del duque las disposiciones en que se encuentra, escribe a Zayas una carta, en la que pretende sincerarse y al mismo tiempo torna a la defensa de Fray Jerónimo Correa, caído en la enemistad del monarca. Carta respetuosa, sí, pero digna: «Cuanto toca a las cualidades del padre que está preso, pongo a Dios por testigo que es uno de *los graves y religiosos padres de esta provincia,* y que además de las otras virtudes, vive con mucho temor de Dios, y es

[1] Vid. Fr. Luis de Granada: *Obras completas,* t. XIV, pág. 474.

tan ajeno de ambición, que en la elección pasada de provincial, estando en iguales votos con Fray Antonio de Sousa, casó su voz, y con esto salió Fray Antonio provincial, y agora, cuando el legado le absolvió, replicando nosotros, él luego a la hora sin réplica obedeció...» (14 febrero 1581). Y aun no temió añadir en otro lugar: «... A cuya majestad plega que a la hora de mi muerte me halle yo tan inocente en su juicio *cuanto lo está el padre Fray Jerónimo Correa del crimen por que está preso*...» (21 marzo 1581)[1].

Los recelos de Felipe II se fueron desvaneciendo como por ensalmo. Llegó a convencerse de la inocencia de Fray Luis, que le reverenciaba como a su rey y le alababa como a monarca íntegramente católico. Constituyeron estos años un paréntesis erizado de espinas, que dulce y suavemente se cierra. Fray Luis, en medio de estos azares, no ha suspendido su ocupación predilecta: escribir. En 1580 había publicado el cuarto tomo de sus *Conciones de tempore*, dedicado al patriarca de Valencia. Siguieron las *Conciones de sanctis*. Y está metido en más ambiciosas empresas. No tardará en publicarse su obra perfecta: *Introducción al símbolo de la fe*, en cuatro tomos, a los que añadirá, en 1585, el quinto, compendio de los anteriores.

En el verano de 1581 entraba en Lisboa Felipe II. A los pocos días predicaba en su capilla Fray Luis de Granada. Así se lo comunica en carta el monarca a sus hijas. Estaba el P. Granada aviejado y sin dientes, pero el sermón resultó un prodigio. El monarca prolonga su estancia en Lisboa más de año y medio. Visitaba en su celda de Santo Domingo al frailecito granadino. Y cuando a primeros de 1853, dejando en la regencia a su sobrino el archiduque y cardenal Alberto durante la menor edad del infante don Felipe, abandone la capital portuguesa, evocará en Castilla como una gloria a aquel fraile que desde el retiro de su celda pobre está enjoyando de luz y de oro la corona de su Imperio. Y paladeará como un regalo los sabrosos coloquios, olvidando para siempre los viejos recelos.

Y la devoción al fraile «tan bueno y tan sencillo» le acompañará hasta la muerte. En esa hora—nos cuenta Luis Cabrera—recrea y conforta su alma con un libro granadino que le habla en lengua celeste del consuelo que le espera.

RESPLANDORES DE UN OCASO (1582-1588)

Su estancia en Portugal ha sido un camino de triunfos sembrado de cruces. Ahora, con el año 1582, se le va para

[1] Fr. Luis de Granada: *Obras completas*, t. XIV, págs. 474-75.

siempre otro entrañable valedor y amigo: el duque de Alba. Él recoge su postrer aliento y el último fulgor de aquella virtud tan acrisolada. Las dos cartas escritas por Fray Luis a la duquesa son el más bello y sincero elogio que se haya tributado a D. Fernando Alvarez de Toledo.

Tras la pasada tormenta bajo el cielo portugués, brilla alta, señera, la estrella de Fray Luis. Sus resplandores irradian por el mundo. Ha llegado la hora de su glorificación, la apoteosis triunfal, aunque velada, es cierto, por alguna sombra.

El cuerpo ya se doblega. «De un ojo no veo nada, del otro cuasi nada.» En las cartas añadirá con frecuencia estas palabras: «perdone la mano ajena, por falta de vista.» El alma sigue lozana y fresca. A medida que se apaga la luz en sus ojos es cuando más claridad da al mundo. De su celda salen continuos mensajes para cuantas personas de nombradía se consagran a la virtud: San Carlos Borromeo, Beato Juan de Ribera, P. Ribadeneira... Van y vienen. Y las que llegan, bordadas de elogios, pidiendo luz y oraciones. Santa Teresa de Jesús da gracias a Dios por haber concedido al mundo a Fray Luis «para el grande y universal bien de las almas». San Carlos Borromeo podrá decirle al Papa: «Entre todos aquellos que hasta nuestros tiempos han escrito materias espirituales, que yo haya visto, se podrá afirmar que no hay alguno que haya escrito libros ni en mayor número ni más escogidos y provechosos...» Y el refrendo definitivo que todo escritor católico anhelaría como supremo galardón para su obra viene a darlo, a petición del cardenal arzobispo de Milán, el Pontífice Gregorio XIII:

«... *Siempre nos fué muy acepto vuestro largo y continuo trabajo en apartar a los hombres de los vicios y traerlos a la perfección de la vida y de mucho fruto y contento para aquellos que tienen deseo de su propia salvación. Habéis predicado muchos sermones, publicado muchos libros llenos de gran doctrina y devoción; lo mismo hacéis cada día, y no cesáis en presencia y en ausencia de ganar las más almas que podéis... Para vos habéis ganado de Dios muchas coronas, entendiendo con toda caridad en este oficio, que es cierto ser de muy gran importancia. Pasad, pues, adelante, como hacéis, llevando con todas vuestras fuerzas este cuidado y acabando las cosas que tenéis comenzadas (que entendemos tenéis algunas), y sacadlas a la luz para salud de los enfermos, esfuerzo de los flacos, contento de los que tienen salud y fuerza y para gloria de la militante y triunfante Iglesia.*» (Dado en Roma, a 21 de julio de 1582.)

Era la consagración de su obra y pudiera ser el broche de oro de su vida de escritor. Para dar cumplimiento a los

deseos del Papa, sigue escribiendo, y a él, agradecido y enternecido, dedica su *Sylva locorum communium*..., arsenal para predicadores.

En enero de 1583, escribiendo al Beato Juan de Ribera, le dice: «He acabado ya el oficio de escribir, y querría agora, dándome Nuestro Señor su gracia, gastar eso poco que me queda de vida en aparejarme para el día de la cuenta, pues está tan cerca» [1]. Sí, éste era su deseo. No lo cumplió. El mejor aparejo para la muerte, ¿no sería el que ésta le sorprendiese con la pluma en la mano?

Al final de su vida clara, una nueva ligera sombra. Otra nueva cruz en esta carrera de gloria: la superchería de aquella monja milagrera que fingía milagros y mentidas llagas. Engañó a muchos, y a Fray Luis con ellos. De los otros, todos se han olvidado. A él nadie quiere perdonárselo, contando con sobrados motivos.

¿Explicación? «De un ojo no veía nada, de otro casi nada.» «Bien puede ser engañado de otros quien no usa ni sabe engañar», diremos con él mismo. Era, por bueno, un alma candorosamente infantil.

Feliz engaño, que mereció tan ventajosa reparación. Con el pulso que ya le tiembla, escribe para lección y desagravio, en el dintel de la muerte, el sermón más acabado que jamás se haya escrito sobre el pecado de escándalo: el *De las caídas públicas*. «Canto de cisne, que cuando muere canta más suavemente», como pudo decir el licenciado Luis Muñoz. Rodeado de sus hermanos, en la celda humilde de Santo Domingo de Lisboa, en plática fervorosa a los novicios, con la pluma en la mano, como siempre había vivido, se apaga con el año de 1588 una de las más claras lumbreras de toda la historia de España: Fray Luis de Granada.

RETRATO DE FRAY LUIS

El licenciado Luis Muñoz ha trazado en unas pinceladas el retrato físico de Fray Luis de Granada, que, según los enterados, responde a la realidad:

«Fué de estatura más que mediana, mas de majestad; de gran hueso, corpulento en proporción; tuvo en el rostro una apacibilidad angélica, con la carne muelle, delicada y colorida; los ojos algo encogidos, mas alegres y modestos, puestos continuamente en la tierra; la frente espaciosa y serena, con las líneas que del derecho de la nariz de tal manera se juntaban, que formaban una estrella; los dientes blancos y con buen orden; la nariz aguileña, algo creci-

[1] Fr. Luis de Granada: *Obras completas*, t. XIV, pág. 492.

da... ; la boca de mesura ; el pelo, un tiempo algo de rubios, después pararon en blancos ; la cabeza gruesa, algún tanto calva ; era dulcísimo en la conversación y amigo de todos.» (De la *Vida del P. M. Fr. Luis de Granada*, lib. II, capítulo XXV.)

¿Y en cuanto a su alma? Diremos con Felipe II : «*Fué bueno y sencillo.*» Ni le deprime el trato de los humildes ni le envanecen los halagos de los poderosos. Dulce y afable con todos, sin entregarse con excesiva familiaridad a nadie. Desde la cima de la gloria miraba a la humildad de la cuna. En Portugal y en Granada, siempre idéntico. En el palacio y en el convento, la misma delicada sencillez. Idéntica austeridad en su vida, sin un regalo en la comida ni en el vestido. Una capa raída y jironada por todo aderezo.

Laborioso. Constante en la oración, fué grande favorecedor de quienes se encaminaban por la senda de la virtud. Caritativo con los necesitados, el oficio que más le complacía era el de limosnero. Defensor de la inocencia, se inclinó siempre, sin respetos humanos, al lado de la justicia. Incapaz de obrar el mal a sabiendas y de pensar mal de nadie. Nada suspicaz, era, por bueno, candoroso, con una encantadora ingenuidad de niño.

OBRAS

Aunque ya en la reseña biográfica que antecede hemos enumerado los principales escritos de Fray Luis de Granada y la fecha en que vieron la luz, presentamos ahora una lista más completa, como muestra de su infatigable fecundidad ; la mayoría fueron escritas en castellano, bastantes en latín y algunas en portugués, aunque han sido vertidas a nuestra lengua :

Oración y meditación (texto primitivo). *Guía de pecadores* (texto primitivo). *Memorial de la vida cristiana. Adiciones al «Memorial». Introducción al símbolo de la fe. Guía de pecadores. Oración y meditación* (Estos dos, especialmente la *Guía*, notablemente reformados después de la inclusión en el *Catálogo de libros prohibidos* de la Inquisición). *Tratado de la oración y meditación* (compendio). *Manual de oraciones* (y posteriormente otro manual, pero ampliado). *Memorial de lo que debe hacer el cristiano. Tratado de algunas oraciones. Vita Christi. Tratado de meditación. Recopilación del libro de la oración. Oraciones y ejercicios espirituales. Trece sermones. Doctrina espiritual. Diálogo de la Encarnación. Seis biografías. Sermón de las caídas públicas.*

Traducciones : *La imitación de Cristo, o Comptentus*

mundi. La escala espiritual, vertidas del latín y añadiendo bastante por su cuenta en esta última.

Obras latinas: *Innumerables sermones de tiempo y de santos. Sylva locorum. Collectanea moralis philosophiae. Seis libros de la retórica eclesiástica. Locci communes.*

En portugués: *Compendio de la doctrina cristiana. Algunos sermones.*

No se agota con esto el catálogo de sus obras, pero juzgamos que son las suficientes para darle papel de primer actor en la escena literaria española. Analizarlas todas sería una labor meritoria, pero de mucho esfuerzo y ajena a lo que en este trabajo nos hemos propuesto. Pretendemos dar una noticia algo más extensa, muy poco, de las cuatro principales, que son al mismo tiempo el manantial más frecuente y casi exclusivo del tratado que a continuación añadiremos: *La suma de la vida cristiana.*

«Oración y meditación»

Este libro de oro, joya de la literatura universal, fué escrito en el retiro apacible y encantador de la sierra cordobesa. A orillas de un arroyuelo, que hoy lleva su nombre, iba cincelando con amor la maravilla de su prosa, filigrana de orfebrería. Ignoramos la fecha exacta. La primera edición acaso se haya hecho en Sevilla. A ella parece aludir el Beato Juan de Avila en carta del 10 de marzo de 1547 al arzobispo de Granada don Pedro Guerrero, recomendándole como auxiliar de los predicadores de su obispado «algunos libros devotos como los de Fray Luis».

No obstante, la primera que conservamos es la que vió la luz en Salamanca (1554), en casa de Andrea Portonaris. Fray Luis quería que se tuviera como original, por lo cuidada, la de 1555, también de Salamanca.

Ya hemos dicho en otro lugar que el inquisidor Valdés, no muy amigo de frailes, según el testimonio de Carranza, la incluyó en su *Catálogo de libros prohibidos* pretextando encontrar algunas frases con sabor de alumbrados. Releyéndola hoy desapasionadamente, a cuatro siglos de distancia, sin la hipersensibilidad y las inquietudes de aquellas horas, nada hallamos que no pueda tener una interpretación perfectamente ortodoxa.

Fiel al deseo de la Inquisición—siempre sintió una profunda y sincera veneración por este tribunal—, la retocó y cambió algunas cosas, no muchas, sin que la obra perdiera nada. En adelante pudo correr en manos de todos, sin recelos y sin suspicacias—la alarma de Fray Alonso de la Fuente a nadie preocupó—, para lección y aliento de las almas.

Fray Luis la dedicó a dos buenos amigos: Fray Lorenzo Figueroa y Fray Antonio de Córdoba, S. J., este último hijo de los condes de Feria.

El intento de esta obra nos lo manifiesta en el prólogo: «escribir un libro de meditación y consideración de las cosas divinas y de los misterios principales de nuestra fe»; «porque la causa de nuestros males no es tanto falta de fe cuanto de consideración de los misterios».

Deseaba, según el proyecto primitivo anunciado en el prólogo, dividirla en tres partes. La primera suministra materia para la oración y consideración: catorce meditaciones, dos para cada día de la semana, mañana y tarde, sobre la Pasión, aborrecimiento del pecado y los novísimos, tema adecuado «para enfrenar los corazones e inclinarlos más al amor y temor de Dios».

Como las meditaciones pudieran parecer excesivamente extensas, las encabeza, para los que no dispongan de tanto tiempo, con una especie de esquema.

El final de este primer tratado son unas enseñanzas relativas a las partes de la oración y a los puntos que se han de meditar en cada una de las escenas de la Pasión para que la consideración resulte de más provecho.

En la segunda parte busca remedio para quienes se encuentran faltos de calor y de devoción. Señala las cosas que impiden la devoción y las que la ayudan, las tentaciones más frecuentes que se padecen y el modo de sortearlas para llegar al puerto sin riesgo.

Prometía en el prólogo, pero que se quedó en simple promesa por ahora, que saldará más tarde en el segundo tomo de la primitiva *Guía de pecadores*, una tercera parte con un manojo de oraciones para antes y después de la confesión y comunión, brasas vivas que pudieran caldear el alma en el amor de Dios.

En ediciones posteriores ocupan esta tercera parte unos trataditos en alabanza de la oración, el ayuno y la limosna.

La *Oración y meditación* es una obra perfecta. Escrita en la primera mitad de su vida, no hay en ella vacilación de principiante. «Libro shakesperiano» quiso llamarlo Azorín. Movidos por este calificativo, Laín Entralgo y Astrana Marín, en pacífica polémica periodística, buscarán el posible influjo en la escena del *cementerio*, de Shakespeare.

En Azorín pudiera espigarse el mejor ramillete de elogios. Evocando la escena del enterramiento y la sepultura pintada por Fray Luis, no se arredrará en escribir: «La lengua castellana no ha llegado nunca a más terribilidad y a más sutileza angélica. Los dos elementos se confunden y entremezclan en este libro... El idioma es para él oro maleable. La lengua castellana se adelgaza y sutiliza... *Libro de la oración y meditación*, atravesado por trenos

trágicos e iluminado por fulgores célicos. ¿Habrá en otra lengua, en España no, tal cantidad de emoción en tan pocas páginas? Los sones articulados del lenguaje humano, ¿pueden decir más? La exteriorización de la sensibilidad humana, ¿puede ser más intensa?» [1]. Si a estas agregamos *Las meditaciones de la pasión, El descendimiento de la cruz y llanto de la Virgen,* podemos añadir, sin hipérbole, que no hay, en lengua castellana al menos, mayor ternura y delicadeza de afectos servidos en copa de oro más primorosa.

¡*Libro de la oración y meditación,* que el propio autor reiteradamente vuelve sobre él, amplía, resume, comenta, como quien siente un inefable regusto en la obra bien hecha!

«Guía de pecadores»

En Badajoz, bajo un cielo terso y sin arrugas y en un clima extremado, escribió la mayor parte de este libro, finalizándola en la nación vecina y hermana. Se publicó por primera vez en Lisboa, en casa de Juan Blavio de Colonia, con una preciosa dedicatoria a la noble y cristiana señora D.ª Elvira de Mendoza, confesada suya, de quien años más tarde cantó las virtudes en una breve biografía.

El argumento de este libro era una exhortación a la virtud, señalando en la segunda parte los caminos para alcanzarla y añadiendo al final la tercera parte prometida, como ya hemos visto, en el de la *Oración y meditación.* Era un compendio que deseaba ampliarlo más tarde. Vino a ayudarle y a estimularle en este empeño el rigor inquisitorial del arzobispo de Sevilla Fernando Valdés, cortando su circulación mediante la inserción en el *Indice*, Ignoramos los motivos, puesto que aquí no hay ningún pasaje con resabios de iluminismo ni sobre él recayó la censura severa de Cano. Acaso se debiera a versión al castellano de varios pasajes de la Sagrada Escritura, que, como sabemos, se miraba con mucho recelo en aquellas horas. Lo cierto es que, si a Fray Luis este anatema le trajo sus sinsabores, a nosotros nos ha hecho un inmenso favor, puesto que le obligó a volver sobre él, a fundirlo casi de nuevo y a mejorarlo notoriamente.

En 1567 y en Salamanca, de las prensas de Andreas de Portonariis salía para correr el mundo una nueva edición, con esta advertencia del autor: «Este libro, cristiano lector, sale agora a luz emendado, y casi hecho nuevo por su

[1] Azorín: O. c., pág. 54.

autor; impreso con aprobación y licencia este año de 1567, y por eso puede correr y ser leído de todos.»

Correr y ser leído de todos fué el alto y noble destino de esta nueva edición, que cada día se repite, sin que nadie, más que los bibliófilos, se acuerde de la primera. Como es la que ha gozado del favor popular, preferimos hacer un ligero análisis de ella.

El propósito, cumplido con creces, era como el de la *Guía* primitiva: una exhortación a la virtud, mostrando el camino para su logro. Comprende dos libros.

El primero, subdividido en tres partes. La primera es una persuasión basada en las obligaciones que nos ligan a Dios por ser Él quien es, por sus perfecciones o por las mercedes que de Él hemos recibido: creación, conservación. Mas por si acaso la gratitud no nos moviese, nos estimula con el señuelo del premio o con el temor del castigo. Por eso añade unas meditaciones acerca de los novísimos.

Insiste en la segunda parte en lo mismo, pero aduciendo los bienes de gracia que en esta vida se prometen a la virtud y los males de que nos libra; consuelos espirituales, alegría de la buena conciencia, confiada y serena esperanza. Paz. Auténtica libertad. Muerte tranquila.

En la tercera parte sale al paso de las excusas de los hombres viciosos para dar de mano a la virtud. Su pluma, con dialéctica habilidad, va rebatiendo una por una toda esa trama encadenada de objeciones y falsas disculpas, dando cumplida respuesta. A los que dilatan la penitencia para última hora les muestra lo engañosa que es esta postura y los espejismos que se padecen. A los que se escudan en la misericordia para vivir más a las anchas, les manifiesta su proceder temerario. Y a los que se desalientan por la aspereza del camino, les declara la suavidad de la gracia y les estimula con la claridad y recompensa que se vislumbra en la cima. El amor del mundo, que va empedrando de obstáculos el sendero de la virtud, nos lo pinta en toda su fugacidad y engaño.

No es suficiente exhortar a la virtud. Hay que señalar el camino para alcanzarla. Esto hace en el segundo libro, dividido en dos partes.

Para ser virtuoso, lo primero es estar exento de vicios y de pecados. De los principales vicios, pecados capitales, mortales, veniales, y de sus remedios trata en esta primera parte.

En la segunda parte extiende su consideración al estudio de las virtudes «que hermosean el alma con el ornamento espiritual de la justicia. Y porque a esta justicia pertenece dar a cada uno lo que se le debe dar, así a Dios, como al prójimo, como a sí mismo, así hay tres maneras de virtudes de que se compone: unas que principalmente sirven para

cumplir con lo que el hombre debe a Dios, y otras con lo que debe a su prójimo, y otras con lo que debe a sí mismo. Y esto hecho, no resta más para cumplir toda virtud y justicia... Y lo cumplirá el hombre perfectísimamente si tuviere estas tres cosas: para con Dios, corazón de hijo; para con el prójimo, corazón de madre, y para consigo, espíritu y corazón de juez» [1].

Deberá, por tanto, el hombre, obrando como juez, empezar por reformar lo que atañe a su cuerpo: sentidos externos e internos, y lo que mira a su alma: afectos y potencias. Después vendrá la obligación de obediencia para con Dios y de caridad para con el prójimo. Para que el tratado sea completo, añade unas consideraciones sobre los deberes de los estados.

Las dos partes de este segundo libro van precedidas de unos preámbulos, indispensables para quienes anhelan seguir el camino de la virtud: sentir la importancia de esta empresa y entregarse a ella con ardor y con cariño, arrostrando las dificultades.

Corona la obra con una carta de Euquerio, discípulo de San Agustín, que había tratado, en compendio, el mismo tema.

¿Estamos en presencia de la obra maestra de Fray Luis? El ánimo, deslumbrado, no sabe por cuál inclinarse. Prefieren algunos la elocuencia de la *Oración y meditación*, otros la delicada sencillez y la fuerza descriptiva del *Símbolo de la fe*. Su autor—ya lo hemos dicho—la distinguía con su predilección. Y todos con él tenemos que exclamar maravillados: «¡Buen cielo y buen clima debía ser el de Badajoz!» Y porque no todo es obra del medio ambiente, nos vemos forzados a añadir: ¡Soberano artista es el que ha logrado este milagro de esplendorosa belleza!

Son muchos los que, distanciados del libro por sus ideas, se sienten ganados por el hechizo de su hermosura. Menéndez y Pelayo [2] nos cuenta lo que le acaecía al heterodoxo abate Marchena, reflejo de lo que ha sucedido a otros muchos: «Y, sin embargo, en la misma cárcel, teatro de estas pesadísimas bromas con la eternidad y con la muerte, leía asiduamente Marchena la *Guía de pecadores*, de Fray Luis de Granada. ¿Era todo entusiasmo por la belleza literaria? ¿Era alguna reliquia del espíritu tradicional de la vieja España? Algo había de todo, y quizá lo aclaren estas palabras del mismo Marchena al librero Faulí, en Valencia, el año 1813: "¿Ve usted este volumen, que por lo ajado muestra haber sido tan manoseado y leído como los breviarios viejos en que rezan diariamente nuestros clérigos?

---

[1] FR. LUIS DE GRANADA: *Obras completas*, t. I, pág. 405

[2] *Heterodoxos*, t. III, págs. 376-377.

Pues está así porque hace veinte años que lo llevo conmigo, sin que pase día en que deje de leer en él alguna página. El me acompañó en los tiempos del Terror en las cárceles de París; él me siguió en mi precipitada fuga con los girondinos; él vino conmigo a las orillas del Rhin, a las montañas de Suiza, a todas partes. Me pasa con este libro una cosa que apenas sé explicarme. Ni lo puedo leer ni lo puedo dejar de leer. No lo puedo leer porque convence mi entendimiento y mueve mi voluntad de tal suerte, que mientras lo estoy leyendo me parece que soy tan cristiano como usted y como las monjas y como los misioneros que van a morir por la fe católica a la China o al Japón. *No lo puedo dejar de leer, porque no conozco en nuestro idioma libro más admirable*''.»

El mismo sortilegio que modernamente ha padecido Azorín. De él es este encendido elogio: «El estilo es soberano. Fray Luis *no escribe*; es decir, empapada su subconsciencia de arte, polarizada hacia el arte toda su personalidad, no necesita pensar en cómo va a escribir. Escribe sin pensar. Su sensibilidad va directa de los nervios a las cuartillas. Por eso no hay en nuestra literatura estilo más vivo, más espontáneo, más vario y más moderno. Fray Luis es de ahora como de hace cuatro siglos. Tiene de todo en la *Guía de pecadores*: la rapidez y la animación; la nota tierna y la plácida; la insinuación simpática y efusiva; el rasguño satírico y agresivo; la imprecación ardorosa y tumultuaria...» [1]. Después de lo dicho por tan preclaro escritor, a nosotros no nos resta más que poner punto final.

«MEMORIAL DE LA VIDA CRISTIANA»

En Lisboa—nos lo cuenta en la dedicatoria—escribió un compendio que comprendía la *Vita Cristi*, una regla concisa de vida cristiana y algunas oraciones con diversa finalidad y para pedir el amor de Dios. Se agotó rápidamente, y esto le dió alientos para embarcarse en otra de más anchos vuelos.

Apareció por primera vez en Lisboa, dos tomos (1565), con una dedicatoria a la serenísima infanta de Portugal doña María. La segunda edición es de Alcalá de Henares, en 1566, en casa de Pedro Robles y Juan de Villanueva.

Los dos tomos están subdivididos en siete tratados. Su aspiración es hacer un perfecto cristiano, y quiere empezar desde la cuna hasta llevarlo a la cumbre. «Y para esto hago cuenta que lo tomo entre las manos así, tosco y rudo, como quien lo corta de un monte con sus ramas y su corteza,

[1] Vid. AZORÍN: O. c., pág. 48.

y comienzo a labrar en él poco a poco hasta llevarlo a su debida perfección»[1].

Primer tratado: Una exhortación a la virtud y mudanza de vida, poniendo delante el paraíso y el infierno y el cúmulo de bienes que acompaña a la virtud. Lo mismo que en la *Guía de pecadores*, pero más en esquema.

Segundo: Como consecuencia del primero, se desprende la enmienda y mudanza de vida, mediando la penitencia. Le enseña cómo debe hacerla.

Tercero: La comunión.

Cuarto: Como hay algunos que se contentan con hacer sólo lo necesario y otros que anhelan más subida perfección, traza dos reglas de bien vivir.

Segundo libro: Nadie puede comenzar ni perseverar en la buena vida sin el auxilio de la gracia, que se alcanza mediante la oración; por eso en el quinto tratado nos habla de la oración vocal, presentando un ramillete de oraciones.

Sexto: De la oración mental o meditación. Para no repetir lo escrito en el libro de la *Oración y meditación*, insiste en los principales pasos de la vida del Señor, la *Vita Christi*.

Séptimo: El ápice de toda perfección es el amor de Dios. De él nos habla al final del libro.

Posteriormente escribió *Adiciones al «Memorial»*, que viene a ser una ampliación del séptimo tratado.

Está escrito en un estilo de extremada elegancia. Reiteradas ediciones nos manifiestan el favor que le ha dispensado el público.

«INTRODUCCIÓN AL SÍMBOLO DE LA FE»

En casa de los herederos de Matías Gast, Salamanca, 1583, con una dedicatoria al arzobispo don Gaspar de Quiroga, primado de las Españas e inquisidor general, se publica esta obra en cuatro tomos.

Su autor—Fray Luis de Granada—, que había consumido su larga existencia, como una llama que alumbra y calienta, en el noble empeño de encaminar las almas por la virtud, en una tarea ascética y mística, ahora, en la frontera de la muerte, octogenario, achacoso, sin luz en sus ojos, quiere coronar la carrera con una obra de tinte dogmático y apologético. Fuera hay una confederación de apostasías protestantes que van deshilachando con sus negaciones la túnica de la Iglesia. Aquí, sobre el suelo católico de las Españas, el fraile dominico levanta su voz de centinela, grito valiente de fe y de defensa. La *Introduc-*

[1] FR. LUIS DE GRANADA: *Obras completas*, t. III, pág. 6.

ción al símbolo es una vigorosa apología. La Creación y la Redención, los dos grandes dogmas, constituyen el nervio de toda la obra.

En el primer libro, en el de la Creación, vemos cómo todos los seres van saliendo de las manos de Dios puros y nuevos. Los elementos, las plantas, los animales, el hombre. Descripciones maravillosas, ricas de pormenores, minuciosas, con pinceladas de extremada delicadeza. Hay mucho en su libro de San Basilio, San Ambrosio, Plinio... ; pero hay más de su larga experiencia de finísimo observador. Fray Luis amaba con pasión la naturaleza, con un amor cristiano, libre de todas las efusiones panteístas. En ella, como en un espejo, ve el reflejo de la hermosura de Dios. Y esto quiere que sean todas las criaturas: espejos, huellas luminosas que nos hagan ascender hasta el Creador «¿Qué serán luego todas las criaturas de este mundo, tan hermosas y tan acabadas, sino unas como letras quebradas e iluminadas que declaran bien el primor y sabiduría de su autor?» [1].

En el segundo libro nos habla de las excelencias de la fe y religión cristiana, atestiguadas por la santidad de vida que engendra y por los altos testimonios de los doctos, de los mártires, de los milagros, de las profecías.

Los dos últimos libros los consagra a cantar la obra generosa de la Redención. En el tercero va discurriendo sobre su necesidad y conveniencia, examinada a la luz de la razón, señalando los frutos que penden para nuestro bien del árbol redentor de la cruz. Figuras que en el Antiguo Testamento simbolizaron la venida y el misterio de Cristo, para terminar con cuatro diálogos sobre la Redención y Pasión.

Prosigue en el cuarto libro hablando de la Redención, pero a la luz de la fe, deteniéndose en las profecías que demuestran ser Cristo el Mesías prometido por la ley. Pensaba Fray Luis al escribir esta parte en los innumerables judíos que vivían en el reino de Portugal.

Finaliza la obra con once diálogos sobre la Trinidad, el Santísimo Sacramento del Altar...

Dos años más tarde volvió de nuevo sobre esta obra, añadiendo un quinto libro, que viene a ser recopilación de los anteriores.

Libro maravilloso, escrito a los ochenta años, sin que se note un vislumbre de cansancio. El estilo de Fray Luis ha llegado a la cumbre: a esa soberana sencillez en la que no se descubre esfuerzo alguno y el lector se cree con arrestos para escribir él mismo esas páginas. Su cuerpo abatido entraba en el invierno de su vida; su alma limpia, recién estrenada, permanecía en una perenne primavera.

---

1 Vid. Fr. Luis de Granada: ,*Obras completas*, t. V, pág. 36.

EN SU ÉPOCA Y EN LA NUESTRA

«Místico, ascético, teólogo, filósofo, orador, escritor, santo y hombre de sociedad, prelado y súbdito, todo ello en una pieza fué Fray Luis de Granada» [1]. Así escribía en febrero de 1934 el llorado P. Getino. Esta personalidad polifacética nos explica el extraordinario influjo que en sus días ejerció el fraile dominico. Era el escritor y el predicador de todas las capas sociales. Los nobles—condes de Feria, duque de Medina Sidonia—vivían prendados de su palabra. Los reyes—D. Juan III, cardenal infante, D.ª Catalina, archiduque Alberto—le franqueaban las puertas de sus palacios y se aquietaban a sus consejos. El duque de Alba —flor de los capitanes cristianos—le encomendaba la dirección de su alma y le hacía su espléndido limosnero. Le tenía en tan alta estima, que en homenaje a él no le importaba contrariar los deseos de su monarca. Hasta en las misiones diplomáticas los embajadores de Castilla querían la intervención del religioso. Felipe II leía como un regalo sus sermones; los escuchaba en su capilla, y luego, en la celda pobre, sin sillas, sentado en su misma cama, prolongaba la sabrosa plática. Los santos—Teresa de Jesús, Carlos Borromeo, Juan de Ribera, Juan de Avila, Fray Bartolomé de los Mártires—le veneran y ensalzan sus escritos. Otros—Pedro de Alcántara—devotamente los compendian. El más alto Concilio—el de Trento—los sanciona con su autoridad, y el jefe de toda la cristiandad — Gregorio XIII—viene a poner la rúbrica definitiva.

Escribe para auxiliar a los predicadores y para edificación de los fieles, a instancias de prelados y de monarcas. El mundo está colgado de su pluma. Los mismos literatos se deshacen en encendidas alabanzas:

«Agora—comenta Ambrosio de Morales—ya tenemos las obras de Fray Luis de Granada en castellano, donde, aunque las cosas son tan celestiales y divinas, están dichas con tanta lindeza, gravedad y fuerza en el decir, que parece no quedó nada de esto para mayor acertamiento.»

Xea, en el *Comentario a los Evangelios*, podía añadir: «Nadie habló con mayor elocuencia ni con más eficacia que él, nadie tan castamente, sin vanas y superfluas palabras.» Y no faltará autor anónimo que, conforme al documento exhumado por Artigas, se atreva a decir: «... Haránse muchos vocabularios de los vocablos de este tiempo, que es el más florido, y no faltarán Nizolios que, como éste escogió las palabras de Cicerón, recojan las de Fray Luis de

[1] P. ALONSO GETINO: *El Debate*, febrero 1934.

Granada, que es quien más y mejor ha escrito en estos siglos.»

Fray Bernardino Villegas no se contenta con esto, y por su cuenta agrega «que Fray Luis de Granada santificó la lengua castellana». No eran exclusivamente las clases distinguidas las que encontraban en los escritos del granadino mieles de todas las dulzuras. «Hasta las mozas del cántaro —escribe el P. Arriaga—traían sus libros bajo el brazo, y las fruteras y verduleras los leían cuando pesaban y vendían la fruta.»

Por sus manos pasan los negocios más complicados del reino y los problemas más delicados de las almas. Van y vienen correos de Portugal a Castilla. Esa celda modesta, sin más aderezos que unos cuadros sobre la blanca pared, es centro de las miradas del mundo. Por los resquicios de esas ventanas entreabiertas, ¡qué chorros de luz se difunden!

Y cuando la muerte apague la luz de su vida, aun quedará el milagro sorprendente de sus obras, que perpetúen el bienhechor influjo. No sólo en España y Portugal. Transponen todas las fronteras. Se vierten a todos los idiomas. En Francia las apadrina nada menos que un San Francisco de Sales: «Tened, os ruego, las obras de Granada y sea éste vuestro breviario... Mi opinión sería que comenzaseis a leerlo por la *Guía de pecadores;* después que paséis al *Memorial;* después, que lo leáis todo...» Las recomendaba, pero además las meditaba y se servía de ellas para sus escritos. Los cardenales Duperron y De Berulle, Santa Luisa de Marillac, se convierten en fervientes propagandistas.

El obispo de Barcelona Climent nos podrá asegurar que la *Retórica eclesiástica* de Fray Luis contribuyó a que se estableciera o restableciera en Francia la elocuencia sagrada. Cerca de cuatrocientas ediciones de sus obras son el exponente más significativo de esta influencia, que de los libros se transvasaba a las almas.

El cardenal Riario—legado pontificio en Portugal—y San Carlos Borromeo patrocinan la difusión en Italia. Cerca de las quinientas ediciones han podido registrar los investigadores.

A pesar de las cortapisas protestantes, no se pudo impedir que en Inglaterra y Alemania sobrepasaran—en cada una de ellas—más del medio centenar de ediciones ni que la *Oración y meditación* se convirtiera—según Astrana Marín—«en el libro de cabecera del elemento católico inglés».

Traducciones en unos quince idiomas. Ediciones y nuevas ediciones. El diligente investigador P. Llaneza pudo comprobar más de cuatro mil, y como aun quedaba inmenso campo para la exploración, acaso haya que elevar la cifra a las seis mil. Nada tiene de aventurado el afirmar

—como lo hizo el P. Getino—que Fray Luis de Granada es el escritor español más leído en el mundo.

Si alguna vez entre nosotros los *cultos* dieron en la flor de olvidarse, por desdén hacia su condición de religioso, de Fray Luis de Granada, esto no era obstáculo para que prosiguieran multiplicándose las ediciones, se entrara a saco en su obras y los predicadores repitieran a coro párrafos de sus sermones o sermones enteros—como nos cuenta el historiador de nuestra literatura Angel Salcedo que le aconteció comprobar a él mismo—, y sin citarlo siquiera.

Las almas sencillas encontraron siempre, sin posibles olvidos, manjar delicioso en su lectura, luz y consuelo para su espíritu.

Fray Luis no es de ayer ni de hoy. Es de todos los tiempos. Si en alguno pudo haber parcial eclipse en el recuerdo, hoy podemos anunciar con gozo que retorna a cobrar rango de primerísima figura. El P. Justo Cuervo, O. P., con sus ediciones críticas; el P. Maximino Llaneza, O. P., con sus diligentes investigaciones bibliográficas, y los atinados prólogos e introducciones del P. Getino, no han tenido poca parte en esta revalorización.

Los amantes de las buenas letras acaso deban el retorno a Granada y el nuevo paladeo de sus dulzuras a un atildado y primoroso escritor—Azorín—, que es quien con más fervorosa devoción se ha consagrado a su exaltación y estudio. No es un enamorado de primera hora. El mismo nos confiesa que sentía por él instintiva ojeriza y que permaneció quince o veinte años sin adentrarse en sus escritos. Después, ganado por el inefable sortilegio de toda su obra, no ha podido desprenderse de su lectura. Le analiza, le cita, *oportune e importune*. Granada es su obsesión. Le ha consagrado dos libros, y casi no hay artículo ni obra suya en que no se vislumbre la presencia del granadino.

El número de los admiradores sinceros de Fray Luis de Granada va acreciendo por días. Aun ayer, otro preclaro escritor, Pedro Laín Entralgo—florida realidad, pero más esperanzadora promesa—, le dedicaba el discurso de ingreso en la Academia de Medicina. Con ardiente anhelo esperamos la nueva obra que trae entre manos. Con gozo alborozado podemos saludar este retorno a Granada, porque será para gloria de las letras españolas y en beneficio de las almas.

SEMBLANZA LITERARIA

Fray Luis de Granada consagró su pluma y su vida, en total y gozosa entrega, a una alta empresa de apostolado: llevar las almas a Dios. ¿Teólogo? ¿Escritor místico? ¿As-

cético? ¿Orador? ¿Filósofo? ¿Naturalista? De todo hay en su obra. Su teología es la de Santo Tomás, asimilada con cariño y aprovechamiento en aquellos intensos años escolares de Santa Cruz, de Granada, y de San Gregorio, de Valladolid. Cierto que no encontramos sutiles y curiosas lucubraciones escolásticas en sus escritos; pero Fray Luis de León—si hemos de dar crédito al licenciado Luis Muñoz—confesaba «que había aprendido más teología en sus escritos que en todos los tratadistas escolásticos».

Ni sabemos que, como sus condiscípulos Melchor Cano y Carranza, se dedicara a la enseñanza de cátedra. Pero todas sus horas, desde el púlpito o desde el libro, se consumieron en una noble tarea docente. No eran sus oyentes el grupito selecto, pero reducido, de un aula. Tenía por fervoroso auditorio—y lo sigue teniendo—a toda la humanidad. Con justicia, el general de la Orden le pudo laurear con el supremo galardón intelectual: el magisterio en Sagrada Teología.

Alternaba el estudio de Santo Tomás con la lectura asidua de la Sagrada Escritura y de los santos Padres: San Juan Crisóstomo, San Basilio, San Ambrosio, el seudo Dionisio, San Agustín, San Cipriano, San Gregorio Magno, San Bernardo, San Buenaventura, etc., le eran familiares.

Añádanse a estos nombres la *Vida espiritual*, de San Vicente Ferrer; los *Diálogos*, de Santa Catalina de Sena; las *Vidas de los Padres*, de Casiano; la *Imitación de Cristo*, de Kempis; el *Espejo interior*, del canónigo Serafín de Fermo; la *Teología mística*, de Enrique Harph; Taulero, Fray Alonso de Madrid, Dionisio el Cartujano, Gerson..., y tendremos en el campo religioso las principales influencias.

Como su maestro Santo Tomás—con alta preocupación intelectual—, no desdeñaba la lectura de los autores profanos. Filósofos y poetas, griegos y latinos, desfilan con frecuencia por su escritos: Aristóteles, Platón, Plotino, Eurípides, Plutarco, Cicerón, Epicteto, Séneca, Plinio, Salustio, Virgilio, Quintiliano, todo el pensamiento clásico, en un generoso bautismo, puesto al servicio de la verdad católica.

¿Escritor místico? ¿Escritor ascético? Mejor: teólogo. Escritor de teología. Y como tal, abarcan sus escritos la mística y la ascética. No ignoro que no han faltado quienes le regatean el privilegio de escritor místico, al paso que otros, como Donoso Cortés, le consideran como el primer místico del mundo. Algunos no conciben que se puedan tratar los problemas místicos en lenguaje inteligible, accesible a los mortales. Creen, como los gnósticos, que son problemas de cenáculo, para los iniciados, dichos a media voz, en lenguaje cabalístico. El estilo de Fray Luis, reflejo de su vida, era sencillo y claro—con una tersura y trans-

parencia de cristal—, y todo lo que tocaba su pluma estaba bañado de esta inefable claridad.

Acaso el reproche de Melchor Cano—«que Fray Luis aspiraba a hacer a todos perfectos»—sea su más claro elogio. Anhelaba llevar las almas a la cima de la perfección, y en el ápice de la perfección está la mística. Escritor místico es con justicia. Cierto que hasta llegar a la cumbre, la vida de la mayoría de los mortales discurre por los caminos más asendereados de la ascética, y por esto los problemas ascéticos son los que desarrolla con más frecuencia. Pero repitámoslo una vez más: Fray Luis fué un teólogo completo. Y en sus obras encontramos todos los asuntos concernientes a esta ciencia suprema: dogmáticos, morales, místicos.

Como orador, lleva la palma de los predicadores españoles. Fray Luis de León decía que Dios le había concedido el don de la elocuencia. Hay en su oratoria mucho del profeta Jeremías, de San Juan Crisóstomo y de Cicerón. «El Cicerón español» se le ha llamado con sobrados méritos. Predicaba, y en su *Retórica eclesiástica* enseña a predicar. «Algunos—comenta Menéndez y Pelayo—tacharon de prolija esta *Retórica*... ; pero lo cierto es que no tenemos en nuestra literatura mejor arte de predicar al modo clásico...» [1]. Alguien ha hecho notar el influjo en Bossuet y en Fenelón. No es de extrañar. Fray Luis era un escritor europeo a quien se leía en todos los campos, por distanciados que estuvieran de su ideología, y máxime en los afines.

¿Cuál es su mérito y su puesto en la literatura castellana? De Azorín, que le ha estudiado con cariño e inteligencia, es esta frase: «En Fray Luis de Granada se inicia la lengua castellana moderna: Granada la escribe y da, en la *Retórica*, su estética» [2]. Y partiendo de Granada, como de un limpio hontanar, ha trazado en un bello ensayo—*De Granada a Castelar*—la trayectoria del castellano moderno. Efectivamente, Fray Luis de Granada es el primer escritor moderno. Se le lee hoy con la misma facilidad que hace cuatro siglos. A su lado, otros escritores contemporáneos suyos resultan arcaicos y a trechos ininteligibles. «La prosa de este hombre—añade el mismo Azorín—es casi nueva, moderna, inactual.» «El castellano le debe—escribirá Cejador—el estilo oratorio, amplio y elegante, numeroso y bien trabado» [3]. No faltará quien señale como un defecto del estilo de Fray Luis esta tendencia hacia lo oratorio. No

---

[1] Vid. Menéndez y Pelayo: *Ideas estéticas.* Madrid, 1896. Tomo III, página 286.

[2] Vid Azorín: *De Granada a Castelar,* pág. 9. Colección Austral

[3] Vid. Cejador: *Historia de la lengua y literatura castellana.* Madrid, 1915. Tomo II, pág. 124.

debemos maravillarnos desde el momento en que sabemos el método de escribir sus libros, que era siempre dictando, como si tuviera delante un auditorio. Por eso su estilo es el estilo hablado, «pero en una conversación o plática de gente culta y decorosa». Le debe aún más la lengua castellana: el sentimiento de la naturaleza. Nadie de los escritores antiguos la ha sentido tan profundamente y la ha pintado de manera tan soberana. Adelantándose a los románticos, parece que su alma, profundamente empapada de las maravillas de la naturaleza, se ha internado en todos sus secretos y le ha hecho hablar como si se tratara de un ser animado y consciente. En sus obras—en la *Introducción al símbolo de la fe* principalmente—abundan las descripciones, tan perfectas, que pocos o nadie han podido superar. Es un precursor de la *física estética*. Sin cansancio podríamos espigar toda una acabada antología de estas maravillosas descripciones. Se ha dicho que en su cuerda literaria faltan las notas recias, los fuertes arrebatos. Y esto no es exacto. En la *Guía de pecadores* y en la misma *Oración y meditación* podríamos escoger páginas enteras estremecidas y fulgurantes de cólera. Pero su estilo, como su vida, era más inclinado a los sentimientos delicados y tiernos que a los bruscos y tempestuosos. Como su vida, sencilla, exenta de vanidad y de ostentación, era su forma literaria: clara, natural, sencillísima. No encontramos en sus escritos nada de artificio, nada retorcido y violento. El ideal literario que él erigía en su *Retórica eclesiástica* lo cumplía en su obra escrita: «Amonesto que se eviten, al modo que los navegantes los escollos, todos los vocablos inusitados y que muestran alguna sospecha de artificio...» «La *claridad*, pues, a nuestro gusto y juicio, es la primera virtud de la elocuencia: las palabras propias, el orden recto, la conclusión nada prolija y que nada falte ni sobre.»

Claridad, palabras propias, que nada falte ni sobre, es la norma de su estilo. Riqueza de léxico y precisión. Su lenguaje es abundante, millonario; pero no era, por rico, despilfarrador, que es lo mismo que decir retórico, palabrero. Cada cosa con su nombre exacto, pero nada más que con su nombre, con una cuidada precisión. Fluidez, no palabrería. Dominio y señorío del idioma, no abuso.

Su prosa—repitámoslo una vez más—es la prosa del siglo XX. Se lee en nuestros días con la misma facilidad y con el mismo singular deleite que en sus días. Escritor antiguo y escritor moderno. Escritor clásico. Príncipe de los predicadores, a él se debe el estilo oratorio elegante y armonioso; a él, el sentimiento delicado de la naturaleza y las primorosas descripciones: «Entre las manos de este hombre, el castellano adquiere las más diversas formas: enérgico, suave, amplio, conciso.» Su puesto es de primer actor

en la escena literaria española. Por estas espléndidas cualidades creemos, en justicia, muy atinadas las palabras que Azorín le consagra: «¿Quién mejor que Fray Luis de Granada merece ser divulgado, apreciado y gustado en España? Tanto como Granada, sí; más, desde luego que no. Toda profesión requiere amor, continuidad diaria y aplicada en la obra. Quien profese la religión de las letras, quien la profese con amor, habrá de sentir una íntima complacencia en ir gustando los matices, los cambiantes, los aspectos diversos de la lengua en los más altos escritores. ¿En qué prosista ha llegado el idioma a su culminación suprema? Varios nombres pasan por nuestra imaginación; poco a poco vamos descartando algunos, dudamos un momento, retrocedemos en el avance para aceptar este o el otro de los desechados, y, al fin, nos quedamos con dos nombres preclaros, fulgentes. Estos dos nombres son Fray Luis de León y Fray Luis de Granada... A Fray Luis de León se le ha hecho plena justicia; el autor de *Los nombres de Cristo* es gustado hoy, sin reservas, por los artistas literarios. Pero ¿y Granada? El prejuicio que envuelve a Granada no ha sido todavía disipado...

»¿Quién será en España mayor prosista que Fray Luis de Granada? Cuando abrimos sus libros y recorremos las páginas, tenemos la impresión de hallarnos en un taller de uno de aquellos forjadores antiguos, castellanos, del hierro. Bajo las manos de aquellos hombres, el hierro flexible, maleable, tomaba dulcemente, como por encanto, todas las formas. Las formas primorosas—flores, arabescos, coronas, figuras humanas—que hoy admiramos en nuestras catedrales. Si en Fray Luis de León parece que se nota el esfuerzo (su prosa es recia, resaltante, un poco violenta), en Granada todo es fácil, espontáneo, gracioso y elegante. No penséis en la negligencia ni el desmayo; bajo estas apariencias de facilidad se oculta un artista siempre atento, vigilante de los detalles, férvidamente amoroso de su arte...»

Y concluía: «¿No habrá un editor—o un generoso amigo de las letras... y de España—que nos dé una edición elegante, artística, de esta primera parte de la *Introducción al símbolo de la fe*, en que habla de la naturaleza y del mundo vivo? Sobre nuestra mesa de trabajo pongamos hoy una lozana rosa en honor de quien tan íntima y ardientemente sintió el arte literario, en honor de Fray Luis de Granada» [1].

A desvanecer este prejuicio que envuelve a Granada, adentrándonos en la lectura de sus obras, se ordena la presenta edición—elegante y bien cuidada—, en la que la Biblioteca de Autores Cristianos, bajo el título sugestivo y

[1] Vid. AZORÍN: *Los dos Luises*, págs. 39 y 42.

ambicioso SUMA DE LA VIDA CRISTIANA, recoge de una forma metódica lo mejor de la producción de Fray Luis. El lector podrá paladear a su gusto al soberano prosista, al místico y al ascético. Al teólogo. Y los editores habrán hecho un generoso servicio a las letras españolas y a España. Y, además, a las almas ávidas de su formación cristiana.

LA «SUMA DE LA VIDA CRISTIANA»

Este libro fué el sueño de oro de un dominico almagreño, P. Antonio Trancho, vida segada bárbaramente cuando era promesa de frutos insospechados y ubérrimos. Con todo su tesón castellano se consagró, en una entrega paciente y fervorosa, al estudio de Fray Luis. Comprobó muy pronto que sin extraordinarios esfuerzos se podía entresacar de los escritos del P. Granada un comentario delicioso y fiel a la obra cumbre de Santo Tomás: la *Suma teológica*.

Fray Luis, como teólogo, era un discípulo de Santo Tomás, y toda su obra escrita giraba en torno a su teología. Era el comentarista que ponía, en bandeja de plata, la *Suma teológica* al alcance del pueblo. Otros—Báñez, Soto, etcétera—escribieron para los doctos. Él, para todos.

Para que se apreciase mejor esta entrañable armonía entre el Doctor Angélico y Fray Luis, sólo se requería una tarea de ordenación. Lo que el P. Granada había dejado disperso en escritos y sermones convenía disponerlo siguiendo el mismo orden maravillosamente trazado en la *Suma*. Esta fué la empresa del P. Trancho: espigar aquí y allá con cariño y luego sincronizarlo con Santo Tomás. Sin dar totalmente cima a su empeño, los rojos—en este Almagro de sus desvelos—cortaron con su vida sus anhelos. Su pluma quedó abandonada en una madrugada de agosto, poblada de rencores y de blasfemias.

El actual obispo de Salamanca, excelentísimo y reverendísimo Fray Francisco Barbado, O. P., que había alentado, en vida del P. Trancho, estos proyectos, ha sido el encargado de coronar la obra y darle el empuje definitivo para que se haga, con viento favorable y timonel experto, al mar de la publicidad. Retocó algunas cosas, cambió otras—buscando siempre más íntima armonía con el Angélico—y puso finalmente el broche de oro.

No se trata de una antología más, hoy tan en boga. Las antologías no dan más que una visión fragmentaria de un escritor. Es libro completo, con un hilo sutil que va enlazando con armónica unidad todos los capítulos. Para que el parentesco con Santo Tomás sea más acabado, se ha bautizado este libro con un nombre similar: SUMA DE LA

VIDA CRISTIANA, que, además de evocar la noble ascendencia, alude al contenido de la obra.

La SUMA DE LA VIDA CRISTIANA puede ser la enciclopedia del católico anhelante de una formación exigente y completa. Todo lo que el cristiano debe saber para enderezar su vida hacia Dios—dogma, moral, ascética, mística y hasta apologética—lo encontrará aquí, expuesto por un tomista, de una manera accesible y en forma primorosa. La Teología—noble reina—, aderezada con todas las galas de la elocuencia. Se habla en este libro de la vida cristiana en general y de los diversos estados particulares. Es un libro para todos.

Santo Tomás, en la *Suma teológica*, empieza hablando de Dios. Primero, de su existencia, y después, de sus perfecciones y atributos, que nos llevan a vislumbrar la esencia. Añade algunas cuestiones relativas a la Trinidad.

Señala cómo va creando Dios los diversos seres y cómo mediante su providencia los conserva y gobierna.

En la segunda parte se nos muestra el blanco hacia el que tiende toda criatura, su último fin, que no es otro que el mismo Dios. Nos muestra los medios para alcanzarle —hábitos, virtudes, dones, ley, gracia—y los escollos que se oponen en este caminar hacia Dios—pecados, vicios—y nos alejan del fin. Extiende su consideración en el final de esta segunda parte a algunas virtudes en particular—teologales, cardinales, con sus vicios contrarios—y concluye hablando de algunos géneros especiales de vida cristiana.

En la tercera nos manifiesta cómo Cristo, en cuanto hombre, es el camino para llegar a Dios. Y al hablar de Cristo se detiene primero a estudiar las conveniencias y necesidad de la Encarnación. Una vez que Cristo nace, nos presenta las principales escenas y misterios de su vida privada, pública y de su misión como Redentor y Salvador, manifestando finalmente su Resurrección y Ascensión gloriosas y su potestad de juez. Finaliza esta tercera parte tratando de los sacramentos en general, y de algunos—Bautismo, Confirmación, Eucaristía, Penitencia—en particular.

Pero así el edificio quedaba mutilado. Severidad y armonía de líneas, mas sin el coronamiento. Por eso se añade un suplemento, en el que se completa la doctrina relativa al sacramento de la Penitencia y a los restantes sacramentos. No se contenta con guiar al hombre durante la existencia, sino que nos declara también su suerte ultraterrena, desventurada o gloriosa: purgatorio, infierno, gloria.

Este orden, trazado genialmente por Santo Tomás en la *Suma teológica*, ha servido de norte en la elaboración del presente tratado, la SUMA DE LA VIDA CRISTIANA. Con fidelidad, pero sin servilismos, se han seguido las huellas del luminoso Maestro. No se encuentran aquí todos los temas

desentrañados por el Angélico, ya que algunos pertenecen al campo exclusivo de las sutiles discusiones de escuela, y por ser más propios de los especialistas en la materia—los teólogos—que del común de los cristianos, a quienes se enderezaban las obras de Fray Luis de Granada, no aparecen en sus escritos.

Pero la doctrina fundamental de la SUMA, animada por la pluma mágica de Fray Luis, bañada de luz y hermosura, está aquí para utilidad y deleite de los lectores españoles.

En cinco libros, con las consiguientes subdivisiones en apartados y capítulos, se ha distribuído toda la materia de la presente obra.

En el primero, bajo el título general «Dios y la Creación», abarcando veintiocho capítulos, se estudia en los doce primeros la existencia de Dios y sus perfecciones —omnipotencia, caridad, justicia, misericordia, providencia, predestinación—, y en el XIII se habla de la Trinidad.

En los restantes, hasta veintisiete inclusive, nos muestra, una vez probada la existencia de Dios, cómo todos los seres, en orden ascendente, desde los inanimados hasta el ángel, van saliendo de las manos de Dios. El pintor delicado que late en el alma de Fray Luis resplandece aquí de manera soberana. Como Fray Luis de Granada jamás escribió ni habló para dar a los hombres áridos y fríos conocimientos exclusivamente, sino que era partidario del «conocimiento amoroso», nos pinta la creación y sus maravillas no con una finalidad científica, ni siquiera artística, sino que pretende, rastreando por esta hermosura creada, dispersa en los seres como en espejos, llevarnos a la hermosura increada y total y movernos a su amor. Cántico de alabanza, de gratitud y exhortación al amor es este primer libro.

En el capítulo final—el XXVIII—nos manifiesta cómo Dios vela y conserva las obras salidas de sus manos, que es seguir prolongando la misión creadora.

Los capítulos de este primer libro están tomados en su inmensa mayoría de la primera parte de la *Introducción al símbolo de la fe*, y algunos otros de las *Adiciones al «Memorial de la vida cristiana»*, *Guía de pecadores*, *Manual de la vida cristiana* y *Compendio de la doctrina cristiana*.

Segundo libro.—Entre los seres creados, el hombre —rey de la creación—ocupa lugar preferente. Por eso Fray Luis de Granada en este segundo libro se consagra a describirnos el destino del hombre. ¿Con qué finalidad le ha creado el Señor y qué meta definitiva le ha asignado, hacia la cual debe enfilar, como flechas, sus esfuerzos? Ochenta y dos capítulos comprende todo el libro, a la sombra de un enunciado general, *Del fin del hombre y de las virtudes necesarias para alcanzarle*, que luego se va

desdoblando en tres extensos apartados. En el primero —capítulos I al XIII—se inquiere cuál sea el último fin del hombre, y después de desechar por insuficientes algunas soluciones propuestas—riquezas, placeres, honores—, concluye que sólo está en el mismo Dios, plenitud de todas las perfecciones y descanso de todos los anhelos. Nos muestra que la virtud es el camino que nos guía hacia el blanco y nos exhorta a abrazarla, mientras que el pecado nos aleja, y para que cobremos aborrecimiento, nos descubre la desventura y servidumbre en que vive el pecador y nos brinda los remedios generales para no caer en sus lazos.

La vía que lleva a Dios está trazada por Dios mismo en su ley, y para no recorrerla solos, fiados a nuestras fuerzas muy débiles, Él mismo nos ayuda con su gracia y con los dones.

En el segundo — capítulos XIV-XXIX — estudia algunas virtudes, en particular las teologales, deteniéndose con preferencia en la caridad, ápice de la vida cristiana, mostrando los medios para alcanzarla e indicando las obligaciones que de ella se desprenden para con Dios, con nosotros mismos y, preferentemente, con el prójimo, consagrando a esta última parte varios capítulos sobre la misericordia, la limosna, el pecado de escándalo y la envidia, con todo el cortejo de vicios que la acompañan.

En el tercer apartado — capítulos XL-LXXXII — va analizando las virtudes cardinales—prudencia, justicia, fortaleza, templanza—, estudiando muy por extenso la templanza y la justicia. Entre los deberes de justicia, los más apremiantes son para con Dios, que caen bajo otra nueva virtud, la religión, con sus diversas manifestaciones externas e internas. Se nota una especial complacencia, por la insistencia y por el cariño con que lo hace, en tratar de la oración, primordialmente de la mental o meditación.

Como lo señalado en los precedentes capítulos son normas y medios comunes para todos los cristianos, y, sin embargo, se dan en la Iglesia algunos géneros particulares de vida, con peculiares y privativas obligaciones, habla de ellos en los cinco capítulos finales de este segundo libro. Las principales fuentes para este segundo libro son: La *Guía de pecadores*, *Oración y meditación*, *Memorial de la vida cristiana*, *Adiciones al «Memorial»*, *Introducción al símbolo de la fe*.

Libro tercero.—Cristo hecho hombre, con su ejemplo, con su encarnación y con su redención consumada en la cruz es el camino seguro para alcanzar el fin, que no es otro que el mismo Dios. De *Cristo Redentor* trata en cuarenta y cinco capítulos el tercer libro. El primer capítulo es un preámbulo sobre los frutos que se consiguen con la consideración de la vida y muerte de nuestro Redentor,

En los siete siguientes se analizan las conveniencias y la necesidad de la Redención para elevar al hombre al plano sobrenatural y reanudar la amistad rota con Dios por obra del pecado original.

El resto del libro—capítulos IX-XLV—nos presenta toda la vida y la obra de nuestro Salvador: infancia—nueve capítulos—, vida pública—seis—, pasión—catorce—, pintando al vivo y con delicada ternura todas las dolorosas escenas. Vida gloriosa, en ocho capítulos. La vida de Nuestro Señor está entreverada con la vida de su Santísima Madre, y por eso en este tercer libro se le consagran varios capítulos. La doctrina de este libro se toma, con preferencia, de las *Adiciones al «Memorial de la vida cristiana»*, *Memorial de la vida cristiana*, *Oración y meditación*, *Símbolo de la fe* y algunos sermones en las festividades de la Virgen.

Libro cuarto.—Jesucristo dejó establecida la Iglesia, continuadora de su obra y de su misión. Puede Él, sin necesidad de intermediarios, comunicarnos directamente su gracia, pero determinó hacerlo por mediación de unos instrumentos, con los que adornó a su Iglesia: los sacramentos.

En el primer capítulo de este libro se escribe acerca de la virtud y efectos de los sacramentos en general y de los motivos de su institución. En los capítulos sucesivos—desde el II al XXIII—extiende su consideración a cada uno de los sacramentos, analizando más por extenso los de la Penitencia y Eucaristía, mirando esta última no sólo como sacramento, sino también como sacrificio, y por eso añade dos capítulos sobre la santa Misa.

Como no faltan quienes por diversos motivos, fundados en ingeniosas razones, se alejan de estos sacramentos salvadores, sale al paso de todas las objeciones y muestra la inconsistencia de las mismas.

La materia de este libro está tomada principalmente del *Compendio de la doctrina cristiana*, *Memorial de la vida cristiana* y, en menor parte, de la *Introducción al símbolo de la fe* y *Guía de pecadores*.

Libro quinto.—Finaliza el caminar del hombre con la muerte, porque ya se llega al término y a la meta prefijada por el Creador. Allí se decide su suerte sin posible variación. En este libro final, coronamiento de todo el tratado, se habla de las postrimerías del hombre o de los novísimos. En diecinueve capítulos, consagrados a cada uno de los novísimos—muerte, juicio, infierno y gloria—, se pretende apartar al hombre del pecado con la amenaza del castigo y alentarle a la virtud con la esperanza del premio.

El capítulo final es el canto de triunfo del alma, peregrina en el destierro, al arribar a la Patria, cuando ha al-

canzado ya el fin, la clara visión de Dios, que constituye su gloria y calma todos los anhelos.

Los libros de la *Oración y meditación, Guía de pecadores, Memorial de la vida cristiana, Compendio de la doctrina cristiana,* suministran con preferencia la doctrina para este último libro.

Insistimos una vez más en que la SUMA DE LA VIDA CRISTIANA es obra de un teólogo consumado, discípulo de Santo Tomás. La *Suma teológica* al alcance del pueblo. Pero no es obra exclusivamente especulativa. Fray Luis no se contentaba con mostrar el camino del cielo, sino que su alma—esponja de caridad—y su celo, ardientemente apostólico, tocaban todos los resortes y pulsaban todas las cuerdas para mover a abrazarlo. Luz y estímulo.

La distribución de toda la materia en cinco libros, las subdivisiones en apartados y en capítulos y el enunciado de los mismos se debe al P. Antonio Trancho y al actual obispo de Salamanca. Se descubre en seguida la mano del tomista avezado al trato amoroso de Fray Luis y al del Doctor Angélico, su indiscutible maestro.

Los pasajes del P. Granada están tomados de la edición crítica de sus obras hecha por el P. Fray Justo Cuervo, O. P., en Madrid, 1906-1908, imprenta de la Viuda e Hija de Gómez Fuentenebro. Se ha adoptado la ortografía y fonética modernas como más adecuadas a la generalidad de los lectores. Se proyectó en un principio acompañar a cada pasaje la cita correspondiente, pero así el tratado revestía un aspecto fragmentario. Para obviar este inconveniente y, por otra parte, satisfacer la curiosidad crítica de los lectores que deseen compulsar las citas y cotejarlas con el original, se ha añadido al final un apéndice.

* * *

La SUMA DE LA VIDA CRISTIANA es un retorno a Granada. Volver a paladear en pleno siglo XX aquellos manjares, flor y quintaesencia de subida espiritualidad, que fueron sostén y alimento de tantas almas ávidas de perfección en nuestro siglo de oro. Actualizar unos escritos que merecieron la aprobación del más alto de los concilios, los elogios encendidos de un pontífice, las alabanzas de santos como Teresa de Jesús, Carlos Borromeo, Juan de Ribera, y los aplausos fervorosos y unánimes de toda la cristiandad.

La vuelta a Granada entraña reanudar una corriente tradicional de piedad — sólidamente teológica — fecunda en santos, que acaso haya sido interrumpido, o al menos desviada, al adoptar—¡ hasta en la piedad entró la moda !—

patrones venidos de fuera, que no cuadraban con nuestro ser. Reemplazar un tipo de piedad sentimental y acaramelada, cuajada de interjecciones y de suspiritos sentimentales—femenina—, por otra viril y recia, aunque afectiva, no sensiblera, «racional obsequio», medularmente teológica.

Las almas y las letras españolas están de enhorabuena. Y quienes han contribuído a esta empresa, autores y editores, merecen nuestro entrañable parabién.

FR. DESIDERIO DÍEZ DE TRIANA, O. P

Almagro, 6 de enero de 1947.

OBRAS DE FRAY LUIS DE GRANADA

Para ayuda de los lectores que deseen beber en la propia fuente la doctrina de Fray Luis de Granada, publicamos a continuación un catálogo bastante completo—no del todo—de sus obras, señalando la edición más corriente, el volumen e incluso la página en donde pueden encontrar cada uno de sus libros.

De aquellos escritos que originariamente estuvieran en lengua extraña —latín o portugués—, pero hayan sido vertidos al castellano, indicaremos el nombre del traductor y la edición en que aparecen.

Para que los fervorosos admiradores de Fray Luis puedan apreciar la extraordinaria difusión que ha alcanzado en todos los tiempos y el fervor que le han dispensado todos los públicos, nos ha parecido conveniente añadir el número de ediciones en castellano, francés e italiano de sus principales obras, registradas por el P. Maximino Llaneza, O. P.

Esta enumeración no agota las ediciones y versiones existentes, pues él mismo confesaba que le restaban por compulsar más de una tercera parte y, además, desde su muerte no han cesado de salir a luz otras nuevas. La más corriente en nuestros días es la edición crítica del P. Justo Cuervo, O. P., Madrid, 1906, imprenta de la Viuda e hija de Gómez Fuentenebro, en catorce tomos. A ella aludimos con frecuencia.

Obras completas, 67 ediciones *en castellano*, 46 *en francés* y 28 *en italiano.*

Guía de pecadores, edición Cuervo, t. I, con 81 ediciones *en castellano*, 87 *en francés* y 48 *en italiano.* Más las que aparecen en las *Obras completas.*

Libro de la oración y meditación, edición Cuervo, t. II, que, juntamente con el *Compendio*, ha tenido 229 ediciones *en castellano*, 60 *en francés* y 81 *en italiano.*

Memorial de la vida cristiana, edición Cuervo, t. III, juntamente con las *Adiciones al «Memorial»*, ha disfrutado de 88 ediciones *en castellano*, 54 *en francés* y 36 *en italiano.*

Adiciones al «Memorial de la vida cristiana», edición Cuervo, t. IV.

Introducción al símbolo de la fe, edición Cuervo, t. V-IX, con 60 ediciones *en castellano*, 79 *en francés* y 26 *en italiano.* Más las que aparecen en las *Obras completas*, como sucede en todos los libros anteriores.

Guía de pecadores (texto primitivo), edición Cuervo, t. X, desde las páginas 1-436.

Tratado de la oración y meditación (compendio), edición Cuervo, t. X, páginas 437-547.

Manual de oraciones, edición Cuervo, t. XI.

Manual de oraciones (ampliado), edición Cuervo, t. XI.

Memorial de lo que debe hacer el cristiano, edición Cuervo, t. XI.

Tratado de algunas oraciones, ídem íd.
«Vita Christi», ídem íd.
Tratado de meditación, ídem íd.
Recopilación del libro de la oración, ídem íd.
Doctrina espiritual.—Diálogo de la Encarnación.—Sermón de la redención.—Vida del Beato Juan de Avila.—Vida del V. D. Fr. Bartolomé de los Mártires.—Vida del cardenal D. Enrique, rey de Portugal.—Vida de sor Ana de la Concepción, franciscana.—Vida de D.ª Elvira de Mendoza.—Vida de Melicia Hernández.—Cartas (60 cartas).— *Sermón de las caídas públicas.*—Todo esto en el tomo XIV de la edición del P. Cuervo.

En portugués:

Compendio de la doctrina cristiana (versión del P. Cuervo), edición Cuervo, t. XIII.

En latín:

Los seis libros de la retórica eclesiástica, traducidos al castellano por orden del obispo de Barcelona D. José Climent, imprenta de la Viuda e hijos de J. Subirana, en dos tomos. Barcelona, 1884.
Sermones de tiempo y de santos, quince tomos, en la traducción del P. Pedro Duarte. Madrid, 1791.

Traducciones del latín:

Imitación de Cristo, edición Cuervo, t. XII, con 247 ediciones *en castellano.*
Escala espiritual, edición Cuervo, t. XII.

OBRA SELECTA

UNA SUMA DE LA VIDA CRISTIANA

BREVE DE S. S. GREGORIO XIII

Al amado hijo nuestro Fr. Luis de Granada,
de la Orden de Predicadores

GREGORIO PAPA XIII

Amado hijo, salud y bendición apostólica:

Siempre nos fué muy acepto vuestro largo y continuo trabajo en apartar a los hombres de los vicios y traerlos a la perfección de la vida, y de mucho fruto y contento para aquellos que tienen deseo de su propia salvación y de la de los demás y de la glorificación de Dios.

Habéis predicado muchos sermones, publicado muchos libros llenos de gran doctrina y devoción; lo mismo hacéis de cada día, y no cesáis en presencia y en ausencia de ganar para Cristo las más almas que podéis.

Danos contento este tan principal bien y fruto de los otros y vuestro propio, porque cuantos han aprovechado por vuestros sermones y escritos (y es cierto que han aprovechado muchos y de cada día aprovechan), tantos hijos habéis engendrado para Cristo, y les habéis hecho mucho mayor beneficio que si, estando ciegos o muertos, les recobráredes de Dios la vista o la vida. Porque mucho mejor es conocer aquella sempiterna luz y bienaventurada vida, en cuanto es dado a los hombres, y viviendo devota y santamente aspirar a ella, que gozar de esta luz y vida mortal con toda la abundancia y contento de las cosas de la tierra.

Para vos habéis ganado de Dios muchas coronas entendiendo con toda caridad en este oficio, que es cierto ser de muy gran importancia.

Pasad, pues, adelante, como hacéis, llevando con todas vuestras fuerzas este cuidado, y acabando las cosas que tenéis comenzadas (que entendemos tenéis algunas), sacadlas a luz, para salud de los enfermos, esfuerzo de los flacos, contento de los que tienen salud y fuerzas y para gloria de la militante y triunfante Iglesia.

Dado en Roma, a 21 de julio de 1582, undécimo año de nuestro pontificado. (Cf. tomo V, pág. 11.)



PRÓLOGO

De la necesidad de los buenos libros para bien vivir

Así como fueron diversos los gustos y los juicios de los autores que escribieron, cristiano lector, así fueron diversas las materias y argumentos que trataron. Porque hubo aficionados a la hermosura de la elocuencia, procuraron criar un orador perfecto, tomándolo desde la cuna y llevándolo por todos los pasos y escalones de esta facultad hasta ponerlo en la cumbre de ella. Otros procuraron formar de esta misma manera un príncipe acabado, otros un gran capitán, otros un cortesano, y así, cada uno procuró esclarecer y levantar con su pluma aquello que en más precio tenía.

Pues cierto es que entre todas las cosas humanas, ninguna hay de más precio ni más divina que un perfecto cristiano, el cual, así como se ordena para un fin sobrenatural, así también la vida que vive es sobrenatural; por lo cual es llamado de los santos hombre celestial o ángel terreno.

Pues si las otras facultades, que son tanto menores que ésta cuanto su fin es menor, tuvieron autores que con tanta diligencia enseñaron todo lo que para cumplimiento de ellas se requería desde el primer principio hasta el último fin, ¿cuánto más debida cosa será no faltar esto mismo en esta profesión celestial, que, cuanto es más alta que las otras, tanto es más dificultosa de acertar y tanto tiene más necesidad de ser enseñada?

Necesidad de la instrucción religiosa. Para remedio de lo cual escribe el Apóstol a los Colosenses (3, 16) que la palabra y doctrina de Cristo copiosamente se predique entre ellos y que unos a otros se enseñen y amonesten lo que deben hacer. Porque si ningún oficio hay, por bajo que sea, que no tenga necesidad de reglas y avisos para hacerse bien hecho, ¿cuánto más el mayor de los oficios, que es saber servir y agradar a Dios, y conquistar el reino del cielo, y prevalecer contra las fuerzas y engaños del enemigo?

¿Cómo sabrá un hombre rudo lo que le importa este negocio, si no le ponen delante las promesas y amenazas de Dios y las obligaciones grandes que tiene para servirle? ¿Cómo se sabrá confesar perfectamente, si no le enseñan las partes que tiene el sacramento de la Confesión y cómo se haya de haber en cada una de ellas? ¿Cómo tendrá dolor y arrepentimiento de sus pecados, si no le ponéis delante las razones y motivos que hay para dolerse de ellos? ¿Cómo comulgará digna y provechosamente, si no le enseñan las cosas que para esto se requieren?

¿Cómo sabrá ordenar su vida, alcanzar las virtudes y huir los vicios, si no sabe los medios por do ha de buscar lo uno, y resistir a lo otro, y entender las tentaciones y lazos del enemigo? ¿Cómo hará oración que sea fructuosa y la acompañará con las condiciones y virtudes que se requieren, si no tiene doctrina para esto? ¿Cómo alcanzará el amor de Dios, si no sabe los medios por do se alcanza, y las cosas por do se impide, y los ejercicios en que para esto se ha de ejercitar?

De toda esta luz tenemos necesidad para todas estas cosas, pues no las sacamos del vientre de nuestras madres, antes nacimos tales, que con mucha razón somos figurados por aquel hombre que nació del vientre de su madre ciego en el Evangelio.

A quiénes señaladamente pertenece enseñar la doctrina cristiana.

Y dado caso que lo que aquí pretendemos, que es formar un perfecto cristiano, sea propiamente obra del Espíritu Santo, mas todavía, así como la gracia no excluye nuestra industria, antes necesariamente ha de concurrir con ella, así tampoco la enseñanza interior de Dios excluye la exterior de los hombres, mas necesariamente la requiere. El cual oficio señaladamente pertenece a los sacerdotes y ministros de la Iglesia, a los cuales nos remite Dios para que nos enseñen e informen en su ley.

Y por esto, entre las vestiduras sacerdotales del sumo sacerdote estaba una pieza que se llamaba racional, que se ponía en los pechos, donde estaban escritas estas palabras: Doctrina y Verdad, las cuales dos cosas habían de estar en el pecho de Aarón, para que de allí, como de una fuente caudalosa, se derivasen en todos los otros (Ex. 18, 30). Y es éste un tan principal oficio, que sólo él reservó Moisés para sí por consejo de su suegro Jetró, el cual le dijo que cometiese todas las otras causas y negocios temporales a otros jueces, y que él tomase para sí las cosas que tocaban a la religión y culto divino y el enseñar al pueblo las ceremonias de la ley y la manera en que había de servir y honrar a Dios.

Y porque algunos sacerdotes se descuidaron después en este oficio, les mandó Dios decir por un profeta (Os. 4, 6): Porque tú desechaste la ciencia y conocimiento de mi ley, yo también te desecharé, para que no me sirvas más en el oficio sacerdotal. Y por grandísimo castigo los amenaza el mismo Dios por Isaías (19, 14) con esta manera de azote, diciendo que por amor de sus grandes pecados los castigará Él con un castigo milagroso y espantable, que sería perder los sabios la sabiduría y oscurecerse el entendimiento de los prudentes del pueblo.

Pues así como se pone aquí por uno de los grandes y espantables castigos de Dios faltar esta sabiduría a los mayores, así también lo es faltar a los menores, porque, quitada la luz del entendimiento, que guía toda esta danza y que es como la primera rueda de este reloj que rige y mueve toda la vida cristiana, ¿qué se puede esperar sino ceguedades y desatinos y otros grandes males?

De cómo no bastan los predicadores.

Y dado caso que el oficio de los predicadores sea curar esta ceguedad con la lumbre de la palabra de Dios, pero ni éstos hay en todas partes, ni todos tratan de estas materias tan necesarias, ni aun pueden fácilmente, hablando en general, descender a las particularidades que requiere esta doctrina moral, que, como se ejercita en obras particulares, así requiere doctrinas particulares, que en el púlpito no se suelen dar.

Por las cuales causas es en gran manera provechosa la lección de los buenos libros, que son como predicadores mudos, que ni os empalagan por largos, porque los podéis luego dejar, ni os dejan con hambre por cortos, porque está en vuestra mano continuar la lección de ellos cuando os queréis aprovechar.

Necesidad de suplir la falta de sacerdotes con los buenos libros.

Y aunque esto en todos los tiempos fué necesario, como lo es el pan para la vida, pero más ahora en los presentes. Porque antiguamente, en la primitiva Iglesia los curas y sacerdotes eran tan fervientes y solícitos en el ministerio de la palabra de Dios, que esto pudiera bastar para conservar y adelantar los fieles en la virtud sin más lección. Mas ahora no piensan los curas que les pertenece más que el ministerio de los sacramentos y el decir una misa a sus tiempos, y con esto, en la mayor parte de las villas y lugares y aun de las ciudades insignes, se dan por contentos. Por lo cual, cuanto es mayor la falta que en esto hay, tanto es mayor la necesidad que tenemos de suplir la falta de los buenos ministros con los buenos libros.

Frutos de las buenas lecturas. Pues los frutos de la palabra de Dios, ¿quién los explicará? Porque ella es lumbre que esclarece nuestro entendimiento, y fuego que inflama nuestra voluntad, y martillo que ablanda la dureza de nuestro corazón, y cuchillo que corta las demasías de nuestras pasiones, y candela que nos alumbra en todos los pasos de nuestra vida, y simiente que da frutos de vida eterna, y, finalmente, pasto y mantenimiento que sustenta, deleite que engorda y esfuerza nuestras almas en Dios. De los cuales frutos goza quienquiera que lee libros de buena doctrina.

Finalmente, es tan grande la luz y el fruto de la lección, que por experiencia hemos visto muchas personas que mudaron las vidas por este medio. Porque siendo preguntadas por el principio y causas de esta mudanza, claramente respondieron que leyendo tal o cual libro se determinaron de hacerla. A lo menos, aquel tesorero de la reina de Etiopía, leyendo iba en su carro por Isaías cuando Dios le convirtió por medio de San Felipe, tomando motivo de aquella lección (Hech. 8, 28). Y las obras, otrosí, tan señaladas y heroicas que el rey Josías hizo en todo su reino, ¿de dónde procedieron sino de la lección de un libro sagrado que le fué enviado por el sacerdote Helquías, como se escribe largo en los libros de los Reyes? (II Par. 34, 14). Pues la conversión admirable del bienaventurado San Agustín, ¿no tomó también principio de la lección de un libro santo?

A las cuales podía juntar otras muchas, así pasadas como también presentes, que por este mismo principio se comenzaron. Mas dejo esto por la brevedad; porque sin duda tales son y tan soberanos los misterios que la religión cristiana propone a los hombres y tan poderosos para mover sus corazones, que no me espanto hacer esta tan gran mudanza en quienquiera que atentamente pusiere los ojos en ellos. Y no sólo para despertar a los dormidos, como aquí has visto, sino para conservar a los ya despiertos, ayuda grandemente esta santa lección. Porque por eso se llama la palabra de Dios en todas las Escrituras pan o mantenimiento, porque sustenta y conserva las almas en la vida espiritual, así como el pan material sustenta los cuerpos en la vida corporal.

Fin de este libro. Pues esto es, cristiano lector, lo que muchos años ha tengo deseado: ver algún particular libro que tratase de formar un perfecto cristiano y que fuese una suma de todo lo que pertenece a la profesión de esta vida celestial. Porque así como los buenos oficiales procuran tener todos los instrumentos que pertenecen a su oficio y los que estudian al-

gún arte o ciencia trabajan por tener algún libro en que esté recopilado todo lo que pertenezca a aquella ciencia, para tener en un solo lugar más recogida la memoria, así también parece que convenía hacer esto mismo en ésta, que es arte de las artes y ciencia de las ciencias. Y habiendo este recaudo, hallarían fácilmente los que de veras desean servir a Dios doctrina y luz para su vida, y los confesores y predicadores celosos del bien común tendrían a donde sin mucha costa pudiesen remitir a sus oyentes para saber lo que cumple a su profesión.

Y bien veo yo que para esto no faltan hoy día libros de muy sana y católica doctrina; mas por la mayor parte de ellos prosiguen un intento particular y no quieren en poco espacio obligarse a tratar de todo. Y aunque los catecismos, que son suma de la doctrina cristiana, tratan de todo lo que a ella pertenece, pero como éstos tienen respecto a declarar la sustancia de las cosas y lo que toca a la inteligencia de ellas, es la doctrina de ellos más especulativa que práctica: quiero decir, más inclinada a alumbrar el entendimiento que a mover la voluntad al ejercicio y uso de las virtudes.

Pues por esta causa me determiné, con el favor de Nuestro Señor y con la ayuda de las Escrituras de los santos, que en diversas partes trataron todos estos argumentos, recopilar de todos ellos este libro, donde se tocasen todas estas materias. En el cual pretendo formar un perfecto cristiano, llevándolo por todos los pasos y ejercicios de esta vida desde el principio de su conversión hasta el fin de la perfección. Y para esto hago cuenta que lo tomo entre las manos así, tosco y rudo, como quien lo corta de un monte con sus ramas y con su corteza, y comienzo a labrar en él poco a poco hasta llevarlo a su debida perfección.

De cómo ha de leerse este libro.

No leas, pues, esto de corrida, como sueles otras cosas, pasando muchas hojas y deseando ver el fin de la escritura, sino asiéntate como juez en el tribunal de tu corazón y oye callando y con sosiego estas palabras.

No es éste negocio de prisa, sino despacio, pues en él se trata del gobierno de toda la vida y de lo que después de ella depende. Mira cuán cernidos quieres que vayan los negocios del mundo, pues no te contentas en ellos con una sola sentencia, sino quieres que haya vista y revista de muchas salas y jueces, por que por ventura no se yerren. Y pues en este negocio no se trata de tierra, sino de cielo, ni de tus cosas, sino de ti mismo, mira que no se debe considerar esto durmiendo ni bostezando, sino con mucha atención. Si hasta aquí has errado, haz cuenta que naces

ahora de nuevo, y entremos aquí en juicio y cortemos el hilo de nuestros yerros y comencemos a devanar esta madeja por otro camino.

¡Quién me diese ahora que me creyeses, y con oídos atentos me escuchases, y que, como buen juez, según lo alegado y probado, sentenciases! ¡Oh qué dichoso acertamiento! ¡Oh qué bien empleado trabajo! Bien sé que deseo mucho y que no es bastante ninguna escritura para esto; mas por eso suplico yo ahora en el principio de ésta a aquel que es virtud y sabiduría del Padre, el cual tiene las llaves de David, para abrir y cerrar a quien Él quisiere, que se halle aquí presente, y se envuelva en estas palabras, y les dé espíritu y vida para mover a quien las leyere.

Recibe, pues, cristiano lector, este pequeño presente, el cual con poco espacio y a poca costa podrá en alguna manera suplir esta falta. Porque él te podrá servir de predicador que te exhorte a bien vivir, y de doctrina que te enseñe a bien vivir, y de confesional que te declare cómo te has de confesar, y de aparejo para cuando hayas de comulgar, y de devocionario en que puedas rezar, y de materia copiosa para meditar. En las cuales cosas se comprende la suma de la filosofía cristiana. Y si alguna cosa merece esta doctrina, es por ser tan universal, que trata de todo lo que a todos los cristianos, así principiantes como más aprovechados, pertenece.

Y si cuanto ha sido la diligencia y trabajo de recopilar todas estas materias y ponerlas en estilo fácil y suave, para despertar el apetito aun de los enfermos con quien a veces hablamos, tanto fuere el fruto que de aquí se sacare, todo él se tendrá por bien empleado, pues ningún trabajo corporal puede ser tan grande que iguale con el menor provecho espiritual.

LIBRO PRIMERO

TRATADO DE DIOS Y DE LA CREACION

I.--DE LA EXISTENCIA Y DE LAS PERFECCIONES DE DIOS

CAPITULO I

De la demostración de la existencia de Dios

La primera cosa que entre los artículos de la fe se nos propone para creer, es que hay Dios; conviene a saber, que hay en este universo un príncipe, un primer movedor, una primera verdad y bondad, y una primera causa de que penden todas las otras causas, y ella no pende de nadie. Este es el fundamento de nuestra fe, y la primera cosa que se ha de creer. Y así, dice el Apóstol (Hebr. 11, 6): Que el que se quiere llegar a Dios ha creer que hay en este mundo Dios.

Y es tan manifiesta en lumbre natural esta verdad, que se alcanza por evidente demostración, como la alcanzaron muchos filósofos, y la alcanzan hoy día todos los sabios, conociendo por los efectos que en este mundo ven, la primera causa de do proceden, que es Dios. Por lo cual, dice Santo Tomás que los sabios no tienen fe de este primer artículo, porque tienen evidencia de él, la cual no se compadece con la oscuridad que está aneja a la fe. Mas los ignorantes, que no alcanzan esta razón, y creen esto porque Dios lo reveló y la Iglesia lo propone para creer, tienen fe de este artículo,

Provechos que a los cristianos trae la demostración de la existencia de Dios.

Parecerá a alguno ser excusado tratar esta materia entre cristianos, pues todos tienen fe de este artículo. Así es, mas con todo eso hemos visto y vemos cada día hombres tan desaforados, tan desalmados y tan tiranos, que, aunque con el entendimiento confiesen que hay Dios, con sus obras le niegan, porque ninguna cosa menos hacen creyéndolo que harían si totalmente no lo creyesen.

Pues para éstos, que tienen la lumbre de la fe tan olvidada y escondida, aprovechará mostrarles claramente por lumbre de razón que hay Dios; quizá esto les daría alguna sofrenada para que mirasen por sí. Y demás de este provecho hay otro mayor y más común para todos, el cual es que todas las cosas que nos dicen haber Dios, juntamente nos declaran muchas de sus perfecciones, especialmente su sabiduría, su omnipotencia, su bondad, su providencia, con la cual rige y gobierna todas las cosas.

Hermandad entre la ciencia y la fe.

Mas veamos ahora los fundamentos que los filósofos tuvieron para alcanzar esta verdad, lo cual servirá para abrazar con mayor alegría lo que testifica nuestra fe. Porque cuando se casa la fe con la razón y la razón con la fe, contestando la una con la otra, cáusase en el alma un nobilísimo conocimiento de Dios, que es firme, cierto y evidente, donde la fe nos esfuerza con su firmeza y la razón alegra con su claridad. La fe enseña a Dios encubierto con el velo de su grandeza, mas la razón clara quita un poco de ese velo para que se vea su hermosura. La fe nos enseña lo que debemos creer, y la razón hace que con alegría lo creamos.

Estas dos lumbreras juntas deshacen todas las nieblas, serenan las conciencias, quietan los entendimientos, quitan las dudas, remontan los nublados, allanan los caminos y hácennos abrazar dulcemente esta soberana verdad. Para lo cual tenemos dos maestros, uno de las santas Escrituras y otro de las criaturas, los cuales ambos nos ayudan grandemente para el conocimiento de nuestro Criador.

Por esto tocaremos aquí alguno de los motivos y fundamentos que los filósofos tuvieron para alcanzar esta verdad. Y digo algunos, porque solamente tocaremos aquellos que son más claros y más acomodados a la capacidad del pueblo, dejando los otros más sutiles para las escuelas de los teólogos.

Común sentir del género humano. Pues entre estos fundamentos de los filósofos, de que Tulio hace mucho caso, y con mucha razón, uno de ellos es que con ser tantas y tan varias las naciones del mundo, ninguna hay tan bárbara ni tan fiera que, dado que no conozca cuál sea el verdadero Dios, no entienda que lo hay y le honre con alguna manera de veneración

La causa de esto es porque, además de la hermosura y orden de este mundo, que está testificando que hay Dios que lo gobierna, el mismo Creador, así como imprimió en los corazones de los hombres una inclinación natural para amar y reverenciar a sus padres, así también imprimió en ellos otra semejante inclinación para amar y reverenciar a Dios como a padre universal de todas las cosas y sustentador y gobernador de ellas. Y de aquí procede esa manera de culto y religión, aunque falsa, que en todas las naciones del mundo vemos. La cual, de tal manera está impresa en los corazones humanos, que por sola defensa de ella pelean unas naciones con otras, sin haber otra causa de pelear, como lo vemos entre moros y cristianos. Porque creyendo cada uno que su religión es la verdadera, y que por ella es Dios verdaderamente honrado, y no por las otras, paréceles estar obligados a tomar la voz por su Dios y hacer guerra a los que no lo honran como ellos entienden que debe ser honrado. Tan impreso está en los corazones humanos el culto y veneración de Dios.

Y lo que más es, cada día vemos pasar hombres de diversas sectas a nuestra religión, o dejar mujer, e hijos, y hacienda, y cargos honrosos, como ahora lo vimos en uno, que, habiendo muchos años antes negado la fe, se vino a tierra de cristianos, dejando todo esto que habemos dicho, por la fe verdadera; en lo cual se ve cuán poderosamente arraigó el Creador este afecto de religión en nuestros corazones, pues prevalece y vence los mayores afectos que hay en el hombre, que son las afecciones de estas cosas que dijimos. Y esto mismo acaeció, en tiempo de Esdras, a los hijos de Israel, que se hallaron casados con mujeres de linajes de gentiles, cuando volvieron del cautiverio de Babilonia, los cuales las dejaron junto con los hijos que de ellas habían nacido, por no quebrantar la ley de Dios, que tales casamientos prohibía.

Por natural impulso. Otro indicio señalan de esta verdad, el cual también procede de esta natural inclinación que decimos, y es que todos los hombres, cuando se ven en algún grande y extraordinario aprieto y angustia, naturalmente, sin discurso alguno, levantan el corazón a Dios a pedirle socorro. Y como este

movimiento sea tan acelerado, que previene el discurso de la razón, síguese que procede de la misma naturaleza del hombre, la cual, como sea formada por Dios, y Dios no haga cosa ociosa y sin propósito, síguese no sólo que hay Dios, sino también ser Él infinitamente perfecto. Porque este recurso es como una voz y testimonio de la misma naturaleza, la cual con esto confiesa que aquel divino Presidente lo ve todo, y lo prevé todo, y que en todo lugar se halla presente. Aquí confiesa su providencia, su bondad, su misericordia, y el amor que tiene a los hombres, y el deseo de remediarlos, pues Él mismo, cuando los crió, imprimió en ellos esta natural inclinación que los moviese a recurrir a Él, como a verdadero padre, en sus angustias y tribulaciones.

El concierto del mundo demuestra la existencia de un sapientísimo Hacedor.

El motivo que, así los filósofos como todos los hombres, tuvieron para reconocer la divinidad, fué la fábrica, y orden, y concierto, y hermosura, y grandeza de este mundo y de las partes principales de él, que son cielo, estrellas, planetas, tierra, agua, aire y fuego, vientos, lluvias, nieves, ríos, fuentes, plantas y todo lo demás que en él hay. Esta consideración, con las dos que luego trataremos, prosigue copiosamente Tulio, elegantísimo orador y filósofo, en nombre de otro filósofo estoico. Y pues en esta materia procedemos por vía de filosofía, parecióme ingerir aquí, para los que no entienden latín, lo que este filósofo con las palabras de la elocuencia de Tulio dice, dejando algunas cosas que adelante se tratan en sus propios lugares.

Dice, pues, así este filósofo: Ninguna cosa se hallará en la administración y gobierno del mundo que se pueda justamente reprender, y si alguno quisiere enmendar algo de lo hecho, o lo hará peor o del todo no lo podrá hacer. Pues si todas las partes del mundo están de tal manera fabricadas que ni para el uso de la vida se pudieran hacer mejores, ni para la vista más hermosas, veamos si pudieran ser hechas acaso o perseverar en el estado en que están, si no fueran gobernadas por la divina Providencia. Por donde, si son más perfectas las obras de la naturaleza que las del arte, si las del arte se hacen con razón, síguese que las de naturaleza no han de carecer de razón. Pues ¿quién habrá que viendo una tabla muy bien pintada no entienda que se hizo por arte, y viendo desde lejos correr un navío por el agua no conozca que este movimiento se haga por razón y arte, y viendo cómo un reloj señala las horas a sus tiempos debidos, no entienda lo mismo y se atreva a decir que el mundo, el cual inventó estas mismas artes, con los

oficiales de ellas, y abraza todas las cosas, carezca de razón y de arte?

De la grandeza y hermosura del cielo.

Mas levantemos los ojos a las cosas mayores. En el cielo resplandecen las llamas de innumerables estrellas, entre las cuales el príncipe que todas las cosas esclarece y rodea es el sol, que es muchas veces mayor que toda la tierra; y asimismo las estrellas son de inmensa grandeza. Y estos tan grandes fuegos ningún daño hacen a la tierra ni a las cosas de ella, mas antes la aprovechan de tal manera, que si mudasen sus lugares y puestos ardería todo el mundo.

Y un poco más abajo añade el mismo Tulio estas palabras: Hermosamente dijo Aristóteles que si habitasen algunos hombres debajo de la tierra, en algunos palacios adornados con diversas pinturas y con todas las cosas con que están ataviadas las casas de los que son tenidos por bienaventurados y ricos, los cuales hombres, morando en aquellos subterráneos, nunca hubiesen visto las cosas que están sobre la tierra, y hubiesen oído por fama que hay una divinidad en el mundo soberana, y después de esto, abiertas las gargantas de la tierra, saliesen de aquellos aposentos, cuando viesen la tierra, la mar y el cielo, la grandeza de las nubes, la fuerza de los vientos, y pusiesen los ojos en el sol, y conociesen la grandeza y hermosura y eficacia de él, y cómo él, esclareciendo con su luz el cielo, es causa del día, y, llegada la noche, viesen todo el cielo adornado y pintado con tantas y tan hermosas lumbreras, y notasen la variedad de la luna, con sus crecientes y menguantes, y considerasen la variedad de los nacimientos y puestos de las estrellas, tan ordenados y tan constantes en sus movimientos en toda la eternidad; sin duda, cuando los tales hombres, salidos de la oscuridad de sus cuevas, súbitamente viesen todo esto, luego conocerían haber sido verdadera la fama de lo que les fué dicho, que era haber en este mundo una soberana divinidad, de que todo pendía. Esto dijo Aristóteles.

Mas nosotros, dice el mismo Tulio, imaginemos unas tan espesas tinieblas cuantas se dice haber salido en el tiempo pasado de los fuegos del monte Etna, las cuales oscurecieron todas las regiones comarcanas, e imaginemos que por espacio de dos días ningún hombre pudiese ver a otro. Pues si al tercero día el sol esclareciese al mundo, parecería a estos hombres que de nuevo habían resucitado. Y si esto mismo acaeciese a algunos que hubiesen vivido siempre en eternas tinieblas, los cuales súbitamente viesen la luz, ¡cuán hermosa les parecería la figura del cielo!

Toda esta grandeza y hermosura piden un Hacedor inteligente.

Mas la costumbre de ver esto cada día, hace que los hombres no se maravillen de esta hermosura, ni procuren saber las razones de las cosas que siempre ven, como si la novedad de las cosas nos hubiese de mover más que su grandeza a inquirir las causas de ellas.

Porque ¿quién tendrá por hombre de razón al que viendo los movimientos del cielo y el orden de las estrellas tan firme y constante, y viendo la conexión y conveniencia que todas estas cosas tienen, diga que todo esto se hizo sin prudencia ni razón, y crea que se hicieron acaso las cosas que ningún consejo ni entendimiento puede llegar a comprender con cuánto consejo hayan sido hechas? ¿Por ventura, cuando vemos alguna esfera movediza o reloj, o algunas figuras moverse artificiosamente, no entendemos que hay algún artificio y causa de estos movimientos? Y viendo el ímpetu con que se mueven los cielos, con tan admirable ligereza, y que hacen sus cursos tan ciertos y tan bien ordenados para la salud y conservación de las cosas, ¿no echaremos de ver que todo esto se hace con razón, y no sólo con razón, sino con excelente y divina razón?

Mas, dejada aparte la sutileza de los argumentos, pongámonos a mirar la hermosura de las cosas que por la divina Providencia confesamos haber sido fabricadas.

Y primeramente miremos toda la tierra, sólida y redonda, y recogida con su natural movimiento dentro de sí misma, colocada en medio del mundo, vestida de flores, de hierbas, de árboles y de mieses, donde vemos una increíble muchedumbre de cosas tan diferentes entre sí, que con su grande variedad nos son causa de un insaciable gusto y deleite. Juntemos con esto las fuentes perennales de las aguas frías, los licores claros de los ríos, los vestidos verdes de sus riberas, la alteza de las concavidades de las cuevas, la aspereza de las piedras, la altura de los montes, la llanura de los campos. Añadamos a esto las venas escondidas del oro y plata y la infinidad de los mármoles preciosos.

Y demás de esto, ¡cuánta diversidad vemos de bestias, de ellas mansas, de ellas fieras; cuántos vuelos y cantos de aves, cuán grandes pastos para los ganados y cuántos bosques para la vida de los animales silvestres!

Pues ¿qué diré del linaje de los hombres, los cuales, puestos en medio de la tierra como labradores y cultivadores de ella, no la dejan poblar de bestias fieras, ni hacerse un monte bravo con la aspereza de los árboles silvestres, con cuya industria los campos, y las islas, y las riberas resplandecen, repartidas en casas y ciudades?

Pues si todas estas cosas mirásemos de una vista con los ojos, como las vemos con los ánimos, ninguno habría que mirando toda la tierra junta tuviese duda de la divina Providencia. Mas entre estas cosas, ¡cuán grande es la hermosura de la mar, cuánta la muchedumbre y variedad de las islas que hay en ella, qué frescura y deleite de sus riberas, cuántos linajes de pescados, unos que moran en el profundo de las aguas, otros que andan nadando y corriendo por cima de ellas, otros que están pegados con sus conchas naturales a las peñas! Y el mismo mar, de tal manera con sus playas y riberas se abraza con la tierra, que de dos cosas tan diferentes viene a hacerse una común naturaleza de ambas.

Luego el aire vecino a la mar se diferencia entre día y noche, el cual unas veces adelgazándose sube a lo alto, y otras espesándose se convierte en nubes, y recogiendo en sí los vapores de la mar, riega la tierra con aguas y, corriendo de una parte a otra, causa los vientos. Y él también sostiene sobre sí el vuelo de las aves y nos da el aire con que se mantienen y sustentan los animales.

Réstanos ahora el postrer lugar del mundo, que es el cielo, tan alejado de nuestras moradas, que ciñe y abraza todas las cosas, que es el último término y cabo del mundo; en el cual aquellas lumbreras resplandecientes de las estrellas hacen sus cursos tan ordenados, que son causa de grande admiración a quien los contempla. Entre los cuales, el sol, moviéndose alrededor de la tierra y naciendo y poniéndose, es causa del día y de la noche, y llegándose a nosotros un tiempo del año, y desviándose otro, hace dos vueltas contrarias; y en este intervalo se entristece la tierra con su ausencia, y después se alegra con su venida.

Mas la luna, que, como los matemáticos dicen, es mayor que la mitad de la tierra, caminando por las mismas vías que el sol, envía a la tierra la lumbre que recibe de él, mudándose muchas veces, y eclipsándose con la sombra de la tierra y eclipsando ella al sol cuando se le pone delante.

Y por los mismos espacios corren los planetas alrededor de la tierra, los cuales a veces se apresuran en sus movimientos, y a veces se tardan, y otras se detienen, que es cosa de grande admiración y hermosura. Síguese luego la muchedumbre de las estrellas fijas, las cuales están de tal manera ordenadas que vienen a hacer ciertas figuras, por las cuales son nombradas, como es el Carro, la Bucina y otras semejantes, que son guía de los que navegan por la mar.

Todo lo susodicho es de Tulio, el cual, con el argumen-

to de la fábrica y hermosura y provecho de las partes principales de este mundo inferior, y con el orden y constancia invariable de los movimientos del cielo, prueba que cosas tan grandes, tan provechosas, tan hermosas y tan bien ordenadas no se pudieron hacer acaso, sino que tienen un sapientísimo hacedor y gobernador.

Ni un magnífico retablo se hace sin artista, ni un palacio sin arquitecto.

Pues siendo tan grande la variedad y hermosura de las cosas de este mundo, ¿quién será tan bruto que diga haberse todo esto hecho acaso, y no tener un sapientísimo y potentísimo hacedor?

¿Quién diría que un retablo muy grande y de muchos y muy excelentes colores y figuras se hizo acaso con un borrón de tinta que acertó a caer sobre una tabla? Pues ¿qué retablo más grande, más vistoso y más hermoso que este mundo? ¿Qué colores más vivos y agradables que los de los prados y árboles de la primavera? ¿Qué figuras más primas que las de las flores, y aves, y rosas? ¿Qué cosa más resplandeciente y más pintada que el cielo con sus estrellas?

Pues ¿cuál será el ciego que todas estas maravillas diga que se hicieron acaso?

Si, por caso, yendo camino hallases en un bosque una casa de solaz de algún príncipe, muy bien edificada y proveída de todo género de mantenimientos y de las oficinas que fuesen necesarias para el servicio del príncipe, y vieses en ella sus mesas puestas, sus hachas encendidas, sus vergeles y cisternas y fuentes de agua, sus aposentos y lugares diversos para todos sus criados, y, maravillado tú de todo este aparato, preguntases cómo se había hecho esto, te respondiesen que había caído un pedazo de aquella montaña, y los pedazos de ella habían acertado a caer de tal manera que sin mano de oficial se habían fabricado aquellos tan hermosos palacios, con todo lo que hay en ellos, ¿qué dirías? ¿Podría fingirse desatino mayor?

El obrar los seres irracionales por un fin nos demuestra la existencia de una Razón universal y de una perfectísima Sabiduría.

Y demás de estos fundamentos susodichos, hay otro no menos eficaz para el conocimiento de esta verdad, y muy palpable y fácil de penetrar a cualquier entendimiento por rudo que sea. El cual procede de ver las habilidades que todos los animales de la tierra, de la mar y del aire tienen para todo lo que se requiere para su mantenimiento, para su defensión,

para la cura de sus enfermedades y para la criación de sus hijuelos.

En todo lo cual ninguna cosa menos hacen de lo que harían si tuviesen perfectísima razón. Así temen la muerte, así se recatan de los peligros, así saben buscar lo que les cumple, así saben hacer sus nidos y criar sus hijos como lo hacen los hombres de razón. Y aun pasa más adelante, que entre mil diferencias de hierbas que hay en el campo de un mismo color, conocen la que es de comer y la que no lo es, la que es saludable y la que es ponzoñosa, y por mucha hambre que tengan no comerán de ella. La oveja teme al lobo sin haberlo visto, y no teme al mastín, siendo tan semejante a él. La gallina no teme al pavón, siendo tan grande, y teme hasta la sombra de un gavilán, que es mucho menor. Los pollos temen al gato y no al perro, siendo mayor, y esto antes aún que tengan experiencia del daño que de las cosas contrarias podrían recibir.

Pues arguyen ahora los filósofos así. Todos estos animales carecen de razón, porque en sola ésta se diferencian ellos del hombre y el hombre de ellos, y con todo eso hacen todas las cosas que pertenecen a su conservación tan perfectamente como si la tuviesen; luego necesariamente hemos de confesar que hay una Razón universal y una perfectísima Sabiduría que de tal manera asiste a todos ellos, y de tal manera los rige y gobierna, que hagan lo mismo que harían si tuviesen razón. Porque por el mismo caso que el Criador los formó y quiso que fuesen y viviesen, estaba claro que les había de dar todo lo necesario para conservar sus vidas, porque de otra manera de balde y sin propósito los criara.

Si viésemos un niño de edad de tres años que hablase con tanta discreción y elocuencia como un grande orador, luego diríamos: otro habla en este niño, porque esta edad no es capaz de tanta elocuencia y discreción. Pues como veamos que todas las criaturas que carecen de razón hagan todas sus obras conforme a razón, que es todo lo que conviene para su conservación, necesariamente hemos de confesar que hay esta Razón universal y esta suma Sabiduría, la cual, sin darles razón, les dió inclinaciones e instintos naturales para que lo que en los hombres hace la razón, hiciese en ellas la inclinación. Y en esto advirtieron claramente los filósofos, los cuales dicen que las obras de naturaleza son obras de una inteligencia que no yerra; queriendo decir son obras de una suma sabiduría que hace sus obras con tanta perfección que ningún defecto se puede hallar en ellas.

Esta consideración que nace de las criaturas movió a San Agustín a decir que más fácilmente dudaría si tenía

alma en su cuerpo, que dudar si hay Dios en este mundo, por razón del testimonio que de esta primera verdad nos dan las cosas criadas.

La causa del mundo no puede ser el acaso.

Pues decidme ahora: Si poniéndoos vos de propósito a considerar la hermosura de la gran casa real de este mundo, y viendo la fábrica y la provisión de todas las cosas que hay en él, viendo esa bóveda del cielo tan grande y tan compasada y pintada con tantas estrellas, viendo una mesa tan abastada de tantas diferencias de manjares como es la tierra, con todas las carnes y frutas y otros mantenimientos que hay en ella; viendo tantas frescuras y vergeles y fuentes de agua, tantos paños de verdura como se ven por todas las montañas y valles y praderías de los campos; viendo las hachas y lumbreras que arden día y noche en medio de esos cielos para alumbrar esta casa, y las vajillas de oro y plata y piedras preciosas que nacen en los mineros de la tierra; los aposentos diversos y convenientes para los moradores de esta casa, unos en las aguas para los que saben nadar, otros en el aire para los que pueden volar, otros en la tierra para los cuerpos grandes y pesados, y viendo sobre todo esto el regimiento de toda esta casa y familia, el orden de ella, y cómo los ángeles, que son criaturas más principales, mueven los cielos, y los cielos a los elementos, y de los elementos se forman los compuestos, y todo finalmente va encaminado para el servicio del príncipe de esta casa, que es el hombre; quien todo esto ve, con otras infinitas cosas que no se pueden comprender en pocas palabras, ¿cómo podrá creer que todo esto se hiciese acaso? ¿Cómo no verá que tuvo y tiene potentísimo y sapientísimo Hacedor?

Leyendo en el libro abierto de la creación.

Pues esta hermosura y grandeza del mundo, con la variedad de las cosas que en él hay, reducidas a aquella unidad que dijimos, movió no solamente a los filósofos, mas también a todas las gentes, a creer que cosas tan grandes, tan hermosas y tan bien ordenadas, no se habían hecho acaso, sino que tenían un sapientísimo y potentísimo Hacedor, que con su omnipotencia las había criado y con su sabiduría las gobernaba. Y esto es por lo que David exclama en el salmo 18, 1, cuando dice: Los cielos denuncian la gloria de Dios, y las obras de sus manos predica el cielo estrellado, etc.

Quiere decir: la hermosura del cielo, adornada con tantas lumbreras, y el orden admirable de las estrellas, y la diversidad de sus movimientos y cursos, predican la gloria

de Dios y hacen que todas las naciones le alaben y se maravillen de su grandeza y le reconozcan por Hacedor y Señor de todas las cosas.

Asimismo el orden de los días y de las noches, el crecimiento y la diminución de ellos, tan ordenada y proporcionada para el uso de nuestra vida, y la constancia invariable que en sus nacimientos y movimientos guardan, predican y testifican que obras tan grandes y tan bien ordenadas no se han de atribuir al acaso o la fortuna, sino que hay en el mundo un soberano presidente que al principio crió todas estas cosas y las conserva con suma providencia.

Mas estas obras admirables no hablan ni testifican esto con voces humanas, las cuales no pudieron llegar al cabo del mundo, mas su habla y testimonio es el orden invariable, y la hermosura de ellas, y el artificio con que están hechas tan perfectamente como si se hiciera con regla y plomada. Porque esta manera de lenguaje se oye en todas las tierras, y convida a los hombres al culto y veneración del Hacedor.

CAPITULO II

De cómo hay un solo Dios y Señor y que es imposible haber muchos dioses

Declarado ya con tan evidentes demostraciones cómo en este mundo hay un supremo señor y gobernador de todo lo criado, que llamamos Dios, síguese declarar luego que no hay más que un solo Dios y que es imposible haber muchos dioses. Lo cual breve y evidentemente se prueba por esta razón. Porque si hubiese, pongo por ejemplo, dos dioses diferentes entre sí, necesariamente había de haber alguna cosa especial que tuviese el uno, con que se diferenciase del otro.

Pregunto, pues, si esto que tiene el uno que no tiene el otro es imperfección, ya ése no será Dios, porque en Dios no ha de haber alguna imperfección. Mas si es perfección, ya el otro no será Dios, pues le falta esa perfección. Porque Dios es una cosa sumamente perfecta, y tal, que no se puede entender otra mayor.

El mundo se gobierna por un solo Señor. Confírmase también esta verdad por este ejemplo. Vemos que en toda buena gobernación ha de haber una cabeza por quien todo se gobierne en paz y concordia. Así vemos que en el ejército bien gobernado hay un capitán general que todo lo ordena, y en el reino un solo rey que todo lo rige, en la ciudad un supremo presidente que la gobierna, y en la casa un padre de familia a quien todos obedecen, y hasta en el cuerpo humano hay una sola cabeza que influye su virtud en todos los miembros.

Por donde, como sería gran monstruosidad haber en un cuerpo dos cabezas, así lo sería haber dos gobernadores con igual poder en una república bien ordenada. Porque no podrían dejar de seguirse de aquí disensiones y bandos, siguiendo unos una parcialidad y otros otra. Por donde dijo el Salvador que todo reino dividido sería destruído (Lc. 11, 17).

Y no es necesario ir muy lejos por los ejemplos desto, pues vemos que Rómulo y Remo, fundadores de Roma, habiendo cabido ambos en un mismo vientre, no pudieron caber en una ciudad, y César y Pompeyo, que eran suegro y yerno, tampoco cupieron en todo el mundo.

Pero ¿qué mayor argumento queremos que el ejemplo de las abejas, en las cuales imprimió el Criador este instinto, que tengan un solo rey, a quien acompañen y sigan a doquiera que va, al cual aman tanto que, si acaso muere, todas lo cercan al derredor, y si no se lo quitaren de delante, allí se estarían sin comer hasta morir? Y con todo este amor, si aciertan a tener dos reyes, matan el uno y quédanse con el otro sólo.

Constándonos, pues, que toda buena gobernación procede de una cabeza, y mirando cómo este mundo es perfectísimamente gobernado, pues vemos cuán ciertos e infalibles son los movimientos de los cielos, del sol, de la luna y de los otros planetas, de cuyo movimiento pende la variedad de los tiempos, y con ellos la procreación de los animales que cada año nacen y de los nuevos frutos y pastos con que se mantienen, síguese que el mundo se gobierna por un supremo señor y gobernador, y no por muchos, y éste es sólo Dios.

Por la armonía del universo. Con ésta se junta otra razón no menos palpable que la pasada. Porque cónstanos que toda muchedumbre de cosas diversas no puede reducirse a unidad y concordia sino por uno, como lo vemos en la música de diversas voces, las cuales no podrían causar suavidad y

melodía si no hubiese algún músico que las ordenase con tal proporción que viniesen a causar esta suavidad, porque de otra manera serían causa de grande disonancia.

Pues esta misma unidad y concordia vemos en cuantas cosas hay en este mundo. Porque todas ellas, desde la mayor hasta la menor, concuerdan en el servicio, sustentación y conservación del hombre, sin que haya en el cielo, ni en la tierra, ni en el mar, ni en el aire cosa que esté exenta de su servicio, como luego declararemos.

Pues viendo cómo cosas tan varias y diferentes, y muchas de ellas entre sí contrarias, están reducidas a un fin, que es este servicio del hombre, por ser él la más noble criatura de este mundo inferior, necesariamente hemos de confesar que hay un supremo gobernador, el cual redujo esta tan grande variedad a esta susodicha unidad y concordia, y éste es un solo Dios, el cual, así como crió todo este mundo visible, no para sí ni para los ángeles, sino sólo para el hombre, así trazó y ordenó todas las cosas con tal orden que todas ellas sirviesen al hombre.

CAPITULO III

De cómo Dios es incomprensible e inefable

Pues de la consideración de las grandezas y perfecciones divinas se sigue en el alma un grande pasmo y admiración de aquel Ser divino, conociendo que es inmenso, infinito, incomprensible e inefable, y que no sólo cuanto se puede decir, sino cuanto se puede concebir y entender de sus grandezas, es casi nada en comparación de lo que queda por conocer.

Porque lo que la criatura, aunque sea angélica, puede conocer, es finito, así como ella es finita; mas la grandeza de Él es infinita. Y así ninguna proporción hay entre lo que se entiende y lo que queda por entender. Por esto dijo David (Salm. 17, 11) que cercó Dios de tinieblas el tabernáculo de su morada, para significar que ningún entendimiento criado puede llegar a comprender la alteza de su divina esencia. Y esto nos representa decir el mismo profeta (Salm. 17, 10) de Él que sube sobre los querubines y que vuela sobre las alas de los vientos, para dar a entender que aun aquellos soberanos espíritus en quienes están depositados los tesoros de la sabiduría divina, quedan bajos

en este conocimiento, y que pierden de vista al que vuela sobre las plumas de los vientos. Y esto mismo nos figuran aquellos dos serafines que vió Isaías (6, 2) a los dos lados de Dios, los cuales con sus alas cubrían los pies y la cara de Él, para representar esta misma incomprensibilidad de Dios, al cual ven de tal manera que no llegan de cabo a cabo ni comprenden cuanto hay en Él.

De dos maneras de conocimiento de Dios. Lo que hasta aquí se ha dicho nos abre camino para la teología negativa, de que San Dionisio es gran maestro. Para lo cual es de saber que en esta vida tenemos dos maneras de conocimiento de Dios, uno que llaman afirmativo y otro negativo. El afirmativo es cuando, rastreando por las perfecciones y hermosura que vemos en los cielos, sol, luna y estrellas, y en todas las otras criaturas, nos levantamos a conocer cuánto más perfecto y hermoso será el Criador que las formó, en quien están todas ellas juntas con infinita eminencia y ventaja. Este llamamos conocimiento afirmativo, porque afirma y confiesa que están todas estas perfecciones en Dios.

Mas negativo es el que, presuponiendo cuán bajos y limitados son todos nuestros conceptos, niega todas estas perfecciones de Dios de la manera que nosotros las concebimos y se las atribuímos, diciendo que no es Dios de esa manera grande, ni hermoso, ni sabio, ni poderoso, etc., como nuestros entendimientos lo conciben, porque Él es de otra muy diferente manera grande, hermoso, sabio y poderoso, que todos los entendimientos criados no pueden alcanzar. Y de esta manera, negando estas perfecciones que nosotros concebimos de Dios, le alabamos y glorificamos más, confesando que su grandeza es infinita, inmensa, incomprensible e inefable.

De cómo podemos subir al conocimiento imperfecto de Dios. Y para formar en nuestras almas algún concepto, aunque confuso, de aquella altísima Substancia, habemos de tomar por fundamento una común sentencia del mismo San Dionisio, el cual dice que en cada una de las criaturas hay tres cosas, que son : ser, poder y obrar. Las cuales son tan consecuentes entre sí, que por las unas conocemos las otras. Porque por las obras conocemos la grandeza del poder, y por ésta la del ser de donde procede.

Pues estas mismas tres cosas, que son ser, poder y obrar, consideramos en Dios Nuestro Señor, aunque en Él todas sean una misma cosa. Por la grandeza admirable de sus obras conocemos la grandeza del poder de donde mana-

ron, y por la grandeza de este poder conocemos la del ser, puesto caso que no iguala lo uno con lo otro, porque a mucho más se extiende aquel ser de lo que declara el poder. Porque con la facilidad que crió este mundo, podría criar con una sola palabra otros mil mundos tan grandes y mayores que éste, como adelante declararemos. Pues tanteemos ahora cuál será aquel ser en quien cabe este tan admirable y espantoso poder. ¿Qué comparación hay de todo otro poder criado, pues ninguno es poderoso para criar una hormiga?

Diferencia infinita entre el ser criado y el ser del Criador.

Entendida, pues, la infinita distancia y diferencia que hay del poder del Criador a todo otro poder creado, entenderemos la que hay del ser criado al ser del Criador.

Y conforme a esto, decimos que aquella altísima Substancia dista infinitamente de toda otra substancia, la cual tiene otra manera de ser, y de poder, y de grandeza, y de sabiduría, y de hermosura, y de otras infinitas perfecciones, que ningún entendimiento criado puede comprender.

Y por esto, para conocer algo de Él, habemos de dejar debajo de nuestros pies todas las criaturas del cielo y de la tierra, y pasar de vuelo sobre todo lo que se puede sentir e imaginar y entender, para llegar en alguna manera a aquella Substancia que sobrepuja todos los sentidos y entendimientos y se diferencia y aventaja infinitamente todo lo demás; la cual ni tiene figura, ni cuantidad, ni cualidad, ni otro algún accidente, ni admite composición ni mudanza, ni siente por algún sentido corporal, ni por alguno de ellos puede ser sentida, ni tiene necesidad de lumbre, ni está sujeta a alguna división o diminución, ni es alma ni potencia del alma, ni cuerpo, ni forma de cuerpo, ni puede dejar de ser, ni ser más de lo que es, porque en Él está todo el ser; ni es razón ni inteligencia de la manera que nosotros podemos entender, aunque es otra manera de razón y de inteligencia y de vida; ni es grande, ni bueno, ni sabio, ni poderoso, ni hermoso de la manera que nosotros imaginamos; porque Él es de otra muy diferente manera grande, y bueno, y poderoso, y hermoso, y sabio.

Supereminencia de las divinas perfecciones.

Por lo cual, no sólo San Dionisio, sino también Platón, que fué antes de él, aunque filósofo gentil, cuando trata de las perfecciones divinas, usa de estos términos: sobrebueno, sobrepoderoso, sobrehermoso, sobresabio, dando a entender por esta manera de hablar la supereminencia y ventaja de las perfec-

ciones divinas a todo lo que nuestros entendimientos pueden alcanzar, porque Él es una substancia sobre toda substancia, y una vida sobre toda vida, y una luz sobre toda luz, que no ven nuestros ojos, y una hermosura sobre toda hermosura, que no alcanzan nuestros entendimientos, y una suavidad que sobrepuja toda suavidad, que no alcanzan nuestros sentidos, y no solamente los nuestros, sino también los de todos los ángeles, querubines y serafines.

De manera que las perfecciones que todos los entendimientos criados alcanzan del Criador le vienen tan cortas, que con más verdad se las negaremos que se las atribuiremos. La cual teología nos declaró el Eclesiástico (43, 32) por estas palabras: Glorificad a Dios cuanto os sea posible, porque Él es mayor que todo lo que de Él podéis decir, y los que bendecís al Señor, ensalzadlo cuanto pudiereis, porque Él sobrepuja toda la alabanza. ¿Quién lo vió, para que pueda contar sus grandezas? Y ¿quién lo podrá ensalzar cuanto Él merece? Muchas otras cosas hay que están ocultas a nuestros entendimientos, porque pocas son las obras suyas que hemos visto.

El alma religiosa ante la incomprensibilidad del ser divino.

Pues, considerando esto el alma religiosa, y viendo que ningún título, ni nombre, ni atributo, ni alabanza llega a explicar lo que Dios merece, y todas las perfecciones y alabanzas de hombres y ángeles quedan infinitamente bajas para explicar lo que Él es, desiste ya de estos nombres, y entiende que le queda un inmenso piélago y abismo de grandezas incomprensibles en que entrar, y así se queda en un santo silencio y espanto de tamaña grandeza; y con esto, no entendiendo, entiende, y no conociendo, conoce, porque conoce ser este Señor incomprensible e inefable.

Y con esto le alaba más que con todos los nombres y excelencias que le puede atribuir. Lo cual significó el Profeta Real (Salm. 64,4) cuando, según la traslación de San Jerónimo, dijo: A ti, Dios, calla la alabanza en Sión, dándonos a entender que la más perfecta alabanza de Dios es este santo silencio y espanto que decimos, con el cual queda el alma religiosa como absorta y pasmada con una grande admiración de tan incomprensible Majestad.

Esta es la teología que tantas veces repite San Dionisio. Y así, en un lugar dice: La oscuridad y tinieblas en que se dice morar Dios, es una luz inaccesible, la cual, como el Apóstol dice, ningún hombre vió ni puede ver. Y por el mismo caso que ni ve ni conoce, se junta más familiarmente a aquel Señor que sobrepuja todo conocimiento. Y en otro lugar dice él que en esta santa ignorancia está el verdadero

conocimiento de aquel Señor que está sobre todo entendimiento y toda substancia.

Por donde concluye la materia este sumo teólogo diciendo que veneremos este gran secreto de la soberana Deidad. el cual trasciende todos los entendimientos, con una sagrada reverencia de nuestra alma y con un casto silencio. Y casto silencio llama el que despide de sí toda curiosidad de entendimiento, y queda en un pasmo y admiración de tan grande Majestad, que le ata la lengua y el entendimiento y lo deja como sumido en el piélago y abismo de esta grandeza, donde no se halla suelo, y entonces canta con el Profeta: A ti calla la alabanza, Dios, en Sión.

Todo lo que hasta aquí se ha dicho sirve para que en alguna manera, según nuestra rudeza, entendamos alguna pequeña parte de la inmensidad y grandeza de nuestro soberano Dios y Señor, la cual de tal manera conocen aquellos espíritus seráficos que asisten ante su Majestad, que están como postrados y sumidos delante de ella, teniéndose por unos viles gusanillos en presencia de tanta grandeza, y así lo adoran y reverencian, y temen delante de ella.

Y por esto se dice en el libro del santo Job (26, 11) que las columnas del cielo, que son aquellos espíritus soberanos que gobiernan el mundo, tiemblan en la presencia de tan grande Majestad. Aunque este temblor ni es penoso ni servil, sino filial y reverencial, porque, conociendo la inmensidad de aquella grandeza, entienden que así como a la grandeza de la Bondad se debe sumo amor, así a la alteza de la Majestad, suma reverencia y temor.

CAPITULO IV

Síguese una devota meditación, en la cual se declara que, aunque Dios sea incomprensible, todavía se conoce algo de Él por la consideración de las obras de sus manos, que son sus criaturas

¡ Oh altísimo y clementísimo Dios, Rey de los reyes y Señor de los señores ! ¡ Oh eterna sabiduría del Padre, que, asentada sobre los serafines, penetráis con la claridad de vuestra vista los abismos, y no hay cosa que no esté abierta y desnuda ante vuestros ojos ! Vos, Señor, tan sabio, tan poderoso, tan piadoso y tan grande amador de todo lo que

criasteis, y mucho más del hombre que redimisteis, al cual hicisteis señor de todo, inclinad ahora esos clementísimos ojos, y abrid esos divinos oídos, para oír los clamores de este pobre y vilísimo pecador.

El hombre, creado para amar a Dios. Señor Dios mío, ninguna cosa más desea mi alma que amaros, porque ninguna cosa hay a Vos más debida ni a mí más necesaria que este amor. Criásteme para que os amase, pusiste mi bienaventuranza en este amor, mandásteme que os amase, enseñásteme que aquí estaba el merecimiento, y la honestidad, y la virtud, y la suavidad, y la libertad, y la paz, y la felicidad, y, finalmente, todos los bienes. Porque este amor es un breve sumario en que se encierra todo lo bueno que hay en la tierra y mucha parte de lo que se espera en el cielo.

No se puede amar a Dios sin conocerle. Enseñásteme también, Salvador mío, que no os podía amar si no os conocía. Amamos naturalmente la bondad y la hermosura, amamos a nuestros padres y bienhechores, amamos a nuestros amigos y aquellos con quien tenemos semejanza, y, finalmente, toda bondad y perfección es el blanco de nuestro amor. Este conocimiento se presupone para que de él nazca el amor.

Pues ¿quién me dará que yo así os conozca y entienda cómo en Vos sólo están todas las razones y causas de amor? ¿Quién más bueno que Vos? ¿Quién más hermoso? ¿Quién más perfecto? ¿Quién más padre, y más amigo, y más largo bienhechor? Finalmente, ¿quién es el esposo de nuestras almas, el puerto de nuestros deseos, el centro de nuestros corazones, el último fin de nuestra vida y nuestra última felicidad, sino Vos?

Dificultad de conocer a Dios. Pues ¿qué haré, Dios mío, para alcanzar este conocimiento? ¿Cómo os conoceré, pues no puedo veros? ¿Cómo os podré mirar con ojos tan flacos siendo Vos una luz inaccesible? Altísimo sois, Señor, y muy alto ha de ser el que os ha de alcanzar. ¿Quién me dará alas como de paloma para que pueda volar a Vos? Pues ¿qué hará quien no puede vivir sin amaros y no puede amaros sin conoceros, pues tan alto sois de conocer?

Todo nuestro conocimiento nace de nuestros sentidos, que son las puertas por donde las imágenes de las cosas entran a nuestras almas, mediante las cuales las conocemos. Vos, Señor, sois infinito; no podéis entrar por estos postigos tan estrechos, ni yo puedo formar imagen que tan alta cosa

represente; pues ¿cómo os conoceré? ¡Oh altísima substancia! ¡Oh nobilísima esencia! ¡Oh incomprensible Majestad! ¿Quién os conocerá?

Todas las criaturas tienen finitas y limitadas sus naturalezas y virtudes, porque todas las criasteis en número, peso y medida, y les hicisteis sus rayas, y señalasteis los términos de su jurisdicción. Muy activo es el fuego en calentar y el sol en alumbrar, y mucho se extiende su virtud; mas todavía reconocen estas criaturas sus fines, y tienen términos que no pueden pasar. Por esta causa puede la vista de nuestra alma llegar de cabo a cabo y comprehenderlas, porque todas ellas están encerradas, cada una dentro de su jurisdicción. Mas Vos, Señor, sois infinito, no hay cerco que os comprehenda, no hay entendimiento que pueda llegar hasta los últimos términos de vuestra substancia, porque no los tenéis. Sois sobre todo género, y sobre toda especie, y sobre toda naturaleza creada; porque así como no reconocéis superior, así no tenéis jurisdicción determinada. A todo el mundo que criasteis en tanta grandeza puede dar vuelta por el mar océano un hombre mortal, porque, aunque él sea muy grande, todavía es finita y limitada su grandeza. Mas a Vos, gran mar océano, ¿quién podrá rodear? Eterno sois en la duración, infinito en la virtud y supremo en la jurisdicción. Ni vuestro ser comenzó en tiempo ni se acaba en el mundo. Sois ante todo tiempo y mandáis en el mundo y fuera del mundo, porque llamáis las cosas que no son como a las que son.

Pues siendo como sois tan grande, ¿quién os conocerá? ¿Quién conocerá la alteza de vuestra naturaleza, pues no puede conocer la bajeza de la suya? Esta misma alma con que vivimos, cuyos oficios y virtud cada hora experimentamos, no ha habido filósofo hasta hoy que haya podido conocer la manera de su esencia, por ser ella hecha a vuestra imagen y semejanza. Siendo, pues, tal nuestra rudeza, ¿cómo podrá llegar a conocer aquella soberana e incomprensible substancia?

Mas con todo esto, Salvador mío, no puedo ni debo desistir de esta empresa, aunque sea tan alta, porque no puedo ni quiero vivir sin este conocimiento, que es principio de nuestro amor. Ciego soy y muy corto de vista para conoceros, mas por eso ayudará la gracia donde falta la naturaleza. No hay otra sabiduría sino saber a Vos; no hay otro descanso sino en Vos; no hay otros deleites sino los que se reciben en mirar vuestra hermosura, aunque sea por el viril de vuestras criaturas.

Excelencia del conocimiento que de Dios podemos tener.

Y aunque sea poquito lo que de Vos conoceremos, pero mucho más vale conocer un poquito de las cosas altísimas, aunque sea con oscuridad, que mucho de las bajas, aunque sea con mucha claridad. Si no os conociéremos todo, conoceremos todo lo que pudiéremos y amaremos todo lo que conociéremos, y con esto sólo quedará nuestra alma contenta, pues el pajarico queda contento con lo que lleva en el pico, aunque no pueda agotar toda el agua de la fuente.

Con la ayuda de Dios.

Cuánto más, Señor, que vuestra gracia ayudará a nuestra flaqueza, y si os comenzáramos a amar un poco, nos darías por este amor pequeño otro más grande, con mayor conocimiento de vuestra gloria, así como nos lo tenéis prometido por vuestro evangelista (Jn. 14, 21), diciendo: Si alguno me amare, mi Padre lo amará, y yo también lo amaré, y me descubriré a él, que es darle un más perfecto conocimiento, para que así crezca más en ese amor.

Ayúdanos también para esto la santa fe católica y las Escrituras sagradas, en las cuales tuvistes, Señor, por bien daros a conocer y revelarnos las maravillas de vuestra grandeza, porque este tan alto conocimiento causase en nuestra voluntad amor y reverencia de vuestro santo nombre.

Ayúdanos también la universidad de las criaturas, las cuales nos dan voces que os amemos y nos enseñan por qué os hemos de amar. Porque en la perfección de ellas resplandece vuestra hermosura, y en el uso y servicio de ellas el amor que nos tenéis. Y así, por todas partes nos incitan a que os amemos, así por lo que Vos sois en Vos como por lo que sois para nosotros. ¿Qué es, Señor, todo este mundo visible sino un espejo que pusisteis delante de nuestros ojos para que en él contemplásemos vuestra hermosura? Porque es cierto que así como en el cielo Vos seréis espejo en que veamos las criaturas, así en este destierro ellas nos son espejo para que conozcamos a Vos.

La creación, libro maravilloso para conocer a Dios.

Pues, según esto, ¿qué es todo este mundo visible sino un grande y maravilloso libro que Vos, Señor, escribisteis y ofrecisteis a los ojos de todas las naciones del mundo, así de griegos como de bárbaros, así de sabios como de ignorantes, para que en él estudiasen todos y conociesen quién Vos erais? ¿Qué serán luego todas las criaturas de este mundo, tan hermosas y tan acabadas, sino unas como letras quebradas e iluminadas que declaran bien el primor y la sabiduría de

su autor? ¿Qué serán todas estas criaturas sino predicadoras de su Hacedor, testigos de su nobleza, espejos de su hermosura, anunciadoras de su gloria, despertadoras de nuestra pereza, estímulos de nuestro amor y condenadoras de nuestra ingratitud?

Y porque vuestras perfecciones, Señor, eran infinitas, y no podía haber una sola criatura que las representase todas, fué necesario criarse muchas, para que así, a pedazos, cada una por su parte nos declarase algo de ellas.

De esta manera las criaturas hermosas predican vuestra hermosura; las fuertes, vuestra fortaleza; las grandes, vuestra grandeza; las artificiosas, vuestra sabiduría; las resplandecientes, vuestra claridad; las dulces, vuestra suavidad; las bien ordenadas y proveídas, vuestra maravillosa providencia.

¡Oh testificado con tantos y tan fieles testigos! ¡Oh abonado con tantos abonadores! ¡Oh aprobado por la universidad, no de París ni de Atenas, sino de todas las criaturas! ¿Quién, Señor, no se fiará de Vos con tantos abonos? ¿Quién no creerá a tantos testigos? ¿Quién no se deleitará de la música tan acordada de tantas y tan dulces voces, que por tantas diferencias de tonos nos predican la grandeza de vuestra gloria?

Por cierto, Señor, el que tales voces no oye, sordo es, y el que con tan maravillosos resplandores no os ve, ciego es, y el que vistas todas estas cosas no os alaba, mudo es, y el que con tantos argumentos y testimonios de todas las criaturas no conoce la nobleza de su criador, loco es.

Paréceme, Señor, que todas estas faltas caben en nosotros, pues entre tantos testimonios de vuestra grandeza no os conocemos. ¿Qué hoja de árbol, qué flor del campo, qué gusanico hay tan pequeño, que, si bien considerásemos la fábrica de su corpezuelo, no viésemos en él grandes maravillas? ¿Qué criatura hay en este mundo, por muy baja que sea, que no sea una grande maravilla?

Pues ¿cómo andando por todas partes, rodeados de tantas maravillas, no os conocemos? ¿Cómo no os alabamos y predicamos? ¿Cómo no tenemos corazón entendido para conocer al maestro por sus obras, ni ojos claros para ver su perfección en sus hechuras, ni orejas abiertas para oír lo que nos dice por ellas?

Hiere nuestros ojos el resplandor de vuestras criaturas, deleita nuestros entendimientos el artificio y hermosura de ellas, y es tan corto nuestro entendimiento que no sube un grado más arriba para ver allí al hacedor de aquella hermosura y al dador de aquel deleite.

Somos siempre como niños.

Somos como los niños, que cuando les ponen un libro delante con algunas letras iluminadas y doradas, huélganse de estar mirándolas y jugando con ellas, y no leen lo que dicen, ni tienen cuenta con lo que significan. Así nosotros, muy más aniñados que los niños, habiéndonos puesto Vos delante este tan maravilloso libro de todo el universo para que por las criaturas de él, como por unas letras vivas, leyésemos y conociésemos la excelencia del criador que tales cosas hizo, y el amor que nos tiene quien para nosotros las hizo; y nosotros, como niños, no hacemos más que deleitarnos en la vista de cosas tan hermosas, sin querer advertir qué es lo que el Señor nos quiere significar por ellas.

¡Oh pervertidores de las obras divinas! ¡Oh niños y más que niños en los sentidos! ¡Oh prevaricadores y trastornadores de todos los propósitos y consejos de Dios! ¡Ay de aquellos, dice San Agustín, que se deleitan, Señor, en mirar vuestras señales y se olvidan de mirar lo que por ellas les queréis señalar y enseñar, que es el conocimiento de su criador.

Súplica.

Pues no permitáis Vos, clementísimo Salvador, tal ingratitud y ceguera por vuestra infinita bondad, sino alumbrad mis ojos para que yo os vea, abrid mi boca para que yo os alabe, despertad mi corazón para que en todas las criaturas os conozca, y os ame, y os adore, y os dé las gracias que por el beneficio de todas ellas os debo, porque no caiga en la culpa de ingrato y desconocido, porque contra los tales se escribe en el libro de la Sabiduría (5, 21) que el día del juicio pelearán todas las criaturas del mundo contra los que no tuvieron sentido. Porque justo es que las mismas criaturas, que fueron dadas para nuestro servicio, vengan a ser vuestro castigo, pues no quisimos conocer a Dios por ellas ni tomar su aviso.

Vos, Señor, que sois camino, verdad y vida, guiadme en este camino con vuestra providencia, enseñad mi entendimiento con vuestra verdad y dad vida a mi alma con vuestro amor.

Gran jornada es subir por las criaturas al Criador, y gran negocio es saber mirar las obras de tan gran maestro, y entender el artificio con que están hechas, y conocer por ellas el consejo y sabiduría del Hacedor. Quien no sabe notar el artificio de un pequeño dibujo hecho por mano de algún grande oficial, ¿cómo sabrá notar el artificio de una tan grande pintura como es todo este mundo visible?

A todos, Señor, nos acaece, cuando nos ponemos a con-

siderar las maravillas de esta obra, como a un rústico aldeano que entra de nuevo en alguna grande ciudad o en alguna casa real que tiene grandes y diversos aposentos, y embebecido en mirar la hermosura del edificio, olvídase de la puerta por donde entró, y viene a perderse en medio de la casa, ni sabe por dónde ir, ni por dónde volverse, si no hay quien lo adiestre y encamine.

¿Pues qué son, Señor, todas las ciudades y todos los palacios reales sino unos nidos de golondrinas, si los comparamos con esta casa real que Vos criasteis? Pues si en aquel tan pequeño agujero se pierde una criatura de razón, ¿qué hará en casa de tanta variedad y grandeza de cosas? ¿Cómo nadará en un tan profundo piélago de maravillas quien se ahoga en tan pequeños arroyuelos?

Pues guiadme Vos, Señor, en esta jornada; guiad a este rústico aldeano por la mano, y mostradle con el dedo de vuestro espíritu las maravillas y misterios de vuestras obras, para que en ellas adore y reconozca vuestra sabiduría, vuestra omnipotencia, vuestra hermosura, vuestra bondad, vuestra providencia, para que así os bendiga y alabe y glorifique en los siglos de los siglos. Amén.

CAPITULO V

De cómo Dios es infinitamente perfecto

Esto se verá claro si consideramos la diferencia grandísima que hay en aquel ser no creado a todo ser criado que es del Criador a sus criaturas; porque todas ellas vemos que tuvieron principio y pueden tener fin. Todas ellas reconocen superior y dependen de otro. Él ni reconoce superior ni depende de nadie. Todas ellas son variables y sujetas a mudanzas; en Él no cabe mudanza ni variedad. Todas ellas son compuestas, cada cual de su manera; mas en Él no hay composición, por su suma simplicidad; porque si fuera compuesto de partes, tuviera componedor que fuera primero que Él, lo cual es imposible. Todas ellas pueden ser más de lo que son, y tener más de lo que tienen, y saber más de lo que saben; mas Él, ni puede ser más de lo que es, porque en Él está todo el ser; ni tener más de lo que tiene, porque Él es el abismo de todas las riquezas; ni saber más de lo que sabe, por la infinidad de su saber y por la excelencia de su eternidad, a la cual todo está presente.

Dios es acto puro. Por la cual causa lo llama Aristóteles acto puro, que quiere decir última y suma perfección, tal que no sufre añadidura; porque no es posible ser más de lo que es, ni imaginarse cosa que le falte. Todas las criaturas militan debajo de la bandera del movimiento, para que, como pobres y necesitadas, se puedan mover a buscar lo que les falta; mas Él no tiene para qué moverse, pues ninguna cosa le falta, porque en todo lugar está presente.

En todas las otras cosas, así como hay diversas partes, así se distinguen las unas de las otras; mas en Él no puede haber distinción de partes diversas por su suma simplicidad. De manera que su ser es su esencia, y su esencia es su poder, y su poder es su querer, y su querer es su voluntad, y su voluntad es su entendimiento, y su entendimiento es su entender, y su entender es su ser, y su ser es su sabiduría, y su sabiduría es su bondad, y su bondad es su justicia, y su justicia es su misericordia, la cual, aunque tiene contrarios efectos que la justicia, cuales son perdonar y castigar, mas realmente en Él son tan una cosa, que su misma justicia es su misericordia, y su misericordia es su justicia. Y así en Él caben obras y perfecciones al parecer contrarias y admirables, como dice San Agustín. Porque Él es secretísimo y presentísimo, hermosísimo y fortísimo, estable e incomprensible, sin lugar y en todo lugar, invisible y todo lo ve, inmutable y que todo lo muda, el que siempre obra y siempre está quieto, el que todo lo hinche sin estar encerrado y todo lo prevé sin estar distraído; el que es grande sin cantidad, y por eso inmenso, y bueno sin cualidad, y por eso verdadera y sumamente bueno; antes ninguno es bueno, sino sólo Él.

Infinitamente infinito. Finalmente, para abreviar, todas las cosas criadas, así como tienen limitada esencia que las comprende, así tienen limitado poder a que se extienden, y limitadas obras en que se ejercitan, y limitados lugares adonde moran, y limitados nombres con que se significan, y particulares definiciones con que se declaran, y señalados predicamentos o géneros donde se encierran. Mas aquella soberana substancia, así como es infinita en el ser, así también lo es en el poder y en todo lo demás; y así ni tiene definición que la declare, ni género que la encierre, ni lugar que la determine, ni nombre que la signifique por su propio concepto. Antes, como dice San Dionisio, con no tener nombre, tiene todos los nombres, porque en sí contiene todas las perfecciones significadas por esos nombres.

Incomprensible e inefable. De donde se infiere que todas las criaturas, como son limitadas, así son comprensibles; mas sólo aquel ser divino, así como es infinito, así es incomprensible a todo entendimiento criado. Porque, como dice Aristóteles, lo que es infinito, como no tiene cabo, así con ningún entendimiento puede ser comprendido ni abarcado si no es con sólo aquel que todo lo comprende. ¿Qué otra cosa nos significan aquellos dos serafines que vió Isaías (6, 2) puestos al lado de la majestad de Dios, que estaban sentados en un trono muy alto, cada uno con seis alas, con dos de las cuales cubrían el rostro de Dios, y con las otras dos, los pies del mismo Dios, según declara un intérprete, sino dar a entender que ni aun aquellos espíritus soberanos que tienen el más alto lugar en el cielo, y están más vecinos a Dios, pueden comprender todo cuanto hay en Dios, ni llegar de cabo a cabo a conocerlo, puesto caso que claramente le vean su misma esencia y hermosura?

Porque, como el que está a la orilla del mar realmente ve la mar en sí misma, mas no llega a ver ni la profundidad ni la largura de ella, así aquellos espíritus soberanos, con todos los otros escogidos que moran en el cielo, realmente ven a Dios, mas no pueden comprender ni el abismo de su grandeza, ni la longura de su eternidad. Y por esto mismo se dice que está Dios sentado sobre los querubines, en quien están encerrados los tesoros de la sabiduría divina; mas con todo eso está sobre ellos, porque no le pueden ellos alcanzar ni comprender.

Estas son aquellas tinieblas que el profeta David (Salmo 17, 12) dice que puso Dios alrededor de su tabernáculo para dar a entender lo que el Apóstol significó más claramente cuando dijo (I Tim. 6, 16) que Dios moraba en una luz inaccesible, adonde nadie podía llegar; lo cual el profeta llama tinieblas, que impiden la vista y comprensión de Dios. Porque, según dijo muy bien un filósofo, así como ninguna cosa hay más clara ni más visible que el sol, pero con todo esto ninguna hay que menos se vea por la excelencia de su claridad y por la flaqueza de nuestra vista, así ninguna hay que de suyo sea más inteligible que Dios, y ninguna que en esta vida menos se entienda, por esta misma razón.

En contemplación silenciosa. Por donde el que en alguna manera le quisiere conocer, después que haya llegado a lo último de las perfecciones que él pudiera entender, conozca que aun le queda infinito camino que andar, porque es infinito

mayor de lo que él ha podido comprender; y cuando más entendiere esta incomprensibilidad, tanto más habrá entendido de él. Por donde San Gregorio, por aquellas palabras de Job (5, 9): El que hace cosas grandes e incomprensibles sin número, dice así: Entonces hablamos con mayor elocuencia las obras de la omnipotencia divina, cuando, quedando maravillados y atónitos, las callamos; y entonces el hombre alaba convenientemente callando, lo que no puede convenientemente significar hablando.

Y así nos aconseja San Dionisio que honremos el secreto de aquella soberana deidad, que trasciende todos los entendimientos, con sagrada veneración de alma y con un inefable y casto silencio. En las cuales palabras parece que alude a aquellas del profeta David (Salm. 64, 2), según la traslación de San Jerónimo, que dicen: A ti calla la alabanza, Dios, en Sión. Dando a entender que la más perfecta alabanza de Dios es la que se hace callando, que con este casto e inefable silencio, entendiendo nuestro no entender y confesando la incomprensibilidad y soberanía de aquella inefable substancia, cuyo ser es sobre todo ser, cuyo poder es sobre todo poder, cuya grandeza es sobre toda grandeza, y cuya substancia sobrepuja infinitamente. y se diferencia de toda otra substancia, así visible como invisible.

Toda ciencia trascendiendo.

Conforme a lo cual, dice San Agustín: Cuando yo busco a mi Dios, no busco forma de cuerpo, ni hermosura de tiempo, ni blancura de luz, ni melodía de canto, ni olores de flores, ni ungüentos aromáticos, ni miel, ni maná deleitable al gusto, ni otra cosa que pueda ser tocada y abrazada con la mano: nada de esto busco cuando busco a mi Dios.

Mas con todo esto busco una luz sobre toda luz, que no ven los ojos; y una voz sobre toda voz, que no perciben los oídos; y un olor sobre todo olor, que no sienten las narices; y una dulzura sobre toda dulzura, que no conoce el gusto; y un abrazo sobre todo abrazo, que no siente el tacto, porque esta luz resplandece donde no hay lugar, y esta voz suena donde el aire no la lleva, y este olor se siente donde el viento no le derrama, y este sabor deleita donde no hay paladar que guste, y este abrazo se recibe donde jamás se aparta.

Y si quieres, por un pequeño ejemplo, barruntar algo de esta incomprensible grandeza, pon los ojos en la fábrica de este mundo, que es obra de las manos de Dios, para que por la condición del efecto entiendas algo de la nobleza de la causa. Presuponiendo primero lo que dice San

Dionisio, que en todas las cosas hay ser, poder y obrar, las cuales están de tal manera proporcionadas entre sí, que cual es el ser de las cosas, tal es su poder, y cual el poder, tal el obrar. Presupuesto este principio, mira luego cuán hermoso, cuán bien ordenado y cuán grande es este mundo, pues hay algunas estrellas en el cielo que, según dicen los astrólogos, son ochenta veces mayores que toda la tierra y agua juntas.

Mira también cuán poblado está de infinita variedad de cosas que moran en la tierra, y en el agua, y en el aire, y en todo lo demás; las cuales están fabricadas con tan grande perfección que, sacados los monstruos aparte, en ninguna hasta hoy se halló ni cosa que sobrase ni que le faltase para el cumplimiento de su ser.

Pues esta tan grande y admirable máquina del mundo, según el parecer de San Agustín, crió Dios en un momento, y sacó de no ser a ser; y esto sin tener materiales de que la hiciese, ni oficiales de que se ayudase, ni herramientas de que se sirviese, ni modelos o dibujos exteriores en que la trazase, ni espacio de tiempo en que prosiguiendo la acabase, sino con sola una simple muestra de su voluntad salió a la luz esta grande universidad y ejército de todas las cosas.

Y mira más: que con la misma facilidad que crió este mundo, pudiera criar, si quisiera, millares de cientos de mundos, muy más grandes y más hermosos y más poblados que éste, y acabándolos de hacer, con la misma facilidad los pudiera aniquilar y deshacer, sin ninguna resistencia.

Pues dime ahora: si, como presupuesto de la doctrina de San Dionisio, por los efectos y obras de las cosas conocemos el poder de las cosas, y por el poder el del ser, ¿cuál será el poder de donde esta obra procedió? Y si tal y tan incomprensible es este poder, ¿cuál será el ser que se conoce por tal poder? Esto, sin duda, sobrepuja todo encarecimiento y entendimiento.

Donde aun hay más que pensar: que estas obras tan grandes, así las que son como las que pueden ser, no igualan con la grandeza de este divino poder, antes quedan infinitamente más bajas, porque infinitamente más es lo que se extiende este infinito poder. Pues ¿quién no queda atónito y pasmado considerando la grandeza de tal ser y tal poder? El cual, aunque no vea con los ojos, a lo menos no puede dejar de barruntar por esta razón cuán grande sea y cuán incomprensible.

Cúmulo infinito de infinitas perfecciones.

Pues, descendiendo ahora a nuestro propósito, por aquí podrás de alguna manera entender cuáles serán las perfecciones y grandezas de este Señor; porque tales es necesario que sean, cual es el mismo ser. Así lo confiesa el Eclesiástico (2, 23) de su misericordia, diciendo: Cuan grande es el ser de Dios, tan grande es la misericordia de Dios, y no menos lo son todas las otras perfecciones suyas; de manera que tal es su bondad, su benignidad, su majestad, su mansedumbre, su sabiduría, su dulzura, su nobleza, su hermosura, su omnipotencia, y tal también su justicia.

Y así es infinitamente bueno, infinitamente suave, infinitamente amoroso e infinitamente amable e infinitamente digno de ser obedecido, temido, acatado y reverenciado. De suerte que si en el corazón humano pudiesen caber amor y temor infinito y obediencia y reverencia infinita, todo esto era debido en ley de justicia a la dignidad y excelencia de este Señor. Porque si cuanto una persona es más excelente y más alta, tanto se le debe mayor reverencia, necesariamente se sigue que, siendo la excelencia de Dios infinita, se le debe reverencia infinita. De donde se infiere que todo lo que falta a nuestro amor y reverencia para llegar a esta medida, falta para lo que se debe a la dignidad de esta grandeza.

CAPITULO VI

De la divina hermosura

No solamente la bondad, sino también la verdadera hermosura mueve grandemente los corazones al amor. Por donde algunos sabios vinieron a decir que el objeto de nuestra voluntad era la hermosura, por ver con cuánta fuerza atrae las voluntades a sí. Pues si tan amable es la hermosura, ¿qué tan amable seréis Vos, Señor, que sois piélago y fuente de infinita hermosura, de quien proceden todas las hermosuras? Las hermosuras, Señor, de las criaturas son particulares y limitadas; mas la vuestra es universal e infinita, porque en Vos sólo están encerradas las hermosuras de todo lo que Vos criasteis.

Por donde así como el sol es más claro, más resplandeciente y más hermoso que todas las estrellas del cielo

juntas y él solo alumbra más que todas ellas, así Vos sólo sois infinitamente más hermoso que todas vuestras criaturas y más parte para alegrar y robar los corazones de todas ellas. De vuestra hermosura el sol y la luna se maravillan; de vuestra hermosura manaron todas las otras hermosuras; en esta hermosura no se hartan de mirar los ángeles, porque en ella ven más perfectamente todas estas perfecciones y hermosuras de las criaturas que en las mismas criaturas.

La hermosura espiritual. Mas ¿qué es toda la hermosura de este mundo visible comparada con la del invisible? ¿Qué es toda la hermosura de los cuerpos comparada con la de los espíritus angélicos, sino una estrella comparada con el sol? Un ángel dice el evangelista San Juan (Apoc. 19, 10) que vió en aquella su grande revelación con tan grande claridad y hermosura, que lo iba a adorar si el ángel no se lo estorbara.

Pues si tan grande es la hermosura que excede todas las hermosuras visibles, ¿cuál será aquella que contiene también en sí la de las invisibles? Esto se podrá en alguna manera entender si consideramos la muchedumbre de los ángeles y los grados y orden de sus perfecciones. En número son tantos que sobrepujan la muchedumbre de todas las especies criadas, de manera que, aunque no son infinitos todavía, son innumerables, porque nadie puede contarlos, sino sólo aquel que cuenta la muchedumbre de las estrellas y llama a cada una por su nombre (Salm. 146, 4). Mas, con ser tantos, están de tal manera ordenados, que el segundo tiene todas las perfecciones del primero, y otra más, con que difiere de él, como vemos en los grados y dignidades de la Iglesia, donde la dignidad superior tiene todo lo de la inferior y un grado más, con que se diferencia de ella. Y de esta manera procede la jerarquía eclesiástica, comenzando desde las órdenes menores, y procediendo por todos los grados eclesiásticos hasta el postrero, que es el Sumo Pontífice.

Pues este mismo orden que hay en la jerarquía de la Iglesia militante hay también en la triunfante, de manera que el primer coro es el de los que comúnmente se llaman ángeles. El segundo es de los arcángeles, los cuales son en mayor número que los ángeles, porque cuanto son más excelentes los coros, tanto es mayor el número de ellos.

Y por este mismo orden hemos de subir por todos los nueve coros, hasta llegar al postrero de los serafines, que más vecino está a Dios y más distante del primer ángel: el cual tiene en sí solo las perfecciones y virtudes de todos

los otros ángeles, como vemos acá que el hombre tiene en sí las virtudes y perfecciones esenciales de todos los otros animales que son inferiores a él.

Por la escala de la hermosura. Pues quiero yo, Señor, ahora echar la cuenta y subir por esta escalera de las criaturas a ver, como desde una atalaya muy alta, algo de la hermosura inestimable que hay en Vos. Porque primeramente está claro que tenéis ya la hermosura de todas las criaturas visibles, después la de todas las invisibles, que sin comparación son muchas más en número y mayores en excelencia, y sobre esto tenéis en Vos otras infinitas hermosuras, que a ninguna criatura se comunicaron.

De manera que así como la mar es grande no sólo porque todas las aguas de los ríos entran en ella, sino también por las que ella tiene de suyo, que son muchas más sin comparación, así decimos que Vos, Señor, sois mar de infinita hermosura, porque no sólo tenéis en Vos las perfecciones y hermosuras de todas las cosas, sino también otras infinitas, que son propias a vuestra grandeza y no se comunicaron a ellas, aunque en Vos no sean muchas hermosuras, sino una simplicísima e infinita hermosura.

Grandeza de la suprema hermosura. Pues siendo esto así, ¿cuál podremos entender que será aquella hermosura, aquella imagen tan perfecta, aquel espejo de todas las cosas, aquel abismo de todas las gracias, pues él solo tiene embebidos en sí los mayorazgos de todas las hermosuras, con otras infinitas que son propias suyas?

Aquella imagen de la reina Helena que pintó aquel famoso pintor Apeles, dicen que fué hermosísima, porque el pintor puso delante de sí cinco doncellas de muy perfecta figura cuando la pintaba, para tomar de cada una lo mejor que le pareciese. Pues si aquella imagen salió tan acabada, por tener en sí las perfecciones de solas cinco figuras, ¿qué tal será aquella imagen que en sí contiene las perfecciones de todas las criaturas y más las suyas? Ni hay lenguas de ángeles ni de hombres que ésta puedan explicar.

¡Oh blancura de la luz eterna! ¡Oh espejo sin mancilla de la majestad de Dios! ¡Oh paraíso de todos los deleites! ¿Qué será, Dios mío, veros cara a cara? ¿Qué será ver esa lumbre con vuestra lumbre? ¡Oh, dichoso aquel día que os viere, que me descubriréis vuestra cara y me mostraréis en ella todos los bienes! ¡Oh día digno de ser comprado con todos los tormentos y trabajos del mundo!

La visión y el amor de la hermosura divina constituyen la felicidad de los bienaventurados.

Finalmente, tal es y tan grande vuestra hermosura, que sólo verla y gozarla basta para hacer bienaventurados aquellos soberanos espíritus del cielo y henchir todo el seno de su capacidad, los cuales arden perpetuamente en amor de vuestra infinita hermosura, amándola con todas sus fuerzas y ocupándose en esto con lo último de su potencia sin jamás cansar.

Porque la hermosura infinita de aquel objeto que tienen delante, de tal manera arrebata y llama a sí todas las fuerzas de estos espíritus soberanos, que no pueden dejar de estar siempre y actualmente amándoos con este amor. Y esto es lo que tácitamente significó San Juan en su revelación (Apoc. 4, 8), cuando dijo que aquellos santos cuatro animales que estaban ante el trono de Dios no tenían descanso día y noche diciendo: Santo, santo, santo es el Señor, Dios de los ejércitos; llena está la tierra de su gloria. Porque en decir que no tenían descanso dió a entender que con todas sus fuerzas y sin cesar amaban y alababan a aquel Señor, en quien estaba todo su descanso.

El gusto de esta hermosura, felicidad de los santos en la tierra.

Mas ¿qué mucho es hacer esto los ángeles en el cielo, pues algo de esto hicieron los santos aun en este lugar de destierro? Porque de la virgen Santa Clara leemos que habiendo recibido de Dios una gran visitación y consolación después de la fiesta de la Epifanía, quedó su alma tan absorta en Dios y tan presa de aquella divina suavidad y amor que había gustado, que por espacio de muchos días no podía estar atenta a lo que se hablaba y tenía necesidad de hacerse mucha fuerza para esto, por tener todos los sentidos robados y trasladados en Dios.

Mas ¿qué mucho es que la vista de esta hermosura baste para hacer bienaventurados a todos los coros de los ángeles, pues basta para hacer bienaventurado al mismo Señor de los ángeles, el cual no tiene otra bienaventuranza sino ver y gozar de su misma hermosura? Lo cual llegó a conocer Aristóteles, filósofo gentil, por esta razón. Claro está, dice él, que aquel sumo bien, pues tiene vida, que en alguna cosa ha de entender, porque no ha de dormir, pues está libre de las obras humanas, como son comer y beber y cosas tales.

Y según esto, no le queda otra obra en qué entender, sino contemplar. Pues ¿qué contemplará? ¿Por ventura alguna otra cosa fuera de sí, con cuya contemplación sea bienaventurado? Claro está que no, porque si tal cosa hu-

biese, ésa sería mejor y más noble que Él, pues la vista suya bastaba para hacerle bienaventurado, y así ése sería Dios y no Él. Queda luego averiguado que si su ejercicio es contemplar, y contemplando es bienaventurado, y no contempla otra cosa fuera de sí, que siempre está contemplando así, y con esto es infinitamente bienaventurado.

Pues ¿cuál será aquella hermosura que sólo mirarla basta para beatificar a Dios y para henchir aquel seno y capacidad infinita de cumplida felicidad? ¿Cuál será aquella hermosura que este Señor *ab aeterno* siempre está mirando, y eternamente mirará, sin jamás enfadarse de mirarla, sino antes recibiendo con esto tan incomprensible alegria, que todo cuanto hay criado y puede criar es nada en comparación de ella? ¿Cómo nadará en este piélago de tanta grandeza el hombre, pues en él puede nadar la grandeza de Dios?

Si tanto arrastra la belleza de una criatura, ¿cuánto más la del Criador?

Hagamos, pues, ahora esta comparación. Claro está que todas las hermosuras de este mundo y del otro, comparadas con aquella infinita hermosura, no son más que una gota de agua comparada con toda la mar o una pequeñita estrella comparada con el sol: antes son aún mucho menos, porque todavía éstas son criaturas finitas y limitadas, y así se pueden entre sí comparar. Pero entre dos extremos, uno finito y otro infinito, ¿qué proporción puede haber?

Pues de esta gota de hermosura tan pequeña de las criaturas tomemos una particular, que es la de una sola criatura. Vemos, pues, los extremos que algunos hombres han hecho y hacen cada día por una sola criatura, los cuales ni comen, ni beben, ni duermen pensando en lo que aman, y aun a veces vienen a perder la salud y el juicio y la vida por esta causa. Porque poco menos que esto acaeció a Amón, hijo de David, por la acepción de Tamar (II Rey. 13, 2).

Pues si éstos padecen esto por una tan pequeña centella y sombra de hermosura, ¿qué harían si se les ofreciese una hermosura donde estuviesen juntas todas las hermosuras de este mundo visible y todas las del invisible, y con éstas las de aquel supremo e invisible mundo que es Dios? ¿Hay cuenta de guarismo que baste para tantear esto? ¿Hay entendimiento que pueda comprenderlo? ¿Hay paciencia que sufra hacerse tantos extremos por esta tan vana sombra de hermosura, y hacer tan poco por aquella infinita y verdadera?

Porque si esto se hace por un poco de polvo y ceniza

y por una florecica que hoy es y mañana se marchita, ¿cómo no corremos en pos de Vos, Señor? ¿Cómo no os amamos con todas nuestras fuerzas? ¿Cómo no caemos enfermos con aquella santa esposa de los Cantares (2, 5) por este divino amor? ¿Cómo podemos comer, ni beber, ni dormir pensando en ella?

Invocación a la divina hermosura. Pues siendo esto así, ámeos yo, Señor, con todas mi entrañas, hermosura infinita. Ameos yo, mar de todas las gracias, campo de todas las flores, retablo de todas las hermosuras, abismo de todas las perfecciones. Abranse mis ojos para ver esa hermosura y ciérrense para todo lo demás. Sean, Señor, todas las criaturas espejo en que os contemple, imagen en que os vea y escalera por donde a Vos suba, y libro por donde lea vuestras grandezas.

Abrid, Señor, mis ojos y ungidlos con el colirio de vuestra gracia, para que pueda yo en alguna manera ver una sola centella de vuestro resplandor; encended en mi corazón una sed tan grande de Vos, que diga yo con el Profeta (Salm. 41, 2): Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi alma a Ti, mi Dios. Tuvo sed mi alma del Dios vivo; ¿cuándo vendré y pareceré ante la cara de mi Dios?

Venid, venid, pues, todos los amadores de Dios; venid a esta fuente, bebed de este divino licor, insistid en esta demanda, porfiad con el Profeta diciendo (Salm. 25, 8): A ti dijo mi corazón: Tu cara, Señor, buscaré y por ella suspiraré; no apartes tu rostro de mí, Tú que vives y reinas en los siglos de los siglos. Amén.

CAPITULO VII

De la suprema bondad y misericordia de Dios

Cuando, Señor, por vuestra infinita bondad tuviéredes por bien llevarnos a vuestra casa, donde veremos claramente y sin figuras la hermosura de vuestra gloria, no tendremos necesidad del espejo de las criaturas para conoceros en ellas, porque entonces veremos a Vos en Vos y a vuestra infinita bondad en sí misma.

Mas ahora que andamos peregrinando por este valle de

lágrimas, desterrados de vuestra presencia y de vuestra dulce compañía, no podemos conocer vuestra bondad sino por los efectos y obras de ella, los cuales nos dan testimonio de la fuente y abismo de donde proceden.

Esta, Señor, nos conviene ahora mucho conocer, porque la primera y más principal causa de amor es la bondad. Porque Vos, Señor, que todas las cosas criasteis en número, peso y medida, pusisteis a cada una sus leyes y naturalezas: de tal manera criasteis nuestra voluntad, que su inclinación y naturaleza fuese amar lo bueno. De manera que así como el objeto de la vista es el color, y de los oídos el sonido, así el blanco de nuestra voluntad es la bondad. Entre esta potencia y ella quisisteis que hubiese un tan legítimo casamiento, que nunca ella pudiese extender los brazos de su afección a otra cosa; y si algunas veces hace lo contrario, y abrazando la maldad comete adulterio contra la bondad, es porque la engañan con algún falso color de bien.

De esta inclinación procede que naturalmente amamos a los ausentes y no conocidos, cuando nos alaban sus virtudes. Pues si el objeto de la voluntad es la bondad, y cuanto la cosa es más buena, naturalmente más merece ser amada, ¿con qué amor será razón que ame yo a aquel que es infinitamente bueno y cuya naturaleza es la misma bondad? Vuestra bondad, Señor, es tan grande cuanto es vuestro ser, y porque vuestro ser es infinito, ella también es infinita.

Verdad es que no hemos nosotros visto la grandeza de vuestra bondad como ella es en sí misma; mas todavía vuestras obras nos dan en alguna manera testimonio de ella, así las de naturaleza como las de gracia y como también las de gloria.

Porque, ¿qué otra cosa son las obras de la creación, y gobernación, y redención, y justificación, y glorificación del hombre sino testimonios de vuestra bondad y unas como centellas que saltaron acá fuera de ella? ¿Qué es el haber criado todas las cosas y partido con ellas tan liberalmente de vuestras perfecciones, con cada una de su manera, sino argumentos de vuestra bondad y largueza? ¿Qué es el cuidado que tenéis de ellas, proveyendo a cada una de todo lo necesario para su mantenimiento, para su defensión, para su medicina y para todo lo necesario de su vida, sino argumentos de vuestra bondad? Y habiendo tanta infinidad de peces en la mar, de aves en el aire, y de animales en la tierra, y de gusanos debajo de ella, ninguno hay tan pequeño y tan despreciado de quien tengáis olvido y a quien no proveáis de todo lo necesario para su mantenimiento, y esto con tan grande providencia, que hasta un pajarico no cae en el lazo sin vuestra voluntad.

La bondad de Dios resplandece en la felicidad que comunica a los seres inferiores.

Pero en lo que más dulcemente resplandece la grandeza de esta bondad es en la manera de felicidad y contentamiento que disteis a las más bajas y viles criaturas del mundo. Veo, Señor, en el campo a los cabriticos y cordericos cómo se apartan de los padres más ancianos, y con un brío y calor como juvenil saltan y corren con maravillosa ligereza y alegría, y repartidos en sus puestos imitan en su manera las escaramuzas y fiestas de las criaturas racionales. Veo con cuánta ligereza los perricos y gaticos juegan y trepan entre sí unos con otros y los placeres y alegrías que con esto reciben.

Veo cómo se alegran cantando los ruiseñores y las otras aves, hinchendo los aires de voces, y dando con esto testimonio del contentamiento con que esto hacen. Y entiendo por aquí cuánta sea la nobleza y dulzura de vuestro corazón, pues Vos, Señor, sois el que les proveisteis de aquella manera de felicidad y contentamiento.

Con esta misma alegría discurren y hierven los peces, y juegan los delfines en la mar, y vuelan las aves por el aire, como vemos que lo hacen las golondrinas y los aviones sobre las tablas de los ríos, embocándose por los puentes y encontrándose unas con otras con maravillosa ligereza.

Entiendo por aquí, Dios mío, qué tan grande sea vuestra bondad y suavidad, pues no os contentasteis con proveer de mantenimiento a todas vuestras criaturas, sino también henchís su seno de toda aquella manera de felicidad y alegría de que, según su naturaleza, son capaces. Lo uno y lo otro significó el Profeta cuando dijo (Salm. 144, 15): Los ojos de todas criaturas esperan en Vos, Señor, y Vos les dais su mantenimiento en tiempo conveniente. Extendéis Vos la mano de vuestra largueza y henchís a todo animal de vuestra bendición; conviene a saber, de toda aquella felicidad y alegría de que es capaz según su naturaleza.

Pues ¿qué mayor argumento de bondad que ver a un Señor de tan grande majestad, el cual, sin pretender interés de nada, por sola bondad y realeza de condición, quiera inclinarse a tener providencia y ser como un despensero de los pajaricos, y de los pececillos, y de los gusanos, y que no contento con esto desciende también a proveerlos de sus pasatiempos y recreaciones, dándoles y criando en ellos inclinaciones para tales alegrías? De manera que así como Vos, Señor, tenéis no solamente ser, sino bienaventurado ser, así quisisteis que todas vuestras criaturas, por bajas que fuesen, participasen en su manera de

Vos, y así gozasen de lo uno y de lo otro, teniendo ser y alegre ser.

Pues ¿quién no se espanta de esta maravilla? ¿Quién no conoce por aquí la dulzura infinita, la nobleza, la blandura de aquel corazón divino, que tan dulce se mostró a unas criaturas tan bajas, que el hombre, cuando las encuentra, les pone el pie en ellas y pasa por ellas? Porque ¿qué hombre hay de nosotros a quien se le diese nada porque la hormiga, o la mosca, o el mosquito, estuviese contento o descontento, triste o alegre? Pues ¿quién no se maravillará de que aquel Señor de tanta majestad, en cuya comparación todo el mundo apenas es una hormiga, que tuviese tan particular cuidado, no sólo de la vida de los animalicos, sino también de su recreación y sus placeres, mayormente no esperando conocimiento ni agradecimiento de las tales criaturas?

¡Oh maravillosa bondad! ¡Oh inestimable suavidad! ¡Oh Dios mío, y qué debéis tener guardado en el seno de vuestra gloria para vuestros fieles amigos, pues tan particular cuidado tuvistes de la felicidad de los gusanos! ¿Cómo podré yo desconfiar que faltará vuestra providencia y misericordia a los hombres redimidos con vuestra sangre, pues no falta a los animales del campo?

Bondad de Dios con las naciones infieles. Y si todo esto nos declara la grandeza de esta bondad, que es hacer mercedes sin esperar agradecimiento, ¿cuánto mayor lo será perseverar en hacer mercedes recibiendo ofensas?

Porque sabiendo Vos, Señor, cuántas maneras de naciones hay en el mundo que ninguna cuenta tienen con la gloria y obediencia que os deben, antes desacatan y blasfeman vuestro santo nombre, y lo que es más, dejando de adorar a Vos, que sois Creador de todo, adoran piedras y palos, y con todo eso proveéis las regiones donde esto pasa abundantemente de frutos de la tierra, de animales del campo, de peces de la mar, de ricas minas de oro y plata y piedras preciosas y de otras infinitas cosas que sirven para la provisión y regalo y aparato de los que continuamente os ofenden. Esta es aquella bondad y magnificencia que Vos nos declarasteis en vuestro Evangelio (Mt. 5, 45), diciendo que vuestro Padre comunica sus beneficios y el resplandor del sol para buenos y malos y enviaba rocío y agua del cielo sobre justos y pecadores.

Pues ¿quién no conocerá por aquí la realeza y magnificencia de vuestro corazón, pues sois tan benigno aun para los ingratos y malos? Pues ¿quién no os amará, Señor, con todas sus fuerzas? ¿Quién no pondrá en Vos toda su espe-

ranza? ¿Quién no se olvidará de sí por Vos? ¿Quién no correrá en pos de Vos al olor de estos ungüentos?

Bondad de Dios con los necesitados. Y si tanto nos declaran, Señor, de vuestra bondad las obras de naturaleza, ¿cuánto más las obras de gracia? Si tanto nos predica de ella el cuidado que tenéis de los brutos animales, ¿cuánto más el que tenéis de los hombres? Mas como haya muchas suertes y condiciones de hombres, en aquéllos resplandecen más vuestra bondad y providencia que son más pobres y miserables. Porque la verdadera grandeza es ser amparo de los pequeños, y el verdadero poder es ser muro de los que poco pueden, y la perfecta bondad es hacer bien sin esperanza de interés.

Pues ¿quién podrá, Señor mío, explicar el cuidado que Vos tenéis y el que nos mandáis tener de los pobres, de los afligidos, de los necesitados y de todas las personas miserables? ¡Qué de veces en la ley y en los profetas, y en los Evangelios, nos repetís y encarecéis esta encomienda! ¡Qué promesas tan grandes para quien esto hace, y qué castigos tan temerosos para quien de esto se olvida!

¿Por qué medios se podía más encomendar el cuidado de los pobres y necesitados y las obras de misericordia, que con hacer de ellas un arancel para dar o negar por ellas en el día del juicio el reino del cielo? (Mt. 25, 34.) ¿Con qué palabras se pudiera esto más encarecer, que con decir Vos, Señor mío, que lo que a uno de estos pequeñuelos hermanos míos hicisteis a mí lo hicisteis? ¿De qué pecho pudieron salir palabras de tanta bondad y misericordia, sino de aquel que es piélago de toda bondad y misericordia? Si las palabras y obras son indicios y testigos del corazón, ¿cuál es el corazón de donde tales obras y palabras salieron?

Pues ¿cuál es también el cuidado que tenéis de los huérfanos, de las viudas, de los extranjeros y desamparados? ¡Cuántas veces en las Escrituras sagradas encomendáis el remedio de éstos, y con qué rigor mandáis que nadie sea osado de los agraviar! En un solo capítulo del libro del Deuteronomio hallamos siete veces encomendado el cuidado y la provisión de los huérfanos, extranjeros y viudas, donde mandáis que ninguno pervierta el juicio de ellos, ni los defraude de su jornal, ni les saque las prendas de casa. Y así también mandáis que cuando los labradores segaren sus panes, dejen las espigas que se cayeren para el huérfano y para el extranjero y para la viuda (Lev. 19, 9). Y la misma encomienda tornáis a repetir cuando vendimiaren sus viñas y varearen sus olivares, proveyendo en

esto como piadoso padre al pobre, al extranjero y a la viuda.

Y como si todo esto fuera poco, Vos mismo, Señor, cuyo título es ser Rey de los reyes y Señor de los señores, añadisteis a este título otro no menos honroso, que es ser padre de huérfanos y juez de viudas (Salm. 67, 9).

¡Oh suma bondad! ¡Oh verdadera grandeza! ¡Oh entrañas de infinita piedad! ¡Y cuánto más amable y admirable os hace este título que el otro! Aquél declara la grandeza de vuestra majestad; mas éste, la inmensidad de vuestra bondad, de la cual con mucha razón os preciáis más que de todos los otros títulos, por clarísimos que sean.

Pues a esta bondad señaladamente pertenece favorecer a los pequeños, amparar a los flacos, tener cargo de los huérfanos, mirar por los extranjeros y peregrinos, y querer que se les haga justicia, poniendo siempre los ojos no donde esperéis intereses, que no pretendéis, sino donde más uséis de vuestra bondad.

Bondad misericordiosa de Dios con los pecadores.

Sobre todo esto aun nos declara más, Señor, la grandeza de esta bondad la misericordia que usáis con los pecadores, cómo los sufrís con tanta mansedumbre, cómo los aguardáis con tanta paciencia; siendo Vos ofendido, los llamáis al perdón, y siendo injuriado, los llamáis con la paz y les ofrecéis la satisfacción, y aun la ponéis de vuestra casa. ¡Cuán presto os dejáis hallar, cuán presto sois en los oír, cuán piadoso en los recibir y cuán largo en el perdonar!

Espántame, Señor, aquella misericordia de que usasteis con Manasés, rey de Judea (II Par. 33, 12), a quien, después de tantas idolatrías y derramamientos de sangre, y de tantas y tan horribles maldades, cuando os pidió perdón de sus culpas, no solamente se lo concedisteis, mas también lo librasteis de su cautiverio, y le restituisteis en su reino, y no negasteis la salud a aquel por cuya maldad tantas almas se perdieron y por cuyos pecados aquella noble Jerusalén, con vuestro sagrado templo, fué asolada y destruída.

Es tan grande esta bondad y misericordia, que, como dice uno de vuestros santos, a ninguno desecháis, a ninguno despreciáis, a ninguno aborrecéis, sino sólo a aquel que por su locura os aborrece. Y por esto, ni luego, como estáis airado, castigáis, sino aguardáis y hacéis mercedes a los que os provocaron a ira, si se convierten a Vos. Dios mío y salud mía, yo miserable, yo soy el que os enojé e hice mal delante de Vos, yo provoqué vuestra ira, y merezco vuestra saña. Pequé, y sufrísme con paciencia; ofendíos, y guardáisme a penitencia. Si me arrepiento, perdonáisme;

si vuelvo a Vos, recibísme, y si dilato la vuelta, esperáisme hasta que vuelva. Encamináis al errado, convidáis al rebelde, esperáis al perezoso y abrazáisle cuando viene: Enseñáis al ignorante, consoláis al triste, levantáisle de su caída, sustentáisle después de levantado, daisos al que os pide, dejáisos hallar de quien os busca, abrís la puerta a quien os llama.

Bondadosa amistad de Dios con los justos. Y si tanto, Señor, nos declara vuestra bondad el tratamiento que hacéis a los pecadores, ¿cuánto más el que hacéis a los justos, a quienes habéis recibido ya por hijos, y por amigos, y por herederos de vuestro reino, y en los cuales señaladamente resplandece la imagen de vuestra bondad?

Este, Señor, es uno de los argumentos que más claramente descubre la grandeza de vuestra bondad. Porque como sea propio del bueno amar a los buenos y aborrecer los malos, en cuanto malos, necesariamente se sigue que cuanto uno fuere más bueno, tanto mayor amor tendrá a los buenos y mayor aborrecimiento a los malos, en cuanto tales.

Pues como Vos, Señor, seáis, no accidentalmente, como nosotros, sino esencialmente e infinitamente bueno, y la misma bondad, ¿qué se puede de aquí inferir, sino que tendréis infinito amor al bueno y a su bondad, e infinito aborrecimiento al malo y a su maldad? Pues como el amor sea el primero y el mayor de todos los beneficios, y la raíz y fuente de todos ellos, siendo tan grande este amor que Vos, Señor, tenéis a todos los que son verdaderamente buenos, en cuyas almas Vos moráis y en cuyas vidas resplandece la imagen de vuestra bondad y santidad, ¿quién podrá en pocas palabras explicar la grandeza de los favores y beneficios y el tratamiento que les hacéis?

Cosa es ésta que, sin duda, sobrepuja todo lo que se puede decir, y aun todo lo que se puede creer. Creíble será al que lo ha experimentado, mas ni ése ni otro alguno lo podrá significar con palabras.

Y dejados aparte otros beneficios y favores, ¿quién podrá explicar la providencia y cuidado paternal que tenéis de vuestros amigos, cómo los oís en sus oraciones, cómo los consoláis en sus tribulaciones, cómo los santificáis y purificáis en sus vidas, cómo los visitáis y alegráis en la casa de vuestra oración?, y, finalmente, ¿con qué linaje de honras en vida y en muerte los honráis?

Pues estas seis maneras de favores y beneficios, que declaran el tratamiento que hacéis a las almas puras y lim-

pias, es la cosa que más mueve los corazones a desear amar y servir a un Señor que así trata a quien de todo corazón le ama.

Porque así como la cosa que más mueve los hombres a desear servir a un gran príncipe es saber que es humanísimo y liberalísimo y fidelísimo para con todos sus criados, así los que leyendo la vida de los santos, y tratando las conciencias de las personas espirituales y devotas, y viendo todas estas maneras de favores y regalos que este Señor les hace, por una parte se confunden, viéndose tan lejos de aquel estado, y por otra se mueven grandemente a desear servir y amar a un Señor de quien recibirán los mismos beneficios, si de todo corazón se llegaren a él, pues ni es aceptador de personas, ni se puede negar a quien lo busca.

Pues comenzando por la providencia y cuidado que tiene de los suyos, quien esto quisiere saber lea los Salmos, los profetas y las Historias sagradas, y verá cómo la mayor parte de las Escrituras divinas se emplea en declarar esto. Cual es aquella providencia que el Eclesiástico (34, 19) significó cuando dijo: Los ojos del Señor están puestos sobre los que le temen; Él es su guarnición poderosa, su lugar de refugio, escudo para su defensión, amparo contra el calor del estío, sombra en el mediodía, socorro en sus peligros y ayuda en sus caídas; Él es el que levanta sus almas, alumbra sus entendimientos, y el que les da salud, vida y bendición. Hasta aquí son palabras del Eclesiástico, o, por mejor decir, del Espíritu Santo.

Pues ¿qué más había que decir? Y ¿qué más hay que el corazón humano no puede esperar ni desear? ¿Quién no tendrá por ricos y bienaventurados a los que comprende esta tan general y tan grande bendición? Y ¿quién no deseará ser de este número, porque le quepa parte de este tesoro? Pues ¿qué providencia es aquella que el mismo Señor declaró y prometió por el profeta Zacarías (2, 8) cuando hablando de los suyos dijo: Quien a vosotros tocare, tocarme ha en la lumbre de los ojos. ¿Había más que prometer? Mucho fuera si dijera: El que a vosotros tocare, tocará a mí, y no parece que había más que desear. Pero a esto halló el Señor que añadir, cuando dijo: Tocarme ha en la lumbre de los ojos.

Ni es menos dulce aquella promesa del Salmo (90, 11) que dice: A sus ángeles tiene Dios mandado que te traigan en las palmas de las manos, para que no tropiecen tus pies en una piedra. Ni es menos lo que, por una parte, dice el mismo Profeta (Salm. 33, 21): que tiene el Señor contados todos los huesos de los suyos, y que uno solo no será maltratado; y lo que por otra dice en el Evange-

lio (Mt. 10, 30): que tiene contados todos los cabellos de sus cabezas, para que ni uno les sea quitado.

No sé qué más especial ni más menuda providencia se puede pintar que ésta, la cual a cada paso se promete en las Escrituras santas. Pues ¿quién no deseará morir por amor de un Señor que tal cuidado tiene de sus amigos, y quién no trabajará por ser uno de ellos?

Y aunque todas las Historias sagradas estén llenas de ejemplos, en los cuales se ve claro el cumplimiento de estas promesas, pero de los más señalados y admirables me parece el de Tobías, de cuya consolación y remedio tuvo el Señor tal providencia, que envió un ángel del cielo, y no de los menos principales, en figura de caminante, para que acompañase su hijo en un camino largo, y anduviese con él todo este tiempo de mesón en mesón y de ciudad en ciudad, por todas las ventas y posadas del camino, comiendo y bebiendo, a lo que parecía por de fuera, con él, y tratándolo y conversándolo familiarmente como un caminante con otro; y después de casado por su mano el mozo muy honrada y ricamente, tomase él a cargo los camellos del suegro, y como un arriero fuese con sus bestias a cobrar el dinero que se le debía; y de esta manera, casado y rico, sano y salvo, lo trajese a la casa de su padre, y abriese los ojos al santo ciego, y le diese perpetua materia de alegría y descanso toda la vida.

Pues ¿quién no conocerá por aquí el amor grande que este Señor tiene a sus siervos, y el cuidado y providencia más que paternal que tiene de ellos, pues de tales invenciones usa para consolarlos y proveerlos? Y ¿quién habrá tan ciego y tan enemigo de sí mismo que no trabaje por amar este Señor con todo su corazón, y vivir de tal manera que merezca estar debajo de las alas y amparo de tal providencia?

Consuelo de los que sufren persecución por la justicia.

Y si esta bondad y providencia no se puede, Señor, dignamente declarar, ¿quién explicará la que tenéis para con ellos cuando están por vuestro servicio maltratados y atribulados? Porque el servicio que en este tiempo os hacen es mayor, y la necesidad, más urgente. Y como sea propio del verdadero y fiel amigo acudir al tiempo de la mayor necesidad, aquí es donde Vos, fidelísimo Señor, acudís con mayores favores y socorros.

Muy a la clara nos enseña esto vuestro Apóstol cuando, después de pasadas grandes tribulaciones, dice (II Cor. 1, 3): Bendito sea Dios y el Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos consuela en todas nuestras atribu-

laciones de tal manera, que podamos nosotros consolar a todos los atribulados con las exhortaciones y consolaciones con que Él nos consuela. Porque así como crecen las tribulaciones que pasamos por Cristo, así crece la consolación por el mismo Cristo. Y a este mismo tono dice David que conforme a la muchedumbre de los dolores que padecía su corazón, así también era la de las consolaciones que recibía de Vos (Salm. 93, 19). Y en otro lugar (Salm. 36, 39): La salud, dice él, de los justos procede del Señor, y Él es su defensor en el tiempo de la tribulación, y ayudarlos ha en este tiempo, y librarlos ha, y defenderlos ha, porque pusieron su esperanza en él.

Pues quien con tales ejemplos, que son como unos vivos retratos y espejos de la divina bondad y providencia, desea entender algo de ella, después de haber leído los ejemplos de las Historias sagradas, lea también las batallas de los mártires, y allí verá las grandezas y maravillas de esta divina providencia.

Porque no resplandece tanto en el espejo la figura del que en él se mira, como aquí reluce la bondad, la suavidad, la fidelidad de este Señor, no sólo esforzando a los que padecían con increíble fortaleza y constancia, mas ayudándolos con clarísimos y evidentísimos milagros. Unas veces apagaba las llamas de fuego, otras amansaba los leones y las bestias fieras, otras alumbraba sus cárceles, sanaba sus llagas, restituíales muchas veces los miembros cortados o despedazados, vestía sus cuerpos desnudos, dábales poder para hacer milagros, enviaba los ángeles para que limpiasen la sangre que corría de sus heridas y, lo que más es, convertía con estas maravillas a los mismos verdugos que los atormentaban.

Y así leemos que, habiendo Josías acusado y traído preso al apóstol Santiago ante el rey Herodes, y llevándolo ya él mismo a degollar, viendo un milagro que el apóstol hizo en el camino, se convirtió a la fe con tan grande constancia, que juntamente con el apóstol murió por ella. En lo cual maravillosamente resplandece la bondad y misericordia de nuestro Señor, pues infundió fe y espíritu de martirio a quien tenía merecido un grande infierno.

Pues ¿quién leerá el martirio de Santa Inés, virgen de trece años, y mucho más el de Santa Catalina, de dieciocho, que no quede espantado de ver las maravillas que este Señor obró con esta virgen en la batalla de su martirio? Enviábale de comer con una paloma estando en la cárcel, visitóla el mismo Señor y Esposo suyo, esforzándola a padecer; hizo pedazos la rueda de sus navajas, prometió con voz del cielo especial favor a los que honrasen su pasión, hizo que al tiempo que la degollaron corriese leche

en lugar de sangre, para mostrar la blancura de su pureza virginal; mandó a los ángeles que tomasen luego su cuerpo y lo sepultasen en el monte Sinaí, donde Él dió la ley a Moisés, y quiso que de su sepultura manase óleo medicinal, y, lo que más es de maravillar, dióle tanta sabiduría y elocuencia, que convirtió a la emperatriz, mujer del tirano que la martirizaba, y a Porfirio, capitán general de su ejército, y a doscientos soldados con él. Y lo que mucho más es de maravillar: de tal manera convenció con sus palabras y sabiduría a cincuenta filósofos, escogidos de todas partes, que les hizo condenar la secta de los gentiles, y recibir la fe de Cristo nuestro Señor, y morir por ella, muerte tan gloriosa y miraculosa, que echados en una grande hoguera, de tal manera murieron, que así sus cuerpos como sus vestiduras quedaron enteras, sin que ni un solo pelo se quemase. Pues ¿cuánto se declara por este ejemplo el cuidado y providencia que nuestro Señor tiene de los suyos en sus trabajos?

Pues de esta singular providencia hallará infinitos ejemplos quien leyere las vidas de los mártires.

Bondadosa familiaridad con las almas santas. Pues que tan grande sea la bondad que se nos descubre por estas obras de gracia, de que hasta aquí habemos tratado, las historias y vidas de los santos en gran parte lo declaran. Por allí se verá cumplido y verificado todo cuanto aquí habemos dicho de la providencia que el Señor tiene de sus amigos, y de la manera que se ha con ellos. Mas entre todos estos ejemplos no apuntaré más que sólo dos, de dos mujeres, una pecadora y otra inocente, uno antiguo y otro nuevo, uno de María Magdalena y otro de Santa Catalina de Sena.

Pues ¿qué cosa más admirable que los favores y beneficios que el Señor hizo a esta santa pecadora del Evangelio después de su gloriosa resurrección? ¿Qué mayor maravilla que estar una mujer en una montaña treinta años, y pasar todo este tan largo espacio de tiempo sin comer y sin beber, y, lo que más es, que cada día fuese levantada siete veces en el aire por mano de los ángeles a oír los cantares y melodías de ellos, y por ellos mismos fuese restituída en su propio lugar? Pues ¿a quién no pondrá espanto y admiración esta tan extraña novedad para con esta santa mujer?

Mas los favores y muestras de amor que descubrió a la virgen Santa Catalina de Sena no se pueden explicar en pocas palabras, si no es leyendo toda la historia de su vida, que escribió su confesor, varón religiosísimo, que después

fué general de toda nuestra Orden, el cual supo mucho de lo que escribió de la boca de la misma virgen, y demás de esto, él afirma con solemne juramento la verdad de todo lo que escribe.

Muchos son los argumentos de la divina bondad, y el mayor de todos es haberse hecho Dios hombre por amor de los hombres, y padecido muerte por ellos; y unos se mueven más con unos, y otros con otros, según la disposición y devoción de cada uno. Mas yo confieso que uno de los que hasta ahora más me han espantado, y mayor conocimiento me han dado de esta soberana bondad y del grande amor que este Señor tiene a las almas puras y limpias, es ver lo que hizo con esta santa, y las invenciones cotidianas de favores y regalos con que la visitaba y trataba.

Porque una vez le sacó el corazón del cuerpo y lo tuvo tres días en su poder, y después se lo puso en su lugar; otra se desposó con ella en presencia de la sacratísima Madre suya y de otros santos; otra, por haber ella bebido un brebaje amarguísimo sirviendo a una enferma, le apareció y le dió a beber un licor celestial de la llaga de su sacratísimo lado; otra vez, por haberse ella desnudado de una túnica para dar a un pobre, le trajo el mismo Señor otra túnica con que nunca sintiese frío ni calor, invierno ni verano; otras veces le dió a sentir parte de todos los dolores y tormentos que había padecido en su sacratísimo cuerpo; y lo que excede toda admiración: el mismo Señor rezaba las Horas canónicas con ella, como un clérigo con otro, lo cual es cosa que, si la misma virgen no dijera, parece que faltara la fe humana para creer cosa tan nueva y tan admirable y de tanta familiaridad con Dios.

Pues ¿qué diré de sus grandes revelaciones y de la eficacia de sus oraciones? ¿Qué de los pecadores obstinados que ella convirtió? ¿Qué del pasar tanto tiempo sin comer otro manjar que el Santísimo Sacramento, como el Papa Pío II da testimonio en la bula de su canonización? ¿Qué de los éxtasis y alienaciones de sentidos que padecía todas las veces que comulgaba, donde no faltó una persona malvada que la hincó una aguja por la planta del pie, lo cual ella no sintió más que si fuera de piedra mármol?

Pues los milagros que se hicieron los tres días que estuvo su santo cuerpo sin sepultar, ¿quién los contará? Porque en la bula sobredicha, entre otras cosas, se cuenta que, no pudiendo una doliente llegar a su santo cuerpo por la mucha gente que allí estaba, tomando una toca de ella, y llevándola de mano en mano a tocar el cuerpo, y volviéndola a la doliente, fué luego sana.

Pues quienquiera que tuviere ojos para saber mirar todas estas maravillas, luego entenderá cuán incomprensible sea el amor que nuestro Señor tiene a las almas puras y limpias, pues así las trata, así las honra, así las abraza y regala, así las purifica y santifica, así las levanta sobre los cielos, así oye sus oraciones, así trata tan familiarmente con ellas, y les da parte de sus secretos y les hace en todo la voluntad.

Pues quien esto considerare, por una parte se maravillará de ver cómo aquella soberana Majestad se inclina tan familiarmente a una cosa tan baja como el hombre, y por otra parte dejará de maravillarse, considerando que no se podía esperar menos de aquella infinita, inmensa e incomprensible Bondad, sino que tal como éste sea el amor que tiene a los buenos, y tal el trato y comunicación que tiene con ellos.

Esta razón bien considerada declara la grandeza del amor que esta suma Bondad tiene a las almas puras y limpias; mas ningún género de palabras hay bastantes para declarar esto en el grado que es, porque en las cosas humanas, cuando vemos una persona hacer todos los extremos del mundo por otra, solemos decir que está enhechizada, o que ha perdido el seso, o tal cosa, con que en alguna manera declaramos la grandeza de aquella pasión. Mas como nada de esto pueda caber en aquella infinita bondad y pureza, no tenemos vocablos para significar la grandeza de este amor y de los grandes favores y regalos que este Señor hace a sus familiares amigos. Y por eso paramos en decir que no se puede creer menos de infinita bondad sino que ame con infinito amor a los buenos, y que conforme a esto sea el tratamiento que les hace.

La bondad de Dios glorificador. Y si estos favores que pertenecen a los bienes de gracia tanto nos descubren, Señor, vuestra bondad, ¿qué harán los bienes de gloria? Si de esta manera tratáis a vuestros amigos en este valle de lágrimas, ¿cómo los trataréis en el paraíso de vuestros deleites? Si así los alegráis en el camino, ¿cómo los alegraréis en su patria? Si así los consoláis en el lugar de su cautiverio, ¿qué haréis en el lugar de la libertad? Si así son regalados cuando hacen penitencia, ¿qué será cuando cojan los frutos de ella? Si así duermen y reposan en vuestro seno cuando andan armados en la guerra, ¿qué será cuando dejen las armas y gocen de los triunfos de la victoria? Pues ¿cuál será, Señor, la bondad que allí les descubriréis, cuando estéis ya seguro que no se alzarán a mayores ni se envanecerán con el favor?

Allí les mostraréis vuestro divino rostro; allí llamaréis a cada uno por su nombre; allí los asentaréis a vuestra mesa y les daréis a comer de vuestro plato; allí los haréis una misma cosa con Vos; allí les daréis parte de todos vuestros bienes, es a saber, de vuestra gloria, de vuestra hermosura, de vuestra divinidad, de vuestra eternidad, de vuestra bienaventuranza, y así seréis todo en todos ellos.

Allí, cuando se vean para siempre seguros y confirmados en gracia, extenderán sus lenguas en vuestras alabanzas, y con el Profeta cantarán (Salm. 141, 12): Alaba, Jerusalén, al Señor, y alaba, Sión, a tu Dios, porque fortificó las cerraduras de tus puertas para que goces de perpetua y firme seguridad. Allí es donde claramente se conoce la grandeza de vuestra bondad, y donde sin cesar dan voces aquellos celestiales cantores, diciendo: Santo, santo, santo es el Dios de los ejércitos.

La bondad de Dios, justo juez. Mucho se nos descubre, Señor, vuestra bondad por la grandeza de esta gloria con que galardonáis los buenos, y por el amor y buen tratamiento que les hacéis en esta vida; y no menos se descubre esto mismo por el aborrecimiento que tenéis a los malos, y por la grandeza de la pena que les tenéis aparejada en la otra.

Porque del mismo principio de donde nace el amor inestimable para con los buenos, nace también el aborrecimiento para con los malos, que es vuestra inmensa e infinita bondad, a la cual pertenece amar y favorecer sumamente la bondad, y aborrecer y castigar severísimamente la maldad. Por donde las grandes amenazas y castigos espantosos que mandáis denunciar a los malos por los profetas, aunque mueven nuestros corazones a temor, no menos los mueven a amor, pues no solamente nos dan testimonio de vuestra justicia, mas también lo dan de vuestra bondad, pues tan grande indignación e ira como allí mostráis contra la maldad, nos da claro a entender cuán grande sea vuestra bondad y cuánto deba ser amada.

Mas ¿qué diré? Que no sólo este odio contra los malos nos dice esto, mas también la pena eterna del infierno que les tenéis aparejada; porque la cosa más espantosa que hay a juicio humano es castigar con pena eterna culpa temporal, y que con todo esto no quede suficientemente castigada. Porque como Vos, Señor, seáis un abismo de misericordia, como sois copioso en el galardonar, así sois piadoso en el castigar. Porque siempre es mayor vuestro galardón que nuestros servicios, y vuestro castigo menor que nuestros pecados.

Pues ¿de dónde nace que un castigo, por un cabo tan

terrible y por otro tan prolijo, como el del infierno, se diga que es no solamente justo, sino también corto y escaso por una culpa temporal, sino porque es tan grande y tan incomprensible vuestra bondad, que pecar contra ella no se castiga dignamente ni con eterno tormento? Pues ¿qué tal será aquella bondad, cuya ofensa aun no queda suficientemente castigada con pena infinita?

¡Oh suma bondad, oh inefable bondad, que tú sola justificas esta ley, y tu grandeza hace pequeño este castigo, porque ella es tan grande, que no hay pena que baste para castigo de quien la ofendió!

Suprema manifestación de la bondad de Dios.

Sobre todo lo dicho, no parece que se podrá añadir más argumentos y testimonios de esta soberana bondad. Mas es cierto que todo esto apenas es un punto de comparación de lo que esta bondad se nos declara por el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios. Porque todo esto fué comunicarnos, Señor, todos los bienes que fuera de Vos se nos podían comunicar, que eran bienes de naturaleza, de gracia y de gloria.

Confieso, Señor, que por estos tres órdenes de bienes no hay fuera de Vos cosa que no nos sea comunicada. Mas dentro de Vos está vuestro ser, que es propiamente vuestro, y que no se puede comunicar sino haciendo Dios a quien le comunicáredes. Porque así como es hombre quien tiene ser de hombre, así también será Dios quien tuviere ser de Dios. Pues esta tan incomprensible gracia teníades *ab aeterno* determinada de hacer al hombre, y no al hombre solo, sino a todo el mundo en el hombre, pues él es un mundo abreviado.

Pues ¿qué tiene ya el hombre, Dios mío, que decir aquí? ¿Cómo no enmudecerá y pasmará, viendo una tan espantosa muestra de bondad? ¿Qué más era posible hacer? ¿Qué os queda más por comunicar? ¿Qué cosa puede más declarar la naturaleza del sumo bien que esta suma comunicación?

¡Oh, sumamente bueno, y digno de ser amado con infinito amor! Porque infinita bondad, con infinito amor merece ser amada, y todo lo que falta para llegar aquí, falta para su perfecta medida. De modo que si yo, Señor, tuviera infinitos corazones, con todos ellos os había de amar; y si tuviera infinitas lenguas, con todas os había de alabar; y si tuviera infinitas vidas, todas las hubiera de emplear en vuestro servicio; y si hubiera infinitos mundos que dejar, todos se habían de despreciar por vuestro amor. Mas, pues esto no puedo, dadme Vos, Señor, gracia para que os ame

yo con todo lo que puedo, y que con la fuerza de este amor resista a todo otro peregrino amor.

Todas éstas, ¡oh alma mía!, son obras de aquella suma bondad, y unas como centellas que saltaron acá fuera del pecho divino. Pues si tales son las centellas, ¿qué tal será el fuego de donde saltaron? Si tan grandes los efectos de este sumo bien, ¿qué tan grande será en sí el mismo bien?

Este es aquel sumo e inconmutable bien que no se estrecha con los lugares, no se muda con novedades, no pasa con el tiempo, no tiene necesidad del socorro de nadie, porque por sí solo basta, por sí solo puede y por sí solo deleita. Este es aquel sumo bien que no se alcanza con los sentidos, porque es espiritual y eterno; mas con el entendimiento se conoce, y con la voluntad se gusta, y con el corazón se siente, y con la devoción se busca, y con la esperanza se halla, y con la caridad se abraza, y en la gloria para siempre se posee.

CAPITULO VIII

Del amor que Dios nos tiene

Dice Santo Tomás que así como ninguna cosa hay con que más se encienda un fuego que con otro fuego, así ninguna hay con que más se encienda un amor que con otro amor. Porque como la primera de las dádivas sea ésta, de la cual manan todas las otras, así como los beneficios recibidos mueven al amor del bienhechor, así, y mucho más, el amor, que es la causa de ellos. Pues por esto será razón levantemos agora los ojos de nuestra alma a considerar la grandeza del amor que nuestro Señor tiene a los hombres.

Y porque hay dos maneras de hombres, unos buenos y otros malos, no trataremos aquí de unos ni de otros, sino del amor que tiene a los hombres en común, en cuanto son criaturas suyas, donde entra el deseo que tiene de la salud y bien del género humano.

Pues la grandeza de este amor declaran primeramente todos los beneficios divinos de que arriba tratamos. Porque como sea propio del amor querer bien y hacer bien, porque de lo uno nace lo otro, quien tantos bienes nos tiene hechos, como allí está declarado, síguese que ha de amar mucho a quien tantos bienes hizo. Y por esto, cuan-

to allí se trató de los beneficios divinos, sirve para este fin, y no menos hace para ello lo que se dijo de la grandeza de la divina bondad. Porque como ésta sea la fuente de donde nace el amor, conocida la grandeza de la fuente, se conoce también cuál será el río que de ella procederá. Mas para este efecto trataremos aquí particularmente de tres grandes indicios y obras de este divino amor, que son las obras de la creación, glorificación y redención.

Amor de padre y creador. Pues, comenzando por la primera, ésta nos descubre por muchas vías el amor que en aquel divino pecho está encerrado. Porque primeramente, como el hombre sea obra de las manos de Dios, hecha a su imagen y semejanza, y la más principal obra de cuantas en este mundo visible formó, ¿cómo no ha de amar lo que Él mismo con esta dignidad y preeminencia tan grande formó? Porque es tan natural cosa amar las personas las obras de sus manos, que hasta un árbol que hayamos plantado o engerido de nuestra mano, le tenemos un particular amor. Y cuando al cabo de tiempo lo vemos florido o cargado de fruto entre otros muchos árboles, nos alegramos más con ver aquél que todos los otros, porque a los otros los miramos como a extraños, mas a éste como a cosa nuestra.

Y como ésta sea una natural condición y propiedad de la naturaleza humana, la cual fué por Vos, Señor, criada, necesariamente hemos de poner en Vos esta perfección. Porque no puede haber perfección en la criatura que no esté muy más excelentemente en el Criador. Pues según esto, si Vos, Señor, amáis a todo lo que criasteis como a cosa que salió de vuestras manos, ¿cuánto más amaréis aquel para quien todo lo criasteis? Y si así amáis a lo que formasteis, de cualquier forma que lo hiciésedes, ¿cuánto más al que criasteis a vuestra imagen y semejanza?

Esta es una de las principales razones que alegaba el profeta Isaías al Señor para pedir misericordia, cuando decía (Is. 64, 8): Miradnos, Señor, con ojos de piedad, pues somos obra de vuestras manos.

Y por esto mismo tenía David por cierta la misericordia de este Señor, cuando decía (Salm. 79, 16): Extenderéis, Señor, vuestra diestra a la obra de vuestras manos. Y por esto mismo se maravillaba el santo Job de cómo el Señor permitía que el demonio le atormentase tan crudamente, siendo él obra de sus manos. Y así prosigue él esta razón muy a la larga, diciendo (Job 10, 8): Vuestras manos, Señor, me hicieron y formaron, ¿pues cómo me soltáis de ellas, para que venga a despeñarme? Acordaos, ruégoos,

Señor, que Vos me hicisteis como quien de un poco de barro hace un vaso, o cuaja un poco de leche. Vos mismo me vestisteis de pieles y de carne, y me organizasteis con huesos y nervios, y me disteis vida y misericordia. Pues, siendo esto así, ¿cómo, Señor, desamparáis lo que Vos mismo formasteis? Todo esto decía el santo varón, presuponiendo el amor que el Señor tenía a lo que Él mismo había formado, como a obra de sus manos.

Amor que enriquece. Mas hay aquí otra consideración en gran manera dulce y de gran suavidad, que es ver cómo en tanto grado amasteis y preciasteis este hombre, que todo este tan grande y admirable mundo que vemos con los ojos, criasteis para él. Y que esto sea una gran verdad, pruébase por esta evidente razón. Porque claro está que no criasteis este mundo visible para los ángeles, que son puros espíritus, y así no tienen necesidad ni de lugares corporales en que estén, ni de cosas corporales con que se sustenten. Mucho menos lo criasteis para Vos, pues de nada tenéis necesidad sino de Vos solo, pues *ab aeterno* estuvisteis sin mundo, tan glorioso y bienaventurado como ahora lo estáis. Pues decir que lo criasteis para las bestias, sería grande bestialidad, pues las bestias ni conocen al hacedor, ni son parte para agradecer el beneficio, ni menos merecedoras que tan gran fábrica criase aquel potentísimo y sapientísimo hacedor para brutos animales.

Por donde claramente se sigue que todo este tan grande teatro, poblado de tantas cosas, esclarecido con tantas lumbreras, hermoseado con tanta variedad de cosas, cercado de tan grandes y tan resplandecientes cielos, gobernado con tan ciertas y maravillosas leyes, fué criado sólo para servicio, mantenimiento y uso del hombre, y para que le fuese un espejo en que mirase al Criador y un libro natural en que leyese y conociese su sabiduría, su omnipotencia, su providencia y su bondad.

Pues ¿no será grande argumento del amor de Dios, y de la estima en que tuvo al hombre, haber criado para sólo él una tan grande casa, tan grandes cielos, tan grande tierra, tan grande mar y tanta provisión de cosas innumerables para sólo su cuerpo, que es la menor y más baja parte del hombre? Si es grande muestra del amor que un padre tiene a un hijo, proveerle de gran casa y familia cuando le da estado de vida, ¿cuánto amor mostró aquel Eterno Padre al hombre cuando de tal casa le proveyó, dándole por palacio el mundo, y por familia todas las criaturas, y la mar y la tierra para provisión de su mesa, y las estrellas del cielo por pajes de hacha que esclareciesen la noche y

el día, de las cuales hay algunas que, como dicen los matemáticos, son cien veces mayores que toda la tierra? Pues, según esto, ¿qué tan grandes serán los cielos, donde caben tantas estrellas? Y ¿qué tan grande será el mundo, que de tales cielos está cercado?

Pues ¿quién no conoce por aquí la liberalidad y amor de tal dador, y quién puede caber en sí de placer, considerando la estima en que este Señor le tuvo cuando tal casa le aparejó, y quién no conoce por aquí la grandeza de su dignidad, viéndose por Dios hecho rey y señor de todo el mundo, y viendo cuán grande amor le mostró quien le dió este tan grande principado?

Amor que regala. Mas no para aquí, Señor, este argumento y testimonio de vuestro amor; pasa aún más adelante. Porque aun más claramente nos descubre esto la infinidad de cosas que, Señor, criasteis, no sólo para provisión y mantenimiento del hombre, sino también para su recreación y regalo. Porque en aquéllas os mostráis ser muy largo, Señor, para con vuestros criados, proveyéndolos abundantemente de todo lo necesario para el uso de la vida; mas en éstas mostráis amor de padre a hijos, e hijos chiquitos y tiernamente amados, a los cuales suelen los padres proveer de cosas alegres para su gusto y recreación.

Pues ¿quién podrá explicar aquí la muchedumbre de cosas que para este fin criasteis? ¡Qué de colores tan hermosos para la vista! ¡Qué de voces y músicas de hombres y de aves para el oír! ¿Qué de rosas y flores para el sentido del oler! ¡Qué de sabores y diversidad de manjares para el gusto!

¡Qué de objetos tan admirables tiene la vista para tener siempre en qué recrearse, y, recreándose, aprovechar en el conocimiento del Criador! ¿Qué retablo hay más hermoso que el cielo estrellado? ¿Qué paños de verdura más graciosos que los campos floridos, y los ríos, con sus riberas entoldadas y ceñidas de arboledas? ¿Qué matices más perfectos que el color de los rubíes y esmeraldas? ¿Qué sedas más finas ni qué brocados más resplandecientes que los colores de algunas flores que hay, unas moradas, y otras amarillas, y de otros muchos colores? Si no fuera esto así, no dijera el Salvador en el Evangelio: Considerad las azucenas del campo cómo crecen: Dígoos de verdad que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de éstos (Mt. 6, 28).

Amor que glorifica. Pues, procediendo más adelante por este tan espacioso campo de vuestras obras y maravillas, si es tan grande argumento de

amor haber criado este tan grande y tan hermoso mundo, con tanta variedad de cosas que nos declaran vuestro amor, ¿cuánto mayor lo será haber criado a nosotros para Vos, conviene saber, para hacernos participantes de Vos, esto es, de vuestra misma bienaventuranza y gloria? La cual, como a ninguna criatura pueda pertenecer por título de naturaleza, sino sólo a Vos, que sois Dios, síguese que con esta gracia nos hicisteis en su manera dioses, pues nos hicisteis particioneros de la gloria de Dios.

Pues, quitada aparte aquella suma gracia de la unión de nuestra humanidad con el Verbo divino, ¿qué más nos podíais dar? ¿A qué grado de honra podíamos más subir? Ciertamente, Señor, así como no hay mayor gloria que la vuestra, así ninguna dignidad podíamos recibir mayor que ésta. En la cual ni los más altos serafines que más de cerca ven y gozan de vuestra hermosura, en cuanto toca a la dignidad del fin, no nos hacen ventaja; porque aunque sean sin comparación mayores en la condición de su naturaleza, no lo son en la condición de la bienaventuranza, pues para el mismo fin y gloria que fueron criados ellos en el cielo, fuimos también nosotros criados en la tierra.

Aquí, Señor, derramasteis sobre nosotros vuestros tesoros, pues nos criasteis para un tan alto fin y tan grande gloria, que ningún entendimiento divino ni humano puede comprender cosa mayor.

Por donde si por las dádivas se juzga el corazón y el amor, ¿cuál fué aquel amor que tal dádiva nos dió, que ni a toda su omnipotencia dejó lugar para poder darla mayor?

¡Oh liberalísimo, oh benignísimo Señor! ¡Oh verdadero amador de los hombres, pues para tanto bien los criasteis! Bendíganos, Señor, los ángeles, y los cielos y la tierra prediquen vuestras alabanzas, y los hombres particularmente empleen toda su vida en el amor y servicio de quien tanto amor les descubrió.

Amor que redime. Pues sobre esta dádiva no parece que se sufría añadidura, mas vuestro infinito saber y vuestra infinita bondad y caridad la halló; que fué poner de vuestra casa el precio con que la mereciésemos y comprásemos, que fué la sangre de vuestro unigénito Hijo.

La cual dádiva es tan grande, que así como la gloria que por ella se nos da, que es el mismo Dios, no puede ser mayor, así tampoco el precio con que se compra. Sumo es lo uno, y sumo lo otro, y así ni lo uno ni lo otro puede crecer ni ser más de lo que es. Pues si las dádivas y beneficios son las verdaderas muestras y testimonios del amor, ¿qué mayor dádiva nos pudiera dar que ésta?

Porque en solo este Señor nos disteis todas las cosas: en Él nos disteis padre y madre, hermano, maestro, abogado, rey, sacerdote y sacrificio: ejemplo, doctrina, justicia, sabiduría, santificación, redención, perdón de pecados, gracia, gloria, salud y vida, y todos los bienes. Pues ¿qué mayor muestra de amor se pudiera dar que ésta? El mismo Hijo vuestro, que mora en vuestro seno, secretario de vuestro corazón, nos dió estas nuevas de Vos diciendo: Tanto amó Dios al mundo, que le dió a su unigénito Hijo, porque todo aquel que creyere en Él, esto es, creyendo, le amare, no perezca, sino alcance la vida eterna.

Y si este tal Hijo nos diera solamente para que lo conociéramos, amáramos y sirviéramos, fuera suma misericordia; mas lo que excede todo encarecimiento es que nos lo disteis por hacienda nuestra, para que pudiésemos hacer moneda de Él y de su sangre preciosa para nuestro rescate. Pues cuán grande argumento de verdadera caridad sea éste, el mismo Señor nuestro lo declaró, cuando dijo: Nadie puede dar mayor testimonio y muestra de verdadero amor que el que pone su vida por sus amigos.

Pues ¿a quién no concluirá este argumento, para creer que nos queréis bien, habernos dado tanto bien, y criado para tanto bien, y derramado sobre nosotros lo más precioso que se halló en vuestros divinos tesoros?

Amor que unifica. A todos estos argumentos del divino amor se añade otro tan poderoso y tan grande, que ninguna lengua humana basta para explicarlo: que es la institución del Santísimo Sacramento, que el Señor ordenó para estar en nuestra compañía, y morar en nuestras almas, y hacernos una cosa consigo.

Porque como el amor esencialmente sea unión de dos almas y dos corazones en uno, la cosa más propia del amor es desear esta unión. Pues, según esto, ¿qué mayor muestra de amor que haber ordenado este Señor un sacramento cuyo efecto, entre otros, es juntarse Él con nuestra alma y hacerse una cosa con ella? ¿Qué cosa puede ser más propia del verdadero y perfecto amor que ésta? De la cual, al presente, no tratamos en este lugar, por tratarse de ella arriba entre los beneficios divinos, y asimismo en el libro siguiente, donde se escribe de la institución del Santísimo Sacramento. Mas hacemos aquí mención de ella para que los que quisieren mover su corazón al amor de Nuestro Señor, considerando el amor grande que Él nos tiene, ayunten este argumento a todos los demás que están dichos. El cual es tan grande cuanto es la dádiva que por Él se nos da, que es la mayor de las dádivas, pues en ella se nos da Dios. Por donde, como no hay dádiva que se

pueda comparar con esta dádiva, así no hay amor que se pueda comparar con este amor.

Amor que perdona. Grande es el amor que los padres tienen a sus hijos; mas con todo esto no llegan las entrañas de padres a consentir que aparezca más ante sus ojos un hijo que se les casó sin licencia, o que les hizo algún otro agravio semejante. Mas las entrañas de aquel Padre celestial bastan para que, aunque un hombre haya cometido todas las ofensas del mundo, si de todo corazón se vuelve a él, sea, como el hijo pródigo, recibido y perdonado.

Bien conocía esto el profeta cuando dijo (Is. 63, 16): Ahora, Señor, Vos sois nuestro padre, y Abrahán no nos conoció, ni Israel tuvo cuenta con nosotros. Vos solo sois nuestro padre, y en los siglos permanecerá vuestro nombre. Este amor nace, Señor, de vuestra bondad, de la cual proceden dos ríos muy caudalosos, que son misericordia y amor, el uno para curar nuestros males y el otro para nos comunicar vuestros bienes. Pues si la fuente es infinita, ¿qué tal será el río del amor que nace de ella?

Por eso no desmayo ni desconfío, aunque me conozco por tan indigno de ser amado, porque, aunque yo sea malo, el amador es bueno, y tan bueno, que no desecha a los pecadores, sino antes los atrae a sí y los recibe y come con ellos.

Dios es todo amor. A todos estos argumentos y obras de vuestro amor añado, Señor, otra, que es ser Vos el mismo amor. Testigo de esto es vuestro evangelista, que dice (I Jn. 4, 16): Dios es amor, y por eso el que ama a Dios, está en Dios, y Dios con él.

¡Oh cosa verdaderamente dulce y maravillosa tener un tal Dios, que Él todo sea amor, y que su misma naturaleza sea amor! Si es cosa hermosa ver el sol en su hermosura, ¿qué será ver un Dios todo encendido y todo hecho un fuego de amor? ¿Qué ha de hacer este fuego sino abrasar y quemar?

Según esto, contémploos yo, Señor mío, en medio de esa corte soberana como un fuego infinito, o como un sol ardentísimo, que derrama sus llamas por todos los cielos y abrasa por doquiera que pasa todas las cosas, porque todas viven y se mueven por amor. Y así como este sol tiene más inflamados y quemados a los que moran más cerca de él, así ese divino sol tiene del todo abrasados y hechos fuego aquellos altísimos serafines, que así como están más cerca de este sol, así están más abrasados en su amor.

Amor con amor se paga. Pues si todas estas cosas tan claramente nos descubren la grandeza de vuestro amor, y el amor tiene tan grandes fuerzas para sacar amor, ¿cómo no os amaré yo, Dios mío, con todo mi corazón? ¿Cómo puedo resistir a tan grande fuerza de amor? ¿Cómo me hago sordo, cómo insensible a las voces de todas las criaturas, que me llaman a este amor? La piedra fría y dura da fuego si muchas veces la hieren con un eslabón. Y ¿será mi corazón tan duro que con los golpes de todas las criaturas del mundo no salga de él una centella de amor? Si no hay cosa en el mundo más poderosa para engendrar fuego, ¿por qué ese fuego de tu divino amor, siendo tan grande como lo es, no inflamará mi corazón?

Prueban los filósofos que el elemento del fuego no es cuerpo infinito, porque si lo fuera, abrasara los otros elementos, y todo el mundo convertiera en sí. Pues si Vos, Señor mío, sois un fuego de amor infinito, ¿cómo no se abrasa mi corazón estando presente a Vos? ¿Qué frialdad es ésta, que con tal fuego no se abrasa?

¡Oh Rey de Gloria, no consintáis, Señor, tal monstruosidad en el mundo como es no arder quien se llega a este grande fuego! Abrasad, Señor, este corazón más frío que la nieve, más helado que el mismo hielo. para que os ame con todas sus fuerzas, de la manera que Vos mandáis y merecéis ser amado, y que este amor siempre arda y siempre se continúe en los siglos de los siglos. Amén.

CAPITULO IX

De la grandeza de la justicia divina y de la profundidad de sus juicios

La primera cosa, pues, que debe mover nuestro corazón a temor de Dios es la consideración de la divina justicia. Esta justicia es tan grande, que de ella dice David: ¿Quién hay, Señor, que pueda comprender la grandeza de vuestra ira y explicar el temor que se debe al rigor de vuestra justicia?

Qué tan grande sea esta justicia, sólo el que la tiene lo entiende, y otro juicio no hay que para esto baste, pero todavía por las obras de justicia podremos conocer algo de ella, considerando los castigos que ha hecho Dios en

este mundo por los pecados, según que arriba tocamos, porque por ellos en alguna manera entenderemos cuán justo y cuán espantable es el que tales castigos hace. De manera que las mismas obras que sirven para declarar qué tan grande sea el odio que Dios tiene contra el pecado, sirven también para declarar el rigor de la justicia; para que por lo uno aborrezcamos lo que tanto Dios aborrece, y por lo otro temamos cometer lo que tan rigurosamente castiga.

Profundidad de los juicios divinos.

La segunda cosa que puede mover muy mucho nuestros corazones a temor de Dios, además de su justicia, es la profundidad de sus juicios; porque de lo uno y de lo otro dijo el Profeta: Tu justicia, Señor, es como los montes de Dios, es, a saber, muy grande, y tus juicios son como un abismo sin suelo, porque no se pueden comprender.

Esta es muy más poderosa consideración que la pasada, porque la pasada principalmente sirve para hacer temer los malos; porque, como dice el proverbio, no lo hagas y no lo temas; mas ésta, para buenos y para malos; porque la profundidad de estos juicios ni asegura al malo en su maldad ni al justo en su justicia; pues otro día puede caer de ella, según aquello del Sabio, que dice: ¿Quién sabe si el espíritu de los hijos de Adán sube a lo alto y si el de las bestias desciende a lo bajo? Esto es, si se salvan todos los justos y condenan todos los pecadores, pues muchas veces el justo cae de su justicia y el malo se convierte por penitencia.

Y porque, como dijimos, los atributos y propiedades de Dios se conocen por sus obras, será bien discurrir aquí por algunos de estos juicios, especialmente por aquellos de que nos dan noticia las Escrituras sagradas; para que por aquí se vea cuánta razón tiene cualquier hombre, por muy justo que sea, para temer.

En varios ejemplos de la Sagrada Escritura.

Mira, pues, qué espantoso juicio fué el de aquellos dos hermanos Jacob y Esaú, que, siendo ambos hermanos, hijos de un mismo padre y de una misma madre, y ambos nacidos en un mismo punto y de un mismo parto, con todo esto, de ellos dijo Dios: A Jacob amé y a Esaú aborrecí, antes que ninguna cosa hiciesen de bien ni de mal. Del cual juicio, cuando se vino a declarar en la bendición de Jacob, se espantó tanto su mismo padre, que dice la Escritura divina: Espantóse Isaac con un espanto vehementísimo sobre todo

lo que se puede creer, y maravillándose dijo: ¿Quién es aquél?

Saúl y David fueron escogidos de Dios para reyes de su pueblo, y pecando después ambos, y al parecer muy más gravemente David que Saúl, con todo esto, reprobó Dios a Saúl, y así vino a matarse con sus propias manos y a ser destruído él y toda su generación, y perdonó a David, y perpetuóle el reino, e hízolo padre de Jesucristo su Hijo.

Salomón, otrosí, santísimo y sapientísimo rey, que tales obras hizo y tales maravillas escribió, cayó tan feamente; y Manasés, que fué uno de los más crueles y sacrílegos reyes del mundo, después de cautivo halló lugar de penitencia y fué restituído en su primera silla, y, lo que más es de maravillar, que habiendo sido el autor de los pecados del pueblo, él fué librado y perdonado, y el pueblo que por él pecó, fué por esto destruído y abrasado.

Faraón y Nabucodonosor, siendo ambos reyes y teniendo ambos el pueblo de Dios cautivo y tiranizado, y siendo ambos de Dios piadosamente amonestados y castigados, con todo esto el uno hizo penitencia y se convirtió, y el otro se endureció y pervirtió, y así pereció él y todo su pueblo.

Dos ladrones padecieron con Cristo, y siendo ambos ladrones y padeciendo ambos una misma pena por sus culpas, el uno fué tomado para la gloria, y el otro dejado para la pena, siendo ambos compañeros en la misma culpa.

Judas era apóstol de Cristo, y San Pablo perseguidor de Cristo, y súbitamente el uno de perseguidor se hizo apóstol, y el otro de apóstol perseguidor; el uno vino a ponerse en un lazo, y el otro fué llevado al tercer cielo.

Los judíos eran pueblo escogido y regalado de Dios, y los gentiles, malditos y descomulgados; y por justo juicio de Dios, los amigos fueron desechados y los enemigos escogidos; que es aquello de que el Apóstol se maravillaba diciendo: ¡Qué maravilla es ésta, que Israel, buscando la justicia, no alcanzó lo que buscaba, y los gentiles, que no la buscaban, la hallasen!

También espantó mucho ver al santísimo rey Josías, que tantos y tan grandes servicios hizo a Dios mientras vivió, que viniese a morir a manos de sus enemigos tan desdichadamente.

Sobre esto todo espanta la caída de aquel primer ángel, que, siendo, según la sentencia de algunos, la cosa más bella, más sabia, más poderosa y más divina criatura de cuantas Dios había criado, viniese a dar tan gran caída, que del más alto cielo cayese en el más profundo abismo,

y del mayor de los ángeles se hiciese el mayor de los demonios.

En el misterio de la predestinación. Y no menos espanta el misterio de la predestinación y reprobación de los hombres, con todas las maravillas que de aquí proceden. Porque una maravilla es escoger Dios a unos y no a otros, siendo todos sus criaturas. Otra maravilla es nacer unos en tierra de cristianos y otros de paganos, y así gozar unos del sacramento del Bautismo y otros no, no siendo más merecedores de esto los unos que los otros. Otra maravilla es, estando dos en pecado, llamar Dios a éste y no llamar a aquél con tan poderoso llamamiento, y así salir uno del pecado y el otro no, siendo ambos igualmente pecadores e igualmente indignos de esta misericordia. Otra maravilla es tomar la muerte a uno en pecado y condenarse por esta causa, y a otro, a quien pudiera tomar en el mismo estado, esperarle Dios a penitencia y llevarlo en estado de gracia.

Sobre todas maravillas espanta ver el día de hoy tantos millares de naciones como hay debajo del cielo, que viven en tinieblas y estado de condenación, aun después de la venida de Cristo, y ver cuán pocos y cuán contados son aquellos a quienes alcanza la gracia de este misterio.

En todas estas maravillas no hay que escudriñar, mas hay por qué temer y de qué nos maravillar y exclamar con el Apóstol, diciendo: ¡Oh alteza de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios, cuán incomprensibles son sus juicios y cuán ininteligibles sus caminos!

Santo temor de Dios. Pues siendo esto así, ¿quién no temerá, quién no temblará, quién se tendrá por seguro? Esta es la cosa del mundo que más hacía temblar a los santos, como temblaban el santo Job y David, y San Pablo y todos los demás. Porque en esta parte ninguna cosa les daba perfecta seguridad: no la misericordia de Dios, no la redención de Cristo, no la Providencia divina y no, finalmente, ni la buena vida pasada ni el testimonio de su conciencia. Porque todo esto cabía en los otros buenos que cayeron, y, sin embargo de todo esto, cayeron. Por donde ninguna cosa les quedaba sino humillarse, y temer, y orar, y vivir en continuo temblor, pensando que el que hoy es justo, mañana puede ser pecador, y el que hoy está en gracia, mañana puede hacer por donde la pierda.

De donde, así como el que está en alguna altísima torre, aunque esté seguro, todavía teme cuando mira abajo, por la profundidad del lugar, así el justo, aunque sospeche

de sí que lo es, todavía teme cuando considera la profundidad de los juicios de Dios, que muchas veces cruzan los brazos y hacen maravillas en la tierra, por las cuales han venido a caer muchos grandes santos. Y como el verdaderamente justo no se tiene por mejor que ellos, ni por más humilde que ellos, ni por más avisado que ellos, ni tiene otro Dios ni otra seguridad que ellos, por eso teme que podrá caer y ser desamparado como ellos.

Invocación. Así como a sólo Vos, Señor, se debe adoración como verdadero Dios, así también a solo Vos se deben sumo temor y reverencia, según que Vos mismo nos lo testificasteis, cuando dijisteis (Mt. 10, 28): No queráis temer los que matan el cuerpo y no tienen más que hacer, sino temed a aquel que después de muerto el cuerpo puede enviar el ánima al infierno. Esto mismo nos enseña la Iglesia cuando dice: En presencia de las gentes no tengáis temor, mas vosotros en vuestro corazón adorad y temed al Señor, porque su ángel anda con vosotros para os librar.

Ante la grandeza de vuestra justicia. Témaos, pues, Señor, mi alma y mi corazón, pues en Vos, que sois todas las cosas, no menos hay razón para ser temido que para ser amado. Porque como sois infinitamente misericordioso, así sois infinitamente justo, y así como son innumerables las obras de vuestra misericordia, así lo son también las de vuestra justicia, y, lo que más es para temer, sin comparación son muchos más los casos de ira que los de misericordia, pues tantos son los condenados y tan pocos los escogidos.

Témaos, pues, yo, Señor, por la grandeza de esta justicia y por la profundidad de vuestros juicios, y por la alteza de vuestra majestad, y por la inmensidad de vuestra grandeza, y por la muchedumbre de mis pecados y atrevimientos, y sobre todo por la resistencia tan continua a vuestras santas inspiraciones.

Ante la inmensidad de vuestro poder. Témaos yo, tema delante de Vos, ante cuyo acatamiento tiemblan las columnas del cielo y toda la redondez de la tierra (Salm. 103, 32). Pues ¿quién no os temerá, Rey de las gentes? ¿Quién no temblará de aquellas palabras que Vos mismo decís por vuestro profeta (Jer. 5, 22): Pues ¿cómo? ¿A mí no me temeréis y delante de mi cara no os doleréis, que señalé las arenas por término de la mar, y le puse mandamiento eterno, que

no quebrantará? Y embravecerse han y levantarse han sus olas, y no lo traspasarán jamás.

Pues si todas las criaturas del cielo y de la tierra de esta manera os obedecen y temen, ¿qué haré yo, vilísimo pecador, polvo y ceniza? Si los ángeles tremen cuando os adoran y cantan vuestras alabanzas, ¿por qué no tremerá mi corazón cuando entiende en este mismo oficio? ¡Miserable de mí, cómo se ha endurecido mi alma para no derramar muchas lágrimas, cuando habla el siervo con su Señor, la criatura con su Criador, el hombre con Dios, el que fué hecho de lodo con aquel que todo lo hizo de nada!

Ante la grandeza de vuestros juicios.

Témaos también yo, Señor, por la grandeza de vuestros juicios, que desde el principio del mundo hasta hoy habéis obrado. Gran juicio fué la caída de aquel ángel tan principal y tan hermoso. Gran juicio fué la caída de todo el género humano por la culpa de uno. Gran juicio fué el castigo de todo el mundo con las aguas del diluvio. Gran juicio fué la elección de Jacob y la reprobación de Esaú, el desamparo de Judas y la vocación de San Pablo; la reprobación del pueblo de los judíos y la elección de los gentiles, con otras maravillas semejantes, que, sin que lo sepamos, pasan de secreto cada día sobre los hijos de los hombres. Y sobre todo esto es espantable juicio ver tantas naciones sobre la haz de la tierra yacer en la región y sombra de la muerte y en las tinieblas de la infidelidad, caminando por unas tinieblas a otras tinieblas, y por trabajos temporales a tormentos eternos.

Témaos, pues, yo, Señor, por la grandeza de estos juicios, pues aun no sé yo si seré uno de esos desamparados. Porque si el justo con dificultad se salvará, el pecador y perverso ¿dónde parecerá? Si tiembla el inocentísimo Job del furor de vuestra ira como del ímpetu de las olas embravecidas, ¿cómo no temblará quien tan lejos está de esta inocencia? Si tiembla el profeta Jeremías dentro del vientre de su madre santificado, y no halla rincón donde se esconda, por estar lleno de temor de vuestra ira, ¿qué hará quien salió del vientre de su madre con pecado, y después acá ha añadido y multiplicado tantos pecados?

Ante la muchedumbre de nuestros pecados.

Témaos también yo, Señor, por la muchedumbre innumerable de mis maldades, con las cuales tengo que parecer ante vuestro juicio, cuando delante de Vos vendrá aquel fuego abrasador

y una grande tempestad, cuando juntaréis el cielo y la tierra para juzgar a vuestro pueblo.

Pues allí delante de tantos millares de gentes se descubrirán todas mis maldades, delante de tantos coros de ángeles se publicarán todos mis pecados, no sólo de palabras y obras, sino también de pensamientos. Donde tantos tendré por jueces cuantos me precedieron en las buenas obras, y tantos serán contra mí testigos cuantos me dieron buenos ejemplos. Y con esperar tal juicio no acabo de poner freno a mis vicios, antes todavía me estoy pudriendo en la heces de mis pecados; todavía me envilece la gula, y me persigue la lujuria, y me envanece la soberbia, y me estrecha la avaricia, y me consume la envidia, y me despedaza la murmuración, y me levanta la ambición, y me perturba la ira, y me derrama la liviandad, y me entorpece la pereza, y me abate la tristeza, y me levanta el favor.

No entréis, Señor, en juicio con vuestro siervo.

Veis aquí, Señor, los compañeros con quien he vivido desde el día de mi nacimiento hasta ahora. Estos son los amigos con quien he conversado, éstos los maestros a quien he obedecido, éstos los señores a quien he servido. Pues no entréis, Señor, en juicio con vuestro siervo, porque no será justificado delante de Vos ninguno de los vivientes (Salm. 142, 2); porque ¿a quién hallaréis justo, si lo juzgáredes sin piedad? Pues por esto, derribado a vuestro pies, con espíritu humilde y atribulado, lloraré con vuestro Profeta (Salm. 6, 1), y diré: Señor, no me arguyáis en vuestro furor, ni me castiguéis en vuestra saña. Habed misericordia, Señor, de mí, porque soy enfermo; sanadme, Señor, porque todos mis huesos están conturbados, y mi alma está grandemente turbada; mas Vos, Señor, ¿hasta cuándo? Convertíos, Señor, y librad mi alma, y hacedme salvo por vuestra misericordia. Porque no hay en la muerte quien se acuerde de Vos, y en el infierno, ¿quién os alabará? Vos que vivís y reináis en los siglos de los siglos por siempre jamás. Amén.

CAPITULO X

De cómo Dios es todopoderoso

Para que veamos cuánta excelencia tiene Dios sobre los que llaman padres de la tierra, tenemos en el Credo una singular adición, la cual es «todopoderoso», esto es, que con

sólo su querer hace cuanto hay en el cielo y en la tierra, por más que parezca a los hombres imposible y por más que sobrepuje a la razón humana.

A cuya potencia, comparado el poder de todos, no digo los hombres poderosísimos, mas de los demonios y de los ángeles, es menos que un pelillo en toda la tierra, y que una gotica de agua comparada con el mar océano; y saber que Dios es todopoderoso, ayuda maravillosamente para despedir todas las razones humanas que se ofrecen en los dificultosos artículos de la fe, y vale mucho para confirmación de la misma fe. Porque cualquier cosa que nos pongan delante o Satanás o sus ministros los gentiles, o judíos y los herejes, todo esto podemos derribar con esta sola arma. No hay cosa ni obra imposible a Dios, como dijo el ángel a Nuestra Señora (Lc. 1, 37). Y como dice David (Salm. 134, 6), todo lo que quiso el Señor, hizo en el cielo y en la tierra, en el mar y en todos los abismos.

Y puesto que en el Credo a sólo el Padre se atribuye nombre de todopoderoso, pero no menos compete al Hijo y al Espíritu Santo, como quiera que, según arriba se mostró, de una misma substancia y virtud son con el Padre.

Muestras de su omnipotencia.

Ahora veamos en qué manera declaró Dios su omnipotencia.

Creó ciertamente el cielo y la tierra de nada con sola su palabra: primeramente, los cuerpos celestes, con todos sus ornatos, el sol, la luna y las estrellas, con todas sus virtudes y operaciones que tienen. Creó también el cielo soberano, que es el asiento de su majestad, y a todos los espíritus celestiales, ángeles, arcángeles, querubines, serafines, tronos, dominaciones, principados y potestades, con toda la virtud y poder que tienen.

Creó también la tierra, quiero decir, este mundo tan hermoso, y los hombres, y todos los animales brutos, aves y peces, todos los montes y valles, todos los árboles y plantas, todos los prados y tierras para labrar, todos los ríos y abismos y todo cuanto en estas cosas cría.

En fin, creó todas las cosas visibles e invisibles, la luz y las tinieblas, la noche y el día, ni hay cosa en la naturaleza que por Él no fuese creada.

Y lo que mucho habemos de atender, todas las cosas creó muy buenas, como se escribe en el Génesis (1, 31). De manera que ahora toda dádiva buena y todo don perfecto, como dice el apóstol Santiago (1, 17), de Él sólo desciende. Porque de los males no es Dios autor; digo de los males de culpa, que son pecados. Porque los males de pena, trabajos y castigos de esta vida, Él los hace, según Él mismo dice por Isaías (45, 7).

Y como, según arriba dijimos, no conviene sólo al Padre la omnipotencia, mas igualmente compete al Hijo y al Espíritu Santo, así aquí habemos de entender que la creación de las cosas es común al Hijo y al Espíritu Santo, ni más ni menos que al Padre. Porque no sólo el Padre hizo el cielo y la tierra, más el Hijo y el Espíritu Santo, según aquello del Salmista (32, 6): Por el Verbo del Señor fueron establecidos los cielos, y por el espíritu de su boca fué hecha toda la virtud de ellos.

Por la conservación y gobierno del mundo. Allende de esto, por la misma razón que oímos y que creemos Dios creó todas las cosas, juntamente habemos de creer que Él mismo las gobierna y las sustenta. Porque no consiente aquella soberana bondad con el amor sin medida que nos tiene, mayor que de padre, que sus criaturas perezcan o se disminuya de ellas alguna cosa sin su voluntad y determinación, según aquello que el Señor dijo a sus discípulos por San Mateo (10, 31): ¿Por ventura dos pajaricos no valen ellos muy poco? Pues vuestro Padre tiene tanto cuidado de ellos, que uno de ellos no morirá sin Él mandarlo y querer. Y los cabellos de vuestra cabeza, Él los tiene todos contados. Pues no queráis temer, que más valéis vosotros que muchos pájaros.

Para lo cual hace maravillosamente lo que en otra parte dice San Juan (5, 17): Mi Padre todavía obra, y yo obro, conviene a saber, conservando lo que creamos. Por lo cual, santa y verdaderamente dice el Real Profeta (Salmo 22, 1): El Señor me gobierna, ninguna cosa me faltará. Y otra vez (Salm. 26, 1): El señor es mi luz y mi salud, ¿a quién temeré? El Señor es defensor de mi vida, ¿de quién temeré? Item (Salm. 144, 15): Los ojos de todos esperan, Señor, en Vos, y Vos les dais mantenimiento en el tiempo necesario. Abrís vuestra mano y satisfacéis a todo animal con vuestra bendición. Item: Todas las cosas esperan de Vos, Señor, que les deis de comer a su tiempo, y dándolo Vos, lo recibirán; abriendo Vos vuestra mano, serán llenas de vuestra bondad.

Donde concluye el apóstol San Pablo que en sólo Dios se ha de poner la confianza, que da a todos cuanto les basta abundosamente.

Estas dos obras tan maravillosas, como son la creación y gobernación de las cosas, nos dan claramente a conocer su poder en haber creado una cosa tan grande y tan maravillosa; su bondad, en quererlo hacer, sin haberlo menester ni pretender interés digno; su sabiduría, en el orden y concierto que le puso, y en guiarlo y sustentarlo como lo guía y sustenta; su grande magnificencia y beneficios y

lo que el hombre le debe, pues hizo todo esto por amor de él; su misericordia, pues con tantas ofensas como le hemos hecho y hacemos, nunca por eso lo muda ni desbarata, sino que deja salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores.

CAPITULO XI

De la providencia especial que Nuestro Señor tiene de todas las cosas humanas

Todo lo que hasta aquí se ha dicho sirve para declarar los motivos que los filósofos tuvieron para reconocer y confesar una primera causa, un primer principio y un primer movedor y gobernador de todo este universo, que llamamos Dios. Sirve también para que reconozcamos la providencia que este soberano Señor tiene de todas las cosas, considerando las habilidades de que proveyó a todos los animales para su conservación, que es para mantenerse y defenderse de sus contrarios, y curarse en sus enfermedades y criar sus hijos.

En nada de esto pusieron duda los filósofos de más grave y sentado juicio. Mas así como se hallan a las veces cuerpos monstruosos, que nacen, o con sobra o con falta de los miembros acostumbrados, así también, y aun mucho más, hay ánimos e ingenios monstruosos que dicen cosas no sólo contra toda razón, sino contra todo el común consentimiento del género humano, cuales fueron los que, confesando la providencia que Dios tenía de los animales brutos, por las razones susodichas, osaron decir que no la tenía de los hombres, por la confusión y desorden que veían en las cosas humanas, no considerando que como los brutos no son capaces ni de virtud ni de vicio, no hay por qué el Criador altere la providencia que tiene de ellos.

De las varias razones que demuestran esta especial providencia.

a) *Por la excelencia del hombre sobre las demás criaturas de la tierra.*—Mas contra estos filósofos desvariados se armaron los verdaderos y graves filósofos, mayormente los que se llamaron estoicos, que eran muy devotos de la virtud, probando con gravísimas razones la providencia que general-

mente tiene aquel soberano Señor de las cosas humanas. De las cuales pondremos aquí algunas.

Porque, primeramente, ¿qué oídos no se escandalizan oyendo decir que Dios tiene cuidado de las bestias y no de los hombres, habiendo sido criadas las bestias y todas estas cosas inferiores para servicio del hombre, como está ya declarado? ¿Quién dirá que un padre tiene cuidado de los esclavos y mozos de su hijo, y no lo tiene del hijo? Si a la prudencia y buen gobierno pertenece tener mayor cuidado de las cosas mayores que de las menores, siendo el hombre sin comparación más noble que todos los brutos animales, como criatura hecha a imagen y semejanza de Dios, ¿en qué razón cabe decir que Él tenga providencia de cosas tan bajas, y desprecie las altas, como son los hombres, a los cuales llama hijos por la semejanza que tienen con Él? Y si tiene cuidado de los brutos, que no reconocen el beneficio ni le dan gracias por él, ¿cuánto más lo tendrá del hombre, que lo reconoce y adora y alaba por Él?

b) *Por el mayor amor que Dios le tiene.*—Vemos también que el amor es la causa de la providencia que tienen las criaturas de sus propias cosas, y que cuanto más las aman, tanto es mayor el cuidado que tienen de ellas, como lo vemos en la providencia y cuidado que los brutos tienen de los hijos que aman. Pues si Dios tiene mayor amor al hombre que a los brutos, lo cual se ve por las ventajas que tiene sobre los brutos, y por la más excelente naturaleza que le dió, ¿cómo es posible que, teniendo cuidado de lo que menos ama, no lo tenga de lo que más ama? Vemos por experiencia que si el hombre planta o engiere un arbolico, se alegra después cuando lo ve crecido y medrado y cargado de fruto, y le pesa si lo ve maltratar, y huelga de cultivarlo y regarlo. Pues si este amor y cuidado tiene el hombre de un arbolillo que él plantó, ¿cuánto mayor lo tendrá el Criador del hombre que Él formó?

c) *Por la bondad de Dios.*—Mas no sólo el amor, sino la bondad también es causa de la providencia. Y así vemos que los hombres de singular y excelente bondad tienen gran respeto al bien común, y así lo desean y procuran, aunque sea a costa suya. Pues si esto es propio de la excelente bondad, ¿cuánto más lo será de aquella suma e infinita Bondad para tener cuidado del hombre, mayormente sabiendo Él que estando el hombre bien ordenado, todo este mundo que le sirve, está bien ordenado; mas, por el contrario, estando él desordenado, también lo está el mundo, pues sirve a quien no sirve al común Señor de todo?

Y si todas las perfecciones de las criaturas, que se llaman absolutamente perfecciones, están en Dios por muy eminen-

te manera, y tener cuidado del bien común sea una de ellas, ¿quién osará negar que no la hay en Dios, siendo Él un abismo de todas las perfecciones y el autor de ellas?

d) *Por ser el hombre efecto nobilísimo de Dios.*—Vemos también que todas las causas tienen especial cuidado de sus efectos, como lo tienen los padres de sus hijos, los reyes de sus vasallos, los padres de familia de su familia. Pues ¿cuánto mayor lo tendrá aquel Rey de los reyes, aquel Padre soberano y aquella Causa de las causas del más noble efecto que en este inferior mundo produjo, que es el hombre?

e) *Por la falsedad de las razones contrarias.*—Añado más a lo dicho: que si Dios no tiene providencia de las cosas humanas, o es porque no puede, o no quiere, o no sabe lo que en este mundo pasa. Decir que no sabe es quitarle la sabiduría, y decir que sabe, mas no quiere, es quitarle la bondad, y la justicia, y la caridad, y la misericordia y, finalmente, todas sus perfecciones y virtudes, lo cual es horrible blasfemia. Mas decir que no puede, es contra la grandeza de su poder, que es infinito. Porque quien pudo crear este mundo tan grande, tan hermoso, tan bien ordenado, tan constante en la variedad de los tiempos y en el movimiento de los cielos, y poblado de tantas cosas para el uso de la vida humana, ¿cómo no podrá gobernar lo que pudo hacer? Y si Él por su propia voluntad quiso crear este mundo, no por necesidad que de él tuviese, ni porque nadie lo forzase, sino por su sola bondad, por la cual quiso dar ser a las cosas que no lo tenían, ¿por qué no ha de querer conservar y gobernar lo que quiso crear?

f) *Por el común testimonio del género humano.*—En cabo de lo dicho acreciento una consideración muy principal y muy experimentada. Vemos generalmente que todos los hombres, de cualquier nación que sean, cuando se ven en algún aprieto y angustia, súbitamente, sin algún discurso de razón, sino por sólo instinto de naturaleza, levantan los ojos y las manos al cielo, donde aquel Señor principalmente reside, pidiéndole socorro. Pues como esta inclinación esté impresa por el Criador en la misma naturaleza del hombre, y ésta no pueda ser ociosa y vana por aquella común sentencia de filósofos, los cuales dicen que Dios y la naturaleza no hacen cosa superflua, síguese que Él tiene providencia de las cosas de los hombres, pues crió esta inclinación natural en los corazones de ellos.

Ni es menor testimonio el común consentimiento de todas las gentes, por bárbaras y bestiales que sean, en las cuales siempre se halla alguna manera de culto de la Divinidad, aunque falso y errado, y esto con presupuesto

que no honran esta Divinidad de balde, sino porque esperan favor de ella. Porque si nada esperasen, no la honrarían, ni tendrían cuenta con sus templos y sacrificios.

Y esto es confesar la divina Providencia, que es tener Dios cuenta con quien lo venera y honra. Y como esto sea cosa universal en todas las gentes, síguese que este afecto y conocimiento nace con el mismo hombre, y está impreso en su corazón por el autor de la misma naturaleza. El cual, así como ingirió en los corazones de los hijos una natural inclinación de acatar y reverenciar a sus padres, así también imprimió otra de honrar a Dios, que por muy más excelente manera es Padre universal de todos los hombres. Y es tan notorio esto en lumbre de naturaleza, que dijo Aristóteles que no habíamos de poner en disputa si la nieve era blanca, ni tampoco si los padres y los dioses habían de ser honrados, sino dar ojos al que niega ser la nieve blanca, y azotes y castigo al que negare la honra debida a los padres y a los dioses.

g) *Palabras de Séneca sobre la Providencia.*—Estas y otras semejantes razones movieron a los más graves y sabios filósofos, como fué Platón y Sócrates, su maestro, y señaladamente los estoicos, uno de los cuales, que fué Séneca, escribió un libro entero de la divina Providencia, de la cual también hace mención en otros lugares de sus epístolas. Y así, en una que escribe a su amigo Lucilio, dice estas singulares y notables palabras:

Cerca de ti está Dios, contigo está, dentro de ti está, un espíritu sagrado mora dentro de nosotros, que guarda y nota nuestras buenas obras. El cual nos trata de la manera que nosotros le tratamos. Y ten por cierto que ningún hombre puede ser bueno sin Él. Porque ¿cómo podrá alguno despreciar las cosas de la fortuna sin su ayuda? Él es el que nos da consejos magníficos. Cierto es que mora Dios en las almas de los buenos, aunque no sepamos cuál Dios sea éste que en ellos mora. Un ánimo excelente y moderado, y que pasa por cima de todas las cosas como por viles y bajas, y se ríe de todo lo que nosotros tememos o deseamos, sólo Dios lo puede hacer. No puede una cosa tan grande hacerse sin favor de Él. Y así la mayor parte de este ánimo está en el lugar de donde bajó. De modo que así como los rayos del sol llegan a la tierra, mas ellos están en el mismo sol de donde descienden, así el ánimo grande y sagrado, enviado al mundo para que por Él conozcamos las cosas divinas, conversa aquí con nosotros, mas Él está junto con el principio de donde nace.

Y en otra epístola dice así: Maravíllaste que los hombres vayan a los dioses: mayor maravilla es que Dios viene a los hombres, y, lo que es aún más vecino, Dios viene a

morar en ellos. Porque ninguna buena alma hay sin el favor y presencia de Dios.

Todas éstas son palabras de Séneca, el cual, sin haber leído el Evangelio, confiesa la necesidad de la gracia, sin entender lo que es gracia y el cuidado de la divina Providencia. Por donde hay razón para espantarnos de la ceguedad y locura de los herejes pelagianos, que, recibiendo las Escrituras sagradas, dogmatizaban que podía un hom- con solas las fuerzas del libre albedrío, sin el socorro de la gracia, guardar perfectamente todos los mandamientos divinos y merecer el reino del cielo.

CAPITULO XII

Del beneficio inestimable de la divina predestinación

A todos estos beneficios se añade el de la elección, que es de solos aquellos que Dios *ab aeterno* escogió para la vida perdurable. Por el cual beneficio el Apóstol da gracias en nombre suyo y de todos los escogidos, escribiendo a los de Efeso (1, 3), por estas palabras: Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, el cual nos bendijo con todo género de bendiciones espirituales por Cristo; así como por Él nos escogió antes de la creación del mundo para que fuésemos santos y limpios en sus ojos divinos; y nos predestinó por hijos suyos adoptivos por Jesucristo su Hijo. Este mismo beneficio engrandece el Profeta real cuando dice (Salm. 64, 5): Bienaventurado, Señor, aquel que tú escogiste y tomaste para ti, porque este tal morará con tus escogidos en tu casa.

Liberalidad con que Dios lo hace y grandeza de este beneficio.

Este, pues, con mucha razón, se puede llamar beneficio de beneficios y gracia de gracias. Es gracia de gracias, porque se da ante todo merecimiento, por sola la infinita bondad y largueza de Dios, el cual, no haciendo injuria a nadie, antes dando a cada uno suficiente ayuda para su salvación, extiende para con otros la inmensidad de su misericordia, como liberalísimo y absoluto señor de su hacienda. Es otrosí beneficio de beneficios, no sólo porque es el mayor de los beneficios, sino porque es el causador de todos los otros.

Porque después de escogido el hombre para la gloria por medio de este beneficio, luego le provee el Señor de todos los otros beneficios y medios que se requieren para conseguirla; como Él mismo lo testificó por un profeta (Jer. 31, 3) diciendo: Yo te amé con perpetua caridad, y por eso te traje a mí: conviene saber, llamándote a mi gracia, para que por ella alcanzases mi gloria.

Pero más claramente significó esto el Apóstol (Rom. 8, 30), cuando dijo: Los que el Señor predestinó para que fuesen conformes a la imagen de su Hijo, el cual es primogénito entre muchos hermanos, a éstos llamó, y a los que llamó justificó; y a los que justificó, finalmente glorificó. La razón de esto es porque como Dios disponga todas las cosas ordenada y suavemente, después que tiene por bien escoger a uno para su gloria, por esta gracia le hace otras muchas gracias; porque por esto le provee de todo lo que para conseguir esta primera gracia se requiere.

De manera que así como el padre que cría un hijo para clérigo, o letrado, desde niño le comienza a ocupar en cosas de iglesia, o en ejercicios de letras, y todos los pasos de su vida endereza a este fin, así también después que aquel eterno Padre escoge un hombre para su gloria, a la cual nos lleva el camino de la justicia, siempre procura guiarlo por este camino, para que así alcance el fin determinado.

Sin tenerse por seguro, puede el hombre reconocer en sí este beneficio.

Pues por este tan grande y tan antiguo beneficio deben dar gracias al Señor los que en sí reconocieren señales de él. Porque, dado caso que este secreto esté encubierto a los ojos de los hombres, todavía como hay señales de justificación, las hay también de la divina elección. Y así como entre aquéllas la principal es la enmienda de la vida, así entre éstas lo es la perseverancia en la buena vida.

Porque el que ha muchos años que vive en temor de Dios, y con solícito cuidado de huir todo pecado mortal, piadosamente puede creer, como dice el Apóstol (1 Cor. 1, 8), le guardará Dios hasta el fin sin pecado para el día de su venida, y acabará en él lo que comenzó.

Verdad es que no por esto se debe nadie tener por seguro, pues vemos que aquel tan gran sabio Salomón, después de haber tanto tiempo bien vivido, al fin de la vida fué engañado. Pero éstas son excepciones particulares de la costumbre general, que es la que el Apóstol dice, y la que el mismo Salomón en sus Proverbios (22, 6) enseñó diciendo: Proverbio es que el mancebo no desamparará en la vejez

el camino que siguió en la mocedad. De manera que si fué virtuoso siendo mozo, también lo será cuando viejo.

Pues con estas y con otras semejantes conjeturas que los santos escriben, puede uno humildemente presumir de la infinita bondad de Dios que le tendrá puesto en el número de sus escogidos. Y así como espera en la misericordia de este Señor que se ha de salvar, así puede humildemente presumir que es del número de los que se han de salvar, pues lo uno presupone lo otro.

Obligación de servir a Dios por todo esto. Siendo esto así, ¡cuán obligado estará el hombre a servir a Dios por un tan grande beneficio como es estar escrito en aquel libro de que el Señor dijo a sus apóstoles (Lc. 10, 20): No os alegréis porque los espíritus malos os obedecen: sino alegraos porque vuestros nombres están escritos en los cielos! Pues ¡qué tan grande beneficio es ser amado y escogido *ab aeterno*, desde que Dios es Dios, y estar aposentado en su pecho amoroso desde los años de la eternidad, y ser escogido por hijo adoptivo de Dios, cuando fué engendrado el hijo natural de Dios entre los resplandores de los santos, que en el entendimiento divino estaban presentes!

Circunstancias de esta divina elección. Mira, pues, atentamente todas las circunstancias de esta elección, y verás cómo cada una de ellas por sí es un grande beneficio y una nueva obligación. Mira cuán digno es el elector que te escogió, que es el mismo Dios, infinitamente rico y bienaventurado, y que ni de ti ni de nadie tenía necesidad. Mira cuán indigno por sí era el electo, que es una criatura miserable y mortal, sujeta a todas las pobrezas, enfermedades y miserias de esta vida, y obligada a las penas eternas de la otra por su culpa. Mira cuán alta es la elección, pues fuiste elegido para un fin tan soberano, que no puede ser otro mayor, que es para ser hijo de Dios, heredero de su reino y particionero de su gloria.

Mira también cuán graciosa fué esta elección, pues fué, como dijimos, ante todo merecimiento, por sólo el beneplácito de la divina voluntad, como el Apóstol dice (Efes. 1, 5), para gloria y alabanza de la inmensa liberalidad de Dios y de su gracia; porque cuanto es el beneficio más gracioso, tanto deja al hombre más obligado. Mira otrosí la antigüedad de esta elección: pues no comenzó con el mundo, antes es más antigua que el mundo, pues corre a la pareja con Dios, el cual así como es *ab aeterno*, así *ab aeterno* amó a sus escogidos, y desde entonces los tuvo y tiene

delante, y los mira con ojos paternales y amorosos, estando siempre determinado de hacerles un tan grande bien.

Mira otrosí la singularidad de esta merced, pues entre tanta infinidad de bárbaras naciones y condenados, quiso Él que te cupiese a ti esta suerte tan dichosa en el número de los escogidos; y así te apartó y entresacó de aquella masa dañada del género humano por el pecado, e hizo pan de ángeles lo que era levadura de corrupción. En esta circunstancia hay poco que se deba escribir, pero mucho que se pueda sentir y considerar, para saber agradecer al Señor la singularidad de este beneficio, tanto mayor cuanto es menor el número de los escogidos, y mayor el de los perdidos, que, como dice Salomón (Ecl. 1, 15), es infinito. Y si nada de esto te moviere, muévate a lo menos la grandeza de las expensas que este soberano elector determinó hacer en esta demanda, que fué gastar en ella la vida y sangre de su unigénito Hijo, el cual *ab aeterno* determinó enviar al mundo para que fuese el ejecutor de esta divina determinación.

Aprecio en que debemos tenerla.

Pues siendo esto así, ¿qué tiempo bastará para pensar tantas misericordias? ¿Qué lengua para manifestarlas? ¿Qué corazón para sentirlas? ¿Qué servicios para pagarlas? ¿Con qué amor responderá el hombre a este amor eterno de Dios? ¿Quién aguardará a amar en la vejez a aquel que le amó desde la eternidad? ¿Quién trocará este amigo por otro cualquier amigo? Porque si en la Escritura divina es tan preciado el amigo antiguo, ¿cuánto más lo será el eterno? Y si por ningún amigo nuevo se debe trocar el viejo, ¿quién trocará la posesión y gracia de este amador tan antiguo por todos los amigos del mundo? Y si la posesión de tiempo inmemorial da derecho a quien no lo tiene, ¿qué hará la de la eternidad a quien nos tiene poseídos por título de esta amistad, para que así nos tengamos por suyos?

Alegría con que miraríamos a un predestinado.

Pues, según esto, ¿qué bienes hay en el mundo que se deban trocar por este bien? ¿Y qué males que no se deban padecer alegremente por él? ¿Qué hombre habría tan desalmado que, si supiese por revelación de Dios de un pobre mendigo que pasa por la calle que estaba así predestinado, que no besase la tierra que él hollase? ¿Que no se fuese en pos de él y, puesto de rodillas, no le diese mil bendiciones y le dijese: ¡Oh, dichoso tú; oh, bienaventurado tú! ¿Es posible que tú seas de aquel felicísimo número de los escogidos?

¿Es posible que tú hayas de ver a Dios en su misma hermosura? ¿Tú has de ser compañero y hermano de todos los escogidos? ¿Tú has de estar entre los coros de los ángeles? ¿Tú has de gozar de aquella música celestial? ¿Tú has de reinar en los siglos de los siglos? ¿Tú has de ver la cara resplandeciente de Cristo y de su santísima Madre?

¡Oh bienaventurado el día en que naciste, y mucho más aquel en que morirás, pues entonces para siempre vivirás! ¡Bienaventurado el pan que comes y la tierra que huellas, pues tiene sobre sí un tan incomparable tesoro; y mucho más bienaventurados los trabajos que padeces, y las menguas que sufres, pues ésas te abren camino para el descanso de la eternidad! Porque ¿qué nublado habrá tan triste, qué tribulación tan grave, que no se deshaga con las prendas de esta esperanza?

Con estos ojos, pues, miraríamos a un predestinado, si conociésemos que lo es. Porque si cuando pasa un príncipe heredero de un gran reino por la calle salen todos a mirarle, maravillándose de la suerte tan dichosa, según el juicio del mundo, que a aquel mozo le cupo naciendo heredero de un gran reino, ¿cuánto más será para maravillar esta tan dichosa suerte, que es nacer un hombre ante todo merecimiento escogido, no para ser rey temporal de la tierra, sino para reinar eternamente en el cielo?

Nadie se debe tener por excluído de este beneficio

Por aquí, pues, podrás ver, hermano, la obligación que tienen los escogidos al Señor por este tan grande beneficio, del cual ninguno se debe tener por excluído, si quiere hacer lo que es de su parte; antes cada uno trabaje, como dice San Pedro (II, 1, 10), por hacer cierta su elección con buenas obras; porque sabemos cierto que el que las hiciere se salvará, y sabemos también que el favor y gracia divinos a nadie faltó jamás, ni faltará. Y con la firmeza de estas dos verdades, continuemos las buenas obras, y así seremos de este número tan glorioso.

CAPITULO XIII

Del misterio de la Santísima Trinidad

I

De la reverencia con que se ha de tratar este misterio.

Para tratar de esta materia conviene primeramente pedir licencia a Nuestro Señor para entrar en este santuario, y también luz para ver lo que está encumbrado sobre todo lo criado, y además de esto, debida reverencia y templanza para tratar de tan gran misterio, el cual más debe ser adorado que escudriñado. Por lo cual dijo Tulio que era cosa peligrosa tratar de Dios, aunque digamos la verdad, si no la decimos con aquel temor y reverencia que conviene a tan grande Majestad. Y el mismo, en otro lugar, dice que de esta materia habemos de tratar pocas cosas, y ésas con temor y reverencia.

En lo cual concuerda con lo que el Apóstol (Rom. 12, 3) nos enseña diciendo que no queramos saber más de lo que nos conviene saber, sino que en esta parte tengamos medida y templanza. Y Salomón (Prov. 25, 16) nos declara el peligro que hay en la destemplanza diciendo: Así como es cosa dañosa comer grande cantidad de miel, así el escudriñador de la Majestad será oprimido de la gloria. No hay cosa más dulce para quien tiene purgado el paladar de su alma, que contemplar aquella infinita hermosura; mas quien quiere pasar los términos de este conocimiento y escudriñar con su razón lo que es incomprensible, podrá cegarse con la grandeza de aquel divino resplandor, como se cegaría el que porfiase a mirar al sol en su misma rueda.

Por donde así como Dios, queriendo hablar con Moisés en el monte Sinaí (Ex. 19, 12-21), le mandó que señalase cierto término adonde el pueblo pudiese llegar sin pasar adelante so pena de muerte, así el hombre debe saber hasta dónde podrá llegar en el conocimiento de Dios, sin querer escudriñar más. El cual término nos declara el Eclesiástico (3, 22) por estas palabras: No quieras saber las cosas que sobrepujan la facultad de tu entendimiento, sino procura pensar siempre en las cosas que Dios te mandó y no seas curioso escudriñador de sus obras, pues muchas de ellas exceden la capacidad de tu entendimiento.

Comparación de San Juan Crisóstomo.

Lo cual nos aconseja San Juan Crisóstomo, haciendo comparación de la generación temporal de Cristo con la eterna, por este discurso: Si no podemos comprender, dice él, de la manera que el cuerpo humano se forma en las entrañas de la madre, ¿cómo sabremos de la manera que el Espíritu Santo con sola su virtud formó el cuerpo del Salvador en las entrañas de la Virgen?

Por tanto, avergüéncense y confúndanse los que con atrevida curiosidad quieren escudriñar aquella eterna generación del Hijo de Dios, porque si no puede nuestro ingenio alcanzar ésta, ¿qué locura será pensar que nadie pueda alcanzar con el entendimiento y declarar con palabras aquella inefable generación? Por tanto, conténtate, hombre, con la simplicidad de la fe, y no quieras inquirir lo que Dios quiso que estuviese secreto. Esta es, pues, hermano, la templanza con que habemos de tratar este misterio.

De cómo las Sagradas Escrituras enseñan este misterio.

Mas porque estamos obligados a creer explícita y distintamente los artículos de la fe, entre los cuales éste es el más principal, por tanto, nos conviene aquí tratar de él, mas esto con la templanza y reverencia que habemos dicho. Para lo cual, dejadas aparte para los teólogos las sutilezas de este misterio, me pareció tratar tres cosas. La primera, señalar los lugares de la santa Escritura que de él hablan. La segunda, declarar de la manera que habemos de concebir este misterio, para que no concibamos alguna cosa material e indigna de la Majestad divina. La tercera será, dejando las razones que algunos doctores traen para fundar la fe de este misterio, mostrar que no es argumento bastante contra esta verdad no alcanzarla nuestra razón, pues el misterio es tan alto, y la razón humana tan ratera y baja para alcanzar cosas tan altas.

Y cuanto a lo primero, habéis de saber que este artículo de la fe de la Santísima Trinidad fué necesario declararse más distintamente en el Nuevo Testamento que en el Viejo, por causa del misterio de la Encarnación, en el cual confesamos el Hijo de Dios haber encarnado y sido concebido en las entrañas de una virgen por virtud del Espíritu Santo; lo cual no se podía entender, sino entendido este sacramento de las tres Personas divinas. Mas en el Viejo no había esta necesidad, y corría peligro que aquella gente ruda, no entendiendo la alteza de este misterio, creyese que había muchos dioses, y así tomase de aquí ocasión para su idolatría, a la cual aquel pueblo era muy inclinado.

Mas en el Nuevo Testamento, este artículo de nuestra fe está en muchos lugares declarado. Y así dice San Juan (I, 5, 7): Tres son los que dan testimonio en el cielo, el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son una misma cosa. Y el Salvador, enviando sus discípulos a predicar el Evangelio por todo el mundo, les dijo (Mt. 28, 19): Id y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Dejo otras muchas autoridades, porque bastan éstas. Y pues, como arriba alegamos, nos es mandado creer todo lo que el Mesías nos dijere de parte de Dios, y Él nos reveló este sacramento, esto basta para lo creer.

II

De la manera de concebir este divino misterio.

Para lo cual es de saber que en Dios nuestro Señor, con ser Él una simplicísima substancia, hay muchas cosas que no podemos en esta vida saber. Porque, como aquí no le conocemos en sí mismo, sino en sus obras, una de las cuales es la fábrica de este mundo, no podemos por esta obra conocer de Él más de lo que ella nos representa, que es la grandeza del saber con que la trazó, y del poder con que la crió, y de la bondad con que proveyó a sus criaturas de todo lo necesario para su conservación y multiplicación.

Mas por cuanto estas obras criadas no igualan ni declaran toda su grandeza, de aquí es que no entendemos por ellas más de lo que ellas nos descubren: como si nos mostrasen una imagen perfectísimamente obrada, conoceríamos por ella el ingenio y arte del que la pintó; mas la condición que tiene, las más artes que sabe, con lo demás que hay en Él, no lo conoceríamos, porque nada de esto dice la pintura.

Unidad de esencia en Dios y trinidad de Personas.

Pues, entre estas cosas que no sabemos de nuestro Dios, una es el misterio de la Santísima Trinidad, esto es, que en aquella simplicísima Substancia hay distinción de Personas, que son Padre, Hijo y Espíritu Santo, que, con ser tres Personas, son un solo Dios, porque es una naturaleza y esencia que está en todas ellas. Esto es cosa propia y singular de Dios, en la cual se diferencia de todas las criaturas racionales e intelectuales, que son hombres y ángeles, porque en éstos, donde hay una substancia, hay una sola persona; mas en aquella altísima naturaleza hay esta singularidad y exce-

lencia, que siendo la esencia una, las Personas sean tres.

Pues esta distinción de Personas con unidad de esencia, que es el misterio de la Santísima Trinidad, no se alcanza por la fábrica de las cosas criadas; mas tuvo por bien la misericordia de nuestro Dios revelarnos este gran secreto en la ley de gracia, donde son más crecidas y largas las mercedes de su gracia, para más clara inteligencia del misterio de la Encarnación, como ya dijimos.

El fundamento de nuestra fe. El fundamento que la fe católica tiene para confesar tres Personas y no ser más que una la esencia y substancia en todas tres, es hallar en las Escrituras santas que el Padre es Dios, y el Hijo es Dios, y el Espíritu Santo es Dios; mas que no son tres dioses, sino un solo Dios.

Porque ser tres dioses es totalmente imposible. Porque si son tres dioses, ha de ser habiendo alguna diferencia entre ellos. Y esto no puede ser sino habiendo alguna perfección en uno que no haya en el otro, y ese a quien faltare esta perfección no puede ser Dios, porque Dios es infinitamente perfecto, y ha de tener en sí todas las perfecciones que se pueden imaginar. Porque, como todos confiesan, Dios es una cosa tan grande y tan perfecta, que no se puede imaginar ni pensar otra mayor ni mejor.

Por donde se concluye que es imposible ser muchos dioses siendo un solo Dios. Y aunque las Personas divinas sean tres y cada una de ellas sea verdadero Dios, no por eso son tres dioses, sino uno solo, por ser, como dijimos, una sola la divinidad en todas tres.

Dios es infinitamente comunicativo. Y aunque algunos doctores, y especialmente Ricardo de San Víctor, en un libro que escribió de este misterio, traigan muchas razones y conveniencias para casar la razón con la fe de Él, mas yo aquí no trato de convencer el entendimiento con razón, sino de humillarle con su bajeza, para que no presuma con su corto entendimiento entrar en este abismo tan profundo. El cual nos representa aquel místico río que vió el profeta Ezequiel, del cual una parte era tan profunda que no se podía vadear.

Mas todavía para consolación vuestra os quiero brevemente declarar una de las grandes conveniencias que hay para creer este misterio. Para lo cual os debéis acordar de lo que ya muchas veces habemos tratado, que es ser Dios infinitamente bueno. Y siendo infinitamente bueno, ha de ser infinitamente comunicativo, porque, como, según doctrina muy celebrada de San Dionisio y de todos, la natu-

raleza del bien sea comunicarse a otros, donde ponemos infinita bondad, habemos de poner infinita comunicación, y ésta no ha lugar sino comunicando Dios su misma divinidad y esencia. Porque todo cuanto ha comunicado a todos los ángeles del cielo y a todas criaturas de este mundo, es cosa limitada y finita y como nada en comparación de la comunicación de su misma divinidad y esencia, y así no corresponde perfectamente a la infinita bondad de este soberano Señor.

Pues de este fundamento tan sólido concluímos la procesión de las divinas Personas. Porque el Padre Eterno comunica a su amantísimo Hijo su misma divinidad y esencia, y el Padre, juntamente con el Hijo, las comunica al Espíritu Santo. Y de esta manera, ni hacemos a Dios solitario, ni escaso, ni estéril, que es cosa ajena de Dios, como Él lo declaró por Isaías (66, 9), diciendo: Yo, que doy facultad a los otros para engendrar, ¿por ventura me quedaré estéril? Así que de esta manera engrandecemos la bondad de Dios y excluímos la esterilidad y soledad.

Mas, volviendo a la explicación de este misterio, quiero advertiros que cuando oímos estas palabras, Hijo, Padre y generación, no entendamos alguna cosa material.

Será razón avisar que en toda esta procesión de las Personas divinas no interviene cosa corporal, porque como Dios sea un espíritu purísimo sin composición ni mezcla de otra cosa, porque no hay en Dios otra cosa más que Dios, no hay en este tal espíritu más que entendimiento y voluntad, y así todo cuanto Él ha obrado y obra en este mundo es con sólo entender y querer, y con su divino entendimiento trazó este tan grande y tan hermoso mundo, y con su voluntad quiso criarlo, y en ese punto fué criado.

De la Persona del Padre. Dícese Padre, así porque es padre de Nuestro Señor Jesucristo, como porque es padre por gracia de todos los fieles, como dijo el Señor (Jn. 1, 12): Dió poder Dios para ser hijos de Dios a todos los que creen en su nombre.

Engendró a Cristo natural Hijo suyo eternamente, de una manera que no se puede decir ni entender; de su substancia, sólo de sí mismo y por sí mismo, sin ayuda ni compañía de otra cosa alguna. Y así lo engendró de su substancia, que no dió parte de ella, mas toda su substancia le comunicó. Asimismo, de tal manera lo engendró, que no lo hizo otro Dios, ni quedaron dos dioses el Padre y el Hijo, ni el que engendró era primero en tiempo que el engendrado; mas como ambos son un solo Dios, así la misma eternidad es del Padre y del Hijo.

A los fieles que creen engendró el mismo Padre, o por mejor decir, siendo primero nacidos desdichadamente de Adán, los tornó otra vez a engendrar, no de su substancia, como a su único Hijo natural, mas por la simiente espiritual, que es la palabra de la verdad, quiere decir, por el mismo Hijo suyo natural, verbo de Dios, palabra eterna y verdadera. Item por el Evangelio y por los sacramentos, mediante la fe viva y la virtud del Espíritu Santo, como declaran los santos apóstoles San Pedro y San Juan (I Pedr. 1, 5; Jn. 1, 17; I Jn. 3, 1; II Pedr. 1, 4; ad Tit. 1, 1); no por merecimientos de ellos, sino por su grande misericordia y por su eterna determinación, como dice el apóstol San Pedro (I, 1, 3): Bendito sea Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que, según su inmensa misericordia, nos engendró otra vez a esperanza viva y herencia perpetua en los cielos.

Y engendrándolos de esta manera, no los hizo de su substancia, mas participantes y compañeros de su naturaleza; quiero decir, de su inmortalidad y claridad y gloria sempiterna, y herederos de la vida eterna, para que la participen y gocen de ella, así como la goza Él, aunque cada uno en su grado.

Y aunque la primera manera de generación convenga sólo a la primera Persona de la Trinidad, a quien por excelencia llamamos Padre; mas esta segunda manera de paternidad espiritual no menos conviene al Hijo y el Espíritu Santo que al mismo Padre. Y así, el profeta Isaías (9, 6), hablando del Hijo de Dios, le llama padre del siglo que está por venir, y al Espíritu Santo llama la Iglesia padre de los pobres.

De la segunda persona de la Santísima Trinidad, Hijo, Verbo e imagen del Padre.

Pues así como creemos que Dios obra todas las cosas con sólo entendimiento y voluntad, así hemos de creer que en esta procesión de las divinas Personas no interviene más que entendimiento y voluntad. Y así, el Padre Eterno con su divino entendimiento engendra y produce la Persona del Hijo, al cual comunica su misma naturaleza y substancia.

El cual se dice Hijo único de Dios, a diferencia de los otros hombres santos, los cuales también se llaman y son hijos de Dios, como arriba dijimos; pero éstos son prohijados por pura liberalidad y gracia de Dios Padre y por el beneficio de aquel Hijo único Jesucristo. Mas este Jesucristo es natural Hijo de Dios, sólo engendrado de su Padre eternalmente, sólo consubstancial, sólo igual al Padre, sólo coeterno, resplandor de la gloria del Padre, imagen viva de su substancia, que todas las cosas sustenta y rige

con la palabra de su virtud, a quien constituyó el Padre por heredero de todas las cosas, por quien hizo el mundo, de quien y en quien siempre tuvo contentamiento, como enseñan los santos apóstoles y evangelistas (Hebr. 1, 2; Col. 1, 15; Jn. 1, 3; Mt. 3, 17).

Este Hijo, por otro nombre se llama Verbo o Palabra del Padre, y llámase también imagen suya, cada uno de los cuales nombres representa alguna cosa de esta divina generación. Porque Hijo se llama para dar a entender que es de la substancia del Padre y así es Dios como el mismo Padre. Y llámase Palabra, para dar a entender que esta generación, aunque es substancial, no es material, sino espiritual, porque es por vía de entendimiento, como ya dijimos.

Y llámase imagen y figura de su substancia, porque representa todo lo que hay en la substancia del Padre, así como contiene todo lo que hay en ella. Porque así como la imagen impresa en la cera con un sello tiene todo lo que tiene el mismo sello, excepto que la imagen procede del sello, mas no el sello de la imagen, así todo lo que hay en el Hijo hay en el Padre, excepto que el Hijo procede del Padre, mas no el Padre del Hijo.

De la tercera Persona de la Santísima Trinidad, amor del Padre y del Hijo.

Y el Padre y el Hijo, amándose infinitamente con la voluntad, producen la Persona del Espíritu Santo, el cual esencialmente es amor, según aquello de San Juan (I, 4, 8), que dice: Dios es caridad y amor, y quien está en caridad está en Dios.

Y si preguntáis por qué llamamos a esta tercera Persona Espíritu Santo, pues que cada una de ellas es espíritu, a esto se responde que no le llamamos Espíritu Santo por esta razón, porque ya se tiene por sabido que estas Personas son espíritu y que la naturaleza divina no es cosa corporal, sino espiritual; sino llamámosle Espíritu Santo por la manera de su producción.

Porque, así como a la segunda Persona llamamos Hijo por ser engendrado, así a la tercera llamamos Espíritu, por ser aspirado; o por otra razón más evidente y más clara para los que no están ejercitados en estudios de letras, y es, por la obra que le atribuímos que en nosotros hace, que es inspirar en nosotros, o, para hablar más claro, darnos vida espiritual. Porque si vivimos espiritualmente en la vida que Dios quiere que vivamos, que es en su amor y gracia, es por un aliento y un espíritu de vida que del Santo Espíritu nos viene.

Diferencia de este misterio al de la Encarnación.

Y así no ponemos en este misterio más que dos emanaciones, una por vía del entendimiento, por la cual procede el Hijo, y otra por la vía de la voluntad, por la cual procede el Espíritu Santo.

De esta manera confesamos y adoramos tres Personas y una sola naturaleza y substancia, que es común a todas tres. En lo cual veréis la diferencia que hay de este divinísimo misterio al de la santa Encarnación del Hijo de Dios. Porque aquí hallamos distinción de tres substancias juntas en una sola Persona de Cristo, que son carne, alma y Verbo divino; mas allí, por el contrario, en una sola substancia adoramos tres Personas divinas, que son Padre, Hijo y Espíritu Santo. Allí las substancias son tres y la Persona una, aquí la substancia es una y las Personas tres. Y en lo uno y en lo otro resplandece la alteza de aquella soberana Majestad, que sobrepuja la capacidad de todos los entendimientos.

III

De algunas semejanzas de este divino misterio con las criaturas.

Imposible es hallar en todas las cosas criadas cosa que perfectamente represente lo que hay en el Criador. Porque como sea infinita la distancia que hay entre las criaturas y Él, no puede haber en ellas ejemplos que del todo cuadren y representen lo que hay en Él. Mas con todo eso, para ayuda de nuestra rudeza ponen los doctores algunas semejanzas, aunque muy imperfectas, de este misterio.

a) *El hombre entendiéndose y amándose.*—Entre las cuales una es la del hombre, cuando entiende y ama a sí mismo. Para lo cual tomemos por ejemplo un hombre aventajado en sabiduría sobre los otros hombres, como fué Salomón, a quien Dios otorgó tan grande saber y prudencia y tan grande corazón, que lo compara la Escritura con las arenas de la mar (III Rey. 4, 29).

Pónese, pues, este hombre a considerar a sí mismo con todas estas excelencias que de Dios recibió, y considerando esto, produce en su entendimiento un Salomón inteligible, que es un concepto y una como imagen que representa todo lo que hay en Salomón. Y como esta perfección así representada sea tan excelente, síguese luego amor de cosa tan digna de ser amada.

Pues en esta inteligencia tenemos tres cosas: la prime-

ra es Salomón, que conoce su perfección; la segunda es el concepto que dentro de su entendimiento forma de ella, y la tercera, el amor que de este conocimiento procede. Pues esto mismo confesamos en aquella altísima emanación de las Personas divinas. Mas todavía hay muchas diferencias de lo uno a lo otro, especialmente ésta, que en el hombre este concepto y amor de sí mismo son accidentes, mas en Dios no son accidentes, sino substancia, y no otra que la del mismo Dios.

b) *El hombre ante el espejo.*—Ni se debe nadie espantar de lo que aquí decimos, conviene a saber, que el Padre Eterno, entendiendo a sí mismo, engendra y produce la Persona del Hijo, pues cada día vemos una cosa en algo semejante a ésta, y es que mirándose una persona en un espejo, produce en él una imagen que representa perfectamente su propia figura.

Pues luego, ¿qué maravilla es que aquel Padre soberano, cuya virtud y poder es infinito, mirando a sí mismo produzca dentro de sí la imagen perfectísima de su Hijo? Sino que la diferencia está en que aquella imagen del espejo es accidente, mas ésta es Persona subsistente que por sí tiene su ser. Mas en esto también corre la comparación que si siempre estuviese una persona mirándose al espejo, siempre estaría produciendo aquella figura; y así, porque el Padre celestial está siempre mirando su divina esencia, siempre está produciendo la Persona del Hijo.

Y es cosa tan propia de Dios estar siempre contemplando su infinita esencia y hermosura, que dice Aristóteles que ninguna cosa hay proporcionada y adecuada al entendimiento divino sino la gloria de su divinidad y esencia, y que sería contra la dignidad de aquella altísima Substancia abajarse a entender otra cosa más que a sí misma. Lo cual glosa Santo Tomás diciendo que no por eso deja de entender y conocer todas las otras cosas inferiores, porque en su misma esencia, como en un espejo universal y purísimo, las ve todas.

c) *El alma y sus potencias.*—Otra semejanza ponen de nuestra alma y de sus potencias, que son memoria, entendimiento y voluntad, aplicando la memoria, en la cual está el depósito de todas las ciencias, al Padre, en quien están todas las riquezas de la divinidad (Col. 2, 3), y el entendimiento al Hijo, el cual, como dijimos, es producido por el entendimiento del Padre, y la voluntad, que es la potencia con que amamos, al Espíritu Santo, que procede de la voluntad del Padre y del Hijo juntamente. Y estas tres potencias del alma no son tres almas, sino una sola.

d) *El sol, la luz y el calor.*—También se pone aquí otro común ejemplo del sol, que es la más excelente de las

criaturas corporales, y así en muchas cosas tiene semejanza con su Criador, como arriba dijimos.

Pues en el sol vemos tres cosas, que son el mismo sol, y la luz que nace de él, y el calor que procede de ambos. Por lo cual el Apóstol (Hebr. 1, 3) llama al Hijo de Dios resplandor de la gloria del Padre. Y el Sabio (Sab. 7, 26) lo llama blancura de la luz eterna y espejo sin mácula de la Majestad de Dios.

Donde también es de notar que así como el sol sin jamás cesar produce la luz, y el uno y el otro al calor, así el Padre Eterno siempre está produciendo la luz eterna de su Hijo, y ambos juntos al Espíritu Santo. Y así como si el sol fuera eterno, juntamente fuera eterna la luz que de él procediera, y el calor de ambos, así por cuanto el Padre es *ab aeterno*, así el Hijo y el Espíritu Santo son *ab aeterno*, de modo que no hay aquí primero ni postrero, sino todas las Personas divinas abrazan una misma eternidad.

Esta es una comparación tomada de esta excelentísima criatura; mas todavía desfallece la verdad, porque así la luz como el calor son accidentes, que no tienen ser por sí, mas las Personas divinas tienen su propio y perfecto ser.

IV

De la bajeza de nuestro entendimiento y de la soberanía de la altísima Substancia.

Es tan corto el saber del hombre, y tan limitados los términos de su entendimiento, que vinieron a decir los filósofos que la mayor parte de lo que sabemos es la menor de lo que no sabemos. Esto es, que todo aquello a do puede llegar la vista del entendimiento humano, es muy pequeña parte en comparación de lo que le queda por saber.

Y está clara la razón, porque nuestro entendimiento, encerrado en la cárcel de este cuerpo, no puede entender sino lo que alcanza por relación de estos sentidos corporales y por lo que de éstos se puede seguir. De modo que no se extiende al conocimiento de las cosas espirituales, que son mucho más excelentes, si no es por algunas conjeturas y discursos.

Y de aquí procedió aquella tan celebrada sentencia de Aristóteles, el cual dice que así sea nuestro entendimiento para entender las cosas altísimas y clarísimas de naturaleza como los ojos de la lechuza para ver el sol. Y de aquí es que siendo Dios la cosa más inteligible del mundo, por la perfección y constancia de su ser, es la que menos entendemos. Por lo cual dijo muy bien un filósofo que así

como ninguna cosa hay más visible que el sol, y ninguna que menos se pueda ver, porque el resplandor de sus rayos reverbera nuestra vista, así ninguna cosa hay que de suyo sea más inteligible que Dios, y ninguna que menos se entienda por la alteza de su ser.

Sabia respuesta de un filósofo.

Y a este propósito hace lo que Tulio refiere en los *Libros de la naturaleza de los dioses;* donde dice que preguntando Hierón, rey de Sicilia, a un filósofo, llamado Simónides, qué cosa era Dios, pidió el filósofo plazo de un día para responder. Y como pasado este día le pidiese la respuesta, tornó a pedir espacio de dos días. Y como cada vez doblase el espacio de los días que pedía, maravillado el rey de esto y preguntándole por qué lo hacía así, respondió que cuanto más pensaba en Dios, tanto más dificultoso hallaba el conocimiento de Él.

La razón de esta dificultad es que, como ya dijimos, no puede conocer nuestro entendimiento sino lo que entra por la puerta de los sentidos corporales, y por eso no puede entender sino por medio de las imágenes de las cosas corporales que entran en nuestra alma.

Pues como Dios, en cuanto Dios, no tenga cuerpo, por ser espíritu purísimo, no hay imagen por la cual nos pueda ser representada su esencia, y por eso no puede ser entendida. Y por la misma causa tampoco puede ser entendida la del ángel, porque también es espíritu, y así no hay imagen con que pueda representarse a nuestro entendimiento.

¿Qué más diré? Que hasta hoy ningún filósofo ha podido entender la esencia de nuestras almas, con cuya virtud vivimos, y nos movemos, y usamos de todos los sentidos, y disponemos y ordenamos todas las cosas, y experimentando todos los efectos de ella, no podemos conocer su esencia y substancia, porque también es espíritu, como el ángel.

Pues si esto que traemos entre las manos no alcanzamos, ¿qué locura es pensar de alcanzar la manera del ser altísimo de aquella espiritualísima Substancia, y no creer que hay en ella lo que nuestra flaca razón no alcanza?

Mas ¿qué digo yo alcanzar a Dios, como sea verdad que la mayor parte de sus obras no conocemos perfectamente? Por lo cual dijo Salomón (Ecl. 11, 4): Entendí que no puede el hombre alcanzar la razón de todas las obras de Dios que se hacen en este mundo. Y cuanto más trabajare por alcanzarlas, tanto menos las alcanzará, y aunque el sabio diga que las entenderá, no saldrá con lo que promete. Esto dice Salomón por razón de la imperfección de nuestro conocimiento, el cual no puede ser perfecto, pues,

como los filósofos diçen, no conocemos las diferencias y esencias de las cosas.

Pues si estas cosas tan palpables y tan cotidianas no alcanzamos, ¿cómo presumimos alcanzar al Criador de ellas, cuyo ser está infinitamente levantado sobre todas ellas?

Mas ¿qué digo las obras de Dios, pues apenas sabemos las de los hombres? Si mostraren una pieza de seda o de carmesí a quien nunca la vió y le preguntaren cómo se pudo hacer aquella obra tan hermosa de las babas de unos gusanillos, ¿qué responderá? Y si os mostraren un hermoso vaso de vidrio rajado y os preguntaren cómo se pudo aquella pieza hacer de una hierba y de arena, y esto con solo un soplo, si nunca vistes horno de vidrio, ¿qué diríais? Y aun si preguntare al más sabio de los hombres cómo hacen las abejas su miel y su cera y sus vasos, donde guarden su miel, no me sabrá responder.

Pues ¿cómo quiere un hombrecillo tan ignorante, que no alcanza lo que sabe hacer un animalillo tan pequeño, subir sobre todos los cielos y comprender con su razón la manera de aquel altísimo y soberano ser?

Pues ¿qué resta aquí sino decir con aquel Sabio (Sab. 9, 16): Dificultosamente alcanzamos, Señor, las cosas que están en la tierra, y con trabajo llegamos a entender las cosas que tenemos ante los ojos? Pues ¿quién alcanzará las cosas que están en el cielo?

La grandeza de este misterio es uno de los motivos para ser creído.

Todo lo que hasta aquí se ha dicho sirve para humillar nuestro entendimiento y para que no digamos que no puede ser lo que nosotros no podemos entender, pues son tantas otras cosas mucho menores y que traemos entre las manos que no entendemos. Antes quiero ahora concluir que eso que los infieles tienen por tropiezo para no creer esta verdad, es una de las principales causas por donde ella debe ser creída.

Porque ¿qué cosa hay más conforme a razón que sentir altísimamente del que es altísimo y atribuirle el más alto y mejor ser de cuantos nuestro entendimiento puede alcanzar? Y cuando hubiéremos alcanzado de Él cosas muy altas, creamos que hay otras infinitas que no podemos entender. Porque pequeño Dios fuera el que nuestro flaco entendimiento pudiera abarcar y comprender, y así no fuera Dios, porque no lo puede ser sino siendo infinito, y lo que es infinito, está claro ser incomprensible. Así que el no entender nosotros la alteza de este misterio, tiene rastro y olor de ser cosa de Dios, pues por ser, como decimos infinito, necesariamente ha de ser incomprensible.

He dicho esto, hermano, tan por extenso, porque en esta tan alta materia de la Santísima Trinidad parecióme, como arriba dije, que lo que principalmente debía tratarse era humillar al hombre y darle a conocer su poco saber, para que no quisiese con sus ojos legañosos mirar al sol de hito en hito, esto es, para que no se atreviese con su entendimiento tan ratero a escudriñar este misterio, pues no nos mandan que lo entendamos, sino que lo creamos.

V.

De las obras que a las tres divinas Personas se atribuyen.

Al Padre, la creación y el poder.—Al Padre se atribuye la creación y el poder, no porque el poder y la creación no sea de toda la Trinidad, sino porque la Persona del Padre es la primera, y de ninguna es producida, y ella es principio de la producción de las otras.

Al Hijo, la redención y salvación.—La obra de nuestra redención principalmente es de la Trinidad toda, porque de consejo y de voluntad de todas tres Personas vino el Hijo al mundo y se hizo hombre, y hecho hombre murió por nosotros y satisfizo por nuestras culpas, y fué sacrificio para que la Trinidad Santísima quedase aplacada y satisfecha, y así nos recibiese en su amor y gracia. Mas porque sólo el Hijo es el que encarnó, y sólo Él fué el sacrificio y la causa meritoria de este perdón y de esta gracia, por esta manera se le atribuye particularmente nuestra redención y salvación.

Al Espíritu Santo, la bondad y el amor.—Y porque tener verdadero conocimiento y fe de las cosas que el Hijo hizo por nosotros, y de lo que nos dejó dicho y mandado, y tener aquel amor, aquella limpieza y bondad que debemos, no es cosa de nuestras fuerzas, las cuales no bastan para esto, por eso atribuímos todo esto a Dios, y particularmente al Espíritu Santo, a quien entre las personas divinas se atribuye la bondad y el amor, porque de estas fuentes nace querer Él tomar este cargo de hacernos buenos y entender en nuestra santificación.

Y así decimos que nuestra redención por primera y principal autoridad es de la Trinidad Santísima. Y por haber el Hijo muerto por nosotros, es de Cristo nuestro redentor, como de medianero, y sacrificio, y merecedor de este bien. Y por alumbrarnos para conocer todo esto y darnos fuerzas para agradecerlo y servirle, decimos que todo nuestro bien y espiritual vida depende de los dones del Espíritu Santo.

II.--DE LA CREACION Y DE SUS MARAVILLAS

CAPITULO XIV

De cómo creó Dios el mundo

Lo que hasta aquí se ha dicho es lo que las santas Escrituras nos predican de la inmensidad y grandeza de nuestro Creador. Ahora procederemos en esta misma materia por las obras que en este mundo tiene hechas, así por las que Él en la santa Escritura nos tiene reveladas, como por las que se alcanzan por la lumbre de la razón, porque éstas dan claro testimonio de la grandeza de su autor.

Mas antes que descendamos a estas obras señalaré aquí una principal diferencia, entre otras muchas, que hay entre el Creador y sus criaturas. Y ésta es que todas las criaturas tienen sus límites y términos hasta donde se extiende su naturaleza y virtud. De modo que tienen el ser limitado, y así el poder, y el saber, y la virtud, y todas las otras facultades que se siguen de este ser; y este límite es conforme a la medida que el Creador quiso repartir a sus criaturas, dando a unas más y a otras menos, según plugo a su divina voluntad.

Mas Él, como no tuvo superior que lo criase, así tampoco tuvo quien le limitase el ser, o el poder, o el saber, o la bondad, o la felicidad, o cualquiera de las otras perfecciones suyas. Y por esto, así como carece de límite y de término, así en todo y por todo es infinito. De manera que su ser es infinito, y su hermosura, su gloria, sus riquezas, su misericordia, su justicia y todas sus perfecciones son infinitas. Y por eso es en sí mismo incomprensible e inefable, cuya grandeza ninguna criatura criada ni por criar puede comprender, porque sólo Él perfectamente se conoce y se comprende.

Tenemos para esto un ejemplo muy acomodado en los reyes de la tierra, los cuales en su reino reparten los cargos y oficios a diversas personas como les parece, limitando a cada uno la jurisdicción de que puede usar sin perjuicio de la ajena. Mas el rey que limita estas jurisdicciones, tiene suprema y universal jurisdicción en todo su reino, sin reconocer superior. Y por eso no se le pued

señalar ni tasar jurisdicción y facultad alguna tan grande, que no se extienda ella a más y más, sin término ni medida. Y esta manera de jurisdicción se llama infinita en este sentido, que no le podéis señalar término alguno en que no pueda pasar adelante en materia de lícita jurisdicción.

Pues por este ejemplo entenderemos fácilmente lo que está dicho, haciendo comparación del Creador a sus criaturas como del rey a sus oficiales. Verdad es que en esto falta la comparación, porque la jurisdicción del rey es en cierta manera infinita, según declaramos, mas la del Creador es plenariamente y en todas las maneras infinita.

Lo cual aun se prueba por otra razón. Porque, según la común sentencia de filósofos y teólogos, Dios es una cosa tan grande, que no sólo no puede haber otra mayor, mas ni se puede pensar mayor. Pues como sea mayor cosa ser las perfecciones infinitas que finitas y limitadas, si las perfecciones de Dios fuesen de esta manera limitadas, ya podríamos pensar otras perfecciones mayores que las suyas, lo cual es imposible por la sentencia susodicha, que es ser Dios una cosa tan grande, que no se puede pensar otra mayor.

Mi nombre es «admirable».

Mas antes que entremos en este santuario, donde se han de explicar cosas tan grandes, tomaré como por tema y fundamento de ellas aquellas palabras de un ángel, que representaba la persona de Dios, el cual, siendo preguntado por el padre de Sansón cómo se llamaba, respondió (Jue. 13, 18): ¿Por qué preguntas por mi nombre, que es «admirable»?

Esta es una palabra que viene tan propia a la grandeza de Dios y de todas sus obras, que ninguna hay tan pequeña que, si bien se considera, no suspenda nuestras almas en la admiración de su Hacedor y no nos haga decir: ¿Por qué preguntas por mi nombre, que es «admirable»?

Tulio, grande orador, dice que no se ha de hacer caso de la elocuencia que no llega a poner en admiración a los oyentes. Pues si el ingenio humano, ayudado de solo estudio y diligencia humana, puede llegar a hacer un razonamiento tan perfecto y acabado que ponga en admiración a cuantos lo oyeron, ¿qué se debe presumir de las obras trazadas y fabricadas por aquella infinita Sabiduría, en cuya comparación toda la sabiduría de los querubines es ignorancia, especialmente en las obras mayores de que aquí comenzaremos a tratar? De las cuales quien no se espanta y no queda como atónito considerándolas, es porque totalmente no las entiende, porque la majestad y resplandor de ellas le ciegan la vista.

Moisés repartió en seis días la obra total de la creación.

Comenzando, pues, por la obra de la creación, digo que, aunque fuese verdad lo que dice San Agustín, y parece sentir el Eclesiástico, que Dios creó toda esta grande fábrica del mundo con todo lo que hay en él juntamente, mas con todo eso, con sumo y divino consejo repartió Moisés las obras de la creación en seis días.

Porque como sea verdad que Dios crió todas las cosas por amor de sí mismo, esto es, para manifestación de la grandeza de sus perfecciones, no pudiera nuestro entendimiento abarcar cosa tan grande y que tantas y tan grandes cosas comprendía como todo este mundo, y así desfalleciera con la consideración de tantas y tan grandes cosas juntas. Y por eso la repartió el profeta en muchas partes, mayormente que cada obra de estos seis días por sí es tan grande y tiene tanto que considerar, que cada cual de ellas se podría repartir en muchas otras partes para haberse de considerar perfectamente.

En qué consiste la creación.

También se ha de advertir aquí que crear, hablando propiamente, no es hacer de una cosa otra, porque esto se llama generación, sino es hacer de nada algo. Lo cual es cosa tan propia de Dios, que a ninguna criatura, por perfectísima que sea, puede ser comunicada.

Porque vemos en las mudanzas de las cosas naturales que cuanto es mayor la distancia de un extremo a otro, tanto se requiere mayor virtud para causar esta mudanza. Y así vemos cuánto es más dificultoso mudarse la tierra o el agua en fuego que el aire.

Pues como sea infinita la distancia que hay de no ser a ser, porque no puede imaginarse otra mayor, síguese que sea necesario infinito poder para esta obra, y éste es de sólo Dios, el cual llama las cosas que no son como si realmente fuesen.

Cuál sea nuestro intento.

Pues, conforme a esto, trataremos del mundo y de las principales partes de él, que son cielos y elementos, y después descenderemos a tratar en particular de todos los cuerpos que tienen vida, como son las plantas y los animales, y al cabo trataremos del hombre, que en el sexto y postrero día fué creado.

Y porque el cristiano lector se aproveche mejor de esta doctrina conociendo el blanco a que toda ella tira, sepa que mi intento no es solamente declarar cómo hay un Dios creador y señor de todas las cosas, conforme a lo que al

principio propuse, sino mucho más declarar la providencia divina que resplandece en todas sus criaturas y las perfecciones que andan juntas con ella.

Para lo cual es de saber que entre estas perfecciones, tres son las más celebradas, que son la bondad, la sabiduría y la omnipotencia, que son los tres dedos de que Isaías (40, 12) dice que está colgada la redondez de la tierra.

De estas tres perfecciones, que en Él son una misma cosa, la bondad es la que quiere hacer bien a sus criaturas, y la sabiduría ordena y traza cómo se haya esto de hacer, y la omnipotencia ejecuta y pone por obra lo que la bondad quiere y la sabiduría ordena. Pues estas tres cosas incluye la divina Providencia, la cual, con un piadoso y paternal cuidado y sumo artificio, provee a todas las cosas de lo que les es necesario.

Es, pues, ahora mi intento mostrar cómo en todas las partes, así mayores como menores de este mundo, hasta en el mosquito y la hormiga, resplandecen estas cuatro perfecciones divinas y otras muchas con ellas.

Mas cuán grande sea el fruto de esta consideración, por esta razón se podrá en alguna manera entender. David (Salm. 118, 2) llama bienaventurados a los que escudriñan las palabras de Dios. Pues no menos lo serán los que escudriñan sus obras, cuales son no sólo las de gracia, sino también las de naturaleza, pues todas manan de una misma fuente.

Y si la sabiduría increada promete la vida eterna a los que la esclarecieren (Ecli. 24, 31), ¿qué otra cosa tentamos hacer aquí sino mostrar el artificio de esta suma sabiduría, que en todas las cosas creadas resplandece?

Grande parte de la facultad oratoria es saber notar el artificio de que usa un grande orador en sus oraciones, y no se precia poco San Agustín de haber sabido hacer esto en algunos lugares de San Pablo [1]. Pues ¿cuánto mejor estudio será inquirir y notar el artificio admirable de la divina Sabiduría en la fábrica y gobierno de todas las cosas criadas?

Y si de la reina de Saba se escribe que desfallecía su espíritu considerando la sabiduría de Salomón y las obras que con ella había fabricado, ¿cuánto más desfallecerá el espíritu devoto considerando el artificio de las obras de aquella incomprensible Sabiduría, si supiere penetrar el arte y el consejo con que son hechas?

---

[1] Agust., *De doctrina christiana*, l. IV.

CAPITULO XV

CREÓ DIOS EL FIRMAMENTO, EL SOL, LA LUNA Y LAS ESTRELLAS

Comenzando, pues, por la declaración de la primera de estas tres partes, que es el mundo mayor, la primera cosa y como fundamento de lo que habemos de presuponer, es que cuando aquel magnificentísimo y soberano Señor por su sola bondad determinó criar al hombre en este mundo en el tiempo que a él le plugo, para que conociendo y amando y obedeciendo a su Criador mereciese alcanzar la vida y bienaventuranza del otro, determinó también de proveerle de mantenimiento y de todo lo necesario para la conservación de su vida. Pues para esto crió este mundo visible con todas cuantas cosas hay en él, las cuales todas vemos que sirven al uso y necesidades de la vida humana.

Y así como en cualquier oficina ha de haber dos cosas, conviene a saber, materia de que se hagan las cosas y oficial que las haga e introduzca la forma en la materia, como lo hace el carpintero y cualquier otro oficial, así proveyó el Criador que en esta gran oficina del mundo hubiese estas dos cosas, que son materia de que las cosas se hiciesen y oficiales que las hiciesen.

La materia de que todas las cosas se hacen son los cuatro elementos: tierra, agua, aire y fuego. Los oficiales que de esta materia fabrican todas las cosas son los cielos, con sus planetas y estrellas. Porque dado caso que Dios sea la primera causa que mueve todas las otras causas, pero estos cuerpos, con las inteligencias que los mueven, son los principales instrumentos de que Él se sirve para el gobierno de este mundo inferior, el cual de tal manera pende del movimiento de los cielos, que vienen a decir los filósofos que, si este movimiento parase, todo otro movimiento cesara, de tal manera que no quemaría el fuego un poco de estopa que hallase a par de sí. Porque así como parando la primera rueda de un reloj, luego todas las otras pararían, así cesando el movimiento de los cielos, del cual todos los otros movimientos penden, luego ellos también cesarían.

Preeminencias de los cuerpos celestes. Y porque estos cuerpos celestes son los primeros instrumentos del primer movedor, que es Dios, y tienen tan principal oficio en este mundo, que es ser causa eficiente de todo lo corporal, los aventajó y ennoble-

ció el Criador con grandes preeminencias sobre todo los otros cuerpos.

Porque, primeramente, hízolos incorruptibles e impasibles, con estar siempre en continuo movimiento y junto a la esfera del fuego. De modo que a cabo de tantos mil años como ha que fueron criados, perseveran en la misma entereza y hermosura que tuvieron el día que fueron criados, sin que el tiempo, gastador de todas las cosas, haya menoscabado algo de ellos.

Dióles también lumbre, no sólo para ornamento del mundo, sin la cual todas las cosas estarían obscuras y tristes y sumidas en el abismo de las tinieblas, sino también para el uso de la vida humana, y como dice el Salmo (135, 8): el sol crió para dar lumbre de día, y la luna para la noche. Y porque ella también se ausenta de nuestro hemisferio, crió las estrellas en su lugar, por que nunca el mundo careciese de luz.

Dióles también tanta constancia en sus movimientos, que desde que los crió, nunca han variado un punto de aquella regla y orden que al principio les puso. Siempre el sol sale a su hora, siempre hace con su movimiento los cuatro tiempos del año, y lo mismo hacen todos los otros planetas y estrellas. De donde procede que los que conocen el orden de estos movimientos pronostican de ahí a muchos años los eclipses del sol y de la luna, sin faltar un punto, por ser tan regulares y ordenados estos movimientos.

Por cuyo ejemplo aprenderán todos los que en la Iglesia o en la república cristiana tienen lugar y oficio de cielos y de estrellas, que es de gobernar y regir los otros, cuán regulados y ordenados y cuán constantes han de ser en sus vidas y oficios, para que en los que están a su cargo no haya desorden, si en los que los rigen la hubiere. Porque si la lumbre que ha de esclarecer las tinieblas de los otros se oscureciere, ¿cuáles estarán las mismas tinieblas? Y si un ciego guiare a otro ciego, ¿qué se puede esperar sino caída de ambos?

Pues la grandeza de estos cuerpos es tal, que pone admiración a quien la piensa, y del todo sería increíble si no supiésemos que no hay cosa imposible al que los creó.

Los cielos cantan la gloria del Creador.

Pues la hermosura del cielo, ¿quién la explicará? ¡Cuán agradable es en medio del verano, en una noche serena, ver la luna llena y tan clara, que encubre con su claridad la de todas las estrellas! ¡Cuánto más huelgan los que caminan de noche por el estío con esta lumbrera que con la del sol, aunque sea mayor!

Mas estando ella ausente, ¿qué cosa más hermosa y que más descubra la omnipotencia y hermosura del Criador que el cielo estrellado con tanta variedad y muchedumbre de hermosísimas estrellas, unas muy grandes y resplandecientes, y otras pequeñas, y otras de mediana grandeza, las cuales nadie puede contar, sino sólo aquel que las creó? Mas la costumbre de ver esto tantas veces nos quita la admiración de tan grande hermosura y el motivo que ella nos da para alabar aquel soberano pintor que así supo hermosear aquella tan grande bóveda del cielo.

Si un niño naciese en una cárcel, y creciese en ella hasta edad de veinticinco años sin ver más de lo que estaba dentro de aquellas paredes, y fuese hombre de entendimiento, la primera vez que, salido de aquella oscuridad, viese el cielo estrellado en una noche serena, ciertamente no podría éste dejar de espantarse de tan grande ornamento y hermosura y de tan gran número de estrellas que vería a cualquier parte que volviese los ojos, o hacia oriente u occidente, o a la banda del norte o del mediodía, ni podría dejar de decir: ¿quién pudo esmaltar tan grandes cielos con tantas piedras preciosas y con tantos diamantes tan resplandecientes? ¿Quién pudo criar tan gran número de lumbreras y lámparas para dar luz al mundo? ¿Quién pudo pintar una tan hermosa pradería con tantas diferencias de flores, sino algún hermosísimo y potentísimo hacedor?

Maravillado de esta obra un filósofo gentil, dijo: *Intuere caelum et philosophare*. Quiere decir: mira al cielo, y comienza a filosofar. Que es decir: por la grande variedad y hermosura que ahí verás, conoce y contempla la sabiduría y omnipotencia del autor de esa obra.

Y no menos sabía filosofar en este materia el Profeta cuando decía: Veré, Señor, tus cielos, que son obra de tus manos, la luna y las estrellas que tú formaste (Salm. 8, 4).

Y si es admirable la hermosura de las estrellas, no menos lo es la eficacia que tienen en influir y producir todas las cosas en este mundo inferior, y especialmente el sol, el cual, así como se va desviando de nosotros, que es por la otoñada, todas las frescuras y arboledas quedan estériles y como muertas. Y en dando la vuelta y llegándose a nosotros, luego los campos se visten de otra librea, y los árboles se cubren de flores y hojas, y las aves, que hasta entonces estaban mudas, comienzan a cantar y chirriar, y las vides y los rosales descubren luego yemas y capullos, aparejándose para mostrar la hermosura que dentro de sí tienen encerrada.

Finalmente, es tanta la dependencia que este mundo tiene de las influencias del cielo, que por muy poco espa-

cio que se impida algo de ellas, como acaece en los eclipses del sol y de la luna y en los entrelunios, luego sentimos alteraciones y mudanzas en los cuerpos humanos, mayormente en los más flacos y enfermos.

Del sol y de sus efectos y hermosura. Dicho de los cielos en común, síguese que digamos en particular de los planetas y estrellas que hay en ellos, y primero del más noble, que es el sol. En el cual hay tantas grandezas y maravillas que considerar, que preguntado un gran filósofo, por nombre Anaxágoras, para qué había nacido en este mundo, respondió que para ver el sol, pareciéndole que era bastante causa para esto contemplar lo que Dios obró en esta criatura y lo que obra en este mundo por ella.

Y con todo esto no adoraba este filósofo al sol, ni le tenía por Dios, como otras infinitas gentes; antes dijo que era una gran piedra o cuerpo material muy encendido y resplandeciente. Por lo cual fué condenado en cierta pena por los atenienses, y fuera sentenciado a muerte, si su grande amigo Pericles no le valiera.

Mas con ser esta estrella tan admirable, nadie se maravilla de las virtudes y propiedades que el Criador en ella puso, porque, como dice Séneca, la costumbre de ver correr las cosas de una misma manera, hace que no parezcan admirables, por grandes que sean. Mas, por el contrario, cualquier novedad que haya en ellas, aunque sea pequeña, hace que luego pongan todos los ojos en el cielo. El sol no tiene quien lo mire, sino cuando se eclipsa, y nadie mira a la luna sino cuando la sombra de la tierra la oscurece.

Mas cuánta mayor cosa es que el sol con la grandeza de su luz esconde todas las estrellas, y que con ser tanto mayor que la tierra no la abrasa, sino templa la fueza de su calor con sus mudanzas, haciéndolo en unos tiempos mayor y en otros menor, y que no hinche de claridad la luna, ni tampoco la oscurece y eclipsa, sino cuando está en la parte contraria.

De estas cosas nadie se maravilla cuando corren por su orden, mas cuando salen de ella, entonces nos maravillamos, y preguntamos lo que aquello será: tan natural cosa es a lo hombres maravillarse más de las cosas nuevas que de las grandes. Hasta aquí son palabras de Séneca.

Mas San Agustín dice que los hombres sabios no menos, sino mucho más, se maravillan de las cosas grandes que de las nuevas y desacostumbradas, porque tienen ojos para conocer la dignidad y excelencia de ellas, y estimarlas en lo que son,

Vivifica las plantas. Pues, tornando al propósito, entre las virtudes e influencias de este planeta, la mayor y más general es que él influye luz y claridad en todos los otros planetas y estrellas que están derramadas por todo el cielo.

Y como sea verdad que así ellos como ellas obren en este mundo sus efectos mediante la luz con que llegan de lo alto a lo bajo, y esta luz reciben del sol, síguese que él, después de Dios, es la primera causa de todas las generaciones, y corrupciones, y alteraciones, y mudanzas que hay en este mundo inferior. Y así decimos que él concurre en la generación del hombre. Por lo cual se dice comúnmente que el sol y el hombre engendan al hombre. Y no sólo engendra las cosas, mas él también, mediante el calor que influye en ellas, las hace crecer y levantar a lo alto. Por donde vemos espigar todas las hortalizas y crecer las mieses por el mes de mayo, cuando ya comienzan los calores a crecer.

Evapora las aguas. Él mismo levanta a lo alto los vapores más sutiles de la mar, los cuales, llegando a la media región del aire, que es frigidísima, se espesan y convierten en agua, y riegan la tierra, y con esto produce ella todos los frutos y pastos, que es el mantenimiento así de los hombres como de los brutos animales.

De modo que de ella podemos decir que nos da pan, y vino, y carnes, y lana, y frutas, y, finalmente, casi todo lo necesario para el uso de la vida, porque todo esto nos da el agua.

Regula los días y las noches. Él es el que con la variedad de sus movimientos nos señala los tiempos, que son días y noches, meses y años, porque naciendo en este nuestro hemisferio, hace día, y poniéndose o desviándose de nuestros ojos, hace noche, y corriendo por cada uno de los doce signos del cielo, señala los meses, por detenerse por espacio de un mes en cada uno; y dando una perfecta vuelta al mundo por estos doce signos con su propio movimiento, señala los años, porque una vuelta de estas suyas hace un año.

Divide las estaciones del año. Él mismo es el que, allegándose o desviándose de nosotros, es causa de las cuatro diferencias de tiempos que hay en el año, que son invierno, verano, estío y otoño; los cuales ordenó la divina Providencia por medio de este planeta, así para la salud de nuestros cuerpos como para la procreación de los frutos de la tierra, con que ellos se sustentan.

Y cuanto a lo que toca a la salud, es de saber que así como nuestros cuerpos están compuestos de cuatro elementos, así tienen las cuatro cualidades de ellos, que son frío y calor, humedad y sequedad, a las cuales corresponden los cuatro humores que se hallan en estos cuerpos. Porque a la frialdad corresponde la flema, a la humedad la sangre, al calor la cólera y a la sequedad la melancolía.

Pues como aquel supremo gobernador vió que la salud de nuestros cuerpos consiste en el temperamento y proporción de estos cuatro humores y la enfermedad cuando se destemplan, creciendo o menguando los unos sobre los otros, de tal manera ordenó estos cuatro tiempos, que cada uno de estos cuatro humores tuviese sus tres meses proporcionados en el año, en que se reformase y rehiciese. Y así, para la flema sirven los tres meses del invierno, que son fríos como ella, y para la sangre, los tres del verano, que son templados como ella, y para la cólera, los tres del estío, que son calientes como ella, y para la melancolía, los tres del otoño, que son secos como ella lo es, y así en estos cuatro tiempos reina y predomina cada uno de estos cuatro humores; y así, teniendo igualmente repartidos los tiempos y las fuerzas, se conservan en paz, sin tener uno envidia del otro, pues con tanta igualdad se les reparten los tiempo, y así ninguno prevalezca contra el otro, ni presuma destruirlo, viendo que tiene iguales fuerzas e igual tiempo de su parte para rehacerse que él.

Y no menos sirve maravillosamente esta mudanza de tiempos para lo segundo que dijimos, que es para la procreación de los frutos y pastos de la tierra, con que estos cuerpos han de ser alimentados. Porque en el tiempo de la otoñada se acaban de recoger los frutos que el estío, con su calor, maduró y con las primeras aguas que entonces vienen, comienza el labrador a romper la tierra y hacer sus sementeras.

Y para que los sembrados echen hondas raíces en la tierra y crezcan con fundamento, se siguen muy a propósito los fríos del invierno, donde las plantas, huyendo del aire frío, se recogen para dentro, y así emplean toda su virtud en echar sus raíces más hondas, para que después tanto más seguramente crezcan, cuanto más arraigadas estuvieren en la tierra.

Esto hecho, para que de ahí adelante crezcan, sucede el verano, el cual con la virtud de su calor las hace crecer y sube a lo alto; al cual sucede el ardor del estío, que las madura, deseando con la fuerza de su calor y sequedad toda la frialdad y humedad que tienen; y con esto maduran.

De esta manera, acabado el curso de un año, queda he-

cha provisión de mantenimiento así para el hombre como para los animales que le han de servir. De modo que, como los señores que tienen criados y familias suelen diputar un cierto salario cada año para su mantenimiento, así aquel gran Señor, cuya familia es todo este mundo, con la revolución del sol, que se hace en un año, y con estas cuatro diferencias de tiempo, provee cada año de mantenimiento y de todo lo necesario para esta su gran casa y familia; y esto hecho, manda luego al sol que vuelva a andar otra vez por los mismos pasos contados, para hacer otra nueva provisión para el año siguiente.

Promueve la conservación de las especies. Y porque todos los hombres y animales están sujetos a la muerte, y si no se reparasen las especies con sus individuos acabaría el mundo, cada año lo repara el Criador por el ministerio de esta misma estrella; porque con la vuelta que ella da hacia nosotros, en llegando a la primavera, cuando los árboles parece que resucitan, también se puebla el mundo de otra nueva generación y de otros nuevos moradores.

Porque en ese tiempo se crían nuevos animales en la tierra, nuevos peces en el agua y nuevas aves en el aire. Y de esta manera aquel divino Presidente sustenta y gobierna este mundo, acrecentando cada año su familia y proveyendo pastos y mantenimiento para ella.

Pues ¿quién, viendo el orden de esta divina Providencia, no exclamará con el Profeta, diciendo (Salm. 103, 24): ¡Cuán engrandecidas son vuestras obras, Señor! Todas están hechas con suma sabiduría, llena está la tierra de vuestras riquezas.

Pues todas estas cosas, y muchas otras que callamos, obra esta hermosísima y resplandeciente lámpara, demás de dar luz a todo cuanto Dios tiene criado en los cielos y en la tierra, y junto con esto, dar calor a todo el mundo, sin que haya quien se pueda esconder de él. Pues ¿qué mano fuera poderosa para pintar y esclarecer un tan hermoso espejo, una tal lumbrera, tal lámpara, tal antorcha, que bastase para alumbrar a todo el mundo? Por lo cual con mucha razón lo llama San Ambrosio ojo del mundo, pues sin él todo el mundo estaría ciego, mas por él todas las cosas nos descubren sus figuras.

De cómo en el sol resplandecen las excelencias del Creador. Finalmente, tales son las propiedades y excelencias de esta estrella, que con no ser las criaturas, como dicen, más que una pequeña sombra o huella del Creador, porque sólo el hombre

y el ángel se llaman imagen de Dios, todavía entre las criaturas corporales, la que más representa la hermosura y omnipotencia del Creador en muchas cosas es el sol.

Y la primera, que con ser una estrella sola, produce de sí tan grande luz, que alumbra todo cuanto Dios tiene criado desde el cielo hasta la tierra, de tal manera que, aun estando en el otro hemisferio debajo de nosotros, da luz a todas las estrellas del cielo. Y su virtud es tan grande, que penetra hasta las entrañas de la tierra, donde cría el oro y las piedras preciosas, y otras muchas cosas. Lo cual nos servirá para que de alguna manera entendamos cómo Dios Nuestro Señor, con su presencia y esencia, hinche cielo y tierra, y obra todas las cosas, pues fué poderoso para dar virtud a una criatura corporal para que de la manera susodicha extendiese su luz y su eficacia por todo el universo.

Así que el sol alumbra todo ese mundo, y de su Criador, dice San Juan que alumbra todo hombre que nace en este mundo.

El sol es la criatura, de cuantas hay, más visible y la que menos se puede ver, por la grandeza de su resplandor y flaqueza de nuestra vista, y Dios es la cosa más inteligible de cuantas hay en el mundo, y la que menos se entiende, por la alteza de su ser y bajeza de nuestro entendimiento.

El sol es, entre las criaturas corporales, la más comunicativa de su luz y de su calor, tanto que si le cerráis la puerta para defenderos de él, él se os entra por los resquicios de ella a comunicaros el beneficio de su luz. Pues ¿qué cosa más semejante a aquella infinita Bondad, que tan copiosamente comunica sus riquezas a todas las criaturas, haciéndolas, como dice San Dionisio, cuanto sufre su naturaleza, semejantes a sí, y buscando muchas veces a los que huyen de él?

De la claridad grande del sol reciben claridad y virtud para obrar todas las estrellas, y de la plenitud y abundancia de la gracia de Cristo nuestro Salvador reciben luz y virtud para hacer buenas obras todos los justos.

El sol produce cuantas corporales hay en este mundo, y aquel soberano gobernador, así como todo lo hinche, así todo lo obra en los cielos y en la tierra, y así concurre con todas las causas, desde la mayor hasta la menor, como primera causa, en todas sus operaciones.

Finalmente, la presencia del sol es causa de la luz, y la ausencia es causa de las tinieblas; y la presencia de Cristo en las almas las alumbra y enseña, y muestra el camino del cielo, y descubre los barrancos de que se han de apartar; mas estando él ausente de ellas, quedan en muy

oscuras y espesas tinieblas, y así tropiezan y caen en mil despeñaderos de pecados, sin saber lo que hacen, ni a quién ofenden, y en cuán gran peligro de su salvación viven los que así viven.

En todas estas cosas nos representa esta noble criatura las excelencias de su Criador. De lo cual, maravillado aquel divino Cantor, después de haber dicho que los cielos y las estrellas predicaban la gloria de Dios (Salm. 18, 2), desciende luego a tratar en particular del sol, comparando su hermosura con la de un esposo que sale del tálamo, y la fortaleza y alegría y ligereza de él con la de un gigante, con la cual sale del principio del cielo, y corre hasta el cabo de él. El cual verso declara un intérprete por estas palabras: Después que hayas rodeado con los ojos y con el ánimo todas las cosas, hallarás que ninguna hay tan esclarecida y que tanta admiración ponga a los hombres como el sol, el cual es gobernador de todas las estrellas, y conservación y salud de todas las cosas corporales.

Y allende de esto, ¿qué figura más alegre y hermosa se puede ofrecer a nuestros ojos que la del sol, cuando sale por la mañana? El cual con la claridad de su resplandor hace huir las tinieblas, y da su color y figura a todas las cosas, y con ellas alegra los cielos, y la tierra, y la mar, y los ojos de todos los animales. De modo que podemos comparar su hermosura a la de un lindísimo esposo, y su fuerza e ímpetu a un gigante. Porque con tanta ligereza se revuelve de Oriente a Occidente, y de ahí a la otra parte del cielo, que con una revolución hace día y noche, unas veces mostrándonos desde lo alto sus clarísimos y resplandecientes rayos, y otras escondiéndose de nuestros ojos, y ocupando todas las regiones del aire, sin haber lugar a donde no llegue su claridad. Porque esta estrella rodea con sus clarísimas llamas todas las obras de la tierra, dando al mundo un saludable calor de vida, con que sustenta y hace crecer todas las cosas.

Mas ya dejemos al sol y vengamos a su compañera la luna.

La luna, vicaria del sol. La luna es como vicaria del sol, a la cual está cometida por el Criador la providencia de la luz en ausencia del sol, porque estando él ausente y acudiendo a otras regiones a comunicar el beneficio de su luz, no quedase el mundo a oscuras. Y así él mismo es el que la provee de luz para este ministerio, tanto mayor cuanto ella lo mira más de lleno en lleno.

Tiene este planeta, entre otras propiedades, notables señoríos sobre todas las aguas y sobre todos los cuerpos

húmedos, y señaladamente tiene tan grande jurisdicción sobre la mar, que como a criado familiar la trae en pos de sí, y así, subiendo ella, crece, y abajándose ella, se abaja Porque, como se dice de la piedra imán que trae el hierro en pos de sí, así a este planeta dió el Criador esta virtud, que atraiga y llame para sí la mar, y siga el movimiento de ella.

De suerte que este planeta tiene unas como riendas en la mano, con que se apodera de este tan grande elemento, y lo rige y trae a su mandar. De aquí nacen las mareas, que andan con el movimiento de la luna, y que sirven para las navegaciones de un lugar a otro, cuando falta el viento, y para los molinos de la mar, que se hacen con ellas, y sobre todo con este movimiento se purifican las aguas, las cuales no carecieran de mal olor y mal mantenimiento para los peces si estuvieran como en una laguna encharcada sin moverse.

Mas no sólo en la mar, sino también en todas las cosas húmedas tiene especial señorío. Y así vemos con la creciente de ella crecer la humedad de los árboles y de los mariscos, y menguar con la menguante. Pues ya las alteraciones que este planeta causa en los cuerpos humanos, mayormente en los enfermos, sus plenilunios y novilunios y en sus eclipses, cuando se impide un poco de su luz con la sombra de la tierra, todos lo experimentamos.

Lo que aquí es más para considerar, es la virtud y poder admirable que el Criador dió a este planeta, el cual, estando tantas mil leguas apartado de nosotros, por virtud de aquella luz que recibe emprestada del sol, obra tantos efectos y mudanzas en la tierra, que así como ella se va mudando, así vaya mudando consigo todas estas cosas con tan gran señorío, que un poquito que se menoscabe su luz en un eclipse, lo haya luego de sentir la tierra. Pues ¿qué sería si del todo nos faltase este planeta?

Sólo Dios cuenta la muchedumbre de las estrellas.

Después de la luna se siguen las estrellas. Pues el número y las virtudes e influencias de ellas, ¿quién las explicará, sino sólo aquel Señor, de quien dice David (Salm. 146, 4) que sólo Él cuenta la muchedumbre de las estrellas, y llama a cada una por su nombre?

En lo cual primeramente declara la obediencia que estas clarísimas lumbreras tienen a su Criador, el cual llama las cosas que no son como si fuesen, dando ser a las que no lo tienen (Rom. 4, 17). Y de esta obediencia dice el profeta Baruc (3, 34): Las estrellas estuvieron en los lugares y estancias que el Criador les señaló, y siendo por él llamadas,

le obedecieron y respondieron: Aquí estamos, Señor, y resplandecieron con alegría en servicio del Señor que las crió.

Decir también el profeta que llama a cada una por su nombre, es decir que Él sólo sabe las propiedades y naturaleza de ellas, y conforme a esto les puso los nombres acomodados a estas propiedades. De esto, pues, que está reservado a la Sabiduría divina, no puede hablar la lengua humana.

Mas entre otros usos y provechos de las estrellas, sirven también como los padrones de los caminos a los que navegan por la mar, porque careciendo en las aguas de señales por donde enderecen los pasos de su navegación, ponen los ojos en el cielo, y allí hallan señales en las estrellas, mayormente en la que está fija en el norte, que nunca se muda, para tomarla por regla cierta de su camino.

CAPITULO XVI

De los beneficios de la atmósfera y de la lluvia

Descendiendo a tratar en particular de cada uno de los elementos, comenzaremos por el aire, cuyos beneficios son muchos. Porque primeramente con él respiran los hombres, y las aves, y los animales que andan sobre la tierra, recibiendo en todo tiempo, así velando como durmiendo, este refrigerio con que refrescan y templan el ardor del corazón, que es un miembro calidísimo, para que no se ahogue con la abundancia de su calor.

El aire también es medio por el cual la luz del sol y de las estrellas, y con ellas sus influencias, pasan y llegan a nosotros, sin lo cual no lo pudieran hacer, porque así la luz como las influencias son accidentes, los cuales no pueden estar sin sujeto que los sustente. Y además de esto, el mismo aire, poniéndose de por medio entre nosotros y el sol, templa su calor, para que sin molestia podamos gozar de sus beneficios.

Cómo se forma la lluvia. Aquí también se engendran las lluvias, porque el sol, mediante su calor, levanta los más sutiles vapores de la mar, como ya dijimos, los cuales, como sean sutiles y de la condición del aire, fácilmente suben a lo alto,

y llegando a esta media región del aire, que es, según decimos, fría, espésanse y apriétanse con el frío, y así se mudan en agua, la cual, como es más pesada, desciende a lo bajo, resolviéndose en agua lluvia.

La experiencia de esto vemos en los alambiques en que se destilan las rosas y otras yerbas, donde la fuerza del calor del fuego saca la humedad de las yerbas que se destilan, y las resuelve en vapores, y hace subir a lo alto, donde, no pudiendo subir más, se juntan y espesan y convierten en agua, la cual con su natural peso corre luego para bajo, y así se destila. De donde procede lo que refiere San Basilio, que cuando falta agua a los marineros, cuecen un poco del agua salada de la mar, y ponen encima una esponja que reciba los vapores de aquel agua, los cuales después se convierten en agua dulce, con que algún tanto refrigeran la sed. De esta manera el arte imita la naturaleza, como lo hace en todas las otras cosas.

Y no es menor materia de alabanza ver de la manera que el Criador ordenó que el agua lluvia cayese de lo alto. Porque si todos los ingenios de los hombres se pusieran a pensar de qué manera caería esta agua para regar la tierra, no pudieran atinar en otra más conveniente que ésta. Porque parece que viene colada por la tela de un cedazo, repartiéndose igualmente por todas partes, y penetrando las entrañas de la tierra para dar mantenimiento a las plantas, que con ella se sustentan, refrescando por de fuera las hojas y fruta de los árboles, lo cual no hace el agua de regadío.

Esta es aquella maravilla que entre otras se atribuye a Dios, de quien se escribe en el libro del santo Job (26, 8) que Él es el que prende y ata las aguas en las nubes de tal manera que no caigan de lleno en lleno sobre la tierra. Y lo mismo escribe Moisés, alabando la tierra de promisión, por estas palabras (Deut. 11, 10): La tierra que vais a poseer, no es como la de Egipto, que a manera de las huertas se riega con agua de pie. Porque sobre esta nuestra tierra están puestos los ojos del Señor desde el principio del año hasta el fin, para enviarle agua y rocío del cielo. El cual beneficio canta el Profeta Real en el Salmo 146, 8, diciendo: El Señor es el que cubre el cielo de nubes, y por medio de ellas envía agua sobre la tierra. Y esto con tanta largueza, que, como se escribe en Job (5, 9), no sólo riega los sembrados y tierras de labor, sino también los desiertos y tierras sin camino, para que produzcan yerbas frescas y verdes.

Su benéfico influjo. Mas cuán grande sea este beneficio del agua que llueve, ¿quién lo explicará? Porque quien esto mirare con atención, verá que todo lo que es necesario para la vida humana provee

el Criador por este medio. Por aquí nos da el pan, el vino, el aceite, las frutas, las legumbres, las yerbas medicinales, el pasto para los ganados, y con ellos, las carnes, la lana y las pieles de ellos para nuestro vestido y calzado.

Lo cual no calló el Profeta cuando dijo (Salm. 146, 8) que el Señor producía en los montes heno y yerba para el servicio de los hombres. Y dice de los hombres, siendo éste manjar de animales, porque éstos, como vemos, sirven de muchas maneras a los hombres.

Finalmente son tantos los bienes que por esta agua recibimos, que uno de aquellos siete sabios de Grecia, por nombre Tales, vino a decir que el agua era la materia de que todas las cosas se componían, viendo que el agua es la que cría todos los frutos de la tierra, y que no solamente los peces de la mar, sino también los hombres con todos los otros animales se mantenían de ellos.

Instrumento del Altísimo.

Y por ser este beneficio tan grande y tan universal, tomó el Criador las llaves de él y reservó para sí el repartimiento de estas aguas, para dar por ellas mantenimiento a sus fieles siervos y castigar a los rebeldes, privándolos de este beneficio. Y así se escribe en Job (36, 31) que por esta vía juzga Dios los pueblos, castigándolos con hambre, y da de comer a muchos de los mortales.

Y así promete Dios a los fieles guardadores de su ley en el Levítico (26, 3) que les enviará el agua lluvia a sus tiempos, con que la tierra y los árboles les den fruto copioso para su mantenimiento. Y, por el contrario, a los quebrantadores de ella amenaza que les hará el cielo de metal, y la tierra que hollaren, de hierro, y que en lugar de agua les dará polvo, para consumirlos de hambre.

Y no sólo pecados, sino también desagradecimiento de este beneficio suele ser causa de perderlo. De lo cual se queja Dios por Jeremías (5, 24) por estas palabras (Jer. 5): Y no dijeron los hombres: honremos a Dios, que nos envía de lo alto el agua temprana y la tardía, y nos da cada año copiosas mieses para mantenernos.

Cierto es mucho para sentir que, siendo éste tan grande beneficio del Criador, haya tan pocos que lo reconozcan, y le den gracias, y sirvan por él, con el cual nos da todas las cosas, y sin el cual no podríamos vivir. Y de esto nos debería avisar que vemos venir el agua de lo alto, para entender que el Criador nos la envía del cielo.

Pues ¿qué es esto sino imitar los hombres de razón a las bestias, que carecen de ella, las cuales, recibiendo el pasto y mantenimiento con que se sustentan, ni reconocen al dador, ni le dan gracias por él?

Los cursos de los vientos. Su utilidad. Otro beneficio de la divina Providencia son los vientos. El cual beneficio no calló el Profeta cuando dijo (Sal. 134, 7) que el Señor producía y sacaba los vientos de sus tesoros, entendiendo por tesoros las riquezas de su providencia, la cual ordenó que hubiese vientos para el uso y provisión de la vida humana.

Porque primeramente los vientos llevan las nubes y las aguas que están en ellas, como se escribe en Job (37, 6), a donde el gobernador del mundo las quiere enviar. Y así vemos que en España llueve con el viento ábrego, el cual, pasando por la mar, trae consigo las nubes a esta región. Mas, por el contrario, en Africa llueve con el cierzo, que sopla de la banda del norte, y pasando también por el mismo mar, lleva las nubes, que son como aguaderas de Dios, a aquella tierra.

Pues ya, ¿qué sería de la navegación y comercio con las islas y con las otras gentes, si faltasen los vientos, y el aire estuviese siempre en calma? Pues con este socorro tan deseado de los navegantes corremos en breve espacio hasta los fines de la tierra, llevando las mercaderías que en una parte sobran y en otra faltan, y trayendo de ellas lo que a nosotros falta y a ellos sobra: y de esta manera se hacen todas las cosas comunes, y todas las tierras abastadas, y finalmente de todo el mundo hacemos una común plaza y una ciudad que sirve a todos. Y lo que más es: por medio de los vientos ha corrido la fe y el conocimiento del Criador a las partes de Oriente y Occidente y a todas las otras regiones, que es la mejor mercadería que de unas partes a otras se puede llevar.

Y no menos resplandece la divina Providencia en el curso de los vientos. Porque sabemos que en las Indias Orientales en cierto tiempo del año cursan vientos que sirven para navegar con ellos a ciertas partes, y en otro cursan otros que son para volver de ellas, y esto tan ordinario, que nunca faltan éstas, que llaman monzones, para estos caminos. Las cuales la divina Providencia ordenó para el servicio y uso de los hombres, haciendo que los vientos, como criados de ellos, los lleven y traigan como en los hombros a los lugares deseados. Y con ser esto así, ¡cuán pocos hay que reconozcan este beneficio y le den gracias a él!

Sirven, otrosí, los vientos, como dice Séneca, para purificar el aire y sacudir de él cualquier corrupción o mala cualidad que se le haya pegado. De lo cual tienen experiencia los que se acordaren de una gran pestilencia que hubo en la ciudad de Lisboa y en algunos otros lugares del reino de Portugal el año de 1570. La cual cesó con un recísimo

y desacostumbrado viento, con el cual cresció la mar tanto, que cubrió las fuentes que estaban junto a ella, y de dulces las hizo salobres por algunos días. El cual viento llevó tras sí el aire corrupto, que era la causa de aquella peste. Y por esto dice el mismo autor que quiso la divina Providencia que de todas las partes del mundo se levantasen vientos, para que en todas ellas tuviese el aire quien le purificase y ejercitase: tan necesario es el ejercicio y trabajo para todas las cosas.

Sirven también los vientos para que el labrador pueda aventar la parva, limpiar el grano de polvo y de paja: y no menos en la fuerza del estío, cuando avahamos con el calor grande, hace el Criador que se levante un aire fresco, con que se refrigeran las entrañas y tiembla la fuerza del calor.

Con lo cual los que saben referir todas las cosas a Dios, y de todas sacan materia de edificación, consideran cuál será aquel tormento de los fuegos eternos, donde están los malaventurados abrasándose en aquellas llamas, y no esperan jamás este linaje de alivio y refrigerio.

CAPITULO XVII

De la sublime grandeza del mar

Del elemento del aire bajamos al del agua, que es su vecina, la cual al principio de la creación cubría toda la tierra, como el elemento del aire a esa misma agua. Mas porque de esta manera no se podía habitar la tierra, el Criador, que todo este mundo criaba para servicio del hombre, así como al hombre para sí, mandó que se juntasen todas las aguas en un lugar, que fué el mar Océano, y que se descubriese la tierra para nuestra habitación; y así se hizo, sacando al agua de su natural lugar, que era estar sobre la tierra, y recogiéndola en otro.

En este elemento hay muchas cosas que considerar, las cuales predican las alabanzas del que lo crió, conviene saber, su grandeza, su fecundidad, sus senos, sus playas, sus puertos, sus crecientes y menguantes, y, finalmente, los grandes provechos que nos vienen de él. Por su grandeza y fecundidad, alaba a Dios el Salmista (103, 25), diciendo: Este mar grande y espacioso, donde hay tantas diferencias de peces que no tienen cuento, y animales así pequeños como grandes.

Esta grandeza ordenó el Criador para que todas las naciones gozasen de los provechos de la mar, que son, por una parte, la navegación, que sirve, como dijimos, para la contratación de las gentes, y por otra, el mantenimiento que graciosamente nos da, con la infinidad de peces que cría. Y por esto quiso el Hacedor que en él hubiese muchos brazos y senos, para que se entremetiesen por las tierras, y entrasen por nuestras puertas, convidándonos con sus riquezas y proveyéndonos de mantenimiento. De aquí procede el mar Mediterráneo, y el mar Bermejo, y el mar Euxino, y el seno de Persia, y otros muchos, que son como brazos de este gran cuerpo, de cuyos provechos quiere el Criador que gocen todos. Y en todos ellos hay sus puertos y playas, adonde puedan seguramente estar los navíos libres de la fuerza de los vientos.

Las islas, joyeles del mar. Ni menos resplandece la omnipotencia y providencia del Criador en tanta muchedumbre de islas como están repartidas por la mar, las cuales dice San Ambrosio [1] que son como unos joyeles de este tan grande y tan hermoso cuerpo que lo adornan y declaran la omnipotencia y providencia del Criador: la providencia, en proveer estas como ventas y estancias para los navegantes, donde tomen refresco, donde se rehagan, donde descansen, donde se acojan, o en tismpo de tormentas, o cuando quieren escapar de los ladrones de la mar.

Ni menos resplandece aquí la omnipotencia del Criador en conservar unas isletas pequeñas en medio de tan grandes golfos y abismos de aguas y de las grandes ondas usurpar un pequeño pedazo de ellas, que es aquella maravilla que el mismo Señor encarece cuando, hablando con el santo Job (38, 8), dice: ¿Quién cerró y puso puertas a la mar, cuando corría con gran ímpetu como si saliera del vientre? Yo soy el que la cerqué con mis términos, y le puse puertas y cerraduras, y le dije: Hasta aquí llegarás, y no pasarás adelante, y aquí se quebrantará el furor de tus olas hinchadas.

Y, cierto, es cosa de admiración que corriendo todos los elementos con tan gran ímpetu a sus lugares naturales, como ya dijimos, y siendo natural lugar del agua estar sobre todo el cuerpo de la tierra y tenerla cubierta, haberla Dios con sola su palabra sacado de este lugar, y conservándola tantos mil años fuera de él, sin usurpar ella un paso del espacio que le señaló. Lo cual trae él por argumento para confundir la desobediencia y desacato de los hombres, vista

[1] Ambros., *In Hexamer.*

la obediencia de las criaturas insensibles. Y así dice por Jeremías (5, 22): ¿A mí no temeréis, y no temblaréis de mi presencia, que fuí poderoso para hacer que la arena fuese término de la mar, y ponerle precepto y mandamiento, el cual nunca quebrantará. Y moverse han las ondas, y no prevalecerán, e hincharse han, y no lo traspasarán.

En la navegación que hay de Portugal a la India Oriental, que son cinco mil leguas de agua, está en medio del gran mar Océano, donde no se halla suelo, una isleta despoblada que se llama Santa Elena, abastada de dulces aguas, de pescados, de caza y de frutas que la misma tierra sin labor alguna produce: donde los navegantes descansan, y pescan, y cazan, y se proveen de agua.

De suerte que ella es como una venta que la divina Providencia diputó para sólo este efecto, porque para ninguno otro sirve. Y el que allí la puso no la había de criar en balde. Y lo que más nos maravilla es cómo se levanta aquel pezón de tierra sobre que está fundada la isla, desde el abismo profundo del agua hasta la cumbre de ella, sin que tantos mares lo hayan consumido y gastado. Y demás de esto, ¿cómo no siendo esta isleta para con la mar más que una cáscara de nuez, persevera entre tantas ondas y tormentas entera, sin consumirse ni gastarse nada de ella?

Pues ¿quién no adorará aquí la omnipotencia y providencia del Criador, que así puede fundar y asegurar lo que quiere? Este es, pues, el freno que Él puso a este gran cuerpo de la mar para que no cubra la tierra: y cuando corre impetuosamente contra la arena, teme llegar a los términos señalados, y viendo allí escrita la ley que le fué puesta, da la vuelta a manera de caballo furioso y rebelde, que con la fuerza del freno para y vuelve hacia atrás, aunque no quiera.

Para amigar entre sí las naciones.

La mar también por una parte divide las tierras, atravesándose en medio de ellas, y por otra las junta y reduce a amistad y concordia con el trato común que hay entre ellas.

Porque queriendo el Criador amigar entre sí las naciones, no quiso que una sola tuviese todo lo necesario para el uso de la vida, por que la necesidad que tienen las unas de las otras las reconciliase entre sí. Y así la mar, puesta en medio de las tierras, nos representa una gran feria y mercado, en el cual se hallan tantos compradores y vendedores, con todas las mercaderías necesarias para la sustentación de nuestra vida.

Porque como los caminos que se hacen por tierra sean muy trabajosos, y no fuera posible traer por tierra todo lo que nos es necesario, proveyó el Criador de este nuevo camino, por donde corren navíos pequeños y grandes, uno de los cuales lleva mayor carga que muchas bestias pudieran llevar para que nada faltase al hombre ingrato y desconocido.

Estas otras muchas utilidades tenemos en el mar. Porque, como dice San Ambrosio, ella es hospedería de los ríos, fuente de las aguas, materia de las grandes avenidas, acarreadora de las mercaderías, compendio de los caminantes, remedio de la esterilidad, socorro en las necesidades, y liga con que los pueblos apartados se juntan, y freno del furor de los bárbaros, para que no hagan tanto daño.

Simbolismo del mar manso y del embravecido.

Tiene también otra cosa la mar, la cual, como criatura tan principal, nos representa por una parte la mansedumbre, y por otra la indignación e ira del Criador Porque ¿qué cosa más mansa que el mar cuando está quieto y libre de los vientos, que solemos llamar de donas, o cuando con un aire templado blandamente se encrespa, y envía sus mansas ondas hacia la ribera, sucediendo unas a otras con un dulce ruido, y siguiendo el alcance de las unas a las otras, hasta quebrarse en la playa? En esto, pues, nos representa la blandura y mansedumbre del Criador para con los buenos.

Mas, cuando es combatido de recios vientos, y levanta sus temerosas ondas hasta las nubes, y cuanto más las levanta a lo alto, tanto más profundamente descubre los abismos, con lo cual levanta y abaja los pobres navegantes, azotando poderosamente los costados de las grandes naos, cuando los hombres están puestos en mortal tristeza, las fuerzas y las vidas rendidas, entonces nos declara el furor de la ira divina, y la grandeza del poder que tales tempestades puede levantar y sosegar, cuando a Él le place.

Lo cual cuenta el Real Profeta entre las grandezas de Dios, diciendo (Salm. 88, 9-10): Vos, Señor, tenéis señorío sobre la mar, y Vos podéis amansar el furor de sus ondas. Vuestros son los cielos, y vuestra la tierra, y Vos criasteis la redondez de ella, con todo lo que dentro de sí abraza, y la mar y el viento cierzo que la levanta, Vos lo fabricasteis.

De la multitud y variedad de peces que hay en el mar.

Quédanos otra excelencia de la mar, tan grande que el ingenio y la pluma temen acometerla.

Porque ¿qué palabras bastan, no digo yo para explicar, sino para contar por sus nombres, si los hubiera, las diferencias de pescados que hay en este elemento? ¿Qué entendimiento, qué sabiduría fué aquella que pudo inventar, no digo ya tantas especies, sino tantas diferencias de figuras de peces de tan diferentes cuerpos, unos muy pequeños, otros de increíble grandeza, y entre estos dos extremos, otras mil diferencias de mayores y menores? Porque Él es el que crió la ballena y crió la rana, y no trabajó más en la fabricación de aquel pez tan grande que en la de este tan pequeño.

Hay algunos oficiales que cortan de tijera en seda o en papel mil diferencias de figuras y quimeras de la manera que quieran, porque el papel y la seda obedecen a la voluntad e ingenio del cortador.

Pues ¿qué cortador fué aquél tan primoroso que supo cortar y trazar tantas diferencias de figuras como vemos en los peces de la mar, dando a todos sus propiedades y naturalezas tan diversas? Porque el que corta con tijera, no hace más que formar una figura, sin darle más de lo que representa.

Mas este soberano Cortador, junto con la figura, dió alma, y vida, y sentido, y movimiento, y habilidades para buscar su mantenimiento, y armas ofensivas y defensivas para su conservación, y sobre todo esto, una fecundidad tan grande para conservar su especie, que, si no la hubiéramos visto, fuera totalmente increíble.

Porque ¿quién contará los huevos que tiene un sábalo, o una pescada en rollo, o cualquier otro pez? Pues de cada huevecito de éstos se cría un pez tan grande como aquel de do salió, por grande que sea. Sola el agua como blanda madre, por virtud del Criador, lo recibe en su gremio y lo cría hasta llegarlo a su perfección.

Pues ¿qué cosa más admirable? Porque, como la divina Providencia crió esta pescadería para sustentación de los hombres, y los que han de pescar no ven los peces en el agua de la manera que los cazadores ven la caza en la tierra o en el aire, ordenó Él que la fecundidad y multiplicación de los peces fuese tan grande, que la mar estuviese cuajada de ellos, para doquiera que cayese la red hallase que prender.

Muchas y cuasi innumerables son las especies de aves y de animales que hay en la tierra; mas sin comparación son más las que hay en la mar, con parecer que este elemento no era dispuesto para recibir moradores que la po-

blasen, ni para darles los pastos que vemos en la tierra, para que los sustentasen.

Pues ¿qué diré de las diferencias de mariscos que nos da la mar? ¿Qué de la variedad de las figuras con que muchos imitan los animales de la tierra? Porque peces hay que tienen figura de caballo, otros de perro, otros de lobo, y otros de becerro, y otros de cordero. Y porque nada faltase por imitar, otros tienen nuestra figura, que llaman hombres marinos.

Y allende de esto, ¿qué diré de las conchas, de que se hace la grana fina, que es el ornamento de los reyes? ¿Qué de las otras conchas, y veneras, y figuras de caracoles grandes y pequeños, fabricados de mil maneras, más blancos que la nieve, y con eso, con pintas de diversos colores, sembradas por todos ellos?

¡Oh admirable sabiduría del Criador! ¡Cuán engrandecidas son, Señor, vuestras obras! Todas son hechas con suma sabiduría, y no solamente la tierra, mas también la mar está llena de vuestras maravillas.

Pues ¿qué diré de las virtudes y fuerzas extrañas de los peces? El pececillo que llaman tardanaos hace parar una grande nao, aunque vaya a todas velas. Pues ¡cuán poderoso es aquel Señor, que con tan pequeño instrumento obra una cosa tan grande! Más pequeño pez es la sardina, y ésta abastece la mar y la tierra, porque es común pasto de los peces mayores, y también lo es de los hombres. Por lo cual se suele decir de ella que más anda por la tierra que por la mar, caminando de unas partes a otras para nuestro mantenimiento.

Ni es menos de considerar la suavidad y sabor que el Criador puso más aún en los peces que en las carnes, y así antiguamente servían para las delicias de los príncipes. Por lo cual exclama aquí San Ambrosio, diciendo: ¡Ay de mí, antes del hombre fueron criadas las delicias; antes la abundancia, madre de nuestra lujuria, que la naturaleza; primero la tentación del hombre que la creación del hombre! Mas no hizo esto el Criador para tentación, sino para regalo y provisión de los hombres, mostrando en esto que los trataba como a hijos regalados, para que la suavidad y gusto de estos manjares los incitase a amar y alabar el Criador, que esta mesa y convite tan suave les aparejó.

Mas tienen muchos de los hombres tan poco discurso, que estando las criaturas convidándolos a alabar al dador de todos estos bienes, de tal manera se ceban y empapan en ellos, que no les pasa por pensamiento darle gracias y decir siquiera: Esto hizo el Criador para mí, sin debérmelo.

CAPITULO XVIII

De la hermosura y fertilidad de la tierra

Descendamos ya a nuestra común madre, que es la tierra, de que son producidos y alimentados nuestros cuerpos. Mas esto será sin apartarnos mucho de la mar, porque ella es la que por las venas y caminos secretos que el Creador ordenó, se amasa con la tierra para muchos provechos: de los cuales uno es hacerla cuerpo sólido, pegando y apretando con su humedad y frialdad las partes de ella para que nos pueda sostener. Porque de otra manera, siendo ella en sumo grado seca, estuvieran tan sueltas y desapegadas las partes de ella, como está la cal viva en polvo, y así no nos pudiera sostener.

Entre todos los elementos, éste es el más bajo y menos activo: mas con todo eso, siendo ayudado del cielo y de los otros elementos, nos sirve y aprovecha más que todos Con lo cual debe crecer y esforzarse nuestra naturaleza, la cual, aunque sea de suyo más baja que la de los ángeles, puede con los favores y socorros de la gracia levantarse sobre ellos.

Su asiento y lugar natural es el centro y medio del mundo, cercada por todas partes de aire y agua, sin por eso inclinarse a una parte ni a otra. Porque así como el Criador puso en la piedra imán aquella maravillosa virtud que mire sólo al norte y en él sólo repose, así también puso en la tierra esta natural inclinación, que tenga por centro y por su lugar natural el punto que está en medio del mundo, y que a él siempre corra, y en él solo descanse, sin moverse a una parte ni a otra, que es una tan grande maravilla como si estuviese una bola en el aire en medio de una gran sala, cosa que algunos filósofos no pudieron creer.

Esta es aquella maravilla, que canta el Salmista (103, 5) cuando dice: Fundasteis, Señor, la tierra sobre su misma firmeza, la cual en los siglos de los siglos nunca perderá ese lugar y puesto que Vos le disteis, ni se inclinará a una parte o a otra, y ordenasteis que el abismo de las aguas fuese como una ropa de que ella estuviese cercada y vestida.

Como madre amorosa. El mismo Salmista dice que éste fué el lugar que la divina Providencia diputó para la habitación de los hombres (Salm. 131, 13). El cielo de los cielos, dice

él, diputó el Señor para sí, mas la tierra para morada de los hombres. Pues esta tierra, obedeciendo a la disposición y mandamiento del Criador, como benigna madre nos recibe cuando nacemos, y nos mantiene después de nacidos, y nos sostiene mientras vivimos, y al fin nos recibe en su gremio después de muertos, y guarda fielmente nuestros cuerpos para el día de la resurrección general.

Este grande elemento no es más blando y favorable que los otros, porque de las aguas vemos que proceden las avenidas y crecientes de los ríos, que hacen notable daño en las tierras vecinas: el aire se espesa en las nubes, de donde nacen los turbiones, que dañan los sembrados y destruyen los trabajos de los pobres labradores.

Mas la tierra, como sierva del hombre, ¡qué frutos produce, qué olores, qué sabores, qué zumos! ¡Qué colores no engendra! ¿Quién podrá explicar cuánta sea su fertilidad, cuántas sus riquezas, especialmente si consideramos cuántas diferencias de metales se sacaron de ella cinco mil años antes de la venida de Cristo, y cuántos se han sacado después acá, y se sacarán hasta el fin del mundo, llegando los hombres, como dijo aquel poeta, Ovidio, hasta las sombras del infierno, y persiguiendo el oro y la plata, por más que se esconda en las entrañas de la tierra? Pues ¿qué diré de la variedad de las piedras preciosas, de gran valor y virtud, que están escondidas en lo íntimo de ella?

Las fuentes y ríos, venas de la tierra. Mas entre los beneficios de la tierra es muy señalado el de las fuentes y ríos que de ella manan y la humedecen y refrescan. Porque, así como el Creador repartió las venas por todo el cuerpo humano para humedecerlo y mantenerlo, así quiso él también que este gran cuerpo de la tierra tuviese sus venas, que son los ríos, los cuales, corriendo por todas partes, la refrescan y humedecen y nos ayudan a mantener, criando peces y regando nuestros sembrados.

Y porque en muchas partes faltan fuentes y ríos, ordenó la divina Providencia que toda la tierra estuviese empapada en agua, porque de esta manera, cavando los hombres, supliesen con los pozos la falta de las fuentes.

Mas ¿quién no se maravillará aquí del origen y principio de donde manan estos ríos y fuentes? Vemos en muchas tierras apartadas de la mar salir debajo de una peña viva un gran brazo, y a las veces un buey de agua. ¿De dónde, pues, nace esta agua? ¿Cómo corre siempre, invierno y verano, de una manera? ¿Qué abismo es aquel

tan copioso que siempre tiene que dar y en tantos mil años nunca se agota?

Alaba el Profeta a Dios (Salm. 134, 7) porque saca los vientos de sus tesoros, que es de los lugares que Él con su sabiduría señaló. ¿Cuánto más debe ser alabado por haber criado en la tierra tan grandes senos y acogidas de agua perennales que nunca falten? ¿Cuál es la materia de que tanta agua se produce y cuál la causa eficiente que de aquella materia la produce? ¿Por qué hasta ahora varían los ingenios de los filósofos en declarar esta generación de las aguas y apenas dicen cosa que satisfaga?

Mas lo que aquí más satisface es dar gloria a Dios por este beneficio y maravillarnos de la providencia de quien esto supo y pudo hacer. Y muy grosero ha de ser el que esto no entendiere. Pasando una vez un negro muy bozal con su amo el río que está entre Córdoba y Castro del Río, y viendo correr el agua de él, volvióse a su amo con su tosca lengua y dijo: Correr, correr, y nunca henchir; correr, correr, y nunca acabar: gran cosa Dios. Pues este negro bozal, por una parte nos confunde y por otra nos obliga a alabar al Criador por este beneficio.

Pero más nos obliga aquel ángel del Apocalipsis, el cual, como refiere San Juan (Apoc. 14, 7), venía volando por medio del cielo, dando voces y diciendo a los moradores de la tierra: Temed al Señor y glorificadlo, porque se llega la hora de su juicio, y adorad al que hizo el cielo, la tierra y la mar, y todo lo que en ellos hay, y las fuentes de las aguas. En las cuales palabras, pasando en silencio todas las maravillas que vemos en los otros elementos, de solas las fuentes de aguas, como de cosa más admirable, hizo mención especial.

Cómo de Dios procede la vida. Después de la tierra síguese que tratemos más en particular de la fertilidad y frutos de ella. Y esto es ya comenzar a tratar de las cosas que tienen vida, porque las que hasta aquí habemos referido, que son cielos, estrellas, elementos, con todos los otros mixtos imperfectos, no la tienen.

Y porque las cosas que tienen vida son más perfectas que las que carecen de ella, resplandece más en éstas la sabiduría y providencia del Creador, y cuanto fuere más perfecta la vida, tanto más claro testimonio nos da del artífice que la hizo, como en el proceso se verá. Porque no es Dios, como suelen decir, allegador de la ceniza y derramador de la harina, mas antes cuanto son las cosas más perfectas, tanto mayor cuidado y providencia tiene

de ellas y tanto más descubre en ellas la grandeza de su sabiduría.

Y porque supiésemos que a Él solo debíamos ese tan general beneficio de los frutos de la tierra, los crió al tercero día, que fué antes que criase el sol y la luna y los otros planetas, con cuya virtud e influencias nacen y se crían las plantas, y antes que hubiese semillas de do naciesen, como ahora nacen. De manera que la virtud sola de su omnipotente palabra suplicó la causa material y eficiente de todas las plantas y árboles de la tierra.

Toda esta variedad de especies innumerables no le costó más que solas estas palabras (Gén. 1, 24): Produzca la tierra yerba verde, que tenga dentro de sí su semilla, y árboles frutales según sus especies. Oído, pues, este mandamiento, luego parió la tierra, y se vistió de verdura, y recibió virtud de fructificar, y se atavió y hermoseó con diversas flores.

La hermosura de los campos. Mas ¿quién podrá declarar la hermosura de los campos, el olor, la suavidad y el deleite de los labradores? ¿Qué podrán nuestras palabras decir de esta hermosura? Mas tenemos testimonio de la Escritura, en la cual el santo patriarca comparó el olor de los campos fértiles con la bendición y gracia de los santos (Gen. 27, 27). El olor, dijo Él, de mi hijo es como el del campo lleno.

¿Quién podrá declarar la hermosura de las violetas moradas, de los blancos lirios, de las resplandecientes rosas, y la gracia de los prados, pintados con diversos colores de flores, unas de color de oro, y otras de grana, otras entreveradas y pintadas con diversos colores, en las cuales no sabréis qué es lo que más os agrade, o el color de la flor, o la gracia de la figura, o la suavidad del olor? Apaciéntanse los ojos con este hermoso espectáculo, y la suavidad del olor que se derrama por el aire deleita el sentido del oler.

Tal es esta gracia, que el mismo Criador la aplica a sí, diciendo: La hermosura del campo está en mí. Porque ¿qué otro artífice fuera bastante para criar tanta variedad de cosas tan hermosas?

Poned los ojos en el azucena, y mirad cuánta sea la blancura de esta flor, y de la manera que el pie de ella sube a lo alto acompañado con sus hojicas pequeñas, y después viene a hacer en lo alto una forma de copa, y dentro tiene unos granos como de oro, de tal manera cercados que de nadie puedan recibir daño. Si alguno cogiere esta flor y le quitare las hojas, ¿qué mano de oficial podrá hacer otra que iguale con ella?, pues el mismo

Criador las alabó, cuando dijo que ni Salomón en toda su gloria se vistió tan ricamente como una de estas flores.

El germinar de las plantas. ¿Maravillámonos que tan presto haya engendrado la tierra? Cuánto mayor maravilla es si consideramos cómo las semillas esparcidas en la tierra no dan fruto, sino mueren primero; de manera que cuanto más pierden lo que son, tanto mayor fruto dan. Regálase San Ambrosio en este lugar contemplando y pintando con palabras de la manera que crece un grano de trigo, para enseñar con su ejemplo a contemplar y hallar a Dios en todas las cosas, y así dice: Recibe la tierra el grano de trigo, y después de cubierto, ella como madre lo recoge en su gremio, y después aquel grano se resuelve y convierte en yerba. La cual, después de haber crecido, produce una espiga con unas pequeñas vainicas, dentro de las cuales se forma el grano, para que con esta defensa ni el frío le dañe, ni el ardor del sol lo queme, ni la fuerza de los vientos ni de las muchas aguas maltraten al fruto recién nacido.

Y esa misma espiga se defiende de las avecillas, no sólo con las vainicas en que está el grano encerrado, sino mucho más con las aristas que a manera de picas están asestadas contra la injuria de estas avecillas. Y porque la caña delgada no podría sufrir el peso de la espiga, fortalécese con las camisas de las hojas de que está vestida, y mucho más con los nudos que tiene repartidos a trechos, que son como rafas de ladrillo en las paredes de tapia para asegurarlas. De lo cual carece el avena, porque como no tiene en lo alto carga, no tuvo necesidad de esta fortificación. Porque aquel sapientísimo artífice, así como no falta en lo necesario, así no hace cosas superfluas.

De la variedad de legumbres para nuestro sustento. Debajo de este nombre de yerba se entienden no solamente las mieses, de que ahora acabamos de tratar, sino también muchas diferencias de legumbres criadas para ayuda de nuestro mantenimiento, de las cuales unas se guardan secas para todo el año y otras de que luego nos servimos cuando han crecido. Y de éstas, unas se crían debajo de la tierra, y otras encima de ella. Y entre éstas entran las que crían dentro de sí pepitas, que después sirven de semilla para volver a nacer, entre las cuales se cuentan aquellas por quien suspiraban los hijos de Israel en el desierto.

Y en esto se ve la providencia de aquel soberano Gobernador, el cual, así como crió frutas frescas acomodadas

al tiempo del estío, para refrigerio de nuestros cuerpos, así también crió legumbres proporcionadas a la cualidad de este mismo tiempo.

De modo que no contento con la provisión de tantas carnes de animales, de peces, de aves, de árboles frutales y de mieses abundosas, acrecentó también esta providencia de legumbres, para que ningún linaje de mantenimiento faltase a los hombres, que tan mal saben agradecerlo, pues aprovechándose del beneficio, no saben levantar los ojos a mirar las manos del que lo da, no sólo a los buenos, sino también a los malos, por amor de los buenos, así como proveyendo a los hombres no se olvidó de los animales por amor de los hombres.

Lo cual no calló el Profeta cuando dijo que el Señor producía en los montes heno y yerba para el servicio de los hombres. Y dice de los hombres porque, aunque no sea éste su mantenimiento, eslo de los criados que están diputados para su servicio, que son los brutos animales.

Reflexiones acerca de los ricos avarientos. Pues por lo dicho se entenderá que no sólo son bárbaros los hombres que andan desnudos como salvajes debajo de la línea equinoccial, sino también muchos de los que arrastran sedas y terciopelos, lo cual se entenderá por este ejemplo.

Si un caballero andando camino viniese a parar a casa de un labrador rico, y éste, sin tenerle alguna obligación, le hospedase con toda la humanidad y aparato que le fuese posible, y le pusiese una mesa llena de todos los mejores manjares y aves que él tuviese en su casa, si, acabada la comida, el caballero se partiese sin despedirse, ni dar gracias a su huésped, ni hablarle una sola palabra de humanidad o de agradecimiento, ¿qué diríamos de este hombre? Diríamos que era más que bárbaro, y soberbio, e inhumano, y apenas le tendríamos por hombre.

Pues, según esto, ¿en qué predicamento pondremos a muchos hombres ricos y poderosos que, asentándose cada día a la mesa, y viéndola llena de preciosos y diversos manjares que Dios crió, no para sí ni para los ángeles, sino para sólo refrigerio y mantenimiento de los hombres, ni dan gracias a quien así los proveyó y hospedó en esta su gran casa del mundo, sin tenerles obligación alguna, y ni les pasa por pensamiento, viendo cada día la mesa llena de sus beneficios, acordarse de tan largo y magnífico bienhechor y proveedor?

Pues ¿quién me negará ser más que bárbaros los que con este tan grande olvido viven? Tal era aquel rico avariento del Evangelio, que, comiendo cada día espléndida-

mente, ni se acordaba de Dios, ni del pobre Lázaro que tenía delante.

De la hermosura y variedad de las flores. Toda esta tan grande provisión y abundancia de cosas que la tierra da, declara la providencia que Nuestro Señor, como un padre de familia, tiene de su casa, para sustentar, curar y proveer a sus criados.

Mas ¿qué diremos de tantas diferencias de flores tan hermosas, que no sirven para mantenimiento, sino para sola recreación del hombre? Porque ¿para qué otro oficio sirven las clavellinas, los claveles, los lirios, las azucenas y alhelíes, las matas de albahaca, y otras innumerables diferencias de flores de que están llenos los jardines, los montes, y los campos y los prados, de ellas blancas, de ellas coloradas, de ellas amarillas, de ellas moradas, y de otros muchos colores, junto con el primor y artificio con que están labradas, y con la orden y concierto de las hojas que las cercan, y con el olor suavísimo que muchas de ellas tienen? ¿Para qué, pues, sirve todo esto, sino para recreación del hombre, para que tuviese en qué apacentar la vista de los ojos del cuerpo, y mucho más los del alma, contemplando aquí la hermosura del Criador y el cuidado que tuvo no sólo de nuestro mantenimiento, como padre de familia para sus criados, sino como padre verdadero para con sus hijos, e hijos regalados?

Y como tal no se contenta con proveerlos de lo necesario para su conservación, sino también de cosas fabricadas para su recreación. Y así quiso que no sólo el resplandor de las estrellas que en las noches serenas vemos en el cielo, sino también los valles abundosos y los prados verdes, pintados con diversas flores, nos fuesen como otro cielo estrellado, que por una parte recreasen nuestra vista con suavidad y hermosura y por otra nos despertasen a alabar al Criador, que todo esto trazó y crió, no para sí, ni para los ángeles, ni para los brutos, sino para sólo el gusto y honesta recreación del hombre.

Consideración filosófica. Pongamos ahora esto en práctica, y mirando entre otras flores una mata hermosa de claveles, tomemos uno en la mano y comencemos a filosofar de esta manera. ¿Para qué fin crió el Hacedor esta flor tan hermosa y olorosa, pues no hace cosa sin algún fin? No, cierto, para mantenimiento del hombre, ni tampoco para medicina o cosa semejante.

Pues ¿qué otro fin pudo aquí pretender sino recrear nuestra vista con la hermosura de esta flor, y el sentido del

oler con la suavidad de su olor? Y no pare sólo aquí, sino proceda más adelante, considerando cuántas otras diferencias de flores crió para lo mismo, y sobre todo esto, cuántas de piedras preciosas que no menos, sino mucho más, alegran este sentido.

Y allende de esto, ¡cuántas otras cosas hizo para recrear los otros sentidos! ¡Cuántas músicas de aves para el sentido del oír! ¡Cuántas especies aromáticas para el del oler! ¡Cuánta infinidad de sabores para el del gustar!

Pues ¡cuánto se declara en esto la benignidad y suavidad de aquel soberano Señor, el cual, al tiempo que criaba las cosas, tuvo tanta cuenta con el hombre, que no sólo crió para él tanta muchedumbre de manjares y de todo lo demás que le era necesario, pues todo este mundo visible le sirve, sino también tuvo especial cuidado de criar tantas diferencias de cosas para su honesta recreación, y esto tan abastadamente, que ninguno de los sentidos corporales carezca de sus propios objetos en que se deleite! Pues ¿qué cosa más propia de padre amoroso para sus hijos, y aun hijos, como dije, regalados?

Y no contento con esto, también crió árboles para sólo este efecto, como es el laurel, el arrayán, el ciprés, los cedros olorosos, y los álamos, y la yedra, que viste de verdura las paredes de los jardines y les sirve de paños de armar, y otros árboles de esta cualidad, los cuales, como carezcan de fruto, para sola la recreación de nuestra vista parece haber sido criados, la cual es tal, que pudo decir el Eclesiástico (40, 22): Los ojos huelgan con la gracia de la hermosura, pero a ésta hace ventaja la verdura de los sembrados.

Mas querer contar la muchedumbre de las yerbas y las virtudes y propiedades de ellas, cosa es que fué reservada a Salomón, del cual dice la Escritura (III Rey. 4, 33) que trató de todas las plantas, desde el cedro del monte Líbano hasta que nace en la pared. Mas esto nos consta, que no menos está poblada la tierra de plantas que la mar de peces; antes se hallan muchos mares sin pescados, y apenas se hallará palmo de tierra que no esté vestido de verdura en su tiempo, sin haber quien la siembre o la labre, obedeciendo ella al principio que le fué puesto por el Criador.

De la diferencia de árboles.

Después de la yerba mandó el Criador también a la tierra que produjese todo género de árboles, cuyas diferencias y especies tampoco se pueden explicar, como las de las otras plantas. De las cuales unos son fructuosos, otros estériles; unos que dan mantenimiento para

los hombres, otros para las bestias; unos que nunca despiden la hoja, otros que cada año la mudan; unos que, como dijimos, no sirven más que de frescura y sombra, y otros que sirven para otros usos, y así hay otras diferencias semejantes.

Y entre los que son fructuosos, unos dan fruta para el tiempo del verano, otros del invierno, y otros para todo tiempo. Y en los unos y en los otros es mucho para considerar la traza y orden de la divina Providencia, la cual reparte estos árboles por diversos géneros, y debajo de cada género pone diversas especies, que se comprenden debajo de ellos, así para que haya abundancia de mantenimiento para los hombres como para quitarles el hastío con la variedad de los frutos.

Pongamos ejemplos. Debajo del ciruelo ¡cuántas especies hay de ciruelas: de ellas tempranas, de ellas tardías, de ellas de un color y de una figura, de ellas de diversos colores y figuras! Debajo del género de uvas, ¡cuántas diferencias hay de uvas! Debajo del peral, ¡cuántas diferencias de peras! Debajo de la higuera, ¡cuántas diferencias y colores de higos! Debajo del pero y del manzano, ¡cuántas especies de peros y de manzanas! Debajo del limón, ¡cuántas especies de limas y de limones!

De esta manera, aquel sapientísimo gobernador repartió las cosas por sus linajes y castas, como aquí vemos. Lo cual, como dijimos, sirve para que nunca nos falte este linaje de mantenimiento, porque de esta manera suceden unas frutas a otras, que son las tardías a las tempranas, y por esta causa en el mismo árbol no viene toda la fruta junta en un mismo tiempo, como se ve en las higueras, sino poco a poco, después que madura una parte de fruta del mismo árbol, va madurando la otra, para que así dure más días el fruto de él.

Y vese más claro el regalo de esta providencia en las frutas del estío. Porque con el calor y sequedad del tiempo, los cuerpos naturalmente desean refrigerio de las frutas frías y húmedas, para lo cual acudió el Criador con tantas diferencias, no solamente de frutas, sino también de legumbres acomodadas a la cualidad de este tiempo.

Pues ¿por qué el hombre desconocido no tendrá cuenta con quien así la tuvo con su refrigerio y regalo? Ni hace contra esto que muchos enferman con la fruta, porque esto no es culpa de la fruta, sino del hombre destemplado, que usa mal de los beneficios divinos, así como no es culpa del vino que muchos se tomen de él, sino del abuso de los hombres.

De la vida de los árboles. Ni menos resplandece la sabiduría divina en la fábrica de cualquier árbol.

Porque primeramente, como el que quiere hacer una casa, primero abre los cimientos sobre que se ha de sostener el edificio, así el Creador ordenó que la primera cosa que hiciese la planta o la semilla antes que suba a lo alto fuese echar raíces en lo bajo, y éstas proporcionadas a la altura del árbol; de modo que cuanto el árbol sube más a lo alto, tanto más hondas raíces va siempre echando en lo bajo. Esto hecho, sale de ahí luego el tronco, que es como una columna de todo el edificio, de donde procede la copa del árbol con sus ramas extendidas a todas partes, recreando la vista con sus flores y hojas, y ofreciéndonos después liberalmente los frutos ya sazonados y maduros.

Donde también es cosa de notar lo que advirtió muy bien Séneca, que siendo tantas las diferencias de estas hojas, cuantas son las de los árboles y matas y yerbas, que son innumerables, ninguna se parece del todo con otras, sino que siempre, o en la grandeza, o en la figura, o en la color, o en otras cosas tales, vemos diferenciarse las unas de las otras.

Y lo mismo notó en la diversidad de los rostros de los hombres, que, siendo innumerables, apenas hay uno que se parezca con el otro; tan grande es la virtud de aquel soberano pintor, el cual en tantas cosas nos descubre la grandeza de su arte y sabiduría.

Ni es menos de considerar la manera en que estos árboles y todas las plantas se mantienen. Porque en las raíces tienen unas barbillas, por las cuales atraen el humor de la tierra, que con el calor del sol sube a lo alto por el corazón y corteza del tronco, y por todos los poros del árbol, para cuya conservación sirven esas mismas cortezas, que son como camisas o ropas que lo abrigan y visten.

Tienen también las hojas, a manera del cuerpo humano, sus venas, por donde este jugo corre y se reparte, de tal manera trazada, que en medio está la vena mayor, que divide la hoja en dos partes iguales, y de ésta se enraman todas las venas, adelgazándose más y más, hasta quedar como cabellos, por las cuales se comunican el alimento a toda la hoja. Lo cual noté yo en unas hojas de un peral, de las cuales se mantienen unos gusanillos que comían lo más delicado de la sobrehaz de la hoja, y así quedaba clara aquella maravillosa red y tejedura de venas muy menudas que allí se descubrían.

Pues de esta manera no sólo se mantiene el árbol, sino también crece mediante la virtud del alma vegetativa, y

crece más que cualquiera de los animales que tienen la misma alma. Y entre otras causas de este crecimiento, una es que los brutos no sólo se ocupan en sustentar el cuerpo, sino también en las obras que se llaman animales, de los sentidos, del cual oficio carecen las plantas, y por eso, como más desocupadas, crecen más. Y de aquí procede que los hombres estudiosos o dados a la contemplación tienen los cuerpos más flacos, porque ejercitan más estas operaciones animales, no de los sentidos exteriores, sino de los interiores, y la virtud repartida es más flaca que la que está junta.

Hermosura y variedad de los árboles frutales.

Pues la hermosura de algunos árboles, cuando están muy cargados de fruta ya madura, ¿quién no la ve? ¿Qué cosa tan alegre a la vista como un manzano o camueso, cargadas las ramas a todas partes de manzanas, pintadas de tan diversos colores y echando de sí un tan suave olor? ¿Qué es ver un parral y ver entre las hojas verdes estar colgados tantos y tan grandes y tan hermosos racimos de uvas de diversas castas y colores? ¿Qué son éstos sino unos como joyeles que penden de este árbol?

Ni tampoco se olvidó la Providencia de la guarda de los frutos ya maduros, porque para esto antes proveyó que los árboles tuviesen hojas, no sólo para hermosura y sombra, sino para defender la fruta de los ardores del sol, que en breve espacio la secaría. Y cuando el fruto de estos árboles es más tierno, como lo es el de las higueras y vides, tanto proveyó que las hojas fuesen mayores, como lo vemos en éstos. Mas no quiso que las hojas fuesen redondas, sino arpadas y abiertas por algunas partes, para que de tal manera defendiesen del sol, que también dejasen estos postigos abiertos para gozar templadamente de los aires y de él.

Pero más aún se descubre esta providencia en la guarda de otros frutos que están en mayor peligro, cuales son los de los árboles muy altos y ventosos, de los cuales algunos nacen en la cumbre de los montes, como son los pinos, cuya fruta no se lograría si el Creador no le pusiera una tan fiel guarda como es la piña, donde con tan maravilloso artificio está el fruto en sus casicas abovedadas, tan bien aposentado y guardado, que toda la furia de los vientos no basta para derribarlo.

También los nogales son árboles grandes y altos, y no menos lo son los castaños, que es mantenimiento de gente pobre cuando les falta el pan, los cuales a veces están plantados en lugares montuosos, y así muy sujetos al ímpetu y

frialdad de los vientos. Por lo cual los vistió y abrigó el Creador con aquel erizo que vemos por defuera y después con dos túnicas, una más dura y otra más blanda, que viste el fruto, que son como la duramáter y piamáter que cercan y guardan los sesos de nuestro cerebro. Y casi lo mismo podemos decir de las nueces, que también nacen bien arropadas y guardadas de las injurias de los soles y aires.

Y porque algunos llevan fruta notablemente grande y pesada, como son los membrillos y los cidros, proveyó el autor que las ramas o varas de que esta fruta pende fuesen muy recias, como son las de los membrillos, con que los santos mártires eran cruelmente azotados. Y porque las cidras son aún mayores, proveyó que las ramas de que cuelgan no sólo fuesen recias y gruesas, sino que estuviesen también derechas, para que mejor pudiesen soportar la carga, porque hasta en esto se vea cómo en ninguna cosa criada se durmió ni perdió punto aquella soberana providencia y sabiduría del Creador.

Del artificio de las granadas.

Pues el artificio de una hermosa granada, ¡cuánto nos declara la hermosura y artificio del Creador! El cual, por ser tan artificioso, no puedo dejar de representar en este lugar.

Pues primeramente Él las vistió por defuera con una ropa hecha a su medida, que la cerca toda y la defiende de la destemplanza de los soles y aires, la cual por defuera es algo tiesa y dura, mas por dentro más blanda, porque no exaspere el fruto que en ella se encierra, que es muy tierno; mas dentro de ella están repartidos y asentados los granos por tal orden, que ningún lugar, por pequeño que sea, queda desocupado y vacío. Está toda ella repartida en diversos casco y casco, y se extiende una tela más delicada que un cendal, la cual los divide entre sí. Porque como estos granos sean tiernos, consérvanse mejor divididos con esta tela que si todos estuvieran juntos.

Y allende de esto, si uno de estos cascos se pudre, esta tela defiende a su vecino, para que no le alcance parte de su daño. Porque por esta causa el Creador repartió los sesos de nuestra cabeza en dos senos o bolsas, divididos con sus telas, para que el golpe o daño que recibiese la una parte del cerebro no llegase a la otra.

Cada uno de estos granos tiene dentro de sí un osecico blanco, para que así se sustente mejor lo blando sobre lo duro, y al pie tiene un pezoncico tan delgado como un hilo, por el cual sube la virtud y jugo desde lo bajo de la raíz hasta lo alto del grano; porque por este pezoncico se

ceba él, y crece, y se mantiene, así como el niño en las entrañas de la madre por el ombliguillo. Y todos estos granos están asentados en una cama blanda, hecha de la misma materia de que es lo interior de la blusa que viste toda la granada.

Y para que nada faltase a la gracia de esta fruta, remátase toda ella en lo alto con una corona real, de donde parece que los reyes tomaron la forma de la suya.

En lo cual parece haber querido el Creador mostrar que era ésta reina de las frutas. A lo menos en el color de sus granos, tan vivo como el de unos corales, y en el sabor y sanidad de esta fruta, ninguna le hace ventaja. Porque ella es alegre a la vista, dulce al paladar, sabrosa a los sanos y saludable a los enfermos, y de cualidad que todo el año se puede guardar.

Pues ¿por qué los hombres, que son tan agudos en filosofar en las cosas humanas, no lo serán en filosofar en el artificio de esta fruta, y reconocer por él la sabiduría y providencia del que de un poco de humor de la tierra y agua cría una cosa tan provechosa y hermosa? Mejor entendía esto la Esposa en sus Cantares (7, 12), en los cuales convida al Esposo al zumo de sus granadas y le pide que se vaya con ella al campo para ver si han florecido las viñas y ellas.

La vid simbólica. Y porque aquí se hace mención de la viñas, no será razón pasar en silencio la fertilidad de las vides.

Porque con ser la vid un árbol tan pequeño, no es pequeño el fruto que da. Porque da uvas casi para todo el año, da vino que mantiene, esfuerza y alegra el corazón del hombre, da vinagre, da arrope, da pasas, que es mantenimiento sabroso y saludable para sanos y enfermos. Por eso no es mucho que aquella eterna Sabiduría compare los frutos que de ella proceden a los de este arbolito tan fértil.

Y el Salvador en el Evangelio (Jn. 15, 5) con él también se compara, hablando con sus discípulos y diciendo: Yo soy vid, y vosotros los sarmientos. Por donde así como el sarmiento no puede fructificar si no está unido con la vid, así tampoco vosotros si no estuviereis en mí.

Y aunque este árbol sea tan pequeño y no pueda por sí subir a lo alto, no le faltó remedio para eso, porque de él proceden unos ramalicos retortijados, con los cuales se prende en las ramas de los árboles y sube cuanto ellos suben, especialmente cuando se juntan con árbol muy alto.

En lo cual parece estar expresa la imagen de nuestra redención, porque de esta manera subimos los hombres, con ser criaturas tan bajas, si nos comparamos con los

ángeles, arrimándonos a aquel alto cedro del monte Líbano, que es Cristo nuestro redentor, uniéndonos con Él, no con los ramales de la vid, sino con lazos de amor, con los cuales, según dice el Apóstol, resucitamos con Él y subimos al cielo con Él.

Lo cual declara San Gregorio por estas palabras: No podía aquella alteza divina ser vista de nosotros, y por esto se bajó y postró en la tierra, y tomónos sobre sus hombros, y levantándose Él, levantámonos todos juntos con Él, pues por el misterio de su encarnación quedó la naturaleza humana, cuanto a este deudo y parentesco, sublimada y ennoblecida sobre los mismos ángeles.

De la utilidad de los árboles silvestres. Y porque en la división de los árboles que arriba hicimos entran los árboles estériles y silvestres, también es razón declarar en esto el cuidado de la Providencia divina, la cual, viendo cómo los hombres tenían necesidad de mantenimiento para sustentarse, así la tenían también de casas para aposentarse y defenderse de las injurias de los tiempos, crió árboles y acomodados para este fin.

Porque así como ordenó que los frutales fuesen por la mayor parte bajos y parrados, para que más fácilmente se cogiese el fruto de ellos, así quiso que los que crió para los edificios fuesen altos y muy derechos, como son los pinos reales, los altos robles, los álamos blancos y otros semejantes, porque tales convenía que fuesen para los grandes maderamientos. Mas la otra infinita chusma de árboles silvestres sirve para pasto de muchos animales que se mantienen de las ramas y cortezas de ellos, y sirven también para el fuego, el cual nos es grandemente necesario, no sólo para nuestro abrigo, sino también para nuestro mantenimiento y para otros muchos oficios.

En lo cual se ve que ninguna cosa hay tan vil y baja en los campos, que no sea necesaria para provisión de nuestra vida, que como es tan flaca, tiene necesidad de cuanto en este mundo se ve, para que se conserve.

Y de los aromáticos. Y porque nada faltase a las necesidades y usos de la vida humana, crió aquella mano liberalísima otro género de árboles para otros usos diferentes de los pasados.

Porque crió árboles aromáticos, como es el de la canela y el que llaman palo de águila, que es de suavísimo y muy saludable olor, y otros también, de cuyas lágrimas procede el bálsamo en las partes de Oriente y el ámbar en Africa y Egipto, que, siendo lágrima de un árbol, viene

a estar tan duro como una piedra, dentro del cual se ven pedacicos de hojas de árboles o animalicos que cayeron en él cuando estaba tierno.

De cómo se conserva el reino vegetal. Mas al fin de esta materia no es razón echar en olvido el cuidado que la divina Providencia tuvo de la conservación de las especies de todas las cosas corruptibles, y especialmente de las plantas.

Para lo cual proveyó dos cosas, la una, que fuese tanta la abundancia de semillas que cada una de las plantas produjese, que nunca pudiese faltar semilla de que la tal planta otra vez se produjese. La otra fué haber puesto tan maravillosa virtud en cada semilla de éstas, que de un grano o pepita muy pequeña naciese una grande mata, la cual también produjese esta tan grande abundancia de semillas para su reparación.

Lo uno y lo otro veremos en un mostazo, de que el Salvador hace mención en el Evangelio, el cual lleva granicos de mostaza en tanta abundancia como vemos, y cada granico de éstos, después de sembrado, produce otra planta cargada de millares de ellos. Asimismo, de una pepita de melón nace una mata de melones, y en cada melón tanta abundancia de pepitas para reparar y conservar esta especie. Pues ¿qué diré de la pepita del naranjo sembrado? ¡Cuántas otras naranjas y pepitas lleva, y esto cada un año!

Pues, de esta manera, ¿cómo han de faltar en el mundo las especies de las plantas, teniendo tan copiosa materia para repararse, cuantos granos de semillas lleva cada una? En lo cual vemos cuán bien sabe Dios proveer lo que Él quiere proveer.

Y con este ejemplo podemos muy bien filosofar y entender cuán copiosa haya sido la redención que Él nos envió mediante el misterio de la Encarnación de su unigénito Hijo. Porque, si tan copioso fué el remedio que proveyó para conservar las especies de las plantas, ¿cuán copioso sería el que proveyó para reparar y santificar la especie de los hombres? Lo cual no calló el Apóstol cuando dijo (Ef. 2, 7) que eran incomprensibles las riquezas de gracia que trajo el Hijo de Dios al mundo. Ni lo calló el mismo Señor cuando dijo (Jn. 10, 10): Yo vine al mundo para dar a los hombres vida, y muy abundante y copiosa vida.

CAPITULO XIX

DE LA VARIEDAD Y PERFECCIÓN DE LOS ANIMALES

Otro grado de vida más perfecto tienen los animales, mayormente los que llamamos perfectos, que las plantas, de que hasta aquí habemos tratado, porque tienen sentido y movimiento, y cuanto éstos son más perfectos que las plantas, tanto nos dan mayor noticia del Creador, el cual tiene mayor providencia de las cosas más perfectas.

Y así hay libros de grandes autores, y aun de reyes ilustres, los cuales, maravillándose de la fábrica de los cuerpos de los animales, y mucho más de las habilidades que tienen para su conservación, se dieron a inquirir las naturalezas y propiedades de los animales. Aquel grande Alejandro, que no parece haber nacido más que para las armas, en medio de este negocio, que basta para ocupar todo el hombre, deseó tanto saber las propiedades y naturaleza de los animales, que mandó a todos los cazadores, y pescadores, y monteros, y pastores de ganado, y criadores de aves o animales que había en toda Grecia y Asia que obedeciesen a Aristóteles y le diesen noticia de todo lo que cada uno en su facultad supiese, para que él escribiese aquellos tan alabados *Libros de los animales*. Y todo esto se hacía por un pequeño gusto que la curiosidad del ingenio humano recibe con el conocimiento de semejantes cosas. Era éste ciertamente pequeño premio de tan gran trabajo.

Maravilloso, mas no increíble.

Mas ¿cuánto mayor lo es el que se promete al varón religioso en esta consideración, pues por ella se levanta sobre las estrellas y sobre todo lo creado, y sube al conocimiento de aquel soberano Hacedor, en el cual conocimiento está gran parte de nuestra bienaventuranza? Y así, dice Él por Jeremías (9, 23): No se gloríe el sabio en su sabiduría, ni el esforzado en su valentía, ni el rico en sus riquezas, sino en esto se gloríe el que se quiere gloriar, que es tener conocimiento de mí. Pues para este conocimiento tan grande se ordena este tratado.

En el cual, si fuere más largo de lo que conviene a filósofo, pues ésta es propia materia de filósofos, no se me ponga culpa, pues yo no la trato aquí como filósofo, sino

como quien trata de la obra de la creación, que es propia de la teología, mayormente refiriéndose toda ella al conocimiento del Creador.

También lo hice por ser esta materia más suave y apacible al lector, el cual no podrá muchas veces dejar de maravillarse de la sabiduría y providencia de Dios, que en estas cosas singularmente resplandece. Donde verá cosas al parecer tan increíbles, que le será necesario recorrer a aquella memorable sentencia de Plinio, el cual dice a este propósito que es tan grande la majestad de las obras de naturaleza, que muchas veces sobrepuja la fe y credulidad humana.

Mas quien considerare que en todos los animales suple Dios la falta que tienen de razón, con su providencia, obrando en ellos por medio de las inclinaciones e instintos naturales que les dió, lo que ellos obraran si la tuvieran perfecta, no le será increíble lo que en esta materia se dijere.

Porque el que por sola su voluntad y bondad los crió y quiso que permaneciesen en el ser que les dió, estaba claro, pues sus obras son tan perfectas, que les había de dar todo lo que les era necesario para su conservación, obrando Él en ellos lo que para esto les convenía. Y así dice Santo Tomás [1] que todos estos animales son instrumentos de Dios, el cual, como primera y principal causa, los mueve a todo lo que les conviene, mediante aquellas inclinaciones e instintos naturales que les dió cuando los crió.

Mas por cuanto arriba dijimos que no para Dios en sola esta provisión de los animales, sino pasa más adelante a manifestar por este medio su gloria, la cual tanto más perfectamente se descubre cuanto más y mayores maravillas en esto hace, por esto no debe nadie tener por increíbles las cosas que acerca de esto se dijeren, pues así la causa eficiente, que es Dios, como la final, que es la manifestación de su gloria, hacen todas estas obras tanto más creíbles cuanto son más admirables y mayor testimonio nos dan de la gloria del Creador.

El instinto suple a la razón. Sirve también para esta credulidad aquella memorable sentencia de Aristóteles, el cual dice que las obras de los animales tienen grande semejanza con las de los hombres. Porque lo que éstos hacen para su conservación, hacen también aquéllos para la suya. Lo cual, dejados aparte otros infinitos ejemplos, prueba con el arte

[1] Santo Tomás, *Suma Teológica*, I-II, q. 1, art. 2.

con que edifica su nido la golondrina. Porque, como el albañil, cuando quiere envestir una pared con barro, mezcla pajas con el barro para trabar lo uno con lo otro, así también lo hace ella en la fábrica de su nido. Y así todo lo demás de él hace tan proporcionado a la creación de sus hijuelos, como cualquier hombre de razón lo hiciere.

Y según la sentencia de este gran filósofo, cuanto las obras de los animales fueren más semejantes a las de los hombres, tanto son por esta parte más creíbles, aunque a los que esto no consideran, parezcan más increíbles. A los hombres dió el Creador entendimiento y razón para que ellos se provean de todo lo necesario para su conservación, aunque para esto sean infinitas cosas necesarias, porque la razón sola basta para descubrirlas e inventarlas.

Mas, con todo eso, no está Dios atado a conservar la vida de los animales por este medio, porque sin él puede imprimir en ellos tales inclinaciones e instintos naturales, que con éstos hagan todo lo que hicieran si tuvieran razón, no sólo tan perfectamente como los hombres, sino muy más perfectamente. Porque más ciertos son ellos, y más infalibles, y más regulares, y más constantes en las obras que pertenecen a su conservación, que los hombres en las suyas. Y aun pasan más adelante de ellos, así en el conocimiento de sus medicinas como en adivinar las mudanzas de los aires y de los tiempos, que los hombres no saben sino aprendiéndolas de ellos.

Pues en esto manifestó el Creador la grandeza de su poder y de su sabiduría y providencia, porque con ser innumerables las especies de los animales que hay en la mar, y en la tierra, y en el aire, que parecen más que las estrellas del cielo, en ninguna de ellas, por pequeña que sea, se descuidó ni en un solo punto, porque en todas ellas puso tantas y tan diversas habilidades y facultades para su conservación cuantas ellas son, que son casi infinitas.

Pues ¿quién no quedará atónito considerando la grandeza de aquel poder y de aquella sabiduría y providencia, que tantas y tan grandes maravillas obró en tantas diferencias de criaturas, y lo que más es, con una sola palabra?

De cuán maravillosamente se mantienen los animales.

Comenzando a tratar de las propiedades comunes de los animales, la primera cosa que nos conviene advertir en esta materia es la perfección y hermosura de la divina Providencia, la cual, ya que por su infinita bondad se determinó de criarlos para el servicio del hombre, por el mismo caso tam-

bién se determinó de proveerlos de todo aquello que fuese necesario para conservarse en ese ser que les dió, que es para mantenerse, para defenderse, para curarse en sus dolencias y para criar sus hijos, sin que para cada cosa de éstas le faltase punto.

Pues para esto primeramente crió diversas diferencias de manjares, proporcionados a todas las especies de los animales, de los cuales unos se mantienen de carne, otros de sangre, otros de hierba, otros de rama, otros de grano y otros de gusanillos que andan por la tierra o por el aire.

En lo cual es mucho para considerar la provisión y recaudo de esta soberana Providencia. Porque siendo innumerables las especies de los animales grandes y pequeños, y siendo tan diferentes los mantenimientos de ellos, a ninguno, por pequeñito y despreciado que sea, falta su propio mantenimiento. Que es aquella maravilla que canta el Profeta cuando dice que el Señor da de comer a toda carne (Salm. 135, 25). Y en otro lugar (Salm. 146, 9): Da, dice él, su pasto y mantenimiento a las bestias y a los hijuelos de los cuervos que lo llaman.

Esto es aún más admirable en las avecicas pequeñas, que no pacen hierba. Porque vemos en España por principio del mes de mayo, cuando no hay grano de trigo, ni de cebada, ni de linaza, ni de mijo en los campos, tanta abundancia de golondrinas, así padres como hijos recién criados, que no hay iglesia, ni casa, ni aldea tan apartada que no esté llena de ellas. Y lo mismo podemos decir de los pajarillos que llaman pardales, pues apenas se hallará agujero de casa sin ellos. Callo otras muchas especies de avecillas de este tamaño.

Pregunto pues: ¿de qué se mantienen tantas bocas de padres e hijos en tiempo que aun no hay grano, como digo, en los sembrados? Cosa es ésta cierto de que puedo maravillarme, mas no dar razón. Sólo aquel Señor que en este tiempo les proveyó de su manjar sabe esto, dando en esto confianza a sus fieles siervos que no les faltará en lo necesario para la vida quien a las avecicas del campo nunca falta.

Y con este ejemplo esfuerza Él en su Evangelio nuestra confianza, diciendo (Mt. 6, 26): Poned los ojos en las aves del aire, las cuales ni siembran, ni siegan, ni recogen el trigo en sus graneros, y vuestro Padre celestial les da de comer. Pues ¿no valéis vosotros más que ellas, para que tenga Él mayor cuidado de vosotros?

Pues para proveer a los animales de su manjar les dió el Creador todas las habilidades y fuerzas y sentidos que se requerían para buscarlo.

Y comenzando por lo más general, para esto primera-

mente les dió ojos para ver el mantenimiento, y virtud para moverse a buscarlo, con los instrumentos de ella, que son pies, y alas, o cosa semejante, como las alillas que tienen los peces. Y todos ellos tienen los cuerpos inclinados a lo bajo, para tener más cerca el mantenimiento.

Y como haya muchos animales que se mantienen de la caza de los más flacos, de tal manera el Creador fabricó los cuerpos, que en ellos tengan instrumentos con que se puedan defender de la violencia de los más poderosos, por que no los consumiesen y acabasen. Y así, a unos dió ligereza de pies, a otros de alas, a otros armas defensivas, como son las conchas, y las que tienen los peces armados, como es la langosta y el lobagante, y otras ofensivas para contrastar a su enemigo, a otros astucia para esconderse en sus madrigueras y guarecerse en ellas, a otros vivir en manadas, para ayudarse de la compañía de muchos contra la fuerza de los pocos.

Y porque los animales tienen también enfermedades como los hombres, proveyóles Él de un natural instinto para curarse y buscarse los remedios de ellas.

Este mismo instinto les da conocimiento de los animales que son sus enemigos, para huir de ellos, y de los que son enemigos de sus enemigos, y los defienden de ellos. Y así la oveja huye del lobo, y no huye del mastín, siendo tan semejante a él.

Dióles también otro instinto para conocer las mudanzas de los tiempos que les han de ser contrarios, y repararse para ellos, y asimismo de la cualidad de los lugares que les son saludables o contrarios, para buscar los unos y mudarse de los otros, como lo hacen las golondrinas y otras muchas aves que van a tener los inviernos en Africa, por ser tierra caliente, y los veranos en España, que es más templada.

Tienen también muchos cuidado de proveerse de mantenimiento en un tiempo para otro, como lo hacen las abejas, que se dan prisa a hacer su miel en el tiempo del verano, para tener qué comer en el invierno.

Para la conservación de las especies. Y allende de esto, así como la divina Providencia tuvo cuidado de la conservación de las especies de las plantas, ordenando que fuesen tantas las semillas que de ellas proceden, que nunca faltase materia de donde naciesen, así también lo tuvo de la conservación de las especies de los animales, a los cuales, en cierto tiempo del año, inclina la naturaleza con tanta vehemencia a esta conservación de su especie, que nunca jamás en esto faltó ni faltará.

De lo cual no poco se maravillaron Platón en el *Timeo* y Tulio en el libro *De la naturaleza de los dioses*, considerando cuán infalible, cuán solícita es aquella divina Providencia en la conservación de las cosas que crió, pues en todos los años diputó un cierto tiempo en el cual los animales tuviesen estas inclinaciones tan vehementes, y acabado este tiempo, del todo cesasen, y volviesen a aquel reposo primero, y conversasen los machos con las hembras con toda honestidad y templanza. La cual templanza declara que en la naturaleza humana hubo corrupción de pecado, pues tan lejos está de guardar esta ley.

Mas ¡ cuán solícitos y cuidadosos son en la creación de los hijos que engendran, esto es, en mantenerlos, y defenderlos, y ponerlos en lugar seguro donde no reciban daño ! Y aunque de éstos haya muchos ejemplos, no dejaré de referir uno. Parió una perra en un monasterio nuestro tres o cuatro perrillos, los cuales, por no ser necesarios, mataron los religiosos y arrojaron por diversas partes de una huerta. Mas la madre, viéndose sin hijos, andaba todo el día oliscando por toda la huerta, hasta que finalmente los halló, y así muertos los volvió al mismo lugar donde los criaba. Viendo esto los religiosos, arrojáronlos en un tejado alto, para el cual no parecía haber subida. Mas la grandeza de este amor natural dió ingenio a la madre para que, saltando por una ventana en un tejadillo, y de aquél en otro, finalmente vino a dar en los hijos, y así volvió por los mismos pasos a traerlos a su primer lugar.

En lo cual se ve claro cuán perfecta sea aquella divina Providencia en todas las cosas, pues tanta fuerza de amor puso en los padres para la crianza de los hijos cuando son chiquitos.

Y no menos resplandece esta providencia en las aves, a las cuales dió mayor amor de los hijos, por haberles puesto mayor carga en la criación de ellos. Porque para la ligereza que les era necesaria para volar, no convenía tener ni la carga de la leche ni de los vasos de ella. Por lo cual era necesario que para mantener los hijuelos quitasen parte del mantenimiento que tenían para sí, buscado con trabajo, y lo partiesen con ellos. De donde nace que si tomáis un pajarico del nido y lo encerráis en una jaula, allí lo reconocen sus padres, y por entre las verjas le dan su ración, y parten con él lo que para sí habían buscado.

Y porque esto era más dificultoso de hacer, proveyólas el Creador de mayor amor para vencer esta dificultad, porque éste es el que todo lo puede y todo lo vence, el cual es para sí escaso, por ser piadoso y largo para el que ama. Por lo cual dijo San Bernardo : Amemos, hermanos, a Cristo, y luego todo lo dificultoso se nos hará fácil. Este

amor se ve claro en una gallina que cría, porque con ser ésta un ave muy tímida y desconfiada, si queréis llegar a los pollos que cría, comienza a graznar y engrifarse y ponerse contra vos.

Mas, volviendo a la creación de las aves, es mucho para considerar la habilidad que el Creador les dió para fabricar los nidos, tejidos a manera de cestitos proporcionados a la medida de sus hijos, y dentro del nido ponen algunas pajicas o plumillas blandas, para que los hijos aún tiernos no se lastimen con la esperanza de él. Pues ¿qué más hicieran estos padres, si tuvieran uso de razón? Y los hijicos, por no ensuciar esta cama con los excrementos del vientre, pónense al canto del nido para purgarlo, y después los padres lo echan fuera con el pico, el cual es maestro mayor, que sólo basta, así para la fábrica del nido como para la limpieza de él.

Y porque algunas aves y otros animales hay muy seguidos de los cazadores y flacos para defenderse, suplió la divina Providencia esta falta con notable fecundidad, para que así se conservase la especie, como lo vemos en las palomas y en los conejos, que casi cada mes crían, y también en las perdices, que ponen a veces veinte huevos. De donde nace que, habiendo para ellas tantos cazadores, siempre tienen qué cazar por razón de esta fecundidad.

Con armas ofensivas y defensivas.

Tienen, otrosí, todos los animales armas ofensivas y defensivas: unos, cuernos; otros, uñas, y otros, dientes; y los desarmados y tímidos tienen astucia y ligereza para defenderse de la violencia de los poderosos, como la liebre y el gamo, que, como son los más tímidos de todos los animales, así son los más ligeros.

Todos también conocen el uso de sus miembros, como lo vemos en el becerrillo y en el jabalí pequeño, los cuales, antes aún que les nazcan estas armas, acometen a herir con aquella parte donde han de nacer.

Asimismo, todos conocen la fuerza de los más poderosos, y así tiemblan las avecillas cuando suena el cascabel del gavilán. Todos, otrosí, conocen el pasto que les es saludable y el que les será dañoso, y usando del uno no tocan en el otro, por mucha hambre que tengan. Este conocimiento tienen los animales con el olor de las mismas yerbas que pacen. Porque este sentido de oler es más vivo en los brutos que en los hombres. Para lo cual escribe Galeno una experiencia que hizo poniendo otra con aceite, y otra con migas, y otra con leche: mas el cabritillo, oliendo una de éstas, la dejaba, y en llegando a la de la leche,

luego comenzó a beberla. De esta manera, pues, la divina Providencia enseña a los brutos lo que sin estudio no alcanzan los hombres.

Asimismo, todos los animales tienen habilidad para buscar su mantenimiento, como lo vemos en el perrillo, que, acabando de nacer, cerrados aún los ojos, atina luego a las tetas de la madre, y cuando no corre la leche, él la llama apretando con las manecillas la fuente de donde nace. ¿Qué más diré?

Como el Criador vió que donde faltaba la razón faltaba también habilidad para buscar el vestido y el calzado, proveyólos en naciendo, y a muchos antes que nazcan, de lo uno y de lo otro, a unos de plumas, a otros de cueros y pelos, a otros de lana, a otros de escamas, a otros de conchas; algunos de los cuales mudan cada año la ropa, mas a otros dura sin romperse ni envejecerse toda la vida.

Y sobre todas estas providencias vemos que muchos animales, sin poder hablar, tienen voces con que significan unas veces ira y braveza, otras mansedumbre, otras hambre y sed, otras dolor. También las avecillas en el nido con el chillido significan el hambre que padecen, y con él solicitan a los padres para que les den de comer.

Los animales participan a su manera de la felicidad.

Sobre todas estas cosas que son comunes a todos los animales, hay otra que grandemente declara no sólo la providencia, sino también la bondad, la suavidad y la magnificencia del Criador.

Porque no contento con haber dado ser a todos los animales y habilidades para conservarlo, dióles también toda aquella manera de felicidad y contentamiento de que aquella naturaleza era capaz. Lo uno y lo otro declaró aquel divino Cantor, cuando dijo (Salm. 144, 15): Los ojos de todas las criaturas esperan en Vos, Señor, y Vos les dais su manjar en tiempo conveniente. Esto dice por lo que toca a la provisión del mantenimiento. Y añade más: Abrís Vos vuestra mano, y henchís todo animal de bendición.

Pues por estos nombres de henchimiento y de bendición se ha de entender esta manera de felicidad y contentamiento con que este Señor hinche el pecho de todos los animales, para que gocen de todo aquello que según la capacidad de su naturaleza pueden gozar.

Pongamos ejemplos. Cuando oímos deshacerse la golondrina, y el ruiseñor, y el jilguerito, y el canario cantando entendamos que si aquella música deleita nuestros oídos. no menos deleita al pajarico que canta. Lo cual vemos

que no hace cuando está doliente o cuando el tiempo es cargado y triste.

Porque de otra manera, ¿cómo podría el ruiseñor cantar las noches enteras, si él no gustase de su música, pues, como dice la filosofía, el deleite hace las obras? Cuando vemos, otrosí, los becerricos correr con grande orgullo de una parte a otra, y los corderillos y cabritillos apartarse de la manada de los padres ancianos, y repartirse en dos puestos, escaramuzar los unos con los otros y acometer unos y huir otros, ¿quién dirá que no se haga esto con grande alegría y contentamiento de ellos?

Y cuando vemos juguetear entre sí los gatillos y los perrillos, y luchar los unos con los otros, y caer ya debajo, ya encima, y morderse blandamente sin hacerse daño, ¿quién no ve allí el contentamiento con que esto hacen?

Ni menos se huelgan los peces en nadar, y las aves en volar, y el cernícalo cuando está haciendo represas y contenencias y batiendo las alas en el aire.

Pues por lo dicho entenderemos lo que quiso significar aquel gran Dionisio, cuando dijo que Dios pretendía hacer todas las cosas semejantes a sí, cuanto lo sufre la capacidad y naturaleza de ellas.

Por donde, así como Él tiene ser, y bienaventurado ser, así quiso Él que todas las criaturas, cada cual en su manera, tuviesen lo uno y lo otro. Y para esto no se contentó con haberles dado tantas habilidades para conservarse en su ser, sino quiso también que le imitasen en esta manera de bienaventuranza y contentamiento de que las hizo capaces.

Pues ¿cuán grande argumento es este de aquella inmensa bondad y largueza, que así se comunica a todas sus criaturas y las regala? ¡Oh inmensa bondad! ¡Oh inefable suavidad! Si hiciérades, Señor, esto con las criaturas racionales, que pueden reconocer este beneficio y daros gracias por él, no fuera tanto de maravillar; mas hacerlo con criaturas que ni os conocen ni alaban ni os han de agradecer este regalo, esto nos declara la grandeza de vuestra bondad, de vuestra realeza, de vuestra nobleza y de vuestra magnificencia para con todas vuestras criaturas, pues les dais de pura gracia todo aquello de que es capaz su naturaleza, sin esperar retorno de agradecimiento por ello.

En lo cual nos dais a entender lo que tendréis guardado así en esta vida como en la otra para los que os sirven y aman, pues tal os mostráis con las criaturas insensibles que no os conocen.

De todas estas maravillas está llena, Señor, la tierra, la mar y los aires, por donde con tanta razón exclama el Profeta Real (Salm. 2, 2): Señor nuestro, ¡cuán admirable

es vuestro nombre en toda la tierra! Y por esta misma causa dice que en todo este mundo, desde el principio, donde el sol sale, hasta el fin, donde se pone, es el nombre del Señor digno de ser alabado, porque todas las cosas que vemos en Él nos dan copiosa materia de su alabanza.

CAPITULO XX

De cómo resplandece más la sabiduría y providencia del Creador en las cosas pequeñas que en las grandes

Son tantas las cosas en que aquella inmensa Majestad se quiso dar a conocer a los hombres, y resplandece en tantas cosas su providencia y sabiduría, que no sólo en los animales más grandes, sino también en los muy viles y pequeños, se ve ella muy a la clara.

Lo cual dice San Jerónimo en el epitafio de Nepociano, por estas palabras: No solamente nos maravillamos del Creador en la fábrica del cielo y de la tierra, del sol, el mar Océano, de los elefantes, camellos, caballos, onzas, osos y leones, sino también en la de otros pequeñitos animales, como es la hormiga, el mosquito, la mosca y los gusanillos, y en todos estos géneros de animalillos, cuyos cuerpos conocemos más que los nombres de ellos, y no menos en estas cosas que en las otras grandes, veneramos la sabiduría y providencia del que los hizo.

Pero a San Agustín más admirable parece el artificio del Creador en estas cosas pequeñas que en las grandes. Y así dice él: Más me espanto de la ligereza de la mosca que vuela que de la grandeza de la bestia que anda, y más me maravillo de las obras de las hormigas que de las de los camellos. Y Aristóteles dice en el primer libro *De las partes de los animales*, que ningún animalito hay tan vil y tan despreciado, en el cual no hallemos alguna cosa divina y de grande admiración.

De la fábrica y habilidades del mosquito. De esto pone un singular ejemplo Plinio [1], maravillándose más de la fábrica del mosquito que de la del elefante. Porque en los cuerpos grandes, dice él, hay

[1] Plin., l. II, c. 2.

bastante materia para que el artífice pueda hacer lo que quisiere; mas en estos tan pequeños y tan nada, ¡cuán gran concierto, cuán gran fuerza y cuánta perfección les puso, donde asentó tantos sentidos en el mosquito, donde puso los ojos, donde aplicó el gusto, donde engirió el sentido del oler, donde asentó aquel tan temeroso zumbido, y tan grande, según la proporción de su cuerpo! ¡Con cuánta sutileza le juntó las alas, y extendió los pies, y formó el vientre vacío, donde recibe la sangre que bebe, donde encendió aquella sed tan grande de sangre, mayormente de la humana! ¡Con qué artificio afiló aquel aguijón con que hiere, y con cuánta sutileza, siendo tan delgado, lo hizo cóncavo, para que por él mismo beba la sangre que con él saca!

Mas los hombres maravíllanse de los cuerpos de los elefantes, que traen sobre sí torres y castillos, y de otros grandes y fieros animales, siendo verdad que la naturaleza en ninguna parte está más entera y más toda junta que en los pequeños. Hasta aquí son palabras de Plinio, el cual con mucha razón se espanta de tantos sentidos como tiene un mosquito.

Mas especialmente causa más admiración hallarse en él ojos. Porque espántanse los anatomistas del artificio con que el Creador formó este sentido tan excelente, con que tantas cosas conocemos. Pues ¿quién no se maravilla de que ese tan artificioso y tan delicado sentido haya formado el Creador en una cabeza tan pequeña como la del mosquito y de la hormiga?

Tiene también muy vivo el sentido del oler, el cual experimentamos cada día a nuestra costa. Porque estando el hombre durmiendo en una sala grande, cubierto parte del rostro con algún lienzo por medio de él, viene él desde el cabo de la sala muy despacio con su acostumbrada música y dulzaina y acierta a asentárseos en la parte del rostro que está descubierta. Lo cual no es por la vista, porque la pieza está oscura, sino por sólo el olor, que tan agudo es.

Pues aun otra habilidad de este animalillo diré yo, que experimenté. Asentóseme uno junto a la uña del dedo pulgar de la mano, y púsose en orden, como suele, para herir la carne. Mas como aquella parte del dedo es un poco más dura, no pudo penetrarla con aquel aguijón. Yo de propósito estaba mirando en lo que esto había de parar. Pues ¿qué hizo él entonces? Tomó el aguijoncillo entre las dos manecillas delanteras, y a gran prisa comienza a aguzarlo y adelgazarlo con la una y con la otra, como hace el que aguza un cuchillo con otro. Y esto hecho, volvió a probar si hecha esta diligencia podría lo que antes no pudo. Dicen del unicornio que, habiendo de pelear con el elefan-

te, aguza el cuerno en una piedra, y esto mismo hace este animalillo para herirnos, aguzando aquél su aguijón con las manecillas.

Todo esto, pues, nos declara cuán admirable sea el Creador, no sólo en las cosas grandes, sino mucho más aún en las pequeñas.

A este propósito sirve lo que Hugo de San Víctor dice por estas palabras: Por muchas vías pueden ser las cosas admirables, unas veces por grandes, otras por muy pequeñas. Por grandes nos maravillamos de las cosas que exceden la cuantidad de las criaturas de su género. Y así nos maravillamos de los gigantes entre los hombres, y de las ballenas entre los peces, y del grifo entre las aves, y del elefante entre los animales, y del dragón entre las serpientes.

Mas por pequeñas nos maravillamos de las que entre todos los otros animales son de muy pequeños cuerpos, como es la polilla que roe los vestidos, el mosquito, y los gusanillos, y otros animalillos de esta cuantidad.

Mira luego de qué te debes maravillar más, de los dientes del jabalí o de los de la polilla; de las alas del grifo o de las del mosquito; de la cabeza del caballo o de la langosta; de las piernas del elefante o de las del mosquito; del león o de la pulga, del tigre o del galápago. En aquellas cosas te maravillas de la grandeza, aquí de la pequeñez.

A estos pequeños dió el Creador ojos, los cuales apenas pueden ver nuestros ojos, y les dió todos los otros miembros e instrumentos que eran necesarios para su conservación, con tanta perfección, que ninguna cosa vemos en los animales grandes que no la hallemos en los pequeños. Lo dicho es de Hugo.

Supuesto este fundamento, comenzaremos por un animal de los más pequeños, que es la hormiga, en la cual, siendo tan pequeña, veremos cosas verdaderamente grandes.

De la diligencia de las hormigas. Después de aquella general pérdida y desnudez que nos vino por aquel común pecado, el principal remedio que nos quedó fué la esperanza en la divina misericordia, como lo significó el Profeta cuando dijo (Salm. 4, 9): En paz dormiré y descansaré seguro, porque tú, Señor, singularmente pusiste mi remedio en tu esperanza.

Para esforzar esta virtud tenemos muchos y muy grandes motivos, de que no es ahora tiempo de tratar; mas entre éstos no pienso que mentiré si dijere que no poco se esfuerza esta virtud con la consideración de las habilidades admirables que el Criador dió a un animalillo tan despreciado, tan vil y tan inútil como es una hormiguilla,

la cual, cuando es más pequeña, tanto más declara el poder de quien tales habilidades puso en cuerpo tan pequeño.

Porque, primeramente, siendo verdad que los otros animales comúnmente no tienen más cuenta que con lo presente, porque alcanzan poco de lo futuro y de lo pasado, como dice Tulio, pero este animalillo, a lo menos por la obra, siente tanto de lo que está por venir, que se provee en el verano, como vemos, para el tiempo del invierno.

Lo cual plugiese a Dios imitase la providencia de los hombres, haciendo en esta vida provisión de buenas obras, para tener qué gozar en la otra, conforme a aquel consejo de Salomón (Ecli. 9, 22), el cual nos amonesta que hagamos con toda priesa e instancia buenas obras, porque en la otra vida no hay el aparejo que en ésta para hacerlas.

Y por no hacer los hombres esto que las hormigas hacen, vienen después a experimentar aquella profecía del mismo Salomón, que dice (Prov. 10, 5): El que allega en el tiempo del estío, es hijo sabio; mas el que se echa a dormir en este tiempo, es hijo de confusión, porque el tal se hallará confundido y arrepentido al tiempo del dar la cuenta. Así se hallaron confusas aquellas cinco vírgenes locas del Evangelio (Mt. 25, 12), porque no proveyeron sus lámparas de olio con tiempo.

Mas, tornando al propósito, ésta es la primera habilidad de las hormigas. La segunda es que, sin más herramienta ni albañil que su boquilla, hacen un alholí o silo debajo de la tierra, donde habiten y donde guarden su mantenimiento. Y aun este alholí no lo hacen derecho, sino con grandes vueltas y revueltas a una parte y otra, como se dice de aquel laberinto de Dédalo, para que, si algún animalejo enemigo entrare por la puerta, no las pueda fácilmente hallar ni despojar de sus tesoros. Y con la misma boquilla que hicieron la casa, sacan fuera la tierra y la ponen por vallado a la puerta de ella.

Cuando van a las parvas a hurtar el trigo, las mayores, como capitanes, suben a lo alto y tronchan las espigas, echándolas donde están las menores; las cuales, sin más pala ni trilla que sus boquillas, las mondan y desnudan, así de las aristas como de las vainicas donde está el grano, y así, limpio y mondado, lo llevan a su granero, asiéndolo con la misma boca y andando hacia atrás, estribando con los hombros y con los pies para ayudar a llevar la carga. Para lo cual, como dice Plinio, tienen mayor fuerza, según la cantidad de su cuerpo, que todos los animales. Porque apenas se hallará un hombre que pueda caminar un día llevando a cuestas otro hombre, y ellas llevan un grano de trigo, que pesa más que cuatro de ellas, y perseveran en llevar esta carga, no sólo todo el día, mas tam-

bién toda la noche. Porque son tan grandes trabajadoras, que juntan el día con la noche cuando está la luna llena.

Mas ¿qué remedio para que el trigo, estando debajo de la tierra, no nazca, mayormente cuando llueve? ¿Qué corte diera en esto un hombre de razón, presupuesto que el grano había de perseverar en el mismo lugar? De mí confieso que no lo supiere dar: mas sábelo la hormiguilla, enseñada por otro mejor maestro. Porque roe aquella punta del grano por donde él ha de brotar, y de esta manera lo hace estéril e infructuoso. Hecho eso, ¿qué remedio para que la humedad, que es madre de corrupción, no lo pudra estando debajo de la tierra mojada? También sabe su remedio para esto, porque tiene cuidado de sacar al sol su depósito los días serenos, y después de enjuto, lo vuelven a su granero. Y con esta diligencia muchas veces repetida lo conservan todo el año.

Otra admirable diligencia se escribe de ellas, porque no sólo se mantienen del grano, sino de otras muchas cosas, y cuando éstas son grandes, hácenlas pedazos para que así las puedan llevar.

Otra cosa se escribe de ellas admirable, y es que, cuando andan acarreando sus vituallas de diversos lugares sin saber unas de otras, tienen ciertos días que ellas reconocen, en que vienen a juntarse como en una feria para reconocerse y tenerse todas por miembros de una misma república y familia, sin admitir a otras. Y así acuden con gran concurso de diversas partes a esta junta, a reconocerse y holgarse con sus hermanas y compañeras.

Vencieron con su astucia mi providencia. Son en gran manera amigas de cosas dulces, y tienen el sentido del oler tan agudo, que doquiera esté, aunque sea una lanza en alto, lo huelen y lo buscan. Para lo cual tienen otra extraña habilidad, que por muy encalada y muy lisa que esté una pared, suben y andan por ella como tierra llana.

Y no dejaré de contar aquí otra cosa que experimenté, la cual me puso admiración. Tenía yo en la celda una ollica verde con un poco de azúcar rosado, la cual por temor de ellas, de que allí era muy molestado, tapé con un papel recio y doblado para más firmeza, y atélo muy bien al derredor, de modo que no hallasen ellas entradero alguno, el cual saben ellas muy bien buscar, por muy pequeño que sea. Acudieron de ahí a ciertos días ellas al olor de lo dulce. Porque su oler es tan penetrativo, que, aunque la cosa dulce esté bien tapada, la huelen; venidas, pues, ellas al olor de lo dulce, y como buscadas todas las vías no hallasen entrada, ¿qué hicieron? Determinan de dar

un asalto, y romper el muro para entrar dentro. Y para esto, unas por un lado de la ollilla y otras por la banda contraria, hicieron con sus boquillas dos portillos en el papel doblado, que yo tenía por muro seguro, y cuando acudí a la conserva, pareciéndome que la tenía a buen recaudo, hallé los portillos abiertos en él, y desatándolo, veo dentro un tan grande enjambre de ellas, que no sirvió después la conserva más que para ellas.

De modo que podemos decir que ellas me alcanzaron de cuenta y supieron más que yo, pues vencieron con su astucia mi providencia.

Exhortación a la confianza en el Señor. Juntemos ahora el fin con el principio de este capítulo, pues que tan gran motivo tiene aquí un cristiano para pedir a Dios el remedio de toda sus necesidades.

Con cuánta confianza puede decir: Señor, que tantas y tan admirables habilidades disteis a una hormiga para la conservación de su vida, en que tan poco va, ¿cómo os olvidaréis del hombre, que vos criasteis a vuestra imagen y semejanza, e hicisteis capaz de vuestra gloria y redimisteis con la sangre de vuestro Hijo, si él no desmereciere este favor por estar atollado en el cieno de sus pecados?

Si tanto cuidado tenéis de las cosas menores, ¿cuánto mayor lo tendréis de las mayores? ¿Qué va en que la hormiga viva o deje de vivir? Y ¿cuánto más va en que viva la criatura a quien Vos disteis vida con vuestra sangre?

Quite el hombre los pecados de por medio, porque éstos son, como dice Isaías (59, 13), los que ponen un muro de división entre Dios y él, y sepa cierto que tanto mayor cuidado tendrá Dios de él que de la hormiga cuanto es él más noble criatura que ella; porque no es Dios, como dicen, allegador de la ceniza y derramador de la harina, mayormente si considerare que cuanto este Señor hace por la hormiga, no es por ella, sino por dar a conocer al hombre su sabiduría y providencia, y esforzar con este ejemplo su confianza, así como con el de las avecillas, que ni siembran ni cogen, nos anima en el Evangelio a poner en él esta misma confianza.

Del artificio de las arañas. En esta misma cuenta y para este mismo fin que dijimos, sirven las arañas, pues no sirven para el uso de la vida humana, ni son pequeñas las habilidades que el Creador les dió para mantenerse.

Su mantenimiento es la sangre de las moscas, y para prenderlas hacen una tela más sutil que cuantas se tejen en el reino de Cambaya, sin otra materia más que la que

sacan de su mismo vientre, el cual, con ser tan pequeño, basta para dar hilaza a tan grande tela como a veces hacen. Pues con esta tela cerca el araña el agujero donde está escondida como espía o como salteador de caminos, que espera el lance para saltear y robar. Y cuando la mosca, inocente de tales artes, se asienta en aquella tela y embaraza los pecillos en ella, acude el ladrón a gran priesa, y enlázala por todas partes para tenerla más segura. Y esto hecho, salta sobre ella y chúpale la sangre, de que se mantiene.

Otras hay que hacen sus telas en el aire, echando los hilos sobre que la han de fundar en las ramas de algún árbol, y sobre éstos hacen una perfectísima red con sus mallas, como la de un pescador o cazador, y puestas ellas en medio, esperan el lance de la caza, y corren por aquellos hilos tan delgados como si corriesen por alguna maroma, y así prenden la caza.

Donde es mucho para considerar el puesto y lugar en que se ponen, que es en el punto o centro de aquella circunferencia, adonde van a fenecer y juntarse todas las líneas que de ellas puede tocar la mosca, que ella en ese punto no lo sienta y, corriendo por la misma línea, no la prenda.

¡Cuántas cosas hay aquí que considerar y en que ver el artificio de la divina Providencia! ¡Qué red tan perfecta! ¡Qué hilos tan delicados! ¡Qué cerco tan proporcionado! ¡Qué puesto tan bien escogido para la caza! Mas todo esto a mí se dice, conmigo habla, porque por lo demás, poco caso había de hacer el Creador de las arañas.

Otras hay que hacen su nido debajo de la tierra, el cual emparamentan al derredor con muchas telas, unas sobre otras, para que la tierra que se podría desmoronar no ciegue su casa y las tierras vivas. Pero otra cosa hay en ellas más para notar, y es que hacen un tapadero con que cubren la boca de este nido, que será de la hechura de un medio bodoque, y hácenlo de un poquito de tierra, vistiéndolo de tantas telas o camisas al derredor, que viene a justar con la boca de él tan perfectamente, que apenas se diferencia de la otra tierra vecina. Y lo que es de más admiración y artificio, estas camisas se prenden y continúan por una parte con las otras telas de que todo el nido está vestido. De suerte que sirve este prendedero como de un gonce, para que esté continuada la tela de esta compuerta por una parte con las de dentro.

Pues ¿quién pudo enseñar a este animalejo a guarnecer y entapizar su casa, y ponerle sus puertas con tan gran primor, sino quien lo pudo criar?

Dirá alguno: muy menudas son esas cosas que tratáis,

habiendo tomado a cargo tratar de la creación del mundo. A eso responde Aristóteles en su libro *De los animales* diciendo que en los más pequeños de ellos resplandece más una semejanza de entendimiento que en los otros. De modo que cuanto ellos son menores y más viles, tanto más declaran la omnipotencia y sabiduría de aquel Señor que en tan pequeños cuerpezuelos puso tan extrañas habilidades, y tanto más declaran las riquezas de su providencia, pues no falta a tan viles y pequeñas criaturas en todo aquello que es necesario para su conservación.

Por donde entenderemos cuánto mayor cuidado tendrá de proveer a las cosas mayores quien tan grande lo tiene de las menores, y tanto menores.

De la utilidad de las abejas y del gusano que hace la seda.

Es tan admirable el Creador en todas sus criaturas, que, si supiéremos contemplar la fábrica del cuerpo de cada una de ellas y las habilidades que tienen para su conservación y provisión, no acabaremos de maravillarnos de la inmensa majestad y sabiduría de quien las formó. La verdad de esto se ve en todos los animales de quien hasta aquí habemos tratado y en cuantos otros hay, si hubiere ojos para saber mirarlos.

Mas a todo lo dicho hacen ventaja dos animalillos que entran en la cuenta de los más pequeños, que son el gusano que hila la seda y la abeja que hace la miel; de los cuales trataremos aquí como de cosa más admirable que todas las pasadas.

Porque, comenzando por el gusano que hila la seda, ¿no es cosa de gran admiración que un gusanillo tan pequeño hile una hilaza tan sutil y tan prima, que todas las artes e ingenios humanos nunca hasta hoy la hayan podido imitar? ¿No es maravilla haber dado el Criador facultad a este animalillo para dar materia a toda la lozanía del mundo, que es al terciopelo, al tafetán, al damasco, al carmesí altibajo, para vestir los nobles, los grandes señores, los reyes y emperadores, y diferenciarlos con la hermosura de este hábito del otro pueblo menudo? ¿No es cosa de admiración que no haya tierra de negros ni región tan bárbara y tan apartada donde no procuren los reyes de autorizarse con la ropa que se hace por la industria de estos gusanillos? Y no sólo la gente del mundo, mas también las iglesias, y los altares, y las fiestas y oficios divinos se celebran y autorizan con este mismo ornamento.

Pues ¿qué diré de las abejas, que, con tener menores cuerpos, proveen de un licor suavísimo y muy saludable a todo el mundo, que es la miel, la cual sirve para dar sabor a todos los manjares, para provisión de las boticas,

para remedio de los estómagos flacos y para tantas diferencias de conservas que se hacen con ella?

Pues ¿cuán provechosa es también la cera que ellas fabrican junto con la miel? Con ella resplandecen los altares, con ella se autorizan las procesiones, de ella se sirven las cofradías, con ella se celebran los enterramientos y con ella honran las mesas de los grandes señores y de los reyes. Y todo esto hace un animalillo poco mayor que una mosca.

¿Quién creyera estas dos cosas si nunca las hubiera visto, mayormente si le contaran el concierto que guardan estos animalillos en su manera de república y orden de vida?

¡Oh gran Dios, y cuán admirable sois, Señor, en todas vuestras obras, así en las de naturaleza como en las de gracia! Y no es esto de espantar, pues las unas y las otras son vuestras, y ambas hijas de un mismo padre, y por esto se parecen tanto las unas con las otras.

Vemos en las obras de gracia que escogéis los más flacos instrumentos del mundo para hacer cosas admirables. Con doce pescadores convertisteis el mundo; con el brazo de una mujer destruisteis todo el poder de los asirios; con los mozos de espuelas de los príncipes de Israel desbaratasteis el ejército del rey de Asiria; con una honda y un cayado hicisteis que venciese un pastorcito a un gigante armado de todas armas, y con la quijada de una bestia hicisteis que matase Sansón no menos que mil filisteos. Estas son vuestras obras, éstas vuestras maravillas, acabar cosas tan grandes con tan flacos instrumentos.

Y esta misma orden que guardáis en las obras de gracia, guardáis también en las de naturaleza, pues ordenasteis que de estos dos tan viles animalillos, el uno proveyese a los reyes y grandes señores de riquísimos vestidos y el otro del más dulce de los manjares. Porque cuanto estos animalillos son más pequeños y viles y su fruto más excelente, tanto más nos descubrís la grandeza de vuestra gloria.

Del orden y concierto que guardan las abejas.

Si nos pone en admiración el fruto de las abejas, muy más admirables es la orden y concierto que tienen en su trato y manera de vida. Porque quien tuviere conocimiento de lo que gravísimos autores escriben de ellas, verá una república muy bien ordenada, donde hay rey, y nobles, y oficiales que se ocupan en sus oficios, y gente vulgar y plebeya que sirven a éstos, y donde también hay armas para pelear, y castigo y penas para quien no hace lo que debe.

Verá, otrosí, en ellas la imagen de una familia muy bien

regida, donde nadie está ocioso y cada uno es tratado según su merecimiento.

Verá también aquí la imagen de una congregación de religiosos de grande observancia. Porque primeramente las abejas tienen su prelado o presidente, a quien obedecen y siguen. Viven en común sin propios, porque todas las cosas entre ellas son comunes. Tienen también sus oficios repartidos, en que se ocupan. Tienen sus castigos y penitencias para los culpables. Comen todas juntas a una misma hora, hacen su señal a boca de noche al silencio, el cual guardan estrechísimamente, sin oírse el zumbido de ninguna de ellas. Hacen otra señal a la mañana para despertar al común trabajo y castigan a las que luego no comienzan a trabajar. Tienen sus celadoras, que velan de noche para guardar la casa y para que los zánganos no les coman la miel. Tienen sus porteros a la puerta para defender la entrada a los que quisieran robar. Tienen también sus frailes legos, que son unas abejas imperfectas, que no hacen cera ni miel, mas sirven de acarrear mantenimiento y agua, y de otros oficios necesarios y bajos.

Todo esto trazó y ordenó aquel soberano artífice con tanta orden y providencia, que pone grande admiración a quien lo sabe contemplar.

Escríbese de la reina de Saba que, viendo la orden y concierto de la casa de Salomón, que desfallecía su espíritu viendo las cosas tan bien ordenadas por la cabeza y traza de este gran rey.

No es mucho de maravillar que un hombre que excedía a todos los hombres en sabiduría hiciese cosas dignas de tan grande admiración; mas que un animalillo tan pequeño haga las mismas cosas tan bien ordenadas en su manera de vida, es eso cosa que sobrepuja toda admiración, puesto que la costumbre cuotidiana de ver estas cosas les quita gran parte de ella.

Plinio escribe que Aristómaco Solense se maravillaba y deleitaba tanto en contemplar las propiedades de las abejas, que por espacio de cincuenta y ocho años ninguna otra cosa más principalmente hacía que ésta. Y de otro insigne hombre escribe que moraba en los campos par de las colmenas, por mejor alcanzar las propiedades y secretos de estos animalillos. Los cuales ambos escribieron muchas cosas que alcanzaron con esta larga experiencia y diligencia.

Yo aquí recopilaré lo que dos graves autores, Plinio y Eliano, escriben de esta materia, en la cual ninguna cosa hay que no sea admirable y que no esté dando testimonio de la sabiduría y providencia de aquel artífice soberano que todo esto hizo.

Y pido al cristiano lector que no tenga por increíbles

las cosas que aquí se dijeren, considerando por una parte la autoridad y experiencia de los que las escribieron, y por otra, que no son tanto las abejas las que esto hacen, cuanto Dios, que quiso dársenos a conocer obrando en ellas todas estas maravillas.

Mas el sentimiento de esto remito a la devoción y prudencia del lector. Porque si con cada cosa de éstas hubiese de juntar su exclamación, hacerse había un tratado muy prolijo. Solamente diré que, siendo el hombre criado a imagen de Dios, por haber recibido en un alma aquella divina lumbre de la razón, con la cual no sólo alcanza las cosas divinas, sino también sabe trazar una república muy bien ordenada, con todas las partes y oficios que para ellas se requiere ; con ser esto así, verá que todo esto que alcanza el hombre con esta lumbre divina traza y ejecuta este animalillo muy más perfectamente que ese mismo hombre.

Esta consideración sirva para cada una de las cosas que aquí dijéramos, acordándonos, como digo, que todo esto hace Dios para que reconozcamos su grandeza y providencia, y conforme a este conocimiento le honremos y veneremos.

Tienen un solo rey. Comenzaré, pues, por lo que todos sabemos, esto es, que las abejas tienen su rey, a quien obedecen y siguen por doquier que va. Y como los reyes entre los hombres tienen sus insignias reales, que son corona y cetro, y otras cosas tales, con que se diferencian de sus vasallos, así el Creador diferenció a este rey de los suyos, dándole mayor y más hermoso y resplandeciente cuerpo que a ellos. De modo que los que allí inventó el arte, aquí proveyó la misma naturaleza.

Nacen de cada enjambre comúnmente tres o cuatro reyes, porque no haya falta de rey, si alguno peligrase ; mas ellas entienden que no les conviene más que un solo rey, y por eso matan a los otros, aunque con mucho sentimiento suyo. Mas vence la necesidad y el amor de la paz al justo dolor, porque esto entienden que les conviene para excusar guerra y divisiones.

Aristóteles, al fin de su *Metafísica*, presuponiendo que la muchedumbre de los principados es mala, concluye que no hay en toda esta gran república del mundo más que un solo príncipe, que es un solo Dios. Mas las abejas, sin haber aprendido esto de Aristóteles, entienden el daño que se sigue de tener muchos príncipes, y por eso, escogiendo uno, matan los otros, aunque no sin sentimiento y dolor. Ya en esto vemos una gran discreción y maravilla en tan pequeño animalillo.

Cómo fabrican su morada. Escogido el rey, tratan de edificar sus casas, y primeramente dan un betumen a todas las paredes de la casa, que es la colmena, hecho de yerbas muy amargas, porque como saben que es muy codiciada la obra que han de hacer de muchos animalillos, como son avispas, arañas, ranas, golondrinas, serpientes y hormigas, quiérenle poner este ofensivo delante para que, exasperadas con esta primera amargura, desistan de su hurto. Y por esta misma causa, las primeras tres órdenes de las casillas que están en los panales más vecinos a la boca de la colmena están vacíos de miel, porque no halle luego el ladrón a la mano en qué se pueda cebar. Esta es también otra providencia y discreción.

Hecho este reparo, hacen sus casas. Y primeramente para el rey edifican una casa grande y magnífica, conforme a la dignidad real, y cércanla de vallado, como de un muro, para más autoridad y seguridad. Luego edifican casa para sí, que son aquellas celdillas que vemos en los panales, las cuales les sirven para su habitación, y para la criación de los hijos, y para guardar en ellas como en unos vasos la provisión de su miel. Las cuales celdas hacen tan perfectas y proporcionadas, cada una de seis costados, y tan semejantes unas a otras como vemos, para lo cual ni tienen necesidad de regla, ni de plomada, ni de otros instrumentos más que su boquilla y sus pecillos tan delicados, donde no sabréis de qué os hayáis más de maravillar, o de la perfección de la obra o de los instrumentos con que se hace. Ni se olvidan de hacer también casas para sus criados, que son los zánganos, aunque menores que las suyas, siendo ellos mayores.

Repartimiento del trabajo. Hecha la casa y ordenados los lugares y oficinas de ella, síguese el trabajo y el repartimiento de los oficios para el trabajo en la forma siguiente. Las más ancianas, y que son ya como jubiladas y exentas del trabajo, sirven de acompañar al rey, para que esté con ellas más autorizado y honrado. Las que en edad se siguen después de éstas, como más diestras y experimentadas que las más nuevas, entienden en hacer miel.

Las otras más nuevas y recias salen a la campaña a buscar los materiales de que se ha de hacer así la miel como la cera. Y cada una trae consigo cuatro cargas. Porque con los pies delanteros cargan las tablas de los muslillos, la cual tabla no es lisa, sino áspera, para que no despidan de sí la carga que le ponen; y con el pico cargan los

pies delanteros, y así vuelven a la colmena con estas cuatro cargas que decimos.

Otras entienden de dos en dos, o de tres en tres, en recibir a éstas y descargarlas cuando vienen. Otras llevan estos materiales a las que hacen la miel, poniéndolos al pie de la obra. Otras sirven de dar a la mano a estos oficiales para que la hagan. Otras entienden en pulir y bruñir los panales, que es como encalar la casa después de hecha. Otras se ocupan en traer mantenimientos de ciertas cosas de que ellas comen. Otras sirven de azacanes, que traen agua para las que residen dentro de la casa, la cual traen en la boca y en ciertos pelillos o vello que tienen por el cuerpo, con los cuales, viniendo mojados, refrigeran la sed de las que están dentro trabajando. Y de este oficio de acarrear agua y de traer mantenimiento sirven principalmente los zánganos. Otras hay que sirven de centinelas y guardas, que asisten a la puerta para defender la entrada a los ladrones.

A todo esto preside el rey, y anda por sus estancias, mirando los oficios y trabajos de sus vasallos y exhortándolos al trabajo con su vista y real presencia, sin poner él las manos en la obra. Porque no nació él para servir, sino para ser servido como rey. Y junto a él van otras abejas que sirven de lo acompañar como a rey.

Leales a su rey. Cuando se han de mudar para otro lugar, no han de dar paso sin su rey. Todas le toman en medio para que no sea fácilmente visto, y todas procuran acercarse más a él, y mostrársele más serviciales. Y si es ya viejo, que no puede así volar, tómanlo sobre sus hombros, y así lo llevan. Y donde él asienta, allí todo el ejército se asienta. Y si por caso desaparece y se desmanda de ellas, búscanlo con grande diligencia, y sácanlo por el olor, que tienen muy vivo, y restitúyenlo a sus vasallos; porque faltando él, todo el ejército se derrama y se pierde.

No se ha sabido hasta ahora si tiene aguijón o no, mas lo que se sabe es que, si lo tiene, no usa él, por ser cosa indigna de la majestad real ejecutar por su persona oficio de verdugo, entendiendo el primor que los filósofos enseñan diciendo que los reyes han de hacer por sí los beneficios y por otros ejecutar los castigos, y que ninguna cosa adorna más el estado de los reyes que la clemencia, y ninguna los hace más amables y asegura más sus estados y sus vidas.

Y por esta virtud, las abejas son tan amigas de su rey y tan leales, que, si él muere, todas lo cercan y acompañan, que ni quieren comer ni beber, y, finalmente, si no se le quitan delante, allí se dejaran morir con él; tanta es la fe y la lealtad que tienen con su rey.

Cómo se defienden. Ni dejó el Creador a este animalillo desarmado, antes, según la cuantía de su cuerpo, no hay armas más fuertes que las suyas, que es aquel aguijón con que pican y hieren a los que vienen a hurtar. Porque como tienen a cargo tan gran tesoro, y codiciado de tantos, era razón que quien las creó les diese competentes armas para defenderlo. Y por esta misma causa tienen velas a la puerta, porque ninguno entre a hurtar sin ser sentido y resistido en la manera posible.

No salen al campo en todos los tiempo del año, sino cuando hay en él flores, porque de todo género de flores se aprovechan para su oficio. Mas en tiempo de fríos y nieves están quedas en su casa, manteniéndose en el invierno de los trabajos del verano, como hacen las hormigas.

No se desvían de la colmena más que sesenta pasos, y este espacio agotado, envían sus espías delante para reconocer la tierra y darles nuevas del pasto que hay.

Y porque no faltase nada en que dejasen de imitar estos animales a los hombres, así en lo bueno como en lo malo, también pelean un enjambre con otro sobre el pasto, aunque más sangrienta es la pelea cuando les falta el mantenimiento, porque entonces acometen a robar las vituallas unas a otras. Y para esto salen los capitanes con sus ejércitos, y, pretendiendo unos robar y otros defender, trábase entre ellos una cruda batalla, en la cual muchas mueren: tan poderosa es la necesidad, que hace despreciar todas las leyes de humanidad y justicia.

Modelos de prudencia y previsión. Todo cuanto hasta aquí habemos dicho es una manifiesta imitación de la policía y prudencia humanas. Y si nos pone admiración hacer estos animalillos lo que hacen los hombres, cuánto mayor nos la debe poner saber ellos algo de lo que sabe Dios.

Porque sólo Él sabe las cosas que están por venir, y esto también saben estos animalejos en las cosas que pertenecen a su conservación. Porque conocen cuándo ha de haber lluvias y tempestades antes que vengan, y en estos tiempos no van lejos a pacer, sino andan con su zumbido al derredor de la colmena. Lo cual, visto por los que tienen cargo de ellas, suelen dar aviso a los labradores de la mudanza del tiempo, para que conforme a ella se reparen y provean.

En lo cual ya vemos cuán inferior queda el saber de los hombres. Pues, luego, ¿quién tendrá por cosa increíble imitar las abejas lo que hacen los hombres, pues hay cosas en que pasan adelante, sabiendo lo futuro, que es propio de Dios?

Cuán maravillosa sea la producción de la miel.

Mas lo que me hace en esta materia quedar atónito es el fruto de la miel, a quien todas estas habilidades susodichas se ordenan. Porque vemos cuántas diligencias e instrumentos se requieren para hacer una conserva de cidras o de limones, o cualquier otra. Porque para esto es menester fuego, y un cocimiento, y otro cocimiento, y vasos e instrumentos que para esto sirven, y oficiales diestros en este oficio.

Pregunto, pues, ahora: ¿qué instrumentos tiene este animalillo tan pequeño, sino pecillos tan delgados como hilos y un aguijoncillo tan delgado como ellos? Pues ¿cómo con tan flacos instrumentos y sin más conocimientos ni fuego hacen esta tan dulce conserva y esta transformación de flores en un tan suave licor de miel, a veces amarillo como cera, a veces blanco como la nieve, y esto no en pequeña cantidad, cual se podía esperar de un animalillo tan pequeño, sino en tanta cuantidad cuanta se saca en buen tiempo de una colmena?

¿Quién enseñó a este animal hacer esta alquimia, que es convertir una substancia en otra tan diferente? Júntense cuantos conserveros hay, con toda su arte y herramienta y con todos sus conocimientos, y conviértanme las flores en miel. No sólo no ha llegado aquí el ingenio humano, mas ni aun ha podido alcanzar cómo se haga esta tan extraña mudanza. Y quieren los hombres, locos, escudriñar los misterios del cielo, no llegando todo el caudal de su ingenio a entender lo que cada día ven a la puerta de su casa.

Ni tampoco carece de admiración ver cómo de aquella carga que traen en pies y manos, una parte gastan en hacer cera y otra en miel. ¿Cómo hacen cosas tan diferentes de una misma materia, como son miel y cera? Y si hay en ella partes diferentes, ¿quién les enseñó esta diferencia tan secreta que nosotros no vemos? ¿Quién les mostró lo más sutil para la miel y más grueso para la cera? ¿Qué no podrá hacer quien esto supo hacer? Verdaderamente admirable es aquel soberano Hacedor en todas sus obras, y no menos en las pequeñas que en las muy grandes.

Pues ¿qué resta aquí sino dar gracias al Creador, que de todas estas tan extrañas habilidades proveyó a estos animalicos, no tanto para ellos como para nosotros, que gozamos del fruto de sus trabajos? Mas los hombres son de tal cualidad, que gozan de este fruto, mas ni dan gracias por él ni en él contemplan la grandeza del poder y sabiduría del Creador, que en tan pequeña cabeza puso tan grande arte y saber.

Lo cual no calló el Eclesiástico cuando dijo que con ser tan pequeña la abeja entre las cosas que vuelan, el

fruto de sus trabajos es principio de toda dulzura. Y por eso dije al principio que, andando los hombres entre tantas maravillas de Dios, ni tenemos ojos para verlas, ni oídos para oír lo que callando nos predican, ni corazones para levantar nuestro espíritu al conocimiento del Hacedor por el artificio admirable del Creador.

De los gusanos que hilan la seda.

Son tan admirables las obras de aquel soberano artífice, que parece competir las unas con las otras sobre cuál de ella será más admirable, porque todas ellas, cada cual en su manera, lo son, y en esta cuenta entra el gusano que hila la seda. Del fruto de él ya dijimos cómo toda la lozanía del mundo y todo el ornamento de las iglesias es obra de este animalillo; mas del artificio con que la hila escribió en verso dos libros Jerónimo Vida, poeta elegantísimo. La suma de lo que él allí dice referiré aquí.

Estos gusanos se engendran de unos ovecicos muy pequeños que la hembra de ellos pone. Los cuales, puestos al sol o metidos en los pechos, con cualquiera de estos calores, en menos espacio que tres días, se animan y reciben vida con todos los sentidos que para ella se requieren. Lo cual alega San Basilio en su *Hexamerón* para hacernos creíble por este ejemplo el misterio de la resurrección general. Porque quien puede dar vida a una semilla tan pequeña en tan breve espacio, también la podrá dar a los polvos y huesos de nuestros cuerpos, dondequiera que estuvieren.

Nacidos estos animalillos, luego comienzan a comer con grande hambre, y comiendo crecen y se hacen mayores. Y habiendo ya comido algunos días, duermen, y después de haber dormido su sueño, en el cual se digiere y convierte en su substancia aquel mantenimiento, despiertan y vuelven a comer con la misma hambre y agonía. Y el ruido que hacen cuando comen, tronchando la yerba con sus dientecillos, es tal, que se parece con el ruido que hace el agua cuando llueve encima de los tejados. Esto hacen tres veces, porque tantas comen y tantas duermen, hasta hacerse grandes.

Hechos ya tales, dejan de comer, y comienzan a trabajar y a pagar a su huéspede el escote de la comida. Y para esto levantan los cuellos, buscando algunas ramas donde puedan prender los hilos de una parte a otra, los cuales sacan de su misma substancia. Y ocupada la rama con esta hilaza, comienzan luego a hacer en medio de ella su casa, que es un capullo. Porque juntando unos hilos con otros, y otros sobre otros, y éstos muy pegados entre sí, vienen a hacer una pared tan fija y firme como si fuese de perga-

mino. Y así como los hombres después de fabricadas las paredes de una casa las encalan, para que estén listas y hermosas, así ellos, fabricada esta morada, la bruñen toda por dentro con el hociquillo que tienen sobre la boca muy liso y muy acomodado para este efecto, con lo cual queda el capullo tan terso, que echándolo en agua anda nadando encima, sin ser de ella penetrado.

Y esto es una singular providencia del Creador, porque, a no ser así, todo este trabajo fuera sin fruto. Porque de esta manera, estando el capullo entero y terso, echándolo en agua caliente, se puede muy bien recoger el hilo, despidiéndose y despegándose con el calor un hilo de otro. Lo cual no se pudiera hacer si el capullo se penetrara del agua y se esponjara con ella. Con esta agua hirviendo muere el oficial que fabricó aquella casa, y éste es el pago que se le da por su trabajo.

Mas a los gusanos que quieren guardar para casta no hacen este agravio. Mas ellos, no sufriendo tan estrecho encerramiento, abren con sus boquillas un portillo por donde se salen, y salen ya medrados y acrecentados, porque salen con unos cuernecillos y alas, hechos ya, de gusanos, aves. Hay entre ellos machos y hembras, y con ser todos tan semejantes entre sí, conocen los machos a las hembras, y júntanse por las colillas con ellas, y perseveran en esta junta por espacio de cuatro días. En lo cual parece tener en cuerpos tan pequeños sus sexos distintos, como machos y hembras. Acabados estos días, el macho muere, y la hembra pare aquellos ovecicos que al principio dijimos, y esto hecho, ella también muere, dejando aquella semilla con que después torne a renovar y resucitar su linaje.

En lo cual se ve cómo para solo este fin crió la divina Providencia este animalico, pues, acabado este oficio, sin que los mate nadie, ellos a la hora mueren, testificando con su natural y acelerada muerte que para sólo este oficio fueron creados: el cual acabado, acaban juntamente con él la vida.

En esta obra se ve claro cómo todas las cosas creó aquel soberano Señor para el hombre, pues estos animales tan provechosos para nuestro servicio no nacieron ni vivieron para sí, sino para el hombre, pues, acabado este servicio, acabaron juntamente con él la vida. Donde parece que con su acabamiento están diciendo al hombre: Yo no nací ni viví para mí, sino para ti, y por eso, fenecido este servicio, me despido de ti.

Y esto aun se ve más claro, porque aquella casa que estos animalillos con tanto trabajo fabricaron, no sirve para su habitación, sino para el hombre, pues acabándola de hacer, luego la aportillan y la desamparan, sin usar más de

ella, como edificio que no fabricaron para sí, sino para nosotros.

En lo cual se ven las riquezas y el regalo de la divina Providencia, la cual, no contenta con haber proveído para nuestro vestido la lana de las ovejas y los cueros de los animales, con otras cosas tales, quiso también proveer esta tan preciosa y tan delicada ropa para quien de ella tuviese necesidad.

Y es aquí mucho para considerar que, siendo los hilos de este capullo más delgados que los cabellos y hechos de una materia tan delicada y flaca como es el humor y babas de estos gusanos, vienen a ser tan recios que se pueden fácilmente recoger, y devanar, y tejer, y pasar por mil martirios antes que se haga la seda de ellos, para que se vea cuán admirable y cuán proveído sea aquel celestial Maestro en todas sus obras. Y no menos declara Él aquí la grandeza de su poder, pues dió habilidad a un gusanillo que en dos días nace, y dos meses vive, para hacer una obra tan preciosa y tan delicada, que todos los ingenios humanos no acertarán a hacerla.

CAPITULO XXI

De la admirable constitución del cuerpo humano y de la creación de las almas

Habiendo ya tratado de este mundo mayor y de sus partes principales, síguese que tratemos ahora de la fábrica del mundo menor y de sus partes, que es el hombre, que no menos sirve para el conocimiento de nuestro Señor Dios que el pasado.

Para lo cual primeramente habemos de presuponer que el principio y fundamento de todos nuestros bienes es este conocimiento. Y como sean muchas cosas las que de Él podemos conocer, la que más importa para nuestra salvación y consolación es el conocimiento de su providencia. La cual, como está ya dicho, incluye aquellas tres señaladas perfecciones suyas, que son bondad, sabiduría y omnipotencia.

Pues todo lo que hasta aquí se ha dicho de la fábrica de este mundo mayor, nos da claro testimonio de esta providencia y de estas perfecciones divinas que andan en su com-

pañía, y no menos sirve para esto lo que está dicho de la fábrica del mundo menor, que es el hombre.

Y la razón por que el hombre se llama mundo menor, es porque todo lo que hay en el mundo mayor se halla en él, aunque en forma más breve. Porque en él se halla ser como en los elementos, y vida como en las plantas, y sentido como en los animales, y entendimiento y libre albedrío como en los ángeles. Por lo cual lo llama San Gregorio toda criatura, por hallarse en él la naturaleza y propiedades de todas las criaturas.

Y por eso lo crió Dios en el sexto día, después de ellas criadas, queriendo hacer en él un sumario de todo lo que había fabricado, como hacen los que dan o toman cuentas por escrito, que al remate de ellas resumen en un renglón la suma de todas ellas, de modo que aquel solo renglón comprende todo lo que en muchas hojas está explicado. Y lo mismo en su manera parece haber hecho el Criador en la formación del hombre, en el cual recapituló y sumó todo lo que había criado.

De aquí es que con mayor facilidad conocemos por aquí las perfecciones divinas que si extendiésemos los ojos por todo el mundo, que es cosa que pide muy largo plazo. Y por esta causa los cosmógrafos hacen un mapa, en que pintan todas las principales partes y naciones del mundo, para que con una breve vista se vea dibujado lo que en su propia naturaleza no se pudiera ver en muchos años. Pues así podemos decir que el hombre es como un breve mapa que aquel soberano artífice trazó, donde no por figuras, sino por la misma verdad nos representó cuanto había en el mundo. Y cuanto este mapa es más pequeño y familiar y más conocido de nosotros, pues anda en nuestra compañía, tanto nos da más claro conocimiento del Criador.

Variedad y proporción de sus miembros. Ponemos adelante entre las maravillas y obras de Dios la virtud que puso en las semillas de las plantas. Porque en una pequeña pepita de una naranja puso virtud que de ella naciese un naranjo, y en un piñoncillo, para que de él naciese un grande pino.

Mas esto es muy poco en comparación de la virtud que puso en la materia de que se forma el cuerpo humano. Porque de una de estas semillas no se fabrica más que las raíces y el tronco y ramas del árbol, con sus hojas y fruto. Mas de la materia de que el cuerpo humano se forja, con ser una simple substancia, viene a formarse tanta variedad de miembros, de huesos, de venas, de arterias, de nervios y de otros innumerables órganos, y éstos tan acomodados al uso de la vida, que, si algún ingenio llegase a conocer

todas las particularidades y menudencias y providencias que en esto hay, mil veces quedaría atónito y espantado de la sabiduría y providencia del Creador, que de tan simple materia tantas y tan diferentes cosas pudo y supo formar.

Porque ninguna hay que no esté clamando y diciendo: ¿Quién pudo hacer esto sino Dios? ¿Quién pudo dentro de las entrañas de una mujer, sin poner ella nada de su industria, fabricar una casa para el alma con tantas cámaras y recámaras, con tantas salas y retretes, y con tantas oficinas y oficiales, sino Dios?

Lo cual manifiestamente declara ser esta obra trazada por una infinita sabiduría, que en nada falta ni yerra. Lo cual prueban los médicos y filósofos por esta demostración. Dicen ellos que en todo el cuerpo del hombre hay más de trescientos huesos entre grandes y pequeños. Y así, en cada lado hay más de ciento cincuenta huesos, y cada uno de ellos tiene diez propiedades, conviene saber, tal figura, tal sitio, tal conexión, tal aspereza, tal blandura, y otras semejantes. De suerte que, multiplicando estas diez propiedades y atribuyéndolas a cada uno de los ciento cincuenta huesos, resultan mil quinientas propiedades en los huesos de un lado, y otras tantas en el otro.

Pues en estos huesos hay tres obras y maravillas de Dios que contemplar. La primera es la encajadura y enlazamiento de los huesos unos con otros, con sus cuerdas y ligamentos, tan perfectamente hecha como ya dijimos. La segunda es la semejanza que tienen los huesos del un lado con los del otro, no solamente en el tamaño, sino también en estas diez propiedades que aquí dijimos. De modo que cuando crecen con la edad los huesos, pongo por ejemplo, de la una mano, con ese mismo compás y medida crecen los de la otra, y con esas mismas propiedades que tienen, sin haber diferencias de una parte a otra. Y lo mismo se entiende de las costillas, y de las cañas de los brazos, y de las piernas del un lado y del otro.

La tercera maravilla, que a mí me espanta más que las susodichas, es ver la hechura y las propiedades que tiene cada hueso de éstos para el lugar donde está y para el oficio que ejercita. Declaremos esto con un ejemplo de las cosas artificiales, para que por él vengamos en conocimiento de las obras naturales por las del arte, que procura imitirlas, por ser éstas más conocidas.

Vemos, pues, que en casa de un carpintero hay una sierra para aserrar, y una azuela para desbastar, y un cepillo para allanar, y una juntera para igualar, y un compás para medir y compensar, y otros tales instrumentos. Y vemos cuán proporcionados son y cuán bien fabricados estos

instrumentos para sus oficios. Pues esto mismo hallamos con mayor perfección fabricado en estos trescientos huesos de nuestro cuerpo, cada uno de los cuales tiene todas aquellas diez propiedades que dijimos, tan proporcionadas y tan acomodadas a los lugares donde están y a los oficios que han de ejercitar, que todos los entendimientos de hombres y ángeles no los podrían formar con mayor perfección de la que tienen. Y si el mismo Creador, a manera de hablar, estuviera mil años pensando en la fábrica de cada uno de éstos para el fin susodicho, no los hiciera de otra manera de la que están.

Y no se acaba aquí la maravilla, porque todo lo que aquí habemos dicho de la proporción y semejanza de los huesos de un lado con los del otro, esa misma hay en las ternillas, y en los ligamentos y ataduras de los huesos, y en los morecillos, y en los nervios y venas y arterias del un lado para con las del otro. Y todos éstos son instrumentos necesarios para la conservación de nuestra vida, los cuales vienen tan acomodados a los oficios para que están diputados, que ni un anillo para el dedo, ni una vaina para su espada viene tan medida ni tan compasada como cada una de estas partes para el oficio que sirve.

Pues ¿qué cosa nos declara más la sabiduría de aquel artífice soberano, que tan gran número de instrumentos fabricó con tan grande perfección y artificio para sus oficios, que ni en un solo cabello izquierdeó ni desdijo de lo que convenía para este fin?

Libro de Dios. De lo cual se ve cuán bestial fué aquel Epicuro, que dijo haberse fabricado acaso nuestros cuerpos. Porque las cosas que se hacen acaso, pocas veces aciertan a salir bien, y cuando mucho, podrá ser esto en tres o cuatro cosas. Mas acertar en tantas mil partes, y todas tan perfectamente fabricadas que sobrepujan toda la facultad de los entendimientos humanos, no es posible hacerse acaso, sino por un soberano entendimiento.

Porque pregunto ahora: ¿qué tan gran locura sería decir que, arrojando una gran masa de hierro en una fragua de herrero, acaso saliese un reloj concertado con todas sus ruedas o algún arnés tranzado muy bien hecho? Pues muy mayor locura es sin comparación decir que el cuerpo humano se hizo acaso de aquella materia que él se fabrica en las entrañas de la madre, así por ser mayor el número de los huesos y de las otras partes de que se componen como por ser todas ellas más perfectamente fabricadas que las de un reloj o arnés.

Porque si este artificio se hallara en ciento o doscientas

partes de nuestro cuerpo, no fuera tanto; mas hallarse en tanto número de partes, y todas ellas tan perfectamente fabricadas para sus oficios, esto es cosa que sobrepuja toda admiración y que singularmente nos declara la sabiduría y omnipotencia de quien tan grande eficacia pudo dar a la virtud formativa de nuestros cuerpos.

Pues por esta causa dicen muy bien los estudiosos de esta ciencia de la anatomía que ella nos es una certísima guía y maestra para llevarnos al conocimiento de nuestro Hacedor y de aquellas tan principales perfecciones suyas que aquí andamos rastreando por medio de sus criaturas.

Por lo cual con mucha razón llaman algunos a esta ciencia y a la misma fábrica de nuestro cuerpo libro de Dios, porque en cada partecica de él, por muy pequeña que sea, se lee y ve el sumo artificio y sabiduría de Dios. Y aunque la fábrica y las cosas del mundo mayor nos ayuden a este mismo conocimiento, como está ya declarado, mas éstas vemos a trechos en algunas cosas raras y extraordinarias, que nos dan de Él más claro testimonio: mas en este menor mundo que es el hombre, y particularmente en la casa de él, que es el cuerpo humano, no hay cosa tan menuda, no hay vena, ni arteria, ni huesecico tan pequeño que no esté a voces predicando el primor y artificio de quien lo fabricó.

Pues ¿qué diré de las partes mayores? ¡Qué cosas dicen los anatomistas de la fábrica de nuestros ojos! ¡Qué del armazón, y huesos, y huesecicos, y sesos, y red admirable de nuestro cerebro! ¡Qué del artificio y fábrica de nuestras manos, de las cuales ha procedido otro nuevo mundo artificial, donde se halla casi tanta variedad y muchedumbre de cosas como en el mundo natural que Dios crió!

Por lo cual tengo en parte por dichosos aquellos que se han dado a esta parte de la filosofía que trata de la composición de nuestros cuerpos, porque, si quisieren levantar un poco los ojos a Dios y mirar en su hechura la sabiduría y omnipotencia del Hacedor, no podrán dejar de quedar mil veces pasmados de ver tantas sutilezas y providencias y maravillas.

Ni cosa superflua ni falte la necesaria.

Dice David (Salm. 106, 23) que los que descienden a la mar en sus navíos ven la grandeza de las obras de Dios y las maravillas que hace en el profundo.

Pues no menos digo yo que los que entran dentro de sí mismos y saben contemplar lo que el Hacedor obró en ellos, verán otras tantas maravillas con que Él proveyó al hombre de todos los instrumentos necesarios para la con-

servación de su vida, y esto con tanta perfección, que ni haya en él cosa superflua ni falte la necesaria.

Ni es cosa menos admirable ver el sitio y los lugares del cuerpo en que todas estas partes de él están con tanta perfección situadas. Porque no se puede imaginar otro ni más hermoso, ni más conveniente, ni más proporcionado para el fin y oficio que se hizo.

Dijeron los antiguos de la elocuencia de Platón que, si algún sabio quitase una palabra suya y con mucho estudio pusiese otra por ella, quitaría de su elegancia; y quien esto hiciese en las oraciones de un grande orador, por nombre Lisias, quitaría de la sentencia, queriendo por aquí alabar la elegancia del uno y la propiedad de las palabras del otro.

Pues así podemos decir a este propósito, aunque la comparación sea humilde, comparando las cosas del entendimiento humano con las del divino, que si todos los sabios del mundo quisiesen trazar la más pequeña parte, o miembro, o sentido del cuerpo humano, y formarla de otra manera o asentarla en otro lugar, quitarían no sólo el oficio y uso de ella, mas también toda su gracia y hermosura.

Por lo cual disputando Galeno con aquel bestial filósofo Epicuro, el cual, negando la Providencia divina, decía que la fábrica de nuestro cuerpo había sido hecha acaso y sin consejo, como ya dijimos, sale con él a este partido, que le dará cien años de espacio para que mude la figura o sitio de alguna de estas partes de nuestro cuerpo, y la fabrique y asiente de otro modo que ella está, y verá claro cómo no es posible disponerse ni trazarse mejor que como ella está fabricada y asentada.

De lo cual maravillado Salomón, y viendo cuán bajo quedaba el entendimiento humano para entender el primor y sutileza de este artificio divino, dijo: Así como no sabes cuál sea el camino del aire y de qué manera se fabrican los miembros en el vientre de la mujer preñada, así no conoces las obras de Dios, que es el Hacedor de todas las cosas.

Conoció el santo rey David el artificio de esta obra, no por estudio de filosofía humana, que no aprendió, sino por especial revelación de Dios. Y así en el Salmo 138, que todo trata de la sabiduría de Dios, en el cual dice que todas las cosas pasadas y venideras le son presentes y que las tinieblas son más claras que la luz delante de él, viene a tratar muy en particular de esta fábrica de nuestros cuerpos, donde, según la translación de otros intérpretes, que sirve para entender la nuestra, en substancia dice así: Alabaros he, Señor, porque terriblemente habéis magnificado y declarado la grandeza de vuestra sabiduría en la fábrica de mi cuerpo. Maravillosas son vuestras obras, y mi alma lo co-

noce mucho. Ninguno de mis huesos hubo escondido a vuestros ojos cuando mi cuerpo se formaba en lo secreto del vientre de mi madre y cuando ellos con maravilloso artificio se tejían y enlazaban en él. Y aun estando yo ahí imperfecto y por acabar de organizar, me vieron vuestros ojos, y todos mis miembros estaban escritos en el libro de vuestra sabiduría, los cuales poco a poco, procediendo los días, se iban fabricando, y ninguno hubo entre ellos que no fuese de Vos conocido, aun antes que fuese formado.

¡Cuán preciosos son, Señor, para mí vuestros pensamientos y consejos, y cuán grande es el número de ellos, los cuales, si quisiere yo contar, hallaré que sobrepujan las arenas de la mar!

Pues en estas palabras declara el Profeta la admirable sabiduría de Dios, que resplandece en la fábrica singular de nuestros cuerpos. Entre las cuales es mucho de notar aquella palabra «terriblemente os habéis engrandecido», porque esta palabra «terrible» más propia parecía para engrandecer las obras de la divina justicia que las de su sabiduría, de que aquí el Profeta va hablando.

Mas la razón es porque, después que él consideró la profundidad de la sabiduría divina, que en esta obra de tanta variedad se descubría, y la grandeza del poder que de una tan simple materia pudo fabricar tantas diferencias de miembros y órganos, como dijimos, quedó el Profeta tan espantado y atemorizado de la majestad y grandeza de Dios que en esta obra veía, que vino a usar de aquella palabra, «terriblemente». Donde parece haberle acaecido lo que suele a un hombre que está subido en algún grande risco o en alguna torre altísima, que si mira para abajo y ve aquella profundidad tan grande, parece que se le desvanece la cabeza, y teme, aunque esté en lugar seguro. Pues de esta manera temía este santo, conociendo por la grandeza de esta obra la del Artífice que la hizo.

Mas ¿qué mucho es que un profeta lleno de Dios se maravillase tanto de esta obra y se moviese a alabarlo y honrarlo por ella, pues parte de esto hallamos en un filósofo gentil? Porque Galeno, príncipe de los médicos, que escribió dieciocho libros de esta admirable fábrica del cuerpo humano, viendo cuánto en ella resplandecía la sabiduría de Dios, dice que esta su escritura era un himno y alabanza que él componía para gloria y honra de Dios.

Porque no está, dice él, su honra en que le ofrecemos incienso y otras semejantes especies olorosas, ni en que le ofrecemos sacrificios de cien bueyes, sino en que por el artificio admirable de esta fábrica conozcamos la grandeza de la sabiduría que tales cosas supo trazar, y el poder que todo esto pudo ejecutar, y la bondad que tan plenariamen-

te proveyó a las criaturas de todo lo que era necesario para su conservación, sin tener envidia de nada. Todo esto es de Galeno, el cual, convencido y enseñado por el artificio admirable de esta obra, alcanzó esta tan alta teología.

Porque esto fué decir lo que dijo Dios por el profeta Oseas (6, 6): Conocimiento de Dios quiero más que sacrificio. Porque este conocimiento es principio y fundamento de todas las virtudes, como ya está dicho.

La obra continua de la creación de las almas humanas.

Pasemos de aquí a otra maravilla no menor que la pasada. Dicen los filósofos que el alma que tenemos viene de fuera y no sale de la materia de nuestro cuerpo como las almas de los otros animales.

Porque como ella sea substancia espiritual a manera de los ángeles, no puede proceder de cosa material o corporal, pues no hay proporción de lo uno a lo otro. Mas diciendo ellos esto que la razón alcanza, no declaran de dónde venga esta alma, pues viene de fuera. Mas esto que ellos no alcanzaron, nos enseña la religión cristiana diciendo que Dios por sí mismo cría las almas y las infunde en los cuerpos después de organizados en las entrañas de sus madres. Y en el punto que esta fábrica se acaba, que es como edificar la casa con sus oficinas para aposento del alma, en ese punto y momento es ella por Dios criada e infundida en el cuerpo.

Pues comencemos ahora a filosofar sobre esto. Y extendamos ahora los ojos por todo el universo mundo, que es por las tres principales partes de él, que son Asia, Africa y Europa, y en la cuarta que ahora se ha descubierto en las Indias Occidentales, que llaman Nuevo Mundo, y corramos por todas las islas del Archipiélago y por todas las del mar Océano, y por todas las tierras de bárbaros y negros que habitan debajo de la tórrida zona, y finalmente por todo lo que rodea el sol; y miremos cuántas mujeres estarán preñadas en todos estos hemisferios y cuántos niños y niñas habrán llegado a este punto en que les ha de ser infundida el alma, y veremos que de día y de noche ha de estar Dios criando almas e infundiéndolas en los cuerpezuelos, y esto sin faltar un solo punto del tiempo en que llegan a esta disposición. Y esto no sólo hace en este siglo y edad presente, sino desde que crió el mundo hasta hoy.

Y acaecerá estar en el mismo punto muchos de estos corpezuelos organizados, unos en Oriente y otros en Occidente, esto es, en distantísimos lugares, y acude Dios sin faltar un punto y sin hacer falta en una parte por acudir

a otra. Y esto hace no por virtud de las influencias del cielo ni por ministerio de ángeles, sino por sí solo. Y ni por esta tan continua y puntual ocupación pierde aquella beatísima paz y felicidad en que vive, ni le pone esto en cuidado y solicitud de acudir a tantas partes.

Pues pregunto ahora: ¿cuál es la sabiduría de tal Señor, que conoce la disposición en que están todos los niños del mundo en los vientres de sus madres, para acudir al punto que están organizados por infundirles las almas, pues las mismas madres no lo saben? Y ¿cuál es la asistencia universal, sin jamás faltar al plazo señalado? Y ¿cuál el poder del Señor que cría de nada una substancia tan espiritual y tan hermosa, en la cual resplandece la imagen de Dios?

Cosa es ésta que vence toda nuestra admiración y entendimiento y nos declara cuánto diste aquella beatísima Substancia de todo poder y saber humano.

CAPITULO XXII

De las facultades inferiores del alma humana

Antes que comencemos a tratar de la facultad del alma vegetativa, conviene presuponer algunos avisos y documentos generales que sirven para la inteligencia de esta facultad.

Es, pues, hora de saber que en nuestra alma hay tres potencias o facultades, de las cuales la primera es vegetativa, cuyo oficio es nutrir y mantener el cuerpo, y otra que llaman sensitiva, que es la que nos da sentido y movimiento, y la tercera es la intelectiva, que nos diferencia de los brutos y nos hace semejantes a los ángeles.

Estas tres facultades dió el Criador a una simple substancia, que es nuestra alma; lo cual es una tan grande maravilla, como si hiciera una criatura que fuera juntamente ángel y caballo, pues nuestra alma ejercita en nosotros los oficios de estas dos tan diferentes criaturas, pues ella entiende como ángel y come y engendra como caballo.

Por lo cual algunos filósofos no admitieron esto, antes dijeron que estas tres facultades de nuestra alma eran tres almas, las cuales ellos ponían en diversos lugares de nuestro cuerpo, es a saber: la vegetativa en el hígado, y la sensitiva en el corazón, y la intelectiva en la cabeza, y

esta postrera decía Platón que era el hombre, no consintiendo que una cosa tan baja como nuestro cuerpo fuese parte esencial del hombre, sino una casa donde el alma moraba o un candelero donde se ponía la candela encendida de nuestro entendimiento.

Pues conforme a esta división susodicha, trataremos primero de la facultad del alma vegetativa que tenemos común con las plantas, que también viven y se mantienen como nosotros, y después trataremos de las otras dos facultades del alma, que son la sensitiva e intelectiva. Este sea el primer presupuesto.

Ley de compensación. El segundo sea el que todos sabemos, que es ser necesario mantenimiento ordinario para conservar la vida.

La razón de esto es porque el calor de nuestro cuerpo, mediante el cual vivimos, no menos es causa de nuestra muerte que de nuestra vida. Porque con su eficacia consume la substancia y las carnes del hombre, como lo vemos en los dolientes, que por hastío o por dieta no comen, los cuales a cabo de días vemos flacos y descarnados. El ejemplo de esto vemos en la lámpara que queremos que siempre arda, donde el ardor de la llama poco a poco va consumiendo el aceite que la sustenta; por lo cual es necesario cebarla siempre, para que siempre se repare lo que siempre se gasta.

Pues lo mismo hace el calor natural en nuestros cuerpos que la llama en la lámpara, el cual siempre gasta y consume nuestro húmido radical, y por esto conviene restaurar lo que así se gasta con el manjar que se come. Donde se ha de notar que de este manjar toma el cuerpo para sustentarse la grosura y aceitoso que hay en él. De suerte que, si coméis una camuesa, sírvese la naturaleza de lo aceitoso de ella para restaurar lo que se perdió.

Y porque nunca es tan perfecto lo que se restaura como lo que antes había, de aquí viene poco a poco el húmido radical a perder de su vigor y virtud, y cuando éste del todo se menoscaba, viene a acabarse juntamente con él la vida, si alguna dolencia o violencia no se anticipó a darle más temprano fin.

Como tupida red de transmisión. El tercero presupuesto es que, pues todo el cuerpo con todas sus partes se ha de mantener y a todas conviene que corra el mantenimiento, es necesario que en todo él haya caminos por donde corra el mantenimiento y los espíritus y el calor a todas partes, y así lo trazó el Criador lleno de venas y arterias y nervios, de ellos mayo-

res y de ellos menores, para este efecto. De modo que él es como una ciudad que está toda llena de calles y de callejuelas para el paso y servicio de los que la habitan.

Aunque no sé si es más acomodado ejemplo el de una red muy menuda. Porque así está todo nuestro cuerpo entretejido y lleno, no de una, sino de cuatro maneras de redes, como adelante declararemos. Lo cual se parece más claro en las hojas de los árboles, mayormente cuando son grandes, en las cuales vemos tantos hilicos, unos mayores y otros más delgados que cabellos, que son la tejedura con que se sostiene y mantiene la hoja. Y no contento con esto, ordenó el Criador que todo el cuerpo fuese, como los médicos lo llaman, transpirable, que es estar todo lleno de poros, para que haya comunicación de unos miembros a otros.

Triple función vegetativa. El cuarto presupuesto sea que aquel sapientísimo Artífice puso tres facultades necesarias en los miembros para su mantenimiento, que llaman atractiva, conversiva y expulsiva. Porque cada miembro atrae de las venas, que son acarreadoras del mantenimiento, lo que es necesario para su nutrición, y después lo convierte en su substancia, y si tiene alguna superfluidad que no le convenga, despídela de sí.

Mas entre estas tres facultades es más admirable la primera, que es la atractiva. Porque como en aquella masa de la sangre vayan los cuatro humores de que están compuestos nuestros cuerpos, que son sangre, flema, cólera y melancolía, cada miembro, como si tuviese juicio y sentido, toma lo que conviene a su naturaleza y no toca en lo demás. Y conforme a esto, el hueso que es duro y sólido, el cual también se mantiene y crece como los otros miembros, según que lo vemos en los huesos de los niños que van creciendo con la edad, toma de aquella masa el humor frío y seco, porque éste le es más natural y más proporcionado a su substancia. Y así lo hacen todos los demás, cada cual en su manera.

Pónese para esto el ejemplo de la piedra imán, la cual, teniendo a par de sí diversos metales, solamente atrae a sí el hierro, dejados los otros. Pues el que dió tal virtud a esta piedra, también la dió a los miembros para que cada uno tomase para sí de aquella masa lo que fuese más conforme a su substancia.

Lo mismo vemos en la elección de los manjares que hacen los animales. Porque si pusiéredes junto un pedazo de carne, y un poco de trigo, y otro de yerba, la oveja acudirá a la yerba, y el can a la carne, y la gallina al trigo.

Pues quien dió a los animales este natural conocimiento del manjar que les conviene, dió también a los miembros este mismo instinto y naturaleza para que tomase cada uno de aquella masa lo que más le convenía.

Servicio de hermandad. El quinto sea que en este nuestro cuerpo hay aquella hermandad que el Apóstol tantas veces nos encomienda. Porque todos los miembros y sentidos sirven unos a otros, y todos al bien común, que es a la conservación del todo; mas esto con tal orden, que los menos nobles sirven a los más nobles, y así la primera digestión del manjar, que se hace en los dientes, sirve a la segunda, que se hace en el estómago, y éste a los intestinos, y éstos al hígado, y el hígado al corazón y a todo el cuerpo, y el corazón al cerebro, que es el más noble miembro, donde reside el senado y los cónsules, que son los sentidos exteriores e interiores, y así él también provee de sentido a todos los miembros, para que por este ejemplo se vea cómo la preeminencia y dignidad de los mayores se ha de emplear en el gobierno y provecho de los menores.

Hay también aquí otra providencia del Criador, el cual no consiente que en esta su casa haya cosa desperdiciada y sin provecho, así como no quiso que hubiese en el mundo lugar vacío, ni consintió que los pedazos de pan que habían sobrado del milagro de los cinco panes se perdiesen.

Pues por esto de tal manera trazó el gobierno de nuestros cuerpos, que lo que en una parte sobraba como superfluo, en otra fuese necesario, como lo vemos en la melancolía que desecha el hígado, la cual sirve de mantenimiento para el bazo, que es miembro menos noble, como vemos en las casas de los ricos, donde los criados se mantienen de lo que sobra de las mesas de sus señores. Y lo mismo vemos en las otras superfluidades que despide de sí el hígado y el estómago.

Al servicio del alma, que reina en su palacio. Sobre todo lo dicho se ha de advertir otra cosa que no menos declara el consejo de la divina Providencia, y es que, como Aristóteles dice, no hace la naturaleza, esto es, el autor de ella, sus obras semejantes a un cuchillo que había en la isla de Delfos, el cual servía de muchos oficios e instrumentos, sino para cada oficio ordenó su propio instrumento: los ojos para sólo ver, los oídos para oír, las narices para oler, etc., etc.

En lo cual se ve la realeza de esta casa de nuestro

cuerpo, que el Criador fabricó para morada de nuestra alma, como para cosa criada a su imagen y semejanza. Porque vemos que en una casa de un escudero o de algún pobre hidalgo muchas veces no hay más de uno o dos criados que sirven de todos los oficios de casa; mas en la casa de un rey vemos que hay gran número de oficios y de oficiales, diputados cada uno para su oficio. Porque como el rey es rico y poderoso, tiene facultad y caudal para sustentar todo este número de oficiales.

Pues aplicando esto a nuestro propósito, ninguna casa real ha habido en el mundo, aunque fuese la de Salomón, que tan grande espanto puso a la reina de Saba, que tantos oficiales tuviese cuantos tiene la casa real de nuestro cuerpo, que el Criador fabricó, según está dicho, para morada de nuestra alma, en la cual, siendo tantos y tan varios los oficios, no se hallará un oficial que tenga dos oficios juntos, sino cada uno el suyo. Y si alguno parece tener más que uno, es por razón de la diversidad de partes que hay en él.

Esto se ve no sólo en los cinco sentidos exteriores, sino mucho más en los miembros interiores. Y así Él fabricó el estómago para cocer el manjar, las tripas para recibirlo y purgarlo, el hígado para hacer la masa de la sangre, el corazón para criar los espíritus de la vida, los sesos del cerebro para criar los espíritus animales, las venas para repartir la sangre, las arterias para llevar los espíritus vitales, y los nervios para repartir los animales, y así otros muchos que pudiéramos aquí contar.

Lo cual todo sirve no sólo para declarar la orden de la divina Providencia, sino también para instrucción y fundamento de la medicina. Porque, entendida la calidad y condición de las partes del cuerpo y la dependencia que tienen unas de otras, saben los médicos dónde han de aplicar las medicinas, y en qué lugares han de mandar hacer las sangrías, y dónde han de dar el cauterio de fuego, con lo demás. Porque ya hemos visto curarse un gravísimo dolor de ciática que estaba en el cuadril del muslo, dando un cauterio en el oído, por la dependencia que hay de esta parte superior a la otra inferior.

Consideración sobre lo dicho.

Ahora será razón filosofar un poco sobre lo que habemos hasta aquí tratado. Donde veremos cómo la divina Sabiduría ordena y dispone todas las cosas, como decimos, suavemente, que es procediendo por las causas a sus efectos y proporcionando las causas con la dignidad de los efectos que quiere producir; de tal manera, que cuanto es más noble la forma que quiere introdu-

cir, tanto más perfectamente dispone la materia en que se ha de recibir, porque no haya desproporción entre las causas y sus efectos y entre la materia y la forma que de ella ha de proceder.

Y comenzando por la primera causa de nuestra nutrición y mantenimiento, vemos que el manjar se mastica y dispone en la boca para ir desmenuzado y molido al estómago, donde toma otra forma, que los médicos llaman quilo, con la cual purificado de las heces que se despiden por los intestinos, se dispone para ir al hígado, en el cual recibe otra forma más perfecta, que es de sangre. Y purificada ya ésta, y despedida la cólera y melancolía con la superfluidad de lo que bebemos, se dispone para ir al seno derecho del corazón. Y en éste se refina y purifica más para ir al seno o ventrículo izquierdo, donde se forman los espíritus vitales, y ésos, así dispuestos, vienen a ser materia de que se engendran los otros espíritu más nobles, que son los que dijimos llamarse animales.

Por lo dicho verá el prudente lector lo que acabamos de decir; que es el orden que la divina Sabiduría tiene en la procreación de las cosas, ordenando que la materia se disponga conforme a la dignidad de la forma que ha de recibir, de tal modo, que cuanto fuere más noble la forma, tanto sea más perfecta la disposición que se apareja para ella.

A semejanza de la corporal, también la vida de la gracia requiere adecuada preparación.

Pues aplicando este mismo orden a las cosas espirituales, entenderemos que, conforme al estado o la gracia que queremos alcanzar, así nos conviene disponer y aparejar. Y según esto, el penitente que desea alcanzar el fruto y efecto de la confesión ha de ir dispuesto y aparejado con el dolor y arrepentimiento de los pecados y con el examen de su conciencia.

Asimismo, para recibir el fruto del Sacramento del altar, conviene que vaya con otra más perfecta disposición, porque este Sacramento es más alto y más divino, para el cual debe ir con actual devoción, y no sólo libre de pecados, sino también de todos los pensamientos que pueden distraer y menoscabar su devoción.

Y no sólo para los Sacramentos, mas para todas las gracias y dones espirituales han de preceder convenientes aparejos y disposiciones para ellos.

Y según esto, el que desea gozar de la suavidad y consolaciones del Espíritu Santo, ha de despedir de sí los gustos y consolaciones del mundo, como lo hacía David, cuan-

do decía: Desechó mi alma las consolaciones de la tierra, puse mi memoria en Dios y en Él me deleité.

Asimismo, el que quisiere aspirar a la perfección del amor de Dios, ha de despedir de sí todos los amores desordenados del mundo. Y si deseare llegarse de tal manera a Dios que venga a hacerse un espíritu con Él, que es hacerse un hombre espiritual y divino, ha de mortificar cuanto le sea posible todo lo carnal y terreno cuando fuere impedimento de lo divino. Y si deseare hacerse semejante a aquel Señor que es único y sumo bien, por la parte que Él es bien, ha de apartarse de las cosas, y por la que es sumo, no se debe ocupar en cosas bajas, aunque no sean malas, y por la que es único, no se debe entremeter en muchas cosas, aunque sean buenas, si fueren demasiadas y tales que con su demasiada ocupación ahoguen el espíritu de la devoción.

Y si para conseguir esto desea darse a la vida contemplativa y tener cuando piensa en Dios la imaginación quieta y libre de otros pensamientos, ha de ser, como dicen los santos, sordo, ciego y mudo para las cosas del mundo; y así tendrá desembarazada y pura la casa de su alma y más libre del ruido de los pensamientos. Pero si hace lo contrario, no podrá dejar de ser molestado de ellos.

Y, finalmente, el que desea hallar a Dios de veras, sepa que lo ha de buscar de veras, y el que quiere alcanzar de Él grandes dones, ha de conformar el trabajo y la diligencia y la vigilancia conforme a la dignidad de ellos; así como el que quiere ser gran letrado ha de ser muy diligente en el estudio.

Esto nos enseña Salomón cuando dice que, si deseamos alcanzar la verdadera sabiduría, la busquemos con el ardor con que los hombres trabajan por el dinero y con la codicia de los que cavan buscando tesoros debajo de la tierra. Y conforme a lo mismo dice Moisés que hallaremos a Dios si lo buscáremos con todo nuestro corazón y con toda la afición de nuestros ánimos.

Este es, pues, el estilo común y ordinario con que nuestro Señor comunica sus dones y gracias a las criaturas, disponiéndolas primero y aparejándolas para ellas. Verdad es que, como Él no sea agente natural, no está sujeto a estas leyes que Él ordinariamente guarda. Porque muchas veces, sin que preceda alguna disposición por espacio de tiempo, para manifestación de su liberalidad y magnificencia, como lo vemos en la vocación de San Pablo, de San Mateo y de San Juan y Santiago, los cuales, estando remendando sus redes, fueron llamados a la dignidad del apostolado. Y con esto daremos fin al tratado del alma vegetativa, que sirve para sustentar la vida.

CAPITULO XXIII

DE LA UTILIDAD Y PERFECCIÓN DE LOS SENTIDOS EXTERIORES DEL HOMBRE

Al principio de este tratado de la fábrica de nuestro cuerpo dijimos cómo los filósofos ponían tres diferencias de almas: una que llaman vegetativa, que tienen las plantas; otra sensitiva, que tienen los brutos, y otra intelectiva, que tienen los hombres; mas de tal manera que esta nuestra alma, con ser una simple y espiritual substancia, tiene estas tres facultades. Porque ella es la que por medio de los instrumentos que están dichos sustenta nuestros cuerpos y la que es causa de todos nuestros sentidos y movimientos, y también lo es de los discursos de nuestro entendimiento.

Pues habiendo tratado hasta aquí de la facultad más baja, que es de la facultad vegetativa que tienen las plantas, subiremos ahora a tratar de la que tiene para darnos vida sensitiva, como la tienen los brutos. En lo cual tanto más resplandece la divina Sabiduría cuanto esta facultad es más noble que la pasada.

Mas es aquí de notar que como todo conocimiento proceda de los sentidos exteriores, que es de las cosas corporales que vemos, oímos y tocamos, etc., etc., y las cosas espirituales ni las vemos, ni gustamos, ni palpamos, de aquí es que muchos hombres, mayormente los que son de groseros entendimientos, o no creen que las hay, o no conocen la virtud y eficacia que tienen para obrar. Y tal era aquella secta de los saduceos, de que se hace mención en los Actos de los Apóstoles, los cuales eran tan groseros de entendimiento, que no creían haber ángeles ni espíritus, y muchos hay ahora que, aunque tengan fe de esto, no entienden cómo pueda tener ser lo que ningún cuerpo tiene. Y de aquí vienen a no entender la dignidad y excelencia y facultad de sus almas, imaginando que son como un poco de aire o cosa semejante.

Pues a los tales quiero yo ahora llevar por la mano y poco a poco irles declarando la dignidad y eficacia de estos espíritus, y por aquí se levantarán a entender la de sus almas.

En los linderos del espíritu. Pues para esto es de saber que todas cuantas cosas corporales hay en este mundo inferior, son compuestas de cuatro elementos, aunque esto no se parezca,

por causa de la diversidad de las mixturas y composición de ellos. Entre los cuales elementos el más bajo y más grosero y material es la tierra, considerando lo que ella tiene de su propia cosecha. Después de este elemento tiene el segundo lugar en dignidad el agua, que es la que hace fructificar la tierra. La cual tierra, cuanto es de su naturaleza, es como cal, que es estéril y seca como ella. Pero más perfecto que el agua es el aire con que vivimos y respiramos, y el que acarrea esas mismas aguas de la mar a la tierra, y nos hace otros muchos beneficios, según que arriba declaramos. Mas de la sutileza y eficacia del fuego, que todos experimentamos, no hay que decir.

Es, pues, ahora de saber que como todas las cosas corporales estén compuestas de estos cuatro elementos, cuanto ellas menos participan de la materia de la tierra y de la pesadumbre de ella, tanto son más nobles y de más virtud y eficacia para obrar. Pongamos primero ejemplo en esos mismo elementos.

La tierra ninguna virtud tiene para hacer algo, sino para padecer y recibir, como de limosna, lo que los otros elementos o causas naturales le dan; de tal modo, que ni aun para sostener nuestros cuerpos serviría si no recibiese la dureza que tiene de los otros elementos, como arriba declaramos. Síguese luego los otros tres elementos, entre los cuales los superiores son más espirituales y más activos, como lo es el agua y el aire, y mucho más el fuego, que es el menos material y más activo que todos.

Esto vemos también en las aguas, las cuales solemos pesar, y desechamos las más pesadas como más terrestres y escogemos las que menos pesan para beber. Vémoslo también en los vinos, entre los cuales los turbios y espesos son más viles, y los más delicados y más donceles son más preciosos. Esto mismo vemos en las carnes, y especialmente en el pan, porque el que se hace de la flor de la harina es más delicado, y así sirve a la mesa de los señores; mas el bazo, que se hace de toda harina, es para los criados. Lo mismo vemos en los metales, por donde los herreros purgan el hierro en la fragua y despiden y echan fuera lo más terrestre, que llaman mocos del herrero, y se sirven de lo que está ya más apurado de estas heces de la tierra. Y esto también se ve en las piedras preciosas, entre las cuales las más puras y transparentes, que tienen menos de tierra, tenemos en grande estima y esmaltámoslas en los anillos y en otras cosas; pero las otras más groseras y terrestres sirven para la fábrica de los edificios.

Y sobre todas estas cosas es gravísimo argumento el de la luz que nos viene del cielo, que es la cosa más delicada y espiritual que hay entre las cosas corporales, pues vemos

que entra por una vidriera, por donde no entra el aire ni el fuego, y con todo eso es de tan admirable virtud y eficacia, que por medio de ella obran los cielos todas cuantas cosas hay en la mar y en la tierra y debajo de la tierra, donde por su virtud se engendra el oro y la plata y todos los otros metales.

Y añado a esto que no sólo para aprovechar, sino también para dañar, son tanto más poderosas las cosas cuanto más espirituales, quiero decir menos materiales y visibles.

Pues ya, si tratamos de las substancias puramente espirituales, cuales son los ángeles y los demonios, claramente se ve cuán poderosos sean los unos para aprovechar y los otros para dañar; pues uno de ellos, o fuese bueno o fuese malo, bastó para matar una noche ciento ochenta y cinco mil hombres en el ejército de las asirios, que tenía cercada a Jerusalén.

Pues todo lo dicho servirá para que, procediendo por estos grados de ventajas que hay en las cosas, entendamos que cuanto ellas son más pesadas y materiales y más participan de la tierra, tanto son más viles y de menor eficacia, y cuanto más se acercan en su manera a la condición de las cosas espirituales, tanto son más nobles y más eficaces para obrar.

Y por aquí entenderemos en alguna manera la dignidad de nuestras almas, las cuales son puramente substancias espirituales, como los ángeles, y por eso no nos espantaremos de ver cuánta variedad y muchedumbre de oficios ejercitan en nuestros cuerpos, como adelante tocaremos. Porque lo que obra Dios en este mundo mayor, obra nuestra alma en el menor, que es el hombre, cuyos instrumentos inmediatos son estos espíritus, así los vitales como los animales, por ser más espirituales y más semejantes a ella.

De cuán maravilloso sea el sentido de la vista.

Mucha razón tuvo David para exclamar y confesar tantas veces que era Dios admirable en todas sus obras, por pequeñas que parezcan. Digo esto porque salimos ahora de una maravilla y entramos en otra no menor, que es la fábrica de nuestros ojos. La cual confiesan los profesores de esta ciencia ser la cosa más artificiosa, más sutil y más admirable de cuantas el Criador formó en nuestros cuerpos, en la cual no es menor el beneficio que la maravilla de la obra.

Porque ¿qué cosa más triste que un hombre sin vista? Pues el santo Tobías, que con tanta paciencia sufría la falta de ella, saludándole el ángel y diciéndole que Dios le diese alegría, respondió: ¿Qué alegría puedo tener viviendo en tinieblas y no viendo la lumbre del cielo?

Y la primera cosa que nos debe poner admiración son las especies e imágenes de las cosas que se requieren para verlas. Para lo cual es de saber que todas las cosas visibles, que son las que tienen color o luz, producen de sí en el aire sus imágenes y figuras, que los filósofos llaman especies, las cuales representan muy al propio las mismas cosas cuyas imágenes son.

La razón de esto es porque, según reglas de filosofía, las causas que producen algún efecto han de tocarse una a otra, o por su propia substancia, o por alguna virtud o influencia suya. Y pues aquí tratamos de este efecto, que es ver las cosas, y ellas están apartadas de nuestra vista, es necesario que se toquen y junten por algún tercero. Y para esto proveyó el Criador una cosa digna de admiración, la cual es que todas las cosas visibles produzcan en el aire estas imágenes y especies que llegan a nuestros ojos y representen las mismas cosas que han de ser vistas.

Lo cual se ve en un espejo, el cual recibiendo en sí estas especies e imágenes, y no pudiendo ellas pasar adelante por no ser este espejo transparente, paran allí, y represéntannos perfectísimamente todo cuanto tienen delante. Y así en ellos vemos montes, y valles, y campos, y árboles, y ejércitos enteros, con todo lo demás que tienen presente, y si mil espejos hubiere repartidos por todo el aire, en todos ellos se representara lo mismo.

Y no sólo en el aire, mas también en el cielo ha lugar lo dicho, porque no podríamos ver las estrellas estando tan apartadas de nuestra vista si ellas no imprimiesen sus especies e imágenes en nuestros ojos, para que mediante ellas fuesen vistas.

Pues ¿qué cosa más admirable que, viendo nosotros cómo un pintor gasta muchos días en acabar una imagen, que cada una de estas cosas visibles sea poderosa para producir sin pincel y sin tinta y sin espacio de tiempo tanta infinidad de imágenes en todos los cuerpos transparentes, como son el aire y el cielo? ¿Quién no ve aquí la omnipotencia de quien tal virtud pudo dar a todas las cosas visibles para que se pudiesen ver?

Mas con callar otras cosas más sutiles, no dejaré de decir que en la composición del ojo entran tres diferencias de humores, los cuales se dividen entre sí con tres telas delicadísimas. Y al primero de ellos llaman cristalino, por ser sólido y transparente como lo es el cristal. Y después de éste se sigue otro humor rojo, que es abrigo y término del cristalino, y tras de éste sigue otro azul. Y este color sirve para que por virtud de él se recojan y fortifiquen en la pupila del ojo aquellas especies e imágenes que dijimos,

la cual se ofendería con la mucha claridad, como se ofende cuando miramos el sol.

Pues por estos viriles de los humores susodichos, si así se pueden llamar, entran las especies e imágenes de las cosas y suben por los sobredichos nervios al sentido común que dijimos, de donde ellos nacen. De modo que por ellos bajan los espíritus animales que nos hacen ver y por ellos mismos suben las imágenes de las cosas a este ventrecillo del sentido común susodicho, y de ahí caminan a los otros interiores.

Y según esto, podemos decir que todo este mundo visible, cuan grande es, entra en nuestra alma por esta puerta de los ojos. Y ésta es la causa, como Aristóteles dice, de ser tan preciado este sentido; porque como el hombre, por ser criatura racional, naturalmente desea saber, y este sentido de la vista descubre infinitas diferencias de cosas, de aquí le viene preciar mucho este sentido.

Mas otra cosa tiene más excelente, que es ver por él las maravillas de las obras de Dios, por donde se levanta nuestro espíritu al conocimiento de Él. Así lo muestra David cuando dice: Veré, Señor, tus cielos, que son obras de tus manos, y la luna y las estrellas que tú fundaste.

Este santo varón empleaba mejor el beneficio de la vista que los que usan de él para ofensa del que se lo dió, haciendo materia de pecado lo que había de ser de sus alabanzas y haciendo guerra al dador con el mismo don que Él les dió, y más tal don como éste es. Porque si éste perdiese un hombre, ¿qué haría, adónde no iría a buscar el remedio? ¿Y qué gracias daría a quien se lo diese? Y con ser esto así y saber los hombres que Dios es el que les dió la vista y el que se la conserva, no les pasa por pensamiento darle gracias por ello.

Del sentido del oír. Pasemos del sentido del ver al del oír, que también es noble sentido y no menos ayuda a la sabiduría. De lo cual tenemos ejemplo en Dídimo, que nació ciego y no por eso dejó de ser gran teólogo.

Pues de este sentido son causa dos nervios que proceden del sentido común, uno por una banda y otro por otra, los cuales llevan consigo los espíritus animales que nos dan virtud para oír. Mas dentro de los oídos está una vejiguita que llaman miringa, llena de aire, que es como un atabalico, y llegando allí el sonido de la voz o de cualquiera otra cosa, hiere este órgano, y con esto se causa el oír. Mas si esta vejiguita por alguna ocasión se rompe y se sale el aire de ella, luego se pierde el oír: y por esta

causa el Criador formó las orejas, así como los párpados en los ojos, para guarda de este sentido.

Del sentido del oler. La misma origen tiene el sentido del oler, al cual descienden otros dos nervios que proceden de la misma fuente del sentido común y llegan a las narices; las cuales tienen dentro de sí dos pezones chiquitos de carne muy blanda y esponjosa, envueltos en unas telas delicadas, adonde vienen a parar los nervios sobredichos, y llegando aquí el aire que trae consigo las especies de las cosas olorosas, se causa el olerlas.

Y para guarda de este sentido proveyó el Criador las narices, las cuales también sirven para hermosura del rostro. Porque ¿qué parecería un hombre sin narices? Donde es mucho de notar la infinita sabiduría del Criador, el cual juntó en la fábrica de todos nuestros sentidos y miembros dos cosas dificultosísimas de ayuntar en uno, que son utilidad y hermosura, trazando las cosas de tal manera, que lo más provechoso para la vida fuese también más hermoso para la vista.

Sirven también las narices con los dos agujeros que tienen para que no solamente por la boca, sino también por ellas, se purgue la flema que se cría en el cerebro. Porque como los vapores de nuestro cuerpo suban a lo alto de la cabeza, como los de la tierra suben a la parte alta del aire, proveyó el Criador estos dos desaguaderos, por donde se purgase este ruin humor.

Y aun otra cosa interviene aquí más admirable, porque en la parte más baja de la cabeza hay un embudo que fabricó la naturaleza, el cual tiene la copa ancha y redonda, y viene a rematarse en un caño estrecho, y este embudo recoge las flemas que se destilan de toda la cabeza, y por este caño estrecho vienen a parar a estos dos desaguaderos susodichos. De modo que así como en los patios de las casas grandes hay un sumidero adonde corren las aguas cuando llueve, así proveyó el Criador en esta nuestra casa de este sumidero, por donde se despiden las flemas, para que no nos hagan daño. En lo cual vemos cómo en ninguna cosa se descuidó el Criador de lo que convenía para nuestra salud y vida.

Del sentido del gusto. De aquí descendemos un poco más abajo al sentido del gusto, con que gustamos los sabores, lo dulce y lo amargo, lo sabroso y lo desabrido. Y la causa de este sentimiento son dos nervios que están en medio de la lengua y se ramifican y extienden por toda ella, la cual proveyó el

Criador que fuese húmeda, y llena de poros, y vacía de todo género de sabores. Y la causa de estar llena de poros es para que puedan entrar por ella las especies de los sabores y llegar a estos nervios susodichos, que son la causa de este gusto. Convenía también que fuese húmeda, para humedecer los manjares, porque no se pudiera sentir el sabor de ellos sin la humedad de la saliva.

Y no menos convenía que careciese ella de todo sabor, así como el órgano de oír de todo sonido, para que pudiese percibir todas las diferencias de sabores. Porque si ella tuviera alguno dentro de sí, sólo éste sintiera, y no los otros, como acaece al que tiene calenturas coléricas, al cual amargan todas las cosas por razón del humor colérico con que la lengua está inficionada, que de suyo es amargo.

Mas aquí es de notar una diferencia que hay entre este sentido y los otros, la cual es que las especies de las cosas que se han de ver, oír y oler, han de pasar por algún cuerpo transparente, como es el aire; mas ni en este sentido ni en el que se sigue no ha lugar esto. Porque lo que se ha de gustar o tocar ha de estar junto con nuestra carne. De suerte que la cosa sabrosa ha de juntarse con nuestra lengua para que se sienta su sabor.

En lo cual se ve cuán breve sea este deleite, pues, como dice un doctor, el deleite de la gula en espacio de tiempo apenas es de cuatro momentos y en espacio de lugar aun no es de cuatro dedos, y con ser esto así, vemos cuántas rentas y patrimonios se gastan en servir a este deleite. Por lo cual exclamó Séneca diciendo: ¡Oh buen Dios, cuántos linajes de oficiales y de oficios trae ocupados un solo vientre!

Del sentido del tacto. El postrer sentido es el tacto, con que sentimos las cuatro primeras cualidades de los elementos, que son: frío y calor, humedad y sequedad, y sentimos también lo duro y lo blando, lo áspero y lo llano.

Este sentido no tiene lugar señalado en nuestro cuerpo donde esté situado, porque está extendido por todo él, por ser así necesario para que el animal sienta lo dañoso y lo provechoso, y así huya lo uno y procure lo otro. Y la causa de este sentimiento es otro linaje de nervios que se derraman por todo el cuerpo y son causa del sentido, así como hay otros que lo son del movimiento, según está ya declarado.

De la conveniencia y hermosura de los sentidos y miembros exteriores.

Para conclusión de esta materia quiero referir aquí lo que dice Tulio [1] de la conveniencia y hermosura de los sentidos y partes exteriores de nuestro cuerpo; con lo cual prueba él haber sido todo esto fabricado por una suma Sabiduría y Providencia para el uso y provecho de nuestra vida.

Dice, pues, él que esta divina Providencia levantó los hombres de la tierra y los hizo altos y derechos, para que mirando al cielo viniesen en conocimiento de Dios. Porque son los hombres hechos de la tierra no como inquilinos y moradores de ella, sino como contempladores de las cosas celestiales y soberanas, cuya contemplación y vista a ningún otro animal pertenece, sino a sólo el hombre. La cual Providencia formó y asentó maravillosamente los sentidos, que son los intérpretes y mensajeros de las cosas, en la cabeza y como en una torre alta, para el uso necesario de la vida.

Porque los ojos, que son como atalayas de este cuerpo, están en el lugar más alto, para que mejor ejerciten su oficio, viendo de allí muchas diferencias de cosas.

También los oídos, que han de percibir el sonido, convenientemente se pusieron en esta parte alta, porque el sonido siempre sube a lo alto.

Y por esta misma causa también el sentido del oler está en lo alto, porque también los vapores que llevan consigo las especies de las cosas olorosas, naturalmente suben a lo alto. Y no menos artificiosamente se puso este sentido junto a la boca, por ser mucha parte el olor de lo que se come y se bebe, para juzgar si es bueno o malo. Pues ya el sentido del gusto, que ha de sentir las diferencias de las cosas con que nos mantenemos, convenientemente se puso en aquella parte de nuestra boca por donde necesariamente pasa lo que se come y se bebe.

Mas el sentido del tocar igualmente se extiende por todo el cuerpo, para que así pudiésemos sentir todos los golpes y todos los grandes fríos y calores que nos podían dañar.

Donde es mucho de notar que, así como los hombres sabios ponen más cobro en las cosas preciosas que en las viles, así este Artífice divino puso mayor guarda y cobro en los ojos que en los otros sentidos, por ser ellos, como todos vemos, muy preciados.

Porque primeramente los vistió y cercó con unas telas muy delicadas, las cuales hizo transparentes para que por

[1] *De natura deorum*, l. II.

ellas pudiésemos ver, y por otra parte recias, para que pudiesen permanecer. Hizo también los ojos fáciles para moverse de una parte a otra, para que así se desviasen de lo que les pudiese dañar y fácilmente los volviesen a lo que quisiesen ver. Y la agudeza de la vista, que está en la pupila del ojo, mediante la cual vemos, y es muy pequeña, para que así esté más segura de lo que le pueda dañar. Asimismo los párpados, con que se cubren los ojos, hizo muy blandos, porque no exasperasen esta pupila, y muy fáciles para abrirse y cerrarse con toda ligereza, para que no cayese en los ojos cosa que les fuese contraria. Los cuales párpados están armados y guarnecidos con las cejas, que son como una palizada, para que, aunque estuviesen abiertos los ojos, despidiesen cualquier cosa que cayese sobre ellos. De esta manera están recogidos y escondidos los ojos, cercados por las partes más altas con las sobrecejas, que están encima de ellos, las cuales impiden que el sudor que corre de la cabeza y de la frente no caiga sobre ellos. Y por la parte más baja están amparados con las mejillas, que son como un vallado que los defiende. Mas las narices están de tal manera asentadas, que vienen a ser como un muro puesto ante los ojos.

Mas los oídos están siempre abiertos, porque de ellos tenemos necesidad aun en el tiempo que dormimos, por que con el sonido que este sentido recibe despertemos. Y el camino para él tiene muchas vueltas, porque, si fuera derecho y simple, pudiera entrar por él cosa que le dañara. También se proveyó de remedio para que, si algún animalillo quisiese entrar en él, se embarazase en la cera de los oídos como en liga. Y las orejas, que están a la puerta, fueron hechas para cubrir y guardar este sentido y para que las voces no se derramasen primero que llegasen a él. Y las entradas para él hizo duras y como de cuerno, y con vueltas y revueltas, porque con este artificio se hace mayor el sonido.

Asimismo, las narices, que siempre han de estar abiertas para hacer sus oficios, tienen las entradas más estrechas, porque no pueda entrar por ellas cosa que les pueda dañar, y tienen un poquito de humor, que sirve para despedir de sí el polvo y otras cosas.

Pues el sentido del gustar está muy bien cercado, porque está dentro de la boca, para hacer convenientemente su oficio y para estar más guardado.

También es de notar que estos sentidos en los hombres son más perfectos que en los brutos animales. Porque, primeramente, los ojos, por el movimiento de los cuerpos y por el gesto de las personas, entienden muchas cosas, y así también conocen la hermosura, y la orden, y

la decencia de los colores y figuras, y otras cosas mayores. Porque también conocen algo de los vicios y virtudes de las personas, porque sienten cuándo el hombre está airado o aplacado, alegre o triste, y conocen también al fuerte y al flojo, al atrevido y al cobarde.

Los oídos también tienen otro admirable y artificioso juicio, con el cual entienden, así en las voces como en los instrumentos de música, la variedad de los sonidos, los intervalos y distinciones de ellos y las diferencias de las voces, unas blandas y otras ásperas, unas graves y otras agudas, unas flexibles y quebradas y otras duras, las cuales diferencias conocen solamente los oídos de los hombres.

También el sentido de las narices, y del gusto, y del tacto tienen sus juicios para sentir las cosas que les pertenecen. Para cuya recreación y deleite se han inventado más artes de las que yo quisiera, porque ya veis hasta dónde ha llegado la composición de los ungüentos olorosos, y el artificio de tantos guisados, y el regalo de los vestidos preciosos.

Todo lo susodicho es de Tulio, y todo ello nos representa la suma sabiduría y consejo del que tan perfectamente fabricó y guarneció todos estos sentidos para los oficios y uso de nuestra vida, sin descuidarse de cosa alguna, por pequeña que fuese, pues llegó su providencia a una cosa tan pequeña como es la cera de los oídos, para el oficio que aquí está dicho.

Pues ¿qué cuidado tendrá de las cosas mayores quien tan particular lo tuvo de las menores?

CAPITULO XXIV

De la variedad de pasiones y afectos de nuestro corazón

Dicho ya de los sentidos, así interiores como exteriores, que son propios del alma sensitiva y sirven para conocer las cosas que son provechosas o dañosas al animal, síguese que tratemos de la parte afectiva, que pertenece a esa misma alma sensitiva, donde están los afectos y pasiones naturales, los cuales sirven para apetecer y procurar las cosas provechosas y huir las dañosas, que no menos son necesarias para la conservación de nuestra vida y de cualquier animal.

Y entre estos afectos y pasiones hay dos principales, los cuales son raíces y fundamento de todos los otros, que son amor y odio, conviene saber, amor del bien particular que nos puede aprovechar y odio y aborrecimiento de los que nos puede empecer, para que así el animal procurase lo bueno y conveniente para su conservación y huyese lo malo, de que se podía seguir su destrucción.

Porque, faltando estos dos afectos, quedaría el animal o como ave sin alas o galera sin remos, para no poder buscar lo que le era provechoso y huir lo contrario. Por lo cual dijeron muy bien los filósofos estoicos, como refiere Séneca, que estos dos afectos eran como un ayo que la divina Providencia había dado al hombre, porque así como el ayo que tiene a cargo un niño le procura todo bien y le desvía de todo mal, así lo hacen estos dos afectos cuando son bien regidos.

Mas aquí es de notar que de estos dos afectos, como de dos raíces principales, nacen otros. Porque del bien que amamos, cuando está ausente, nace deseo, y cuando está presente, alegría. Otrosí, del mal que aborrecemos, cuando está ausente, nace huída, que es deseo de evitarle, y cuando está presente, tristeza.

Y estas seis pasiones, que son: amor y odio, deseo y huída, alegría y tristeza, llaman los filósofos la parte concupiscible de nuestra alma, porque tiene por oficio codiciar estos bienes sensibles.

Mas si este bien a que estamos aficionados es dificultoso de alcanzar, el deseo de él nos hace tener esperanza que lo alcanzaremos, porque fácilmente esperan los hombres lo que desean. Mas si son tales las dificultades que vencen nuestra esperanza, luego nace de aquí otro afecto contrario, que es desconfianza.

Otras veces, si el deseo es muy grande, causa en nuestros corazones otra pasión, que es animosidad y osadía para romper por cualesquier dificultades que nos impidan este bien que deseamos, cual fué la que tuvieron aquellos caballeros esforzados de David, que atravesaron por medio del real de los enemigos para traerle el agua que deseaba. Mas si son tantas las dificultades que no se atrevan a ellas, de aquí nace otra pasión contraria a la pasada, que es temor. El cual también sirve a la guarda del animal, para que no se atreva a lo que no puede y para que busque su remedio o escondiéndose o huyendo.

Pero si además de esto se atraviesa alguno que totalmente nos impide lo que mucho deseamos o nos quita de las manos lo que ya poseemos, aquí se encrespa y embravece la ira, la cual se dice que es vengadora de los agravios y estorbos que recibe nuestra concupiscencia.

De suerte que ella es como espada que se pone a defender esta pasión que tiene por hermana.

Estos cinco afectos y pasiones naturales son también necesarios para la conservación de nuestra vida. Porque si no tuviera nuestra alma más que un apetito de las cosas que conviene para su conservación y no tuviera coraje y brío para vencer las dificultades con que muchas veces está acompañada, no las alcanzaría, y así careciera de lo que le era necesario para vivir. Por tanto, aquel divino Presidente, que en ninguna cosa falta, proveyó de estas cinco pasiones, que son: esperanza y desconfianza, osadía y temor, e ira, las cuales sirven, cada cual en su manera, o para vencer estas dificultades cuando pueden o para temer el peligro y el trabajo y desconfiar de la victoria cuando no pueden.

Mas no será razón pasar por aquí sin aprovecharnos de este ejemplo para un muy necesario documento de la vida espiritual, que ya en otro lugar tratamos. Porque por aquí entenderán los que tienen buenos deseos que no basta eso para alcanzar las virtudes que desean si no están acompañados con una gran fortaleza para vencer las dificultades que en la ejecución de esos buenos deseos se ofrecen.

Porque sabida cosa es que todas las virtudes están cercadas y acompañadas con dificultad, porque donde no hay dificultad no hay virtud. Y por esto, cuando con el deseo de las virtudes no hay este brío y esfuerzo susodicho para acometerlas, quedarse ha el hombre estéril y sin fruto, con todos sus buenos deseos. Por lo cual se dice que el infierno está lleno de estos buenos deseos; mas el paraíso, de estas buenas obras. Verdad es que cuando los deseos son grandes, ellos traen consigo este ánimo y fortaleza.

Importancia de las pasiones para el ejercicio de algunas virtudes.

Mas volviendo al propósito, aquí se ha de notar que no sólo sirven estos afectos para la conservación así de la vida como de la especie humana, sino también nos ayudan para el ejercicio de algunas virtudes.

Porque de la ira se dice que es despertadora de justicia vindicativa, que es la que tiene por oficio castigar los delitos. Porque con la ira e indignación que se concibe contra ellos, se mueven los jueces a castigarlos, puesto caso que sea verdad lo que Aristóteles sabiamente dice, que la ira es buena para soldado, mas no para capitán.

Asimismo, del deseo que tenemos de lo que juzgamos por bueno nacen dos afectos, que, siendo bien regidos, sirven para procurar las virtudes y aborrecer los vicios, que

son amor de la honra y vergüenza del vicio. Porque viendo aquel divino Presidente cuán amigos sean los hombres políticos y nobles de honra, y deseando, por otra parte, que lo fuesen también de la virtud, ¿qué hizo para esto? Puso en la virtud la honra, para que siquiera por esta causa se aficionasen a ella, pues en sola ella está la verdadera honra. Y esto fué como azucarar la virtud y ponerle este cebo para enamorar a los hombres de ella, puesto caso que no sea verdadera virtud la que por sola esta causa se procura.

Y de esta raíz nacieron las virtudes y hechos heroicos de los romanos, los cuales acometían cosas tan grandes por esta honra. Por ésta no recibió Escipión y otros capitanes romanos las doncellas hermosísimas que les presentaban; mas antes, honrándolas mucho, las volvían a sus padres o maridos.

Y así como el amor de la honra aficiona el corazón a la virtud, así la vergüenza, que es otro afecto hermano de éste, lo retrae de los vicios por la mengua y deshonra que traen consigo. La cual aquel sapientísimo gobernador y amador de toda pureza señaladamente imprimió en los corazones de las mujeres, y mucho más en las doncellas, la cual es como un natural muro de la castidad. Porque así convenía que aquel Artífice sapientísimo pusiese más cobro en lo que más importaba y más era deseado. Y por esto, demás del sello virginal, proveyó de esta natural vergüenza, que es como freno de este vicio.

Y para confirmación de esto añadiré aquí una cosa notable que refiere Plutarco. Escribe él que en una ciudad de Grecia reinó un humor de melancolía tan extraño, que cada día muchas doncellas se mataban, y no se hallaba cura ni remedio para este mal.

Mas un hombre sabio, aprovechándose de este natural afecto que el Criador imprimió en los corazones de las mujeres, dió orden cómo se pusiese un edicto público donde se mandase que todas las doncellas que así se matasen las llevasen a enterrar públicamente desnudas, a vista de todo el pueblo.

Con lo cual obró tanto la vergüenza natural y el miedo de esta pena tan vergonzosa en aquellas doncellas, que lo que ningunas medicinas ni remedios pudieran acabar, acabó este natural afecto de vergüenza, y así de ahí adelante cesó esta plaga.

La bondad o malicia de las pasiones proviene del buen o mal uso que de ellas se haga. Monarquía espiritual.

También se debe aquí advertir que, aunque algunos de estos afectos y pasiones naturales que aquí habemos contado tengan nombres de vicios o virtudes, no son lo uno ni lo otro, sino pasiones naturales que son diferentes para bien y para mal, según bien o mal de ellas usáramos.

Porque cuando estas pasiones que están en la parte inferior de nuestra alma siguen el dictamen de la parte superior de ella, donde está el entendimiento y la voluntad abrazando lo que la razón les pone delante, entonces usamos bien de ellas, que es sirviéndonos de ellas para aquello que nos fueron dadas. Mas cuando siguen otro norte, que es cuando, dejada la razón, se mueven por la imaginación y aprehensión de las cosas sensuales, que es una guía muy ciega, entonces van descaminadas, por seguir este adalid tan ciego.

Mas, para entender este linaje de monarquía espiritual, se ha de presuponer que en este reino de nuestra alma la voluntad es como el rey que manda a todos los miembros y facultades que hay en el hombre, y el entendimiento, cuando no está depravado, es su fiel consejero, que le representa la dignidad y excelencia de las cosas espirituales para que las ame y la fealdad de los vicios para que los aborrezca.

Tiene también sus criados, que son todos los miembros del cuerpo, los cuales se mueven conforme al imperio de la voluntad, sin resistencia alguna, y obedecen a lo que les es mandado. Hay también en este reino, como en todos los demás, sus lisonjeros, que aconsejan al rey lo que no le conviene, que son estas pasiones susodichas, las cuales, aficionándose a los bienes sensuales y deleitables, aconsejan al rey que él también se aficione a ellos, aunque reclama el entendimiento diciendo que los tales bienes y deleites son dañosos y ponzoñosos cuando son contrarios a la razón.

Mas cuando las pasiones y apetitos son vehementes, ciegan la razón y trastornan la voluntad, y llévanla en pos de sí. El ejemplo de esto vemos en un hidrópico, el cual, sabiendo cuánto mal le hace el beber, todavía puede tanto este apetito, que lleva tras sí la voluntad, la cual hace que el entendimiento apruebe esto y dé sentencia que así se debe por entonces hacer, y así lo ejecutan los miembros.

La rebelión de las pasiones. Y aunque salgamos aquí un poco de la materia principal, no dejaré de decir que la parte de nuestra alma donde se descubre más la malicia del pecado original es ésta, donde residen nuestros apetitos y pasiones, las cuales en nuestra primera creación estaban enfrenadas y obedientes a la razón con el don de la justicia original. Mas perdido este don por el pecado, luego se desenfrenaron y rebelaron contra ella, y le dan bien en qué entender. Y de aquí procede que así el mundo como el demonio nos hacen por esta parte muy cruda guerra.

Porque como nuestra carne, con estos sus apetitos, naturalmente esté inclinada y aficionada a las cosas de carne, que son conforme a su naturaleza, acude aquí el enemigo y atiza estas pasiones y deseos, y así los desordena y hace que excedan los límites y medidas de la razón. Porque por esto se escribe de él en Job que con su soplo siones y apetitos, para que con este soplo pasen las marcas y la medida de la templanza.

De modo que, así como en el principio del mundo acometió al hombre por la mujer, que es a la parte fuerte por la flaca, lo mismo hacen los que tienen puesto cerco sobre una ciudad, así este enemigo comúnmente nos hace guerra por esta más flaca parte, por ser ella naturalmente inclinada a las cosas de la tierra. Y así tiene él ésta por su parcial y fautora, pues ella apetece lo mismo que él quiere, que son estos bienes sensuales y terrenos. Mas él con sus sugestiones de tal manera enciende estos deseos, que lo que si moderadamente se procurase y desease, serviría para conservación de la vida, para lo cual estas pasiones fueron dadas, deseándolo desordenadamente, viene a ser estrago y corrupción de ella.

Porque de aquí nace el amor y deseo desordenado de la honra, de donde mana la ambición, y del dinero, de do procede la avaricia, y de los deleites sensuales, de donde nace la gula con otros deshonestos deseos.

Asimismo de aquí se ocasiona el odio y la ira desmedida contra quien este linaje de bien nos impide, y asimismo la envidia de los que vemos aventajados en las cosas que nosotros deseamos. Y, finalmente, todo el otro enjambre de vicios, de estas raíces atizadas por el demonio procede.

Profesión de hombre de guerra. Y por esto, así como los defensores de una ciudad sitiada de enemigos ponen toda su fuerza en la parte más flaca, por donde los enemigos la quieren entrar,

así el verdadero siervo de Dios debe entender que la vida cristiana es una perpetua batalla y, como escribe en Job, una perpetua milicia o tentación sobre la tierra, la cual dura casi toda la vida, y que su profesión es de hombre de guerra, y que en esta parte más flaca de sus apetitos y pasiones ha de poner mayor cobro para que no se desmanden, porque aquí hay mayor peligro.

En cabo se ha de advertir que, así como los sentidos exteriores e interiores, que sirven para conocer las cosas, están en la cabeza unos dentro y otros fuera, como ya vimos, así estos afectos susodichos que se ordenan para apetecer o huir de ellas tienen su asiento y lugar natural en el corazón.

De modo que estos dos principales oficios del alma sensitiva, que sirven el uno para el conocimiento y el otro para el apetito de las cosas, repartió aquel Artífice soberano con tal orden, que los puso en los dos más principales miembros del cuerpo humano, que son la cabeza y el corazón, porque en éste ponemos estos once afectos y pasiones naturales susodichas. Lo cual experimentamos cada día, porque manifiestamente sentimos encenderse la sangre del corazón con la ira, y apretarse con la tristeza, y dilatarse con el alegría ; los cuales dos afectos pueden crecer tanto, que destemplen de tal manera el corazón, que nos quiten la vida, como muchas veces acaece.

Esto baste, sumariamente dicho, para lo que toca a las facultades del alma sensitiva, que tiene el hombre común con todos los animales.

CAPITULO XXV

De cómo por el alma espiritual somos imagen y semejanza de Dios

Ahora será razón tratar de la más alta parte del alma, que es la que llaman intelectiva, la cual es substancia espiritual como los ángeles, y por esto no está fija en algún órgano corporal, como están todos los otros sentidos así interiores como exteriores.

Y comenzando a tratar de la dignidad y oficios de esta alma intelectiva, decimos primeramente que ella es la que nos diferencia de los animales brutos y nos hace semejantes a Dios y a sus santos ángeles. Lo cual testificó el

mismo Hacedor cuando al principio de la creación dijo: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, la cual semejanza decimos que tiene por razón de esta alma intelectiva.

Donde primeramente se ha de notar con cuánta autoridad comenzó el Criador a tratar de la creación del hombre. Porque en la de las otras cosas no hacía más que decir: Hágase esto, y luego era hecho. Y así dijo: Hágase la luz, y luego fué hecha la luz; y háganse lumbreras en el cielo, y luego salió a luz el sol y la luna, juntamente con todas las estrellas. Mas habiendo de criar al hombre, usó de este nuevo lenguaje diciendo: Hagamos, etc. Las cualen son palabras no de sola una Persona divina, sino de muchas, que es de toda la Santísima Trinidad, que entendió en la fábrica de esta noble criatura.

Pero otra mayor se nos descubre en decir: A nuestra imagen y semejanza. Porque ser imagen de Dios, a sólo el hombre y el ángel pertenece. Porque las demás criaturas, aunque sean sol y luna, y estrellas con todas las demás, no se llaman imágenes, sino huellas o pisadas de Dios, por lo poco que representan de su grandeza. Mas por representar el hombre y el ángel mucho más de aquella altísima naturaleza, se llaman imágenes de Dios.

Y aun esto se conforma por otra particularidad que intervino en la formación del hombre. Porque habiendo Dios formado su cuerpo del lodo de la tierra, cuando crió el alma, dice la Escritura que sopló Dios en él espíritu de vida. Y porque el soplo procede de la parte interior del que sopla, quiso darnos a entender en esto ser el alma una cosa divina, como cosa que salió del pecho de Dios, no porque sea ella partícula de aquella substancia divina, como algunos herejes dijeron, sino porque participa en muchas cosas la condición y propiedades de Dios, como luego veremos.

La maravilla de las maravillas. Mas aquí es mucho de notar que una de las cosas criadas en que con mayor admiración de todos los sabios resplandece la grandeza del poder de Dios, es la virtud que puso en nuestra alma. Porque aunque en los ángeles resplandezca mucho este poder, pero ellos son substancias simples y puramente espirituales. Mas nuestra alma por una parte es substancia espiritual, como los ángeles, y por otra es forma de este cuerpo material que la sustenta y da vida, como lo hace el alma de cualquier animal bruto.

Y por ser tan grande la distancia que hay de las cosas puramente espirituales a las que son puramente materia-

les, y tan grande la desproporción que hay para adjetivarse las unas con las otras, se tiene por una de las grandes maravillas de Dios haber dado tal virtud y facultad a nuestra alma, que por una parte entienda las cosas altas como ángel y por otra engendra como un caballo, por ser ella la que da facultad para esta generación. De suerte que esto es como si hiciera Dios una criatura que fuera juntamente caballo y ángel, pues esta alma tiene en sí la facultad de poder de estas dos criaturas tan diferentes.

Por donde con mucha razón pudo San Agustín decir que entre cuantas maravillas hizo Dios por el hombre, la mayor fué el mismo hombre, como arriba dijimos.

Por cuántas razones se dice ser el hombre hecho a imagen y semejanza de Dios.

a) *Por el libre albedrío.*—Ahora será bien examinar por cuántas razones se dice ser el hombre hecho a imagen y semejanza de Dios. Porque, entendido esto, conocerá él la alteza de su dignidad, para que se corra y avergüence de afear y oscurecer esta divina imagen abatiéndose a las vilezas de la carne. Y por aquí también verá lo que debe al Criador que tal joya le dió. Pues primeramente se dice ser el hombre imagen de Dios, porque tiene libre albedrío y entendimiento como Dios y como sus ángeles.

Porque ninguna de todas las otras criaturas tienen esta libertad, porque todas son agentes naturales que no pueden dejar de hacer aquello para que tienen facultad. Y así el fuego no puede dejar de quemar, ni el sol de alumbrar, etc.

Mas el hombre es libre y señor de sus obras, y así puede hacer y dejar de hacer lo que quisiere. En lo cual parece que sólo el hombre es señor y que todas las otras criaturas son como cautivas y siervas, pues sólo él es libre y señor de sus obras, y ellas no.

b) *Por la facultad de entender.*—Mas no sólo la libertad de la voluntad, sino también la facultad del entendimiento nos diferencia de las bestias y nos hace semejantes a Dios, pues Él también es substancia intelectual, aunque por otra más alta manera.

Esta semejanza de los entendimientos se ve en la semejanza de las obras que proceden de ellos. Por donde se dice que el arte imita la naturaleza en cuanto puede, lo cual en más claros términos es decir que el hombre imita a Dios en la manera del obrar.

Por donde así como el Autor de la naturaleza en todas sus obras dispone y proporciona siempre los medios con los fines que pretende, como los dientes para cortar y mo-

ler el manjar, y las manos para obrar, y los pies para andar, y las cañas de los huesos para sostener la carga del cuerpo; así el arte guarda esa misma proporción en todas sus obras, como lo vemos en la ropa que corta para vestir, y en las calzas y zapatos que hace para calzar, y en las casas que edifica para morar, y en los navíos que fabrica para navegar, etc., donde vemos cuán proporcionada viene cada cosa de éstas para el fin que se pretende.

Item, así como el autor de la naturaleza procura en todas sus obras juntar en uno utilidad y hermosura, como lo vemos en el rostro del hombre, esto es, en el sitio y asiento de la boca, de las narices, de los oídos, de los ojos y de las cejas y sobrecejas que los acompañan, lo cual todo no menos sirve para la hermosura del rostro que para la buena ejecución del oficio de cada una de estas partes, porque cualquier cosa de éstas que se mudase impediría lo uno y lo otro; así el arte, en cuanto puede, imita lo mismo, procurando hacer todas las cosas artificiales no solamente provechosas, sino también hermosas, como se ve en todas las alhajas de los hombres ricos y grandes señores, los cuales procuran que todas las cosas diputadas para su servicio sean de tal manera fabricadas, que no solamente sirvan a la necesidad, sino también a la hermosura.

Item, así como son casi infinitas las obras de naturaleza, así también lo son en su manera las del arte. Lo cual podrá notar quien rodeare con los ojos alguna grande ciudad como es Venecia o Lisboa.

Porque, andando por todas las calles de estas ciudades, verálas pobladas de mil diferencias de oficios y oficiales mecánicos, y si fuere a la marina, verá el trato de la mar y tantas diferencias de navíos grandes y pequeños, con toda su jarcia fabricada muy a propósito para el oficio de la navegación.

Y si de ahí entrare en el almacén de las municiones, ahí verá tantas maneras de armas, unas ofensivas y otras defensivas, unas para pelear de lejos y otras de cerca, que no podrá dejar de maravillarse cómo un animal racional que la naturaleza crió desnudo y desarmado para la paz y compañía y vida política de los hombres tuvo corazón e ingenio para inventar tantas diferencias de pertrechos y tiros de artillería para la destrucción del género humano.

Y si de ahí pasare a las librerías y escuelas generales, hallará mil maneras de libros y de artes y ciencias naturales y sobrenaturales, inventadas por el entendimiento humano. Y si en cabo entrare en un día solemne en una iglesia catedral hermosamente fabricada y ornamentada, ahí hallará en qué apacentar los ojos con la hermosura del edificio y ornamento de los altares y en qué recrear los

oídos con la suavidad de las voces e instrumentos musicales que ahí dulcemente resuenan. Y si sobre todo esto se hallare en una feria general, como es la de Medina del Campo, u otra semejante, ahí verá tanta variedad y muchedumbre de cosas artificiales, que le parecerá competir el arte con la naturaleza, no sólo en la fábrica y hermosura de las cosas, como está dicho, sino también en la variedad y muchedumbre de ellas. Y así como Dios crió este mundo lleno de obras naturales, así el arte ha hecho casi otro nuevo mundo de cosas artificiales.

Pues todo esto nos declara la dignidad y semejanza que nuestra alma tiene con su Criador, pues tanta semejanza tiene por la manera de obrar con Él. Porque tres cosas pone San Dionisio así en el Criador como en sus criaturas, que son ser, poder y obrar, en las cuales hay tal orden y proporción, que cual es el ser, tal es el poder, y cual el poder, tales las obras. Y así por las obras conocemos el poder, y por el poder, el ser.

Y, pues, como está dicho, vemos tanta conformidad entre las obras del hombre y las de Dios, por aquí podemos rastrear la semejanza y parentesco que hay entre él y Dios, y entenderemos con cuánta razón se dice haber sido criado el hombre a imagen y semejanza de Dios, que es una dignidad incomparable.

c) *Por cierta omnipresencia de que el alma goza.*—Es también singular propiedad de Dios estar en todo lugar presente, en el mundo y fuera del mundo. Y nuestra alma intelectiva corre también por todos los lugares del mundo cuando quiere. Ahora, dice San Ambrosio, estamos en Italia, y pensamos en las cosas de Oriente y Occidente, y conversamos con los de Persia y con los de Africa, y ahí tratamos con los amigos, caminamos con los que caminan, allegámonos a los peregrinos, juntámonos con los ausentes, hablamos con los que están apartados de nosotros, y hasta los difuntos resucitamos, y los abrazamos y conversamos como si estuvieran vivos.

Pues por aquí se entiende no haber sido hecha a imagen de Dios aquella parte corporal que hay en nosotros, sino aquella que con la agudeza de su vista ve los ausentes, y pasa de otra banda de la mar, y corre con la vista por todas las cosas, escudriña las escondidas, y en un momento rodea sus sentidos por todos los fines del mundo, y sube hasta Dios, y se junta con Cristo, y desciende al infierno, y sube al cielo, y libremente se pasea por él, como lo hacía aquel que dice: Nuestra conversación es en los cielos (Fil. 3, 20).

d) *Por ser substancia espiritual y principio de las operaciones corporales.*—Pero otra cosa hay más admirable

en que nuestra alma imita la virtud y poder de Dios, en lo cual sobrepuja aún a los ángeles. Porque, aunque en ellos resplandezca más perfectamente la imagen de Dios, por ser substancias puramente espirituales, apartadas de toda materia; pero nuestra alma, demás de ser substancia espiritual, representa esta imagen por otra vía, que es con la variedad de los oficios que ejercita en los cuerpos donde mora.

Porque lo que obra Dios en este mundo mayor, eso obra nuestra alma en el mundo menor, que es en el hombre. Vemos, pues, en el mundo mayor cuánta infinidad de criaturas y de obras naturales hay, y en todas ellas obra Dios, conservándolas en el ser que tienen, y dándoles virtud y facultad para todas las obras que hacen, porque la primera causa concurre con todas las otras inferiores, sin cuya virtud e influencia no podrían ellas obrar.

Pues de esta manera tiene nuestra alma tan plenaria jurisdicción y señorío dentro de este territorio de su cuerpo, que ninguna obra se hace en él de que ella no sea principio y causa. Lo cual parece por la falta que ella hace cuando por la muerte falta, pues entonces cesan todas estas obras.

De modo que con ser ella una simple y espiritual substancia, es principio de todos los oficios de la vida. Porque ella es la que ve en los ojos, oye en los oídos, huele en las narices, gusta en la lengua, toca con todos los otros miembros, cuece el manjar en el estómago, conviértelo en sangre en el hígado y repártela por las venas en todo el cuerpo, cría los espíritus de vida en el corazón, y los animales en el cerebro, y distribuye los unos por las arterias, y los otros por los nervios en todos los miembros del cuerpo.

Ella pinta las cosas que vió en la imaginación, y acuérdase de infinitos vocablos y cosas con la memoria, y discurre y disputa con el entendimiento, y ama o aborrece con la voluntad. Y, finalmente, no hay cosa tan menuda en nuestro cuerpo de que ella no sea principio y causa principal. De suerte que lo que son los pesos en el reloj, eso es el alma en nuestro cuerpo, y así como, quitados estos pesos, todas estas ruedas del reloj paran, así, faltando el alma de nuestro cuerpo, faltan todos los oficiales y oficios de nuestra vida.

Esta es, pues, otra admirable excelencia de nuestra alma, en la cual imita a su Criador, obrando, como dijimos, todas las cosas en su cuerpo, como el Criador las obra en este mundo. Por lo cual, además de lo dicho, se llama ella imagen de Dios.

Mirada introspectiva. Esta es una cosa en que el profeta David grandemente se maravilla cuando dice (Salm 138, 6): Maravillosa es, Señor, vuestra sabiduría, la cual conozco por lo que veo en mí, y tan alta es, que yo no la puedo alcanzar. Sobre las cuales palabras, que en este sentido alega Teodoreto, hace él una larga exclamación diciendo así:

Cuando yo, Señor, recogido dentro de mí mismo y libre de los cuidados y negocios exteriores, entro en mí y me pongo a contemplar mi propia naturaleza y aquella facultad del alma racional que me diste; y miro las ciencias de que ella ha sido capaz, y las artes por ella inventadas, de que está lleno el mundo, con cuyo beneficio se hace la vida más alegre y suave; y miro aquella infinita abundancia de vocablos que en ella caben, dentro de la cual están distintamente guardados y conservados, y así se le ofrecen fácilmente cuando los ha menester; y miro también cómo esta alma gobierna todo el cuerpo, y cómo ella misma cometió a los ojos el oficio de juzgar entre los colores, y a la lengua de conocer la diferencia de los sabores, y héchola intérprete de sus conceptos mediante el uso de las palabras, y a las narices dió facultad de examinar los olores, y a los oídos de percibir las palabras que vienen de fuera, y ella misma extendió el sentido del tocar por todo el cuerpo, con el cual tocamiento a veces siente dolor, a veces alegría y deleite.

Considerando, pues, con mi alma todas estas cosas y otras semejantes, y viendo cómo muchas de ellas, al parecer contrarias, concurren en la fábrica de un animal, junto con aquella admirable unión de las dos naturalezas, una mortal y otra inmortal, quedo espantado con este tan grande milagro, y no pudiendo alcanzar la razón de cosa tan grande, confieso que quedo vencido, y predicando la victoria y sabiduría del Creador, vengo a prorrumpir en voces de alabanza y exclamo con este profeta diciendo: Maravillosa es, Señor, vuestra sabiduría, la cual resplandece en mí; tan alta es, que yo no la puedo comprender.

Diferencia entre imagen y semejanza de Dios. Mas ¿qué quiere decir que no solamente se dice haber sido hecha a imagen de Dios, sino también a su semejanza?

A esto responde San Bernardo y San Ambrosio diciendo que imagen se llama por razón de lo natural que recibió, y semejanza por lo gratuito. Quieren decir que imagen se llama por causa de las dotes y facultades naturales que recibió para vivir esta vida natural y común, mas

semejanza, por la gracia y virtudes sobrenaturales que en su primera creación recibió para vivir vida sobrenatural, merecedora de vida eterna.

Por do parece que la imagen, que es natural, nunca se pierde, aunque el alma esté en el infierno; mas la semejanza piérdese perdida la gracia, la cual se pierde por cualquier pecado mortal. Mas es mucho para sentir no sólo el perder el hombre esta semejanza, sino mucho más la semejanza que sucede en lugar de ésta. Y cuál sea ella, declarólo el Profeta cuando dijo (Salm. 48, 13): El hombre, constituído por Dios en dignidad y honra, no entendió el estado que tenía, por lo cual vino a ser comparado con las bestias brutas y hecho semejante a ellas.

Pues ¿qué cosas más para sentir que esta tan gran caída, en que el hombre, que representaba en la pureza de su vida la semejanza de Dios, venga a mudar la semejanza divina en semejanza de bestias? ¿Adónde puede más decaer y descender la miseria humana? Pues por aquí verá el hombre cuánta sea la malicia del pecado, que es causa de este tan grande mal.

Semejanza más variada que la de los ángeles.

Por la cual causa, dado caso que los ángeles sean más semejantes a Dios que nuestra alma, por ser puramente substancias espirituales, como Él es; mas cuanto a la variedad de los oficios que nuestra alma, siendo una, ejercita en nuestro cuerpo, dice San Juan Damasceno que representa más la imagen y semejanza de Dios que los mismos ángeles; pues de la manera que se ha Dios en todo el mundo, se ha nuestra alma en su propio cuerpo.

Por la cual causa todos los sabios llamaron al hombre mundo menor. Por donde, así como los reyes de la tierra, después que han edificado una ciudad, suelen esculpir su imagen y escribir su nombre para memoria de su obra, así aquel Rey soberano, acabando de criar al mundo, crió al hombre como a imagen y representación de quien Él era. Por lo cual puso grande pena a quien derramase sangre humana, por haber sido el hombre criado a imagen y semejanza suya.

De cómo también el hombre se puede decir infinito.

Finalmente, el Criador es por todas partes infinito, y ella, aunque no es de esta manera infinita, a lo menos es infinita en la capacidad, y en la duración, y en el entendimiento y sabiduría.

Es infinita en la capacidad, pues ninguna cosa la pue-

de hartar sino sólo Dios. Es infinita en la duración, porque vivirá eternamente, en cuanto Dios fuere Dios.

Y es infinita en el entender y en la sabiduría, porque no puede entender ni alcanzar tantas cosas, que no le quede siempre virtud para saber más, y para inventar más cosas, y para descubrir más tierra. Y con haberse ya inventado tantas ciencias y artes por el ingenio humano, no se ha agotado, ni podrá agotarse, sin que le quede virtud para inventar más y descubrir más de lo descubierto. Porque los otros animales, que se gobiernan por el instinto del autor de la naturaleza, no saben más de lo que se requiere para su conservación. Mas el saber del hombre no tiene límite ni término determinado, porque no puede alcanzar tanto, que no se extienda a mucho más.

Lo cual sin duda es cosa de grandísima admiración y que declara bien cómo en nuestro entendimiento hay esta manera de infinidad y de profundidad, en la cual no se puede hallar cabo sino con la muerte.

La semejanza es causa del amor.

¡Oh Dios mío y misericordia mía!, si todas las razones y causas de amor concurren en Vos, y todas en sumo grado de perfección, ¿por qué no os amaré yo con sumo perfecto amor?

Una sola causa de éstas nos hace muchas veces amar desatinadamente a una criatura y desear morir por ella. Pues si todas las causas de amor se juntaron, Señor, en Vos, y todas en tanta perfección, ¿quién no se abrasa, quién no se derrite, quién no deseará padecer mil muertes por vuestro amor? Si por beneficios va, a nadie debemos más que a Vos; si por amor, nadie nos quiere más que Vos; si por parentesco, con nadie tiene mayor deudo nuestra ánima que con Vos. Pues si por perfecciones va, ¿quién más perfecto que Vos? ¿Quién más bueno, quién más hermoso, quién más benigno, quién más noble, quién más sabio, quién más poderoso, quién más rico y más comunicativo de sí mismo y de todos los bienes que Vos?

Pues ¿quién impide, Señor, nuestro corazón para que no corra a Vos? ¿Qué cadena puede haber tan fuerte que nos tenga presos para no poder llegar a Vos?

Si es el amor de las cosas de este mundo, si todo él y cuanto hay en él es como la flor del campo, ¿cómo puede tan frágil materia detener el ímpetu de esta corrida para Vos? ¿Por ventura será parte una pequeña paja para detener en el aire una piedra cuando viene corriendo hacia su centro? Pues ¿cómo permitiréis Vos, Dios mío, que una tan liviana paja como es todo lo que hay en este mun-

do sea bastante para detener el ímpetu de nuestra corrida para Vos, que sois nuestro último fin y centro de nuestras almas?

Mas por ventura habrá algún ignorante que diga: Verdad es que todas esas razones y causas de amor caben en nuestro Dios; mas no parece que hay proporción ni conveniencia entre una cosa tan baja y otra tan alta. Él es altísimo, el hombre bajísimo. Él es todo espíritu inaccesible e incomprensible; el hombre es carne, y carne miserable. Pues ¿qué proporción podrá haber entre este cieno y aquel oro para que se pueda hacer una liga de amor entre ambos?

¡Oh admirable Señor, sólo esto faltaba para que ninguna razón faltase a nuestro amor para con Vos, que es la proporción y semejanza del que ama con el amado, pues la semejanza es una de las principales causas de amor! Pues ¿con quién puede mi alma tener mayor semejanza que con Vos, pues fué hecha a vuestra imagen y semejanza? ¿Para quién tendrá el corazón más proporcionado que para Vos, pues lo criasteis para Vos? ¿Entre qué dos cosas hay mayor proporción y semejanza que entre el vaso y la vasera que se hizo para él? Y pues mi alma fué criada para ser vaso de elección, en que Vos, Señor, estuviésedes, de donde le viene que ninguna cosa criada baste para henchir este vaso, sino Vos, ¿con quién tendrá mayor proporción y semejanza que con Vos?

Verdaderamente, Señor, grandísima es la semejanza que entre Vos y nuestra alma pusisteis, así en la substancia como en la manera del ser, y del entender, y del obrar, y de todo lo demás. Vos sois espíritu, y nuestra alma espíritu. Vos invisible, y nuestra alma invisible. Vos inmortal, y nuestra alma inmortal. Vos tenéis entendimiento, voluntad y libre albedrío, y nuestra alma también lo tiene. Vos sois perfectísima bondad y santidad y virtud, y nuestra alma, si el demonio no borrara la semejanza que Vos en ella pusisteis, llena estaba de virtud y de bondad.

Mas aun en estas reliquias que quedaron permanecen todavía unos como rastros y señales de aquella primera hermosura. De aquí nace el deseo natural de lo bueno, y la vergüenza de lo malo, y el agradecimiento de los beneficios, con otros tales afectos.

Mi Amado para mí y yo para mi Amado. Sea, pues, Señor mío, para siempre mil veces bendito vuestro nombre, que así nos hicisteis semejantes a Vos, porque nos hicisteis para Vos. Verdaderamente somos para en uno, verdaderamente podemos

decir con aquella santa Esposa en los Cantares: Mi amado es para mí, y yo para él.

Y aunque seáis Vos tan alto y nosotros tan bajos, eso no impide, mas antes acrecienta, las causas del amor. Porque muy más amable es la semejanza con desigualdad proporcionada, que la que es por todas partes igual. Mayor es el amor del padre al hijo y el de la mujer al marido, que el amor de los hermanos, que en todo son iguales. Más dulce consonancia hacen dos voces diferentes, cuando son proporcionadas, que cuando son de un sonido uniformes.

Y así, habiendo tanta proporción y semejanza entre Vos y nuestras almas, esta desigualdad es causa de mayor amor; porque cuanto la cosa es más imperfecta, tanto más ama la perfecta, para tomar de ella su perfección.

Así que, Señor mío, aunque seáis alto y muy glorioso, no por eso nuestra bajeza os perderá de vista, porque con vuestra lumbre veremos a Vos, verdadera lumbre; y aunque seáis muy grande, no sois menos bueno que grande, y como vuestra grandeza os hace altísimo, así vuestra bondad os hace humanísimo para no despreciar los hombres.

Pues siendo esto así, si concurren, Señor mío, en Vos todas cuantas causas y razones el entendimiento humano puede comprender, y todas en sumo grado de perfección, ¿qué es la causa por que nuestra voluntad no os ama tanto cuanto la razón le dice que debéis ser amado?

Esta es, Señor, la dolencia que nos vino por aquel común pecado, por el cual la naturaleza humana quedó tan inclinada a sí misma, que ama a sí misma todas las cosas y todas las ordena para sí.

Por tanto, Señor, si no sanáis Vos la naturaleza con la gracia y si no infundís en nuestras almas la virtud de la caridad con la asistencia del Espíritu Santo, de donde ella mana, no os podremos amar con el amor gratuito y sobrenatural con que merecéis ser amado.

Y pues Vos, Señor, me mandáis que con este amor os ame, lo cual yo no puedo sin Vos, dadme gracia para que pueda yo cumplir con esta obligación.

Dadme que os ame, si no tanto cuanto Vos merecéis, porque esto nadie puede hacer sino sólo Vos, a lo menos todo cuanto me sea posible, que es con todas mis fuerzas y con todo mi corazón, de tal manera, que todas mis entrañas ardan y se derritan en vuestro amor.

Dadme que os ame con amor sencillo y desinteresado, que ninguna cosa quiera más que a Vos; con amor fuerte, que ningún trabajo rehuse por Vos; con amor activo y diligente, que siempre se ocupe en las cosas de

vuestro servicio; con amor unitivo, que nunca cese de amaros ni se aparte jamás de Vos; con amor discreto, para que no exceda vuestras leyes con demasiado celo y fervor; con amor bien ordenado, que todas las cosas ame con proporcionado amor y a Vos sobre todas ellas; con amor puro y casto, que no quiera a Vos más que por amor de Vos; con amor celoso, que ninguna cosa más desee que vuestra gloria y ninguna sienta más que los desacatos hechos a vuestro santo nombre; y, finalmente, con amor tan violento, que aparte mi corazón de todo lo temporal y terreno, y lo tenga siempre suspenso en Vos, hasta que pase del lugar de destierro a donde, viendo claramente la grandeza de vuestra hermosura, os ame eternamente con aquellos perfectos amadores que nunca cesan de amar y alabar a Vos, Rey de los reyes, y Señor de los señores, y Dios de los dioses en Sión.

CAPITULO XXVI

Del agradecimiento que debemos a Dios por el beneficio de la creación

Entre las cosas que mucho mueven el corazón a amar, una de las más principales es la de los beneficios recibidos. La razón es porque, como dicen los filósofos, el bien es de suyo amable, mas cada uno se inclina a amar más su propio bien.

Pues por esto, el que desea encender su corazón en amor de Dios debe ejercitarse muchas veces en la consideración de sus beneficios, que son propios bienes del hombre. Los cuales, aunque sean innumerables, aquí los reduciremos a cierto número, para mayor facilidad de los que en este piadoso ejercicio se quisieren ocupar. Y aunque de esta materia habemos tratado en otros muchos lugares, porque para todos los buenos intentos es ella necesaria, pero ella es tan rica y tan copiosa, que, aunque siempre se trate, siempre hay cosas nuevas que de ella se puedan decir.

Porque ¿qué lengua ni qué escrituras habrá que basten para agotar el piélago de las misericordias y beneficios de Dios? Y ¿en qué otro ejercicio podemos y debemos emplear mejor toda la vida, que en la consideración de ellos? Pues en este lugar trataremos de ellos, para inflamar nuestros corazones en su amor.

Mas para entender mejor la grandeza de estos beneficios, conviene levantar primero los ojos a considerar la alteza del Dador y nuestra bajeza, porque tanto es de más estimar el beneficio recibido, cuanto es mayor el que lo da y menor el que lo recibe, mayormente cuando lo da de gracia.

Pues, si quieres conocer algo de la grandeza de este bienhechor, no es menester más de que levantes los ojos al cielo y mires la grandeza y hermosura de esa obra que él crió, que ella te dirá sin palabras cuál sea la grandeza y el poder del autor que la hizo. ¡Grande es el poder de aquel Señor que con sólo querer y mandar sacó esos cielos a la luz del abismo de su infinita fecundidad, y que, si ahora quisiere, haría otros millares de cielos mayores y mejores que ésos, con mayor facilidad que tú puedes abrir y cerrar los ojos!

Pues la grandeza de su saber no sólo parece claro en el orden y concierto maravilloso de todo el universo, sino también en cada una de las partes y criaturas de que está poblado, desde la mayor hasta la más pequeña. Porque si miras el artificio y la fábrica del cuerpo de un mosquito y de una abeja o de algún otro animalico, por pequeño que sea, y los instrumentos y habilidades que cada una de estas criaturas tiene para buscar su vida, en cada una de ellas verás cosas que te pongan en admiración.

Pues que tan grande sea su bondad, su majestad, su hermosura, su misericordia, su dulzura, su benignidad y su clemencia, sobrepuja todo lo que se puede decir y todo lo que los entendimientos criados pueden comprender.

Pues este Señor tan admirable es el que desde este lugar tan alto tiene puestos los ojos en ti, vil gusanillo, y el que con inestimable caridad te hace tantas mercedes. Si miras bien quién es Él y quién eres tú, no digo yo el hacerte tales mercedes, mas un pedazo de pan que te diese, siendo Él el que lo da y tú el que lo recibes, era digno de inestimable agradecimiento, por la excelencia del dador. Con este espíritu y sentimiento se maravillaba el santo Job (7, 17) de los beneficios de Dios cuando decía: ¿Quién es, Señor, el hombre, que Vos tanto engrandecéis y ponéis en él vuestro corazón? Sólo el acordarse Dios del hombre y dar lugar en aquel sagrado pecho a cosa tan baja, es de grande admiración para quien siente algo de la grandeza de este Señor. Pues ¿qué será haber hecho por él lo que hizo? Si espanta el querer acordarse Dios del hombre, ¿cuánto más espantará hacerse hombre por el hombre y morir por él en cruz?

Debe, pues, considerar en cada uno de los beneficios

divinos estas tres circunstancias: conviene a saber, quién lo da, y a quién lo da, y por qué causa lo da. ¿Quién? Dios. ¿A quién? Al hombre. ¿Por qué causa? Por pura gracia y amor. Pues este tan grande y tan admirable Señor, que de nadie tiene necesidad sino de sí sólo, sin pretender nada ni esperar nada de ti, por su sola bondad y magnificencia, *ab aeterno,* ante todos los siglos, si eres del número de los escogidos, te amó y te quiso bien, como dice San Pablo (II Tim. 1, 9), y desde entonces se determinó de criarte en el tiempo que a Él le plugo, para hacerte beneficios inestimables y después hacerte participante de su misma gloria. Y si quieres saber cuáles y cuántos beneficios sean éstos, apareja ahora los oídos de tu alma y comienza a oír.

Excelencia de este beneficio: Cuanto a la dignidad del alma. Primeramente considera cómo este tan gran Señor con este amor susodicho te sacó del no ser al ser, y te crió a su imagen y semejanza. Abre los ojos para conocer esta dignidad, que es ser, no huella y rastro del Criador, como las otras criaturas, sino imagen y semejanza suya; que es ser substancia intelectual como Él y tener libre albedrío y conocimiento como Él, para que, teniendo semejanza con Él en la manera del ser y del vivir y del obrar, vengas después a ser un hermosísimo retrato y traslado de aquella infinita hermosura.

Y por que esta gloria no fuese transitoria y se acabase con el tiempo, dióte perpetuidad en ese ser, para que así fueses perpetuamente bienaventurado y capaz de aquella inmensa eternidad. De manera que todas las otras criaturas no hacen más que dar una vista al mundo cuando nacen, y de ahí a poco desaparecen; mas tú saliste del no ser al ser, para nunca más volver al no ser, sino gozar siempre aires de vida.

Y si todo esto te parece poco, entiende siquiera por aquí la grandeza de tu dignidad, que eres de tanta capacidad y nobleza, que ninguna cosa criada puede bastar a tu deseo, si no es la grandeza de aquella infinita Majestad. Mira cuán grande es el seno de tu capacidad y cuán grandes espacios y regiones están dentro de ti encerradas, pues ni los cielos ni la tierra bastan para poblarlos, sino sola aquella inmensa eternidad. Esta excelencia te dirá quién eres, y para lo que eres, y lo que debes de buscar, y en lo que debes entender. Sólo Dios te puede hartar; todo lo demás embarazarte puede, mas no hartarte. Pues a sólo éste busca, que éste sólo es el esposo y centro de tu alma y el cumplimiento de todos tus deseos,

y tu último fin. Éste sólo es para ti, y tú eres para Él, y pues Él quiere a ti, debes tú también querer a Él.

¡Oh maravillosa dignidad de nuestras almas! El Rey de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan, cuya majestad los cielos y la tierra reverencian, con cuya sabiduría los coros de los ángeles se alumbran, de cuya bondad el colegio de todos los bienaventurados se mantiene, este tal, ¡oh alma mía!, desea morar contigo y quiere aposentarse en tu palacio. Apareja, pues, y adorna tu tálamo, hija de Sión, y recibe a tu rey y hacedor en él, con cuya presencia se alegrará y enriquecerá toda tu familia, porque no se irá tal huésped sin dejar a su huéspeda enriquecida y proveída de grandes dones.

Por lo cual dice San Bernardo: ¡Oh dichosa el alma que cada día limpia su corazón para recibir a Dios en él, la cual, cierto, no tendrá necesidad de nada, pues tiene en sí al Autor de todas las cosas! ¡Oh bienaventurada el alma en la cual Dios halló descanso y morada, la cual puede ya decir: El que me crió, descansó en mi morada (Ecli. 24, 12), porque a la tal no se negará el descanso del cielo, pues ella aparejó a Dios en la tierra lugar de descanso!

Cuanto a la perfección del cuerpo.

Mira también, después del alma, el cuerpo que el Señor te dió proveído y adornado de tantos órganos y sentidos; porque si eres justo apreciador de sus dones, hallarás que tantos beneficios te hizo en este beneficio cuantos miembros y sentidos te dió. Y si quieres ver lo que vale cada uno, mira la falta que te haría uno de ellos si te faltase, y por ahí verás la merced que te hizo quien de todos te proveyó. Si por caso perdieses un ojo, ¿cuánto amarías a quien te lo restituyese? Y si por algún delito merecieses que te lo sacasen por justicia, ¿cuánto amarías a quien te lo conservase? Pues no merece ser menos amado quien al principio te lo dió y después de dado te lo conserva, habiendo tú muchas veces merecido perderlo, por haber usado de él contra su servicio.

Y si estas cosas te parecen pequeñas, mira siquiera la grandeza del amor con que te las dió, pues es cierto que no con menos amor te da las cosas pequeñas que las grandes. Porque así como el padre no da con menor amor al hijo un vestido que una rica heredad, porque lo mucho y lo poco da con un mismo amor de padre, así aquel Padre eterno no da con menos amor a sus hijos las dádivas pequeñas que las grandes, por donde no debe ser menos amado por las unas que por las otras, pues todo lo da con su amor.

Mira, pues, ¡oh alma mía!, lo que debes al Señor, que con este amor te quiso criar, aunque sabía Él muy bien cuán mal se lo habías de agradecer y cuántas cosas habías de hacer contra su voluntad, y dale muchas gracias por este beneficio, reconociendo que ni en el cielo ni en la tierra no tienes otro que te sea tan verdadero padre como Él.

Con protectora predilección. Un beneficio es haberte dado el ser y otro es después de dado conservarlo, aunque no es otro el que lo conserva que el que lo dió. Todo es de una misma mano y todo nace de un principio. De manera que si un punto cesase de este oficio, luego te volverías en aquella misma nada de que fuiste criado.

Discurre, pues, por todos los pasos de la vida que has vivido, y verás cuántos beneficios encierra en sí este solo beneficio. Cuando estabas en el vientre de tu madre encerrado en tan estrecho aposento, ¿quién miró por ti allí para que no te ahogases y fueses uno de los abortivos que primero mueren que nacen, sino sólo aquel que te guardó hasta ahora y te dió adelantado este beneficio, para que después se lo pagases con agradecimiento, diciendo con el Profeta (Salm. 21, 11): Desde el vientre de mi madre, tú eres, Señor, mi Dios; no te desvíes de mí?

Al tiempo del parto, cuando ya salías a esta luz, donde tantas criaturas perecen, las cuales más parece que nacieron para penar que para vivir, ¿quién te guardó a ti para que no fueses de este número?

Después acá, dime, ¿de cuántos peligros y casos repentinos te habrá librado, en que caen cada día los hombres así en la mar como en la tierra? ¡Oh si pudieses alcanzar cuántas ocasiones de estas previno el Señor con su piadosa providencia, atajando los males que te pudieran ocurrir, de que tú no puedes tener noticia! Pues ¡de cuántas maneras de enfermedades y lesiones también te habrá librado, en que ves cada día caer otros hombres!

No pases ahora, ruégote, así de corrida por este beneficio, porque sin duda es digno de singular agradecimiento. Dime, ¿qué enfermedad o lesión puede tener un hombre que no la pueda tener otro hombre? Si por hijos de Adán, todos somos hijos de este padre. Si por el pecado original, todos somos concebidos en él. Si por pecados actuales, todos somos pecadores. Si por ser nuestro cuerpo compuesto de humores contrarios, cuyas contradicciones y guerras vienen a dar sobre nuestra cabeza, todos somos de esta masa. Pues ¿por qué aquél es cojo, y éste manco, y otro ciego, y otro tullido, y otro sufre los dolores de la gota, y otro los de la ijada, y otros otras infini-

tas maneras de dolencias con que pasan los días y las noches con perpetuo gemido, sin una hora de alegría y sin ser señores de beber un jarro de agua, y a ti hizo el Señor tan señalada gracia que te diese una bula de excepción general de todos esos males, y te hiciese señor de todos tus miembros, y te diese vida con alegría? No se puede casi señalar otra causa de esto sino sólo su gracia y misericordia.

Pues ¿cuánto debes al Señor por esta causa? Si estuviesen diez malhechores en la cárcel para ser ajusticiados y, siendo tú uno de ellos, el rey te hiciese a ti sólo merced de la vida, dejando a los otros en poder de la justicia, ¿qué tanto le deberías por esta gracia? Pues no es menor gracia que, siendo tú pecador como los otros hombres y mereciendo de justicia el azote de los otros, que te quite Dios de las manos de los verdugos, dejando a los otros en ellas. Cosa es ésta de singular privilegio, y así merece agradecimiento singular.

Si esto sabes considerar, todas cuantas enfermedades y miserias vieres en todo el mundo, que son más que las arenas de la mar, tendrás por beneficios propios, y todas te serán estímulos de amor para aquel que tantos beneficios te hizo, de cuantos males ves que te libró.

Demás de esto, no será razón que eches en olvido el pasto y mantenimiento cotidiano que el Señor te da, pues el santo patriarca Jacob no olvidaba este pequeño beneficio (Gén. 28, 20), con los otros mayores. Mas ¿qué mucho es que lo agradezca el patriarca, pues lo agradecía Cristo, Señor de los patriarcas, el cual cada vez que comía daba gracias al Padre por aquella comida que comía, aunque no fuese más que un pan de cebada? Mira por qué se ponía a dar gracias quien tanto mayores gracias había recibido.

¿Cómo creeremos, ¡oh fidelísimo Señor!, que agradecíades los otros beneficios mayores, pues así agradecíades este tan pequeño?

Mira lo que suele costar el mantenimiento ordinario a muchos hombres, y por aquí verás lo que tú debes a Dios, si por ventura te lo dió a ti sin tanta costa. Unos lo compran con sudor de su rostro, otros con peligros de su alma, otros con perpetuos cuidados y aflicción de espíritu y otros aun con peligros de muerte, y muchos hay que apenas por todos estos medios adquieren lo necesario para la vida; y tú, por ventura, hallarás cada día la mesa puesta y proveída de todo lo necesario con ajenos cuidados y solicitud. Esto pedía a Dios el patriarca Jacob, y por esto se obligaba a servirle toda la vida, pues por esto vemos que unos hombres sirven a otros como escla-

vos; por donde mucho más era razón servir al Criador, que da todo esto con lo demás.

Todas las criaturas a tu servicio. Discurre también por todas las criaturas del mundo, que, si las miras atentamente, hallarás por cierto que tú eres el fin de todas ellas y que todas fueron criadas para tu servicio. Todas ellas son como partes de la heredad que Dios te dió, y como diversas vituallas que se proveyeron para tu mantenimiento, y como alhajas del ajuar y casa en que Dios te puso.

Mira, pues, cuán grande sea aquella bondad que de tantas cosas proveyó a quien no se lo había merecido, y después, aun habiéndolo con tantas culpas desmerecido, todavía persevera en hacernos bien sin cesar. ¿Cuántas veces estarás tú jugando, jurando y perjurando, y estará Él en aquella misma hora lloviendo en tus sembrados y en tu vida y en tu dehesa, para darte todo lo necesario, lo cual, si a mano viene, vendrás a gastar en su deservicio? ¿Cuántas veces estarás tú durmiendo y traerá Dios en esa hora la abejica apresurada por montes y valles, revoleando sobre las flores para allegarte hacienda y criarte los panales de miel con que te regales?

¡Oh bondad infinita, oh bondad invariable, que con tantos pecados y maldades no puede ser de nadie vencida para que se olvide de quién es y deje de hacernos mercedes!

Mas no bastó, Señor, a vuestra piedad emplear en nuestro servicio estas criaturas más bajas que están acá, sino también ocupáis en esto aquellas más altas que están sobre los cielos, que son los ángeles, los cuales también diputasteis para nuestra utilidad y remedio. Gran dignidad es por cierto tener tales ayudadores, tales defensores, tales maestros y tales medianeros.

¡Oh si pudieses ver con cuánta alegría acompañan a los que oran, y con cuánto cuidado velan sobre los que pelean, y con cuánta devoción presentan nuestras oraciones a Dios, cómo estimarías en más este beneficio!

Cata aquí, pues, cómo todo este mundo sirve a tu conservación y cómo todas las criaturas de él son como los pechos del ama a quien Dios encomendó tu crianza. Mira, pues, no seas tan niño que desconozcas a la madre que te parió por el ama que te cría, porque esa ama no te criara sino porque esta madre se lo mandó. Los perdigoncillos reconocen en la voz a la verdadera madre que puso los huevos, y en oyéndola dejan a la falsa que los sacó y los criaba y se van tras la verdadera. Pues ¿cómo tú no dejas al mundo, aunque él te haya susten-

tado y regalado, por seguir a tu verdadero Hacedor y Criador?

De lo susodicho parece claro cómo tantos son los beneficios hechos al hombre cuantas son las criaturas del mundo, pues todas ellas fueron criadas para su servicio.

Mas si tú quieres hacer otra cuenta no menos provechosa que verdadera, hallarás por cierto que tantos son los beneficios hechos al hombre solo cuantos son los hechos a todas las criaturas del mundo; porque todos los beneficios que se hacen a ellas, más de verdad se hacen al hombre que a ellas. Esta es una de las más dulces y verdaderas consideraciones que se pueden tomar de las criaturas.

Dime: la hermosura y virtud del sol, y de la luna, y de las estrellas, y de las flores, y de los árboles, y de las piedras preciosas, ¿a quién aprovechan más o deleitan más, a sí o al hombre? Del olor y de la hermosura y virtud de la rosa, ¿quién se aprovecha más o se deleita más, el hombre o ella? De manera que, aunque ella tiene la gracia, otro es el que la goza, y así él es el que recibió este beneficio y no ella.

Si no, dime: cuando un padre manda hacer una vestidura preciosa para su hija, aquel beneficio, ¿a quién se hace, a la vestidura o a la hija? Por do parece que una cosa es la que recibe la hermosura y otra a quien se hace la gracia, pues la hermosura es de la vestidura y el beneficio es de la hija, y así ella es la obligada al agradecimiento de ella.

Si esto sabes considerar, todas las hermosuras y perfecciones de las criaturas tendrás por beneficios tuyos, pues todas no menos se hicieron para tu regalo y provecho que el padre la vestidura rica para la hija. De donde vendrás a entender que el beneficio ajeno es más tuyo que del mismo que lo posee, y, por consiguiente, tú eres más obligado a agradecerlo.

La misma cuenta has de hacer de las habilidades que este Señor dió a todas las criaturas para su provisión y defensión, porque, si todas ellas son para tu servicio, está claro que todos los beneficios que se hacen a ellas se hacen a ti. Si un padre toma a su cargo la casa y familia de su hijo para sustentarla y proveerla de todo lo necesario, claro está que este beneficio más se hace al hijo que no a su familia; o, por mejor decir, no se hace a la familia, sino al hijo. Porque, como dijo San Agustín, lo que no se ama por amor de sí, sino por otro, no se ama.

Todas te invitan al agradecimiento. Mira, pues, cuánto más debes al Señor de lo que pensabas, pues por aquí se ve que todos los beneficios hechos a todas las criaturas, a ti los hace, porque esto es como sustentar la familia que te ha de servir, mantener el ganado que te ha de mantener y proveer de vestido, y de calzado, y de armas, y medicinas a los criados que te han de servir. Y pues todo esto se hace por ti y para ti, todos éstos son beneficios tuyos, aunque vengan colados por otras manos.

Por lo cual entre los beneficios divinos alaba a Dios el Profeta, diciendo que produce en los montes heno y yerba para servicio de los hombres (Salm. 146, 8), porque este pasto, aunque no sea del hombre, es de las bestias que sirven al hombre. Pues de esta manera entenderás cómo todo lo que sirve a los peces de la mar, y a los animales de la tierra, y a las aves del aire, a ti sirve, pues tú eres el que te has de servir de todo.

De aquí nace también aquella tan dulce consideración que apuntó el Apóstol cuando dijo que todo lo que todas las criaturas producen y trabajan, para ti lo trabajan. Para ti enreda y trama el gusano hilador de la seda. Para ti lleva hojas y fruto el árbol hermoso. Para ti fructifica la viña, y la huerta, y el olivar, con todas las otras arboledas y frescuras del campo. Para ti corre siempre sin cesar el agua de la fuente clara. Para ti calienta sus huevos la perdiz y la gallina. Para tu recreación hace y deshace su rueda el pavón hermoso. Para ti le dieron habilidad al pollico recién nacido, que, aun no estando acabado de formar en el huevo, sepa ya vivir por sí y mantenerse por su pico.

Finalmente, todas las habilidades y trabajos de todas las criaturas, si bien lo miras, beneficios tuyos son. El vellón de lana que cría la oveja, beneficio tuyo es. La leche y los cueros y la carne que cría la vaca, beneficio tuyo es. Las uñas y armas que tiene el azor para cazar, beneficio tuyo es. La música del ruiseñor y de las otras aves que cantan a la primavera, beneficio tuyo es.

¡Oh, cuán grande campo tienes aquí para tender los ojos y espaciarte por todas las criaturas, pues todo cuanto hay en ellas es como un sobrescrito que dice a ti. Contigo lo ha Dios, a ti habla, a ti lo dice, a ti quiere enseñar, y despertar, y predicar, y atraer a sí por todos estos medios!

Pues ¿cómo entre tantos resplandores y muestras de su bondad no le conoces? ¿Cómo entre tantos beneficios no le amas? ¿Cómo entre tantas voces con que te llama no le oyes? ¿Cómo nunca preguntas en tu corazón alguna

vez: ¿Quién es éste, que de tantas mercedes me tiene cercado? ¿Quién es éste, que por tantas vías se me descubre? ¿Quién es éste, que por tantos caminos me quiere atraer a su amor? ¿Quién es éste, que con tantos argumentos y testigos se me quiere dar a conocer? ¿Quién es éste, que en tanto me estima, que todas las cosas crió para mi servicio? ¿Quién es éste, que por su sola bondad, sin habérselo yo servido, ha querido hacerse como pastor de mi ganado, y mayordomo de mi hacienda, y defensor de mi familia, médico de mis criados y procurador de todos mis negocios?

Pues, ¿cómo entre tantos beneficios no es amado? ¿Cómo entre tantas muestras de quién es, nos desaparece? ¿Cómo ofreciéndosenos en todas las criaturas no lo hallamos? ¿Cómo obrando tantas maravillas no le conocemos?

Mayor maravilla es ésta que todas las otras maravillas, porque éste es el efecto de la corrupción del pecado: hacernos tan ciegos, que entre tantos resplandores no vemos, y tan insensibles y desconocidos, que entre tantas llamas de beneficios no nos quememos. Maravilla fué de Dios que, estando los tres mozos en medio del horno de Babilonia, no se quemasen (Dan. 3, 50); y maravilla es también, no de Dios, sino del demonio, que estando nosotros en medio de tantas llamas de beneficios divinos cuantas criaturas hay en este mundo, no se abrasen nuestros corazones en amor de quien tanto bien nos hace.

Mas por ventura dirás: esos comunes beneficios más parecen obras de naturaleza que beneficios de Dios. ¿Qué debo yo, pues, particularmente por la orden y disposición de las cosas, que se van siempre por su curso?

No es esta voz de cristiano, sino de gentil: ni aun de gentil, sino de bestia. Y porque más claramente lo veas, mira cómo las reprende el filósofo Epitecto, diciendo así: Dirás por ventura que la Naturaleza te hace estos beneficios. ¡Oh desconocido!, ¿no entiendes cuando esto dices que mudas el nombre a Dios? ¿Qué otra cosa es la Naturaleza sino Dios, que es principal Naturaleza? Así que, hombre desagradecido, no te excusas con decir que esta deuda la debes a la Naturaleza y no a Dios; pues no hay Naturaleza sin Dios. Si hubieses recibido algo prestado de Lucio Séneca y dijeses que quedabas obligado a Lucio y no a Séneca, no por esto se mudaba el acreedor, sino sólo el nombre de él.

Nuestra misma imperfección nos lleva a buscar a Dios.

Mas no sólo esta obligación de justicia, sino también nuestra misma necesidad y pobreza, nos obliga a tener esta cuenta con nuestro Criador, si queremos después de criados alcanzar nuestra misma felicidad y perfección. Para lo cual es de saber que, generalmente hablando, todas las cosas que nacen, no nacen luego con toda su perfección. Algo tienen y algo les falta que después se haya de acabar; y el cumplimiento de lo que falta ha de dar el que comenzó la obra: de manera que a la misma causa pertenece dar el cumplimiento del ser que dió principio de él.

Y por esto todos los efectos generalmente se vuelven a sus causas, para recibir de ellas su última perfección. Las plantas trabajan por buscar el sol y arraigarse todo cuanto pueden en la tierra que las produjo: los peces no quieren salir fuera del agua que los engendró. El pollico que nace, luego se pone debajo las alas de la gallina y la sigue por doquiera que vaya; y lo mismo hace el corderico, que luego se junta con los ijares de su madre, y entre mil madres que sean de una misma color la reconoce y siempre anda cosido con ella, como quien dice: aquí me dieron lo que tengo, aquí me darán lo que me falta. Esto acaece universalmente en las cosas naturales, y lo mismo acaecería en las artificiales si tuviesen algún sentido o movimiento.

Si un pintor, acabando de pintar una imagen, dejase por acabar los ojos y aquella imagen sintiese lo que le falta, ¿qué haría?, ¿adónde iría? No iría, cierto, a casas de reyes ni príncipes, porque ésos, en cuanto tales, no pueden satisfacer su deseo, sino se iría a la casa de su maestro y le suplicaría la acabase de perfeccionar.

Pues, ¡oh criatura racional!, ¿qué otra causa es la tuya sino ésta? No estás aún acabada de hacer. Mucho es lo que te falta para llegar al cumplimiento de tu perfección. Apenas está acabado el dibujo. Todo el lustre y hermosura de la obra queda por dar. Lo cual claramente muestra el apetito continuo de la misma naturaleza, que, como quien se siente necesitada, no reposa, sino siempre está piando y suspirando por más.

Quiso Dios tomarte por hambre y que las mismas necesidades te metiesen por sus puertas y te llevasen a Él. Por eso no te quiso acabar desde el principio; por eso no te enriqueció desde luego; no por escaso, sino por amoroso; no porque fueses pobre, sino porque fueses humilde; no porque fueses necesitado, sino por tenerte siempre consigo.

Pues si eres pobre, y ciego, y menesteroso, ¿por qué

no te vas al Padre que te crió y al pintor que te comenzó, para que Él acabe lo que te falta? Mira cómo lo hacía así el profeta David (Salm. 118, 73): Tus manos, dice él, me hicieron y me criaron: dame entendimiento para que aprenda tus mandamientos. Como si más claramente dijera: Tus manos, Señor, hicieron todo lo que hay en mí; mas no está aún acabada esta obra: los ojos de mi alma, entre otras partes, quedan por acabar: no tengo lumbre para saber lo que me conviene: ¿pues a quién pediré lo que me falta, sino a quien me ha dado lo que tengo? Pues dame, Señor, esta lumbre; clarifica los ojos de este ciego desde su nacimiento, para que con ellos te conozca, y así se acabe lo que comenzaste en mí.

Pues así como a este Señor pertenece dar su última perfección al entendimiento, así también le pertenece darla a la voluntad, y a todas las otras potencias del alma, para que así quede acabada la obra por el mismo que la comenzó. Este, pues, sólo harta sin defecto, engrandece sin estruendo, enriquece sin aparato y da descanso cumplido sin la posesión de muchas cosas. Con Él está la criatura pobre y contenta, rica y desnuda, sola y bienaventurada, desposeída de todas las cosas y señora de todas ellas.

Por lo cual, con mucha razón dijo el Sabio (Prov, 13, 7): Hay un hombre que vive como rico no teniendo nada; y hay otro que vive como pobre teniendo muchas riquezas. Porque muy rico es el pobre que tiene a Dios, como lo era San Francisco; y muy pobre a quien falta Dios, aunque sea señor del mundo. Porque ¿qué le aprovechan al rico y poderoso todas sus riquezas, si con todo esto vive con mil maneras de cuidados y apetitos, que no puede cumplir con cuanto tiene? Y ¿qué parte es la vestidura preciosa, y la mesa delicada, y el arca llena, para quitar la congoja que está en el alma? En la cama blanda da el rico muchos vuelcos en la noche larga, los cuales no puede excusar su rica bolsa.

Resulta, pues, de todo lo dicho cuán obligados estamos todos al servicio de nuestro Señor, no sólo por la deuda de este beneficio, sino también por lo que toca al cumplimiento de nuestra felicidad y remedio.

CAPITULO XXVII

De la creación de los ángeles y de la caída de los demonios

Como Dios sea sumamente bueno, y así sea sumamente comunicativo de sus bienes, no se contenta con la comunicación de estos bienes tan bajos, sino determinó criar otras más altas criaturas, a las cuales comunicase las riquezas de su misma bienaventuranza y gloria.

De modo que, siendo Él glorioso y bienaventurado con la vista de su misma hermosura, fué tan magnífico y liberal, que no quiso ser Él solo bienaventurado, sino crió también dos órdenes de criaturas nobilísimas, hechas a su imagen y semejanza, para que fuesen capaces de su gloria, que fueron los ángeles y los hombres, los ángeles en el cielo y los hombres en la tierra; los unos, que son substancias espirituales, sin cuerpos, y los otros con cuerpos, como son los hombres, que de cuerpo y espíritu están compuestos.

Mas porque las obras de Dios son perfectas, como Él lo es, así como crió estas dos órdenes de criaturas para tan alto fin, así las proveyó de todas las virtudes y perfecciones que para conseguirle se requieren. Porque como en los palacios de los reyes no se admiten los hombres andrajosos y desharrapados, sino muy bien ataviados y vestidos, así en aquel palacio celestial, donde reside el Rey de los reyes, no pueden entrar los hombres sensuales y carnales, porque éstos son los andrajosos y mal vestidos, que allí no son admitidos.

Mas con esta condición concedió el Criador esta dignidad a los unos y a los otros, que siéndole fieles y obedientes y usando bien de la gracia y beneficios recibidos, alcanzasen este bien soberano; pero si hiciesen lo contrario lo perdiesen por su pecado. Porque esto pide la rectitud y orden de la divina Justicia.

De los ángeles buenos. Dejemos ahora los hombres y tratemos de los buenos ángeles. Los cuales se dividieron en dos partes. Porque unos, reconociendo que todos los bienes que tenían eran de Dios, dados graciosamente, se humillaron profundamente ante su acatamiento y se ofrecie-

ron con toda su voluntad y amor a ser perpetuamente sus fieles servidores y obedecer a sus santos mandamientos.

Y porque los ángeles son de tal cualidad que nunca se mudan, como los hombres, en lo que una vez se determinan, por esto fueron luego confirmados en gracia y levantados a la visión beatífica de la divina Hermosura, y en ella perseveran y eternalmente perseverarán.

De los ángeles malos. Mas entre los ángeles hubo uno hermosísimo y perfectísimo, que, según siente San Gregorio, era el más alto de todos; el cual, habiendo de ser más agradecido y más humilde y más sujeto al Criador, que así le había sublimado, no lo hizo así, sino, enamorado de su misma hermosura, se ufanó con ella y deseó alcanzar por sus propias fuerzas la semejanza de Dios. Por lo cual, como desagradecido y soberbio, fué desterrado de aquel glorioso lugar, donde no habitan sino los humildes, y porque otra gran muchedumbre de ángeles siguió el ejemplo y consejo de este maldito ángel, fueron juntamente con él desterrados del cielo.

Los cuales, estando obstinados en su malicia y desesperados de volver al lugar que perdieron, tienen un rabioso odio contra Dios, que los condenó, y trabajan con todas sus fuerzas y artes por oscurecer su gloria y apartar a los hombres de su servicio y de la guarda de sus mandamientos.

Y como ellos no pudieron alcanzar aquel principado que pretendían en el cielo, trabajan por alcanzarlo en la tierra, engañando a los hombres miserables, y haciéndose adorar de ellos en los ídolos, por apartarlos del culto y veneración del verdadero Dios, e introduciendo en el mundo mil diferencias de sectas y falsas religiones, tanto, que en solas las islas de Japón dicen hacer veinticuatro sectas diferentes, en las cuales, dejado el verdadero Dios que rige los cielos y la tierra, adoran las estatuas de los demonios.

A otros persuade que las almas que tenemos son mortales y que no hay más que nacer y morir. Y asentado esto, entréganse a todos los vicios, y codicias, y robos, y carnalidades, como gente que ninguna cuenta tiene con Dios. Y así viven como puras bestias que no sienten ni buscan más que lo presente y no procuran más que los bienes del cuerpo, teniendo entendimiento y alma racional, capaz del mismo Dios, y hecha a imagen de Él, pues tienen entendimiento y voluntad y libre albedrío, como Él.

CAPITULO XXVIII

DE CÓMO CONSERVA DIOS LOS SERES POR ÉL CREADOS

Mas quiero dar fin a esta materia proponiendo otra singular maravilla de nuestro Criador, que es la asistencia general a todas las cosas criadas.

Para lo cual se ha de presuponer que hay dos maneras de causas eficientes: unas sirven para sólo hacer la obra, y no pasan adelante después de hecha, como el maestro que hace la casa o el pintor que pinta la figura; y otras que no sólo hacen las cosas, mas también después de hechas las conservan en el ser que les dieron, como lo hace el sol, el cual produce de sí los rayos de la luz y él mismo los está conservando en aquella claridad que les dió, de tal manera que, si él faltase o cesase de producirlos, en ese punto dejarían de ser.

Pues de esta segunda manera confiesa la fe católica que aquel soberano Señor es causa de todas las cosas criadas, porque Él por sola su bondad y voluntad les dió el ser que tienen y Él mismo las está conservando en ese mismo ser que les dió. Y esto con tan grande dependencia, que, si un punto cesase de este oficio, todas ellas se volverían en aquella nada de que fueron hechas. De modo que así como, parando las pesas de un reloj, todas las ruedas de él pararían y cesaría todo aquel movimiento y concierto de dar sus horas, así pararía toda esta máquina del mundo y se anihilaría, si aquel soberano Señor, que sostiene todas las cosas con la palabra de su virtud, cesase de conservarlas.

De cómo está Dios en lo más íntimo de todos los seres.

Para lo cual es necesario que Él esté dentro de todas ellas, conservándolas en su ser, no sólo por su presencia y potencia, sino por su misma esencia. Para cuyo entendimiento se ha de notar que todas las otras causas producen sus efectos mediante la virtud que tienen, como el fuego calienta mediante el calor que de él procede, y las estrellas y planetas mediante sus influencias; mas en Dios no hay esta distinción de esencia y de virtud, porque en aquella altísima y simplicísima naturaleza no puede caber algún accidente, porque todo lo que hay en Dios es Dios, sin mezcla ni composición de otra cosa. Y por esto, dondequiera que hay algo de Dios,

está todo Él, pues tampoco esta suma simplicidad no sufre división, para que pueda estar parte de Él en un lugar y parte en otro.

Y porque la causa y el efecto han de estar juntos y tocarse uno a otro, y el ser es el más universal y más íntimo efecto de todas las cosas, pues ninguna hay que carezca de él, síguese que Dios está en lo más íntimo de todas ellas, tocando el ser que tienen y conservándolo. Por lo cual, el mismo Señor dice que Él hinche los cielos y la tierra.

Esta es una maravilla y excelencia de aquella altísima Substancia que, con ser simplicísima, está toda en todo el mundo y toda en cualquier parte de él, pues ninguna cosa creada hay que tenga ser por sí misma, sino sólo Él, que de nadie depende.

Mas pasa aún el negocio adelante. Porque no sólo es causa conservadora del ser de las criaturas, sino también de todos los pasos y movimientos naturales que hay en ellas. De modo que ninguno puede mover el pie, ni la mano, ni abrir la boca, ni cerrar los ojos, sino por virtud de Él. Y así Él es más causa de todos estos movimientos que el mismo hombre que los hace.

Avicena dijo que Dios no hacía más que asistir al orden y movimiento de los cielos, y que por este medio gobernaba las cosas de este mundo inferior. Mas la filosofía cristiana pasa adelante, confesando que la primera causa, que es Dios, concurre con todas las otras causas inferiores, así universales como particulares, las cuales todas son instrumentos de la primera causa; y así todos sus efectos se atribuyen más a la causa principal que los hace que a los instrumentos con que los hace, pues más propiamente se dice que el pintor pinta la imagen que el pincel con que la pinta.

Pues, según esto, ¿cuál podremos pensar que es aquel Señor que no sólo hinche cielos y tierra, como ya dijimos, sino que también concurre como causa principal con todos los pasos y movimientos naturales de todas las criaturas del cielo y de la tierra, y ni esto es parte para disminuir un punto de su felicidad y bienaventuranza con el cuidado y providencia de acudir a tanta infinidad de cosas? Pues quien estas maravillas considera, ¿cómo no verá con cuánta razón dijo aquel ángel: por qué preguntas por mi nombre, que es «admirable»?

De cuántas maneras dependemos de Dios. De tres maneras pueden unas cosas depender y estar como necesitadas y colgadas de otras. Porque unas dependen de otras cuanto al principio del ser, mas, después de recibido el ser, no tienen ya más necesi-

dad de sus autores para conservarse en él, como la pintura o la cosa después que salió de las manos del maestro. Otras hay que dependen de sus causas, como la vida del cuerpo de la presencia y virtud de su alma y de su cabeza, por la cual vive y se conserva. Otras hay que dependen de sus causas cuanto a la perfección y cumplimiento de su ser, como el discípulo del maestro que le enseña, o la mujer del marido, de quien recibe lo necesario para el uso de la vida.

Estas tres cualidades y dependencias, así como ponen grande vínculo y hermandad entre las cosas, así son causa de grande amor. Por do viene a ser que todos los efectos tienen natural amor y respeto a las causas de donde proceden y de quien esperan alcanzar su perfección. Por la primera dependencia es grande el amor que los hijos tienen a los padres, y los padres a sus hijos. De lo cual son testigos aun hasta los mismos animales, que se quitan el mantenimiento de la boca para sustentar a sus hijos y se meten a veces por las lanzas y venablos por defenderlos. Por la segunda es muy natural el amor que los miembros tienen a su cabeza, por cuya salud se ponen a recibir el golpe de la espada, por la conservación de ella; lo cual no hacen hijos por padres, ni padres por hijos. Por la tercera razón es también grandísimo el amor que tiene la esposa a su esposo, porque de él espera en muchas cosas la perfección de su ser.

Pues, como sea verdad que todas estas causalidades y dependencias juntas se hallen en sólo Dios, y todas en sumo grado de perfección, ¿con qué amor será razón que sea amado Aquel de quien así estamos colgados de todas partes? Si Él es el que nos dió el ser, ha de ser amado como el padre de sus hijos, y si nos conserva en el ser, ha de ser amado como la cabeza de sus miembros. Y si Él es el que nos ha de dar la perfección y cumplimiento de este ser, ha de ser amado como la buena mujer ama a su marido.

Y pues todas estas cosas esperamos de sólo Él, síguese que estamos obligados a amarle con todos estos amores, y mucho más, pues más perfectamente nos comunica Él estos beneficios que todas las causas susodichas a sus efectos. Reconoce, pues, ¡oh alma mía!, todas estas obligaciones, y pues sabes cierto que lo que fuiste y lo que eres y lo que esperas, todo es de este Señor, y que por tantas partes estás aliada y adeudada con Él, ama a quien tanto bien te ha hecho y te hace y adelante te ha de hacer.

Vos sois, Señor, mi hacedor.

Ameos yo, pues, Señor, pues soy vuestra hechura, y Vos mi hacedor, de quien tengo el ser que tengo. Vuélvanse las aguas al lugar de do salieron, con-

viértase el efecto a la causa de donde procedió, tórnese la criatura al Criador que la hizo. Tiranía es que uno edifique y otro more en lo edificado, que uno plante y otro esquilme lo que otro plantó.

No permitáis Vos, Dios mío, que haga yo esta traición, ni que entregue las llaves de vuestra hacienda a otro fuera de Vos. Vuestro soy, vuestro seré, vuestro deseo ser para siempre; por vuestro me recibid en vuestra casa y no desechéis Vos lo que hicisteis para Vos.

Yo soy vuestra heredad. Ameos yo también, Señor Dios mío, pues Vos me conserváis y sustentáis en este ser que me disteis. Así como las ramas del árbol nacen de la raíz y ella misma es la que las conserva en el ser que tienen, así Vos, Señor mío, sois la raíz y el principio que me disteis ser, y Vos mismo sois el que me conserváis y sostenéis en él. Pues ¿con quién tengo yo de tener cuentas sino con Vos?

Aquellas ramas a ninguna cosa criada tienen mayor respeto ni amor natural que a la raíz de do procedieron y en que se conservan en su ser y hermosura, y de todo el mundo, que viva o muera, no se les da nada, con tanto que esté viva y fresca su raíz, de quien les viene todo su bien.

Pues ¿en quién tengo yo, Señor, de poner los ojos, a quién tengo de amar sino a Vos, cuyas manos me criaron, cuya providencia me sostiene, cuyas criaturas me sirven? ¿Por quién soy, por quién vivo, por quién tengo todo lo que tengo, sino por Vos? Y pues Vos sois el origen y raíz de todo mi bien, y yo una sola rama entre otras muchas que en Vos se sustentan, ¿qué tengo yo que ver con el cielo ni con la tierra, sino con Vos sólo, que sois la fuente de todo mi bien y el arca de todos mis tesoros?

La viña y la heredad sirven no solamente al que la plantó, sino también al que la cava y la riega, y así la conserva en aquel ser que tiene. Y pues Vos me plantasteis por vuestra mano cuando me criasteis y Vos me conserváis en este ser con la labor y riego de vuestra providencia, ¿por qué ha de esquilmar otro la fruta de esta heredad sino Vos?

Yo soy vuestra heredad, y Vos sois mi heredero y mi Señor; a Vos sirvan todas las plantas de esta heredad, que son las potencias de mi alma; a Vos las flores, que son todos sus buenos deseos; a Vos los frutos, que son todas mis palabras y obras, con lo demás. Mis ojos os bendigan, mi lengua os alabe, mis manos os sirvan, mis pies anden por el camino de vuestros mandamientos, mis entrañas se derritan en vuestro amor, mi memoria nunca os olvide, mi entendimiento siempre os contemple, mi voluntad en Vos sólo se deleite y se gloríe.

Este es el esquilmo y fruto de esta heredad. Cercadla. Dios mío, con un muro de fuego, cerrad todos los portillos de ella, para que nadie os la pueda entrar. Conjúroos y requiéroos, todas las criaturas del mundo, con la virtud y obediencia de este común Señor, que no toquéis en cosa de esta heredad Todo, Señor, sea vuestro, todo se emplee en vuestro servicio. Mueran todas las criaturas a este amor, y yo muera a todas ellas.

De Vos espero mi perfección y mi reposo. Ameos yo también, Señor, pues Vos sólo sois el que habéis de acabar esta obra que comenzasteis y el que habéis de dar a mi alma su cumplida perfección.

A todas las otras criaturas menores, de una vez disteis todo lo que debían recibir; mas al hombre, como era de tan grande capacidad, dísteisle mucho cuando lo criasteis y prometísteisle mucho más para adelante, para que con esta necesidad anduviese como colgado de Vos, y así se moviese a amaros, no sólo por lo que tenía recibido, sino mucho más por lo que esperaba recibir.

Como la hiedra se abraza al árbol. Ameos, pues, yo, Señor, con estrechísimo y ferventísimo amor. Tienda yo los brazos de todos mis afectos y deseos para abrazaros, Esposo dulcísimo de mi alma, de quien espero todo el bien.

La yedra se abraza con el árbol por tantas partes, que toda ella parece hacerse brazos para fijarse más en él, porque mediante este arrimo sube a lo alto y consigue lo que es propio de su perfección. Pues ¿a qué otro árbol me tengo yo de arrimar para crecer y alcanzar lo que me falta, sino a Vos?

No crece tanto esta planta ni extiende tanto la hermosura de sus ramas, abrazada con su árbol, cuanto crece el alma en virtudes y gracias, abrazada con Vos. Pues ¿por qué no me haré yo todo brazos para abrazaros por todas partes? ¿Por qué no os amaré yo con toda mi alma y con todas mis fuerzas y sentidos?

Ayudadme Vos, Dios mío y Salvador mío, y subidme a lo alto en pos de Vos, pues la carga de esta mortalidad pesada me lleva tras sí. Vos, Señor, que subisteis en el árbol de la cruz para atraer todas las cosas a Vos; Vos que con inmensa caridad juntasteis dos naturalezas tan distintas en una persona, para haceros una cosa con nosotros, tener por bien de unir nuestros corazones con Vos con tan fuerte vínculo de amor, que vengan a hacerse una cosa con Vos, pues para esto os juntasteis con nosotros, para juntarnos con Vos.

De cuán negra sea la ingratitud del hombre.

Siendo tan soberanas y tan incomprensibles las grandezas de nuestro Señor Dios, como habemos visto, y siendo tantos y tales sus beneficios, y tanta la dependencia que nuestro ser y vida tiene de Él, síguese que ninguna cosa se puede imaginar más obligatoria, más justa, más debida, más necesaria, más importante, más honesta y más excelente que servir, honrar, amar, reverenciar, alabar y adorar a este Señor.

Y esta obligación es tan grande, que todas las que tenemos a los padres, amigos y bienhechores, o a los reyes y príncipes de la tierra, o a cualquier otra excelente persona, ayuntadas en uno, no se llaman obligaciones, comparadas con ésta, así como todas las excelencias y perfecciones de ellas, comparadas con las divinas, no se llaman perfecciones. Esto se sigue de lo dicho.

Y síguese también que, así como aquel soberano Padre está siempre conservándonos y sustentándonos sin cesar un punto de este oficio, así era justo que estuviese siempre la criatura ocupada en sus alabanzas y servicios. Y así como cumplir con esta obligación es la cosa más debida y más justa de cuantas hay en el mundo, así no cumplir con ella es la más injusta y la peor del mundo.

De donde nace que cualquier ofensa hecha contra aquella soberana Majestad es de gravedad infinita. Y está clara la razón. Porque notoria cosa es que cuanto una persona es más alta, tanto es más grave la injuria hecha contra ella, de tal modo que cuantos son los grados de la indignidad de la persona ofendida, tantos son los de la ofensa cometida contra ella.

De donde se infiere que, pues la majestad de Dios es infinita, también lo sea la gravedad de la culpa cometida contra ella. Y verdaderamente así lo es, y como a tal le corresponde en la otra vida pena infinita, así porque priva al hombre de un bien infinito, que es Dios, como porque ha de durar por espacio infinito, que es para siempre, mientras Dios fuere Dios.

A Ti, Señor, levanto mis ojos.

Esta consideración humilla grandemente y sujeta el hombre a Dios, viendo cuán colgado está de Él todo su bien y todo su ser, así pasado como presente y venidero, y con esto sujetaba el santo rey David su ánimo a Dios, diciendo (Salm. 30, 16): En tus manos, Señor, están mis suertes.

Por lo cual otro intérprete dijo: En tus manos, Señor, están mis tiempos: conviene saber, los tres tiempos, pasado, presente y venidero. Porque en el pasado recibí de

Vos el ser que tengo, y en el presente Vos me estáis dando vida y conservando en este ser, así como el sol a los rayos de luz que de él proceden; y en el venidero, porque de vuestra mano me ha de venir la perfección y cumplimiento de este ser, hasta llegar a su último fin, donde mi alma tenga perfecto reposo y descanso y cumplimiento de todos los bienes, estando unida con Vos y transformada en Vos, participando aquella bienaventuranza para que Vos la criasteis.

Y así como Vos, mirándome desde lo alto con piadosos y paternales ojos, influís en mi alma los rayos de vuestra misericordia, así, por el contrario, mi alma, levantando con verdadera humildad y reverencia sus ojos a Vos, recibe las influencias de vuestra luz; así como las estrellas del cielo mirando al sol reciben de él la claridad, y con ella la virtud que tienen.

Pues si estos ojos son las canales por donde vuestra virtud corre y se deriva en las almas, ¿qué otro oficio había de ser el mío sino estar siempre suspenso, levantando los ojos a lo alto para participar esa virtud, diciendo con el Profeta (Salm. 24, 15): Mis ojos tengo siempre puestos en el Señor, porque Él librará mis pies de los lazos, y mirando yo a Él, inclinaré sus ojos a que Él también mire por mí. Y con el mismo espíritu decía (Salm. 122, 1): A ti, Señor, levanté mis ojos, que moras en los cielos, así como los siervos están mirando a la cara de sus señores, de quien esperan el remedio de su vida.

LIBRO SEGUNDO

DEL FIN DEL HOMBRE Y DE LAS VIRTUDES NECESARIAS PARA ALCANZARLE

I.--DEL ULTIMO FIN DEL HOMBRE Y DE LOS MEDIOS GENERALES PARA ALCANZARLE

CAPITULO I

De cómo sabemos cuál sea nuestro último fin

Las cosas que más claramente prueban la insuficiencia de la filosofía para dar reglas de bien vivir, es la ignorancia que los filósofos tuvieron del último fin del hombre.

Para cuyo entendimiento es de saber que todos los hombres que son, fueron y serán, nacen con un apetito y deseo de llegar a un estado en el cual vivan tan abastecidos y llenos de todos los bienes, que no les quede cosa que desear, y así cese la rueda viva de nuestro apetito, el cual siempre padece una hambre canina, deseando más de lo que tiene para llegar a este estado. El cual llamaban felicidad, bienaventuranza, sumo bien del hombre y su último fin Y no dudaban ser posible llegar a tal estado, pues no era razón que el autor de la naturaleza imprimiese en nuestros corazones apetitos y deseo natural de cosa imposible, pues es cierto que ninguna cosa hace de balde y sin propósito.

Convencidos, pues, los filósofos por esta razón, todo su estudio y diligencia pusieron en trabajar por saber en qué

género de bienes consistía esta felicidad y último fin, por entender que no podían ordenar bien su vida sino entendido el fin a que se ordenaba. Porque en las cosas que se ordenan para algún fin, la regla de lo que se ha de hacer se toma del mismo fin. De esta manera el que ha de navegar, primero ha de saber el puerto que quiere tomar, para que, conforme a él, enderece su camino. Y el médico que ha de curar a un enfermo, primero ha de saber la calidad y nombre de la dolencia, para que conforme a ella aplique las medicinas.

Pues, según esto, para enderezar bien la vida del hombre es necesario saber primero el último fin del hombre, para que conforme a él se enderecen todos los pasos de ella. Y por esta causa, Aristóteles, queriendo en el libro de sus *Eticas* dar a los hombres reglas y orden de bien vivir, trató primero del último fin del hombre, porque de ahí había de tomar el tino para acertar a darle aviso y reglas y orden de vida, por la cual lo había de alcanzar.

No basta la sola razón para mostrarnos la verdadera felicidad.

Pues entendiendo esto los filósofos, que profesaban ser maestros de bien vivir, todo su estudio pusieron, como dijimos, en querer saber en qué linaje de bienes consistía este fin. En lo cual anduvieron tan desvariados, que Marco Varrón (según repite y declara San Agustín en el libro XIX de la *Ciudad de Dios*) cuenta doscientas ochenta opiniones diversas en que unos y otros ponían este último fin. Lo cual no pareciera cosa creíble si no lo dijera un hombre de tanta autoridad. Este mismo Marco Varrón, que así entre autores griegos como latinos fué muy afamado, quiso también determinar en qué linaje de bienes consistía esta tan deseada felicidad. Por lo cual presupone que el hombre ni es el alma sola ni el cuerpo solo, sino cuerpo y alma juntamente. Y, según esto, pone esta felicidad en la posesión de los bienes del cuerpo y del alma juntamente. Y como en el alma hay dos partes principales, que son entendimiento y voluntad, en el entendimiento quiere que haya perfecta sabiduría, porque ésta es su propio bien, y en la voluntad quiere que haya consumada virtud, domadas ya y mortificadas las pasiones que le hacen la guerra. Mas en el cuerpo pone salud, fuerzas, buena disposición y buena complexión. Y a estas cosas añade Aristóteles conveniente porción de bienes temporales, de que se sirva la virtud.

De donde se sigue que este bienaventurado que ellos pintan, junto con la posesión de todos los bienes, ha de tener una bula de general exención de todos los males

y miserias de esta vida, pues éstos, por una parte, inquietan el alma, y por otra, perjudican a los bienes del cuerpo, que también se requieren para esta bienaventuranza.

Después de haber referido San Agustín la opinión de este filósofo, escarnece de tan gran desvarío, como era poner bienaventuranza en una vida cercada por tantas partes de mil cuentos de miserias y calamidades, como cada hora experimentamos todos los hijos de Adán, sobre cuyos hombros se cargó este yugo tan pesado.

Porque si esta bienaventuranza consiste en la posesión de todos estos bienes del cuerpo y del alma y en la exención de males de estas dos partes del hombre, ¿qué hombre se hallará tan abastecido de todos estos bienes y tan exento de todos estos males, siendo esta vida un mar de continuos desasosiegos y alteraciones, un valle de lágrimas, una cárcel de condenados, donde son muchas más las miserias del hombre que los cabellos de su cabeza, donde son tantas las enfermedades del cuerpo, tantos los apetitos y deseos desordenados del alma, tantas las iras y odios que muchos padecen por los agravios que reciben, tantas las envidias y tristezas por los que le pasan delante, tantas las congojas por no poder alcanzar lo que desean, tantas las lágrimas por las muertes de los deudos y queridos, tantas las injurias y agravios de los malos vecinos, tantas las traiciones y disimulaciones de los falsos amigos, tantas las injusticias de los malos juces; donde hay tan poca verdad, tan poca fe, tan poca lealtad; donde la malicia y ambición reinan, donde la virtud está arrinconada y olvidada, donde ninguna cosa vale más ni puede más que el dinero, donde el hijo a veces desea la muerte a su padre, y el yerno la de su suegro, y aun el hermano la de su hermano, por venir a ser su heredero?

Pues, ¿qué diré de la continua guerra de la carne contra el espíritu?, ¿qué de las tentaciones del enemigo?, ¿qué de las batallas crueles y sangrientas que por mar y por tierra perturban la paz y sosiego de los mortales?, ¿qué de las asechanzas y falsos testimonios y pleitos injustos que nos levantan los hombres perversos?, ¿qué de la tiranía y soberbia de los poderosos?, ¿qué de las lágrimas y opresiones de los que poco pueden? Lo cual Salomón (Ecl. 4, 2) tenía por tan grande mal, que por esto alababa más a los muertos que a los vivos, y que tenía por más dichoso al que no había nacido ni visto los males que pasan debajo del sol.

Pues ya los desastres y acaecimientos nunca pensados, los naufragios, los incendios, los robos, las cárceles, los partos revesados y monstruosos, las enfermedades de los niños, la locura y furia de los mancebos, la flaqueza y

males de los viejos y las pobrezas y falta de lo necesario que generalmente padecen los hombres miserables, ¿quién las contará?

Tal es, finalmente, esta vida, que el santo Job (7, 1), como hombre tan experimentado en las miserias de ella, dice ser toda ella batalla o tentación. Cuyas miserias, a veces, llegan a tal extremo, que muchos escogen por remedio tomar la muerte con sus propias manos por librarse de ellas.

Pues, ¿quién será tan ciego que en tal manera de vida piense que se podrá hallar bienaventuranza donde tanta infinidad de miserias hay que la agüen y encuentren? Las cuales no sólo nos dan este desengaño, mas también nos avisan que no podemos navegar por este mar tan alterado y tempestuoso sin llevar a Dios por gobernador, el cual consintió que fuese tal por que nuestras mismas necesidades y miserias nos llevasen a Él y nos declarasen que no podíamos navegar seguros entre tantos bajos, sino llevando Él el gobernalle de nuestra vida, y librándonos de ellos o dándonos virtud y fortaleza para no peligrar en ellos, pues, como San Gregorio dice, mejor libra cuando da paciencia.

Y tornado al propósito, si además de lo dicho se requiere para esta felicidad cumplida sabiduría, ¡cuántos años y cuánto estudio es necesario para alcanzarla, pues dijo Platón que eran dichosos aquellos que habían llegado a ser sabios aun en la vejez! Y si junto con la sabiduría se requiere perfecta virtud, y para ésta es necesario tener domadas y mortificadas las pasiones, ¿quién será tan dichoso que sin el socorro de la divina gracia pueda llegar aquí?

Pues si juntamente con estas dos perfecciones tan dificultosas de hallar pedían tantas otras para el bien del cuerpo, como ya dijimos, ¿cuándo o dónde se podrán todas estas cosas juntas hallar? Porque por esto dijo Tulio que apenas en cada una de las edades de los hombres se hallaba un orador tolerable, por ser muchas las cosas que se requerían para ser un perfecto orador, las cuales, por maravilla, se hallaban en una persona.

Pues si estas habilidades eran tan dificultosas de juntar, ¿cuánto más lo serán las que se requieren para hacer un hombre bienaventurado, de las cuales una sola que le falte basta para oscurecer toda su felicidad? Porque más parte es esta sola para hacerle miserable que todas las otras juntas para hacerle feliz. Esto mostró a la clara aquel gran privado del rey Asuero, Amán (Est. 5, 13), el cual, siendo uno de los más bien afortunados hombres del mundo, confesó que toda su privanza y riquezas le parecía no

tener nada, porque Mardoqueo no le hacía la reverencia que él quería.

De cómo la revelación divina nos enseña dónde se halla nuestra felicidad.

Pues si tan imposible cosa es hallarse todas estas partes juntas en un hombre, ¿quién será feliz? Y ¿qué mayor inconveniente podía ser que, consiguiendo todos los brutos animales ordinariamente sus propios fines, sólo el hombre, para quien todo este inferior mundo fué creado, esté tan lejos de poderlo alcanzar?

Mas, con todo esto, los filósofos que así se engañaron, en parte merecen perdón y en parte no. Merecen perdón porque, considerando el apetito natural que el hombre tiene de ser bienaventurado, entendían que podía llegar a serlo, como ya dijimos, y no sabiendo ellos nada de la bienaventuranza que esperamos en la otra vida, eran forzados a buscarla en ésta. Y viendo los achaques y dolencias que en todos los bienes de ella había, unos ponían la felicidad en un linaje de bienes y otros en otros, según la afición y gusto de cada uno.

Mas, por otra parte, no merecen perdón, pues, apretados con tantas angustias, no pidieron luz a su Criador para alcanzar esta verdad tan importante para nuestra vida, sino, fiados vanamente de sus ingenios, no solamente creyeron que por sí podían comprender en qué consistía esta felicidad, mas también que por sus fuerzas naturales la podían alcanzar, que era otro desvarío no menor.

De todo este discurso tan largo sacamos dos cosas muy dignas de ser sabidas: la una es que pues el hombre puede alcanzar el estado de la bienaventuranza, de que tiene natural apetito, y ésta no se halla en esta vida, síguese necesariamente que la podrá alcanzar en la otra, porque no sea ocioso y vano este natural deseo que Dios en nuestros corazones imprimió. Y el conocimiento de esta verdad es de tanta importancia, que le pone el Apóstol por el primer fundamento de la cristiandad, diciendo (Hebr. 11, 6) que el que se llega a Dios ha de creer que hay Dios y que es remunerador de los que le sirven.

Lo segundo, cuanto a nuestro propósito pertenece; de aquí se infiere que no era suficiente la filosofía humana ni para enseñarnos la verdadera religión y culto de Dios ni para darnos reglas ciertas de bien vivir, porque, pues no pudieron alcanzar cuál era el último fin de nuestra vida, tampoco podían enseñarnos por qué medios habíamos de conseguirlo, pues la razón de los medios se toma del fin, como dijimos.

De donde se infiere que la divina Providencia, la cual,

como toda la filosofía confiesa, no falta en las cosas necesarias, no era razón que nos faltase en esta necesidad, que es la mayor de todas. Y pues su providencia a ninguno de todos los animales, por pequeños que sean, aunque sea una hormiga, falta, proveyéndolos de todas habilidades necesarias para conservar su vida, ¿cómo había de faltar a la más noble de todas estas criaturas en la mayor de todas sus necesidades?

Porque cierto es que la cosa más necesaria al hombre es saber de la manera que ha de servir y honrar a Dios, y junto con ésta, conocer el fin para que el mismo Dios lo crió y los medios por donde lo ha de alcanzar. Y los filósofos, en quien la naturaleza se esmeró y puso todas sus fuerzas y virtud más que en los otros hombres, no pudieron alcanzar esta tan importante verdad de que pende el gobernalle de nuestra vida. Por tanto, no era razón que el Creador faltase al hombre en esta tan grande necesidad de su alma, pues de tantas cosas le proveyó para el uso y remedio del cuerpo. Porque, contra todo el orden de su sabiduría y providencia, era tener tanto cuidado de lo que era menos y olvidarse de lo que era más, y tanto más.

Y pues este desorden no puede caber en aquella infinita bondad y sabiduría, síguese que a ella pertenecía revelarnos esta verdad de que pende su gloria y nuestra felicidad, porque lo uno no se aparte de lo otro, pues, como dice Eucerio, quiso Él que nuestro remedio fuese también su sacrificio.

De todo lo que hasta aquí se ha dicho no se concluye otra cosa más de que a la perfección de la divina Providencia pertenece revelar y enseñar a los hombres el camino de su felicidad y salvación.

CAPITULO II

De cuán falsa y engañosa sea la felicidad de este mundo

Mirando, pues, ahora atentamente al mundo con toda su felicidad, hallo en él estas seis maneras de males que nadie me podrá negar; conviene a saber: brevedad, miseria, peligros, ceguedades, pecados y engaños, con los cuales anda acompañada esta su felicidad, por donde cla-

ramente se verá lo que ella es. Pues de cada cosa de éstas trataremos ahora aquí brevemente por su orden.

a) *Por la brevedad de esta vida.*—Comenzando, pues, ahora por la brevedad, no me podrás negar que toda la felicidad y suavidad del mundo, cualquiera que ella sea, a lo menos es breve. Porque la felicidad del hombre no puede ser más larga que la vida del hombre. Y qué tan larga sea esta vida, ya en otra parte lo declaramos, pues la más larga vida de los hombres apenas llega a cien años. Mas ¿cuántos son los que llegan hasta aquí? Visto he yo obispos de dos meses, y sumos pontífices de uno, y recién casados de una sola semana; y de estos ejemplos leemos muchos en los tiempos pasados y vemos cada día muchos en los presentes.

Mas concedámoste ahora que sea muy larga tu vida. Demos, dice San Crisóstomo, cien años a los pasatiempos del mundo, y añade a éstos otros ciento, y aun otras dos veces ciento: ¿qué tiene que ver todo esto con la eternidad? Si muchos años, dice Salomón (Ecl. 11, 8), viviere el hombre y en todos ellos le sucedieren las cosas a su voluntad, debería acordarse del tiempo tenebroso y de los días de la eternidad, los cuales, cuando vinieren, verse ha claro cómo todo lo pasado fué vanidad. Porque en presencia de una eternidad, toda felicidad, por grandísima que haya sido, vanidad parece, y así lo es.

Esto confiesan aun los mismos malos en el libro de la Sabiduría, diciendo que, acabando de nacer, luego dejaron de ser. Mira, pues, cuán breve parecerá entonces a los malos todo el tiempo de esta vida, pues realmente allí se les figurará que apenas vivieron un día, sino que luego fueron trasladados del vientre a la sepultura. De donde se sigue que todos los placeres y contentamientos de este mundo les parecerán allí unos placeres soñados que parecían placeres y no lo eran.

Lo cual, maravillosamente significó el profeta Isaías (29, 8) por estas palabras: Así como el que tiene hambre y sueña que come, después que despierta se halla burlado y hambriento; y así como el que tiene sed y sueña que bebe, cuando despierta se tiene todavía la misma sed y conoce que fué vano su contentamiento cuando pensaba que bebía, así acaecerá a todas las gentes que pelearon contra el monte de Sión, cuya prosperidad será tan breve, que después que abrieren los ojos y se pasare aquel poquito de tiempo verán cómo todos sus gozos no fueron más que soñados.

Si no, dime ahora: ¿qué más que esto fué la gloria de todos cuantos príncipes y emperadores ha habido en el mundo? ¿Dónde están, dice el profeta Baruc (3, 16), los

príncipes de las gentes que tuvieron señorío sobre las bestias de la tierra, que buscaron sus pasatiempos y recreaciones en cazas y cetrerías, lidiando con las aves del aire; los que atesoraron montones de plata y oro, en que confían los hombres, sin dar fin a sus tesoros; los que labraron tantas y tan ricas vajillas de oro y plata, que no hay quien acabe de contar las invenciones de sus obras? ¿Qué se hicieron todos éstos? ¿En qué pararon? Ya están fuera de sus palacios y a los infiernos descendieron, y otros sucedieron en su lugar. ¿Qué es del sabio? ¿Qué es del letrado? ¿Dónde está el escudriñador de los secretos de la naturaleza? ¿Qué se hizo la gloria de Salomón? ¿Dónde está el poderoso Alejandro y el glorioso Asuero? ¿Dónde están los famosos césares de los romanos? ¿Dónde los otros príncipes y reyes de la tierra? ¿Qué les aprovechó su vanagloria, el poder del mundo, los muchos servidores, las falsas riquezas, las huestes de sus ejércitos, la muchedumbre de sus truhanes y las compañías de mentirosos y lisonjeros que les andaban al derredor?

Todo esto fué sombra, todo sueño, todo felicidad, que pasó en un momento. Cata aquí, pues, hermano, cuán breve sea esta felicidad del mundo.

b) *Por la multitud de miserias de que está mezclada.*—Tiene aún otro mal esta felicidad, de más de ser tan breve, que es andar acompañada con mil maneras de miserias que no se pueden excusar en esta vida, o, por mejor decir, en este valle de lágrimas, en este lugar de destierro y en este mar de tantos movimientos. Porque, verdaderamente, más son las miserias del hombre que los días y aun que las horas de la vida del hombre; porque cada día amanece con su cuidado y a cada hora está amenazando su miseria.

Mas ¿qué lengua bastará para explicar todas estas miserias? ¿Quién podrá contar todas las enfermedades de nuestros cuerpos, y todos las pasiones de nuestras almas, y todos los agravios de nuestros prójimos, y todos los desastres de nuestras vidas? Uno os pone pleito en la hacienda, otro os persigue en la vida, otro os pone mácula en la honra: unos con odios, otros con envidias, otros con engaños, otros con deseos de venganza, otros con falsos testimonios, otros con armas y otros con sus lenguas, peores que las mismas armas, os hacen guerra mortal.

Y sobre todas estas miserias hay otras infinitas que no tienen nombre, porque son acaecimientos no esperados. A uno le quebraron un ojo, a otro un brazo; otro cayó de una ventana, otro del caballo, otro se ahogó en un río, otro se perdió en unas rentas y otro en una fianza.

Y si quieres saber aún más males, pide cuenta a los

hombres del mundo de los ratos de placeres y pesares que han llevado en él; porque si los unos y los otros se pesaren en dos balanzas, verás claramente cuánto es mayor la una carga que la otra y cómo para un solo rato de placer hay cien horas de pesar. Pues si la vida toda en sí es tan corta, como está ya declarado, y tanta parte de ella ocupan tantas miserias, ruégote me digas, ¿qué tanto es lo que queda de verdadera y pura felicidad?

Mas estas miserias que aquí he contado son comunes a buenos y malos, los cuales, así como navegan en un mismo mar, así están sujetos a unas mismas tormentas. Otras miserias hay mucho más para sentir que son propias de los malos, porque son hijas de sus maldades, cuyo conocimiento hace más a nuestro caso, porque hace más aborrecible la vida de los tales, pues a tales miserias está sujeta. Mas cuántas y cuán grandes sean éstas, los mismos malos lo confiesan en el libro de la Sabiduría (5, 7), diciendo: Aperrados anduvimos por el camino de la maldad y perdición, y nuestros caminos fueron ásperos y dificultosos, y el camino del Señor, tan llano, nunca supimos atinarlo. De suerte que, así como los buenos tienen en esta vida un paraíso y esperan otro, y de un sábado van a otro sábado, que es de una holganza a otra holganza, así los malos tienen en esta vida un infierno y esperan otro, porque del infierno de la mala conciencia van al infierno de la pena eterna.

c) *Por los lazos y peligros que nos rodean.*—Y si no hubiese en el mundo más que solas penas y trabajos de cuerpo, no sería tanto para temer; mas no sólo hay en él trabajos de cuerpo, sino también peligros de alma, que son mucho más para sentir, porque tocan más en lo vivo.

Y éstos son tantos, que dijo el Profeta (Salm. 10, 7): Lloverá Dios lazos sobre los pecadores. Pues ¿qué tantos lazos te parece que veía en el mundo quien los comparaba con las gotas de agua que caen del cielo? Y dice señaladamente sobre los pecadores, porque como éstos tienen tan poca guarda en el corazón y en los sentidos, y tan poco cuidado de huir las ocasiones de los pecados, y tan poco estudio en proveerse de espirituales remedios, y, sobre todo esto, andan en medio de los fuegos del mundo, ¿cómo pueden dejar de andar entre infinitos peligros?

Pues por esta muchedumbre de peligros dice que lloverá sobre los pecadores lazos. Lazos en la mocedad y lazos en la vejez; lazos en las riquezas y lazos en la pobreza; lazos en la honra y lazos en la deshonra; lazos en la compañía y lazos en la soledad; lazos en las adversidades y lazos en las prosperidades, y, finalmente, lazos para todos los sentidos del hombre: para los ojos, para los oídos, para la lengua y para todo lo demás. Finalmen-

te, tantos son los lazos, que da voces el Profeta diciendo: Lazo sobre ti, morador de la tierra.

Y si nos abriese Dios un poco los ojos, como los abrió a San Antonio, veríamos a todo el mundo lleno de lazos trabados unos con otros y exclamaríamos con él, diciendo: ¡Oh! ¿Quién escapará de tanto lazo? Y de aquí nace perecer tantas almas como cada día perecen, pues, como llora San Bernardo, en el mar de Marsella, de diez naos apenas se pierde una; mas en el mar de este mundo, de diez almas apenas se salva una.

¿Quién, pues, no temerá un mundo tan peligroso? ¿Quién no procurará huir de tanto lazo? ¿Quién no temblará de andar descalzo entre tantas serpientes, desarmado entre tantos enemigos, desproveído entre tantas ocasiones de pecados y sin medicina entre tantas ocasiones de enfermedades mortales? ¿Quién no trabajará por salir de este Egipto? ¿Quién no huirá de esta Babilonia? ¿Quién no procurará escaparse de las llamas de Sodoma y Gomorra y salvarse en el monte de la buena vida?

Pues estando el mundo lleno de tantos lazos y despeñaderos y ardiendo en tantos vicios, ¿quién se tendrá por seguro? ¿Andará, dice el Sabio (Prov. 6, 27), alguno sobre las brasas sin que se les quemen las plantas y esconderá fuego en su seno sin que ardan sus vestiduras? Cierto está, dice el Sabio, que el que toca la pez se ha de ensuciar en ella, y así, el que trata con soberbios corre peligro de hacerse uno de ellos.

d) *Por la ceguedad y tinieblas en que vivimos.*—A esta muchedumbre de lazos y peligros se añade otra miseria que los hace mayores, que es la ceguedad y tinieblas de los mundanos, la cual convenientísimamente es figurada por aquellas tinieblas de Egipto (Éx. 10, 21), las cuales eran tan espesas, que se podían palpar con las manos y que en aquellos tres días que duraron ninguno se movió del lugar donde estaba, ni vió al prójimo que par de sí tenía. Tales son, por cierto, y mucho más palpables, las tinieblas que el mundo padece. Si no, discurriendo ahora por las cegueras y desatinos de él, dime: ¿qué mayor ceguedad que creer los hombres lo que creen y vivir de la manera que viven? ¿Qué mayor ceguedad que hacer tanto caso de los hombres y tan poco de Dios; tener tanta cuenta con las leyes del mundo y tan pocas con las de Dios; trabajar tanto por este cuerpo, que es una bestia bruta, y tan poco por el ánima, que es imagen de la Majestad divina; atesorar tanto para esta vida, que mañana se ha de acabar, y no allegar nada para la otra, que para siempre ha de durar; hacerse pedazos por los intereses de la tierra y no dar un paso por los bienes del cielo?

¿Qué mayor ceguedad que, sabiendo tan cierto que habemos de morir y que en aquella hora se ha de determinar lo que para siempre ha de ser de nuestra vida, vivamos tan descuidados como si siempre hubiéramos de vivir? Porque ¿qué menos hacen los malos habiendo de morir mañana que si hubieran de vivir para siempre? ¿Qué mayor ceguedad que, por la golosina de un apetito, perder el mayorazgo del cielo; tener tanta cuenta con la hacienda y tan poca con la conciencia; querer que todas tus cosas sean buenas y no querer que tu propia vida lo sea?

De estas ceguedades hallarás tantas en el mundo, que te parecerá estar los hombres como encantados y enhechizados de tal manera, que teniendo ojos no ven, y teniendo oídos no oyen, y teniendo la vista más aguda que de linces para ver las cosas de la tierra, tiénenla más que de topos para ver las cosas del cielo; como en figura acaeció a San Pablo cuando iba a perseguir la Iglesia, el cual, después que fué derribado en tierra, abiertos los ojos, ninguna cosa veía. Pues así acaece a estos miserables, que, teniendo los ojos tan abiertos para las cosas del mundo, los tengan tan cerrados para las cosas de Dios.

e) *Por la muchedumbre de pecados e injusticias que nos rodean.*—Pues habiendo en el mundo tantas tinieblas y lazos como habemos dicho, ¿qué se puede esperar de aquí sino caídas y pecados? Este es el sumo mal de los males del mundo y el que más nos había de mover a aborrecerlo.

Y así, con sola esta consideración, pretende San Cipriano inducir a un amigo suyo al menosprecio del mundo. Para lo cual finge que lo sube consigo a un monte muy alto, en donde se vea todo el mundo, y desde allí le va mostrando como con el dedo todos los mares y tierras y todas las plazas y tribunales, llenos de mil maneras de pecados e injusticias que en cada parte hay, para que, vistos casi con los ojos tantos y tan grandes males como hay en el mundo, entienda cuánto debe ser aborrecido y cuánto debe a Dios, porque de él lo sacó.

Pues conforme a esta consideración sube tú ahora, hermano, a este mismo monte, y extiende un poco los ojos por las plazas, por los palacios, por las audiencias y oficinas del mundo, y verás ahí tantas maneras de pecados, tantas mentiras, tantas calumnias, tantos engaños, tantos perjurios, tantos robos, tantas envidias, tantas lisonjas, tanta vanidad y, sobre todo, tanto olvido de Dios y tanto menosprecio de la propia salud, que no podrás dejar de maravillarte y quedar atónito de ver tanto mal.

Verás la mayor parte de los hombres vivir como bestias brutas, siguiendo el ímpetu de sus pasiones, sin tener en

cuenta con ley de justicia ni de razón más que la tendrían unos gentiles, que ningún conocimiento tienen de Dios ni piensan que hay más que nacer y morir.

Verás maltratados los inocentes, perdonados los culpados, menospreciados los buenos, honrados y sublimados los malos; verás los pobres y humildes abatidos, y poder más en todos los negocios el favor que la virtud.

Verás vendidas las leyes, despreciada la verdad, perdida la vergüenza, estragadas las artes, adulterados los oficios y corrompidos en muy gran parte los estados.

Verás a muchos perversos y merecedores de grandes castigos, los cuales con hurtos, con engaños y con otras malas maneras vinieron a tener grandes riquezas y a ser alabados y temidos de todos. Y verás así a éstos como a otros que apenas tienen más que la figura de hombres puestos en grandes oficios y dignidades.

Y finalmente verás en el mundo amado y adorado el dinero más que Dios y muy gran parte de las leyes divinas y humanas corrompidas por él; y en muchos lugares no queda ya de la justicia más que sólo el nombre de ella.

Y vistas todas estas cosas entenderás luego con cuánta razón dijo el Profeta (Salm. 13, 1): El Señor se puso a mirar desde el cielo sobre los hijos de los hombres, para ver si había quien conociese a Dios o le buscase; mas todos habían prevaricado y héchose inútiles, y no había quien hiciese bien, ni sólo uno. Y no menos se queja por el profeta Oseas (4, 1), diciendo que ni había misericordia, ni verdad, ni conocimiento de Dios en la tierra; sino que las malicias, y las mentiras, y los hurtos, y los homicidios, y los adulterios se habían extendido por toda ella, y que una sangre caía sobre otra sangre y una maldad sobre otra maldad.

Finalmente, para que más claro veas qué tal está el mundo, pon los ojos en la cabeza que lo gobierna, y por ahí entenderás cuál estará lo gobernado. Porque si es verdad que el príncipe de este mundo, esto es, de los malos, es el demonio, como dice Cristo, ¿qué se puede esperar del cuerpo donde tal es la cabeza y de la república donde tal es el gobernador? Sólo esto basta para darte a entender qué tal está el mundo y cuáles los amadores de él.

Pues ¿qué será luego este mundo, sino una cueva de ladrones, un ejército de salteadores, un revolcadero de puercos, una galera de forzados, un lago de serpientes y basiliscos? Pues si tal es el mundo como esto, ¿por qué no desampararé yo, dice un filósofo, un lugar tan feo, tan sucio, tan lleno de traiciones, de engaños y maldades, donde apenas hay lealtad, ni piedad, ni justicia; donde todos los vicios reinan, donde el hermano arma celada a su hermano, donde el hijo desea la muerte de su padre, el marido de la

mujer, y la mujer del marido; donde tan pocos son los que no roben o engañen, pues muchos, así de los grandes como de los pequeños, debajo de honestos nombres hurtan y roban; y donde finalmente tantos fuegos arden de codicia, de lujuria, de ira, de ambición y de otros infinitos males?

Pues ¿quién no deseará huir de tal mundo? Deseábalo, cierto, aquel profeta (Jer. 9, 2), que decía: ¡Quién me llevase a un desierto, o a algún lugar apartado de caminantes, para verme libre de la compañía de este pueblo, porque todos son adúlteros y cuadrillas de prevaricadores! Esto que hasta aquí se ha dicho, generalmente pertenece a los malos, aunque no se puede negar haber en todos los estados muchos buenos en el mundo, por los cuales lo sustenta Dios.

Consideradas, pues, estas cosas, mira cuánta razón tienes de aborrecer una cosa tan mala, donde, si te abriese Dios los ojos, verías más demonios y más pecados que los átomos que se parecen en los rayos del sol. Y con esto crezca en ti el deseo de verte fuera de él, a lo menos con el espíritu, suspirando con el Profeta (Salm. 54, 6) y diciendo: ¿Quién me dará alas como de paloma, y volaré, y descansaré?

f) *La felicidad de este mundo parece lo que no es y promete lo que no da.*—Estos y otros muchos tales son los tributos y contrapesos con que esta miserable felicidad del mundo está acompañada, para que veas cuánto más hiel que miel y cuánto más acíbar que azúcar trae consigo. Dejo aquí de contar otros muchos males que tiene. Porque demás de ser esta felicidad y suavidad tan breve y tan miserable, es también sucia, porque hace a los hombres carnales y sucios: es bestial, porque los hace bestiales; es loca, porque los hace locos y los saca muchas veces de juicio; es inestable, porque nunca permanece en un mismo ser; es, finalmente, infiel y desleal, porque al mejor tiempo nos falta y deja en el aire.

Mas un solo mal no dejaré de contar, que por ventura es el peor de todos, que es falsa y engañosa, porque parece lo que no es y promete lo que no da, y con esto trae en pos de sí perdida la mayor parte de la gente. Porque así como hay oro verdadero y oro falso, y piedras preciosas verdaderas, y falsas que parecen preciosas y no lo son, así también hay bienes verdaderos y falsos, felicidad verdadera y falsa, que parece felicidad y no lo es, y tal es la de este mundo, y por esto nos engaña con esta muestra contrahecha. Porque, así como dice Aristóteles que muchas veces acaece haber algunas mentiras que, con ser mentiras, tienen más apariencia de verdad que las mismas verdades, así realmente, lo que es mucho para notar, hay algunos ma-

les que, con ser verdaderos males, tienen más apariencia de bienes que los mismos bienes, y tal es sin duda la felicidad del mundo; y por esto se engañan con ella los ignorantes, como se engañan los peces y las aves con el cebo que les ponen delante.

Porque ésta es la condición de las cosas corporales, que luego se nos ofrecen con un alegre semblante y con un rostro lisonjero y halagüeño, que nos promete alegría y contentamiento; mas después que la experiencia de las cosas nos desengaña, luego sentimos el anzuelo debajo del cebo y vemos claramente que no era oro todo lo que relucía.

Así hallarás por experiencia qué pasa en todas las cosas del mundo. Si no, mira los placeres de los recién casados, y hallarás cómo, después de pasados los primeros días del casamiento, luego comienza a cerrárseles aquel día de su felicidad y caer la noche oscura de los cuidados, necesidades y fatigas que después de esto sobrevienen. Porque luego cargan trabajos de hijos, de enfermedades, de ausencias, de celos, de pleitos, de partos revesados, de desastres, de dolores y, finalmente, de la muerte necesaria del uno de los dos, que a veces los previene muy temprano y convierte las alegrías de los desposorios no acabados en lágrimas de perpetua viudez y soledad.

Pues ¿qué mayor engaño y qué mayor hipocresía que ésta? ¡Qué contenta va la doncella al tálamo el día de su desposorio, porque no tiene ojos para ver más de lo que de fuera parece; mas si le diesen ojos para ver la sementera de trabajos que aquel día se siembra, cuánto mayor causa tendría para llorar que para reír!

Pues ¿qué diré de los oficios, de las honras, de las sillas y dignidades? ¡Cuán alegres se representan luego cuando de nuevo se ofrecen! Mas ¡cuántos enjambres de pasiones, de cuidados, de envidias y trabajos se descubren después de aquel primero y engañoso resplandor!

Pues ¿qué diremos de los que andan metidos en amores deshonestos? ¡Cuán blandas hallan al principio las entradas de este ciego laberinto! Mas después de entrados en él, ¡cuántos trabajos han de pasar! ¡Cuántas malas noches han de llevar! ¡A cuántos peligros se han de poner! Porque aquel fruto de árbol vedado guarda la furia del dragón venenoso, que es la espada cruel del pariente o del marido celoso, con la cual muchas veces se pierde la vida, la honra, la hacienda y el alma en un momento.

Así puedes discurrir por la vida de los avarientos, de los mundanos y de los que buscan la gloria del mundo con las armas o con las privanzas; y en todos ellos hallarás grandes tragedias de dulces principios y desastrados fines;

porque ésta es la condición de aquel cáliz de Babilonia, por de fuera dorado y de dentro lleno de veneno.

Pues según esto, ¿qué es toda la gloria del mundo, sino un canto de sirenas que adormece, una ponzoña azucarada que mata, una víbora por de fuera pintada y de dentro llena de ponzoña? Si halaga, es para engañar; si levanta, es para derribar; si alegra, es para entristecer. Todos sus bienes da con incomparables usuras. Si os nace un hijo y después se os muere, con las setenas es mayor el dolor de su muerte que la alegría de su nacimiento. Más duele la pérdida que alegra la ganancia, más aflige la enfermedad que alegra la salud, más quema la injuria que deleita la honra; porque no sé qué género de desigualdad fué éste, que más poderosos quiso naturaleza que fuesen los males para dar pena que los placeres para dar alegría, lo cual todo, bien considerado, manifiestamente nos declara cuán falsa y engañosa sea esta felicidad.

CAPITULO III

De cómo la verdadera felicidad y descanso se halla en sólo Dios

Cata aquí, pues, hermano mío, la figura verdadera del mundo, aunque sea otra la que él por de fuera muestra, y cata aquí cuál sea su felicidad, breve, miserable, peligrosa, ciega y llena de pecados y de engaños.

Pues, según esto, ¿qué otra cosa es este mundo sino, como dijo un filósofo, un arca de trabajos, una escuela de vanidades, una plaza de engaños, un laberinto de errores, una cárcel de tinieblas, un camino de salteadores, una laguna cenagosa, un mar de continuos movimientos? ¿Qué es este mundo sino tierra estéril, campo pedregoso, bosque lleno de espinas, prado verde y lleno de serpientes, jardín florido y sin fruto, río de lágrimas, fuente de cuidados, dulce ponzoña, fábula compuesta y frenesí deleitable? ¿Qué bienes hay en él que no sean falsos y qué males que no sean verdaderos? Su sosiego es congojoso, su seguridad sin fundamento, su miedo sin causa, sus trabajos sin fruto, sus lágrimas sin propósito, sus propósitos sin suceso, su esperanza vana, su alegría fingida y su dolor verdadero.

En lo cual verás cuánta semejanza tiene este mundo con el infierno: porque si ninguna otra cosa es infierno sino lu-

gar de penas y culpas, ¿qué otra cosa abunda más en este mundo que ésta? A lo menos, así lo testifica el profeta cuando dice que de día y de noche estaba por todas partes cercado de pecados y que lo que había en él eran trabajos e injusticia. Esta es la fruta del mundo, ésta la mercadería que en él se vende, éste el trato que en todos sus rincones se halla: trabajo e injusticia, que son males de pena y males de culpa.

Pues si ninguna otra cosa es el infierno sino lugar de penas y culpas, ¿cómo no se llamará también en su manera este mundo infierno, pues en él hay tanto de lo uno y de lo otro? A lo menos, por tal lo tenía San Bernardo cuando decía que, si no fuera por la simiente de esperanza que tenemos en esta vida de la otra, poco menos malo le parecía este mundo que el infierno.

Mas ya que hasta aquí habemos tan claramente visto cuán miserable y engañosa sea la felicidad del mundo, resta que veamos ahora cómo la verdadera felicidad y descanso, que no se halla en el mundo, está en Dios, lo cual si entendiesen bien los hombres mundanos, no tendrían por qué seguir al mundo como lo siguen. Y por esto determino probar aquí brevemente esta tan importante verdad, no tanto por autoridad y testimonio de la fe cuanto por clara razón.

Para lo cual es de saber que ninguna criatura puede tener perfecto contentamiento hasta llegar a su último fin, que es a la última perfección que según su naturaleza le conviene. Porque mientras no llegare aquí, necesariamente ha de estar inquieta y descontenta, como quien se siente necesitada de lo que le falta.

Pregunto, pues, ahora: ¿cuál es el último fin del hombre, en cuya posesión está su felicidad, que es lo que los teólogos llaman su bienaventuranza objetiva? No se puede negar sino que ésta es Dios, el cual así como es su primer principio, así es su último fin: y así como es imposible haber dos primeros principios, así lo es haber dos últimos fines, porque eso sería haber dos dioses. Pues si sólo Dios es el último fin del hombre y su última bienaventuranza, y dos últimos fines y bienaventuranzas es imposible que haya, luego fuera de Dios imposible es hallar bienaventuranza.

Porque, sin duda, así como el guante se hizo para la mano y la vaina para la espada, por lo cual para ningunos otros usos vienen bien estas cosas sino para éstos, así el corazón humano, criado para Dios, en ninguna cosa puede hallar descanso sino en Dios. Con Él sólo estará contento, y fuera de Él, pobre y necesitado. La razón de esto es porque como el principal sujeto de la bienaventuranza sean el entendimiento y la voluntad del hombre, que son las dos

más nobles potencias que hay en él, mientras éstas estuvieren inquietas, no puede él estar sosegado y quieto.

Pues cierto es que estas dos potencias en ninguna manera pueden estar quietas sino con sólo Dios. Porque, como dice Santo Tomás, no puede nuestro entendimiento entender ni saber tantas cosas que no le quede habilidad y deseo natural por saber más, si hubiere más que saber. Y asimismo no puede nuestra voluntad amar ni gozar de tantos bienes que no le quede virtud y capacidad para más, si más le dieren. Y, por tanto, nunca reposarán estas dos potencias hasta hallar un objeto universal en quien estén todas las cosas: el cual una vez conocido y amado, ni le quedan más verdades que saber ni más bienes de que gozar.

De aquí nace que ninguna cosa criada, aunque sea la posesión de todo el mundo, basta para dar hartura a nuestro corazón, sino sólo aquel para quien fué criado, que es Dios. Y así escribe Plutarco de un soldado que llegó de grado en grado a ser emperador, y como se viese en este estado tan deseado y no hallase el contentamiento que deseaba, dijo: «En todos los estados he vivido y en ninguno he hallado contentamiento.» Porque claro está que lo que fué criado para sólo Dios no había de hallar reposo fuera de Dios.

El corazón humano y la piedra imantada. Y para que aun más claro entiendas esto, ponte a mirar una aguja de un relojico de sol, porque allí verás representada esta filosofía tan necesaria. La naturaleza de esta aguja, después de tocada con la piedra imán, es mirar al norte: porque Dios, que crió esta piedra, le dió esta natural inclinación, que siempre mire a este lugar. Y verás por experiencia qué desasosiego tiene consigo y qué de veces se vuelve y revuelve hasta que endereza la punta a él; y esto hecho, luego para y queda fija como si la hincaras con clavos.

Pues así has de entender que crió Dios al hombre con esta natural inclinación, y respecto a Él, como a su norte, y a su centro, y a su último fin; y, por tanto, mientras fuera de él estuviere, siempre estará como aquella aguja, inquieto y desasosegado, aunque posea todos los tesoros del mundo. Mas volviéndose a Él, luego reposará, como ella reposa: porque ahí tiene todo su descanso. De lo cual se infiere que aquel sólo será bienaventurado que poseyere a Dios, y aquel estará más cerca de ser bienaventurado que más cerca estuviere de Dios. Y porque los justos en esta vida están más cerca de Él, ellos son los más bienaventurados, aunque su bienaventuranza no la conoce el mundo.

Enseñanzas de la experiencia. Mas porque este engaño es tan grande y tan universal, añadiré aún otra razón no menos eficaz que las pasadas, por la cual vean los amadores del mundo cuán imposible sea hallar en él la felicidad que desean.

Para lo cual has de presuponer, lo que es muy notorio, que muchas más cosas se requieren para que una cosa sea perfecta que para ser imperfecta; porque para ser perfecta requiérese que tenga todas las perfecciones juntas, mas para ser imperfecta basta que tenga una sola imperfección. Pues de esta manera has de presuponer que para que uno tenga perfecta felicidad requiérese que tenga todas las cosas a su gusto, y si una sola tiene a su disgusto, ésta es más parte para hacerlo miserable que todas las otras bienaventurado. Visto he yo muchas personas en grandes estados y con muchos cientos de renta. Las cuales con todo esto vivían la más triste vida del mundo, porque muy mayor tormento les daba una cosa muy deseada que no alcanzaban que contentamiento todo cuanto poseían. Porque, sin duda, todo cuanto se posee no consuela tanto cuanto un solo apetito de éstos, como una espina hincada por el corazón, atormenta; porque no hace al hombre bienaventurado la posesión de los bienes, sino el cumplimiento de sus deseos.

Lo cual divinamente explicó San Agustín en el libro *De moribus Ecclesiae* por estas palabras: Según yo pienso, no se puede llamar bienaventurado el que no alcanzó lo que ama, de cualquier condición que sea lo amado. Ni tampoco es bienaventurado el que no ama lo que posee, aunque sea muy bueno lo poseído; porque el que desea lo que no puede alcanzar, padece tormento, y el que alcanza lo que no merecía ser deseado, padece engaño; y el que no desea lo que merece ser deseado, está enfermo. De donde se infiere que en sola la posesión y amor del sumo bien está nuestra bienaventuranza, y fuera de eso no puede estar. De suerte que estas tres cosas juntas: posesión, amor y sumo bien, hacen al hombre bienaventurado, fuera de las cuales nadie lo puede ser por mucho que posea.

Pues, si esto es así, con mucha razón podré ahora exclamar con el Profeta (Salm. 4, 3), diciendo: Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo seréis de tan pesado corazón? ¿Por qué amáis la vanidad y buscáis la mentira? Muy bien dice vanidad y mentira. Porque si no hubiera en las cosas del mundo más de vanidad, que es ser nada, pequeño mal fuera éste; pero hay otro mayor, que es la mentira y la falsa apariencia, con que nos hacen creer que son algo, siendo nada. Por lo cual dijo Salomón (Prov. 31, 30): En-

gañosa es la gentileza y vana la hermosura. Pequeño mal fuera ser solamente vana si no fuera también engañosa. Porque la vanidad conocida poco mal puede hacer. Mas la que lo es y no lo parece, ésa es la que principalmente daña.

En lo cual se ve cuán grande hipócrita sea el mundo. Porque así como los hipócritas trabajan por encubrir las culpas que hacen, así los ricos del mundo por disimular las miserias que padecen. Los unos se nos venden por santos siendo pecadores, y los otros por bienaventurados siendo miserables. Si no, llégate más de cerca a tomar el pulso y meter la mano en el lago de esos que por de fuera parecen bienaventurados, y verás cuánto desdice eso que por de fuera parece de lo que dentro pasa.

Algunas hierbas nacen en los campos que, mirándolas desde lejos, parecen muy hermosas, y llegándoos a ellas y tocando con las manos dan de sí tan mal olor, que las sacude luego el hombre de sí y corrige el engaño de los ojos con el tocamiento de las manos. Pues tales son por cierto los más de los ricos y poderosos del mundo; porque, si miras a la grandeza de sus estados y al resplandor de sus casas y criados, parecen ser ellos solos bienaventurados; mas si te llegas más cerca a oler los rincones de sus casas y de sus ánimas, hallarás que tienen muy diferente el ser del parecer. Por donde muchos de los que al principio desearon sus estados cuando los vieron de lejos, después los sacudieron de sí cuando los miraron de cerca, como lo leemos en muchas historias aun de gentiles. Y en las vidas de los emperadores hallamos que no faltó quien siendo electo emperador por todo el ejército, por ninguna vía lo quiso aceptar, siendo gentil, sólo por conocer las espinas que debajo de aquella flor, al parecer tan hermosa, estaban escondidas.

Pues, ¡oh hijos de los hombres!, criados a imagen de Dios, redimidos por su sangre, diputados para ser compañeros de los ángeles, ¿por qué amáis la vanidad y buscáis la mentira, creyendo que hallaréis descanso en esos falsos bienes que nunca lo dieron ni darán jamás? ¿Por qué habéis dejado la mesa de los ángeles por los manjares de las bestias? ¿Por qué habéis dejado los deleites y olores del paraíso por los hedores y amarguras del mundo? ¡Cómo no bastan tantas calamidades y miserias que cada día experimentáis en él para apartaros de ese tan cruel tirano? Tales parece que somos en esta parte como algunas malas mujeres que se andan perdidas tras un rufián, que les come y juega cuanto tienen, y sobre esto las arrastra y da de coces cada día; y ellas todavía con una miserable sujeción y cautiverio se andan perdidas tras él.

Resumiendo, pues, aquí todo lo dicho: si por tantas razones, ejemplos y experiencias nos consta que no se halla la felicidad y descanso que todos buscamos en el mundo sino en Dios, ¿por qué no la buscamos en Dios? Esto es lo que en breves palabras nos amonesta San Agustín, diciendo: Cerca la mar y la tierra y anda por do quieras, que a do quiera que fueres serás miserable si no vas a Dios.

CAPITULO IV

De la variedad de virtudes que nos dirigen hacia la verdadera felicidad

Así como el que trata en piedras preciosas conviene que entienda el valor de ellas (porque no se engañe en el precio), y así como el mayordomo de un señor conviene que sepa los méritos de los que tiene en su casa, para que trate a cada uno según su merecimiento, porque lo contrario sería desorden y confusión, así el que trata en las piedras preciosas de las virtudes y el que, como buen mayordomo, ha de dar a cada una su derecho, conviene que para esto tenga muy entendido el precio de ellas, para que cuando las cosas se encontraren sepa cuál ha de anteponer a cuáles, porque no venga a ser, como dicen, allegador de la ceniza y derramador de la harina, como a muchos acontece.

Dos órdenes de virtudes. Pues para esto es de saber que todas las virtudes se pueden reducir a dos órdenes, porque unas son más espirituales e interiores y otras más visibles y exteriores. En el primer orden ponemos las virtudes teologales, con todas las otras que señalamos para con Dios, y principalmente la caridad, que tiene el primer lugar, como reina, entre todas ellas. Y con éstas se juntan otras virtudes muy nobles y muy vecinas a éstas, que son: humildad, castidad, misericordia, paciencia, discreción, devoción, pobreza de espíritu, menosprecio del mundo, negamiento de nuestra propia voluntad, amor de la cruz y aspereza de Cristo y otras semejantes a éstas, que llamamos aquí, extendido este vocablo, virtudes. Y llamámoslas espirituales e interiores porque principalmente residen en el ánimo, puesto caso que proceden también a obras exte-

riores, como parece en la caridad y religión para con Dios, que, aunque sean virtudes interiores, producen también sus actos exteriores para honra y gloria del mismo Dios.

Otras virtudes hay que son más visibles y exteriores, como son el ayuno, la disciplina, el silencio, el encerramiento, el leer, rezar, cantar, peregrinar, oír misa, asistir a los sermones y oficios divinos, con todas las otras observancias y ceremonias corporales de la vida cristiana o religiosa; porque aunque estas virtudes estén en el alma, pero los actos propios de ellas salen más afuera que los de las otras, que muchas veces son ocultos e invisibles, como son creer, amar, esperar, contemplar, humillarse interiormente, dolerse de los pecados, juzgar discretamente y otros actos semejantes.

Excelencia de las virtudes interiores. Entre estas dos maneras de virtudes no hay que dudar sino que las primeras son más excelentes y más necesarias que las segundas, con grandísima ventaja. Porque como dijo el Señor a la samaritana (Jn. 4, 23): Mujer, créeme que es llegada la hora cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Porque el Padre tales quiere que sean los que le adoran. Espíritu es Dios, y por eso los que le adoran en espíritu y en verdad conviene que le adoren. Esto es en romance claro lo que canta aquel versículo tan celebrado en las escuelas de los niños. Pues que Dios es espíritu, como las Escrituras nos lo enseñan, por eso conviene que sea honrado con pureza y limpieza de espíritu.

Entendieron esta verdad hasta los filósofos gentiles, porque Aristóteles, que tan pocas cosas escribió de Dios, con todo eso dijo: Si los dioses tienen cuidado de las cosas humanas, como es razón que se crea, cosa verosímil es que se huelguen con la cosa más buena y más semejante a ellos, y ésta es la mente o el espíritu del hombre; y por esto los que adornaren este espíritu con el conocimiento de la verdad y con la reformación de sus afectos, éstos han de ser muy agradables a Dios.

Lo mismo sintió maravillosamente el príncipe de los médicos, Galeno, el cual, tratando en un libro de la composición y artificio del cuerpo humano y del uso y aprovechamiento de sus partes, y llegando a un paso donde singularmente resplandecía la grandeza de la sabiduría y providencia de aquel artífice soberano, arrebatado en una profunda admiración de tan grandes maravillas, como olvidado de la profesión de médico, y pasando a la de teólogo, exclamó diciendo: Honren los otros a Dios con sus hecatombes, que son sacrificios de cien bueyes; yo le

honraré reconociendo la grandeza de su saber, que tan altamente supo ordenar las cosas; y la grandeza de su poder, que tan enteramente pudo poner por obra todo lo que ordenó; y la grandeza de su bondad, la cual de ninguna cosa tuvo envidia a sus criaturas, pues tan cumplidamente proveyó a cada una de todo lo que había menester, sin alguna falta.

Esto dijo este filósofo gentil. Dime: ¿qué más pudiera decir un perfecto cristiano? ¿Qué más dijera, si hubiera leído aquel dicho del profeta Oseas (6, 6): Misericordia quiero y no sacrificios; y conocimientos de Dios más que holocaustos?

Muda las hecatombes en holocaustos y verás la concordia que tuvo aquí el filósofo gentil con este profeta.

Importancia de las virtudes del segundo orden.

Mas con todos estos loores que se dan a estas virtudes, las otras que pusimos en la segunda orden, dado caso que en la dignidad sean menores, pero son importantísimas para alcanzar las mayores y conservarlas, y algunas de ellas necesarias por razón del precepto o voto que en ellas interviene. Esto se prueba claramente discurriendo por aquellas mismas virtudes que dijimos. Porque el encerramiento y la soledad excusan al hombre de ver, de oír, de hablar y de tratar mil cosas; y de tropezar en mil ocasiones, en las cuales se pone a peligro no sólo la paz y sosiego de la conciencia, sino también la castidad y la inocencia. El silencio ya se ve cuánto ayuda para conservar la devoción y excusar los pecados que se hacen hablando, pues dijo el Sabio (Prov. 10, 9) que en el mucho hablar no pueden faltar pecados.

El ayuno, además de ser acto de la virtud, de la templanza y ser obra satisfactoria y meritoria, si se hace en caridad, enflaquece el cuerpo, y levanta el espíritu, y debilita nuestro adversario, y dispone para la oración, lección y contemplación, y excusa los gastos y codicias en que viven los amigos de comer y beber, y las burlerías, y parlerías, y porfías, y disoluciones en que entienden después de hartos. Pues el leer libros santos, y oír semejantes sermones, y el rezar, y el cantar, y asistir a los oficios divinos, bien se ve cómo éstos son actos de religión e incentivos de devoción y medios para alumbrar el entendimiento y encender más el afecto en las cosas espirituales.

Pruébase también esto mismo por una experiencia tan clara que, si los herejes la miraran, no vinieran a dar en el extremo que dieron.

Porque vemos cada día con los ojos y tocamos con las

manos que en todos los monasterios donde florece la observancia regular y la guarda de todo lo exterior, siempre hay mayor virtud, mayor devoción, más caridad, más valor y ser en las personas, más temor de Dios y, finalmente, más cristiandad, y, por el contrario, donde no se tiene cuenta con esto, así como la observancia anda rota, así también lo anda la conciencia, y las costumbres, y la vida; porque como hay mayores ocasiones de pecar, así hay más pecados y desconciertos. De suerte que, como en la viña bien guardada y bien cercada está todo seguro, y la que carece de guarda y de cerca está toda robada y esquilmada, así está la religión cuando se guarda la observancia regular o no se guarda. Pues ¿qué más argumento queremos que éste, que procede de una tan clara experiencia, para ver la utilidad e importancia de estas cosas?

Diferencia entre estos dos órdenes de virtudes.

Todo esto nos declara bastantemente la importancia de estas virtudes, dejando en su lugar y no derogando a la dignidad de las otras, que son mayores. De lo cual todo se podrá colegir la diferencia que hay entre las unas y las otras; porque las unas son como fin; las otras, como medio para este fin; las unas, como salud; las otras, como medicina con que se alcanza la salud; las unas son como el espíritu de la religión; las otras, como el cuerpo de ella, que, aunque es menor que el espíritu, es parte principal del compuesto y de que tiene necesidad para sus operaciones; las unas son como tesoro, y las otras, como llave con que se guarda este tesoro; las unas son como la fruta del árbol, y las otras, como las hojas que adornan el árbol y conservan la fruta en él. Aunque en esto falta la comparación, porque las hojas del árbol, de tal manera guardan el fruto, que no son parte del fruto; mas estas virtudes, de tal manera son guarda de la justicia, que también son parte de la justicia, pues todas éstas son obras virtuosas que, ejercitadas en caridad, son merecedoras de gracia y gloria.

Esta es, pues, hermano, la estima que debes tener de las virtudes de que habemos tratado, que es lo que al principio de este capítulo propusimos, y con esta doctrina estaremos seguros de dos extremos viciosos, que es de dos grandes errores que ha habido en el mundo en esta parte, el uno, antiguo, de los fariseos, y el otro, nuevo, de los herejes de este tiempo.

Porque los fariseos, como gente carnal y ambiciosa y como hombres criados en la observancia de aquella ley, que aun era de carne, no hacían caso de la verdadera justicia, que consiste en las virtudes espirituales, como toda

la historia del Evangelio nos lo muestra. Y así quedábanse, como dice el Apóstol, con la imagen sola de la virtud, sin poseer la substancia de ella, pareciendo bueno en lo de fuera y siendo abominables en lo de dentro.

Mas los herejes de ahora, por el contrario, entendido este engaño, por huir de un extremo vinieron a dar en otro, que fué despreciar del todo las virtudes exteriores, cayendo, como dicen, en el peligro de Escila por huir de Caribdis. Mas la verdadera y católica doctrina huye de estos dos extremos y busca la verdad en el medio; y de tal manera la busca, que, dando su lugar y preeminencia a las virtudes interiores, da también el suyo a las exteriores, poniendo las unas como en el orden de los senadores y las otras como en el de los caballeros y ciudadanos que componen una misma república, para que se sepa el valor de cada cosa y se dé a cada una su derecho.

CAPITULO V

Exhortación a abrazar el camino de la virtud

Todas las maneras de bienes que el corazón humano puede en esta vida alcanzar se encierran en la virtud; por do parece que ella es un bien tan universal y tan grande, que ni en el cielo ni en la tierra hay cosa con que mejor la podamos, en su manera, comparar que con el mismo Dios.

Porque así como Dios es un bien tan universal que en Él sólo se hallan las perfecciones de todos los bienes, así también, en su manera, se hallan en la virtud. Porque vemos que entre las cosas criadas, unas hay honestas, otras hermosas, otras honrosas, otras provechosas, otras agradables y otras con otras perfecciones, entre las cuales tanto suele ser una más perfecta y más digna de ser amada cuanto más de estas perfecciones participa.

Pues, según esto, ¿cuánto merece ser amada la virtud en quien todas estas perfecciones se hallan? Porque si por honestidad va, ¿qué cosa más honesta que la virtud, que es la misma raíz y fuente de toda honestidad? Si por honra va, ¿a quién se debe la honra y el acatamiento, sino a la virtud? Si por hermosura va, ¿qué cosa más hermosa que la imagen de la virtud? Si con ojos mortales se pudiese ver su hermosura, a todo el mundo llevaría en pos de sí, como dice Platón.

Si por utilidad va, ¿qué cosa hay de mayores utilidades y esperanzas que la virtud, pues por ella se alcanza el sumo bien? La longura de los días, con los bienes de la eternidad, están en su diestra, y en su siniestra, riquezas y gloria.

Pues, si por deleites va, ¿qué mayores deleites que los de la buena conciencia, y de la caridad, y de la paz, y de la libertad de los hijos de Dios, y de las consolaciones del Espíritu Santo, lo cual todo anda en compañía de la virtud?

Pues, si se desea fama y memoria, en memoria eterna vivirá el justo, y el nombre de los malos se pudrirá, y así como humo desaparecerá.

Si se desea sabiduría, no la hay otra mayor que conocer a Dios y saber encaminar la vida por debidos medios a su último fin.

Si es dulce cosa ser bienquisto de los hombres, no hay cosa más amable ni más conveniente para esto que la virtud. Porque, como dice Tulio, así como de la conveniencia y proporción de los miembros y humores del cuerpo nace la hermosura corporal, que lleva los ojos en pos de sí, así de la conveniencia y orden de la vida nace una tan grande hermosura en la persona, que no sólo enamora los ojos de Dios y de sus ángeles, sino aun a los malos y enemigos es amable.

Decidle al justo que bien.

Este es aquel bien que por todas partes es bien y ninguna cosa tiene de mal. Por donde con grandísima razón envió Dios al justo aquella tan breve y tan magnífica embajada que al principio de este libro propusimos, por lo cual ahora lo acabamos, diciendo: *Dicite justo quoniam bene* (Decidle al justo que bien) (Is. 3, 10).

Decidle que en hora buena él nació, y que en hora buena morirá, y que bendita sea su vida, y su muerte, y lo que después de ella sucederá. Decidle que en todo le sucederá bien: en los placeres y en los pesares; en los trabajos y en los descansos; en las honras y en las deshonras, porque a los que aman a Dios, todas las cosas sirven para su bien. Decidle que, aunque a todo el mundo vaya mal y aunque se trastornen los elementos y se vayan los cielos a pedazos, él no tiene por qué temer, sino por qué levantar la cabeza, porque entonces se llega al día de su redención. Decidle que bien, pues para él está aparejado el mayor bien de los bienes, que es Dios, y está libre del mayor mal de los males, que es la compañía de Satanás.

Decidle que bien, pues su nombre está escrito en el libro de la vida, y Dios Padre lo ha tomado por hijo, y el

Hijo por hermano, y el Espíritu Santo por su templo vivo. Decidle que bien, pues el camino que ha tomado y el partido que ha seguido por todas partes le viene bien: bien para el alma y bien para el cuerpo; bien para con Dios y bien para con los hombres; bien para esta vida y bien para la otra, pues a los que buscan el reino de Dios, todo lo demás será concedido.

Y si para alguna cosa temporal no viniere bien, ésta, llevada con paciencia, es mayor bien, porque a los que tienen paciencia las pérdidas se les convierten en ganancias, y los trabajos en merecimientos, y las batallas en coronas. Todas cuantas veces mudó Labán la soldada a Jacob, pretendiendo aprovechar así y dañar al yerno, tantas se le volvió el sueño al revés, y aprovechó al yerno y dañó a sí (Gén. 31, 7).

Cuánto nos interesa seguir el camino de la virtud.

Pues, ¡oh hermano mío!, ¿por qué serás tan cruel para contigo y tan enemigo de ti mismo que dejes de abrazar una cosa que por todas partes te arma tan bien? ¿Qué mejor consejo, qué mejor partido puedes tú seguir que éste? ¡Oh, mil veces bienaventurados los limpios en el camino, los que andan en la ley de Dios! ¡Bienaventurados otra vez los que escudriñan sus mandamientos y le buscan con todo su corazón! (Salm. 118, 1.)

Pues si, como dicen los filósofos, el bien es objeto de nuestra voluntad, y, por consiguiente, cuanto una cosa es más buena, tanto merece ser más amada y deseada, ¿quién estragó de tal manera tu voluntad que ni guste ni abrace este tan universal y tan grande bien?

¡Oh, cuánto mejor lo hacía aquel santo rey que decía (Salm. 39, 8): Tu ley, Señor, tengo en medio de mi corazón! No al rincón, no a trasmano, sino en medio, que es en el primero y mejor lugar de todos. Como si dijera: éste es el mayor de mis tesoros, y el mayor de mis negocios, y el mayor de mis cuidados. ¡Cuán al revés lo hacen los hombres del mundo, pues las leyes de la vanidad tienen puestas en la primera silla de su corazón, y las de Dios, en el más bajo lugar! Mas este santo varón, aunque era rey y tenía mucho que preciar y perder, todo esto tenía debajo los pies, y la ley sola de Dios en el medio de su corazón, porque sabía él muy bien que, guardada ésta fielmente, todo lo demás tenía seguro.

¿Qué falta, pues, ahora para que no quieras tú también seguir este mismo ejemplo y abrazar este tan grande bien? Porque si por obligación va, ¿qué mayor obligación que la que tenemos a Dios Nuestro Señor por sólo

ser Él quien es, pues todas las otras obligaciones del mundo no se llaman obligaciones comparadas con ésta, como al principio declaramos?

Si por beneficios va, ¿qué mayores beneficios que los que habemos recibido de Él, pues, además de habernos criado y redimido con su sangre, todo cuanto hay dentro y fuera de nosotros, el cuerpo, el alma, la vida, la salud, la hacienda, la gracia, si la tenemos, y todos los pasos y momentos de nuestra vida, y todos los buenos propósitos y deseos de nuestra alma, y, finalmente, todo lo que tiene nombre de ser o de bien, originalmente procede de aquel que es fuente del ser y del bien?

Pues si por interés se va, digan todos los ángeles y hombres, ¿qué mayor interés que darnos gloria para siempre y librarnos de pena para siempre, pues éste es el premio de la virtud? Y si pretendemos bienes de presente, ¿qué mayores bienes que aquellos doce privilegios de que gozan todos los buenos en esta vida, de que arriba tratamos, el menor de los cuales es más parte para darnos alegría y contentamiento que todos los estados y tesoros del mundo?

Pues ¿qué más se puede cargar en esta balanza para pender a esta parte de lo que aquí se promete? Pues ya las excusas que contra esto suelen alegar los hombres del mundo, de tal manera quedan deshechas, que no ve portillo abierto por do se puedan descabullir, si no quieren a sabiendas tapar los oídos y cerrar los ojos a tan clara y manifiesta verdad.

La verdadera sabiduría. Pues, según esto, ¿qué resta sino que, vista la perfección y la hermosura de la virtud, digas tú también aquellas palabras que dijo el Sabio hablando de la sabiduría (8, 2), hermana y compañera de la virtud: ¿Esta es la que yo amé y busqué desde mi mocedad, y trabajé por tomarla por esposa, e híceme amador de su hermosura? La nobleza de ella se parece en que el mismo Dios trata con ella y en que el Señor de todas las cosas es su enamorado. Porque ella es la que tiene a cargo enseñar su doctrina y elegir y administrar sus obras. Y si la posesión de las riquezas es para ser deseada, ¿qué cosa más rica que la sabiduría, la cual obra todas las cosas? Y si la sabiduría es la fabricadora de todas las cosas, ¿qué cosa hay en el mundo más artificiosa que ella? Y si se desea la virtud y la justicia, ¿en qué otra cosa se emplean los trabajos de la sabiduría? Esta es la que enseña la templanza, y la prudencia, y la justicia, y la fortaleza, que son las cosas que más aprovechan a los hombres. Esta, pues, de-

terminé tomar por compañera de mi vida, sabiendo cierto que ella partirá conmigo de sus bienes, y sería descanso de mis cuidados, y alivio de todos mis hastíos y trabajos. Hasta aquí son palabras del Sabio.

¿Qué resta, pues, sino concluir esta materia con la conclusión con que el bienaventurado mártir Cipriano acaba una elegantísima epístola que escribió a un amigo suyo del menosprecio del mundo?, diciendo así:

Una es, pues, la quieta y segura tranquilidad, una la firme y perpetua seguridad; si, librado el hombre de la tempestad y torbellinos de este siglo tempestuoso y colocado en la fiel estancia y puerto de la salud, levanta los ojos de la tierra al cielo y, admitido ya a la compañía y gracia del Señor, se alegra de ver cómo todo lo que está en la opinión del mundo levantado, dentro de su corazón está caído. No puede este tal desear alguna cosa del mundo, porque es ya mayor que el mundo.

Y más abajo añade diciendo: Y no son menester muchas riquezas, ni negocios ambiciosos para alcanzar esta felicidad, porque dádiva es ésta de Dios que en el alma religiosa se recibe; el cual es tan liberal y tan comunicable, que así como el sol calienta, y el día alumbra, y la fuente corre, y el agua cae de lo alto, así aquel espíritu divino liberalmente se comunica a todos. Por donde tú, hermano mío, que estás ya asentado en la nómina de este ejército celestial, trabaja con todas tus fuerzas por guardar fielmente la disciplina de esta milicia con religiosas costumbres. Ten por compañera perpetua la oración y la lección: unas veces hablas tú con Dios y otras habla Dios contigo. Él te enseñe sus mandamientos y Él disponga y ordene todos los negocios de tu vida A quien Él hiciere rico, nadie tenga por pobre. Ya no podrá padecer hambre ni pobreza el pecho que estuviere lleno de bendición y abundancia celestial. Entonces te parecerán estiércol las cosas vestidas de preciosos mármoles, y los maderamientos guarnecidos de oro, cuando entiendas que tú eres el que principalmente conviene ser adornado, y que ésa es mucho mejor casa, en la cual, como en un templo vivo, reposa Dios y donde el Espíritu Santo tiene hecha su morada.

Pintemos, pues, esta casa, y pintémosla con inocencia, y esclarezcámosla con lumbre y resplandor de justicia. Esta nunca amenazará caída por antigüedad ni vejez, ni perderá su lustre cuando el oro y el color de las paredes se desfloraren. Caducas son todas las cosas afeitadas y compuestas, y no dan estable firmeza a sus poseedores, porque no son verdadera posesión. Mas ésta permanece con color siempre vivo, y con honra entera y caridad perdurable; ni

puede caer, ni desflorarse, aunque puede con la resurrección de los cuerpos reformarse.

CAPITULO VI

DE LOS VICIOS Y PECADOS QUE NOS ALEJAN DE LA VERDADERA FELICIDAD

Pecado, como dice San Ambrosio, es quebrantamiento de la ley de Dios y desobediencia de los mandatos celestiales.

Es de saber que todos los pecados se cometen por una de dos vías, conviene a saber: o por vía de comisión, que es haciendo algunas obras malas, como es hurtar, matar, deshonrar, etc., o por vía de omisión, que es dejando de hacer algunas buenas obras, como es dejando de amar a Dios, de ayunar, de rezar, etc.

Pues entre estas dos maneras de pecados, los primeros, como consisten en hacer, son muy sensibles y fáciles de conocer; mas los segundos, como no consisten en hacer, sino en dejar de hacer, son más dificultosos, porque lo que no es, no tiene tomo para echarse de ver. Por donde no es de maravillar que las personas espirituales, mayormente cuando son simples, no hallen a veces pecados de qué acusarse; porque como las tales personas no caen tantas veces en aquellos pecados de comisión que decimos, y los otros, que son por vía de omisión, no los entienden, de aquí nace no hallar de qué confesarse y afligirse por esto.

Tenemos tres diferencias de pecados: unos que comúnmente son mortales; otros, que comúnmente son veniales; otros, como medios entre estos dos extremos, que a veces son mortales y a veces son veniales. De todos conviene que nos guardemos; pero mucho más de estos que están en medio, y mucho más de los mortales, pues por ellos solos se rompe la paz y amistad con Dios y se pierden todos los bienes de gracia y todas las virtudes infusas, puesto caso que la fe y esperanza no se pierdan sino por sus actos contrarios.

Reglas para conocer cuál sea pecado mortal y cuál venial.

Pues para conocer cuál sea pecado mortal y cuál venial, se suelen poner las dos reglas siguientes: la primera y muy general es que todo aquello que es contra caridad es pecado mortal; y por caridad entendemos amor de Dios y del prójimo.

Pues, según esto, todo lo que fuere contra la honra de Dios o bien del prójimo en materia grave, será pecado mortal, como es hacerle daño en su honra, o en su hacienda, o en cosa semejante. Porque esto apaga la caridad, en la cual consiste la vida espiritual del alma. Y por eso con razón se llama pecado mortal, porque quita la vida espiritual.

Mas lo que no es contra caridad, sino fuera de ella, es pecado venial, como son palabras ociosas, que a nadie hacen daño, o alguna vanagloria, o ira, o pereza, o gula, que es comer más de lo necesario, o cosa semejante.

La segunda regla más especial es que todo lo que es contra alguno de los preceptos de Dios o de su Iglesia, es pecado mortal. Como lo que se hace contra el precepto que dice: No hurtarás, o no fornicarás, etc.; o contra el mandamiento de la Iglesia que manda pagar diezmos o confesarse una vez en el año y comulgar por Pascua, etc.

Mas aquí es mucho de notar que lo que de su naturaleza es pecado mortal, puede ser venial por una de dos vías, conviene a saber: o por ser la cosa poca, como quien hurtase o racimo de uvas o cosa semejante, o por ser la obra imperfecta, por faltarle entero consentimiento y deliberación, como puede acontecer en los malos pensamientos no consentidos, pero mal resistidos; donde lo que de suyo era pecado mortal, por la imperfección de la obra, no es más que venial

De los pecados veniales y sus diferencias. Pecados veniales se llaman porque tienen más fácil el perdón que los otros, porque no son contra la caridad, aunque van fuera de ella, como es una palabra ociosa, una risa demasiada, un derramamiento del alma, comer o beber o dormir más de lo necesario, o cualquier otra cosa que se hace contra razón o contra la medida que se ha de tener en las cosas, sin los cuales pecados no se puede pasar esta vida.

Además de esto, es bien que sepas que hay dos diferencias de pecados veniales y que va mucho de los unos a los otros. Porque personas hay que pecan contra todo su propósito y determinación, por pura flaqueza o negligencia, o por las reliquias de los malos hábitos que se han quedado en el alma, los cuales muchas veces llevan el hombre tras de sí como sin sentirlo.

Otros hay más sueltos en la conciencia, los cuales no tienen esta determinación ni propósito, sino que, contentos con no hacer cosa que sea mortal, en lo demás quieren comer y beber, y holgar y parlar, y perder en estas cosas mucho tiempo, a las cuales ordinariamente están anejas

muchos pecados veniales que entre tanta ociosidad y soltura no se pueden excusar.

Estos, dice Enrique Herp que mientras tuvieren esta determinación, nunca serán perdonados de estos pecados por mucho que los confiesen, porque no tienen propósito verdadero de enmendarlos, sino antes propósito contrario de hacerlos. Y los tales no se puede negar sino que viven en mucho peligro, porque, como dice muy bien Santo Tomás, el que no tiene propósito verdadero de aprovechar vive en gran peligro de desaprovechar. Porque así como el que estuviese en medio de la canal de un impetuoso río, si quisiese estarse quedo y no trabajase por subir agua arriba, estaría en gran peligro de irse tras de la corriente agua abajo, así en este camino de la vida espiritual, que es tan agua arriba y tan contrario a nuestra naturaleza, vive en mucho peligro de volver atrás quien no trabaja cuanto puede por ir adelante.

Mas los que pecan de la otra manera que decíamos, por algún descuido o negligencia, éstos más fácilmente vuelven en sí y alcanzan el perdón ; porque no es en manos del hombre, por muy perfecto que sea, excusar todo linaje de pecado, pues, como dice el Sabio (Prov. 24, 16), siete veces en el día cae el justo y otras tantas se levanta. Conforme a lo cual, dice San Agustín : Los santos varones tienen cosas que de verdad pueden llorar, y con todo eso son santos, porque tienen afecto y deseo verdadero de hacer todo aquello que conviene para la perfecta santidad.

De algunos pecados veniales más graves. Hay otras maneras de pecados que, aunque no siempre sean mortales, muchas veces lo pueden ser, y comúnmente son pecados veniales graves y muy vecinos a mortales, por lo cual se deben evitar con mucho estudio y diligencia.

Entre los cuales, el primero es la envidia, que, aunque no todas veces sea pecado mortal, como cuando es de cosas pequeñas o cuando es más un movimiento en la parte sensitiva de nuestra alma que en la voluntad determinada por juicio de razón, mas muchas veces lo puede ser, cuando es en cosas graves y con juicio y determinación de la voluntad. Y ella misma, de su linaje, es pecado mortal, porque milita contra la caridad, en la cual consiste la vida del alma. Y, por tanto, debe el hombre huir de este pecado como de la misma muerte.

El segundo pecado es ira, que, aunque no siempre ni las más veces sea pecado mortal, algunas veces lo puede ser, como cuando llega a decir palabras no sólo desentonadas y coléricas, sino también afrentosas e injuriosas al pró-

jimo. Y cuando no es pecado mortal, a lo menos es pecado grave, y que desasosiega mucho el alma, y turba la paz de la conciencia. Los señores que tienen esclavos y criados, bien pueden, cuando es razón, castigarlos por obra y por palabra; mas deben refrenar cuanto pudieren la ira del corazón y guardarse de llamarlos perros, o moros, o de encomendarlos al demonio, o de echarles maldiciones, especialmente cuando son hijos.

El tercer pecado es murmuración, la cual algunas veces viene a parar en detracción, porque, comenzando a decir de unas personas las culpas públicas y livianas, de ahí venimos poco a poco a parar en las secretas y graves, con que una persona queda infamada y publicada por mala. Lo cual, sin duda, es de grandísimo peligro y perjuicio, pues es contra la fama y la honra, la cual todos tienen en más que la hacienda, y algunos aun en más que la misma vida.

El cuarto pecado es escarnecer y mofar del prójimo: el cual vicio tiene toda la fealdad que el pasado, y añade más sobre él soberbia, presunción, menosprecio y desdén, que es una cosa muy aborrecible a Dios y al mundo. Por lo cual mandaba el mismo Dios en la ley diciendo: No serás maldiciente ni escarnecedor en los pueblos.

El quinto pecado es juzgar temerariamente los hechos y dichos de los prójimos, echando a mala parte lo que se podía echar a buena; contra aquello que el Salvador nos manda en el Evangelio diciendo: No juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados. Esto también muchas veces puede ser pecado mortal, cuando lo que se juzga es cosa grave, y se juzga livianamente y con poco fundamento. Mas cuando la cosa no fuese liviana y el juicio fuese más sospecha que juicio, entonces no sería pecado mortal.

En este pecado hay un grande y no conocido peligro, algunas veces en hombres, y muchas más en mujeres, las cuales, cuando les falta algo de sus casas o tienen celos de sus maridos, con el dolor y escocimiento de lo uno o de lo otro dan lugar a su corazón de sospechar, y a veces también de juzgar sobre fulano y fulana, por muy livianos indicios que tengan; y, lo que peor es, muchas veces sacan por la boca lo que tienen en el corazón; donde vienen a hacer a una ladrona, a otra mala mujer, a otra entrevenidera o hechicera. Donde caen en dos grandes pecados: el uno juzgar al prójimo y el otro levantarle falso testimonio; a quien después quedan obligadas a restituir su fama, que por maravilla restituyen.

El sexto pecado es mentira y lisonja, que también pueden ser pecados mortales cuando lo uno o lo otro cae en

cosa grave y perjudicial al prójimo; lo cual es pecado mortal, y aun con cargo de restitución, cuando de aquí se siguió algún daño notable.

Estos son los pecados más cotidianos en que más veces suelen caer los hombres; de los cuales todos debemos siempre huir con suma deligencia.

Daños que al alma causan los pecados veniales.

Mira, pues, atentamente, no seas de aquellos que, sabiendo que una cosa no es pecado mortal, luego sin más escrúpulos se arrojan a ella con grandísima facilidad. Acuérdate que dice el Sabio que el que menosprecia las cosas menores, presto caerá en las mayores. Acuérdate del proverbio que dice que por un clavo se pierde una herradura, y por una herradura un caballo, y por un caballo un caballero. Las casas que vienen a caer por tiempo, primero comienzan por unas pequeñas goteras, y así vinieron a arruinarse y a dar consigo en tierra.

Acuérdate que aunque sea verdad que no bastan siete ni siete mil pecados veniales para hacer un mortal, pero que todavía es verdad lo que dice San Agustín por estas palabras: No queráis menospreciar los pecados veniales porque son pequeños, sino temerlos porque son muchos. Porque muchas veces acaece que las bestias pequeñas, cuando son muchas, matan los hombres. ¿Por ventura no son menudos los granos de la arena? Pues si cargáis un navío de mucha arena, presto se irá al fondo. ¡Cuán menudas son las gotas del agua! ¿Por ventura no hinchan los caudalosos ríos y derriban las casas soberbias? Esto, pues, dice San Agustín no porque muchos pecados veniales hagan un mortal, como ya dijimos, sino porque disponen para él y muchas veces vienen a dar en él.

Y no sólo esto es verdad, sino también lo que dice San Gregorio: que en parte es mayor peligro caer en la culpas pequeñas que en las grandes; porque la culpa grande, cuanto más claro se conoce, tanto más presto se enmienda; mas la pequeña, como se tiene en nada, tanto más peligrosamente se repite cuanto más seguramente se comete.

Finalmente, los pecados veniales, por pequeños que sean, hacen mucho daño en el alma, porque quitan la devoción, turban la paz de la conciencia, apagan el fervor de la caridad, enflaquecen los corazones, amortiguan el vigor del ánimo, aflojan el rigor de la vida espiritual y finalmente resisten a su manera al Espíritu Santo e impiden su operación en nosotros; por donde con todo estudio se deben evitar, pues nos consta cierto que no hay enemigo tan pequeño, que, despreciado, no sea muy poderoso para dañar.

De cómo se borran los pecados veniales. Procuremos, pues, de despedir de nosotros estas inmundicias y suciedades, pues escribe San Juan que en aquella celestial Jerusalén ninguna cosa sucia entrará. Y si en esta vida no se purgan, dañarnos han en la otra, donde serán purgadas con aquel fuego del purgatorio, el cual, aunque no es eterno, todavía, como dice San Agustín, es más grave que todo cuanto en esta vida se puede padecer.

Los remedios de este género de pecados veniales, según la Iglesia antigua los acostumbraba, son los siguientes: la humilde acusación de sí mismo, la oración del *Pater noster*, el herir los pechos y cualesquier otras aflicciones corporales tomadas religiosamente y de voluntad, y cualesquier otros devotos ejercicios, así para con Dios como para con los prójimos. Los cuales remedios procuran los siervos de Dios tanto más diligentemente cuanto más claro ven y más profundamente consideran que de cualquier palabra ociosa que hablan los hombres darán cuenta el día del juicio. Por lo cual decía el santo Job (9, 28): Temía yo en todas las obras que hacía, sabiendo que no perdonáis Vos, Señor, al delincuente. Y es cierto, como dice el Apóstol (Rom. 2, 1): Que si nosotros nos juzgásemos, no seríamos juzgados. Y por esto bienaventurado es el hombre que vive con temor.

De las imperfecciones. Es de saber que hay diferencia entre inperfecciones y pecados veniales. Por donde algunas cosas serán imperfecciones que no serán pecados, como acaece dejando de hacer algunas obras virtuosas que podríamos hacer, a las cuales no siempre estamos obligados. Porque podría uno hacer más limosnas de las que hace, y rezar más de lo que reza, y ayunar más de lo que ayuna, y así otras cosas semejantes; y faltar en esto no es pecado, mas es desfallecimiento e imperfección, pues podría el hombre pasar adelante y aprovechar más, y no lo hace.

Pero, con todo esto, no deje la persona devota de acusarse de este linaje de cosas; lo uno porque a las veces podrán ser pecados veniales, y lo otro, porque conozca sus imperfecciones y así se humille ante el vicario de Dios y trabaje por salir de ellas.

Gravedad del pecado mortal. Es de notar que en cada pecado mortal hay dos deformidades. La una es el desordenado amor y gusto de la criatura que nos mueve a pecar, y la otra es menosprecio de la majestad de Dios y de sus mandamientos, los cuales despreciamos cuando pecamos. Y esta deformidad

es mayor que la pasada, como nos da a entender el rey David cuando, acusándose en el Salmo 50, 5, del pecado que había cometido contra su vasallo y contra la mujer de él, dice hablando con Dios: Contra ti sólo pequé, dando a entender que no hacía tanto caso de la ofensa de los prójimos cuanto de la de Dios, por haber despreciado sus mandamientos, que esto prohibían.

Porque todas las veces que pecamos pasa este juicio práctico de nuestro corazón, aunque nosotros no le sintamos. Pónesenos por una parte delante el provecho del pecado, que es el deleite o interés porque pecamos, y por la otra la ofensa que hacemos a Dios, cuya amistad perdemos por aquel pecado. De manera que en una balanza se pone Dios y en otra el interés susodicho, y puesto el hombre en medio, determínase de perder la amistad de Dios, por no perder aquel interés.

Pues ¿qué cosa puede ser más horrible que ésta? ¿Qué cosa más indigna de aquella tan grande majestad que anteponerle a una cosa tan baja? ¿Qué cosa más semejante a aquella que hicieron los judíos cuando, puestos ante los ojos Cristo y Barrabás para que escogiesen uno de los dos, dijeron que querían más a Barrabás que a Cristo? ¿Qué es esto sino, cuanto es de parte de nuestra mala obra, quitar a Dios la corona y la gloria que se le debe como a último fin y atribuirla al interés o al deleite? Porque quien estima el deleite en más que a Dios y lo antepone a Dios, cuanto es de su parte, ya quita la dignidad de último fin a Dios y la da al deleite, que es como quitar la corona al Criador y ponerla a su criatura.

Tres grados por los que el hombre llega al pecado.

Y para evitar este mal tan grande es de saber que por tres grados sube el hombre al pecado, conviene a saber: por sugestión o representación del enemigo, por delectación y por consentimiento. Por sugestión es cuando el demonio, el mundo o la carne nos representa algún mal pensamiento; por delectación es cuando nuestra carne o nuestra alma se deleita y toma consentimiento en aquello que mal se le representó; por consentimiento es cuando la voluntad, inclinada por el deleite, deliberadamente consiente en el mal; en el cual consentimiento consiste ya el pecado, y en la delectación el matrimonio, y en el consentimiento la perfección de él.

Y si quisiéremos más delicadamente considerar estos grados, hallaremos que de la tentación nace el pensamiento, y del pensamiento la afición, y de la afición el deleite, y del deleite el consentimiento, y del consentimiento la costumbre, y de la costumbre la desesperación, y de la deses-

peración, la caída en el pecado, y de ésta el gloriarse en él, y de aquí la verdadera y cierta condenación. Esta es aquella larga y espantosa cadena de pecados: éstos son aquellos lazos y grillos con que Satanás lleva los hombres a todo género de males, y de ahí los derriba en el abismo de los infiernos.

Y por esto hace mucho al caso conocer esta procesión y derivación de males de unos en otros, porque quien quisiere evitar los últimos, ha de cortar las raíces a los primeros. Y porque, como ya dijimos, la primera simiente es el pensamiento, que procede de la tentación, de aquí viene que, ahogando esta simiente y cortando esta primera raíz, se cortan todos los otros frutos y ramas que de ella proceden.

Por lo cual uno de los principales consejos que se dan al verdadero cristiano es que resista a los principios del mal pensamiento y arranque la mala planta antes que eche raíces en el alma: porque de esta manera fácilmente vencerá la tentación y ganará corona por esta victoria. Y si hiciere lo contrario, caerá en tres inconvenientes: el primero, que perderá este merecimiento; el segundo, que ofenderá a Dios deteniéndose o deleitándose en el mal pensamiento; el tercero, que padecerá tanto más trabajo en despedirlo de sí, cuanto más se hubiere detenido en él; porque más dificultosamente se lanza el enemigo de la fortaleza cuando ha entrado ya en ella que cuando aun tiene por tomar la primera puerta. Y la paz en que vive el alma que así sacude los malos pensamientos y los trabajos y remordimientos de conciencia de que por aquí se libra, no lo puede saber sino aquel que lo tiene probado.

Pecados mortales más ordinarios. Aunque de todos los pecados mortales generalmente se debe el hombre apartar, pero señaladamente lo debe hacer de estos seis, que son los más ordinarios y en que más veces puede caer.

Entre los cuales, el primero y el más grave de todos es la blasfemia, que es un pecado muy vecino a los tres mayores pecados del mundo, que son infidelidad, desesperación y odio de Dios, que es absolutamente el mayor de todos, al cual es muy semejante la blasfemia; porque el blasfemo, si pudiese en aquella hora tomar a Dios entre los dientes, parece que lo despedazaría con aquel espíritu de furor que el demonio le inspira. Por donde dijo San Agustín que no menos pecaban los que blasfemaban de Cristo, que ahora reina en el cielo, que los que le crucificaron cuando estaba acá en la tierra.

Este es un pecado que castiga Dios tan gravemente,

que porque el rey Senaquerib blasfemó contra Él, le mató en una noche ciento ochenta y cinco mil hombres que tenía puestos en campo, y de ahí a pocos días se levantaron contra él sus propios hijos y le mataron; porque justo era que los mismos hijos debelasen contra el padre que había sido rebelde y blasfemo contra Dios.

Las mujeres no caen en este pecado comúnmente; pero caen en otro muy semejante a él, que es volverse contra Dios en los trabajos que las envía, y quejarse de Él y de su providencia, y poner mácula en su justicia, y decir que no le agradecen la vida que les da, y maldecir el día de su nacimiento y el siglo de sus padres, y pedirse la muerte con la ira y rabia que tienen, y quejarse porque tanto tarda, y a veces ofrecerse al demonio y echar maldiciones entre sí.

Todo esto es linaje de blasfemia, y todo lenguaje que propiamente se usa en el infierno entre los condenados, los cuales día y noche ninguna otra cosa hacen sino ésta: y de éstos parece que han de ser compañeros los que ahora usan este mismo oficio y hablan en esta misma lengua.

Y por esto, si tú temes ser de este número, trabaja por humillarte y abajar la cabeza en todos los trabajos que Dios te envía, tomándolos de su mano como una purga ordenada por un sapientísimo médico para tu remedio, presuponiendo que Dios es la misma bondad y la misma rectitud y justicia, y que tan imposible es hacer cosa mal hecha como dejar de ser el que es.

El segundo pecado, que tampoco está muy lejos de éste, es jurar el nombre de Dios en vano; porque este pecado es derechamente contra Dios, y así de su condición es más grave que cualquier otro pecado que se haga contra el prójimo, por muy grave que sea. Y no sólo tiene esto verdad cuando se jura por el mismo nombre de Dios, sino también cuando se jura por la cruz, y por los santos, y por la vida propia; porque cualquiera de estos juramentos, si cae sobre mentira, es pecado mortal, y pecado muy reprendido en las Escrituras sagradas como injurioso a la divina Majestad.

Verdad es que cuando el hombre descuidadamente, sin mirar en ello, jura mentira, excusarse ha de pecado mortal; porque donde no hay juicio de razón ni determinación de voluntad, no hay esta manera de pecado.

Mas esto no se entiende en los que tienen costumbre de jurar a cada paso sin hacer caso ni mirar cómo juran, y no les pesa de tenerla ni procuran hacer lo que es de su parte por quitarla; porque éstos no se excusan de pecado cuando por razón de esta mala costumbre juran mentira sin mirar en ello, pudiendo y debiendo mirarlo, ni pueden

alegar diciendo que no miraron en ello ni era su voluntad jurar mentira. Porque supuesto que ellos quieren tener esta mala costumbre, también quieren lo que se sigue de ella, que es este y otros semejantes inconvenientes; y por esto no dejan de imputárseles por pecados y llamarse voluntarios.

El tercer pecado que debe huir después de éste es todo género de torpeza y carnalidad; en el cual pecado puede el hombre caer o por obra, o por palabra, o por pensamiento y deseo determinado de hacer algún mal recaudo, o también por delectación morosa, que es otra manera de pecado mortal más sutil y menos conocido. Y delectación morosa llamamos cuando un hombre voluntariamente se quiere estar pensando y deleitando en un pensamiento torpe, aunque no lo quisiese poner por obra, porque también esto es pecado mortal, como lo demás. Esto se entiende cuando el hombre ve lo que piensa, y quiere estarse en ello, o no lo quiere apartar de sí. Porque si esto fuese como a traición y el hombre no echase de ver lo que hace, y cuando volviese en sí y se hallase con el hurto en las manos trabajase por sacudirle de sí, ya esto no sería pecado mortal, por la falta que hubo de deliberación.

El cuarto pecado mortal es cualquier odio y enemistad formada, que comúnmente viene acompañada con deseo de venganza. Digo esto porque cuando es algún rencorcillo y disgusto entre personas que no llega a deseos de venganza, ni a desear mal, o pedirlo a Dios, o procurarlo, no es pecado mortal; mas de la otra manera sí, y muy grave, como luego se verá.

El quinto pecado mortal es retener lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Porque todo el tiempo que de esta manera lo retiene, está en estado de condenación, como si estuviese enemistado o amancebado. Porque no sólo es pecado mortal el tomar lo ajeno, sino también el tenerlo contra voluntad de cuyo es. Y no basta que tenga el hombre propósito de restituir adelante, como algunos hacen, si luego lo puede hacer; porque no sólo tiene obligación a restituir, sino también a luego restituir, si luego puede. Porque si no pudiese luego o del todo no pudiese por haber venido a suma pobreza, en tal caso no sería obligado ni uno ni a otro, porque Dios no obliga a nadie a lo imposible.

El sexto pecado mortal es quebrantar cualquier de los mandamientos de la Iglesia que obligan debajo de precepto, como son oír misa entera con atención domingos y fiestas, confesar una vez en el año, comulgar por Pascua y ayunar los días que ella manda, etc.

En lo que toca al oír de las misas los días de obligación,

hase de advertir que no cumple con este mandamiento el que está en la misa con sólo el cuerpo, y mucho menos el que allí está parlando; sino es necesario que procure estar allí atento a la misa y a los misterios de ella, o de alguno otro santo pensamiento, o a lo menos rezando alguna cosa devota.

Item, los que tienen criados, hijos y familia deben procurar con todo estudio y diligencia que éstos oigan misa los días de obligación, y si no pudieren acudir a la mayor, por haber de quedar en casa a aderezar la comida o a otras cosas necesarias, a lo menos procuren que ese día por la mañana oigan una misa rezada, para que así cumplan con esta obligación. En lo cual hay muchos señores de familia muy culpados y negligentes en esta parte, los cuales darán a Dios cuenta estrecha de esta negligencia.

Verdad es que cuando se ofreciese urgente y razonable causa por donde no se pudiese oír la misa, como es estar curando de un enfermo o cosas semejantes, entonces no sería pecado dejar la misa, porque la necesidad carece de ley.

Lo que se pierde por el pecado mortal. Primeramente, por el pecado mortal se pierde la gracia del Espíritu Santo, que es una de las mayores dádivas que Dios puede dar a una pura criatura en esta vida. Piérdese también la caridad y amor de Dios, que anda siempre en compañía de esa misma gracia. Y si es mucho perder la de un príncipe de la tierra, bien se ve cuánto más será perder la del Rey de los cielos y tierra.

Piérdense también las virtudes infusas y dones del Espíritu Santo, aunque no se pierda la fe ni la esperanza, con los cuales el alma estaba hermosa y ataviada en los ojos de Dios y armada y fortalecida contra todo el poder y fuerzas del enemigo.

Piérdese el derecho del reino de los cielos, que también procede de esa misma gracia, pues por la gracia se da la gloria, como dice el Apóstol. Piérdese también el espíritu de adopción que nos hace hijos de Dios, y así nos da espíritu y corazón de hijos para con Él; y junto con este espíritu se pierde el tratamiento de hijo y la providencia paternal que Dios tiene de aquellos que recibe por hijos, que es uno de los grandes bienes que en este mundo se pueden poseer.

Piérdese también por aquí la paz y serenidad de la buena conciencia, y piérdense los regalos y consolaciones del Espíritu Santo, y piérdese el fruto y mérito de todos cuantos bienes se han hecho en toda la vida hasta aquella hora. Piérdese también la participación de los bienes de toda

la Iglesia, de los cuales no goza el hombre de la manera que gozaba cuando estaba en gracia.

Todo esto se pierde por un pecado mortal. Y lo que por él se gana es quedar el hombre condenado a las penas del infierno para siempre, quedar por entonces borrado del libro de la vida, quedar hecho, en lugar de hijo de Dios, esclavo del demonio, y en lugar de templo y morada de la Santísima Trinidad, cueva de ladrones y nido de dragones y serpientes.

Entre las cuales pérdidas, la mayor y más digna de ser llorada es haber perdido a Dios, porque ésta es la raíz y causa de todas las otras pérdidas. Porque perder a Dios es dejar de tener a Dios por especial padre suyo, por tutor, por pastor, por defensor y por todas las cosas, y de padre piadosísimo hacerle enemigo y severo juez. Pues quien tan grande bien como éste ha perdido, ¿no será razón que llore y que sienta tan grande mal?

Mudanza del alma que comete pecado mortal.

¿Cómo no se confundirá quien así se despeñó en tantos males? Abre, ¡oh alma miserable!, los ojos, dice un santo doctor, y mira lo que eras y lo que eres, dónde estabas y dónde estás. Eras esposa del muy alto, eras templo de Dios vivo, eras vaso de escogimiento, eras tálamo del Rey eterno, eras trono del verdadero Salomón, eras silla de la Sabiduría, eras hermana de los ángeles y heredera de los cielos. Todo esto eras, y cada vez que digo eras, es necesario que gimas.

Pues ¿qué mudanza ha sido ésta tan grande? ¿La esposa de Dios se ha hecho adúltera de Satanás? ¿El templo del Espíritu Santo se ha mudado en cueva de ladrones, el vaso de escogimiento en vaso de corrupción, el tálamo de Cristo en revolcadero de puercos, la silla de Dios en cátedra de pestilencia, la hermana de los ángeles en compañera de los demonios, y la que volaba como paloma por el cielo rastrea ahora como serpiente sobre la tierra? Llórate, pues, ¡oh alma miserable!; líbrate, pues te lloran los cielos, pues te lloran los ángeles, pues te lloran todos los santos. A ti lloran las lágrimas de San Pablo, porque pecaste y no hiciste penitencia de los males que hiciste. A ti lloran las lágrimas de los profetas, porque ven ya venir sobre ti el furor de la divina justicia. A ti lloran, mucho más que a las almenas caídas de Jerusalén, las lágrimas de Jeremías por ver derribada del cielo a la noble Israel, por ver a la hija de Sión perdida toda su hermosura.

Principales remedios contra el pecado mortal. Mas porque ninguno en esta vida puede decir: limpio está mi corazón, libre estoy de pecado, será bien que declaremos los remedios que la palabra de Dios nos dejó contra él.

Entre los cuales el primero y más principal es el sacramento de la penitencia, sin el cual en vano trabaja el hombre en todos los otros medios, si tiene pecados mortales, no ayudándose primero de éste. Porque ésta es la más necesaria medicina que aquel médico celestial instituyó, después del bautismo, para remedio del pecado, cuando dijo a los sacerdotes: Cuyos pecados perdonáredes, serles han perdonados.

Y para esto es el segundo remedio, que es el dolor de contrición, que es aquel sacrificio del corazón quebrantado y atribulado, el cual Dios nunca desprecia, como dice David, porque, según el mismo dice: Él mira para el corazón de los humildes y no desprecia las oraciones de ellos. Y cuánta sea la necesidad que de este dolor tenemos, decláralo San Agustín en el libro *De la medicina de la penitencia* por estas palabras: No basta mudar las costumbres y apartarse de los pecados, sin el gemido de la humildad y con el dolor de la penitencia y con obras de misericordia.

Lo tercero, púrganse también los pecados con la limosna, porque, como se escribe en el libro de Tobías, la limosna libra al hombre de todo pecado y de la muerte, y no lo dejará ir a las tinieblas. Y en otro lugar está escrito: Redime tus pecados con limosnas, y tus maldades con socorrer a los pobres.

Lo cuarto, perdónanse los pecados con perdonar a los prójimos las ofensas que nos hicieron, pues dice el Señor: Si perdonárades a los hombres sus pecados, perdonaros ha el Padre celestial los vuestros; y si no les perdonáredes, no les perdonará.

Lo quinto, también se alcanza esto ayudando a salvar las almas de nuestros hermanos. Porque como dice Santiago, el que convierte un pecador de su error y de su mal camino, libra su alma de la muerte y cubrirá la multitud de sus pecados.

Lo sexto, vale también mucho para esto la oración humilde, cual fué la de aquel publicano que, hiriendo sus pechos, hacía oración a Dios, diciendo: Señor Dios, apiádate de mis pecados. Y de este mismo medio se aprovechó el hijo pródigo cuando, después de vuelto en sí, determinó de ir a su padre y decirle: Padre, pequé contra el cielo y contra vos. Ya no merezco llamarme vuestro hijo, tratadme siquiera como a uno de vuestros criados.

Lo séptimo, finalmente, púrganse los pecados con el amor de Dios, como la herrumbre del hierro se purga con el fuego; con el cual fuego fué purificada aquella santa pecadora a quien fué dicho: Fuéronle perdonados muchos pecados, porque amó mucho.

CAPITULO VII

De los pecados contra el Espíritu Santo y de los que claman al cielo

Digamos de los pecados contra el Espíritu Santo, que es otro género de pecados gravísimos, pues de ellos dice Cristo que no se perdonan ni en este mundo ni en el otro

Porque esta ley tiene Dios puesta a los hombres, que no les dará gracia en la tierra ni gloria en el cielo, si no aborrecen el pecado y determinan de vivir bien. Y lo uno y lo otro falta en los pecados que se hacen contra el Espíritu Santo, porque por ellos cierra el hombre la puerta a las influencias de este Santo Espíritu, sin las cuales no hay salud.

Porque pecado contra el Espíritu Santo es despreciar y desechar por pura malicia la misericordia y gracia que el Espíritu Santo nos ofrece, al cual siempre se atribuye este beneficio como a fuente de todos los bienes; y esto es lo que propiamente se llama pecado contra el Espíritu Santo.

Para lo cual es de saber que de tres maneras puede pecar un hombre, conviene a saber, o por flaqueza, o por ignorancia, o por malicia. Pecar por flaqueza es pecar contra el Padre, a quien se atribuye el poder, como pecó San Pedro cuando negó a Cristo (Mt. 26, 25). Pecar por ignorancia es pecar contra el Hijo, al cual se atribuye el saber, como pecó San Pablo cuando perseguía a la Iglesia (Gál. 1, 13). Pecar por malicia es pecar sabiéndolo y por pura maldad, que es pecar contra el Espíritu Santo, al cual se atribuye la bondad, como pecaron los fariseos.

En este género hay cinco pecados, conviene a saber: presunción o esperanza desordenada en la divina misericordia, desconfianza en la misma misericordia, contradicción de la verdad conocida, envidia de la gracia ajena, obstinación en el mal e impenitencia final.

Esperanza desordenada en la divina misericordia. La presunción o esperanza sobrada es cuando el hombre, pospuesto todo temor de Dios, de tal manera confía en la divina bondad y misericordia, que por esto desenfrenadamente se derrama en todo género de pecados, como hacen el día de hoy muchos cristianos y muchos herejes, los cuales, confiados en esta misericordia, sin hacer frutos de penitencia, esperan alcanzar la gloria, no mirando lo que dice el Apóstol (Rom. 2, 5): ¿Por ventura, hombre, desprecias las riquezas de la bondad y sufrimiento de Dios? No miras que su benignidad te llama a penitencia, y tú con tu dureza y con corazón impenitente atesoras ira contra ti para el día de la ira, en el cual se descubrirá el justo juicio de Dios. Por lo cual el mismo apóstol no solamente encomienda la fe, sino también manda que con temor y temblor obremos nuestra salud.

Contra este pecado nos amonesta el Eclesiástico (5, 7) diciendo: No vivas sin temor del pecado que Dios te perdonó y no juntes pecados a pecados, y digas: la misericordia de Dios es grande, no se acordará de mis pecados. Porque la misericordia y la ira, ambas proceden de Dios, y su ira señaladamente está armada contra los pecadores.

Desconfianza de esa misma misericordia. El segundo pecado, contrario a éste, es desesperación o desconfianza de la divina misericordia, que es cuando el hombre desconfía de alcanzar perdón de Dios o vida perdurable. De esta manera pecó Caín, como él lo confesó diciendo (Gén. 4, 13): Tan grande es mi maldad, que no puedo alcanzar perdón de ella. Y de esta manera pecó Judas, que se ahorcó; como sea verdad que ninguna penitencia es tardía, si es verdadera, como parece por el ladrón en la cruz.

Contradicción de la verdad conocida. El tercer pecado contra el Espíritu Santo es contradicción de la verdad conocida; mas no de cualquier verdad, sino de la que toca al culto divino, para que así sea depravada la sinceridad de la fe: como pecaron los fariseos, que tan de propósito contradecían a Cristo, no pudiendo negar sus milagros. A los cuales son semejantes los que el Profeta (Salm. 1, 1) dice que se sientan en cátedra de pestilencia. A los cuales también San Pedro (II, 2, 1) llama maestros mentirosos que introducen sectas de perdición. Y San Pablo los llama herejes, como a hombres corrompidos en el entendimiento y reprobados en la fe y

engañados por espíritu de error, pervertidos y condenados por su mismo juicio.

Envidia de la gracia ajena. El cuarto pecado contra el Espíritu Santo es envidia contra la caridad y gracia ajena, que es cuando el hombre le pesa de las virtudes y dones que el Espíritu Santo misericordiosamente concede a los hombres. El cual pecado más parece de Satanás que de hombre: el cual recibe gran pesar de que se conserve y acreciente la gracia de Dios en nosotros. De esta manera pecaron los judíos, que tanto trabajaron por destruir la gracia del Evangelio al tiempo que nacía (Hech. 4, 2).

Obstinación al mal. El quinto pecado contra el Espíritu Santo es obstinación en el mal, que es cuando el hombre tan porfiadamente sigue el mal, que con ningún género de palabras o consejos se puede doblar ni apartar de él, como nos lo enseña Faraón, que tantas veces amonestado y azotado de Dios, no se quiso apartar de su tiranía, y así murió obstinado en ella (Ex. 5, 6). Tales son aquéllos de quien dice el Profeta (Salm. 57, 5) que son como las serpientes que tapan los oídos para no oír la dulce melodía, que es la doctrina santa que canta la Iglesia. Los cuales parece que dicen aquello del Profeta (Job 22, 17): Apártate de nosotros, que no queremos la ciencia de tus caminos.

Impenitencia final. El sexto pecado contra el Espíritu Santo es final impenitencia, que es cuando el hombre no quiere poner fin a sus pecados, antes propone de nunca hacer penitencia ni apartarse de ellos. La muerte de los que esto hacen es la que el Profeta (Salm. 33, 22) llama pésima delante de Dios; los cuales, aunque no con las palabras, al menos con las obras, parece que dicen aquello del profeta Isaías (28, 18): Confederados estamos con la muerte, y con el infierno tenemos hecho pacto.

Estos son los pecados contra el Espíritu Santo, que son gravísimos entre todos los otros; los cuales o nunca o por maravilla se perdonan. Por lo cual muchas veces nos habemos de armar contra ellos, acordándonos de aquellas palabras del Apóstol (Ef. 4, 30) que dicen: No queráis entristecer al Espíritu Santo. Y aquellas del Profeta (Salm. 94, 8): Si hoy oyéredes su voz, no queráis endurecer vuestros corazones. Porque el corazón duro pasará trabajo en sus últimos días, dice el Sabio (Ecli. 3, 27).

De los pecados que claman al cielo.

El homicidio. — Después de los pecados contra el Espíritu Santo se siguen otras cuatro especies de pecados gravísimos, que en la divina Escritura se dicen dar voces al cielo solicitando la ira divina y pidiendo venganza. Entre los cuales el primero es homicidio, como fué el de Caín, a quien dijo Dios: La voz de la sangre de tu hermano me da voces de la tierra (Gén. 4, 10).

La sodomía.—El segundo es el nefando pecado de los de Sodoma, de quien dijo Dios: El clamor de los de Sodoma y Gomorra se multiplicó, y su pecado es muy grande (Gén. 13, 13). Y los ángeles dijeron a Lot: Queremos destruir este lugar, porque subió el clamor de sus pecados a Dios (Ib. 19, 13). Y luego llovió Dios fuego y azufre sobre ellas, y destruyó todas aquellas ciudades. Y los grados por donde aquellos malos hombres subieron a este tan enorme pecado declara el profeta diciendo (Ez. 16, 49): Esta fué la maldad de tu hermana Sodoma: soberbia, hartura, abundancia de pan, ociosidad, así suya como de sus hijos, y no haber abierto las manos a los pobres y necesitados.

Opresión de los pobres.—El tercer pecado es opresión y mal tratamiento de los pobres, contra aquello que mandó Dios en el Exodo (22, 21-24), diciendo: No entristeceréis ni afligiréis al extranjero; acordaos que también fuisteis extranjeros en tierra de Egipto. Ni haréis mal a la viuda y al huérfano, porque si les hiciereis mal, clamarán a mí y yo oiré su clamor. E indignarse ha mi furor contra vosotros, y heriros he con mi cuchillo, y quedarán vuestras mujeres viudas y vuestros hijos huérfanos.

Y ésta fué la causa por que fueron destruídos y castigados con tantas plagas y después ahogados en el mar el rey Faraón y los egipcios, por la grande crueldad de que usaron contra los hijos de Israel. Y así dijo el Señor (Ex. 3, 7): Vi la aflicción de mi pueblo y oí los clamores que daban por la dureza y crueldad de los oficiales del rey, que los hacían trabajar en sus obras; y sabiendo los dolores que padecen, bajé a librarlos de las manos de los egipcios. Y por Isaías (10, 1) amenaza el Señor diciendo: ¡Ay de aquellos que hacen leyes inicuas y contra justicia para oprimir en juicio a los pobres y hacer fuerza a los que poco pueden, para que las viudas fuesen su presa y robasen a los pupilos.

No pagar al trabajador su jornal.—El cuarto pecado de los que claman al cielo es no pagar a los trabajadores su jornal. Del cual pecado dice Santiago (5, 4): Mirad que el jornal que no pagasteis a los trabajadores que segaron vuestras tierras da voces a Dios y el clamor de ellos llegó a los oídos del Señor, Dios de los ejércitos.

Y no es menos lo que dice el Eclesiástico (34, 25) por estas palabras: El pan de los necesitados es vida de los pobres; por donde el que les quita este pan es derramador de sangre. El que quita el pan ganado con el sudor del pobre es como el que mata a su prójimo. Hermanos son en la culpa el que derrama sangre y el que defrauda al jornalero de su jornal. Y allende de esto, la ley divina nos manda diciendo (Deut. 5, 16): No negaréis el jornal al hermano pobre y necesitado ni al extranjero que contigo mora en la tierra dentro de tus puertas, sino en el mismo día le darás el premio de su trabajo antes que se ponga el sol, pues es pobre y con eso ha de sustentar su vida; porque no clame contra ti al Señor y te sea contado eso por pecado.

Significado de esa denominación. Estos son los cuatro pecados que en la Escritura divina se dicen clamar al cielo pidiendo justicia, para dar a entender cuánto sean más graves que todos los otros y cuán próximo tengan el castigo de Dios y la venganza de su justicia, no solamente en la otra vida, mas también en ésta.

Fruto que de todo esto hemos de sacar. El fruto que sacamos de esta doctrina es conocer la gravedad de los pecados, para que así nos apartemos de los mayores con mayor temor y purguemos lo que en esta parte hemos pecado con mayor dolor. Por aquí también se conoce la diferencia que hay entre el sabio y el necio, y entre el justo y el malo, según aquellas palabras de Salomón (Prov. 14, 16), que dicen: El sabio teme y apártase del mal; mas el necio pasa por los peligros confiadamente. Y en otro lugar (4, 18) dice: El camino del justo es como una luz resplandeciente que va creciendo hasta el día perfecto; mas el camino de los malos es oscuro y no saben dónde caen. Por lo cual es muy bueno saber conocer todos estos barrancos y despeñaderos, para no caer en ellos, como caen los malos, sino apartarnos del peligro conocido, como se apartan los buenos.

CAPITULO VIII

De la servidumbre en que viven los malos

En verdad os digo que quienquiera que comete pecado es siervo del pecado, y el siervo no permanece en la

casa para siempre; mas el hijo permanece siempre, y, por tanto, si el hijo os libertare, seréis de verdad libres (Jn. 8, 34).

En las cuales palabras, manifiestamente da el Señor a entender que hay dos maneras de libertad: una falsa, que parece libertad y no lo es, y otra verdadera, que lo es. Falsa es la de aquellos que, en teniendo el cuerpo libre, tienen el alma cautiva y sujeta a la tiranía de sus pasiones y pecados; como era la de Alejandro Magno, que, siendo señor del mundo, era esclavo de sus vicios.

Mas verdadera es la de aquellos que tienen el alma libre de todos estos tiranos; como quiera que esté el cuerpo, ora suelto, ora cautivo, cual era la del apóstol San Pablo, que, estando preso en una cadena, con el espíritu volaba por el cielo y con sus cartas y doctrina libertaba el mundo.

La razón de llamar ésta a boca llena libertad y la otra no es porque como entre las dos partes principales del hombre el alma sea, sin comparación, más noble y casi el todo del hombre y el cuerpo no sea más que la materia y el sujeto o la caja en que el alma está encerrada, de aquí nace que aquél se deba decir de verdad libre, que tiene ésta tan principal parte libre, y aquél falsamente libre, que, teniendo ésta cautiva, el cuerpo trae por doquier suelto y libre.

La esclavitud del pecado. Y si preguntares de quién es cautivo el que de esta manera lo es, digo que lo es del más feo, torpe y abominable tirano de cuantos se pueden imaginar, que es el pecado. Porque la más abominable cosa que hay en el mundo es el tormento del infierno, y peor y más abominable es el pecado, que es causa de ese tormento. Y de éste son siervos y esclavos los malos, como claramente lo viste en las palabras del Señor arriba dichas (Jn. 8, 34): Quienquiera que comete pecado, esclavo es y siervo del pecado.

Pues ¿qué servidumbre puede ser más miserable que ésta? Y no sólo es siervo del pecado, mas también de los principales atizadores y movedores del pecado, que son el demonio, el mundo y nuestra propia carne, corrompida por el mismo pecado, con todos los apetitos desordenados que de ella proceden. Porque quien es esclavo de un hijo, también lo es de los padres que lo engendraron, y cónstanos que estos tres son los padres del pecado, por lo cual se llaman enemigos del alma, porque le hacen tan grande mal como es cautivarla y entregarla en poder de este tan abominable tirano.

El poder de la sensualidad. Y aunque todos tres de consuno concuerden en esto, pero con alguna diferencia. Porque los dos primeros se sirven del tercero, que es la carne, como de otra Eva para engañar a Adán, o como de un muy propio instrumento y despertador con que nos mueven a todo mal. Por la cual causa, el Apóstol más claramente la llama pecado, poniendo el nombre del efecto a la causa, porque ella es la que nos atiza y mueve a todo género de pecados.

Y por la misma razón la llaman los teólogos *fomes peccati,* que quiere decir cebo y nutrimento del pecado, porque es el aceite y la leña con que se sustenta el fuego del pecado. Mas nosotros comúnmente la llamamos sensualidad, carne o concupiscencia, que, por términos más claros, es nuestro apetito sensitivo, de quien nacen todas las pasiones, en cuanto corrompido y estragado por el pecado, porque éste es el atizador, y despertador, y como un manantial de todos los pecados; y por esto señaladamente se sirven de él y de todos sus apetitos los otros dos enemigos, para hacernos guerra por él.

Por lo cual, divinamente dijo San Basilio que las principales armas con que nos hacía guerra el enemigo eran nuestros deseos. Porque la demasiada afición de las cosas que deseamos nos hace procurarlas a tuerto o a derecho y romper por todo lo que se nos pone delante, aunque sea prohibido por la ley de Dios, de donde nacen todos los pecados.

El libre albedrío y la inclinación al pecado. Pues este tal apetito es uno de los más principales tiranos a quien están los malos sujetos y, como dice el Apóstol (Rom. 7, 14), vendidos por esclavos. Y llámalos aquí vendidos como esclavos no porque por el pecado perdiesen ellos el libre albedrío con que fueron criados, porque ni se perdió ni perderá jamás cuanto a su esencia por más pecados que se hagan, sino porque por el pecado quedó, por una parte, este libre albedrío tan flaco, y por la otra, el apetito tan fuerte, que por la mayor parte prevalece lo fuerte contra lo flaco y quiebra la soga por lo más delgado.

Pues ya, si quieres saber qué tan grande sea la potencia de este tirano, puédeslo claramente colegir considerando lo que ha hecho en el mundo y hace cada día. Y no quiero para esto ponerte ante los ojos las fábulas que los poetas fingieron, representándonos aquel tan famoso Hércules, el cual, después de vencidos y domados todos los monstruos del mundo, dicen que, vencido del amor

torpe de una mujer, dejada la maza, se asentaba entre sus criadas a hilar con una rueca en la cinta, porque ella se lo mandaba, y amenazábale si no lo hiciese. Lo cual sabiamente fingieron los poetas para significar por aquí la tiranía y potencia de este apetito. Ni tampoco quiero traer aquí las verdades antiguas de las Escrituras divinas, donde se nos propone un Salomón, por una parte, lleno de tan grande santidad y sabiduría, y por otra, adorándo los ídolos y edificándoles templos por complacer a sus mujeres, que no menos declara la tiranía de esta pasión, sino los ejemplos cotidianos que nos pasan por las manos cada día.

Mira, pues, a lo que se pone una mujer adúltera por obedecer a un apetito desordenado; porque en esta pasión quiero ahora poner ejemplo, para que por ésta se vea la fuerza de las otras. Sabe ésta muy bien que, si el marido la tomare con el hurto en las manos, la matará y que en un mismo punto perderá la vida, la honra, la hacienda y el alma, con todo lo demás que en este mundo y en el otro se puede perder; es la mayor y más universal pérdida de cuantas hay, y que, juntamente con esto, dejará a sus hijos, y padres, y hermanos, y todo su linaje, deshonrado y con perpetua materia de dolor; y con todo esto es tan grande la fuerza de este apetito o, por mejor decir, la potencia de este tirano, que le hace pasar por todo esto y beber todos estos tragos tan horribles con grandísima facilidad, por hacer lo que él le manda. Pues ¿qué tirano obligó jamás a un cautivo que tuviese que obedecer con tan grande riesgo a lo que él le mandase? ¿Qué más duro y miserable cautiverio quieres que éste?

Espantosa esclavitud a que reduce al hombre.

Tales, pues, son todos los que están tiranizados de este vicio, los cuales apenas son señores de sí mismos, pues ni comen, ni beben, ni piensan, ni hablan, ni sueñan, sino en él, sin que ni el temor de Dios, ni el alma, ni la consistencia, ni paraíso, ni infierno, ni muerte, ni juicio, ni, aun a veces, la misma vida y honra, que ellos tanto aman, sean parte para revocarlos de este camino ni romper esta cadena.

Pues ¿qué diré de los celos de éstos, de los temores, de las sospechas y de los sobresaltos y peligros en que andan noche y día aventurando las almas y las vidas por estas golosinas? ¿Hay, pues, tirano en el mundo que así se apodere del cuerpo de su esclavo como este vicio del corazón? Porque nunca un esclavo está tan atado al servicio de su señor que no le queden muchos ratos, de día y de noche, en que huelgue y entienda en lo que le cumple.

Mas tal es este vicio y otros semejantes, que después que se apoderan del corazón, de tal manera lo prenden y se lo beben todo, que apenas le queda al hombre valor, ni habilidad, ni tiempo, ni entendimiento para otra cosa.

Por lo cual no en balde dijo el Eclesiástico (19, 2) que las mujeres y el vino robaban el corazón de los sabios; porque tan alienado anda un hombre con este vicio, por sabio que sea, y tan inhábil para todas las cosas que son propias de hombre como si hubiese bebido una cuba de vino. Y para significar esto, el ingenioso poeta finge de aquella famosa reina Dido, que, en el punto que se cegó con la afición de Eneas, luego desistió de todos los públicos ejercicios y reparos de la ciudad. De manera que ni los muros comenzados iban adelante, ni la juventud ejercitaba las armas, ni los oficiales públicos entendían en fortalecer los puertos ni en los otros pertrechos necesarios para la defensión de la patria. Porque este tirano de tal manera dice que prendió todos los sentidos de esta mujer, que para todo quedó inhábil sino sólo para aquel cuidado, el cual, cuanto más se apoderó del corazón, tanto menos le dejó de valor para todo lo demás.

¡Oh vicio pestilencial, destruidor de las repúblicas, cuchillo de los buenos ejercicios, muerte de las virtudes, niebla de los buenos ingenios, enajenamiento del hombre, embriaguez de los sabios, locura de los viejos, furor y fuego de los mozos y común pestilencia del género humano!

Esclavo de la vanagloria. Y no sólo en este vicio, mas en todos los otros hay esta misma tiranía. Si no, pon los ojos en el ambicioso y vanaglorioso que anda perdido por el humo de la honra y mira cuán sujeto vive a este deseo, cuán apetitoso de gloria, cuán diligente en procurarla; pues toda la vida y todas las cosas ordenan para este fin: el servicio, el acompañamiento, el vestido, el calzado, la mesa, la cama, el aparato de casa, los criados, los gestos, los meneos, la manera del andar, y del hablar, y del mirar, y, finalmente, todo cuanto hace, para este fin lo hace, pues de tal manera lo hace como más convenga para parecer mejor, y ser loado, y alcanzar este soplo de viento. De manera que, si bien lo miras, todo lo que ordinariamente dice y hace es armar lazos y redes para cazar este aplauso y aire popular.

Y si nos maravillamos del otro emperador que gastaba todas las siestas en andar a caza de moscas con un punzón en la mano, ¿cuánto es más de maravillar la locura de este miserable, que no sólo las siestas, sino toda la vida gasta en cazar este humo y airecito del mundo?

Por lo cual el triste ni hace lo que quiere, ni viste como quiere, ni va a donde quiere, pues deja muchas veces de ir a las iglesias y tratar con los buenos por miedo de lo que el mundo, a quien él vive sujeto, dirá. Y, lo que más es, por esto gasta mucho más de lo que quiere y de lo que tiene y se pone en mil necesidades, con que infierna su alma y también la de sus descendientes, a los cuales deja por herederos de sus deudas e imitadores de sus locuras.

Pues ¿qué pena merecen éstos, sino las que escriben haber dado un rey a un hombre muy ambicioso, al cual mandó que diesen humo a narices hasta que muriese, diciendo que justamente era castigado con muerte de humo, pues toda la vida había gastado en procurar humo de vanidad? Pues ¿qué mayor miseria que ésta?

La esclavitud del avariento. ¿Qué diré también del avariento codicioso, que no sólo es esclavo, sino también idólatra de su dinero, a quien sirve, a quien adora, a quien obedece en todo cuanto le manda, por quien ayuna y se quita el pan de la boca y a quien, finalmente, ama más que a Dios, pues por él mil veces ofende a Dios? En él tiene su descanso, en él su gloria, en él su esperanza, en él todo su corazón y pensamiento; con él se acuesta, con él se levanta, y toda la vida y todos los sentidos emplea en tratar de él, olvidado de sí y de todo lo demás.

¿De este tal diremos que es señor del dinero para hacer de él lo que quisiere o esclavo y cautivo de él, pues no ordena el dinero para sí, sino a sí para el dinero, quitándolo de la boca y aun del alma para ponerlo en él?

La mayor esclavitud. Pues ¿qué mayor cautiverio puede ser que éste? Porque si llamáis cautivo al que está encerrado en una mazmorra o al que tiene los pies en un cepo, ¿cómo no estará preso el que tiene el alma presa con la afición desordenada de lo que ama? Porque cuando esto hay, ninguna potencia queda al hombre perfectamente libre, ni es señor de sí mismo, sino esclavo de aquello que desordenadamente ama, porque, donde está su amor, allí está preso su corazón, aunque no se pierda por eso su libre albedrío. Y no hace al caso con qué género de ataduras estés preso, si la mejor y mayor parte de ti lo está.

Ni disminuye la servidumbre de esta prisión que estés voluntariamente preso; porque si ella es verdadera prisión, tanto será más peligrosa cuanto fuere más voluntaria, pues vemos que no disminuye la malicia del veneno

ser muy dulce, si él es de verdad veneno. Y no puede ser mayor prisión que la de que tal manera tira por ti y te tiene preso, que te hace cerrar los ojos a Dios, a la verdad, a la honestidad y a las leyes de justicia, y de tal manera te tiene tiranizado, que así como el beodo no es señor de sí mismo, sino el vino, así el que de esta manera está preso no es del todo señor de sí mismo, sino su pasión, aunque no por esto pierda su libre albedrío. Y si el cautiverio es tormento, ¿qué mayor tormento que el que uno de estos miserables padece, pues infinitas veces ni puede alcanzar lo que desea, ni quiere dejar de desearlo, ni sabe qué se haga, ni qué camino se toma?

Y con esta perplejidad viene a decir lo que el otro poeta dijo a una mujer mal acondicionada: Aborrézcote y ámote juntamente; y si me preguntas la causa, la causa es porque ni puedo vivir contigo ni puedo pasar sin ti.

Pues ya si alguna vez acomete a romper estas cadenas y vencer estas aficiones, halla luego tan grande resistencia, que muchas veces desespera de la victoria, y así se torna el miserable otra vez a meter de pies en la misma cadena. ¿Parécete, pues, que se pueda llamar tormento y cautiverio éste?

De las muchas cadenas que al hombre tienen cautivo.

Y si fuese ésta una sola cadena, menos mal sería, porque, estando el hombre preso con una sola prisión y peleando con un solo enemigo, menos desconfiaría de vencerlo. Mas ¿qué diremos de otras prisiones de aficiones con que este miserable está preso? Porque como la vida humana esté sujeta a tantas maneras de necesidades, todas éstas son cadenas y motivos de codicias, porque son grandes lazos con que se prende nuestro corazón, aunque esto sea más en unos que en otros.

Porque hay algunos hombres naturalmente tan aprehensivos, que apenas pueden desasirse de lo que una vez aprehenden. Otros hay melancólicos, a quien también hace aprehensivos y vehementes en sus deseos este humor. Otros hay pusilánimes, a quien todas las cosas parecen grandes y dignas de ser muy estimadas y deseadas por pequeñas que sean, porque al corazón pequeño todo le parece grande, por poco que sea, como Séneca dijo.

Otros hay naturalmente vehementes en todas las cosas que desean, como son ordinariamente las mujeres, las cuales dice un filósofo que aman o aborrecen, porque no saben tener medio en sus aficiones. Todos éstos, pues, padecen muy duro y áspero cautiverio con la fuerza de las pasiones que los cautivan. Pues si tan grande miseria es

estar preso con una sola cadena y ser esclavo de un solo señor, ¿qué será estar preso con tantas cadenas y ser esclavo de tantos señores como lo es el malo, el cual tantos señores tiene cuantas son las pasiones a que obedece y los vicios a que sirve?

¿Puede haber mayor miseria que el pecado?

Pues ¿qué mayor miseria que ésta? Si toda la dignidad del hombre, en cuanto hombre, consiste en dos cosas, que son razón y libre albedrío, ¿qué cosa más contraria a lo uno y a lo otro que la pasión, que ciega la razón y lleva tras sí el libre albedrío? Por donde verás cuán perjudicial y dañosa sea cualquiera desordenada pasión, pues así derriba al hombre de la silla de su dignidad, oscureciéndole la razón y pervirtiéndole el libre albedrío, sin las cuales dos cosas el hombre no es hombre, sino bestia. Esta es, pues, hermano, la miserable servidumbre en que viven todos los malos, como gente que no se rige por Dios ni por razón, sino por apetito y por pasión.

CAPITULO IX

DE LOS PRINCIPALES REMEDIOS GENERALES PARA NO CAER EN PECADO

Dicho ya en común de los pecados, así mortales como veniales, y de los medios con que se purgan, digamos ahora también en común de los remedios generales que tenemos para no caer en ellos, porque éstos son los que principalmente destruyen y dañan nuestras almas.

Entre los cuales el primero sea asentar en tu corazón un muy firme y determinado propósito de morir mil muertes, si fuese necesario, antes que hacer un pecado mortal contra Dios. De manera que así como una mujer noble y virtuosa está aparejada para morir antes que hacer traición a su marido, así el cristiano ha de ser tan fiel a Dios, que esté aparejado a padecer cualquier detrimento de vida, de honra y de hacienda, por grande que sea, antes que cometer esta manera de traición contra Él. Para lo cual, entre otras muchas cosas, te aprovechará entender las pérdidas en que un hombre cae por un pecado mortal, las cuales son tantas y tan grandes, que quien con atención

las considerare no podrá dejar de quedar espantado de ver la facilidad con que los hombres cometen esta manera de pecados.

Consideración de las grandes pérdidas que acarrea el pecado.

Porque por cualquiera de estos pecados se pierde primeramente la gracia del Espíritu Santo, que es la mayor dádiva de cuantas Dios puede dar a una pura criatura en esta vida; porque no es otra cosa gracia sino una forma sobrenatural que hace al hombre participante de la naturaleza divina, que es, en cierta manera, hacerlo Dios. Piérdese también la amistad y privanza con Dios, que anda siempre en compañía de la misma gracia, y si es mucho perder la de un príncipe de la tierra, bien se ve cuánto más será perder la del Rey de los cielos y de la tierra. Piérdense también las virtudes infusas y dones del Espíritu Santo, con los cuales nuestra alma está adornada y ataviada en los ojos de Dios y armada y fortalecida contra todo el poder y fuerzas de Satanás.

Piérdese también el derecho del reino de los cielos, que también procede de esa misma gracia, porque por la gracia se da la gloria, como dijo el apóstol San Pablo (Rom. 6, 22). Piérdese también el espíritu de adopción que nos hace hijos de Dios, y así nos da espíritu y corazón de hijos para con El, y junto con este espíritu de hijo, la providencia paternal que Dios tiene de aquellos que recibe por hijos, que es uno de los grandes bienes que en este mundo se pueden poseer, en el cual, con grandísima alegría, se gloriaba el Profeta cuando decía (Salm. 62, 8): Alegrarme he, Señor, de verme puesto debajo de la sombra de tus alas, que es debajo del amparo y providencia paternal que tienes de los que recibes por tuyos.

Piérdese también por aquí la paz y serenidad de la buena conciencia; piérdense los mimos y consolaciones del Espíritu Santo, que, sin comparación, exceden a todos los regalos y deleites del mundo; piérdese el fruto y mérito de todas las buenas obras de la vida pasada; piérdese la participación y comunicación de todos los bienes de Cristo y de su gloria, de los cuales no goza el hombre de la manera que antes gozaba por no estar como miembro unido con Cristo por gracia.

Todo esto se pierde por un pecado mortal y lo que por él se gana es quedar condenado a las penas del infierno; quedar por entonces borrado del libro de la vida; quedar hecho, en lugar de hijo de Dios, esclavo del demonio, y en lugar de templo y morada de la Santísima Trinidad, cueva de ladrones y nido de dragones y serpientes.

Finalmente queda el hombre como quedó Sansón después de perdidos los cabellos, en que estaba su fortaleza: flaco como todos los hombres, atado de pies y manos y en poder de sus enemigos, los cuales le sacaron los ojos y le ataron a una tahona y le hicieron moler como animal (Juec. 16, 21). Pues en este miserable estado queda el hombre después que por el pecado pierde estos cabellos, que es la fortaleza y ornamento de la divina gracia: flaco para resistir a las obras malas y atado para no poder entender en las buenas, ciego para el conocimiento de las cosas divinas y cautivo y sujeto a los demonios, para que lo ocupen siempre en oficios de bruto animal, que es en cumplir y poner por obra todos sus apetitos sin razón.

¿Parécete, pues, que es estado éste para temer? ¿Parécete que son pérdidas éstas para recelar? Pues ¿cómo es posible tener seso de hombres los que, teniendo esto por fe, osan con tanta facilidad cometer tantos pecados? Verdaderamente cosa es pecado mortal, que ni del mismo infierno que viésemos delante de los ojos abiertos habíamos de tener tan grande espanto como de él sólo.

Pues ¿qué sería si con esto juntásemos el odio que Dios tiene contra el pecado, y los castigos espantosos que desde el principio del mundo hasta el día de hoy tiene hechos contra él, y lo que en este mundo hizo y padeció por destruirlo? Mas esta consideración quedará para otro lugar.

Por ahora, esto basta para confirmar en tu corazón este firme propósito. Y cuando alguna vez fueres provocado a pecar, has de aprovecharte de todas estas consideraciones, poniendo en una balanza, por una parte, todas estas pérdidas, y por otra, el interés y golosina del pecado, mirando si es razón que por una tan sucia y torpe ganancia pierdas tan grandes y preciosos tesoros, como hizo aquel malaventurado Esaú, que por una tan baja golosina vendió la bendición y mayorazgo de su padre, y esto hecho, fuése, haciendo poco caso de haber vendido su mayorazgo (Génesis, 25, 34).

Este es el principal remedio que hay contra todo género de pecado mortal.

Huir de las ocasiones. El segundo es huir de las ocasiones de los pecados, como son: juegos, malas compañías, conversaciones, comunicaciones sospechosas y vista y trato de mujeres; porque quien esto no evita, bien se puede tener por derribado y llorarse ya por muerto. Si un hombre estuviese tan flaco y enfermo que de su estado propio cayese muchas veces en tierra, ¿qué seguro tendría éste si le tirasen del brazo o le diesen un empujón? Pues si el hombre por el pecado quedó tan

miserable y tan flaco que muchas veces cae por su propia flaqueza sin tener ocasión para caer, ¿qué hará ofreciéndole ocasión para eso, pues es verdadera sentencia que en el arca abierta el justo peca?

Resistir al principio. El tercero es resistir al principio con grandísima presteza, poniendo delante de los ojos del alma a Cristo crucificado, con aquella misma piadosa figura que tuvo en la cruz, todo hecho llagas y ríos de sangre, y acordarse que aquél es Dios y que se puso allí por el pecado, y temblar de hacer cosa que fué parte para traer a Dios en tal estado. Y considerando esto, llamémoslo de lo íntimo de nuestro corazón para que nos ayude y libre de ese dragón infernal y no permita que tan grande trabajo suyo fuese tomado por nos en vano.

Uso de los sacramentos. El cuarto es el uso de los sacramentos, que no son otra cosa sino remedios inventados por Dios para curar los pecados hechos y preservar de los por venir, y es el mayor beneficio que recibimos en la ley de gracia. Y puesto que en todo tiempo tenga sazón el uso de los sacramentos, con todo, especialmente al tiempo de la tentación, es grandísimo remedio acudir a la confesión. Y si alguna vez, lo que Dios no permita, cayeses en pecado, en ninguna manera te has de echar en la cama con él, porque no sabes lo que será de ahí hasta mañana, sino trabaja ese mismo día por confesarte y arrepentirte, porque, como dice San Gregorio, si el pecado no se quita luego por la penitencia, luego con su propia carga trae otro en pos de sí.

Frecuente y devota oración. El quinto es el uso de la frecuente y devota oración, en la cual se pide fortaleza y gracia contra el pecado, y se gustan las consolaciones del Espíritu Santo, con que fácilmente se desprecian las del mundo, y se alcanza el espíritu de devoción esencial que nos hace prontos e idóneos para todo bien.

Buenas lecturas. El sexto es lección de buenos y santos libros, con la cual se ocupa bien el tiempo, y se alumbra el entendimiento con el convencimiento de la verdad, y se enciende la voluntad en devoción, y así se hace el hombre más fuerte contra el pecado y más hábil para toda virtud.

Huir de la ociosidad. El séptimo es ocupación en obras piadosas y ejercicios honestos; porque el hombre ocioso es como la tierra holgada, que no da otra cosa sino cardos y espinas; por donde con razón dijo el Sabio que muchos males enseñó al hombre la ociosidad (Ecli. 37).

Mortificación de los sentidos. El octavo es el ayuno y las asperezas corporales y abstinencia de vino y de manjares calientes; porque, entre otras alabanzas que tiene el ayuno, ésta es muy principal, que, enflaquecido el enemigo doméstico, enflaquecen también todos los ímpetus y pasiones de él. Y por esta causa, y también por satisfacción de nuestros pecados y por imitación y honra de la pasión de Cristo, se da por muy saludable consejo que el cristiano procure cada día, y principalmente en todos los viernes del año, de hacer alguna manera de penitencia, aunque sea pequeña, o en el comer, o en el beber, o en el dormir, o en estar de rodillas, o en sufrir algún poquito de trabajo, o en perdonar alguna ofensa, o en negar su propia voluntad y apetito en cosas que mucho desea, o en otra cualquier obra semejante; porque esto aprovecha no sólo para remedio de los pecados, sino también para otros grandes provechos.

Recogimiento de espíritu. El nono es silencio y quietud; porque, como dice Salomón, en el mucho hablar no pueden faltar pecados (Prov. 10, 19), y, como dijo otro sabio, nunca entré en compañía de otros hombres que no saliese de allí menos hombre. Y por eso, el que quiere quitar parte de sus armas al pecado, huya de conversaciones, de compañías innecesarias y de visitas y cumplimientos de mundo; porque por experiencia hallará, si esto no hace, cuál vuelve después a su posada, cuán desconsolado y descontento y cuán llena la cabeza de imágenes y representaciones de cosas que le dan bien en qué entender al tiempo que se quiere recoger.

Examen de conciencia. El décimo es examinarse cada noche antes que se acueste, y tomarse cuenta de lo que hizo aquel día, y de cómo gastó el tiempo. Y puede proceder en este examen por los mismos documentos de esta regla, considerando si cometió alguno de estos doce pecados que aquí contamos y desfalleció en los remedios.

De esta manera se podrá examinar y también acusar

ante Dios de la soberbia y vanagloria, de la envidia, odios o enemistades, de las sospechas y juicios temerarios, de la vana tristeza y vana alegría por las cosas del mundo, de los deseos desordenados de tener haciendas o estados u honras temporales, de las tentacions contra la fe y contra la limpieza y castidad, de las mentiras y palabras ociosas y de los juramentos sin necesidad, de las burlas y palabras dichas en ofensa del prójimo, de la pereza y negligencia en las obras de virtud, de que es tibio en el amor de Dios, desagradecido a su Majestad, olvidado de los beneficios recibidos, seco como una arista en la oración, frío en la caridad con los pobres. Y de todo esto en particular te pese, y pide perdón a Nuestro Señor con firme propósito de la enmienda. Y después que así tuvieres lavado con lágrimas tu lecho, según lo hacía David (Salm. 67), dormirás con más reposado sueño y sentirás grande alivio de tu consciencia y espiritual consolación en tu alma.

Y para los que son particularmente tentados de algún vicio, como es ira, vanagloria, jactancia u otros semejantes, es muy grande remedio, allende de este examen y confesión de la noche, armarse cada día por la mañana con propósitos y oraciones contra este tal vicio, pidiéndole instantemente al Señor especial ayuda; porque esta manera de reparo cotidiano hace mucho al caso para ganar victoria contra el enemigo. Y no menos ayuda para esto tomar cada semana una especial empresa, o de vencer un vicio, o de alcanzar una virtud; porque de esta manera poco a poco va el hombre ganando tierra y alcanzando virtudes y apoderándose de sí mismo.

Evitar los pecados veniales. El undécimo remedio es vivir con cuidado de evitar aun los pecados veniales, pues ellos son los que disponen para los mortales; de lo cual arriba ya tratamos. Porque quien está habituado a huir de los menores males, mucho más se guardará de los mayores.

Romper con el mundo. El duodécimo y último remedio es romper con el mundo y con todas sus leyes, vanidades y cumplimientos y no hacer caso del decir de las gentes; porque éste es el primer capítulo que ha de aceptar el que trata de amistad con Dios, según aquello de Santiago (4, 4): Quienquiera que quisiere ser amigo de Dios, luego se ha de declarar por enemigo del mundo. Porque de otra manera, como dice el Salvador, imposible, es servir a dos señores (Mt. 6, 24), especialmente siendo tan contrarios como son, pues Dios es la suma de todos los bienes, y el

mundo está todo, como dice San Juan (I, 5, 19), armado sobre males. Y tenga por cierto quienquiera que no quebrare con el mundo ni le perdiere la vergüenza en lo que se ha de perder, que no podrá dejar de hacer muchos males por temor del mundo y excusarse de muchos bienes por la misma causa; y esto basta para tenerse por siervo del mundo y no de Dios, pues por no descontentar al mundo, descontenta a Dios.

Mas aquí es mucho de notar que en esta pelea no tenemos tanta necesidad ni de brazos para pelear ni de pies para huir cuando de ojos para mirar, porque éstos son los principales instrumentos de esta lucha espiritual. Porque el principal cuidado de nuestro adversario es encubrir de tal manera la tentación, que no parezca tentación, sino razón. Porque si nos quiere tentar de soberbia, o de ira, o de codicia, trabaja por hacernos entender que está en razón desear aquella honra, o aquella riqueza, o aquella venganza, y que sería contra razón hacer otra cosa, encubriendo la ponzoña de la tentación con la capa de la razón, para que así pueda mejor engañar aun a aquellos que se rigen por razón. Pues para esto es necesario que el hombre tenga ojos para ver el anzuelo debajo del cebo y la ponzoña de la tentación debajo del pretexto de la razón.

También son necesarios ojos para que, después de entendido esto, sepamos considerar la malicia, la fealdad, el peligro y los daños e inconvenientes así presentes como por venir que se siguen de aquel vicio de que somos tentados, para que con esto se refrene nuestro apetito y tema de gustar lo que ve que después de gustado le ha de traer la muerte. Porque escasamente se hallará manera más conveniente para resistir a todos nuestros vicios y malas inclinacions sino con este género de consideraciones.

Por donde aquellos misteriosos animales que vió el profeta Ezequiel (10, 12), que son figura de los santos varones, con tener todos los otros miembros singulares, estaban por todas partes llenos de ojos, para dar a entender que los siervos de Dios han de ser todos ojos y que tienen mayor necesidad de los ojos de la consideración que de todos los otros miembros de las virtudes, porque todas las victorias que se alcanzan contra los vicios, por donde se conservan las mismas virtudes, se alcanzan con esta consideración, como adelante en el proceso se verá. En lo cual se ve cuánta necesidad tiene el verdadero cristiano de tener algún ejercicio de meditación y consideración, para que así esté más diestro y mejor ensayado en las armas de que ha de usar en esta milicia espiritual.

CAPITULO X

De la ley de Dios, que nos muestra el camino de la verdadera felicidad

Dos cosas son necesarias, cristiano lector, para bien vivir: la una es saber y la otra es poder, esto es, saber lo que debemos hacer para bien vivir y tener fuerzas para ponerlo por obra. Lo uno pertenece, como dijimos, a la ley, y lo otro, a la gracia del Evangelio: porque la ley nos da luz y conocimiento del bien y del alma, mas el Evangelio nos da gracia para hacer el bien y huir del mal.

De manera que la ley nos da el saber, y la gracia, el poder; la ley alumbra el entendimiento, mas la gracia mueve la voluntad; la ley nos enseña el camino del cielo, mas la gracia nos da fuerza para andarlo; aquélla es como cuerpo, ésta como espíritu que da vida al cuerpo; aquélla nos dió Dios por mano de Moisés, mas ésta nos dió por su unigénito Hijo, como dice San Juan (1, 17): La ley fué dada por Moisés, mas la gracia y la verdad fué hecha por Cristo.

Dios es autor de la ley. Por averiguado sin duda alguna tenemos, como cosa declarada y certificada en las Escrituras santas, que el mismo Dios nuestro fué el autor y Él mismo escribió los diez mandamientos con su propia mano en dos tablas, según leemos en el Exodo (31, 18) por estas palabras, entre otras: Eran aquellas tablas hechas por obra del Señor, y la escritura de Dios estaba esculpida en las tablas, etc.

Pues si Dios es el autor y escritor de esta ley, justísima cosa es que sea de nosotros tenida en grandísima honra y estima, porque si las leyes del príncipe, que es hombre, se honran y se cumplen, ¿cuánto más se ha de venerar y obedecer la ley de Dios?

La ley de Dios, primeramente, danos a conocer los pecados, para que sepamos cuándo y de qué manera y cuán gravemente pecamos, según dice San Pablo (Rom. 3, 20): Por la ley tenemos conocimiento del pecado. Y otra vez dice (Ibíd. 7, 7): No conozco qué es pecado sino por la ley. El cual conocimiento tiene gran fuerza para provocarnos a buscar la gracia de Dios y la penitencia de nuestras culpas.

Lo segundo nos enseña la ley cuáles son verdaderamente buenas obras y qué es lo que Dios quiere que hagamos para cumplir su santa y perfecta voluntad, según aquello de San Pablo (Ibíd. 7, 12), que dice: La ley es santa y el mandamiento justo y bueno. Para todo esto es la ley prueba manifiesta y nos da verdadera experiencia con que entendemos si cumplimos la voluntad de nuestro Padre celestial, y si en lo que hacemos nos movemos por su espíritu; porque, como San Pablo dice (Ibíd. 8, 8): Los que andan a gusto de su carne, no tienen espíritu de Dios.

La ley es una jurisdicción espiritual que nos obliga a que no hagamos males desenfrenadamente, mas vivamos vida honesta y bien ordenada. De donde San Pablo dice (Gál. 3, 19): La ley es nuestro ayo. Y luego dice: La ley fué puesta para reprimir a los quebrantadores de ella. Y pues tantos y tan grandes frutos nos trae la ley de los diez mandamientos, no conviene que sea de algún cristiano despreciada o tenida en poco.

Los diez mandamientos de la ley antigua no fueron abolidos.

Pero dirá alguno: ¿Qué tenemos que ver los cristianos con la ley de los diez mandamientos, que se dió a los judíos, pues que no somos judíos, sino cristianos y hechos libres de aquella ley por Cristo, según lo que el Apóstol dice (Rom. 6, 14): No estáis sujetos a la ley, sino a la gracia?

A esta objeción respondemos brevemente que no hay duda sino que la doctrina de Cristo pertenece a los cristianos; pero es cierto que la doctrina de Cristo no es otra cosa sino una cierta y perfectísima declaración de los diez mandamientos de la ley, como parece muy claramente en el capítulo V de San Mateo. Luego de aquí se sigue que verdaderamente nos pertenece la ley de los mandamientos no menos que a los mismos judíos a quienes se publicaron primero. Y puesto que Cristo nos libró de la ley, no por eso se sigue que somos exentos de guardar la ley de los diez mandamientos. Porque solamente fuimos por Cristo libres de la ley en aquellas ordenaciones que ella disponía acerca de las ceremonias y de los juicios y fueros del pueblo. Porque éstas no nos obligan; las cuales fueron dadas a sólo el pueblo de los judíos, que más alta doctrina no alcanzaba, y para cierto tiempo, conviene a saber, hasta que el Redentor viniese.

Y ciertamente tanto es verdad que Cristo no nos libró del cumplimiento de los diez mandamientos, que antes quiso que a esto fuésemos muy obligados, como lo declaró manifiestamente cuando dijo aquellas palabras (Mt. 5, 17): No penséis que vine a deshacer la ley o los profetas: no

vine a deshacer la ley, sino a cumplirla. En verdad os digo que antes se podrá deshacer el cielo y la tierra que perecer una letra o una tilde de mis palabras. Pues quien traspasare uno de estos pequeños mandamientos, y así enseñare a los hombres, éste no tendrá parte en el reino de los cielos, y quien los cumpliere y enseñare gozará de grandes bienes en el reino de los cielos.

Para qué se da la ley. Mas será bien declarar brevemente cuál sea el fin e intención de estos mandamientos. El cual, sin duda, no es otro sino que el hombre en todas sus obras, así interiores como exteriores, sirva al Señor y sean todos sus hechos un traslado de su bondad y limpieza. Esta voluntad de Dios está declarada por diez mandamientos, porque éstos comprenden en sí todas las obras en que el hombre en esta vida puede ocuparse, o la mayor parte de ella, y son pláticas y ejecución de la misma fe que ya dijimos.

Diversas clases de mandamientos. Estos mandamientos dió el Señor a Moisés escritos en dos tablas de piedra. En la primera estaban los tres que principalmente pertenecen a la religión, que es la gloria y honra de Dios. En la segunda, los siete que pertenecen al prójimo, y son como ramas que nacen de la raíz de los otros tres primeros.

También es aquí de notar que entre estos mandamientos, unos son afirmativos y otros negativos; porque unos entran mandando y ordenando alguna cosa que se ha de hacer, como cuando dice: Honra a tu padre y a tu madre, y otros negando y defendiendo alguna cosa que no se haga, como cuando dice: No matarás, no hurtarás, etc.

La obligación de estas dos maneras de mandamientos es un poco diferente; porque los mandamientos afirmativos, aunque nos obligan siempre, porque siempre estamos obligados a la guarda de ellos, no nos obliga la ejecución de ellos en todo tiempo, como parece en este mandamiento de honrar a los padres, que no nos obliga sino al tiempo que se ofreciere ocasión para eso. Mas los mandamientos negativos obligan siempre y en todo tiempo, porque en todo tiempo estoy obligado a no matar, no hurtar y no retener lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Por la cual razón no cumple el que tiene alguna cosa que restituir con tener propósito de restituirla adelante, si luego puede hacerlo; porque va contra este mandamiento negativo de no tomar o retener lo ajeno, que es mandamiento negativo, el cual nos obliga en todo tiempo.

Mas aquí es mucho de notar que, aunque entre estos

mandamientos unos sean afirmativos y otros negativos, con todo ningún afirmativo hay que no encierre y presuponga otro negativo, y ningún negativo que no encierre otro positivo. Porque aclarado esto con ejemplos, el mandamiento afirmativo de honrar a los padres encierra otro negativo de no deshonrarlos, ni injuriarlos, ni desacatarlos. Y el mandamiento negativo de no tener dioses ajenos encierra otro afirmativo, que es tener al Señor por su verdadero Dios, y adorarlo, y servirle como a tal. Esto es lo que generalmente se debe mirar en cada uno de estos mandamientos, para que mejor sean entendidos.

CAPITULO XI

De la gracia divina que nos capacita y ayuda para alcanzar la felicidad celestial

I

Necesidad de la gracia.

Entre estas dos partes, la ley y la gracia, que para bien vivir son necesarias, la segunda es tanto más necesaria y excelente que la primera, cuanto lo es más el espíritu que el cuerpo, y el Evangelio que la ley. Y la razón es porque no pecan tanto los hombres por no saber el bien y el mal, porque basta en alguna manera la lumbre natural para esto, cuanto por la corrupción de nuestro apetito, que huye lo bueno y sigue lo malo, abrazando lo que reprueba y huyendo lo que alaba. Donde se cumple aquello que el Apóstol dice (Rom. 7, 15): No hago aquello que quiero y que juzgo por bueno, sino aquello que no querría y que condeno por malo. Y la causa de esto es la miel que parece a los hombres que hay en el vicio, y el acíbar que hallan en la virtud; por lo cual, engolosinados con lo uno y ofendidos con lo otro, siguen lo que tienen por dulce y dejan lo que tienen por agrio, aunque esto sea lo saludable y lo provechoso. Por lo cual, con mucha razón decimos que tienen mayor necesidad los hombres para la virtud de poder que de saber, pues todos saben y conocen lo bueno, mas no todos arrostran a ello, por las dificultades que hay en ello.

Doliente de paladar estragado.

En lo cual parece que está el hombre en la misma disposición que estaría un doliente que tuviese tan estragado el paladar, que no arrostrase a vianda que le pudiese aprovechar, sino a solas aquellas que le hubiesen de dañar. Porque este tal, cuando le pusiesen el manjar delante y le rogasen que comiese, diciéndole que le iba en ello la vida, bien entendería que ello era así y que le decían verdad; mas con todo eso respondería que no ha de comer, no porque no entienda lo que va en ello, sino porque no lo puede acabar consigo, por el hastío grande que tiene.

Pues tal quedó el hombre miserable por el pecado, el cual sabe muy bien que su vida y su salvación consiste en guardar los mandamientos de Dios; mas dice que no puede arrostrar a este manjar. Bien ve que la vida de su alma está en la caridad, y en la castidad, y en la humildad, y en la paciencia, y en la templanza, y en las otras virtudes; mas él aborrece todas estas virtudes y ama lo contrario de ellas, que son la deshonestidad, y la vanidad, y la soltura, y la gula, con todos los otros vicios y deleites sensuales.

Por qué no es dificultoso el camino de la virtud.

Mas contra esto podrá alguno preguntar: ¿Por qué razón ha de ser al hombre dificultosa la virtud, pues le es tan natural? Porque el hombre es criatura racional, y la virtud es conforme a razón; pues ¿por qué ha de ser dificultoso a la criatura racional lo que es conforme a razón? No es dificultoso al caballo correr, ni al ave volar, ni al pez nadar, sino muy deleitable, por ser estas cosas conformes a la naturaleza de estas criaturas. Pues si tan conforme es a la naturaleza de la criatura racional vivir por razón, que es vivir según virtud, ¿por qué le ha de ser dificultoso vivir según virtud?

Pues a esto se responde que si la naturaleza humana estuviera en aquella buena disposición y entereza que Dios la crió, no le fuera dificultoso, sino muy suave, el ejercicio de la virtud. Mas como ella por el pecado salió de aquel estado felicísimo y cayó enferma, no es maravilla que no pueda enferma lo que podía estando sana. Vemos que un hombre sano corre, y salta, y sube, y baja, y hace de sí todo cuanto quiere sin trabajo, como quiera que nada de esto puede hacer estando enfermo, sino con grande dificultad. Pues por esto no es maravilla que le sea dificultosa y desabrida al hombre en este estado la virtud, la cual en el otro le fuera muy fácil y muy sabrosa, como cosa tan conforme a su naturaleza; porque, como dice San Agustín.

al paladar estragado es desabrido el manjar que al sano es suave, y a los ojos enfermos es penosa la luz que a los limpios es amable.

En lo cual se ve claro que todas aquellas maldiciones que Dios echó a los primeros padres cuando pecaron, ni menos les comprendieron espiritualmente que corporalmente. Porque a la mujer dijo que pariría de ahí adelante los hijos con dolor, la que antes no sabía qué cosa era dolor. Lo cual no menos ha lugar en el parto espiritual de las buenas obras que de los hijos materiales, porque, si no hubiera pecado, hiciera el hombre todas las buenas obras sin ningún trabajo, antes con grandísimo deleite, lo que ahora no hace, porque el pecado, estragando la naturaleza, hizo dificultosas todas las obras de las virtudes.

Al hombre también dijo Dios (Gén. 3, 19): Con el sudor de tu rostro comerás tu pan. Lo cual también se verifica espiritualmente como lo demás, pues vemos con cuánto sudor y trabajo se han de obrar las virtudes, que son el verdadero pasto de nuestras almas, como quiera que antes del pecado se obraran con tan grande suavidad.

Y no menos pertenece también a nuestra carne la maldición de la tierra, de la cual dijo Dios que produciría abrojos y espinas. Porque ¿quién no ve cuánto conviene esto a la miserable de nuestra carne? ¿Qué tierra hay que lleve tantas espinas como ella? Y si quieres saber cuáles sean estas espinas, oye lo que dice San Pablo (Gál. 5, 19): Manifiestas son las obras de la carne, las cuales son fornicación, deshonestidad, lujuria, servidumbre de ídolos, hechicerías, odios, peleas, emulaciones, iras, rencillas, disensiones, sectas, envidias, homicidios, embriagueces, comidas desordenadas y otras cosas semejantes, las cuales el Apóstol llama obras de carne, porque la raíz de todas ellas está en nuestra carne, corrompida por el pecado.

Estas, pues, son las verdaderas espinas que de aquí proceden, y ésta la mayor maldición que le vino por el pecado. Este es el fruto que nuestra carne lleva de su cosecha, y si otro ha de llevar, ha de ser a fuerza de brazos y con trabajo y sudor de nuestro rostro.

De suerte que así como esta tierra material que hollamos, sin labor ni ayuda de nadie, lleva zarzas de espinas y otras hierbas infructuosas, mas si ha de producir plantas fructuosas y provechosas ha de ser con trabajo y diligencia del labrador, que ha de romper la tierra y sembrarla y tener perpetuo cuidado de ella, así esta tierra de nuestra carne, de sí misma, sin ayuda de nadie, lleva estas espinas de vicios y apetitos desordenados; mas si ha de producir flores y frutos de virtudes, para esto es menester trabajo, e industria, y diligencia, y ayuda del cielo y de la tierra.

Esta es, pues, la causa de la dificultad que hallen en la virtud, además de la fuerza de la mala costumbre que en algunos hay, con que se confirma y fortalece aún más la naturaleza depravada.

La gracia, remedio de esta dificultad. Preguntarás, pues: si esto es así, ¿qué medio para vencer esta tan grande dificultad? Esta pregunta hace el Apóstol, y él mismo responde a ella; el cual, después de haber declarado muy por extenso en el capítulo VII de la Epístola a los Romanos (7, 24) la malicia y rebeldía de nuestra carne, al cabo exclamó diciendo: ¡Desventurado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte, que es de esta carne sujeta a la muerte del pecado?

Responde él mismo: La gracia de Dios, la cual se nos da por Jesucristo. Porque para eso vino este Señor al mundo, para reformar la naturaleza, para sanar nuestras llagas y para ser nuestro reparador, nuestro salvador, nuestro remediador y nuestro ayudador; para que lo que perdimos por culpa del Adán primero lo cobrásemos por la gracia del segundo; porque así como aquél, con su soberbia y desobediencia, destruyó la naturaleza, así éste con su humildad y obediencia la remedió. Lo cual se hace mediante la gracia que se da a los hombres por el mérito de su pasión.

Porque esta gracia es la que reforma la naturaleza, la que restituye la imagen de nuestra alma, la que la viste, atavía y hace graciosa en los ojos de Dios, la que, con las virtudes y hábitos que de sí produce, cura nuestros males, sana nuestras heridas, alumbra nuestro entendimiento, inflama nuestra voluntad, esfuerza nuestra flaqueza, adormece nuestras pasiones, cura nuestras malas inclinaciones, enfrena nuestros apetitos, restituye el gusto de las cosas espirituales, pónenos hastío de las carnales, y así nos hace suave el yugo de la ley de Dios.

Jesucristo es el autor de la gracia. Porque primeramente Él nos mereció la primera gracia, que es la gracia de la conversión y justificación, por la cual somos justificados, esto es, de pecadores hechos justos, y así somos recibidos por hijos de Dios y herederos de su reino.

Y después de esta primera gracia de Él nos mereció todas las otras gracias que se requieren para nuestra salvación, de tal manera que nunca hasta hoy dió ni dará jamás el Padre eterno un solo grado de gracia que no sea por el mérito de la pasión de su unigénito Hijo.

Mas allende de estos comunes medios se comunican diversas maneras de gracia por los siete sacramentos de la nueva ley, los cuales, aunque tengan diversos efectos para remedio de diversas necesidades de nuestras almas, pero todos ellos concuerdan en un común efecto, que es dar gracia a quien no pone impedimento para recibirla.

La oración, medio para alcanzar la gracia. Para alcanzar la gracia, uno de los principales medios que hay es pedirla instantísimamente a aquel que sólo puede darla, pues, como dice el Apóstol, es tan rico el Señor para todos los que le llaman. Pues ¿a qué otra virtud pertenece esto sino a la oración? Porque la oración, demás de ser obra meritoria, como lo son todas las otras obras virtuosas hechas en caridad, es también impetratoria, porque así como tiene por oficio propio pedir, así le corresponde por galardón propio el impetrar, como claramente nos lo prometió el Salvador diciendo (Mt. 7, 7): Pedid y recibiréis, buscad y hallaréis, llamad y abriros han.

Pues ¿qué cosa se pudiera decir más clara ni más liberal y de mayor consolación para el hombre que ésta? Porque, como dice San Crisóstomo, no negará Dios el socorro al que lo pidiere, pues Él mismo nos instiga a que lo pidamos.

II

Naturaleza de la gracia

Y si me preguntares qué cosa sea esta gracia, dígote que gracia, como declaran los teólogos, es una participación de la naturaleza divina; esto es, de la santidad, de la bondad, de la pureza y nobleza de Dios, mediante la cual despide el hombre de sí la bajeza y villanía que le viene por parte de Adán, y se hace participante de la santidad y nobleza divina, despojándose de sí y vistiéndose de Cristo.

Esto declaran los santos con un común ejemplo del hierro echado en el fuego: el cual, sin dejar de ser hierro, sale de ahí todo abrasado y resplandeciente como el mismo fuego; de manera que permaneciendo la misma substancia y nombre de hierro, el resplandor, y el calor, y otros tales accidentes son de fuego. Pues de esta manera la gracia, que es una cualidad celestial, la cual infunde Dios en el alma, tiene esta maravillosa virtud de transformar el hombre en Dios, de tal manera, que, sin dejar de ser hombre,

participe en su manera las virtudes y pureza de Dios, como las había participado aquel que decía (Gál. 2, 20): Vivo yo, ya no yo; mas vive en mí Cristo.

Forma sobrenatural y divina. Gracia es también una forma sobrenatural y divina; la cual hace al hombre vivir tal vida, cual es principio y forma de do procede, que es también sobrenatural y divina. En lo cual resplandece maravillosamente la providencia de Dios, que así como quiso que el hombre viviese dos vidas, una natural y otra sobrenatural, así para esto le proveyó de dos formas, que son como dos almas de estas vidas, una para vivir la una y otra para la otra.

Porque así como de la esencia de nuestra alma proceden las potencias con que ella obra, así de la esencia de la gracia, que es como alma de la vida espiritual, proceden todas las virtudes y dones del Espíritu Santo, los cuales, repartidos y recibidos en todas las potencias de nuestra alma, la reforman y la habilitan para todas las obras virtuosas, de tal manera que las que antes estaban como atadas e inhábiles para bien obrar, con esto se hacen hábiles y ligeras para todo bien. Por donde con mucha razón comparan los teólogos estas virtudes y hábitos celestiales a la unción con que se untan los ejes donde van las ruedas de un carro; porque así como éstas se mueven muy ligeramente cuando el eje va untado y bañado en aceite, así las potencias de nuestra alma se mueven muy suavemente a todas las obras virtuosas cuando están de esta manera ungidas con la unción y óleo del Espíritu Santo. Verdad es que esto en unos es más y en otros menos, según los grados en que a cada uno se comunica esta gracia celestial.

Gracia además es un atavío y ornamento espiritual del alma hecho por mano del Espíritu Santo, el cual la hace tan graciosa y hermosa en los ojos de Dios, que la recibe por hija y por esposa suya. En el cual atavío se gloriaba el profeta (Is. 61, 10) cuando decía: Gozando me gozaré en el Señor, y mi alma se alegrará en mi Dios, porque Él me ha vestido con vestidura de salud y cercado de ropas de justicia, y así, como a esposo me ha puesto una corona en la cabeza y como a esposa me ha ataviado con todas sus joyas y atavíos, que son todas las virtudes y dones del Espíritu Santo, con que el alma del justo está adornada y ataviada por mano de Dios.

Esta es aquella vestidura de muchos colores de que está vestida la hija del Rey, asentada a la diestra de su Esposo (Salm. 44, 10), porque de la gracia proceden los colores de todas las virtudes y hábitos celestiales en que está su hermosura.

III

Efectos de la gracia

Hermosura del alma en gracia. De lo dicho se puede entender cuáles sean los efectos que esta gracia obra en el alma donde mora. Porque un efecto suyo, y el más principal, es hacer el alma tan graciosa y hermosa en los ojos de Dios, que la tome, como dijimos, por hija, por esposa, por templo y morada suya, donde tenga sus deleites con los hijos de los hombres.

Pues ¿qué cosa se puede pintar más hermosa que ésta? Platón decía que si se pudiese ver la hermosura de un alma virtuosa con los ojos del cuerpo, encendería en su amor todos los corazones de los hombres. Pues si la hermosura de estas tan imperfectas virtudes tanta parte sería para robar los corazones, ¿qué haría la hermosura de un alma llena de las verdaderas y cristianas virtudes y adornada con las riquezas de la gracia y con los dones del Espíritu Santo? ¿Parécenos que habrá comparación de esta hermosura con aquélla? No, por cierto. Porque siendo tanta la ventaja de Criador a Criatura y de Dios a hombre, ¿qué comparación puede haber entre lo que hace Dios por su propia mano con lo que hace el hombre por la suya?

Es tan grande la belleza de la tal alma, que ni la hermosura ni frescura de los campos, ni el resplandor del oro y piedras preciosas, ni la claridad del sol, ni de la luna, ni de las estrellas, vienen a cuenta con ella. Mostró Dios a Santa Catalina de Sena la hermosura de un alma que estaba en gracia, y maravillándose la virgen de cosa tan bella, díjole el Señor: Mira si fué bien empleado lo que yo padecí por hermosear las almas de esta manera.

Principio de fortaleza. Otro efecto es no sólo hermosearla, sino también fortalecerla mediante las virtudes que de ella proceden, que son como otros cabellos de Sansón, en los cuales consiste no sólo la hermosura, sino también la fortaleza del alma. Y de lo uno y de lo otro es alabada en el libro de los Cantares (9, 9) cuando, maravillándose los ángeles de su hermosura, dicen: ¿Quién es ésta que sube a lo alto como la mañana cuando se levanta, hermosa como la luna, escogida como el sol y terrible como los haces de los reales bien ordenados? Por do parece que la gracia es como un arnés tranzado que arma el hombre de pies a

cabeza, y le hace fuerte y hermoso, y tan fuerte, que, como dice Santo Tomás, el menor grado de gracia basta para vencer todos los demonios y todos los pecados del mundo.

Fuente de méritos. Otro efecto suyo es hacer al hombre tan grato y de tanta dignidad en los ojos de Dios, que todas cuantas obras deliberadas hace, que no sean pecados, le son gratas y merecedoras de vida eterna. De suerte que no sólo los actos de las virtudes, mas las obras naturales, como son el comer, el beber y el dormir, etc., son gratas a Dios y merecedoras de este tan grande bien, porque por serle tan agradable el sujeto, es agradable y meritorio todo cuanto hace, no siendo malo.

Hace al hombre hijo adoptivo de Dios. Otro efecto es hacer al hombre hijo de Dios por adopción y heredero de su reino y escribirle en el libro de vida donde están escritos todos los justos, y así tener derecho a aquella riquísima heredad del cielo. Este es aquel privilegio que encarecía el Salvador a sus discípulos cuando, viniendo ellos muy ufanos por ver que hasta los demonios les obedecían en su nombre, les respondió diciendo (Lc. 10, 20): No tenéis de qué alegraros por tener señorío sobre los demonios; mas alegraos porque vuestros nombres están escritos en el reino de los cielos; pues claro está que este bien es el mayor que el corazón humano en esta vida puede desear.

Templo de la Santísima Trinidad. Y sobre todos estos beneficios añade otro aquella infinita bondad y largueza, que es la presencia y asistencia del Espíritu Santo y de toda la Santísima Trinidad, que desciende a morar en el alma del justificado, para enseñarle a usar de toda esta hacienda, como hace el buen padre, que, no contento con dar su hacienda a su hijo, dale también un tutor y gobernador para que la sepa administrar.

De manera que así como en el alma del que está en pecado moran víboras, dragones y serpientes, que es la muchedumbre de los espíritus malignos que en ella hacen su habitación, como dice el Salvador por San Mateo (12, 24), así, por el contrario, en el alma del justificado entra el Espíritu Santo y toda la Santísima Trinidad, y, desterrados todos estos monstruos y fieras infernales, hace allí su templo y su habitación, como expresamente lo testificó el Salvador diciendo (Jn. 14, 15): Si alguno me ama, guardará mis

mandamientos, y mi Padre le amará, y a Él vendremos y en Él haremos nuestra morada.

Por virtud de las cuales palabras confiesan todos los doctores santos, juntamente con los escolásticos, que el Espíritu Santo, por una especial manera, mora en el alma del justificado, haciendo distinción entre el Espíritu Santo y sus dones, y confesando que no sólo se dan a los tales los dones del Espíritu Santo, sino también el mismo Espíritu Santo, el cual, entrando en la tal alma, la hace templo y morada suya; y para esto Él mismo la limpia y santifica, y adorna con sus dones, para que sea morada digna de tal huésped.

Bajo la acción del Espíritu Santo. Mas no paran aquí los beneficios y obras del Espíritu Santo. Porque no se contenta este divino Espíritu con ayudarnos a entrar por la puerta de la justicia, mas ayúdanos también después de entrados a andar por los caminos de ella, hasta llevarnos salvos y seguros por todas las ondas de este mar tempestuoso al puerto de la salud. Porque entrando mediante el beneficio susodicho en el alma del justificado, no está allí ocioso; porque no se contenta con honrar la tal alma con su presencia, sino también la santifica con su virtud, obrando en ella y con ella todo lo que conviene para su salud. Y así está allí como padre de familia en su casa, gobernándola; y como maestro en su escuela, enseñándola; y como hortelano en su huerta, cultivándola; y como rey en su propio reino, rigiéndola; y como el sol en este mundo, alumbrándola; y, finalmente, como el alma en su cuerpo, dándole vida, sentido y movimiento; aunque no como forma en materia, sino como padre de familia en su casa.

Pues ¿qué cosa más rica ni más para desear que tener dentro de sí tal huésped, tal gobernador, tal guía, tal compañía, tal tutor y ayudador? El cual, como sea todas las cosas, todo lo obra en las almas donde mora.

Porque Él primeramente, como fuego, alumbra nuestro entendimiento, inflama nuestra voluntad y nos levanta de la tierra al cielo. Él también, como paloma, nos hace sencillos, mansos, tratables y amigos unos de otros. Él también, como nube, nos defiende de los ardores de nuestra carne y templa el furor de nuestras pasiones, y Él, finalmente, como viento vehementísimo, mueve e inclina nuestra voluntad a todo lo bueno y apártala y desaficiónala de todo lo malo. De donde vienen los justificados a aborrecer tanto los vicios que antes amaban, y a amar las virtudes que antes aborrecían, como claramente lo representa en su persona el santo rey David (Salm. 198, 118), el cual en una

parte dice que aborrecía y abominaba toda maldad, y en otra dice (Ibíd. 14) que amaba y se deleitaba en la ley de Dios, como en todas las riquezas del mundo. Y la causa de esto era porque el Espíritu Santo, como buena madre, le había puesto acíbar en los pechos del mundo y miel suavísima en los mandamientos de Dios.

La gracia habilita al hombre para todo bien.

Finalmente, por abreviar, la gracia es la que habilita al hombre para todo bien; la que allana el camino del cielo; la que hace el yugo de Dios suave; la que hace correr al hombre por el camino de las virtudes; la que restituye y sana la naturaleza enferma, y así hace que le sea ligero lo que antes, cuando estaba enferma, le era pesado; y la que por una manera inefable reforma y arma, mediante las virtudes que de ella proceden, todas las potencias de nuestra alma, alumbrando el entendimiento, encendiendo la voluntad, recogiendo la memoria, esforzando el libre albedrío, templando la parte concupiscible para que no se desperezca por lo malo, esforzando la irascible para que no se acobarde para lo bueno.

Y además de esto, porque todas las pasiones naturales que están en estas dos fuerzas inferiores de nuestro apetito son unos como padrastros de la virtud y unos postigos y entraderos por donde los demonios suelen entrar en nuestra alma, para remedio de esto pone una guarda y uno como alcaide en cada uno de estos lugares para guardar aquel paso, que es una virtud infusa venida del cielo, y que allí asiste para asegurarnos del peligro que por parte de aquella pasión nos podía venir. Y así para defendernos del apetito de gula pone la virtud de la templanza; para el de la carne, la castidad; para el de la honra, la de la humildad, y así en todos los demás.

Cómo obra el hombre bajo la acción de la gracia.

Y querría que notases atentamente cómo esto que el Señor aquí promete que hará si te volvieres a Él, eso mismo te manda Él en otra parte que hagas, diciendo (Deut. 30, 6): Circuncidaos al Señor y cercenad las demasías de vuestros corazones. Pues ¿cómo, Señor, lo que Vos aquí prometéis de hacer me mandáis a mí que haga? Si Vos habéis de hacer esto, ¿para qué me lo mandáis? Y si yo lo tengo de hacer, ¿para qué me lo prometéis?

Esta dificultad se suelta con aquellas palabras de San Agustín, que dicen: Señor, dadme gracias para hacer lo que Vos me mandáis, y mandadme lo que quisiéredes. De

manera que Él es el que manda lo que tengo que hacer y el que me da la gracia para hacerlo; por donde en una misma cosa se hallan juntamente mandamiento y promesa, y una misma cosa hace Él y hace el hombre: Él como causa principal y el hombre como menos principal.

De suerte que se ha Dios con el hombre en esta parte como el pintor que rigiese el pincel en las manos de un discípulo suyo, y así viniese a hacer una imagen perfecta; la cual está claro que hacen ambos, mas no es igual ni la honra ni la eficacia de ambos. Pues así lo hace Dios aquí, guardada la libertad de nuestro albedrío, con nosotros, por que, después de acabada la obra, no tenga el hombre por qué gloriarse, sino por qué glorificar al Señor con el profeta, diciendo (Is. 22, 12): Todas nuestras obras obraste, Señor, en nosotros.

CAPITULO XII

De los dones del Espíritu Santo que disponen nuestra alma para obedecer pronto y suavemente sus inspiraciones

Mas, pues que dijimos que el Espíritu divino, mediante sus dones, gobierna y da vida a los justos, los llama y esfuerza y sustenta en el camino del Evangelio, será razón ahora decir acerca de esto cuántos y cuáles son estos dones, porque hace mucho al caso para que el cristiano tenga más claridad y certeza de estas cosas. Es, pues, de saber que los dones del Espíritu Santo son siete, conviene a saber: espíritu de sabiduría, espíritu de entendimiento, espíritu de consejo, espíritu de fortaleza, espíritu de ciencia, espíritu de piedad, espíritu de temor. Mostrando el profeta Isaías (11, 1) cómo estas siete maneras de gracia del Espíritu Santo se juntaron perfectamente en Cristo, nuestra Cabeza, y en su Cuerpo, que es la Iglesia (Col. 1, 18), dice así: Descansará sobre Él el espíritu de la sabiduría y de entendimiento, el espíritu de consejo y fortaleza, el espíritu de sabiduría y de piedad, y henchirlo ha el espíritu del temor del Señor.

Y es de saber que proceden estos dones ordenadamente subiendo por grados. Del de temor de Dios se sube a los otros dones de uno en otro, y finalmente se llega al más alto y más excelente de todos los dones, que es el espíritu de sabiduría.

Naturaleza de los dones. El espíritu de temor es don del Espíritu Santo, que nos incita y despierta a que temamos a Dios, no con miedo de siervos, o como el Apóstol le llama (Rom. 8, 15), de servidumbre, mas con ánimo de hijos prohijados por Dios, y para que con acatamiento filial reverenciemos a nuestro piadosísimo Padre, procurando con temor y grande cuidado de ninguna manera ofenderle ni perder la gracia y amor con que tanto nos ama. Al cual temor llama San Agustín temor casto, que nace de la caridad; porque temor de siervos no lo tuvo Cristo, pues que de El dice el profeta (Is. 11, 3) que fué lleno de temor de Dios.

El espíritu de piedad es don del Espíritu Santo, por quien somos enseñados e inclinados a que con ardientes y alegres afectos honremos a Dios recta y puramente, y queramos bien al prójimo por amor de Dios, puesto que por sí no nos lo merezca.

El espíritu de ciencia es don del Espíritu Santo, por el cual inflamados nos ocupamos siempre en conocer nuestros defectos y cómo pasaremos la vida en este malignísimo mundo inocente y prudentemente sin culpa alguna.

El espíritu de fortaleza es el don del Espíritu Santo por el cual inflamados perseveramos fuertes y constantes en Cristo, tanto, que ni las blanduras ni los trabajos de este mundo nos pueden apartar en manera alguna de la honra y servicio de Dios, y por el cual codiciamos y tenemos sed en toda manera de vivir en justicia.

El espíritu de consejo es don del Espíritu Santo, por el cual somos enseñados, amonestados y enderezados a que pongamos diligentemente por obra aquellas cosas que, consultada la recta razón y deliberado lo mejor, viéremos ser lo que más nos conviene para nuestra salvación y para ensalzar la gloria de Dios, mayormente en las cosas dificultosas.

El espíritu de entendimiento es don del Espíritu Santo, por el cual se nos descubre el verdadero, recto y católico entendimiento de las cosas divinas.

El espíritu de sabiduría es el don del Espíritu Santo por quien nuestro corazón, apartado de las cosas temporales y terrenales, se emplea todo en la contemplación de Dios y descansa en El con suavísima consolación y gusto de los deleites soberanos.

La oración alcanza los dones. Para alcanzar y mejorar estos dones en nuestra alma, conviene rogar a Dios continuamente, confiando alcanzarlos por Cristo Hijo de Dios, de quien ma-

nan, como de fuente copiosísima, ríos muy abundosos, conforme a lo que dijo nuestro Redentor por San Lucas (11, 13): Si vosotros siendo malos sabéis dar a vuestros hijos buenas dádivas, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará espíritu bueno del cielo a los que se lo pidieren? Y Santiago dice (1, 5): Cualquiera de vosotros que tuviere necesidad de sabiduría, pídala a Dios; Él la da a todos abundantemente sin echarla en rostro. Pero pida con fe y sin duda alguna.

La virtud y los dones. Con estos siete dones y gracias del Espíritu Santo mueve y facilita en nosotros las virtudes de la fe, de la esperanza y de la caridad; asimismo, la prudencia, la justicia, la fortaleza, la templanza, y las anima, despierta, esfuerza e inflama para que siempre vivan y estén prestas y fuertes y diligentes en sus propios ejercicios.

Porque la fe y la esperanza y la caridad son levantadas por el espíritu de la sabiduría y de entendimiento; la prudencia, por el espíritu de la ciencia; la justicia, por el espíritu de piedad; la fortaleza, por el espíritu de fortaleza; la templanza, por el espíritu de temor del Señor.

Los siete dones del Espíritu Santo destruyen los siete pecados capitales. Estos siete dones del Espíritu Santo destruyen y matan en nuestras almas otros siete espíritus y movimientos que el espíritu maligno, príncipe de los demonios, levanta en los hijos de soberbia y rebeldía, que viven según los deseos de su carne, cumpliendo los deseos y pensamientos del pecado.

Conforme a lo cual entendemos lo que en el Evangelio (Lc. 8, 2) se cuenta: que lanzó el Señor del alma de una mujer siete demonios, conviene a saber: que por su espíritu, que vino a comunicar a los hombres, lanzó de las almas de los fieles siete pecados mortales, que son raíz y cabeza de todos los vicios y maldades. Porque viniendo el espíritu más fuerte y poderoso, como en otra parte se escribe (Lc. 11, 22), lanza fuera con su poderosa virtud a este espíritu sucio y remueve en nuestras conciencias espíritu de justicia.

Y viniendo en particular el espíritu de temor, quebranta la soberbia y planta la humildad, porque, como Salomón enseña (Prov. 22, 4), el fin de la humildad es el temor del Señor.

El espíritu de piedad, que hace que con alegre corazón queramos el bien del prójimo, hace huir la envidia, conforme a lo que escribe San Pedro Apóstol (II, 1, 6): Con

la paciencia guardad la piedad, y con la piedad, el amor de los hermanos.

El espíritu de ciencia enfrena la ira, la cual siempre está acompañada con la locura, según está escrito (Ecl. 7, 10): La ira reposa en el corazón del loco. Porque el que recibió el espíritu de ciencia sabe que se ha de haber con los que injustamente le ofenden de la manera que se han los sanos con los enfermos, o con los niños, o con los frenéticos; de los cuales reciben sus padres y amigos y médicos muchas malas palabras y obras, y las sufren con paciencia, y aun si para su salud es necesario, se ofrecen a padecer mucho más hasta que sanen de su enfermedad o lleguen a hombres de seso.

El espíritu de fortaleza desbarata grandemente el espíritu de pereza o tristeza espiritual, y quita todo el mal hastío del alma, y la alegra y aclara, sustentándonos con esperanza, según aquello que escribe Isaías (30, 15): En esperanza y en silencio será vuestra fortaleza. Y Nehemías (8, 10) dice: No queráis estar tristes, porque el gozo del Señor es vuestra fortaleza. Y el apóstol Santiago (5, 13): Cuando alguno de vosotros estuviere triste, haga oración con ánimo sufrido y fuerte y cante loores a Dios. Que quiere decir: levante dentro de sí el espíritu de fortaleza, con que ore a Dios con grandes gemidos.

El espíritu de consejo destierra la avaricia, porque quien por él es enseñado, libremente escoge lo que es mejor, conviene a saber: enriquecer su alma de bienes espirituales y juntar tesoros en el cielo, donde nunca se pierden; que amontonar riquezas en la tierra, de las cuales unas se comen de gorgojo, otras de polilla, otras son robadas de ladrones. Lo cual es conforme al consejo del Señor, que dice (Mc. 8, 36): ¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde o padece detrimento en su alma?

El espíritu de entendimiento degüella la gula, que señorea a aquellos que, como caballos y mulos sin tiento, se dan a los vicios (Salm. 31, 9).

Finalmente, el espíritu de sabiduría destruye la lujuria. porque los que de este espíritu son dotados, deléitanse en Dios y aborrecen los deleites en que se envuelven, como bestias en su estiércol, los hombres carnales y deshonestos (Joel, 1, 17).

Petición al Padre. Pues pidamos a Dios Padre estos siete dones del Espíritu por los merecimientos de su hijo Jesucristo nuestro Señor, contra esta mala cuadrilla de siete malos espíritus, rogándole con las palabras del profeta David diciendo (Salm. 50, 12): Criad, Señor, en mí corazón limpio y renovad en mis en-

trañas espíritu recto. No me despidáis de vuestra presencia ni apartéis de mí vuestro espíritu santo. Volvedme la alegría de vuestra salud y confiadme con vuestro espíritu principal. Amén.

CAPITULO XIII

De cuán grande sea el beneficio de la justificación por la gracia

Grande son, Señor, todos estos beneficios; mas ¿qué me aprovechará todo esto si no me despertares de mi sueño y llamares a penitencia? Puse tan mal cobro en aquella gracia que se me dió en el bautismo, que, como el hijo pródigo, destruí toda la hacienda que allí me disteis y profané aquella casa que Vos para Vos santificasteis, poniendo dentro de ella los ídolos de mis deleites y ensuciándola con mis maldades.

Tiempo hubo, Salvador mío, en que estuve tan ciego y tan perdido como si no hubiera ley, como si creyera que no había Dios, donde ni me acordaba de muerte, ni de juicio, ni de otra vida; donde la ley por donde me regía eran mis apetitos, haciendo todo cuanto deseba y deseando todo lo que alcanzar no podía. Así se pasaron los años de mi vida, viviendo en tan espesas tinieblas, que se pudieran, como las de Egipto, palpar con las manos. ¡Oh cuán tarde os conocí, luz eterna! ¡Oh cuán tarde abrí los ojos a miraros, hermosura tan antigua!

Dios espera. Todo este tiempo me aguardasteis, y me sufristeis, y me esperasteis, no queriendo que la muerte me tomase desapercibido. ¡Oh alteza de vuestros juicios y grandeza de vuestra misericordia! ¡Cuántos otros hubo a quien arrebató la muerte en el fervor de sus pecados, los cuales desde entonces para siempre penarán, y a mí, que era uno de ellos, vuestra misericordia me aguardó y dejó para esta hora!

¿Qué fuera de mí si en aquel tiempo me hubieseis llamado a juicio? ¿Qué cuenta pudiera dar en aquel estado? ¡Oh misericordia mía y redención mía!, tanto conozco que os debo por esta espera tan larga, por la cual no soy uno de los condenados, como si ya estuviera entre ellos y de allí me hubiéredes sacado. Bendita sea vuestra paciencia,

por la cual vivo, y bendita vuestra misericordia, que tanto tiempo me aguardó.

Dios ilumina y llama. Mas no solamente me aguardabais cuando yo pecaba, mas aun muchas veces, como si yo fuera vuestro amigo, me visitabais y con blandas y secretas inspiraciones me llamabais para Vos, poniéndome delante la grandeza de mis culpas, la brevedad de esta vida, la eternidad de la otra, el rigor de vuestra justicia y la blandura de vuestra misericordia.

En medio de mis maldades me salteaba vuestra presencia, de manera que, aun cuando yo porfiaba en buscar los deleites mundanos y quería comer de las cebollas de Egipto, me hacíais Vos saltar las lágrimas de los ojos con estos bocados. Mi oficio era ofenderos, y el vuestro era despertarme; mi camino era huir de Vos, como si no me fuera nada en perderos, y el vuestro era buscarme, como si os fuera mucho en hallarme.

De esta manera me porfiabais muchos días, Vos con beneficios, yo con maleficios; Vos haciendo como quien erais, yo haciendo como quien era. Todas éstas eran voces con que dulcemente me llamabais y me queríais atraer a Vos. Mas cuando éstas no bastaron, disteis una grande voz en los oídos de mi alma, con la cual, como con bramido de leona, me quisisteis resucitar y volver de muerte a vida. Esta es aquella voz llena de poder y magnificencia que predicaba David en su salmo, porque no es menor el poder que la misericordia de que usáis para hacer esta obra. Porque de grandísima misericordia es perdonar los pecados, y de grandísimo poder hacer justos de pecadores.

Beneficio de la justificación. ¿Cuántos son los beneficios que se hacen en este beneficio? Aquí se perdonan los pecados y se da la gracia y la caridad, todas las virtudes y dones del Espíritu Santo. Aquí el pecador es reconciliado con Dios, y de enemigo se hace amigo, y de esclavo del demonio, hijo de Dios y heredero de su reino. Aquí es recibido el hijo pródigo en la casa del padre, aquí se da la primera vestidura, y el anillo, y el calzado, todos los otros atavíos que pertenecen a hijo.

No puede nadie, Señor, en esta vida tener certidumbre de fe que está justificado, pues nadie sabe si es digno de amor o de odio. Mas puede tener certidumbre moral, mayor o menor, según las conjeturas y señales que hay de vuestra gracia. Entre las cuales no es la menor haber desistido el hombre de la mala vida que vivía y haber per-

severado mucho tiempo sin conciencia ni afecto de pecado mortal.

Acción de gracias. Pues el que por esta conjetura o por otras tales tuviere esta manera de conocimiento, está obligado a daros infinitas gracias por este beneficio, y decir así:

Bendito seáis Vos, Señor, para siempre, dador liberalísimo de todos los bienes, y más, de Vos mismo, porque siendo yo quien soy, y viviendo como he vivido, si por vuestra misericordia me disteis el espíritu de vuestra gracia, en él me disteis maestro, ayo, tutor, gobernador, defensor, consolador y todos los bienes. Este es señal de adopción, arras de casamiento y prenda de la vida perdurable. Este es el autor de la gracia, con la cual el alma que Vos recibís por esposa es vestida de fortaleza y hermosura, para que con lo uno sea agradable a vuestros ojos y con lo otro terrible a los demonios.

Bendito sea aquel día que tal huésped entró en mi casa, si por ventura ha entrado en ella, y bendita sea la hora en que se abrieron las puertas de mi voluntad para recibirlo. Aquél fué día de mi nacimiento, aquél fué día de mi salida de Egipto, aquél fué día para mí Pascua de Navidad si en él nació en mi alma al Hijo de Dios. Aquel día fué mi Pascua de Resurrección si en él resucité de muerte a vida. Aquel día fué para mí Pascua de Pentecostés, si en él recibí el Espíritu Santo. Maldiga Job el día de su concepción y nacimiento, porque en él nació siervo del pecado e hijo de ira; yo alabaré y cantaré por este segundo día, y pediré que siempre viva en mí su memoria, si en él tuvo por bien el Señor sacarme del pecado.

Este es el día en que cantan los ángeles por la conversión del pecado, y se alegra la piadosa mujer con la pieza de oro hallada, y hace fiestas el buen pastor por la oveja cobrada, y lloran los demonios por la presa robada. Este es el día en que el Padre Eterno recibe al hombre por hijo, y el Hijo por hermano, y el Espíritu Santo por su templo, y los ángeles por compañero, y toda la corte del cielo por ciudadano.

Pues si los ángeles cantan en este día, ¿cómo callará mi boca, cómo enmudecerá mi lengua, cómo no se henchirán mis labios de alabanza? Todos aquellos cantares, todas aquellas fiestas y alegrías, todos aquellos hacimientos de gracias que los profetas y los Salmos piden a los hombres por la venida del Hijo de Dios al mundo, ha de ofrecer el verdadero penitente por el beneficio de su conversión, pues entonces viniste al mundo para él, cuando con este llamamiento le aplicaste el misterio de vuestra venida.

Comparación con los beneficios de la creación y de la glorificación.

¿Con cuál de vuestros beneficios se podrá, Señor, comparar este beneficio? Grande fué el beneficio de la creación, porque en aquél me sacasteis del no ser al ser; mas mucho mayor es el de la justificación, porque en él sacáis al hombre del ser de la culpa al ser de la gracia. En el uno le dais ser humano, y en el otro divino, porque en el uno le hacéis hijo del hombre y en el otro hijo de Dios.

No sólo es más justificar al hombre que criarlo, sino aun es más que criar cielos y tierra de nuevo, porque todo esto es un bien limitado y finito, mas la gracia de justificación es infinita, por cuanto se ordena a un bien infinito.

Grande es el beneficio que esperamos de la glorificación, que es hacer al hombre bienaventurado; pero no es menor en su manera el de la justificación, pues no es menos de pecador hacerlo justo que de justo bienaventurado, pues mayor distancia hay del pecado a la gracia que de la gracia a la gloria.

También es grandísimo beneficio el de nuestra redención. Mas ¿qué aprovecharía al hombre ser redimido si no fuese justificado? Este beneficio es la llave de todos los otros beneficios, sin el cual todos ellos no solamente no aprovecharían, mas antes vendrían a ser materia de mayor condenación.

La sola bondad de Dios, causa de este beneficio.

Pues si tan grande es este beneficio del llamamiento, si yo por ventura soy de esta manera llamado, lo cual puedo piadosamente conjeturar, por verme por vuestra misericordia libre de las maldades pasadas, aunque no lo sepa cierto, suplícoos, Señor, me digáis cuál fué la causa por qué os movisteis a hacerme tanto bien. ¿Qué visteis en mí, porque así os plugo mirarme con tales ojos? Ninguna cosa había en mí, sino pecados. No os conocía, no os amaba, no os servía ni me acordaba de Vos; hecho estaba un infierno de tinieblas y de maldades. Pues ¿en qué pudisteis poner esos ojos amadores de limpieza para hacerme tanto bien? No puedo, Señor, dejar de quedar atónito cuando pienso en esto, porque no hallo otra causa sino vuestra sola bondad.

Mas cuando junto con esto me acuerdo de otros muchos compañeros que tuve en mis vicios, y cómo siendo todos malos, y yo más que todos, dejasteis algunos de ellos y tomasteis a mí, y me asentasteis a vuestra mesa, y me disteis de comer de aquel maná escondido, que nadie conoce sino el que lo ha probado; cuando veo que, estando yo y ellos en la cárcel de Egipto, a mí por ventura sacasteis de

allí para que sirviese en vuestra mesa real con el cáliz de la compunción, y aquéllos sentenciasteis que fuesen a apacentar con sus carnes a los buitres infernales, cuando esto pienso quedo tan fuera de mí, que no sé cómo os alabe ni cómo acabe de daros las gracias por este bien.

No querría sino estarme toda la vida preguntándoos: Señor, ¿qué visteis en mí, qué visteis en mí, qué visteis en mí más que en los otros, porque así me llamasteis, así me librasteis, así me recibisteis, así me mirasteis, si por ventura soy así mirado, dejando en su pecado a tantos que eran menos malos que yo? No sé qué me digo, ni sé qué me hago, sino daros siempre inmortales gracias por este beneficio y suplicaros que pueda yo de verdad cantar con el Profeta (Salm. 115, 16) diciendo: Rompiste, Señor, mis ataduras: a Vos sacrificaré sacrificio de alabanza e invocaré vuestro santo nombre.

Dios, si caídos nos da la mano, levantados, nos sostiene.

Así como Vos sólo, Señor, sois el que nos criasteis e hicisteis de nada y Vos sólo nos conserváis el ser de naturaleza que nos disteis, así Vos sois el que con vuestro espíritu nos volvéis a reengendrar en el ser de gracia, y Vos sólo el que conserváis la gracia que nos dais. Porque, como dice el Profeta (Salm. 126, 1), si el Señor no edificare la casa, en vano trabajará el que la edifica, y si Él no la guardare después de edificada, en vano vela el que la guarda. Vuestro es el lavantarnos de la culpa y vuestro el no haber vuelto a caer en ella. Si me levanté, Vos me disteis la mano, y si ahora estoy en pie, Vos sois el que me tenéis para que no caiga

Pues ¿cuántos beneficios encierra en sí este beneficio? Todos cuantos buenos propósitos e inspiraciones he tenido, beneficios vuestros son. Todas cuantas veces he vencido al enemigo y a mis malas inclinaciones y apetitos, beneficio vuestro fué.

Porque, como sea verdad que ninguno puede decir dignamente «Jesús» sin especial favor del Espíritu Santo, y que nadie es más poderoso para hacer una obra meritoria sin Vos que un sarmiento para dar fruto estando apartado de la vid, clara cosa es que si algún fruto de buenas obras ha nacido de este pobre sarmiento, ha sido por virtud de la vid con quien estaba juntado. Si alguna vez ayuné, por Vos ayuné; si alguna cosa sufrí, Vos me hicisteis que la sufriese, y si alguna vez negué mi propia voluntad, Vos me ayudasteis a que la negase. Si alguna lágrima derramé, o alguna oración hice que os fuese agradable, confieso, Señor mío, que por Vos la hice, y que todas mis obras Vos las habéis obrado en mí, y así por todas ellas os doy gra-

cias, y me conozco por deudor de tantas mercedes, cuantos servicios os he hecho en esta vida, si alguno tengo hecho.

Pues ¿qué diré de los aparejos que me habéis dado para bien vivir? ¡Cuántos predicadores me habéis enviado para que me enseñasen, cuántos buenos confesores, cuántos buenos amigos y compañeros, cuántos buenos ejemplos, cuántos buenos libros y escrituras para que me incitasen y despertasen al bien! Porque tal es y tan maravillosa vuestra prudencia, que con estar el mundo tan perdido, en ninguna parte, por desierta que sea, faltan muchas de estas ayudas para quien os quiere servir. Y si os debe mucho quien las ha tenido y se ha de ellas aprovechado, mucho más os debe el que ha aprovechado sin ellas, porque esto nace de haber Vos suplido estas faltas y tomado todos esos oficios a vuestro cargo, para que en Vos tuviese todas estas cosas tanto mejoradas, cuanto Vos sois mejor ayudador y maestro que todos los otros.

La mano de Dios en medio de los peligros. Sobre todo esto, ¿quién podrá explicar los peligros y males de que me habéis librado en que pudiera yo haber caído? No hay pecado que haga un hombre que no lo pueda hacer otro hombre. Pues, según esta cuenta, los pecados de todos los hombres puedo decir con verdad que son beneficios míos, porque en todos ellos pudiera yo haber caído si Vos, Señor, no me hubierais por vuestra infinita misericordia librado. Pues ¿cuántas ocasiones de pecar me habréis excusado, que bastaran para derribarme, pues derribaron a David, si Vos no los atajareis conociendo mi flaqueza?

Estos beneficios, Señor mío, como son privativos o preservativos, no se pueden tan claro conocer, aunque no se deben menos agradecer, pues no es menor beneficio preservar al hombre del mal que hacerle bien. Pues ¡cuántas veces, oh buen Jesús, habréis Vos usado conmigo de esta misericordia! ¡Cuántas veces habréis atado las manos a mi enemigo para que no me tentase cuanto pudiese, y si me tentase, para que no me venciese! ¡Cuántas veces lo habréis ojeado y arredrado de mí, para que del todo no me tentase! ¡Cuántas veces encantasteis aquella antigua serpiente, para que, aunque anduviese yo entre víboras y basiliscos, no me empeciesen! ¡Cuántas veces anduvisteis conmigo en medio de las aguas y del fuego, para que ni las llamas me quemasen ni me sorbiesen las aguas! ¡Cuántas veces en medio de los fervores del mundo volvisteis las llamas de Babilonia en rocío de aire templado, para que no me abrasasen! ¡Cuántas veces podría yo decir con verdad aquellas palabras del Profeta (Salm. 17, 13): Muchas

veces fuí combatido y trastornado por caer, y Vos, Señor, me recibisteis! Y si por mi flaqueza iba a caer, Vos poníais allí vuestra blanda y poderosa mano para que no me lastimase. Si os decía que mis pies habían resbalado, vuestra misericordia, Señor, me ayudaba, y según la muchedumbre de los dolores de mi corazón, así vuestras consolaciones alegraron mi alma.

Padre de las misericordias. Sobre todo esto, dulcísimo Señor, me da grande alegría y admiración de vuestra bondad cuando me paro a considerar cuántas veces por mis grandes culpas habré yo merecido que quitaseis vuestra mano de mí, como la habéis por ventura quitado de otros, y no lo hicisteis.

Porque es cierto que por muchas causas merecen los hombres ser de Vos desamparados. Porque el que es soberbio merece perder vuestra gracia, porque usa de ella para su soberbia y vanagloria. El ingrato y desconocido también merece perderla, porque no da las gracias que debe por ella. El perezoso también la merece perder, porque justo es quitar el talento y la hacienda de las manos del que no sabe aprovecharla. Y también el que no se aparta con cuidado de los peligros, merece caer en ellos, porque no hace lo que es en sí para que el Señor le libre de ellos. Estas son las causas por donde Vos, Señor, muchas veces desamparáis a muchos, por do vienen a caer en grandes errores y pecados, de los cuales tenemos cada día recientes ejemplos.

Pues, ¿cómo podré yo creer de mí que estoy libre de estas culpas? Yo muchas veces me he vanamente gloriado de vuestros dones y hurtado la gloria que a Vos sólo se debía. Yo he sido ingrato a vuestros beneficios, y perezoso y flojo para aprovecharme de ellos, y atrevido y temerario para ponerme en peligros. Por las cuales causas merecía muchas veces ser desamparado, para que mi caída me diera el pago de mi locura.

Y ha sido tanta y tan admirable vuestra paciencia, que habéis disimulado mis negligencias y cerrado los ojos a mis flaquezas. Hasta ahora me habéis sufrido con tan grande piedad, y no habéis querido que por vuestra parte faltasen vuestros socorros, aunque de la mía recibieseis tantos agravios. Los dolores también y los remordimientos de conciencia que tuviera si del todo me desamparáis, convierto ahora en gracias y voces de alabanzas, diciendo con el Profeta (Salm. 114, 8): Vuélvete, alma mía, a tu descanso, pues el Señor ha usado de misericordia contigo, porque libró mi alma de la muerte, y mis ojos de lágrimas, y mis pies de la caída.

II.—DE LAS VIRTUDES TEOLOGALES

A).—De la fe cristiana

CAPITULO XIV

DE LA NECESIDAD DE LA FE

Antes que tratemos de la fe, será necesario declarar primero cómo en esta vida no podemos vivir sin alguna manera de fe, que es creer muchas cosas sin haberlas visto, ni sabido la razón de ellas.

Lo cual testifica San Agustín en el libro VI de sus *Confesiones,* declarando el estado miserable en que su alma estaba antes que recibiese la fe, por estas palabras: Así como el que cayó en manos de algún mal médico no se osa fiar ni aun del bueno, así mi alma, que tantos malos médicos y maestros había experimentado, no se osaba entregar al bueno, que mediante la fe la había de sanar. Mas tú, Señor, con tu mano mansísima y clementísima, poco a poco comenzaste a tratar y componer mi corazón, haciéndome que considerase cuántas cosas creía que no había visto ni halládome presente cuando se hacían, como son muchas cosas que hallamos escritas en las historias de los gentiles, y muchas de los lugares y ciudades que yo no había visto, y muchas otras, en las cuales daba crédito a los amigos y a los médicos, y a unos y a otros hombres: las cuales cosas si no fuesen creídas, no se podría gobernar la vida humana. Y sobre todo esto, por cuán cierto tenía quién eran los padres que me engendraron, lo cual no podía yo saber sino oyéndolo a otros.

Con estas cosas, Señor, me persuadisteis no solamente que diese crédito a las santas Escrituras, las cuales fundasteis con tanta autoridad en todas las gentes, mas aun que tuviese por muy culpados a los que no las creyesen. Y por tanto, como yo fuese insuficiente y flaco para hallar la verdad con manifiesta razón, y por esta causa tuviese necesidad de la autoridad y testimonio de las Letras sagradas, comencé luego a creer que no era posible que tú dieses tan grande dignidad a estas Letras en el mundo, sino porque mediante ellas queríais ser creído y por ellas buscado.

Qué cosa es fe. Presupuesto, pues, ya este fundamento, que no se puede pasar esta vida sin alguna manera de fe, descenderemos a tratar en particular de la fe cristiana. Para lo cual será necesario declarar qué cosa sea fe y cuántas maneras hay de fe.

Pues para lo primero es de saber que hay dos maneras de fe, una que llaman adquirida y otra infusa. La adquirida es la que se adquiere con muchos actos de creer, cual es la que tiene el moro o el hereje, que, por la costumbre que tiene de dar crédito a sus errores, viene a afirmarse tanto en ellos, que apenas hay medio para desquiciarle de lo que tantas veces tiene aprendido.

Mas fe infusa es la que el Espíritu Santo infunde en el alma del cristiano, lo cual comúnmente se hace en el santo bautismo, donde juntamente con la gracia se infunde la fe, y con ella todas las virtudes que de la gracia proceden.

Esta es una especial y sobrenatural lumbre del Espíritu Santo infundida en el entendimiento del cristiano, la cual le inclina eficacísimamente a creer lo que la Iglesia le propone, sin ver la razón en que se funda. Porque lo que hubiera de obrar la razón, si la hubiera, eso mismo obra por más excelente manera aquella invisible lumbre del Espíritu Santo.

Lo cual se ve en la constancia de los santos mártires, y particularmente en muchas mujercicas simples y mozos de poca edad, los cuales, sin saber los fundamentos y razones de nuestra fe, estaban tan firmes en ella que se dejaban martirizar y despedazar por la verdad y confesión de ella. Pues esta tan grande certidumbre y firmeza que tenían, obraba en ellos esta lumbre de fe que decimos.

Certidumbre y oscuridad de la fe. Mas es de saber que con tener la fe esta firmeza y certidumbre infalible, porque se funda en la primera verdad, que es Dios, el cual nos reveló todo lo que creemos, con todo eso no tiene claridad y prueba de razón, porque es de cosas que sobrepujan toda razón, como es el misterio de la Santísima Trinidad, y de la Encarnación del Hijo de Dios, con todos los artículos de fe que nuestro Señor Dios tuvo por bien revelarnos, sin la cual no era posible que la razón humana los pudiese comprender.

Y por esto dice el Apóstol (Hebr. 11, 1) que la fe es de las cosas que no se ven, esto es, de las que no se alcanzan por sola razón, sino por revelación de Dios. En sujetándose el entendimiento a que vea por fe lo que no alcanza por razón, está el merecimiento de ella. Lo cual declara el mismo Apóstol por ejemplo de Abrahán, al

cual, siendo de edad de cien años y su mujer Sara de noventa y estéril, prometió Dios que daría un hijo (Rom. 4, 18; Gén. 15, 3), lo cual por vía de naturaleza era imposible. Mas el santo patriarca, aunque no veía razón para esperar tal fruto, creyó fielmente la palabra de Dios. Y fuéle esta fe reputada y contada por merecimiento y obra de justicia, y asi lo será a todos los que con semejante fe y devoción creyeren lo que Dios nos ha revelado, de tal modo que cuanto la cosa que se nos propone fuere más remontada y encumbrada sobre toda razón, tanto será mayor el merecimiento de la fe.

En la cual dice San Crisóstomo que ha de estar el siervo de Dios tan constante, que, aunque le parezca haber contrariedad en las cosas que Dios dice, no por eso las ha de dejar de creer. Y pone por ejemplo la fe de este mismo patriarca, al cual, habiendo Dios prometido que de su hijo Isaac nacería gran número de gentes, mandó que lo sacrificase antes que el mozo tuviese hijos (Gén. 22, 2). Pues ¿qué cosa pudiera ser a juicio humano más contraria una a otra? Pero ni aun por eso el santo varón perdió la fe de la promesa divina, creyendo que, después de muerto el hijo, Dios lo resucitaría para que se cumpliese su promesa.

Creemos porque Dios lo ha revelado. Pues para todos los misterios de nuestra fe basta la autoridad de Dios, que es el autor de ella, sin procurar más razón. Pitágoras, como refiere Valerio Máximo, era tenido de sus discípulos en tanta veneración, que tenían por grande culpa poner en disputa las cosas que de él habían aprendido. Y si alguno los obligaba a dar razón de lo que defendían, no daban otra más que la autoridad de su maestro, diciendo: Él lo dice. Y otros añaden que este estilo conservaban por espacio de siete años, según el número de las siete artes liberales, porque ya entonces les era lícito disputar.

Pues, si esta reverencia se tenía a un filósofo, ¿cuánto más se debe tener a aquella primera y suma Verdad para no querer escudriñar curiosamente los secretos de la fe que Él nos enseñó? Lo cual quiso Él figurar mandando en la ley que cuando los sacerdotes o levitas envolviesen las alhajas del santuario para mudarse de un lugar a otro, no las mirasen con curiosidad antes que las envolviesen, porque haciendo lo contrario morirían por ello (Núm. 4, 15). En otras cosas que vedaba decía: Porque por ventura no mueran los que lo contrario hicieren; mas aquí resueltamente dice que morirían. Lo cual a costa suya experimentaron los betsamitas (1 Rey. 6, 19), porque, llegan-

do el arca de testamento de la tierra de los filisteos a la suya, quisieron mirar con atrevida curiosidad lo que en ella había, por el cual pecado mató Dios gran número de ellos.

Esto, pues, nos sea escarmiento para no dar lugar a que en nuestras almas haya alguna curiosidad, queriendo escudriñar con razón humana las cosas que están sobre toda razón. Porque donde Dios habla, hemos de humillarnos y abajar las alas de nuestro entendimiento, como lo hacían aquellos santos animales de Ezequiel (1, 5) cuando sonaba la voz del cielo.

Racionabilidad del acto de fe. Mas no piense nadie que por ser las cosas que creemos sobre toda razón, nos movemos livianamente y sin fundamento a creerlas. Porque muy bien se compadece ser las cosas que creemos sobre razón y ser muy conformes a la razón que las creemos cuando vemos la verdad de ellas confirmada con algún milagro o cosa equivalente. Porque los que creyeron en Cristo nuestro Señor cuando le vieron resucitar a Lázaro, justísima cosa tuvieron para creer. Y la misma tuvo Nicodemus viendo los milagros que el Salvador hacía. Porque como los milagros sean obra de sólo Dios, cuando se hacen en testimonio de alguna verdad, Dios es el testigo de ella, cuyo testimonio es infalible.

Pues la fe y religión cristiana está aprobada y confirmada con tan grande lluvia de milagros, y lo que es más, con la verificación y cumplimiento de tan claras y evidentes profecías, y con otros testimonios, así de innumerables mártires como de doctísimos varones, que pudo con mucha razón decir Ricardo de San Víctor: Pluguiese a Dios que mirasen los judíos y los paganos con cuánta seguridad podemos los cristianos presentarnos en el juicio divino, ¿no os parece que podríamos confiadamente decir: Señor, si es engaño lo que creemos, Vos sois la causa de él, porque por tales señales y prodigios fueron testificadas y probadas las cosas que creemos, que era imposible ser hechas sino por Vos?

Así que por estas causas no se puede decir que ligera o livianamente creemos, sino con gravísimos fundamentos. Por lo cual dicen muy bien los teólogos que la verdad de los misterios de nuestra fe no es clara y evidente, pues la fe es de las cosas que no se ven, mas es cosa clara y evidente que deben ser creídos.

Qué pecados destruyen la fe. También es aquí de advertir que esta fe infusa de que hablamos, no quiere Dios que se pierda por cualquier pecado mortal, si no es contrario a la misma fe, como es la herejía o la apostasía. Porque como la fe sea fundamento de todo el edificio espiritual, así como derribada la casa todavía quedan los cimientos enteros, así, derribado el edificio espiritual de las virtudes por el pecado mortal, todavía queda el fundamento de la fe entero, y junto con él la esperanza, compañera de la fe, aunque quedan informes, que es sin la vida y perfección que la caridad les da.

Mas aquí también es de notar que la más firme y segura guarda que tiene la fe es la pureza de la vida y la buena conciencia.

Porque como la fe mueve los hombres a bien vivir, si la tenemos ociosa y no la empleamos en éste, viene a ser de ella lo que se suele decir del caballo, que se manca en la caballeriza ; del hierro, que, si no se usa, se cubre de orín y él mismo se consume. Porque por la culpa que cometemos en no querer aprovecharnos de esta lumbre del cielo, ni querer granjear con este talento que el Señor nos entregó, permite Él que vengamos a caer en alguna ceguera con que perdamos este grande beneficio. Por lo cual nos aconseja el Apóstol (I Tim. 1, 19) que juntemos con la fe la buena conciencia, porque por falta de ella muchos vinieron a perderla.

CAPITULO XV

De las cualidades y perfección de la fe cristiana

Ahora es de saber que la fe unas veces está acompañada con caridad, y llámase entonces fe formada o fe viva, porque recibe vida de la caridad, que es como alma de la fe, y otras veces está sin caridad, y llámase entonces fe informe y fe muerta, no porque no sea verdadera fe, sino porque le falta el lustre y la vida y la perfección y hermosura que le viene cuando está encendida y abrasada con la caridad. Dicen que el ámbar por sí sólo no tiene olor suave, mas juntándolo con almizcle, recibe de él la suavidad y olor tan afamado que tiene ; y lo mismo podemos decir en su manera de la fe cuando está acompañada con

caridad. sino que la caridad es más excelente virtud que esa fe, como el Apóstol dice (I Cor. 13, 13).

Es, pues, ahora de saber que esta fe que está acompañada con la caridad, tiene también aneja consigo la obediencia de los mandamientos divinos, a la cual nos inclina esa misma fe. Porque lo propio de ella, cuando está formada, es inclinar al hombre a que viva conforme a lo que ella le enseña. Y así, cuando la fe nos propone aquella sentencia del Salvador (Lc. 13, 3), si no hiciereis penitencia, todos juntamente pereceréis, esfuérzase a hacer penitencia. Y cuando el mismo Señor dice (Mt. 7, 21): No todo aquel que me llama Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, trabaja con todas sus fuerzas por cumplir esta voluntad. Y cuando el mismo Señor dice (Mt 18, 3): Si no os humillareis e hiciereis pequeñuelos, no entraréis en el reino de los cielos, trabaja por imitar la humildad y simplicidad de estos pequeñuelos.

Y lo mismo hace en todas las otras cosas que Dios nos manda, conformando la vida con lo que ella enseña. Tal fué la fe de aquellos que oyeron la predicación de San Pedro, los cuales renunciaron todas las cosas que tenían, y pusieron el precio de ellas a los pies de los Apóstoles (Hech. 4, 32). Y tal fué también la de los ninivitas, porque de tal manera creyeron lo que el profeta Jonás (3, 5) predicaba, que se convirtieron a Dios y desistieron de sus malas obras.

De manera que, bien mirado, la fe es como maestro y ayo que nos enseña la manera de vivir. La fe es una candela resplandeciente que alumbra nuestros entendimientos y nos da conocimiento de la verdad. La fe es médico que nos enseña las medicinas con que habemos de curar las dolencias de nuestras almas. La fe es nuestro legislador que nos da leyes de bien vivir y la que instituye nuestra vida con mandamientos saludables. La fe es como arquitecto y maestro principal del edificio espiritual, el cual declara a los otros oficiales lo que cada uno ha de hacer en su oficio. La fe es sol de nuestra vida, el cual esclarece las tinieblas de los mortales, enseñándoles a dónde y por dónde han de caminar. La fe son aquellos ojos que, como dice Salomón (Ecl. 2, 14), están en la cabeza del sabio, los cuales rigen y enderezan los pasos de la vida. La fe es como un adalid que va delante de nosotros descubriéndonos las celadas de los enemigos y guiándonos por camino seguro. La fe es alas de la oración, con las cuales sube hasta la presencia de Dios y alcanza de Él lo que pide; pues dice el Señor (Mc. 11, 24): Cualquier cosa que pidiereis en la oración, creed que la alcanzaréis y dárseos ha.

Y sobre todos estos títulos y excelencias, dice San Bernardo que no hay cosa escondida a la fe. ¿Qué cosa hay, dice él, que no alcance la fe? La fe no sabe qué cosa es falsedad, entiende lo que razón no alcanza, comprende las cosas oscuras, abraza las inmensas, entiende las futuras, traspasa los fines de la razón humana, y los términos de experiencia, y el uso de la naturaleza, y, finalmente, ella es la que en su anchísimo seno encierra en su manera toda la eternidad. Lo dicho es de San Bernardo.

La fe también es, como dice San Juan (I, 5, 4), la victoria que vence al mundo. Esta es la que, según San Pablo, justifica las almas, porque es la raíz y fundamento de todas las virtudes que se requieren para nuestra justificación; y como él mismo dice en otro lugar (Hebr. 11, 33), por esta fe los santos vencieron los reinos, obraron justicia, alcanzaron el cumplimiento de las promesas divinas, cerraron las bocas de los leones, apagaron las llamas de fuego, pusieron en huída las haces de los enemigos, hiciéronse fuertes en las batallas, destruyeron los reales de los contrarios y restituyeron a sus madres los hijos muertos.

Y ésta es, como el mismo apóstol dice, la fe que tuvieron todos los santos patriarcas desde el principio del mundo, y por ella rigieron todos los pasos de su vida, fiándose de las palabras y promesas de Dios, creyendo lo que no veían y esperando lo que no poseían, levantándose sobre toda la facultad de la razón humana y gobernándose por esta luz de la palabra divina. Lo cual es vivir por fe como viven todos los justos, según el profeta dice (Hab. 2, 4). Porque la fe es para ellos el norte por donde navegan y la carta de marear por donde se rigen. Y según esto, la fe levanta al hombre a otro estado más alto que el que tiene por naturaleza. Porque recibiendo en sí la lumbre del Espíritu Santo, ya tiene dentro de sí una cosa más que humana, y comienza a entrar en la región y orden de las cosas divinas.

Cómo se perfecciona la fe. Pues siendo tantas y tan grandes la excelencias de la fe, síguese que uno de los principales estudios del buen cristiano ha de ser trabajar todo lo posible por perfeccionar y acrecentar esta fe. Porque, así como la caridad y la esperanza y todas las otras virtudes crecen con el uso y ejercicio de ellas y con el mérito de las buenas obras, así también crece la fe.

Y es aquí de notar que no solamente la caridad, mas también el don del entendimiento, que es uno de los siete dones del Espíritu Santo, esclarece y perfecciona grandemente la fe. Y cuanto el hombre más participa de este don de entendimiento, tanto crece con mayor claridad, despi-

diendo poco a poco de sí mucha parte de esta oscuridad que está aneja a la fe. Y esto a veces en tanto grado, que a algunos que tienen la fe muy confirmada e ilustrada con este don, parece que ya no tienen fe, sino otra lumbre más clara que ella. Mas no es así, sino que aquella misma fe que tenían está más esclarecida con este susodicho don de entendimiento, que es como otra forma de esa misma fe.

Y este don se ayuda mucho con la doctrina de las cosas de la fe, la cual declara la hermosura y excelencia de la fe y la conveniencia y consonancia suavísima de sus misterios. Y por esta humilde inquisición y estudio de la verdad merece el hombre que el Espíritu Santo acreciente en él así la lumbre de la fe como este don de entendimiento, cuyo oficio es penetrar la verdad y conveniencia de los misterios que creemos. Y cuanto más los penetra, tanto más firmemente los cree y tanto más se mueve a obrar y conformar con ellos su vida.

Y como entre estos misterios, el de la Encarnación y Pasión del Salvador, y la pena y gloria que está por Dios señalada para buenos y malos, sean motivos eficacísimos para movernos al amor y temor de Dios y a la guarda de sus mandamientos, síguese que cuanto más firme y más palpablemente, si decirse puede, cree el hombre estas cosas, tanto con mayor eficacia se mueve a lo dicho. Y en este sentido se declara también aquella sentencia del profeta (Hab. 2, 4) que poco antes alegamos, la cual dice que el justo vive por la fe, porque con la consideración y fe de estos tan grandes motivos que tenemos para bien vivir ordenamos más religiosamente nuestra vida. De donde se sigue que cuanto más crecida fuere la fe, tanto serán mayores los estímulos que tendremos para caminar por este camino del cielo.

De lo cual todo se concluye que, así como el hortelano emplea toda su diligencia en cultivar la raíz de los árboles, porque esto hecho, el beneficio de la raíz redunda luego en todas las ramas que de ella proceden, así uno de los principales cuidados del buen cristiano ha de ser cultivar esta raíz de todas las virtudes que es la fe, porque, estando ella bien labrada y cultivada, las ramas de las virtudes crecerán y fructificarán más abundantemente.

CAPITULO XVI

DE CÓMO LA FE CRISTIANA ESTÁ SUFICIENTEMENTE CONFIRMADA POR LOS MILAGROS

La divina Providencia, que dispone todas las cosas suavemente, y las ordena en número, peso y medida, que es con suma igualdad y sabiduría, no había de obligar al hombre a creer cosas que están sobre toda razón y sobre todas las leyes de naturaleza, sin medios eficaces y proporcionados para creerlas. Porque por medios sobrenaturales se han de probar las cosas que sobrepujan toda la facultad de naturaleza. Estos medios son milagros y profecías, de que aquí habemos ahora de tratar.

Porque milagros son obras de sólo Dios, que puso leyes a las criaturas que Él crió, las cuales nadie puede dispensar sino sólo el que las dió. Y esto es hacer milagros, como es mandar al fuego que no queme, como lo hizo con aquellos tres santos mozos echados en el horno de Babilonia, y mandar al agua que no corra al lugar bajo, como lo hizo deteniendo las aguas del río Jordán para que pasase su pueblo a pie enjuto por él.

Pues estos milagros son prueba tan suficiente de la fe, que ninguna demostración matemática iguala con ellos. Porque haciéndose un milagro en confirmación de la doctrina que se predica, es visto ser Dios el testigo de ella, pues nadie puede hacer milagros sino sólo Él, o sus santos por Él. Y el testimonio de Dios excede todos los otros testimonios y argumentos de verdad que puede haber.

Ejemplo del Antiguo y del Nuevo Testamento.

De aquí procedió la fe de muchos y el conocimiento del verdadero Dios, como parece por muchos ejemplos así del Viejo como del Nuevo Testamento. De Naamán, príncipe de Siria leproso, leemos que, sanándolo súbitamente Eliseo de su lepra, también lo sanó de otro mayor mal, que era la lepra de la infidelidad. Porque, convencido con este tan evidente milagro, confesó que sólo el Dios de Israel era el verdadero Dios, y que a Él solo adoraría de ahí adelante.

Nabucodonosor, rey de Babilonia, después que mandó echar los tres mozos en el horno y vió que ningún daño recibieron de él ni en sus cuerpos ni en sus ropas, visto este

tan gran milagro, no sólo creyó que el Dios de Israel era el verdadero Dios, mas envió un edicto general por todo su imperio mandando que quienquiera que dijese alguna blasfemia contra Él fuese por ello muerto y su casa destruída. Y él mismo, cuando vió que Daniel le había revelado el sueño de que él estaba olvidado, junto con la declaración de él, reconoció la misma verdad, diciendo (Dan. 2, 47): Verdaderamente vuestro Dios es Dios de los dioses y Señor de los reyes.

Lo mismo acaeció a Darío, el cual sucedió en esta monarquía a Nabucodonosor, porque siendo compelido por hombres perversos y envidiosos a que echase a Daniel en el lago de los leones, y visto que, pasada parte del día y de una noche, ninguna lesión había recibido de ellos, de tal manera reconoció la omnipotencia del verdadero Dios, que envió una provisión real por todo su imperio, que contenía estas palabras (Dan. 6, 25): Paz sea con vosotros, etc. Por mí está hecho un decreto que todos en todo mi reino tiemblen y teman al Dios de Daniel. Porque Él es Dios vivo y eterno en todos los siglos, cuyo reino nunca será menoscabado, y cuyo poder es eterno. Y Él es salvador y librador de los suyos y el que hace maravillas en el cielo y en la tierra.

Estos ejemplos son del Viejo Testamento; mas en el Nuevo, entre otros muchos, tenemos aquellos que creyeron el Salvador, cuando le vieron resucitar a Lázaro de cuatro días muerto. Así también creyó Nicodemus, cuando confesó que Cristo era maestro venido del cielo, vistos los milagros que hacía. Así también creyó el régulo cuando vió que a la misma hora que el Salvador (Jn. 4, 50) dijo: Vete, que tu hijo vive, luego el hijo se fué sano.

Todo esto sirve para que veamos cómo los milagros son suficientes medios para probar la verdad de la fe y provocar los hombres a creerla, o, si ya la creen, para confirmarse más de ella, que es un grande bien, como adelante veremos. Por lo cual, los sabios hacen gran caso de un verdadero milagro. Y así a uno de ellos oí una vez decir que por ver un milagro cierto iría de buena gana hasta Jerusalén.

El milagro confirma la verdad, pero no nos muestra su evidencia.

Y dado caso que la verdad que se confirma con este testimonio sea sobre toda razón y entendimiento humano, no por eso ha de dejar de ser creída, por razón de la autoridad infalible del testigo que la afirma, que es Dios, obrador de aquel milagro.

Lo cual vemos así cumplido en la adoración de aquellos

santos Magos. Porque viniendo desde Oriente a adorar a aquel nuevo Rey de los judíos (Mt. 2, 11), y no viendo en el aposento donde estaban aparato, ni compañía, ni servicio, ni cosa que tuviese muestra de rey, antes hallando una tan extremada pobreza y bajeza como allí vieron, con todo eso, postrados por tierra, adoraron con suma reverencia al niño envuelto en pobres pañales y le ofrecieron los presentes que traían. Pues ¿cómo unos hombres tan sabios vinieron a creer una cosa tan contraria a toda razón y prudencia humana? Claro está que porque tenían otro testimonio mayor, que era el de la estrella que les guiaba. Por lo cual entendieron que era el Señor de las estrellas el que era servido y testificado por ellas.

No basta el milagro para creer, es preciso un favor especial de Dios.

Mas antes que entre en la relación de los milagros, advertiré al cristiano lector que, dado caso que los milagros, cuando es de su parte, sean, como decimos, suficiente argumento para convencer nuestros entendimientos y obligarlos a creer, mas con todo esto es necesario especial concurso y favor de Dios para abrazar esa fe.

Porque, como ella sea don de Dios, según dice el Apóstos (Ef. 2, 8), es menester que Él toque nuestro entendimiento y lo cautive y sujete a que humildemente abrace las cosas de la fe. Y de aquí es que muchos, viendo los milagros del Salvador y de sus Apóstoles, no por eso creyeron, porque, cegados con su malicia, no se dispusieron de tal manera que recibiesen este particular tocamiento de Dios.

Por tanto, quien leyere los milagros que aquí contaremos, léalos, no con curiosidad, sino con humildad y devoción, para que así merezca que nuestro Señor por este medio acreciente y perfeccione la fe, que él ya tiene recibida, que es un inestimable tesoro.

En la fe infusa no se da medio.

También conviene aquí advertir que hay dos maneras de fe, una infusa, de que ya tratamos, que es la que el Espíritu Santo infunde en las almas, y otra humana, que es el crédito que damos a las personas o razones humanas.

Pues es de saber que en la fe infusa no hay el medio que se halla en las virtudes morales, como tampoco lo hay en la caridad. Porque como en amar a Dios no hay modo ni medio, tampoco lo hay en creerlo, porque cuanto más le amáremos y más le creyéremos, tanto más perfecta será nuestra caridad y nuestra fe.

Mas en la fe humana hay medio, así como en todas las

otras virtudes morales, que están entre dos extremos, como se ve en la virtud de la liberalidad, que está en medio de la escasez y prodigalidad.

Pues así esta fe humana de que tratamos está en medio de otros dos extremos, que son credulidad e incredulidad, en medio de los cuales está la fe humana; el cual medio, así en esta virtud como en las otras, pone la prudencia, que es, como San Bernardo la llama, abadesa de las virtudes, porque ellas las rige y les señala el medio, en el cual consiste la virtud.

Pues estos dos extremos, que son credulidad e incredulidad, ambos son viciosos. Porque vicio es y liviandad de corazón creer de ligero, y también es vicio no creer cuando la cosa, según regla de prudencia, es digna de ser creída.

Cuán reprensible sea la incredulidad.

Entre los cuales vicios veo en la santa Escritura muy reprendido el extremo de la incredulidad, tanto, que el Salvador, siendo un perfectísimo dechado de mansedumbre, se indignó tan agriamente contra este vicio, que dijo (Mt. 17, 17): ¡Oh generación mala e incrédula!, ¿hasta cuándo tengo de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os tengo de sufrir? Y por San Marcos (16, 11) reprende la incredulidad de aquellos que no dieron crédito a los testigos de su resurrección.

Y el Apóstol, en la epístola a los Hebreos, los avisa que miren mucho no haya en ellos alguna raíz de incredulidad, diciendo que por este pecado juró Dios que los que le fueron incrédulos no entrarían en la tierra que les tenía prometida, y así todos ellos murieron en el desierto.

En este extremo permitió Nuestro Señor que cayese Santo Tomás apóstol, para confirmación de nuestra fe. Porque habiéndole dicho todos sus compañeros, como testigos de vista, que habían visto al Señor resucitado, era muy conforme a toda razón que los creyera, mayormente habiendo él visto pocos días antes a Lázaro por el Señor resucitado.

La razón por qué este vicio es tan reprendido, me parece ser porque procede de mucha malicia y poca fe. Porque parte de malicia es creer que todos los hombres mienten y fingen milagros, y de poca fe nace no creer cosas que confirman nuestra fe. Porque, así como de un hombre que tenemos por muy virtuoso creemos cualquiera cosa de virtud que de él se diga, así el cristiano que está muy certificado y fundado en la fe de nuestros misterios y de los milagros con que ella fué fundada no extraña creer otros milagros semejantes a los que él tiene ya creídos.

Pues, por esta causa, el que desea acertar, debe en esto

seguir el juicio de la prudencia y ni creer de ligero y sin fundamento, que es un extremo vicioso, ni por huir de este extremo caer en el otro de la incredulidad, que es más peligroso, porque, como suelen decir, no caiga en Escila por huir de Caribdis, y huyendo de éstos, crea lo que tiene claros y ciertos fundamentos y razones para ser creído. Porque, aunque en esto hubiese yerro, él no yerra en creer lo que con bastantes argumentos le fué propuesto.

CAPITULO XVII

De la alegría que en el alma causa la verdadera fe

Para entender el fundamento y causa de esta alegría se debe presuponer primeramente que, como Aristóteles dice, el conocimiento de las verdades y causas altísimas, y señaladamente de la primera verdad y primera causa, que es Dios, cuyo conocimiento se alcanza por la fábrica de este mundo y por el orden de las cosas criadas, aunque sea poco y con poca certidumbre, trae consigo un grande gusto y suavidad. La cual había de confesar este filósofo ser muy grande, pues esta contemplación ponía el último fin y la felicidad de la vida humana.

Digo, pues, que si el conocimiento de Dios natural y adquirido, con ser pequeño y no muy cierto, traía consigo esta tan grande suavidad y alegría que Aristóteles dice, ¿cuánto más podrá causar esto el conocimiento de las verdades que nos enseña la fe, la cual pasa de vuelo sobre todos los cielos y sobre todos los entendimientos humanos y llega donde la razón no puede llegar, y esto no con dudas y poca certidumbre, como los filósofos, sino con certidumbre infalible y verdad de Dios?

Lo segundo conviene también presuponer lo que el mismo filósofo dice: que la señal de ser una cosa verdadera es concordar y, como él dice, consonar todas las cosas con ella.

Para lo cual es de saber que todas cuantas cosas hay en el mundo tienen causas que les preceden, y otras que las acompañan, y otras que se siguen de ellas, y a veces también otras que les vienen de fuera. Preceden las causas, acompañan los accidentes y propiedades de la cosas, síguense los efectos y viene de fuera lo que se ha dicho o tratado o testificado de las tales cosas.

Dice, pues, este filósofo que la señal de ser una senten-

cia verdadera es que todas estas cosas digan y concuerden con ella, porque, si alguna o algunas le contradicen y repugnan, no puede ser verdad, sino mentira.

Compendio de las excelencias de la fe cristiana.

Pues esta manera de correspondencia y consonancia se halla perfectísimamente en todos los misterios de la fe y religión cristiana. Callo la consonancia de las profecías y figuras del Testamento Viejo con el Nuevo, y de todos los pasos de la vida de Cristo, y de todas las conveniencias del misterio de nuestra Redención, de que adelante se trata, y vengo a ésta, que es la consecuencia de todas las excelencias susodichas con la verdad de la fe y religión cristiana. Pues aquí veremos cómo todas ellas, y cada una en su manera, dicen y concuerdan con la verdad de ella.

Porque, resumiendo todo lo dicho en pocas palabras, ¿qué religión ha habido en el mundo que más alta y magníficamente sienta de Dios, que mejores leyes proponga, que más saludables consejos enseñe, que tales sacramentos y medicinas espirituales tenga, que tanto favorezca la virtud, prometiéndole tan grandes bienes, y tanto desfavorezca el vicio, amenazándole tan terribles castigos, que tal doctrina contenga, cual es la de las santas Escrituras, llenas de tantos misterios y de tan saludables sentencias y documentos, y de tan eficaces estímulos para mover a los hombres al amor y temor de Dios, aborrecimiento del pecado y menosprecio del mundo?

Y si por la dignidad y excelencia de los efectos se conocen la de las causas de donde proceden, ¿qué religión ha habido en el mundo de donde haya salido tanta infinidad de mártires, de confesores, de santísimos pontífices y doctores, de vírgenes y de innumerables monjes, que mudaron los desiertos en santuarios e hicieron vida más de ángeles que de hombres? ¿En qué religión, en qué tiempo, en qué lugar se halló tal fortaleza como la de nuestros mártires, tal pureza, tal abstinencia, tales entrañas de misericordia, tal menosprecio del mundo, tal estudio de oración y contemplación como hubo en todos nuestros santos?

Pues las consolaciones y alegrías espirituales de que gozan los amigos de Dios aun en esta vida, la paz y quietud y confianza con que viven, por estar arrimados a Dios y amparados por Él, ¿quién la explicará? Estos son los efectos particulares de esta santísima ley.

Mas los generales que obró en el mundo, ¿quién dignamente los engrandecerá? ¿Quién desterró el mayor de todos los males del mnudo, que era la idolatría? ¿Quién con tan admirable constancia resistió a los reyes y emperado-

res que la defendían? ¿Quién hizo de los templos de los ídolos oratorios de cristianos? ¿Quién trajo los hombres al conocimiento del verdadero Dios? ¿Quién mudó la fiereza de los hombres soberbios en mansedumbre de corderos y la astucia de las serpientes en simplicidad de palomas?

Pues, ¿a quién se debèn estos tan grandes beneficios, sino a esta santísima religión? Porque no era razón que una tan grande luz y una tan santa ley, dada por el mismo Dios, estuviese arrinconada, sin echar sus rayos hasta los fines del mundo y alumbrar a los que vivían en tinieblas y sombras de muerte.

Mas, porque hacen mucho al caso para prueba de la verdad los testigos abonados, ¿qué religión ha habido en el mundo que tales testigos tenga? Porque testigos son primeramente innumerables doctores santísimos, doctísimos, elocuentísimos y consumados en todas las ciencias de los filósofos y letras sagradas, los cuales profesaron, predicaron, testificaron y defendieron esta santísima religión contra las calumnias y falsedades de los herejes que se levantaron contra ella.

Testigos también son innumerables mártires, a los cuales ni cárceles, ni peines de hierro, ni dientes de fieras, ni parrillas encendidas pudieron apartar de la confesión de esta fe, y así la dejaron testificada y firmada, no con tinta, sino con ríos de sangre. Cuyo testimonio no se cuenta por humano, sino por divino, porque como el cuerpo humano sea el más delicado de los cuerpos, el cual apenas puede sufrir una picadura de alfiler, imposible era sufrir tantos y tan crueles tratos y tormentos repetidos unos sobre otros, mayormente en cuerpos de doncellas tiernas y delicadas y de mozos de poca edad, si no fueran poderosamente fortalecidos y ayudados de Dios.

Pues ¿qué diré del testimonio de tantos y tan claros milagros, con que está confirmada nuestra fe, como ya recontamos? El cual testimonio es de infalible verdad, porque es el del Criador y Autor de la naturaleza, el cual sólo puede dispensar y revocar las leyes de ella. Y sobre todo esto, ¿qué diré de las profecías de las cosas venideras, que también son milagros y obras de sólo Dios?

Alegría que produce su consideración.

Pues, volviendo al propósito principal, cuando el alma religiosa, estando ya resuelta y muy vista en todo lo que hasta aquí hemos visto, considera como con una vista todas estas excelencias y testimonios de la verdad, y ve cómo todos ellos concuerdan y dicen con ella, y todos testifican y predican esta verdad, vienen con esto a cofirmarse grandemente en la fe, y despedir de

sí todas las nubes que se le podrían ofrecer, y a quedar en una paz y satisfacción quietísima, de la cual se le sigue una grande alegría de verse tan asentados y confirmados en cosa tan grande.

Porque como la verdad de la fe sea la más alta y más excelente de todas las verdades, y la más saludable y provechosa de todas, pues nos da conocimiento de Dios, y nos enseña y descubre, como ya dijimos, el camino de la felicidad y de la vida eterna, de aquí viene la tal alma a alegrarse de haberle cabido en suerte un tan precioso tesoro. Y ya no siente dificultad en creer, porque ve que sería de animal bruto no creer donde tantos y tan manifiestos testimonios lo inducen a ello.

Pues el que quisiere que esta paz y alegría crezca en su alma, considere con humildad y atención todas estas excelencias susodichas, y mire cómo todas ellas testifican y aprueban esta verdad, y todas concuerdan con ella, porque la verdadera fe y religión todas estas excelencias ha de tener, y con esta correspondencia y consecuencia de todas las cosas será su alma, por una manera maravillosa, esforzada, consolada y recreada.

La armonía de la fe. Para lo cual es de saber que como hay música y melodía corporal, así también la hay espiritual, y tanto más suave, cuanto son más excelentes las cosas del espíritu que las del cuerpo. Música y melodía corporal es cuando diversas voces de tal manera se ordenan, que vienen a concordarse y corresponder las unas con las otras. Y de este orden y proporción procede la melodía, y de ésta la suavidad de los oídos, o, por mejor decir, del alma por ellos, porque como ella sea criatura racional, naturalmente se huelga en su semejante, que es con las cosas bien proporcionadas y muy puestas en razón. Y así se huelga con la música más perfecta, y con la pintura muy acabada, y con los edificios y vestidos hermosos, y con todo lo que está muy subido en razón y en perfección.

Pues, así como hay melodía y música corporal, que resulta de la consonancia de diversas voces reducidas a unidad, así también la hay espiritual, que procede de la conveniencia y correspondencia de diversas cosas con algún misterio. La cual melodía es tanto más excelente y más suave que la corporal, cuanto son más excelentes las cosas divinas que las humanas.

Ejemplo de esto tenemos en San Agustín, el cual escribe de sí mismo que, después de recibido el santo bautismo y renunciados con él todos los cuidados de la vida pasada, no se hartaba en aquellos días de pensar con una mara-

villosa dulcedumbre la alteza del consejo que la divina Sabiduría había tomado para salvar el género humano. Esta admirable dulcedumbre resultaba de contemplar este santo varón las conveniencias admirables que hay en este divino misterio, así para la gloria de Dios como para la redención y santificación del hombre y para el remedio de sus miserias. Las cuales se curaron con el fruto del árbol de la Santa Cruz, de que adelante se trata.

Pues la conveniencia de todas estas cosas era una suavísima consonancia y música espiritual que causaba este tan gran deleite en el alma de este santo. Porque todas estas conveniencias, ¿qué eran sino suavísimas voces que resonaban dulcemente en los oídos de su alma y causaban en ella esta melodía y suavidad? Con lo cual se confirmaba más en la fe de este misterio, y se encendía más en el amor de su Redentor, y se arrebataba y suspendía en la admiración de este consejo divino.

La fe que es fruto del Espíritu Santo. Pues de la firmeza de la fe, que así de estas profecías como de todo lo dicho hasta aquí se alcanza, se sigue un singular fruto, al cual se ordena todo lo contenido en esta segunda parte.

Para lo cual es de saber que así como crece el hábito de la caridad y de todas las otras virtudes con el uso y ejercicio de ellas y con el socorro de la divina gracia, y se van haciendo más perfectas y arraigándose más en el alma, así también crece la lumbre y hábito de la fe, fortificándose y aclarándose más en el entendimiento, con la consideración de las excelencias de ella y con los dones intelectuales del Espíritu Santo, según aquello de Salomón (Prov. 4, 18) que dice: La senda de los justos es como una luz que resplandece, la cual va creciendo y procediendo hasta el día perfecto, que es el día claro de la eternidad, donde cesarán las sombras y con la lumbre de gloria veremos al Señor y Dador de ella.

Pues esta fe suele venir a tanta perfección por estos medios susodichos, que a muchos se les figura que ya no tienen fe, sino otra lumbre mayor que la fe. Y engáñanse, porque no es otra esta fe que la que antes tenían, mas ésta viene a estar tan fortificada y aventajada en el alma, que les parece ser otra no lo siendo. Tal era la fe de los santos mártires, por la cual tan terribles tormentos padecían con tan grande constancia, especialmente la de aquellos que, sin ser acusados, ellos mismos, inspirados por Dios, se ofrecían al martirio por la verdad de ella.

Supuesto, pues, este fundamento, es de saber que cuando el alma religiosa, con humildad y devoción, conside-

ra todas estas excelencias de la fe, las cuales todas a una voz cantan y testifican con clarísimas conveniencias y testimonios la verdad y sinceridad de ella, viene a concebir una tan gran firmeza de la fe, y con ella una tan grande paz y alegría, pareciéndole que de nuevo ha hallado este incomparable tesoro, que apenas hay palabras con que esto se pueda explicar. Y como acaece al que se viste de una ropa nueva, así le parece haberse vestido su alma de otra nueva luz y nueva fe.

CAPITULO XVIII

De los principales artículos de nuestra fe

El hombre tiene dos partes principales, que son entendimiento y voluntad, y ambas a dos quiere Dios limpias y empleadas en su servicio, porque así estará todo el espíritu del hombre perfecto y reformado, estándolo estas dos partes principales de él.

Y comenzando por la primera, quiere Dios que el entendimiento del hombre esté verdaderamente alumbrado y enseñado y tenga claro conocimiento de quién es Dios, que acierte a sentir verdaderamente de su ser, de su poder, de su bondad, de su justicia, de su misericordia y de su saber, y de las cosas que por el mismo hombre tiene hechas y hace; para que conforme a este conocimiento lo sepa estimar y adorar, sepa encomendarse a Él, fiarse de Él, tomar su consejo y aviso y darle gracias por todo.

No quiere Él que el hombre finja falso Dios en su corazón, ni lo conciba de otra manera de lo que Él es, ni tenga en esto falso conocimiento ni engañosa imaginación; porque entonces no adoraría a Él, ni se fiaría del verdadero Dios, sino de aquel falso que él tiene fingido en su cabeza; ni estimaría ni se allegaría a las obras del verdadero, sino del falso, con quien se engañaba.

De aquí viene que quien yerra en lo principal de la fe, que es el verdadero conocimiento de Dios y en sentir verdadera y acertadamente de Él y de sus obras, va perdido, porque erró la puerta, y ningún camino hay por donde no se pierda, ni obras por que se salve.

El Credo de la Santa Madre Iglesia.

Y si me preguntáis en qué puntos principalmente consiste la suma de ese conocimiento de Dios, a esto respondo que ese cuidado tomó por todos nosotros

la Iglesia, que así por no dar lugar a que cada uno dijese en esto su parecer y presumiese de dar sentencia y seguir su juicio, como para que con mayor brevedad y concierto lo pudiésemos saber y encomendar a nuestra memoria, coligió la suma de todo ello en ciertos artículos, en los cuales, avisada del Espíritu Santo y mediante la lumbre de Él informada de la verdad de las Escrituras divinas, sumó y puso por singular orden y concierto lo principal y más señalado que nuestra religión contiene.

Estos artículos son doce, aunque otros los suman en catorce, y en esto va muy poco, pues no hay palabra de más ni de menos en los doce que en los catorce. Y pusiéronles este nombre de artículo porque así como hay artículos o coyunturas en el hombre, que son las principales partes de su cuerpo por donde se manda y gobierna, así estos artículos son las principales partes de la fe, y por ellos se gobierna el cuerpo místico de la Iglesia, y mediante ellos se juntan unos miembros con otros. Porque todos los hombres que en la verdadera confesión de éstos concurren, son miembros de este santo cuerpo, y los otros son apartados y extraños.

Estos artículos en romance dicen así:

Creo en Dios Padre todopoderoso, criador del cielo y de la tierra, y en Jesucristo, su único hijo, Señor nuestro, el cual fué concebido por el Espíritu Santo, nació de María Virgen. Padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fué crucificado, muerto y sepultado; descendió a los infiernos, y al tercero día resucitó de entre los muertos, y subió a los cielos, y está sentado a la diestra del Padre todopoderoso; y de allí ha de venir a juzgar los vivos y los muertos. Creo en el Espíritu Sancto y que hay santa Iglesia católica, comunión de los santos, perdón de los pecados, resurrección de la carne y la vida perdurable. Amén.

Las partes del Credo. Este Credo, que contiene estos doce artículos que dijimos, se divide, según la más propia división, en tres partes, conforme a las tres Personas divinas. En la primera se trata de la persona del Padre y de lo que se le atribuye; en la segunda, de la del Hijo y de lo que también se le atribuye; en la tercera, de la del Espíritu Santo y de lo que le atribuímos.

Al Padre se atribuye la creación y el poder, no porque el poder y la creación no sean de toda la Trinidad, sino porque la persona del Padre es la primera y de ninguna es producida y ella es principio de la producción de las otras, y así le damos la primera parte del Credo. A la del Hijo se atribuye la redención y sabiduría, porque es palabra eterna del Padre, y publicó y predicó su voluntad a los

hombres, y encarnó y murió por ellos. A la Persona del Espíritu Santo se atribuye la gracia y santificación de los hombres, y a Ella conviene la tercera parte del Credo.

Y porque la razón de todo esto se dará adelante, no resta sino que comencemos ahora a tratar estos artículos. De los cuales trataremos no sólo con la plática del entendimiento, mas también con la de la voluntad. Porque sabida cosa es que hay dos maneras de fe, una fría y muerta, sin obras y sin amor, como luego declararemos, y otra amorosa e inflamada con caridad, que no se contenta ni queda satisfecha con lo que cree si no ama y pone por obra lo que cree. Y conforme a esta manera de fe procederá la declaración de los artículos de ella, trabajando por aficionar e inclinar la voluntad a lo que conociere y creyere el entendimiento, porque en esto está la suma de todo nuestro bien.

Mas antes que entremos en la declaración del Credo, será necesario que primero declaremos las primeras dos palabras de él, que son: *Creo en Dios*. Porque, puesto que contadas estas palabras sean pocas y de pocas sílabas, tienen tan grande eficacia, que quienquiera que las pronunciare de corazón y sintiere en su alma lo mismo que pronunciare con su lengua, sin duda alcanzará la vida eterna Mas para que nuestras almas gocen de ellas, necesario es que se declaren.

Y comenzando de aquella palabra *Creo*, habemos de notar que hay tres maneras de creer: porque decimos creo a Dios, y creo en Dios, y creo que hay Dios.

Esta última manera de creer es el primer grado que se ha de subir para nuestra salvación, conviene a saber, que creamos que hay Dios y que es verdad cuanto de este Dios se escribe en la santa Escritura; la cual fe llamamos historial, y es común a nosotros y a los demonios, porque ellos también creen de esta manera.

Creer a Dios, que es el segundo grado para la salvación, es creer que Dios es verdadero y que habla verdad y dar por esta razón crédito a sus promesas y a sus amenazas; la cual fe tienen todos los cristianos, así buenos como malos, así justos como injustos.

Creer en Dios, que es el tercer grado y propincuo a la salvación, es poner toda nuestra esperanza y confianza en Dios, y amarlo como a sumo bien, y amándolo caminar para Él como para nuestro fin. Esta fe es particular y propia de los fieles que juntamente son buenos y guardan justicia; a quien los teólogos llaman fe viva o formada, y de ésta dice San Pablo (Gál. 5, 6) que obra por la caridad que el buen fiel tiene, y a los que son tales, justifica esta fe.

La fe que salva. Según esta distinción de creer que habemos dicho, podemos entender cuál es la fe que nos hace salvos, por la cual somos justificados. Esta es ciertamente una virtud que Dios infunde en nuestras almas, por la cual conocemos y tenemos por cierto que hay un solo Dios verdadero, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y tenemos por ciertas y averiguadas cuantas cosas están escritas en los santos y divinos libros, y tenemos certísima confianza de lo que Dios nos tiene prometido, y tememos con temor santo lo que nos tiene amenazado, y entregamos a nosotros y a todas nuestras cosas por toda nuestra vida a su divina voluntad, y, finalmente, por su respeto y obediencia hacemos, y huímos, y padecemos lo que conviene a su gloria.

Esta es la verdadera, viva y perfecta fe. Esta es aquella fe que tanto alaban y encarecen las Escrituras sagradas, y a quien tantas cosas se atribuyen, mayormente en el Nuevo Testamento. De esta fe escribe el Eclesiástico (32, 27) estas palabras: Todas tus obras haz con fe de tu alma, porque ésta es el cumplimiento de los mandamientos. Quien cree en ella, tiene cuidado de lo que ella manda, y quien confía en ella, no recelará daño.

Pues ninguno piense que cualquier fe le basta, ni se precie del vano y ocioso título de la fe. Porque la fe que no está aneja a la caridad, y acompañada con buenas obras, y fortalecida con la obediencia de los santísimos mandamientos, esta fe es muerta y a nadie puede hacer justo, como dice el apóstol Santiago (2, 26).

Con auxilio divino. Pero sepamos que para creer en Dios con verdadera y viva fe no bastan nuestras fuerzas ni la industria humana, mas de Dios lo recibimos, y merced suya es nuestra fe, y a Él habemos de pedir que nos la dé y conserve. Por esto dijo el Señor a San Pedro cuando le confesó ser Hijo de Dios (Mt. 16, 17): No te reveló esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y a la compaña de los judíos que le seguían dijo (Jn. 6, 29): Esta es obra de Dios, que vosotros creáis en aquel que Él envió. Ninguno puede venir a mí si mi Padre, que me envió, no lo trajere, y yo lo resucitaré en el último día. Escrito está en los Profetas que serán los hombres enseñados por Dios (Is. 54, 13; Jer. 31, 4).

Otros muchos testimonios de la Escritura trae San Agustín en el libro *De la predestinación de los santos* para este propósito, pero sobre todo estriba en la sentencia del apóstol San Pablo, que dice (II Cor. 3, 5): Tal confianza tenemos de Dios por Cristo, que no somos suficientes para

pensar alguna cosa de nosotros, porque toda nuestra suficiencia es de Dios.

La cual sentencia, citando San Agustín, dice luego: Atiendan en este lugar y ponderen estas palabras todos los que piensan que en nosotros está comenzar a creer, y que Dios ha de suplir lo que nos falta. Porque ¿quién no ve que primero ha de pensar el hombre que creer? Como quiera que nadie cree alguna cosa sin pensar primero en lo que ha de creer. Pues si en la religión cristiana, de que habla el Apóstol, no somos bastantes para pensar alguna cosa, mas toda nuestra suficiencia viene de Dios, verdaderamente no somos suficientes de nuestra parte para creer alguna cosa, pues que sin pensamiento no podemos creer, mas toda nuestra suficiencia, por la cual comenzamos a creer, es de Dios.

Y ayuda de los predicadores.

Pero dirá alguno: si así es, luego por demás es querer oír la palabra de Dios, y por demás es el oficio de los predicadores. Respondo que con todo lo que arriba dije, yo no quiero excluir estos medios para que por ellos nos dé Dios la fe. Porque sabemos y confesamos que para la fe es necesario libre consentimiento de nuestra voluntad, y que por oír la palabra de Dios se engendra en nuestros corazones la fe, y que para esto nos ayudan los predicadores, por cuya amonestación creemos.

Pero decimos con San Agustín, o por mejor decir, con las Escrituras sagradas, que nuestra voluntad, para que quiera oír y creer, es habilitada y aparejada por Dios, y que no podemos querer esto sin el llamamiento de Dios. Porque, como se escribe en los Proverbios (21, 5), el Señor es el que da ojos para ver y el que da también oídos para oír. Por esto el apóstol San Pablo dice (Ef. 2, 8): De gracia sois hechos salvos, por la fe, y esto no por nosotros, porque don es de Dios, para que nadie se ensoberbezca.

Por tanto, como San Agustín dice [1], en vano trabaja la lengua del que predica, si el Señor no edifica dentro del alma con su gracia. Así que necesario es oír la palabra de Dios, y el oficio del predicador en mucho se ha de tener, y necesario es que a la palabra de Dios se aplique nuestra voluntad; pero con todo esto, el fruto de la fe a Dios lo habemos de atribuir, y por tanto en Él sólo nos habemos de gloriar, no en nuestra industria ni de otro hombre alguno.

---

[1] San Agustín, *De Praedest. sanctorum*, c. VII.

CAPITULO XIX

De las tentaciones contra la fe

En cabo de esta materia quiero proveer de una gran consolación y remedio a muchas personas simples, que son gravemente tentadas de la fe, las cuales tentaciones les dan grandísima pena. Y como las tales personas no saben estos tan sólidos fundamentos de nuestra fe, están como atadas de pies y manos y puestas en una oscuridad que les da grande tormento.

Pues para los tales querría yo fabricar aquí un lugar de refugio, donde se acogiesen y guareciesen en este tiempo. Y éste querría que fuese un oratorio fabricado sobre cuatro columnas firmísimas, que son cuatro verdades tan ciertas que ningún entendimiento las pueda negar. Y en medio ha de estar un crucifijo, adonde el hombre se acoja en este tiempo. Las verdades son éstas:

La primera es que hay Dios, lo cual predica esta tan grande y tan hermosa fábrica del mundo, junto con todas las naciones de él, por bárbaras que sean, las cuales, aunque no sepan cuál es el verdadero Dios, saben que lo hay.

La segunda, que Dios es la cosa más perfecta, más noble, más excelente, más alta de cuantas hay en el mundo y de cuantas el entendimiento humano puede alcanzar, y que Él es el Autor y Dador de todos los frutos y beneficios de naturaleza, y Él es por quien vivimos, y nos movemos, y somos.

La tercera, que se sigue de ésta, es que ninguna cosa hay en el mundo más justa, ni más debida, ni más obligatoria, ni más hermosa que servir, amar y honrar a este Señor más que a todos los padres, reyes y bienhechores del mundo, pues Él es más que padre, y más que rey, y más que señor, y más bienhechor que todos cuantos bienhechores pueden ser.

La cuarta es que, entre cuantas maneras de servirle y honrarle se han descubierto en el mundo, ninguna ha habido que más honre a Dios y más bien sienta de Él, ninguna que mejores leyes y consejos tenga, ninguna que más favorezca la vida y desfavorezca el vicio, ninguna que tales defectos haya obrado así en particulares personas como en todo el mundo, ninguna que más santas Escrituras tenga, ninguna que con tantos testimonios sea aprobada, así de santísimos y doctísimos varones como de glo-

riosísimos mártires y de clarísimos milagros y evidentísimas profecías; lo cual todo está manifiestamente probado en esta segunda parte.

Pues, siendo esto así, enciérrese el que fuere tentado en este oratorio y abrácese con estas cuatro tan firmes columnas, que toda la potencia del demonio no podrá derribar. Porque, por esta causa dijo Ricardo que puede el cristiano decir a Dios: Señor, si somos engañados, Vos nos engañasteis, pues tales cosas consentisteis que tuviese esta fe y religión, que no pudiese dejar de ser creída.

En asomando la tentación. Fundado, pues, el hombre en esta católica doctrina, cuando el demonio comenzare a molestarle con tentaciones de la fe, no se ponga a disputar con él, porque es él gran sofista y apretarle ha; sino luego, en asomando la tentación, con toda la prisa posible corra a este oratorio y derríbese con el espíritu a los pies de Cristo crucificado, protestando de vivir y morir en su sante fe católica.

Y hecho esto, abrácese con estas cuatro columnas susodichas, diciendo en su corazón: Yo sé que hay Dios, y sé que Él es padre, rey y señor y conservador de todo el universo, y que ninguna cosa hay más obligatoria, ni más justa, ni más necesaria, ni más debida que servirle y honrarle, y sé también que ninguna manera de honra ni de servicio se puede imaginar más perfecta que la que enseña la religión cristiana. Con esto me contento y me consuelo, y sé cierto que, si yo viviere conforme a lo que manda esta santísima religión, voy por el camino más cierto, más seguro, más religioso de cuantos pueden comprender todos los entendimientos humanos.

Asegurado, pues, con estas verdades tan ciertas, abrazado con estas columnas tan firmes, toda la potencia del demonio no prevalecerá contra él. Y para el conocimiento más claro de las tres primeras verdades sirve la primera parte, donde se trata de la creación del mundo y de las perfecciones divinas, las cuales nos declaran cuán grande sea este Señor, cuán perfecta sea la providencia y cuidado que tiene de todas sus criaturas, y cuánto merezca Él ser honrado y servido por lo uno y por lo otro.

Este remedio susodicho para todos es muy provechoso, mas para aquellos lo es mucho más que tienen tan purificado el amor de Dios, que no le aman por lo que de Él esperan, aunque esto sea bueno y santo, sino por sólo ser Él quien es, que es por su infinita bondad. Del cual amor dice San Bernardo que ni toma fuerzas con la esperanza ni siente los daños de la desconfianza, queriendo decir que

ni sirve a Dios por lo que espera de Él, ni le dejaría de servir aunque nada esperase de Él.

Pues el que este amor tan desinteresado tiene, con estas cuatro verdades tan firmes, fácilmente despide todas las saetas del enemigo, viendo que no hay manera de vida más dispuesta para agradar a este Señor que la que está dicha.

La incredulidad de muchos no es motivo para dudar de nuestra fe.

También me pareció responder aquí brevemente a la turbación que algunos reciben cuando tienden los ojos por esos mundos y ven tanto número de infieles como hay derramados por él. A esto primeramente respondo que, así en todo lo dicho como en lo que resta por decir, tenemos clarísima y suficientísima prueba de la verdad de nuestra fe, porque, como ya dijimos, aunque los misterios de nuestra fe no sean evidentes, pues son de las cosas que no vemos, mas es cosa evidente que deben ser creídos por razón de los milagros y profecías tan claras y otros testimonios con que están confirmados.

Y siendo esto cosa tan clara, no debe perturbar que muchos hombres que están ciegos con sus pecados y maldades no la quieran creer. Porque si yo veo claramente que tengo cinco dedos en la mano, ¿por qué me ha de quitar la verdad de este conocimiento si todo el mundo dijese lo contrario? A sólo Noé dice Dios que halló justo en toda aquella primera edad del mundo, y no por eso dejó el santo varón de serlo y tener su fe entera, aunque todo el mundo caminase por otro camino. Y pocos más justos había en tiempos de Abrahán, y no bastó esto para oscurecer o menoscabar aquella tan admirable fe entre tanto número de infieles, que el Apóstol tanto engrandece.

Por tanto, debe el hombre contentarse y consolarse con el conocimiento de esta verdad tan cierta, y juntamente con esto, humillarse, considerando la bajeza de su entendimiento y dejando de entremeterse en deslindar los secretos y juicios de Dios, que son, como dice David, un abismo sin suelo. Y por esto debe exclamar con el Apóstol (Rom. 11, 33): ¡Oh alteza de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios, y cómo no se pueden rastrear sus caminos!

Mas, con todo esto, sabemos cierto que nuestro Señor Dios está aparejado para recibir y ayudar a quien a Él se convierte y que a nadie niega la ayuda suficiente para convertirse; y sabemos que en todos los entendimientos humanos imprimió Él la ley natural, que es conocimiento del bien y del mal, y nos dió libre albedrío para poder libremente escoger lo uno o lo otro, y, como el Eclesiástico

dice, nos puso delante el agua y el fuego, y dió libertad para que escogiésemos de estas dos cosas la que quisiésemos. Y por eso cuando pecamos, pecamos por sola nuestra malicia y mala voluntad, sin que nadie a eso nos fuerce. Por tanto, si los jueces de la tierra tienen poder para ahorcar y castigar a los malhechores, también es razón que lo tenga aquel Juez soberano.

Ni tampoco la eternidad de las penas.

Mas diréis: Su castigo es pena eterna.

Es verdad, mas es cierto que este castigo viene tasado y proporcionado por sentencia de aquel Señor, que no sólo es justo, mas es la misma rectitud y justicia; el cual, así como galardona las buenas obras más de lo que ellas merecen, así castiga los pecados menos de lo que merecen. Y si dura para siempre esta pena, la razón es porque la divina Sabiduría ordenó de tal manera las cosas humanas, que la vida presente fuese para merecer o desmerecer, y la venidera, para recibir el premio o castigo de lo merecido. Y pues los malos tuvieron tan largo espacio y tan larga espera de Dios para enmendar su vida, y no quisieron aprovecharse de este plazo que les dió, justo es que en la otra padezcan la pena de su desagradecimiento y menosprecio.

A lo cual añade San Gregorio que, pues los hombres desalmados, que son los que principalmente se condenan, nunca pusieron fin a sus maldades, y así, si siempre vivieran, siempre pecaran, por esto quiere la divina Justicia que no tengan fin sus penas, pues nunca ellos lo pusieron, ni pusieran a sus culpas.

Ni la situación de los infieles.

Pues ¿qué diréis de aquellos a cuya noticia no llegó la predicación de la fe?

Digo que éstos no penarán por el pecado de la infidelidad, el cual no les será imputado, pues no les fué predicada la fe, mas penarán porque pecaron contra la ley natural que Dios imprimió en sus corazones y por las malas obras que hicieron por su propia malicia y mala voluntad.

Ni el número de los que se condenan.

Ni nos debe perturbar ser mayor el número de los que se condenan que el de los que se salvan, porque todavía, como dice San Juan, son innumerables los que se salvan, a cuya compañía irán los que imitaren su inocencia o hicieren digna penitencia. Donde será tanto mayor la gloria de los que fueren salvos cuanto mayor fuere el número de los condenados, pues a los tales

cupo tan dichosa suerte, que entre tanto número de malos fuesen ellos del número de los escogidos. Y esta condenación de los malos redundará en gloria de la divina Justicia, que ningún pecado deja sin castigo, y en mayor consolación y alegría de los buenos, pues escaparon de tan gran peligro.

Con esto se debe, pues, quietar y sosegar el corazón humilde, sin querer escudriñar el secreto de los juicios divinos. Porque, como dice Lactancio, ¿qué diferencia habría entre Dios y el hombre, si él quisiese por su ingenio alcanzar los consejos y ordenaciones de aquella incomprensible Majestad? Y por el mérito de esta humildad con que el hombre da gloria a Dios y se mide con su propia medida, conociendo la bajeza y la rudeza de su entendimiento, merecerá que el Señor le dé aquella paz y quietud y alegría que da a sus fieles amigos en el conocimiento de los misterios de la fe.

CAPITULO XX

De cómo prospera y cómo se pierde la fe en las naciones

Porque, así como antiguamente prometió a aquellos santos patriarcas la multiplicación innumerable de sus hijos y, finalmente, andando el tiempo, la cumplió, mas después de cumplida esta promesa, cuando se multiplicaron los pecados, vino el pueblo en tan gran diminución como habéis oído, así también prometió el Señor, por boca de sus profetas, la dilatación del reino de Cristo en todas las partes del mundo, y así lo cumplió, porque aun en tiempo de los Apóstoles había corrido la predicación y fe del Evangelio por todo el mundo, como lo afirma San Pablo (Col. 1, 6) diciendo que se había predicado el Evangelio a todas las criaturas que había debajo del cielo y que en todas ellas había fructificado.

Y después de los Apóstoles, cuanto más crecían las persecuciones de los tiranos, tanto crecía cada día el número de los fieles. Porque así como dice la Escritura que cuanto más los egipcios perseguían a los hijos de Israel, tanto más Dios los multiplicaba, así también, con la persecución de los tiranos, se multiplicaba el número de los fieles, que por toda la tierra se dilataban.

Mas después de doscientos y tantos años, cuando, muertos los tiranos, sucedieron los emperadores cristianos, como

fueron Constantino y los Teodosios y otros semejantes, se extendió más el Evangelio por todas las naciones del mundo, hasta que del todo fueron asolados y puestos por tierra los templos y altares del demonio, y los ídolos abrasados y hechos rajas y desterrados del mundo. Donde se cumplió lo que prometió Dios por Zacarías (13, 2), diciendo: Desterraré los nombres de los hijos de la tierra y no habrá más memoria de ellos. La cual victoria para sólo el Mesías se guardaba.

El apego a los bienes terrenales amortigua la fe.

Mas, después que la Iglesia extendió sus ramos por todo el mundo, después que juntamente con el número de los fieles crecieron las riquezas y la prosperidad temporal, y los favores de los emperadores, juntamente creció el fausto, la codicia y el regalo del cuerpo, la ambición, y con ellas sus hijas legítimas, que son competencias, odios y envidias y otras malas mañas. Y así se cumplió en nosotros lo mismo que Moisés profetizó del pueblo de los judíos, diciendo (Deut, 32, 15): Engrosóse el pueblo amado de Dios, y después de engrosado y enriquecido y dilatado, desamparó a Dios su Hacedor, y apartóse de Dios, Autor de su salud.

Siempre parece que fué el mundo de una manera, y así, concurriendo en él las mismas causas, comúnmente se siguen los mismos efectos si no acude Dios con particulares privilegios de su gracia. Y así parece haber acaecido en este negocio, donde la prosperidad fué ocasión de nuestra caída, como la ha sido casi en todas las repúblicas del mundo. Pues multiplicándose con la prosperidad los pecados en tanta abundancia, como en las historias antiguas leemos y como en nuestros miserables tiempos lloramos, ¿qué ha de hacer aquel rectísimo Juez en semejante causa, sino dar la misma sentencia, permitiendo por justísimo juicio que pierdan la preciosísima joya de la fe los que la tuvieron ociosa?

Esto nos testifican abiertamente todas las santas Escrituras. En el Apocalipsis envía Dios a amenazar a ciertas Iglesias que, si no hicieren penitencia y se enmendaren de los pecados de que Él allí les avisa, que vendrá contra ellos y moverá el candelero de su lugar (Apoc. 2, 5). Y mudar este candelero es privarlos de la candela y lumbre de la fe y pasarla a otra parte, que es el mayor azote de cuantos Dios en esta vida puede dar, pues perdida la fe, se cierra la puerta de la salud.

En el Evangelio dice el Señor que al que tiene le dará más; pero al que no tiene, eso que parece tener le quitarán (Lc 8, 18). Quiere decir que al que usa bien y se apro-

vecha de los dones recibidos, acrecentárselos han; mas al que no tiene, que es al que no se aprovecha de los que le han dado, eso que parece tener, le quitarán, que es la fe y la esperanza, que solas quedan en el alma después de perdida por el pecado la gracia.

Y esto nos muestra a la clara aquel siervo perezoso que tenía envuelta la moneda de su señor en un sudario sin granjear con ella, la cual mandó el señor que le fuese quitada, y dada al que tenía diez monedas recibidas y había granjeado con ellas (Lc. 19, 24). Pues ¿qué moneda es ésta, con que se granjean y alcanzan bienes de gracia y gloria, sino la lumbre de la fe, que para eso nos es dada, la cual se acrecienta al que se aprovecha de ella y se quita al que no granjea con ella?

Y esto mismo nos enseña el Apóstol (Rom. 1, 18), diciendo que la ira de Dios se declara en el Evangelio contra la impiedad de los hombres que detienen la verdad de Dios en injusticia. Quiere decir que siendo la verdad de la fe un tan grande don de Dios, el cual nos enseña el camino real para la vida eterna, no querer hacer lo que ella nos enseña es como tenerla presa y encarcelada y como atada de pies y manos para que no obre lo que ella, si no fuese impedida, podía obrar. Por lo cual merecen los malos ser privados de este precioso talento, pues no sólo no sirve para su provecho, mas antes le es materia de mayor condenación, pues, como dice el Salvador (Lc. 12, 47), el siervo que sabe la voluntad de su señor y no la pone por obra, será más gravemente castigado que el que no lo sabe; y el castigo será quitarle la lumbre de que no quiso aprovecharse. Lo cual declara expresamente el mismo Apóstol diciendo que, por cuanto los malos no amaron la verdad para ser salvos por ella, permitirá Dios que sean engañados por diversos errores, para que, dejada la verdad de Dios, crean la mentira del demonio.

A la fe deben acompañar las obras. Veis, pues, aquí, hermanos, clarísimamente probado cómo la causa de haber perdido tantas naciones el don de la fe es no haber querido aprovecharse de ella.

Dicen los doctores que la sagrada Teología es ciencia especulativa y práctica juntamente, porque nos enseña lo que habemos de creer y lo que habemos de obrar. Pues esto mismo tiene el hábito de la fe, que estas mismas dos cosas nos enseña. Por donde si no obramos con ella viene finalmente a perderse, creyendo cosas contrarias a ella.

El hierro, si no usáis de él, poco a poco se cubre de orín y se consume, y el caballo, que se hizo para correr,

si no corre, se manca estando ocioso en la caballeriza. Y así no es mucho permitir Dios que se pierda la fe si no usamos de ella para lo que nos pueda dar, que es para regir y ordenar nuestra vida.

La sensualidad, enemiga de la fe.

Y no falta aquí también la razón, a lo menos en algunos hombres, que hay tan inclinados a vicios y deleites sensuales y tan habituados a ellos, que les parece cosa imposible vivir sin ellos, porque la perversidad de sus malas inclinaciones, confirmada con la antigua costumbre de pecar, les hace creer esta mentira y los tiene tan aherrojados y presos en estos vicios, que no hallan camino para salir de ellos.

Pues estos tales están muy aparejados para perder la fe. Porque como ella les echa acíbar en estos sus deleites, con el temor de la cuenta y del juicio divino y de las penas del infierno, si viniera algún hereje que negare la inmortalidad del alma o la Providencia divina, están en peligro de abrazar esta falsedad, por quitar aquella espina de su corazón y dormir más a su placer en sus vicios.

De esta manera abrazaremos muchos hombres la doctrina del Epicuro, que estas dos cosas negaba, siendo un hombre bruto que nunca aprendió filosofía. Y con todo esto tuvo tantos discípulos y seguidores de esta falsedad, y fué en tanta manera estimado, que traían su figura esculpida en los anillos y en los vasos de plata, y decían que éste sólo había alcanzado el conocimiento de la verdad y librado al género humano de vanos temores.

La razón de esto es la grande fuerza que tiene la afición para cegar la razón, por la grande amistad que hay entre la voluntad y el entendimiento. Por donde cuando la voluntad está grandemente aficionada a una cosa, de la cual le sería muy penoso carecer, luego el entendimiento, por librar a su hermana de aquella pena, halla razones para aprobar y justificar lo que ella desea, aunque sea contrario a la fe, como lo muestran los ejemplos de esta miserable edad. Porque la misma ocasión tienen para vivir libremente y pecar los que creen que la fe sola sin obras basta para salvarnos que los que niegan la Providencia divina y la inmortalidad del alma.

Indignidad a que han llegado muy gran parte de los cristianos.

Si en el tiempo antiguo no tuvo inconveniente este Señor quedar sin pueblo, y sin templo, y sin altar, y sin sacrificios, cuando hubo pecados, ¿qué mucho es venir la fe en tanta diminución multiplicándose tanto los pecados?

Para lo cual fuera necesario recontar los pecados que reinan ahora en el mundo. Mas porque esto sería proceso infinito, solamente os diré, y no sin gran dolor, parecerme que muy gran parte de los cristianos viven en el día de hoy como si no lo fuesen, ni creyesen que hay Dios, ni juicio, ni paraíso, ni infierno, ni otra vida después de ésta, sino que todo se acaba con ella. Porque es tanta la soltura de vicios, tantos los excesos en comer, en beber, en trajes, en juegos, en deshonestidades que cada día vemos y lloramos, como los pudiera haber en tierra de gentiles. Pues ya la ambición, las delicias, los regalos del cuerpo y la codicia, armada de mil engaños e injusticias y opresiones de pobres, que ha de dar nutrimento a esos excesos y demasías, ¿quién la podrá explicar?

Dios castiga a los pueblos que no siguen las enseñanzas de la fe.

Pues la Providencia y juicio de Dios no duerme, mas antes, al paso que andan los males, andan los castigos. Porque todas las calamidades, así corporales como espirituales, que ha padecido la Iglesia desde que se fundó hasta ahora, ¿de dónde procedieron sino de pecados?

Y dejados los tiempos antiguos, poned los ojos en los presentes, y veréis cuán azotado está el pueblo cristiano el día de hoy, parte con herejías y parte con infortunios y calamidades diversas.

Comenzad por Hungría y pasad a Alemania, y de ahí bajad a Flandes, a Inglaterra, a Francia, y veréis los castigos que la indignación divina ha ejecutado en todas esas naciones con herejías tan monstruosas.

Ni Castilla ni Portugal, aunque libres de herejías, han carecido de grandes azotes con hambres, con pestilencias, con guerras, con naufragios y muertes de personas insignes que en nuestros tiempos hemos visto y padecido.

Y porque no quedase Italia sin azote, envió este Señor una tan brava pestilencia y mortandad en muchas partes de ella como sabéis. Pues ¿qué diré de los catarros que después de todas estas calamidades sobrevinieron y corrieron por toda Europa con tan extraordinarios accidentes y con tanta mortandad y estragos de tantas gentes, como habréis oído?

En lo cual veréis ser Dios una rectitud invariable, que donde halla pecados corta por todo cuanto se le pone delante, sin tener respeto a destruirse gentes y reinos y provincias, pues ni a todo el universo mundo perdonó en tiempo del diluvio, cuando se multiplicaron los pecados. Por lo cual no os debéis espantar de ver disminuída la fe en el mundo, siendo tantos los pecados de él.

Los cuales van en tanto crecimiento, que, si no tuviéramos prenda segura que las puertas del infierno no han de prevalecer contra la Iglesia, hubiera ocasión para temer que este fuego, que ha abrasado tanta parte de ella, la acabara de consumir.

B).—De la esperanza cristiana

CAPITULO XXI

Teníamos también necesidad de la esperanza, hermana de la fe, porque, como por el pecado quedamos tan desnudos y pobres, no nos queda otro remedio sino levantar los ojos a Dios y esperar remedio de Él para todos estos males, muchos de los cuales no se pueden curar sino por Él.

De manera que en este valle de lágrimas donde andamos peregrinando, y en este golfo tempestuoso donde a cada hora se levantan nuevas tormentas, ésta es el áncora, como la llama el Apóstol (Hebr. 6, 19), con que nos habemos de asegurar. Así lo testifican todas las santas Escrituras, conforme a lo cual dice el Señor por Isaías (30, 16), hablando con su pueblo, que en la virtud de la esperanza estará la fortaleza. Este es uno de los grandes tesoros de la vida cristiana, éstas las Indias y patrimonios de los hijos de Dios y éste el común puerto y remedio de todas las miserias de esta vida.

Dos clases de esperanza.

Mas aquí es de notar, porque no nos engañemos, que así como hay dos maneras de fe, una muerta, que no hace obras de vida, cual es la de los malos cristianos, y otra viva y formada por la caridad, cual la que tienen los justos, con que hacen obras de vida, así también hay dos maneras de esperanza: una muerta, que ni da vida al alma, ni la aviva y esfuerza en sus obras, ni la anima y consuela en sus trabajos, cual es la que tienen los malos, y otra viva, como la llama San Pablo (I, 1, 1), la cual, como cosa que tiene vida, tiene también efectos de vida, que son animarnos, consolarnos, alegrarnos y esforzarnos con el camino del cielo y darnos aliento y confianza en medio de los trabajos del mundo, como la tenía aquella bienaventurada Susana, de quien se dice que, estando ya sentenciada a muerte y llevándola por las calles públicas a apedrear,

con todo esto, su corazón estaba esforzado y confiado en Dios. Y tal era también la confianza que tenía David cuando decía (Salm. 118, 49): Acuérdate, Señor, de la palabra que tienes dada a tu siervo, con la cual me diste esperanza, porque ésta me esforzó y consoló en la aflicción de mis trabajos.

Pues esta esperanza viva obra muchos y admirables efectos en el alma donde mora, y tanto más cuanto más participan de la caridad y amor de Dios, que es el que le da la vida.

Principal objeto de nuestra esperanza.

Mas aquí es de notar que hay cuatro principales materias de esta esperanza. La primera es de la bienaventuranza advenidera; la segunda, del perdón de los pecados, que son los impedimentos del fruto de esta esperanza; la tercera, de ser oídas nuestras peticiones: la cuarta, de ser socorridos y amparados de Dios en nuestras tentaciones y trabajos. A todas estas cosas y otras semejantes se extiende esta virtud, y para todas tenemos grandes estribos y motivos en el árbol de la santa Cruz.

Mas entre estas esperanzas, la principal es la primera, que es la esperanza de la vida eterna y de la visión beatífica de Dios, a la cual se ordenan todas estotras esperanzas, y ésta nos es grandemente necesaria, porque quitada la esperanza del galardón, ¿quién tendrá manos para bien obrar?

Este galardón esencialmente consiste en la visión de la esencia divina; para lo cual es necesario que el mismo Dios levante y esfuerce el entendimiento humano con la lumbre que llaman de gloria, y que la misma esencia divina, sin ningún otro medio, se junte con nuestro entendimiento, con la cual deificado y hecho como Dios, sea poderoso para ver a Dios de la manera que Él es en su misma gloria y hermosura, como lo ven los ángeles. Esta unión es una de las cosas más admirables y más inefables que hay y más increíbles al parecer humano, por la infinita distancia que hay entre estas dos naturalezas, divina y humana, para juntarse la una con la otra, y también por la condición y bajeza de nuestro entendimiento, que ni puede penetrar en la esencia de las cosas espirituales ni entender sin las figuras e imágenes de las cosas corporales.

Pues, porque, como dice Santo Tomás, con dificultad se podía acabar con el hombre que creyese y esperase una unión tan alta y admirable, hizo Dios otra más admirable, que fué la del Verbo divino con la naturaleza humana, para que no desconfíe el hombre que podrá hacerse una cosa con Dios por la gracia, pues ve a Dios hecho hombre por

naturaleza; porque, como dice San Crisóstomo, mucho mayor cosa es hacerse Dios hombre por naturaleza que hacerse el hombre Dios por gracia. Y pues vemos hecho lo uno, es razón que creamos y esperemos lo otro, mayormente siendo lo uno causa de lo otro, porque por el misterio de esta unión de Dios con el hombre, se da al hombre la unión de su entendimiento con Dios.

Ni es menor la dificultad de la esperanza en las otras materias que dijimos. Porque, así como el hombre ha de hacer fuerza a su entendimiento para creer lo que no ve, así la ha de hacer a la voluntad para que espere lo que no posee, mayormente cuando nos faltan y desaparecen todos los presidios y socorros humanos y por ninguna parte se descubre algún rayo de luz ni de remedio. Porque en este tiempo es dificultoso hacer lo que hizo Abrahán (Rom. 4, 18; Gén. 15, 6), que es de tener esperanza contra esperanza, esto es, no descubriéndose algún remedio por la razón y prudencia humana, esperarlo de sola la misericordia divina.

La Cruz, áncora de nuestra esperanza.

Pues, para esto, ¿qué ayudas se nos pudieran dar más poderosas que las que tenemos en el misterio de la Cruz? Porque todos los motivos de que arriba hicimos mención que nos incitan a amar a Dios, esos mismos nos mueven a esperar en Él.

Porque ¿en quién esperaré yo más confiadamente que en un Dios tan bueno, en un bienhechor tan largo, en un amador tan grande y en un padre tan rico, tan piadoso y tan poderoso? Porque si en nadie puede tener un hijo mayor esperanza que en su padre, ¿cómo no esperaré yo en quien es tanto más padre, y tanto más me ama, y tanto es más bueno y tanto mayores beneficios me tiene hechos? Este es el argumento que nos hizo el mismo hijo de Dios en su Evangelio cuando dijo (Lc. 11, 13): Si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre, que está en los cielos, dará su espíritu bueno a quien se lo pidiere? Pues ¿qué no se podrá esperar de un Padre tan piadoso que nos dió su propio Hijo?

Que es otro argumento que hace San Pablo cuando dice (Rom. 8, 32): A su propio Hijo no perdonó Dios, sino entrególo a la muerte por todos nosotros. Pues ¿cómo no nos habrá dado con Él todas las cosas? Como si dijera: quien dió lo más, y tanto más, ¿cómo no dará lo menos, y tanto menos? Porque todo lo demás que se puede dar, por mucho que sea, es poco en comparación de esta dádiva, en que se da el Hijo de Dios.

Finalmente, si este Señor nos hizo tan grandes mercedes con tanta costa suya, ¿cómo apretará ahora la mano y la

encogerá después de hecha la costa? Este es el principal estribo de nuestra esperanza y el principal caudal de nuestra hacienda. Pues ¿quién se verá tan derribado y tan desmayado en medio de sus tribulaciones y peticiones, que no se alegre y esfuerce con estas tan grandes prendas y rehenes de la misericordia y providencia paternal de Dios? Quien con esto no se esfuerza, ¿qué cosa habrá que lo pueda esforzar?

De los frutos de la esperanza. Cata aquí, pues, hermano, cuán grande sea el fruto de esta virtud y para cuántas cosas nos aprovecha. Ella es como un puerto seguro adonde se acogen los justos en el tiempo de la tormenta. Es como un escudo muy fuerte con que se defienden de los mares y ondas de este siglo. Es como un depósito de pan en tiempo de hambre, adonde acuden todos los pobres necesitados a pedir socorro. Es aquel tabernáculo y sombra que promete Dios pos Isaías (4, 5) a sus escogidos, para que en él se escondan y defiendan de los calores del verano y de las lluvias y torbellinos del invierno, esto es, de las prosperidades y adversidades de este mundo. Es, finalmente, una medicina y común remedio de todos nuestros males, pues es verdad que todo lo que justa, fiel y sabiamente esperáremos de Dios, alcanzaremos siendo cosa saludable.

De la falsa esperanza. Mas en este lugar se nos ofrece una materia muy lastimera, que es el abuso y perversidad del corazón humano, de que en el fin del capítulo pasado hicimos mención, el cual, confiado en la grandeza de este beneficio, toma ocasión para perseverar seguramente en su pecado. Porque si preguntáredes a cuantos desuellacaras hay en el mundo por qué causa perseveran toda la vida en sus maldades y cómo piensan, viviendo mal, salvarse, luego os acuden con la fe de Cristo y con la esperanza de su sagrada Pasión. De manera que, siendo ella el mayor estímulo y motivo que tiene la virtud y el temor de Dios, ellos trastornan y pervierten de tal manera el consejo y beneficio de Dios, que hacen de la medicina ponzoña y motivo para pecar de lo que había de ser para le servir y amar.

Este ha sido, y lo es ahora, uno de los grandes embustes de nuestro adversario, el cual pretende competir en la maldad con la grandeza de la divina bondad. Porque así como ésta tiene por oficio sacar de los males bienes, así, por el contrario, la malicia del enemigo tiene por estilo sacar de los bienes males.

De esta manera hace que de las santas Escrituras, que nos fueron dadas para luz y gobierno de nuestra vida, hayan sacado los herejes tinieblas de errores y perversión de nuestra vida, falsificando y destrozando las palabras divinas para fundar en ellas sus engaños; y con la misma astucia ha hecho que del divinísimo misterio de la Cruz, que tantos motivos nos ha dado para la virtud, saquen los malos razones y argumentos para perseverar en sus vicios. Porque como todos los hombres, por malos que sean, por una parte desean salvarse y por otra rehusan el camino de la virtud, por ser contrario a sus apetitos, han buscado este medio para consolarse y asegurarse en sus maldades, diciendo que ya Cristo pagó por ellos; como si para esto viniera el Hijo de Dios al mundo y padeciera, para hacer a los hombres viciosos y haraganes y enemigos de todo virtuoso trabajo.

Pues contra este engaño militan todas las santas Escrituras, que tantas veces incitan al trabajo de las buenas obras y juntan el temor de Dios con la esperanza, para que lo uno sea correctivo de lo otro.

Y el Señor en el Evangelio mandónos despedir de nuestro corazón toda congoja y desconfianza del remedio temporal, y concluye esta materia diciendo (Mt. 7, 23): Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás os será dado. De manera que para que la confianza esté segura ha de estar acompañada de la justicia. Y en otro lugar, tratando de los que en el día del juicio han de alegar los milagros que hacían por virtud de la fe que tenían, dice que entonces les responderá (Mc. 8, 34): No os conozco ni sé quién sois; apartaos de mí todos los que obráis maldad.

Pues en la sentencia de la condenación de los malos y de la salvación de los buenos, ¿qué otra cosa se ha de referir este día sino las obras de misericordia hechas o dejadas de hacer? Y cuando el mismo Señor decía: Quien quisiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz y sígame, ¿exhortábanos por ventura a holgar o a trabajar? Y por que no pensase nadie que decía esto a solos los discípulos, escribe San Marcos (8, 34) que cuando quiso decir esto, llamó al pueblo que a la sazón presente estaba y díjolo a todos.

Pues en el Testamento Viejo ni hace caso de los sacrificios de los malos, ni de sus oraciones, ni de sus cantares, ni de las fiestas que hacían en los sábados y en los primeros días de los meses, y otros oficios semejantes. Pues ¿qué pide? ¿Qué le agrada? Responde por Isaías (1, 16): Lavad y limpiad vuestras conciencias, y quitad la maldad de vuestros pensamientos de mis ojos. Cesad de hacer mal y aprended a hacer bien. Haced justicia, socorred al oprimido, juzgad la causa del huérfano, defended la vida, y esto

hecho, argüidme, esto es, ponedme pleito y emplazadme si no perdonare vuestros pecados.

Y el profeta Miqueas, enseñando a los hombres cómo habían de agradar a su Criador, después de haber recontado muchas maneras de sacrificios, viene a resumirse diciendo (Miq. 6, 8): Enseñarte he, hombre, en qué consiste el bien y qué es lo que Dios te pide. Lo que te pide es hacer juicio, y amar a la misericordia, y andar solícito con tu Dios. Y por aquella primera palabra hacer juicio quiere decir que no vivamos según los apetitos de nuestra carne, sino según el juicio de la razón y de la ley divina.

Pues, estando todas las Escrituras dando voces y declarando que el remedio de nuestra salud está en las buenas obras, y nuestra perdición en las malas, ¿cómo fué poderoso el demonio para cegar tanto los entendimientos de los hombres que con sola confianza en la Pasión de Cristo, sin echar mano al arado, sino antes estando mano sobre mano y perseverando en sus vicios, habían de ser salvos? ¿Quién pudo de tal manera trastornar los entendimientos humanos que pudiese caber en ellos un engaño tan contrario a todas las Escrituras, a la bondad de Dios, a la lumbre de la razón, al común entendimiento de las gentes, a todos los ejemplos de los santos y, finalmente, a todas las leyes divinas y humanas, que nos están exhortando al amor de las virtudes y aborrecimiento de los vicios?

Cuán necesaria nos sea la verdadera esperanza.

Pues dime, ruégote: ¿qué mayor miseria puede ser que ésta? ¿Qué mayor pobreza que vivir sin esta manera de esperanza? Porque si el hombre quedó por el pecado tan desnudo y pobre como arriba tratamos, y para su remedio era tan necesaria la esperanza de la divina misericordia, ¿qué será de él, quebrada esta áncora en la cual se sostenía?

Vemos que todos los otros animales nacen en su manera perfectos y proveídos de todo lo necesario para su vida. Mas el hombre por el pecado quedó medio deshecho; de tal manera, que casi ninguna de las cosas que ha menester tiene dentro de sí, sino que todo le ha de venir de acarreo y de limosna por mano de la divina misericordia. Pues, quitada ésta de por medio, ¿qué tal podrá ser su vida, sino coja y manca y llena de mil defectos? ¿Qué cosa es vivir sin esperanza, sino vivir sin Dios? Pues ¿qué le quedó al hombre de su antiguo patrimonio para vivir sin este arrimo? ¿Qué nación hay en el mundo tan bárbara que no tenga alguna noticia de Dios, y que no le honre con alguna manera de honrar, y que no espera algún beneficio de su Providencia?

Un poco de tiempo que se ausentó Moisés de los hijos de Israel, pensaron que estaban sin Dios, y como rudos y groseros dieron luego voces a Aarón, diciendo que les hiciese algún dios, porque no se atrevían a caminar sin Él (Éx. 32, 1). En lo cual parece que la misma naturaleza humana, aunque no siempre conozca al verdadero Dios, conoce que tiene necesidad de Dios; y aunque no conozca la causa de su flaqueza, conoce su flaqueza; y por eso, naturalmente busca a Dios para remedio de ella.

De suerte que así como la hiedra busca el arrimo del árbol para subir a lo alto, porque por sí no puede, y así como la mujer naturalmente busca el arrimo y sombra del varón, porque como animal imperfecto entiende la necesidad que tiene de este arrimo, así la misma naturaleza humana, como pobre y necesitada, busca la sombra y amparo de Dios.

Pues, siendo esto así, ¿cuál será la vida de los hombres que viven en tan triste viudez y desamparo de Dios?

Querría saber: los que de esta manera viven, ¿con quién se consuelan en sus trabajos?, ¿a quién se acogen en sus peligros?, ¿con quién se curan en sus enfermedades?, ¿a quién dan parte de sus penas?, ¿con quién se aconsejan en sus negocios?, ¿a quién piden socorro en sus necesidades?, ¿con quién tratan?, ¿con quién conversan?, ¿con quién platican?, ¿con quién se acuestan y con quién se levantan?, y, finalmente, ¿cómo pasan por todos los trances de esta vida los que no tienen este recurso?

Si un cuerpo no puede vivir sin alma, ¿cómo un alma puede vivir sin Dios, pues no es menos necesario Dios para la una vida que el alma para la otra? Y si, como arriba dijimos, la esperanza viva es el áncora de nuestra vida, ¿como osa nadie entrar en el golfo de esto siglo tan tempestuoso sin el socorro de esta áncora? Y si la esperanza decíamos que era el escudo con que nos defendemos del enemigo, ¿cómo andan los hombres sin este escudo en medio de tantos enemigos? Si la esperanza es el báculo con que se sostiene la naturaleza humana después de aquella general dolencia, ¿qué será del hombre flaco sin el arrimo de este báculo.

En los brazos de la divina Providencia.

Esto baste cuanto a este privilegio de la esperanza. El cual, aunque parece ser el mismo que el de la providencia especial de Dios para con los suyos, de que arriba tratamos, pero no lo es, antes se diferencia de él como efecto de su causa. Porque como sean muchos los fundamentos y causas de esta esperanza, cuales son la bondad y la verdad de Dios, y los méritos de Cristo, etc., uno de los principales es esta paternal providencia, de la

cual procede esta confianza. Porque saber que tiene Dios este cuidado de ellos causa esta confianza en ellos.

Pide este artículo que en todos nuestros trabajos, angustias y perplejidades nos encomendemos y acojamos a Él confiadamente, teniendo por certísimo que, pues es nuestro Padre y nos hizo de nada y es todopoderoso, nunca nos faltará en lo necesario. Mas, como puede con su omnipotencia, así también querrá con su inmensa misericordía ayudarnos en todo lo que nos conviene, y por aquella bondad y amor paternal que nos tiene, nos dará abastadamente todo lo que fuere provechoso y saludable a nuestra alma y a nuestro cuerpo. Por lo cual ninguna cosa temamos que nos pueda empecer, ni Satanás, ni los malos hombres del mundo, ni las bestias fieras, ni el hambre, ni la sed, ni el frío, ni la calma, ni las enfermedades, ni la muerte; finalmente, ni los espantosos infiernos.

Porque si Dios es con nosotros, ¿quién será contra nosotros?, dice el Apóstol (Rom. 8, 31). Si Él nos rige y nos apacienta en sus abundantes campos, ¿qué hambre o qué frío nos podrá dar trabajo? Si Él es defensor de nuestra vida, ¿de quién habremos miedo? Si con la sombra de sus alas nos cubre, ¿quién nos podrá hacer daño alguno? Pues no falta aquí otra cosa sino que digamos con el profeta David (Salm. 22, 4): Aunque ande en medio de las tinieblas de la muerte no temeré, porque Tú, Señor, estás conmigo. Si vinieren contra mí ejércitos, no temerá mi corazón. Si se levantare guerra contra mí, en ésta, Señor, esperaré, porque me escondió en su tienda, en el día de los trabajos me recogió en el secreto de ella. Púsome encima de una roca, y ahora levantó mi cabeza sobre mis enemigos (Salm. 26, 6). ¿De dónde nace tanta confianza, tanta consolación y sosiego en nuestros corazones, sino de ser Dios nuestro padre y ser Él todopoderoso y haberme criado?

C).—De la virtud de la caridad

CAPITULO XXII

De las excelencias de la caridad

Antes que tratemos de los ejercicios y medios que sirven para alcanzar el amor de Dios, será bien tratar de los frutos y excelencias de este amor, para que sepan los que

por esta virtud trabajan por cuán preciosa joya trabajan, pues nos consta que alivia mucho la carga del trabajo la grandeza del galardón. Porque, después de alcanzada, no dudo que digamos con la Esposa en los Cantares (8, 7): Si el hombre diere todo lo que tiene por la caridad, parecerle ha nada todo cuanto por ella dió. Por eso es bien que con aquella mujer fuerte de los Proverbios de Salomón (31, 10) gustemos primero algo de las excelencias de esta virtud. por que tengamos por muy buen negocio dar todo lo que se nos pidiera por ella.

Mas no por esto piense nadie que se podrá comprender en pequeña escritura todo lo que esta virtud merece, y aun no sé si fuera por ventura mejor honrar con silencio lo que con palabras no se puede dignamente alabar, porque como la caridad sea el fin de todos los mandamientos divinos, según dice el Apóstol (1 Tim. 1, 5), todo lo que está escrito. así en las Letras sagradas como en todos los libros de los santos, o es caridad o pertenece a la caridad. Por donde parece claro lo poco que se podrá decir de esta singular virtud, pues ni todo lo escrito, ni aun lo que se puede escribir, basta para agotar el piélago de sus grandezas.

Solamente apuntaremos aquí en breve algunas señaladas excelencias que tiene sobre todas las virtudes. para que por aquí se entienda algo de lo que ella es.

Reina de las virtudes. Pues la primera excelencia que esta virtud tiene es que, hablando en todo rigor de teología, es reina de las virtudes y la mayor de todas ellas. Para cuyo entendimiento es de saber que las virtudes que llaman teologales, que son fe, esperanza y caridad, tienen el principado sobre todas las otras, porque éstas honran y miran a Dios como fin sobrenatural y ordenan al hombre para con Él, aunque en diferente manera, porque la fe le mira como a la primera verdad, dando firme y entero crédito a todas las cosas que Él nos tiene reveladas: la esperanza le mira como a altísimo y soberano bien que pretende alcanzar, ayudada con la divina gracia y con buenas obras; mas la caridad le mira como a sumo bien, digno de ser amado por quien Él es, con sumo amor.

Y ésta es más excelente manera de mirar y honrar a Dios, y por esto es más noble esta virtud que la fe y la esperanza. Porque la fe mira a Dios con oscuridad y como debajo de velo, y la esperanza míralo como a bien arduo que aun no posee, mas espera poseer, y míralo con un poco de interés, porque lo quiere para sí, esto es, para su propia perfección, lo cual en su manera pertenece al amor que los teólogos llaman de concupiscencia; mas la caridad

ámale con amor de verdadera amistad, que es con amor puro y desinteresado. Del cual dice San Bernardo: El amor puro consigo solo se contenta y no tiene respecto a intereses.

Pues con esta manera de amor posee el alma a Dios dentro de sí, porque la condición del perfecto amor es tener todos los sentidos en la cosa que ama y estar todo unido y transportado con ella; así lo está el verdadero amador de Dios, según aquello que dice San Juan (I, 4, 16): Dios es caridad, y el que está en caridad está en Dios y Dios en él. La cual manera de unión con el sumo bien, por ser tan íntima, hace que la caridad tenga excelencia sobre todas las virtudes, y así dice San Agustín: Ninguna cosa hay mayor que el alma que tiene caridad, si no es el mismo Señor, que dió la caridad.

De donde se infiere que si esta virtud es la más excelente de todas las virtudes, que la obra y ejercicio de ella será el más excelente medio de todos los otros ejercicios, porque aquella es más excelente obra que procede de más excelente principio y hábito; por donde si el hábito de la caridad es el mejor de todos los hábitos espirituales, síguese que el acto de esta virtud, que es amar actualmente a Dios, será el mejor y más meritorio de todos los actos que acá hay. Y no hace contra la excelencia singular del martirio que en la vida presente hay, porque si éste es tan agradable a Dios, no lo es tanto por sí cuanto por razón de la caridad que lo hace agradable, sin la cual el martirio no sería martirio, sino tormento infructuoso, como dice el Apóstol.

Todas las virtudes se ordenan a la caridad.

La segunda excelencia de esta virtud es ser ella no sólo la más excelente de las virtudes, sino el fin de todas las virtudes y de todos los mandamientos y consejos divinos, los cuales todos se ordenan a ella. De suerte que así como el manjar se ordena a sustentar el cuerpo, y las vestiduras a cubrirlo, y la medicina a sanarlo, así toda la ley de Dios se ordena a amar a Dios, y al prójimo por amor de Dios. Y no sólo toda la ley de Dios y todas las Escrituras divinas, mas también todas las cosas criadas en el cielo y en la tierra, que es toda esta tan grande máquina del mundo, se ordena a este mismo fin, porque para éste principalmente fué criada.

Por donde verá el hombre la obligación que tiene a amar a Dios, pues para esto fué por las manos del mismo Señor formado, para esto vive, y para esto el cielo y la tierra, la mar, el aire y todas las criaturas le sirven; lo cual todo, cuanto es de su parte, hace infructuoso y vano cuando no se ocupa en este oficio.

La caridad da el valor a las demás virtudes.

La tercera excelencia es que esta virtud no sólo es fin de todas las otras virtudes, sino también vida y alma y perfección de todas ellas. Por donde así como el cuerpo sin alma es verdadero cuerpo, mas no tiene vida, así las virtudes sin caridad, aunque sean hábitos buenos, no tienen vida, ni valor, ni mérito ante Dios, para hecho de satisfacer a Dios por los pecados, ni merecer gracia, ni gloria, aunque no dejen de aprovechar para otras muchas cosas. La razón es porque no siendo el hombre grato a Dios, tampoco le es grata la obra que se hace por persona que no le agrada.

Y además de esto, así como ningún hombre está obligado a tomar en cuenta lo que no se hace por él, así Dios no tiene por qué agradecer ninguna obra, por excelente que sea, cuando no se hace por su amor. Porque si uno ayunare, y diere limosna, y fuere casto, y justo, y sufrido, y nada de esto hiciere por Dios, como lo hicieron muchos filósofos gentiles, ¿qué tiene Dios que ver ni qué agradecer aquí?

De suerte que sola esta virtud es tan aventajada y singular entre todas las otras, que sola ella por sí es hermosa y agradable a los ojos de Dios, y fuera de ella no hay cosa que lo sea sino por ella.

Por donde con mucha razón se puede comparar en cierta manera con el Hijo de Dios. Porque así como no hay criatura racional en el cielo ni en la tierra que sea grata en los ojos de Dios, sino por el gratísimo Hijo de Dios, así ninguna virtud ni obra hay tan excelente que sea agradable a Dios, si no va acompañada y hermoseada con esta virtud.

Y por esto con razón se dice que la caridad es raíz y principio de todo merecimiento y de toda la vida espiritual, porque todo lo que vale algo delante de Dios, es por el valor que de ella recibe.

De manera que lo que es la raíz en el árbol, y el alma en el cuerpo, y el sol en el mundo, eso es la caridad en el corazón del cristiano. No tienen verdura los ramos si no están unidos con su raíz, ni vida los miembros, si no están informados con su alma, ni tendría luz el mundo, si el sol se quitase de por medio; y así no tienen vida, ni valor, ni luz nuestras obras si no se la diere la caridad La cual, por extenso, testifica San Pablo por esta palabras (I Cor. 13, 3): Si hablare con lenguas de hombres y de ángeles y no tuviere caridad, seré como un metal que suena o como una campana que retiñe. Y si tuviere don de profecía y supiere todos los misterios y toda la ciencia, y si tuviere tan grande fe que baste para trasladar los montes de un lugar

a otro, y no tuviere caridad, nada soy. Y si repartiere toda mi hacienda con pobres, y entregare mi cuerpo para que arda en vivas llamas, y no tuviere caridad, ninguna cosa me aprovecha para cuanto toca a ser agradable a Dios y merecer delante de Él. Por do parece que todas las virtudes y dones de Dios que valen algo, por eso tienen valor, porque la caridad se lo da.

Y lo que más es: no sólo las obras virtuosas hechas con caridad son aceptas delante de Dios, mas aun las obras que de suyo son indiferentes, y las que son naturales y necesarias para sustentación de la vida, hechas en caridad, también lo son. De manera que sin la caridad el oro de las virtudes se hace escoria, y la escoria de cualesquiera obras de esta calidad, por bajas que sean, se hacen oro fino por esta virtud. Por la cual dijo San Agustín: Ama y haz lo que quisieres: si callares, calla por amor, y si perdonares, perdona por amor, y si castigares, castiga por amor; porque lo que por este amor se hace es meritorio delante de Dios.

Pues, ¿qué cosa puede ser más divina que la que de las obras indiferentes hace divinas? Arriba dijimos que la caridad era oro; ahora decimos que de tal manera es oro, que todo lo que toca vuelve en oro. ¿Qué darían los hombres por una tal arte de alquimia que con ella convirtiesen todos los metales en oro? Pues ¿en qué tanto se debe tener aquella virtud que del plomo hace oro, y del hierro hace oro, quiero decir, que cualquier obra, por baja que sea, hace merecedora de vida eterna?

Por esta razón, el mayor de nuestros cuidados había de ser cumplir lo que el Apóstol dice (I Cor. 16, 14), que es hacer todas nuestras obras en caridad. De suerte que, como él mismo en otra parte dice (Ibíd. 10, 31), el comer y el beber y otra cualquier obra que hagamos, todo lo hagamos a gloria de Dios. Como si dijera: cualquier obra que hiciéredes, por baja que sea, hacedla con caridad, que todo os será meritorio. No había en el templo de Salomón cosa que no estuviese vestida de oro (III Rey. 6, 22), y así no había de haber en el templo vivo de nuestras almas obra que no fuese vestida de caridad.

Y aun pasa más adelante la eficacia de esta virtud: porque no solamente hace buenas las obras indiferentes, mas también hace propias las ajenas. Lo cual dice San Gregorio por estas palabras: Nuestros son también aquellos bienes que amamos en los otros, aunque no los podemos imitar, porque del que ama se hace aquello que en el prójimo se ama. De donde pueden pensar los envidiosos cuán grande sea la virtud de la caridad, la cual sin trabajo nuestro hace nuestros los trabajos ajenos.

Y aun extiéndese a más esta virtud, porque no sólo hace nuestros los bienes del prójimo, de que por amor de Dios nos gozamos, sino también nos hace participantes de todos los bienes de Cristo y de su Iglesia, que es todo el cuerpo místico; porque, pues la caridad nos une con la cabeza de este cuerpo, que es Cristo, y con el mismo cuerpo, que es la Iglesia, síguese que ella es por quien nos cabe parte de los bienes de la una cosa y de la otra, así como la salud común de todo el cuerpo es beneficio propio de cada uno de los miembros.

La caridad promueve la práctica de las demás virtudes.

La cuarta excelencia es que no sólo esta virtud es vida de todas las virtudes, sino también estímulo y despertador de todas ellas, porque ella es la que las aviva y provoca a hacer sus oficios y entender en sus ejercicios. Porque del amor de Dios, cuando es grande, procede un ferventísimo deseo de agradarle y hacer su santa voluntad, y como sabe ya el hombre que ninguna cosa le agrada sino la obediencia y guarda de sus mandamientos y las obras de las virtudes, procura luego ejercitarse en todas ellas y mandarles que todas entiendan en su servicio.

De manera que así como la esposa o la mujer casada que ama mucho a su marido, cuanto más le ama tanto más procura todo aquello que le puede dar contentamiento, así en el servicio de la casa como en los atavíos de la persona, así el alma que de todo corazón desea agradar al Esposo celestial, busca todos aquellos arreos y atavíos con que más piensa de le agradar. Y porque sabe ya que no hay otros atavíos que le agraden sino las virtudes, por eso se entrega luego de todo corazón al ejercicio de ellas.

En lo cual se ve la semejanza que la caridad tiene con el mismo Señor a quien ama; porque así como siendo Él uno y simplicísimo en su esencia, es todas las cosas en perfección y omnipotencia, así la caridad, en su manera, tiene en su poder y como debajo de su imperio todas las virtudes. Por cuya causa el Apóstol se las atribuye todas, como adelante veremos. Porque aunque ellas no sean propiamente hijas suyas, por cuanto ella no tiene más de dos hijos propios, que son amor de Dios y del prójimo, pero todas ellas son criadas suyas, que obedecen a su imperio.

Conforme a lo cual dijo San Agustín: A mí me parece que es brevísima y suficientísima definición de la virtud llamarla orden de amor. Porque aquel es verdaderamente virtuoso que da a todas las cosas su justo peso de amor, amándolas con aquella medida de amor con que cada una debe ser amada, y no más.

De aquí nace que el que este amor tiene, en todas las cosas guarda el compás y la medida que debe; conforme a lo cual dice el mismo San Agustín: La caridad en las adversidades es paciente, en las prosperidades templada, en las pasiones fuerte, en las buenas obras ligera, en las tentaciones segura, en la hospitalidad larga, entre los verdaderos hermanos alegre y entre los falsos sufrida. Y en otro lugar: La caridad, dice él, en medio de las injurias está segura, en los odios bienhechora, entre las iras mansa, entre las celadas de los malos inocente, en la verdad inquieta, en los males ajenos triste y en las virtudes alegre.

Mas mucho mejor es oír todas estas excelencias de la boca del Apóstol, el cual, alabando esta virtud y atribuyéndole el imperio y señorío de las otras virtudes de que ahora tratamos, dice así (I Cor. 13, 4): La caridad es sufrida y benigna, la caridad no tiene envidia de nadie, no hace cosa mala, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no es amiga de su provecho, no se aíra contra nadie, no piensa mal de nadie, no se alegra con la maldad, sino alégrase con la verdad: todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera y todo lo lleva sobre sí; la caridad nunca desfallece.

La caridad es más fuerte que la muerte. Mas, aunque la caridad sea tan grande estímulo y ayuda para todas las virtudes, señaladamente lo es para una muy principal virtud, que es una fortaleza general, la cual ayuda a llevar la carga de todas las otras virtudes. Esta fortaleza es tan propia del amor de Dios, que no hay en el mundo cosa tan fuerte como él. Porque este divino amor es el que emprende cosas grandes, el que no rehusa los trabajos, el que acomete los peligros, el que esfuerza los corazones flacos, el que pone espuelas a los negocios, el que hace atrevidos a los cobardes, porque no mide las dificultades con la razón, sino con el deseo.

La razón de esto es porque, como los efectos naturalmente sigan a la condición de sus causas, cuanto las causas son más poderosas y fuertes, tanto lo son los efectos que proceden de ellas. Pues como el fin sea la primera y principal de todas las causas, porque él mueve todas las otras a obrar, de aquí es que cuanto es mayor el amor del fin, tanto con mayor fuerza mueve todas las otras causas a obrar, y procura lo que conviene para conseguir ese mismo fin. De aquí nace que cuanto mayor amor tiene uno al dinero, o a la honra, o al estudio de las letras, tanto se pone a mayores trabajos por alcanzar lo que ama.

De manera que como dicen del agua, que tanto sube cuanto desciende o cuanto peso tiene, así también podemos

decir que en todos los negocios tanto hay de fortaleza cuanto hay de amor. Testigos son de esto hasta los mismos animales, que, por flacos que sean, se meten muchas veces por las lanzas y por los venablos de los monteros por defender a sus hijos, dándoles el amor la fuerza y el ánimo que la naturaleza les negó. Porque el amor grande siempre tiene por pequeños sus peligros, y por grandes los de la cosa que ama, y por eso fácilmente aventura los unos por los otros y despide el temor de su propio daño porque no teme el suyo, sino el ajeno.

Pues por aquí parece claro cómo el amor de Dios es causa de fortaleza, y que cuanto uno tuviera más de este amor, tanto tendrá más de esfuerzo para ponerse a cualquier trabajo por Él. ¿Qué otra cosa quieren decir aquellas palabras de los Cantares (8, 6): Fuerte es el amor como la muerte? ¿Qué cosa hay más fuerte ni más poderosa que la muerte? ¿Qué armas han hasta hoy prevalecido contra ella? ¿De quién no tiene alcanzado triunfos? Pues, así como la muerte es vencedora de todas las cosas, así todas las cosas vence el amor de Dios, pues aun hasta la misma muerte, vencedora de todo, es vencida de este amor, porque el verdadero amador de Dios, bien puede ser muerto, mas nunca jamás vencido.

¿Quién dirá que San Lorenzo no fué vencedor de la muerte y de las llamas y de todos los poderes del mundo, pues todos ellos se pusieron en armas e hicieron lo último de potencia por combatir su fe y su constancia, y quedó la muerte vencida, y las llamas apagadas, y el cuerpo despedazado, mas la fe y la fortaleza de su ánimo tan entera quedó entre toda aquella batería de tormentos como el fino diamante, que antes rompe al yunque, y penetra el martillo, y cansa el brazo del martillador?

Mas ¿qué mucho es que sea la caridad vencedora de la muerte, pues es vencedora de cuantas fuerzas y poderes hay en el mundo? Si no dígalo aquel grande amador de Cristo, que con la obra fué vencedor de la muerte, y con el propósito, de todas las cosas. Él, pues, dice así (Rom. 8, 35): ¿Quién nos apartará de la caridad de Cristo? ¿Habrá tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o cuchillo que para ello baste? No, por cierto, según que está escrito por el Profeta (Salm. 43, 22): Por ti, Señor, todo el día somos entregados a la muerte y tratados como ovejas que están diputadas para el matadero, mas en todas estas cosas salimos vencedores por amor de aquel que nos amó. Porque cierto estoy que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni las cosas presentes, ni las venideras, ni la alteza de los cielos, ni la profundidad de los infiernos, ni otra criatura alguna será bas-

tante para apartarnos del amor de Dios, el cual tenemos por Jesucristo.

Hasta aquí son palabras de San Pablo, en las cuales no sé de qué primero me maraville, o del esfuerzo y determinación de este santo Apóstol, o de la fortaleza y excelencia de la caridad, que tan grande señorío tiene sobre todas las cosas criadas, de que aquí se hace vencedora; la cual es tan fuerte, que de la criatura más flaca del mundo, que es el hombre, tan temeroso de su daño cuan amigo de su provecho, hace la cosa más poderosa del mundo.

Mas, ¿qué es menester andar haciendo comparación de las fuerzas de la caridad con las de las criaturas, pues tuvo fuerzas para vencer al Señor de todo lo criado? Porque ¿quién le bajó de los cielos a la tierra, quién le ató a una columna, quién le echó clavos en pies y manos, quién le hizo, como Él mismo se llama, ministro y siervo de los hombres, quién le hizo juntar con el trono del cielo el madero de la cruz, sino el amor de nuestra salud? ¿Por qué ayunó, y sudó, y trabajó, y veló, y murió, sino por este amor?

¡Oh caridad, cuán grande es tu poder! Si contra Dios prevaleciste, ¿cómo no prevalecerás contra los hombres? ¡Oh dulce tirano, con cuánta blandura y halagos armas los corazones y los haces acometer cosas tan grandes!

Esta es aquella fortaleza celestial que prometió el Señor a los discípulos el día de Pentecostés, cuando había de descender sobre ellos el Espíritu Santo, que esencialmente es amor, en forma de fuego, diciéndoles (Lc. 24, 49): Asentaos en la ciudad hasta que seáis vestidos de la fortaleza de lo alto. Vestido, dice, para significar que este santo amor es como un arnés tranzado que cubre al hombre de pies a cabeza, sin que en él quede lugar descubierto al golpe del enemigo.

La caridad, fuente de gozo espiritual. La sexta excelencia de esta virtud es traer consigo, cuando está encendida, alegría y gozo espiritual. Porque así como del sol nace la luz y del fuego el calor, así nace la alegría con la presencia de lo que se ama. Y esta alegría espiritual es uno de los frutos del Espíritu Santo, que por eso se llama paracleto, que quiere decir consolador, por el oficio que tiene de consolar y recrear las almas que trabajan por amor de Dios.

Estas consolaciones y deleites por muchas vías exceden a todos los deleites sensuales. Porque primeramente son más propios y más conformes a la naturaleza del hombre, que es criatura racional, y por este título necesariamente han de ser tanto mayores que todos los otros cuanto por

más excelente parte le competen. Porque son deleites de las más nobles potencias que hay en el hombre, que son el entendimiento y la voluntad, las cuales cuanto son más nobles que todas las otras, tanto son capaces de mayores deleites.

Lo segundo, porque los deleites que de este divino amor nacen no son deleites de naturaleza, sino de gracia, porque proceden de los dones del Espíritu Santo, y señaladamente de la caridad, que es la más alta de todas las gracias, y así trae consigo altísimos y nobilísimos deleites. Lo tercero, porque estos deleites no son de criaturas, que son finitas y limitadas, sino del mismo Criador y Señor de todas las criaturas, que es bien universal e infinito, y así es poderoso para causar mucho mayores alegrías y deleites.

De suerte que todas las cosas son por esta parte más aventajadas: el sujeto, las potencias, la causa y el objeto de los deleites, que es aquel eterno y sumo bien, el cual contiene en sí suma perfección, y así es Él nuestra última perfección, en la cual está toda nuestra felicidad y contentamiento. Porque el mayor contento que puede tener una criatura es llegar a su centro y a su último fin; porque éste es el término de todos sus deseos, y como no le queda más que desear, así no tiene más de qué gozar. Pues, como Dios sea el sumo bien y último fin y como centro de la criatura racional, de aquí es que alcanzar este sumo bien sea sumo contentamiento, el cual no se alcanza con los brazos, sino con los abrazos, que es con la unión de este santo amor.

Hay también otra razón para esto, y es que el deleite o alegría es causa de alcanzar el hombre el bien que desea. Porque, como dice Santo Tomás, deseo es un movimiento del corazón, cuyo término es el bien deseado; y llegando este movimiento a su término, necesariamente ha de descansar y alegrarse con él.

Mas es aquí de notar, como dice el mismo Santo, que cual fuere el bien que se alcanza, tal será la alegría que se recibe. Y porque todos los bienes de esta vida son limitados y particulares, es también limitado el gozo de ellos; mas, por el contrario, porque Dios es bien universal, en quien sólo se hallan todos los bienes, por eso es mucho mayor sin comparación la alegría que se recibe en Él que en todos los bienes del mundo juntos.

De lo cual nadie se debe maravillar; porque si el sol, que es una pura criatura, es más parte para alumbrar el mundo que todas las estrellas juntas, antes ellas ninguna cosa alumbran en presencia de él, ¿qué maravilla es que sólo el Criador sea más suficiente para alegrar y satisfacer

a un corazón, que todas las criaturas juntas? Antes es locura grandísima buscar los hombres contentamiento fuera de Dios. Porque notoria cosa es que ni puede una criatura tener cumplido contentamiento fuera de su centro o de su último fin; mientras estuviere fuera de él, siempre ha de estar piando y suspirando por él. Y notorio es también que el último fin para que el hombre fué criado es Dios. Pues si el hombre no puede ser bienaventurado sino gozando de este último fin, y éste es Dios, ¿qué mayor dislate que buscar perfecto gozo y contento fuera de Dios?

Y aunque el cumplimiento de este gozo sea en la otra vida, donde más perfectamente se verá y gozará este bien, mas todavía comunica este Señor a sus familiares amigos en este valle de lágrimas una pequeña parte, como primicias y relieves de aquella mesa celestial, para consuelo de los trabajos que pasan por Él.

Y de aquí nace que cuando este dulce y amoroso Señor quiere buscar al alma que de verdad le busca y ama, Él esclarece su entendimiento con una tan grande luz e inflama su voluntad con tan grande amor y alegría del Espíritu Santo, que la abundancia de Él viene a redundar en la parte inferior del alma, de tal manera que puede decir con el Profeta (Salm. 83, 3): Mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo.

Esto nos muestran claramente los ejemplos de tantos santos, a los cuales eran tan dulces las cosas de Dios y tan desabridas las del mundo, que a todas ellas dieron de mano y las renunciaron alegremente, y se fueron a los desiertos, teniendo por compañía las fieras, y por mantenimiento las yerbas, y por habitación las cuevas de las montañas. Lo cual por ninguna vía pudieran tolerar toda la vida si no hallaran mayor consolación en lo que Dios les daba, que lo que en el mundo dejaron.

Y no es esto mucho de maravillar, porque si muchos de los filósofos dejaron todas las cosas del mundo por darse a la contemplación de las cosas naturales, por el gusto grande que hallaban en ellas, ¿qué mucho es hacer esto los grandes amigos de Dios por la contemplación de las cosas sobrenaturales y divinas, ayudada con los dones del Espíritu Santo y con la gracia?

La caridad hace suave la guarda de los mandamientos.

De esta excelencia se sigue otra no menor, y es que así como la miel no sólo es dulce en sí, mas también hace dulce todos los manjares con que se junta, así la caridad no sólo es en sí suave, mas también hace suave y liviana la carga de los mandamientos de Dios. Porque como el amor tiene tan puestos

los ojos y los deseos en lo que ama, cuando entiende que los medios para alcanzarlo son trabajos, ama también esos mismos trabajos, porque no considera en los trabajos que son trabajos, sino que son medios para alcanzarlo, y más alegría le dan por esta razón que pena por su aspereza.

Por eso dice San Agustín: En aquello que se ama, o no se trabaja, o el mismo trabajo se ama. Y en otro lugar: No son, dice él, pesados los trabajos de los que aman, sino antes ellos mismos deleitan, como los de los que pescan y montean y cazan. Y San Bernardo dice: Si alguno es embriagado con el gusto del amor de Dios, luego está pronto y alegre para todo bien, trabaja y no se cansa, fatígase y no lo siente, hacen burla de él y no mira en ello. Y en otro lugar dice el mismo Santo: ¡Oh yugo del santo amor, cuán dulcemente prendes, cuán suavemente fatigas y cuán deleitablemente nos cargas! Y en otro lugar, más brevemente, dice: Donde hay amor no hay trabajo, sino sabor.

Por lo dicho se entenderá la verdad de aquellas palabras del Señor, en las cuales dijo que su yugo era suave y su carga liviana (Mt. 11, 30); porque su carga es su ley, y el cumplimiento de esta ley es amor, y el amor es muy suave, y tan suave, que hace todas las cosas suaves. Y dado caso que se llame yugo y se llame carga, mas de tal manera es carga, que es como la de las plumas de las aves, que las hacen más ligeras para volar. Por lo cual, con mucha razón exclama un santo doctor diciendo: ¡Oh yugo de amor suave, cuán dulcemente prendes, cuán poderosamente atas, cuán fuertemente aprietas, cuán blandamente apremias y cuán deleitablemente nos pones la carga encima!

La caridad une al hombre con Dios. Tiene aún otra excelencia además de éstas la caridad, que es unir al hombre con Dios y transformarlo en Él. Porque, como dice San Agustín, el amor es vida que ajunta al que ama con la cosa amada, y de dos cosas hace una. Por donde esta diferencia ponen los filósofos entre el entendimiento y la voluntad: que el entendimiento, cuando entiende, hace las cosas semejantes a sí, de manera que de materiales las hace espirituales e intelectuales, proporcionándolas consigo para haberlas de entender; mas la voluntad, por el contrario, cuando ama las cosas, hácese semejante a ellas, porque toda se transforma en ellas, abrazándose y amasándose con ellas.

En lo cual parece que el entendimiento es como sello que todo lo que toca hace semejante a sí; mas la voluntad, como cera blanda, que luego toma la figura de aquello con que se junta. Por lo cual dijo San Agustín: Tal es cada uno, cual es el amor que tiene. Si tierras amas, tierra eres;

si a Dios amas, ¿qué quieres que te diga? Dios eres. Pues ¿qué mayor excelencia se puede predicar del amor de Dios que ser el poderoso para transformar el hombre en Dios?

Mas, para entender esto, habemos de presuponer que esta transformación no es natural, sino espiritual o moral, porque no muda la naturaleza de una cosa en otra, sino muda los corazones, esto es, los afectos, los deseos y toda la vida.

Pongamos ejemplo. Una madre ama a un hijo más que a sí. Dime: ¿qué hará el hijo por sí que no lo haga su madre por él? El hijo, por razón del amor que tiene a sí mismo, entiende siempre en su provecho, y toda la vida emplea en esto. ¿Qué menos hace la madre que así lo ama? Todo su negocio y pensamiento es en él y por él. Procura lo que le cumple, huélgase con su provecho, pésale con su daño, pónenla en cuidado sus cuidados, aflígenla sus dolores, llora con el que llora, alégrase con su alegría, las injurias del hijo tiene por propias y las enfermedades de él tiene por suyas.

De suerte que así como la sombra de un cuerpo hace todo lo que hace el mismo cuerpo y sigue en todo los movimientos y figuras de él, así, si pudiésemos ver estos dos corazones, hallaríamos que de la manera que está el uno está el otro, y que los accidentes y semblante que muda el uno, muda el otro. Lo cual es cosa tan natural y tan ordinaria, que parece que la persona se olvida de sí misma y de su propia naturaleza. Porque así vemos que la madre se olvida de sí, por acordarse de su hijo, y despoja a sí, por enriquecer a él. En lo cual parece que más está en él que en sí, pues a sí misma olvida y desampara por él.

Por donde dijo muy bien Platón, que el que verdaderamente ama, está muerto en su cuerpo propio y vive en el ajeno.

Parecerá aún esto más claro si consideramos el señorío que tiene el amor sobre la voluntad, y la voluntad sobre todas las potencias del hombre, porque lo que es el rey en su reino, eso es la voluntad en el hombre Y por esto cuando la voluntad se inclina a alguna cosa, luego lleva en pos de sí todo cuanto hay en su reino.

Por donde así como el primer cielo, con su movimiento, arrebata y lleva en pos de sí todos los otros cielos, así la voluntad lleva tras sí todas las otras potencias del alma, y así lleva la memoria, el entendimiento y el deseo, y los miembros del cuerpo con todo lo demás. Pues como la voluntad tenga este señorío sobre todo el hombre, y el amor lo tenga sobre la voluntad, porque a donde se inclina el

amor allí se inclina ella, síguese que a donde se acostare el amor, allí se acostará la voluntad y eso abrazará todo el hombre, con todo lo que hay dentro de su reino, y así vendrá a ser tal cual fuere aquello que ama.

De aquí viene a ser que si uno ama los vicios, por el mismo caso ya es vicioso, y si al mundo, mundano, y si la carne, carnal, y si el espíritu, espiritual: porque lo que así abraza el amor, todo el hombre junto con todas sus potencias lo abraza, y esto basta para hacerlo tal cual aquello que ama. Por lo cual dijo el profeta (Os. 9, 10), hablando de los malos, que se habían hecho abominables como las cosas en que pusieron su amor.

Transformación del alma en Dios. Pues el alma que de esta manera ama a Dios, viene a transformarse en el mismo Dios, de tal modo que lo que Él quiere, quiere ella, y lo que a Él desagrada, desagrada a ella, y lo que Él ama o aborrece, también ella lo ama y aborrece, y ni tiene cuenta consigo, ni con su provecho, ni con su honra, ni con su contentamiento, sino con el contentamiento de Dios y con su honra, y así en todo y por todo viene a tener un querer y un no querer y una misma voluntad con Dios; y mudada la voluntad, luego se muda la vida y las obras que proceden de ella.

Porque, así como cuando cortan la rama de un árbol e injieren otra, la fruta que de ahí nace, ya no es conforme a la que se cortó, sino a la que se injirió, así, cortada la voluntad del hombre e injerta la de Dios, los frutos de palabras y obras y pensamiento que de ahí proceden no son ya conformes con la voluntad antigua del hombre, sino con la de Dios.

De suerte que, así como un pedazo de hierro echado en un grande fuego, sin dejar de ser hierro tiene las propiedades y condiciones de fuego, así el hombre que de esta manera arde en el amor de Dios, sin dejar de ser hombre participa de la pureza y santidad de Dios, como San Dionisio lo refiere de San Pablo por estas palabras: El amor tiene fuerza para unir las cosas entre sí, y no deja ser a los amadores señores de sí mismo, sino de aquél que aman. Por donde aquel grande amador de Dios decía (Gál. 2, 20): Vivo yo, ya no yo, mas vive en mí Cristo.

Pues si el amor tiene virtud para hacer esta transformación, ¿qué tan alta cosa será el amor de Dios, pues por él será el alma transformada en Dios? ¿Puede haber mayor dignidad, mayor gloria y mayor nobleza que ésta? ¿Adónde puede el hombre ir que más medre? ¿Adónde puede subir que más valga? ¿Qué cosa puede hacer con que más

sea ennoblecido, que amar a Dios y participar aquella tan gran nobleza y pureza de Dios?

Esto podrá cada día el hombre experimentar en sí mismo cuando se llega a Dios, que, si en este ejercicio es tocado con una centella de este amor, luego siente en sí nuevos propósitos y deseos de mejorar su vida. Por do parece cuán ennoblecida tendrá el amor de Dios el alma donde perpetuamente reposa, pues así la ennoblece cuando pasa por ella.

En la caridad consiste esencialmente la vida cristiana.

Otras innumerables excelencias tiene esta virtud de la caridad, que sería un proceso infinito quererlas explicar, y por esto daré fin a esta materia, diciendo que así como esta virtud es la mayor de todas las virtudes y el fin de todas ellas, así ella es en quien esencialmente consiste la perfección de la vida cristiana, y de donde se toma la medida así de la perfección que los justos alcanzan en esta vida, como de la gloria que recibirán en la otra. Y conforme a esto, dice San Bernardo, tratando de la caridad del alma, estas palabras: El que tiene grande caridad, grande es, y el que pequeña, pequeño es, y el que ninguna, nada es, pues dice el Apóstol (I Cor. 13, 2): Si no tuviere caridad, nada soy.

De manera que si una viejecita se hallase a la hora de la muerte con mayor caridad que otro que hubiese hecho muchos milagros y convertido muchas almas, sin duda tendría mucha más gloria esencial en el cielo, pues tuvo más caridad en este mundo, porque, como dice Santo Tomás, el haber padecido más trabajo y convertido más almas no pertenece al premio esencial, sino al accidental. Mas el que tuviere mayor caridad, tendrá mayor premio esencial. Conforme a lo cual, dice San Agustín: No la muchedumbre de los trabajos, ni la antigüedad del servicio, sino la mayor caridad, hace mayor el mérito y el premio.

Y no es de maravillar que esto sea así; porque puesto caso que todo lo que el hombre hace de su parte, es poco para lo que recibe de Dios, pero con todo esto mucho hace y mucho da el que mucho ama, porque amando da a sí mismo y hace el mayor servicio que se puede hacer.

Porque como la voluntad, según dijimos, sea reina y señora de todo lo que hay en el hombre, y el amor sea señor de la voluntad, el que plenariamente ofrece su amor, ofrece también la voluntad con todo cuanto tiene, sin que le quede caso por ofrecer. La cual ofrenda es debida a solo Dios, porque en ella hace el hombre lo último de lo que puede, y por esto Dios responde a este servicio como quien Él es, dándose todo a quien todo se le da.

Esta doctrina es de mucha consolación y esfuerzo para los pobres que no tienen que dar, y para los que ni con letras, ni con ingenios, ni con trabajos corporales, por ser viejos o enfermos, pueden hacer a Dios grandes servicios, porque sin estas cosas pueden amar mucho a Dios, y mucho puede quien mucho ama, mucho da quien da a sí y mucho hace quien mucho desea hacer, pues ante Dios, que ve los corazones, no es de menos valor la buena voluntad que la buena obra.

Si no puedes hacer mucho, desea mucho y ama mucho, que en ese amor lo haces todo. Si eres pobre de riquezas para hacer limosnas, seas rico de amor para desear hacerlas, y ten por cierto que ya las hicistes. No hay quien te despedace ni te desuelle por Dios; desea de todo corazón ser así tratado, y serás como mártir en los ojos de Dios. Porque, como dice Cipriano, una cosa es faltar el corazón al martirio y otra faltar martirio al corazón, porque lo uno es de flaqueza humana, mas lo otro es de dispensación divina.

Himno a la caridad. Cata aquí, pues, cristiano lector, para cuántas y cuán grandes cosas vale la caridad, pues ella es la mayor de las virtudes y el fin de todas ellas, y la vida y perfección, y la suma y recapitulación de todas ellas.

Dicen los teólogos que el amor desordenado de sí mismo es principio de todos los pecados. Pues, como el amor de Dios sea su contrario, síguese que será cuchillo de todos los pecados y principio general de todas las virtudes. Pues ¿quién no procurará con toda diligencia una tan eficaz medicina de tan grande enfermedad? ¿Quién no trabajará por alcanzar una virtud que tanto nos ayuda para todas las virtudes?

¡Oh maravillosa virtud, raíz de todas las virtudes, hija mayor de la gracia, maestra de santidad, espejo de religión, peso de merecimientos, vestiduras de bodas, heredad de los hijos de Dios, llave del paraíso, mantenimiento del alma, dulzura del corazón, fortaleza de los que pelean, corona de los que vencen, hermana de la verdad, madre de la sabiduría, compañera de los santos, alegría de los ángeles, espanto de los demonios, victoria de los vicios y cumplimiento de toda perfección!

Sin ti desfallecen las fuerzas humanas, oscurece el entendimiento, queda sin vida la fe, presume vanamente la confianza, piérdese el mérito de todo el bien que se hace, deshácese la liga del amor fraternal. Mas contigo está el hombre en las tentaciones fuerte, en las prosperidades humilde y en las adversidades seguro.

CAPITULO XXIII

De cómo la perfección de la vida cristiana consiste en la caridad, y de los grados y efectos de la misma

Sentencia es común de todos los santos que la perfección de la vida cristiana consiste en la perfección de la caridad; por lo cual, el Apóstol en un lugar la llama *vínculo de perfección* (Col. 3, 14) y en otro, *fin de toda la ley* (I Tim. 1, 5). La razón de esto es porque, como dice Santo Tomás, entonces una cosa está en toda su perfección, cuando ha llegado a su término y al fin último para que fué criada, porque sobre todo esto no tiene más a donde subir, pues llegó a lo postrero que podía llegar.

Y cónstanos también que el último fin y como centro de la criatura racional es Dios, en quien sólo se halla todo lo que el entendimiento humano puede entender y todo lo que la voluntad puede amar, como en un bien universal que todo lo comprende. De donde se infiere que en aquella virtud señaladamente estará toda la perfección de esta criatura, que tiene por oficio ayuntar al hombre con este sumo bien y hacerle una cosa con Él, lo cual es propio de la caridad, que ayunta al hombre con Dios por amor y le hace una misma cosa con Él, como lo testifica el evangelista San Juan (I, 4, 16), diciendo: Dios es caridad, y quien está en caridad, está en Dios, y Dios en él.

Por do parece que, pues la caridad entre todas las virtudes es la que junta nuestra alma con Dios y la que la pone en su centro y hace conseguir su último fin, que en ella consiste la perfección de la vida cristiana, y así, según que ella estuviere más o menos perfecta, así será más o menos perfecta esta vida. De manera que el que fuere perfecto en la caridad será perfecto en esta vida.

Hay tres maneras de perfección de la caridad.

Mas preguntarás: ¿En qué consiste la perfección de esa caridad? A esto responde el mismo santo Doctor diciendo que tres grados o maneras de perfecciones hay en esta vitud. El primero pertenece a sólo Dios, el segundo a los que claramente ven a Dios, y el tercero a los que en esta vida por gracia caminan a Dios. Pues la primera y suma perfección de la ca-

dad, que pertenece a sólo Dios, es amarle tanto cuanto Él merece ser amado. Lo cual nadie puede hacer sino sólo Él, porque así como Él solo perfectamente se comprende, así Él solo perfectamente se ama.

La segunda perfección es de los que claramente ven a Dios en su hermosura, los cuales le aman con lo último de todas sus fuerzas, y esto siempre y actualmente, sin jamás cesar ni poder cesar. Porque así como el que tiene los ojos abiertos no puede dejar de ver el objeto que tiene delante, así la voluntad, teniendo delante de sí el sumo bien por objeto, no puede dejar de estar amándolo siempre y actualmente con todas sus fuerzas y con lo último de su poder, porque la excelencia de este bien de tal manera le arrebata y lleva en pos de sí, que no puede dejar de estar siempre amándolo con esta fuerza.

La tercera perfección es de los que en esta vida aman a Dios, la cual, aunque no puede llegar a este grado de los bienaventurados, mas esfuérzase cuanto puede por llegar a él, para lo cual trabaja por despedir de sí no sólo todos los pecados, sino también todos los impedimentos que la apartan de estar actualmente amando a Dios, o que pueden entibiar su afección para con Él. Y como todos éstos nazcan de la concupiscencia del amor propio, por eso toda su contienda y guerra es contra él; y conforme a la victoria de esta pasión se determina esta manera de perfección.

Y así dice San Agustín que la ponzoña del amor de Dios es el amor propio, y la perfección del amor de Dios es la mortificación de este amor, porque éste es el efecto que se sigue de esta causa, aunque esta mortificación no puede ser del todo perfecta en esta vida, porque, como dice el mismo Santo, la concupiscencia puede en esta vida menoscabarse, mas no acabarse. De aquí, pues, concluye el santo Doctor que la perfecta caridad de esta vida es aquella que poderosamente resiste y despide de sí todo lo que entibia y aparta el alma de este actual amor de Dios, que son todos los pecados y todos los otros impedimentos que por parte del amor propio la hacen divertir de la continuación y ejercicio de este amor.

De manera que cuanto la afección de la caridad estuviera más inflamada y más unida con Dios por actual amor, tanto resistirá más fuertemente a todos los otros peregrinos amores que la apartan de este amor, y tanto será ella más perfecta, como más semejante a la de aquellos soberanos moradores del cielo que siempre y actualmente con todas sus fuerzas arden en el amor de Dios.

Qué cosa sea amar a Dios de todo corazón.

Este es, pues, el dechado que se nos pone para amar a Dios, y a esto tira aquel precepto que nos manda amarlo con todo nuestro corazón, y con toda nuestra alma, y con todas nuestras fuerzas; no porque este mandamiento se pueda perfectamente cumplir en esta vida, sino para que por aquí supiésemos a qué blanco habíamos de enderezar todos los pasos e intentos de ella. Y conforme a esto dice el mismo santo Doctor que la perfección posible a la caridad en esta vida es que el hombre emplee todo su estudio y diligencia en amar a Dios, renunciando todos los otros cuidados y negocios terrenos si no es en cuanto la obligación del estado o la necesidad natural puntualmente lo pidiere.

Esta es una tan grande verdad, que hasta los mismos filósofos, sin tener lumbre de fe, alcanzaron por sola razón. Porque uno de ellos dice así: El principio y fin de la perfecta bienaventurada vida es un continuo mirar a Dios, y un abrazo interior, y una entrañable afección de nuestra voluntad para con Él. Por lo cual, estando el alma con firmes raíces afijada en Él, conservarse ha y conseguirá aquella perfección para que Dios la crió. Pero cuando de aquí se apartare, vendrá a secarse y marchitarse, así como el ramo cuando lo cortan del árbol, que luego pierde todo su verdor y hermosura. Todo esto supo decir un filósofo gentil, para que veas cuánta sea la fuerza de esta verdad.

Pues, según esto, cuando el hombre en esta vida mortal llegare a un tal grado de amor que, despreciadas todas las cosas perecederas, en ninguna tome gusto ni contentamiento desordenado, sino que todo su gusto, todo su amor, todos sus cuidados y deseos y pensamientos sean en Dios, y esto con tan grande continuación que siempre o casi siempre traiga su corazón puesto en Él, por no hallar descanso fuera de Él y hallarlo en sólo Él; cuando de esta manera, muriendo a todas las cosas, viviere a sólo Dios, y con la grandeza de su amor triunfare de todos los otros amores, entonces habrá entrado en la bodega de los vinos preciosos del verdadero Salomón (Cant. 8, 7), donde, embriagado con el vino de este amor, se olvidará de todas las cosas y de sí mismo por Él.

Bien veo que pocos pueden llegar a este grado, y que las necesidades de la vida y las obligaciones de justicia, y la misma caridad nos piden muchas veces, si decirse puede, que dejemos a Dios por Dios; pero todavía se dice esto así para que veamos el término adonde hemos de caminar, en cuanto nos fuere posible, porque aunque nadie puede llegar a Él, pero más cerca llegarán los que extendieren

sus ánimos y propósitos a cosas mayores, que los que pusieren raya a sus deseos en más bajo lugar.

Conforme a lo cual dice un sabio: En todas las cosas buenas habemos de desear lo sumo, porque a lo menos alcanzaremos siquiera lo mediano. Y con este afecto y deseo decía San Bernardo: Muera, Señor, mi alma no sólo muerte de justos, sino también de ángeles; conviene saber, que esté tan muerta a todas las cosas del mundo y tan fuera de ellas como lo están no solamente los justos, sino también los ángeles, si esto fuese posible. Porque el deseo muy abrasado y encendido no tiene cuenta con las propias fuerzas, no reconoce términos, no se mide con la razón, no desea solamente lo posible, porque no mira lo que puede, sino lo que quiere.

De los efectos de la caridad perfecta.

Mas aquí es de notar que no cualquier grado de caridad basta para dar al hombre esta paz y hartura interior de que hablamos, sino sola la perfecta caridad. Para lo cual es de saber que esta virtud, así como va creciendo, así va obrando en el alma mayores y más excelentes efectos.

Porque primeramente ella, cuando Dios lo ordena, trae consigo un conocimiento experimental de la bondad, suavidad y nobleza de Dios; del cual conocimiento nace una grande inflamación de la voluntad, y de esta inflamación, un maravilloso deleite, y de este deleite, un encendidísimo deseo de Dios, y del deseo, una nueva hartura, y de la hartura, una embriaguez, y de ésta, una seguridad y cumplido reposo en Dios, en el cual nuestra alma descansa y tiene su sábado espiritual con Él.

En lo cual parece que estos ocho grados van de tal manera encadenados, que uno abre camino para el otro, y el que precede abre camino y dispone para el que sigue. Porque el primer grado, que es aquel conocimiento experimental de Dios, es una muy principal puerta por donde entran los dones y beneficios de Dios en el alma y la enriquecen grandemente.

Porque de este conocimiento que está en el entendimiento, aunque derivado del gusto de la voluntad, procede una grande inflamación y fuego en esa misma voluntad, con el cual arde en el amor de aquella inmensa bondad y benignidad que allí se le descubrió.

Y de este fuego nace un suavísimo deleite, que es aquel maná escondido, que nadie conoce sino el que lo ha probado, el cual es propiedad natural que anda en compañía del amor y procede de Él, así como la lumbre naturalmente procede del sol. Este es uno de los principales instrumen-

tos que toma Dios para sacar los hombres del mundo y destetarlos de todos los deleites sensuales. Porque es tan grande la ventaja que hace este deleite a todos los otros deleites, que fácilmente renuncia el hombre a todos los otros por él.

Y porque las cosas espirituales son tan excelentes y tan divinas que cuanto más se gustan más se desean, luego de este gusto nace un encendidísimo deseo de gozar y poseer este tesoro, porque ya el alma en ninguna otra cosa halla gusto ni descanso sino en él. Y porque sabe que este bien se alcanza con el trabajo de las virtudes y aspereza de vida, y con la imitación de aquel Señor, que dice (Jn. 14, 6): Yo soy camino, verdad y vida, nadie viene al Padre sino por Mí, de aquí nace otro encendidísimo deseo, no sólo de meditar, sino también de imitar la vida de este Señor y andar por todos los pasos que Él anduvo. Y los pasos son humildad, paciencia, obediencia, pobreza, aspereza, mansedumbre, misericordia y otros tales.

A este deseo sucede la hartura, tal cual en esta vida se puede poseer, porque no da Dios deseos a los suyos para atormentarlos, sino para cumplirlos y disponerlos para cosas mayores. Y así como Él es el que mata y da vida, así es Él también el que da a los suyos el deseo y la hartura, con la cual se engendra en el alma un tan grande hastío de las cosas del mundo, que las viene a tener como debajo los pies, con lo cual queda ella pacífica, satisfecha y contenta con sólo este dulcísimo bocado, en quien halla todos los gustos y deleites juntos, y conoce por experiencia que en ninguna otra cosa puede la criatura racional hallar cumplido reposo, sino en sólo Él.

A este tan alto grado sucede la embriaguez, que sobrepuja a la hartura, a que nos convida el Esposo en el libro de los Cantares, con la cual el alma se olvida de todas las cosas perecederas y a veces de sí misma, por estar sumida y anegada en el abismo de la infinita bondad y suavidad de Dios.

De esta celestial embriaguez se sigue el séptimo grado, que es seguridad, aunque no perfecta, cual es la de la gloria, sino cual se sufre en esta vida, que es mayor de lo que nadie se puede imaginar, con la cual canta el hombre alegremente con el profeta, según traslada San Jerónimo diciendo (Jer. 17, 7): Tú, Señor, me hicisteis morar seguro en la confianza. Porque después de probada por tales medios la inmensidad de la bondad y providencia paternal de Dios, viene a participar una maravillosa seguridad y confianza en esta providencia, la cual le hace animosamente decir aquellas palabras del Profeta (Salm. 4, 2): El Señor es nuestro refugio y nuestra fortaleza; por tanto, no teme-

remos aunque se turbe la tierra y se trastornen los montes y vengan a caer en el corazón de la mar.

Pues de esta tan grande seguridad y confianza nace la tranquilidad del alma, que es un cumplido reposo, una holganza espiritual, un silencio interior, un sueño reposado en el pecho del Señor, y es, finalmente, aquella paz que el Apóstol dice que sobrepuja a todo sentido, porque no hay seso humano que baste a comprender lo que es, sino aquel que lo ha probado.

Y la felicidad de estos dos postreros grados prometió el Señor a sus escogidos por Isaías (32, 18), cuando dijo: Asentarse ha mi pueblo en la hermosura de la paz, y en los tabernáculos de la confianza, y en un descanso cumplido y abastado de todos los bienes.

Este es, hermano mío, el reino del cielo en la tierra, y el paraíso de deleites de que podemos gozar en este destierro, y éste es el tesoro escondido a los ojos del mundo en la heredad del Evangelio, por el cual el sabio mercader vende todo cuanto tiene para alcanzarlo.

CAPITULO XXIV

Del amor que los teólogos llaman unitivo y de sus frutos

Para tratar de esta materia y declarar la raíz y fundamento de ella, podré aquí decir lo que dijo el evangelista San Juan (Apoc. 3, 6), cuando quiso darnos de esto alguna noticia: El que tiene oídos, dice él, para oír, oiga lo que el Espíritu Santo dice a las Iglesias.

Digo esto porque no todos tienen disposición para oír estas cosas, y aun yo tengo recelo de tratarlas, por ser cosas que exceden la facultad de mi entendimiento. Mas porque no faltarán en la Iglesia oídos que esto puedan oír, para éstos diré en breve lo que nuestro Señor me diere a entender.

Es, pues, ahora de saber que después que algunas almas, tocadas muy de veras de nuestro Señor, se han ejercitado en todos los ejercicios espirituales, como son oraciones, ayunos, vigilias, aspereza de vida, y mortificación de sus apetitos y propias voluntades, y obras de caridad, y, finalmente, en todo género de virtud, andando por el camino de Dios, no con tibieza y negligencia, sino con fer-

vor de espíritu y perseverancia en sus ejercicios, acrecentando cada día fervor a fervor, y virtud a virtud, y devoción a devoción, finalmente después de esto vienen a alcanzar el amor de Dios que los teólogos místicos llaman unitivo. Lo cual es como, después de haber caminado por el desierto, llegar a la deseada tierra de promisión.

Condiciones del amor unitivo. La condición de este amor es traer consigo una tan admirable suavidad y alegría en Dios, que con su fuerza prende el corazón de tal manera que no lo deja ni de noche ni de día, ni andando, ni estando, ni trabajando, ni holgando, apartar de Él. Porque la fuerza de esta suavidad, si decirse puede, es como un engrudo tan recio, o una prisión tan apretada, la cual de tal manera prende y cautiva el corazón devoto, que le pone hastío de todas las cosas de esta vida, y sólo Dios es todo su gusto, su deseo, su pensamiento, su tesoro y su alegría, y satisfecha el alma con este bocado tan suave, viene a tener disgusto de todo lo que no sabe a Él. Y como se dice de Santa Cecilia, que ni de día ni de noche cesaba de los coloquios divinos y de la oración, por el grande amor y gusto que tenía en Dios, así se puede en su manera decir de los que este amor unitivo han alcanzado.

Ejemplo del amor humano. Y porque somos tan groseros que no entendemos la alteza de las cosas espirituales sino por la bajeza de las corporales, ni sabemos leer sino por el libro de nuestra aldea, pondré un ejemplo, aunque profano, para declarar la condición y grandeza de este amor.

Y no se maraville nadie que usemos de tales ejemplos para declarar la fuerza de este amor, pues todo el libro de los Cantares procede por esta semejanza, declarando por la grandeza del amor de los esposos a sus esposas el que Cristo tiene a su Iglesia. Pongamos, pues, los ojos en el amor que los poetas atribuyen a la reina Dido para con Eneas, el cual brevemente explicó Ovidio en estos dos versos:

Æneasque oculis semper vigilantibus haeret,
Æneamque animo noxque diesque refert.

Declarando por estas palabras que el alma herida de este amor anda tan empapada en él, que de día y de noche otra cosa no piensa, ni sueña, ni imagina, sino sólo esto, que ama.

Arguyo, pues, ahora yo así: Si el espíritu malo y la corrupción de la naturaleza es poderosa para robar de tal

manera el corazón, que lo traiga de esta manera alineado y transportado en aquello que ama, ¿cómo no será más poderoso el Espíritu Santo y la abundancia de la gracia para traer un corazón más absorto en Dios, que lo trae un hombre ciego en el amor de una criatura, mayormente siendo Dios, como lo es, un mar de infinita suavidad?

Pues por este ejemplo, aunque profano, podrán los hombres, aunque no sean muy espirituales, entender la condición y fuerza de este divino amor que llamamos unitivo, el cual, como dijimos, de tal manera une y prende el alma con Dios, con una tan grande y tan incomprensible suavidad, que no la deja pensar, ni reposar, ni descansar en otra cosa fuera de Él.

Hechos de la experiencia. Y para confirmación de lo dicho no podré dejar de aprovecharme de algunos ejemplos de cosas que cada día se ofrecen, tratando con algunas personas muy dadas a Nuestro Señor. Persona conocí yo un tiempo tan presa de este amor, que en ninguna manera podía cesar de estar siempre actualmente amando y gozando de Dios. Y el gozo era tal, que le quitaba la gana del comer y del dormir, y así venía el cuerpo a debilitarse y enflaquecerse con la falta de lo uno y de lo otro. Y aconsejada por sus padres espirituales que se divirtiese de ese ejercicio para acudir a las necesidades del cuerpo, y probándolo hacer por veces, en ninguna manera podía apartarse de este ejercicio, y así padeciendo y adelgazándose el cuerpo, el alma se engrosaba y gozaba de Dios.

Otras personas conocí, que las noches enteras, aunque fuesen de invierno, gastaban en este mismo ejercicio, sin que el sueño ni la necesidad del cuerpo las apartasen de él. Tales eran aquellas matronas, de quienes se escribe que se llegaban a la oración cuando el sol se ponía, y en el mismo lugar las hallaba cuando volvía a amanecer.

Y la causa de estar así sin cansarse era la gran suavidad que sus almas percibían en Dios, la cual, como dijimos, trae este amor unitivo. Y el fundamento de esta verdad es aquella sentencia de Aristóteles, el cual dice que nuestra naturaleza aborrece las cosas tristes y ama grandemente las deleitables.

Siendo, pues, tan grande la fuerza del deleite, no tendrán por cosa increíble los hombres del mundo perseverar los amadores de Dios las noches enteras en esta comunicación suavísima con Él, mayormente que está escrito de esta celestial Sabiduría (Sab. 8, 16) que no tiene amargura ni hastío la comunicación de ella, sino gozo y alegría. A lo menos los que gastan las noches enteras en jugar a las car-

tas, no podrán dejar de confesar esta verdad, porque de otra manera, necia cosa sería decir que no provee el Espíritu Santo de mayores consolaciones a sus fieles siervos que la carne y el demonio proveen a los suyos.

Bienaventuranza anticipada. Pues, volviendo al propósito principal, digo que el que ha llegado a la unión de este divino amor goza ya en esta vida mortal de este linaje de bienaventuranza comenzada, la cual en parte es muy semejante a la venidera, porque trae consigo, como dijimos, una grande suavidad, una hartura del alma, una satisfacción, una quietud y reposo interior y una plenitud e hinchimiento de todos los bienes, que le hace decir de todo corazón lo que San Francisco en toda una noche repetía: ¡Oh mi Dios y todas las cosas! ¡Oh mi Dios y todas las cosas! Porque de todas les parece que gozan en sólo Él, y así no les queda más que desear.

Ni es esto de maravillar, porque así como una piedra que cae de lo alto, en llegando a lo bajo, está quieta, porque éste es su centro y lugar natural, así también, como Dios sea el centro de nuestra alma, la cual fué criada para gozar de Él, en llegando aquí, para y se quieta, y cesa la rueda viva de todos los otros deseos, porque queda ella tan harta con sólo este bocado, que no tiene hambre ni gusto de otra cosa fuera de Él.

Esta es, pues, la bienaventuranza con que galardona Dios los trabajos de sus fieles siervos aun en esta vida. La cual es tan grande que se parece mucho con la que esperan en la otra, porque así alegra y apaga en su manera todos los deseos y apetitos del corazón como la otra. Y tiénense por tan ricos y dichosos con ella, que no trocarían una muy pequeñita parte de ella por todo el imperio del mundo.

A este dichoso estado había llegado San Agustín, el cual, después de haber gustado esta suavidad, hablando con Nuestro Señor, dice así: Aunque estas cosas bajas tengan, Señor, sus deleites y sus amores, mas no deleitan de la manera que tú. En ti se alegra el justo, porque tu amor es suave y quieto, porque tú hinches los corazones donde moras de suavidad y de paz y dulzura. Lo cual no cabe en el amor del siglo y de la carne, que es congojoso y lleno de turbaciones, y por eso no deja estar quietas las almas donde él entra. Porque siempre las solicita con sospechas y pasiones y diversos temores. Mas tú, Señor, eres verdadero deleite de los buenos, y con mucha razón, porque en ti está una poderosa y grande quietud y una vida ajena de toda perturbación.

Y en otro lugar, hablando con el mismo Dios, dice así: Ya veo la lumbre del cielo con los ojos de mi alma, y de lo alto luce un rayo que alumbra todos mis huesos. ¡Oh si este bien se me diese perfecto y cumplido! Acrecienta tú, Señor, que eres el autor de esta luz, acrecienta esta luz que en mi alma luce, y sea dilatada y ensanchada en mí. ¿Qué es esto que siento? ¿Qué fuego es este que calienta mi corazón? ¿Qué luz es esta que así lo alumbra? ¡Oh fuego que siempre ardes y nunca mueres, sea yo abrasado en ti! ¡Oh luz que siempre luces y nunca te eclipsas, alumbra mi alma! ¡Oh si yo ardiese con este fuego! Fuego santo, ¡cuán dulcemente ardes! ¡Cuán secretamente luces! ¡Cuán suavemente quemas las almas!

Paz consigo mismo. Pues de la grandeza de este divino amor y suavidad se sigue aquella paz interior, de la cual dice el Apóstol (Fil. 4, 7) que sobrepuja a todo sentido, porque nadie conoce la virtud y excelencia de ella, sino el que la ha probado. Porque esta paz no sólo hace que el hombre tenga paz con sus prójimos y con Dios, sino también consigo mismo, pacificando y aquietando las pasiones de nuestros apetitos con su virtud, y quietando la lucha que la parte inferior de su alma tiene con la superior, que es el espíritu.

Porque la guerra interior que dentro de nosotros padecemos, nace, por una parte, de la repugnancia de los apetitos de nuestra carne contra el espíritu, y del desasosiego que nos causan los deseos de cosas que desordenadamente deseamos, y de la congoja y pasión que recibimos cuando no las alcanzamos.

Por donde cesando estos deseos queda el hombre en paz y quietud y sosiego, porque, contento y satisfecho con lo que le han dado, no quiere nada de este mundo, antes lo desprecia y aborrece.

Libertad de espíritu. Y junto con esta paz alcanzan la verdadera libertad del espíritu, que se da a aquellos que por haber dejado de ser siervos y esclavos de su carne, vienen a conseguir aquella libertad que es propia de los hijos de Dios (Rom. 8, 21), y por cuya virtud fácilmente se enseñorean de todas las pasiones y apetitos que antes los enseñoreaban, y así viene a cumplirse lo que dice el Profeta (Is. 14, 1) de los que, por virtud de la redención de Cristo, han salido de este espiritual cautiverio, que prenderán a los que antes los prendían, y sujetarán a los que primero los oprimían.

Y esta misma libertad los levanta sobre todos los cuidados y perturbaciones y temores de esta vida y de la otra,

y así, libres de estos impedimentos, están presos y unidos de tal manera con Dios, que ni la compañía de los hombres ni las ocupaciones exteriores los apartan de su presencia. Porque entre la muchedumbre de los negocios conservan la simplicidad del espíritu que ven u oyen, toman motivo para levantarse a Dios, al cual hallan como presente en todas las cosas. En Él tienen todo su amor, en Él se ocupan siempre, de tal manera que están como absortos en Él, y viendo no ven, y oyendo no oyen.

Mas ¿qué palabras bastarán para explicar las riquezas y virtudes de éstos, la firmeza en su fe, la paz en su esperanza, el gozo en lo que aman, la alegría en lo que desean, la paz en lo que sufren y la fortaleza en lo que emprenden? Éstos en los trabajos hallan deleite, en la pobreza riqueza, en el hambre hartura, en el abatimiento gloria, en las injurias honra, en las vigilias de la noche descanso, en el ejercicio de la oración paraíso. Pues si es propio de esta bienaventuranza traer consigo todos estos contentamientos y espirituales deleites, ¿cuán cierto es ser verdadera la religión donde tales y tan nobles deleites se hallan?

Las caricias del Señor. Porque, como haya dos maneras de amor, uno esencial, cual es el de los padres para con sus hijos ya criados, y otro blando y tierno, cual es el que tienen a los hijos chiquitos, a los cuales toman en brazos, y abrazan, y besan, y procuran toda recreación, no se contenta aquel Padre celestial con tener a sus espirituales hijos aquel primer amor, mas ámalos también con este amor tierno, regalándolos y consolándolos con la abundancia de sus deleites. Y porque nadie piense que esto sea encarecimiento, oiga al mismo Señor, que así lo dice por Isaías (56, 12), hablando con sus espirituales hijos de esta manera: A mis pechos seréis llevados, y sobre mis rodillas os halagaré; de la manera que una madre regala a un hijo chiquito, así yo os consolaré.

Pues ¿qué cosa más tierna, más blanda y más amorosa que ésta? Y es tan propio este oficio del Espíritu Santo, que con ser tantos los efectos que obra en las almas, de éste, como de muy principal, quiso intitular llamándose Paráclito, que quiere decir consolador. Cuyas consolaciones muchas veces son tan grandes, que no las puede la flaqueza del cuerpo corruptible soportar.

Y así se escribe de aquel santo Efrén que era tan grande el gozo espiritual que recibía en la oración, que, no pudiendo sufrir la vehemencia de él, decía: Señor mío, apartaos un poco de mí, porque no puedo sufrir el ímpetu de vuestras alegrías. Otras veces decía: Señor, detened un

poco las ondas de vuestras gracias. Otro santo varón, viéndose grandemente visitado de nuestro Señor, y considerando que no podía corresponder con sus servicios a tan grandes mercedes, decía: No tanto, Señor, no tanto, porque ni me hallo digno de tanta consolación ni sé cómo os la pueda servir. Otra persona decía: Señor, cuando no os tengo, no me sufro, y cuando os tengo, no os puedo sufrir.

Lo cual todo nos declara cuánta sea la fuerza de las consolaciones divinas, pues sobrepuja la facultad de las fuerzas humanas. Esta es aquella grande alegría de que dice el Profeta (Salm. 45, 5): El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios.

Otras veces visita Él las almas con una sosegada y quieta alegría y con aquella paz interior de que arriba tratamos. La cual, con ser tan quieta, es tan penetrativa y tan grande, que la abundancia de ella, si decirse puede, rebosa en la misma carne de tal manera, que viene el hombre a decir con el Profeta (Salm. 83, 2): Mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo. Y con ser la carne tan contraria a los ejercicios del espíritu, viene contra su naturaleza a deleitarse tanto en ellos, que, como dice San Buenaventura, siente pena si la apartan de cosa que ella tanto gusta.

Pues ¿quién pensará que la carne sucia y mal inclinada, y enemiga de todos los espirituales ejercicios, podía llegar a este estado? Pero no es de maravillar que tales relieves le quepan de tal convite. Porque ésta es aquella cena de que dice el Señor por San Juan (Apoc. 3, 20): Mirad que yo estoy a la puerta llamando: si alguno me la abriere, yo cenaré con él, y él cenará conmigo. Pues, ¿cuáles serán los manjares y potajes que Dios administrará en esta cena real? ¿Cuáles han de ser, sino conformes a la grandeza de sus riquezas y de su bondad y magnificencia y amor?

Pues ¿qué cosa más admirable que venir aquel Señor, de cuya majestad temen los principados y poderes del cielo, a convidar de esta manera los viles hombrecillos y vejezuelas que andan rastrando por la tierra? Muchas de las cuales apenas tienen un pedazo de pan para comer, y pasa Dios por reyes y príncipes sin hacer caso de ellos, y regálase con éstas.

¿Qué cosa más admirable que decir aquel Señor, que es gloria de los ángeles (Prov. 8, 31), que son sus delicias estar con los hijos de los hombres? Pues ¿qué es esto, sino tratar Dios a sus fieles siervos como la madre a su hijo chiquito, a quien regala y con quien ella se regala? Pues ésta es una de las cosas que más aficiona las almas al amor de su Criador, viendo que no se contenta con la grandeza de los bienes que les tiene aparejados en la otra vida, sino también

los regala, y consuela, y trata con la suavidad y blandura que decimos en este destierro. Y cuando ellos por una parte consideran la alteza de aquella Majestad, y por otra su bajeza, y ven cómo trata un Señor tan grande a criaturas tan bajas, no acaban de espantarse, y alabarle, y darle gracias, y derretirse y arder en su amor.

Los frutos del amor unitivo. El matrimonio espiritual. Los casados no se cuentan ya por dos, sino por una misma cosa, y por eso, como es natural cosa amar a sí, así también lo es amar el uno al otro. Pues ¿quién podrá explicar aquí las ventajas que hace el matrimonio espiritual de Dios con el alma al matrimonio corporal? El uno es de espíritus, y el otro, de cuerpos; el uno es de hombres, y el otro, de ángeles; el uno es como sombra, y el otro, la verdad, pues, como dice el Apóstol (Ef. 5, 22), el uno es señal del otro.

Tres son las principales perfecciones y excelencias del matrimonio, conviene saber: lealtad, fecundidad y perpetuidad, por razón del vínculo que interviene en él. La lealtad en los matrimonios corporales muchas veces se quebranta por el adulterio de la una o de la otra parte. Mas en el espiritual nunca se quebranta por parte de Dios, y cuando por la nuestra se quebranta, es tan piadoso el injuriado, que Él mismo convida a la adúltera con la paz, diciendo (Jer. 3, 1): Tú has fornicado con cuantos amadores has querido, mas con todo esto, vuélvete a mí, que yo te recibiré.

Los hijos muchas veces faltan en los matrimonios de acá, y cuando los hay acontece venir a ser cuchillo y verdugo de sus padres. Mas en este otro matrimonio, cuando se trata legítimamente, nacen hijos de bendición, dadores de vida eterna, que son las buenas obras, que nacen de la caridad. Estos hijos nacen de la unión de Dios y del alma, no del alma sola, sino de ella, como de principio material, y de Dios, como de padre y causa principal.

Pues el vínculo matrimonial tampoco puede ser perpetuo, porque necesariamente se ha de acabar con la muerte del uno, y, como dice el Apóstol (I. Cor. 7, 39), en muriendo el varón, libre queda la mujer del vínculo del casamiento. Mas el matrimonio espiritual es tan perpetuo, que, como dice Santo Tomás, en el bautismo se comienza, y con la buena vida se ratifica, y en la muerte se consuma, de tal manera, que después de aquella primera unión y compañía del cielo, es imposible seguirse divorcio.

Pues el amor y los regalos y consolaciones del matrimonio espiritual, ¿quién lo sabrá explicar? Quien de esto

quisiere algo saber, váyase a aquel suavísimo libro de los Cantares, y allí verá tantos argumentos de amor y tanta suavidad de palabras del Esposo celestial al alma su esposa, de ella a Él, que le pondrá grande admiración, viendo de la manera que se inclina aquella soberana Majestad al alma pura y limpia que Él toma por esposa.

¡Cuán admirable es además aquella familiaridad, aquel ímpetu de amor y atrevimiento de esta esposa, cuando la primera palabra que echó por la boca fué ésta (Cant. 1, 1): Déme paz con su santísima boca!

Sobre las cuales palabras dice San Bernardo: Bien sé que la honra del rey pide juicio y a ella es atribuída la potestad judiciaria. Mas el amor impetuoso ni mira juicio, ni guarda consejo, ni se enfrena con vergüenza, ni se sujeta con razón. Por esto ruego, suplico, pido, importuno. diciendo: Déme paz con el beso de su boca. ¿No te parece luego que el alma que así trata con Dios, que está embriagada y fuera de sí con el amor? Y por eso, olvidada de la majestad del Esposo, no sabe echar por la boca sino lo que abunda en el corazón.

Mas ¡cuánto son más dulces que las palabras de la Esposa las que el mismo Esposo celestial dice al alma religiosa cuando la llama para sí (Cant. 2, 10): Levántate, dice Él, y date prisa, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven a mí, porque el invierno es ya pasado, las aguas y los turbiones han cesado y las flores han aparecido en nuestra tierra. Levántate, pues, amiga mía, hermosa mía y paloma mía, que moras en los agujeros de la piedra y en las concavidades de la cerca. Muéstrame tu cara, suene tu voz en mis oídos, porque tu voz es dulce y tu cara es hermosa!

Pues ¿qué palabras se pudieron imaginar más dulces que éstas? ¿Cuáles, pues, serán los deleites que el ánima sentirá a quien Vos, Señor, en lo íntimo de su corazón dijereis estas palabras? Porque si Vos mismo decís (Prov. 8, 31) que vuestros deleites son estar con los hijos de los hombres, ¿cuáles serán los deleites que comunicaréis al alma a quien así habláis?

¿Por qué, Señor, no os amo con todo mi corazón?

Pues, si todos estos títulos de amor concurren en Vos, Dios mío, con tantas ventajas, ¿cómo no os amaré yo con todos estos amores? Si Vos sois hermano, padre y esposo de las almas, ¿cómo puedo contenerme sin amaros con todo mi corazón? La doncella ama con grande amor al que le traen por esposo, porque por él espera tener remedio, com-

pañía, hacienda, contentamiento, amparo, honra y orden de vida. Pues ¿de quién espera mi alma todos estos bienes sino de Vos? Vois sois mi hacienda, mi honra, mi tesoro, mi heredad, mi compañía, mi consejo, mi salud, mi arrimo, mi esperanza y, finalmente, la suma de todos mis bienes. Pues ¿cómo no seré yo cruel contra mí, si no amare a Vos, pues, como dice San Agustín, sólo aquel ama de verdad a sí que sabe, Señor, amar a ti?

¡Oh alma mía!, dice el mismo Santo; Esposo tienes y no le conoces. El más hermoso es de todas las cosas, y tú no has visto su hermosura Él ha visto la tuya, porque si no la viera no te amara. Pues ¿qué harás? Ahora en este tiempo no lo podrás ver, porque está ausente, y por eso no temes enojarle y hacerle injuria, menospreciando su amor tan excelente y entregándote torpemente a otros amadores extraños. No quieras cometer tan grande mal, y si por ahora no puedes saber qué tal sea este Esposo, a lo menos considera las arras que te ha dado, para que así entiendas con cuánta afección lo debes amar y con cuánto cuidado y diligencia te debas guardar para Él.

Mucho es lo que te dió mas mucho más lo que ama en ti. ¿Qué es, ¡oh alma mía!, lo que tu Esposo te ha dado? Tiende los ojos por todo el universo mundo, y mira si hay algo en él que no sea para tu servicio. Toda la naturaleza criada, para este fin se ordenó, que es para servir a tu provecho y hacer lo que te cumple. ¿Quién piensas ordenó todo esto? Claro está que Dios. Pues ¿cómo recibes el beneficio y no conoces al dador? ¡Oh cuán grande locura es no desear el amor de Señor tan poderoso, y cuán gran desconocimiento no amar a quien tanto te ama! Ama, pues, a Él por quien Él es, y ama a ti por amor de Él. Ama a Él para ti y a ti para Él, porque éste es puro y casto amor que ninguna cosa tiene fea, ninguna desabrida y ninguna transitoria. Hasta aquí son palabras de San Agustín.

Amor que repartido no mengua.

Mas por ventura dirás: Verdad es que este Señor es Esposo de las almas, pero son muchas las esposas que tiene, y así será menor el amor que le cabrá a cada una, repartido entre tantas

Eso podrá caber en los hombres, que así como son defectuosos en la virtud, así lo son en el amor. Mas Vos, Señor, así como sois omnipotente en la virtud, así lo sois en el amor de los vuestros, en lo uno infinito, y en lo otro también, y así no puede menoscabarse, siendo por muchos repartido lo que no tiene término ni cabo. Y como

no goza menos cada uno de la lumbre del sol, aunque alumbra a todos, que si él fuese solo, así no ama este Esposo celestial menos a todas las almas religiosas que si fuesen una sola. Así que no es este amador como Jacob (Gén. 29, 30), que amaba menos a Lía, por el amor grande que tenía a Raquel, sino como Dios infinito, cuya virtud no es menor para con cada uno, por dividirse entre muchos.

Vayan, pues, ¡oh alma mía!, vayan todos los que quisieren y busquen a quien amen y sirvan, porque yo sabido tengo ya que éste es el verdadero Padre y Esposo de las almas, por cuyo amor es muy bien empleado morir, hasta poderlo alcanzar.

CAPITULO XXV

Del don de sabiduría, que corresponde a la virtud de la caridad

Como el oficio de la gracia sea hacer a un hombre virtuoso, y esto no pueda ser sino induciéndole a tener dolor y arrepentimiento de la vida pasada, amor de Dios, aborrecimiento del pecado, deseo de los bienes del cielo, desprecio del mundo, claro está que nunca podrá la voluntad tener estos y otros tales afectos, si no tuviere en el entendimiento lumbre y conocimiento proporcionado que los despierte; pues la voluntad es potencia ciega, que no puede dar paso sin que el entendimiento no vaya delante alumbrando, y declarándole el mal o bien de todas las cosas, para que conforme a esto se aficione o desaficione a ellas.

Por lo cual dice Santo Tomás que así como crece en el alma del justo el amor de Dios, así también crece el conocimiento de la bondad, amabilidad y hermosura de Dios en la misma proporción: de tal modo, que si cien grados crece lo uno, otros tantos crece lo otro; porque quien mucho ama, muchas razones de amor conoce en la cosa que se ama, y quien poco, pocas.

Y demás de esto, si es verdad que la gracia aposenta a Dios en el alma del justo, según arriba declaramos, y Dios, como tantas veces dice San Juan (1, 9), es lumbre que alumbra todo hombre que viene a este mundo, claro

está que mientras más pura y limpia la hallare, más resplandecerán en ella los rayos de su divina luz, como lo hacen los del sol en un espejo muy acicalado y limpio Por lo cual llama San Agustín a Dios sabiduría del alma purificada, porque esta tal esclarece Él con los rayos de su luz, enseñándole lo que le conviene para su salvación

A la manera del instinto de las criaturas. Mas ¿qué maravilla es hacer Él esto con los hombres, pues lo mismo hace en su manera con todas las otras criaturas, las cuales por instinto del Autor de la Naturaleza saben todo aquello que conviene para su conservación? ¿Quién enseña a la oveja, entre tantas especies de hierbas como hay en el campo, la que le ha de dañar, y la que le ha de aprovechar, y así pacer la una y dejar la otra, y conocer también el animal que es su amigo y el que es su enemigo, y así huir del lobo y seguir al mastín, sino este mismo Señor? Pues si este conocimiento da Dios a los brutos para que se conserven en la vida natural, ¿cuánto más proveerá a los justos de otro conocimiento para que se conserven en la vida espiritual, pues no tiene menor necesidad de él el hombre para las cosas que son sobre su naturaleza, que el bruto para las que son conformes a la suya? Porque si tan solícita fué la divina Providencia en la provisión de las obras de naturaleza, ¿cuánto más lo será en las de gracia, que son tanto más excelentes y que tan levantadas están sobre toda la facultad del hombre?

Y aun este ejemplo no sólo prueba que haya este conocimiento, sino declara también de la manera que es; porque no es tanto conocimiento especulativo como práctico; porque no se da para saber, sino para obrar; no para hacer sabios disputadores, sino virtuosos obradores. Por lo cual no se queda en sólo el entendimiento, como el que se alcanza en las escuelas, si no comunica su virtud a la voluntad, inclinándola a todo aquello que la despierta y llama el tal conocimiento.

Porque esto es propio de los instintos del Espíritu Santo, el cual, como perfectísimo maestro, enseña muchas veces con esta perfección a los suyos lo que les conviene saber. Conforme a lo cual dice la Esposa en los Cantares (5, 6): Mi alma se derritió después que habló mi Amado. En lo cual se muestra claro la diferencia que hay de esta doctrina a las otras, pues las otras no hacen más que alumbrar el entendimiento, mas ésta regala también y mueve la voluntad, y penetra con su virtud todos los rincones y senos de nuestra alma, obrando en cada una aquello que

conviene para su reformación: según que lo declara el Apóstol diciendo (Hebr. 4, 12): Viva es la palabra de Dios, y eficaz; la cual penetra más que un cuchillo de dos filos agudo, pues llega a hacer división entre la parte animal y espiritual del hombre, apartando lo uno de lo otro, deshaciendo la mala liga que suele haber entre carne y espíritu, cuando el espíritu, juntándose con la mala mujer de su carne, se hace una cosa con ella.

Excelencia de este don. Y porque no pienses que esta doctrina es así como quiera, oye lo que de la excelencia de ella dice el profeta David (Ibíd. 118, 99), aunque esta luz no sea tan general y común para todos: Más supe que todos cuantos me enseñaban, porque me ocupaba en pensar tus mandamientos, y más que todos los viejos y ancianos, porque me empleaba en guardarlos. Pero aun mucho más promete el Señor por Isaías a los suyos, diciendo: Darte ha el Señor descanso por todas partes, y henchirá tu alma de resplandores, y serás como un vergel de regadío y como una fuente que siempre corre y nunca falta agua.

Pues ¿qué resplandores son éstos de que hinche Dios las almas de los suyos, sino el conocimiento que les da de las cosas de su salud? Porque allí les enseña cuán grande sea la hermosura de la virtud, la fealdad del vicio, la vanidad del mundo, la dignidad de la gracia, la grandeza de la gloria, la suavidad de las consolaciones del Espíritu Santo, la bondad de Dios, la malicia del demonio, la brevedad de esta vida y el error casi común de todos los que viven en ella. Y con este conocimiento, como dice el mismo profeta (Is. 33, 17), los levanta muchas veces sobre las alturas de los montes, y desde allí contemplan al Rey en su hermosura, y sus ojos ven la tierra de lejos. De donde nace que los bienes del cielo les parezcan lo que son, porque los miran como de cerca, y los de la tierra muy pequeños, porque demás de serlo, los miran de lejos. Lo contrario de lo cual acaece a los malos, como quien tan de lejos miran las cosas del cielo y tan de cerca las de la tierra.

Y ésta es la causa por donde los que participan este don celestial, ni se envanecen con las cosas prósperas, ni desmayan con las adversas; porque con esta luz ven cuán poco es todo cuanto el mundo puede dar y quitar en comparación de lo que Dios da. Y así dice Salomón (Ecl. 27, 12) que el justo permanece de una misma manera en su sabiduría como el sol; mas el loco a cada hora se muda como la luna. Sobre las cuales palabras dice San Ambrosio en una epístola: El sabio no se quebranta con el temor, no se

muda con el poder, no se levanta con las cosas prósperas, no se ahoga con las adversas Porque donde está la sabiduría, ahí está la virtud, ahí la constancia, ahí la fortaleza. De manera que siempre se es el mismo en su ánimo, y ni se hace mayor ni menor con las mudanzas de las cosas, ni se deja llevar de todos los vientos de doctrina, sino persevera perfecto en Cristo, fundado en caridad y arraigado en la fe.

Y no se debe nadie maravillar que esta sabiduría sea de tan grande virtud; porque no es ella, como ya dijimos, sabiduría de la tierra, sino del cielo; no la que envanece, sino la que edifica; no la que solamente alumbra con su especulación el entendimiento, sino la que mueve con su calor la voluntad, de la manera que movía la de San Agustín, de quien se escribe que lloraba cuando oía los salmos y voces de la iglesia, que dulcemente resonaban; las cuales voces entraban por sus oídos a lo íntimo de su corazón, y allí con el calor de la devoción se derretía la verdad en sus entrañas, y corrían lágrimas por sus ojos, con las cuales dice que le iba muy bien.

¡Oh bienaventuradas lágrimas, y bienaventurada escuela, y bienaventurada sabiduría, que tales frutos da! ¿Qué se puede comparar con esta sabiduría? No se dará, dice Job (28, 15) por ella el oro precioso ni se trocará por toda la plata del mundo. No igualarán con ella los paños de Indias labrados de diversos colores, ni las piedras preciosas de gran valor. No tienen que ver con ella los vasos de oro y vidrio ricamente labrados, ni otra cosa alguna por grande y eminente que sea. Después de las cuales alabanzas concluye el santo varón diciendo: Mirad que el temor de Dios es esta sabiduría; y apartarse del pecado es la verdadera inteligencia.

Dirigidos siempre por la santa Madre Iglesia.

Al cabo de toda esta materia me pareció avisar que, aunque todo lo que está dicho de esta celestial sabiduría y lumbre del Espíritu Santo sea grande verdad, mas no por eso ha de dejar nadie, por muy justificado que sea, de sujetarse humildemente al parecer y juicio de los mayores, y señaladamente de los que están puestos por maestros y doctores de la Iglesia, como en otra parte más a la larga dijimos.

Porque ¿quién más lleno de luz que el Apóstol San Pablo, ni que Moisés, que hablaba con Dios cara a cara? Y con todo eso, el uno vino a Jerusalén a comunicar con los Apóstoles el Evangelio (Gál. 2, 2) que había aprendido en el tercer cielo, y el otro no despreció el consejo de Jetró (Ex. 2, 1), su suegro, aunque gentil.

La razón de esto es porque las ayudas y socorros interiores de la gracia no excluyen las exteriores de la Iglesia, pues de una y otra manera quiso la divina Providencia proveer a nuestra flaqueza, que de todo tenía necesidad. Por donde así como el calor natural de los cuerpos se ayuda con el calor exterior de los cielos, y la naturaleza, que procura cuanto puede la salud de su individuo, es también ayudada con las medidas exteriores, que para esto fueron criadas, así también las lumbres y favores interiores de la gracia son grandemente ayudados con la luz y doctrina de la Iglesia, y no será merecedor de los unos el que no se quisiere humildemente sujetar a los otros.

CAPITULO XXVI

De los principales medios por donde se alcanza el amor de Dios

Dicho ya de las excelencias de la caridad, y aficionados los corazones al amor de esta joya tan preciosa, luego el hombre desea saber el camino y los medios por donde se alcanza.

Para lo cual será necesario entender primero la naturaleza y condición del fin que pretendemos, el cual no es otro que el amor de Dios. La condición de este amor acabamos ahora de explicar que es unir y transformar al hombre en Dios, teniendo un mismo querer y no querer con Él, imitando, en cuanto nos sea posible, su santidad y pureza. Esto nos pide el mismo Señor en muchos lugares de la Escritura sagrada, como cuando dice: Sed santos, así como yo también lo soy (Lev. 19, 2).

Punto de partida: purificación del alma. Pues de este principio fácilmente se entienden los medios que se requieren para conseguir este fin. Porque si el fin es la imitación y transformación en Dios, y ninguna cosa puede venir a ser lo que no es sino dejando de ser lo que es, claro está que el principal medio que para esta mudanza se requiere es despedir de nosotros las propiedades e imperfecciones del hombre viejo para vestirnos del nuevo, que es reformado a imagen y semejanza de Dios (Col. 3, 9). Porque así como naturalmente hablan

do, no puede haber generación sin que preceda corrupción, pues no nace el grano de trigo si primero no se corrompe, así no puede hacerse el hombre divino si primero no deja de ser humano, que es, dejando, en cuanto sea posible, las flaquezas e imperfecciones de hombre. Así como vemos que no puede ser uno sabio si no deja de ser ignorante ni puede estar sano si no deja de ser enfermo, así tampoco puede ser justo si no dejare de ser pecador, ni menos divino si no dejare, en este sentido, de ser humano.

Dos términos hay en todos los movimientos: uno, de donde la cosa parte, y otro, a donde camina, y no es posible llegar al uno sino saliendo del otro. Y pues, en este espiritual movimiento camina el hombre de sí a Dios, no podrá llegar a Dios si no saliere primero de sí.

No puede el fuego hacer de un madero fuego, si primero no gasta la humedad y frialdad y todo lo que tiene contrario a la forma de fuego, ni tampoco el hombre, concebido en pecado y cercado de carne y de sangre, podrá llegar a transformarse e imitar la santidad y pureza de Dios, sino perdiendo primero los resabios y siniestros que repugnan a esta pureza y santidad. Lo cual principalmente hace la omnipotente gracia del Señor. El cual por esta causa se llama en la Escritura *fuego que consume* (Deut. 4, 24), porque su oficio es consumir todos los siniestros e imperfecciones de los hombres y purificarlos de todos sus pecados, para comunicarles a sí mismo. Porque, como dice San Dionisio, su naturaleza es traer todas las cosas a sí y hacerlas participantes de sí.

Correspondencia a la gracia divina. Mas, porque este Señor, aunque crió al hombre sin el hombre, no santifica al hombre sin el hombre, quiero decir, sin que él obre juntamente con Él y haga lo que es de su parte, ayudando a tirar el arado con Dios, y juntando sus manos con las de Dios; de aquí es que así como Dios pretende consumir todo lo malo que hay en el hombre, así el mismo hombre debe por su parte procurar lo mismo, que es mortificar y consumir todo esto que en él impide la semejanza de Dios, para que así pueda venir a la deseada unión y semejanza de Él.

Vemos que para plantar una huerta en un monte bravo, primero es necesario arrancar el monte y los árboles silvestres, y esto hecho, luego se suelen plantar los fructuosos y provechosos. Pues lo mismo ha de hacer el que quisiere que su alma sea vergel de Dios y paraíso de sus deleites; porque primero debe insistir en arrancar las espinas y zarzas de vicios y malas inclinaciones que contradicen a

esta unión, y esto hecho, podrá luego plantar las buenas plantas de virtudes que quisiere, y señaladamente esta de que aquí tratamos, que es como árbol de vida en medio del paraíso, de quien todas ellas proceden, de la manera que arriba se declaró.

Clasificación de los medios principales para alcanzar el amor de Dios.

De lo cual todo se infiere ser verdad lo que comúnmente dicen los santos doctores, y señaladamente Casiano en la primera de sus colaciones, que la pureza del corazón es el principal medio que hay para alcanzar el amor de Dios, a la cual pertenece desterrar de nuestra alma todo lo que impide este santo amor, que es todo lo animal y terreno, y, finalmente, todo lo que es contrario y desemejante a Dios.

Y en esta cuenta entra primeramente la purificación y mortificación del amor propio, y en el segundo lugar la de la propia voluntad, hermana de este mismo amor; en el tercero, la de los pecados; en el cuarto, la de las perturbaciones y pasiones del alma; en el quinto, la de los cuidados desordenados; en el sexto, la de los negocios demasiados; en el séptimo, la mortificación de todos los otros resabios y malas inclinaciones del hombre, y en el octavo, finalmente, la pureza de la intención, donde entra la purificación de todo género de interés, así espiritual como temporal.

Mortificados, pues, todos estos resabios y siniestros de nuestra carne, luego florece y reina el espíritu, y queda dispuesto así para ir él a Dios por amor, como para venir Dios a él por su gracia. Porque, así como la piedra que está en lo alto, quitados los impedimentos que allí la tienen contra su natural inclinación, luego ella por sí corre a su lugar natural, así nuestra alma, que es substancia espiritual, quitadas las prisiones de los apetitos sensuales que la tienen presa en la afición de las cosas terrenas, luego ella, ayudada con la divina gracia, como substancia espiritual y hermana de los ángeles, se allega y abraza con las cosas espirituales, que son conformes a la dignidad y condición de su naturaleza.

Lo más dificultoso en este negocio.

También conviene advertir en este lugar que la principal dificultad de este negocio no está en el ejercicio de amar a Dios, porque ésta es obra de gran suavidad, sino en desterrar de nuestra alma los impedimentos de este amor, de que en esta primera parte se trata.

Así vemos que toda la dificultad que hay en hacer de un leño fuego, está en consumir lo que allí contradice a la forma del fuego, que es la humedad y frialdad y materia de vapores que hay en él; porque esto hecho, en un punto se levanta la llama del fuego y arde. Pues lo mismo acaece cuando un corazón frío y aficionado a las cosas del mundo queremos que venga a arder en amor de Dios. Porque no está la dificultad en el amor, sino en consumir lo que impide este divino amor.

La medida de nuestro amor a Dios. De donde se infiere un aviso muy notable y que sirve para entender y evitar muy gran parte de los engaños que aquí pueden entrevenir, y es que no debe el hombre medir su aprovechamiento en este camino por la suavidad ni por las consolaciones o ternuras o lágrimas que algunas veces tiene, aunque esto sea loable cosa y santa, sino por la mortificación y victoria de todos estos padrastros de que en esta primera parte habemos de tratar, que son desordenado amor propio y propia voluntad, con todos los apetitos que de aquí proceden.

Porque hay algunas personas tiernas de corazón, que con cualquier pensamiento, o de la pasión del Señor, o de otra cosa tal, luego se resuelven en lágrimas y sienten grande suavidad. Mas como esto proceda en los tales de natural ternura de corazón, que de puro amor, no deben juzgar por aquí su aprovechamiento si no juntaren con esto la victoria de su propia voluntad y de sus apetitos y malas inclinaciones.

CAPÍTULO XXVII

De cómo para alcanzar el amor de Dios se requiere vencer el amor propio

Antes que comencemos a tratar de esta materia conviene presuponer que en aquel bienaventurado estado en que Dios crió el hombre, ninguna cosa le era más fácil, ni más natural, ni más suave que el amar a su Hacedor. Porque ¿qué cosa más natural que amar la criatura a su Criador, el efecto a su causa, el principiado a su principio y la parte al todo de do procede? Porque de esta manera vemos que el brazo se pone delante de la cabeza a recibir el golpe

de la espada por conservar a ella; donde se ve claro que más ama la parte a su todo que a sí misma.

Mas siendo esto así, estando la naturaleza entera, atravesóse el pecado de por medio, y estragóse la naturaleza, y ya el hombre no camina como antes caminaba, ni puede lo que antes podía, por los grandes impedimentos que por esta parte se le recrecieron. Porque el que antes del pecado amaba a Dios más que a sí, después del pecado ama a sí más que a Dios. Mas antes el pecado original no es otra cosa que un torcimiento y adulterio espiritual con que el hombre nace aficionado y enamorado de sí mismo y desaficionado a Dios.

Pues este amor desordenado, con todas las otras aficiones que nacen de él, es el principal impedimento que tenemos para amar a Dios; porque tirándonos para sí, nos aparta de Él, y llamándonos al amor de los bienes terrenos, nos hace volver las espaldas a los celestiales. Por lo cual, si este amor se quitase de por medio, no habría impedimento en el amor de Dios.

Pues, según esto, el que de veras y de todo corazón desea alcanzar el amor de Dios, téngase por dicho que ha de pregonar guerra pública contra el amor propio. Y por amor propio entiendo siempre en este tratado el desordenado amor de su propio cuerpo y de todo lo que al cuerpo pertenece.

Y digo desordenado porque, si es bien ordenado y reglado, no es malo, sino bueno y necesario para la conservación de la vida. Porque no es cosa nueva, sino muy posible. ser una cosa de su naturaleza buena y necesaria para la vida, la cual, siendo demasiada y desordenada, es dañosa. Así vemos que la sangre es necesaria para la conservación de la vida, mas si hay pujamiento de esta sangre, suceden enfermedades, y a veces muerte por ello. Lo mismo se entiende en el calor natural, en el cual consiste la vida del animal; mas si es demasiado, causa fiebres y enfermedades. También los ríos caudalosos, cuando corren por sus madres, a ninguna cosa dañan; mas cuando se desmandan y crecen, anegan todos los lugares por do pasan.

Pues así decimos que el amor propio, con todas las otras aficiones que de él proceden, así de honra como de hacienda, cuando son medidas con la regla de la razón y de la ley de Dios, son saludables y virtuosas; mas cuando salen de este compás, son perjudiciales y viciosas.

El amor propio con razón se dice fecundísimo.

El oficio y naturaleza de este amor propio es desear desordenadamente todos los bienes que sirven al cuerpo, los cuales son casi innumerables; pero redúcelos San Juan a solos tres, que

son: hacienda: honra y deleites corporales. Pero así como ponemos en el mundo cuatro vientos principales que soplan de las cuatro partes de él, entre los cuales contamos otros casi innumerables que se reducen a éstos, así también se señalan estas tres maneras de bienes temporales, debajo de los cuales se comprenden todos los demás.

Porque debajo de la honra se comprenden oficios, dignidades, títulos, mandos, señorías, privanzas, exenciones, libertades, preeminencias, cargos, fausto, pompa, acompañamiento y otras cosas tales que sirven a la honra mundana.

Debajo de la hacienda se comprenden todas las especies y maneras que hay de intereses y provechos temporales, como son patrimonios, heredades, rentas, ganancias y otras infinitas maneras que hay de bienes de esta cualidad.

Debajo de este nombre de deleites se comprende otra gran flota de diversas cosas en que se deleitan así los sentidos exteriores del cuerpo como los interiores del alma. Porque los ojos naturales se deleitan en la variedad y hermosura de los colores, de los edificios, de las tapicerías ricas, de las danzas y bailes, y de todo género de hermosuras. Los oídos huelgan con todas las maneras que hay de música, así naturales como artificiales, que son las delicias que hay en los palacios de los príncipes. El sentido del oler huelga con todas las confecciones de ungüentos y aguas olorosas y con infinitas maneras de aspecies aromáticas, que para esto nacen o se hacen cada día. Pues ya para el gusto no tienen cuenta las diferencias de manjares que la naturaleza proveyó, y mucho menos la de los potajes y guisados que el arte inventó, y los convites que para esto cada día se celebran. Pues para el sentido del tacto también sirve la cama blanda y la vestidura preciosa, con todas las invenciones de trajes que sin fin y sin medida se descubren cada día.

Con éstos hay otros más espirituales, que sirven para los otros sentidos más delicados. Porque la curiosidad de los ingenios humanos es amiga de saber, y de ver, y de tener todas las cosas muy polidas y primas; para lo cual sirven las alhajas preciosas, los libros y estudios más curiosos que provechosos; las pláticas, las conversaciones, las vistas, las salidas, las visitaciones y discursos a diversas partes, para deleitar con la variedad de las cosas todos estos sentidos.

Pues, como no sea otra cosa amar sino querer bien, claro está que el que desordenadamente ama a sí mismo, también desea desordenadamente todos o a lo menos muchos de estos bienes para sí. Y por esto, este amor con razón se llama fecundísimo, porque tiene todos los bienes corporales del mundo por objeto. Y así este desordenado amor

parece que es como el vientre de una víbora preñada, de donde salen muchos viboreznos no menos ponzoñosos que la misma madre que los pare.

El amor propio, contrario al amor de Dios. Y por esto, quien quisiere aprovechar en el amor de Dios, ha de tener siempre guerra con el amor propio.

Las causas de esto son muchas, y es menester entenderlas para que más claro veamos lo que en esto nos va. Para lo cual es de saber que, como dice muy bien un filósofo, el que de verdad ama, no puede perfectamente amar más que una sola cosa, porque la capacidad del corazón humano es tan pequeña, que empleándose del todo en una cosa, apenas le queda caudal para otra. Por donde así como una misma tierra no puede llevar muchas simientes juntas, así tampoco ni un corazón muchos amores, especialmente cuando son contrarios.

Pues ¿qué cosa más contraria que amor propio y amor de Dios? Porque el amor propio todo lo quiere para sí, y todas las cosas ordena a sí, y así hace último fin de todo. Mas, por el contrario, el amor de Dios todo lo ordena para Dios y a sí mismo niega y crucifica por Él.

Pues, así como estos fines son contrarios, así todas las otras afecciones y obras que de aquí proceden, lo son; y por esto imposible es caber ambos en un corazón. Porque ¿cómo se compadecerán en uno amor de Dios y amor del mundo, amor de tierra y amor de cielo, amor de carne y amor de espíritu, amor propio y amor divino? ¿Cómo se juntarán en uno la verdad con la vanidad, las cosas temporales con las eternas, las altas con las bajas, las dulces con las amargas, las quietas con las inquietas y las espirituales con las carnales? Por lo cual dice muy bien San Juan Clímaco que así como es imposible con un mismo ojo mirar al cielo y a la tierra, así lo es con un mismo corazón amar las cosas celestiales y las terrenales.

Entre el tiempo y la eternidad. Entendieron muy bien esto algunos grandes filósofos. Y para significarlo, imaginaron que este mundo estaba repartido en dos partes, en la una de las cuales estaban las cosas eternas, y en la otra las temporales, y que en medio de las unas y de las otras estaba el hombre como en el horizonte de entrambas, que es en medio del tiempo y de la eternidad. Porque por la parte que tiene cuerpo corruptible, pertenece a las cosas temporales, y por la que tiene alma incorruptible, pertenece a las eternas.

Y presuponiendo esta consideración, decían que así como el que está sobre este horizonte, que es sobre este medio mundo, no puede ver las cosas que están en el otro medio, contrario a éste, ni los que están en el otro pueden ver las de éste, así el hombre que está dentro de este horizonte del tiempo, no puede ver las cosas de la eternidad, y el que está todo ocupado en las cosas de la eternidad no tiene ojos para ver las cosas del tiempo. De donde nace andar los hombres espirituales tan ocupados en Dios y tan olvidados del mundo, y, por el contrario, los sensuales tan metidos en el mundo y tan olvidados de Dios; porque los unos están en el medio mundo del tiempo y los otros en el otro medio de la eternidad.

Entre las criaturas y Dios. Pues, como nuestra alma esté puesta entre estos dos extremos tan diferentes, como son eternidad y tiempo, criaturas y Criador, dice San Agustín que, convirtiéndose al Criador, queda clarificada y deificada en Él; mas convirtiéndose a las criaturas, queda oscurecida, descolorida y menoscabada con ellas. Imaginaba este santo doctor que así como una cosa que está entre almizcle y cieno, si se junta con el almizcle, huele a almizcle, y si con el cieno, huele a cieno, así el alma que está puesta entre Dios y las criaturas viene a hacerse tal cual es la parte con que se junta.

Sin tiempo para buscar el amor de Dios. Mas no sólo impide este amor propio al divino por esta vía, que es por tener los fines y los medios contrarios, sino también por otras muchas vías. Porque, además de ser este amor causa general de todos los pecados e impedimento de todas las virtudes, que son dos males tan grandes y tan contrarios al amor de Dios, impide también, porque ocupa todo el tiempo en buscar todo lo que sirve al provecho y gusto del cuerpo.

Porque así como el pez y el pájaro y el animal bruto en ninguna otra cosa entienden toda la vida sino en buscar su vida, porque no tienen capacidad para otra cosa mayor, así los amadores de sí mismos, como no tienen cuenta con la otra vida sino con ésta, ni precian otra cosa sino lo que a ella pertenece, así en ninguna otra se ocupan sino en ésta, por lo cual siempre les falta tiempo para los ejercicios que pide el amor de Dios, que son leer, orar, meditar, confesar, comulgar y servir a todas las cosas que pide la caridad.

Desasosiegos. Y no menos impide con los desasosiegos y cuidados que traen consigo estas mismas ocupaciones. Porque nunca se granjean los negocios, ni aun los descansos, sin cuidados, con que el alma se despedaza y acongoja, y así pierde la paz, la libertad y la pureza del corazón, que es el lecho florido y blando en que reposa el verdadero Salomón. De esta manera impiden las malas plantas a las buenas, ahogándolas para que no crezcan, como lo representó Cristo en aquella parábola del sembrador, donde dice que la buena simiente que cayó entre las espinas, así como salió a luz, las espinas que nacieron, la ahogaron. Y éstas dice Él que son los cuidados y congojas temporales, las cuales trae consigo este mal amor.

El amor al regalo. Impide también con su regalo, porque los grandes amadores de sí mismos son muy regalados y amigos de pasatiempos y deleites, porque aunque no alaban por palabras la sentencia de Epicuro, que ponía la felicidad en deleite, alábanla con las obras, pues toda la vida gastan en ellos. Y por esto siempre andan buscando algún refresco de placeres y recreaciones, ya en músicas, ya en cazas, ya en fiestas, ya en risas y conversaciones y pláticas alegres, y en otras ferias semejantes: aborrecen la soledad, huyen el recogimiento, son amigos de su vientre y enemigos de la cruz, esles muy pesado el silencio y la lección, y mucho más la oración.

Los que tal corazón tienen, ¿qué habilidad les queda para los ejercicios del amor de Dios? Porque no es ésta empresa de corazones regalados y mujeriles, sino de grandes varones y de ánimos esforzados. Aquella mujer fuerte, tan alabada de Salomón (Prov. 21, 17), extendió su mano a cosas fuertes, y ciñó sus lomos con fortaleza, y fortaleció también sus brazos para haber de trabajar. Mas éstos, por el contrario, rehusan vestir las armas, y embrazar el escudo, y hacer rostro a los trabajos. Finalmente, no hay dos cosas más contrarias que el amor del regalo y el amor del trabajo. Y pues el amor de Dios se alcanza con trabajos, ¿cómo lo alcanzará aquel cuya vida es toda regalo?

El soldado valeroso. Pues el siervo de Dios que entiende muy bien la verdad de esta filosofía, luego pone haldas en cinta, y comienza a tomar las armas contra sí mismo, y a militar debajo de aquella real bandera y de aquel noble Alférez que dice (Mt. 16, 2[illegible]): Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mis-

mo, y tome su cruz, y sígame. Y si quieres saber cuál sea esta cruz, dígote que no es otra que aquella que dijo el Apóstol (Gál. 5, 24): Los que son de Cristo, crucificaron su propia carne con todos sus vicios y codicias.

Ni es otra cosa negar a sí mismo sino contradecir a todas sus afecciones y malas inclinaciones y propias voluntades, cuando son contrarias a la de Dios, porque esto es negar a sí y no tener ley consigo, por tenerla con el mismo Dios.

CAPITULO XXVIII

Necesidad de la purificación y mortificación de la propia voluntad para alcanzar el amor de Dios

Después de la mortificación y purificación del amor propio síguese la de la propia voluntad, hermana e hija del mismo amor. Mas por ventura preguntará alguno en qué se diferencie la propia voluntad del amor propio. A esto decimos que en la significación que tomamos aquí estos dos nombres. Por amor propio, según está dicho, entendemos el desordenado amor de todas las cosas que sirven al regalo del cuerpo y al excesivo aparato y pompa del mundo.

Mas por la propia voluntad entendemos, no sólo el apetito de estas mismas cosas, sino también los apetitos e inclinaciones vehementes que los hombres tienen a otras cosas. Porque unos, naturalmente, son inclinados a jugar, otros a cazar, otros a montear, otros a pescar, otros a edificar, otros a parlar y conversar, otros a murmurar, otros a las letras profanas, otros a las armas, otros al regalo y buen tratamiento de sus cuerpos, otros a pompas y vanidades, otros a leer libros de caballerías, otros a mudanzas de lugares, otros al vicio de la curiosidad, que es desear ver cosas nuevas y saber las vidas ajenas; otros son como los atenienses, que en ninguna otra cosa se ocupaban sino en oír nuevas; otros hay muy aprensivos, los cuales también son muy voluntarios, y así son muy vehementes en todas las cosas que quieren; y, finalmente, otros a otros infinitos géneros de cosas. Las cuales cosas son tantas, cuantas son las condiciones de los hombres, que cuan diferentes son en los rostros, tanto lo son en las condiciones y en los particulares apetitos e inclinaciones que de ellas proceden. Esto es, pues, lo que llamamos aquí propia voluntad.

Necesidad y dificultad de vencer la propia voluntad. Pues esta manera de voluntad ni es menos dañosa que el amor propio, ni menos dificultosa de vencer, cuya victoria no es menos necesaria que la de él. Porque como la suma de toda la religión cristiana consiste en el amor de Dios, así también consiste en perfectísima obediencia y conformidad con su santa voluntad, lo cual es propio efecto del amor de Dios. Porque, como dice el Sabio, la verdadera y firme amistad es tener un mismo querer y no querer con nuestro amigo. Por donde son estas dos virtudes tan hermanas entre sí, que el mismo Señor, en una parte dice (Jn. 14, 15): El que me ama guardará mis mandamientos. Y en otra dice (Ibíd. 14, 25): El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama.

Prontitud en obedecer la divina voluntad. Pues esta perfectísima obediencia y conformidad de voluntades es la que hace al hombre verdadero siervo de Dios, porque así vemos que la mejor cosa que puede tener un siervo es ser obedientísimo a su señor y hacer en todo y por todo su voluntad. Pues esta misma prontitud de obediencia ha de tener el siervo de Dios a todo lo que manda Él y los que están en su lugar, obedeciendo a cuanto Él nos tiene declarado en sus Escrituras divinas. Y no sólo ha de obedecer en lo que manda por palabra, sino también en lo que significa por inspiraciones y llamamientos, con tal que sean conformes a las Escrituras y doctrina de los santos.

Pongamos ejemplo. Siéntese un hombre que le va bien con los ejercicios de la oración y del recogimiento. Por otra parte es él más inclinado a otro virtuoso ejercicio en que no halla su alma ni tan guardada, ni tan recogida, ni tan limpia de defectos como en el otro a que él no es tan inclinado. Este es indicio grande que le llama Dios al otro ejercicio más que a éste. Por lo cual le convendrá vencer en esta parte su propio gusto e inclinación y dejar lo menos por lo más, cuando esto no militare contra su particular oficio y obligación. Porque aquélla parece ser la voluntad de Dios, la cual siempre tira, como el Apóstol dice, a nuestra santificación (I Tes. 4, 3).

Y no sólo en esto, mas también en todas las adversidades, enfermedades, pobrezas, desamparos y sequedades de espíritu nos debemos conformar con la divina voluntad, estando siempre puestos en sus manos y aparejados para tomar de ella el cáliz que nos quisiere dar.

No pueden reinar juntas la propia voluntad y la de Dios. Pues, siendo esto así, imposible es que reine perfectamente en nosotros la voluntad divina, si no muriere la nuestra propia. De suerte que así como arriba dijimos que para alcanzar el amor divino era necesario mortificar el amor propio, así también para que reine en nosotros la voluntad de Dios, ha de ser destruído el reino de la nuestra. Y pues ambas voluntades ni pueden reinar ni vivir juntas, sino forzosamente ha de morir una para que viva la otra, ¿qué cosa más justa que vivir la voluntad de Dios y no la del hombre, reinar Dios y no el hombre? Para lo cual no hay cosa que más convenga que estudiar siempre en desapropiarnos de nuestra voluntad, para que se haga más dulcemente la voluntad de Dios. Los que llevan carros procuran untar los ejes en que van las ruedas con aceite para que así corran mejor; mas nosotros, para que se cumpla en nos sin contradicción la voluntad divina, es necesario desterrar primero la nuestra propia.

Diversos nombres que han dado los santos a este ejercicio. Este ejercicio nos encomiendan los santos debajo de diversos nombres, porque unas veces lo llaman resignación, otras mortificación y otras abnegación, las cuales todas significan una misma cosa, aunque por diversos nombres.

Llámase abnegación porque negamos nuestra propia voluntad y libertad, que es una de las cosas más íntimas y más principal que hay en nosotros, poniéndola en manos ajenas y desistiendo del señorío natural de ella, y desposeyéndonos y enajenándonos de nosotros mismos, que es el mayor sacrificio que podemos ofrecer a Dios.

Llámase también mortificación, porque matamos nuestro propio querer, haciendo a Dios sacrificio de él; lo cual, porque no se hace sin dolor, con razón tiene nombre de sacrificio y mortificación.

Y llámase también resignación, que es vocablo más significativo, porque pone al hombre en las manos y sujeción de Dios, y lo despoja de sí mismo, como hace el que resigna un beneficio en manos de un prelado, lo cual no es otra cosa que desapropiarse de él y ponerlo en la disposición y voluntad del superior. De esta manera los santos varones se depojan de sus propias voluntades y se sujetan a la de Dios, de tal manera que parece que están siempre diciendo con el Apóstol (Hech. 9, 6): Señor, ¿qué queréis que haga?

Si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, él sólo permanecerá.

Pues a este ejercicio nos convida el mismo Señor debajo de nombre de mortificación, diciendo (Jn. 12, 24): En verdad os digo que si el grano de trigo que cae en la tierra no muriere, él sólo permanecerá; mas si muriere, dará mucho fruto. Por do parece que en la perfecta mortificación está escondido el fruto de la verdadera vida, porque el que siempre muere en sí mismo, siempre vive de nueva manera en Dios. El alma resignada y mortificada es como un racimo de uvas maduro y suave; mas la que no lo está, es como uvas verdes, que son acedas y desabridas.

Negación aun en las cosas lícitas.

Ninguna cosa se puede ofrecer a Dios más agradable que la resignación de la propia voluntad, porque ninguna cosa hay más amada del hombre que ella. Por donde cuando un hombre resiste a esta voluntad sensual, aunque sea en cosas pequeñas, tenga por cierto que hace a Dios un servicio muy agradable.

Si, asentado a la mesa, se ofrece una vianda sabrosa, la cual puede el hombre comer sin pecado; si con todo esto la deja por amor de Dios, contradiciendo y negando en esto su apetito, sepa que hace un agradable servicio a este Señor, como se escribe que hizo David, cuando no quiso beber el agua de la cisterna de Belén (II Rey. 23, 17), que tanto había deseado, no porque pensase él que hacía mucho en derramar un vaso de agua por Dios, sino porque en esto sacrificaba el deseo de su voluntad, que había sido muy grande, y así entendía que ofreció grande sacrificio a Dios.

Pues, si tan grande galardón da Dios por una tan pequeña mortificación, ¿qué tendrá aparejado para aquellos que por su amor, a sí y a todas las cosas negaron?

Para ejercitarse en esta virtud debe muchas veces el hombre decir entre sí: Por amor de Vos, Señor, no quiero ver aquello, ni oír lo otro, ni gustar este bocado, ni tomar ahora esta manera de recreación; porque en todo esto merecerá y se habituará a negar su propia voluntad. De suerte que así como arriba dijimos ayudar mucho para la mortificación del amor propio resistir a sus apetitos aun en las cosas lícitas, así también aprovecha para la mortificación de la propia voluntad resistir muchas veces a sus deseos en las mismas cosas, porque pues estas dos pasiones son entre sí tan semejantes, también lo han de ser los remedios y la cura de ellas.

Porque, así como el amor propio es una pasión vehementísima y dificultosísima de vencer, y que las más veces se

entremete en todas las obras que hacemos, así también lo hace la propia voluntad, la cual es un abismo profundísimo que apenas se puede apear ni entender. Porque en muchas cosas, sin que lo sintamos, por mil maneras se atraviesa con color ya de discreción, ya de caridad, ya de necesidad, ya de cumplimiento, ya de misericordia, ya de justicia, ya por ejemplo de otros, o por no les ser molestos, y por otros honestísimos títulos, so color de los cuales hace el hombre más lo que quiere que lo que conviene, y más su propia voluntad que la de Dios, y muchas veces sin que lo entienda, antes creyendo lo contrario. Lo cual aunque no todas las veces sea pecado, todavía no deja de ser engaño hacer nuestra propia voluntad, creyendo que hacemos la Dios.

Odio santo contra nuestra voluntad. Por tanto, pues los enemigos son los mismos y el combate de una manera, también la resistencia ha de ser de la misma manera, concibiendo dentro de nosotros un santo odio contra esta misma voluntad y negándola en todo lo que nos fuere posible, rigiéndonos de mejor gana por la voluntad ajena que por la nuestra, y holgando más con la humilde sujeción de la obediencia que con la libertad de la propia voluntad, y teniendo por sospechoso todo lo que quisiéremos muy querido, si no fuere muy examinado.

Y además de esto, todas las cosas que le sucedieren, tome como de la mano de Dios, por muy ásperas que sean, el cual tiene contados todos los cabellos de los suyos (Mt. 10, 30), y sin cuya voluntad no cae en tierra una hoja de un árbol, diciendo siempre en todos los trabajos aquellas palabras del Salvador: El cáliz que me dió mi Padre, ¿no quieres que beba? (Mt. 10, 30).

Pues por estos medios se alcanza la mortificación de la propia voluntad, y de los que a ella han ya llegado se entienden aquellas palabras del Apóstol (Col. 3, 3): Ya vosotros, hermanos, estáis muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.

Y si deseas saber cuándo ha llegado el hombre aquí, esto es, cuándo está de esta manera muerto, digo que entonces lo estará cuando deja su voluntad por la de Dios, cuando despide de sí el propio amor, cuando renuncia los deleites del mundo, cuando mortifica los deseos desordenados de su carne, cuando se tiene por el más vil de todos, cuando prontamente obedece a los hombres por Dios, cuando no se envuelve en cuidados superfluos, cuando no juzga los hechos ni dichos de nadie, sino deja cada cosa ser lo que es; cuando ni se alegra con las alabanzas ni se afli-

ge con los denuestos, cuando sufre cualesquier injurias y adversidades pacientemente, cuando de nadie se queja y cuando a todos los hombres abre el seno de su corazón y los mira como a templos de Dios.

El que todo esto hace, es el que de verdad está muerto al mundo y vivo a Dios.

CAPITULO XXIX

DE CÓMO LA CONTINUA MEMORIA DE DIOS ES MEDIO PARA ALCANZAR PERFECTA CARIDAD

Dos cosas dijimos al principio de este tratado que eran necesarias para alcanzar la caridad. La una es despedir de nuestra alma todo lo que en ella hay contrario o desemejante a Dios, y la otra, procurar siempre de traerla ocupada y unida con Él en ejercicios amorosos y devotos.

Esto se declara por este ejemplo. Vemos que para hacer conserva de una fruta verde y aceda, la primera cosa que se hace es darle un fuerte cocimiento, para sacarle todo aquel verdor y amargura natural que tiene. Y esto hecho, dásele otro cocimiento luego en azúcar o miel, para que, perdida ya con el primer cocimiento la amargura y desabrimiento natural que tenía, tome por el segundo la dulzura del licor con que se junta.

Pues así también, para transformar el hombre en Dios por amor, es necesario desterrar primero de él todo lo que en él hay contrario a Dios, que es todo lo malo, y esto hecho, conviene que se junte con Él por ejercicios de oración y de amor, para que por medio de este ayuntamiento venga a hacerse un espíritu en Él. Y, pues hasta aquí habemos tratado de lo primero, resta tratar de lo segundo, que es de los ejercicios y medios con que nuestra alma se junta con Dios, que es el fin de toda la perfección.

Pues para esto debemos ante todas las cosas presuponer que, como dice un doctor, el principal estudio del siervo de Dios ha de ser trabajar que su alma ande siempre ayuntada con Él por oración y actual amor. Porque perseverando él en esto, aquel Sol de justicia que tan comunicativo es de los rayos de su luz, de tal manera la embestirá con ellos, que la haga semejante a sí, porque con este espiritual ayuntamiento se para ella tan hermosa como

una nube cuando el sol la hiere y embiste con sus rayos, con los cuales la hace tan resplandeciente, que se parece con el mismo sol.

Dos principios de filosofía. Esto tiene fundamento en dos principios de filosofía, de los cuales uno es que las causas naturales pretenden hacer todas las cosas semejantes a sí, como vemos que el fuego engendra otro fuego, el frío, frío, y el calor otro calor. Lo cual tanto más hace cada una de estas causas, cuanto es más noble y más poderosa para obrar. El segundo es que todas estas causas obran teniendo la materia en que han de obrar a par de sí; porque, si estuviese desviada, no podrían obrar en ella, porque el fuego no calienta sino a los que se llegan a él.

Pues como sea verdad que entre todas las causas la primera y la más noble y la más poderosa para obrar sea Dios, síguese que ella es la más activa y comunicativa de sí misma y de su divina semejanza en quien fuere capaz de ella como es el hombre. Mas para esto es necesaria aplicación, esto es, que se junte el hombre con Dios, para que así se aplique a recibir las influencias de su luz. El cual ayuntamiento no se hace con pasos de cuerpo, sino de espíritu, que es juntar nuestro entendimiento y voluntad con Dios por consideración y amor. Y cuanto más el hombre esto continuare y más en ello perseverare, tanto más participará los rayos de su luz.

Ejercicios con que se anda ese camino. Y dice San Bernardo que esto señaladamente se hace con cuatro ejercicios, que son: lección, meditación, oración y contemplación, que son los cuatro principales escalones por donde los varones devotos y recogidos suben a Dios; entre los cuales hay esta diferencia, como dice un doctor: que la lección anda, la meditación corre, la oración vuela; mas la contemplación llega al cabo de la jornada y reposa en Dios. Pues como cualquiera de estos ejercicios nos ayude a ir a Dios, en cada uno de ellos hay más y menos. Porque entre las lecciones, aquella sirve más para este propósito, que es más afectiva, y más devota, y más trata del amor de Dios, como son las *Meditaciones*, de San Agustín; el *Estímulo del amor divino*, de San Buenaventura, y otros muchos tratados de este santo, que escribió altamente de estas materias espirituales.

Mas entre las meditaciones, aquellas hacen más a este caso, que son de los beneficios y perfecciones divinas y de todas aquellas cosas que más pueden encender nues-

tro corazón en el amor de Dios. Entre las oraciones, aquellas ayudan más a esto, que insisten mucho en pedir este divino amor, mayormente aquellas que nacen de un encendidísimo deseo de Él.

Y de los que traen siempre ocupado su corazón en estas santas oraciones, dice San Agustín en una de sus meditaciones: Bienaventurados, Señor, aquellos cuya esperanza eres tú solo y cuya vida es una perpetua oración. Grande cosa es ésta por cierto, mas no muy dificultosa, como algunos imaginan. Porque no entendemos aquí por oración estar siempre de rodillas rezando o hablando siempre con Dios, porque basta para esto traer el corazon recogido y guardado, con su santo temor y respeto a Dios, y con un cuidado perpetuo y deseo de agradarle y de andar en su presencia, que es cosa muy familiar a los que están muy entregados a su servicio.

La caridad crece con su propio ejercicio. Mas entre todas las cosas que para esto nos pueden más ayudar, es el mismo uso y ejercicio de amar a Dios, porque esta noble virtud con ningunas obras crece más que con las suyas propias, así por ser más propias como por ser las más excelentes y meritorias, porque proceden de la más excelente virtud, que es la caridad. Por donde así como los hábitos que se adquieren por el uso y ejercicio de alguna obra, con ese mismo crecen y se hacen más perfectos, como vemos que pintando se hace uno pintor, y escribiendo, escribano, así también acaece en los que Dios infunde en nuestras almas, y señaladamente en este nobilísimo hábito de su amor, aunque en éste sea por otra diferente manera, que es mereciendo el hombre y acrecentando Dios esta virtud; de donde se infiere que el que más continuamente se ocupare en amar a Dios, ése crecerá más en ese amor.

Este es, pues, el más conveniente ejercicio para este negocio, y así dice un doctor que, dado caso que haya muchos caminos para alcanzar la perfección de la caridad, pero que el más compendioso y eficaz es este que enseña San Dionisio, y otros muchos después de él, que es levantar nuestro corazón a Dios con aficiones y deseos encendidos de su amor, conversando con Él, y hablando con Él, andando siempre recogido en su presencia, y tomando motivo de todas las cosas para mejor conocerle y más amarle.

Teología mística y teología escolástica. Este ejercicio es el propio estudio de la verdadera sabiduría y mística teología, la cual no se aprende leyendo ni disputando, sino orando y levantando la

pura afición a Dios, para que con el mismo gusto y experiencia de su bondad, suavidad y nobleza, conozca el hombre por experiencia quién es Dios, por haber participado y recibido en sí los beneficios y efectos del mismo Dios, así como sabe uno de un príncipe que es liberal y bien acondicionado, no porque leyó ni aprendió de otros, sino porque él mismo le trató y conversó mucho tiempo, y experimentó con los muchos beneficios que recibió la grandeza de su liberalidad y nobleza. Por donde podemos conocer la diferencia que hay entre la teología escolástica y la mística, porque la una se aprende con actos del entendimiento y la otra con afectos amorosos de la voluntad, que dan nuevas al entendimiento de cuán bueno y cuán suave es el Señor.

Pues según esto, el camino para alcanzar esta sabiduría es tratar siempre con Dios y conversar día y noche con Él, como lo hacía aquella santa virgen Cecilia, de quien se escribe que traía el Evangelio de Cristo en su pecho, y que ni de día ni de noche se apartaba de los coloquios divinos y de la oración.

Y aun por esta causa los varones justos se llaman en la Escritura divina *cielos,* porque, libres de todas las afecciones y pasiones de esta vida como de unas impresiones peregrinas, todo su trato, su pensamiento, sus deseos, sus gozos y sus esperanzas están en el cielo ; por lo cual, con mucha más razón se llaman cielos, pues la menor parte de sí tienen en la tierra y la mayor y mejor en el cielo.

Y aunque los negocios de esta vida algunas veces los envuelvan en las cosas de la tierra, luego el espíritu de Dios, que mora en ellos, los torna a levantar al cielo, como hace un madero, que si por fuerza lo metéis debajo del agua, luego por su natural ligereza se sube a lo alto ; porque lo que aquí hace la naturaleza, allí hacen la buena costumbre y la divina gracia, que son más poderosas que la naturaleza. Porque si la costumbre basta para hacer mansos los animales fieros, ¿qué maravilla es que por virtud de la gracia lo humano se haga divino, y lo terreno celestial?

Siempre en la presencia divina con simplicidad y humildad.

Pues, conforme a esta doctrina debe el siervo de Dios, si quiere ser discípulo de esta sabiduría celestial, fabricar dentro de sí un oratorio donde siempre ande recogido ; quiero decir, que de tal manera ande siempre en la presencia de Dios, de tal manera entienda en todos sus negocios, que siempre le parezca que tiene a Dios delante, y que nunca del todo pierda aquella manera de recogimiento y devoción que de esta presencia se le causa. Así nos muestra el Profeta que lo hacía cuando dice (Salm. 15. 8): Ponía yo siempre al

Señor delante de mis ojos, porque Él anda a mi diestra para que no pueda yo ser movido. Esto mismo haga el siervo de Dios, levantando siempre su corazón a Él, no con ímpetu y violencia, sino con tranquilidad y simplicidad, inclinando amorosamente su espíritu en aquella soberana Deidad.

Y no se desconsuele cuando viere que se distrae muchas veces por la instabilidad de nuestro corazón, sino vuelva luego a recogerlo y representarlo a Dios, porque después que se hubiere habituado a esto, mudarse ha la costumbre en naturaleza, y ni hallará dificultad en este recogimiento, ni aun se hallará sin él; como el pez, que no se halla fuera del agua, y así procura luego tornarse a ella. Mas acuérdese que ninguna cosa puede hacer por sí, sino con ayuda de Dios, el cual nunca falta a quien con este espíritu de humildad hace lo que es en sí.

Enciérrese, pues, dentro de sí mismo y more dentro de sí, porque aquí hallará a Dios, el cual, aunque está generalmente en todas las cosas, señaladamente está en lo íntimo del alma racional, porque en ella mora Él como en su propia imagen y figura. Por lo cual, presuponiendo que este Señor está dentro de él, trabaje por estar con un santo temor, reverencia y humildad delante de sus ojos, como parece que lo hacía Elías, cuando decía (IV Rey. 3, 14): Vive el Señor, en cuya presencia estoy. Y muchas veces también repita dentro de sí estas palabras: El Señor está presente, el Señor me ve, con las cuales debe restituirse y volverse a su presencia cuando se hallare fuera de ella. Enciérrese con el profeta dentro de Dios, y escóndase en lo más escondido de su rostro, y allí esté como en una casa guardado, y alégrese de que tan fácilmente pueda hallar dentro de sí a Dios y poseer en su alma un tan grande bien.

Y si algunas veces las pláticas y negocios de la vida humana le fueren impedimento para no estar tan recogido, no por eso del todo caiga de este propósito, ni salga del todo fuera de sí, sino siempre le quede una partecica del corazón abierta para mirar a Dios, porque esto servirá para que más fácilmente pueda luego, acabado el negocio, tornarse a Él. Bienaventurado el hombre a quien ni la compañía de los hombres ni otros tales impedimentos y estruendos pueden apartar de esta divina presencia. Lo cual vendrá a ser cuando de tal manera estuviere encerrado y arraigado en Dios, y de tal manera unido y enlazado por amor con Él, que siempre le tenga más presente que todas las otras cosas.

CAPITULO XXX

De qué manera podemos crecer cada día en el amor de Dios

Dicho habemos del principal medio que se requiere para amar a Dios, que es en la continua oración y ejercicio de su amor. Digamos ahora las cosas que principalmente a esto nos pueden ayudar. Entre las cuales la primera es tener cada día a lo menos dos tiempos diputados para recogernos y vacar a Dios en silencio, continuando en él las oraciones y consideraciones que adelante se ponen para inflamar nuestro corazón en el amor de este Señor.

Porque con esta manera de ejercicio cotidiano, si se hace como conviene, podremos más fácilmente traer nuestro corazón recogido como está ya declarado. Porque de este ejercicio suele muchas veces quedar una tan dulce afección e impresión en el ánima, que la hace olvidar y disgustar de las otras cosas y perseverar en ésta con que tan bien le fué.

De suerte que así como a los que toman el agua del palo mandan por medicina ordinaria tomar cierta cantidad de ella dos veces al día, y después que todas las veces que entre día quisieren beber, beban siempre de ella, porque ella es la que les ha de dar salud, así para alcanzar esta gracia que deseamos, conviene tener sus ciertos tiempos diputados para este santo ejercicio, además del cuidado perpetuo que debemos tener de andar siempre en la presencia de nuestro Señor, como ya dijimos.

En la oración, más amadores de Dios que bachilleres.

Mas advierta que en este santo ejercicio debe entender con tal aviso que tenga siempre las riendas al entendimiento, para que no sea muy especulativo ni demasiadamente parlero, aunque sea con Dios, porque no se impidan con esto los afectos y movimientos de la voluntad pues aquí no tratamos tanto del conocimiento y especulación de Dios, cuanto de su amor.

Por lo cual, aflojando siempre las riendas a la voluntad, las debemos apretar al entendimiento, no dándole

más licencia para especular, de la que baste para alumbrar y guiar a la voluntad, poniendo a Dios delante con una simple representación, para que ella extienda humildemente los brazos de su afección, y con ellos lo abrace. Este aviso es de mucha importancia, porque por no advertir esto muchos se hacen más con estos ejercicios bachilleres y predicadores que amadores de Dios. Porque como el entendimiento sea la primera puerta por donde las cosas entran en la voluntad, muchas veces acaece detenerse tanto en esta primera estancia, que no llegan a la segunda, y así queda harto el entendimiento, y ayuna y seca la voluntad, que es quedarse todo el hombre vacío y casi sin fruto.

Y para que mejor se entienda cuánto más excelente cosa es amar a Dios que conocerlo, referiré aquí una notable sentencia de aquel doctísimo y famoso conde de la Mirándula, el cual, después de haber probado por experiencia cuánto más fructuosa cosa era amar a Dios que especular la naturaleza y condición de Dios, en una carta que escribe a un amigo suyo, dice así: Mira, amigo, cuán gran locura es la nuestra. Consideradas las potencias que tenemos para juntarnos a Dios y gozar de Él, es mucho más lo que podemos amar con la voluntad que lo que podemos alcanzar con el entendimiento, y amándole aprovechamos más y trabajamos menos, y nuestros servicios le son más aceptos; y con todo esto, nosotros, como desatinados, queremos más con demasiado trabajo de estudio andar siempre buscándole por conocimiento, sin poderle hallar, que emplearnos en buscar a aquel que, si no le amamos, por nuestro mal le hallaríamos. Hasta aquí son palabras de este sabio, por las cuales manifiestamente se ve cuánto más fructuosa y excelente cosa sea amar a Dios que conocerle, aunque todo sea necesario.

En esta vida es más excelente cosa amar a Dios que conocerle.

Y si contra esto me alegareis que, según sentencia de Santo Tomás, la bienaventuranza de los santos en el cielo esencialmente consiste en conocer a Dios, por donde parece ser más excelente cosa conocerlo que amarlo, a esto se responde que en el cielo veremos a Dios como es Él en sí mismo, y esto basta para hacer bienaventurado al que le ve; mas en esta vida no le vemos como Él es, que es en su misma gloria y hermosura, sino como a nosotros es posible, según la medida de nuestra capacidad, que es muy pequeña, como vemos que el mar Océano, cuando entra por el estrecho de Gibraltar, no entra con toda la latitud y grandeza que él tiene, sino con la que tiene la boca de

aquel estrecho por donde entra. Pues de esta manera entendemos aquí a Dios, estrechándolo y conformándolo con la medida de nuestro entendimiento, el cual ve las cosas espirituales y divinas como por tela de cedazo, esto es, imperfectamente.

Mas el amor de Dios no es así: porque propio es del amor transformar al que ama en la cosa amada, el cual, olvidado de sí mismo, está todo trasladado en ella y hecho una cosa con ella. En lo cual parece cuán diferente cosa sea entender a Dios y amarle; porque en esta vida entendémosle como podemos, mas amámosle como Él es. En lo uno proporcionamos y estrechamos a Dios con la capacidad de nuestro entendimiento, mas en lo otro proporcionámonos y transformámonos en Dios como Él es, por medio de ese amor.

Y por esta misma razón se dice que es mejor amar las cosas altas y divinas que entenderlas, como quiera que sea mejor entender las cosas bajas que amarlas, porque entendiendo las cosas bajas, ennoblecémoslas y espiritualizámoslas, para hacerlas intelectuales y proporcionarlas con nuestro entendimiento; pero amándolas, abatimos nuestra voluntad y envilecémosla, inclinándola a amar cosas viles.

Mas, por lo contrario, entendiendo las cosas altas y divinas, no las ennoblecemos y engrandecemos, sino antes las apocamos y estrechamos, proporcionándolas con nuestro flaco entendimiento, para que las pueda entender.

Mas amándolas, no es así, porque no nos mudamos a ellas cuando las amamos, sino antes nos mudamos en ellas, pues nos consta que tal es cada uno, cuales son las cosas que ama: si buenas, bueno; si malas, malo. De lo cual se infiere cuánto mayor cuidado debemos tener en esta vida de amar a Dios que de conocerlo y cómo a esto señaladamente debemos enderezar todos nuestros ejercicios.

Encendido deseo de este amor.

Mas para que este ejercicio sea más fructuoso, ha de proceder, como ya dijimos, de un encendidísimo deseo de este fuego celestial, el cual nace de haber prevenido Dios al hombre con bendiciones de dulcedumbre, y dándole gusto y experiencia de la suavidad y excelencia de Él.

Y para que mejor se entienda la instancia y condición de este deseo, pondré para ello algunos ejemplos. Mire de qué manera anda uno que perdió una pieza de mucho valor cuando la busca, que ni reposa, ni se quieta, ni le sabe bien lo que come, ni a veces quiere comer por buscar lo que desea, ni querría que ni por entonces le hablasen en

nada, ni aun está atento a lo que hablan; porque como está todo absorto en lo que busca, apenas puede estar atento a otra cosa. Pues si de esta manera y con esta ansia se busca una joya temporal, ¿con cuánta mayor se debía buscar aquella margarita preciosa del Evangelio? (Mt. 13, 45). Pues el que con este deseo lo busca, trae dentro de sí no sólo un perpetuo predicador, sino también un continuo movedor que siempre lo inclina y mueve a buscar a Dios, de tal manera que en todas las cosas que ve con los ojos y trata con las manos, le parece que todas le son motivos para amar a Dios.

De suerte que así como el que tiene un vidrio verde ante los ojos, todas las cosas que mira, le parecen verdes, así el que tiene el corazón tomado de este amor, todo cuanto ve, le parece materia de amor, y todo le convida y despierta al mismo amor, como acaece en un grande fuego, que todas las cosas que toca, convierte en fuego, y de todo hace materia con que se sustente, y hasta la misma agua, que le es contraria, convierte en fuego.

El estudio propio de la mística teológica. Pues este continuo estudio de estar actualmente amando a Dios y deseando y pidiendo continuamente este amor, porfiando con fe, humildad y devoción en esta demanda, clamando de lo íntimo del corazón a Dios y pidiéndole una centella de este divino fuego, es el propio estudio de la mística teológica, que es del conocimiento amoroso de Dios, el cual se frecuenta no tanto con discursos de entendimiento, cuanto con afectos y gemidos y deseos de la voluntad; a los cuales nunca deja de responder aquella infinita Bondad, viendo el alma andar triste y afligida, como otra Magdalena, en busca de Él, mayormente siendo el mismo Señor el que de esta manera la llama, y la mueve, y la trae en pos de sí al olor de sus ungüentos (Cant. 1, 3). Porque ¿cómo será posible que se niegue a los que le buscan, el que mueve a que le busquen y el que ninguna cosa más desea que comunicarse a todos?

Este santo ejercicio de que todos los teólogos místicos hablan, vi yo muy a la clara representado en una pobre mujer; la cual, siendo por culpa de su marido condenada a perdimiento de toda su hacienda, y considerando cuán perdida quedaba, fuése al señor que tenía derecho a esta hacienda a pedirle misericordia; y fué tanta la instancia y porfía con que la pidió, fueron tantos los gemidos y lágrimas que derramó, y tantas las razones y piedades que para esto alegó, que bastaran para enternecer corazones de piedra. Y unos pocos días que anduvo en este negocio,

corría por todas las personas que en esto le podían ayudar, y con todas lloraba, y a todos ponía por intercesores, y algunas veces dormía de noche a las puertas de la casa de este señor, llorando y manteniéndose de lo que por ahí le daban, hasta que, finalmente, tanto insistió en esta demanda, que suplió con su importunidad la falta de su justicia, y alcanzó lo que quiso; y fué tan grande la alegría y agradecimiento que después tuvo por la merced recibida, que poco menos importuna fué después en el dar de las gracias que antes lo había sido en pedir las mercedes.

Este ejemplo me declaró más en breve la condición de este santo ejercicio, que cuanto escriben de él prolijamente muchos doctores. Porque, mudada la materia de lo que aquí se pretendía, y aplicando todas estas diligencias y deseos a las cosas eternas, como aquí se aplicaban a las temporales, andaría el hombre al paso que merece este tan gran tesoro. Porque tal ha de ser el deseo, tal estudio, y el calor, y la instancia, y la perseverancia con que ha de andar el hombre en este negocio, llamando a unas puertas y a otras, invocando ya el favor de Dios, ya el de los santos, aprovechándose para ello de todos los valedores que pudiere, humillándose y afligiéndose ante todos, para que todos sean sus intercesores, y siendo después tan agradecido, alcanzando lo que desea, como esta buena mujer lo fué por el beneficio recibido. Pues el que con este ardor y cuidado buscare esta joya tan preciosa, tenga por cierto que la hallará.

CAPITULO XXXI

De la acidia o tibieza que se opone al amor de Dios y de sus remedios

Acidia es una flojera o caimiento del espíritu para bien obrar, y particularmente es una tristeza y hastío de las cosas espirituales.

De este vicio nacen otros muchos, conviene a saber: malicia, rencor, pusilanimidad, desconfianza, pesadumbre para cumplir los mandamientos divinos, derramamiento del corazón en cosas vanas.

El peligro de este pecado se conoce por aquellas palabras que Cristo dice (Mt. 3, 10): Todo árbol que no da buen fruto, será cortado y echado en el fuego. Y en otra

parte, exhortándonos a cuidado y diligencia, que es contraria a este vicio, dice (Mt. 24, 42): Atended, vigilad y orad, porque no sabéis cuándo seréis llamados.

Pues cuando este torpe vicio tentare tu corazón, puedes armarte contra él con las consideraciones siguientes.

Los trabajos que Cristo pasó por ti. Primeramente considera cuántos trabajos pasó Cristo por ti desde el principio hasta el fin de su vida: cómo pasaba las noches sin sueño, haciendo oración por ti; cómo discurría de una provincia a otra enseñando y sanando los hombres, cómo se ocupaba siempre de las cosas que pertenecían a nuestra salud, y sobre todo esto, cómo en el tiempo de su pasión llevó sobre sus sacratísimos hombros, cansados de los muchos trabajos pasados, aquel grande y pesado madero de la cruz.

Pues si el Señor de la majestad tanto trabajó por tu salud, ¿cuánto será razón trabajes tú por la tuya? Por librarte de tus pecados padeció aquel tan tierno Cordero tantos y tan grandes trabajos, ¿y tú no quieres sufrir aun los pequeños por ellos?

Mira también cuántos trabajos sufrieron los apóstoles cuando fueron por todo el mundo predicando; cuántos padecieron los mártires; cuántos los confesores; cuántos las vírgenes, cuántos todos aquellos Padres que vivían apartados en los desiertos y cuántos, finalmente, todos los santos que ahora reinan con Dios, por cuya doctrina y sudores la fe católica y la Iglesia se dilató hasta el día de hoy.

Toda la creación está en continuo movimiento. Considera junto con esto cómo ninguna de todas las cosas criadas está ociosa: porque los ejércitos del cielo sin cesar cantan loores a Dios; el sol, y la luna, y las estrellas, y todos los cuerpos celestiales cada día dan una vuelta al mundo para nuestro servicio. Las yerbas, los árboles de una pequeña planta van creciendo hasta su justa grandeza. Las hormigas juntan granos en sus cilleros en el verano con que se sustentan en invierno. Las abejas hacen sus panales de miel y con grande diligencia matan los zánganos negligentes y perezosos; y lo mismo hallarás en todos los otros géneros de animales.

Pues ¿cómo no tendrás tú vergüenza, hombre capaz de razón, de tener pereza, la cual aborrecen todas las criaturas irracionales por instinto de naturaleza?

Item, si los negociadores de este mundo pasan tantos trabajos para juntar sus riquezas perecederas (las cuales, después de ganadas con muchos trabajos, han de guardar

con muchos peligros), ¿qué será razón que hagas tú, negociador del cielo, para adquirir tesoros eternos que para siempre durarán?

Mientras te dure el día. Mira también que si no quieres trabajar ahora, cuando tienes fuerzas y tiempo, que por ventura después te faltará lo uno y lo otro, como cada día vemos acaecer a muchos. El tiempo de la vida es breve y lleno de mil estorbos; por tanto, cuando tuvieres oportunidad para bien obrar, no lo dejes por pereza, porque vendrá la noche cuando nadie podrá obrar.

En penitencia por tus pecados. Mira también que tus muchos y grandes pecados piden grande penitencia y grande fervor de devoción para satisfacer por ellos. Tres veces negó San Pedro (Mt. 26, 70), y todos los días de su vida lloró aquel pecado, puesto que ya estaba perdonado. María Magdalena hasta el postrer punto de su vida lloró los pecados que había cometido, puesto que había oído aquella tan dulce palabra de Cristo (Lc. 7, 47): Tus pecados te son perdonados. Y por abreviar dejo de referir aquí otros que acabaron la penitencia con la vida, de los cuales muchos tenían más livianos pecados que tú.

Pues tú, que cada día acrecientas pecados a pecados, ¿cómo tienes por grave el trabajo necesario para satisfacer por ellos? Por tanto, en tiempo de la gracia y de la misericordia, trabaja por hacer frutos dignos de penitencia, para que con los trabajos de esta vida redimas los de la otra.

Y dado que nuestros trabajos y obras parezcan pequeños, pero todavía, en cuanto proceden de la gracia, son de grande merecimiento; por donde en el trabajo son temporales y en el premio eternos, breves en el espacio de la carrera y perpetuos en la corona. Por lo cual no consintamos que este espacio de merecer se nos pase sin fruto, poniendo ante nuestros ojos el ejemplo de un devoto varón que todas las veces que oía el reloj decía: ¡Oh, Señor Dios mío, ya es pasada otra hora de las que Vos tenéis contadas de mi vida, y de que tengo que daros cuenta.

No será coronado sino quien varonilmente peleare. Si alguna vez nos viéramos cercados de trabajos, acordémonos que por muchas tribulaciones nos conviene entrar en el reino de Dios (Hech. 14, 21), y que no será coronado sino aquel

que varonilmente peleare (I Tim. 2, 5). Y si te parece que asaz tienes peleado y trabajado, acuérdate que está escrito (Mt. 10, 22): El que perseverare hasta el fin será salvo. Porque sin perseverancia, ni la obra es finalmente fructuosa, ni el trabajo tiene premio, ni el que corre alcanza victoria, ni el que sirve, la gracia final del Señor. Por lo cual no quiso el Salvador bajar de la cruz (Mc. 15, 32) cuando se lo pedían los judíos, por no dejar imperfecta la obra de nuestra redención.

Por tanto, si queremos seguir a nuestra cabeza, trabajemos con toda diligencia hasta la muerte, pues el premio del Señor dura para siempre. No cesemos de hacer penitencia, no cesemos de llevar nuestra cruz en pos de Cristo; porque de otra manera, ¿qué nos aprovechará haber navegado una muy larga y próspera navegación, si al cabo nos perdemos en el puerto?

Pelear siempre como buen caballero. Y no nos debe espantar la dificultad de los trabajos y peleas; porque Dios, que te amonesta que pelees, te ayuda para que venzas, y ve tus combates, y te socorre cuando desfalleces, y te corona cuando vences.

Y cuando te fatigaren los trabajos, toma este remedio: no compares el trabajo de la virtud con el deleite del vicio contrario, sino la tristeza que ahora sientes en la virtud, con la que sentirías después de haber pecado, y la alegría que puedes tener en la hora de la culpa, con la que tendrás después en la gloria; y luego verás cuánto es mejor el partido de la virtud que el de los vicios. Vencida una batalla, no te descuides; porque muchas veces, como dice un sabio, nacen descuidos del buen suceso; antes debes estar apercibido, como si luego hubiesen de tocar la trompeta para otra: porque ni la mar puede estar sin ondas, ni esta vida sin tentaciones.

Y además de esto, el que comienza la buena vida, suele ser más fuertemente tentado del enemigo; el cual no se precia de tentar los que posee con pacífico señorío, sino los que están fuera de su jurisdicción. Así que en todo tiempo has de velar y siempre estar alerta y armado en cuanto estuvieres en esta frontera.

Y si alguna vez sintieres tu alma herida, guárdate de cruzar luego las manos y arrojar las armas y el escudo y entregarte al enemigo; antes debes imitar a los caballeros esforzados, a los cuales muchas veces la vergüenza de ser vencidos y el dolor de las heridas no solamente no hacen huir, mas antes los incita a pelear. De esta manera, cobrando nuevo esfuerzo con la caída, verás luego huir aquellos de quien tú huías y perseguirás a los que te perseguían.

Y si por ventura, como acontece en las batallas, otra vez fueres herido, ni aun entonces has de desmayar, acordándote que ésta es la condición de los que pelean varonilmente, no que nunca sean heridos, mas que nunca se rindan a sus contrarios. Porque no se llama vencido el que fué muchas veces herido, sino el que, siendo herido, perdió las armas y el corazón. Y siendo herido, luego procura de curar tu llaga, porque más fácilmente curarás una llaga que muchas, y más ligeramente curará la fresca que la que está ya afistulada.

Vence a la tentación y saca de ella motivos de virtud. Cuando alguna vez fueras tentado, no te contentes con no obedecer a la tentación, mas antes procura sacar de la misma tentación motivos para la virtud; y con esta diligencia y con la divina gracia no serás peor por la tentación, sino mejor; y así todo te servirá por tu bien. Si fueres tentado de lujuria o de gula, quita un poco de los regalos acostumbrados, aunque sean lícitos, y acrecienta más a los santos ayunos y ejercicios. Si eres combatido de avaricia, acrecienta más las limosnas y buenas obras que haces. Si eres estimulado de vanagloria, tanto más te humilla en todas las cosas.

De esta manera por ventura temerá el demonio tentarte, por no darte ocasión de mejorarte y de hacer obras buenas, el cual siempre desea que las hagas malas. Huye cuanto pudieres la ociosidad, y nunca estés tan ocioso, que en la ociosidad no entiendas en alguna cosa de provecho, ni tan ocupado que no procures en la misma ocupación levantar tu corazón a Dios y negociar con Él.

CAPITULO XXXII

Devotísima oración para pedir el amor de Nuestro Señor

Inclinadas las rodillas de mi corazón, postrado y sumido en el abismo de mi vileza, con todo el acatamiento y reverencia que a este vilísimo gusano es posible, me presento, Dios mío, ante ti como una de las más pobres y viles criaturas del mundo.

Aquí me pongo ante las corrientes de tu misericordia, ante las influencias de tu gracia, ante los resplandores del verdadero Sol de justicia, que se derraman por toda la tie-

rra y se comunican liberalmente a todos aquellos que no cierran las puertas para recibirlos. Aquí se pone en las manos del sapientísimo Maestro una masa de barro y un tronco nudoso recién cortado del árbol con su corteza; haz de él, clementísimo Padre, aquello para que tú lo hiciste.

Hicísteme para que te amase: dame que pueda yo hacer aquello para que tú me hiciste. Grande atrevimiento es para mí, criatura tan baja, pedir amor tan alto, y según es grande mi bajeza, otra cosa más humilde quisiera pedir. Mas ¿qué haré, que tú mandas que te ame, y me criaste para que te amase, y me amenazas si no te amo, y moriste por que yo te amase, y me mandas que no te pida otra cosa más principalmente que amor, y es tanto lo que deseas que te ame, que, viendo mi desamor, ordenaste un sacramento de maravillosa virtud para transformar los corazones en tu amor?

¡Oh Salvador mío! ¿Qué soy yo a ti para que me mandes que te ame, y que para esto hayas buscado tales y tan admirables invenciones? ¿Qué soy yo a ti sino trabajos y tormentos y cruz? Y ¿qué eres tú a mí sino salud y descanso y todos los bienes? Pues que tú amas a mí, siendo el que soy para contigo, ¿por qué no amaré yo a ti, siendo el que eres para conmigo?

Pues confiado, Señor, en todas estas prendas de amor y en aquel gracioso mandamiento con que al fin de la vida tuviste a bien mandarme tan encarecidamente que te amase, por esta gracia te pido otra gracia, que es darme lo que me mandas que te dé, pues yo no lo puedo dar sin ti. No merezco yo amarte, mas tú mereces ser amado, y por eso no te oso pedir que tú me ames, sino que me des licencia para que te ose yo amar. No huyas, Señor, no huyas, déjate amar de tus criaturas, Amor infinito.

¡Oh Dios!, que esencialmente eres amor, amor increado, amor infinito, amor sin medida, no sólo amador, sino todo amor, de quien proceden los amores de todos los serafines y de todas las criaturas, así como de la lumbre del sol la de todas las estrellas, ¿por qué no te amaré yo? ¿Por qué no me quemaré yo en ese fuego de amor que abrasa todo el universo?

¡Oh Dios!, que esencialmente eres la misma bondad, por quien es bueno todo lo que es bueno, de quien se derivan los bienes de todas las criaturas, así como del mar todas las aguas, ante cuya sobreexcelente bondad no hay cosa en el cielo ni en la tierra que se pueda llamar buena, ¿por qué no te amaré yo, pues el objeto del amor es la bondad?

¡Oh Dios!, que esencialmente eres la misma hermosura, de quien procede toda la hermosura del campo, en quien están embebidos los mayorazgos de todas las hermosuras criadas, ¿por qué no te amaré yo, pues tanto poder tiene la hermosura para robar los corazones?

Y si no te amo por lo que tú eres en ti, ¿por qué no te amaré por lo que eres para mí? El hijo ama a su padre porque de él recibió el ser que tiene. Los miembros aman a su cabeza y se ponen a morir por ella, porque por ella son conservados en su ser. Todos los efectos aman a sus causas, porque de ellas recibieron el ser que tienen y por ellas esperan recibir lo que les falta. Pues ¿qué título de éstos falta a ti, Dios mío, por que no haya yo de pagar todos estos derechos y tributos de amor?

Tú me diste el ser que tengo muy más perfectamente que mis padres me lo dieron. Tú me conservas en este ser que me diste, mucho mejor que la cabeza a sus miembros. Tú has de acabar lo que falta de esta obra comenzada, hasta llegarla al postrer punto de su perfección. Tú eres el Padre que me hiciste, y la cabeza que me rige, y el Esposo que da a mi alma cumplido contentamiento. Tú eres el Hacedor de esta casa, el pintor de esta figura, hecha a tu imagen y semejanza, que aun está por acabar. Lo que tiene, de ti lo recibió, y lo que le falta, de ti lo espera recibir.

Porque así como nadie le pudo dar lo que tiene, sino tú, así nadie puede cumplir lo que falta, sino tú. De manera que lo que tiene y lo que es, y lo que espera, tuyo es. Pues ¿a quién otro ha de mirar sino a ti? ¿Con quién ha de tener cuenta sino contigo? ¿De cúyos ojos ha de estar colgado sino de los tuyos? ¿Cúyo ha de ser todo su amor sino de aquel cuyo es todo su bien? ¿Por ventura, dice Jeremías (11, 32), olvidarse ha la doncella del más hermoso de sus atavíos, y de la faja con que se ciñe los pechos?

Pues si tú, Dios mío, eres todo el ornamento y hermosura de mi alma, ¿cómo será posible olvidarme de ti? Pues ¿qué tengo yo que ver con el cielo, ni qué tengo que desear sobre la tierra? Desfallecido ha mi carne y mi corazón, Dios de mi corazón, y mi sola heredad, Dios para siempre (Salm. 72, 25). Ios, íos de mi casa todas las criaturas robadoras y adúlteras de mi Dios, arredraos y alejaos de mí, que ni vosotros sois para mí ni yo para vosotras.

¡Oh amor no criado, que siempre ardes y nunca mueres! ¡Oh amor, que siempre vives y siempre hierves en el pecho divino! ¡Oh eterno latido del corazón del Padre, que nunca cesas de herir en la cara del Hijo con latidos de infinito amor! Sea yo herido con ese latido, sea yo encen-

dido con ese fuego; siga yo a ti, mi amado, a lo alto, cante yo a ti canción de amor, y desfallezca mi alma en tus alabanzas con júbilos de inefable amor.

¡Oh santísimo Padre! ¡Oh clementísimo Hijo! ¡Oh amantísimo Espíritu Santo! ¿Cuándo en lo más íntimo de mi alma y en lo más secreto de ella, Vos, Padre amantísimo, seréis lo más íntimo y del todo me poseeréis? ¿Cuándo seré yo todo vuestro y Vos todo mío? ¿Cuándo, Rey mío, será esto? ¿Cuándo vendrá este día? ¡Oh! ¿Cuándo? ¡Oh! ¿Si será? ¿Piensas por ventura que lo veré? ¡Oh qué gran tardanza! ¡Oh qué penosa dilación! Date prisa, ¡oh buen Jesús!, date prisa, no te tardes (Cant. 2, 17): Corre, Amado mío, con la ligereza del gamo y de la cabra montés sobre los montes de Betel.

¡Oh Dios mío, descanso de mi vida, lumbre de mis ojos, consuelo de mis trabajos, puerto de mis deseos, paraíso de mi corazón, centro de mi alma, prenda de mi gloria, compañía de mi peregrinación, alegría de mi destierro, medicina de mis llagas, azote piadoso de mis culpas, maestro de mis ignorancias, guía de mis caminos, nido en que mi alma reposa, puerto donde se salva, espejo en que se mira, báculo a quien se arrima, piedra sobre que se funda y tesoro preciosísimo en que se gloría!

Pues si tú, Señor, eres todas estas cosas, ¿cómo será posible olvidarme de ti? Si me olvidare yo de ti, sea echada en olvido mi diestra. Pégueseme la lengua a los paladares, si no me acordare de ti (Salm. 136, 5). No descansaré, ¡oh beatísima Trinidad!, no daré sueño a mis ojos, ni reposo a los días de mi vida, hasta que halle yo este amor, hasta que halle yo lugar en mi corazón para el Señor y morada para el Dios de Jacob, que vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

CAPITULO XXXIII

De la caridad para con el prójimo

Qué tan principal sea esta parte, y cuánto nos sea encomendada en las Escrituras divinas, que son los maestros y adalides de nuestra vida, no lo podrá creer sino quien las hubiere leído. Lee los Profetas, lee los Evangelios, lee las Epístolas sagradas, y verás tan encarecido este negocio, que te pondrá admiración.

En Isaías pone Dios una muy principal parte de justicia en la caridad y buen tratamiento de los prójimos. Y así, cuando los judíos se quejaban diciendo (Is. 58, 3): ¿Por qué, Señor, ayunamos, y no miraste nuestros ayunos; afligimos nuestras almas, y no hiciste caso de ello?, respóndeles Dios: Porque en el día del ayuno vivís a vuestra voluntad y no a la mía y apretáis y fatigáis a todos vuestros deudores. Ayunáis, mas no de pleitos y contiendas, ni de hacer mal a vuestros prójimos. No es, pues, ése el ayuno que me agrada, sino éste: rompe las escrituras y contratos usurarios, quita de encima de los pobres las cargas con que los tienes opresos, deja en su libertad a los afligidos y necesitados, y sácalos del yugo que tienes puesto sobre ellos; de un pan que tuvieres, parte el medio con el pobre, y acoge a los necesitados y peregrinos en tu casa. Y cuando esto hicieres, y abrieres tus entrañas al necesitado, y le socorrieres y dieres hartura, entonces te haré tales y tales bienes; los cuales prosigue muy copiosamente hasta el fin de este capítulo.

Ves, pues, aquí, hermano, en qué puso Dios una gran parte de la verdadera justicia, y cuán piadosamente quiso que nos hubiésemos con nuestros prójimos en esta parte.

Pues ¿qué diré del apóstol San Pablo? ¿En cuál de sus Epístolas no es ésta la mayor de sus encomiendas? ¡Qué alabanzas predica de la caridad! ¡Cuánto la engrandece! ¡Cuán por menudo cuenta todas sus excelencias! ¡Cómo la antepone a todas las otras virtudes, diciendo que ella es el más excelente camino que hay para ir a Dios! Y no contento con esto, en un lugar dice (Col. 3, 14) que la caridad es vínculo de perfección; en otro dice (Tim. 1, 5) que es fin de todos los mandamientos; en otro (Rom. 13, 8), que el que ama a su prójimo tiene cumplida la Ley. Pues ¿qué mayores alabanzas se podían esperar de una virtud que éstas? ¿Cuál es el hombre deseoso de saber con qué género de obras agradará a Dios, que no quede admirado y enamorado de esa virtud, y determinado de ordenar y enderezar todas sus obras a ella?

Pues aun queda sobre todo esto la Canónica de aquel tan grande amado y amador de Cristo, San Juan Evangelista, en la cual ninguna cosa más repite, ni más encarece, ni más encomienda que esta virtud. Y lo que hizo en esta Epístola, eso mismo dice su historia que hacía toda la vida. Y preguntado por qué tantas veces repetía esta sentencia, respondió que porque si ésta debidamente se cumpliese, bastaba para nuestra salud.

El amor al prójimo ha de ser efectivo. Según esto, el que de veras desea acertar a contentar a Dios, entienda que una de las cosas más principales que para esto sirven es el cumplimiento de este mandamiento de amor, con tanto que este amor no sea desnudo y seco, sino acompañado de todos los efectos y obras que del verdadero amor se suelen seguir: porque de otra manera no merecería nombre de amor, como lo significó el mismo evangelista (Jn. 3, 17) cuando dijo: Si alguno tuviere de los bienes de este mundo, y viendo a su prójimo en necesidad no le socorre, ¿cómo está la caridad de Dios en él? Hijuelos, no amemos con solas palabras, sino con obras y con verdad.

Actos positivos de la caridad. Según esto, debajo de este nombre de amor, entre otras muchas cosas, se encierran señaladamento estas seis, conviene a saber: amar, aconsejar, socorrer, sufrir, perdonar y edificar. Las cuales obras tienen tal conexión con la caridad, que el que más tuviere de ellas tendrá más caridad, y el que menos, menos.

Porque algunos dicen que aman, y no pasa más adelante este amor. Otros aman, y ayudan con avisos y buenos consejos; mas no echarán mano a la bolsa, ni abrirán el arca para socorrerlos. Otros aman y avisan y socorren con lo que tienen, mas no sufren con paciencia las injurias ni las flaquezas ajenas, ni cumplen con aquel consejo del Apóstol, que dice (Gál. 6, 2): Llevad cada uno la carga del otro, y así cumpliréis la ley de Cristo. Otros, ya que sufren las injurias con paciencia, no las perdonan con misericordia, y aunque dentro del corazón no tienen odio, no quieren mostrar buena cara en lo de fuera. Estos, aunque aciertan en lo primero, todavía desfallecen en lo segundo y no llegan a la perfección de esta virtud. Otros hay que tienen todo esto, mas no edifican a sus prójimos con palabras y ejemplos, que es uno de los más altos oficios de la caridad.

Pues según esta orden podrá cada uno examinar cuánto tiene y cuánto le falta de la perfección de esta virtud. Porque el que ama, podemos decir que está en el primer grado de caridad; el que ama y aconseja, en el segundo; el que ayuda, en el tercero; el que sufre, en el cuarto; el que perdona y sufre, en el quinto; y el que sobre todo esto edifica con sus palabras y buena vida, que es oficio de varones perfectos y apostólicos, en el postrero.

Estos son los actos positivos o afirmativos que encierra en sí la caridad, en que se declara lo que debemos hacer con el prójimo.

Actos negativos. Hay otros negativos, donde se declara lo que no debemos hacer, que son: no juzgar a nadie; no decir mal de nadie; no tocar en la hacienda, ni en la honra, ni en la mujer de nadie; no escandalizar con palabras injuriosas, ni descorteses, ni desentonadas a nadie, y mucho menos con malos ejemplos y consejos. Quienquiera que esto hiciere cumplirá enteramente con todo lo que nos pide la perfección de este divino mandamiento.

Para con el prójimo, corazón de madre. Y si de todo esto quieres tener particular memoria y comprenderlo en una palabra, trabaja por tener, como ya dijimos, para con el prójimo corazón de madre, y así podrás cumplir enteramente con todo lo susodicho.

Mira de la manera que una buena y cuerda madre ama a su hijo: cómo le avisa en sus peligros, cómo le acude en sus necesidades, cómo lleva todas sus faltas, unas veces sufriéndolas con paciencia, otras castigándolas con justicia, otras disimulándolas y tapándolas con prudencia; porque de todas estas virtudes se sirve la caridad como reina y madre de las virtudes. Mira cómo se goza de sus bienes: cómo le pesa de sus males; cómo los tiene y los siente por suyos propios; cuán grande celo tiene de su honra y de su provecho, con qué devoción ruega siempre a Dios por él, y, finalmente, cuánto más cuidado tiene de él que de sí misma, y cómo es cruel para sí por ser piadosa para con él.

Y si tú pudieres arribar a tener esta manera de corazón para con el prójimo, habrás llegado a la perfección de la caridad, y ya que no puedas llegar aquí, a lo menos esto debes tener por blanco de tu deseo, y a esto debes siempre enderezar tu vida: porque mientras más alto pretendieres subir, más bajo quedarás.

Todos hijos de Dios. Y si me preguntas cómo podré yo llegar a tener esa manera de corazón para con un extraño, a esto respondo que no has de mirar tú al prójimo como extraño, sino como a imagen de Dios, como a obra de sus manos, como a hijo suyo y como a miembro vivo de Cristo; pues tantas veces nos predica San Pablo (Cor. 6, 15) que todos somos miembros de Cristo, y que por eso pecar contra el prójimo es pecar contra Cristo, y hacer bien al prójimo es hacer bien a Cristo.

De suerte que no se ha de mirar al prójimo como a hombre, ni como a tal hombre, sino como al mismo Cris-

to, o como a miembro vivo de este Señor; y dado que no lo sea cuanto a la materia del cuerpo, ¿qué hace eso al caso, pues lo es cuanto a la participación de su espíritu y cuanto a la grandeza del galardón, pues Él dice que así le pagará este beneficio como si Él lo recibiera?

Unión entre los fieles. Considera también todas aquellas encomiendas y encarecimientos que arriba pusimos de la excelencia de esta virtud, y de lo mucho que por el mismo Señor nos es encomendada, porque si hay en ti deseo vivo de agradar a Dios no podrás dejar de procurar con suma diligencia una cosa que tanto le agrada.

Mira también el amor que tienen entre sí parientes con parientes sólo por comunicar en un poco de carne y de sangre, y avergüénzate que no pueda más en ti la gracia que la naturaleza, y la unión del espíritu que la de la carne.

Si dices que ahí se halla unión y participación en una misma raíz y en una misma sangre, que es común a entrambos, mira cuánto más nobles son las uniones que el Apóstol pone entre los fieles (Ef. 4, 5), pues todos tienen un Padre, una madre, un Señor, un bautismo, una fe, una esperanza, un mantenimiento y un mismo espíritu que les da vida. Todos tienen un padre, que es Dios; una madre, que es la Iglesia; un Señor, que es Cristo; una fe, que es una lumbre sobrenatural en que todos comunicamos y nos diferenciamos de todas las otras gentes; una esperanza, que es una misma heredad de gloria, en la cual seremos todos un alma y un corazón; un bautismo, donde todos fuimos adoptados por hijos de un mismo padre y hechos hermanos unos con otros; un mismo mantenimiento, que es el Santísimo Sacramento del Cuerpo de Cristo, con que todos somos unidos y hechos una misma cosa con Él, así como de muchos granos de trigo se hace un pan, y de muchos granos de uvas un solo vino. Y sobre todo esto participamos un mismo espíritu, que es el Espíritu Santo, el cual mora en todas las almas de los fieles, o por fe, o por fe y gracia juntamente, y los anima y sustenta en esta vida.

Pues si los miembros de un cuerpo, aunque tengan diversos oficios y figuras entre sí, se aman tanto, por ser todos animados con una misma alma racional, ¿cuánto mayor razón será que se amen los fieles entre sí, pues todos son animados con este Espíritu divino, que cuanto es más noble, tanto es más poderoso para causar mayor unidad en las cosas donde está? Pues si sola la unidad de carne y de sangre basta para causar tan grande amor entre pa-

rientes, ¿cuánto más todas estas unidades y comunicaciones tan grandes?

El ejemplo de Cristo. Sobre todo esto pon los ojos en aquel único y singular ejemplo de amor que Cristo nos tuvo; el cual nos amó tan fuertemente, tan dulcemente, tan graciosamente, tan perseverantemente y tan sin interés suyo ni merecimiento nuestro, para que, esforzado tú con este tan notable ejemplo y obligado con tan grande beneficio, te dispongas según tu posibilidad a amar al prójimo de esta manera, para que así cumplas fielmente aquel mandamiento que este Señor te dejó tan encomendado a la salida de este mundo cuando dijo (Jn. 15, 12): Este es mi mandamiento, que os améis unos a otros así como yo os amé.

CAPITULO XXXIV

De la virtud de la misericordia y de sus excelencias

Esta virtud es tan hermosa, tan honrosa, tan amada y preciada de los hombres, que ninguna otra hay que los haga más bien vistos y más honrados en la común voz del mundo que ella. Por donde muchos, sin tener respeto a Dios, por sólo ganar fama y crédito con los hombres, fueron para con ellos muy liberales.

De manera que aquí ninguna otra cosa nos puede hacer contradicción, sino el amor de la hacienda y el lenguaje de este amor, que es decir los hombres que tienen hijos y criados y familia que mantener, y otras necesidades a que acudir, y que no quieren quitar lo que con mucho trabajo ganaron, de la boca de los suyos para dar a los extraños, que es el lenguaje del propio Nabal Carmelo (I Rey. 21, 11), que dijo a los criados de David, cuando le vinieron a pedir algún refresco para su señor, que no quería tomar su pan y sus aguas y las carnes de sus ganados para dar a gente que no conocía. Esta me parece que es la principal dificultad que retrae a muchos del ejercicio de esta virtud, y no dejo yo de reconocerla por tal.

Mas entre cristianos, contra todo esto debería bastar la autoridad sola de Dios para cerrar los ojos a todos estos inconvenientes y posponerlo todo por hacer lo que Él nos manda, como lo aconseja San Basilio en una homilía, di-

ciendo: Si tuvieres dos panes, y llegare un pobre a tu puerta, toma el uno y dáselo por amor de Dios. Y cuando se lo dieres, levanta las manos al cielo y di estas piadosas y dulces palabras: Señor, este pan doy por tu amor, con peligro mío; mas yo estimo en más tu mandamiento que mi provecho, y de esto poco que tengo, doy un pan al que lo ha menester. Sola la hermosura de esta fidelidad y obediencia habría de bastar para vencer esta pequeña dificultad.

Caridad y misericordia. Pudiera también oponer a esto la hermosura y excelencia de esta virtud; porque es cierto que una de las virtudes más hermosas y más agradables a Dios y que más veces nos es encomendada en las Escrituras divinas es ésta.

Porque aunque la caridad, hablando en todo rigor, sea la más excelente de las virtudes, pero no deshace esto en la dignidad de esta virtud, antes la engrandece más; porque no apartamos aquí la misericordia de la caridad, sino juntámosla con ella como a río con la fuente de donde nace; y así, la diferencia que un doctor pone entre estas dos virtudes es que la caridad es río de bondad que no sale de madre, sino que corre dentro de sus riberas, mas la misericordia es río que sale de madre y se extiende por toda la tierra.

Y demás de esto, la caridad, en cuanto a caridad, no hace más que comunicar sus bienes a los otros mas la misericordia juntamente con esto también toma sobre sí sus males. De manera que no se contenta la misericordia con dar sus bienes, que es propio de la caridad; pero añade más, darse a sí misma por dolor y compasión, que es propio de la misericordia.

Pérdidas y ganancias. Sola esta consideración con la pasada debieran bastar para vencer esta dificultad que hay en usar de misericordia. Porque si hubo gentiles que hacían virtud por sólo hacer virtud, esto es, por la hermosura que hallaban en ella, de manera que no esperaban otro premio para hacer bien más que hacer bien, ¿cuánto más debiera bastar esto entre cristianos?

Mas no quiero ahora aprovecharme de ese remedio, sino llevar el negocio por otro camino más favorable al lenguaje de la carne y a la codicia del mismo interés, probando con evidentísimas razones que sin ninguna proporción son mayores los provechos e intereses que se alcanzan por la limosna que todo cuanto el hombre pudiera

ahorrar negándola. Y para que esto mejor se vea, pongamos en una balanza esta pérdida temporal que por un cabo se pierde, y en otra todos los provechos y frutos, así espirituales como temporales, que con esta pérdida se alcanzan, para que veamos cuál de estas dos debe preceder a cuál, si es razón que se aventure lo uno por lo otro. Y tengo por cierto, hecha esta comparación, si fueres buen juez, que no sólo tendrás por ganancia ser misericordioso a costa de la hacienda, mas antes te espantarás cómo todos los que esto saben y entienden, no venden sus haciendas y aun a sí mismos para hacer limosnas, como muchos de los santos hicieron.

Excelencias de la virtud de la misericordia.

1.ª *Hace a los hombres semejantes a Dios.*—Pues para esto, después de haber puesto ya en la una balanza esta pérdida que dijimos, pongamos en la otra contraria la primera excelencia que tiene esta virtud, que es hacer a los hombres semejantes a Dios, y semejantes en la cosa más gloriosa que hay en Él, que es la misericordia (Lc. 6, 35).

Porque cierto es que la mayor perfección que puede tener una criatura es ser semejante a su Criador, y cuanto más tuviere de esta semejanza, tanto será más perfecta. Y cierto es también que una de las cosas que más propiamente convienen a Dios es misericordia, como lo significa la Iglesia en aquella oración que dice: Señor Dios, a quien es propio haber misericordia y perdonar. Y dice ser esto propio de Dios, porque así como a la criatura, en cuanto criatura, pertenece ser pobre y necesitada, y por esto a ella pertenece recibir y no dar, así, por el contrario, como Dios sea infinitamente rico y poderoso, a Él sólo por excelencia pertenece dar y no recibir, y por esto a Él es propio haber misericordia y perdonar.

Y no sólo es propio de Dios; mas, a nuestro modo de entender, entre las perfecciones que tienen respecto a las criaturas, como dice Santo Tomás (2, 2.ae, 30), es la cosa más gloriosa que hay en Él y de que Él más se precia, y por la cual quiere ser más conocido y alabado.

Y así, en aquella magnífica visión en que Moisés vió en el monte pasar ante sí la gloria de Dios, donde se cree que vió su misma esencia y hermosura, en la cual vería tantas y tan admirables perfecciones, ésta fué la que él allí más proclamó a grandes voces, diciendo (Ex. 34, 6): ¡Señor, Dios misericordioso, clemente, sufridor y de gran misericordia, que usas de misericordia con los hombres hasta la milésima generación, que quitas las iniquidades y maldades y pecados de los hombres! Estas fueron las voces

y testimonios que el santo profeta dió de este Señor después de aquella tan grande y tan gloriosa visión, que todo fué alabanzas y pregones de su misericordia

Mas que tan grandes sean estas misericordias, no se puede explicar con palabras, porque por eso se dice que es toda la tierra llena de su gloria, porque está llena de su misericordia, pues, como dictó el Eclesiástico (18, 12), la misericordia del hombre es para con su prójimo, mas la misericordia de Dios es para con toda carne

Pues si tanto se precia Dios de esta virtud y tan grande gloria es parecerse el hombre con Dios, ¿por cuán excel nte se debe tener la virtud de la misericordia, que hace al hombre semejante a Dios en cosa de que tanto se precia el mismo Dios? Pues con este tan grande premio nos convida al ejercicio de esta virtud en su Evangelio, diciendo (Lc. 6, 30): Sed misericordiosos, así como vuestro Padre es misericordioso. Sobre lo cual dice Gregorio teólogo: Hombre, da gracias a Dios porque no te puso en estado que te fuese necesario estar colgado de las manos de los otros, sino a los otros de las tuyas. Y, por tanto, procura de ser rico, no sólo de dineros, sino también de misericordia; no sólo de oro, sino también de virtud, para que así precedas a los otros en esta posesión, como precedes en las otras Por tanto, procura ser como Dios a los miserables, imitando la misericordia de Dios, pues consta claro que ninguna cosa más divina puede caber en el hombre, que hacer bien a los otros hombres.

Esta es, pues, la primera excelencia que ponemos en esta balanza, que es hacer al hombre semejante a Dios. La cual no tenía por pequeña el que decía: Grande gloria es seguir el Señor y parecerse con Él.

2.ª *Nos hacemos amigos de Dios.*—Sobre esta excelencia añado otra, que se sigue de ésta, que es la privanza que los misericordiosos han de tener con Dios por razón de esta semejanza que tienen con Él Porque como sea verdad que la semejanza es causa de amor, por donde dice que todo animal ama a su semejante (Ecl 13, 19): si el misericordioso es tan semejante a Dios, síguese que ha de ser muy amado de Él. Porque por esta razón prueba Aristóteles en sus *Eticas* que el varón sabio y dado a la contemplación de las cosas divinas es muy amado de Dios, porque este tal en su manera de vida tiene grande semejanza con Él

Pues así también, como Dios sea infinitamente misericordioso, claro está que ha de amar a todos aquellos que hallare vestidos de misericordia, como a legítimos hijos suyos y criaturas que se parecen con Él. Pues ¿qué cosa más para estimar que ésta? Si tanto hacen los hombres por la

privanza de su príncipe, y en tanto estiman a los que privan con él, ¿en cuánto se debe estimar una virtud que nos hace tan privados y amigos de Dios, cuanto semejantes a Él?

3.ª *Nos da derecho a la misericordia de Dios.*—Añado más a esta gracia otra muy principal y muy debida a esta virtud, que es tener todos los misericordiosos manifiesto derecho a la misericordia de Dios, por haber usado con sus prójimos de misericordia. De lo cual tienen muchas cédulas y firmas de Dios en diversos lugares de la Escritura divina. Porque en una parte dice (Mt. 5, 7): Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. En otra dice (Tob. 4, 7): De tu hacienda haz limosna, y no apartes tu rostro del pobre, porque si así lo hicieres, no apartará Dios su rostro de ti.

En otra dice (Ecl. 4, 10): En el juicio mira que seas misericordioso a los huérfanos como si fueses su padre, y como marido a su madre, y serás tú como hijo del Altísimo y usará de misericordia contigo más que si fuese tu madre. En otra dice (Prov. 11, 25): El alma que hace bien será llena de bienes, y la que embriaga y harta a los otros, ella también será embriagada y recreada de Dios.

Estas y otras muchas autoridades declaran cuán aparejado está Dios a usar de misericordia con el que usa de misericordia, que es uno de los mayores bienes que en esta vida se puede desear.

Mas no se contenta el Espíritu Santo con esto, sino pasa más adelante, haciendo a Dios como cautivo del hombre misericordioso, según se colige de dos autoridades del Eclesiástico, juntando la una con la otra. De las cuales la una dice (Prov. 19, 17): El que usa de misericordia con el pobre, empresta dineros a Dios. La otra dice (Prov. 22, 7): El que recibe dineros prestados queda por cautivo del que se los prestó Pues si esto es verdad, síguese en buena consecuencia que Dios queda como cautivo del que usó de misericordia con el pobre. Pues este tal prestó dineros a Dios.

Pues ¿qué cosa más para estimar que tener tal prisionero y tal cautivo, si decirse puede, como Dios? ¿Y qué cosa más para desear que tener en nuestra mano las llaves de las entrañas de Dios, para que use de misericordia con nosotros? Porque sin duda éstas tiene el misericordioso en las manos, como claramente lo dice Gregorio teólogo, por estas palabras: En nuestra mano está usar Dios de misericordia con nosotros.

4.ª *Perdona los pecados.*—Añado más a esta gracia otra muy principal, que es alcanzarse por aquí perdón de los pecados. Porque sin duda, aunque haya muchos medios

para alcanzar este perdón, uno de los más ciertos y más principales es éste. Para lo cual también tenemos otras tantas cédulas y firmas en la Escritura divina como para todo lo pasado. Porque en una parte dice el Eclesiástico (3, 33): Así como el agua apaga el fuego, así la limosna resiste a los pecados. En otra parte dice (Prov. 21, 14): El beneficio hecho en secreto, apaga las iras, y el don escondido en el seno del pobre aplaca la indignación de Dios. En otra parte dice el santo Tobías (4, 11) que la limosna libra de todo pecado y de la muerte y no deja al alma ir a las tinieblas. Finalmente el mismo Señor en su Evangelio, en una palabra resolvió este negocio, diciendo (Lc. 11, 41): Dad limosna de todo lo que os sobra, y todas las cosas os serán limpias.

Pues éste es uno de los principales medios que hay para alcanzar este perdón; y cuando ésta falta, peligro corre el que ésta pide. Porque, como dice un santo doctor, en vano extiende las manos a Dios rogando por sus pecados el que no las extendió al prójimo socorriéndole, cuando podía, en sus trabajos.

5.ª *Es fuente de méritos.*—Mas no se contenta esta virtud con sólo descargar al hombre de los pecados pasados, sino también lo enriquece de nuevos merecimientos, porque su caudal es tan grande que en él hay para todo, para pagar y para enriquecer. Y la razón es porque esta obra de misericordia, por la parte que es penosa, es satisfactoria, y por hacerse en caridad es meritoria, y así con lo uno paga lo que debe y con lo otro acrecienta lo que tiene.

Por esto nos aconseja Salomón diciendo (Ecl. 11, 1): Arroja tu pan sobre las aguas que corren, que después de mucho tiempo lo vendrás a hallar. Ninguna cosa parece más perdida que la que va el agua abajo, y así parece la limosna a los hombres del mundo; mas al cabo de la jornada se viene a conocer el fruto de ella, cuando a la hora de la muerte se halla el hombre acompañado de este socorro, y después en la otra vida recibe su debido premio. Porque ésta es el hacha que debemos llevar delante y que nos ha de alumbrar cuando camináremos por aquella región oscura y tenebrosa de la otra vida, por donde ninguno de los vivos caminó jamás

Y por esto el profeta Isaías (58, 10), después de habernos encomendado el ejercicio de las obras de misericordia, añade luego diciendo: Si así lo hicieres, irá delante de ti tu justicia, y la gloria de Dios te recogerá. Porque uno de los mejores títulos que hay para pedir y esperar la gloria es llevar delante de sí el mérito de esta misericordia. En lo cual se ve cuán buena manera de granjería es ésta para pasar al cielo nuestros tesoros y poner en la otra vida lo

que forzadamente se había de quedar en ésta. Y así es muy celebrada aquella sentencia de San Ambrosio, que dice: No se pueden llamar bienes del hombre los que no puede llevar consigo, y por esto sola la misericordia es compañera de los difuntos.

De manera que en aquella jornada, donde los monarcas y príncipes del mundo se hallarán solos y desamparados de toda la compañía y magnificencia de sus estados, sola la misericordia se hallará a su lado, la cual solamente los acompañará, mas también los defenderá en el juicio divino, como adelante se dirá. Por lo cual, dice San Crisóstomo que, bien mirado, no hace bien el que hace bien, sino antes le recibe, porque muchos más recibe que da, pues da su hacienda a Dios y no a los hombres. Y conforme a esto nos aconseja Gregorio teólogo diciendo: Demos a los pobres de los bienes que aquí poseemos, por que seamos enriquecidos con los bienes de la otra vida que no poseemos. Da parte de tu hacienda no sólo a tu carne, mas también a tu alma; no sólo al mundo, sino también a Dios. Quita algo de tu carne y ofréceselo al espíritu; arrebata lo que pudieres, y apártalo del fuego que lo ha de gastar, y ofrécelo a aquel Señor que para siempre te lo ha de guardar.

Y esto mismo es lo que nos aconseja el Salvador, diciendo (Mt. 6, 19): No queráis atesorar vuestros tesoros en la tierra, donde el orín y la polilla destruyen la hacienda, y donde los ladrones minan y roban, sino atesorad vuestros tesoros en el cielo, donde para siempre estarán libres de este peligro. Y en otro lugar (Lc. 12, 33): Haced, dice Él, unos sacos que no se envejezcan, poniendo vuestros tesoros en el cielo, donde ninguna cosa de la que en él entra se envejece ni corrompe. Y en otra parte repite lo mismo por otras palabras, diciendo (Lc. 16, 9): Granjead amigos con el dinero de la maldad, esto es, con la hacienda de que los hombres suelen comúnmente usar mal, porque con una cosa tal vil como ésta podéis granjear amigos que después os reciban en las eternas moradas.

En lo cual se ve claro cómo en esta manera de contratación es mucho más lo que el hombre recibe que lo que da. Por lo cual dice San Agustín: Acuérdate, hombre, no sólo de lo que das, sino también de lo que recibes, porque sin duda te podrá decir el pobre: Mira no sea más lo que yo te doy recibiendo que lo que tú me das. Porque, si no hubiere quien recibiese de ti la limosna, no darías tierra y comprarías cielo. No hagas caso de mí, si no tienes algo que pedir al que hizo a ti y a mí; porque si has de pedir a Él porque oíste a mí, a ti te hiciste en esto gracia de ser oído. Da, pues, gracias a aquel que te hizo comprar una

cosa tan preciosa por un precio tan vil. Das lo que se pierde con el tiempo y recibes lo que permanece para siempre. Y, por tanto, nadie diga que da al pobre, porque con más verdad puede decir que da a sí que al pobre. Hasta aquí son palabras de San Agustín.

Pues según esto, ¿qué mejor cambio y qué mejor granjería se puede hallar que ésta? Porque damos tierra y hallaremos cielo; damos pan de hombres y hallaremos pan de ángeles (Mt. 10, 42); damos un jarro de agua fría y hallaremos una fuente de agua viva; finalmente, damos lo que no podíamos llevar y darnos han lo que nadie nos podrá quitar.

Pues ¿por qué no traspasaremos nuestras haciendas a donde siempre ha de ser nuestra vida? ¡Qué locura es, dice San Crisóstomo, dejar tus bienes en el lugar donde has de salir y no traspasarlos al lugar donde para siempre has de vivir! Allí es razón que pongas tu hacienda, donde tienes tu morada. Para lo cual nos dejó Dios buen remedio en las manos de los pobres, que son los banqueros de esta hacienda, los portadores de esta mercadería, y el arca de los tesoros de Cristo, y la tierra fértil en que sembró Isaac (Gén. 16. 10), que da ciento por uno. Por do parece que la condición de estos bienes es guardarse cuando los derramas y perderse cuando desordenadamente los guardas. De suerte que aquello solamente es tuyo que diste por tu alma, y todo lo que aquí dejares, quizá perdiste.

Pues ¿qué más era menester, supuesta la fe de estas verdades, para dar a los hombres cuanto tienen por tan grandes esperanzas, pues lo que la palabra de Dios promete, es de su parte más cierto que lo que en las manos se tiene?

6.ª *Socorro oportuno en la tribulación.*—Mas todavía allende de estos provechos y bienes tan grandes añadiré otros particulares, para los cuales también vale mucho esta virtud. Uno de los cuales es socorro de Dios oportuno en las tribulaciones, que, sin duda, es debido con mucha razón al misericordioso.

Porque si dice el Salvador que por la medida que midiéremos habemos de ser medidos (Lc. 6, 38), justa cosa es que el que socorrió al prójimo en su tribulación sea socorrido de Dios en la suya. Y si es de hombres fieles y amigos pagar a su tiempo el beneficio que recibieron y socorrer a quien les socorrió, ¿qué hará aquel fidelísimo Señor, que tantas veces tiene dicho que el beneficio que se hace al pobre se hace a Él? (Mt. 25, 41).

Esto nos representa maravillosamente las bendiciones que el profeta David, lleno de Espíritu Santo, en un salmo da a los hombres misericordiosos por estas palabras (Salmo 40, 1): Bienaventurado aquel que trata del remedio

del necesitado y del pobre, porque en el día malo librarlo ha el Señor. El Señor lo conserve y le dé vida, y haga bienaventurado en la tierra, y no permita que caiga en manos de sus enemigos. El Señor le visite y socorra en el lecho de su dolor; toda su cama rodeaste, Señor, en el tiempo de su enfermedad. Pues ¿qué mayores bendiciones, qué mejores plegarias se pudieran desear para galardón de los misericordiosos?

¡Cuán de corazón estaba el Profeta, aficionado a esta virtud, cuando tales peticiones pide para el que la tiene! Y no las pedía sin causa, sino porque sabía que esta paga estaba así por Dios ordenada para él. Porque escrito está (Ecl. 40, 24): Los hermanos ayudan a sus hermanos en el tiempo de la tribulación; mas mucho más ayuda para esto la virtud de la misericordia. Y en otro lugar dice el mismo Eclesiástico (3, 20) que Dios tiene sus ojos en el que usa de misericordia, y que tiene de él memoria para adelante, y que en tiempo de su caída no faltará quien le dé la mano para que se levante.

Y esto mismo nos promete el mismo Señor por Isaías (58, 10), diciendo: Cuando se compadeciere tu alma y tus entrañas del que tuviere hambre, entonces en medio de las tinieblas te amanecerá la luz y tus tinieblas se esclarecerán como al mediodía, dando a entender que cuando el hombre estuviere tan cargado de angustia y tribulaciones que por ninguna parte se le ofrezca un rayo de luz ni de esperanza, entonces será visitado y consolado de Dios de tal manera, que las tinieblas de sus angustias se convertirán en prosperidades tan claras como al mediodía, según que claramente se vió en las limosnas de aquel santo Tobías (4, 17), por las cuales mereció salir de tan grandes tinieblas, así de la vista corporal como de todas las otras angustias y trabajos que padecía. porque justo era que así fuese socorrido de Dios en sus trabajos el que tantas veces por su amor había socorrido a los prójimos en los suyos. Así acaeció a este santo, y así entendía él que en su manera había de acaecer a todos los misericordiosos, pues encomendando a su hijo esta virtud, le dijo que si fuese misericordioso, tuviese por cierto que atesoraba en esto remedio para el día de la necesidad.

7.ª *Eficacia en las oraciones.*—Añade más a esta gracia otra semejante a ella, que es ser oído el hombre en sus oraciones, y esto por la misma razón. Porque así como Vos oísteis los clamores del pobre cuando os pedía misericordia, así es justo que oiga Dios los vuestros cuando la pidiéredes a Él.

Y por esto, acabando el profeta Isaías de decir: parte tu pan con el pobre, y recoge en tu casa a los necesitados

y peregrinos, y viste a los desnudos, añadió luego diciendo: Cuando esto hicieres, llamarás, y el Señor te oirá: darle has voces, y decirte ha: Aquí estoy presente, porque misericordioso soy; dice el Señor (Is. 58, 9): Como si más claramente huelgo con la misericordia y amo los misericordiosos, y así las pago en la misma moneda, esto es, que como ellos oyeron los clamores de los pobres, así también sean ellos oídos en los suyos.

Y no sólo oídos cuando claman, pero también aunque estén mudos, porque la misma misericordia está dando voces por ellos, según que lo afirmó el Eclesiástico (19, 10), diciendo: Esconde la limosna en el seno del pobre, porque desde ahí estará ella dando voces por ti a Dios. Mas, por el contrario, el que no oye las voces del pobre, tampoco será él oído de Dios, como claramente lo testificó el Sabio diciendo (Prov. 21, 13): El que cierra sus oídos a las voces del pobre, él llamará y no será oído.

8.ª *Defensión para el día del juicio.*—¿Qué más se puede sobre todo esto desear? Pues aun a todas estas gracias añado la mayor y más digna de ser preciada de todas, que es el premio de la vida eterna y la defensión que los misericordiosos tendrán en el día del juicio con el favor de esta virtud. ¡Oh cuán segura tendrá en este día su causa el que pareciere ante Dios vestido de misericordia! Porque, como dijo el santo Tobías (4, 12): Grande ánimo y confianza da la limosna a todos los que la ejercitan delante del sumo Dios.

Si los demonios se levantaren contra él, esta virtud le defenderá, porque, como dice el Eclesiástico (29, 16), ésa peleará contra sus enemigos mejor que la lanza y que el escudo del poderoso. Y si el mismo Dios le quisiere poner demanda, y dijere que le hace cargo de todos los siete pecados mortales en que ha caído, respondedle ha: Señor, en recompensa de esos siete pecados, represento las siete obras de misericordia en que por vuestro amor me he siempre ejercitado. Vos dijisteis (Mt. 5, 7) que bienaventurados eran los misericordiosos, porque ellos alcanzarían misericordia. Vos dijisteis (Lc. 6, 38) que por la medida que midiésemos, habíamos de ser medidos. Vos dijisteis (Tob. 4, 9) que la limosna libra de la muerte y no deja el alma ir a las tinieblas. Vos dijisteis (Sant. 2, 13) que la misericordia es más alta que el juicio, esto es, que ella prevalece contra el juicio de vuestra justicia, porque a quien el juicio condena, absuelve la misericordia.

Pues, Señor, persevere y sea glorificada la verdad de vuestra palabra, y tened por bien usar de misericordia con quien usó de misericordia.

¿Qué más diré? Vos, finalmente, por vuestra boca san-

tísima nos afirmasteis que el día del juicio apartaríais a los corderos de los cabritos (Mt. 25, 32): esto es, a los buenos de los malos, y que a los buenos diríais: Venid, benditos de mi Padre, y tomad la posesión del reino que os está aparejado desde el principio del mundo, porque tuve hambre, y dísteisme de comer, tuve sed y dísteisme de beber, era peregrino y recogísteisme, estaba desnudo y vestísteisme, estaba enfermo y encarcelado y visitásteisme; y que responderían entonces los buenos y dirían: Señor, ¿cuándo os vimos hambriento y os dimos de comer, sediento y os dimos de beber, desnudo y os vestimos? Y responderles ha el Señor: En verdad os digo que cuando eso hicisteis a uno de estos pequeñuelos míos, a mí me lo hicisteis, y yo lo recibí, y así os lo quiero ahora galardonar.

Pues ¿qué galardón se puede pensar mayor que éste? ¡Cuán dichosos serán los oídos que oirán de la boca del Hijo de Dios estas palabras, más dulces que la miel y que el panal!: ¡Venid, benditos de mi Padre! Sólo esto bastaba, no digo yo para hacer misericordia, sino para andar por mar y por tierra buscando con quien usar de misericordia, para merecer oír en este día tal palabra.

Por qué a la misericordia se atribuye tanta eficacia.

Mas ¿qué quiere decir que habiendo tantas obras virtuosas, por las cuales se merece el reino del cielo, no se hace aquí mención más que de sola la misericordia?

Muchas cosas hay aquí que considerar. Porque primeramente aquí tenemos que contemplar la admirable sabiduría de Dios, el cual, como conocía la grande escasez del hombre, que todo lo quiere para sí, propúsole un tan grande premio como éste para inclinarle a misericordia, para que la grandeza de este galardón venciese la dureza de su corazón.

Ofrécese también aquí la largueza inefable de Dios y el deseo que tiene de salvarnos, pues vino con nosotros en darnos el mayor de todos los bienes del mundo por el menor de todos los bienes de él. Porque el mayor de todos los bienes es la gloria, y el menor de todos es el dinero, y lo uno da por lo otro, que es una cosa preciosísima por otra vilísima. Y, finalmente, danos por dinero lo que Él no compró con dinero, sino con su misma sangre.

Ofrécenos también aquí la admirable bondad, caridad y providencia de Dios, el cual, como sabía que había de haber pobres en el mundo, porque así convenía que fuese para ellos y para nosotros, por que los unos padeciendo y los otros compadeciéndose, los unos con paciencia y los otros con misericordia, ganasen el reino del cielo; por

esto deseó tanto el remedio de los unos y de los otros que lo vino a encomendar con las más encarecidas palabras y promesas que se podían encomendar, diciendo: Lo que a uno de estos pequeñuelos hicisteis, a mí lo hicisteis. Porque si un rey se ausentase de su reino por algún tiempo y quisiese encomendar a los grandes del reino un muy amado hijo que en él dejase, ¿con qué otras palabras más encarecidas lo podía encomendar que diciendo: Lo que hiciéredes con este hijo mío que queda en vuestro poder, conmigo lo hacéis, y como tal os lo gratificaré?

Pues ¿con qué otras más amorosas palabras podía este Señor encomendar el remedio de los pobres que poniendo a sí mismo en lugar de ellos y encomendándolos así? ¡Oh maravillosa excelencia la del pobre de Cristo, pues en él se representa la persona de Dios! De manera que Dios viene a esconderse en el pobre, y éste es el que extiende la mano, mas Dios el que recibe lo que se ofrece y el que ha de dar el galardón. Si los pobres fueran reyes o príncipes de la tierra, no me maravillara yo tanto que así los encomendara; mas siendo como son las heces del mundo, que los junte Dios consigo y los ponga en su lugar, ¿qué cosa puede ser de mayor nobleza y de mayor bondad y misericordia?

Buena muerte a los misericordiosos. Esta es, pues, una de las mayores alabanzas que se predican de esta virtud, que es tener el hombre por ella tan justificada y abonada su causa para el día de la cuenta. Por lo cual dice el Apóstol que esta virtud vale para todas las cosas (I Tim. 4, 10), pues a ella se prometen los bienes de esta vida y de la otra. Sobre las cuales palabras dice la glosa: Si alguno se ejercitase en las obras de misericordia, aunque tenga otras culpas, será por ellas castigado, mas no será condenado. Lo cual no se ha de entender del que, confiando en las limosnas que hace, persevera en los pecados: porque esto tal provoca contra sí, como dice el Apóstol (Rom. 2, 5), la benignidad y paciencia de Dios que le espera a penitencia. Mayormente que, como dice San Gregorio, el que da al prójimo su hacienda y no guarda su vida de la malicia, sus cosas da a Dios y a sí mismo al pecado. De manera que lo que era menos ofreció a su Criador, y lo que era más guardó para la maldad. Así que no se promete aquí salud al que con esta esperanza persevera en el vicio, sino declárase por estas palabras cuánta parte sea esta virtud entre todas las otras para alcanzar la vida eterna.

Y esto dice aún más claro San Jerónimo, en una epístola que escribe a Nepociano, por estas palabras: No me

acuerdo haber leído que muriese mala muerte el que de buena gana se ejercitó en obras de misericordia. Porque tiene esta tal muchos intercesores que rueguen por él, y no es posible que no sea oída la oración de muchos.

Y si esto es así, grande es por cierto, dice un doctor, la virtud de la limosna, pues con tan grande confianza introduce a sus devotos en el reino del cielo. Porque es ella muy conocida de los porteros de este reino y de las guardas de este palacio, y no sólo conocida, sino también acatada, y sí confiadamente hace que se dé la puerta a todos aquellos de quien ella fué honrada. Porque si ella fué poderosa para traer a Dios del cielo a la tierra, mucho más lo será para subir a los hombres de la tierra al cielo. Y en otro lugar añade el mismo doctor, diciendo: Cosa maravillosa es que el pobre ciego, recibiendo de nos misericordia, sea parte para guiarnos al cielo, y que andando él arrimado a las paredes y cayendo en los barrancos, sea poderoso para enseñarnos la subida a lo alto, porque este poder le dió la virtud de la misericordia.

Y por esto dicen comúnmente los doctores que quiso el Salvador subir al cielo del monte de las Olivas, para dar a entender que la virtud de la misericordia, significada por ellas, es la que hace subir los hombres a este lugar. Asimismo se escribe que el rey Salomón mandó hacer dos puertas de madera de olivas para entrar en el Sancta Sanctórum (III Rey. 6. 32), para dar también a entender que por el ejercicio de las obras de misericordia, significadas por este árbol, habían los hombres de entrar en el reino de Dios.

Pues si todos nuestros deseos y esperanzas tiran a este puerto, y tanto nos ayuda para esto la virtud de la misericordia, ¿quién será tan duro y tan enemigo de sí mismo que por perdonar un poco de dinero quiera despreciar un tan inestimable tesoro?

CAPITULO XXXV

De cuán obligados estamos a socorrer a los pobres

Mas podrá por ventura decir alguno que todas estas gracias sobredichas, por grandes que sean, nos convidan, mas no necesitan a usar de esta virtud, porque ofreciéndonos

grandes favores y medios para ganar el cielo, no nos dejan cerrados otros caminos por donde se podría alcanzar.

Pues para que esto no haya lugar, añado a todo lo sobredicho la necesidad que tiene de esta virtud el que tiene posibilidad para usar de ella; porque esto es ya como tomarnos por hambre y ponernos el cuchillo a la garganta.

Dureza con que serán tratados los duros de corazón.

Esto nos predican y confiesan también todas las Escrituras sagradas no menos que lo pasado. Porque el mismo Señor que convida los misericordiosos al reino de su Padre por haber ejercitado las obras de misericordia (Mt. 25, 34), el mismo despide a los crueles e inhumanos de ese reino por no las haber ejercitado, diciendo (Ibíd.): Id, maldito, al fuego eterno; porque tuve hambre, y no me disteis de comer: tuve sed, y no me disteis de beber, etc.

Por do parece que así como la misericordia abre a los unos las puertas de este reino, así la crueldad e inhumanidad las cierra a los otros. Porque, como dice el apóstol Santiago (2, 13), juicio sin misericordia se hará al que no hubiere usado de misericordia. Pues ¿qué será del hombre, por justificado que sea, si fuere juzgado sin misericordia? ¡Ay de la vida del hombre, por muy loable que haya sido, dice San Agustín, si fuere de ti, Señor, juzgada sin misericordia! Y ¡ay también de aquel que no hubiere usado de misericordia, porque sin ella será juzgado!

Así lo dice San Basilio por estas palabras: No usaste de misericordia, no alcanzarás misericordia. No abriste las puertas de tu casa al pobre, no te abrirá Dios las del cielo. No diste un pedazo de pan al que había hambre, no recibirás la vida eterna. Y en otro lugar dice el mismo santo: Ten por cierto que el fruto ha de responder a la simiente. Sembraste amargura, amargura recogerás; sembraste crueldad, ésa te responderá. Huíste de la misericordia, ella también huirá de ti. Aborreciste al pobre, aborrecerte ha también aquel que por amor de los hombres se hizo pobre.

Estas y otras semejantes amenazas, aunque generalmente pertenecen a todos los que pueden usar de misericordia, mayormente cuando se ofrecen grandes necesidades, puesto que no fuesen extremas, señaladamente pertenecen a los ricos inhumanos, que, teniendo las arcas llenas de bienes, dejan perecer de hambre a los miserables. Cuya persona representa aquel rico glotón del Evangelio, que tan inhumano fué para con el pobre Lázaro, pues aun hasta las migajas que caían de su mesa no le daba (Lc. 16, 21).

Lo cual deberían notar mucho los ricos de este mundo, considerando que, como dice San Agustín, no fué este rico

condenado por haber tomado las cosas ajenas, sino por no haber dado las suyas propias. Por lo cual, puesto en el infierno, vino a pedir cosas tan pequeñas como era una gota de agua, porque negó él también al pobre cosas tan viles como era una migajuela de pan.

Esta misma persona también nos representa el otro rico del Evangelio (Lc. 12, 20) que, sucediéndole bien la cosecha de un año, en lugar de dar gracias a Dios por ella, habló consigo mismo de esta manera: Aquí tienes, alma mía, muchos bienes que te servirán para muchos años; come, bebe y huélgate.

Sobre las cuales palabras dice San Basilio: ¡Oh palabras desatinadas! ¡Oh extraña locura! Dime, ruégote: ¿qué más dijeras si tuvieras un alma de puerco? Saca, miserable, de la cárcel esas riquezas que tienes presas. Triunfa de esa casa oscura donde está el dinero de la maldad encarcelado, y toma por armario donde lo pongas las casas de los pobres, y atesora para ti un rico tesoro en el cielo. ¿Qué impedimento tienes para no hacer esto? ¿No está el pobre a la puerta de tu casa? ¿No tienes hacienda de que hacer limosna? ¿No está el galardón aparejado? ¿No tienes expreso mandamiento de esto? Y con todo eso no sabes decir más que una sola palabra: no tengo, no daré, porque también yo soy pobre. Pobre eres por cierto: pobre de caridad, de humanidad, de fe y de esperanza.

Mas dirás: ¿a quién hago injuria si guardo mi hacienda?

¿Cuál llamas tu hacienda? ¿Por ventura viniendo a este mundo trajiste algo contigo? ¿Por qué, si piensas, eres tú rico y aquél pobre? Cierto por otra causa sino por que tú recibas el premio de la benignidad y fiel administración de tu hacienda dando limosna y el otro sea honrado con la corona de la paciencia. Mira, pues, lo que haces en tener lo que no sólo a ti, mas también a tu prójimo, pertenece. Mira que de los pobres el pan que injustamente guardas, y de los desnudos la vestidura que en tu arca tienes, y del que anda descalzo el zapato que en tu casa se envejece, y del pobre el dinero que tú escondes en la tierra. Mira que las riquezas son redención de las almas, y que guardándolas las pierdes, y perdiéndolas por Dios, las guardas.

Vi yo algunos que ayunaban, y oraban, y lloraban los pecados pasados, y, finalmente, que se ejercitaban en todas aquellas obras de virtud que no les costaban dinero, y con todo esto no querían dar un maravedí por Dios, teniendo bienes demasiados. ¿Qué les aprovechó a éstos la diligencia de todas las otras virtudes, pues no por eso alcanzaron el reino de Dios?

Hasta aquí son palabras de San Basilio, recogidas de di-

versos lugares suyos, las cuales bien declaran la necesidad que tienen de esta virtud los que tienen abundantemente con qué ejercitarla. Porque si no bastaban a aficionarnos a ella todas las gracias y excelencias pasadas, baste a lo menos la misma necesidad, que todas las cosas vence.

Y para mayor prueba de esto añado aquí aquella temerosa sentencia de San Juan (I, 3, 17) que dice: Si alguno tuviere de los bienes de este mundo y viere a su hermano padecer necesidad y no abriere sus entrañas para remediarle, ¿cómo diremos que la caridad de Dios está en él? Hijuelos, no amemos con solas palabras, sino también con obras y con verdad.

Pues ¿qué cosa más temerosa que ésta? Si es argumento de no tener caridad no socorrer al que padece grande necesidad, ¿qué será de los ricos de este mundo, que tan poca cuenta tienen con esto? Porque donde no hay caridad no hay gracia, y donde no hay gracia no hay gloria. Y según esto, ¿con qué gusto y consolación vive quien en tan peligroso estado vive?

¡Hasta por interés temporal!

Todas estas cosas evidentemente nos declaran en cuánto precio se debe estimar una virtud que para tantas y tan grandes cosas nos aprovecha. Y por cierto muy duro, muy avaro y muy pobre de misericordia ha de ser el corazón que no se mueve a misericordia con tales prendas como éstas.

Mas si alguno hubiere tan ciego, y tan amigo de su interés, y tan mal apreciador de las cosas, que estime en más la vileza de los bienes temporales que todo cuanto hasta aquí se ha dicho, de manera que ninguna cosa tiene precio en su corazón sino sólo el interés, tampoco por esto nos desavendremos con él, antes por aquí le daremos las manos llenas para eso mismo que desea. Porque es tan soberana y tan admirable la bondad de Dios y el respecto que tiene a los que hacen bien, que no sólo en la otra vida, sino también en ésta, les quiere dar el galardón.

Nueva cosa parece ésta, mas también la hallaremos testificada en las Escrituras divinas, como todas las otras. Y no quiero alegar para esto las autoridades y promesas de la vieja ley y aquel famoso capítulo XXVIII del Deuteronomio, donde tantas bendiciones y prosperidades temporales se prometen a los guardadores de la ley, porque esto era cosa muy común en aquel estado; mas alego para esto aquellas palabras de Salomón que dicen (Prov. 3, 9): Honra a Dios con tu hacienda y haz bien a los pobres de los primeros frutos de ella, y con esto se hincharán tus graneros de hartura y tus lagares de vino. Y allende de esta

promesa tenemos otra que dice (Prov. 28, 27): El que da al pobre, nunca se verá en necesidad, y el que menosprecia al que le pide limosna, padecerá pobreza. Y esta misma sentencia repitió el mismo Salomón por otras palabras, diciendo (Prov. 3, 33): Unos hay que reparten su hacienda, y con esto se hacen más ricos, y otros hay que toman la ajena, y siempre viven en pobreza. Pero muy más claro testificó todo esto el Apóstol escribiendo a Timoteo, su discípulo, cuando dice así (I Tim. 4, 8): Ejercítate en obras de piedad, porque los ejercicios corporales para poco son provechosos, mas la piedad para todo vale, pues a ella se prometen los bienes de esta vida y de la otra.

¿Ves luego cómo todo se promete al misericordioso, lo de acá y lo de allá, los bienes de este siglo y los del cielo? Por donde si no se movía tu corazón a esta virtud con las promesas de los bienes espirituales, aquí tienes ya lo que deseas, que son bienes temporales, que también se prometen al que da lo que tiene por amor de Dios. Y por esto nos aconseja el Sabio que demos siete partes y ocho partes de nuestra hacienda por Dios (Ecl. 11, 12): las siete para alcanzar por ellas los bienes que pertenecen a esta vida, significada por el número de siete, que hace una semana, y las ocho, que exceden en un grado a este número, para alcanzar los bienes de la otra, que por este número de ocho es significada. Finalmente, todas estas autoridades dicen lo que el Salvador en una palabra resumió en el Evangelio, diciendo (Lc. 6, 38): *Date, et dabitur vobis*, que es decir: Dad, y daros han.

Esto nos mostró muy a la clara el mismo Señor, que lo prometió en aquella viuda que partió con Elías esa pobreza que tenía, que no era más que un poquito de harina y una alcucica de aceite que para sí y para su hijo en un año de hambre había guardado (III Rey. 17, 12). Pero con todo esto, pidiéndole el profeta limosna, primero aparejó la comida para sí, y no le dió de lo mucho poco, sino eso poco que tenía lo dió todo, y padeciendo su hijo hambre, da de comer primero al profeta que al hijo, y puesta en tan grande necesidad, primero se acordó de la misericordia que de la necesidad. Mas por esta fe y liberalidad que tuvo mereció que ni la tinajica de la harina ni el vaso del olio faltase hasta que Dios envió abundancia de agua sobre la tierra. Por do parece que no quitó la madre a su hijo lo que dió al profeta, sino antes por este medio lo acrecentó. Y esta buena mujer, como pondera Cipriano, no conocía a Cristo, ni había oído su doctrina, ni, redimida por Él, había recibido su carne y sangre en mantenimiento; y con todo esto fué tan piadosa como has visto, para que por aquí se vea qué pena está aparejada para el que, vi-

viendo en la Iglesia de Cristo, es rico inhumano, pues esta pobre mujer usó de tanta piedad siendo gentil.

Mas no es sólo éste el ejemplo que hallaremos para confirmación de esta verdad, porque llenas están las historias y vidas de santos de semejantes maravillas, donde leemos que las haciendas que con esta fe y caridad se repartieron fueron multiplicadas, queriendo el Señor mostrar la grandeza de su bondad y fidelidad con los que hacen algo por Él y probar la verdad de aquella sentencia que Él dijo (Lc. 6, 38): Dad, y daros han.

Ahora pregúntate, hermano, si crees que todo esto es verdad. Si dices que no, síguese que no tienes fe y que no eres cristiano, pues no crees a las palabras de Cristo. Si dices que sí, has de confesar luego que dando limosna no pierdes en la ganancia, antes la multiplicas, no sólo espiritualmente, sino también temporalmente.

Mira que por ninguna parte te puedes excusar; porque si lo has por bienes espirituales, aquí te los damos a manos llenas, y si por bienes temporales, aquí también los da el Señor por su medida; en esta virtud para todo sirve, para los bienes de esta vida y de la otra. Pues ¿qué puedes alegar para no usar de misericordia?

Conclusión de lo dicho hasta aquí. Tornemos ahora, pues, al principio y hagamos aquella comparación que propusimos. Pongamos en una balanza esta pérdida de hacienda que se sigue de dar limosna y en la otra pongamos todos estos bienes que la palabra de Dios promete a los que dan, para ver si es razón trocar lo uno por lo otro.

Pongamos, pues, la primera excelencia que por aquí se alcanza, que es ser semejantes a Dios en lo más glorioso que hay en Dios para con los hombres, que es la misericordia, y pongamos también el ser familiarmente amados de Él, como personas más semejantes a Él, que es la segunda; y añadamos más a esto, el tener tan aparejada y merecida la misericordia de Dios todos aquellos que usaron de misericordia con los hombres; y con esto juntemos todos los otros bienes que tras éstos se siguen, que son perdón de pecados, acrecentamiento de merecimientos, tesoro para la otra vida, socorro en las tribulaciones, eficacia en las oraciones, defensión para el día del juicio, salud y vida perdurable. Y con todo esto ayuntemos la provisión de bienes temporales que Dios promete al que partiere los que tiene con los pobres.

Todas estas cosas juntas carguemos en esta balanza, y en la otra pongamos un poco de pérdida de hacienda; y esto hecho, veamos si es justo que hombre que tenga seso

y razón deje de gozar de tan grandes bienes como éstos por una tan pequeña pérdida temporal. Ni sé quién habrá que esto profundamente considere que no se avergüence de sí mismo si algún tiempo se vió para con Dios escaso, ofreciéndole este tan rico partido. Por lo cual dije al principio que falta de luz y de consideración era la principal causa de nuestros males.

Porque ¿quién habría que poniendo todas estas cosas ante los ojos, no tuviese por ganancia perder todo cuanto tiene por gozar de tantos bienes? ¿Qué pérdida podría haber tan grande que no quedase suficientísimamente recompensada con todos estos provechos? Y siendo esto así, gran maravilla es ver el día de hoy tan encendida la codicia y tan resfriada la caridad entre cristianos. Y creo cierto que si los infieles supiesen esto, que se espantarían y pasmarían de cómo la gente que tiene fe de estas verdades, no vende todo cuanto tiene por gozar de tales bienes, porque con menos que esto no responde dignamente a la dignidad de tan grandes esperanzas, según que muchos santos lo hicieron.

Eres cautivo y esclavo de tu dinero.

Mas si todavía fuere alguno tan ciego y tan obstinado que quiera alegar el menoscabo de su hacienda y la provisión de sus hijos para no hacer limosna, oiga lo que contra esto dice el bienaventurado mártir Cipriano por estas palabras: Temes, miserable, que desfallecerá tu patrimonio si fueres largo para Dios, y no miras que temiendo tú que no desfallezca tu hacienda, desfallece cada día tu vida, y mirando no se diminuyan tus cosas, tú te pierdes y disminuyes, pues eres más amador del dinero que de ti mismo, y así, temiendo perder el patrimonio, tú te pierdes por salvar el patrimonio.

Temes que te faltará comer si fueres largo y piadoso para el pobre. ¿Cuándo jamás faltó de comer al justo, pues está escrito que no matará Dios de hambre (Prov. 10, 3) al alma del justo? A Elías sirven los cuervos de despenseros en el desierto (IV Rey. 17, 6); a Daniel, encerrado en el lago de los leones para ser comido de ellos, se le trae de comer por providencia divina (Dan. 14, 32). Y ¿tú temes que al que trabaja y sirve a Dios le faltará la comida? Mirad, dice Él, las aves del aire, que no siembran, ni siegan, ni guardan, y vuestro Padre celestial les da de comer (Mt. 6, 26). Pues vosotros, ¿no sois de mayor precio que ellas? A las aves apacienta Dios, y a los pájaros da de comer, y a los hijos de los cuervos que le llaman (Salm. 146, 9). Pues si no falta el mantenimiento a quien falta el sentido y conocimiento de Dios, ¿cómo piensas tú que faltará

al cristiano, al siervo de Dios y al que se ocupa en guardar sus mandamientos y es amado de su Señor?

Si no, ¿piensas por ventura que no dará de comer Cristo a quien da de comer al mismo Cristo, o que negará los bienes de la tierra a quien da de comer a quien concede los bienes del cielo, o que no dará un poco de pan y de carne a quien da su misma sangre y su carne? ¿De dónde nació en ti esta desconfianza y este sacrílego y malvado pensamiento? ¿Qué hace en la casa de la fe el pecho desleal? ¿Cómo se precia del nombre de cristiano el que no se fía de Cristo? ¿Para qué te quieres excusar con esas vanas sombras de excusas?

Confiesa la verdadera causa de esa dureza y descubre el secreto de tu corazón. La causa es que las tinieblas de la esterilidad han ocupado tu ánimo, y huyendo de ahí la lumbre de la verdad, cegó tu pecho carnal la oscuridad profunda de la avaricia. Eres cautivo y esclavo de tu dinero y estás preso con las cadenas de tu codicia, y habiéndote una vez libertado Cristo, tú mismo te vuelves a cautivar. Guardas el dinero que guardado no te guarda y acrecientas el patrimonio que con su peso te derriba.

Pon los ojos en aquella viuda del Evangelio que, cercada de las angustias de su pobreza, ofreció en el arca del templo solas dos blancas que poseía (Mc. 12, 42). Hayan vergüenza los ricos de su esterilidad, pues la viuda y la pobre les llevan la delantera en obras de misericordia. Y como sea verdad que las limosnas se den comúnmente a huérfanos y viudas, hace limosna la que hubiera de recibirla, para que por aquí entendamos qué pena esté aparejada para el rico inhumano cuando aun por este ejemplo es amonestado el pobre a que sea misericordioso.

La excusa de los muchos hijos. Y si dices que la muchedumbre de los hijos te hace menos liberal para con los prójimos, a esto te respondo que por el mismo caso lo hubieras de ser mucho más, porque mientras más hijos tienes, mayor necesidad tienes de Dios, porque habiendo más hijos, tienes más para quien pedirle mercedes, y más son los delitos que has de redimir, y más las conciencias que has de curar, y más las almas que has de remediar. Porque así como en la vida secular, para mayor número de hijos es menester mayor patrimonio, así en la espiritual, cuanto creciere el número de los hijos, tanto ha de crecer el número de los servicios, como vemos que lo hacía el santo Job.

Y si tratas de buscar padre para tus hijos, no trates del que es temporal y terreno, sino de aquel que es espiritual y eterno. A este tal ofrece tu hacienda, porque éste la

guardará fielmente a tus herederos. Ese sea el tutor de tus hijos, ése el curador de ellos, ése sea contra las injurias del mundo su protector. El patrimonio que se pone en las manos de Dios, ni la república lo toma, ni el fisco lo ocupa, ni la calumnia de las audiencias seculares lo roba. En lugar seguro está la heredad que tiene a Dios por guardador. Esto es proveer a los hijos para adelante, esto es proveer de remedio a los herederos con piedad paternal.

Cuasi todas éstas son palabras de Cipriano, por las cuales verás cuán fría es la excusa de los que por el cuidado demasiado de sus hijos dejan de socorrer a los pobres.

De estos mismos se queja San Agustín por otras palabras semejantes, diciendo: Cristo en el pobre te pide, y no le das, diciendo que lo guardas para los hijos. Yo te pongo delante a Cristo, y ¿tú me contrapones a tus hijos? Grande injusticia es que guardes para que desperdicie tu hijo, padeciendo hambre tu mismo Dios, pues Él dice (Mt. 25, 40): Lo que hiciste a uno de estos pequeños, a mí lo hiciste... Y sabiendo tú esto, ¿no temes ser escaso, viendo quién es este que padece necesidad? Cuéntame el número de tus hijos: mira que entre ésos has de añadir otro, y ése será tu Señor. Tienes un hijo, éste sea el segundo; tienes dos, sea el tercero; tienes tres, haz que siquiera sea el cuarto. Hasta aquí son palabras de San Agustín.

Pues ¿qué podrá responder aquí la codicia humana contra toda esta fuerza de razones? Pues aun sobre todo esto hay más que decir.

El ejemplo de Cristo. Porque sobre todo lo dicho hay otra cosa que nos había de mover a misericordia; porque verdaderamente, aunque esta virtud ni fuera tan necesaria para nuestra salvación ni trajera consigo tantos y tan grandes provechos espirituales y temporales como aquí habemos declarado, sola la obligación que tenemos a nuestro Señor por las grandes misericordias que de Él habemos recibido bastaba para hacernos amadores de misericordia, aunque más no hubiera.

Y de esta razón principalmente se aprovecha San Pablo para persuadir a los de Corinto esta virtud, diciendo (II Cor. 8, 9): Ya sabéis, hermanos, cuál haya sido la gracia y misericordia de Cristo para con nosotros, pues que siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza.

Pues si Dios llegó a hacerse pobre por amor de los hombres, ¿qué mucho es hacerse los hombres por amor de Dios? Y si Dios se dejó vender por amor de los hombres, ¿qué mucho es vender los hombres un pedazo de hacienda por amor de Dios? ¿Quién negará un pedazo de pan a quien se dejó vender por él? ¿Quién no dará un

poco de hacienda a quien dió por él su sangre? ¿Quién no padecerá un poco de necesidad y pobreza por quien sacrificó por él su vida? Porque, como dice San Bernardo. si mil veces hiciese el hombre sacrificio de sí mismo por este Señor, no podría pagar este beneficio. Porque ¿qué proporción hay entre vida de hombre y vida de Dios y persona de hombre y persona de Dios? Pues ¿cómo será escaso un pedazo de pan quien de tantas vidas es deudor? ¿Cómo no se afrentan los que reconocen a este Señor por criador, redentor y glorificador, viendo cuán poco hacen por Señor a quien tanto deben?

Alegato del demonio. Esta es una consideración con que el bienaventurado Cipriano pretende confundir y avergonzar a todos los cristianos, visto lo poco que hacen por su Señor, haciendo tanto los hijos de este siglo por el suyo. Y así dice él: Imagine ahora cada uno de nosotros que sale el demonio con todos sus servidores, que es con el pueblo de la perdición, a denostar y avergonzar al pueblo de Dios en presencia del mismo Dios, diciendo:

Mira, Cristo, yo, por todos estos que aquí ves conmigo, ni recibí bofetadas, ni sufrí azotes, ni padecí en cruz, ni derramé sangre por ellos, ni tampoco les prometo el reino del cielo ni la gloria del paraíso; y con todo esto, mira cuán grandes y preciosos dones me ofrecen y cuán liberalmente gastan en mi servicio lo que en largos tiempos con mucho trabajo ganaron, hasta empeñar y vender su patrimonio para emplearlo en pompas de mundo.

Muéstrame, pues, ahora tú, Cristo, otros criados tuyos que así te sirvan y gasten su hacienda por ti. Mira si estos ricos y llenos de bienes hacen otro tanto por ti, siendo tú el que los estás mirando y gobernando en tu misma Iglesia. Mira si llegan a empeñar o a vender sus haciendas para gastarlas por ti, o, por mejor decir, para traspasarlas a los tesoros del cielo y mudarlas en mejor posesión.

Y mira más, que en estos dones que los míos me ofrecen, ninguno se mantiene, ninguno se viste, ninguno se sustenta, porque todo esto se desperdicia en diversas comidas y trajes, y así todo ello brevemente pasa entre el furor del que come y el error del que mira. Mas en los gastos de los tuyos, tú en tus pobres eres vestido y apacentado y tú prometes la vida eterna a quien esto hiciere; y con todo esto, apenas los tuyos, que han de recibir tan grandes galardones, se pueden igualar con los míos, que han de padecer tan grandes tormentos.

¿Qué responderemos a esto, hermanos muy amados? ¿Con qué calor defenderemos las conciencias de los ricos.

llenas de esta sacrílega esterilidad y cubiertas con una noche oscura de tan grandes tinieblas? ¿Qué excusa te daremos viendo que somos menos que los siervos del demonio y que ni aun con un pedazo de pan queremos pagar a Cristo el precio de su sangre?

Hasta aquí son palabras de Cipriano. Las cuales, por cierto, deberían bastar, aunque nada entreviniese de todo lo dicho, para que se confundiesen los hombres y se hiciesen más largos para sus prójimos, sólo por lo que deben a Dios.

El ejemplo de los santos. Esta consideración movió a los santos a hacer tan grandes extremos, si así se pueden llamar, por corresponder a esta obligación, según que nos consta por las historias de sus vidas.

Así leemos de Santa Isabel, hija del rey de Hungría, que, después que se vió viuda, gastó cuanto le había quedado con hospitales y pobres, por lo cual llegó a tan gran pobreza, que vino a mantenerse del trabajo de sus propias manos.

De Santa Paula escribe San Jerónimo que, siendo avisada por el mismo santo que no fuese tan demasiada en hacer limosnas, ella respondió que ninguna cosa más deseaba que andar pidiendo de puerta en puerta por Dios y acabar la vida con tanta pobreza, que no dejase un solo maravedí a su hija, y que después de muerta la envolviesen en una sábana ajena.

Y de San Exuperio, obispo de Tolosa, escribe el mismo santo doctor que, muriendo él de hambre, daba de comer a los hambrientos; quitándose el pan de la boca, andaba amarillo con la hambre ajena, y que fundiendo para esto los vasos sagrados, traía el cuerpo del Señor en una canastica de mimbres y la sangre en un vaso de vidrio. Y esta misma misericordia se escribe de San Agustín y de San Ambrosio, clarísimos doctores de la Iglesia, los cuales mandaban fundir los cálices y vasos sagrados para acudir a necesidades de pobres.

Pues ¿qué diré de las misericordias de otros muchos santos, que cuando no tenían qué dar se despojaban de sus mismas vestiduras y las daban a los pobres que encontraban, diciendo que más querían hallarse sin vestiduras que sin misericordia? ¿Qué diré de nuestro glorioso Padre Santo Domingo, que, después de haber vendido todos sus libros y todo lo demás que tenía para dar a pobres, ofreciéndosele a una viuda que le pedía ayuda para rescate de un hijo, como el santo varón no tuviese ya qué dar ofreció a sí mismo para ser vendido?

Y lo que este santo deseó hacer, hizo el santo obispo Paulino, como lo refiere San Gregorio en sus *Diálogos*. Porque como el santo obispo hubiese gastado todo cuanto tenía en redención de cautivos, cuando ya no tenía más que dar, dejóse vender a un bárbaro, y vendido, vino a ser su hortelano, para que así se rescatase el cautivo.

Estos y otros infinitos ejemplos se hallan a cada paso en las Escrituras divinas. Tobías, varón santísimo, fué hombre de gran misericordia, y por ella mereció alcanzar tan grande y tan admirable remedio por ministerio de un ángel (Tob. 1). Zaqueo, del linaje de gentiles, era tan misericordioso, que la mitad de su hacienda gastaba con pobres, por lo cual mereció ser llamado hijo de Abrahán y, lo que más es, recibir en su casa por huésped al Señor del mundo. Y aquella santa mujer Tabita, que en los Actos de los Apóstoles (9, 41) hacía tantos beneficios a pobres y viudas, alcanzó por estas obras, después de muerta, ser resucitada por el Príncipe de los Apóstoles.

No acabaríamos a este paso de referiros los innumerables ejemplos de santos y santas a este propósito. Mas a quien éstos no bastaren, no sé qué otra cosa podrá bastar. Por tanto, será bien que, dejada ya esta parte, tratemos ahora de la manera que debemos tener en usar de esta virtud.

CAPITULO XXXVI

DE LA MANERA QUE HABEMOS DE TENER EN SOCORRER AL PRÓJIMO

Pues para esto es de saber que, según se colige de la doctrina de los santos, el que quiere usar de esta virtud perfectamente ha de guardar las cosas siguientes.

Primera condición: dar con largueza.

La primera, que sea largo y copioso en hacer bien, esto es, que no sea como algunos que se contentan con dar a los pobres una nonada, que parece que les dan más por redimir su vejación y ahorrar de aquella importunidad que por socorrer a su necesidad, porque del que de esta manera da dice San Agustín : El que da limosna por excusar la importunidad del que la pide y no por socorrer a su necesidad, pierde lo que da y también el merecimiento de esta obra. Esta condición es del apóstol San

Pablo (II Cor. 8, 13), que dice: Hermanos, el que poco siembra, poco recogerá, y el que siembra en abundancia, en abundancia recogerá.

Verdad que esta cuantidad más se ha de tasar por el deseo del corazón que por cuantidad de la obra. Porque, como dice San Ambrosio, el afecto del que da hace rico o pobre al dador y pone precio a las cosas. Y San Gregorio dice: En los ojos de Dios no está la mano vacía de dones cuando el arca del corazón está llena de buenos deseos. Porque, como dice San Jerónimo, nadie fué más pobre que los apóstoles, pero nadie dejó más por Cristo que ellos, por la voluntad grande con que lo dejaron.

Y conforme a esto dice San León Papa: No se ha de estimar la medida de la piedad por la cantidad de la dádiva, sino por la voluntad del dador. Porque mayores son las dádivas de los ricos y menores las de los medianos; mas no es diferente el fruto de las obras cuando es igual la voluntad. De manera que si no fuere igual la facultad, puede ser igual la piedad, porque la largueza de los fieles no se estima por el valor de la dádiva, sino por la cantidad de la benevolencia.

Segunda: discreción y moderación. La segunda condición que para esto se requiere parece contraria a la pasada, pero no lo es, pues una virtud no puede ser contraria a otra. Y ésta es que haya discreción y moderación en dar, por que la liberalidad no venga a mudarse en prodigalidad, si se da a quien no conviene y más de lo que conviene. Porque esto es, como dice San Jerónimo, perder la liberalidad con la liberalidad. Esta condición también es del Apóstol (II Cor. 8, 13), el cual dice que no habemos de dar de tal manera que los otros queden abastados y nosotros necesitados, sino con cierta manera de igualdad y proporción, con la cual el que recibe sea remediado y el que da no quede pobre.

Esta condición se pone porque no han faltado algunos que fueron tan demasiado largos en dar sus cosas, que después, faltándoles lo necesario, tomaron las ajenas. Por donde generalmente vemos por experiencia que toda prodigalidad vino a parar en avaricia y que nunca hombre fué pródigo de lo que era suyo que no fuese después robador de lo ajeno.

Tercera: alegría y prontitud. La tercera condición es dar con alegría y prontitud de voluntad, como se escribe que ofreció David y los príncipes del reino todo lo que ofrecieron para la fábrica del templo; por lo cual el santo rey

dió grandes gracias a Dios y le suplicó quisiese siempre conservar aquella prontitud de voluntad en ellos para las cosas de su servicio (I Par. 29, 18). Esta condición tamda es del mismo Apóstol (II Cor. 9, 7), el cual nos manda que demos limosna no con tristeza y por fuerza, porque Dios, dice él, ama al dador alegre. Y él mismo nos aconseja que ejercitemos el oficio de la hospitalidad sin desabrimiento ni murmuración (I Ped. 4, 9).

Y esta condición hace tanto al caso para agradar a Dios y para el mérito de la limosna, que más es estima el valor de ella por la prontitud y alegría de la voluntad que por la cantidad de la misma dádiva, como ya dijimos.

Cuarta: compasión del corazón. La cuarta condición, que en algo también parece contraria a ésta, no lo siendo, es dar con compasión del corazón. Esta condición guardó perfectísimamente nuestro Salvador en todas las obras de misericordia que hacía, pues en todas ellas, comúnmente escriben los evangelistas (Mc. 8, 2) que, movido de compasión y misericordia, hacía lo que hacía. Y la más alta obra de misericordia de cuantas hizo, que fué la redención del género humano, ésta dice Zacarías en su cántico (Lc. 1, 78) que procedió de las entrañas de misericordia de nuestro Dios, por las cuales tuvo por bien visitarnos desde lo alto.

Y esta misma condición guardaba en sus obras el santo Job (30, 25), el cual, después de haber contado muy por extenso todas las maneras de piedades que hacía, al cabo añadió diciendo: Lloraba yo en un tiempo con el que estaba afligido y compadecíase mi alma del pobre.

Quinta: dar secretamente. La quinta condición es que la limosna se haga secreta; lo cual se entiende de dos maneras. La primera, que no se haga principalmente por el mundo, sino por Dios. La segunda, que se haga secretamente, en especial a los pobres vergonzantes: y aun también a los otros pobres se haga muchas veces secretamente, por quitar la ocasión de vanagloria; aunque bien es que algunas veces se haga manifiestamente y vea el mundo que hace lo que debe como cristiano, como los otros buenos cristianos lo suelen hacer.

La cual condición nos encomienda muchas veces el Maestro del cielo en su Evangelio (Mt. 6, 5) tan encarecidamente, que no quiere que sepa la mano siniestra lo que hiciere la diestra, para que así sea nuestra limosna en escondido, y nuestro Padre que la ve en escondido,

nos galardone en público. Y de los que contrario hacen, dice que ya en este mundo recibieron su galardón.

La causa de encarecer tanto el Salvador este secreto es tener Él muy bien tomados los pulsos de nuestro corazón, y saber cuán sujeto está al viento de la vanagloria, y entender también la sutileza increíble de este vicio; que muchas veces, sin ser sentido, se apodera de nuestro corazón y le hace grandísimo daño. Por la cual causa encarece tanto el Salvador este secreto. Porque, como dice San Bernardo, livianamente vuela y livianamente penetra, mas no hiere livianamente el vicio de la vanagloria.

Verdad es que los prelados y personas obligadas por su oficio a usar de misericordia, así como están obligadas a evitar todo escándalo, así pueden y deben hacer la limosna más en público, con tanto que la intención se apure y rectifique delante de Dios.

Sexta: dar sin dilación. La sexta condición, que el que ha de dar limosna la dé luego sin dilación, porque de esta manera será tanto mayor su dádiva cuanto fuere más presta, pues dice el común proverbio que dos veces da el que presto da.

Esta condición es del Sabio, que dice (Prov. 3, 28): No digas a tu amigo vete ahora y vuelve después, si luego le puedes dar. Porque argumento es que da de mala gana el que da tarde, y no se puede decir aquí que da si da después de muy importunado, pues es común sentencia que ninguna cosa hay más cara que la que se compra con ruegos.

Ejemplo tenemos de esto en el patriarca Abrahán (Gén. 18, 7), que así como fué muy presto en la obediencia del sacrificio de su propio hijo, pues luego de noche se levantó para ir a sacrificarlo, así también lo fué en las obras de misericordia, pues cuando vió aquellos tres varones que pasaban por su casa, corrió luego al hato de las vacas a traer un becerro para ellos, y así todos los de su casa a gran prisa aparejaron el convite para los huéspedes.

Pues siendo esta condición tan importante, ¿en qué lugar pondremos a aquellos que dejan las limosnas para después de sus días? Así lo pretendía hacer la madre de Santa Lucía, a quien la santa virgen cortésmente reprendió, diciendo: No es mucho dar a Dios lo que no puedes llevar contigo, y, por tanto, en vida reparte lo que tienes con Cristo. A estos mismos reprende San Basilio por estas palabras: Dícesme: quiero gozar de mis bienes en mi vida, y después de la muerte haré en mi testamento herederos

a los pobres. ¡Oh miserable de ti! ¿Y entonces quieres ser benigno y liberal para con los hombres, cuando estés hecho un saco de tierra? Mira que nadie negocia bien después de acabadas las ferias y que nadie te puede asegurar el género de muerte que has de morir para que puedas o no puedas testar.

Séptima: sin demasiado examen. La séptima condición es que, aunque sea razón examinar las personas a quienes das, por que no quites de los verdaderos pobres lo que das a los falsos, mas todavía no querría que fueses muy curioso examinador de las necesidades ajenas, como hacen algunos que por encubrir su avaricia adelgazan y sutilizan demasiadamente estas materias.

Esta condición es de Gregorio teólogo, que dice así: No examines con mucho cuidado quién sea digno o indigno de la limosna que haces, porque mejor es algunas veces dar a los indignos por amor a los dignos que ponerte a peligro de defraudar a los dignos por amor de los indignos. Lo mismo dice San Ambrosio en una epístola por estas palabras: La misericordia no suele juzgar de los merecimientos, sino socorrer a las necesidades; no examinar a la justicia, sino socorrer a la pobreza. Común sentencia es que ahí está Dios donde está su voz; por donde si, como es razón, tú no miras más que a Dios en cualquiera que por Él te pide, le hallarás.

Octava: no dar de lo ajeno. La octava condición es que la limosna no sea de lo ajeno, como lo hacen muchos; porque ésta no se puede llamar limosna, sino sacrilegio. Porque de la tal está escrito (Ecl. 34, 24): El que ofrece sacrificio de la hacienda del pobre, es como el que degüella al hijo en presencia de su padre. Y es Dios tan enemigo de esta limosna, que uno de los títulos de que Él se precia en la Escritura es éste: Yo soy Dios, que amo el juicio y aborrezco el hurto, aunque sea para sacrificármelo.

Nona: una triple consideración. La nona condición sea, para hacer este negocio con más suavidad, que cuando se nos ofreciere ocasión para usar de misericordia, consideremos estas tres cosas, conviene a saber: quién pide, y qué pide, y para quién pide.

El que pide no es el pobre, sino Dios en el pobre, como dice San Jerónimo: Cada vez que extendieres las manos al pobre, piensa que la extiendes a Cristo.

Lo que pide no es tu hacienda, sino suya; porque si Cristo es señor y heredero de todas las cosas, también lo es de tu hacienda, de tu persona y de tu vida, pues ella con todo lo demás está en su mano.

Mas si consideras para quién pide, digo que pide para ti más que para sí, porque para sí pide bienes de la tierra, y a ti da bienes del cielo, como dijo el Señor a aquel mancebo (Mt. 19, 21): Si quieres ser perfecto, ve y vende todas las cosas que tienes y dalas a los pobres, y tendrás un tesoro guardado en el cielo.

Estas son las principales condiciones que ha de guardar el varón misericordioso para que su misericordia sea merecedora de todas las riquezas y bienes que aquí habemos dicho. Y la oración acompañada con esta misericordia, ésa es la que vuela con mayor ligereza al cielo y la que merece alcanzar misericordia ante el acatamiento divino.

CAPITULO XXXVII

De algunos pecados contra la caridad para con el prójimo

De la participación en los pecados ajenos.

Será necesario declarar cómo los pecados ajenos se hacen nuestros, conviene a saber, cómo la culpa que otro comete por su persona se puede también atribuir a nosotros por mandarla, consentirla o aconsejarla, o por otras diferentes maneras. De los cuales pecados se puede entender aquello que dice el Apóstol (1 Tim. 5, 22): No comuniquéis con los pecados ajenos. Y en otro lugar, escribiendo a los de Efeso, dice (5, 11): No queráis comunicar las obras infructuosas de las tinieblas, mas antes reprendedlas.

Esta comunicación puede acontecer en nueve maneras, conviene a saber: por consejo, por mandamiento, consentimiento, provocación, lisonja, silencio, disimulación, participación en el crimen y defensa.

Participación por consejo.

Es, pues, la primera manera de participar en la culpa ajena por vía de consejo, a saber, cuando nosotros aconsejamos el mal que se hace, como hizo Caifás cuando aconsejó a los judíos que matasen a Cristo.

Por mandamiento. La segunda manera es por vía de mandamiento, a saber, cuando mandamos hacer algún daño a nuestro prójimo. Y de esta manera pecó David cuando por cartas mandó matar al inocente Urías.

Por consentimiento. La tercera manera es por vía de consentimiento, a saber, cuando consentimos en lo que otros hacen mal y nuestro consentimiento sirve para que aquello venga a ponerse por obra, de la manera que pecó San Pablo en la muerte de San Esteban (Hech. 7, 60). Porque como dice el mismo Apóstol (Rom. 1, 32), merecedores son de muerte no solamente los que hacen mal, mas también los que consienten en él, como la madre que consiente que su hija sea mala mujer.

Por provocación. La cuarta manera es por vía de provocación o irritación, que es cuando incitamos a alguien a ira, a blasfemia, a deseos de venganza o a otros vicios semejantes, diciendo o haciendo cosas que lo provoquen a esto, como lo hacía la mujer del pacientísimo Job (2, 9) cuando le decía que blasfemase de Dios y muriese. Por donde nos aconseja el Eclesiástico (28, 10) diciendo: Apártate de contiendas y cometerás menos pecados; porque el hombre airado es causa de pendencias y el hombre pecador perturbará a los amigos y sembrará cizaña entre los que viven en paz.

Por lisonja. La quinta manera es por vía de lisonja, cuando de tal manera lisonjeamos al hombre, que le hacemos cometer algún pecado o le incitamos al mal, o lo confirmamos en él. Contra el cual pecado dice Dios por Ezequiel (13, 18): ¡Ay de aquellos que hacen cojines para poner debajo de los codos y hacen almohadones para reclinar la cabeza, para engañar con esto a las almas! En este pecado caen muchas veces aquellos predicadores de quienes dice Isaías (3, 12): Pueblo mio, los que te llaman bienaventurado, ésos te engañan y destruyen el camino de tus pasos. Porque cuando el malo es alabado en los deseos de su alma, entonces se levanta para provocar a Dios a ira.

Con el silencio. La sexta manera de pecado ajeno es por vía de silencio, cuando dejamos de avisar, o de enseñar, o de reprender y amonestar al prójimo que está a nuestro cargo, y dejamos de decirle aquello en que le podríamos aprovechar. A los que esto hacen llama Dios en la Escritura (Is. 56, 10) pe-

rros mudos que no saben ladrar. Y al profeta Ezequiel (3, 18) requiere y avisa Dios por estas palabras: Si diciendo yo al malo, muerte morirás, tú no le dijeres esto para que se aparte de su mal camino y viva, él morirá en su maldad, mas a ti pediré cuenta de su sangre.

Por disimulación. La séptima manera es por vía de disimulación, cuando dejamos de castigar o de enmendar lo que estábamos obligados a remediar por razón de nuestro oficio. De esta manera pecan los jueces y corregidores cuando disimulan los males de la república y no usan del cuchillo que Dios les dió para castigo de los malos. De esta manera pecan también los padres y madres, los señores y maestros, cuando por demasiado mimo de los que están a su cargo disimulan sus vicios y pecados, como hizo el sacerdote Helí (I Rey. 3, 23) disimulando y haciendo poco caso de la culpa de sus hijos. De esta manera pecan los que dejan la corrección fraterna, no avisando a sus hermanos en caso que son obligados a hacerlo.

Por participación. La octava manera es por vía de participación, que es cuando nos juntamos con los ladrones y robadores y metemos la mano con ellos en sus maleficios, y nos alcanza parte de sus ganancias y robos. Esto es lo que reprendía el Profeta diciendo (Salm. 49, 18): Corrías con los ladrones y tenías parte y comunicación con los adúlteros. Y en otro lugar dice Dios por Isaías (1, 23): Tus príncipes son infieles y compañeros de ladrones. Todos ellos huelgan con los regalos y se mueven por intereses.

Favoreciendo a los malhechores. La nona manera de pecado es por vía de defensa, cuando defendemos, o recibimos, encubrimos o damos favor a los malhechores para que hagan mal, como son los que reciben ladrones, o herejes u otros semejantes pecadores y los amparan en sus pecados.

Cuándo es necesaria la restitución. Estas son las maneras en que un hombre puede pecar sin ser ejecutor del pecado, por la parte que le cabe de haber sido su atizador o despertador, etc. Porque esto basta para tenerse por cómplice y compañero del culpado, atribuírsele la misma culpa.

Y es aquí mucho de notar que cuando el pecado en que de esta manera consentimos es en perjuicio de parte, así como el principal agresor está obligado a la resti-

tución, así también lo están todos los que para eso le dieron favor y todos cuantos metieron mano en la masa. De manera que no sólo el que hurtó está obligado a restituir el hurto, sino también el que se lo mandó, aconsejó, acompañó, consintió o le dió alguna otra manera de favor y ocasión para esto.

Por lo cual deben mucho los hombres mirar los pareceres y consejos que dan y las cosas que favorecen, porque no carguen sobre ellos la culpa ajena, y siendo el provecho de otro, venga a ser suyo sólo el daño.

CAPITULO XXXVIII

DE LA GRAVEDAD DEL PECADO DE ESCÁNDALO

Mas ¿quién declarará con palabras la gravedad de este pecado que llamamos escándalo? Y por escándalo no entendemos aquí la admiración y espanto que los hombres conciben con semejantes caídas, sino por este término entendemos en rigor de teología cualesquiera palabras y obras con que damos a otros motivos para pecar y apartarse del bien.

Pues cuán grande sea este pecado, declarólo el Salvador en el Evangelio por estas palabras (Mt. 18, 6): Quienquiera que escandalizare uno de estos pequeñuelos que en mí creen, seríale mejor que le atasen una piedra de molino al cuello y lo sumiesen en lo profundo de la mar. ¡Ay del mundo por razón de los escándalos! Porque supuesta la malicia de los hombres, no pueden faltar escándalos, mas ¡miserable de aquel por quien el escándalo viene!

Ni faltan ejemplos para declarar la gravedad de este pecado. Todos sabemos cuán grande fué el pecado de David cuando tomó la mujer ajena y mató a su marido (II Rey. 11, 15), y lo que nuestro Señor encareció en este pecado fué el escándalo, diciendo (Ibíd. 12, 14): *Quoniam blasphemare fecisti inimicos nomen Domini*, esto es, porque diste motivo a las naciones comarcanas de blasfemar el nombre del Señor, poniendo mácula en Él y diciendo que era injusto, pues había escogido para rey de su pueblo un hombre que cometió un tan gran pecado. Y por esto le envió el mismo Señor a decir (Ibíd. 12, 18) que el niño que había nacido de aquel adulterio moriría en pena de este

escándalo. Y por más oraciones que hizo David, y más lágrimas que derramó, y más extremos que hizo por la vida de aquel niño, tanto que sus criados no le osaban dar la nueva de su muerte, pareciéndoles que reventaría de dolor, con todo esto, nunca Dios lo quiso oír.

Pues ¿quién oyendo este tan terrible azote no temblará de este pecado, el cual podemos decir en cierta manera ser el mayor de los pecados por grandes que sean? Porque todos los otros pecados, aunque sean grandes, no dañan más que al hombre que los hace; mas éste daña a sí y daña a los otros que aparta del camino de Dios. Pues ¿con qué se satisfará este daño, que es matar una alma que Cristo compró con su sangre? Porque si oro es lo que oro vale, sangre de Cristo es lo que sangre costó.

De donde se sigue que si estos hombres se condenaren, no sólo padecerán penas por sus propias culpas, sino también por las de aquellos que pervirtieron. Por lo cual todo entenderá el cristiano cuán justo fué aquel ¡ay! y aquella exclamación de Cristo cuando dijo (Mt. 18, 7): ¡Ay del mundo por razón de los escándalos!

Y con ser esta culpa tan grande, no faltan algunos cristianos que, o por ser faltos de devoción o por su particular inclinación, tienen una manera de hastío y asco a todos los ejercicios de devoción y a las personas que los ejercitan, diciendo que son devocioncillas y cosas de mujercillas. Y de aquí nace que cuando sucede alguna caída de éstas, luego se alegran y hacen fiesta y se confirman en la mala opinión que tienen de estas cosas. A los cuales está ya promulgado el azote de Dios por Salomón, que dice (Prov. 17, 5): El que se alegra en la caída de su prójimo, no quedará sin castigo. Porque o en esta vida o en la otra será más rigurosamente castigado.

De cómo nadie debe retraer las almas del camino de perfección.

Y no faltan algunos predicadores que tienen el mismo afecto y disgusto de éstos, y aun pasan tan adelante que vienen a revesar en los púlpitos la poca devoción que tienen en sus corazones. Los cuales parece que de mastines que habían de guardar el ganado, se hacen lobos que lo derraman, pues habiendo de animar y esforzar a los flacos y reprimir las lenguas de los maldicientes, los ayudan con algunas puntadas que dan en sus sermones, con que desmayan y escandalizan los pequeñuelos.

Y para afear esto no dejaré de referir aquí una providencia notable del serenísimo rey de Portugal don Enrique, el cual, siendo cardenal e inquisidor general de este reino, tenía cuidado, cuando alguna persona que profesaba vir-

tud y devoción era castigada por el Santo Oficio, mandar a todos los predicadores que no hablasen palabra alguna con que se pudiese entibiar y enflaquecer la devoción del pueblo. Este era pecho verdaderamente cristiano, muy semejante al que el Apóstol tenía cuando decía (II Cor. 11, 29): ¿Quién está flaco que yo no lo esté y quién se escandaliza que yo no me abrase? Pues así temía este príncipe el escándalo que los pusilánimes conciben con las palabras dichas en aquel lugar de verdad.

Y si a los predicadores parece bien el celo de este cristianísimo príncipe, procuren imitarlo y entiendan que su oficio es esforzar los flacos en estas ocasiones y no desmayarlos, pues basta al diablo su malicia (Mt. 6, 34), sin que ellos la acrecienten favoreciendo a los que por su poca devoción condena la devoción de los otros.

Estos son los que suelen decir que basta rezar un Paternóster y comulgar una vez al año, y no curar de esas novedades y santimonias.

Ello sería contrario a las enseñanzas de San Pablo y de Jesucristo.

Pues ¿qué dirán éstos a San Pablo, el cual quiere que los hombres hagan oración en todo lugar? (I Tim. 2, 8). Y en otra parte nos aconseja hacer oración sin cesar. (I Tes. 5, 17). Y en otro lugar repite la misma sentencia diciendo (Col. 4, 2): Daos a la oración con toda instancia, velando y perseverando en ella con hacimiento de gracias. Pues si San Pablo, en quien Cristo hablaba, nos pide tan continua oración, ¿cómo decís vos que basta un Paternóster?

Y si no os mueve lo que dice San Pablo, muévaos el mismo Cristo, el cual en un lugar dice (Lc. 18, 1) que conviene siempre orar sin cesar, y en otro, apercibiéndonos y previniéndonos para el día de la cuenta que todos habemos de dar, pues todos habemos de ser presentados ante el tribunal de Cristo, nos manda (Lc. 21, 36) que velemos y hagamos oración en todo tiempo, para que seamos merecedores de escapar de todas las plagas que han de venir al mundo antes del juicio final.

Cotejemos, pues, ahora estas palabras y consejos de Cristo con vuestros pareceres. Vos decís que basta un Paternóster en este tiempo. Cristo dice, tantas veces como habéis oído, que hagamos oración sin cesar. Una de dos ha de ser, o el Evangelio yerra o vos erráis, pues los pareceres son contrarios. Mas el Evangelio es imposible errar: luego síguese que vos sois el que erráis y os engañáis.

Mas replicaréis vos diciendo que en esta sazón de tiempo conviene lo que decís.

Bien sabía esto el Hijo de Dios, que es juez de todos los siglos y no hace esa distinción que vos hacéis. Antes cuanto los tiempos fueren más peligrosos, tanto mayor necesidad hay de estas armas espirituales, como lo mostró el mismo Señor cuando al tiempo de su pasión armó sus discípulos con ellas, diciendo (Mt. 26, 41): Velad y orad, por que no caigáis en tentación. Pues luego, ¡ qué tan grande desatino es al tiempo de la batalla rendir las armas, cuando las hubiérades de tomar! Porque si es gran peligro hacer esto en las batallas corporales, ¿cuánto mayor lo será en las espirituales, que son más peligrosas y donde se aventura más, que es perder la vida eterna?

De cómo deben desecharse las burlas del mundo.

Mas dejemos ahora éstos y vengamos a los flacos, de los cuales dijimos que en estas caídas públicas de los buenos desmayan y desisten de sus buenas obras y devotos ejercicios por miedo del mundo. Los que esto sienten y así lo hacen y dicen, más parece que viven con el mundo que con Cristo, pues por temor del mundo dejan a Cristo.

Deberían los tales acordarse de lo que aprendieron en las cartillas, que es ser el mundo uno de los tres enemigos del alma, no menos pernicioso que los otros dos. Por donde a éste atribuye el Salvador la ceguedad de los príncipes de los judíos, los cuales, conociendo que Él era el verdadero Mesías, no lo osaban confesar. Porque, como dice el mismo Señor (Jn. 12, 43), amaron más la gloria del mundo que la de Dios. Y a otros también reprende por la misma causa, diciéndoles (Jn. 5, 44): ¿Cómo podéis vosotros creer, pues buscáis la honra y gloria unos de otros y no curáis de la verdadera gloria, que viene de Dios? Pues con éstos juntemos los que por este mismo respeto del mundo no osan declararse con buenas obras por siervos de Cristo. Contra los cuales dice Salviano: *Qualis inter christianos Christi honor est, ubi religio facit ignobilem?* Quiere decir: ¿Cuál es la honra que tiene Cristo entre sus cristianos, cuando mostrarse uno siervo suyo es caso de menos valer?

Por este miedo humano negó San Pedro (Lc. 22, 57). Y no es tanto de maravillar que hubiese vergüenza de parecer discípulo de un hombre preso y reputado por engañador del mundo. Mas vos pasáis adelante, porque tenéis vergüenza de parecer discípulo de Cristo, creyendo ahora que reina en cielos y tierra y está asentado a la diestra del Padre.

Con razón podemos temer que en el día del juicio tomará Dios a San Lorenzo o a cualquier otro mártir, y mostrando las señales de las heridas que recibió, os dirá: Este santo no dudó confesarse públicamente por discípu-

lo mío, aunque sabía cuántas heridas le había de costar; y vos, por unas niñerías y vanos temores del mundo, dejáis de declarar por las obras que sois discípulos míos. Así que, Señor, el mundo es honrado de nosotros, desamparando a Vos. Si el mundo aprobare nuestro servicio, serviros hemos, y si lo reprobare y contradijere, dejarlo hemos. De modo que en el albedrío del mundo está puesto nuestro servicio para con Vos.

Pues ¿cómo no vemos cuán grande sea este descomedimento contra aquella soberana Majestad? Y así contra ellos dice Él (Lc. 12, 9): Quien tuviere vergüenza de parecer mi siervo delante de los hombres, yo me despreciaré de tal siervo cuando venga en mi majestad y gloria en presencia de mi Padre y de mis ángeles.

Y de éstos dice Salomón (Prov. 1, 32): *Aversio parvulorum interficiet eos.* Quiere decir, que por temores de niños y de cosas de aire vienen a apartarse del bien. Y de estos mismos dice David (Salm. 63, 8): *Sagittae parvulorum factae sunt plagae eorum.* Quiere decir, que por miedo de saetas de ballestillas de niños desisten de los ejercicios virtuosos, dejan las buenas obras y se apartan de Dios. Porque ¿qué son sino ballestillas de niños las murmuraciones y nombres ignominiosos con que el mundo persigue a los flacos? Muchos de los cuales son como bestias espantadizas, que sin haber cosa de peligro se espantan y huyen. Porque bien mirado, sombra es y cosa de aire todo lo que el mundo hace y puede hacer en disfavor de la virtud.

Por uno que cae, son millares los buenos que perseveran.

Mas por ventura dirá alguno de estos flacos: Veo que una persona que tenía grande opinión de santidad y frecuentaba los sacramentos y oraciones vino a dar en una caída pública, y temo yo no venga también este azote por mi casa. Esto es lo que me hace desmayar.

Pregúntoos yo ahora: ¿Cuántas personas os parece que habrá en la Iglesia cristiana que se ocupen en buenas obras y santos ejercicios sin ninguna ficción ni engaño que no han caído, antes vemos a muchos perseverar en la virtud hasta el fin de la vida? Pues ¿qué seso es poner los ojos en una sola persona que cayó y no en tantas virtuosas que perseveran y están en pie? ¿Por qué os ha de mover más la flaqueza de uno para haceros desmayar que la constancia de muchos, de que está llena la Iglesia, para os esforzar? Porque es cierto que el Espíritu Santo, que bajó sobre los apóstoles el día de Pentecostés, nunca más desamparó ni desamparará la Iglesia, y así siem-

pre habrá en ella muchos que sean templos vivos, donde Él haga su morada, los cuales, despreciando el mundo con sus locos juicios y pareceres, se rijan por este espíritu y doctrina de la Iglesia. Siendo, pues, esto así, ¿por qué ha de poder más con vos la caída de uno que la perseverancia de todos aquellos en quien el Espíritu Santo mora?

Quiero mostraros con un ejemplo cotidiano la poca razón que en esto tenéis. Decidme: ¿cuántas mujeres recién casadas mueren de parto? Diréis que algunas. Pues ¿dejan por esos miedos los padres de casar sus hijas? Claro está que no, porque sería gran locura por unas pocas que de esa manera peligran, dejar de dar remedio a sus hijas; porque no miran los hombres cuerdos a esas pocas que peligran, sino a otras muchas que tienen dichosos y felices partos. Pues ruégoos me digáis si ése es juicio y consejo acertado, ¿por qué no usaréis de ese mismo discurso en el negocio de vuestra salvación, que es no poner los ojos en uno que cayó, sino en millares de buenos que perseveran en el bien? Muchas mujeres que mueren de parto no os desmayan, ¿y una sola persona caída os acobarda y retira del bien? Tenéis ojos para mirar en un solo mal ejemplo, ¿y estáis ciegos para ver tantos buenos ejemplos?

¿Queréis que os diga de dónde nace este juicio tan pervertido? Nace del gran amor que tenéis al mundo y a los bienes temporales, y del poco que tenéis a Dios y a los bienes espirituales, y por esto, lanzas y peligros que se os atraviesen no bastan para retiraros de procurar los temporales, y una pequeña paja que se os ponga delante, os hace desmayar en el amor de los espirituales. Allí engullís y tragáis los camellos, y aquí os ahogáis con un mosquito.

¡Cuán diferentes eran los ánimos de los cristianos en la primitiva Iglesia, pues viendo cada día las cárceles llenas de mártires y las calles y plazas regadas con su sangre, viéndolos despedazar, y arrastrar, y desmembrar, y asar en parrillas, y cocer en calderas de pez hirviendo, todo esto no bastaba para apartarlos de la fe y amor de Cristo; ¡y para vos basta una sombra de peligro tan pequeño! ¡Qué lejos estáis de decir aquellas palabras del Apóstol (Rom. 8, 35): ¿Quién nos apartará de la caridad y amor de Cristo? ¿La tribulación? ¿La angustia? ¿La desnudez? ¿El hambre? ¿El peligro? ¿La persecución? ¿La espada? Cierto estoy que ni muerte, ni vida, ni ángeles, etc., ni otra criatura alguna podrá apartarnos del amor de Cristo. Y a vos, hermano, un mosquito basta para esto: parece que está en vos la virtud pegada con

alfileres, pues tan pequeñas ocasiones bastan para hacérosla dejar.

Dios permite las caídas. a) *Para que se reconozcan los flacos.*—Mas por ventura preguntará alguno cuál sea la causa por qué Nuestro Señor, por quien se gobierna la Iglesia, permite estos escándalos y caídas, con otros males aun mayores, como son varias sectas y herejías que hacen mayor daño. A esto responde el mismo Señor, diciendo (Rom. 8, 12): Permite Dios que seáis tentados para que se manifieste si amáis a Dios con todo vuestro corazón y tentaciones, por que por aquí se vea quién ama a Dios de veras y quién no, quién es leal y fiel y quién desleal e infiel, quién es fuerte y constante y quién caña liviana que se mueve a todos vientos. Veis aquí, hermanos, el fruto que se saca de estos escándalos, que es conocimiento de vos mismos, en que se funda la humildad, fundamento de toda la vida espiritual. Porque en estos peligros sucede lo que dice Salomón (Ecl. 27, 12), que el justo permanece como el sol, mas el loco se muda como la luna.

La diferencia de estos dos estados declaró el Salvador con una divina comparación que dice así (Mt. 7): Los fuertes edifican sobre piedra firme, y por esto no hay batería que los derribe; y los flacos edifican sobre arena, y por esto cualquier viento o lluvia les derriba la casa. Lo mismo también se ve en la trilla del pan, donde el viento se lleva la paja liviana, mas el trigo se queda en su mismo lugar. El oro y la plata echados en el fuego se purifican y quedan más hermosos, pero la paja y la leña se convierten en ceniza. Lo mismo nos declara el Eclesiástico por otra semejante comparación, diciendo (Ecl. 27, 6): *Vasa figuli probat fornax, et homines justos tentatio tribulationis.* Quiere decir, como declara San Agustín: El vaso de barro bien amasado echado en el horno se fortalece y endurece más; pero el mal amasado, con el mismo calor revienta y estalla. Pues eso mismo acaece a los hombres buenos y malos, ofrecida la ocasión de la tribulación.

Y por todas estas comparaciones entenderéis que los flacos, que con la ocasión de las caídas ajenas desmayan y desisten de sus buenos ejercicios, son, como decíamos, de la luna, que cada día se muda; son como pajas, que lleva el viento; son barro mal amasado, que revienta en el horno; son como caña vana, que con cualquier soplo de viento se muda, y, finalmente, son como el loco, que funda su casa sobre arena, y así cualquier tempestad la derriba. Esto sólo debe bastar para que se conozcan y

avergüencen los flacos y pusilánimes de la poca firmeza y constancia que tienen en la virtud.

b) *Para que resplandezca el ejemplo de los fuertes.*— Y como importa mucho que se conozcan los flacos, para que se humillen, así también conviene que se conozcan los fuertes, por el gran fruto que se sigue de ser conocidos por tales; y lo uno y lo otro se descubre en semejantes ocasiones y tentaciones. Lo cual dice San Pablo por esta palabras (I Cor. 11, 19): *Oportet haereses esse, ut qui probati sunt, manifesti fiant in vobis.* Quiere decir: Conviene que haya en el mundo herejías y engaños de hombres malvados, para que con esta ocasión se conozcan los verdaderamente buenos, los cuales ni con esta ocasión ni con otra alguna se alteran ni pierden su virtud y constancia. Y con esto quedan refinados y apurados como el oro en la fragua, donde se prueba su fineza. Y así confiesa el Profeta haber sido probado y examinado, diciendo (Salm. 16, 3): En el fuego de la tribulación, Señor, me probaste, y no hallaste maldad en mí.

E importa tanto que el verdadero bueno sea probado y conocido por tal, que el mismo Apóstol (II Cor. 11) hace un largo memorial de todas sus virtudes, y trabajos, y cárceles, y azotes, y naufragios que había padecido por Cristo, y de las grandes revelaciones que tenía, hasta decir que fué llevado al tercer cielo. Pues ¿para qué fin esto? La respuesta es que esto hacía el Apóstol para acreditarse con los de Corinto, a quien había predicado y convertido a la fe, y quería probar que era verdadero apóstol de Cristo para que se fiasen de su doctrina y no diesen crédito a los falsos apóstoles que pretendían desacreditarle. De modo que de este crédito pendía la verdad de la doctrina que él había predicado. Por donde entenderéis cuánto importa que el bueno sea conocido por verdaderamente bueno.

Pues por esta causa permite nuestro Señor los escándalos y las herejías, para que se conozcan los aprobados y verdaderamente buenos, por que con esto nos aprovechamos de sus ejemplos y consejos y de sus documentos y doctrinas, mayormente siendo los buenos como carbones encendidos, que abrasan y encienden aquellos con quien tratan.

Veis aquí, pues, respondido a la causa por qué permite Nuestro Señor haber estos escándalos en la Iglesia, para que por ellos el perfecto e imperfecto, el fuerte y el flaco sean conocidos. Y el que se hallare fuerte, dé gracias a Dios por su fortaleza, y el que se hallare flaco, se humille y diga con el Profeta (Salm. 93, 18): Si el Señor no me ayudara, poco faltó para dar una gran caída. Pues por esta

causa pedía David a Dios (Salm. 25, 2) que le tentase y le examinase, porque hasta verse en alguna tribulación no podía tener entero conocimiento de sí mismo. Porque muchos se engañan con una sombra e imagen de virtud y con una ternura de corazón que llega hasta derramar lágrimas; los cuales con todo esto desmayan y caen en el tiempo de la tribulación.

CAPITULO XXXIX

De la envidia y de los vicios que de ella nacen y de sus remedios

Envidia es tristeza del bien ajeno y pesar de la felicidad de los otros; conviene a saber: de los mayores, por ver el envidioso que no se puede igualar con ellos; de los menores, porque no se igualan con él, y de los iguales, porque compiten con él.

De esta manera tuvieron envidia Saúl a David (I Rey. 18, 7) y los fariseos a Cristo (Mt. 27, 18), por la cual le procuraron la muerte; porque tal es esta bestia fiera, que a tales personas no perdona. Este pecado de su género es mortal, porque milita derechamente contra la caridad, así como el odio. Pero muchas veces no lo será cuando no fuere la envidia consumada, como acaece en todas las otras materias de pecados. Porque así como hay odio y también rencor que no es odio formado, aunque camina para él, así hay una envidia perfecta y otra imperfecta que camina para ella.

Las hijas que proceden de esta mala raíz son: odio, escarnio, detracción, alegría en las tristezas ajenas y tristeza en las prosperidades.

¿Quién se podrá defender de este monstruo?

Este es uno de los pecados más poderosos y más perjudiciales que hay y que más extendido tiene su imperio por el mundo, especialmente por las cortes, y palacios, y casas de señores y príncipes, aunque ni deja universidades, ni cabildos, ni religiones por do no corra.

Pues ¿quién se podrá defender de este monstruo? ¿Quién será tan dichoso que se escape o de tener envidia o de padecerla? Porque cuando el hombre considera

la envidia que hubo, no digo ya entre los dos primeros hermanos que fundaron a Roma, sino entre los dos primeros hermanos que poblaron el mundo, la cual fué tan grande, que bastó para matar el uno al otro (Gén. 4, 8); y la que hubo entre sus hermanos y José (Gén. 37, 4), la cual les hizo venderle por esclavo; y la que hubo entre los mismos discípulos de Cristo (Mt. 20, 24) antes que sobre ellos viniese el Espíritu Santo; y sobre todo esto, la que tuvieron Aarón y María, hermanos y escogidos de Dios, a su hermano Moisés (Núm. 12, 1); cuando el hombre todo esto lee, ¿qué podrá imaginar de los otros hombres del mundo, donde ni hay esta cantidad ni este vínculo de parentesco?

Verdaderamente éste es un vicio de los que de callada tienen grandísimo señorío sobre la tierra y el que la tiene destruída. Porque su propio efecto es perseguir a los buenos y a los que por sus virtudes y habilidades son preciados; porque aquí señaladamente tira ella sus saetas. Por lo cual dijo Salomón (Ecl. 4, 4) que todos los trabajos e industrias de los hombres estaban sujetos a la envidia de sus prójimos.

Necesidad de armarse contra la envidia.

Pues por esto, con todo estudio y diligencia te conviene armar contra este enemigo, pidiendo siempre a Dios ayuda contra él y sacudiéndole de ti con todo cuidado. Y si todavía él perseverare solicitando tu corazón, persevera tú siempre peleando contra él; porque no consintiendo con la voluntad, no hace al caso que la carne maliciosa sienta en sí el pellizco de este feo y desabrido movimiento. Y cuando vieres a tu vecino o amigo más próspero y aventajado que a ti, da gracias al Señor por ello y piensa que tú o no mereciste otro tanto o, a lo menos, que no te convino tenerlo, acordándote siempre que no socorres a tu pobreza teniendo envidia de la felicidad ajena, sino antes la acrecientas.

El envidioso es semejante al demonio.

Y si quieres saber con qué género de armas podrás pelear con este vicio, dígote que con las consideraciones siguientes: Primeramente considera que todos los envidiosos son semejantes a los demonios, que en gran manera tienen pesar de las buenas obras que hacemos y de los bienes eternos que alcanzamos; no porque ellos los puedan haber, aunque los hombres los perdiesen, porque ya ellos los perdieron irrevocablemente, sino porque los hombres, levantados del polvo de la tierra, no gocen de lo que ellos perdieron.

Por lo cual dice San Agustín en el libro *De la disciplina cristiana*: Aparte Dios este vicio no sólo de los corazones de todos los cristianos, mas también de todos los hombres, pues éste es vicio diabólico, de que señaladamente se hace cargo al demonio y por el cual sin remedio para siempre padecerá. Porque no es reprendido el demonio porque cayó en adulterio, o porque hizo algún hurto, o porque robó la hacienda del prójimo, sino porque estando caído tuvo envidia del hombre que estaba en pie. Pues de esta manera los envidiosos, a manera de demonios, suelen haber envidia de los hombres, no tanto porque pretenden alcanzar la prosperidad de ellos, cuanto porque querrían que todos fuesen miserables como ellos.

Mira, pues, ¡oh envidioso!, que, dado caso que el otro no tuviera los bienes de que tú tienes envidia, tú tampoco los tuvieras; y pues él los tiene sin tu daño, no hay por qué a ti te pese por ello. Y si por ventura tienes envidia de la virtud ajena, mira que en eso eres enemigo de ti mismo; porque de todas las buenas obras de tu prójimo, tú eres participante, si estuvieres en gracia con Dios; y cuanto más él aprovecha y merece, tanto más aprovechas tú a ti mismo. Por donde sin razón tienes envidia a su virtud; antes debías holgar con ella por su provecho y por el tuyo, pues participas de sus bienes.

Mira, pues, cuánta miseria sea que donde tu prójimo se mejora, tú te hagas peor; como quiera que, si amases al prójimo, los bienes que tú no puedes haber, los mismos bienes serán tuyos por razón de la caridad, y así gozarías de los trabajos ajenos sin trabajo tuyo.

La envidia atormenta al que la tiene.

Considera también que la envidia abrasa el corazón, seca las carnes, fatiga el entendimiento, roba la paz de la conciencia, hace tristes los días de la vida y destierra del alma todo contentamiento y alegría. Porque ella es como el gusano que nace en el madero, que lo primero que roe es el mismo madero donde nace; y así la envidia, que nace del corazón, lo primero que atormenta es el mismo corazón. Y después de éste corrompido, corrompe también el color del rostro; porque la amarillez que parece por defuera declara bien cuán gravemente aflige de dentro. Ca ningún juez hay más riguroso que la misma envidia contra sí misma; la cual continuamente aflige y castiga a su propio autor. Por lo cual no sin causa llaman algunos doctores a este vicio *justo*, no porque él lo sea, pues es gravísimo pecado, sino porque él mismo castiga con su propio tormento al que lo tiene y hace justicia de él.

Es contraria a la caridad. Mira también cuán contraria cosa sea a la caridad, que es Dios, y al bien común, que Él tanto procura, tener envidia de los bienes ajenos y aborrecer aquellos a quien Dios crió y redimió, y a quien está siempre haciendo bien, porque esto es estar condenando y deshaciendo lo que Dios hace, a lo menos con la voluntad.

Procede de la soberbia. Y si quieres una muy cierta medicina contra este veneno, ama la humildad y aborrece la soberbia, que ésta es la madre de la pestilencia. Porque como el soberbio ni puede sufrir superior ni tener igual, fácilmente tiene envidia de aquellos que en alguna cosa le hacen ventaja, por parecerle que queda él más bajo si ve a otros en más alto lugar.

Lo cual entendió muy bien el Apóstol cuando dijo (Gál. 5, 26): No seamos codiciosos de la gloria mundana, compitiendo unos con otros y habiendo envidia unos a otros. En las cuales palabras, pretendiendo cortar las ramas de la envidia, cortó primero la mala raíz de la ambición, de donde ella procedía.

Y por la misma razón debes apartar tu corazón del amor desordenado de los bienes del mundo, y solamente ama la heredad celestial y los bienes espirituales; los cuales no se hacen menores por ser muchos los poseedores, antes tanto más se dilatan cuanto más crece el número de los que los poseen. Mas, por el contrario, los bienes temporales tanto más se disminuyen cuanto entre más poseedores se reparten.

Y por esto la envidia atormenta al alma de quien los desea: porque recibiendo otro lo que él codicia, o del todo se lo quita, o a lo menos se lo disminuye. Porque con dificultad puede este tal dejar de tener pena si otro tiene lo que él desea.

Haz todo el bien que puedas. Y no te debes contentar con no tener pesar de los bienes del prójimo, sino trabaja por hacerle todo el bien que pudieres y pide a Nuestro Señor le haga lo que tú no pudieres. A ningún hombre del mundo aborrezcas; tus amigos ama en Dios, y tus enemigos por amor de Dios, el cual, siendo tú primero su enemigo, te amó tanto, que por rescatarte del poder de tus enemigos puso su vida por ti. Y aunque el prójimo sea malo, no por eso debe ser aborrecido; antes en este caso debes imitar al médico, el cual aborrece la enfermedad y ama

la persona: que es amar lo que Dios hizo y aborrecer lo que el hombre hizo.

Nunca digas en tu corazón: ¿Qué tengo yo que ver con éste o en qué le soy obligado?; no le conozco ni es mi pariente, nunca me aprovechó y alguna vez me dañó. Mas acuérdate solamente que sin ningún merecimiento tuyo te hizo Dios grandes mercedes; por lo cual te pide que en pago de esto uses de liberalidad, no con Él, pues no tiene necesidad de tus bienes, sino con el prójimo que Él te encomendó.

Contra envidia, caridad. Considera que todos somos hermanos naturales, pues tenemos todos un común padre carnal, y somos también hermanos espirituales, pues tenemos un padre espiritual, que es Dios, y una madre espiritual, que es la Iglesia, y un hermano común de todos, que es Cristo. Somos también todos hermanos, porque somos llamados para una herencia de nuestro padre, que es el reino celestial, donde todos moramos en una casa, y nos alegraremos no sólo de nuestros propios bienes, sino también de los de todos: porque la caridad hará todos los bienes comunes.

Pues si somos hermanos todos en el Señor, si juntamente herederos con Cristo, si miembros de un mismo cuerpo, si redimidos con una misma sangre, si tenemos una fe común y somos llamados a una misma gracia y gloria, razón será por cierto que un hermano quiera bien a otro, le desee bien y le haga bien y huelgue con su bien. Pues ¿cuánto más será contra razón alegrarse de sus adversidades y dolerse de sus prosperidades, que es propio de la envidia?

III.—DE LAS VIRTUDES CARDINALES

A)—De la virtud de la prudencia

CAPITULO XL

De la prudencia cristiana y de la manera de alcanzarla

El entendimiento, entre otras virtudes, ha de ser adornado con aquella altísima y rarísima virtud de la prudencia y discreción. Esta virtud, en la vida espiritual, es lo que los ojos en el cuerpo, lo que el piloto en el navío, lo que el rey en el reino y lo que el gobernador en el carro, que tiene por oficio llevar las riendas en las manos y guiarlo por donde ha de caminar. Sin esta virtud, la vida espiritual sería toda ciega, desproveída, desconcertada y llena de confusión. Por donde aquel bienaventurado padre Antonio, en un ayuntamiento que tuvo con otros santos monjes, donde se trataba de la excelencia de las virtudes, vino a poner ésta en altísimo lugar, como a guía y maestra de todas las otras. Por donde todos los amadores de la virtud deben señaladamente poner sus ojos en ella, para que así puedan aprovechar más en todas las otras.

Esta virtud no tiene un oficio solo, sino muchos y diversos; porque no sólo es virtud particular, sino también general, que interviene en los ejercicios de todas las otras virtudes, dando orden en todo lo que conviene.

La prudencia en nuestras relaciones con Dios y con el prójimo.

Porque primeramente a la prudencia pertenece, presupuesta la fe y la caridad, enderezar todas nuestras obras a Dios, como a nuestro último fin, examinando sutilmente la intención que tenemos en las obras que hacemos, para ver si buscamos puramente a Dios o si a nosotros; porque la naturaleza del amor propio, como dice un doctor, es muy sutil y en todas las cosas busca a sí mismo, aun en los muy altos ejercicios.

Prudencia es también saber tratar con los prójimos, para que les aprovechemos y no escandalicemos. Para lo cual

conviene prudentemente tomar el pulso a la condición y espíritu de cada uno y llevarlo por aquellos medios por donde pueda ser mejor encaminado.

Prudencia es también saber sufrir los defectos de los otros, y dar pasada a las flaquezas ajenas, y no querer descarnar las llagas hasta el hueso; acordándose que todas las cosas humanas están compuestas de acto y potencia, esto es, de perfecto e imperfecto, y que no puede dejar de haber infinitas imperfecciones y defectos en la vida, especialmente después de aquella gran caída de la naturaleza por el pecado. De donde, así como dijo Aristóteles que no era de hombre sabio pedir igual certidumbre y averiguación en todas las materias, porque unas se pueden claramente averiguar y otras no, así tampoco es de hombre prudente pedir que todas las cosas humanas estén tan sentadas por nivel, que no haya más que desear, porque unas pueden sufrir esto y otras no. Y el que pusiese pies en pared por hacer violentamente lo contrario, por ventura causaría más daño con los medios que para esto tomase que provecho con el fin que pretendiese, aunque saliese con él.

En el conocimiento de nosotros mismos. Prudencia es también conocer el hombre a sí mismo y tener muy entendido todo lo que hay de sus puertas adentro; conviene a saber, todos sus resabios, siniestros, apetitos y malas inclinaciones, y finalmente su poco saber y poca virtud; para que no presuma de sí vanamente y para que mejor entienda con qué género de enemigos ha de tener guerra continua hasta acabar de echarlos fuera de la tierra de promisión, que es su alma, y con cuánta solicitud y atención le conviene velar sobre esto.

Prudencia es saber el hombre repararse ante los peligros, y sangrarse en sanidad y oler desde lejos la guerra que se puede levantar en tales y tales negocios, y prepararse primero con oraciones y consideraciones para lo que podrá suceder. Este aviso es del Eclesiástico (18, 20), que dice: Antes que venga la enfermedad, apareja la medicina. Por lo cual, cuando fueres a fiestas, a convites, o a tratar con hombres rijosos o mal acondicionados, o a lugares donde se puede ofrecer alguna ocasión o peligro, siempre debes ir proveído y preparado para lo que podrá suceder.

En la guarda de la lengua. Prudencia es también saber gobernar la lengua conforme a las leyes y circunstancias que arriba dijimos, y entender muy bien lo que se debe hablar y lo que se debe callar, y el tiempo de lo uno y de lo otro, porque,

como dice Salomón (Ecl. 3, 7), hay tiempo de hablar y tiempo también de callar, pues nos consta que en la mesa y en los convites y en otras cosas semejantes, con mayor alabanza calla el sabio que habla.

Prudencia es no fiarse de todos, ni derramar luego todo su espíritu con el calor de la plática, ni decir luego todo lo que el hombre siente de las cosas, pues, como dice el Sabio (Prov. 29, 11), todo su espíritu derrama el necio; mas el sabio detiénese y guarda las cosas para adelante. Mas el que se fía de quien no se debía fiar, siempre vivirá en peligro y será perpetuo esclavo de quien se fió.

En las mortificaciones y trabajos. Prudencia es también, y muy grande, saber tomar las ocupaciones, por honestas que sean, con templanza; para que no ahoguemos el espíritu con el demasiado trabajo, a quien todas las cosas, como dice San Francisco en su Regla, deben servir; y para que de tal manera nos entreguemos a las cosas exteriores, que no perdamos las interiores; y así entendamos en los ejercicios del amor del prójimo, que no perdamos los del amor divino. Porque si los apóstoles (Hech. 6, 2), que tanto espíritu y suficiencia tenían para todo, se desembarazaron de algunas cosas menores por no faltar las mayores, nadie debe presumir tanto de sus fuerzas que piense bastar para todo, pues es cierto que por la mayor parte aprieta poco quien abarca mucho.

Ante el enemigo y el parecer del mundo. Prudencia es también entender las artes y celadas del enemigo, sus entradas, y sus salidas, y sus reveses; y no creer a todo espíritu ni dejarse vencer de cualquier figura de bien; pues muchas veces Satanás se transfigura en ángel de luz y trabaja por engañar siempre a los buenos con especie de bien. Y por esto de ningún peligro debemos más recatar que de aquel que viene con máscara de virtud. A lo menos es cierto que a los muy determinados en el bien, comúnmente acomete el demonio por esta vía.

Prudencia es también saber temer y saber acometer, saber cuándo es ganancia perder y cuándo es pérdida ganar, y, sobre todo, saber despreciar los juicios y pareceres del mundo, y el decir de las gentes, y los ladridos de los gozques que nunca dejan de ladrar sin propósito, acordándose que está escrito (Gál. 1, 10): Si hiciese caso de agradar a los hombres, no me tendría por siervo de Cristo. A lo menos es cierto que ninguna mayor locura puede hacer un hombre que regirse por una bestia de tantas cabezas como es el vulgo, que ningún tiento ni consideración tiene

en lo que dice. Bien es no escandalizar a nadie y temer donde hay razón de temer, y bien es no moverse a todos vientos. Pues hallar medio entre estos extremos, oficio es de prudencia singular.

A toda obra precede maduro consejo y deliberación.

No menos se requiere prudencia para acertar en los negocios y no caer en yerros que después no se puedan curar, sin grandes inconvenientes, con que muchas veces se pierde la paz de la conciencia y se perturba el orden de la vida. Para lo cual podrán aprovechar algún tanto los avisos siguientes.

El primero de los cuales es del Sabio, que dice (Prov. 4, 25): Tus ojos estén siempre atentos a la rectitud, y tus párpados miren primero los pasos que has de dar. Donde nos aconseja que no nos arrojemos inconsideradamente a las cosas que se han de hacer, sino que ante toda obra preceda maduro consejo y deliberación.

Para lo cual hallo ser cinco cosas necesarias. La primera, encomendar a nuestro Señor los negocios.

La segunda, pensarlos primero muy bien pensados con toda atención y discreción, mirando no solamente la substancia de la obra, sino también todas las circunstancias de ella; porque una sola que falte basta para condenación de todo lo que se hace. Porque aunque sea muy acabada la obra y muy circunstanciada, sólo hacerse sin tiempo basta para poner mácula en ella.

La tercera, tomar consejo y tratar con otros lo que se ha de hacer; mas éstos sean pocos y muy escogidos, porque aunque es provechoso oír los pareceres de todos para ventilar la causa, pero la determinación ha de ser de pocos, para no errar en la sentencia.

La cuarta, y muy necesaria, es dar tiempo a la deliberación y dejar madurar el consejo por algunos días; porque así como se conocen mejor las personas con la comunicación de muchos días, así también lo hacen los consejos. Muchas veces una persona a las primeras entradas parece uno, y después descubre otro; y así lo hacen muchas veces los consejos y determinaciones; que a lo que a los principios agradaba, después de bien considerado viene a desagradar.

La quinta cosa es guardarse de cuatro madrastras que tiene la virtud de la prudencia, que son precipitación, pasión, obstinación en el propio parecer y repunta de vanidad, porque la precipitación no delibera, la pasión ciega, la obstinación cierra al buen consejo, y la vanidad, doquiera que interviene, todo lo tizna.

Guarda siempre el justo medio. A esta misma virtud pertenece huir siempre los extremos y ponerse en el medio: porque la virtud y la verdad huyen siempre de los extremos y ponen su silla en este lugar. Por donde ni todo lo condenes ni todo lo justifiques, ni todo lo niegues ni todo lo concedas, ni todo lo creas ni todo lo dejes de creer, ni por la culpa de pocos condenes a muchos ni por la santidad de algunos apruebes a todos, sino en todo mira siempre el fiel de la razón y no te dejes llevar del ímpetu de la pasión a los extremos.

No atiendas ni a la antigüedad ni a la novedad de las cosas. Regla es también de prudencia no mirar a la antigüedad y novedad de las cosas para aprobarlas o condenarlas: porque muchas cosas hay muy acostumbradas y muy malas y otras hay muy nuevas y muy buenas, y ni la vejez es parte para justificar lo malo ni la novedad lo debe ser para condenar lo bueno; sino en todo y por todo hinca los ojos en los méritos de las cosas, y no en los años. Porque el vicio ninguna cosa gana por ser antiguo, sino ser más incurable; y la virtud ninguna cosa pierde por ser nueva, sino ser menos conocida.

No te dejes engañar por apariencias. Regla es también de prudencia no engañarse con la figura y apariencia de las cosas para arrojarse luego a dar sentencia sobre ellas; porque ni es oro todo lo que reluce ni bueno todo lo que parece bien; y muchas veces debajo de la miel hay hiel, y debajo de las flores espinas. Acuérdate que dice Aristóteles que algunas veces tiene la mentira más apariencia de verdad que la misma verdad; y así también podrá acaecer que el mal tenga más apariencia de bien que el mismo bien.

No seas fácil ni ligero. Sobre todo esto debes asentar en tu corazón que así como la gravedad y peso en las cosas es compañera de la prudencia, así la facilidad y liviandad lo es de la locura. Por lo cual debes estar muy avisado no seas fácil en estas seis cosas, conviene a saber:

1, en creer,
2, en conceder,
3, en prometer,
4, en determinar.
5, en conversar livianamente con los hombres
6, y mucho menos en la ira.

Porque en todas estas cosas hay conocido peligro en ser el hombre fácil y ligero para ellas. Porque creer ligeramente es liviandad de corazón; prometer fácilmente es perder la libertad; conceder fácilmente es tener de qué arrepentirse; determinar fácilmente es ponerse a peligro de errar, como hizo David en la causa de Mifibóset; facilidad en la conversación es causa de menosprecio, y facilidad en la ira es manifiesto indicio de locura. Porque escrito está (Prov. 14, 29) que el hombre que sabe sufrir sabrá gobernar su vida con mucha prudencia; mas el que no sabe sufrir no podrá dejar de hacer grandes locuras.

La prudencia se alcanza:

a) *Con la experiencia.*—Para alcanzar esta virtud, entre otros medios, aprovecha mucho la experiencia de los yerros pasados y también de los acertamientos y buenos sucesos así propios como ajenos, porque de aquí se toman ordinariamente muchos avisos y reglas de prudencia. Y por la misma razón se dice que la memoria de lo pasado es muy familiar ayudadora y maestra de la prudencia, y que el día presente es discípulo del pasado, pues, como dice Salomón (Ecl. 1, 9), lo que será es lo que fué, y lo que fué es lo que será. Y por esto, por lo pasado, podremos juzgar lo presente, y por lo presente, lo pasado.

b) *Con la humildad.*—Mas sobre todo ayuda para alcanzar esta virtud la profunda y verdadera humildad de corazón, así como la que más la impide es la soberbia, porque escrito está que donde está la humildad, ahí está la sabiduría (Prov. 11, 2). Y además de esto, todas las Escrituras claman que Dios enseña a los humildes, y que es maestro de los pequeñuelos, y que a ellos comunica sus secretos (Mt. 11, 25). Mas con todo esto no ha de ser tal la humildad que se rinda a cualesquiera pareceres y se deje llevar de todos vientos; porque ésta ya no sería humildad, sino instabilidad y flaqueza de corazón. En lo cual quiso proveer el Sabio cuando dijo (Ecl. 13, 11): No quieras ser humilde en tu sabiduría, dando a entender que en las verdades que tiene el hombre con justos y católicos fundamentos asentadas ha de ser constante y no se ha de mover a lumbre de pajas, como hacen algunos flacos, ni dejarse llevar de cualesquiera pareceres.

c) *Con la oración.*—Lo último que ayuda a alcanzar esta virtud es la humilde y devota oración, porque como uno de los principales oficios del Espíritu Santo sea alumbrar el entendimiento con el don de la ciencia, sabiduría, consejo y entendimiento, cuanto el hombre con mayor devoción y humildad se presentare delante de Él con corazón

de discípulo y de niño, tanto será más claramente enseñado y lleno de estos dones celestiales.

Mucho nos hemos alargado en tratar de esta virtud, porque como ella sea la guía de todas las otras, era necesario procurar que la guía no fuese ciega, por que no quedase a oscuras y sin ojos todo el cuerpo de las virtudes.

B)—De la virtud de la justicia

CAPITULO XLI

De la virtud de la justicia y de cuán recomendada sea

Prudentísimamente dividió el profeta David la suma de toda la justicia en dos partes, que son no hacer mal y hacer bien; a la primera de las cuales pertenece huir de los vicios, y a la segunda, usar de las virtudes.

A esta segunda parte de justicia pertenece dar a cada uno lo que es suyo, especialmente a Dios, y al prójimo, y a sí mismo. Porque el cumplimiento de esta parte consiste en estar el hombre bien ordenado para con estos tres géneros de personas; y esto hecho, no resta más que hacer para que el hombre se llame enteramente justo.

Pues si quisieres saber en muy pocas palabras y por unas muy breves comparaciones cómo esto se deba hacer, digo que con estas tres obligaciones cumplirá el hombre perfectísimamente si tuviere estas tres cosas, conviene saber: para con Dios corazón de hijo, y para con el prójimo corazón de madre, y para consigo espíritu y corazón de juez. Estas son aquellas tres partes de justicia en que el Profeta constituyó la suma de todo nuestro bien, y que es lo que el Señor quiere de ti. Quiere que hagas juicio, y que ames la misericordia, y que andes solícito y cuidadoso con Dios. Entre las cuales partes el hacer juicio declara lo que el hombre debe hacer para consigo; y el amar la misericordia, lo que debe para con el prójimo; y el andar solícito con Dios, lo que debe a su servicio y obediencia.

Recomendaciones de la justicia para con el prójimo.

La segunda parte de justicia es hacer el hombre lo que debe para con sus prójimos, que es usar con ellos de aquella caridad y misericordia que Dios nos manda.

Que tan principal sea esta parte y cuánto no sea encomendada en las Escrituras divinas, que son los maestros y adalides de nuestra vida, no lo podrá creer sino quien las hubiere leído. Lee los profetas, lee los Evangelios, lee las epístolas sagradas, y verás tan encarecido este negocio, que te pondrá admiración.

a) *Por los profetas.*—En Isaías pone Dios la suma de toda la justicia en la caridad y buen tratamiento de los prójimos. Y así, cuando los judíos se quejaban diciendo: ¿Por qué, Señor. ayunamos y no miraste nuestros ayunos, y afligimos nuestras almas y no hiciste caso de ello?, respóndeles Dios: Porque en el día del ayuno vivís a vuestra voluntad y no a la mía, y apretáis y fatigáis a todos vuestros deudores. Ayunáis, mas no de pleitos y contiendas, ni de hacer mal a vuestros prójimos. No es, pues, ése el ayuno que me agrada a mí, sino éste: rompe las escrituras y contratos usurarios; quita de encima de los pobres las cargas con que los tienes opresos; deja en su libertad a los afligidos y necesitados, y sácalos del yugo que tienes puesto sobre ellos. De un pan que tuvieres, parte el medio con el pobre, y acoge a los necesitados y peregrinos en tu casa. Y cuando esto hicieres, y abrieres tus entrañas al necesitado, y le socorrieres y dieres hartura, entonces te haré tales y tales bienes; los cuales prosigue muy copiosamente hasta el fin del capítulo.

Ves aquí, pues, hermano, en qué puso Dios la suma de la verdadera justicia y cuán piadosamente quiso que nos hubiésemos con nuestros prójimos en esta parte.

La misma sentencia hallarás en el profeta Zacarías, donde preguntando los judíos a Dios si habían de ayunar tales y tales días para agradarle y cumplir su ley, respóndeles Dios y declárales con qué género de obras le habían de agradar: Mirad que guardéis justicia, y juzguéis justamente las causas de vuestros prójimos, y que uséis de misericordia y de obras de piedad con vuestros hermanos, y no queráis buscar asillas para calumniar a la viuda y al huérfano y al extranjero y al pobre: y nadie trate en su corazón de hacer mal a nadie, y de esta manera me agradaréis y cumpliréis mi ley.

Harto encarecido está aquí este negocio; pero mucho más lo encareció el mismo Señor por Isaías cuando dijo: Este es mi descanso, que refrigeréis y consoléis a los cansados. Porque esto parece que era lo último que se podía

encarecer este negocio, cuando el Señor se ponía en el lugar del pobre y tomaba por su propio descanso el que por Él se daba a los cansados.

Mas sobre todo esto confieso que me maravillo de lo que leo en el capítulo XVI de Ezequiel, donde contando el mismo Dios los pecados por donde aquella infame ciudad de Sodoma vino a dar consigo en el extremo de tan grandes males, los resumió en cinco pecados diciendo: Esta fué la maldad de tu hermana Sodoma: soberbia, y hartura, y abundancia, y ociosidad, y no haber querido extender las manos para socorrer al pobre y al necesitado. Pues ¿qué más mal quieres tú oír de este vicio que haberlo puesto Dios por el postrero de los escalones por donde subieron aquellos malaventurados al extremo de tan grande mal? ¿Dónde están los que atesoran ducados sobre ducados y con todo esto se tienen por seguros, teniendo compañeros en esta culpa a los moradores de Sodoma?

b) *Por Nuestro Señor Jesucristo.*—Estas y otras cosas semejantes dicen los profetas. Pues el Evangelio, que es ley de amor, ¿qué dirá? ¿Qué más se pudo decir en favor de esta virtud que poner el Señor toda la razón y fundamento de la sentencia del juicio final en sólo haber usado o no usado de obras de misericordia? ¿Qué más se puede decir que lo que se sigue después de esto en el mismo contexto: Lo que a uno de estos mis pequeñuelos hicisteis, a mí lo hicisteis? ¿Qué más se puede decir que poner en solos estos dos mandamientos de amor de Dios y del prójimo la suma de la ley de los profetas?

Pues en aquel postrer sermón de la cena, ¿qué otra cosa más encomienda el Salvador que la caridad y bienquerencia para con los prójimos? Este, dice Él, es mi mandamiento, que os améis unos a otros así como yo os amé. Y más abajo: En esto, dice Él, conocerán todos que sois mis discípulos, si os amáredes unos a otros. Y no contento con encomendarles esto tan encarecidamente, hace luego oración al Padre por el cumplimiento de esta ley diciendo: Ruégote, Padre, que ellos sean entre sí una misma cosa, así como tú y yo lo somos, para que conozca el mundo que tú me enviaste. Dando a entender que la caridad y amor entre los cristianos había de ser tan sobrenatural, y tan grande, y tan fuera de todo lo que se puede esperar de carne y de sangre, que había de bastar, como un manifiesto milagro, para convencer los entendimientos de los hombres y hacerles creer que no era posible que no fuesen hombres del cielo los que tal caridad entre sí tenían.

c) *Por los apóstoles.* — Pues ¿qué diré del apóstol San Pablo? ¿En cuál de sus epístolas no es ésta la mayor de sus encomiendas? ¡Qué alabanzas predica de la cari-

dad! ¡Cuánto la engrandece! ¡Cuán por menudo cuenta todas sus excelencias! ¡Cómo la antepone a todas las otras virtudes y dones del Espíritu Santo, diciendo que ella es el más excelente camino para ir a Dios! Y no contento con esto, en un lugar dice que la caridad es vínculo de perfección: en otro dice que es fin de todos los mandamientos; en otro, que el que ama a su prójimo tiene cumplida la ley. Pues ¿qué mayores alabanzas se podían esperar de una virtud que éstas? ¿Cuál es el hombre deseoso de saber con qué género de obras agradará a Dios que no quede admirado y enamorado de esta virtud y determinado de ordenar y enderezar todas sus obras a ella?

Pues aun queda sobre todo esto la canónica de aquel tan grande amado y amador de Cristo San Juan Evangelista, en la cual ninguna cosa más repite, ni más encarece, ni más encomienda que esta virtud. Y lo que hizo en esta epístola, eso mismo dice su historia que hacía toda la vida. Y preguntado por qué tantas veces repetía esta sentencia, respondió que porque sola ésta, si debidamente se cumpliese, bastaba para nuestra salud.

CAPITULO XLII

De cómo la avaricia es fuente de muchas injusticias y de cuáles sean sus remedios

Avaricia es desordenado deseo de hacienda. Y por esto con razón es tenido por avariento no solamente el que roba, sino también el que codicia las cosas ajenas o desordenadamente guarda las suyas.

Las hijas de esta madre son las siguientes: traición, engaño, falsedad, inquietud, perjurio, violencia, falta de misericordia e inhumanidad y dureza de corazón. Este vicio condena el Apóstol cuando dice (I Tim. 6, 8): Los que desean ser ricos caen en la tentación y lazos del demonio y en muchos deseos inútiles y dañosos que llevan a los hombres a la muerte y perdición. Porque la raíz de todos los males es la codicia.

Remedios contra la avaricia.

Pues cuando este vicio tentare tu corazón, puedes armarte contra él con las consideraciones siguientes:

1.ª *La pobreza de Nuestro Señor.*—Primeramente considera, ¡oh avariento!, que tu Señor y tu Dios, cuando des-

cendió del cielo a este mundo, no quiso poseer estas riquezas que tú deseas; antes de tal manera amó la pobreza, que quiso tomar carne de una Virgen pobre y humilde y no de una reina muy alta y muy poderosa. Y cuando nació no quiso ser aposentado en grandes palacios, ni echado en cama blanda, ni en cunas delicadas, sino en un vil y duro pesebre, sobre unas pajas. Después de esto, en cuanto en esta vida vivió, siempre amó la pobreza y despreció las riquezas; pues para sus embajadores y apóstoles escogió no príncipes ni grandes señores, sino unos pobres pescadores. Pues ¿qué mayor abusión que querer ser rico el gusano, siendo por él tan pobre el Señor de todo lo criado?

2.ª *El precio de tu alma.*—Considera también cuánta sea la vileza de tu corazón, pues siendo tu alma criada a imagen de Dios y redimida por su sangre, en cuya comparación es nada todo el mundo, la quieres perder por un poco de interés. No diera Dios su vida por todo el mundo y dióla por el alma del hombre: luego de mayor valor es un alma que todo el mundo.

Las verdaderas riquezas no son oro, ni plata, ni piedras preciosas, sino las virtudes que consigo trae la buena conciencia. Pon aparte la falsa opinión de los hombres, y verás que no es otra cosa oro y plata sino tierra blanca y amarilla, que el engaño de los hombres hizo preciosa. Lo que todos los filósofos del mundo despreciaron, ¿tú, discípulo de Cristo, llamado para mayores bienes, tienes por cosa tan grande que te hagas esclavo de ella? Porque, como dice San Jerónimo, aquel es siervo de las riquezas que las guarda como siervo; mas quien de sí sacudió este yugo, repártelas como señor.

3.ª *Nadie puede servir a dos señores.*—Mira también que, como el Salvador dice (Mt. 6, 24), nadie puede servir a dos señores, que son Dios y las riquezas; y que no puede el ánimo del hombre libremente contemplar a Dios, si anda la boca abierta tras las riquezas del mundo. Los deleites espirituales huyen del corazón ocupado en los temporales, y no se podrán juntar en una las cosas vanas con las verdaderas, las altas con las bajas, las eternas con las temporales y las espirituales con las carnales, para que puedas juntamente gozar de las unas y de las otras.

Considera además que cuanto más prósperamente te suceden las cosas terrenas, tanto por ventura eres más miserable, por el motivo que aquí se te da de fiarte de esa falsa felicidad que se te ofrece. ¡Oh si supieses cuánta desventura trae consigo esa pequeña prosperidad! El amor de las riquezas más atormenta con su deseo que deleita con su uso; porque enlaza el alma con diversas tentacio-

nes, enrédala con muchos cuidados, convídala con vanos deleites, provócala a pecar e impide su quietud y reposo. Y sobre todo esto, nunca las riquezas se adquieren sin trabajo, ni se poseen sin cuidado, ni se pierden sin dolor; mas lo peor es que pocas veces se alcanzan sin ofensas de Dios, porque, como dice el proverbio, el rico, o es malo o heredero de malo.

4.° *La avaricia nunca se harta.* — Considera también cuán gran desatino sea desear continuamente aquellas cosas que, aunque todas se junten en una, es cierto que no pueden hartar tu apetito, mas antes lo atizan y acrecientan, así como el beber al hidrópico la sed; porque por mucho que tengas, siempre codicias lo que te falta y siempre estás suspirando por más. De suerte que discurriendo el triste corazón por las cosas del mundo, cánsase y no se harta, bebe y no apaga la sed, porque no hace caso de lo que tiene, sino de lo que podría más haber; y no menos molestia tiene por lo que no alcanza que contentamiento por lo que posee; ni se harta más de oro que su corazón de aire.

De lo cual con mucha razón se maravilla San Agustín diciendo: ¿Qué codicia es ésta tan insaciable de los hombres, pues aun los brutos animales tienen medida en sus deseos? Porque entonces cazan cuando padecen hambre; mas cuando están hartos, luego dejan de cazar. Sola la avaricia de los ricos no pone tasa en sus deseos, porque siempre roba y nunca se harta.

5.° *No te faltará lo necesario para vivir* —Considera también que donde hay muchas riquezas, también hay muchos que las consuman, muchos que las gasten, muchos que las desperdicien y hurten. ¿Qué tiene el más rico del mundo de sus riquezas que lo necesario para la vida? Pues de esto te podrías descuidar si pusieses tu esperanza en Dios y te encomendases a su providencia; porque nunca desamparó a los que esperan en Él; porque quien hizo al hombre con necesidad de comer, no consentirá que perezca de hambre. ¿Cómo puede ser que, manteniendo Dios a los pajaricos y vistiendo los lirios, desampare al hombre, mayormente siendo tan poco lo que basta para remedio de la necesidad?

La vida es breve y la muerte se apresura a más andar: ¿qué necesidad tienes de tanta provisión para tan corto camino? ¿Para qué quieres tantas riquezas, pues cuantas menos tuvieres, tanto más libre y desembarazado caminarás? Y cuando llegares al fin de la jornada, no te irá menos bien, si llegares pobre, que a los ricos, que llegarán más cargados; sino que, acabado el camino, te quedará menos que sentir lo que dejas y menos de que dar

cuenta a Dios; como quiera que los muy ricos al fin de la jornada, no sin grande angustia dejarán los montones de oro que mucho amaron y sin mucho peligro darán cuenta de lo mucho que poseyeron.

6.ª *Al morir no llevarás tus riquezas.*—Considera además, ¡oh avariento!, para quién amontonas tantas riquezas; pues es cierto que así como viniste a este mundo desnudo, así también has de salir de él. Pobre naciste en esta vida, pobre la dejarás. Esto deberías pensar muchas veces; porque como dice San Jerónimo, fácilmente desprecia todas las cosas quien se acuerda que ha de morir.

En el artículo de la muerte dejarás todos los bienes temporales y llevarás contigo solamente las obras que hiciste, buenas o malas; donde perderás todos los bienes celestiales si, teniéndolos en poco en cuanto viviste, todo tu trabajo empleaste en los temporales. Porque tus cosas serán entonces divididas en tres partes: el cuerpo se entregará a los gusanos, el alma a los demonios y los bienes temporales a los herederos, que por ventura serán desagradecidos, o pródigos, o malos. Pues luego mejor será, según el consejo del Salvador (Mt. 19, 21), distribuirlos a los pobres, que te los lleven delante, como hacen los grandes señores cuando caminan, que envían delante sus tesoros, porque ¿qué mayor desatino que dejar tus bienes a donde nunca tornarás y no enviarlos a donde para siempre vivirás?

7.ª *Los bienes que de Dios recibiste son remedios de la miseria humana, no instrumentos de mala vida.*—Considera también que aquel soberano Gobernador del mundo, como un prudente padre de familia, repartió los cargos y los bienes de tal manera, que a unos ordenó para que rigiesen y otros para que fuesen regidos; unos para que distribuyesen lo necesario y otros para que lo recibiesen. Y pues tú eres uno de los que están puestos para despensero de la hacienda que a ti te sobra, ¿parécete que te será lícito para ti solo lo que recibiste para muchos? Porque, como dice San Basilio, de los pobres es el pan que tú encierras, y de los desnudos el vestido que tú escondes, y de los miserables el dinero que tú entierras. Pues sabe cierto que a tantos hurtaste sus bienes a cuantos pudieras aprovechar con lo que a ti sobraba y no aprovechaste.

Por tanto, mira que los bienes que de Dios recibiste son remedios de la miseria humana y no instrumentos de mala vida. Mira, pues, que sucediéndote todas las cosas prósperamente, no te olvides de quien te las da; ni de los remedios de la miseria ajena hagas materia de vanagloria.

Exhortación. No quieras, ¡oh hermano!, amar el destierro más que la patria; ni de los aparejos y provisiones para caminar hagas estorbo del camino; ni amando mucho la claridad de la luna desprecies la luz del mediodía; ni conviertas los socorros de la vida presente en materia de muerte perpetua. Vive contento con la suerte que tienes, acordándote que dice el Apóstol (I Tim. 6, 7): Teniendo suficiente mantenimiento y ropa con que nos cubramos, con esto estemos contentos. Porque, como dice San Crisóstomo, el siervo de Dios no se ha de vestir ni para parecer bien ni para regalo de su carne, sino para cumplir con su necesidad.

Busca primero el reino de Dios y su justicia, y todas las otras cosas te serán concedidas (Mt. 6, 33); porque Dios, que te quiere dar las cosas grandes, no te negará las pequeñas. Acuérdate que no es la pobreza virtud, sino el amor de la pobreza. Los pobres que voluntariamente son pobres, son semejantes a Cristo, que, siendo rico, por nosotros se hizo pobre. Mas los que viven en la pobreza necesaria, y la sufren con paciencia, y desprecian las riquezas que no tienen, de esa pobreza necesaria hacen virtud.

Y así como los pobres con su pobreza se conforman con Cristo, así los ricos con sus limosnas se reforman para Cristo; porque no solamente los pobres pastores hallaron a Cristo, mas también los sabios y poderosos cuando le ofrecieron sus tesoros.

Pues tú tienes bastante hacienda, da limosna a los pobres; porque dándola a ellos, la recibe Cristo, y ten por cierto que en el cielo, donde ha de ser tu perpetua morada, te está guardado lo que ahora les dieres; mas si en esta tierra escondieres tus tesoros, no esperes hallar nada donde nada pusiste. Pues ¿cómo se llamarán bienes del hombre los que no puede llevar consigo, antes los pierde contra su voluntad? Mas por el contrario, los bienes espirituales son verdaderamente bienes, pues no desamparan a su dueño, aun en su muerte, ni nadie se los puede quitar, si él no quisiere.

CAPITULO XLIII

De quiénes pecan contra el séptimo mandamiento y de la obligación de restituir lo ajeno

El séptimo mandamiento es: *No hurtarás.* Este es también negativo y tiene su afirmativo. En este mandamiento

se nos dice que no tomemos a nadie lo que es suyo. En esto tiene lugar la misma razón que en los otros mandamientos, la cual es que prohibiendo el hurto, se sigue luego que son también prohibidas las raíces de donde sale el hurtar. Estas son la avaricia, la codicia de las cosas ajenas, la envidia de ellas, el menosprecio de quien las tiene.

Y por el contrario, se nos manda la disposición que en este caso en nuestro corazón habemos de tener, que es el mandamiento afirmativo que el negativo trae en su compañía y lo presupone. Esta disposición es una buena y larga voluntad de alegrarnos con los bienes de nuestro prójimo, que seamos en esto sanos y liberales y que esté tan lejos de pesarnos de los bienes ajenos, que estemos aparejados para dar de los nuestros cuando ocurriere la necesidad. Quien esta disposición tuviere, tiene aparejo muy fácil para el cumplimiento de las obras de este precepto por la parte que encierra en sí uno afirmativo.

Las obras contrarias a él son tomar alguna cosa de la hacienda ajena contra la disposición y mandamiento de las leyes; robar los hijos y persuadirlos a que hagan alguna cosa mal hecha o que no obedezcan a sus padres; recibir de ellos alguna cosa estando en poder de los padres o tutores. La misma cuenta es de los siervos y mujeres casadas.

Pecan contra este mandamiento. Pecan contra este mandamiento los que no obedecen las sentencias de los jueces que tienen autoridad de juzgar; los que traen demandas injustas, los que injustamente las dilatan; los que no pagan cumplidamente los diezmos de las iglesias, los señores que no pagan a los criados o les dilatan las pagas, con daño y detrimento de ellos; los que no pagan a tiempo o lo alargan, o quieren demandas por traer a los otros a tales conciertos que pierdan de lo que se les debía; los que falsean o mezclan las cosas que venden, o dan uno por otro, o no tal cual había de ser conforme a las leyes que sobre eso están puestas, con palabras, con peso y medidas falsas, y de otras muchas maneras; los que usan de contratos usurarios e injustos; los que contra derecho votan en cabildos, en juicios o ayuntamientos; los que admiten personas indignas o las prefieren a otras para oficios eclesiásticos o seculares; los jueces que permiten malos oficiales que dañan lo que hace o lo menoscaban, porque éstos son todos ladrones de la república. Y según es de más cualidad o de mayor importancia, así será mayor el pecado y el hurto.

Pecan asimismo los que no socorren al prójimo en su

necesidad cuando lo ven en ella, porque tal puede ser la necesidad, que sea quitarle su hacienda. Porque en aquel tal caso como cosa propia se le debía, y no era el que lo había de socorrer, sino un como depositario para proveerlo en viéndolo en tal necesidad.

Finalmente, pecan contra este mandamiento los que desconfían de la verdad, de la bondad y misericordia de Dios, por donde vienen a socorrerse y a remediarse por malos medios y malos consejos. Porque de aquí nace el hurtar y el querer usurpar lo ajeno por tantas y tan malas maneras. Porque ciertamente este demasiado cuidado que tiene el hombre pecador de su honra, y de lo que ha menester, y de lo que ha de dejar a sus herederos, es la fuente de donde mana toda codicia y tantos y tan graves males; que si se confiase verdaderamente de la palabra que Dios tiene dada, de su sabiduría, de su prudencia y de su misericordia, entendería y tendría por cierto que Dios lo sustentaría y lo remediaría en sus necesidades con sólo usar él de lícitos y justos medios; y cualquier cosa que en esto le sucediese, aunque él por entonces no alcanzase a entenderla cumplidamente, la tendría por buena como a cosa guiada por el consejo del Señor y salida de la mano de su verdad y misericordia.

Mas como los pecadores y mundanos tienen por más acertado su consejo que el de Dios, escogen más para sí lo que ellos desean que lo que Él les da, y creen que al mejor tiempo les faltará, y que si van por el camino de Dios, tendrán flaco sustentamiento sus edificios e imaginaciones y darán consigo en el suelo. Por esto póneles las columnas de sus obras, y afírmanlas con sus astucias e invenciones, y creen que serán más durables y firmes con sus urdimbres y robos que con lo que Dios manda y permite.

De aquí nace no haber lealtad entre los hombres, desmandarse los superiores contra los inferiores, los inferiores contra los superiores; que no se guarden leyes ni se tenga respeto a la verdad ni a la justicia; que ninguna cosa esté segura de la codicia y maldad humana; que ni baste obligación ni amistad para poner algún freno en esto, ni la religión de los templos, ni las cosas sagradas, para que no haya tantos sacrilegios públicos y secretos, claros y disimulados, como hay.

De lo que está dicho será facilísima cosa recoger todos aquellos a quien comprende este general vocablo de hurto, los cuales traspasan este mandamiento, y qué es lo que en él se defiende. Y puesto que la brevedad de este volumen no da lugar para que declaremos en particular cada una de las dichas cosas y las confirmemos por testimonio de las Escrituras, con todo, es menester repetir y declarar algunas de

ellas, en que más comúnmente pecan los hombres de este tiempo.

De los usureros. Pero callemos de los robadores, de quien no hay necesidad de decir cosa alguna, porque todos conocen su pecado, y que como San Pablo dice (1 Cor. 6, 9), no poseerán el reino de Dios.

Diremos primeramente de los usureros, los cuales no quieren ser contados en el número de los ladrones, antes presumen que merecen ser alabados, porque socorren a los que padecen necesidad. Lo cual en verdad merecerían si graciosamente hiciesen misericordia. Mas si lo dan por que tornen a recibir doblado lo que dan o con cuatro tantos, y así lo conciertan y lo requieren, no hay duda sino que su liberalidad se convierte en avaricia y su misericordia en crueldad; y pues de esta manera chupan la sangre y el sudor a los pobres, ciertamente son verdaderos y legítimos ladrones.

Pero oigamos lo que la Escritura divina determina de estos tales y lo que enseña acerca de la usura. Dice así el Señor en el Exodo (22, 25): Si prestares tu dinero al pobre que mora contigo en mi pueblo, no le prestarás para cobrarte eso como recaudador de alquileres ni lo oprimirás con usuras. Si tomares de tu prójimo en prenda el sayo o la capa, antes que el sol se ponga vuélvesela, porque no tiene otra con que cubra sus carnes ni tiene otra manta con que se abrigue para dormir. Si diere voces a mí, yo le oiré, porque soy misericordioso.

Y en el Levítico (25, 36) dice: Teme a tu Señor Dios, para que pueda vivir tu hermano contigo; no le des tu dinero a logro, ni le pidas más trigo del que le prestares.

Y el profeta Ezequiel (17, 8) llama justo y bienaventurado al que prestare sin usura y no recibiere más de lo que prestó; y, por el contrario, dice así del usurero: Recibiste logro y más de lo que prestaste, y por avaricia pusiste demanda maliciosamente a tu hermano y te olvidaste de mí, dice el Señor Dios. Por esto me moví a ira y a pasión por tu avaricia (22, 12).

Item en el Deuteronomio (23, 19): No darás a logro a tu hermano ni dinero, ni trigo, ni otra cosa alguna. Y en el mismo lugar dice: Prestarás a tu hermano aquello que ha menester, para que te bendiga el Señor tu Dios.

Y después el Salvador por sí mismo declaró la misma doctrina diciendo (Lc. 6, 35): Haced bien, prestad sin esperanza de ganar con lo que diereis, y tendréis vuestro galardón en los cielos y seréis hijos del Altísimo.

De los mercaderes engañadores. Ahora diré un poco de aquellos que compran o venden con peso o medida engañosa, por mucho que les parezca que no son ladrones ni robadores. Pero ciertamente éstos y los mercaderes que engañan a los mercaderes en el precio, manifiesto hurto cometen, ni amador alguno de justicia pondrá en tal cosa duda.

A los cuales amonesta la Escritura por estas palabras (Deut. 25, 13): No tendrás en tu tienda diversos pesos, uno mayor y otro menor; ni tendrás en tu casa un celemín mayor y otro menor; mas tendrás peso justo y fiel y medida de trigo justa e igual, para que vivas largo tiempo, porque aborrece el Señor a quien esto no guarda y es contrario a toda injusticia. Hallamos también que contra estos ladrones escribe el profeta Amós (8, 4) diciendo: Oíd los que desolláis a los pobres y hacéis perecer a los miserables de la tierra diciendo: cuando viniere agosto, venderemos nuestras mercaderías, acortaremos nuestra medida, con que acrecentaremos el peso con que compremos, y trataremos con balanzas desiguales, y así poseeremos por dinero a los pobres y por un calzado a los necesitados, y venderles hemos las limpiaduras del trigo. ¿No temblará por esto la tierra, y llorarán todos sus moradores, y pasarán como un arroyo que crece súbitamente y luego pasa con ímpetu, como los ríos de Egipto? Entonces, dice el Señor, se pondrá el sol al mediodía, y haré que oscurezca la tierra en medio del día claro, y tornaré vuestras fiestas en llanto, y vestiros he de luto, y pelaré los cabellos de vuestras cabezas, y haré en vuestra ciudad que todos lloren como la madre que llora la muerte de su único hijo, y el remate de vuestros placeres serán días amargos.

Pues ¿qué más tristes nuevas, qué mayores amenazas se podrían decir contra este vicio que éstas? Y el profeta Miqueas (6, 9) dice: Oíd, moradores: ¿quién tendrá tal cosa por buena? Arde todavía el fuego en la casa del malo, tesoros de maldad, y medida desigual llena de ira. ¿Por ventura tendré yo por justa la balanza engañosa, con que los ricos han enriquecido sus casas de maldad, y los que usan de ella hablan mentira, y su lengua está llena de engaños? Pues yo comenzaré a herirte por tus pecados, dice el Señor. Tú comerás y no te hartarás, y serás oprimido por tus enemigos. Tú sembrarás y no cogerás, tú molerás las aceitunas y no tendrás aceite para ungirte, pisarás las uvas y no beberás el vino de ellas.

Pero vengamos ya a los que en compras y ventas hacen engaños, o vendiendo mercaderías bajas por finas o por más caro precio del que comúnmente corre, los cuales no hay duda sino que son culpados de hurto. De los cuales

dice la Escritura (Lev. 25): Cuando vendieres alguna cosa a tu ciudadano o se la comprares, no le hagas agravio. Y el Apóstol manda (Tes. 4): Nadie sea desigual con su hermano, ni lo engañe en los negocios que con él contratare, porque castigará Dios a los tales, como os lo tenemos testificado.

Del patrono y del obrero. Acerca del retener de la soldada o jornal que se debe y no se paga al que lo tiene servido, dice el apóstol Santiago (5, 4): Veis aquí el jornal de los obreros que segaron vuestros panes y no les pagáis; dan voces, y éstas llegan al Señor de los ejércitos. Por esto mandó el Señor en el Deuteronomio (24, 14): No negarás su jornal al pobre y necesitado, ora sea hermano tuyo, ora extranjero que mora en tu tierra y dentro de tus puertas: mas pagarle has el premio de su trabajo antes que se ponga el sol, porque es pobre y con esto sustenta su vida; por que no dé voces al Señor desde la tierra, y por eso seas castigado. Esto es lo que el santo Tobías (4, 15) enseñó santamente a su hijo, diciéndole: A cualquiera que trabajare por tu mandato o en tus obras, págale luego su jornal, y por ninguna manera detengas la paga de tus obreros.

Pero miren también los trabajadores y oficiales que respondan fielmente con su trabajo al galardón que piden o se les promete. Porque si trabajasen poco y perezosa y flojamente y quisieren llevar por entero la paga, ellos serán culpados como si lo hurtasen.

De otros géneros de hurto. Cuanto toca a los avarientos, y a los holgazanes, y a los pródigos, y a los que sin necesidad mendigan, que éstos serán verdaderamente ladrones, no es menester largas pruebas. Porque los hombres escasos, que todo su estudio y amor ponen en conservar y amontonar dinero, y para esto a sí mismos y a los suyos quitan lo necesario, y a los pobres niegan el remedio que pueden y deben darles, pues para esto los hizo Dios despenseros de su hacienda; y los ociosos y pródigos, que destruyen su hacienda y por su culpa vienen a pobreza, a sí mismos hurtan; porque se quitan la sustentación a sí mismos, y a su familia, y a los pobres, a quien pudieran cómodamente socorrer.

De la obligación de restituir lo ajeno. Acerca de este pecado conviene avisar del peligro que hay en retener lo ajeno. Para lo cual es de saber que no sólo es pecado tomar lo ajeno, sino también

retenerlo contra la voluntad de cuyo es. Y no basta que tenga el hombre propósito de restituir adelante, si luego puede; porque no sólo tiene obligación a restituir, sino también a luego restituir: verdad es que si no pudiese luego o del todo no pudiese, por haber venido a gran pobreza, en tal caso no sería obligado a uno ni a otro, porque Dios no obliga a lo imposible

Para persuadir esto, no parece hay necesidad de más palabras que de aquellas que San Gregorio escribe a un caballero diciendo: Acuérdate, señor, que las riquezas mal habidas se han de quedar acá, y el pecado que hicieres en haberlas así, ha de ir contigo allá. Pues ¿qué mayor locura que quedarse acá el provecho, y llevar contigo el daño, y dejar a otro el gusto, y tomar para ti el tormento, y obligarte a penar en la otra vida por lo que otros hayan de lograr en ésta?

Y además de esto, ¿qué mayor desatino que tener en más tus cosas que a ti mismo y padecer detrimento en el alma por no padecerlo en la hacienda, y poner el cuerpo al golpe de la espada por no recibirlo en la capa? Y allende de esto, ¡qué tan cerca está de parecer a Judas el que por un poco de dinero vende la justicia, la gracia y su misma alma! Y finalmente, si es cierto, como lo es, que a la hora de la muerte has de restituir, si te has de salvar, ¿qué mayor locura que, habiendo en cabó de pagar lo que debes, querer estar de aquí allá en pecado, y acostarte en pecado, y levantarte en pecado, y confesar y comulgar en pecado, y perder todo lo que pierde el que está en pecado; que vale más que todo el interés del mundo? No parece que tiene juicio de hombre el que pasa por tan grandes males.

No dilates la restitución. Trabaja, pues, hermano, por pagar muy bien lo que debes y por no hacer agravio a nadie. Procura también que no duerma en tu casa el trabajo y sudor de tu jornalero. No le hagas ir y venir muchas veces y echar tantos caminos por cobrar su hacienda, que trabaje más en cobrarla que en ganarla, como muchas veces acaece con la dilación de los malos pagadores. Si tienes testamentos que cumplir, mira no defraudes las almas de los difuntos de su debido socorro, por que no paguen la culpa de tu negligencia con la dilación de su pena y después cargue todo sobre tu alma. Si tienes criados a quien debas, trabaja por tener muy asentadas y claras sus cuentas, y desembarázate, o a lo menos declárate muy bien con ello, en la vida, para no dejar después marañas en la muerte; lo que tú pudieres cumplir de tu testamento, no lo dejes a otros ejecutores, porque si tú eres descuidado en tus cosas

propias, ¿cómo crees que serán los otros diligentes en las ajenas?

Préciate de no deber nada a nadie, y así tendrás el sueño quieto, la conciencia reposada, la vida pacífica y la muerte descansada. Y para que puedas salir con esto, el medio es que pongas freno a tus apetitos y deseos, y ni hagas todo lo que deseas ni gastes más de lo que tienes, y de esta manera, midiendo el gasto no con la voluntad, sino con la posibilidad, nunca tendrás por qué deber. Todas nuestras deudas nacen de nuestros apetitos, y la moderación de éstos vale más que muchos cuentos de renta. Ten por sumas y verdaderas riquezas aquellas que dice el Apóstol (I Cor. 7, 24): Piedad y contentamiento con la suerte que Dios te dió. Si los hombres no quisiesen ser más de lo que Dios quiere que sean, siempre vivirían en paz; mas cuando quieren pasar esa raya, siempre han de perder mucho de su descanso, porque nunca tiene buen suceso lo que se hace contra la divina voluntad.

CAPITULO XLIV

De la gravedad de las injusticias que se cometen con la lengua

El octavo mandamiento es: *no levantarás contra tu prójimo falso testimonio*. En éste se prohibe el daño que viene de un hombre a otro por parte de la lengua. Esto tiene principal lugar en los juicios, donde se da crédito al testigo y al juez, y los dichos de éstos tienen gran peso y autoridad, y de ellos depende grandemente el perjuicio y provecho de los hombres así en la vida como en la fama y hacienda.

Por esta razón se manda aquí particularmente que el hombre no diga falso testimonio contra su prójimo. Dícelo el testigo que falsa o calumniosa o mañosamente dice su dicho y por cualquier manera que sea es encubridor de la verdad que había de decir. Dícelo el que lo presenta, si lo entiende, y el que se lo persuade, y el juez u oficial que lo sufre o disimula, si lo conoce. Dice falso testimonio el juez que tuerce la ley, que encamina maliciosamente las palabras para alguna de las partes, que no quiere ser informado de la verdad, que no pone diligencia para saberla.

De la gravedad de la calumnia y falso testimonio.

Y bien creo que si los hombres entendiesen cuán grave es este pecado de decir falso testimonio, no andaría tan vulgar como por nuestros pecados vemos que anda. Porque bien mirado es un atrevimiento contra Dios tan grande, que es como decirle que miente o hacer que sea tenido por mentiroso, que es lo mismo.

Esto se prueba así. Dios es el sabedor de toda la verdad, y Él sabe quién la trata y quién no. Él es un oráculo a quien habemos de acudir a que nos la diga, pues Él es el verdadero juez de ella. Quiso, pues, Él que tuviésemos en tanto al hombre, por ser hecho a su semejanza y como lugarteniente suyo en la tierra, que nos dijo y mandó que preguntásemos al hombre esta verdad, que lo que alcanzase de ella él nos lo diría, y así quiere que vayamos al juez para saber la verdad de la justicia y que al testigo preguntemos la verdad de cómo pase el hecho, y así de los otros oficiales. Y éstos dice Él que dirán la verdad. Pues si éstos a quien Dios me manda y me dice que están en su lugar, la encubren o mudan y de la verdad hacen mentira y de la mentira verdad, ¿no es esto querer hacer a Dios mentiroso y desmentir su verdad y el camino y orden que Él dió para que se supiese?

Y esto es lo que quiso el Señor dar a entender en aquellas palabras que por Moisés mandó decir a los jueces de su pueblo (Deut. 1, 16): Oíd a todos igualmente y juzgad lo que sea justo, ora sean vuestros naturales, ora extranjeros: así oiréis al grande como al pequeño, sin hacer diferencia de personas, acordándoos que éste es juicio de Dios. En las cuales palabras da a entender que así como el juez tiene lugar de Dios y ejercita el juicio de Dios, así es obligado a ser justo y verdadero como Dios; y si no lo es, hace a Dios injusto y mentiroso, que es blasfemia insufrible.

Aquí también es de notar que este mandamiento, aunque es negativo, tiene también su afirmativo. Porque pide sencillez de corazón, ánimo libre y fuera de toda malicia y de todo mal respeto; que a no faltar esto, no habría falso testimonio. Quiere Dios que tengamos un juicio sencillo con que no sentenciemos antes de tiempo ni echemos las cosas a peor parte: que con tener prudencia de serpientes para huir de toda ocasión de mal y velar siempre sobre nosotros, tengamos juntamente para con nuestros prójimos sencillez de palomas; que sintamos los trabajos de nuestros hermanos, que favorezcamos sus cosas, que digamos siempre bien de ellos y encubramos cuanto en nos pueden sus faltas.

Y así en este mandamiento, por la parte que es negati-

vo, se defiende toda palabra en que el prójimo puede ser ofendido, y por esto habemos de entender que no sólo son prohibidos los falsos testimonios que en juicio se pueden decir, mas también los que no se dicen en juicio. Finalmente, este mandamiento propiamente es un freno para la lengua, para que nunca se desmande a hablar en daño de otro. Porque la cosa que los hombres más a la mano tienen y de que más ligeramente usan es la lengua; y así es la cosa sobre que menos vigilancia tienen y con que más presto perjudican a su prójimo. Ella es instrumento de la ira, de la soberbia, de la lisonja, de la mentira, de la murmuración y de la vanagloria; todo esto va en un punto a parar allí. Estas son las armas con que más presto nos vengamos, y siendo la cosa con que más daño hacemos, es el daño que entre todos los otros menos estimamos y de que menos nos enmendamos. Esta es la causa por qué nos dió Dios este particular precepto para recogimiento de la lengua.

Y así no sólo pecan contra Él los que dicen falsedad en el juicio, que son los que arriba dije, mas los que la dicen fuera de él, de cualquier manera que sea. Pecan los que descubren las faltas de sus prójimos y hacen que las sepan y entiendan los que no las sabían. Porque dado caso que digan en eso verdad, todavía el descubrirlo trae consigo cierta manera de falsedad, porque es contra el mandamiento de Dios y contra la ley, que expresamente dice que lo que uno no quiera para sí, no lo quiera para otro; y contra el derecho natural, que encubre el secreto con que otro puede ser perjudicado, sin recrecerse de decirlo otro mayor provecho que de callarlo.

De aquí se conoce pecar contra este mandamiento los que presumen de grandes reprendedores y dan a entender tener grande enemistad con los vicios; porque nunca hacen sino decir mal de los que tienen oficios en las repúblicas, de los que están en más altos lugares, contando cuentos y fábulas de ellos. Porque el oficio de tratar de las faltas ajenas es propio de los superiores, que tienen cargo de castigarlas, y de los predicadores, que las han de reprender y enseñar el camino de la enmienda de ellas. Y aun éstos no han de ser tan atrevidos y tan desatentados como algunos se precian de ser, sino con aquella templanza y con aquella consideración y uso que la Escritura divina enseña

De manera que pecan contra este mandamiento todos los murmuradores, sueltos de lengua y mentirosos, y todos los hipócritas, que tienen una cosa y fingen otra. Y aquí también entran los vanagloriosos y lisonjeros, porque todo esto tiene gran parentesco con la mentira y con el fin que ella pretende.

De cuán perjudicial y aborrecible sea el vicio de la murmuración.

Otro pecado que se debe también mucho evitar es el de la murmuración; el cual no menos reina hoy en el mundo que el pasado, sin que haya casa fuerte, ni congregación religiosa, ni lugar sagrado contra él. Y aunque este vicio sea familiar a todo género de personas, porque el mismo mundo con los desatinos que cada día hace, como da materia de llorar a los buenos, así la da de murmurar a los flacos, pero todavía hay algunas personas por natural pasión más inclinadas a él que otras. Porque, así como hay gustos que no arrostran a cosa dulce ni la pueden tragar, sino a cosas amargas y acetosas, así hay personas tan podridas en sí y tan llenas de humor triste y melancólico, que en ninguna materia de virtud ni alabanza ajena toman gusto, sino en sólo mofar, y maldecir, y tratar de males ajenos. De suerte que a todas las otras pláticas y materias están dormidos y mudos, y en tocándose esta tecla, luego parece que resucitan y cobran nuevos espíritus para tratar de esta materia.

Pues, para criar en tu corazón odio de un vicio tan perjudicial y aborrecible como éste, considera tres grandes males que trae consigo. El primero es que está muy cerca de pecado mortal, porque de la murmuración a la detracción hay muy poco camino que andar; y como estos dos vicios sean tan vecinos, fácil cosa es pasar del uno al otro, así como los filósofos dicen que entre los elementos que concuerdan en alguna cualidad es muy fácil el pasaje de uno a otro. Y así vemos acaecer muchas veces que cuando los hombres comienzan a murmurar, fácilmente pasan de los defectos comunes a los particulares, y de los públicos a los secretos, y de los pequeños a los grandes, con que dejan las famas de sus prójimos tiznadas y desdoradas.

Porque, después que la lengua se comienza a calentar y crece el ardor y deseo de encarecer las cosas, tal mal se enfrena el apetito del corazón como el ímpetu de la llama cuando la sopla el viento, o el caballo de mala boca cuando corre a toda furia. Y ya entonces el murmurador no guarda la cara a nadie ni cesa de ir adelante hasta llegar al más secreto rincón de la posada. Y por esta causa deseaba tanto el Eclesiástico (22, 33) la guarda de este portillo cuando decía: ¿Quién dará guarda a mi boca y pondrá un sello en mis labios, para que no venga a caer por ellos y mi propia lengua me condene? Quien esto decía, muy bien conocía la importancia y dificultad de este negocio, pues de sólo Dios deseaba y esperaba el remedio, que es el verdadero médico de este mal, como lo testifica Salomón, diciendo (Prov. 16, 1): Al hombre pertenece aparejar el alma,

mas a Dios gobernar la lengua; tan grande es este negocio.

El segundo mal que tiene este vicio es ser muy perjudicial y dañoso, porque, a lo menos, no se pueden excusar en él tres males: uno del que dice, otro de los que oyen y consienten, y el tercero de los ausentes, de quien el mal se dice; porque como las paredes tienen oídos, y las palabras alas, y los hombres son amigos de ganar amigos y congraciarse con otros llevando y trayendo estas consejas, so color de que tienen mucha cuenta con la honra de las personas, de aquí nace que cuando éstas llegan a oídos del infamado se escandalice, embravezca y tome pasión contra quien dijo mal de él; de donde suelen recrecerse enemistades eternas y aun, a veces, desafío y sangre. Por donde dijo el Sabio (Ecl. 28, 15): El escarnecedor y maldiciente será maldito, porque revolvió a muchos que vivían en paz. Y todo esto, como ves, nació de una palabra desmandada, porque, como dice el Sabio, de una centella se levanta, a veces, una grande llama.

Por razón de estos daños es comparado este vicio en la Escritura unas veces con las navajas, que cortan los cabellos sin que lo sintáis; otras veces con arcos y saetas, que tiras de lejos y hieren a los ausentes; otras veces con las serpientes, que muerden de callada y dejan la ponzoña en la herida. Por las cuales comparaciones el Espíritu Santo nos quiso dar a entender la malicia y daño de este vicio, el cual es tan grande, que dijo el Sabio: La herida del azote deja una señal en el cuerpo; mas la de la mala lengua deja molidos los huesos.

El tercer mal que este vicio tiene es ser muy aborrecible e infame entre los hombres, porque todos naturalmente huyen de las personas de mala lengua como de serpientes ponzoñosas. Por donde dijo el Sabio (Ecl. 9, 25) que era terrible en su ciudad el hombre deslenguado.

Pues ¿qué mayores inconvenientes quieres tú para aborrecer un vicio que por una parte es tan dañoso y por otra tan sin fruto? ¿Por qué querrás ser de balde y sin causa infame y aborrecible a Dios y a los hombres, especialmente en un vicio tan cotidiano y tan usado, donde casi tantas veces has de peligrar cuantas hablares y platicares con otros?

La vida del prójimo es como árbol vedado. Haz, pues, ahora cuenta que la vida del prójimo es para ti como un árbol vedado en que no has de tocar. Con igual cuidado has de procurar nunca decir bien de ti ni mal de otro; porque lo uno es de vano, y lo otro de maldiciente. Sean todos de tu boca virtuosos y honrados, y tenga todo el mundo creído que nadie es malo por

tu dicho. De esta manera excusarás infinitos pecados y otros tantos escrúpulos y remordimientos de conciencia, y serás amable a Dios y a los hombres, y de la manera que honrares a todos, así de todos serás honrado. Haz un freno a tu boca y está siempre atento a engullir y tragar las palabras que se te revuelven en el estómago cuando vieres que llevan sangre. Cree que ésta es una de las grandes prudencias y discreciones que hay y uno de los grandes imperios que puedes tener, si lo tuvieres sobre tu lengua.

Y no pienses que te excusas de este vicio cuando murmuras artificiosamente, alabando primero al que quieres condenar; porque algunos murmuradores hay que son como los barberos, que cuando quieren sangrar, untan primero blandamente la vena con aceite y después hieren con la lanceta y sacan sangre. De éstos dice el Profeta (Salm. 54, 22) que hablan palabras más blandas que el olio, mas que ellas de verdad son saetas.

Y como quiera que sea gran virtud abstenerse de toda especie de murmuración, mucho más lo es para aquellos de quien hemos sido ofendidos; porque cuanto es más fuerte el apetito de hablar mal de éstos, tanto es de más generoso corazón ser templado en esta parte y vencer esta pasión. Y por esto aquí conviene tener mayor recaudo, donde se conoce mayor peligro.

No escuches a los murmuradores. Y no sólo de maldecir y murmurar, sino también de oír lenguas de murmuradores te debes abstener, guardando aquel consejo del Eclesiástico que dice: Tapa tus oídos con espinas y no oigas la lengua del maldiciente. Donde no se contenta con que tapes los oídos con algodón o con otra materia blanda, sino quiere que sea con espinas; para que no sólo no te entren las tales palabras en el corazón holgando de oírlas, sino también punces el corazón del que murmura, haciendo mala cara a las palabras, como más claramente lo significó Salomón cuando dijo (Prov. 25, 23): El viento cierzo esparce las nubes, y el rostro triste la cara del que murmura. Porque, como dice San Jerónimo, la saeta que sale del arco no se hinca en la piedra dura, sino antes de allí resurte y hiere a veces al que la tiró.

Y, por tanto, si el que murmura es tu súbdito o tal persona que sin escándalo le puedes mandar que calle, débeslo hacer; y si esto no puedes, a lo menos entremete otras pláticas discretamente para cortar el hilo de aquéllas, o muéstrale tan mala cara, que él mismo se avergüence de lo que habla, y así quede cortésmente avisado y se vuelva del camino. Porque de otra manera, si le oyes con alegre

rostro, dasle ocasión que pase adelante, y así no menos pecas oyendo tú que hablando él; pues así como es gran mal pegar fuego a una casa, así también lo es estarse calentando a la llama que otro enciende, estando obligado a acudir con agua.

Respeta, sobre todo, el buen nombre de los que sirven a Dios.

Mas entre todas estas murmuraciones, la peor es murmurar de los buenos; porque esto es acobardar a los flacos y pusilánimes y cerrar la puerta a otros más flacos, para que no osen entrar con este recelo. Porque, aunque esto no sea escándalo para los fuertes, no se puede negar sino que lo es para los pequeñuelos. Y por que no tengas en poco esta manera de escándalo, acuérdate que dice el Señor (Mt. 18, 6): Quien escandalizare a uno de estos pequeñuelos que en mí creen, más valdría que le atasen una piedra de tahona al cuello y le arrojasen en el profundo de la mar.

Por eso tú, hermano mío, ten por un linaje de sacrilegio poner boca en los que sirven a Dios; porque, aunque fuesen lo que los malos dicen, sólo por el sobrescrito que traen merecen honra. Mayormente, pues, está Dios diciendo de ellos (Zc. 2, 8): Quien a vosotros tocare, toca a mí en la lumbre de los ojos.

Todo esto que se ha dicho contra los murmuradores y maldicientes, cabe también en los escarnecedores y mofadores. y mucho más, porque este vicio tiene todo lo que el pasado, y sobre todo tiene otra tizne aun más de soberbia, presunción y menosprecio de los otros, por donde es muy más para huir que el otro, como lo mandó Dios en la Ley cuando dijo: No serás maldiciente ni escarnecedor en los pueblos. Y por esto no será necesario gastar más palabras en afear este vicio, pues para esto debe bastar lo dicho.

Tres diferencias de mentiras.

Mas para saber cuándo una mentira es pecado venial o mortal es de notar que los teólogos ponen tres diferencias de mentira. La primera es en daño del prójimo o con intención de eso, y ésta siempre es pecado mortal, si la intención no fuese de tal manera encaminada y el daño tan leve que lo excusase.

La segunda es cuando ya que sea mentira, no es sino para aprovechar a alguien, sin que de allí resulte daño a otro, ni haya tal intención, y entonces es pecado venial.

La tercera es la mentira de broma, que se dice por pasatiempo y no por daño de alguien; y ésta también es pe-

cado venial. Lo mejor sería huir de ella, y mucho más de la costumbre de ella.

Pero sobre todas se ha de huir la mentira, que es perjudicial, y mucho más la que es en perjuicio de la fama; porque con este mandamiento ampara el Señor la buena fama de cada hombre y defiende principalmente cualquier perjuicio que con la lengua puede algún hombre hacer a otro. Porque con la lengua puede una persona dañar, y no menos gravemente que el homicida, o el adúltero, o el ladrón. Antes quien con mentira o falso testimonio corrompe a su prójimo, homicida es, adúltero y ladrón: homicida, porque con su ponzoñosa lengua como con su saeta herbada hiere a su prójimo; adúltero, porque con su desvergonzada mentira infama y pervierte a la muy hermosa y resplandeciente verdad: ladrón, porque con su falso testimonio roba la fama y muchas veces la hacienda de su hermano.

No juzguéis y no seréis juzgados. Con estos dos pecados, como muy vecino de ellos, se junta el juzgar temerariamente; porque los murmuradores y escarnecedores no sólo hablan mal de las cosas que realmente pasan, sino de todo aquello que ellos juzgan o sospechan. Por que no les falte materia de murmurar, ellos mismos la levantan cuando falta con los juicios y sospechas de su corazón, echando a mala parte lo que se podía echar a buena, contra aquello que el Salvador nos manda, diciendo (Mt. 7, 1): No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados.

Esto también muchas veces puede ser pecado mortal cuando lo que se juzga es cosa grave y se juzga livianamente y con poco fundamento.

Mas cuando el juicio fuese más sospecha que juicio, entonces no sería pecado mortal, por la imperfección de la obra.

Estos son los pecados más cuotidianos en que más veces suelen caer los hombres; de los cuales todos debemos siempre huir con suma diligencia; de unos porque son mortales y de otros porque están muy cerca de serlo, además de ser de suyo más graves que los otros comunes veniales. De esta manera conservaremos la inocencia y aquellas vestiduras blancas que nos pide Salomón cuando dice (Ecl. 9, 8): En todo tiempo estén blancas tus vestiduras y nunca jamás falte olio de tu cabeza, que es la unción de la divina gracia; la cual nos da lumbre y fortaleza para todas las cosas, y así nos enseña y esfuerza para todo bien, que son los principales efectos de este olio celestial.

CAPITULO XLV

De la virtud de la religión, que participa de las condiciones de la justicia.—De la grande obligación que tenemos de amar y servir a nuestro Criador

Todo cuanto hasta aquí se ha dicho sirve para declararnos la grandeza de la obligación que tenemos al culto y veneración de esta soberana Majestad, así por razón de su grandeza como por la muchedumbre de sus beneficios y por la providencia paternal que de nosotros tiene, pues aun las bestias fieras reconocen y sirven a sus bienhechores.

Qué tan grande sea la obligación que por todos estos títulos le tenemos, no se puede ni con lenguas de ángeles declarar. Porque la obligación es tan grande cuanto lo es el Señor a quien se debe; y porque su grandeza es infinita, así se le debe amor y reverencia y honra infinita, y por consiguiente, todo lo que le falta para ser infinita, tiene menos de lo que su grandeza merece.

Mas porque nuestra devoción y reverencia, ni la de todos los ángeles, puede llegar a esta medida, bástenos saber que todas las obligaciones que tenemos a amar y reverencias a todas las criaturas excelentes caben en sólo Él. Porque esta reverencia debemos a los príncipes y señores que nos gobiernan, y a los padres que nos engendraron, y a los hombres de excelente santidad, que nos dan ejemplos de virtud, y, finalmente, a todos los bienhechores, de cuyos beneficios nos aprovechamos.

Pues, según esto, mucho más estamos obligados a reverenciar y honrar a nuestro Dios y Señor, en el cual sólo se hallan todos estos títulos y derechos para ser honrado. Porque Él es Rey de los reyes y Señor de los señores, y Padre de los padres, y Santo de los santos y liberalísimo bienhechor sobre todos los bienhechores. Y así todas las obligaciones que tenemos a todos estos géneros de personas eminentes tenemos a sólo Él. Y esto con tanto exceso, que no hay obligación en la tierra que, comparada con la que a Él tenemos, merezca este nombre de obligación, así como no hay perfección merecedora de hon-

ra que, comparada con la suya, merezca nombre de perfección.

Pues de todo lo que hasta aquí está dicho, se concluye que amar, servir y honrar a este soberano Señor, cuya grandeza es incomprensible y cuyos beneficios son innumerables, es una obligación, la más justa, la más santa, más necesaria, más debida, más provechosa, más hermosa, más obligatoria de cuantas todos los entendimientos criados pueden comprender.

Y todos los títulos honrosos que se pueden inventar, aquí se deben, y todo queda corto y bajo para lo que esta obligación merece. Esto se confirma con el común consentimiento de todas las naciones del mundo, porque, como ya dijimos, ninguna hay tan bárbara que, aunque no sepa cuál es el verdadero Dios, no crea que lo hay y no le honre con alguna manera de veneración, aunque se engañe en lo uno y en lo otro.

Magnitud de nuestra deuda con Dios. Y es tanto lo que se debe de amor y servicio a aquella altísima Substancia, que no sólo es verdad lo que alegamos de Isaías (40, 16), que todos los ganados y leña del monte Líbano no bastan para ofrecerle un digno sacrificio, mas si se juntaren en uno los amores de todos los bienaventurados que ven la divina Esencia y, sobre éstos, los de todos los querubines y serafines, que son los espíritus que más arden en amor de ella, y sobre todos éstos el amor de la sacratísima Virgen, que es aún mayor, y encima de todos éstos el del alma de Cristo Nuestro Señor; si todos estos amores se juntaren en uno, con ser tan grandes, quedarán infinitamente más bajos de lo que aquella infinita Bondad merece. Porque todos estos amores, por grandes que sean, son finitos, mas el que se debe a aquella soberana Bondad es infinito, el cual en sólo Dios se halla, que infinitamente se ama como Él lo merece. De modo que en sólo el pecho divino se cumple enteramente la ley del amor que le es debido.

Y conforme a esta medida gradúan los teólogos la fealdad y malicia de la ofensa hecha contra esta soberana Majestad, diciendo que como es contra Majestad infinita, así tiene gravedad infinita, y en ley de justicia merece pena infinita, cual es la del infierno, pues priva de bien infinito, y aun con esta pena no se descarga suficientemente. Porque tal es aquella Bondad, que tal castigo merece quien la ofende.

En qué consiste la verdadera religión. Así como entendemos cuán grande mal sea ofender a aquella soberana Majestad, así también entendemos cuán necesaria es la verdadera religión, la cual, aborrecidos y abominados todos los pecados, se emplea en servir y honrar al mismo Dios. Porque según reglas de filosofía, cuanto una cosa es más mala, tanto su contraria es más buena; y pues tan grande mal es ofender a Dios, por aquí se entenderá cuán grande bien sea honrarle y servirle, que es oficio propio de la verdadera religión.

A la cual nos incitan no sólo las leyes divinas y humanas, mas también la misma naturaleza, como nos lo muestran todas las naciones del mundo, entre las cuales ninguna hay tan bárbara ni tan fiera que no tenga algún conocimiento de Dios y no le ofrezca alguna manera de culto y reverencia, aunque no sepa cuál sea el verdadero Dios.

De lo cual se infiere que necesariamente ha de haber en el mundo alguna verdadera religión, con que el verdadero Dios sea debida y santamente honrado y venerado. Porque de otra manera, vana sería esta inclinación natural si faltase esta religión.

CAPITULO XLVI

De los actos internos de la virtud de la religión.—En el cual se declara qué cosa sea devoción

Devoción, propiamente hablando, es cosa bien diferente de lo que muchos entienden. Porque muchos piensan que devoción es una ternura de corazón que sienten algunas veces los que oran o alguna consolación y gusto sensible de las cosas espirituales, lo cual, propiamente hablando, no es devoción. Porque esta ternura y consolación sensible muchas veces la tienen hombres carnales y sensuales y a las veces personas que están en pecado mortal, y por el contrario, muchas veces los santos varones no sienten nada de esto en su corazón, y no es razón que digamos que a éstos entonces falte la verdadera devoción, ni tampoco que la tengan los otros, siendo lo que son.

Por esta causa dice un doctor que devoción propiamente no es ternura de corazón ni consolación espiritual, sino

una prontitud y aliento para bien obrar y para el cumplimiento de los mandamientos de Dios y de las cosas de su servicio. Porque mirada la significación propia del vocablo, varón devoto es aquel que está dedicado y pronto para el servicio de nuestro Señor: y por consiguiente, devoción será aquella prontitud con que el hombre está ofrecido y aparejado para hacer su santa voluntad.

Y allende de esto, devoción llamamos aquello que acompaña siempre a la buena y santa oración, y lo que siempre la acompaña es esta prontitud y esfuerzo para todo lo bueno, la cual muchas veces se halla sin aquellas consolaciones y ternura de corazón. De donde, así como el caminante, después que ha tomado su refección, siente en sí un nuevo esfuerzo y aliento para caminar aunque no tomase gusto en lo que comió, así la oración, que es un espiritual mantenimiento del alma, causa en ella siempre una prontitud y aliento para andar por el camino de Dios, aunque algunas veces no sienta gusto en ella.

Este efecto de la oración nos representó el Salvador en aquella oración del huerto, de la cual se levantó la tercera vez con tan grande ánimo y esfuerzo para ir a recibir sus enemigos, que con una sola palabra los derribó en tierra (Jn. 18, 6), como quiera que en la tal oración no tuviera gustos y alegrías espirituales, sino, por el contrario, agonías y tristezas tan grandes, que le hicieron sudar gotas de sangre.

Y esto quiso Él que fuese así, no porque su gracia y fortaleza creciesen ni menguasen con la oración, pues Él estaba lleno de todas las gracias, sino para representarnos en su persona la virtud y eficacia de la oración, la cual, si no alcanza siempre aquella ternura de corazón, a lo menos alcanza esta prontitud y fortaleza para todo trabajo, y si no acaba con Dios que nos quite la carga, a lo menos acaba que nos dé fortaleza para llevarla.

Mas es aquí de notar que de esta devoción y prontitud para lo bueno, muchas veces nace aquella consolación espiritual que los simples llaman devoción, y, por el contrario, esta misma consolación acrecienta la verdadera devoción, que es aquella prontitud y aliento para bien obrar, sirviendo como buena hija a su madre y haciendo al hombre tanto más pronto para las cosas de Dios cuanto más alegre y consolado anda dentro de sí mismo. De manera que se ayudan entre sí estas dos virtudes una a otra como una madre a hija e hija a madre. Lo cual muchas veces acaece en las cosas espirituales, como parece en el amor de Dios, el cual es causa del aborrecimiento de los vicios, y, por el contrario, el aborrecimiento de los vicios ayuda y sirve para más amar a Dios.

Cuán grande bien sea la devoción. De lo dicho parece claro cuán gran bien sea la devoción, porque ella es una virtud general que abraza todas las virtudes y hace al hombre despierto y pronto para todo lo bueno. Además de esto es muy alabada esta virtud, porque siempre anda en compañía de otras excelentes virtudes, que con ella tienen grande vecindad y parentesco. Porque todo es cuasi una misma cosa, devoción, oración, contemplación, ejercicio en el amor de Dios, consolaciones espirituales y estudio de aquella divina sabiduría, que es conocimiento amoroso de Dios, que tantas veces es alabado en las Escrituras sagradas.

Todas estas virtudes, aunque en la escuela andan apartadas, en el ejercicio andan juntas; porque donde está la perfecta oración, ahí está la devoción, y la contemplación, y la consolación, y el amor actual de Dios, con todo lo demás, porque es tanta la semejanza que hay entre estas cosas, que fácilmente hay tránsito y pasaje de las unas a las otras; de donde viene a ser que aunque estas virtudes en la naturaleza sean distintas, en el ejercicio, como dije, se practiquen juntas.

Pues siendo esto así, tratar ahora de los medios por do se alcanza la devoción es tratar de los modos por do se alcanza la perfecta oración, y la contemplación, y las consolaciones del Espíritu Santo, y el amor de Dios, y la sabiduría del cielo, y aquella benditísima unión de nuestro espíritu con Dios, que es el fin de toda la vida espiritual, y, finalmente, esto es tratar de los medios por donde se alcanza el mismo Dios en esta vida, que es aquel tesoro del Evangelio (Mt. 13, 45) y aquella preciosa margarita por cuya posesión el sabio mercader alegremente se deshizo de todas sus cosas.

Por do parece que ésta es la más alta teología y más excelente doctrina de cuantas se pueden enseñar, pues aquí se enseña el camino para el sumo bien y paso por paso se arma una escalera para subir por ella a alcanzar el fruto de la suma felicidad, según que en esta vida se puede alcanzar.

Dificultad de alcanzarla. Y pues este bien es tan grande, no se maravillará nadie de que sea también dificultoso, pues ninguna cosa hay en el mundo que no tenga tanto de dificultad cuanto de grandeza. Lo cual se ve aquí claramente, porque sin duda no es cosa fácil quietar una cosa tan bulliciosa como es nuestra imaginación, lo cual se requiere para la verdadera oración y devoción. Conforme a lo cual decía el abad Agatón que entre los trabajos de la vida reli-

giosa no había otro mayor que el de la oración. Porque por experiencia vemos a muchos ejercitarse y perseverar en otros ejercicios, como son ayunos, vigilias, disciplinas y limosnas, los cuales no pueden sufrir el trabajo de la continua oración. Lo cual aun es mucho de maravillar considerando que para esta santa obra tenemos al Espíritu Santo por ayudador, y a los ángeles por ministros, y a los santos por compañeros, y a las Escrituras y sacramentos por estímulos y despertadores de este bien.

Esta dificultad nace de tres raíces: la primera, de la corrupción de la naturaleza, la cual quedó por el pecado tan estragada, que no tiene ya el hombre aquel señorío sobre las potencias de su alma que antes tenía. Y así, la imaginación, que es una de ellas, hace lo que quiere, y vase por do quiere, y desaparece muchas veces, como esclavo fugitivo de casa, sin que lo echemos de ver. Lo cual no todas veces es vicio de la persona, sino de la misma naturaleza, que quedó así por el pecado estragada.

Lo segundo nace también de la mala costumbre que algunos han tenido en dar soltura a su imaginación por discurrir por todo género de pensamientos, por donde viene a ser que después de este mal hábito apenas le pueden atar a un solo objeto como a un pesebre, estando ella habituada a andar suelta y cerrera por todos los baldíos del mundo.

¡Cuántos hay que desean tener devoción pensando en la pasión del Salvador y en otros buenos pensamientos, y así como comienzan a pensar en esto, se les derrama el corazón en mil partes y no pueden tener los ojos fijos en el blanco del crucifijo para enviar allí las saetas de su amor! ¿Sabéis por dónde os viene esto? Porque habéis hecho un mal hábito de dejar ir vuestro corazón por donde a él se le antoja, y cuando después queréis sosegarlo, no podéis, porque está habituado a estar suelto y libre por do ha querido.

Es luego menester que el que se quiere de veras dar a la oración, cierre las puertas de su alma a todo género de pensamientos vanos y desaprovechados y se habitúe poco a poco a retraerla de las cosas exteriores a las interiores y de las bajas a las altas. De esta manera se viene a aquietar nuestra alma, aunque no luego ni muy presto. Mas no por eso habéis de desmayar, porque por fuerza es que así como el alma está de mucho tiempo habituada a este distraimiento, así también ha menester mucho tiempo para habituarla y hacerle perder sus malas mañas; y por tanto más presto se acabará esto, cuanto fuere el hombre más diligente en pensar siempre cosas buenas y cerrar los sentidos a todo aquello que no convenga por este camino.

Lo tercero, nace también esta dificultad de la malicia

de los demonios, los cuales, con la envidia que tienen de nuestra salud, procuran molestar allí más que en otra parte a los que oran, para privarles del fruto inestimable de la oración.

Mucho se pide para lo que mucho vale. Mas contra todas estas dificultades se contrapone la divina gracia, que es más poderosa que todas las cosas. A la cual servirán todos los avisos que al presente daremos, mediante los cuales este camino se hará, con el favor de Dios, de dificultoso fácil, y después, con el uso, suave.

Por lo cual no se debe nadie maravillar que se pidan aquí muchas cosas para conseguir este fin, porque, además de las dificultades susodichas, hase de mirar que aquí tratamos de la perfecta oración, mediante la cual se alcanza la unión de Dios; y por esto no se puede llamar mucho lo que se pide para una cosa tan alta, que hace al hombre un espíritu con Dios. Porque si tantas cosas dice el arte de la alquimia que son necesarias para hacer de un poco de cobre oro, ¿cuánto más será menester para hacer de un hombre Dios?

CAPITULO XLVII

DE LAS COSAS QUE AYUDAN PARA ALCANZAR LA VERDADERA DEVOCIÓN

Mas porque todo esto es obra de gracia y negocio del Espíritu Santo, no pretendemos aquí hacer regla general ni atarle las manos para que no pueda llevar otro camino a quien Él quisiere, ni presumimos tampoco de comprender todo lo que para este negocio se requiere, sino solamente dar algunos avisos a los que de nuevo comienzan y ponerlos en el camino, porque, después de entrados en él, la experiencia del negocio y la asistencia del Espíritu Santo les serán mejores maestros de esta doctrina.

1.ª Grande deseo de alcanzarla. Pues la primera cosa que ayuda para alcanzar este tan grande bien es un grande y cuidadoso deseo de alcanzarlo, según que expresamente lo dice el Sabio por

estas palabras (Sab. 6, 18): El principio para alcanzar la sabiduría es el verdadero deseo de ella.

Y poco antes (6, 13), hablando de este mismo deseo y cuidado, dice así: Clara es y que nunca se marchita la flor de la sabiduría, y fácilmente se deja ver de los que la aman y hallar de los que la buscan. Ella misma se adelanta y previene a los que de veras la desean, para mostrárseles primero, y el que por la mañana madrugare a buscarla, no pasará mucho trabajo, porque a sus puertas la hallará sentada. Porque ella se tiene cuidado de andar por todas partes buscando a los que son mercaderes de ella, y se les muestra con alegre rostro en el camino y con todo cuidado y providencia los sale a recibir.

Hasta aquí son palabras del Sabio, por las cuales viene luego más abajo a concluir lo que arriba dijimos, que el primer principio para alcanzar la sabiduría es el verdadero y entrañable deseo de ella.

El amor del fin, lo primero en el obrar. La razón por qué vale tanto este deseo para hallar a Dios es porque, como dicen los filósofos, en todas las cosas, y señaladamente en las obras morales, el amor del fin es la primera causa que mueve todas las otras a obrar, de tal manera que cuanto es mayor el amor y deseo del fin, tanto es mayor el cuidado y la diligencia que se pone para alcanzarlo.

Si no, dime: ¿quién hizo a Alejandro Magno ponerse a tan grandes trabajos y peligros y emprender tantas batallas, sino el amor grande que tuvo del imperio del mundo? ¿Quién hizo al patriarca Jacob no sentir los siete años de tan duro servicio (Gén. 29, 20), sino el amor grande que tuvo a la hermosura de Raquel? ¿Quién hace al labrador, y al marinero, y al soldado, ponerse a tantas maneras de trabajos y peligros, sino el amor del interés?

Pues si tanto puede el amor de cosas tan bajas, ¿qué haría el amor de este sumo bien si verdaderamente se amase y conociese?

Pues con estas y otras semejantes consideraciones debes atizar y encender en tu corazón cuidadoso este deseo y avivar en ti la avaricia espiritual de estas verdaderas riquezas. Porque este deseo no ha de ser tibio, ni perezoso, ni flojo, sino vivo, diligente, solícito y cuidadoso. Mira tú cuáles andan los avarientos de este siglo y los amadores de la honra o de la hermosura de alguna criatura, que de noche ni de día no piensan en otra cosa sino cómo hallarán camino para salir con lo que desean; y de esta manera procura tú buscar a tu Dios, aunque Él sea merecedor de tanta mayor diligencia que ésta, cuanto vale más que

toda criatura. Mira también cuán cuidadosos andan los capitanes en la guerra cuando tienen puesto cerco sobre algún castillo fuerte y cuántas maneras de ardides y minas buscan para entrarlo; y de esta manera procura tú desvelar y trabajar por conquistar este sumo bien, pues está escrito (Mt. 11, 12) que el reino de Dios padece fuerza y que los esforzados son los que lo arrebatan.

Bienaventurado el que de esta manera busca a Dios, porque sin duda el que así lo busca, algo tiene ya recibido y prendas tiene que le dará lo demás. Víspera de hallar a Dios es el buscarlo, y ya tiene recibidas las primicias del Espíritu Santo quien le busca con este deseo.

Cuando el cazador ve que el perro se apresura más de lo acostumbrado y que sigue alguna vereda derecha con esta prisa, luego entiende que ha dado en el rastro de la caza y comienza ya a alegrarse con la esperanza de ella.

Pues así te debes tú alegrar cuando esto vieres, y tanto cuanto más la grandeza del deseo te hiciere cuidadoso y temeroso, tanto debes estar más seguro, entendiendo que tras de esas flores vendrán los frutos y que ya tiene Dios el uno de los dos pies dentro del alma cuando le ha dado estos deseos vivos de su presencia.

2.ª Diligencia y fortaleza. Este deseo que hemos dicho ha de estar acompañado con una grande diligencia y fortaleza, para que con ella podamos vencer todas las dificultades que de por medio se ofrecieren a estorbarnos este bien. Y aunque este deseo, según que arriba lo figuramos, traiga consigo esta diligencia y fortaleza, todavía será menester que en particular platiquemos algo de ella.

Para cuyo entendimiento has de saber que así como la naturaleza proveyó de dos virtudes y potencias a cada uno de los animales para su conservación, la una que llaman concupiscible, a la cual pertenece desear lo que conviene para la conservación del individuo o de la especie, y la otra que llaman irascible, a la cual conviene pelear y acometer a las dificultades y contradicciones que impiden lo que para esto se desea, así has de entender que estas dos mismas virtudes, en su manera, se requieren para la conservación y sustentación de la vida espiritual, y señaladamente para alcanzar este bien que pretendemos. Porque primeramente es menester aquel deseo grande que dijimos de este bien, el cual nos mueva a buscarlo y procurarlo; y después de esto es menester un esfuerzo y ánimo generoso para acometer y vencer muchas y grandes dificultades que se atraviesan de por medio a impedirlo.

Por aquí entenderás la manquera que tienen los que viven con solos buenos deseos, sin tener esta fortaleza de que hablamos, porque éstos son como animales imperfectos y monstruosos, que tienen concupiscible sin irascible, lo cual así como no bastaría para la provisión y conservación de la vida natural, así tampoco basta para la espiritual. Estos son los deseos del perezoso, de quien dice Salomón (Prov. 13, 4) que ya quiere y ya no quiere y que todo se le va en deseos. Quiere cuando considera la hermosura de la virtud, y no quiere cuando se le presenta la dificultad que hay en ella, porque como animal imperfecto y monstruoso, tiene la una de estas dos virtudes naturales del apetito, que es el deseo, y no la otra, que es el esfuerzo.

Hermosamente dijo Prudencio que todas las virtudes eran viudas sin la paciencia y fortaleza: porque si la virtud carece de fortaleza, claro está que no podrá vencer la dificultad con que ella anda acompañada.

Fuertes, pero humildes. Mas aquí es mucho de notar que así como aquel deseo que arriba dijimos ha de ser acompañado de fortaleza, por que no sea perezoso, así esta fortaleza ha de ser acompañada de humildad por que no sea soberbia. Porque aunque es razón de trabajar en esta demanda todo lo posible y meter en ella todas las velas, pero de tal manera hemos de hacer esto, que creamos muy de veras que no por nuestro trabajo, sino por la divina gracia y misericordia, se ha de alcanzar este bien. Porque, como dice el Sabio (Ecl. 9, 11), no es de los ligeros la carrera, ni de los fuertes la victoria, ni de los artífices la gracia. Pues si esto acaece en las cosas humanas, ¿cuántos más acaecerá en las divinas, que todas van colocadas y guiadas por la gracia? Y porque la gracia principalmente se da a los humildes, como toda la Escritura clama, por eso no menos, sino mucho más, aprovecha la humildad que la fortaleza para alcanzar este bien.

3.ª La guarda y recogimiento del corazón. Supuestos ya estos dos principios y fundamentos, y descendiendo más en particular a tratar esta materia, digo que la primera y principal cosa que más ayuda a la oración y devoción es la guarda y recogimiento del corazón. Porque así como para tañer en una vihuela u en otro cualquier instrumento es menester que esté primero templado y dispuesto, para que se pueda bien tañer en él, así, pues nuestro corazón es el principal instrumento de esta música celestial, es necesario que

esté primero templado y aparejado, porque de otra manera no podrá haber música concertada en instrumento desconcertado.

Y no sólo por esta razón conviene velar sobre esta guarda, sino también por la delicadeza y flaqueza increíble de nuestro corazón, el cual no se puede explicar con palabras cuán fácil sea de derramar y distraer. Porque sin duda una de las grandes miserias del hombre es ver con cuánta dificultad se recoge, y con cuánta facilidad se derrama, y cuánto es menester que trabaje para alcanzar un poco de devoción, y cuán fácilmente la pierde después de alcanzada.

Dicen que la leche y aun algunos otros manjares son tan delicados, que el aire basta para corromperlos, y de la vihuela dicen que el frío y el sereno bastan para destemplarla: pues muy más delicado es sin duda el corazón del hombre y menores causas bastan para destemplarlo.

Finalmente, así como la vista de los ojos se impide con una pequeña mota y sólo un poco de vaho basta para empañar y oscurecer un espejo, así muy pequeñas cosas y muy menudas bastan para anublar la claridad de nuestro corazón y oscurecer los ojos del alma y despojarla de todo buen afecto y devoción. Y por esto con grandísimo recaudo y diligencia conviene velar sobre la guarda de un tesoro tan precioso como éste y que tan fácil es de perder.

De qué cosas ha de estar limpio el corazón.

Y si me preguntas de qué se haya de guardar el corazón, digo que de dos cosas principalmente, conviene saber: de vanos pensamientos y de afectos y pasiones desordenadas. De estas dos cosas conviene que esté libre y limpio el corazón donde se ha de aposentar el Espíritu Santo. De manera que así como los pintores suelen primero limpiar y aparejar las tablas en que algo han de pintar, así se ha de limpiar y aparejar primero la tabla de nuestro corazón, si se ha de pintar en él la imagen de Dios.

Mire, pues, el siervo de Dios por sí en esta parte, porque ésta es una de las principales diferencias que hay entre los buenos y malos, que los malos tienen el corazón como una plaza o como una calle pública, que de día y de noche no se cierra. Mas el corazón del bueno es aquel huerto cerrado, aquella fuente sellada (Cant. 4, 12) de la cual nadie bebe sino sólo Dios.

Y no sólo de los pensamientos, sino mucho más de los afectos y pasiones conviene que esté libre nuestro corazón, porque no hay cosa que más parte sea para perturbarlo que son estas nuestras pasiones naturales, como son

amor, odio, alegría, tristeza, temor, esperanza, deseo, ira, con todas las demás. Estos son los vientos que desasosiegan este mar, y los nublados que oscurecen este cielo, y las pesas que inclinan nuestro espíritu a lo bajo. Porque está claro que las pasiones desasosiegan el corazón con sus cuidados, y derrámanlo con sus apetitos, y cautívanlo con sus afecciones, y ciéganlo con sus perturbaciones y movimientos desordenados.

De donde así como ni estos ojos de carne pueden ver las estrellas ni la hermosura del cielo cuando hace nublado, así tampoco los de nuestra alma pueden contemplar aquella luz eterna cuando están oscurecidos con los nublados y pasiones de esta vida.

No has de ser como la veleta. Servirte ha también esto mismo para que no seas del todo lunático y mudable, como algunos que tienen el corazón como una veleta de tejado, que cada viento la menea. Estos nunca jamás están de un temple ni tienen un ser, porque ya están tristes, ya alegres, ya pacíficos, ya airados, ya graves, ya livianos, ya devotos, ya disolutos, y, finalmente, tantos colores y figuras mudan de dentro, cuantos accidentes y ocasiones se les ofrecen de fuera.

El camaleón es animal sucio y reprobado en la Ley (Lev. 11, 30), y no menos lo son todos aquellos que por él son figurados. Estos son los que se mueven a cada viento, los cuales comúnmente suelen ser hombres sin estabilidad, sin gravedad, sin peso, sin prudencia, sin valor, sin ánimo ni fortaleza para nada. Son livianos, fáciles, pusilánimes, inconstantes, mudables y de quien no se puede esperar cosa grande.

Finalmente, éstos parece que son indignos del nombre de varones, pues tienen los ánimos tan mujeriles y fáciles; a lo menos sonlo del nombre de cuerdos y justos, pues está escrito (Ecl. 27, 12) que el loco es mudable como la luna, mas el justo es como el sol, que permanece siempre en un mismo ser.

Bienaventurados los limpios de corazón. Pues el que de estas dos cosas guardare su corazón, conviene a saber: de pensamientos vanos y pasiones desordenadas, luego alcanzará aquella paz y pureza de corazón que según los filósofos es el principal medio para alcanzar la verdadera sabiduría y según los santos es el fin de la vida espiritual, según que por muy extenso se declara en la primera colación de Casiano. Finalmente, ésta es la última disposición que se requiere para

la contemplación de las cosas divinas, según aquellas palabras del Salvador que dicen (Mt. 5, 8): Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Porque así como en el espejo puro y limpio resplandecen más claros los rayos del sol, así también en el alma purificada y limpia relucen más claros los rayos de la divina verdad.

4.ª Continua memoria de Dios. Para esta guarda del corazón susodicha no hay cosa que tanto aproveche como andar siempre en la presencia de Dios y tenerlo siempre delante los ojos, no sólo en el tiempo de la oración, sino en todo lugar y tiempo. Porque hay algunos que son como los muchachos de la escuela, que mientras están delante de su maestro están muy recogidos y compuestos, y en saliendo de allí disparan por doquiera que los lleva el ímpetu de sus antojos. Pues no debe el siervo de Dios imitar a éstos, sino antes trabajar cuanto le sea posible por conservar aquel calor que sacó de la oración y continuar aquel santo pensamiento que allí tuvo, porque esta continuación es la cosa que más en breve hace subir a la cumbre de la perfección; mas de la otra manera, toda la vida se pasa en tejer y destejer, sin llegar ninguna cosa al cabo.

Pues esta misma presencia y memoria de Nuestro Señor debes tú procurar siempre de tener, para lo cual te aprovechará considerar que, en hecho de verdad, Él está presente en todo lugar, no sólo por potencia y por presencia, sino también por esencia. El rey está en todo su reino por potencia, y en su casa por presencia, mas por esencia no está en más lugar que en donde tiene su cuerpo. Mas Dios en todo lugar está por todas estas maneras susodichas: lo cual, además de la fe, se prueba claro por esta razón: porque Dios es el que da ser y vida a todas las cosas y el principio y causa de todas ellas. Y pues la causa es necesario que esté junta con su efecto, o por sí misma, o por alguna virtud e influencia suya, para que pueda obrar en él, síguese que pues Dios es causa del ser de todas las cosas, que Él está junto con todas ellas, dándoles el ser que tienen. Porque en Dios no hay esa distinción de partes ni de cosas que hay en las criaturas, porque todo lo que hay en Dios es Dios, y por eso, doquiera que está algo de Él está todo Él.

Y pues el ser de las cosas es lo más íntimo que hay en ellas, síguese que Él está más dentro de ellas que ellas están dentro de sí mismas; pues luego ¿qué mucho es traer delante los ojos a aquel que te trae a ti en sus brazos, y te sustenta con sus pies, y te rige con su providencia, y

aquel, finalmente, en quien y por quien vives y eres? (Rom. 11, 38).

Siempre en compañía de Cristo. Éste sea, pues, el testigo de toda tu vida, Éste el compañero de tu peregrinación, a Éste da parte de tus negocios, a Él te encomienda en todos tus peligros, con Él habla entre sueños de noche y con Él despierta cuando te levantares por la mañana. Unas veces míralo como a Dios, beatificando los ángeles en el cielo, y otras como hombre mortal, conversando con los hombres en la tierra: unas veces en el seno del Padre, otras en los brazos de la Madre; unas veces camina con Él a Egipto, otras acompáñalo en la oración del huerto; otras síguelo hasta el monte Calvario, y nunca lo desampares en la cruz. Cuando te sentares en la mesa, la salsa de la comida sea su hiel y vinagre, y la copa de que hubieres de beber, la fuente de su precioso costado. Cuando te acostares a dormir, imagina que la cama es la santa cruz, y la almohada su corona de espinas, y cuando te vistieres o desnudares, piensa con cuánta ignominia lo desnudaron y lo vistieron a Él en su pasión.

Esto es seguir al Cordero con aquellas santas vírgenes por doquiera que va (Apoc. 14, 4), y de esta manera podrás ser discípulo de Cristo y andar siempre en su compañía. En todos estos pasos habla siempre con Él palabras humildes y amorosas, porque con éstas quiere ser tratado aquel que por la grandeza de su majestad debe ser temido y por la de su bondad amado.

El cuerpo en la tierra y el corazón en el cielo. Y no sólo cuando se hace algo de manos, mas también cuando el hombre habla, estudia y negocia puede hurtar muchas veces el corazón a lo que hace, y entrar dentro del templo de su corazón a adorar a Dios, y salir de ahí a lo que piden los negocios, y tornarse luego ligeramente a Dios. En figura de lo cual se escribe de aquellos santos animales que vió Ezequiel (32) que iban y volvían a semejanza de un relámpago resplandeciente, para dar a entender la ligereza con que los varones espirituales han de volver a Dios cuando por alguna piadosa ocasión salieren del secreto de su recogimiento a socorrer al prójimo. Y si alguna vez el hombre tardare y se descuidare en esta vuelta, luego debe herirse con las espuelas de la atención y cuidado y volver las riendas del corazón a Dios, diciendo con el Profeta (Salm. 114, 7): Vuélvete, alma mía, a tu descanso, pues el Señor te ha hecho tanto bien.

Este cuidado susodicho es de inestimable provecho, no sólo para la guarda del corazón, sino también para el buen regimiento y gobierno de la vida. Porque por esta vía trae siempre el hombre como delante de sí uno como juez y testigo de todo lo que hace y dice y esfuérzase por andar con un continuo temor y cuidando de no hacer cosa con que ofenda los ojos de aquel Señor que lo está siempre mirando, y así trabaja por hacer todas las cosas con aquel peso y medida que se debe hacer.

5.ª Uso de oraciones breves. Muy dichoso sería quien pudiese guardar enteramente este documento susodicho; pero a falta de esto es muy grande remedio usar en todo tiempo y lugar de aquellas breves oraciones que San Agustín dice que usaban los Padres de Egipto en medio de sus ocupaciones para no dejar enfriar el calor de la devoción. De manera que así como los que moran en regiones frías procuran estar todo el día encerrados y amparados del frío en sus estufas y chimeneas, mas los que esto no pueden hacer, a lo menos trabajan por llegarse muchas veces al fuego a tomar de allí un poco de calor y luego volver a sus oficios, así lo debe también hacer el siervo de Dios, pues vive en esta miserable región del mundo, donde está tan resfriada la caridad cuan encendida la malicia.

Para esto, pues, sirven estas breves oraciones, que por esto se llaman jaculatorias, porque son como unas saetas amorosas que se arrojan de presto al corazón de Dios, con las cuales el alma se despierta y se enciende más en su amor. Para esto sirven en gran manera muchos versos de David, los cuales debe el hombre traer siempre muy a la mano, para que por ellos se pueda levantar a Dios, no siempre de una manera, porque no tome hastío con unas mismas palabras, sino con toda aquella variedad de afectos que el Espíritu en su alma despertase, porque para todos hallará palabras convenientes en aquellas voces celestiales.

También los tiempos, y los lugares, y los negocios que tratamos, y las cosas que oímos y vemos nos darán ocasión para levantar el corazón a Dios con otras maneras de afectos que de aquellas mismas cosas se levantan; porque el que de verdad ama a Dios, en todas las cosas ve a Dios y todo le parece que le convida a su amor.

6.ª Lección de libros devotos. Para esta misma guarda y pureza del corazón ayuda también la lección devota de libros espirituales, porque, como dice San Bernardo, nuestro corazón es como un molino que nunca para y siempre muele aquello que

echan en él, si trigo, trigo; si cebada, cebada. Y por esto conviene ocuparlo muchas veces con la lección de libros sagrados, por que cuando hubiere de pensar en algo, piense en aquello con que lo tenemos ocupado.

Y por esto San Jerónimo encomienda tanto la lección de las Escrituras santas en todas sus epístolas, y señaladamente en aquella que escribió a la virgen Demetria, donde al principio de la carta dice así: Una cosa te quiero aconsejar, virgen de Cristo, y repetirla muchas y muchas veces, conviene a saber, que ocupes siempre tu corazón en el amor y estudio de las Escrituras sagradas y no permitas que en la buena tierra de tu pecho se siembre mala semilla. Y al fin de la misma carta vuelve otra vez a encargarle este mismo consejo, diciendo: Quiero juntar el fin con el principio, porque no me contento con haber amonestado esto una vez. Ama las Escrituras sagradas, y amarte ha la sabiduría; date a ellas, y guardarte han; abrázalas, y honrarte han.

7.ª Guarda de los sentidos. Para esta misma guarda del corazón aprovecha también la guarda de los sentidos, porque éstos son como las puertas de la ciudad, por donde todas las cosas salen y entran, y por esto, teniendo las puertas a buen recaudo, estará seguro lo demás. Por esto, pues, conviene poner una guarda en los ojos, y otra en los oídos, y otra en la boca, porque por estas puertas entran y salen todas las mercaderías y cosas del mundo dentro de nuestra alma. De manera que el varón devoto ha de ser sordo, y ciego, y mudo, como decían aquellos santos Padres de Egipto, para que, cerradas las puertas de estos sentidos, esté siempre su alma limpia y aparejada para la contemplación de las cosas divinas.

Y porque algunas veces es forzado oír y ver muchas cosas que podrán ser causa de distracción, por esto debe trabajar por oírlas así como por defuera, de tal modo que no se le pegue el corazón a ellas. De suerte que el siervo de Dios ha de tener el corazón como una pared ensebada o como un navío muy bien calafateado y embetunado, que en llegando las aguas a él, luego las despide y deja correr por encima, sin que lo puedan calar adentro ni empaparse en él.

Los que de esta manera guardan su corazón, siempre están pacíficos, y recogidos, y devotos; mas los que abren las puertas a todos vientos y se dejan prender de las afecciones y negocios del mundo, después lo vienen a pagar al tiempo de la oración con la guerra y molestia de pensamientos que allí los cercan.

Estos son los que se andan a ver hermosos edificios de ciudades, de iglesias, de casas y de otras cosas semejantes, y, finalmente, los que procuran ver cosas hermosas y oír cosas nuevas, y así se vuelven a sus casas el corazón lleno de viento y vacío de devoción.

Y los que en estos pasos andan, así como son instables y vagabundos en el alma, así también lo son en el cuerpo, porque apenas pueden estar quietos en un lugar, sino antes discurren y andan de una parte a otra, y cuando no tienen adónde ir, van a donde les lleva el viento, a buscar si hallaren alguna recreación de fuera, porque han perdido la verdadera recreación de dentro. Y muchas veces acaece que en estos tales pasos y caminos el demonio los lleva como a Dina (Gén. 34, 1), a algún tropezadero, donde vengan a perder no solamente la devoción y recogimiento, sino también la castidad e inocencia.

Menester luego excusar todos estos derramamientos, para que, recogidas en uno todas las fuerzas de nuestra alma, tengamos más caudal y virtud para buscar el sumo bien.

8.ª Soledad del espíritu. Ayuda para esto mismo la soledad, porque no sólo quita las ocasiones de distraimiento a los sentidos y al corazón y las ocasiones de los pecados, sino también convida al hombre a que more dentro de sí mismo y trate con Dios y consigo, movido con la oportunidad del lugar, que no admite otra compañía que ésta.

Y para que más te confirmes en esto, oye lo que sobre ello dice San Bernardo: Solo estarás si no tuvieres pensamientos vulgares y comunes, si no deseares los bienes presentes, si menospreciares las cosas de que el mundo se maravilla y tuvieres hastío de lo que desea, si te apartares de contiendas, si no hicieres caso de las pérdidas y daños temporales, si no te acordares de las injurias; porque de otra manera, aunque estés sólo con el cuerpo, no estarás de verdad solo.

¿Ves, pues, cómo puedes estar solo entre muchos, y no solo aunque solo? Así que solo puedes estar entre la compañía de los hombres, y para esto guárdate que no seas curioso, pesquisidor de la vida de nadie, ni juez temerario

9.ª Tiempos y horas diputados para ella. Lo cual no sólo pertenece a religiosos y religiosas, como algunos imaginan, sino también a todos aquellos que de veras desean agradar a Dios y caminar a la perfección. Así lo aconseja San Jerónimo a una noble señora llamada Celancia, en una epístola suya, por estas

palabras: De tal manera quiero que tengas cuidado de tu casa, que des también al alma su tiempo de oración y recogimiento. Y para esto será bien que tengas algún oratorio y lugar secreto que esté un poco apartado del ruido y estruendo de la familia, al cual te debes recoger como a un puerto quieto y libre de la tempestad de los cuidados y negocios del siglo, en el cual no haya otra cosa sino lección de la Escritura sagrada, y oración atenta, y meditación profunda de las cosas advenideras, para que con esta santa ocupación puedas recompensar todas las ocupaciones de los otros tiempos y negocios. Y no decimos esto para apartarte de los tuyos, sino antes para que ahí aprendas y sepas de qué manera te hayas de haber con ellos.

Y si me preguntares cuántas veces al día te debes recoger para esto, no te sabré yo dar regla cierta, porque no tienen todos una misma oportunidad de tiempo y aparejo, sino que todavía me parece ser muy conveniente regla aquella que significó Dios en la Ley (Lev. 6, 12) cuando mandó que en su altar siempre hubiese fuego, y que para esto se tuviese cuidado de cebarlo con leña dos veces al día, a la mañana y a la tarde.

Mas esto no se ha de hacer como por tarea o como obra que se toma a destajo, que es por fuerza que se ha de acabar como quiera que sea, sino como quien, acosado de sus mismas heridas y miserias, se llega al médico de la vida para que le dé remedio.

Los que no tienen aparejo o tiempo para recogerse dos veces al día, a lo menos trabajen por recogerse una, y si aun ésta no pudieren, no sé yo qué consejos les pueda dar sino remitirlos al uso de aquellas breves oraciones que arriba dijimos, las cuales se pueden entremeter en todo género de ocupaciones y negocios, porque con éstas he visto yo sustentarse algunos buenos espíritus, a los cuales la condición y manera de su vida y enfermedades no daban lugar para más. Aunque estas tales oraciones pocas veces se pueden sustentar y continuar cuando falta el cimiento de las otras más profundas y más largas.

10. Continuación y perseverancia en los buenos ejercicios.

Mas aquí es mucho de notar que para que estos santos ejercicios sean provechosos es menester que haya grande continuación y perseverancia en ellos. Porque hay algunos que nunca llevan cosa seguida y continuada, sino que parece que siempre tejen y destejen la tela que dicen de Penélope. Los cuales toman a pecho este camino por tres o cuatro días, y luego aflojan y se descuidan en él de tal manera que cuando vuelven a lo que comenzaron están ya tan fríos

y tan remotos de ello como si nunca lo comenzaran ni supieran jamás qué cosa era oración. Y así vuelven a proponer de nuevo y a trazar otra vez sus ejercicios, y después que han arribado algún tanto, o por el cansancio de la subida o por parecerles que iban ya bien encaminados, tornan a asegurarse y descuidarse del trabajo, y así vuelven a comenzar como de primero, y en esto se les va la vida edificando y destruyendo y trastornando, como dicen, la piedra de Sísifo, que cuando la tenía medio subida al monte, luego se le volvía a caer, y así comenzaba de nuevo a trabajar.

Esta continuación y perseverancia así en los ejercicios de la oración como en el ejercicio y concierto de la vida, dice San Buenaventura que es cosa del mundo que más presto hace llegar a la cumbre de la perfección, porque por poco camino que se ande cada día, si el caminante persevera en él, presto llega al cabo de la jornada. Mas si todo se le va en hacer paradillas y luego tornar a comenzar de nuevo, toda la vida se le pasará en esto, sin llegar al fin de su camino.

Y si alguna vez se ofrecieren casos en que hayas de cortar este hilo por algunas cosas que en esta vida no se pueden excusar, sea de tal manera que no pierdas de vista la guía que va delante, por que no pierdas el tino del caminar. Y si alguna vez también cayeres y desfallecieres como flaco, no por eso desmayes ni pierdas el corazón ni la esperanza; y aunque mil veces al día caigas, mil veces procura de levantarte, y torna presto a atar tu hilo donde se quebró, sin poner tela de nuevo, porque de esta manera llegarás más presto al cabo.

Y no sólo es menester que haya constancia en estos ejercicios, sino también en la manera de ellos. Porque hay algunos que nunca faltan en este ordinario de cada día, pero cada día tienen sus acuerdos y consejos, y hoy toman un camino y mañana otro, y siempre andan mudando hitos, sin tener constancia en ninguna cosa. Unas veces comienzan por la Pasión, otras déjanla y toman otras meditaciones y ejercicios; otras súbense al cielo y, dejada acá abajo la sagrada humanidad, vanse a lo alto de la divinidad; otras dejan todo esto y comienzan otra vez por la memoria de los pecados, de manera que nunca llevan cosa continuada ni seguida, y así nunca llegan al fin de la jornada, al cual sin duda llegarán muy presto si anduvieran siempre en un camino, aunque no fuera el más derecho.

Y así acaece a éstos como a los perros en la caza cuando saltan muchas liebres, que por acometer ya a una, ya a otra, no siguen ninguna hasta el cabo, y así se quedan sin nada. Nunca nace la planta que muchas veces es tras-

plantada ni se cura bien la herida donde se mudan cada día los remedios.

Muchos caminos para ir a Dios. Pues como haya muchos y diversos caminos por donde el hombre pueda caminar a Dios y muchas maneras de consideraciones para levantar el espíritu a Él, mire cada uno cuál es la que más arma a su propósito y la que hace más a su gusto, y ésa trabaje por llevar seguida, porque ésa es la mejor para él.

Mas guárdese de caer en el error de muchos, los cuales, si por algún cierto camino de ejercicio hallaron a Dios, quieren que no haya otro sino sólo aquél, como quiera que los caminos para ir a Dios sean cuasi tantos cuantos son los que caminan a Él, porque el Espíritu Santo, que es la guía, a cada uno lleva por su camino, como Él ve que le conviene o como a Él le place.

11. De algunas otras cosas que ayudan a la devoción. a) *Tiempo conveniente.* — Entre los tiempos de la oración, el más conveniente es el de la media noche, como lo dice San Bernardo en su sermón por estas palabras: El tiempo quieto y sosegado es más aparejado para la oración, especialmente cuando el sueño de la noche pone todas las cosas en silencio, porque entonces sale la oración más pura que en los otros tiempos.

Los que no pueden levantarse a la media noche, trabajen por tomar un pedazo de la mañana. Pues, como dice el Sabio (Sab. 16, 28), conviene madrugar primero que el sol para bendecir al Señor. A la mañana se levantaban los hijos de Israel a coger aquel sabroso maná que contenía en sí toda suavidad y deleite (Ex. 16, 21). A la mañana dice el evangelista que iba el Salvador al monte a hacer oración (Lc. 6, 12).

Mas si por razón de la edad, o enfermedad, o compañía, no pudiere el hombre levantarse a aquella hora, no por eso deje de despertar en ella para ocupar allí un rato su corazón en Dios, porque no es inconveniente, cuando esta necesidad se ofrece, hacer de la cama oratorio, como la hacía el profeta David cuando decía (Salm. 6, 7): Lavaré cada una de las noches mi cama con lágrimas y con ellas regaré mi estrado.

Y no es razón callar, que para esta oración de la mañana ayuda mucho haber tenido un poco de oración antes de acostar, porque a la mañana parece que halla el hombre en su corazón el fruto de aquella buena sementera que de anteanoche sembró.

b) *Lugar.*—El lugar también oscuro y solitario es muy conveniente para la oración, por lo cual nuestro Salvador se iba de noche a los lugares desiertos a orar (Mt. 14, 23), no porque Él tuviese necesidad de esta oportunidad y aparejo, sino para darnos ejemplo de lo que nos convenía hacer. Y si la oscuridad no ayudara mucho para que el corazón no se derramara por los ojos, no se quejara el bienaventurado Antonio del sol cuando amanecía, porque le impedía con su claridad el recogimiento de su contemplación.

c) *Figura y disposición del cuerpo.*—La figura también y disposición del cuerpo ayuda en su manera a levantar el espíritu y despertar la devoción. Por donde la Iglesia ordenó todas aquellas figuras y ceremonias de la misma, porque todas ellas ayudan en su manera a despertar más la devoción. Y así el sacerdote unas veces se pone en cruz, otras se hinca de rodillas, otras inclina el cuerpo hacia abajo, y todo esto sirve, como dijimos, a la devoción interior. Nuestro Salvador, sin tener de nada de esto necesidad, unas veces oraba postrado en tierra y otras levantando los ojos al cielo (Mt. 26, 39).

Mas con todo esto conviene avisar en este paso que no es necesario estar siempre de rodillas en la oración, cuando viéremos que por aquí se impide algo nuestra devoción con la pena y flaqueza del cuerpo. Porque dado caso que sea bueno padecer en la oración algún poco trabajo, el cual se ofrezca a Nuestro Señor en sacrificio por los pecados, mas no es éste el principal fruto de ella, sino el menor, porque en comparación de la lumbre y del gusto de las virtudes que en ella da Dios, muy pequeña parte es la aflicción y ejercicio del cuerpo. Por tanto, de tal manera debe estar el cuerpo en el tiempo de la oración como la salud lo sufra y como el alma esté descansada para vacar al Señor, mayormente si el tiempo es largo de dos o tres horas, como algunos lo usan, de los cuales muy pocos son los que pueden tener el cuerpo penado sin perder la atención que pide este ejercicio.

d) *Asperezas corporales.*—También ayudan a la devoción todas las asperezas corporales, como es la disciplina, y la cama dura, y el cilicio de la santa Judit (8, 6), y el ayuno, de que tanto se preciaron todos los santos, el cual no sólo reprime los vicios, sino también levanta los espíritus a Dios. Todos éstos son unos como postes de la devoción sobre quien ella se sustenta, y sin los cuales suele muy presto caerse. Y así vemos que muy pocas veces se halla devoción en estos ejercicios, ni tampoco ellos sin ella.

e) *Obras de misericordia.*—También las obras de caridad y misericordia, además del mérito y provecho que

hay en ellas, ayudan mucho a la devoción ; porque aunque de presente parece que entibian el alma con sus ocupaciones, pero entíbianla de la manera que el rocío del hisopo a la fragua, que, aunque luego parece que la amortigua, después la hace más arder. Porque como Dios sea tan fiel y tan amigo de los misericordiosos y de la misericordia, siempre tiene cuidado de guardar su ración al siervo fiel y piadoso que a tiempos deja su comida por ir a socorrer a la necesidad ajena.

CAPITULO XLVIII

DE LAS COSAS QUE IMPIDEN LA DEVOCIÓN

Dicho ya de las cosas que ayudan a la devoción, digamos ahora de las que la pueden impedir, para que por todas partes sea ayudado el estudio y ejercicio de las personas devotas.

1.ª Los pecados veniales. El primero y el más principal de todos los impedimentos de que aquí tratamos es el de los pecados, no sólo de los mortales, porque éstos claro está que impiden todos los bienes del alma, sino también de los veniales ; porque a éstos pertenece propiamente resfriar el fervor de la caridad, que es lo que aquí llamamos devoción. De manera que, aunque no quitan del todo la claridad, quítanle las alas con que vuela, y aunque no matan al alma, quítanle la salud y buena disposición con que ella obra y déjanla flaca y pesada para todo bien.

Y por esto el varón devoto ha de traer pleito perpetuo contra este linaje de culpas, las cuales, aunque parecen pequeñas, él no las debe tener por tales, pues que Dios se las defiende. Porque, como dice San Jerónimo, el siervo de Dios no ha de mirar lo que le mandan, sino quien se lo manda, que es Dios ; y pues es cierto que no hay Dios pequeño, no ha de tener el mandamiento ninguno por pequeño, especialmente sabiendo que de una palabra ociosa hemos de dar cuenta en el juicio advenidero (Mt. 12, 36). Por lo cual, como dice el Sabio (Ecl. 7, 19), el que teme a Dios, en ninguna cosa se descuida, por pequeña que sea.

Y además de esto debe mirar que ha de ser grande la pureza del alma donde Dios ha de infundir este ungüento

preciosísimo de la devoción; porque así como el fino rosicler no se asienta sobre barro sino sobre oro, así nunca Dios asentará este esmalte tan precioso sino sobre el alma que estuviere limpia de todo pecado. Y por esto conviene que tengamos siempre en las manos un cedazo muy delgado para cernir todas las obras que hacemos, y la intención con que las hacemos, y el modo con que las hacemos, para que en todo y por todo vayan limpias de toda vanidad y pecado.

2.ª Amargo y desabrido remordimiento de conciencia. Contrario impedimento a éste y poco menos perjudicial es la demasiada pena y desabrimiento que algunos toman por los pecados veniales en que caen, con la cual muchas veces se hacen más daño que con los mismos pecados. Porque como la culpa traiga consigo el remordimiento de la conciencia, hay algunos que toman esto tan por el cabo, que hinchen sus corazones de amarguras y congojas y desabrimientos demasiados, lo cual todo es grande impedimento para la divina suavidad y para el sosiego de la oración.

Y además de esto, como el pecado sea una ponzoña mortal que luego tira al corazón y lo hace desmayar, hay muchos que así como caen en este género de pecados, luego se les cae el corazón y pierden todo el esfuerzo y aliento que tenían para bien obrar. Porque así como no hay cosa que más ayude a todo lo bueno que el vigor y el aliento del corazón, así no hay cosa que más corte los brazos que el desmayo y decaimiento de él.

Esta indiscreción nace unas veces de pusilanimidad, otras de una secreta soberbia, la cual tácitamente hace creer al hombre que es algo y que no había de caer él ya en tales y tales defectos: lo contrario de lo cual presupone el humilde, y por esto no se le hace nuevo caer en defectos, porque eso y más que eso tiene él ya entendido y presupuesto de su gran flaqueza. Nace también esta pusilanimidad de no conocer los hombres la gracia de la redención de Cristo ni saber aprovecharse de la medicina que Él nos dejó en su Pasión y muerte para remedio de estos desmayos y temores.

Sus remedios. Sea, pues, el primer remedio conocer a este Señor y el valor de sus merecimientos, para que no perdamos la esperanza de su misericordia aun en los grandes pecados, cuanto más en los pequeños. Esta esperanza nos da el evangelista San Juan (1, 2, 1) por estas palabras: Hijuelos, esto os escribo por que no pequéis; mas si por ventura pecáredes.

no por eso desmayéis, porque abogado tenemos de nuestra parte ante los ojos del Padre, que es Jesucristo justo, el cual es aplacador de su ira y el que satisface por todos nuestros pecados; y no sólo por los nuestros, sino también por todos los del universo mundo.

Pues ¿qué desconfianza puedes tú tener debajo de las alas y merecimientos de tal intercesor? ¿Qué penitencia podrías tú hacer, ni qué satisfacción podría Dios tomar de tus pecados, que no sea mayor la que tiene ya tomada en las espaldas de su Hijo? Todos cuantos pecados hay en el mundo, delante de sus merecimiento no son más que una pajica liviana delante un fuego infinito. Pues ¿por qué desmayarás, teniendo de tu parte tal satisfacción y tales merecimientos?

Dirás que pecas cada día y cada hora, sin acabar jamás de enmendarte. Dime: si cada día Cristo padeciese de nuevo por los pecados que haces cada día, ¿tendrías razón para desmayar? Dirás que no. Pues ten por cierto que no menos te aprovecha aquella muerte ya pasada que si cada día de nuevo padeciera, porque, como dice el Apóstol, con una ofrenda que ofreció este Sumo Sacerdote en la cruz perfeccionó sus santificados para siempre.

Dices que pecas cada día, recibiendo cada día tantas mercedes de Dios, y que esto no lo puedes sufrir sin desmayar. Dígote de verdad que así como no hay cosa que más declare la maldad del hombre que esa manera de multiplicar pecados estando siempre recibiendo beneficios, así no hay cosa que más declare la grandeza de la bondad de Dios que estar Él siempre lloviendo beneficios sobre quien está siempre haciendo pecados. Nuestra maldad, dice San Pablo, hace más resplandecer la bondad de Dios, porque en hecho de verdad, ni en cielo, ni en tierra, ni en aves, ni en peces, ni en flores resplandece tanto la hermosura y la nobleza de las entrañas de la bondad de Dios como el sufrir y perdonar pecadores.

Por donde, si usares de un poco de prudencia y destreza, del mismo desabrimiento de la culpa podrás, como de un veneno, hacer medicina contra ella, subiendo por ahí al conocimiento de aquella soberana bondad, la cual sufre con tanta benignidad sus ofensas, siendo tantas y tales, que el mismo que las hace no las puede ya sufrir, y cansado ya él mismo de sufrirse, no lo está Dios de perdonarle.

Pues con la miel de esta consideración podrás envolver esa amarga píldora para no sentir demasiadamente el acíbar que hay en ella. Y si de esta manera lo hicieres, algunas veces te acaecerá recibir mayor suavidad con la consideración de esta bondad que desabridamente con la consideración de tu maldad.

3.ª Los escrúpulos. Los escrúpulos también, que nacen de los mismos pecados, suelen impedir mucho la devoción por el desasosiego grande que traen consigo. Porque los escrupulosos siempre andan carcomiéndose consigo mismo: si consentí, si no consentí; si recé, si no recé; si confesé; si no confesé, y así en otras cosas semejantes; lo cual todo es grande impedimento para la paz y sosiego del corazón, en el cual mora Dios. Porque si la cama de aquel Esposo celestial es florida, según se escribe en los Cantares (1, 16), ¿cómo podrá Él reposar en el corazón que está lleno de escrúpulos y congojas, que son como ortigas y espinas? Mas porque no basta decir que se quiten los escrúpulos, si no se da remedio contra ellos, por esto será necesario tratar de lo uno y de lo otro, porque no sea del todo manca y defectuosa esta doctrina.

Origen de los escrúpulos. a) *Especial permisión divina.*—Las causas de los escrúpulos son diversas, y así también lo son los remedios. Porque algunas veces permite Dios esta pasión en los suyos, como permite otras dolencias y trabajos, para que sean como una lima y purgatorio de sus pecados o para mayor mérito y corona de ellos. Y para esto no hay otros mayores consuelos y remedios que los que generalmente se dan para todo género de trabajos, de los cuales está llena toda la Escritura divina.

b) *La enfermedad.*—Otras veces nacen de melancolía, que es un humor aparejado para mover la imaginación y apetito con diversas pasiones de tristezas y temores demasiados, de donde nacen diversos escrúpulos y desasosiegos de la conciencia. Y cuando los escrúpulos nacen de este humor, más necesidad tiene, como dice San Jerónimo, de los remedios de Hipócrates que de los que así se pueden dar.

c) *El amor propio y la ignorancia.*—En otras nacen del amor propio y del no saber hacer los hombres diferencia entre el pensamiento y el consentimiento de la voluntad, por donde muchas veces vienen a tomar lo uno por lo otro y creer que pecaron. Porque el demasiado amor que el hombre se tiene le hace temer más de lo que conviene su peligro, y este temor demasiado, junto con la ignorancia susodicha, hace muchas veces temer donde no hay que temer.

d) *El demonio.*—También esto viene otras veces por obra del enemigo, el cual, si no puede quitar del alma el temor de Dios, trabaja por hacer que no usemos bien de él, empleándole no en temer, como era razón, los verda-

deros peligros, sino los falsos y aparentes. De manera que si no puedes secar la vena de agua viva que envía Dios a nuestra alma, procura de divertirla por otras partes desaprovechadas, porque no se rieguen con ella las plantas saludables de las virtudes. Esta fué la astucia de aquel cruel capitán Holofernes, el cual teniendo cercada la ciudad de Betulia (Judit, 7, 6), ya que no pudo secar la fuente de donde le iba el agua, mandó quebrar los caños por do iba, para que así se divirtiese y derramase, por donde no aprovechase a los moradores de ella.

e) *Desconocimiento de la bondad divina.*—También esto nace de no tener los escrupulosos bien entendida la bondad de Nuestro Señor, y el deseo grande que tiene de la salvación de los hombres, y lo que principalmente les pide para esto. Porque en hecho de verdad los escrupulosos, cuanto es de parte de sus escrúpulos, son muy injuriosos a la divina bondad y no sienten de ella como era razón, antes tratan con Dios como tratarían con un juez muy achacoso que anduviese buscando puntillos de derecho y maneras de calumnias para negar al reo su derecho. De manera que no entienden cuán grande sea el deseo que Dios tiene de la salvación de los hombres, aunque saben el tormento que le daba esta sed en la cruz, la cual sentía más que la misma cruz, pues no quejándose de la cruz, se quejaba de ella.

Tampoco entienden lo que principalmente pide Él al hombre para agradarse de él, que es un corazón determinado en lo bueno o aparejado para cualquier trabajo antes que hacer una ofensa contra Él. Porque a lo menos el hombre que esto conociese y se hallase con tal propósito y determinación como ésta, como por la piedad de Dios se hallan muchos, que por todo el mundo no harían un pecado mortal, los que esto viesen en sí, muy poca razón tenían para tener escrúpulos, teniendo en sus almas una tan rica y tan cierta prenda de la amistad y bienquerencia de Dios como es este propósito y determinación.

Remedios principales contra los escrúpulos.

a) *Obediencia.*—Entre los remedios que se pueden dar contra los escrúpulos, el primero y más principal es sujetarse humildemente al parecer ajeno y dejarse regir por otro. Porque Nuestro Señor, que no falta en las cosas necesarias y que a ninguna dejó sin su remedio, éste fué al que principalmente proveyó para esta dolencia, conviene saber, que cuando el hombre no pudiese curarse por su propia razón y prudencia, se curase por la ajena. Porque en tal estado como éste ni debe el hombre creerse a sí, porque es parte

en esta causa, ni hacerse médico de sí mismo, aunque sea letrado, pues está enfermo. Y por esto quiere el Señor que se deje curar de otro y que le obedezca en todo cuando es persona para eso. Y si por caso errase el aconsejador en lo que decía, no por eso erraba el aconsejado, pues le manda que en este caso siga su consejo.

b) *No dar lugar a los escrúpulos ni condescender en lo que piden.*—Aprovecha también para curar esta dolencia no dar lugar a los escrúpulos en cuanto sea posible ni condescender con ellos en lo que piden. Porque así como el medio que se suele tener para quitar un siniestro a una bestia es no dejarla salir con él, así también conviene hacer esto mismo para curar los siniestros del corazón escrupuloso. Especialmente sabiendo que los escrúpulos son de tal cualidad, que por la misma razón que abrimos la puerta para uno la hemos de abrir para otros muchos, y así nunca el hombre acabará toda la vida con escrúpulos.

Y para ayudar a salir con esto, es mucho de notar una doctrina que Cayetano da en la *Suma* a los que son escrupulosos acerca de la confesión, que es una de las principales cosas en que ellos suelen tropezar; la cual es que no se ha de tener el escrupuloso por tan obligado a confesar todo aquello de que le vienen dudas si lo confesó o no lo confesó, como el que no lo es. Pongamos ejemplo. Si yo, que no soy escrupuloso, tengo duda si me confesé de un pecado o no o si recé una hora canónica o no, estando así formalmente dudoso, obligado seré a hacer por donde salga de esta duda, por no ponerme a peligro de pecado mortal.

Mas si soy escrupuloso, no basta cualquier duda para ponerme en esta misma obligación, porque probablemente puedo creer de mí que la pasión de los escrúpulos, así como me hace muchas veces temer donde no hay que temer, así también me hará dudar donde no hay que dudar.

Y por esto, con mucha razón se aconseja al escrupuloso que después que, una vez se hubiese confesado con mediano aparejo y examen de su conciencia, que no abra la puerta a cualquier duda que después se le ofrezca sobre la confesión pasada, sino que se satisfaga con decir: Yo ya hice un mediano examen para haberme de confesar, y de creer es que como dije otras cosas, también diría esta de que ahora tengo duda con ellas o distintamente, o a lo menos debajo de alguna cláusula general que comprendiese esta culpa con otras semejantes, y esto me debe por ahora bastar, porque si comienzo a hurgar en este cieno, nunca jamás acabaré con escrúpulos, con los

cuales haré gran daño a mi alma y vendré a inhabilitarme y mancarme para todos los ejercicios de oración y de virtud, que es un grande inconveniente.

Y por esta causa tan razonable quiero darme por contento con lo hecho y no dar ocasión a nuevas marañas. Con esto, pues, se debe quietar cualquier escrupuloso, especialmente aquel que siente en su alma aquel santo propósito y determinación que arriba dijimos. Porque el que se halla con un corazón tan aparejado para todo lo que manda Dios, que si fuese menester decir todos sus pecados a voces en la plaza, los diría, ¿qué tiene éste por qué temer?

Y si caso fuese que en hecho de verdad se quedase algún pecado por confesar, quedándose por esta vía, no por eso tiene el hombre por qué temer, porque este dictamen susodicho lo salva. No hizo Dios la confesión para lazo de las conciencias, sino para alivio y descargo de ellas, y sin duda no fuera alivio, sino lazo, si le echara tan grandes cargas y obligaciones como los escrupulosos imaginan.

c) *Conocimiento de los pecados internos.*—Y porque el no saber la diferencia que hay entre el pensamiento y el consentimiento dijimos también que era causa de escrúpulos, será bien que demos alguna luz a los ignorantes en esta parte.

Pues para esto es de saber que con un pensamiento malo se puede haber el hombre en una de cuatro maneras. Porque si cuando el pensamiento se levanta acude luego con el temor de Dios y con la representación y memoria de Cristo crucificado y lo lanza de sí, aquí no hay pecado, sino merecimiento, pues va vencido el enemigo. Mas si algún tanto se detiene en él, ya este detenimiento es culpable, y es pecado venial más grave o más liviano, según fuere mayor o menor el detenimiento, y para acusarse de este exceso no es menester que diga el penitente por menudo todas las particularidades que pensó, como algunos hacen, sino basta que señale la especie del pecado, diciendo: Acúsome que tuve un pensamiento deshonesto, o de ira, o de vanagloria, y no lo deseché tan presto de mí como debiera, antes me detuve algún tanto con él.

Pero si el negocio pasa tan adelante que llega el hombre a consentir en aquel mal pensamiento, determinando de ponerlo por obra si se le ofreciere aparejo para ello, ya esto conocidamente es pecado mortal, y por tal se ha de confesar. Y esto no es malo de conocer, porque el tal consentimiento es una cosa tan fea y tan consentida por todo el hombre y por todas las partes que hay en él, que

muy claramente podrá quienquiera conocer la diferencia que hay entre un simple pensamiento y un consentimiento deliberado de éstos. Porque ésta es ya una manifiesta desvergüenza contra Dios y un dar el hombre sellado y firmado de su nombre, que quiere alzarse y rebelar contra Él y quebrantar sus mandamientos.

Otro grado hay más delicado que éstos, que es el que llaman los teólogos delectación morosa, que es consentimiento deliberado, no en la obra exterior, sino en el deleite del pensamiento interior, que es cuando el hombre determinadamente quiere estarse deleitando en un pensamiento malo, aunque no lo quiere poner por obra, que es, como suelen decir, si no bebo en la taberna, huélgome en ella.

Pues aquí es donde suelen tropezar los escrupulosos y tomar ocasión para sus escrúpulos. Para consuelo de los cuales es de saber que para que esta manera de delectación sea pecado mortal, se requiere que haya en ella consentimiento deliberado de querer el hombre deleitarse y ocuparse en pensar una cosa que de suyo es pecado mortal, como es un pensamiento sucio y torpe. Y digo deliberadamente, porque si esto acaece como a traición, cuando el hombre, sin mirar lo que piensa, se embebece en un pensamiento de éstos y cuando abre los ojos y echa de ver cómo lo que piensa es malo, luego lo lanza de sí, aquí no hay pecado mortal, porque no fué este consentimiento deliberado.

Lo mismo si después que advierte lo que pensaba, y procurando apartarse de ello, apenas lo puede hacer, por estar el corazón ya tan cebado y encarnizado en lo que pensaba, que no lo puede bien sacar de allí, tampoco hay aquí pecado mortal: porque esto procede del ímpetu de la pasión precedente, la cual, así como no fué pecado, porque no fué voluntaria, así tampoco lo será todo lo que después se sigue de ella, porque si la causa no fué pecado, tampoco lo será el efecto que necesariamente de ella se siguió.

Y porque en esta materia hay muchas delicadezas que decir, de que tratan copiosamente los teólogos, solamente diré para este propósito lo que escribe uno de ellos, conviene a saber, que este pecado regularmente no cae sino en personas desalmadas que viven sin temor de Dios, y que si dejan de pecar, no es por respeto de la conciencia. sino de la honra, o del mundo, o por falta de aparejo; las cuales, ya que no pueden salir con lo que pretenden, hacen eso que pueden, que es estarse deleitando en cosas torpes y deshonestas y gozar de aquel deleite fantástico imaginado, porque no pueden gozar de otro.

Con estas cosas y con otras semejantes se podrá curar esta dolencia de los escrúpulos, porque aunque en algunos parece incurable, pero en hecho de verdad no lo es, mayormente en los humildes y sujetos al parecer ajeno, de los cuales muchos hemos visto ya curados y restituídos a la salud.

4.ª Cualquier otra amargura y desabrimiento del corazón. No sólo el desabrimiento que nace de los escrúpulos, pero generalmente cualquier otro desabrimiento y amargura de corazón, ahora nazca de ira, ahora de acidia, o de rencor, o de cualquier otra mala raíz, es impedimento grande para la devoción. Porque como la dulzura o amargura sean cosas entre sí contrarias, claro está que mal podrán caber en un mismo corazón la amargura del vicio y la suavidad de la devoción, que es el más suave de todos los lectuarios del alma.

Para lo cual debemos andar siempre con un santo cuidado de nunca abrir la puerta a ningún género de pensamientos desabridos y congojosos, y cuando alguna vez se nos entraren en casa, echarlos muy presto la puerta fuera, arrojando, como el Profeta dice (Salm. 54, 23), muy confiadamente todos nuestros cuidados en el Señor y haciendo el corazón largo y ancho para todo trabajo con esta fe y esperanza.

5.ª Las consolaciones sensuales. Estos cuatro impedimentos susodichos son algo semejantes entre sí, porque o son pecados o cosa que nace de pecados. Ahora añadiremos otros algunos, los cuales, aunque sean algo diferentes de los pasados, no lo son en el daño que hacen para el fin que pretendemos. Entre los cuales es uno y muy principal el amor y gusto de las consolaciones sensuales, el cual de todo en todo cierra la puerta al amor y gusto de las espirituales. Porque así como nadie envía al cirujano a la casa del sano, sino a la del herido, así nunca Dios enviará aquel Espíritu divino, que tiene por nombre Paracleto, que quiere decir consolador, a la casa de los consolados y alegres, sino a la de los afligidos y tristes por su amor.

Muy mala madrastra es la consolación humana para la divina, y por esto es menester que la una vaya fuera de casa, por que no dé mala vida a la otra.

Contra esto hacen algunos que por una parte querrían tener gusto y sabor en la oración, y después de este ejercicio quieren tener sus pasatiempos y recreaciones, sus pláticas y conversaciones; quieren comer, y beber, y ves-

tir, y tratarse con todo regalo, y, finalmente, de tal manera querrían gozar de Dios, que no querrían perder estos buenos bocados del mundo. Estos no piensan que podrán jamás aprovechar en ésta, camino del cielo mientras anduvieren a este paso.

Por tanto, si quieres gozar cumplidamente de este bien, toma aquel consejo de San Agustín, que en una palabra lo comprendió todo, diciendo: Déjalo todo, y hallarlo has todo; porque todas las cosas hallará en Dios quien todas las dejare por Él.

6.ª Los cuidados demasiados. Contrario impedimento al de los deleites es el de los cuidados, mas no menos dañoso que él. Cuidados y deleites dice el Salvador que son las espinas que ahogan la simiente de la palabra de Dios (Mt. 13, 7). Por donde con mucha razón dice San Bernardo que necesidad y codicia eran las dos principales raíces de todos los males del mundo. Porque todos los males que se hacen, o son por salir de alguna necesidad que nos da pena o por seguir algún deleite que nos dé alegría. Pues los cuidados de estas necesidades son la cosa del mundo que más impide así el gusto de la devoción como el reposo de la oración; porque éstos arrebatan el corazón de tal manera, que no lo dejan pensar en otra cosa que en aquella que los causó; la cual está pungiendo el corazón y dando golpes a la puerta, y solicitándolos por su remedio.

Mas dirás: ¿qué remedio para sacudir estos cuidados que tan fuertemente nos pegan? El remedio es que trabajes cuanto te sea posible por descarnar tu corazón del amor sensual de todas las criaturas, porque de este amor nacen todas estas congojas, según que arriba se declaró. Y, por tanto, si quieres carecer de todos los cuidados, el medio es trabajar por carecer de todos los amores: porque para un salto tan grande como es vivir en esta vida sin cuidados, muy de atrás y muy de lejos es menester que se tome la corrida. Así que en una palabra se concluye toda esta doctrina. No ames, y no te congojarás; no te deleites en la criatura sino según Dios, y no te entristecerás por ella sino según Dios.

El segundo remedio es tomar todos estos cuidados y arrojarlos en los brazos de Dios, teniendo entera fe y confianza que Él pondrá buen cobro en lo que fiáremos de sus manos, pues Él nos manda que lo hagamos depositario de todos nuestros negocios y tomemos solamente a cargo la guarda de sus mandamientos.

Con sólo este recaudo enviaba San Francisco sus frailes

a negociar seguros, diciéndoles aquellas palabras del Profeta (Salm. 54, 23): Arroja todos tus cuidados en el Señor, que Él te proveerá. ¡Oh cuán poquitos cristianos, aunque sea de los muy recogidos, saben hacer esto de verdad! Muchos hombres, dice el Sabio (Prov. 20, 6), se llaman misericordiosos; mas varón fiel, ¿quién lo hallará? Pues ésta es una de las virtudes más propias del verdadero cristiano, ésta es la que más paz acarrea consigo, ésta es en que Dios más veces lo prueba y examina y ésta es, finalmente, la que el hombre menos puede alcanzar por sí si no tiene especial favor de Dios.

7.ª Las ocupaciones excesivas, y más la del estudio y especulación.

Así como impiden los cuidados y congojas del espíritu, así también impiden las ocupaciones y trabajos del cuerpo cuando son demasiados, porque unos embarazan el espíritu para que no pueda orar, y así dejan al hombre sin tiempo y sin espíritu para este ejercicio, que de ambas cosas tiene necesidad.

Y como quiera que hagan esto todas las ocupaciones demasiadas, pero muy más particularmente lo hacen las de los estudios y letras, aunque sean de teología, porque no hay ocupación más contraria a la devoción, que es la especulación del entendimiento, la cual se bebe toda la virtud del alma y deja como yerma y seca la voluntad para que no sienta ni guste de Dios. Porque con las otras ocupaciones que son puramente corporales, aunque fuese cavar o hacer algo de manos, bien se compadece tratar con el espíritu cosas de devoción, como las trataban aquellos Padres del yermo haciendo sus canastillas y labrando sus huertos; mas con las ocupaciones del entendimiento mal se compadecen las de la voluntad, si no se ordenan de tal manera que vengan a servir y no a impedir este ejercicio, como lo hacían los santos cuando estudiaban, y por esto no perdían, sino antes acrecentaban, con esto su devoción.

Mas en las unas y en las otras ocupaciones conviene tener medida, para que no impida lo menos a lo más, conviene a saber, la obra de Marta a la de María, que escogió la mejor parte.

Y para salir con esto son necesarias dos muy señaladas virtudes, que son discreción y fortaleza. La discreción, para entender, como dije, el caudal de nuestras fuerzas y las expensas cuotidianas de tiempo y ejercicio de que tenemos necesidad para tratar la vida concertada. Y entendido esto, es menester una grande constancia y fortaleza para sacudir todos los negocios que fuera de esto nos

ofrecieren y no sujetarnos, salva siempre la obediencia a lo que no podemos llevar. Porque los que se dejan vencer de ruegos, o de importunidades, o de otros respetos humanos, por los cuales se cargan de cuidados demasiados, después vienen a dar con la carga en tierra y no pueden con lo uno ni con lo otro, y así vienen tarde a entender con el mal de su daño la culpa de su indiscreto atrevimiento.

Los que viven debajo de obediencia menos tienen que deliberar en esta parte, porque la obediencia los excusa así de esta perplejidad y trabajo, como de otros muchos, que es un grande bien, aunque mal conocido. Mas con todo esto conviene mirar no sirvamos algunas veces a nuestra voluntad so color de obediencia, como hacen algunos, que cuando les mandan lo que ellos mismos desean y procuran, creen que aquello todo es obediencia.

Estos muchas veces vienen a excusarse de estos santos ejercicios con este título, diciendo que les mandan estudiar, o predicar, o entender en oficios y negocios semejantes. Por cuya causa dicen que no pueden vacar a Dios ni tienen tiempo para ello. Lo cual es un engaño muy grande. Porque no puede haber cargo de mayor obligación y cuidado en la Iglesia de Dios que el del sumo pontificado, de quien depende el bien universal de todo el mundo. Y con todo esto escribe San Bernardo a Eugenio Papa aquellos tan excelentes libros de consideración, en los cuales todo su negocio es aconsejarle que hurte cada día sus ratos de tiempo a los negocios y despachos universales de toda la Iglesia, para ocuparse en este ejercicio, sin el cual no se puede hacer otra cosa bien ordenada.

Y lo que digo de los religiosos, eso digo de los hijos e hijas que están en poder de sus padres, si por ventura los persiguiesen o maltratasen porque se dan algún poco de tiempo a la oración, porque aunque no es lícito desobedecer a los padres, lícito es tomarles algún poco de tiempo para este ejercicio, por que no vengamos a dar en aquella tan peligrosa roca del corazón endurecido de que arriba tratamos.

Porque en hecho de verdad, la miseria del hombre es tan grande, y el mundo tan malo, y los peligros tan cotidianos, que si un poco nos apartamos de Dios, luego somos perdidos. Y sobre todo esto, nuestro corazón es tan inclinado a la carne, que en apartándolo de Dios, que es todo espíritu, luego se hace todo carne.

8.ª La curiosidad. Impide también mucho la devoción el vicio de la curiosidad. La cual puede acaecer en muchas maneras. Porque hay una

curiosidad de querer saber los hechos de los otros y las vidas y negocios ajenos, la cual, además de ocupar el corazón con vanos pensamientos, también lo enreda con diversos afectos y cuidados, con los cuales se pierde la paz y sosiego de la conciencia. Este suele ser ordinariamente vicio de hombres ociosos y holgazanes, los cuales, como no se quieren ocupar en sus negocios, siempre entienden en los ajenos.

Hay otra curiosidad de entendimiento, cual es la de aquellos que, con sólo apetito de querer saber, se dan a leer historias profanas y libros de gentiles, y antigüedades inútiles, y otras cosas semejantes.

Y no menos de aquellos que se dan a la lección de otros autores más graves, no con deseo de alcanzar por ellos la verdadera sabiduría, sino con esta misma curiosidad, buscando allí sólo el artificio y elocuencia de las palabras o algunos puntos y sentencias más curiosas que ellos puedan vanamente enseñar a otros, sin tomar nada para sí.

Estos, dice el Eclesiástico (21, 17) que tienen el corazón como harnero o como cedazo, que despide de sí la flor de la harina y quédase con solas las pajas y salvados; porque así éstos dejan pasar de claro las verdades y sentencias saludables con que se habían de quedar y quédanse con las pajas y salvados, que es con las palabras y artificios en que a manera de bestias se quieren apacentar.

Lo cual sin duda es una cierta señal de ingenios y ánimos desordenados; porque, como dice San Agustín, de generosos y buenos ingenios es no amar en las palabras, sino la verdad que está en ellas.

Hay también otra curiosidad sensual, la cual es un apetito desordenado que muchos tienen de querer que sus cosas sean muy primas y muy bien labradas y pulidas, así la casa y la vestidura como los libros, y las imágenes y otras alhajas semejantes, las cuales cosas ni se pueden adquirir ni conservar sin mucho cuidado, y cuando no se hacen a nuestro gusto, no pueden dejar de dar disgusto y de ponernos en cuidado de volverlas a trazar y ordenar de nuevo, con lo cual se pierde la paz y el reposo de la conciencia y se viene el hombre a meter en cosas excusadas. Lo cual todo está claro que es grande impedimento para la devoción, que requiere el ánimo quieto y reposado y libre de todos estos embarazos.

Pues por esta causa, entre otras muchas, es muy alabada la virtud de la pobreza evangélica, a la cual pertenece cortar de un golpe todas estas curiosidades y demasías y contentarse con cosas viles y despreciadas, a ejemplo de aquel que, siendo señor de todo lo criado, no tuvo

cuando nació otra mejor cama que un pesebre ni otra mejor casa que un establo.

9.ª La interrupción de los buenos ejercicios. También suele ser muy grande y aun muy ordinario impedimento de la devoción el cortar muchas veces el hilo a los buenos ejercicios sin haber causa legítima para ello. Para lo cual es de saber que entre todas las miserias del corazón humano. una de las mayores es que, estando tan vivo y tan presto para cualquiera afecto malo, esté tan frío y tan pesado para lo bueno. Porque no es menester más que un solo pensamiento que pase de vuelo para inflamar todo nuestro corazón y a veces también el cuerpo; y para tener un afecto bueno, como es un poco de devoción, a ratos es menester rodear cielos y tierra, y con todo eso Dios y ayuda.

Así como la interrupción de estos ejercicios impide mucho la devoción, así, por el contrario, la continuación de ellos es la cosa que más ayuda para alcanzarla. El árbol que tiene sus riegos ordinarios a sus tiempos, presto viene a crecer y dar su fruto. El niño que tiene la leche y los pechos aparejados a la hora que quiere, cada día crece y se hace mayor. El estudiante también que siempre cursa las lecciones y sigue siempre la escuela de su maestro, en poco tiempo llega a la perfección de lo que estudia. Así como, por el contrario, el que hace muchas y largas interrupciones, tarde o nunca llegará a ser nada, porque cuando vuelve otra vez a su estudio, ya tiene olvidados los principios, y así todo se le va en comienzos.

Verdad es que cuando esta interrupción es breve y por alguna causa piadosa o necesaria, presto quiere el Señor que se cobre lo perdido, y aun a veces guarda al siervo fiel y obediente la oración doblada después de acabada su obediencia.

También es verdad que esta manera de interrupción con menor peligro pasa en los perfectos que en los principiantes, porque éstos como son aún pobres y necesitados, el día que no lo trabajan, no lo comen. Mas los que son ya más perfectos y ricos, siempre tienen dentro de sí más caudal para sustentarse por algún espacio, aunque no ganen de nuevo. Por lo cual parece que una de las principales diferencias que hay entre los perfectos e imperfectos es ésta: que los perfectos son como árboles de secano, que, aunque estén algunos días sin regarse, todavía conservan su verdor y dan su fruto, mas los imperfectos son como árboles de regadío, que, en faltándoles el riego, luego pierden todo aquel lustre y hermosura que tenían, mostrando bien claro por defuera la virtud y beneficio que les

falta de dentro. De esta manera son ahora la mayor parte de los devotos; mas de la otra, verdaderamente hay muy poquitos.

10. De algunas otras cosas que impiden la devoción.

a) *Regalo y demasía en comer y beber.*—También es muy conocido impedimento para este camino la demasía y regalo en comer y beber, así como, por el contrario, el ayuno y la templanza es grande ayuda para él. Por eso andan siempre juntos en la Escritura divina, como coadjutores y hermanos, el ayuno y la oración, y por esto mismo aquellos santos Padres que se apartaban a los desiertos a vacar a la contemplación eran tan extremados en sus ayunos y abstinencias como leemos en sus historias.

Pues así como el ayuno corporal ayuda a levantar el espíritu a Dios, así, por el contrario, lo abate y derriba la demasía en comer y beber.

b) *Mala disposición y flaqueza del cuerpo.*—Contrario impedimento es a éste, como dice San Bernardo, la demasiada abstinencia y la flaqueza del cuerpo, o cualquier otra mala disposición y necesidad que padezca, ora sea de hambre, o de frío, o de calor, o de cualquier otro accidente. Porque como sea tan grande la liga y amistad que hay entre alma y cuerpo, cuando él está mal dispuesto o necesitado de algo, no puede ella por entonces levantarse libremente a la contemplación de las cosas divinas, a lo menos con sosiego y reposo, porque el dolor de su amigo naturalmente la llama, y la inquieta, y la hace acudir allí donde le duele, sin darle lugar para otra cosa, si Dios con ella por especial privilegio no dispensa, como muchas veces lo hace.

Por esto conviene que el varón devoto tenga tal moderación y templanza en el castigo y tratamiento de su cuerpo, que ni con el demasiado regalo se entorpezca ni con el demasiado rigor se adelgace tanto que venga a dar con la carga en tierra. Porque así como en la vihuela ni conviene que las cuerdas estén muy tiradas, porque quebrarían, ni tampoco muy flojas, porque no harían sonido, así para esa música celestial ni conviene que esté el cuerpo demasiado hambriento ni tampoco harto, porque así lo uno como lo otro impide mucho este ejercicio.

Conclusión: María eligió la mejor parte.

Asienta, pues, en tu corazón con grandísima determinación que el último fin de tu vida es esta comunicación y trato familiar con Dios; piensa que éste sólo es tu pejugar, y tu heredad, y tu tesoro, y tu mayo-

razgo, y tu caudal, y cerrados los ojos a todas las cosas y puesto debajo los pies todo lo demás, sea lo que fuere, trabaja por emplearte siempre en solo esto. Porque sin duda éste es, como dijimos, el fin para que fuiste criado, y ésta es la mejor obra de cuantas puede hacer una criatura, y ésta es la mejor parte que escogió María, y ésta es la que entre todas las cosas es la más necesaria, y ésta es obra de la vida contemplativa, que es muy más perfecta que la activa, y aquí, finalmente, se ejercita nuestro corazón en el amor actual de Dios, que es la mejor de todas nuestras obras, porque, como dice Santo Tomás, la interior afección de la caridad es el más excelente acto y más meritorio de todas las virtudes.

Pues, ¿en qué mejor demanda, en qué más alta empresa puedes tú emplear tu corazón? Y si por ventura eres amigo de saber y deseas alcanzar sabiduría, ten por cierto que aquí enseña Dios a sus familiares amigos más en una hora que todos cuantos maestros hay en el mundo en toda la vida (Sab. 7, 15).

Y demás de esto, la sabiduría que Él así enseña es tan alta, que todo oro, que es toda sabiduría humana, en comparación de ella es un poco de arena, y así como lodo será estimada la plata delante de ella. Porque, como dice el Sabio (Sab. 9, 6), si alguno fuere consumado entre los hijos de los hombres y careciere de tu sabiduría, como en nada será estimado.

Por lo cual, así como a este fin no puedes ni debes anteponer otro fin, así a los ejercicios y medios por donde éste se alcanza, nunca debes anteponer otros negocios ni ejercicios. Todo lo demás sea accidental y accesorio; esto sólo sea lo que nade sobre todo, y prevalezca sobre todo, y reine sobre todo, y por cuyo amor se posponga y sacrifique todo.

CAPITULO XLIX

De la oración.—De la virtud y excelencia de la oración

Oración es, como dicen los santos, un levantamiento de nuestro corazón a Dios, mediante el cual nos llegamos a Él y nos hacemos una cosa con Él. Oración es subir el alma sobre sí y sobre todo lo criado y juntarse con Dios y engolfarse en aquel piélago de infinita suavidad y amor.

Oración es salir el alma a recibir a Dios cuando viene por nueva gracia, y traerlo a sí como a su reino, y aposentarlo en sí como en su templo, y allí poseerlo, y amarlo, y gozarlo. Oración es estar el alma en presencia de Dios y Dios en presencia de ella, mirando Él a ella y ella a Él; la cual vista es de mayor virtud y fecundidad que la de todos los aspectos de los planetas del cielo. Oración es una cátedra espiritual donde el alma, asentada a los pies de Dios, oye su doctrina, y recibe las influencias de su gracia, y dice con la Esposa en sus Cantares (5, 6): Mi alma se derritió después que oyó la voz de su Amado. Porque, como dice San Buenaventura, allí enciende Dios al alma con su amor y la unge con su gracia, la cual, así ungida, es levantada en espíritu, y levantada contempla, y contemplando ama, y amando gusta, y gustando reposa, y en este reposo tiene toda aquella gloria que en este mundo se puede alcanzar.

De manera que la oración es una pascua del alma, unos deleites y abrazos con Dios, un beso de paz entre el Esposo y la esposa, un sábado espiritual en que Dios huelga con ella y una casa de solaz en el monte Líbano, donde el verdadero Salomón tiene sus deleites con los hijos de los hombres. Ella es un reparo saludable de los defectos de cada día y un espejo limpio en que se ve Dios, y se ve el hombre, y se ven todas las cosas. Ella es un ejercicio cotidiano de todas las virtudes, muerte de todos los sensuales apetitos y fuente de todos los buenos propósitos y deseos. Ella es leche de los que comienzan, manjar de los que aprovechan, puerto de los que pelean y corona de los que triunfan. Ella es medicina de enfermos, alegría de tristes, fortaleza de flacos, remedio de pecadores, regalo de justos, ayuda de vivos, sufragio de muertos y común socorro de toda la Iglesia. Ella es una puerta real para entrar al corazón de Dios, unas primicias de la gloria advenidera, un maná que contiene en sí toda suavidad y una escalera como aquella que vió Jacob (Gén. 28, 12) que llegaba de la tierra al cielo, por donde los ángeles siempre suben y descienden, llevando nuestras peticiones a Dios y trayéndonos el despacho de nuestros negocios.

Camino de perfección. Pues, por esto, el que verdaderamente desee caminar a la perfección, y desarraigar de su alma todos los vicios, y plantar en su lugar las virtudes, abrácese con esta virtud, que ella le abrirá camino para todo lo demás. Esto quiso nuestro Salvador enseñar muy a la clara en el misterio de su gloriosa transfiguración, del cual escribe San Lucas (9, 29) que estando haciendo oración en el monte, súbitamente se trans-

figuró, de tal manera, que su rostro resplandeció como el sol y sus vestiduras se pararon blancas como la nieve. Bien pudiera el Señor transfigurarse fuera de la oración, si quisiera; mas quiso Él de propósito que allí fuese, para mostrarnos en la transfiguración de su cuerpo la virtud que la oración tiene para transfigurarse las almas, que es para hacerlas perder las costumbres del hombre viejo y vestirse del nuevo, que es criado a imagen de Dios. Allí es donde se alumbra el entendimiento con los rayos del verdadero sol de justicia y allí es donde se renuevan las vestiduras y atavíos del alma y se paran más blancas que la nieve.

Porque, en hecho de verdad, ésta es una de las principales excelencias de la oración, que con ser ella una virtud, es común despertador y ejercicio de todas las otras virtudes, como lo significa un santo doctor por estas palabras. En el ejercicio de la oración se limpia el alma de los pecados, apaciéntase la caridad, certifícase la fe, fortalécese la esperanza, alégrase el espíritu, derrítense las entrañas, pacifícase el corazón, descúbrese la verdad, véncese la tentación, huye la tristeza, renuévanse los sentidos, repárase la virtud enflaquecida, despídese la tibieza, consúmese el orín de los vicios y en ella saltan centellas vivas de deseos del cielo, entre las cuales arde la llama del divino amor. Grandes son las excelencias de la oración, grandes son sus privilegios. A ella están abiertos los cielos, a ella se descubren los secretos, a ella están siempre atentos los oídos de Dios.

El testimonio de San Buenaventura. Muchos otros testimonios se pudieran traer para confirmación de esta verdad; pero al presente bastará por todos uno solo de San Buenaventura, el cual, tratando de la eficacia maravillosa de esta virtud, dice así:

Si quieres sufrir con paciencia las adversidades y miserias de esta vida, seas hombre de oración.

Si quieres alcanzar virtud y fortaleza para vencer las tentaciones del enemigo, seas hombre de oración.

Si quieres mortificar tu propia voluntad con todas sus aficiones y deseos, seas hombre de oración.

Si quieres conocer las astucias de Satanás y defenderte de sus engaños, seas hombre de oración.

Si quieres vivir alegremente y caminar con suavidad por el camino de la penitencia y del trabajo, seas hombre de oración.

Si quieres ojear de tu alma las moscas importunas de los vanos pensamientos y cuidados, seas hombre de oración.

Si la quieres sustentar con la grosura de la devoción y

traerla siempre llena de buenos pensamientos y deseos, seas hombre de oración.

Si quieres fortalecer y confirmar tu corazón en el camino de Dios, seas hombre de oración.

Finalmente, si quieres desarraigar de tu alma todos los vicios y plantar en su lugar las plantas de las virtudes, seas hombre de oración. Porque en ella se recibe la unción y gracia del Espíritu Santo, la cual enseña al hombre todas las cosas.

Y además de esto, si quieres subir a la alteza de la contemplación y gozar de los dulces abrazos del Esposo, ejercítate en la oración, porque éste es el camino por donde sube el alma a la contemplación y gusto de las cosas celestiales. Ve, pues, de cuánta virtud y poder sea la oración.

Y para prueba de todo lo dicho, dejado aparte el testimonio de las Escrituras divinas, esto baste ahora por suficiente probanza, que hemos oído y visto y vemos cada día muchas personas simples, las cuales han alcanzado todas estas cosas susodichas y otras mayores mediante el ejercicio de la oración. Hasta aquí son palabras de San Buenaventura.

Venid a esta fuente. Pues ¿qué tesoro, qué tienda se puede hallar más rica ni más llena de todos los bienes que ésta? ¡Oh sumario breve de todas las virtudes! ¡Oh atajo seguro y descansado para caminar al sumo bien! Todos los que tenéis sed, venid a las aguas, y los que no tenéis oro ni plata, daos prisa a venir y tomar el agua de vida de balde (Is. 55, 1).

Venid a esta fuente a beber de todos los estados: los casados, los religiosos, los sacerdotes, los del mundo y los de fuera del mundo.

Los que vivís en el mundo, con esta virtud estaréis seguros; los que fuera del mundo, con ella seréis más perfectos; los pecadores, aquí lloraréis vuestros pecados; los justos, aquí seréis más justificados; los que andáis en la guerra, por aquí alcanzaréis victoria; los que vivís en la paz, por aquí crecerá como río vuestra paz. Si tenéis dudas, aquí os encaminarán; si estáis ciegos, aquí os alumbrarán; si enfermos, aquí os curarán; si tibios, aquí os calentarán; si tristes y atribulados, aquí os darán refrigerio. Si deseáis algo, por este medio lo alcanzaréis; si tenéis algo, por aquí lo conservaréis.

Si sois religiosos, para esto dejasteis el mundo; si casados, no hay otra mejor ayuda para llevar las cargas del matrimonio. ¿Sois niño? Aquí os darán leche y os regalarán y traerán en brazos. ¿Sois hombre robusto? Aquí

os darán manjares de más substancia. ¿Deseáis ser sabio? Este es el camino para la verdadera sabiduría. ¿Queréis ser simple? Aquí se aprende la verdadera simplicidad. ¿Sois amigo de regalos? No los hay debajo del cielo mayores que los de la oración. ¿Sois amigo de trabajos? Aquí se da esfuerzo y ánimo para llevarlos. ¿Qué diré? Si quieres andar siempre consolado, y esforzado, y confiado, y alegre, y ocupado en la mejor ocupación y ejercicio de cuantos hay en la tierra, andad siempre en espíritu y oración, y todo lo alcanzaréis.

Esta es aquella preciosa margarita por la cual el sabio mercader vendió todo cuanto tenía para alcanzarla. Esta es el tesoro y heredad que sola hace al hombre verdaderamente rico y bienaventurado. Por ésta se fueron los santos a los desiertos, por ésta dejan los religiosos el mundo, por ésta le era más dulce al papa Gregorio la pobrecilla celda del monasterio que la silla de sumo pontificado. A ésta se ordenan todos los buenos ejercicios: el ayuno, la lección, el coro, las vigilias y otras penitencias y asperezas; y ella es tal virtud, que paga con abundantísimas usuras todo lo que se hace por ella.

CAPITULO L

De las dos maneras de oración, vocal y mental

Resta ahora decir que hay dos maneras de oración: una que se hace con solo el corazón, por eso se llama mental, y es cuando pensamos atentamente en las cosas de Dios y representamos nuestras necesidades a aquel Señor a quien no es menos claro lenguaje el del corazón que el de la lengua.

Otra manera hay de oración, que a la voz del corazón añade las palabras de la boca, que es la que llaman vocal. La cual es en gran manera provechosa para todo género de personas, y mucho más para los que comienzan, si se hace con aquella atención y devoción que se debe hacer. Porque la devoción tiene aquí grandes despertadores en las palabras de Dios, que suelen ser unas espirituales saetas que hieren el corazón, como dice San Agustín, y unas espirituales brasas que lo encienden en su amor, como dice Jeremías. Y así, los que por falta de saber no tienen materia de meditación o por falta de devoción no tienen

lengua para hablar con Dios, vanse en pos de estas sentencias y palabras divinas, y por aquí guían y levantan su espíritu, como hacen los niños, que cuando no saben por sí andar, se arriman a unas carretillas hechas artificiosamente para esto, y así se mueven al movimiento de ellas los que por sí solos no se pudieran mover. Pues de esta manera, los que no saben hablar con Dios con palabras propias, háblanle con las ajenas, con las cuales también provocan y despiertan su devoción. Y cuando los negocios y cuidados de esta vida mortal, como pesas de plomo, tiran por nuestro corazón y lo abajan a la tierra, entonces las palabras santas y devotas lo levantan al cielo; porque la lección de ellas prende el entendimiento, y así no le deja por entonces distraer ni derramarse en otras cosas extrañas.

A todos aprovecha la oración vocal. Y no sólo para los principiantes, sino también para los aprovechados y perfectos ayuda muchas veces esta manera de oración, cuando por distraimiento de negocios, o trabajos de caminos, o fatiga de enfermedades no pueden tan fácilmente levantar el espíritu a Dios, porque entonces es gran remedio ir poco a poco despertando y encendiendo la devoción con palabras santas y devotas. Conforme a lo cual leemos del bienaventurado San Agustín que diez días antes que muriese, mandó que le escribiesen los siete salmos penitenciales y los pusiesen en una pared enfrente de él, y allí los estaba leyendo, derramando muchas lágrimas cuando los leía.

Y con este mismo intento, la santa madre Iglesia, llena del Espíritu Santo, ordenó los cantares de los Salmos y de los otros oficios divinos, para despertar con aquellas celestiales voces la devoción de los que oran. Donde no sólo la virtud y sentido de las palabras, sino también la suavidad y melodía de las voces penetra el corazón y despierta la devoción, como leemos del mismo San Agustín, el cual derramaba muchas lágrimas y sentía grande dulzura oyendo los cantares e himnos de las voces de la Iglesia, que dulcemente resonaban. Porque, como dice un filósofo, naturalmente es tan deleitable la música de nuestra alma, que hasta los niños en la cuna se adormecen y callan con la suavidad de las voces de las madres, que les están dulcemente cantando.

Mas no debe impedir la contemplación. Mas así como las palabras santas y devotas ayudan a despertar la devoción cuando está dormida, así, después que está ya despierta y encendida, muchas

veces la podrían impedir. Porque cuando el alma se levanta y suspende en algún grande afecto y sentimiento de amor o temor de Dios o de la admiración de sus obras, entonces quería ella estarse queda y no salir de allí donde el Espíritu Santo le da aquel sentimiento, y pensar o hablar en otra cosa le es grande trabajo. Y cuando más aquí se juntan las fuerzas del alma a gozar de esta fiesta que Dios le hace, tanto queda más envarada la lengua y todos los otros miembros y sentidos para menos poder usar de sus oficios ni acudir a otra cosa.

Pues cuando algunas veces el hombre se viere en esta disposición y sintiere que la pronunciación de las palabras le es algún impedimento en su devoción, debe dejar luego las palabras, como dice Santo Tomás en la 2-2, c. 83, porque no es razón que lo que se ordenó para la devoción milite contra esa misma devoción para la cual se ordenó.

Por do parece que no aciertan algunas personas devotas que rezando algunas oraciones por sus libros o por sus cuentas y dándoles Nuestro Señor alguna señalada devoción y sentimiento en ellas, y viendo que entonces el proceder y pasar adelante les impide el gusto y sentimiento de aquello que se les dió, todavía prosiguen su intento, no mirando que esto es huir de lo que buscan y desechar lo que ya tenían, pues nos consta que todo esto se ordena a la devoción y que las palabras devotas tanto tienen de más o menos provecho cuanto más o menos sirven para este propósito.

Verdad es que esto no se entiende en las oraciones públicas, que se ordenaron para edificación del pueblo, ni en aquellas a que el hombre está obligado por razón de algún voto o de otro vínculo semejante, sino en las que él toma por su voluntad para despertar con ellas su devoción.

Comenzar por la oración vocal. Y porque, regularmente hablando, al principio de la oración está el hombre frío y al medio y fin más encendido, como arriba declaramos, por tanto es muy buen consejo cuando así se hallare, que es siempre o casi siempre, que comience por la oración vocal y acabe en la mental, rezando primero por libro, o de coro, las oraciones que para esto tuviere señaladas, y después, cuando ya la devoción se comenzare a encender, proceda a la otra manera de orar, o pensando en algún paso de la vida de Cristo, o en algunos de sus beneficios, etc., o hablando con Él, o dándole gracias por los beneficios, o pidiéndole nuevas mercedes, según que adelante se declarará.

CAPITULO LI

DE LA UTILIDAD DE LA ORACIÓN

Regla es de filosofía que todas las causas comunican su virtud y obran conforme a la disposición que hallan en sus sujetos, que es en la materia que han de obrar; como parece claro en el fuego, que mientras más seca se halla la leña, más la quema, y asimismo en el sello, que mientras más blanda está la cera, mejor imprime en ella su figura.

Pues como Dios sea la causa universal de todos los bienes y el autor y dador de la gracia, claro está que mientras el hombre se dispusiere para recibirla, más gracia recibirá. Pues, según esto, quienquiera que atentamente mirare la naturaleza de la oración, hallará que no es otra cosa oración, si se hace como conviene, sino una disposición y aparejo convenientísimo para la gracia. Porque allí el hombre se presenta a Dios, y como a médico verdadero le pone delante sus llagas, y le pide remedio para ellas, y alega para esto todos los títulos y derechos que tiene, que son los merecimientos de Cristo y la misericordia del mismo Dios; y así, confesando por una parte su gran miseria y por otra la grandeza de la divina misericordia, acúsase de sus pecados, propone la enmienda de ellos y pide humildemente perdón a su Criador.

Para la unión con Dios. Lo segundo cónstanos también que no es otra cosa oración, si se hace como conviene, sino allegarse el hombre a Dios y unir su espíritu con Él. Y está claro que en esta manera de unión y de allegamiento consiste la suma de toda nuestra perfección. Porque, como dicen los filósofos, la causa de la perfección de todas las criaturas es Dios, y, por consiguiente, tanto será una criatura más perfecta cuanto más llegare a Él. Mas este allegamiento no ha de ser con pasos de cuerpo, sino de espíritu, por los cuales caminamos a Dios y nos acercamos más a Él, y así nos hacemos participantes de Él. Esto dice San Agustín por estas palabras: Tanto le irá mejor a una criatura cuanto más se llegare a aquel que es mejor que toda criatura, al cual nos allegamos no andando, sino amando:

que es no con pasos de cuerpo, sino con movimientos de corazón.

Pues como la verdadera oración no sea otra cosa sino un allegar nuestro corazón a Dios, claro está que mientras más el hombre se llegare a Él, más ha de participar de su claridad y de su luz, y así cada día se hará más perfecto y más semejante a Él.

Vemos por experiencia que cuanto uno se llega más cerca de la lumbre, más ve, y cuanto más cerca del fuego, más se calienta, porque como este elemento sea tan noble y tan altivo y comunicativo de su virtud, apenas os habéis llegado a él, cuando ya comienza a entregaros todo lo que tiene, sin excepción de ninguna cosa, hasta haceros del todo semejante a sí. Pues si esto hace el fuego por ser tan noble elemento y tan activo, ¿qué hará aquel que es infinitamente más noble y comunicativo y más activo que ninguna criatura, por nobilísima que sea, pues dicen los teólogos que es acto puro sin mezcla de ninguna potencia? ¿Cuánto más se comunicará y cuánto más dará de sí a los que se dieren y llegaren a Él? ¡Oh si de nuestra parte no hubiese impedimentos ni desvíos, cuánto más sería lo que de Él recibiríamos que lo que recibe del fuego quien a él se llega! Y porque sabía muy bien esto el profeta David, nos aconseja con tanto cuidado que nos lleguemos a Él, diciendo (Salm. 33, 6): Allegaos al Señor, y recibiréis lumbre de Él. Y cuál sea esta lumbre, declráralo muy bien otro profeta diciendo (Deut. 33, 2): El Señor tiene en su mano una ley encendida, y los que se llegaren a sus pies recibirán su doctrina. Por donde con mucha razón ponía el santo rey David todo su caudal en esto cuando decía: A mí está muy bien llegarme a Dios y poner en Él mi confianza.

Junto a la fuente de luz y de infinita suavidad.

De aquí nace que, si con todos nuestros impedimentos y desvíos y con estar hechos un tronco de leña verde nos llegamos a Dios por medio de la oración, luego comenzamos a sentir un nuevo calor y alegría en nuestras ánimas, y, por el contrario, una gran tibieza y frialdad cuando nos desviamos de Él; y la causa de esto es que como Él sea fuente de luz y de calor, así como el que se llega al fuego, luego siente y recibe el calor y alegría del fuego; mas en desviándose de él, luego también poco a poco se va enfriando y de ahí a dos horas está ya del todo frío, porque se desvió de la causa del calor, así, ni más ni menos, acaece a los que se desvían o allegan a este divino fuego y ejercicio, como cada día la experiencia nos lo muestra.

Finalmente, si quieres entender esto en una palabra, mira cómo los que tocan almizcle, o algalia, o algunas otras cosas olorosas, luego reciben en sí la virtud y olor de aquellas cosas que tocan, de tal manera, que apenas han puesto las manos en ellas, cuando luego salen oliendo a aquello que tocaron, y así entienden que Dios es una fuente de infinito olor y suavidad, y, por consiguiente, que llegándonos a Él y tocándolo con lo íntimo de nuestro espíritu, luego se nos ha de comunicar algo de su infinita virtud y suavidad.

Mirando a Dios. Demás de esto tiene también la oración por oficio mirar a Dios, lo cual es una cosa que en gran manera ennoblece y perfecciona los ojos de quien lo mira. Porque, como dice Aristóteles, una de las principales diferencias que hay entre las cosas sensibles e inteligibles es que las sensibles, cuando son muy excelentes, corrompen los sentidos que las reciben, como lo hace una grande y súbita luz, que ciega los ojos, y un gran sonido, que atruena los oídos.

Mas, por el contrario, las cosas inteligibles, cuanto son más excelentes, tanto más perfeccionan el entendimiento que las mira, el cual, así como se hace ratero y vil pensando en cosas bajas y viles, así, por el contrario, se ennoblece y perfecciona cuando piensa en cosas altas y excelentes, especialmente cuando piensa en Dios, que es la más excelente de todas las cosas.

Por donde no es de maravillar que la oración sea tanta parte para ennoblecer las ánimas, pues tiene por oficio poner los ojos en aquel cuya vista y contemplación es toda nuestra nobleza y perfección. Sensiblemente se ve que cuando mira el hombre en una cosa agradable a los ojos, como es un prado verde y florido o un espejo de acero, que se alegra y fortifica la vista. Pues ¿qué será mirar en aquel espejo sin mancilla de la majestad de Dios, que tanta virtud tiene para alegrar y fortificar los ojos de quien le mira?

Especialmente que con nuestra vista obligamos a Dios a que nos vea, y mirando a Él, hacemos que también Él nos mire, cuya vista es causa de todo nuestro bien. Si no, dime: ¿qué otra cosa quiso significar Él cuando dijo (Zac. 1, 3): Convertíos a Él, y convertirme he a vosotros, sino miradme, y miraros he?

Alimento del alma. Estas tres razones susodichas son entre sí como parientas y vecinas, porque todas ellas nacen cuasi de una misma fuente, que

es de mirar a Dios, o llegarse a Él, o disponerse para recibir su gracia, que lo comprende todo.

Mas allende de esto tiene aún otra maravillosa propiedad la oración, que es ser ella el pasto y mantenimiento propio de las almas, las cuales viven y se mantienen de consideración. Esta razón es por una parte muy eficaz, y por otra, muy dulce de contemplar. Porque, sin duda, cosa es de grande suavidad pensar en la nobleza de este manjar y considerar cómo el alma vive de Dios y cómo su pasto y mantenimiento es la consideración de las cosas divinas. Y cuando decimos que el alma vive de este manjar, entendemos que mediante él se sustenta, y se repara y deleita, y toma fuerza, y crece en la vida espiritual, que son los efectos que el manjar corporal suele obrar en quien lo come.

Para cuyo entendimiento es de saber que todas las criaturas que tienen vida tienen también su mantenimiento, con que viven, cada una de su manera. Porque unas hay que viven de la tierra, otras del agua, otras del aire, y otras también se dice que viven del fuego; y otras hay más nobles y más excelentes, que viven de otro más noble manjar, que es Dios, de quien se mantienen los ángeles, como lo significó uno de ellos cuando dijo (Tob. 12, 19): Yo de manjar invisible me sustento, que es ver a Dios y contemplar en Él. Porque de esta vista intelectual de la claridad y hermosura de Dios resulta en sus voluntades un amor y una alegría y una hartura tan grande, que basta para darles perfecta vida y cumplida felicidad.

Pues como nuestras almas sean substancias espirituales como los ángeles, necesariamente habemos de confesar que ellas también se mantienen del mismo manjar, que es Dios, y así viven, como ellos, de ver a Dios y contemplar en Él, sino que cual es la vista, tal es la vida; y porque la vista de ellos es clara y la nuestra oscura, por eso la vida de ellos es perfecta y la nuestra imperfecta, y así la suya se llama vida de gloria y la nuestra vida de gracia.

Pues esta vida de gracia decimos aquí que se sustenta con la consideración de las cosas divinas, porque esta vida no es corporal, sino espiritual, que es vivir en caridad y amor; porque la vida espiritual del alma, en amor de Dios consiste. Pues si en este amor ponemos esta manera de vida, ¿qué cosa hay que más ayude a sustentar y encender este amor que la continua consideración de las perfecciones y beneficios divinos? Porque es cierto que así como el fuego se sustenta con la leña, así esta divina llama se sustenta con la leña de estas consideraciones susodichas; pues no es otra cosa cada una de ellas, bien mirado, sino un tizón con que se enciende y aviva más esta llama.

Medicina de nuestras llagas. Y aun si pasas más adelante, hallarás que la oración no sólo es mantenimiento de nuestra alma, sino también medicina de nuestras llagas, porque no hay ejercicio con que ellas más claro se vean y mejor se curen que el de la oración. Porque así como lo oscuro se ve mejor par de lo claro y lo tuerto par de lo derecho, así, en poniéndose el alma en la presencia de Dios, que es luz y regla de todas las cosas, luego ve todas sus falsedades y torcimientos y pide remedio a aquel que así como es dechado de toda rectitud y hermosura, así es remedio de toda miseria.

Vida y alma de la fe. Ninguna cosa errará el que dijere que la oración y meditación, también en su manera, es como vida y alma de la misma fe, y por consiguiente que ella es también el fundamento y principio de todo nuestro bien. Porque, como parece por lo que muchas veces está dicho en este libro, una de las cosas que principalmente intervienen en la oración es la consideración de los misterios de nuestra fe: la cual consideración, ayudada por la caridad, es como una forma y alma de esta fe. Porque el oficio de esta consideración es escudriñar estos misterios, y rumiarlos, y ponderarlos, y entender el tono y la grandeza que hay en ellos. Y así ella es la que desencierra lo encerrado, y despliega lo encogido, y aclara lo oscuro; y así, esclareciendo nuestro entendimiento con la grandeza de los misterios, le da virtud y eficacia para mover nuestras voluntades e inclinarlas a todo bien.

Fuente de divinos deleites. Además de esto tiene aún otra singular dignidad y excelencia la oración, que es gustarse en ella de los deleites espirituales y la divina suavidad, que es una de las grandes ayudas que hay para la virtud y uno de los principales frutos y dones del Espíritu Santo, y tan principal entre ellos, que señaladamente de éste quiso Él ser denominado, llamándose Paracleto, que quiere decir Consolador, porque su principal oficio era consolar las almas y proveerlas de tales y tan maravillosos deleites, que por ellos pudiesen fácilmente despreciar todos los otros deleites.

Que tan grandes seas estos deleites y cuán dulce este maná, no lo puede conocer sino quien lo ha probado (Apoc. 2, 17). Y por esto no hay necesidad de gastar mucho tiempo en explicarlo, porque al que lo ha probado

no hay para qué decírselo, y al que no lo ha probado, por mucho que le digan, no lo entenderá jamás.

Pues estos divinos deleites son el principal instrumento con que Dios levanta el alma de la tierra al cielo y la hace despreciar todas las cosas del mundo. Porque así como dicen allá que los primeros hombres dejaron la bellota cuando hallaron el trigo, así nuestra alma facilísimamente da de mano a todos los deleites de la carne después que halla los del espíritu. Por do parece que la sabiduría divina se ha en esta parte como la madre con el niño, que está comiendo una cáscara de melón o alguna otra cosa dañosa, y como no se la puede quitar de las manos porque luego da gritos, toma otra golosina más saludable y más sabrosa y dala a probar al niño, y después que él la ha gustado, fácilmente acaba con él, que suelta lo que tenía por lo que le dan.

Pues este mismo es el medio que toma aquel celestial Padre para con nosotros, porque conoce Él muy bien nuestra avaricia y golosina y sabe que no queremos dar sin recibir, y por esto nos ofrece los deleites espirituales, para que por ellos desechemos los sensuales; para lo cual no hay otro mejor medio que el susodicho, porque, como dice San Bernardo, en gustándose la suavidad espiritual, luego toda carne pierde su sabor.

Resumen. Veis aquí, pues, hermanos, por cuántas maneras y caminos ayuda la oración a alcanzar toda virtud y perfección, pues, como ya dijimos, ella es la que señaladamente nos dispone para alcanzar la gracia, y la que nos ayuda con Dios y nos hace participar de Él, y la que levanta nuestros corazones a contemplar su hermosura. Ella es el pasto y mantenimiento de todas las virtudes, ella es la principal ayuda e instrumento que la fe tiene para darnos a sentir los misterios divinos, ella es la fuente de todos los espirituales deleites, y en cuya compañía anda siempre la contemplación y amor del sumo bien, en la cual consiste toda nuestra felecidad.

Declárase lo dicho con algunas experiencias.

a) *Vida concertada en presencia de Dios.*—Todas las personas que se dan a la oración ven cada día por experiencia que cuando traen sus ejercicios concertados y los dan el tiempo que requieren, traen tan concertada su vida, tan pura su conciencia, tan alegre su espíritu, tan esforzado su corazón y tan llena su alma de buenos propósitos y deseos, que es cosa de admiración. Allí sienten dentro de sí mismos la presencia

del Señor, y la virtud de su gracia, y cómo los llevan sobre hombros ajenos y sobre alas de águilas, y cómo finalmente los guía Dios por aquel camino que Él promete por Jeremías (31, 9), diciendo: Llevaros he por frescuras y fuentes de aguas y por un camino tan llano, que no tengáis en qué tropezar.

Mas después que por negligencia suya cortan el hilo de estos ejercicios, luego poco a poco comienza el alma a enflaquecerse y a marchitarse y perder todo aquel verdor y frescura que antes tenía; luego no sé cómo desaparecen todos aquellos santos propósitos y pensamientos primeros y comienzan a despertar todas nuestras pasiones, que estaban como adormecidas y sepultadas de antes. Luego se halla el hombre lleno de alegría vana y de liviandad de corazón, amigo de parlar y reír y holgar y de otras semejantes vanidades; y lo que más es: luego los apetitos de la vanagloria y de la ira y envidia y ambición, con todos los demás que estaban como muertos, comienzan a revivir como las brasas, que con el rescoldo de la ceniza parece que estaban muertas, que un poquito que las sopléis vuelven a su primero resplandor.

b) *El caminante, la niebla y el sol.*—Por donde el que atentamente considerare este negocio y lo quisiere explicar por alguna comparación, hallará que el alma que anda con este espíritu de devoción es como el caminante que camina un día de una muy oscura niebla, que mientras ella dura, ninguna cosa ve sino niebla, y no sólo no ve las otras cosas, mas aun apenas se ve a sí mismo. Mas después que comienzan los rayos del sol a resolver la niebla, luego comienzan a descubrirse poco a poco las cosas y a parecer, aunque confusamente, las cabezas de los montes y las copas de los árboles, que antes no se veían, hasta después que, quitada ya del todo la niebla, finalmente se vuelve a cada cosa su figura.

Pues así decimos que la devoción es una como niebla espiritual que pone Dios en el alma del justo, la cual es de tan maravillosa virtud, que mientras ella dura no se ve otra cosa sino Dios, y en todas las cosas parece al hombre que ve a Dios, y tan ocupado anda en este pensamiento, que apenas se acuerda de sí mismo.

c) *Como planta junto a las aguas.*—Hay aún otra experiencia semejante a ésta, con la cual se declara más esta verdad, que es la mudanza súbita que hace la oración en las personas que se llegan a ella. Porque acaece muchas veces estar el hombre distraído, derramado, desconsolado y, finalmente, muy inhábil y pesado para todo lo bueno. Y si estando así entra y persevera fielmente en la oración, a cabo de una o dos horas es tan grande la mu-

danza con que se halla, que le parece que antes era un hombre y ahora otro, según sale mudado de lo que era.

De manera que le acaece como a los que riegan una mata de albahaca u otra cualquier planta semejante, que si ha muchos días que no se regó, está tan fea, tan lacia y tan marchita, que parece que está del todo muerta. Mas si luego le acudís con un jarro de agua, de ahí a una hora la veréis tan verde, tan fresca y tan hermosa que apenas os parece ser la que era.

Y pues esto mismo acaece cada día en la oración, sin duda hemos de confesar que ella también es un riego espiritual de nuestras almas y de todas las plantas de las virtudes, pues todas ellas vemos que resucitan y reverdecen con ella. Por do también parece que así como la tierra sin agua ninguna cosa puede producir, mas en cayendo el agua sobre ella, luego se viste de nuevas flores y hermosura, así el alma sin oración es como aquella tierra sin agua que decía David que ninguna obra virtuosa produce (Salm. 142, 6), mas en regándola con este riego, luego se viste de flores y de verdura, porque luego se llena de santos propósitos y deseos, que siempre andan en compañía de la oración.

d) *El religioso de espíritu aseglarado.*—Añadiré aún otra experiencia singular por la cual se vea la ventaja que hace este ejercicio a otros muchos ejercicios virtuosos.

Vemos cada día muchos religiosos encerrados en sus monasterios y ocupados en todas las observancias y asperezas de la vida monástica, algunos de los cuales dicen cada día misa y ayunan mucha parte del año, y siguen el coro noche y día, con otras muchas obras religiosas en que siempre se ocupan, y que sobre todo esto viven en un estado perfectísimo, el cual los hace libres de todas las ocasiones de cuidados y negocios del mundo. Y con todo esto, si por ventura les falta el uso de la oración interior, veréis a muchos de ellos tan secos, tan sin espíritu, tan fríos en el amor de Dios y tan calientes en el del mundo y, finalmente, tan ajenos de aquella perfección y pureza del Evangelio como unos puros seglares.

e) *Madre de familia y cristiana perfecta.*—Y por otra parte hallaréis una mujer casada, que es un estado sin comparación menor que aquél, cargada de hijos y familia y casa que gobernar y que ninguna cosa hace de todas aquéllas, porque el estado no lo sufre, y si con todo esto procura recogerse cada día sus tiempos ciertos y ejercitarse en esta manera de oración y continuar el uso de los sacramentos, veréis en su alma una simplicidad y pureza tan grande, una castidad tan pura, una devoción tan entrañable, un amor de Dios tan encendido, un des-

precio del mundo, unas entrañas tan abiertas para con los prójimos y una memoria de Dios tan continua, con otras virtudes tan grandes, que por un cabo os ponen admiración y por otro vergüenza y confusión de veros tan lejos de aquel estado. Pues ¿de dónde nace allí tanta sequedad entre tantos ejercicios y asperezas de vida y aquí tanta perfección sin ellas?

Causas de estas diferencias.

Muchas causas se podrían señalar de esta diferencia, pero a mí parece cierto que una de las más principales es la virtud inestimable de los sacramentos y de la oración; la cual, como sea un tan principal medio para alcanzar la gracia, como está ya declarado, claro está que mientras más el hombre en ella se ejercitare, más ha de crecer en las riquezas de la gracia, y por consiguiente en toda virtud y perfección. Y de este parecer hallo que es San Buenaventura, como al principio lo alegamos. Y demás de esto no se puede negar sino que el ejercicio de la oración interior es como alma de la vida espiritual, pues ella es la que pone calor al hombre, y le hace andar nadando en devoción, y le despierta para todo lo bueno, y le da espíritu y gusto en el bien que hace, de lo cual todo carece el que no sabe qué cosa es oración ni devoción, que siempre vive en continua pobreza y sequedad.

Y quien esto no cree, no tengo otro mayor argumento para convencerlo sino remitirlo a que pruebe él a estarse una o dos horas de noche ante un altar conversando y hablando en espíritu con Dios, gimiendo sus pecados y pidiendo misericordia, y mire bien cuál sale de allí y cuánto aprovecharía si esto usase a la continua, y luego se le abrirán los ojos y verá cuán poco es todo lo que aquí decimos en alabanza de esta virtud.

Engaño de algunos prelados.

Y por aquí se ve claro el engaño de algunos prelados, que todo su caudal y toda la manera de su gobierno es insistir en sólo lo exterior, sin tener cuenta con esta manera de ejercicios, no mirando que todas ceremonias y ordenaciones de la vida monástica, como son el ayuno, la clausura, el silencio, con las demás, se ordenaron para este fin, que es levantar el espíritu a Dios y vacar a la consideración de las cosas divinas.

Pues según esto, ¿qué será emplear en aquello todas sus fuerzas sin tener cuenta con esto, sino navegar sin tomar puerto, curarse sin alcanzar salud y tender las redes toda la noche con San Pedro (Lc. 5, 5), y en cabo hallarse vacío a la mañana? ¿Qué cosa puede ser más se-

mejante al engaño de los judíos? Todo el engaño de esta gente consiste en que, siendo Cristo fin de la ley y ordenándose todas las cosas de ella a Cristo, como fin de la ley, ellos, ciegos con su malicia, abrazan los medios y desechan el fin, guardan las ceremonias y desechan a Cristo, que es como parar en la cáscara y dejar la médula, abrazar la letra muerta y dejar el espíritu que da vida.

Esta manera de engaño padecen hoy algunas religiones, las cuales abrazan y retienen la figura sola y hábito de la religión, que es todo lo exterior y visible y todo aquello que luce ante los ojos de los hombres, y carecen del cuerpo de la verdadera religión, que es todo lo interior e invisible, que luce en los ojos solos de Dios.

Los castigos de este yerro son muchos, y uno de ellos es que, pues imitamos en esta parte el estilo de los judíos y fariseos, vivamos en el engaño de ellos, que es pensar de nos que somos algo por sólo esto exterior que hacemos y despreciar y tener en poco a todos los que esto no hacen, el cual engaño declara San Bernardo sobre estas palabras (Os. 7. 9): Comiéronse los extraños su fortaleza, y él no lo entendió. Porque el mal religioso, mirando a la sobrehaz y corteza de la religión, piensa que todo está ya seguro, vese con el hábito y con la tonsura y con el ejercicio de cantar a sus horas acostumbradas y con la guarda y regla de los ayunos, y con esto piensa de sí que es algo por esto que ve de fuera, y no mira que está vacío y sin espíritu de dentro y su corazón lejos de Dios.

Desde lo interior a lo exterior.

Y no solamente las virtudes mayores, mas también todo el lustre y hermosura de la religión no hay de donde más legítima y sinceramente nazca que de la devoción interior. Si no, dadme vos un corazón devoto y recogido, y yo os daré luego el cuerpo recogido, y el ayuno, y el silencio, y las vigilias, y la disciplina, y la mesura y moderación en todas las cosas. Porque así como la salud de los miembros interiores redunda luego en el color y figura del hombre exterior, así el corazón y ánimo compuesto, luego cría el cuerpo recogido y todo el hombre exterior compuesto; y querer por arte tener lo segundo sin lo primero es como la mujer fea y flaca que, a poder de colores y polvos, artificioso os quiere mentir el rostro hermoso.

CAPITULO LII

De la necesidad y perseverancia en la oración

Si el hombre permaneciera en aquel dichoso estado en que fué criado por Dios en el Paraíso, poca necesidad había de tantas máquinas y argumentos para inclinar su corazón a Dios y levantarlo a la contemplación de las cosas celestiales. Porque así como el águila naturalmente vuela en lo alto y en este lugar edifica su nido, así el hombre, si en aquel estado permaneciera, siempre se anduviera volando con la consideración por las cosas altas y divinas y en ellas tuviera sus deleites y morada. Mas después que le comprendió aquella maldición de la antigua serpiente, que es andar rastrando sobre su pecho y comer tierra todos los días de su vida, luego trocó el cielo por la tierra, y así se enterró en ella, que todo su trato es tierra, y todo él quedó hecho un puro pedazo de tierra. Tierra ama, tierra come, de la tierra habla, en la tierra tiene puesto su tesoro, y de tal manera tiene echadas sus raíces en ella, que con todas estas cadenas y maromas apenas lo podemos sacar de ella.

Y por esto no será inconveniente, ya que hemos tratado de la utilidad de la oración, que tratemos también ahora brevemente de la necesidad de ella, que es otra cadena aun más fuerte que la pasada, para ver si podríamos siquiera por esta vía tomarle por hambre, declarándole cómo esta virtud, además de ser de tanta utilidad como se ha dicho, es también de tanta necesidad que sin ella por ninguna vía se puede pasar esta vida, porque también esto nos quiso dar a entender el Salvador cuando dijo (Lc. 18, 1): Conviene siempre orar sin desfallecer, en las cuales palabras no sólo hemos de entender conveniencia de utilidad, sino también de necesidad, como por las razones siguientes parecerá.

Por el estado miserable en que el hombre quedó por el pecado.

Pues diréisme, ¿qué remedio tiene el hombre en estado tan miserable? Prengúntoos yo: ¿Qué remedio tiene un hombre para poder vivir que ni tiene patrimonio, ni hacienda, ni habilidad para ganarla? Decirme ha-

béis que no tiene otro sino andarse a mendigar y pedir por Dios. Pues ese mismo es el que le quedó al hombre después del pecado, pues en hecho de verdad él quedó en esa misma necesidad, y por eso no tiene otro remedio sino andar siempre mendigando y llamando a las puertas de la divina misericordia, reconociendo humildemente su pobreza y pidiendo limosna, diciendo con el Profeta (Salm. 39, 18): Mendigo soy yo y pobre; mas el Señor tiene cuidado de mí.

Item pregunto más: ¿Qué remedio tiene un pájaro que está en el nido recién salido del cascarón, que ni tiene alas ni plumas ni otra habilidad para mantenerse? Cierto es que no tiene otro sino dar voces, y piar, e hinchar los aires de clamores, y solicitar con esto las entrañas de sus padres para que acudan a proveerle. Pues si el hombre quedó por el pecado muy más pobre y descañonado que ninguna ave recién salida del huevo, ¿qué otro remedio puede tener sino clamar a Dios día y noche como a su verdadero padre, y pedirle socorro?

Esto es lo que maravillosamente significó aquel santo rey Ezequías (38, 14) cuando dijo: Así como el hijuelo de la golondrina clamaré a ti, Señor, y daré gemidos como de paloma. Como si dijera: Así como este pajarillo, viéndose tan pobre y desnudo, no entiende en otra cosa sino en piar y clamar a sus padres para que le provean de lo necesario, así yo, Señor, viéndome tan desnudo de gracia, tan pobre de fuerzas espirituales, tan sin plumas de virtudes, tan sin alas para volar a lo alta y, finalmente, tan inhábil para todo lo que me conviene, que ni un paso agradable a ti puedo dar sin ti, ¿qué tengo de hacer sino imitar la diligencia de este pájaro y clamar a ti, que eres mi padre y hacedor, para que acudas a mi nido y proveas a mi necesidad? ¿Qué tengo de hacer sino dar gemidos como de paloma, llorando a la continua mi destierro, y mi condenación, y mi pobreza, y mis pecados, pidiéndote con lágrimas y gemidos el remedio de tantos males?

Pues éste es el remedio que le quedó al hombre después de aquel miserable naufragio y despojo para que él sea socorrido y remediado. Así que, hermano mío, después del pecado, el único y singular remedio para todo lo que quieras alcanzar de Dios es gemido y oración. Si deseas alcanzar su amistad y gracia, gemido y oración: si perdón de pecados, gemido y oración; si mortificación de pasiones, gemido y oración; si consuelo en las tribulaciones, gemido y oración; si fortaleza en las tentaciones, gemido y oración; si consolaciones espirituales, gemido y oración; si socorro en las cosas temporales, gemido y oración. Finalmente, si quieres remedio para la

misma ira y saña de Dios, no lo hay otro sino el de la oración. Si no, dime: ¿qué otro tuvo Moiséis contra esta saña cuando quería Dios destruir a su pueblo en el desierto (Ex. 32, 11), sino atarle las manos con oración? Y por esto lloraba y se quejaba un profeta diciendo que en su tiempo no había quien con esas armas resistiese a la ira del Señor, y así le atase las manos con la oración.

La oración nos trae el socorro del cielo. Según esto, con mucha razón podemos decir que la oración es todas las cosas, pues por ella se alcanzan todas las cosas, y asimismo que ella es todas las virtudes, pues por ella se alcanzan todas las virtudes, y sobre todo esto, que quien tiene la oración, tiene a Dios, pues por ella se alcanza al mismo Dios, por lo cual no se debe nadie espantar si dijéremos que alguna vez la oración puede más y hace más que todas las otras virtudes, pues por ella se alcanza el favor de Dios, que puede más que todas las virtudes, lo cual manifiestamente se declara por este ejemplo.

Si un castillo estuviese cercado de enemigos y puesto en tan grande estrecho que estuviese ya para rendirse, y en este medio tiempo fuese un soldado a gran prisa a dar mandado de esto al rey y por esto fuese luego socorrido, bien podríamos decir en su manera que este soldado hizo más que todos los otros, pues el poder que trajo fué más parte para defender la fuerza que las armas de todos los otros.

Pues ¿qué otra cosa es la oración sino un correo que despachamos de la tierra al cielo para pedir socorro a Dios en el tiempo de la tentación? ¡Cuántas veces acaece que, desfalleciendo todas las virtudes en la defensa de nuestra alma y estando ya el hombre para entregar las llaves del consentimiento al pecado, este correo nos trae nuevas fuerzas y socorro del cielo, con que se defiende el castillo del enemigo! ¡Cuántas veces acaece que, estando ya el corazón desmayado y caído con la carga de la tribulación, de tal manera que todas las virtudes y fuerzas del alma no bastan para levantarlo, que si entonces, cuando ya nuestro espíritu desfallece, clamamos a Dios, volvemos luego a revivir y levantar cabeza con el socorro que por este medio nos viene de la gracia!

Poder de la oración. Pues los bienes que se alcanzan por la oración, ¿quién los explicará? ¿Qué milagro se hizo en el mundo que no fuese por oración? ¿Qué linaje de gracias se alcanzó jamás que no fuese por oración? ¿Cuántas victorias de ejércitos y de enemigos poderosísimos se vencieron por la oración?

¿Con qué otras fuerzas todos los santos curaron las enfermedades, lanzaron los demonios, vencieron la muerte, amansaron las fieras, templaron las llamas, trocaron la naturaleza de los elementos y mudaron el curso de las estrellas, sino con las fuerzas de la oración? ¿Con qué con las armas de la oración? Por donde no en balde daba Jefté, David, Ezequías, Josefat, Asá y los nobles Macaotras armas pelearon y triunfaron Moisés, Josué, Gedeón, beos, y finalmente todos los grandes amigos de Dios, sino voces el rey Joás al profeta Eliseo cuando se quería morir, diciendo (IV Rey. 11, 12): Padre mío, padre mío, que eres el carro de Israel y el gobernador de él; conviene saber (como dice una glosa), que puedes más con tu oración para defensa de este reino que todos los carros y poderes del mundo. Porque las armas del cristiano contra todos los enemigos visibles e invisibles no son otras sino la oración.

El cristiano sin oración, obrero sin herramienta y soldado sin armas.

Todo esto nos declara cuánta sea la necesidad que tenemos de esta virtud para todo lo bueno, que es lo que al principio propusimos, y, por consiguiente, con cuánta razón nos aconseja el Salvador diciendo: Conviene siempre orar y nunca desfallecer. Porque como la oración sea una puerta principal por donde nos entran todos los bienes y un instrumento general del cristiano para todas sus obras, ¿qué será un cristiano sin oración, sino un soldado sin armas, un escribiente sin plumas o un cirujano sin herramientas?

Y por esto, concluyendo esta parte, digo que el cristiano que de veras desea serlo, una de las cosas que principalmente debe mirar es que de tal manera ordene el trato y los negocios de su vida, que siempre busque tiempo y aparejo para tratar con Dios en la oración. Y no solas las ocupaciones y negocios temporales, mas también las espirituales, por graves que sean, se deben tomar con tal templanza, que siempre den lugar y tiempo para tomar de este ejercicio tanto cuanto sea necesario para el reparo de la vida, como arriba se declaró.

Porque si la oración es, según dijimos, el instrumento general de que el cristiano usa para todas sus obras, así como dicen los teólogos que ningún deudor es tan estrechamente obligado a restituir lo que debe que le pongan en necesidad de vender la herramienta con que trabaja para pagar la deuda, porque de esta manera ni podría pagar ni podría vivir, y trabajando con ella podrá con lo uno y con lo otro, así ni la ley de la caridad ni la carga

de ningún oficio obliga a nadie tan pesadamente que le ponga en necesidad de dejar del todo el uso de la oración, que es como el instrumento general del verdadero cristiano, porque sin ésta ni podrá acudir como debe a las cargas de su oficio ni conservarse en la vida espiritual; mas tomando de ella moderadamente lo necesario, fácilmente podrá con lo uno y con lo otro.

De cómo ha de ser continua nuestra oración.

Algunos, viendo la dificultad que había en esta continuación y perseverancia de la oración por las muchas ocupaciones de esta vida, dijeron que esta continuación se debía entender del bien obrar, que a la continua se debe hacer. Porque harto bien ora quien siempre hace bien. Así es por cierto que muy buena oración es la buena obra, porque como todo ejercicio de la oración se ordena para este fin, quien siempre hace buenas obras, siempre hace oración.

Mas no es esto lo que en aquellas palabras quiso significar el Salvador, pues el propósito y contexto de ellas no habla del buen obrar, sino del orar, como aparece por el ejemplo de la mujer que siempre importuna al juez pidiendo justicia. Y además de esto, si Él eso quisiera significar, bien supiera decir: «conviene bien obrar», y no «conviene siempre orar».

Y por esto, a la letra se ha de entender este paso con todos los otros susodichos de la oración. Y en la imposibilidad del mandamiento no hay que altercar, porque aquí no se manda cosa imposible, sino posible, que es orar con la mayor instancia y continuación que podamos, renunciando y dando de mano a todas las otras cosas que nos podrían impedir este ejercicio. Y ésta es manera de hablar muy usada que se diga hacer siempre lo que se hace en todo el tiempo que es posible hacerse. Como cuando dice del varón justo que pensará en la ley del Señor día y noche (Salm. 1, 2) no entendemos esta continuación como la entendería un matemático, sino moralmente, como el uso común la suele entender, que es con toda la continuación y perseverancia posible.

Mas esta continuación es mayor que la que piensan los hombres carnales; porque si un hombre, tocado del amor del dinero o de la hermosura de una mujer, anda siempre pensando en aquello que ama y ni de día ni de noche, ni velando ni durmiendo puede sacudir de sí este pensamiento, aunque a ratos trabaja por ello, ¿qué mucho es que el alma, tocada del amor de aquella divina hermosura, no pueda desviar sus ojos de ella y que allí tenga siempre su corazón donde tiene su tesoro?

Especialmente en tiempo de mayor peligro.

Otros hay que tasan el tiempo de la oración como la cantidad de la medicina. Porque así como la medicina se ha de tomar en tanta cantidad cuanta baste para vencer el mal y obrar la salud, así también, como la oración sea una medicina espiritual con que se curan las llagas del alma, tanto será necesario tomar de esta medicina cuanto baste para curar estas llagas y cobrar aliento para bien vivir.

Y por esta causa no se puede señalar una medida para todos, porque según están más o menos domadas las pasiones de cada uno y según mayores o menores las ocasiones de peligros en que anda, así es mayor o menor la necesidad que tiene de esta virtud. Porque por experiencia se ve que así como hay unas tierras que sufren mejor la sequedad de los temporales que otras y que con poca agua dan su fruto, y otras, por el contrario, que faltándoles agua luego se arruinan y secan, así también hay algunos corazones de tan buena masa o tan proveídos de la divina gracia, que con poquita oración andan bien dispuestos y concertados, y otros, por el contrario, tan bulliciosos y tan mal inclinados, que en el punto que les falta este beneficio, luego pierden todo el frescor y aliento del Espíritu Santo.

Y de éstos no se puede negar sino que tienen mayor necesidad del socorro de esta virtud, así como las personas más enfermas que tienen mayor necesidad del uso de las medicinas.

Y la misma necesidad que causan los peligros de dentro, ésa también causan las ocasiones de fuera, porque así como es necesario que ande más a recaudo el que anda en tierra de enemigos que de amigos y más abrigado el cuerpo en tiempo de invierno que de verano, así conviene que ande más armado de la oración el que vive entre ocasiones de peligros que el que está fuera de ellos, según que lo enseñó el Salvador a sus discípulos, a los cuales mandó velar y orar con mayor cuidado cuando era tiempo de mayor peligro.

CAPITULO LIII

DE LAS PRINCIPALES CONDICIONES QUE HA DE TENER LA BUENA ORACIÓN

Sentencia es común de todos los doctores que el valor y mérito de nuestras obras no procede tanto de la substancia de ellas cuanto del modo con que se hacen. Por donde agudamente dijo uno de ellos que Dios no galardonaba tanto los verbos como los adverbios; que es decir que no tiene tanta cuenta con lo que hacemos cuanto con el modo con que lo hacemos, que es con la caridad y devoción con que lo hacemos. Lo cual, aunque en todas las obras tenga verdad, pero señaladamente se ve en la oración, la cual, si no se hace con el modo y circunstancias con que se debe hacer, será de poco fruto o de ninguno. Por lo cual dice Santiago (4, 3): Pedís y no recibís, porque no pedís como habéis de pedir. Y por eso también el profeta David, exhortándonos a cantar alabanzas a Dios, dice (Salm. 46, 7): Cantad a nuestro Dios, cantad, mas cantad sabiamente. Por falta de la cual sabiduría respondió el Señor a la oración de los hijos de Zebedeo que no sabían lo que pedían. Por esto dice San Bernardo en un sermón que aunque en todas las buenas obras que hacemos sea menester mucha atención y vigilancia, pero que señaladamente pide esto la oración.

La razón es porque así como hay algunos manjares que aunque por sí sean buenos todavía tienen necesidad de ciertas maneras de adobos y especias con que se guisen para que sean sabrosos, así la oración, que por sí es una virtud muy loable, todavía tiene necesidad de la ayuda de otras virtudes para alcanzar por ellas su última perfección. Porque de la caridad tiene necesidad para ser obra meritoria, y de la confianza, para ser impetratoria, y de alguna manera de atención, para ser oración, y de actual atención, para que por ella se alcance la alegría espiritual y la devoción, como luego se declarará en el capítulo siguiente. Todas estas virtudes son como formas de la oración, cada una de las cuales le da su propia perfección, y por esto de todas ellas ha de ser ayudada para que sea perfecta.

1.ª Con espíritu y atención. Presupuesto, pues, este fundamento, será bien declarar aquí más en particular las principales condiciones que ha de tener la oración para que sea perfecta.

Entre las cuales la primera es que se haga con espíritu y atención. Esta condición nos pidió el Salvador cuando dijo que para haber de orar nos entrásemos en nuestro retraimiento, y que ahí escondido hiciésemos oración al Padre que está en los cielos. En lo cual se nos encomienda que al tiempo de la oración despidamos de nuestra alma todos los pensamientos y cuidados terrenos, para que, recogida toda nuestra atención y espíritu, solos en silencio y quietud, pudiésemos vacar a Dios. Porque como no sea otra cosa orar sino hablar con Dios y negociar con Él los mayores negocios que pueden ser, que son los de nuestra salvación, bien se ve con cuánta atención y reverencia esto se debe hacer. Porque si, hablando con un rey de la tierra y sobre negocios de tierra, hablamos con tanta reverencia y atención, ¿cuánto más convendrá esto hablando con el Rey del cielo y sobre negocios del cielo?

En figura de lo cual leemos que aquellos dos querubines que Salomón puso a los lados del arca del testamento estaban empinados y levantados sobre las puntas de los pies y extendidas sus alas, para significar cuán levantado ha de estar el corazón del hombre de todas las cosas de la tierra cuando quiere llegarse a Dios y entender en negocios del cielo.

Y aun no se debe contentar con sola esta atención, sino debe también añadir espíritu a la oración, que es una entrañable afección y deseo de alcanzar lo que pedimos cuando es cosa que pertenece al servicio de Dios. A lo cual nos convida el Apóstol cuando dice que hagamos oración en todo tiempo en espíritu. Y dícese esto orar en espíritu, porque orar de esta manera es un especial movimiento y don del Espíritu Santo, de quien dice el mismo Apóstol que hace orar a los santos con gemidos que no se pueden explicar. La cual oración ordinariamente nunca vuelve vacía, por la dignidad del Espíritu Santo, que la inflama y despierta. Por lo cual dice el Profeta (Salm. 9, 10): El deseo de los pobres oyó Dios. Y en otro lugar (Salm. 140, 1): Clamé con todo corazón, óyeme, Señor. Lo cual dijo él así porque sabía muy bien cuánta parte era este clamor del corazón para ser oída la oración; porque ésta es la pólvora que la hace llegar a Dios. Conforme a lo cual dice San Gregorio: Tanto uno menos clama cuanto menos desea y tanto con mayor

voz penetra los oídos de Dios cuanto más extiende para Él sus deseos.

Esta primera condición se requiere para la misma substancia de la oración; porque la oración que careciese de todo género de atención, más se podría llamar distracción que oración. Lo cual dice Casiano por estas palabras: Poco ora el que no ora más que cuanto está hincado de rodillas; ninguna cosa ora el que, aunque esté de rodillas orando, está voluntariamente distraído. Contra los que así oran dice San Crisóstomo: ¿Tú no oyes tu oración y quieres que la oiga Dios? Dices que estás puesto de rodillas en la iglesia. Es verdad, mas tu corazón anda distraído fuera de ella; tu cuerpo está en el lugar sagrado, mas tu espíritu corre por todo el mundo; la boca habla con Dios, mas tu corazón por ventura piensa en usuras.

Así que esta tal oración no es eficaz para alcanzar mercedes de Dios, antes muchas veces será pecado cuando el hombre se pone a orar sin alguna manera de reverencia ni atención. Porque, como dice el cardenal Cayetano, dado caso de que no en todo tiempo sea el hombre obligado a orar, mas ya que ora, pues no es otra cosa orar sino hablar con Dios, ha de hablar con reverencia y atención. Y si de propósito no lo hace así, no se excusa de pecado, a lo menos venial. Conforme a lo cual dice San Basilio, a quien a este propósito alega Santo Tomás, que el favor divino se ha de pedir no flojamente ni con corazón distraído, porque el que así lo pide, no solamente no lo alcanzará, mas antes indignará a Dios.

Por lo cual con mucha razón es notada la manera de rezar de muchas personas, las cuales rezan sus horas o sus devociones tan sin atención y reverencia, que más parece que están tomando de coro versos de Virgilio que hablando con Dios y pidiéndole mercedes. Los cuales, si hiciesen reflexión sobre sí y mirasen con quién hablan y, sobre todo, qué hablan, por ventura tomarían otro tono y otro modo de hablar.

Verdad es que cuando este derramamiento de corazón no viene por culpa de la persona, que hace lo que es en sí, sino por vicio de la naturaleza, que no está del todo sujeta a la razón, no solamente no es pecado, mas antes hay su parte de fruto y de merecimiento. Pues la oración, como dicen los doctores, tiene tres provechos señalados, porque es obra meritoria, impetratoria y causadora de devoción. De los cuales frutos sólo el postrero pide de necesidad actual atención, porque la devoción procede de la actual consideración e inteligencia de las cosas divinas, mas para los dos primeros frutos, que son merecer e impetrar, basta la buena voluntad e intención con que

el hombre comenzó a orar, aunque después se derrame el corazón, cuando es sin culpa suya. La cual doctrina sirve para consolación de las personas humildes y devotas, que suelen demasiadamente afligirse cuando ven que se les distrae el corazón en este tiempo, como quiera que esto sea natural a todo hombre por la corrupción de la naturaleza.

2.ª Con humildad. La segunda condición de la oración es la humildad, de la cual dice el Eclesiástico (35, 21): La oración del que se humilla penetrará los cielos, y no descansará hasta llegar a Dios, y no se apartará hasta que el Altísimo la mire. A esta virtud pertenece que el que ora conozca la extremada desnudez y pobreza, o por mejor decir, el abismo profundísimo de las miserias en que el hombre quedó por el pecado, junto con las que él después acá, por su propia ruindad y malicia, ha añadido.

Pues el que por tantas partes se ve tan debilitado y flaco, ¿no te parece que tiene necesidad de clamar a Dios con el Profeta (Salm. 68, 1): Sálvame, Señor, porque han entrado las aguas hasta mi alma, y yo estoy sumido en lo más bajo del cieno y no hallo sobre qué estribar? Y si con esto se juntan los males que cada uno por su parte tiene hechos, y el estrago que su alma ha recibido con ellos, y la mala compañía del mundo, que está todo armado sobre vicios y malos ejemplos, ¿no te parece que juntando esto con lo otro podrás decir con el mismo Profeta (Salm. 11, 1): Sálvame, Señor, porque han faltado ya los santos en el mundo y se han disminuído las verdades entre los hijos de los hombres?

Y así como un pobre mendigo desde la mañana hasta la noche nunca cesa de pedir, antes ninguna otra vida tiene sino ésta, así cuanto un hombre es más humilde y más claro conoce la grandeza de su necesidad y pobreza, tanto más continuamente hace oración a Dios y le pide humildemente limosna y misericordia. Mas en este conocimiento conviene que esté el hombre tan fundado y tan resoluto, así por lo que acerca de esto lee como por la experiencia cuotidiana de sus flaquezas, que cuasi vea con los ojos y palpe con la mano esta tan grande pobreza y miseria suya.

Mas no sólo la grandeza de nuestra miseria, sino también la grandeza de la majestad de Dios nos debe sumir debajo de los abismos cuando vamos a hablar con Él, como lo significó San Bernardo diciendo: Si es verdad, como es, que millares de millares de ángeles sirven a Dios y diez veces cien mil millares asisten delante de Él,

¡con cuánto temor y reverencia y con cuánta humildad ha de salir de su laguna la pobre ranilla a presentarse ante tan grande Majestad! Con este espíritu oró aquel publicano del Evangelio, el cual no osaba ni aun levantar los ojos al cielo, y por eso fué tan bien despachado. Y con este mismo se humilló ante Dios Acab, rey idólatra y malvado, y alcanzó por humildad lo que no se le debía por justicia. Mas, ¿qué diré, que con este mismo espíritu oró el Hijo de Dios cuando, postrado en el huerto, hizo oración al Padre, protestando con aquella figura exterior la humildad y abatimiento del hombre interior? Pues si de esta manera se anonadó aquella tan grande inocencia y tan soberana grandeza cuando hacía oración a Dios, ¿dónde se pondrá o cómo se humillará el muladar de todas las bajezas y vicios del mundo?

3.ª Con fe y confianza. Tras de la humildad convenientísimamente se sigue luego la fe y confianza, que es la tercera condición de la oración, porque la humildad nos declara que no debemos confiar en nosotros, mas la fe nos dice que debemos confiar en Dios. La humildad nos da un desengaño avisándonos dónde no está el remedio, mas la fe nos da otro desengaño diciéndonos dónde está.

Esta condición nos pide el apóstol Santiago cuando dice que pidamos con fe y sin dudar, porque de otra manera no alcanzaremos lo que pedimos. Y cuánto nos importe esta fe para ello, el mismo Señor nos lo declaró por San Mateo diciendo (Mt. 21, 22): Cualquier cosa que pidiereis en la oración, creed que os lo darán, y dárseos ha.

Mas por ventura dirás: ¿Cómo podré yo tener esa manera de fe y confianza, habiendo hecho a Dios tan pequeños servicios? A esto se responde que no son los principales estribos de esta confianza los servicios solos del hombre, sino mucho más los servicios y méritos de Cristo y la grandeza de la bondad y misericordia de Dios.

Y si preguntares qué tan grande sea esta bondad y misericordia, conocerlo has por la inmensidad de la divina Substancia; porque, como dice el Sabio, cual es la grandeza de Dios, tal es su misericordia. Porque como es infinitamente grande, así es infinitamente misericordioso, y como tiene infinitas riquezas que repartir, así tiene infinita largueza para repartirlas. Porque de otra manera, grande imperfección y disonancia fuera en aquella divina Substancia si, teniendo infinitos bienes que dar, no tuviera infinito ánimo y corazón para darlos.

Pues por esto, hermano mío, cuando fueres a pedir a

este Señor perdón y misericordia, no te acobardes ni desmayes pensando que le vas a importunar o a obligar a que haga cosa contraria a su honra o a su naturaleza; antes cree que le vas a dar materia de alabanza, y ocasión de hacer una cosa muy honrosa, y muy gloriosa, y muy conforme a quien Él es. Porque así como es natural al sol alumbrar, y al fuego quemar, y a la nieve enfriar, así, y mucho más, es natural a aquella infinita Bondad hacer bien a todas sus criaturas.

Ni tampoco pienses que se enfada Él, como hacen los hombres cuando son importunados; porque los hombres importúnanse de que les pidan, porque pierden lo que dan; mas como Dios no pierde lo que tiene dándolo, por eso no se puede importunar pidiéndoselo.

El segundo fundamento de esta confianza dijimos que eran los merecimientos de Cristo, que es nuestro salvador, nuestro redentor, nuestro abogado, nuestro medianero, nuestro rey, nuestro sacerdote y nuestro sacrificio, y no hay otro nombre debajo del cielo bajo cuyo título y amparo podamos ser salvos sino éste.

Por esto tenemos derecho para pedir con toda seguridad y confianza el galardón de sus trabajos, pues todo lo que Él en este mundo lastó y padeció y todos los pasos que dió no los dió para sí, sino para nosotros. Por nosotros encarnó, nació, trabajó, ayunó, caminó, sudó, padeció, murió, etc., y de todo esto nos dejó por herederos en su testamento; porque de nada de esto tenía Él necesidad para pagar lo que debía, porque era inocente; ni para alcanzar la gracia y gloria que tenía, porque era Dios. Pues si el patriarca Jacob alcanzó la bendición que no se le debía porque iba vestido de las vestiduras del primogénito, a quien se debía, ¿cómo no alcanzaremos nosotros la bendición de la gracia, aunque no se nos deba, llevando con nosotros el derecho del unigénito Hijo de Dios, a quién se debe?

4.ª Acompañada de buenas obras. Mas no basta con esta manera de fe, sino es menester acompañar esta fe con obras y con buena vida. Porque dado caso que alguna vez se extienda la misericordia inefable de Dios a oír a un pecador que está fuera de su gracia, concediéndole por misericordia lo que no se le debía por justicia, pero regularmente hablando, es verdadera la sentencia de aquel ciego del Evangelio, que dice (Jn. 9, 31): Sabemos que no oye Dios a los pecadores, mas si alguno fuere honrador y servidor suyo, a ése oye. Esta es la ley general de Dios, promulgada en todas las Escrituras divinas.

Y como todas las buenas obras sean legítimas ayudadoras de la oración, mas particularmente se señalan dos, que son ayuno y limosna, las cuales son como dos alas con que ella sube a lo alto. Porque como sea ley de Dios que por la medida que midiéremos hemos de ser medidos, por el mismo caso que usamos de misericordia con los prójimos, nos hacemos dignos de la misericordia de Dios.

Mas el ayuno ayuda a la oración por otra vía. Lo uno, porque templa el cuerpo con la templanza del mantenimiento, y así lo hace más ligero para volar al cielo. Y lo segundo, porque, castigando la carne para que no se rebele contra el espíritu, ya comienza el hombre, ayudado de Dios, a hacer lo que es de su parte, y así merece que Dios haga lo que es de la suya. Y demás de esto, el que de tal manera busca a Dios que para esto maltrata su cuerpo, prevaleciendo contra el amor propio, ya parece que le busca de veras. Y el que de esta manera le busca, sin duda le hallará.

5.ª Pidiendo verdaderos bienes. La quinta condición pertenece a la materia de la oración, que es a lo que en ella se debe pedir. Y si el hombre mirare con atención la grandeza del Señor a quien va a pedir mercedes, luego verá que a un tan gran Señor y que tanto desea nuestro bien se han de pedir grandes bienes, cuales son todos los espirituales y eternos; porque todo lo demás que para esta vida se puede pedir es nada, pues la misma vida es nada. Verdad es que aunque estas cosas por sí sean nada, pero cuando sirven a lo espiritual, pueden ya llamarse algo; y por esta razón se pueden pedir con esta limitación, poniéndolo todo en las manos de Dios, el cual sabe mejor lo que nos cumple que nosotros mismos. Porque muchas veces lo que según nuestr juicio parece provechoso, según el de Dios, que todo lo ve, puede ser dañoso, y en este caso misericordiosamente nos niega lo que rigurosamente nos concedería.

Pidamos, pues, todas estas cosas temporales con condición, remitiéndolas a la benignidad y providencia paternal de nuestro Señor, mas las otras pidamos sin condición; entre las cuales la primera sea el perdón de nuestros pecados, y la segunda, firmeza para nunca cometer cosa que sea pecado mortal, y la tercera, pedirle en particular las virtudes más principales que más habemos menester, como son la caridad, la humildad, la castidad, la paciencia, la obediencia, la victoria de sí mismo, y así todas las otras cosas semejantes.

6.ª Con paciencia y perseverancia. La última condición sea la paciencia y perseverancia que debemos tener en la oración, para no desmayar ni desistir de nuestra demanda por mucho que nuestro Señor dilate el cumplimiento de ella. Antes conviene ser tan pertinaces, si decirse puede, en esta parte, que digamos con el santo Job (13, 15): Aunque me mate, esperaré en Él. Esta condición nos encomienda el Salvador en el Evangelio, el cual para esto trae la comparación de un amigo que a la media noche va a pedir a otro su amigo tres panes prestados para un huésped que le vino de fuera; y como él se excusase, porque estaba ya acostado con sus hijos y con su gente, todavía, por la importunidad del que llamaba, se hubo de levantar y darle todo lo necesario. Donde concluye el Señor que si perseveráremos llamando a las puertas de la divina misericordia, lo que no alcanzáremos por amistad alcanzaremos por importunidad: tanto puede la perseverancia con Él.

Esta virtud nos es para la oración muy necesaria, porque muchas veces el Señor dilata las mercedes que le pedimos, o para probar nuestra fe, para ver si por tardarse aquello acometemos buscar el remedio por ilícitos y malos caminos, o para que más conozcamos nuestra necesidad, o para encender en nosotros mayor fervor de oración con esta dilación, o porque así cumple para nuestro provecho, o por otras causas que Él entiende.

Pues por esto es muy necesaria esta virtud en la oración, para que conserve el fruto de ella y la tentación no nos quite tanto bien de entre las manos. Porque hay muchos que por un poco de tiempo se disponen a orar y ponen grande eficacia en esto, y sufriendo en otras cosas mucho trabajo, no saben sufrir la dilación de su deseo; y esto los hace desmayar y no ir adelante con su demanda.

CAPITULO LIV

De la oración mental

Ya que hasta aquí hemos tratado de la oración vocal, que es más fácil y más común a todo género de personas, será bien tratar ahora de la mental, que es algo más dificultosa, y así pertenece a personas más ejercitadas. Porque por este orden procede la naturaleza, subiendo siempre de

las cosas más fáciles a las más dificultosas; y así es razón que proceda el arte, imitadora de naturaleza, mayormente en esta parte. Porque de la manera que las plantas tiernas y delicadas, cuando comienzan a crecer, han menester algún arrimo o estaca en que se sostengan y con que suban a lo alto, mas después de ya crecidas y apoderadas de la tierra no tienen necesidad de esta ayuda, porque ellas por sí bastan para eso, así también los novicios, que comienzan a nacer en la vida espiritual, cuando quieren hablar con Dios deben ayudarse para esto de algunas oraciones vocales, para que con ellas levanten su corazón a Él y sepan hablarle; mas después de ya fundados y arraigados en su amor y tocados de un poco de devoción, ésa les dará palabras y enseñará cómo deban hablar y conversar con Él.

En otra parte declaramos ya cómo ninguna diferencia esencial había entre la oración vocal y mental, pues como la una es acto de aquella nobilísima virtud que llaman religión, así también lo es la otra, y ambas tienen un mismo oficio, que es pedir limosna a Nuestro Señor, aunque la una la pide con sólo el corazón y la otra con el corazón y con la boca juntamente. Solamente podrá aquí intervenir alguna diferencia accidental por parte de las circunstancias con que se puede hacer la una oración y la otra. Porque siendo verdad que el espíritu y la devoción con que oramos es como vida de la oración, tanta una oración será más excelente que otra cuanto se hiciere con mayor espíritu y devoción. Por donde, si el que reza por unas cuentas o por un libro ora con mayor espíritu y devoción que otro, ésa será mejor oración.

Inestimable provecho de la meditación.

Mas aquí es de notar que también llamamos oración mental a la meditación y consideración de las cosas de Dios, aunque cuando en esto nos ocupamos, no pidamos por entonces nada. Y esta consideración no se puede negar sino que es de grande e inestimable provecho, Porque, así como la especulación y estudio de las ciencias humanas es muy principal medio para alcanzar la sabiduría humana, así la consideración de las cosas divinas es muy principal medio para alcanzar la sabiduría divina, que es el mayor de los dones del Espíritu Santo, al cual se ordenan todos los otros.

Y demás de esto, esta consideración es muy principal medio para alcanzar la verdadera devoción, que hace al hombre ligero y pronto para toda virtud, como luego diremos, que es la cosa que más declara y engrandece la excelencia de este ejercicio.

Trae también consigo esta manera de orar otro gran provecho, que es la digestión y sentimiento de las cosas espirituales. Porque el que reza por sus horas o por sus cuentas pasa por las cosas más ligeramente hasta llegar al término de su oración y dar cabo a sus devociones ordinarias; mas el que considera, no tiene cuenta con esto, sino con estarse en una palabra de la Escritura o en un misterio de la vida de Cristo todo el tiempo que haya que rumiar en ella, que a veces acaece durar por grande espacio, como se lee de San Francisco, que toda la noche entera se estuvo repitiendo estas dos palabras: Dios mío, conózcate a ti y conózcame a mí. Y mucho más aprovecha un misterio de esta manera considerado que muchos otros pasados apresuradamente y de corrida.

Bien es verdad que también el que reza por un libro podría hacer esto mismo si todas las veces que llegase a un paso dulce y devoto hiciese allí una estación y se pusiese a considerar despacio lo que allí el Espíritu Santo le diese a sentir. Y así hay algunas personas que se están un gran pedazo de tiempo rezando la oración del *Pater noster* o el símbolo de la fe, que es el Credo, deteniéndose en la consideración de los misterios que allí se contienen con grande gusto y aprovechamiento. Y esta manera de rezar, además de ser muy fácil a todo género de personas, es de grande provecho y es la misma que aquí enseñamos y encarecemos, que es la que tiene aneja a sí la consideración.

De las principales materias de la meditación según Santo Tomás.

Porque por la oración mental entendemos también la consideración de las cosas de Dios, como acabamos de decir, será bien declarar aquí cuál sea la materia de esta consideración, que es el argumento propio de este tratado. a lo cual brevemente se responde que todas aquellas cosas que pueden mover nuestro corazón a amor o temor de Dios, aborrecimiento del pecado y menosprecio del mundo, etc., son materia de esta consideración, y así todas las Escrituras santas, y todas las vidas y ejemplos de los santos, y finalmente toda la fábrica de este mundo con todas cuantas criaturas hay en él, porque de todo esto saca el varón devoto materia de consideración.

Pero entre todas estas cosas señala Santo Tomás dos en la 2-2, q. 82, a. 5, donde dice que la verdadera devoción se despierta en nosotros con la consideración así de las perfecciones de Dios como de sus beneficios, y también con la consideración de nuestros propios defectos y pecados; porque con lo uno aprovechamos en la caridad y con lo otro en la humildad, y así lo uno es como echar raíces

firmes en lo bajo y lo otro como crecer y subir a lo alto; y lo uno y lo otro es necesario para el aprovechamiento de la vida espiritual.

Y para mayor declaración de esto añadiré aquí lo que el cardenal Cayetano dice sobre este artículo de Santo Tomás por estas palabras, que son mucho para notar.

En este artículo tercero debes notar dos causas intrínsecas que el santo doctor señala de la devoción, las cuales son, por una parte, la meditación de las perfecciones de Dios y de sus beneficios, y por otra, la consideración de los propios defectos.

A la primera parte pertenece la consideración de la bondad, misericordia, justicia, caridad y hermosura de Dios, con todos los atributos y perfecciones suyas, y señaladamente la de la caridad y amor para con todos los hombres, y particularmente con cada uno de ellos. Igualmente, la consideración de los beneficios divinos, y señaladamente de la creación, la redención, el bautismo, el sacramento del altar, las inspiraciones divinas, los llamamientos y goces de Dios, o por sí o por otras causas segundas; el haberos esperado tanto tiempo a penitencia, el haberos misericordiosamente preservado de tantos peligros, así de cuerpo como de alma, y el haber diputado sus mismos ángeles para nuestra guarda, con todos los otros beneficios suyos.

A la segunda parte pertenece la consideración de sí mismo, conviene a saber, de los propios defectos y miserias, así de las culpas presentes como de las pasadas; la facilidad y prontitud tan grande que tenemos por parte de nuestro apetito para pecar; el estrago de la propia hacienda, que es de las habilidades y bienes de naturaleza que Dios nos dió, por haber habituado las potencias de nuestra alma a mal obrar; la habitación en esta región tan distante y tan apartada de la conversación y amistad de Dios; la perversidad de nuestro apetito, que más siente los provechos y daños temporales que los espirituales; la desnudez y pobreza de las virtudes; las heridas y llagas espirituales de nuestra alma, que son ceguedad, malicia, concupiscencia y flaqueza; las cadenas con que estamos atados de pies y manos, que son los impedimentos grandes que por parte de nuestra carne tenemos para bien obrar; el estar en tinieblas y hedores y amarguras y no sentirlo; no oír la voz del pastor que nos llama de dentro, y sobre todo esto, haber hecho tantas veces a Dios nuestro capital enemigo pecando mortalmente, y, por consiguiente, haberle hecho tan grande injuria como si no lo quisiéramos tener por Dios, y haber puesto en su lugar y hecho dioses al vientre, y al dinero, y a la honra, y al deleite, y

otras cosas semejantes, las cuales antepusimos y preciamos más que a Dios.

Pues con estas meditaciones, las cuales habían de ser cotidianas a los religiosos y a todas las personas espirituales, dejado aparte el mucho hablar de las oraciones vocales cuando no son de obligación, se engendra la devoción, y con ella juntamente todas las otras virtudes. Y no merecen nombre de religiosos ni religiosas ni de personas espirituales los que a lo menos una vez al día no se ejercitan en esto. Porque así como no se puede alcanzar el efecto sin la causa, ni el fin sin el medio, ni el puerto sin la navegación que para él se ordena, así tampoco se puede alcanzar la verdadera religión sin frecuentar y repetir los actos de las causas y medios de donde ella procede.

Hasta aquí son palabras de Cayetano, en las cuales ves cuánto alaba y cuán encarecidamente encomienda aquí el ejercicio de esta meditación. Porque primeramente dice que con la consideración cotidiana de estas cosas se engendra la devoción, y con ella consecuentemente todas las otras virtudes, cuyo estímulo es la devoción. Lo segundo, que no merecen nombre de religiosos ni de personas espirituales los que a lo menos una vez al día no se recogen un poco para vacar a este santo ejercicio. Lo tercero, que así como no se puede conseguir el fin sin los medios y el puerto sin la navegación, así tampoco la pureza y perfección de la religión, sin los ejercicios de la oración y consideración, que son las causas de ella.

Y lo que dice que para esto se debe dejar el mucho hablar de las oraciones vocales, no lo dice para condenar por esto el uso de la oración vocal, porque no es cosa que cabe en entendimiento de hombre de razón, alabando la oración mental, condenar la vocal. Porque si es santa cosa llamar a Dios con el corazón, ¿cómo puede ser no santa añadir a la voz del corazón también la de la boca y de la lengua, que Él crió para su alabanza? Mas dice esto para condenar no el uso, sino el abuso de las oraciones vocales de algunas personas que rezan tan apresuradamente, tan de corrida y tan sin atención y devoción, que ningún fruto o casi ninguno sacan de esta manera de rezar. Y aun algunas veces en lugar de fruto sacarán daño, cuando ya se ponen a rezar y hablar con Dios, no hacen esto con la reverencia y atención y con las otras circunstancias que deberían, como la declara este mismo doctor en la *Suma de pecados*. Y pluguiese a Dios no fuesen muchos los que en esta culpa caen. Mas quien mira de la manera que muchos clérigos y sacerdotes el día de hoy rezan y cantan las horas y el Oficio divino, así en público como en secreto, y el poco fruto y devoción que de esto sacan, verá claramente con

cuanta razón reprende este doctor, no el uso, sino el abuso de esta manera de orar.

Importancia de esta doctrina. Todas cuantas veces leo esta doctrina, confiésote, cristiano lector, que me maravillo mucho de ver en cuán pocas palabras comprendió aquí este doctor todos los ejercicios y casi toda la doctrina de cuantos libros espirituales hay. Porque, quienquiera que atentamente los leyere, verá que, aunque en la manera de las palabras parezcan diferentes, pero en la substancia ni dicen más ni pretenden más de lo que este doctor enseñó, ni aun encarecen y autorizan más sus ejercicios de lo que éste les encareció. Por donde parece claro cómo la Iglesia se rige por un mismo Espíritu y cómo todos los siervos de Dios tienen un mismo maestro, pues todos vienen a dar en un mismo fin y en un mismo camino.

Haz tú lo que este doctor enseña, que es señalar cada día un pedazo de tiempo para pensar en tus pecados y en los beneficios de Dios, entre los cuales el más principal es el de nuestra redención, donde entran todos los misterios principales de la vida de Cristo, y trabaja como animal limpio por rumiar las palabras y obras de la vida de este Señor, que ni es otra cosa el rosario de Nuestra Señora ni otra la que todos los libros devotos enseñan. Todo es un mismo manjar; mas como son diversos los gustos, unos lo guisan de una manera y otros de otra.

Lo mismo enseña San Buenaventura. Lea quien pudiere los opúsculos de San Buenaventura, que fué un doctor tan señalado en letras, en devoción, en religión y en prudencia de gobernar, pues a los trece años de su profesión fué general de su Orden y después cardenal, y ahí verá cuántas maneras de potajes hace este santo de la vida y pasión de Cristo, enseñándola a meditar unas veces por las horas del día, otras por los días de la semana, otras reduciéndola a himnos y oraciones vocales, otras haciendo de ella un árbol de la vida del Crucificado. Y todo esto hacía el santo varón porque entendía por una parte cuánto nos importaba este santo ejercicio y por otra cuán diferentes eran los gustos de los hombres, y por esto guisaba este manjar de tantas maneras.

Para declaración del fruto que de aquí se sigue no alegaré más de lo que este santo doctor alegó, que es la experiencia de muchas personas que él escribe en su tiempo grandemente aprovechadas por medio de estos ejercicios. Y lo mismo podemos alegar ahora, pues quienquiera que mirare este negocio con claros ojos hallará por cierto que

todas las personas que tienen sus tiempos diputados para emplearse en estas santas meditaciones y consideraciones, regularmente hablando, están más aprovechadas en el servicio de Dios y en el camino de las virtudes, y más prontas para todas las obras de piedad y misericordia, y para todos los trabajos y asperezas de la penitencia, y para apartarse con más cuidado de todas las ofensas de Dios.

Conclusión práctica. Tenemos, pues, aquí, según esta doctrina, tres géneros de cosas que podemos llamar materia de la consideración. La primera es de las perfecciones divinas, como son la bondad, la caridad, la hermosura, la justicia, la misericordia y la providencia de nuestro Señor, con todas las demás. La segunda es de los beneficios divinos, y señaladamente del beneficio de la redención, donde entran todos los pasos y misterios de la vida de nuestro Salvador, porque todos ellos son parte de este soberano beneficio. La tercera es del conocimiento de sí mismo, esto es, de sus propios defectos y miserias, de donde nace el desprecio de sí mismo y la virtud de la humildad, que es fundamento de todas las virtudes.

De las cuales, como de un público depósito, puede tomar el hombre materia para considerar todas las veces que quisiere recogerse a filosofar en esta celestial filosofía.

Para lo cual unos hay tan ocupados que no pueden recogerse más que una sola vez al día, los cuales pueden tomar cada vez un paso o dos de la vida de Cristo o de los beneficios divinos, y de esta manera proceder de día en día hasta ver pasado por todos estos misterios o beneficios, y esto acabado, tornar a comenzar de nuevo y proceder por los mismos pasos, ocupando la vida en esta rueda. Este imaginen que es un espíritu zodíaco que de esta manera paso a paso se ha de andar y replicarse después de andado, pues de este espiritual proceso y movimiento depende todo nuestro bien, así como del proceso del sol por el zodíaco el gobierno de este mundo inferior.

Mas los que tienen la vida más desocupada, como son las personas eclesiásticas y religiosas, cuyo oficio es vacar a Dios y rogar por los pecados del mundo, y otras también que están más libres de negocios, pueden muy bien recogerse dos o tres veces al día, y conforme a esto deben repartir estos misterios de tal manera que para cada uno de estos tiempos tengan sus pasos diputados en que puedan ocuparse, y acabado este discurso, tornar, como dijimos, a comenzar de nuevo.

Y señálase tan copiosa materia para esto para no obligar al hombre a pensar cada día una misma cosa, por-

que esto podría causar hastío en los menos perfectos. Mas, por el contrario, la novedad de los misterios ayuda mucho a despertar la devoción, como dice Santo Tomás en un opúsculo. De donde nace que muchas veces los novicios suelen tener al principio de su conversión mayores fervores y gustos sensibles de Dios que después de más aprovechados, porque la novedad y grandeza del conocimiento de las cosas no experimentadas causa en ellos mayor sentimiento y admiración.

CAPITULO LV

De las principales partes que puede tener la oración mental

Mas aquí es de notar que, como arriba dijimos, antes de esta meditación pueden proceder dos cosas y seguirse otras dos, de manera que sean por todas cinco partes las que intervengan en este ejercicio, conviene a saber: preparación, lección, meditación, hacimiento de gracias y petición.

Porque primeramente, antes que entremos en la oración, es necesario aparejar el corazón para aquel santo ejercicio, que es como quien templa la vihuela para haber de tañer en ella. Por la cual dijo el Eclesiástico (18, 23): Antes de la oración apareja tu alma, y no seas como el hombre que tienta a Dios. Tentar a Dios es querer que haga milagros en las cosas que se pueden hacer por otros medios. Pues como el aparejo del corazón sea un tan principal medio para alcanzar la devoción, el que pretende alcanzarla sin este medio, por el mismo caso quiere Dios haga con él milagros, lo cual dice aquí el Eclesiástico que es como tentar a Dios.

Después de la preparación se sigue la lección del paso que se ha de meditar en aquel día. Lo cual sin duda es necesario a los principios, hasta que el hombre sepa lo que ha de meditar. Mas después que por el uso de algunos días se sabe ya esto, no será ya más necesaria esta lección, sino luego podemos proceder a la meditación.

Después de la meditación se puede seguir luego un devoto hacimiento de gracias por los beneficios recibidos, el cual ha de acompañar siempre todas nuestras oraciones, según lo aconseja el Apóstol diciendo (Col. 4, 2):

Ocupaos con mucha insistencia en la oración, velando en ella con hacimiento de gracias. Porque, como dice San Agustín, ¿qué cosa mejor podemos tener en el corazón, y pronunciar por la boca, y escribir con la pluma que estas palabras: Gracias a Dios? No hay cosa que más brevemente se diga, ni más dulcemente se oiga, ni más alegremente se entienda, ni más fructuosamente se haga.

La última parte es la petición, que propiamente se llama oración, en la cual pedimos todo aquello que conviene así para nuestra salud como para la de nuestros prójimos y de toda la Iglesia.

1.ª Preparación para la oración. Pues cuanto a la primera parte, que es la preparación, debe el hombre buscar para esto lugar y tiempo convenido según la condición y estado de su vida: y el tiempo es muy convenible el de la media noche o el de la madrugada, y el lugar tanto es mejor cuanto es más oscuro y solitario, para que así esté el corazón más recogido, no teniendo en qué derramar la vista.

Puesto el hombre en este lugar y armando el corazón y la frente con la señal de la cruz, levante los ojos de su alma a considerar estas tres cosas, conviene saber, qué va a pedir, y qué va a hacer, y con quién va a hablar.

Cuanto a lo primero, si mirare qué va a pedir, hallará que va a pedir gracia y gloria, con todo lo demás que para estas dos cosas le pueden ayudar, que son las mayores que se pueden pedir; cuya petición, para que sea eficaz, ha de ir acompañada con todas aquellas condiciones que arriba pusimos, y señaladamente con una grande atención y humildad de corazón, como allí se declaró, porque estas cosas hacen que las tales peticiones no vuelvan vacías.

Pues si pasas adelante y miras lo que vas hacer, hallarás que vas allí a procurar el espíritu de la devoción por medio de la consideración de las cosas de Dios, que es causa de ella, y por aquí verás que aun para esto es menester más que para lo pasado, pues, como dijimos, basta para impetrar la atención que llaman virtual, aunque falte la actual, mas no basta para alcanzar devoción, como dice Santo Tomás, porque este buen afecto procede de esta actual atención y consideración de las cosas de Dios. Por donde verás con cuánta solicitud y cuidado debes entender en este negocio, para que no se derrame el corazón, porque de otra manera no alcanzarás lo que pretendes.

Mas si miras lo tercero, que es con quién vas a hablar, hallarás que vas a hablar con aquella soberana Majestad que hinche cielos y tierra; por lo cual entenderás no sólo con cuánta atención, sino también con cuánta humildad

y reverencia debes hablar sobre tan importantes negocios con tan grande Majestad.

Pues cuando delante de Él así te veas, debes hacerle una profundísima reverencia. Llamo aquí reverencia el reconocimiento de la majestad de aquel a quien vas a hablar.

Hecha esta reverencia, porque el justo al principio es acusador de sí mismo, comienza luego a acusarse de sus pecados, trayendo sumariamente a la memoria la mala vida pasada y pidiendo humildemente perdón de ella, para que con esto haga propicio al juez con quien ha de negociar sus negocios. Para lo cual podrá decir con toda devoción la confesión general o el salmo *Misere mei, Deus,* u otra cosa semejante, para despertar con estas santas palabras la tibieza que el corazón suele tener al principio de la oración.

Mas no se debe el hombre detener mucho en esta consideración de los pecados, como hacen algunos, que aquí comienzan y acaban y aquí se les pasa toda la vida, porque, aunque esto sea siempre bueno y a los principios necesario, mas todavía conviene que se tome con tal medida que no quite el lugar a otras cosas mejores. Y por esto no es menester que descienda el hombre a considerar muy por menudo sus pecados, especialmente aquellos cuya representación lo podría incitar a mal, sino hasta que hecho uno como haz de todos ellos, lo arroje en aquel abismo de la divina bondad y misericordia, para que allí se consuman y desaparezcan.

2.ª Lectura de la materia de la meditación. Después de la preparación se sigue la lección; la cual no ha de ser apresurada ni corrida, sino muy sosegada y atenta, aplicando a ella no sólo el entendimiento para entender lo que se lee, sino mucho más la voluntad para gustar lo que se entiende. Y cuando halláremos algún paso devoto, será bien detenernos un poco más en él y hacer allí una como estación, pensando en lo que se ha leído y haciendo alguna breve oración sobre ello, según que lo aconseja San Bernardo diciendo: Menester es muchas veces recoger algún poco de espíritu y devoción de la escritura que se lee y cortar el hilo de la lección con alguna oración, con la cual se levante el corazón a Dios y hable con Él, conforme a lo que pide el sentimiento y la materia del paso que se leyó.

Aquí conviene avisar que la lección no sea muy larga, porque no nos ocupe la mayor parte del tiempo, y así se hurte a los otros ejercicios más principales. Porque, como dice San Agustín, bueno es orar y leer, si podemos hacer ambas cosas: mas si no las podemos hacer, mejor es la ora-

ción que la lección. Mas porque en la oración algunas veces hay trabajo y en la lección facilidad, de aquí nace que este nuestro miserable corazón muchas veces rehusa el trabajo de la oración y se acoge al regalo de la lección, como el mismo San Bernardo, quejándose de sí mismo, dice que lo hacía.

Verdad es que así como a falta de pan de trigo suelen comer los hombres el de centeno o de cebada, por no quedar del todo ayunos, así cuando el corazón está tan distraído que no puede entrar en la oración, puede detenerse algo más en la lección o juntar en uno la meditación con la lección, leyendo un paso y meditando sobre él, y luego otro y otro, de la misma manera; porque yendo así atado el entendimiento a las palabras de la lección, no tiene tanto lugar para derramarse en diversas imaginaciones y pensamientos como cuando está libre y suelto. Aunque mejor sería luchar todo aquel tiempo con Dios como el patriarca Jacob (Gén. 32, 24), porque en fin, acabada la lucha, nos daría su bendición, o dándonos la devoción que procurábamos, o alguna otra mayor gracia, la cual nunca se niega a los que fielmente trabajan y pelean por su amor.

3.ª De la meditación y consideración. Después de la lección se sigue la meditación del paso que se ha leído. Acerca de lo cual es de saber que esta meditación unas veces es de cosas que se pueden figurar en la imaginación, como son todos los pasos de la vida y pasión de Cristo, y otras de cosas que pertenecen más al entendimiento que a la imaginación, como cuando pensamos en los beneficios de Dios o en su bondad y misericordia, o en cualquiera otra de sus perfecciones. Esta manera de meditación se llama intelectual, y la otra imaginaria. Y de la una y de la otra solemos usar en estos ejercicios según que la materia de las cosas lo requiere.

Y por esto, cuando el misterio que queremos pensar es de la vida y pasión de Cristo o de alguna otra cosa que se puede figurar con la imaginación, como es el juicio final, o el infierno, o el paraíso, debemos figurar cada cosa de éstas con la imaginación de la manera que ella es o de la manera que pasaría, y hacer cuenta que allí, en aquel mismo lugar donde estamos, pasa todo aquello en presencia nuestra, para que con esta representación de las cosas sea más viva la consideración y sentimiento de ellas.

Y algunos hay que dentro de su mismo corazón imaginan que pasa cualquiera cosa de estas que piensan, porque, pues en él caben ciudades y reinos, no es mucho que pueda caber también la representación y figura de estos misterios. Y aun esto suele ayudar mucho para traer el alma

recogida, entendiendo en labrar como abejas dentro de su corcho su panal de miel.

De cualquiera de estas dos maneras podemos usar en esta manera de meditación imaginaria. Porque ir con el pensamiento a Jerusalén para meditar las cosas que allí pasaron en sus propios lugares es cosa que suele enflaquecer y hacer daño a las cabezas.

Y por esta misma causa tampoco debe el hombre hincar mucho la imaginación en las cosas que piensa, porque, demás de fatigarse en esto la cabeza, podría también caer en algún engaño con esta vehemente aprehensión, pareciéndole que realmente ve lo que con esta fuerza imagina.

4.ª De la acción de gracias. Acabadas estas tres partes se puede seguir luego el hacimiento de gracias por los beneficios recibidos. Y por no cortar el hilo de la devoción con diversos afectos y materias, puede el hombre continuar esta parte con la precedente, tomando ocasión de lo que ha pensado para dar gracias a Nuestro Señor por el beneficio que en aquello le hizo, y juntar con este beneficio todos los otros, y darle gracias por ellos.

5.ª De las varias peticiones. Resta la última parte de todas, que es la petición, la cual contienes dos partes, en la una de las cuales pedimos para los prójimos y en la otra para nosotros.

La primera se puede continuar con la pasada, que es con el hacimiento de gracias, deseando que todas las criaturas sirvan y alaben a un Señor tan digno de ser alabado y servido, por ser tan piadoso y largo con todas sus criaturas. Y así con este afecto y deseo de la gloria de Dios ruéguele primeramente por todo el universo mundo, por que todas las gentes conozcan y sirvan a tan gran Señor, y luego por la Iglesia cristiana y por todas las cabezas de ella, para que por ellas sean encaminados todos los fieles al conocimiento y servicio de su Criador. Asimismo ruegue por todos los miembros de esta Iglesia: por los justos, que Dios los conserve, y por los pecadores, que los perdone, y por los difuntos, que los lleve a la gloria perdurable. Asimismo ruegue por todos sus deudos, amigos y bienhechores, y por todos los atribulados, cautivos, enfermos y encarcelados, con los cuales podrá sin discurso ni distraimiento cumplir las obras de misericordia, encomendándolos al Señor que los crió y poniendo las necesidades de todos en aquellas manos que por todos se pusieron en cruz.

Después de esto debe pedir el hombre para sí lo que

sintiere que ha menester. Algunos dicen que no piden a Dios cosa en particular, sino que todo lo remiten y libran en su voluntad. Mas aunque esto se pueda bien hacer, todavía tenemos ejemplos en los santos para pedir cosas particulares, según las particulares necesidades y miserias que cada uno siente en su alma, especialmente cuando pedimos remedio para contra algunos vicios y pasiones de que somos más molestados o algunas virtudes de que tenemos mayor necesidad.

Mas es mucho de doler que algunos dicen que no saben qué pedir. Gran miseria es, por cierto, que no sepa el hombre pedir remedio para su miseria. ¿Qué bestia hay tan insensible que no sepa significar por alguna vía la necesidad que tiene? ¿Qué enfermo hay que no sepa decir aquí me duele? Mira, pues, ¡oh hombre!, a ti mismo: mira los vicios y pasiones que más te combaten, si la avaricia, si la ira, si la vanagloria, si la dureza de tu propia voluntad, si la soltura de la lengua, si la liviandad de corazón, si el amor de la honra o del regalo, si la inconstancia en los buenos propósitos que propones, si el amor propio o algunas otras semejantes pasiones y pestilencias del ánimo te combaten; y descubre todas estas llagas una por una a aquel médico del cielo, y para que Él las cure con la unción de su gracia.

Pedido ya el remedio para los vicios, pide luego todas aquellas virtudes que más convienen para tu salud.

CAPITULO LVI

Importantes avisos acerca de las partes de la oración mental

Dicho ya de las principales partes de este ejercicio, será razón dar algunos avisos y documentos que se deben guardar en ellas, y señaladamente en la meditación, que es de la que principalmente pretendemos hablar aquí.

1.° No atarse a meditar sobre la materia preparada.

Sea, pues, el primer aviso, en lo que toca a la materia de la meditación, que aunque sea bien que tenga el hombre señalados estos pasos que aquí van repartidos por los días de la semana para ejercitarse en ellos, mas con todo eso, si a medio ca-

mino se ofreciere algún otro pensamiento donde halle más miel o más provecho, que no le debe desechar por cumplir con su tarea, porque no es razón desechar la lumbre que el Espíritu Santo nos comienza a dar en algún buen pensamiento por ocuparnos en otro donde por ventura no se nos dará. Y, además de esto, como el fin de todos estos ejercicios sea alcanzar alguna devoción y sentimiento de las cosas divinas, fuera de razón sería, alcanzando éste con alguna buena consideración, andar a buscar por otro camino lo que ya tenemos alcanzado por éste.

Mas aunque esto, regularmente hablando, sea así, no por esto debe tomar tanta licencia en esto que se mueva luego ligeramente por cada ocasión que se le ofrezca a soltar de las manos lo que tiene por lo que se antojare, si no fuere cuando sintiere conocida ventaja de lo uno a lo otro.

2.º Trabajar más con afectos que con discursos.

El segundo aviso sea que trabaje el hombre por excusar en este ejercicio la demasiada especulación del entendimiento y procure de tratar este negocio más con afectos y sentimientos de la voluntad que con discursos y especulaciones del entendimiento.

Para lo cual es de saber que el entendimiento por una parte ayuda y por otra puede impedir la operación de la voluntad, que es el amor y sentimiento de las cosas divinas. Porque así como es necesario que vaya delante guiando a la voluntad y dándole conocimiento de lo que ha de amar, así, cuando es mucha su especulación, impide esta operación de la voluntad, porque no da lugar ni tiempo para que pueda obrar. Donde así como dicen del veneno que se echa en la triaca, que, si es poco, es saludable y necesario, mas si es mucho, sería dañoso, así podemos en esta manera decir en este ejercicio que el entender a Dios con simplicidad ayuda la voluntad para que más lo ame; mas entenderlo con demasiada especulación, impide esa misma voluntad y hace por entonces más remisa y floja su operación.

Y la razón de esto es porque como la virtud de nuestra alma sea finita y limitada, cuanto más se emplea su virtud por una parte, tanto menos le queda que emplear por otra, así como la fuente que corre por dos caños, que cuanto más se desaguare por el uno, tanto menos tiene que repartir por el otro. Y esto principalmente hace el alma por la operación del entendimiento, por la cual, como sea tan íntima y tan noble, se desagua toda ella de tal manera, que casi nada obra por las otras potencias cuando está muy atenta y ocupada en esta operación.

Y así se ve por experiencia que en cualquier otro ejercicio corporal que se haga de menos puede uno con más facilidad conservar el afecto de la devoción que cuando está con el entendimiento especulando algo con atención. Porque son el entendimiento y la voluntad como dos balanzas de nuestra alma, las cuales están de tal manera dispuestas, que el subir de la una es bajar de la otra, y al revés. De manera que si crece mucho la especulación, baja la afección; y si, por el contrario, crece la afección, baja luego la especulación.

En la meditación ora, no estudies. De lo cual todo parece cómo no aciertan este camino los que de tal manera se ponen en la oración a meditar los misterios divinos como si los estudiasen para predicar; lo cual más es derramar el espíritu que recogerlo y andar más fuera de sí que dentro de sí. De donde nace que, acabada su oración, se quedan secos y sin jugo de devoción y tan fáciles y ligeros para cualquier liviandad como lo estaban antes. Porque en hecho de verdad los tales no han orado, sino parlado y estudiado, que es un negocio bien diferente de la oración.

Deberían los tales considerar que en este ejercicio más nos llegamos a escuchar que a parlar, pues, como dijo el Profeta (Deut. 33, 3), los que se llegan a los pies del Señor recibirán de su doctrina, como la recibía aquel que decía (Salm. 84, 9): Oiré lo que hablare dentro de mí el Señor Dios. Pues por esto, sea todo tu negocio parlar poco y hablar mucho y dar lugar a la voluntad para que se ayunte con todas las fuerzas a Dios.

No hemos de herir igualmente con las espuelas a estas dos potencias ni caminar en este camino con pasos iguales. Particular destreza es menester para avivar la voluntad y sosegar el entendimiento, para que no impida con sus tratos propios los del amor. Has de hacer cuenta que vas en un carro de dos caballos, uno apresurado y otro perezoso, y que has de llevar las riendas en la mano con tal destreza, que al uno las apriete y al otro las afloje, para que así se aguarden uno al otro.

Y si quieres otro ejemplo más palpable, haz cuenta que el entendimiento se ha de haber con la voluntad como el ama que cría a un niño, la cual después que le ha masticado el manjar se lo pone en la boca para que él lo guste y se sustente con él, porque de otra manera, si le mascicase dos bocados y también se los comiese, dejando el niño sin comer, claro está que le hacía manifiesto agravio, pues lo dejaba morir de hambre por comerse lo que le daban para él.

Pues de esta manera se ha de haber el entendimiento con la voluntad, porque a él, como a una ama, pertenece masticar y desmenuzar las verdades espirituales, mas no para que todo el negocio pare en sólo esto, sino para que después de así masticadas, las ofrezca a la voluntad, para que ella las guste y las sienta y se encienda y confirme más en lo bueno con el sentimiento de ellas.

Bien es que paguen sus aduanas y portazgos las vituallas que entran por las puertas de la ciudad; mas si los porteros se alzasen con toda la provisión, sin dejar llegar nada a la plaza, claro está que los moradores de la ciudad perecerían de hambre.

Pues de esta manera, si el entendimiento, que es como la primera puerta de nuestra alma, por donde le ha de entrar el mantenimiento espiritual, se toma para sí todo lo que había de pasar por él, ¿qué tal estará la voluntad, sino ayuna, y seca, y necesitada de todo bien?

El perro del cazador, si es bueno, no se come la liebre que ha cazado, sino guárdala fielmente para cuando llegue su señor.

Pues de esta misma manera se ha de haber nuestro entendimiento cuando hubiere cazado alguna de estas altas y secretas verdades, que no se ha de entregar él a solas en ella, sino antes entregarla a la voluntad, para que ella, como señora en esta parte, se sirva de ella.

Dichosas son por cierto algunas personas devotas y simples, las cuales, así como saben poco, así cuando se llegan a Dios les hace poco embarazo el negocio del entender, y así hallan su voluntad más tierna y más aparejada para toda piadosa afección.

Pues si quieres saber cómo se haya de hacer esto, entre otras muchas maneras que para ello hay, podrás usar de ésta. En cualquier cosa buena que pensares en la oración o fuera de ella, ten cuidado de irte luego con ella a Dios, como hace el niño, que, con todas las cosas que halla, se va luego a su madre, y allí la platica con Él, y conforme a lo que hallares en ella, así puedes levantar tu corazón a amar, o adorar, o reverenciar, o alabar a Dios por ella, y allí tomar ocasión para humillarte delante de Él y pedirle su gracia.

3.° Moderación en la voluntad. El aviso pasado nos enseña cómo debemos sosegar el entendimiento y entregar todo este negocio a la voluntad; mas el presente pone también su tasa y medida a la misma voluntad para que no sea demasiada ni vehemente en su ejercicio. Para lo cual es de saber que la devoción que pretendemos alcanzar no es cosa que se ha

de alcanzar a fuerza de brazos, como piensan algunos, los cuales con demasiados ahincos y tristezas forzadas y como hechizos procuran alcanzar lágrimas y compasión cuando piensan en la pasión del Salvador, porque éstas suelen secar más el corazón y hacerlo más inhábil para la visitación del Señor, como enseña Casiano.

Y demás de esto suelen estas cosas hacer daño a la salud corporal y a veces dejan el alma tan atemorizada con el sinsabor que allí recibió, que teme otra vez tornar al ejercicio como a cosa que experimentó haberle dado mucha pena. Y por esto, si el Señor diere lágrimas o semejantes sentimientos, débense tomar humildemente; mas tomarlos el hombre como por fuerza no es cordura. Conténtese con hacer buenamente lo que es su parte, que es hallarse presente a lo que el Señor padeció, mirando con una vista sencilla y sosegada así lo que padeció como el amor y caridad con que lo padeció, y hecho esto no se acongoje por lo demás cuando el Señor no se lo diere.

Y quien esto no supiere hacer y sintiere demasiada fatiga en su ejercicio, no porfíe a pasar adelante, sino humíllese delante de Dios con entrañable sosiego y simplicidad, pidiéndole gracia para proseguir aquel camino sin tanta costa suya y sin peligro. Y si el Señor le hiciere merced de darle este sosiego de pensamientos, sentirá más entrañable devoción de la que se suele sentir con el desasosiego del corazón, y que dure por muchos días más, y podrá estar el hombre pensando muy largos ratos de tiempo sin sentir pesadumbre; lo cual todo se halla al contrario si de la otra manera se piensa.

Y por esta causa conviene mirar mucho que, si alguna vez se levantaren en el alma movimientos hervorosos de devoción sensual o demasiados sollozos y gemidos, que no se vaya la persona tras ellos, mas débelos templar y disimular, procurando guardar dentro de sí aquella consideración y pensamiento que se los causó; quiero decir que, quitando de sí los alborotos de la carne, goce en el alma con sosiego de la lumbre y devoción que Dios le dió. Y de esta manera durarle ha más tiempo, y será su consolación más de raíz y más entrañable, y no vendrá a dar muestras de sí con gemidos y otras señales exteriores, lo cual no se podría evitar sin mucho trabajo si una vez la persona se acostumbra a darse mucho a los dichos movimientos y fervores sensuales, los cuales, cuanto más recios parecen de fuera, tanto más suelen apagar la lumbre de dentro y poner impedimento para que no pase adelante.

Verdad es que a los principios mal se pueden excusar estos fervores, cuando la maravilla de la novedad y alteza de las cosas divinas hace a los hombres caer en tan grande

admiración y espanto, que no se pueden valer. Mas después que con el uso cesa la novedad, sosiégase el corazón, y aunque ama con mayor fuerza, no tiene tanto fervor sensual y desasosiego en su amor.

4.º Con atención moderada. De todo lo susodicho podremos colegir cuál sea la manera de atención que debemos tener en la oración. Porque aquí principalmente conviene tener el corazón no caído ni flojo, sino vivo, atento y levantado a lo alto.

Mas así como es necesario estar aquí con esta atención y recogimiento de corazón, así, por otra parte, conviene que esta atención sea templada y moderada, porque no sea dañosa a la salud ni impida la devoción. Porque algunos hay que fatigan la cabeza con la demasiada fuerza que ponen para estar atentos a lo que piensan, como ya dijimos, y otros hay que por huir de este inconveniente están allí muy flojos y remisos y muy fáciles para ser llevados de todos vientos. Para huir de estos extremos conviene llevar tal medio que ni con la demasiada atención fatiguemos la cabeza ni con el descuido y flojedad dejemos andar vagueando el pensamiento por do quisiere. De manera que así como solemos decir al que va sobre una bestia maliciosa que lleve la rienda tiesa, conviene saber, ni muy apretada ni muy floja, por que ni vuelva atrás ni camine con peligro, así debemos procurar que vaya nuestra atención moderada y no forzada, con cuidado y no con fatiga congojosa.

Este aviso es tan necesario, que por falta de él hemos visto pasárseles muchos años a algunas personas con poco aprovechamiento por la tibieza con que oraban, y a otros, por el contrario, perder la salud y la cabeza por el demasiado calor y fuerza que en esto ponían.

Mas particularmente conviene avisar que al principio de la meditación no fatiguemos la cabeza con demasiada atención, porque cuando esto se hace suelen faltar para adelante las fuerzas, como faltan al caminante cuando al principio de la jornada se da mucha prisa a caminar.

5.º Perseverar sin desmayo. Mas entre todos estos avisos, el principal sea que no desmaye el que ora, ni desista de su ejercicio cuando no sienta luego aquella blandura de devoción que él desea, como hacen algunos que en esta parte viven muy engañados.

Para lo cual es mucho de notar que, en hecho de verdad, el corazón humano es muy semejante al agua turbia, la cual no se puede súbitamente aclarar por muchas diligencias que para esto se hiciesen, si no le dan tiempo y

espacio para que poco a poco se vaya aclarando y asentando. Pues tal es sin duda nuestro corazón, el cual, así como suele enturbiarse con el cotidiano trato de los negocios terrenos, así después de enturbiado no puede luego en breve asentarse y sosegarse si no le dan para esto su espacio y tiempo conveniente.

Por lo cual, con mucha razón dijo el Eclesiástico (7, 9) que era mejor el fin de la oración que el principio ; porque a los principios el corazón está turbado e inquieto, mas al cabo está ya más asentado y sosegado y más dispuesto para su ejercicio.

Una de las cosas principales que han de tener los que han de recibir grandes dones de Dios es longanimidad de corazón para aguardar fielmente todo el tiempo que Él quisiere y en el entretanto consolarse con aquella esperanza del Profeta, que dice (Hab. 2, 3): Si un poco se tardase, no dejes de aguardarle, porque viniendo vendrá y no se tardará.

Y créeme cierto que éste es el paso más peligroso de esta navegación y el lugar donde se prueban los verdaderos devotos, y que si de éste sales bien, en todo lo demás te irá prósperamente.

Finalmente, si todavía te pareciere que era tiempo perdido perseverar en la oración y fatigar la cabeza sin provecho, en tal caso no tendría por inconveniente que después de haber hecho lo que es en ti, tomases algún libro devoto y trocases por entonces la oración por la lección, con tanto que el leer fuese no corrido ni apresurado, sino reposado y con mucho sentimiento de lo que vas leyendo, mezclando muchas veces en sus lugares la oración con la lección ; lo cual es cosa muy provechosa y muy fácil de hacer a todo género de personas, aunque sean muy rudas y principiantes en este camino.

6.º Con profunda oración y devoción. Y no es diferente documento del pasado, ni menos necesario, avisar que el siervo de Dios no se contente con cualquier gustillo que halle en su corazón, como hacen algunos, que en derramando alguna lagrimilla o sintiendo alguna ternura de corazón, piensan que han ya cumplido con su ejercicio. Esto no basta para lo que aquí pretendemos. Porque así como no basta para que la tierra fructifique un pequeño rocío de agua, que no hace más que matar el polvo y mojarla por defuera, sino es menester tanta agua que cale hasta lo íntimo de la tierra y la deje toda empapada en ella, así para que nuestra alma dé frutos de virtudes y buenas obras no basta aquel pequeño rocío de devoción que, a vuelta de cabeza, con cualquier

sol y aire se seca, con el cual el alma parece que está devota, mas en hecho de verdad en lo de dentro no lo está, sino es menester una profunda oración y devoción y que como una grande lluvia cale hasta lo íntimo del corazón y lo deje tan empapado en ella, que ni soles ni aire, quiero decir, ni negocios ni cuidados del mundo, basten para secarlo ni sacarlo de donde está.

No dejes a destiempo el filón de oro. Pues por esto con mucha razón se aconseja que tomemos para este santo ejercicio el más largo espacio que pudiéremos, y mejor sería un rato largo que dos cortos, porque si el espacio es breve, todo él se gasta en sosegar la imaginación y quietar el corazón, y después de ya quieto, levantámonos del ejercicio al tiempo que lo hubiéremos de comenzar. ¿Cuál es el cavador que, buscando oro en una mina, suelta la azada al tiempo que encuentra la vena y deja perder el trabajo pasado cuando había de gozar del fruto presente? Porque sin duda el fruto de una larga y profunda oración a veces suele ser tan grande, que queda el hombre con caudal para gastar muchos días y caminar con Elías hasta el monte de Dios en virtud del manjar y pasto que allí le dieron.

Y descendiendo más en particular a limitar este tiempo, paréceme que todo lo que es menos de hora y media o dos horas es corto plazo para la oración, porque muchas veces se pasa más que media hora en templar la vihuela y en quietar, como dicen, la imaginación, y todo el otro espacio es menester para gozar del fruto de la oración. Verdad es que cuando este ejercicio se tiene después de otros santos ejercicios, como es después de maitines, o después de haber oído o dicho misa, o después de alguna devota lección u oración vocal, más dispuesto se halla el corazón para este negocio, y así, como en leña seca, muy más presto se enciende este fuego celestial. También el tiempo de la madrugada sufre ser más corto, porque es muy más aparejado para este oficio, como adelante se dirá. Mas el que fuere pobre de tiempo por sus muchas ocupaciones, no deje de ofrecer su cornadillo con la pobre viuda en el tiempo (Lc. 21, 1), porque, si esto no queda por su negligencia, aquel que a todas las criaturas provee conforme a su necesidad y naturaleza proveerá también a él según la suya.

7.° No desaproveches las visitaciones de Nuestro Señor. Conforme a este documento se da otro semejante a él, y es que cuando el alma fuere visitada en la oración o fuera de ella con alguna particular visitación del Señor, que no la deje pasar

en vano, sino que se aproveche de aquella ocasión que se le ofrece, porque es cierto que con este viento navegará el hombre más en una hora que sin él en muchos días (Jn. 21, 6).

¿Qué tanto más fué lo que San Pedro pescó en aquel lance que le mandó echar el Salvador que en toda la noche pasada? Pues muchas veces acaece lo mismo en esta celestial pesquería, si sabemos aprovecharnos de las oportunidades que hay en ella. Por lo cual con mucha razón nos avisa el Eclesiástico (14, 14), diciendo: No dejes de gozar del buen día que Dios te diere y ni una pequeña parte de él se te pase sin aprovechar.

Mucho puede la oportunidad en todas las cosas, y aquí más que en otra alguna, porque esto parece que es descender el ángel a mover el agua de la piscina y darle virtud para sanar (Jn. 5, 4); o por mejor decir, esto es descender Dios a tirar el arado con el hombre y ayudarle a su labor, la cual ayuda vale más que todas las industrias y diligencias del mundo. El marinero, cuando ve que le hace buen tiempo para surgir, luego coge las áncoras y se hace a la vela sin más aguardar, por no perder aquella buena sazón que el tiempo le ofrece. Y lo mismo deben hacer las personas espirituales, con tanto mayor cuidado cuanto es mayor este negocio y más necesario este divino soplo para la oración que aquél para la navegación.

Así se dice que lo hacía el bienaventurado San Francisco, de quien escribe San Buenaventuras que era tan particular el cuidado que en esto tenía, que, si andando camino lo visitaba nuestro Señor con alguna particular visitación, hacía ir delante a los compañeros y él estábase quedo hasta acabar de rumiar y digerir aquel bocado que le venía del cielo. Los que así no lo hacen, suelen comúnmente ser castigados con esta pena, conviene saber, que no hallen a Dios cuando lo buscaren, pues cuando Él los buscaba no los halló.

CAPITULO LVII

De las tentaciones más comunes de los que se dan a la oración y de sus remedios

Ahora será bien tratar de las tentaciones más comunes de las personas que se dan a la oración y de sus remedios; las cuales, por la mayor parte, son las siguientes: la falta

de las consolaciones espirituales, la guerra de los pensamientos importunos, los pensamientos de blasfemia e infidelidad, la desconfianza de aprovechar, la presunción de estar ya muy aprovechado. Estas son las comunes tentaciones que hay en este camino, los remedios de las cuales son los siguientes.

Remedio para la falta de consolaciones espirituales.

Primeramente, al que le faltaren las consolaciones espirituales, el remedio es que no por eso deje el ejercicio de la oración acostumbrada, aunque le parezca desabrida y de poco fruto, sino póngase en la presencia de Dios como reo culpado, y examine su conciencia, y mire si por ventura perdió su gracia por su culpa, y suplique al Señor con entera confianza le perdone y declare las riquezas inestimables de su paciencia y misericordia en sufrir y perdonar a quien otra cosa no sabe sino pecar. De esta manera sacará provecho de su sequedad, tomando ocasión para más se humillar, viendo lo mucho que peca, y para más amar a Dios, viendo lo mucho que le perdona. Y aunque no halle gusto en estos ejercicios, no desista de ellos, porque no se requiere que sea siempre sabroso lo que ha de ser provechoso. A lo menos esto se halla por experiencia, que todas las veces que el hombre persevera en la oración con un poco de atención y cuidado, haciendo buenamente lo poco que puede, al cabo sale de allí consolado y alegre, viendo que hizo de su parte algo de lo que era en sí. No es mucho durar mucho en la oración cuando es mucha la consolación. Lo mucho es que cuando la consolación es poca, la oración sea mucha, y mucho mayor la humildad, y la paciencia, y la perseverancia en el bien obrar.

También es necesario en estos tiempos andar con mayor solicitud y cuidado que en los otros, velando sobre la guarda de sí mismo, examinando con mucha atención sus pensamientos y palabras y obras. Porque como entonces nos falte la alegría espiritual, que es el principal remo de esta navegación, es menester suplir con cuidado y diligencia lo que falta de gracia. Cuando así te vieres, has de hacer cuenta, como dice San Bernardo, que se te han dormido las velas que te guardaban y que se te han caído los muros que te defendían. Y por eso toda la esperanza de salud está en las armas, pues ya no te ha de defender el muro, sino la espada y la destreza en el pelear. ¡Oh cuánta es la gloria del alma que de esta manera batalla, que sin escudo se defiende, y sin armas pelea, y sin fortaleza es el fuerte, y hallándose en la batalla sola, toma el esfuerzo y ánimo por compañía!

Este es el toque principal en que se prueba la fineza de los amigos, si son verdaderos o no.

Contra los pensamientos importunos. Contra la tentación de los pensamientos importunos que nos suelen combatir en la oración, el remedio es pelear varonilmente y perseverantemente contra ellos; aunque esta resistencia no ha de ser con demasiada fatiga y congoja de espíritu, porque no es éste negocio tanto de fuerza cuanto de gracia y humildad. Y por esto, cuando el hombre se hallare en esta manera, debe volverse a Dios sin congoja, pues esto no es culpa, o es muy liviana, y con toda humildad y devoción le diga: Veis aquí, Señor mío, quién soy yo: ¿qué se esperaba de semejante muladar sino semejantes olores? ¿Qué se esperaba de esta tierra que Vos maldijisteis sino zarzas y espinas? Este es el fruto que ella puede dar, si Vos, Señor, no la limpiáis. Y dicho esto torne a atar su hilo como antes y espere con paciencia la visitación del Señor, que nunca falta a los humildes. Y si todavía te inquietaren los pensamientos y tú todavía perseverantemente les resistieres e hicieres lo que es en ti, debes tener por cierto que mucha más tierra ganas en esta resistencia que si estuvieras gozando de Dios a todo sabor.

Contra las tentaciones de blasfemia. Para remedio de las tentaciones de blasfemias, es de saber que así como ningún linaje de tentación es más penoso que éste, así ninguno hay menos peligroso. Y así el remedio es no hacer caso de estas tentaciones, pues el pecado no está en el sentimiento, sino en el consentimiento y en el deleite: el cual aquí no hay, sino antes al contrario, y así más se puede llamar ésta pena que culpa, porque cuan lejos está el hombre de recibir alegría con estas tentaciones, tan lejos está de tener culpa en ellas. Y por eso el remedio, como dije, es menospreciarlas y no temerlas, porque cuando demasiadamente se temen, el mismo temor las despierta y levanta.

Contra las tentaciones de infidelidad. Contra las tentaciones de infidelidad el remedio es que, acordándose el hombre por un cabo de la pequeñez humana y por otro de la grandeza divina, piense en lo que Dios le manda y no sea curioso en querer escudriñar sus obras, pues vemos que muchas de ellas exceden a nuestro saber. Y, por tanto, el que quiere entrar en este santuario de las obras divinas ha de entrar con mucha humildad y reverencia, y llevar consigo ojos de

paloma sencilla y no de serpiente maliciosa, y corazón de discípulo y no de juez temerario. Hágase como niño pequeño, porque a los tales enseña Dios sus secretos (Lc. 18, 17). No cure de saber el porqué de las obras divinas; cierre el ojo de la razón y abra sólo el de la fe; porque éste es el instrumento con que se han de tantear las obras de Dios. Para mirar las obras humanas, muy bueno es el ojo de la razón humana; mas para mirar las divinas, no hay cosa más desproporcionada que él.

Mas porque ordinariamente esta tentación es al hombre penosísima, el remedio es el de la pasada, que es el no hacer caso de ella, pues más es ésta pena que culpa; porque no puede haber culpa en lo que la voluntad es contraria, como allí se declaró.

Contra las de desconfianza y presunción. Contra las tentaciones de la desconfianza y de la presunción, que son vicios contrarios, es forzado que haya contrarios remedios. Para la desconfianza, el remedio es considerar que este negocio no se ha de alcanzar por solas tus fuerzas, sino por la divina gracia, la cual tanto más presto se alcanza cuanto más el hombre desconfía de su propia virtud y confía en sola la bondad de Dios, en quien todo es posible. Para la presunción, el remedio es considerar que no hay más claro indicio de estar el hombre muy lejos que creer que está muy cerca. Mírate también, pues, como en un espejo en la vida de los santos y en la de otras personas señaladas que ahora viven en carne, y verás que eres ante ellos como un enano en presencia de un gigante, y así no presumirás.

CAPITULO LVIII

De algunos avisos muy importantes para las personas que aspiran a la perfección

Declaradas ya las tentaciones más comunes de las personas que se dan a la oración, será necesario dar también algunos avisos y documentos necesarios para este camino. Y aunque en el fin de la primera parte de este tratado se dieron algunos, pero aquéllos eran para enseñar cómo nos habíamos de haber en la meditación, mas éstos principalmente servirán para descubrir las celadas y artes del

enemigo, el cual suele muchas veces y por muchas vías engañar a los que se dan a estos ejercicios, convirtiéndoles la medicina en ponzoña y haciéndoles padecer, dentro del mismo puerto, tormenta.

1.º Del fin que se han de proponer. El primer aviso es acerca del fin que se debe tener en estos ejercicios. Porque como el fin sea la principal circunstancia de las obras morales y la raíz y fundamento de todo lo demás, si éste va errado, todo va errado, y si fuere acertado, todo lo demás también lo irá.

a) *Unión con Dios por la obediencia y el amor.*—Pues para esto es de notar que el fin de toda la vida cristiana es el cumplimiento de la ley de Dios, que es una general obediencia de todos sus mandamientos y una perfectísima conformidad con su divina voluntad. Y aunque San Pablo dice (I Tim. 1, 5) que el fin de la ley es la caridad, no contradice esto a nuestra sentencia, porque, como dijo el filósofo, un querer y un no querer es la firme y verdadera amistad.

Y allende de esto, están tan coligadas entre sí estas dos virtudes, que ni se puede hallar caridad sin obediencia ni obediencia sin caridad, como claramente se colige de las palabras del Salvador, el cual en una parte dice (Jn. 14, 21): Si alguno me amare, guardará mis mandamientos y mi Padre lo amará, y a Él vendremos, y en Él haremos nuestra morada. Y en otra parte dice (Ibíd. 15): El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama. Y el que a mí me ama, será amado de mi Padre, y yo también lo amaré y me descubriré a él. Por donde parece que todo viene a ser una misma cosa, perfecto amor y perfecta obediencia, porque ni el que ama puede dejar de guardar lo que le manda el amado ni guardarlo sin que lo ame.

Mas para esta manera de obediencia se requiere ante todas las cosas la mortificación y negamiento de nuestra propia voluntad; porque así como no se puede engerir un árbol si no se corta primero la rama que se ha de engerir, así no puede engerirse en nuestros corazones la voluntad divina si no se corta primero la humana, lo cual pertenece al oficio de la mortificación y al uso de las virtudes morales, que principalmente se emplean en esto. Porque la mayor parte de ellas tiene por oficio modificar algunas de estas pasiones, para que dé lugar al uso de las virtudes, en el cual consiste la guarda de la ley de Dios.

Por do parece que el fin de todo este negocio es obediencia y amor y mortificación de nuestras malas inclina-

ciones, como en pocas palabras lo significó el Eclesiástico (3, 1) diciendo: Hijos de la sabiduría son todos los justos, y la generación de ellos es obediencia y amor.

Pues ésta es la causa por qué es tan encomendada y alabada la oración de todos los santos, no tanto por lo que ella es en sí, aunque ella es también acto de religión, que es la más excelente de las virtudes morales, sino principalmente por el favor y ayuda grande que nos da para conseguir este fin. De manera que no es tanto alabada como fin cuanto como medio principalísimo para el fin, y no tanto como la salud cuanto como una medicina eficacísima para alcanzar la salud. Por donde parece que si uno se diese mucho a la oración y con todo esto no fuese ni más virtuoso ni más mortificado, sería como un enfermo que siempre usase de medicina y no tuviese más mejoría, en lo cual sería dos veces miserable, lo uno por el trabajo de la enfermedad y lo otro por el de la cura.

b) *No buscar el gusto y dulzura en la oración.*—Este es un principio muy universal y muy verdadero, por el cual podrá cada uno entender muchas maneras de engaños que en esta parte suelen acaecer. Porque hay algunas personas que como hallan en la oración suavidad y en la mortificación dificultad, dejan lo agrio por lo dulce y lo dificultoso por lo fácil, y así todo su negocio es darse a la oración sin hacer caso de la mortificación. Porque el corazón humano es en gran manera goloso y amigo de deleites, tanto que por esta pasión algunos filósofos dijeron que éste era el último fin y centro de su felicidad, y todos generalmente dijeron que era el cebo de todos los males, porque mediante la golosina del deleite se deja prender de muchos de ellos.

Y es tan poderosa esta inclinación en el hombre, que así como el agua naturalmente corre para abajo, y si la queréis por la fuerza represar y detener, ella siempre busca algún portillo por do salir, así nuestro corazón está siempre tan inclinado a todo género de deleites, que si le ponéis silencio y entredicho en unos, él busca luego salida para otros y otros, porque no descansa fuera de ellos. Conforme a lo cual dice muy bien un doctor que la naturaleza es sutil y que en todas las cosas busca a sí misma, aun en los muy altos y divinos ejercicios. Llámala sutil porque muy de callada y cuasi sin sentirlo se cuela por do quiere y se entremete donde no la llaman, para ver si hay allí algo de su gusto o de su provecho que pueda pretender o en que se pueda entregar.

El origen de muchos engaños. De aquí, pues, nace la mayor parte de los engaños que hay en este camino. Porque primeramente de aquí nace la corrupción de la intención de las buenas obras que hacemos, donde el fin único y principal había de ser sólo Dios; contra lo cual reclama este apetito sensual, que siempre busca algo de carne en que se pueda cebar. Y esto es lo que principalmente corrompe nuestras obras y hace que no sea todo agua limpia lo que se hace por Dios. Y así acontece a muchos vivir muy engañados, creyendo que tienen muchas buenas obras hechas en su servicio, las cuales cuando vengan a ser examinadas en el contraste de su juicio, se verá claro que no era oro, sino escoria todo lo que tenían, o a lo menos lleno de mucha liga del propio amor.

De aquí nace también que muchos en los ejercicios de sus oraciones, lecciones y comunicaciones no pretenden otra cosa más que algún deleite o alegría espiritual, y en sólo esto ponen la suma de todos sus deseos, pareciéndoles que por ser el deleite espiritual está ya todo canonizado y que no puede haber peligro donde el deleite no es de carne; y no miran que también puede tener su lugar, como dice un doctor, el amor propio, y la gula espiritual, y la avaricia, y otros semejantes apetitos, y por ventura tanto más cuanto son mayores estos deleites y más para desear. A lo menos es cierto que muchas veces la raíz de todo esto suele ser amor propio, el cual siempre tiene ojo a su interés, ora sea en esta materia, ora en aquélla, sino que en aquélla hay mayor culpa y menor engaño, porque el deleite es más torpe; mas en ésta, si no hay culpa en el deseo, puede haber engaño en la opinión, cuando el hombre por esta causa se tiene en más de lo que es.

Y si por ventura me dijeres que no son muchos los que de esta manera se engañan, porque ninguno habrá tan ciego que sólo esto pretenda en el ejercicio de sus oraciones y estudios, a esto respondo que antes creo que son muy muchos los que en esta parte viven engañados, porque por experiencia vemos que muchas de estas personas son muy continuas en estos estudios y ejercicios, a las cuales, si se ofrece una obra de caridad o de obediencia o de algún trabajo corporal, luego vuelven las espaldas y procuran echarlo a puertas ejenas; lo cual es manifiesta señal de que no buscaban puramente el beneplácito y contentamiento de Dios, pues ofreciéndoseles materia de mayor servicio y contentamiento suyo, dejan de acudir a esto por acudir a lo que es más a su contentamiento, como si no fuese agradable a Dios sino lo

que es agradable al hombre, siendo por la mayor parte lo contrario, que lo que menos agrada al hombre, eso agrada más a Dios.

De aquí también nace otro engaño muy principal, que es, como ya dijimos, hacer mucho caso de los ejercicios de la oración y ninguno de la mortificación. Porque como en lo uno haya deleite y en lo otro desabrimiento, el corazón humano, amigo de lo uno y enemigo de lo otro, abraza lo que le deleita y desecha lo que le atormenta.

Y de aquí nace que veréis a muchos acudir con todo cuidado a los sermones y misas, y rezar muy largas coronas de Paternóster y Avemanías, y confesar y comulgar muchas veces, y holgarse de hablar y oír hablar de Dios, y de conversar con personas espirituales y virtuosas ; y con todo esto están muy enteros en su ira, y en su codicia, y en sus pundonores, y en hacer su propia voluntad, y en no perder un punto de su derecho, ni querer dar a torcer su brazo, ni dejarse hollar de nadie. Huelgan de comer y beber, y vestir y tratarse muy bien, y con todo esto quieren gustar y regalarse con Dios.

De donde nace que si alguna vez en la oración no hallan aquel gusto y dulzura que deseaban, luego se congojan y pierden la paciencia y lloran porque no lloraron, no lágrimas de devoción, sino de disgusto e impaciencia. Y los tales que por esta causa lloran, no lloran sino por verse llenos de ira y de soberbia y de avaricia y de amor propio y de otros vicios, y vacíos de humildad, caridad y de otras virtudes mucho más necesarias que todas aquellas lágrimas.

c) *Cumplir con la verdadera justicia.*—Y llega este negocio a tanto, que algunos de éstos que tanto caso hacen de esta su devoción, no lo hacen de la verdadera justicia y de muchas cosas a que por ley divina son obligados. A los cuales parece que el día que no oyeron misa o que no cumplieron con las devociones de su calendario, que no pueden dormir ni comer con sabor ; y con todo esto pueden dormir con las arcas llenas de vestiduras trasdobladas y dineros ociosos, habiendo tantos pobres desnudos ; pueden dormir con las conciencias entrampadas y llenas de deudas y marañas, pueden dormir teniendo de muchos años quitada la habla a sus prójimos con escándalo común del pueblo y pueden dormir también sin cumplir con las obligaciones de sus estados y de su casa y familia.

Y si alguna vez se les ofrece ocasión de entender en alguna obra de éstas, mayormente si tienen anejo algo de trabajo, luego le dan de mano y se despiden de ella diciendo que se les derrama y distrae allí el corazón, y que así no pueden después estar devotos y recogidos en la oración, no mirando que esto es dejar la cabeza por los

pies, pues en más estiman el recogimiento del corazón, que dispone para la oración, que la obediencia de la ley de Dios, para la cual dispone la misma oración. Estos no deben haber leído aquellas palabras del Salvador que dice (Mt. 7, 21): No todo aquel que me dice, Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en ellos.

Esta devoción sin fundamento de justicia es una de los mayores engaños que en este camino puede haber y más universal, porque de todo en todo destruye el orden de la vida espiritual. Porque, como el fin de esta vida sea el cumplimiento de la ley de Dios, y el medio para conseguir este fin sea la oración, como ya dijimos, pervertida esta orden y hecho del fin medio y del medio fin, todo queda pervertido. Y pluguiese a Dios no hubiese muchos engañados en esta parte. Mas pienso yo que así como es muy universal el reino del amor propio, así es también muy general esta pestilencia que nace de él, y aunque en unas partes reinará más que en otras, pero apenas hay quien del todo esté libre de ella.

La verdadera medida del aprovechamiento espiritual.

Por aquí también se descubre otro mayor y más sutil engaño que los pasados, que es medir el hombre su aprovechamiento por los sentimientos que tiene de Dios y no por las virtudes que ha alcanzado. Porque hay algunas personas, y pluguiese a Dios no fuesen muchas, que por tener algunas lágrimas o algunas consolaciones espirituales que a su parecer no tienen los otros, se juzgan por mejores y más espirituales que ellos y a veces vienen a despreciarlos como a hombres carnales y sensuales que no gustan ni sienten de Dios.

Los tales deberían considerar que estas consolaciones y sentimientos de Dios no son la misma virtud, sino instrumentos y ayudas para la virtud. De manera que son para la virtud lo que las espuelas para el que camina, las armas para el que pelea, los libros para el que estudia y las medicinas para el que se cura. Pues ¿qué aprovechan las espuelas si el caminante es perezoso? ¿Qué las armas para el que pelea, si es cobarde? ¿Qué los libros al que estudia, si nunca los abre? ¿Qué las medicinas al que se cura, si no consigue la salud que desea?

De dónde proceden las consolaciones espirituales.

Y para mayor conocimiento de esto es de notar que estas consolaciones y deleites espirituales puedan proceder de una de tres causas. Porque unas veces, como ya dijimos, proceden del

Espíritu Santo, que por esta vía nos quiere destetar de los pechos del mundo y esforzarnos para los trabajos de la virtud.

Otras veces proceden de la misma nobleza de los estudios y materias en que tratamos y pensamos, cuales eran los deleites de los filósofos cuando contemplaban la variedad, hermosura y artificio de las obras criadas, y por aquí subían a la contemplación de Dios y de las substancias separadas, en la cual, como dice Aristóteles, se hallan mayores deleites, aunque sea menos lo que de ellas se alcanza.

Y así hay ahora algunos que, contemplando en las obras de Dios, así de naturaleza como de gracia, o leyendo las Escrituras santas y doctores santos, sienten grande gusto y suavidad, porque las cosas en que piensan y leen, así como son altísimas y nobilísimas, así son dulcísimas y poderosísimas para causar todo deleite. Mas si no hay más que sólo deleite, como algunas veces suele acaecer, todo esto es natural y no sube de las tejas arriba ni basta para dar salud.

Hay también algunas personas, como dice un doctor, que naturalmente tienen un afecto dulce y suave para con el sumo bien, que es Dios. Mas éstos, dice él, no se engañen creyendo que tanto tienen de caridad cuanto de dulzura y suavidad, porque tanto tiene cada uno de esta virtud cuanto se niega por Dios, y no más. Porque, como dice San Gregorio, el amor de Dios no está ocioso, antes obra grandes cosas, si es verdadero amor; mas si deja de obrar, no es amor.

Otras veces también acaece venir a estos deleites por obra del espíritu malo, el cual por esta vía quiere engañar y ensoberbecer a los hombres, haciéndoles en creyente que son algo o asegurarlos en algunos errores y falsedades, como lo hace con los herejes, a los cuales da grande suavidad en la lección de las Escrituras sagradas, y aun grande lumbre y conocimiento de los secretos de ellas, para tenerlos con estas prendas más presos y seguros en sus engaños. Y lo mismo hace con algunos cristianos, para hacerlos, como dije, más soberbios y menos sujetos al consejo de otros, para que así vengan a ser del todo incorregibles.

Pues siendo esto así, bien se ve que, de doquiera que procedan estas consolaciones, no tiene el hombre razón para tenerse en algo por solas ellas. Porque si vienen por parte del Espíritu Santo, no tiene por qué presumir, sino por qué temer la cuenta que de ellas le han de pedir, como ya está dicho. Mas si proceden de la naturaleza de las cosas y son puramente naturales, cuales eran las de los filósofos,

no tiene por qué hacer caso de lo que no es mérito ni demérito, sino sola naturaleza. Pero si por caso fuesen procuradas por el demonio, aquí hay mucho más por que el hombre debe temer, como quien anda en los cuernos del toro, o como sería razón que temiese el ave cuando está dentro del cebadero del cazador, donde ve el cebo y no el lazo que le está armado. De manera que en lo uno no hay de qué presumir y en lo otro hay mucho por qué temer.

2.º Que no se deseen visiones ni revelaciones.

De lo dicho también se infiere que si no debemos desear consolaciones y deleites espirituales para sólo parar en ellos, mucho menos debemos desear visiones, o revelaciones, o arrebatamientos y cosas semejantes, porque esto es evidentísimo principio para todas las ilusiones del enemigo.

Y no tenga el hombre miedo de ser en esta parte desobediente a Dios si del todo cerrare las puertas a este género de negocios, porque cuando Él quiere revelar algo, Él lo sabe descubrir de tal manera que no le quede al hombre ningún lugar de dudar, como vemos que lo hizo con el mozo Samuel (I Rey. 3, 3), que una vez y otra y otra lo llamó y le dijo lo que quería, de tal manera que no le quedó al profeta ningún escrúpulo ni duda de la embajada.

3.º De no descubrir a nadie los favores y mercedes de Nuestro Señor.

Mi secreto para mí.—También conviene aquí avisar que se debe tener mucho secreto en callar los favores y regalos que el Señor algunas veces suele hacer a los suyos en la oración. En lo cual va tanto, que, como San Bernardo dice, el varón devoto ha de tener escritas estas palabras en las paredes de su celda: mi secreto para mí, mi secreto para mí. Y del bienaventurado San Francisco se escribe que era tan recatado en esta parte, que no sólo no se atrevía a descubrir a otros los favores y regalos que Dios le hacía, sino que también cuando salía de la oración usaba de tal disimulación y templanza así en sus palabras como en toda la compostura de su cuerpo, que no se pudiese echar de ver lo que traía dentro del corazón.

Contra lo cual hacen muchos, que luego les sale a borbollones la devoción por la boca y no se pueden contener sin dar grandes muestras con gemidos y sollozos de lo que sienten. Lo cual, como dice un doctor, no procede de la grandeza de su devoción, sino de la pequeñeza de su corazón, como suele acaecer a los niños cuando les dan algún vestido o calzado nuevo, que no se pueden contener sin que luego le vayan a mostrar a los otros sus compañeros.

Y mientras más descubren estas cosas, ayunos y vacíos queden de dentro; porque así como el fuego y las cosas olorosas mientras más encerradas están más conservan su calor y su olor, así también lo hacen, en su manera, la devoción y el amor de Dios.

Otros hay también que so color de caridad, aunque con secreto peligro de liviandad, bosan luego todo lo que sienten de Dios, no mirando que con mayor secreto deberían encubrir los bienes que tenemos, por el peligro de la vanagloria, que los males que hicimos, por el temor de la infamia.

Pues por estas causas conviene tener todo secreto de aquellas cosas que sabidas nos podrían ser ocasión de alguna vanidad y peligro; lo cual manifiestamente nos quiso encomendar el Salvador, pues tanto silencio mandó tener así en el misterio de su gloriosa transfiguración como en otros milagros, lo cual nos consta que hacía Él no por su peligro, pues no lo había, sino por nuestro ejemplo. Al cual imitando nuestro glorioso padre Santo Domingo, habiendo hecho un clarísimo milagro en un muerto que resucitó y diciéndole un cardenal que sería bien publicarlo para honra de Dios y ensalzamiento de la fe, respondió que en ninguna manera tal consentiría y que antes se pasaría a tierras de infieles que tal consintiese. Y estando tan lejos de ensoberbecerse el que tan claramente conocía que aquello era obra de Dios, y todavía, o por su humildad o por nuestro ejemplo, quiso que se guardase tanto este secreto, recelando como verdadero humilde su peligro y proveyendo como piadoso Padre a nuestro ejemplo.

4.º Del temor y reverencia con que debemos estar en la presencia del Señor.

También debe el hombre estar avisado de tratar con Dios en la oración con la mayor humildad y reverencia que sea posible, de manera que nunca el alma ha de estar tan regalada y favorecida de Dios, aunque se vea en tal estado, que ya pueda decir con la Esposa en los Cantares (2, 6): La siniestra suya está debajo de mi cabeza, y con su diestra me abrazará, que no vuelva los ojos hacia dentro, y haga reflexión sobre su vileza, y encoja sus alas, y se humille y tiemble delante de tan grande Majestad.

Esto es lo que el Profeta nos aconseja diciendo (Salm. 2, 11): Servid al Señor con temor y alegraos a Él con temblor. Nueva cosa es por cierto la que aquí se nos demanda, que es alegría con temblor; mas lo uno y lo otro es necesario cuando nos llegamos a tratar con un Señor de tan grande bondad y majestad, y cuanto el alma fuere más pura, tanto será esta humildad más agradable, porque,

como está escrito, gracia sobre gracia es la mujer santa y vergonzosa.

Y no piense el hombre que se amortiguará por aquí el fuego del amor con el afecto del temor, porque antes esto es echar agua en la fragua para hacer que arda más la llama. Porque cuando el alma por una parte considera la inmensidad de la grandeza de Dios y por otra el abismo de su vileza, cuanto más se espanta de la distancia de estos dos extremos, tanto se maravilla más de la incomprensible bondad, que así se inclina y condesciende a querer tener sus deleites con tan pobre criatura.

Y con esto, así como crece la admiración de la divina bondad, así también crece el amor y la alegría y el agradecimiento de tan grande beneficio, con todos los otros frutos y movimientos del Espíritu Santo, el cual suele siempre reposar en las tales almas, como Él mismo lo significó por Isaías (66, 2) diciendo: ¿Sobre quién reposará mi espíritu sino sobre el humilde y manso y que tiembla de mis palabras?

Esto es espiritualmente asentarse en el más bajo lugar del convite, como lo aconseja el Salvador en el Evangelio (Lc. 14, 8), porque luego viene el señor del convite y dice al convidado: Amigo, subid más arriba, porque todo aquel que se humillare será ensalzado, y el que se ensalzare, humillado. Y si este comedimiento es así gratificado entre los hombres, mucho más lo será en el acatamiento de Dios, cuya condición es resistir siempre a los soberbios y dar gracia a los humildes.

5.º Días de ejercicio y retiro espiritual. Dijimos también arriba que el siervo de Dios debe tener cada día sus tiempos señalados para vacar a Dios. Mas ahora añadimos que, allende de este ordinario de cada día, debe el hombre desocuparse a tiempos de todo género de negocios, aunque sean santos, para entregarse del todo a los ejercicios de la oración y meditación y dar a su alma un abundante pasto con que se repare lo que se gasta con los defectos de cada día y se cobren nuevas fuerzas para pasar adelante. Porque así como los hombres del mundo, demás de la refección de cada día, tienen también sus fiestas extraordinarias y sus banquetes, en que suelen exceder lo ordinario, así también conviene que los justos, además de la ración cotidiana, tengan sus fiestas y banquetes espirituales, donde sus almas no coman por tasa, como los otros días, sino antes sean llenas y embriagadas de la dulzura de Dios y de la abundancia de su casa.

Y como quiera que esto sea un consejo muy loable en todos tiempos, y especialmente en los días y fiestas prin-

cipales del año, mas en los tiempos de tribulaciones y trabajos, o después de algunos caminos largos y negocios de mucho distraimiento, es tan necesario como el regalo y buen tratamiento del cuerpo después de una larga enfermedad. Porque de otra manera no podrá el hombre volver sobre sí ni restaurarse si no toma tanto tiempo para volver al camino cuanto gastó en desviarse de él, especialmente constándonos que la devoción es la cosa del mundo que con mayor facilidad se pierde y que con mayor dificultad se halla después de perdida, como arriba se trató.

Este aviso apenas se puede explicar de cuánto provecho sea, porque sin duda muchas veces podrá ser que se alcancen mayores dones y gracias en una temporada de éstas que con el trabajo de muchos días, pues, según doctrina de teólogos, mucho más ayuda por acrecentar el hábito de la caridad una obra heroica y un acto muy intenso que muchos flojos y remisos. Y si esto ha lugar en los actos de las otras virtudes, mucho más con la oración, la cual principalmente negocia con Dios mucho más por vía de misericordia que de justicia, y así suele ser tal y tan profunda que se alcance más por ella en un día que por las remisas de muchos años.

3.° De la discreción que se debe tener en estos ejercicios.

Algunos hay también que tienen poco tiento y discreción en sus ejercicios cuando les va bien con Dios; a los cuales su misma prosperidad viene a ser ocasión de su peligro. Porque hay muchos a quien parece que se les da la gracia a manos llenas; los cuales, como hallan tan suave la comunicación del Señor, entréganse tanto a ella y alargan tanto los tiempos de la oración y las vigilias y asperezas corporales, que la naturaleza, no pudiendo sufrir a la continua tanta carga, viene a dar con ella en tierra. De donde nace que a muchos vienen a estragarse los estómagos y las cabezas, con que se hacen inhábiles, no sólo para los trabajos corporales, sino también para esos mismos ejercicios de la oración.

Por lo cual conviene tener mucho tiento en estas cosas, mayormente en los principios, donde los fervores y consolaciones son mayores y la experiencia y discreción menor; para que de tal modo tracemos la manera del caminar, que no faltemos a medio camino.

Y por aquí se responde a una duda grave que mueve San Buenaventura sobre lo que deben hacer los que por una parte son muy favorecidos y visitados de Nuestro Señor en estos ejercicios y por otra se ven faltos de salud y fuerzas para perseverar en ellos. Porque por una parte parece que no se debe cerrar la puerta a la gracia que Dios

ofrece ni resistir a sus llamamientos, y por otra, que se debe también tener respecto a la necesidad natural y a la flaqueza del cuerpo.

A los cual responde el mismo santo, aunque con mucha humildad y temor, diciendo que más convenible cosa parece amar y gozar de Dios a la continua, aunque no sea con tanto calor y vehemencia, que gozar ahora de él a manos llenas, poniéndose a peligro de venir después a enfriarse y perderlo todo. Porque por experiencia hemos visto a muchos, dice él, que después que por esta vía han perdido la salud, se regalan mucho y compadecen demasiadamente de sí mismos, y que, finalmente, vienen a vivir no sólo más delicadamente, sino más disolutamente. Y por excusar este inconveniente, mejor es ir cada día procediendo de menos a más hasta llegar a la perfección, que venir de más a menos hasta llegar a la disolución. Porque, como está escrito, la hacienda que se gana apresuradamente decrecerá: mas la que se va cogiendo poco a poco, multiplicarse ha (Prov. 13, 11).

Por donde parece cuán necesaria nos sea la virtud de la discreción, no sólo para proveer en este inconveniente, que es muy grande y muy común, sino también para otros muchos. Para lo cual conviene pedir siempre al Señor su luz con toda humildad y perseverancia, diciendo con el Profeta (Salm. 24, 5): Enderézame, Señor, con tu verdad y enséñame lo que debo hacer, porque tú eres, Dios, mi Salvador y en ti esperé todo el día.

Otro extremo contrario es el de los regalados, que so color de discreción hurtan siempre el cuerpo a los trabajos; el cual, aunque en todo género de personas sea muy dañoso, mucho más lo es en los que comienzan, porque, como dice San Bernardo, imposible es que persevere mucho en la vida religiosa el que siendo novicio es ya discreto, y siendo principalmente quiere ser prudente, y siendo aún nuevo y mozo comienza a tratarse y regalarse como viejo. Mala señal es que el mosto esté ya acedo en el lagar, y que el niño al tiempo que nace tenga todos sus miembros y coyunturas muy distintas y señaladas, porque esto suele amenazar flaqueza para adelante.

Y no es fácil de juzgar cuál de estos dos extremos sea más peligroso, sino que la indiscreción, como dice Gersón, es más incurable; porque mientras el cuerpo está sano, esperanza hay que podrá haber remedio, mas después de ya estragado con la indiscreción, mal se puede remediar.

7.º A la oración debe acompañar la práctica de todas las virtudes.

Otro peligro hay también en este camino, y por ventura mayor que todos los pasados, el cual es que muchas personas, después que algunas veces han experimentado la virtud inestimable de la oración y visto por experiencia cómo todo el concierto de la vida espiritual depende de ella, paréceles que ella sola es el todo y que ella sola basta para ponerlos en salvo, y así vienen a olvidarse de las otras virtudes y aflojar en todo lo demás. De manera que cuanto más profundamente enderezan sus cuidados a sola esta virtud, tanto más se descuidan en las otras. Y así, guardando con demasiada diligencia la parte más principal del cuerpo, descubren las otras al enemigo.

De donde también procede que, como todas las otras virtudes ayuden a esta virtud, faltando el fundamento, también falta lo fundado; y así, mientras más el hombre estima y procura esta virtud, menos puede salir con ella. Porque es cierto que así como la oración dispone para la mortificación, según que arriba se declaró, así también la misma mortificación y todas las otras virtudes disponen para la oración, y así no se puede hallar lo uno sin lo otro. Si no, dime: ¿qué manera de oración puede haber si no hay diligente guarda en el corazón, y en la lengua, y en los ojos, y en todos los otros sentidos interiores y exteriores? ¿Qué oración puede haber si el cuerpo está lleno de mantenimiento y el alma de cuidados y deseos del mundo?

Por donde vanamente trabaja quien pretende alcanzar una virtud sin las otras, porque es tan grande la coligación que hay entre ellas, que ni una se puede hallar sin todas, ni todas sin una.

Por donde parece que todo este negocio es muy semejante al artificio de un reloj muy concertado, en el cual es tan grande la conexión y dependencia que hay de las unas ruedas a las otras, que no sólo una que pare, mas un solo punto que se embarace, basta para embarazarlo todo. Y así como suelen decir que por un clavo se pierde una herradura, y por una herradura un caballo, y por un caballo un caballero, así también suele acaecer aquí muchas veces que por un muy liviano descuido se viene a perder toda la hora del ejercicio y todo el bien que de él se pudiera seguir.

¡Cuántas veces acaece que si al tiempo que el hombre se levanta por la mañana, se descuida en la guarda de su corazón y da lugar a algún pensamiento o cuidado congojoso, que después ni lo pueda sacudir de sí ni estar con sosiego en la oración de aquella hora! De donde nace que, desconcertada la oración de la mañana, que es como el

registro y desconcierto de todo el día, venga todo aquel día a desconcertarse y suceder mal todas las cosas en él. De donde también se sigue que como la oración de la mañana dispone para la de la noche, y la de la noche para la de la mañana, desconcertada la una, luego es desconcertada la otra, y de ahí todo lo demás. Y después que queda todo el reloj desarmado, para tornar a concertarlo es menester trabajar de nuevo, en lo cual a veces se pasan muchos días sin poder el hombre volver en sí; y si por caso en este medio tiempo se levanta alguna nueva tempestad o alguna nueva ocasión de distraimiento, para lo cual convenía que el corazón estuviese más apercibido, ahí os digo yo que es el peligro, y el estrago es mucho mayor. Y mirada bien la simiente de todo este tan largo desbarato, hallaréis ser un pequeño descuido en dar entrada a un pensamiento no malo, mas no convenible para aquel lugar y tiempo.

Por esto, pues, el siervo de Dios debe poner los ojos, no en una virtud sola, por grande que sea, sino en todas las virtudes; porque así como en la vihuela una sola voz no hace armonía, si no suenan todas, así una virtud sola no basta para hacer esta espiritual consonancia, si todas no responden con ella.

8.° De cómo no se han de tomar estos ejercicios como cosa de arte, sino con grande humildad y confianza en Dios.

Aquí también conviene avisar que todas estas cosas que hasta aquí se han dicho para ayudar a la devoción se han de tomar como unos aparejos con que el hombre se dispone para la divina gracia, quitando toda la confianza de sí mismo y de todos sus ejercicios y poniéndola en sólo Dios.

Digo esto por hay algunas personas que hacen una como arte de todas estas reglas y documentos, pareciéndoles que así como el que aprende un oficio, guardadas bien las reglas de él, por virtud de ellas saldrá luego buen oficial, así también el que estas reglas guardare por virtud de ellas alcanzará luego lo que desea, sin mirar que esto es hacer arte de la gracia y atribuir a reglas y artificios humanos lo que es pura dádiva y misericordia del Señor.

Y a este yerro ha dado ocasión la mala manera de enseñar de algunos libros espirituales que andan en romance, los cuales de tal manera encarecen sus reglas y las enseñan, como si solas ellas, sin más gracia, bastasen para alcanzar lo que desean. De manera que así como un alquimista enseñaría a hacer oro de alquimia diciendo: Toma tal y tal material, y dales un cocimiento de esta y de esta manera, y luego sacaréis oro fino, así ellos dicen: Haced

tales y tales cosas, y decir tales y tales palabras, luego por aquí alcanzaréis el amor de Dios.

Esta es una mala manera de enseñar, y muy ajena del destino y gravedad de los doctores santos, y muy perjudicial a la honra de la divina gracia; porque pues todo este negocio es gracia y misericordia de Dios, hase de tratar como negocio, no de arte, sino de gracia; porque tomándolo de esta manera, sepa el hombre que el principal medio con que para esto se ha de disponer es una profunda humildad y conocimiento de su propia miseria, con grandísima confianza de la divina misericordia; para que del conocimiento de lo uno y de lo otro procedan siempre continuas lágrimas y oraciones, con las cuales, entrando el hombre por la puerta de la humildad, alcance lo que desea por humildad, y lo conserve por humildad, y lo agradezca con humildad, sin tener ninguna repunta de confianza ni en su manera de ejercicio ni en cosa suya.

Mas aunque esto sea así, no se excluye por eso la doctrina y aviso de lo que se debe hacer; porque aunque el que planta y el que riega no sean los que hacen crecer las plantas, sino Dios, todavía quiere Él que se plante y se riegue para que Él dé crecimiento. Cierto es que una de las cosas que más requieren guía y consejo es la vida espiritual, y mucho más el negocio de la oración, que así como es más delicado y más divino, así requiere más consejo y aviso: y por esto, así como no conviene enseñarse este como arte, por no hacer ofensa a la gracia, así conviene darse aviso de todo lo necesario para no errar el camino. Porque por experiencia vemos que algunas personas al cabo de muchos años aprovechan poco en estos ejercicios, y otros que todo el día se les va en rezar infinito número de oraciones vocales sin pararse jamás a pensar un poquito en Dios ni aun en aquello mismo que rezan; y así a éstos como a los demás convenía dar esta doctrina para que sus trabajos fuesen más fructuosos.

9.º Hacia la contemplación infusa. También es aquí de notar que aquellas meditaciones que señalamos para los días de la semana en el principio de este tratado, principalmente sirven para los que de nuevo comienzan, para que tengan unas como cuerdas a que se puedan asir para andar este nuevo y no sabido camino. Mas después de ejecutados en él, no es necesario que perseveren siempre en estos mismos pasos, sino que acudan a donde el Espíritu Santo los encaminare, que suele sacar a sus discípulos de esta escuela para otras mejores.

Y así unos hay que salen de aquí a la consideración

de las perfecciones divinas y de sus grandes maravillas y beneficios para crecer cada día más con esta consideración en el amor de aquel que es infinitamente bueno y dadivoso y admirable en todas sus obras.

Otros hay que tienen suficiente materia de meditación en las cosas que han pasado por ellos y que han experimentado en sí y en otros, así en obras de gracia como de justicia y juicios de Dios. Porque si el hombre abre bien los ojos y quiere mirarse de pies a cabeza, desde el día de su concepción y nacimiento hasta el tiempo presente hallará tantas cosas propias en que pensar, así de los beneficios y providencias de que Dios ha usado con él como de los peligros que lo ha sacado y de los favores y regalos que le ha hecho, que tendrá asaz materia en que poderse ocupar.

Pues ¿qué diré de los juicios admirables de Dios que cada día acontecen, de las caídas no pensadas de muchos que se tenían por seguros, de los castigos de su justicia, de los milagros de su providencia y de las obras de su gracia que cada día vemos en muchos de sus siervos?

No esté el hombre asentado como una piedra sobre otra piedra, sino mire y note todo lo que pasa en este grande mirador y teatro de la casa de Dios, que siempre tendrá nuevas cosas en que pensar.

Otros hay más bien librados, a quien cierra Dios la vena de la especulación y abre la de la afección, para que, sosegado y quieto el entendimiento, repose y huelgue la voluntad en sólo Dios, empleándose todo en el amor y gozo del sumo bien. Este es el estado perfectísimo de la contemplación a que siempre hemos de anhelar, donde ya el alma no está en el camino, sino el término de la jornada; donde ya no busca con la meditación incentivos de amor, sino goza del amor hallado y deseado y descansa en él como en el término de su inquisición y deseo, diciendo con la Esposa en los Cantares (3, 4): Hallado he al que ama mi alma; téngolo, no lo dejaré.

Aquí con menor trabajo hay mayor gozo y mayor provecho; y porque el trabajo de la meditación es menor, puede ser el tiempo de recogimiento más largo con menos fatiga del cuerpo, y de esta manera, perseverando Moisés en su oración las manos en alto, viene a continuarse la victoria de la batalla contra Amalec (Ex. 17, 12).

10. De cómo no convienen estos ejercicios a todo género de personas.

Mas es de notar que, puesto caso que a los principiantes sea cosa muy conveniente ejercitarse en aquellas meditaciones que arriba señalamos por los días de la semana, pero que no es esto ni del todo necesario ni aun po-

sible a todo género de personas. Porque muchos hay que por enfermedad, mayormente si es de cabeza, no pueden sin mucho peligro y daño de la salud darse a estos ejercicios, mayormente cuando son principiantes, porque los que están ya más ejercitados en tiempo de salud, mejor pueden continuar esto en tiempo de enfermedad.

Otros hay tan dados y tan obligados a ocupaciones exteriores, que ni pueden dejarlas sin pecado, ni tienen con ellas lugar para darse al recogimiento, ni es bien que se den.

Otros hay que tienen un alma tan inquieta y tan indevota y seca, que por mucho tiempo y cuidado que en esto pongan, ninguna cosa parece que aprovechan. Estos no luego deben desistir de su demanda, sino todavía perseveren llamando a las puertas de aquel que nunca falta a los que humildemente perseveran y lo llaman. Mas si con todo esto vieren que esta puerta no se les abre, no deben por esto desconsolarse, sino antes considerar que el Espíritu de la oración mental es dádiva que Nuestro Señor da a quien Él es servido, y pues a ellos no se da, conténtense con rezar vocalmente algunas oraciones o pasos de la Pasión, y como fueren rezando, así vayan, aunque brevemente, pensando en aquel misterio y tengan alguna imagen devota delante, porque todo esto ayudará a su devoción.

Y señaladamente les aprovechará para esto leer algunos libros devotos, con tanto que los lean con mucho sosiego y atención, haciendo, como arriba dijimos, sus estaciones y paradas en los pasos más señalados y levantando allí el corazón a Nuestro Señor, conforme a lo que pidiere la materia de aquel lugar. Este es el mayor remedio que se halla para los corazones secos e indevotos, porque por aquí los suele muchas veces el Señor levantar al ejercicio de la meditación.

Hay otros también que toda la vida gastan en pensar sus pecados y no osan pensar en la pasión de Cristo ni en otra cosa que les dé alegría y esfuerzo. Los cuales, como ya dijimos, no aciertan en esto (según dice San Bernardo), porque allende de levantarse algunas tentaciones del ahondar mucho en esta materia, no es razón que anden siempre los siervos de Dios con esta manera de tristeza y desmayo.

Lo contrario de lo cual hacen otros que el primer día que comienzan olvidan del todo sus pecados y con liviandad de corazón quieren luego volar a pensamientos más altos. A los cuales está cercana la caída, como a edificio sin fundamento. Y los tales, si después quieren tornar a pensar cosas humildes, no aciertan ni pueden, por estar ya engolosinados en cosas más sabrosas, y así se quedan

sin lo uno y sin lo otro, que es sin andar y sin volar. Por tanto conviene que a los principios nos ocupemos más en el pensamiento de los pecados que en otros, por devotos que sean, y después poco a poco iremos dejando este pensamiento y llegándonos cada mía más al de la sagrada Pasión, aunque nunca del todo debemos estar sin el uno o sin el otro.

Y si algunos hubiere que nada de esto hallen devoción y sintieren que de mejor gana piensan en otra cosa, ora sea pensamiento de muerte, o de infierno, o de cielo, o de otra cualquiera materia, no le desechen de sí, sino entre por la puerta que hallaren abierta, porque aquélla es por donde Dios quiere que entren.

CAPITULO LIX

De algunos actos externos de la virtud de la religión.— Del culto a las imágenes

Los judíos, acordándose de aquellas palabras de Dios en que les mandaba que no pintasen figura alguna de los signos del cielo ni de las imágenes de la tierra, no admitieron ningún género de imágenes después del cautiverio de Babilonia; mas los cristianos usan de muchas imágenes en sus templos, lo cual muchos herejes han tenido por linaje de idolatría.

Está la religión cristiana tan ajena de ese pecado, que sería menester un proceso infinito para declarar lo que innumerables mártires padecieron, no digo por no idolatrar, sino también por no tocar en carne sacrificada a los ídolos. Y si usamos de imágenes es para traer a la memoria y movernos a la devoción con las imágenes de los santos y con representamos los misterios de nuestra redención. Porque ¿quién no ve la devoción que causa la pintura del nacimiento del Salvador, de su gloriosa transfiguración, del lavatorio de los pies, de la oración del huerto, de los azotes a la columna, de la coronación de espinas, del llevar la cruz a cuestas y padecer en ella? ¿Cuántas veces esas pinturas exprimen las lágrimas de los fieles?

Las cuales imágenes a los que saben leer mueven a compasión, y para los que no lo saben, sirven de libros, donde ven con los ojos lo que leerían en los libros si supiesen leer.

Y además de esto, la reverencia que se hace a la imagen en cuanto a imagen no para en sola ella, sino pasa adelante a reverenciar la persona cuya es la imagen, como lo vemos en la cortesía particular que los reyes hacen a los embajadores de otros reyes, porque representan a la persona de ellos. De manera que aquella honra no se hace tanto a ellos cuanto a la persona de sus señores, así como el desacato que se cometiese contra ellos se tendrá por descomedimiento contra quien los envía.

Y así, cuando reverenciamos y adoramos la cruz y le atribuímos la redención del mundo, no para nuestra adoración en aquel madero, sino en el Señor que lo tomó como instrumento para obrar nuestro remedio. Porque común cosa es atribuir al instrumento el efecto de la causa principal, de la manera que solemos decir: Esta es la espada que ganó a Sevilla.

Y si Dios en aquel tiempo mandó al pueblo de los judíos que no pintasen alguna imagen, fué porque entonces todo el universo mundo adoraba las estatuas e imágenes de los demonios y aquel pueblo era inclinadísimo a la idolatría, como lo representa Jeremías, comparándolo al ardor con que el asno salvaje busca la hembra en tiempo de los celos. De donde procedió que hasta el tiempo del rey Ezequías adoraban la serpiente de metal que Moisés había fundido en el desierto. Pues por esta causa aquel sapientísimo legislador, que tan bien tenía tomados los pulsos a la condición de este pueblo, les quitó esta ocasión de idolatrar pintando imágenes o estatuas. Mas ahora que estamos tan lejos de esta ocasión, ¿qué peligro hay en pintar estas imágenes?

Pues por lo dicho veréis cómo infaman nuestra religión y nos levantan estos y otros falsos testimonios, diciendo que idolatramos reverenciando las imágenes, estando tan lejos de eso, que antes moriríamos mil muertes que cometer tal pecado. Y, por tanto, los que desean hallar la verdad y se precian de juicio y entendimiento de hombres, no se habían de mover a lumbre de pajas, ni creer temeraria y livianamente, ni dar oídos a los falsos testimonios que nuestros adversarios nos levantan, sino informarse de los maestros de nuestra religión, y pedirles la declaración de las cosas que profesamos.

nias que están instituídas y señaladas para que exteriormente sea Dios reconocido, acatado y reverenciado, y muestren todos los fieles la obediencia que en esto tienen y con bueno y santo ejemplo se provoquen unos a otros; que en estos tales días especialmente sea honrado, llamado e invocado, servido con palabras y con obras de viva fe y de verdadera caridad; y que en ellos la Iglesia se junte a oír la palabra divina, por la cual ha de ser alumbrada y guiada en todas las otras cosas para con Dios.

Porque no sólo es enseñado de cómo lo ha de honrar exteriormente, cómo ha de tener cierto culto y ceremonias con que en la congregación dé señal y profesión de fe, cómo lo ha de confesar, cómo lo ha de llamar e invocar para ser amparado y favorecido de Él, mas también avisado y enseñado que en estos tales días oiga la doctrina y palabra de Dios, de la cual ha de aprender el verdadero uso y fin de todas las otras obras. Esto es lo que se entiende por esta santificación.

Por qué se prohiben en esos días las obras serviles.

Mas también es necesario declarar por qué se manda que en este tal día no se hagan obras serviles. A esto respondo que estas obras defendió Dios en el día de fiesta, no porque entonces de sí fuesen malas, ni ahora lo sean, sino porque el hombre se hallase desembarazado para verdadera y espiritual santificación de la fiesta. Porque como él está en este mundo como en destierro, donde ha de ser mantenido con el trabajo de sus manos, dásele lugar en otros días para que trabaje y busque lícitos y honestos medios con que pueda mantener a sí y a su familia y socorrer al que tuviere necesidad y que no lo robe ni adquiera por maldad ni engaño.

Mas porque entendiendo siempre en esto y empleándose del todo en el cuidado del cuerpo y de lo que a esta presente vida pertenece podría ser que se olvidase de Dios y de la vida espiritual, la cual es necesaria para gozar de otra mejor y más verdadera y más larga, asígnasele cierto tiempo y día, el cual sea como diezmado y ofrecido a Dios, en que se desembarace de todos los otros cuidados y exterior e interiormente haga reconocimiento al Señor que lo crió y sustenta en este mundo y le tiene prometidos grandes y eternos bienes.

Finalmente, quiere el Señor que todo este día santifiquemos y dediquemos a Él, gastándolo todo en obras de su servicio, así como todos los otros gastamos en el nuestro. Quiere que en este día lo glorifiquemos con himnos y cánticos espirituales, que nos dolamos y hagamos penitencia de nuestros pecados, especialmente de los cometidos en

aquella semana; que nos ocupemos más ardientemente en devotas oraciones; que recibamos los sacramentos sagrados de la confesión y comunión; que con ánimo más levantado demos gracias al Señor; que distribuyamos más largas limosnas; que nos hayamos templada y castamente: que visitemos y consolemos a los enfermos; que nos juntemos a pláticas y conversaciones santas; que enseñemos a nuestra familia la doctrina cristiana diligentemente; finalmente, que ejercitemos todos los otros oficios y obras de caridad y de piedad. Esto es verdaderamente santificar las fiestas: de tal manera holgar corporalmente, que con el espíritu entendamos en santas meditaciones, palabras y obras, tanto que ninguna cosa se halle en nosotros aquellos días sino cristiana y santa. Y de esta manera el día solemne de la fiesta se hace más santo que los otros.

Quiénes quebrantan este precepto. Contra este precepto, en cuanto manda esta holganza temporal y exterior, pecan todos los que en los días de fiesta trabajan en obras serviles o mecánicas o mandan que los suyos trabajen en ellas sin necesidad alguna, sino sólo por avaricia. Porque habiendo necesidad grande y muy importante, excusa de pecado y hace lícito el trabajo. De esta manera excusó nuestro Redentor a sus discípulos, a quienes acusaban los judíos porque cogían espigas el sábado (Mt. 12, 1), porque las cogían para comer, por la necesidad grande que padecían.

Excusa también cualquier trabajo o provecho grande de nuestro prójimo. Porque entonces este precepto da la ventaja a la caridad, como probó el Señor en el Evangelio (Mt. 12, 10), así por su ejemplo como por firmísimas razones que para eso dió a los fariseos, que lo acusaban porque curaba en el día del sábado.

Pero fuera de esto no hay duda sino que peca mortalmente quien por avaricia o por poco temor y vergüenza trabaja en el día de fiesta, porque quebranta el estatuto de la Iglesia y escandaliza los hermanos que lo ven o lo saben. Y para poner algún freno a los quebrantadores de las fiestas pondré aquí un ejemplo notable de la Escritura (Núm. 15, 32). Donde leemos que, hallando los hijos de Israel un hombre haciendo leña un día de fiesta, avisaron de eso a Moisés, y él consultó a Dios sobre este caso, y Dios le respondió que sacase aquel hombre al campo y que todo el pueblo lo apedrease; y así se hizo. Esta es la pena con que Dios mandaba castigar en aquella ley los quebrantadores de este precepto, y no menos lo mandará castigar ahora; si no fuere en esta vida, a lo menos será en la otra donde habrá mayor castigo.

Hay otros quebrantadores de este precepto, conviene a saber: aquellos que puesto que cesen de todo trabajo servil, pero en todo el día de fiesta no hacen cosa alguna de cristianos ni de quien tiene cuidado de su salvación, mas todo el día gastan en ociosidad, juegos y pasatiempos.

Los tales muy mal se puede decir que guardan la fiesta. Porque si solamente a la manera de los judíos las guardamos, no trabajando aquellos días en cosa alguna, vistiendo y comiendo más delicadamente y no curando de ocuparnos en Dios ni en las cosas que pertenecen a su gloria, mejor fuera que no nos mandaran holgar en aquellos días, sino que trabajáramos como en los otros.

Quebrantan asimismo este precepto no solamente los que no se ocupan en las fiestas en estar a misa, mas también los que a esto vienen, pero en cuanto se celebra, andan paseando o platicando o negociando, de manera que parecen escarnecer de las cosas santas y hacer impedimento y turbación a los que devotamente asisten a ellas.

Y sobre todo son más quebrantadores de este precepto aquellos que los días dedicados para cosas santas gastan torpemente en convites, juegos de cartas y dados, embriagueces, representaciones, danzas, bailes y otras vanidades y deshonestidades. Lo cual lloraba en sus lamentaciones el santo Jeremías (1, 7), diciendo: Viéronla sus enemigos e hicieron escarnio de sus días santos.

Y ciertamente ésta es una de las cosas más para llorar que hay en el pueblo cristiano, ver de la manera que se santifican las fiestas; porque no solamente no hacen en aquellos días mejores obras que en los otros, mas antes guardan para aquellos días todas las disoluciones y solturas que no pueden cometer en los otros. De suerte que el cesar de los oficios, que había de servir para hacer obras buenas, sirve para hacerlas malas, y en el día que habían de hacer penitencia de los días de la semana, hace más pecados que en toda la semana, adoleciendo con la medicina y haciendo ponzoña de la triaca.

Pues ¿qué se puede esperar de tal gente? ¿Qué se puede esperar del enfermo que empeora con los remedios? ¿Qué se puede esperar del que de la huelga de las fiestas, que se reputó para servicio de Dios, se aprovecha para servir al demonio? Pues ¿qué mayor maldad que, dándote el Señor todos los días de la semana para ti, no le dar uno solo que se reservó para sí, y no sólo no lo dar a Él, sino ofrecerlo al servicio de su enemigo? ¿Con qué rostro al fin de la vida irá a pedir el galardón de sus servicios a Dios quien sirvió al demonio y no a Dios? ¿Dónde están, dirá Él, los dioses a quien serviste? Pues levántense ésos y ayúdente en el tiempo de la tribulación.

CAPITULO LXII

De cómo hemos de obedecer a Dios

La octava virtud que para con este celestial Padre nos ordena es una general obediencia a todo lo que Él manda, en la cual consiste el cumplimiento y suma de toda justicia.

Esta virtud tiene tres grados. El primero obedecer a los mandamientos divinos, el segundo a los consejos, el tercero a las inspiraciones y llamamientos de Dios.

La guarda de los mandamientos de todo punto es necesaria para la salud; la de los consejos ayuda para la de los mandamientos, sin la cual muchas veces suele correr peligro. Porque el no jurar, aunque sea verdad, sirve para no jurar cuando sea mentira; el no pleitear, para no perder la paz y la caridad; el no poseer cosa propia, para estar más seguro de codiciar la ajena, y el hacer bien a quien nos hace mal, para estar más lejos de procurarle o hacerle mal.

De esta manera los consejos sirven como de antemuro a los preceptos; y por esto, el que desea acertar no se contente con la guarda de lo uno, sino trabaje, según le fuere posible y según la condición de su estado, por guardar lo otro. Porque así como el que pasa un río impetuoso no se contenta con atravesar por medio del río, sino antes sube hacia arriba y corta el agua contra la corriente, por estar más seguro de irse tras ella, así el siervo de Dios no sólo ha de poner los ojos en aquello que puntualmente basta para salvarse, sino debe tomar el negocio más de atrás; porque si no saliere con lo que pretende, que es lo mejor, a lo menos llegue a lo que cumple para su salud, que es lo que basta.

Antes la obligación que la devoción. El tercer grado dijimos que era obedecer a las inspiraciones divinas; pues los buenos servidores no sólo obedecen a lo que su señor les manda por palabras, sino también a lo que les significa por señales. Y porque en esto podría haber engaño tomando por inspiración divina la que podría ser humana o diabólica, por esto nos conviene hacer aquí aquello que dice San Juan (I, 4, 1): No queráis creer a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios.

Y para esto, además del contraste de la Escritura divina y de la doctrina de los santos, en el cual se han de examinar estas cosas, podrás guardar esta regla general, que como haya dos maneras de servicios de Dios, unos voluntarios y otros obligatorios, cuando éstos acaeciere encontrarse, siempre han de preceder los obligatorios a los voluntarios, por muy grandes y muy meritorios que sean. Y así se ha de entender aquella sentencia tan celebrada de Samuel, que dice (I Rey. 15, 22): Más vale la obediencia que el sacrificio, porque primero quiere Dios que el hombre obedezca a su palabra y después le haga todos los servicios que quisiere, sin perjuicio de su obediencia.

Y por servicios necesarios entendemos primeramente la guarda de los mandamientos de Dios, sin la cual no hay salud. Lo segundo, la guarda de los mandamientos de aquellos que están en su lugar, pues quien a éstos resiste, resiste a la ordenación de Dios (Rom. 13, 11). Lo tercero, la guarda de todas aquellas cosas que están anejas al estado de cada uno, como son las obligaciones que tiene el prelado en su estado, y el religioso, y el casado en el suyo. Lo cuarto, la de aquellas cosas que, aunque no sean absolutamente necesarias, ayudan grandemente a la conservación de las necesarias, porque también éstas participan alguna manera de necesidad por razón de las otras.

Pongamos ejemplo. Tienes tú ya experiencia de mucho tiempo que cuando cada día tienes un pedazo de recogimiento para entrar dentro de ti mismo y examinar tu conciencia y tratar del remedio de ella, traes la vida más concertada, y eres más señor de ti y de tus pasiones, y estás más hábil y pronto para toda virtud; y, por el contrario, que cuando faltas a esto, luego desfalleces, y desbarras en muchas faltas, y te ves en peligro de volver a las costumbres pasadas, porque aun no tienes suficiente caudal de gracia ni estás aún del todo fundado en la virtud; y por esto, como el pobre que el día que no lo gana no lo come, así tú el día que no te den este socorro de devoción quedas ayuno y flaco y fácil para caer en las cosas menores, que disponen para las mayores. Pues en tal caso debes entender que Dios te llama a este ejercicio, pues ves que comúnmente por este medio te ayuda y sin él sueles desfallecer. Esto digo no para que entiendas aquí necesidad de precepto, sino necesidad de un muy conveniente medio para mejor responder a tu profesión.

Item, si eres regalado, y amigo de ti mismo, y enemigo de cualquier trabajo y aspereza, y ves que por esto se impide mucho tu aprovechamiento, porque por esta causa dejas de entender en muchas obras virtuosas, por ser tra-

bajosas, y desvarías en muchas culpables, por ser deleitables. En este caso entiende que el Señor te llama a la fortaleza, y a la aspereza y maltratamiento de tu cuerpo, y al trabajo de la mortificación de todos tus gustos y apetitos, pues ves por experiencia lo que te importa este negocio.

De esta manera puedes discurrir por todas aquellas obras cuyo ejercicio te hace mayor provecho y cuya falta te hace mayor falta, y a ésas entiende que te llama Nuestro Señor, aunque en esto y en todas las cosas debes siempre seguir el consejo de los mayores.

De lo dicho parece que para acertar a escoger no ha de poner el hombre los ojos en lo que de suyo es mejor, sino en lo que para él es mejor y más necesario; porque muchas obras hay altísimas y de grandísima perfección que no serán por eso mejores para mí, aunque sean mejores en sí; porque no tengo yo fuerza para ellas ni soy llamado para eso. Y, por tanto, cada uno permanezca en su llamamiento, y se mida consigo mismo, y ponga los ojos en lo que más le arma, y no los extienda a lo que de todo en todo excede sus fuerzas, como lo aconseja el Sabio diciendo (Prov. 23, 5): No levantes los ojos a las riquezas que no puedes alcanzar, porque tomarán alas como de águilas y volarán al cielo. Y a los que hacen lo contrario reprende el Profeta diciendo (Ag. 1, 6): Mirasteis a lo más, y convirtióseos en menos; abarcasteis mucho, y apretasteis poco.

Discreción en las obras de consejo. Esta es la ley que se ha de guardar entre los servicios voluntarios y obligatorios; mas entre los que son voluntarios podrás tener la siguiente. Entre esta manera de servicios, unos son públicos y otros secretos; de unos se nos sigue honra, interés y deleite, y de otros no.

Pues entre éstos, si quieres no errar, siempre debes tener un poco más de recelo de los públicos que de los secretos y de los que traen algún interés que de los que no lo traen. Porque, como ya muchas veces dijimos, la naturaleza del amor propio es muy sutil y siempre busca a sí misma, aun en los más altos ejercicios. Por lo cual decía un religioso varón: ¿Sabéis dónde está Dios? Donde no estáis vos. Dando a entender que aquella era más puramente obra de Dios donde no se hallaba interés propio; porque aquí no parece que se busca ni se pretende otra cosa que Dios.

Y no digo esto para que de tal manera declinemos a este extremo, que siempre hayamos de acudir a él, porque en el otro puede haber, y hay muchas veces, mayor mérito

y mayor razón de obligación con todos esos contrapesos, sino para dar aviso de las malicias y resabios del amor propio, para que no todas veces se fíe el hombre de él, aunque venga con máscara de virtud.

Cuarto grado de obediencia.

A estos tres grados se añade el cuarto, que es una perfectísima conformidad con la divina voluntad en todo lo que ordenare de nosotros, caminando con igual corazón por honra y por deshonra, por infamia y por buena fama, por salud o por enfermedad, por muerte o por vida; bajando humildemente la cabeza a todo lo que Él ordenare de nos y tomando con igual corazón los azotes y los regalos, los favores y los desfavores de su mano; no mirando lo que nos da, sino quién lo da y el amor con que lo da, pues no con menor amor azota el padre a su hijo que le regala cuando ve que le cumple.

Como cera blanda en las manos del artífice.

El que estos cuatro grados de obediencia tuviere, habrá alcanzado aquella resignación que tanto engrandecen los maestros de la vida espiritual, la cual de tal manera sujeta y pone un hombre en las manos de Dios como un poco de cera blanda en las manos de un artífice.

Y llámase resignación porque así como un clérigo que resigna un beneficio, totalmente se desposee de él y lo entrega en manos del prelado para que disponga de él a su voluntad, sin contradicción del primer poseedor, así el varón perfecto se entrega de tal manera en las manos de Dios, que no quiere ya ser más suyo, ni vivir para sí, ni comer, ni dormir, ni trabajar para sí, sino para gloria de su Criador, conformándose con su santísima voluntad en todo lo que dispusiere de él y tomando de su mano con igual corazón todos los azotes y trabajos que le vinieren, desposeyéndose de sí y de su propia voluntad para cumplir enteramente la de aquel Señor cuyo esclavo conoce que es por mil títulos que para esto hay.

Así muestra David que estaba resignado cuando decía (Salm. 72, 23): Así como un jumento soy, Señor, ante ti, y yo siempre estoy contigo. Porque así como la bestia no va donde quiere, ni descansa cuando quiere, ni hace lo que quiere, sino en todo y por todo obedece al que la rige, así también lo ha de hacer el siervo de Dios, sujetándose perfectamente a Él. Esto mismo significó el profeta Isaías (50, 5) cuando dijo: El Señor me habló al oído, y yo no le contradigo ni doy paso atrás, rehusando lo que Él me manda, por muy áspero y dificultoso que sea. Esto

mismo nos enseñan por figura aquellos misteriosos animales de Ezequiel (1, 12), de quien se escribe que a doquiera que sentían el ímpetu y movimiento del Espíritu Santo, luego se movían con gran ligereza, sin tornar atrás; para significar en esto con cuánta prontitud y alegría debe el hombre acudir a todo aquello que entendiere ser la voluntad de Dios. Para lo cual no sólo se requiere prontitud de voluntad, sino también discreción de entendimiento y discreción de espíritu, como dijimos, para que no nos engañemos abrazando nuestra propia voluntad por la suya. Antes—regularmente hablando—todo aquello que fuere muy conforme a nuestro gusto, debemos tener por sospechoso, y lo que fuere contra él, por más seguro.

La obediencia, sacrificio agradable al Señor. Este es el mayor sacrificio que el hombre puede hacer a Dios, porque en los otros sacrificios ofrece sus cosas, mas en éste ofrece a sí mismo; y cuanto va del hombre a las cosas del hombre, tanto va de este sacrificio a los otros sacrificios. Y en este tal se cumple aquello que San Agustín dice, conviene saber: que aunque Dios sea Señor de todas las cosas, mas no es de todos decir aquellas palabras de David (Sal. 138, 9): Tuyo soy yo, Señor, sino de todos aquellos que, desposeídos de sí mismo, totalmente se entregaron al servicio de este Señor, y así se hicieron suyos.

Es además ésta la mayor disposición que hay para alcanzar la perfección de la vida cristiana, porque como Dios Nuestro Señor, por su infinita bondad, esté siempre aparejado para enriquecer y reformar el hombre, cuando éste por su parte no le resiste ni contradice, antes se entrega todo a su obediencia, fácilmente puede obrar en él todo lo que quiere y hacerlo—como a otro David—hombre según su corazón.

CAPITULO LXIII

De la honra y obediencia debida a los padres y superiores y de las obligaciones de éstos

En esta honra que aquí se nos pide, se encierra un singular agradecimiento que hemos de tener a nuestros padres y una paga igual de lo que por nos hicieron. Ellos nos

engendraron y después de Dios nos dieron ser, criáronnos y sustentáronnos con mucho trabajo y cuidado y con mucho sufrimiento de nuestra niñez y de nuestras ignorancias y pesadumbres. Razón es que reciban de nos igual y aun mayor beneficio, si mayor lo pudiese haber, que el ser que de ellos recibimos.

Por esto conviene que como ellos nos amaron, los amemos; como tuvieron grande cuidado de nosotros, así lo tengamos de ellos, que los sustentemos como nos sustentaron y que tengamos siempre en la memoria cuantas cosas nos sufrieron, y con cuánto amor y paciencia. Y conozcamos que ningún trabajo, ningún peso nos pueden dar con su pobreza, con sus enfermedades, con su condición o con su edad, que se pueda igualar con lo que les debemos y con todas las ignorancias, porfías y desvaríos que suelen acompañar la primera edad en que nos criaron, y que sobre todo acatemos en ellos aquella superioridad que Dios quiso que tuviesen sobre nosotros, y finalmente que nos hayamos con ellos fiel y lealmente, como conviene a hijos con sus padres.

De esto tenemos maravilloso ejemplo aun en los animales: porque de las cigüeñas se escribe que tienen cuidado de sus padres en la vejez, cuando ellos por sí no se pueden valer ni proveer; porque entonces los hijos, con una maravillosa piedad y natural instinto, se compadecen de ellos, y les buscan de comer, y parten con ellos el fruto de sus trabajos, y los sustentan en sus nidos.

Pues si esto hacen las aves, que carecen de razón y con tan poco tiempo y trabajo se criaron, ¿qué será razón hacer una criatura racional que tanto mayor beneficio recibió y con tantos mayores trabajos se crió, especialmente mandándole esto Dios tan encarecidamente? Por esto con mucha razón nos aconseja el Sabio diciendo (Ecli. 7, 29): Honra a tu padre y no te olvides de los gemidos de tu madre; acuérdate que, si no fuera por ellos, tú no fueras nacido, y págales ahora con tu trabajo lo que ellos trabajaron por ti. Y el santo Tobías amonesta a su hijo diciendo: No desprecies a tu madre, hónrala en todos los días de su vida, y haz lo que a ella contentare, y no la entristezcas en cosa alguna. Acuérdate, hijo, que pasó muchos peligros por ti cuando te traía en su vientre. Y otra vez el Sabio dice (Ecli. 3, 14): Con obras y con palabras y con todo sufrimiento honra a tu padre. Hijo, recrea la vejez de tu padre y no lo enojes mientras viva, y si alguna vez como viejo caducare o no fuere tan sabio, perdónale y no le desprecies por saber o poder tú más que él.

Obligaciones de los padres. Pero por la misma razón tengan cuenta los padres de lo que han de hacer y el cuidado que han de tener de sus hijos, conviene a saber, que los amen de corazón, que los críen solícitamente, y los guarden en el temor del Señor, y los enseñen en todas las buenas costumbres, y los traten con mansedumbre.

Conforme a esto dice San Pablo (Ef. 6, 4): Padres, no queráis provocar a ira a vuestros hijos, mas criadlos con doctrina y temor del Señor. Y de tal cuidado y trabajo, qué fruto hayan de coger los padres, decláralo el Sabio diciendo (Ecli. 30, 1): Quien ama a su hijo, castígalo muchas veces, para que después se alegre con él y no ande pidiendo de puerta en puerta. Quien enseñe a su hijo, será alabado por sus virtudes y en medio de sus prójimos será honrado

Por lo dicho parece claro cuán reprensibles y crueles son los padres que con una indiscreta piedad, por no castigar a sus hijos, los dejan estragar y corromper con solturas y vicios, los cuales con más razón se pueden llamar homicidas que no padres. ¿Qué mayor crueldad podría ser que, estando vuestro hijo ahogándose en un río, que de dolor por no tirarle de los cabellos lo dejaseis sumir debajo del agua? Pues no son menos crueles los que, por no repelar o azotar a sus hijos, los dejan sumir en el abismo de los vicios. No sé con qué palabras pueda encarecer este descuido. Porque aunque aquel rico avariento que estaba ardiendo en las llamas del infierno tenía cuenta con sus hermanos, y ya que para él no había lugar de castigo ni disciplina, deseábala para sus hermanos, y para eso pedía que fuese Lázaro a avisarlos, porque no viniesen a parar a aquel lugar de tormentos (Lc. 16, 28). Pues si este cuidado y providencia tenía de los suyos un condenado, puesto caso que no hacía esto con buen celo, sino con amor propio, ¿cómo no se confundirá el que no hace otro tanto siendo cristiano?

Y si este ejemplo no nos mueve, había de movernos el del sacerdote Helí, que porque no castigó dos hijos que tenía, por los males que hacían, él y ellos murieron desastradamente, y el arca de Dios fué presa en poder de los filisteos, y el ejército de Israel fué vencido, y treinta mil hombres muertos en la batalla (1 Rey. 4, 10). Pues si de esta manera castiga Dios a los que no castigan a sus hijos, ¿quién no trabajará por ganar a Dios por la mano, castigándolos ahora moderadamente, por que no sean después castigados con tanto rigor? Mas este castigo ha de ser con discreción y mansedumbre, buscando tiempo y oportuni-

dad para avisarlos de sus culpas, no cuando lo dicta el ímpetu de la ira, sino cuando lo aconseja la razón.

Y ante todas las cosas trabajen por apartarlos de malas compañías, de juegos, de ociosidad, que es peste de la mocedad, y enseñarlos desde la cuna a temer a Dios, a quebrar su propia voluntad, a aborrecer la mentira, a no traer el nombre de Dios en la boca, a no ser golosos ni comedores, a no ofrecer al demonio las criaturas de Dios. Y el mejor medio que para esto hay es no oír ni ver en sus padres lo que no es razón que hagan sus hijos. Porque hechos y dichos de padres, leyes son eternas de sus hijos.

Provéanlos otrosí de buenos maestros y ocúpenlos desde muy temprano en honestos estudios, y enséñenlos a rezar y encomendarse a Dios y estar en la iglesia y en la misa con todo recogimiento y sosiego, y a confesarse algunas veces entre año.

No los traten mimosamente ni les dejen salir siempre con lo que quisieren, por que no se hagan apetitosos, indómitos y voluntarios.

Y sobre todo miren que no pierdan esta tan conveniente oportunidad que la naturaleza les da de poderlos castigar y enseñar en los tiernos años: porque si ésta pierden, nunca jamás la alcanzarán. Todas las cosas tienen sus tiempos y se hacen muy bien en ellos, los cuales pasados, el trabajo que después se pone es mucho y el fruto ninguno. No pierde el marinero la sazón y tiempo de navegar, ni el viñadero de podar, ni el labrador de sembrar ni de segar, y mucho menos deben perder los padres la buena ocasión que les da la edad y molicie de sus hijos para doblarlos y enderezarlos, porque pasada ésta, quebrarlos han y no los enderezarán.

Reverencia a los obispos y sacerdotes.

Mas porque por este nombre de padre se entienden también los curas de almas y prelados espirituales, los padrinos, los maestros y los señores y señoras de familia, no será fuera de propósito tratar del acatamiento que se les debe y juntamente de lo que cada uno tiene a cargo de hacer con sus encomendados.

Y comenzando por los curas de almas y obispos, ninguno creo que habrá tan sin vergüenza que no se tenga por obligado a honrarlos en todas las maneras; porque si a los padres, que solamente engendraron y crearon nuestros cuerpos, se debe la honra y servicios que tenemos dicho, por justo derecho habemos de acatar a los que por la doctrina cristiana y por los sacramentos engendran y mantienen nuestras almas.

Lo cual confirma el apóstol San Pablo maravillosamente

escribiendo a Timoteo (I, 5, 17), donde dice: Los sacerdotes que gobiernan como deben, tengan doblada honra, mayormente los que trabajan en la predicación y doctrina. A los cuales conviene honrar en la manera siguiente: Sobre todas las cosas tengámosles acatamiento, juzgándolos por merecedores de grande veneración; amémoslos de todo corazón, recibamos humildemente su corrección y amonestaciones; finalmente, démosles lo necesario para su corporal sustentación.

Esto es lo que manda el Apóstol en muchas partes. A los Tesalonicenses (I, 5, 12) dice: Rogamos, hermanos, que miréis por aquellos que trabajan con vosotros, y os rigen por la virtud del Señor, y os amonestan su voluntad, que los améis con ardiente caridad, por el oficio que entre vosotros tienen: y tened paz con ellos. Y a los Hebreos (13, 7): Obedeced a vuestros prelados y sedles sumisos, porque ellos velan por vosotros como quien ha de dar cuenta de vuestras almas, para que hagan esto con alegría y no gimiendo por el grande peso.

Obligaciones de los pastores de almas.

Semejantemente los pastores de las almas han de tener grande cuidado y diligencia de su rebaño y de darles pastos de continua y santa doctrina y ejemplos de santísima vida.

Así los amonestó San Pablo en los Actos de los Apóstoles (20, 28) diciendo: Mirad atentamente por vosotros y por el ganado de que sois pastores, puestos por el Espíritu Santo para regir la Iglesia, que Cristo redimió por su sangre. Y el apóstol San Pedro (I, 5, 1) amonesta lo mismo con estas palabras: A los sacerdotes que hay entre vosotros, ruego yo, que soy sacerdote como ellos y testigo de la pasión de Cristo y participante de su gloria, que se descubrirá en el tiempo que está por venir: apacentad el ganado del Señor que os he encomendado, proveyéndolos no por fuerza, sino alegremente; no por vuestro temporal interés, sino por amor de su bien; no como señores de la heredad, sino como retrato de santa vida de vuestras ovejas.

Reverencia a los maestros y obligaciones de los mismos.

Cuanto toca a los maestros y preceptores o ayos, también a éstos pertenece alguna parte de los cuidados de los padres. Porque como los padres naturales engendraron los cuerpos y los obispos y curas tienen cuidado de las almas, así éstos tienen cargo de informar a los mozos no solamente para enseñarles letras, mas también buena crianza y honestas costumbres y principalmente los primeros principios de la

doctrina cristiana. Y por esto les deben los discípulos especial veneración, conviene a saber, que les hagan la cortesía y acatamiento que les pertenece, que los teman, que les obedezcan, que les sean agradecidos y les paguen el salario que les deben. Pero miren estos mismos que hagan diligentemente su oficio, que instruyan a los mozos que tienen a su cargo con cuidado en letras y costumbres y en toda virtud y que castiguen a los viciosos y a los otros hacen agravios, y defiendan en cuanto pudieren a los inocentes contra el atrevimiento de los poderosos y sobre todas las cosas se guarden de enseñar malas opiniones a los corazones tiernos.

Amos y criados. Resta por decir lo que los amos deben a sus criados y los criados a sus señores. Deben, pues, los criados y criadas a sus señores esta honra. Primeramente, que los amen de corazón y que les deseen y procuren toda prosperidad, que obedezcan y cumplan humilde y muy alegremente lo que les mandaren, que sean leales y muy fieles en el cargo que les fuere encomendado y que les acudan todas las veces que fuere menester, así a su persona como a sus bienes y su fama, según bastaren sus fuerzas.

Por el contrario, deben los amos y amas a su familia, primeramente, ser para ellos benignos y mansos y proveerlos de las cosas necesarias para su sustentación, guardarlos con buena disciplina y costumbres en el temor del Señor y pagarles su justo salario y soldada según su servicio y trabajo.

Sobre lo cual amonesta el Sabio diciendo (Ecli. 33, 31): Si tienes algún siervo fiel, tenlo en lugar de tu alma y trátalo como a hermano. Y el apóstol San Pablo (Ef. 6, 9): Vosotros, señores, haced también lo que es razón con los vuestros, perdonando las iras y amenazas que le tuviereis hecho, sabiendo que vuestro Señor y el suyo está en los cielos. Y en otra parte (Col. 4, 1): Señores, dad a vuestros criados lo que es justo, pues sabéis que vosotros y ellos tenéis un mismo Señor en los cielos.

Ancianos y jóvenes. Pero a todos los sobredichos acrecentaremos los hombres viejos y ancianos, porque por este mismo precepto conviene que éstos sean honrados por los más mozos. La cual honra consiste primeramente en la cortesía y reverencia acostumbrada de levantarse y descubrir la cabeza y que de buena voluntad y con humildad les pidan consejo y hagan lo que les aconsejaren y amonestaren. Porque así lo manda el mismo Dios en el Levítico (19, 33) por estas palabras:

Levántate delante del hombre anciano que tiene canas en la cabeza y honra la persona del viejo. Y el Sabio dice (Ecli. 8, 9): Al anciano humilla tu alma. No desprecies las palabras de los ancianos y sé amigo de sus dichos y sentencias, porque de ellos aprenderás sabiduría y doctrina.

Pero los viejos de tal manera han de vivir y conversar, que no sean ellos dignos de reprensión en comparación de los mozos. Mas procuren que en ellos resplandezca toda piedad y honestidad, así en sus gestos como en sus palabras y obras. De donde escribe San Pablo a Tito (2, 2) que amoneste a los ancianos que sean templados, castos y prudentes, sanos en lo que toca a la fe y caridad y paciencia.

CAPITULO LXIV

DE LA VIRTUD DE LA FORTALEZA.—DE LA NECESIDAD DE LA FORTALEZA Y DE LOS MEDIOS PARA ALCANZARLA

Como haya dos dificultades en la virtud, la una en distinguir y apartar lo bueno de lo malo y la otra en vencer lo uno y proseguir lo otro, para lo uno se requiere atención y vigilancia y para lo otro fortaleza y diligencia; y cualquiera de estas dos cosas que falte, queda imperfecto el negocio de la virtud; porque o quedará ciego, si falta la vigilancia, o manco, si faltare la fortaleza.

Esta fortaleza no es aquella que tiene por oficio templar las osadías y temores, que es una de las cuatro virtudes cardinales, sino es una fortaleza general que sirve para vencer todas las dificultades que nos impiden el uso de las virtudes. Por esto anda siempre en compañía de ellas como con la espada en la mano, haciéndoles camino por doquiera que van.

Porque la virtud, como dicen los filósofos, es cosa ardua y dificultosa, y por esto conviene que tenga siempre a su lado esta fortaleza para que le ayude a vencer esta dificultad. De donde así como el herrero tiene necesidad de traer siempre el martillo en las manos, por razón de la materia que labra, que es dura de domar, así también el hombre virtuoso tiene necesidad de esta fortaleza como de un martillo espiritual, para domar esta dificultad que en la virtud se halla. Por donde así como el herrero sin martillo ninguna cosa haría, así tampoco el amador de las virtudes sin fortaleza, por la misma razón.

Si no, dime: ¿cuál de las virtudes hay que no traiga consigo algún especial trabajo y dificultad? Míralas todas una por una: la oración, el ayuno, la obediencia, la templanza, la pobreza de espíritu, la paciencia, la castidad, la humildad; todas ellas, finalmente, siempre tienen alguna dificultad aneja, o por parte del amor propio, o por parte del enemigo, o por parte del mismo mundo. Pues quitada esta fortaleza de por medio, ¿qué podrá el amor de la virtud desarmado y desnudo? Por do parece que sin esta virtud todas las otras están como atadas de pies y manos para no poderse ejercitar.

Sin esfuerzo no se gana el descanso.

Y por esto tú, hermano mío, que deseas aprovechar en las virtudes, haz cuenta que el mismo Señor de las virtudes te dice también a ti aquellas palabras que dijo a Moisés, aunque en otro sentido (Ex. 4, 17): Toma esta vara de Dios en la mano, que con ella has de hacer todas las señales y maravillas con que has de sacar a mi pueblo de Egipto. Ten por cierto que así como aquella vara fué la que obró aquellas maravillas y la que dió cabo a aquella jornada tan gloriosa, así esta vara de virtud y fortaleza es la que ha de vencer todas las dificultades que el amor de nuestra carne y el enemigo nos han de poner delante y hacernos salir al cabo con esta empresa tan gloriosa, y por esto nunca esta vara se ha de soltar de la mano, pues ninguna de estas maravillas se puede hacer sin ella.

Por lo cual me parece avisar aquí de un grande engaño que suele acaecer a los que comienzan a servir a Dios. Los cuales, como leen en algunos libros espirituales cuán grandes sean las consolaciones y gustos del Espíritu Santo y cuánta la suavidad y dulzura de la caridad, creen que todo este camino es de deleites y que no hay en él fatiga ni trabajo, y así se disponen para él como para una cosa fácil y deleitable; de manera que no se arman como para entrar en batalla, sino vístense como para ir a fiestas. Y no miran que aunque el amor de Dios de suyo es muy dulce, el camino para él es muy agrio; porque para esto conviene vencer el amor propio y pelear siempre consigo mismo, que es la mayor pelea que puede ser. Lo uno y lo otro significó el profeta Isaías (52, 2) cuando dijo: Sacúdete del polvo, levántate y asiéntate, Jerusalén. Porque en el asentar es verdad que no hay trabajo; mas haylo en sacudir el polvo de las afecciones terrenales y en levantarnos del pecado y sueño que dormimos; que es lo que se requiere para venir a esta manera de asiento.

Aunque también es verdad que provee el Señor de

grandes y maravillosas consolaciones a los que fielmente trabajan y a todos aquellos que trocaron ya los placeres del mundo por los del cielo. Mas si este trueque no se hace y el hombre todavía no quiere soltar de las manos la presa que tiene, crea que no le darán este refresco; pues sabemos que no se dió el maná a los hijos de Israel en el desierto (Ex. 16, 3) hasta que se les acabó la harina que habían sacado de Egipto.

Pues tornando al propósito, los que no se armaren de esta fortaleza, ténganse por despedidos de lo que buscan y sepan cierto que mientras no mudaren los ánimos y el propósito, nunca lo hallarán. Crean que con trabajo se gana el descanso, y con batallas la corona, y con lágrimas la alegría, y con el aborrecimiento de sí mismo el amor suavísimo de Dios. Y de aquí nació reprenderse tantas veces en los Proverbios la pereza y negligencia y alabarse tanto la fortaleza y diligencia, como en otra parte declaramos, porque sabía muy bien el Espíritu Santo, autor de esta doctrina, cuán grande impedimento para la virtud era lo uno y cuán grande ayuda lo otro.

De los medios por do se alcanza esta fortaleza.

Mas por ventura preguntarás: ¿Qué medio para alcanzar esta fortaleza, pues también ella es dificultosa como las otras virtudes? Porque no en balde comenzó el sabio aquel su abecedario tan lleno de doctrina espiritual por esta sentencia (Prov. 31, 10): Mujer fuerte, ¿quién la hallará? El valor de ella es sobre todos los tesoros y piedras preciosas traídas de los últimos fines de la tierra. Pues ¿por qué medios podremos alcanzar cosa de tan gran valor?

a) *Con la consideración de su valor.* — Primeramente considerando este mismo valor; porque sin duda cosa es de gran valor la que tanto ayuda para alcanzar el tesoro inestimable de las virtudes. Si no, dime: ¿Qué es la causa por qué los hombres del mundo huyen tanto de la virtud? No es otra sino la dificultad que hallan en ella los cobardes y perezosos. Dice el perezoso: El león está en el camino; en medio de las plazas tengo de ser muerto (Prov. 16, 13), y en otra parte añade el mismo Sabio, diciendo (Ecl. 4, 5): El loco mete las manos en el seno y come sus carnes, diciendo: Más vale un poquito con descanso que las manos llenas con aflicción y trabajo.

Pues como no haya otra cosa que nos aparte de la virtud sino sola esta dificultad, teniendo fortaleza con que vencerla, luego es conquistado el reino de las virtudes. Pues ¿quién no tomará aliento y se esforzará a conquistar esta fuerza, la cual ganada es ganado el reino de las virtudes, y

con él, el de los cielos? El cual no pueden ganar sino solos los esforzados. Con esta misma fortaleza es vencido el amor propio con todo su ejército, y echado fuera este enemigo, luego es allí aposentado el amor de Dios, o por mejor decir, el mismo Dios. Pues, como dice San Juan (I, 4, 16), quien está en caridad está en Dios.

b) *Con el ejemplo de los buenos.*—Aprovecha también para esto el ejemplo de muchos siervos de Dios, que ahora vemos en el mundo pobres, desnudos, descalzos y amarillos, faltos de sueño y de regalo, de todo lo necesario para la vida. Algunos de los cuales desean y aman tanto los trabajos y asperezas, que así como los mercaderes andan a buscar las ferias más ricas y los estudiantes las universidades más ilustres, así ellos andan a buscar los monasterios y provincias de mayor rigor y aspereza, donde hallen no hartura, sino hambre; no riquezas, sino pobreza; no regalo del cuerpo, sino cruz y mal tratamiento del cuerpo.

Pues ¿qué cosa más contraria a los nortes del mundo y a los deseos de las gentes que andar a buscar un hombre por tierras extrañas, arte y manera como ande más hambriento, más pobre, más remendado y desnudo? Obras son éstas contrarias a carne y a sangre, mas muy conformes al espíritu del Señor.

c) *Con el ejemplo de los mártires.*—Y más particularmente condena nuestros regalos el ejemplo de los mártires, que con tales y tan crudos géneros de tormentos conquistaron el reino del cielo. Apenas hay día que no nos proponga la Iglesia algún ejemplo de éstos, no tanto por honrar a ellos con la fiesta que les hace, cuanto por aprovechar nosotros con el ejemplo que nos da. Un día nos propone un mártir asado, otro desollado, otro ahogado, otro despeñado, otro atenazado, otro desmembrado, otro aradas las carnes con surcos de hierro, otro hecho un erizo con saetas, otro echado a freír en una tina de aceite y otros de otras maneras atormentados. Y muchos de ellos pasaron no por un solo género de tormentos, sino por todos aquellos que la naturaleza y compostura del cuerpo humano podía sufrir. Porque a muchos, de la prisión pasaban a los azotes, y de los azotes a las brasas, y de las brasas a los peines de hierro, y de allí al cuchillo, que sólo bastaba para acabar la vida, mas no la fe ni la fortaleza.

No eran, pues, estos mártires de otros cuerpos que los nuestros, ni de otra masa y composición que la nuestra, ni tenían por ayudador otro Dios que el que nosotros tenemos, ni esperaban otra gloria que la que todos esperamos.

Pues si éstos con tales y tantas muertes compraron la vida eterna, ¿cómo nosotros por la misma causa no mor-

tificamos siquiera los malos deseos de nuestra carne? Si aquéllos morían de hambre, ¿por qué tú no ayunarás un día? Si aquéllos perseveraban enclavados en la cruz orando, ¿por qué tú no perseverarás un rato de rodillas en oración? Si aquéllos tan fácilmente dejaban cortar y despedazar sus miembros, ¿por qué tú no cercenarás y mortificarás un poco de tus apetitos y pasiones? Si aquéllos estaban tanto tiempo encerrados en cárceles oscuras, ¿por qué tú no estarás siquiera un poco recogido en la celda? Si aquéllos así dejaban arar sus espaldas, ¿por qué tú alguna vez por Cristo no disciplinarás las tuyas?

d) *Con el de Jesucristo en la cruz.*—Y si aun estos ejemplos no bastan, alza los ojos a aquel santo madero de la cruz y mira quién es aquel que allí está padeciendo tan crueles tormentos por tu amor. Mirad, dice el Apóstol (Hebr. 12, 3), a aquel que tan grandes encuentros recibió de los pecadores, por que no canséis ni desmayéis en los trabajos.

Espantoso ejemplo es éste por doquiera que le quisieres mirar. Porque si miras los trabajos, no pueden ser mayores; si a la persona que los padece, no puede ser más excelente; si a la causa por que los padece, ni es por culpa suya, porque Él es la misma inocencia; ni por necesidad suya, porque es Señor de todo lo criado, sino por pura bondad y amor. Y con ser esto así, padeció su cuerpo y alma tan grandes tormentos, que todas las pasiones de los mártires y de todos los hombres del mundo no igualan con ellos. Cosa fué ésta de que se espantaron los cielos y tembló la tierra, y se despedazaron las piedras, y sintieron todas las cosas insensibles.

Pues ¿cómo será el hombre tan insensible que no sienta lo que sintieron los elementos? ¿Cómo será tan ingrato que no procure imitar algo de aquello que se hizo por su ejemplo? Porque por esto, como dijo el mismo Señor (Lc. 24, 26), convenía que Cristo padeciese y así entrase en su gloria, porque pues había venido al mundo para guiarnos al cielo, pues el camino para Él era la cruz, que fuese en la delantera crucificado, para que así tomase esfuerzo el vasallo viendo tan maltratado a su Señor.

Exhortación. Pues ¿quién será tan ingrato, o tan regalado, o tan soberbio, o tan desvergonzado que, viendo al Señor de la majestad con todos sus amigos y escogidos caminar con tanto trabajo, quiera él ir en una litera y gastar la vida en regalos? Mandaba el rey David a Urías, que venía de la guerra, ir a dormir y descansar a su casa y cenar con su mujer, y el buen criado respondió (Rey. 11, 11): El arca de Dios

está en las tiendas y los siervos del rey mi señor duermen sobre la haz de la tierra. ¿Iré yo a mi casa a comer, y beber, y descansar? Por la salud tuya y por la de tu ánima tal cosa no haré. ¡Oh fiel y buen criado, tan digno de ser alabado cuan dignamente muerto!

Pues, ¿cómo tú, cristiano, viendo de la manera que ves en la cruz a tu Señor, no tendrás este mismo comedimiento para con Él? El arca de Dios, de madera de cedro incorruptible, padece dolores y muerte, ¿y tú buscas regalos y descansos? Aquel arca donde estaba el maná, que es el pan de los ángeles, escondido, gustó hiel y vinagre por ti, ¿y tú buscas deleites y golosinas? Aquel arca donde estaban las tablas de la Ley, que son todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, es vituperada y tenida por locura, ¿y tú buscas honras y alabanzas?

Y si no basta este ejemplo de esta arca mística para confundirte, junta con ella los trabajos de los siervos de Dios que duermen sobre la haz de la tierra; conviene a saber, los ejemplos y pasiones de tantos santos, de tantos profetas, mártires, confesores y vírgenes, que con tantos dolores y esperanzas pasaron esta vida, como lo cuenta uno de ellos diciendo así (Hebr. 11, 36): Los santos padecieron escarnios, azotes, prisiones y cárceles; fueron apedreados, aserrados, tentados y muertos a cuchillo. Anduvieron pobremente vestidos de pieles de ovejas y de cabras, necesitados, angustiados, afligidos; de los cuales el mundo no era merecedor. Vivían en las soledades y desiertos, en las cuevas y concavidades de la tierra, y todos ellos en medio de estos trabajos fueron probados y hallados fieles a Dios.

Pues si ésta fué la vida de los santos y, lo que es más, del Santo de los santos, no sé yo por cierto con qué título ni por cual privilegio piensa alguno de ir a donde ellos fueron si va por camino de deleites y regalos. Y por tanto, hermano mío, si deseas ser compañero de su gloria, procura serlo de su pena; si quieres reinar con ellos, procura padecer con ellos.

Todo esto sirve para exhortarte a esta noble virtud de la fortaleza, para que así seas imitador de aquella santa ánima de quien se dice que ciñó los lomos con fortaleza y esforzó sus brazos para el trabajo. Y para conclusión de este capítulo acabaré con aquella nobilísima sentencia del Salvador que dice (Lc. 9, 13): Quienquiera que quisiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz y sígame. En las cuales palabras comprendió aquel Maestro celestial la suma de toda la doctrina del Evangelio, la cual se ordena a formar un hombre perfecto y evangélico, el cual, teniendo un linaje de paraíso en el hombre interior,

padece una perpetua cruz en el exterior y con la dulzura de la una abraza voluntariamente los trabajos de la otra.

CAPITULO LXV

Del martirio, acto principal de la virtud de la fortaleza y testimonio de nuestra fe

Sentencia es común de filósofos que el maravillarse los hombres de las cosas notables que veían en las obras de la naturaleza, como eran los eclipses del sol y de la luna y otras cosas tales, vinieron a filosofar e inquirir las causas de ellas, y éstas halladas, hicieron ciencia, porque ciencia es conocer los efectos por sus causas.

Pues en estos martirios que aquí habemos relatado hay tan grande materia de admiración, que ningún hombre habrá tan insensible que no quede atónito viendo esta manera de padecer. Porque ¿cuándo jamás desde el principio del mundo se vieron personas padecer con tal fortaleza, con tal semblante, con tal alegría, con tal libertad de palabras con que encarnizaba los jueces contra sí y con tan gran deseo de padecer, que ellos mismos muchas veces se ofrecían a la pasión?

Y si esto fuera solamente en alguna gente bárbara y bestial que no teme la muerte, no fuera tanta; mas esta persecución fué general en todas las naciones y ciudades del mundo, y señaladamente en las más principales, como eran Roma, Alejandría, Antioquía, Nicomedia y otras tales. Y si en esta persecución padecieran sólo hombres robustos, no fuera tan grande la admiración; mas aquí habemos visto padecer viejos ya decrépitos, y muchachos de poca edad, y mujeres innumerables, y doncellas nobles y delicadas y de muy tierna edad, desnudando sus carnes en presencia del mundo, que sentían más que la muerte.

Dice Aristóteles que la postre de las cosas terribles es la muerte, la cual naturalmente aborrecen y huyen cuantos animales Dios crió. Pero mucho más la aborrece y siente el hombre, por tener las carnes más tiernas y la imaginación más viva para aprehender el daño y sentimiento del dolor y perder con la muerte no sólo la vida, sino también todo cuanto posee con ella. Por lo cual, si un hombre está sentenciado a muerte, aunque sea una simple manera de morir, como es ser degollado, etc., no

hay trabajo, no hay peligro, no hay costa, no hay camino a que no se ponga, aunque sea cercar la mar y la tierra y desamparar casa, hacienda, mujer e hijos, porque esto le enseña y a esto le mueve la misma naturaleza. Pues aun otra cosa hay sin comparación más terrible que la muerte, que son las invenciones de tormentos que los tiranos inventaban para vencer la constancia de los santos mártires, porque no pretendían matar, sino atormentar; no dar una muerte, sino muchas; no atormentar una parte del cuerpo, sino todos los miembros de él. Y con ser el cuerpo humano tan sensible que es menester poco artificio para darle causas de dolor, ellos, atizados, por una parte, por el demonio, que moraba en sus pechos, y, por otra, corridos y avergonzados de verse vencidos de mujeres flacas y embravecidos por esto, empleaban todos sus ingenios en descubrir mil invenciones y géneros de tormentos para un solo cuerpo.

De admiración en admiración.

Pues siendo esto así, ¿qué maravilla es ésta, que las mujeres y las tiernas doncellas, sin ser llamadas, corran a los tormentos como a las bodas, y procuren estrenar primero el cuchillo del verdugo que los otros, y que tengan competencia sobre quién padecerá primero, y que se queje la virgen Eufemia porque, siendo ella noble de generación, martirizasen a otros primero que a ella? Pues ¿qué nueva gente es ésta? ¿Dónde están aquí las leyes de la naturaleza? ¿Dónde la fuerza del amor propio? ¿Dónde el temor natural de la muerte que todas las criaturas temen? ¿No eran estos cuerpos de la misma condición que los nuestros? ¿No eran tan sensibles como ellos?

¿Qué veías, mártir glorioso, cuando entre las penas estabas más fuerte que tus penas, y encarcelado, más libre que los que te encarcelaban; y caído, más levantado que los que estaban en pie; y atado, más suelto que los que te ataban; y juzgado, más alto que los que te sentenciaban? Las heridas tenías por rosas y flores, y la sangre que de tu cuerpo corría, por púrpura real, y el martirio, por un gratísimo sacrificio que ofrecías a tu Criador.

Y tú, virgen delicada, ¿quién te armó con esa tan grande fortaleza que fueses más fuerte que el hierro, y que despedazado el cuerpo tu fe estuviese entera, y consumidas las carnes no se menoscabase tu virtud? Pudo ser rasgado tu cuerpo, mas tu alma no pudo ser vencida; desfalleció la substancia, más perseveró la paciencia.

Engrandecen los historiadores la fortaleza de un soldado romano que pudo tener el brazo sobre un hacha encendida por un breve espacio. Pues ¿cuántos millares de hombres y mujeres les daremos en todas las edades y con-

diciones de gentes, las cuales no un brazo, sino todo el cuerpo, después de rasgado con garfios de hierro, fueron asados en parrillas, no por un breve espacio, sino hasta que se acabase la vida?

El martirio, efecto de la gracia divina.

Pues ¿cómo es posible que una tan grande novedad nunca vista en el mundo no tuviese alguna nueva causa de do procediese? ¿Cómo es posible que una cosa tan extraordinaria no tenga alguna causa extraordinaria? ¿Cómo pudo ser que cosa tan sobre toda naturaleza no tenga causa sobrenatural, pues, según doctrina de filósofos, los efectos han de tener causas proporcionadas con ellos? Pues ¿qué cosa más sobre todas las leyes de la naturaleza que esta voluntad y deseo tan encendido de padecer?

¿Cómo era posible que una doncella de trece años, como fué Santa Olalla, padeciese tantos linajes de tormentos nunca vistos, y esto con tanto esfuerzo, con tanta constancia y, lo que más es, con tanta alegría y contentamiento, si no fuera ayudada con muy especial socorro del Espíritu Santo?

¿Cómo era posible que una madre cual fué Santa Felícitas y otra por nombre Sinforosa viese cada una despedazar ante sus ojos siete hijos mancebos, y que las mismas madres los estuviesen esforzando y animando al padecer, y después ellas padeciesen, habiendo primero apacentado sus ojos en este tan extraño espectáculo? ¿Qué fe era ésta? ¿Qué luz era ésta? ¿Dónde estaba aquí el grande amor que las madres tienen a sus hijos, y más tales y tantos hijos?

El patriarca Abrahán estuvo aparejado para sacrificar un hijo que tenía, y estimó Dios en tanto esta devoción y obediencia, que por ella le prometió tantos hijos como las estrellas del cielo.

Pues si tan grande cosa fué ofrecer este patriarca un solo hijo a Dios, ¿qué será una madre ofrecer siete hijos y querer que fuesen despedazados ante sus ojos por amor de Dios? Si tanto fué vencer el patriarca un solo amor de un hijo, ¿cuánto fué vencer siete amores de siete hijos, pues está claro que a cada hijo correspondía su propio amor en el corazón de la madre? Y si es tan celebrada la madre de los siete Macabeos, que esforzaba sus hijos al martirio, ¿qué menos merecen estas dos madres del Nuevo Testamento, que hicieron lo mismo? Y si está claro que no pudo aquella madre beber aquel cáliz sin especial favor y socorro de Dios, ¿cómo podremos a estas madres negar lo mismo?

Séneca tiene por averiguado que ningún hombre puede ser en verdad virtuoso sin favor especial de Dios. *Nulla mens bona sine Deo est,* dice él.

Y Tulio dice que nunca hubo hombre señalado en proezas que no fuese para ello soplado y ayudado de Dios.

Pues ¿qué virtudes, qué proezas puede haber en el mundo que vengan a cuenta con esta tan admirable fe y constancia y grandeza de ánimo, y esto en corazones de madres y de doncellas? Pues si, según el testimonio de estos sabios, ni aquellas virtudes ni aquellas grandezas de hombres señalados se podían ejercitar sin particular favor y soplo de Dios, ¿cómo pudieran sujetos tan flacos, como los ya dichos, acabar cosas sin comparación mayores?

Porque es cierto que todas las grandezas que se describen en las historias profanas apenas merecen nombre de sombra, comparadas con éstas. Pues ¿qué dijeran, qué escribieran estos dos tan señalados autores si les cayera esta materia en las manos? ¿Con qué palabras, con qué figuras, con qué sentencias, con qué agudezas, con qué ejemplos y comparaciones amplificaran y engrandecieran estas virtudes tan admirables?

Séneca gasta muchas hojas de escritura encareciendo aquella respuesta de Estilpón, filósofo, el cual, después de saqueada y destruída su ciudad, preguntado por el capitán Demetrio si había perdido algo en aquel saco, respondió que nada había perdido, porque todos sus bienes llevaba consigo, entendiendo por estos bienes la filosofía, de que no podía ser despojado. Pues ¿qué hiciera este autor si se pusiera a escribir y encarecer la constancia admirable de nuestras vírgenes, en medio de tantos tormentos por no quebrantar la fe y lealtad que debían a su verdadero Dios y Señor?

Hasta entre los soldados hubo mártires.

Y lo que es aún de mayor admiración y más declara el poder de la gracia, es ver esta misma virtud y fortaleza en un linaje de gente tenida por la más desgarrada y perdida del mundo, que son soldados y gente de guerra, porque sabemos que muchos de éstos en diversas partes fueron martirizados.

Pues ¿quién podrá aquí dejar de maravillarse y de alabar a Dios por tal martirio? ¡Oh gloria de Cristo! ¡Oh gloria de la gracia de su Evangelio, que hizo de piedras hijos de Abrahán, y de soldados mártires y santos, porque no sufrieran martirio si no lo fueran, y no podían dejar de amar a Dios más que a su propia vida, pues la pusieron por Él, y andando en el ejército entre soldados gentiles, idólatras y perversos, pudieron conservar no sólo la sinceridad de la fe, sino también el fuego de la caridad y la pureza de

la vida! ¡Oh con cuánta razón dijo el Apóstol que no se confundía de predicar el Evangelio, pues en él estaba la virtud y poder de Dios para hacer salvos a los creyentes!

La mayor prenda de amor a Dios.

Pues veamos ahora: ¿hasta dónde puede llegar más la naturaleza humana, ayudada con abundante gracia, en servicio de su Criador? ¿Con qué puede una criatura de carne y de sangre mostrar más la fe, la lealtad, la reverencia, la obediencia y el amor que debe a su Dios que con esta tan espantosa fortaleza? ¿Qué otro sacrificio más agradable, qué otra ofrenda más acepta se le puede ofrecer? ¿Con qué obra puede Él ser más glorificado que con tener siervos tan leales, que toda la potencia del mundo, armada con tanta fiereza de tormentos, no pudiese hacer una pequeña mella en su fe? ¿Qué es esto sino imitar la fortaleza del fino diamante, el cual, siendo martillado, antes se penetra él por el martillo que el martillo por él, pues muchos de los santos mártires no sólo sufrían los golpes de los tormentos con paciencia, mas muchos los procuraban y abrazaban con alegría? Pues ¿qué cosa hay en el mundo con que los hombres puedan más glorificar a su Criador?

Callen los cielos y la tierra, calle el resplandor del sol y de la luna y de las estrellas, y aun digo más, calle la gloria que dan a Dios los ángeles y los querubines y los serafines en comparación de ésta. Porque ¿qué hicieron todos ellos más que convertirse a Dios y reconocerle por su Criador y dador de todos sus bienes, sin tener carne rebelde que a esto contradijese? Y con sólo esto alcanzaron perpetua corona de gloria. Y aunque en ellos resplandezca más la bondad, la hermosura y omnipotencia del Criador que tales criaturas pudo formar, mas esto fué pura gracia y dádiva de Dios, sin trabajo y costa de ellos, como quiera que en los mártires, juntamente con la gracia, intervino tan espantosa fortaleza y paciencia.

CAPITULO LXVI

De la virtud de la paciencia y de los medios para alcanzarla

A la paciencia nos convida Salomón en sus Proverbios (III, 11) diciendo: Hijo mío, no deseches la disciplina y castigo del Señor, ni desmayes cuando eres castigado de

Él; porque a los que Él ama castiga y huelga con ellos como Padre con sus hijos.

La cual sentencia prosigue y declara muy por extenso el Apóstol en la carta que escribe a los Hebreos (12, 7), exhortándolos a paciencia por estas palabras: Perseverad, hermanos, en la disciplina y castigo paternal de Dios, considerando que Él en esto os trata como a hijos. Porque ¿qué hijo hay que no sea castigado por su padre? Porque si carecéis de este castigo, por el cual han pasado todos los hijos de Dios, síguese que sois hijos de otro padre y no de Dios. Acordaos que nuestros padres carnales nos castigaban y enseñaban, a los cuales teníamos reverencia; pues ¿no será más razón que obedezcamos al Padre de los espíritus para que vivamos?

Todas estas palabras nos dan claramente a entender cómo el oficio de padres es castigar y enmendar a sus hijos; y así, el de los buenos hijos ha de ser bajar humildemente la cabeza y tener aquel castigo por grandísimo beneficio y por testimonio de amor y corazón paternal. Esto nos enseñó con su ejemplo el unigénito Hijo del Eterno Padre cuando, queriendo San Pedro librarlo de la muerte, dijo (Jn. 18, 11): ¿El cáliz que me dió mi Padre no quieres que beba? Como si dijera: Si este cáliz viniera por otra mano, tuvieras algún color de contradecirlo; mas viniendo por mano de un tal Padre, que tan bien sabe, y puede, y quiere ayudar a los que tiene por hijos, ¿cómo no se beberá tal cáliz cerrados los ojos, sin querer saber más de que viene por Él?

Mas con todo esto hay algunos que en tiempo de paz están, a su parecer, sujetos a este Padre y conformes en todo con su voluntad: los cuales en el tiempo de la adversidad desmayan y dan bien a entender que era falsa y engañosa aquella conformidad, pues al tiempo del menester la perdieron; como hacen los hombres pusilánimes y cobardes, que en tiempo de paz muestran grande ánimo, mas al tiempo de la pelea pierden el corazón y las armas. Y pues los combates y tribulaciones de esta vida son tan continuos, será bien armar a los tales con espirituales armas, de las cuales se puedan ayudar en los tales tiempos.

De los medios para alcanzar la paciencia. Pues para esto primeramente puedes considerar que no igualan los trabajos de esta vida con la grandeza de la gloria que por ellos se alcanza. Porque tanta es la alegría de aquella luz eterna, que puesto que no pudiésemos gozar de ella más que por una sola hora, deberíamos abrazar de buena gana todos los trabajos y despreciar todos los contentamientos del mundo por ella. Porque,

como dice el Apóstol (II Cor. 4, 17), el trabajo momentáneo y liviano de nuestra tribulación es materia de un inestimable peso de gloria que por él se nos da en el cielo.

Considera también que las cosas prósperas muchas veces estragan el corazón con soberbia, y las adversas, por el contrario, le purifican con el dolor; en aquéllas se levanta el corazón; en éstas, aunque esté levantado, se humilla; en aquéllas se olvida el hombre de sí mismo, y en éstas ordinariamente se acuerda de Dios; por aquéllas, muchas veces las buenas obras hechas se pierden; por éstas, las culpas cometidas en muchos años se limpian, y el alma se conserva para no caer en otras.

Y si por ventura te aprietan algunas enfermedades, debes presuponer que muchas veces, entendiendo nuestro Señor los males que haríamos teniendo salud, nos corta las alas e inhabilita para ellos con la enfermedad; y mucho más nos importa estar así quebrantados con la dolencia que perseverar sanos en nuestra malicia; pues más vale, como el mismo Señor dice, entrar en la vida eterna cojo o manco, que con dos pies o dos manos ser echados en los fuegos eternos.

Porque claro está que nuestro misericordioso Señor no se deleita con nuestros tormentos, mas huelga de cuidar nuestras enfermedades con medicinas contrarias, para que los que adolecimos con deleites convalezcamos con dolores, y los que caímos cometiendo cosas ilícitas, nos levantemos careciendo aún de las lícitas.

Por donde entenderás cómo aquella divina bondad se aíra en este mundo por no airarse en el otro; y por eso ahora misericordiosamente usa de rigor, porque después no tome justa venganza. Porque, como dice San Jerónimo, muy grande ira es no airarse Dios contra los pecadores; y así quien no quisiere aquí ser azotado con los hijos, será en el infierno condenado con los demonios. Por lo cual, con mucha razón exclama San Bernardo diciendo: Señor, aquí quema, aquí cauterízame, para que en el otro me perdones.

En esto, pues, verás con cuánta diligencia mira por ti el Criador de todas las cosas, pues no te deja de la mano ni te suelta la rienda para cumplir tus malos deseos. Los médicos del cuerpo fácilmente conceden a los desahuciados todo lo que desean; mas al que tiene remedio danle dieta y mándanle que se refrene de todo lo que le pueda dañar.

Los padres también quitan a los hijos traviesos el dinero con que juegan, a los cuales después dejan toda su hacienda. Lo mismo, pues, hace también en su manera con

nosotros aquel soberano Médico de nuestras ánimas y aquel que es Padre sobre todos los padres.

El ejemplo de Jesús. Allende de esto considera cuántas y cuán grandes afrentas sufrió nuestro Redentor de aquellos mismos que Él había criado, cuántos escarnios, cuántas bofetadas, cuán pacientemente tuvo descubierto su rostro a aquellas infernales bocas de los que le escupían, cuán mansamente dejó traspasar su cabeza con las espinas que la hincaban, cuán de buena voluntad recibió para remedio de su sed aquel amargo brebaje que le dieron, con qué silencio sufrió ser adorado por escarnio y, finalmente, con cuánto fervor y paciencia corrió hasta la muerte por librarnos de la muerte.

Pues no te debe parecer áspero que tú, vil hombrecillo, sufras los azotes que Él te quisiere dar por tus pecados, pues Él sufrió tantos por los tuyos y no quiso salir de esta vida sin azotes, viniendo a ella sin pecado. Porque así convenía que Cristo padeciese y entrase en su gloria, para enseñar por la obra lo que el Apóstol dice por palabra (II Tim. 2, 5): No será coronado sino el que legítimamente peleare. Por lo cual mucho mejor es sufrir aquí los males presentes con paciencia, donde aprovechan para perdón de la culpa y acrecentamiento de gloria, que sufrirlos impacientemente con mayor trabajo y sin esperanza de fruto: pues que quieras o no quieras, los has de pasar cuando quiere Dios, a cuyo poder nada resiste.

Hállate prevenido para la adversidad. Mas sobre todas estas consideraciones y remedios añadiré el postrero y más eficaz: conviene a saber, que para conservar esta paciencia ande el hombre siempre reparado y prevenido para todas las adversidades y disgustos que por cualquier parte le puedan venir. Porque ¿qué otra cosa se puede esperar de un mundo tan malo, y de una carne tan frágil, y de la envidia de los demonios, y de la malicia de los hombres, sino continuos disgustos y sobresaltos no pensados?

Pues contra todos estos accidentes ha de andar el varón prudente apercibido y armado, como quien anda en tierra de enemigos; de lo cual sacará dos grandes provechos: el primero, que llevará más ligeramente los trabajos, teniéndolos de esta manera prevenidos, porque, como dice Séneca, más blanda suele ser la herida del golpe que se ve de lejos. Lo cual nos aconseja el Eclesiástico cuando dice que antes de la enfermedad aparejemos la medicina, que es como quien se sangra en sanidad.

El segundo provecho es que todas las veces que esto

hiciere, entienda que hace a Dios un sacrificio muy semejante en su manera al del patriarca Abrahán cuando estuvo aparejado para sacrificar su hijo Isaac.

Porque todas las veces que el hombre presupone que, o por parte de Dios o de los hombres, le pueden venir tales o tales trabajos o disgustos, y él, como siervo de Dios, se dispone y apareja para recibirlos con toda humildad y paciencia, y para esto se resigna en las manos de su Señor, aceptando y tomando de ellas todo lo que por cualquier vía de éstas le viniere, como hizo David con las injurias de Semeí, las cuales tomó como si Dios se las enviara, entienda cierto que cada vez que esto hace, hace un sacrificio muy agradable a Dios, y que tanto merece con la prontitud de la voluntad sin la obra como con la misma obra. Para lo cual se debe el hombre acordar que una de las principales partes de la profesión cristiana es ésta. Así lo testifica San Pedro diciendo que ninguno desmaye en los trabajos, pues todos sabemos que para esto estamos diputados.

Piense, pues, el cristiano que vive en este mundo que es como una roca que está en medio de la mar, la cual es perpetuamente combatida de diversas ondas; pero ella persevera siempre sin moverse en un lugar. Esto se ha dicho tan por extenso, porque como toda la profesión de la vida cristiana, según dice San Bernardo, se divide en dos partes, que es en hacer bienes y padecer males, claro está que la segunda es más dificultosa que la primera, y por esto aquí convenía poner mayor recaudo donde es mayor el peligro.

Grados en la paciencia. Mas aquí es de notar que en esta virtud de la paciencia señalan los santos Doctores tres grados excelentes, aunque cada uno más perfecto que el otro.

Entre los cuales, el primero es llevar los trabajos con paciencia, el segundo desearlos por amor de Cristo, el tercero alegrarse en ellos por la misma causa. Por lo cual no se debe el siervo de Dios contentar con aquel primer grado de paciencia, sino del primero trabaje por subir al segundo, y puesto en éste, no descanse hasta llegar al tercero.

El primer grado se ve claramente en la paciencia del santo Job; el segundo, en el deseo que tuvieron algunos mártires del martirio; el tercero, en la alegría que recibieron los Apóstoles por haber sido merecedores de padecer injurias por el nombre de Cristo, y esto mismo tuvo el Apóstol cuando en una parte dice (Rom. 5, 3) que se gloriaba en las tribulaciones; en otra (II Cor. 11, 23), que se alegraba en sus enfermedades, en angustias, en azotes, etc.,

por Cristo; en otras (Fil. 2, 18), donde, tratando de su prisión, pide a los filipenses que le sean compañeros en la alegría que tenía por verse preso en aquella cadena por Cristo. Y esta misma gracia escribió él (II Cor. 8, 1) que fué dada en aquellos tiempos a los fieles de las Iglesias de Macedonia, los cuales tuvieron abundantísima alegría en medio de una grande tribulación que les sobrevino.

Este es uno de los altos grados de paciencia y caridad y perfección adonde una criatura puede llegar; al cual grado llegan muy pocos, y por esto no obliga Dios a nadie debajo de precepto a él, así como ni al pasado.

Verdad es que no se entiende por esto que nos hayamos de alegrar en las muertes y calamidades y trabajos de nuestros prójimos, ni menos de nuestros parientes y amigos, y mucho menos de la Iglesia; porque la misma caridad que nos pide alegría en lo uno, nos mueve a tristeza y compasión en lo otro; pues ella es la que sabe gozar con los que gozan y llorar con los que lloran, como vemos que lo hacían los profetas, los cuales gastaban toda la vida en llorar y sentir las calamidades y azotes de los hombres.

D)—De la virtud de la templanza

CAPITULO LXXVI

De la guarda de la castidad y de los medios para alcanzarla

Querría yo dar aquí un grande y necesario desengaño a todos los que desean salvarse.

Sabed, pues, que por flacos y principiantes que sean los hombres, están obligados a evitar todo pecado mortal, so pena de estar en mal estado, y entre los mortales, el de la fornicación, que es el más ocasionado.

Por donde en el primer Concilio que se celebró en el mundo, en que se hallaron los Apóstoles, fué muy detestado este vicio. Porque, moviéndose en el principio de la Iglesia una grande duda sobre si los que se convertían de la gentilidad a la fe estaban obligados a guardar la ley de Moisés (Act. 15, 20), en este sacro Concilio se determinó que no estaban obligados a esta guarda, sino que les man-

dasen que se apartasen del pecado de la fornicación y de comer las carnes sacrificadas a los ídolos.

Y es cosa mucho de notar que, habiendo otros muchos pecados mortales que todo fiel cristiano está obligado a evitar, de sólo éste se hizo mención en aquel primer Concilio del mundo. Preguntaréis la causa. Esta es ser este pecado el más ocasionado de cuantos hay, porque tiene el hombre al enemigo de sus puertas adentro; por donde, aunque no haya demonio que le tiente de fuera, la concupiscencia y la mala inclinación de su carne basta para hacerle guerra continua. La cual inclinación es tan vehemente, que confiesan los teólogos que en ninguna parte quedó la naturaleza humana más cruelmente herida por el pecado original que en esta inclinación que sirve para la propagación del género humano. Pues como los Apóstoles, llenos del Espíritu Santo, entendían muy bien esta teología, aquí pusieron mayor recaudo donde reconocían mayor peligro.

Con santidad y honra. Y conformándose el apóstol San Pablo con este decreto apostólico, escribiendo a los de Tesalónica (I, 4, 1), les encomienda esta misma guarda por estas palabras: Hermanos, ruégoos y pídoos con toda la instancia que procuréis agradar a Dios y vivir de la manera que yo os enseñé. Pues bien sabéis, dice él, los preceptos y mandamientos que de parte de Cristo os tengo dados. Porque la voluntad de Dios no es otra que la santificación de vuestras vidas, y ésta es apartaros de toda fornicación, para que sepa cada uno conservar su cuerpo con santidad y honra, y no con deseos apasionados, como hacen los gentiles, que no conocen a Dios, los cuales andan sumidos en el cieno de este vicio sensual. En las cuales palabras veréis cómo resume el Apóstol la voluntad de Dios y la santificación del hombre en apartarse de este vicio carnal.

Por donde, considerando aquel grande monje Antonio el estrago que este espíritu de fornicación hacía en el mundo, tuvo deseo de ver cosa que tanto daño hacía. Al cual apareció en figura de un negrillo muy feo, y así le dijo el Santo: En figura vilísima me has aparecido, y por eso de aquí adelante no te tengo de haber miedo.

La más recia batalla. Digo, pues, que por nuevo y principiante que sea un cristiano, está obligado a vencer este enemigo tan familiar y tan poderoso, guardando castidad. Y sabemos, como dice San Agustín, que entre todas las batallas de los cristianos, las más

recias son las que militan contra esta virtud, donde es cotidiana la batalla y muy rara la victoria.

Y lo que es aún más de temer: que no sólo estamos obligados a guardar castidad en el cuerpo, sino también en el alma. Porque por esto dijo el Salvador (Mt. 5, 28): Quien viere una mujer y la codicie, ya tiene cometido adulterio en su corazón. Porque en el juicio de Dios todo es uno, la obra y el deseo determinado de ella, así en el bien como en el mal. Por donde tanto mereció Abrahán estando aparejado para sacrificar su hijo como si de hecho lo sacrificara; y así no menos peca el que desea cometer este pecado que si por obra lo cometiera. Pues, según esto, como San Jerónimo dice, *Quis gloriabitur castum se habere cor?* Quiere decir: ¿Quién se gloriará de tener casto y limpio su corazón, si no procura todas las otras diligencias que se requieren para la guarda de esta limpieza?

Vivir siempre armado. Entre las cuales la primera es la oración, de que arriba tratamos, que es arma general contra todas las tentaciones del enemigo.

Otra es la templanza en el comer y beber, porque, enflaquecida la carne con la templanza, enflaquécense también los apetitos y encendimientos que nacen de ella.

Otra es la guarda de los ojos, que son puertas del alma por las cuales muchas veces entra la muerte, como entró a David (II Rey. 11, 2) y a nuestra primera madre (Gén. 3, 6).

Otra es, y muy principal, huir las ocasiones de este vicio y la comunicación de personas de sospechosa edad, aunque sean virtuosas; porque éstas aficionan más los corazones con la muestra de la virtud. Y es tan grande esta tentación, que San Agustín afirma que en su tiempo vió por esta ocasión caídos cedros del monte Líbano y guías de la manada y grey de Cristo; esto es, personas de grande opinión de santidad caídas en pecado, de cuya caída no dudaba yo más, dice él, que de Ambrosio y Jerónimo.

Ved, pues, ahora vos qué debe de hacer la vara tierna del desierto cuando ve caídos cedros del monte Líbano; quiero decir: qué deben sentir los flacos, que son como caña vana que se muda a todos los vientos, cuando ven éstos, tan fuertes y tan levantados en santidad, tan feamente caídos.

Pues si éstos, por sólo no evitar la ocasión susodicha, dieron tan gran caída, ¿qué será de vos, hombrecillo flaco, que tan lejos estáis de esta santidad y decís que para ir al cielo basta un Paternóster, sin esas novedades y santimonias de algunos?

No quiero alegar contra vos otro testigo sino vuestra

misma conciencia. Meted la mano en vuestro seno, y examinad los secretos y rincones de vuestro corazón, y ved los que esto decís y hacéis de la manera que guardáis la limpieza de vuestra alma, y muchos hallaréis en quien se verifica lo que dice un Apóstol (II Pedr. 2, 14): *Habentes oculos plenos adulterii et incessabilis delicti*, esto es, que tienen los ojos llenos de adulterios y delitos que nunca cesan. Y dice esto porque están tan desapercibidos y desproveídos de armas espirituales contra este vicio, que apenas abren los ojos para ver cosa de codicia que no la codicien. Y esto es lo que llama este Apóstol delito que nunca cesa, porque por maravilla se ofrece a los tales esta ocasión que no den de ojos en ella, por no andar apercibidos con estas armas susodichas.

CAPITULO LXVIII

De la lujuria y de sus remedios

Lujuria es apetito desordenado de sucios y deshonestos deleites, del cual vicio nacen todas estas pestes del alma, conviene a saber, ceguera del entendimiento, inconsideración, inconstancia, precipitación, amor de sí mismo, aborrecimiento de Dios, deseos de la vida, temor de la muerte, desesperación del juicio y de la bienaventuranza perdurable.

Las batallas más duras de la vida cristiana.

Y si me preguntares qué avisos o qué medios tendré para poder mejor vencer este enemigo, a esto te respondo que primeramente debes presuponer que entre todas las batallas de los cristianos las más duras son las de la castidad, donde cada hora se da batalla y pocas veces se alcanza victoria. Y sabe bien esto nuestro cruel adversario, que es más duro el combate de los deleites contra la continencia que el del dinero contra la pobreza: porque éste pelea de fuera, pero aquél hace guerra de dentro, y por eso es más peligroso, porque dificultosamente os podéis guardar del enemigo que tenéis dentro de casa, como es el deseo carnal, que procede de vuestros lomos.

Por tanto, para reprimir esta carnal concupiscencia es necesario grande cuidado. Porque puesto que el enemigo

pueda levantar contra ti alborotos, no es poderoso para vencerte, si tú no quieres ser vencido. Debajo de tu poder tienes tu apetito (Gén. 4, 7) y tú eres su señor, y en tu mano está de tu enemigo hacer tu siervo: porque con sólo no consentir con él, todo lo demás será para tu bien, y cuantas veces resistieres, tantas coronas recibirás.

Los remedios contra la lujuria. Pues cuando este feo y abominable vicio tentare tu corazón, puedes salirle al camino con las consideraciones siguientes: primeramente considera que este vicio no solamente ensucia el alma, que el Hijo de Dios limpió con su sangre, sino también el cuerpo, en quien como en un sagrado relicario es depositado el sacratísimo cuerpo de Cristo. Pues tan grande culpa es ensuciar y profanar el templo material de Dios, ¿qué será profanar este templo en que mora Dios? Por esto dice el Apóstol (I Cor. 6, 18): Huíd, hermanos, del pecado de la fornicación, porque todo otro pecado que hiciere el hombre, fuera de su cuerpo es; mas el que cae en fornicación peca contra su mismo cuerpo, profanándolo y ensuciándolo con el pecado carnal.

Tiene amargos fines. Considera también que este halagüeño vicio tiene muy dulces principios y muy amargos fines, muy fáciles las entradas y muy dificultosas las salidas. Por donde dijo el Sabio (Prov. 23, 27) que la mala mujer era como una cava muy honda y un pozo boquiangosto, donde siendo tan fácil la entrada, es dificultosísima la salida. Porque verdaderamente no hay cosa en que más fácilmente se enreden los hombres que en este dulce vicio, según que a los principios se demuestra; mas después de enlazados en él, y trabadas las amistades, y roto el velo de la vergüenza, ¿quién lo sacará de ahí? Por lo cual con mucha razón se compara con las nasas de los pescadores, que, teniendo las entradas muy anchas, tienen las salidas muy angostas; por donde el pez que una vez entra, por maravilla sale de ahí.

Y por aquí entenderás cuánta muchedumbre de pecados pare este tan prolijo pecado; pues en todo este tiempo tan largo, está claro que así por pensamiento, como por obra, como por deseo, ha de ser Dios casi infinitas veces ofendido.

Es origen de muchos males. Considera también sobre todo esto, como dice un doctor, cuánta muchedumbre de otros males trae consigo esta halagüeña pestilencia. Primeramente roba

la fama, que entre las cosas humanas es la más hermosa posesión que puedes tener, porque ningún rumor de vicio huele más mal ni trae consigo mayor infamia que éste. Y allende de esto debilita las fuerzas, amortigua la hermosura, quita la buena disposición, hace daño a la salud, pare enfermedades sin cuento, y éstas muy feas y sucias; desflora antes de tiempo la frescura de la juventud y hace venir más temprano una torpe vejez; quita la fuerza del ingenio, embota la agudeza del entendimiento y casi le torna brutal. Aparta el hombre de todos honestos estudios y ejercicios, y así le zambulle todo en el cieno de este deleite, que ya no huelga de pensar, ni hablar, ni tratar cosa que no sea vileza y suciedad. Hace loca la juventud e infame, y la vejez aborrecible y miserable. Mas no se contenta este vicio con todo este estrago que hace en la persona del hombre, sino también lo hace en sus cosas. Porque ninguna hacienda hay tan gruesa, ningún tan gran tesoro a quien la lujuria no gaste y consuma en poco tiempo. Porque el estómago y los miembros vergonzosos son vecinos y compañeros, y los unos a los otros se ayudan y conforman en los vicios. De donde los hombres dados a vicios carnales, comúnmente son comedores y bebedores, y así en banquetes y vestidos gastan todo cuanto tienen. Y demás de esto, las mujeres deshonestas nunca se hartan de joyas, de anillos, de vestidos, de holandas, de perfumes y olores y cosas tales; y más aman a estos presentes que a los mismos amadores que se los dan. Para cuya confirmación basta el ejemplo de aquel hijo pródigo, que en esto gastó toda la legítima de su padre.

Es vicio insaciable. Mira también que cuanto más entregares tus pensamientos y tu cuerpo a deleites, tanto menos harturas hallarás, porque este deleite no causa hartura, sino hambre; porque el amor del hombre a la mujer, o de la mujer al hombre, nunca se pierde, antes, apagado una vez, se torna a encender.

Merece pena eterna. Y mira, otrosí, cómo este deleite es breve, y la pena que por él se da, perpetua; y, por consiguiente, que es un muy desigual trueque, por una brevísima y torpísima hora de placer, perder en esta vida el gozo de la buena conciencia, y después la gloria que para siempre dura, y padecer la pena que nunca se acaba. Por lo cual dice San Gregorio: Un momento dura lo que deleita y eternamente lo que atormenta.

Quiénes son los que siguen al Cordero inmaculado.

Considera también por otra parte la dignidad y precio de la pureza virginal que este vicio destruye; porque las vírgenes en esta vida comienzan a vivir vida de ángeles, y singularmente por su limpieza son semejantes a los espíritus celestiales; porque vivir en carne sin obras de carne, más es virtud angélica que humana.

Sola la virginidad es la que, como dice San Jerónimo, en este lugar y tiempo de mortalidad representa el estado de la gloria inmortal. Sola ella guarda la costumbre de aquella ciudad soberana donde no hay bodas ni desposorios, y así da a los hombres terrenos experiencia de aquella celestial conversación. Por la cual en el cielo se da cierto y singular premio a los vírgenes, de los cuales escribe San Juan en el Apocalipsis (14, 4) diciendo: Estos son los que no mancillaron su carne con mujeres, mas permanecieron vírgenes; y éstos siguen al Cordero por dondequiera que va. Y porque en este mundo se aventajaron sobre los otros hombres en parecerse con Cristo en la pureza virginal, por esto en el otro se llegarán a Él más familiarmente, y singularmente se deleitarán de la limpieza de sus cuerpos.

Eres templo vivo del Espíritu Santo.

Y no sólo hace esta virtud a los que la tienen semejantes a Cristo, mas hácelos también templos vivos del Espíritu Santo; porque aquel divino Espíritu, amador de la limpieza, así como uno de los vicios que más huye es la deshonestidad, así en ninguna parte más alegremente reposa que en las almas puras y limpias. Por lo cual el Hijo de Dios, concebido por el Espíritu Santo, tanto amó y honró la virginidad, que por ella hizo un tan gran milagro como fué nacer de madre virgen.

Mas tú, que ya perdiste la virginidad, a lo menos después del naufragio, teme los peligros que ya experimentaste. Y ya que no quisiste guardar entero el bien de naturaleza, siquiera después de quebrado repáralo, y tornándote a Dios después del pecado, tanto más diligentemente ocúpate en buenas obras cuanto por las malas que has hecho te conoces por más merecedor de castigo. Porque muchas veces acontece, como dice San Gregorio, que después de la culpa se hace más ferviente el alma, la cual en el estado de la inocencia estaba más floja y descuidada.

Y pues Dios te guardó, habiendo cometido tantos males, no hagas ahora por donde pagues lo presente y lo pasado, y sea el postrer yerro peor que el primero.

Resiste a los principios. Demás de estos comunes remedios que se dan contra este vicio, hay otros más especiales y eficaces, de que será razón también tratar. Entre los cuales el primero es resistir a los principios, como ya en otra parte dijimos, porque si al principio no se rechaza el enemigo, luego crece y se fortalece; porque, como dice San Gregorio, después que la golosina del deleite se apodera del corazón, no le deja pensar otra cosa que aquello que le deleita. Por esto se debe resistir al principio echando fuera los pensamientos carnales; porque así como la leña sustenta el fuego, así los pensamientos mantienen a los deseos, los cuales, si fueren buenos, enciéndese el fuego de la caridad, y si malos, el de la lujuria.

Guarda tus sentidos. Además de esto conviene guardar con diligencia todos los sentidos, mayormente los ojos, de ver cosas que te pueden causar peligro. Porque muchas veces mira el hombre sencillamente, y por sola la vista queda el alma herida. Y porque el mirar inconsideradamente las mujeres o inclina o ablanda la constancia del que las mira, nos aconseja el Eclesiástico (9, 7), diciendo: No quieras traer los ojos por los rincones de la ciudad, ni por sus calles o plazas; aparta los ojos de la mujer ataviada y no veas su hermosura.

Para lo cual nos debería bastar el ejemplo del santo Job (31, 1), que con ser varón de tanta santidad, guardaba muy bien sus ojos—como él mismo lo confiesa—, no fiándose de sí ni de tan largo uso de virtud como tenía. Y si éste no basta, a lo menos debería bastar el de David, que siendo varón santísimo y tan hecho a la voluntad de Dios, bastó la vista de una mujer para traerle a tan grandes males como fueron homicidios, escándalos y adulterio.

Y no menos también debes guardar los oídos de oír cosas deshonestas; y cuando las oyeres, recíbelas con rostro triste; porque fácilmente se hace lo que de buena gana se oye. Guarda también tu lengua de cualquier palabra torpe, porque las buenas costumbres se corrompen con las pláticas malas.

La lengua descubre las aficiones del hombre, porque cual se muestra en la plática, tal se descubre el corazón; porque de lo que el corazón está lleno, habla la lengua.

Trabaja por traer ocupado tu corazón en santos pensamientos y tu cuerpo en buenos ejercicios; porque, como dice San Bernardo, los demonios envían al alma ociosa malos pensamientos en que se ocupe, porque, aunque cese de mal obrar, no cesa de pensar mal.

Quiénes son los testigos de tus actos. En toda tentación, mayormente en ésta, pon ante los ojos de tu corazón el ángel de tu guarda y el demonio tu acusador, los cuales, en verdad, siempre están mirando todo lo que haces y lo representan al mismo juez que todo lo ve; porque siendo esto así, ¿cómo te atreverás a hacer obra tan fea que delante de otro hombrecillo como tú no osarías hacer, teniendo delante tu guardador, tu acusador y tu juez? Pon también ante los ojos el espanto del juicio divino y la llama de los tormentos eternos, porque cualquier pena se vence con temor de otra más grave, como un clavo se saca con otro; y así muchas veces el fuego de la lujuria se mata con la memoria del infierno.

Sé cauto en tus relaciones. Además de esto excúsate cuanto fuere posible de hablar solo con mujeres de sospechosa edad, porque, como dice Crisóstomo, entonces acomete más atrevidamente nuestro adversario a los hombres y mujeres, cuando los ve solos; porque donde no se teme reprensor, más osado llega el tentador. Por tanto, nunca te pongas a tratar con mujeres sin testigos; porque estar solo incita y convida a todos los males. Ni confíes en la virtud pasada, aunque sea muy antigua, pues sabes que aquellos viejos se encendieron en el amor de Susana porque la vieron muchas veces en su jardín sola (Dan. 13, 8). Huye, pues, toda sospechosa compañía de mujeres, porque verlas daña los corazones, oírlas los atrae, hablarlas los inflama, tocarlas los estimula, y, finalmente, todo lo de ellas es lazo para los que tratan con ellas. Por esto dice San Gregorio: Los que dedicaron sus cuerpos a continencia no se atrevan a morar con mujeres; porque en cuanto el calor vive en el cuerpo, nadie presuma que del todo tiene apagado el fuego del corazón.

Huye también los presentillos, visitaciones y cartas de mujeres; porque todo esto es liga para prender los corazones y soplos para encender el fuego del mal deseo cuando la llama se va acabando. Y si amas a alguna mujer honesta y santa, ámala en tu alma, sin curar de visitarla a menudo ni tratar con ella familiarmente.

Ante Jesús crucificado. Sobre todos estos remedios, el mayor es poner ante nuestros ojos, luego al punto que se levanta la tentación, la imagen lastimosa que Cristo tenía en la cruz, con todas aquellas heridas y llagas que estaban derramadas por todo su cuerpo, y acordarse que todo aquello

padeció Él por destruir el pecado, y ver cuán indigna cosa es volver a cometer lo que Él destruyó con tan grande trabajo, y tratar de mimos de carne, habiendo Él tratado la suya con tanta aspereza. Y aquí debe el hombre clamar en lo íntimo de su corazón y pedir socorro y victoria a este Señor, diciendo (Salm. 69, 1): *Deus in adjutorium meum intende. Domine ad adjuvandum me festina,* haciendo muy de prisa la señal de la cruz encima del corazón.

CAPITULO LXIX

De la virtud de la abstinencia

La abstinencia es una de las principales virtudes que se presuponen para alcanzar las otras virtudes; y ella es en sí muy dificultosa de alcanzar, por la contradicción y repugnancia que tiene en nuestra naturaleza corrupta.

Comenzando, pues, por la disciplina y modestia que se debe guardar en la mesa, ésta nos enseña muy particularmente el Espíritu Santo en el Eclesiástico (31, 19) por estas palabras: Usa como hombre templado de las cosas que te ponen delante, por que no seas aborrecido de los hombres si te vieren comer desordenadamente. Y acaba primero que los otros, porque así lo pide la orden y disciplina de la templanza. Y si estás asentado en medio de otros muchos, no seas tú el primero que pongas mano en el plato ni pidas de beber primero. Por cierto muy convenientes reglas son éstas para la vida moral y dignas de aquel Señor que todas las cosas hizo con sumo orden y concierto; y así quiere también que nosotros las hagamos.

Pero más copiosamente trata esta materia Hugo de San Víctor, el cual, en el libro *De la disciplina de los monjes,* enseña la que debemos tener en el comer por estas palabras: En dos cosas, dice él, se ha de guardar la disciplina y modestia en el tiempo del comer; conviene a saber, en la comida y en el que la come. Porque el que come ha de procurar tener modestia en el callar, y en el mirar, y en la compostura del cuerpo, para que enfrene su lengua de toda parlería, y abstenga sus ojos de mirar a todas partes, y tenga todos los otros miembros y sentidos compuestos y quietos.

Porque algunos hay que, cuando se asientan a la mesa, descubren el apetito de la gula y la destemplanza de su

ánimo, y con una desasosegada inquietud de los miembros, menean la cabeza, arremangan los brazos, levantan las manos en alto, y como si hubiesen ellos solos de tragarse toda la mesa, así verás en ellos unos acometimientos y meneos que, no sin gran fealdad, están descubriendo la agonía y hambre del comer. Y estando asentados en un mismo lugar, con los ojos y con las manos lo andan todo; y así en un mismo tiempo piden el vino, parten el pan y revuelven los platos; y como el capitán que quiere combatir una fortaleza, así ellos están como dudando por qué parte acometerán este combate; porque por todas partes querrían entrar. Todas estas fealdades ha de evitar el que come en su propia persona. Mas en la comida conviene mirar lo que come y la manera del comer, como ya está declarado.

Cuándo has de tener más cuidado. Y aunque en todo tiempo sea necesario llegarse a la mesa con toda esta preparación, pero mucho más cuando hay hambre, y aun mucho más cuando la delicadeza y precio de los manjares despierta el apetito del comer; porque en este caso son mayores los incentivos de la gula, por la buena disposición del órgano del gusto y por la excelencia del objeto. Mire, pues, el hombre con atención en este tiempo no le haga creer la gula que tiene hambre para comer mesa y manteles; porque por esta causa dijo muy bien San Juan Clímaco que la gula era hipocresía del vientre, porque al principio de la comida finge que tiene más hambre de la que en hecho de verdad tiene, y así le parece que todo lo ha de tragar; lo cual de ahí a poco se ve que era engaño, pues con mucho menos queda el hombre satisfecho.

El vino y la castidad. Y si toda esta providencia se requiere en el comer, mucho mayor es necesaria para el beber cuando se bebe vino. Porque entre cuantas cosas hay contrarias a la castidad, una de las más contrarias es el vino, del cual tiembla esta virtud como de un capital enemigo; porque el Apóstol la tiene ya avisada, diciendo (Ef. 5, 18) que en el vino está la lujuria. El cual es tanto más peligroso cuanto más hierve la sangre en los años de la juventud.

Por lo cual dice San Jerónimo: El vino y la mocedad son dos incentivos de la lujuria. ¿Para qué echamos aceite en la llama? ¿Para qué ponemos leña en el fuego que arde? Porque como el vino es tan caliente, inflama todos los humores y miembros del cuerpo, y especialmente el

corazón, adonde él derechamente camina y donde está la silla y asiento de todas nuestras pasiones, y así a todas ellas inflama y fortifica; de manera que en este tiempo la alegría es mayor, y la ira, y el furor, y el amor, y la osadía, y el deleite, y así las otras pasiones.

Por do parece que siendo uno de los principales oficios de las virtudes morales domar y mitigar estas pasiones, el vino es de tal cualidad que hace el oficio contrario, pues con la vehemencia de su calor enciende lo que estas virtudes apagan, para que por aquí vea el hombre cuánto se debe guardar de él.

Efectos del exceso en el beber.

De aquí, pues, suelen proceder parlerías, risas demasiadas, porfías, peleas, clamores desentonados, descubrimientos de secretos y otros semejantes desórdenes, así por estar entonces más vehementes las pasiones como por estar la razón más oscurecida con los humos del vino. Con lo cual se junta la ocasión que el hombre tiene para desmandarse, viendo desmandarse los otros con quien come; y todas estas causas juntas vienen a parir y producir estos desórdenes.

Por donde dijo elegantemente un filósofo que tres racimos procedían de la vida: el primero era de necesidad, el segundo de deleite, el tercero de furor. Dando a entender que beber un poco de vino servía a la necesidad natural, pero exceder esto algún tanto, servía ya más al deleite que a la necesidad. Pero pasar desordenadamente esta regla servía al furor y a la locura. Por donde todos los pareceres que el hombre viere o tuviere en este tiempo, debe tener por sospechosos, porque sin duda, regularmente hablando, tiene parte en ellos no sólo la razón, sino también el vino, que es el peor de los consejeros.

Y no menos se debe guardar de hablar mucho o porfiar en la mesa o sobremesa, si quiere estar libre de todos estos peligros, porque muchas veces se comienza la porfía en paz y se acaba en guerra; y muchas veces descubre el hombre con el calor del vino lo que después quisiera mucho haber callado, pues, como dice Salomón, ningún secreto hay donde reina el vino.

Y aunque toda demasía en hablar sea reprensible en este tiempo, mucho más lo es cuando la habla es sobre cosas de comer alabando el vino, o la fruta, o el pescado que se come, o quejándose de ello, o tratando de diversidad de manjares de tales y de tales tierras o de peces de tales ríos; porque todas estas pláticas son señales de ánimo destemplado y de hombre que todo él entero quiere estar comiendo, no sólo con la boca, sino también con el cora-

zón, con el entendimiento, con la memoria y con las palabras.

Pero mucho más se debe guardar, cuando come, de estar comiendo las vidas ajenas, porque esto es cosa que entra más en hondo, pues, como dice San Crisóstomo, esto es ya no comer carne de animales, sino de hombres, que es contra toda humanidad. Por lo cual se escribe de San Agustín que, recelando este vicio, que tan familiar suele ser en algunas mesas, tenía él escritos en el lugar donde comía dos versos que decían: Quien huelga de roer con sus palabras la vida de los ausentes, sepa que esta mesa no se puso para él.

CAPITULO LXX

De los bienes espirituales para que aprovecha la templanza

Pues comenzando ahora por las excelencias de esta virtud, diré primero lo que tiene común con las otras virtudes y después lo que tiene de ventaja sobre ellas. Lo que tiene común es que ayunar y macerar la carne es obra meritoria de gracia y de gloria, como lo son todas las otras obras virtuosas si se hacen en caridad; porque ésta lo es también como todas ellas, porque es obra de la virtud de la templanza, y es también obra de obediencia cuando se hace por mandamiento de la Iglesia. De manera que por cada día de ayuno merecemos un cierto grado de gracia y una corona de gloria que corresponde a esa gracia, donde por la hambre temporal nos darán hartura eterna, y por el trabajo de un día. descanso que durará para siempre.

Esta es la primera excelencia que tiene el ayuno, común con las otras virtudes.

Tiene otra especial, que es ser obra satisfactoria, esto es, que con ella satisfacemos a Dios por las ofensas pasadas y descontamos las deudas de que cada día le pedimos perdón cuando decimos: *Dimitte nobis debita nostra*. Este efecto, aunque sea común a otras virtudes, más propiamente lo atribuyen los concilios y los santos doctores a tres, que son ayuno, limosna y oración; porque por estas tres obras señaladamente satisfacemos a Dios, por ser obras penosas a nuestra carne, y no hay medio más pro-

porcionado para satisfacer por el deleite de la culpa que el trabajo voluntario de la pena.

Para cuyo entendimiento es de saber que así como el que quebranta las leyes de la república está obligado a las penas de ella, así también el que quebranta las leyes de Dios está obligado a cierta manera de penas que tiene para esto tasadas y señaladas la divina justicia. Estas penas forzadamente se han de pagar en esta vida o en la otra, esto es, o en el infierno, o en el purgatorio, o en este mundo. En el infierno páganse con pena eterna; en el purgatorio no se pagan con pena eterna, mas páganse con una pena tan recia y tan intensa, que, como dice San Agustín, ninguna pena hay en este mundo que se pueda comparar con ella, aunque entren en esta cuenta todas las penas y tormentos de los mártires, que fueron los mayores del mundo, y aun los que padeció nuestro Salvador en la cruz, que fueron mucho mayores; porque ni los unos ni los otros llegan a hacer vida de las penas del purgatorio.

Pues de esta tan grande y temerosa pena nos redimen los ayunos y asperezas corporales, aunque sean sin comparación menores; porque como Dios en estas cosas no mira tanto a la grandeza del trabajo cuanto a la voluntad del saçrificio, porque lo que en este mundo se padece es voluntario y lo otro es necesario, de aquí es que una pena voluntaria de esta vida sin comparación vale más y satisface más que muchas necesarias de la otra.

Tiene otra cosa allende de ésta, que es ser amiga y compañera perpetua de la oración, como arriba tocamos, por donde la Escritura divina muchas veces junta en uno estas dos virtudes, como lo hace el profeta David cuando dice (Salm. 34, 13): Afligía yo mi ánima con ayunos y hacía oración en mi pecho.

Tiene más otra excelencia esta virtud, que es ser un medio convenientísimo para gozar de Dios y de las consolaciones espirituales, que es un grande medio para despreciar todas las sensuales. Porque como el oficio del Espíritu Santo sea consolar a los que por su amor están desconsolados, cuando Él ve un ánima dar de mano a todos los gustos y consolaciones de la carne, luego la provee de las consolaciones del espíritu. Porque como no pueda el alma vivir sin algún deleite, ya que por amor de Dios renuncia los deleites de la tierra, es razón que sea proveída de deleites del cielo.

Estímulo de la memoria de Cristo.

Tiene aún otra cosa más este linaje de asperezas, que nos son unos como estímulos y despertadores grandes de la memoria de Cristo, y nos hacen muchas

veces levantar el corazón a Él. Porque cuando nos fatiga la hambre, y nos da pena el manjar desabrido, y nos muerde la vestidura áspera, y nos quebranta la cama dura, y nos aflige cualquier otra manera de aspereza o penitencia, ¿qué ha de hacer el que voluntariamente tomó estos trabajos por amor de Cristo, sino levantar los ojos al mismo Cristo puesto en la cruz, hecho un retablo de trabajos, amarguras y dolores, y consolarse y animarse viendo lo que padece la inocencia por la malicia, la justicia por la culpa, la santidad por la maldad, Dios por el hombre?

Mas, por el contrario, la hartura y abundancia suelen traer consigo olvido de Dios, como claramente lo testificó el mismo Señor por el profeta Oseas (13, 6), diciendo: Hinchéronse de manjares, y después de hartos, ensoberbeciéronse y olvidáronse de mí. Porque así como el hambre y la necesidad hace al hombre llamar a Dios y acordarse de Él, según que el mismo Señor lo significó por su Profeta, diciendo (Is. 57, 10): Hallaste el remedio de tu vida en tus manos, y por esto no curaste de pedirlo. Porque no suele llamar a las puertas de nadie el que a nadie piensa que ha menester.

Tiene también otra excelencia esta virtud, que es ayudarnos grandemente a alcanzar la divina sabiduría y la virtud de la discreción, así como, por el contrario, el vicio de la gula destruye todo esto. Y así es común doctrina de los santos que uno de los pecados que más oscurecen y embotan el entendimiento y le hacen perder sus filos es el de la gula y glotonería.

Tiene aún más esta virtud otra excelencia, y es que ella, juntamente con su hermana la oración, ayudándose fielmente una a otra, penetran el cielo, y alcanzan la misericordia de Dios, y acaban con Él todo lo que quieren. Estas abren las arcas de los divinos tesoros, y para ellas están comúnmente los cielos abiertos; porque, según dice un santo, tienen tan trillado este camino, que ya son familiares a los porteros del paraíso, y así les dan siempre entrada libre todas las veces que la quieren. ¿Quién podrá explicar aquí las victorias, las revelaciones, las consolaciones, las virtudes y dones que se alcanzaron por ayuno y oración?

Estas y otras grandes maravillas dice San Basilio que obra el ayuno; porque, según él mismo dice en un sermón, el ayuno engendra los profetas, esfuerza los poderosos, enseña a los legisladores, es guarda del alma, imagen de los ángeles, arma de los fuertes, ejercicio de los guerreros, gobernador de la castidad, fortaleza en las batallas y guarnición en la paz.

El ayuno santifica los nazarenos, consagra los sacerdo-

tes, guarda los niños, hace sabios y graves a los mozos, adorna y compone los viejos; porque las canas, acompañadas con el ayuno, son dignas de mayor veneración.

El ayuno es ornamento de las mujeres, freno de los hombres, guarda del matrimonio, criador de la virginidad, acrecentamiento de los dones celestiales, madre de la salud, ayo de la juventud, provisión de los caminantes y compañía de los que moran en uno segura.

Todas estas virtudes se predican del ayuno, no porque él sólo por sí sea causa de estas grandezas, sino porque es concausa de ellas, esto es, grande ayudador por su parte para todas ellas. Antes ninguna cosa hay tan grande para que no sea grande ayuda esta virtud. Por donde el mismo Salvador y Señor nuestro, cuando quiso comenzar la predicación del Evangelio, se aparejó primero con ayuno y oración de cuarenta días (Mt. 4, 2), no porque Él tuviese necesidad de este aparejo, sino para enseñarnos que, regularmente hablando, apenas se alcanza alguna cosa grande ni se comienza prósperamente sino por este medio.

Nos hace semejantes a Cristo.

Bastaba lo dicho para estima y gloria de esta virtud; mas no paran aquí sus alabanzas, sino pasan adelante. Porque tomada esta virtud con todos sus anejos, que son todas las asperezas y maltratamiento de nuestro cuerpo, es una de las virtudes que nos hacen semejantes a Cristo, único ejemplo y dechado de toda perfección.

A la cual cruz nos convida el apóstol San Pedro, diciendo que, así como Cristo padeció en la carne, así nosotros nos armemos y aparejemos a padecer por Él; porque si fuéremos, como dice San Pablo (Rom. 8, 17), participantes de su pena, también lo seremos de su gloria. Esta es aquella singular gloria de los predestinados, los cuales el mismo Apóstol dice (Rom. 8, 29) que *ab aeterno* escogió Dios y predestinó para que fuesen conformes a la imagen de su Hijo, así en esta vida como en la otra: en ésta bebiendo del cáliz de sus dolores, y en la otra, del cáliz de sus deleites. Y como haya muchos medios para beber este cáliz, el más fácil y más ordinario y el que más a la mano se halla es este de la esperanza y maltratamiento de nuestra carne; porque para éste no es menester que haya fariseos, ni Diocleciaños, ni anticristos, ni otros perseguidores de la cruz; ni tampoco es necesario discurrir por el mundo, con el apóstol San Pablo, padeciendo trabajos, porque cada uno los podrá hallar de sus puertas adentro, procurando de ser para sí un Diocleciano, que es un verdugo y atormentador de su propio cuerpo.

CAPITULO LXXI

De los bienes corporales para que aprovecha la templanza

Para estas y para otras muchas cosas nos aprovecha grandemente la virtud del ayuno y el maltratamiento del cuerpo. Lo cual sólo debía bastar para que los verdaderos amadores de la virtud lo fuese de ésta, que tanto nos ayuda para todas las otras. Mas con todo esto hay algunos hombres tan de carne, que esta moneda de tanto valor no corre delante de ellos si no ven algo que sea de carne, esto es, de provecho corporal. Pues por esta parte tampoco nos desavendremos con ellos, porque para esto les daremos aquí también las manos llenas, y por ventura más que en ninguna otra virtud. Porque aunque todas las virtudes generalmente valgan para todo, así para los bienes del cuerpo como del alma, pero en esta virtud se halla mucho más esta ventaja que en otra alguna. Por cuya causa, aunque más no hubiera, se debía ella de buscar y preciar, como muchos gentiles, sin tener fe, por esta causa la preciaron. Y para que esto se vea más claro, presupongamos que entre los bienes corporales los principales son salud, vida, hacienda, honra y deleites y contentamientos del cuerpo.

Pues ¿qué será si probáremos ahora que para todo esto aprovecha grandemente esta virtud? ¿No bastará sola esta razón para que todos los hombres amadores de sí mismos lo sean también de una cosa que tanto hace a su propósito?

El ayuno conserva y alarga la vida. Pues comenzando por la vida, que es el mayor de todos los bienes corporales, dice: ¿qué cosa hay que más parte sea para conservar y alargar la vida del hombre que la virtud de la abstinencia? Junta cuantas medicinas y regimientos y virtudes de hierbas y piedras preciosas estén escritas, por una parte, y por otra, pon sola esta virtud, y todos los médicos te confesarán que más parte es sola ella para conservar la salud y alargar la vida que todas las medicinas del mundo juntas sin ella. Y no solamente los médicos, sino también la Escritura divina nos enseña esto mismo, diciendo (Ecl. 37, 32): No seas

glotón en tus convites y no te derrames sobre todos los manjares, porque en los muchos manjares habrá muchas enfermedades, y la demasía de ellos se convertirá en abundancia de malos humores. A muchos mató la demasía del comer y beber; mas el que fuere abstinente alargará la vida.

Esto nos dice la Escritura divina; y sin que la Escritura y la medicina nos lo dijeran, la misma experiencia de cada día nos lo dice, pues vemos cuán presto acaban la vida los hombres desarreglados y comedores y cuánto más viven los abstinentes y templados. Si no, ponte a mirar las vidas de aquellos santos monjes antiguos que vivían por los desiertos, donde hay tanta falta de mantenimientos curiosos y regalados, y hallarás que cuanto fueron mayores sus abstinencias, tanto fueron más largas sus vidas; para que veas con cuánta razón dijo el Sabio (Ecli. 32, 34): El que fuere abstinente alargará la vida. De Galeno, príncipe de los médicos, se escribe que fué de muy larga vida, porque llegó a ciento veinte años, y la causa dicen que fué porque nunca se levantó de la mesa harto.

Mas ¿para qué es menester alegar para eso ejemplos pasados, pues bastan los cuotidianos y presentes? En el reino de Granada vemos por experiencia cuánto es más larga la vida de los cristianos nuevos que la de los viejos, y no es otra la causa sino el poco comer de los unos y el mucho de los otros; porque gozando de unos mismos aires y estando debajo de un mismo clima y en una misma tierra, no se puede señalar otra causa sino la ventaja que nos hacen en la templanza. Porque muchos de ellos, contentos con agua fría y con manjares viles y de fácil digestión, ni fatigan la naturaleza con demasiada carga, ni ahogan el calor natural con mucha leña, ni dan materia para que se críen dañosos humores con demasiados manjares, y con esto viven sanos y muchos años.

Favorece la salud. Y no sólo para la vida, mas también para la salud, compañera de la vida, ayuda mucho la abstinencia. Lo cual testifica aquel famosísimo entre los médicos, Hipócrates, diciendo que el más excelente medio de todos cuantos hay para conservar la salud es no henchirse de manjares y ser diligente para el trabajo y ejercicio corporal.

Y para mayor confirmación de lo dicho no dejaré de referir aquí una historia verdadera que al tiempo que esto escribía llegó a mi noticia. En cierta parte de Italia había un hombre tan gotoso de pies y de manos, que del todo estaba tullido e inhábil para servirse de sus miembros, ni había medicina ni remedio que bastase ni para darle salud ni para aliviar los dolores intensísimos que padecía.

Acaeció, pues, que teniendo éste un poderoso enemigo en aquella tierra, que andaba siempre con espías sobre él, finalmente vino a caer en sus manos. Y deseando darle muerte a la larga, mandólo encerrar en una torre, y darle allí a comer cada día por un cierto agujero un pequeño pedazo de pan con un vaso de agua, la cual ración bastó para sustentarle por espacio de cuatro años, los cuales acabados, las cosas de aquella tierra rodaron de tal manera que él salió de aquella prisión, mas muy diferente de como entró en ella, porque salió de todos sus males libre y sano como una manzana y ligero y suelto de todos sus miembros, y vivió, y vive hoy en día rogando a Dios todos los días por quien le puso en aquella prisión; porque pretendiendo darle la muerte prolija, le libró de otra más prolija en que él vivía y le dió salud y alegre vida.

Bien se podía esto contar por milagro de la virtud de la abstinencia, que muchas veces hace semejantes milagros, dando ella sola salud a quien todas las otras industrias y medicinas del mundo no pudieron darla; para que por este ejemplo vea el cristiano lector cuánta parte sea esta virtud para conservar la salud y la vida.

Ampara la honra. Mas salgamos ya de la salud y la vida y entremos en la honra, que muchos estiman más que la vida.

Pues para esto, ¿quién no ve cuán honrada cosa es ser un hombre templado y medido en comer y beber y cuán deshonrada y vil ser glotón y gargantón y que nunca trata sino de comer y beber? ¿Qué cosa hace un hombre más bestial y más semejante a los más brutos de los animales, cuales son los lobos, y puercos, y osos, que ser comilón y tragón como ellos? Pues ya, si es destemplado en beber, ¿qué cosa hay más amenguada, más infame y más contraria a la honra del hombre? Y dado caso que no llegue el negocio a perder el uso de la razón, mas el que es muy amigo del vino y toma demasiado gusto en él, algunas veces al sabor del gusto, o llegará a este extremo o cerca de él, que es poco menos mal, pues dice el filósofo: Lo que poco dista de un extremo, nada parece que dista de él.

Y no sin causa son tan menguados y deshonrados los hombres tocados de estos vicios, porque ¿qué cosa grande se puede esperar de quien tiene puesta su felicidad en cosa tan baja? Porque como para emprender y tratar cosas grandes sea muchas veces necesario padecer grandes trabajos, antes ninguna cosa grande, ni en letras, ni en armas, ni en negocios públicos, se hace sin ellos; como éstos están tan cautivos y habituados a esta manera de vicio que no

se hallan ni pueden vivir sin él, de aquí nace que ni se atreven a emprender cosas grandes, ni ya que las emprendan pueden durar en ellas, porque luego tira por ellos el regalo y la golosina del vicio, de quien la costumbre larga los tiene hechos esclavos.

Por la cual causa dijo Suetonio Tranquilo que ningún hombre era menos para ser temido que el que todo su pensamiento tenía puesto en comer y beber. Lo cual entendía muy bien aquel gran emperador Julio César, como quien se había visto y ejercitado en grandes trabajos; porque diciéndole unos amigos suyos que se guardase de ciertos hombres muy ricos y principales de Roma, respondió que no temía este linaje de hombres colorados y gordos y bien tratados, sino a otros que había entonces amarillos y flacos, que eran Bruto y Casio. Y no se engañó en esta sospecha, porque al fin éstos le quitaron la vida. Lo cual todo nos declara cuánto sea el valor de los hombres templados y cuán viles y para poco los comedores y bebedores.

Conserva el patrimonio. Pues añado más a esto: que siendo cosa común lo que suelen decir, que honra y provecho no caben en un mismo sujeto, porque la honra es gastadora y el provecho guardador; mas con todo esto, ambas cosas de tal manera se juntan en esta virtud, que apenas se podrá determinar para cuál de ellas sirve más, si para la honra, si para el provecho.

Porque ¿en qué género de cosas gastan más los hombres sus patrimonios y haciendas y dejan empeñados sus hijos y sus estados que en largas mesas y banquetes? Porque los gastos en otras materias, demás de redundar en provecho de otros hombres, porque no paran como éstos en el muladar, acontecen menos veces. Mas éstos, como son tan ordinarios y cuotidianos, no hay renta ni patrimonio que baste para la sustentación de ellos. Porque si una sola gota de agua que cae a menudo basta para cavar una peña, ¿qué hará un caño real, quiero decir, un gasto tan largo y tan cuotidiano como es el de los que se precian de ricas y espléndidas mesas?

Conserva el gusto y la alegría corporal. Resta ver ahora si como esta virtud ayuda para todas estas cosas, ayuda también para el gusto y alegría corporal. ¿Quién podrá creer esto de la abstinencia? Bien sé que no lo creerán los que superficialmente miran las cosas, mas los que prudentemente las consideraren verán claro que no menos ayuda para esto que para todo lo otro.

Para lo cual presupongo que el gusto y deleite del comer no nace de la cualidad y muchedumbre de los manjares, porque ésta antes empalaga y causa hastío que gusto, por donde solemos decir que el buey harto no es comedor. Porque la misma naturaleza que, procurando la salud del individuo, puso deleite en la comida necesaria, esa misma, por la misma causa, puso hastío en la superflua, pues no es menos dañoso a la salud tomar lo superfluo que quitar lo necesario.

Ni tampoco procede este deleite de la cualidad sola de los manjares, por muy preciosos que sean, pues vemos cuán desabridos parecen éstos a los dolientes, por tener el paladar estragado con malos humores.

Es luego la principal causa de este deleite la buena disposición de esta potencia. Porque así como la agudeza de la vista principalmente procede de la buena disposición del órgano del ver, que son los ojos, y lo mismo decimos del oír y del oler y de los otros sentidos corporales, así también el sabor y gusto de los manjares principalmente procede de la buena disposición del paladar, que es el órgano del gustar, como se escribe en el libro de Job (12, 10) por estas palabras: Los oídos juzgan el sonido de las palabras, mas la garganta, el sabor de los manjares. De donde se sigue que cuanto este órgano estuviere más bien dispuesto y purificado, como lo está en los sanos y en los que tienen ganas de comer, tanto el gusto del que come será mayor.

Por lo cual dijo Salomón (Prov. 27, 7): El hombre harto no gustará del panal de miel; mas el que tiene hambre, lo amargo tendrá por dulce. Así acaeció a aquel grande rey Darío, de quien se escribe que, yendo una vez huyendo de una batalla muy fatigado de sed, y ofreciéndole un pobre labrador en un capacete un poco de agua turbia y mala, después que la bebió, dijo que en toda su vida había bebido cosa mejor.

Lo cual vemos por experiencia, porque con mucho mayor gusto come un trabajador un pedazo de pan que un rico harto de perdices y gallinas.

Pues siendo esto así, como el hombre glotón y comedor no espere por la hambre para comer, porque come más por vicio que por necesidad, y coma siempre sin regla hasta más no poder, ¿qué gusto puede tener comiendo de esta manera? Mas, por el contrario, como el templado y abstinente no come por vicio, sino por necesidad, cuanto come con mayor necesidad, tanto come con mayor deleite, pues dijimos que éste más procedía de la buena disposición del órgano que del precio de los manjares.

Pues ya que si tomas al uno y al otro después de haber

comido, ahí hallarás otra mayor ventaja. Porque el glotón queda empalagado, ahito, relleno, entesado, trasudando y regoldando con la muchedumbre de los manjares, arrepintiéndose de lo que ha comido y proponiendo de nunca más comer así, y sobre todo, lo que peor es, queda también inútil y pesado como un tronco para todas las obras de entendimiento y discreción; mas el otro, por el contrario, queda alegre, ligero y hábil y señor de sí para todo lo que quisiera hacer.

La templanza en los magnates y gobernantes.

Contra todas estas cosas podrá haber alguno que diga: Todo eso es verdad; mas esa virtud, ya que perteneza a personas religiosas y privadas, no parece que conviene a personas públicas que gobiernan el mundo, a las cuales es necesario tener mesas ricas y espléndidas para conservar su autoridad.

Esto podrá muy bien decir la filosofía loca del mundo y el juicio y prudencia humana; mas otra cosa nos enseña no solamente la verdad evangélica, mas aun la de todas las historias profanas. Lee los prólogos de Tito Livio y de Salustio, nobilísimos y verdaderos historiadores, y ahí hallarás cómo aquella famosísima república de Roma entonces floreció y creció y sojuzgó el mundo, cuando en ella florecía la abstinencia, la disciplina y la templanza en todas las cosas. Entonces, cuando los Fabricios y Curios se mantenían con las legumbres que sembraban y dejando el arado tomaban las armas, triunfaron de todas las gentes.

Mas después que se corrompió esta disciplina, después que a la abstinencia sucedió la gula, y a la templanza la embriaguez, y a la aspereza y rigor los deleites y las blanduras de la carne, luego los hombres, afeminados con las delicias, y corrompidos con la codicia, y estragados con el ocio que se siguió de la paz, poco a poco vinieron a perder lo que habían ganado. De manera que lo que la templanza alcanzó con tanta gloria, perdió la destemplanza con grande ignominia. Y a los que no pudieron vencer todas las naciones del mundo, vencieron las delicias y regalos del cuerpo, las cuales, como elegantemente dijo un poeta, tomaron venganza del mundo vencido.

Y no sólo esta república tan famosa, mas todas cuantas repúblicas y órdenes y religiones insignes hasta hoy se han perdido o decaído de su antigua perfección, por aquí comenzaron a decaer, como todas las historias nos enseñan.

Mas ¿qué digo de estas congregaciones particulares, pues dice San Jerónimo que por la misma Iglesia fundada con la sangre de Cristo corrió esta misma fortuna que por todas las otras repúblicas?

Y si, entre otras muchas, quieres saber la principal causa de esto, dime : ¿Qué virtud hay más propia y más necesaria para los que gobiernan que la prudencia y sabiduría y qué cosa más contraria a esta virtud que la destemplanza y la gula?

Porque, como dice el mismo Salomón (Prov. 20, 1), lujuriosa cosa es el vino y desasosegada la embriaguez; quien en estas cosas se deleita no será sabio. Porque esta piedra preciosa de la sabiduría no se halla, como dice el santo Job, en la tierra de los que suavemente viven, sino en la de los que se afligen y trabajan por ella. Por donde así como el oro y la plata no se hallan en tierras viciosas y cultivadas, sino en las sierras y montañas y tierras ásperas, así el oro fino de la verdadera sabiduría no se halla en el pecho de los hombres viciosos y regalados, sino en el de los templados y abstinentes.

Pues si la sabiduría y prudencia, como dice Aristóteles, es virtud de príncipes y gobernadores, y ella es la que lleva en sus manos las riendas y el gobierno del mundo, y de esta virtud están tan lejos los que son dados al vicio del vientre, que tan propio es de los brutos, ¿qué cosa podrá ser más contraria a esta dignidad que este vicio?

¿Ves, pues, luego cuánto aprovecha para todo género de bienes, así públicos como particulares, la virtud de la templanza?

CAPITULO LXIIII

De la gula y sus remedios

Gula es apetito desordenado de comer y beber. Las hijas naturales de este vicio son : alegría sin propósito, parlería, truhanería, inmundicia, rudeza de los sentidos y del entendimiento.

De este vicio nos aparta Cristo diciendo (Lc. 21, 34): Mirad no se hagan pesados vuestros corazones con el demasiado comer y beber y con los cuidados de este mundo. Y en otra parte amonesta la Escritura, diciendo (Ecl. 37, 34): Muchos murieron por el demasiado comer y beber; mas el que es abstinente vivirá larga vida.

Remedios contra la gula. Pon también los ojos en aquella singular abstinencia de Cristo nuestro Salvador, el cual no sólo después del ayuno del desierto, mas también otras muchas

veces, trató muy ásperamente su carne santísima y padeció hambre, no sólo para nuestro remedio, sino también para nuestro ejemplo. Pues si aquel que con su vista mantiene los ángeles y da de comer a las aves del aire padeció hambre por ti, ¿cuánta razón será que tú también por ti la padezcas? ¿Con qué título te precias de siervo de Cristo, si sufriendo Él hambre, tú gastas la vida en comer y beber, y padeciendo Él trabajos por tu salvación, tú no los quieres padecer por la tuya? Y si te es pesada la cruz de la abstinencia, pon los ojos en la hiel y vinagre que el Señor probó en la cruz; porque, como dice San Bernardo, no hay manjar tan desabrido que no se haga sabroso si fuere templado con la hiel y vinagre de Cristo.

Considera también la abstinencia de todos aquellos santos Padres del yermo, los cuales, apartándose a los desiertos, crucificaron con Cristo su carne con todos sus apetitos, y pudieron con el favor de este Señor sustentarse muchos años con raíces de hierbas y hacer tan grandes abstinencias, que parecen a los hombres increíbles. Pues si éstos así imitaron a Cristo y por este camino fueron al cielo, ¿cómo quieres tú ir donde ellos fueron, caminando por deleites y regalos?

Mira también cuántos pobres hay en el mundo que tendrían por gran felicidad hartarse de pan y agua, y por aquí entenderás cuán liberal fué contigo el Señor, que por ventura te proveyó más largamente que a ellos; por lo cual no es razón que la liberalidad de su gracia conviertas en instrumento de tu gula.

Brevedad del deleite y eternidad de la pena.

Mira también que el deleite de la gula apenas se extiende por dos dedos de espacio y por dos puntos de tiempo y que es muy fuera de razón que a tan pequeña parte del hombre y a tan breve deleite no basten la tierra, la mar y el aire. Por esta causa, muchas veces se roban los pobres, por esto se hacen los insultos: para que el hambre de los pequeños se convierta en deleite de los poderosos.

Miserable cosa es, por cierto, que el deleite de una tan pequeña parte del hombre eche todo el hombre en el infierno y que todos los miembros y sentidos del cuerpo padezcan perpetuamente por la golosina de uno.

¿No miras cuán ciegamente yerras, pues al cuerpo que de aquí a muy poco han de comer los gusanos crías con manjares delicados, y dejas de curar el ánima, que será luego presentada ante el tribunal de Dios, y si se hallare hambienta de virtudes, con cuanto el vientre esté lleno de preciosos manjares, será condenada a los tormentos eter-

nos? Y siendo ella castigada, no quedará el cuerpo sin castigo, porque así como para ella fué criado, así juntamente con ella será castigado. Así que, despreciando lo que en ti es más principal y regalando lo que es de menos estima, pierdes lo uno y lo otro y con tu misma espada te degüellas; porque la carne que te fué dada por ayudadora haces que sea lazo de tu vida, la cual te acompañará en los tormentos, como aquí te siguió en los vicios.

Prudencia. Mas para que no te enredes en este vicio debes primeramente considerar que muchas veces, cuando la necesidad busca la realización de sí misma, el deleite que debajo de este manto está escondido pretende cumplir su deseo, y tanto más fácilmente engaña cuanto con olor de más honesta necesidad cubre su apetito. Por esto es necesaria gran cautela y prudencia para refrenar el apetito del deleite y poner la sensualidad debajo del imperio de la razón. Pues si quieres que tu carne sirva y se sujete al alma, haz que tu ánima se sujete a Dios, porque necesario es que el ánima sea regida por Dios para que pueda regir su carne, y por este orden somos maravillosamente reformados, conviene a saber, que Dios enseñoree la razón, y la razón al alma, y el alma al cuerpo, porque así queda todo el hombre reformado. Pero el cuerpo resiste al imperio del alma si ella no se se somete al imperio de la razón y si la razón no se conforma con la voluntad de Dios.

No tomes más ayunos de los que puedes sufrir. Tus ayunos sean puros, castos, sencillos, templados y no supersticiosos. Huye del vino como de la ponzoña, por que el vientre lleno de vino, en que está la lujuria, no te provoque y traiga a obras deshonestas. Por esto el ardor del vino témplalo con agua. Conténtate con viandas vulgares y que fácilmente se guisen. Porque el mozo cuyo estómago lleva cualquier vianda, ¿para qué quiere pasteles, perdices, capones, pepitorias, empanadas de jabalí y otros platos de muchas formas de que tienen mayor necesidad los cuerpos de los viejos y débiles? Porque si de mozo usas de tales mimos, ¿con qué recrearás la vejez cuando tuvieres el estómago estragado y el apetito perdido?

Cuando fueres tentado de la gula, imagina que ya gozaste de ese breve deleite y que pasó ya aquella hora, pues el deleite del gusto es como el sueño de la noche pasada, sino que este deleite, acabado, deja triste la conciencia; mas vencido, déjala contenta y alegre. Conforme a esto, con mucha razón es celebrada aquella noble sentencia de un sabio que dice: Si hicieres alguna obra virtuosa con trabajo, el trabajo pasa y la virtud persevera; mas si hi-

cieres alguna cosa torpe con deleite, el deleite pasa y la torpeza permanece.

CAPITULO LXXIII

De la modestia corporal y de la guarda de los sentidos y de la lengua

Pues para reformación del cuerpo sirve primeramente la composición y disciplina del hombre exterior, guardando aquello que dice San Agustín en su regla, que en el andar, y en el estar, y en el vestido, ninguna cosa se haga que escandalice y ofenda a los ojos de nadie, sino lo que convenga a la santidad de nuestra profesión. Y por esto procura el siervo de Dios tratar con los hombres con tanta gravedad, humildad, suavidad y mansedumbre, que todos cuantos con él trataron queden siempre edificados y aprovechados con su ejemplo.

Da buen ejemplo. El Apóstol quiere que seamos una especie aromática (II Cor. 2, 15), la cual comunica luego su olor a quienquiera que la toca, y así quedan oliendo las manos como a ella, porque tales han de ser las palabras, las obras, la composición y conversación de los siervos de Dios, que todos cuantos trataren con ellos queden edificados y como santificados con su ejemplo y conversación. Y éste es uno de los principales frutos que se siguen de esta modestia y composición, que es una manera de predicar callada, donde no con estruendo de palabras, sino con ejemplo de virtudes, convidamos a los hombres a glorificar a Dios y a amar la virtud, según que nos encomienda el Salvador cuando dice (Mt. 5, 16): Así resplandezca vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos. Conforme a lo cual dice Isaías (61, 3) que el siervo de Dios ha de ser como un árbol o una planta hermosísima que Dios plantó, para que quienquiera que la viere glorifique a Dios por ella.

Mas no se entienda que por esto debe hacer el hombre sus buenas obras para que sean vistas; antes, como dice San Gregorio, de tal manera se ha de hacer la buena obra en público, que la intención esté en secreto, para que con la buena obra demos a los prójimos ejemplo y con la in-

tención de agradar a sólo Dios siempre deseemos el secreto.

Guarda el recogimiento interior. El segundo fruto que se sigue de esta composición del hombre exterior es la guarda del interior y la conservación de la devoción. Porque es tan grande la unión y liga que hay entre estos dos hombres, que lo que hay en el uno luego se comunica al otro, y al revés; por donde si el espíritu está compuesto, luego naturalmente se compone el mismo cuerpo, y, por el contrario, si el cuerpo anda inquieto y descompuesto, luego no sé cómo el espíritu también se descompone e inquieta. De suerte que cualquier de los dos es como un espejo del otro; porque así como todo lo que vos hacéis hace el espejo que tenéis delante, así todo lo que pasa en cualquiera de estos dos hombres luego se representa en el otro.

Por donde la composición y modestia de fuera ayuda mucho a la de dentro, y gran maravilla sería hallarse espíritu recogido en cuerpo inquieto y desasosegado. Y por esto dijo el Eclesiástico que el que tenía los pies ligeros caería; dando a entender que los que carecen de aquella gravedad y reposo que pide la disciplina cristiana, muchas veces han de tropezar y caer en muchos defectos, como suelen caer los que traen los pies muy ligeros cuando andan.

Conserva la autoridad. La tercera cosa para que sirve esta virtud es para conservar el hombre con ella la autoridad y gravedad que pertenece a su persona y oficio, si es persona constituída en dignidad, como la conservaba el santo Job (29, 24), el cual en una parte dice que la luz y resplandor de su rostro nunca por diversas ocasiones y acontecimientos caía en tierra, y en otra dice (Job, 29, 8) que era tanta su autoridad, que cuando le veían los mozos se escondían, y los viejos se levantaban a él, y los príncipes dejaban de hablar y ponían el dedo en su boca, por el acatamiento grande que le tenían. La cual autoridad, por que estuviese muy lejos de toda repunta de soberbia, acompañaba el santo varón con tanta suavidad y mansedumbre, que dice él mismo de sí que estando asentado en su silla como un rey acompañado de su ejército, por otra parte era abrigo y consuelo de todos los miserables.

Donde notarás que la falta de esta mesura y composición no es tanto reprendida de los sabios por grande culpa cuanto por nota de liviandad, porque la desenvoltura demasiada del hombre exterior es argumento del poco lastre y asiento del interior, como ya dijimos. Por lo cual,

dice el Eclesiástico que la vestidura del hombre y la manera del reír y del andar dan testimonio de él. Lo cual confirma Salomón en sus Proverbios (27, 19), diciendo: Así como el agua clara se parece el rostro del que la mira, así los sabios conocen los corazones de los hombres por la muestra de las obras exteriores que ven en ellos.

Estos son los provechos que trae consigo esta composición susodicha, que son muy grandes. Por lo cual no me parece bien la demasiada desenvoltura de algunos que, con achaque de que no digan que son hipócritas, ríen y parlan y se sueltan a muchas cosas, con las cuales pierden todos estos provechos. Porque así como dice muy bien San Juan Clímaco que no ha de dejar el monje la abstinencia por temor de la vanagloria, así tampoco es razón carecer del fruto de esta virtud por respetos del mundo; porque así como no conviene vencer un vicio con otro, así tampoco desistir de una virtud por ningún respeto del mundo.

De la guarda de los sentidos. Castigado y concertado el cuerpo en la forma susodicha, resta luego reformar también los sentidos del cuerpo, en los cuales debe el siervo de Dios poner gran recaudo, y señaladamente en los ojos, que son como unas puertas donde se desembarcan todas las vanidades que entran en nuestra alma y muchas veces suelen ser ventanas de perdición por donde nos entra la muerte.

Y especialmente las personas dadas a la oración tienen particular necesidad de poner mayor recaudo en este sentido, no sólo por la guarda de la castidad, sino también por el recogimiento del corazón; porque de otra manera, las imágenes de las cosas que por estas puertas se nos entran dejan el ánima pintada de tantas figuras, que cuando se pone a orar o meditar la molestan e inquietan y hacen que no pueda pensar sino en aquello que tiene delante.

Por donde las personas espirituales procuran traer la vista tan recogida, que no solamente no quieren poner los ojos en las cosas que les pueden empecer, mas aun se guardan de mirar la hermosura de los edificios y las imágenes de las ricas tapicerías y cosas semejantes, para tener más desnuda y limpia la imaginación al tiempo que han de tratar con Dios, porque tal es y tan delicado este ejercicio, que no sólo se impide con los pecados, sino también con las representaciones de las imágenes y figuras de las cosas, puesto caso que no sean malas.

En los oídos conviene poner el mismo cobro que en los ojos, porque por estas puertas entran muchas cosas en

nuestra alma que la inquietan, distraen y ensucian. Y no sólo nos debemos guardar de oír palabras perjudiciales, como ya dijimos, sino también nuevas de cosas que pasan por el mundo que no nos tocan; porque los que de estas cosas no se guardan, después lo vienen a pagar al tiempo del recogimiento, donde se les ponen delante las imágenes de las cosas que oyeron, las cuales de tal manera ocupan sus corazones, que no les dejan puramente pensar en Dios.

Del sentido del olor no hay qué decir, porque traer olores o ser amigo de ellos, demás de ser una cosa muy lasciva y sensual, es cosa infame y no de hombres, sino de mujeres, y aun no de buenas mujeres.

Del gusto había más que decir, pero de esto ya se trató.

De la guarda de la lengua.

De la lengua hay mucho que decir, pues dijo el Sabio (Proverbios 18, 21): La muerte y la vida están en manos de la lengua. En las cuales palabras dió a entender que todo el bien y mal del hombre consistía en la buena o mala guarda de este órgano. Y no menos encareció este negocio el apóstol Santiago (3, 4), cuando dijo que así como los navíos se rigen con un pequeño gobernalle y los caballos poderosos con un pequeño freno, así, quienquiera que trajere muy gobernada su lengua, será poderoso para enfrenar y poner en orden todo lo demás de la vida. Pues para el buen gobierno de esta parte conviene que todas las veces que habláremos tengamos atención a cuatro cosas, conviene a saber: a lo que se dice y a la manera en que se dice, al tiempo en que se dice y al fin con que se dice.

Y, primeramente, en lo que se dice, que es la materia de que hablamos, conviene guardar aquello que el Apóstol aconseja, diciendo (Ef. 4, 29): Toda palabra mala no salga por vuestra boca, sino la que fuere buena y provechosa para edificar los oyentes. Y en otro lugar, especificando más las palabras malas, dice (Ef. 5, 3): Palabras torpes y locas y chocarrerías o truhanerías que no convienen para la gravedad de nuestro instituto, no se nombren entre vosotros.

Por donde así como dicen que los sabios marineros tienen marcados en la carta de marear todos los bajos en que las naos podrían peligrar, para guardarse de ellos, así el siervo de Dios debe también tener señaladas todas estas especies de palabras malas, de que siempre se debe guardar para no peligrar en ellas. Y no menos debes ser fiel en el secreto que te encomendaron y tener por otra roca no menos peligrosa que las pasadas descubrir el negocio que de ti se confió.

En el modo de hablar conviene mirar que no hablemos con demasiada blandura, ni con demasiada desenvoltura, ni apresuradamente, ni curiosa y pulidamente, sino con gravedad, con reposo, con mansedumbre, con llaneza y simplicidad.

A este modo pertenece también no ser el hombre porfiado, y cabezudo, y amigo de salir con la suya; porque muchas veces por aquí se pierde la paz de la conciencia y aun la caridad, la paciencia y los amigos. De largos y generosos corazones es dejarse vencer en semejantes contiendas, y de prudentes y discretos varones cumplir aquello que nos aconseja el Sabio, diciendo (Ecli. 32, 12): En muchas cosas conviene que te hayas como hombre que no sabe, y oye callando y preguntando a los que saben.

Lo tercero, conviene mirar, demás del modo, que digamos también las cosas en su tiempo: porque, como dice el Sabio, de la boca del loco no es bien recibida la palabra sentenciosa, porque no la dice en su tiempo.

Lo último, después de todo esto, conviene mirar el fin y la intención que tenemos cuando hablamos, porque unos hablan cosas buenas por parecer discretos, otros por venderse por agudos y bien hablados, de lo cual lo uno es hipocresía y fingimiento y lo otro vanidad y locura. Y por esto conviene mirar que no sólo sean las palabras buenas, sino también el fin sea bueno, pretendiendo siempre con purísima intención la gloria de sólo Dios y el provecho de nuestros prójimos.

También conviene, después de todo esto, mirar para quién habla, porque hablar mozos donde están viejos, y simples donde están sabios, y seglares en presencia de sacerdotes y religiosos, y, finalmente, dondequiera que no se recibirá bien lo que se dice o parecerá presunción decirse, es muy loable y necesaria cosa callar.

Todos estos puntos y acentos ha de mirar el que habla para que no yerre. Y porque no es de todos mirar estas circunstancias, por eso es gran remedio acogerse al puerto del silencio, donde con sólo cuidado y atención de callar cumple el hombre con todas estas observaciones y obligaciones. Por lo cual dijo el Sabio (Prov. 17, 28) que aun el loco, si callase, sería tenido por sabio, y si cerrase sus labios, a muchos parecería discreto.

CAPITULO LXXIV

Del dominio de las pasiones y de la imaginación

Concertado de esta manera el cuerpo con todos sus sentidos, quédanos ahora la mayor parte de este negocio, que es el concierto del alma con todas sus potencias. Donde primeramente se nos ofrece el apetito sensitivo, que comprende todos los afectos y movimientos naturales, como son amor, odio, alegría, tristeza, deseo, temor, esperanza, ira y otros semejantes afectos.

Este apetito es la más baja parte de nuestra alma y, por consiguiente, la que más nos hace semejantes a las bestias, las cuales, en todo y por todo se rigen por estos apetitos y afectos. Esta es la que más nos envilece y abate a la tierra y más nos aparta de las cosas del cielo. Esta es la fuente y el venero de todos cuantos males hay en el mundo y la que es causa de nuestra perdición, porque, como dice San Bernardo, cese la propia voluntad, que son los deseos de este apetito, y no habrá para quién sea el infierno.

Aquí principalmente está todo el almacén y toda la munición del pecado, porque de aquí toma fuerzas y armas y aquí toma todos sus filos y aceros para herirnos más agudamente. Esta es otra nueva Eva, que es la parte más flaca y más mal inclinada de nuestra alma, por la cual aquella antigua serpiente acomete a nuestro Adán, que es la parte superior de ella, donde está el entendimiento y la voluntad para que quiera poner los ojos en el árbol vedado. Esta es donde más se descubren y señalan las fuerzas del pecado original y donde más poderosamente empleó toda la fuerza de su ponzoña.

Aquí son las batallas, aquí las caídas, aquí las victorias, aquí las coronas; quiero decir que aquí son las caídas de los flacos, aquí las victorias de los esforzados, y aquí las coronas de los vencedores, y aquí, finalmente, toda la milicia y ejercicio de la virtud; porque en domar estas fieras y en frenar estas bestias bravas consiste una muy gran parte del ejercicio de las virtudes morales.

Esta es la viña que habemos siempre de cavar, ésta la huerta que habemos de escardar, éstas las malas plantas

que habemos de arrancar para plantar en su lugar las de las virtudes.

Escarda tu huerta. Pues, según esto, el principal ejercicio del siervo de Dios es andar siempre por esta huerta con escardillo en la mano entresacando las malas hierbas de las buenas, o por otra comparación, estar siempre, como el gobernador de un carro, sobre estas pasiones, para reprimirlas y regirlas, y enderezarlas unas veces aflojando las riendas, otras recogiéndolas para que no vayan al paso que ellas quisieran, sino al que quiere la ley de la razón.

Este es el ejercicio principal de los hijos de Dios, los cuales no se rigen ya por afectos de carne ni sangre, sino por espíritu de Dios. En esto se diferencian los hombres carnales de los espirituales: que los unos, a manera de bestias brutas, se mueven por estos afectos, y los otros, por espíritu de Dios y por razón. Esta es aquella mortificación y aquella mirra tan alabada en las Escrituras sagradas. Esta es la muerte y la sepultura a que tantas veces nos convida el Apóstol. Esta es la cruz y el negamiento de sí mismo que nos predica el Evangelio. Esto, el hacer juicio y justicia que tantas veces nos repiten los salmos y profetas. Y por esto aquí principalmente conviene emplear todos nuestros trabajos, nuestras fuerzas, nuestras oraciones y ejercicios.

Estudia tus inclinaciones. Y particularmente conviene que cada uno tenga muy bien entendida su natural condición y sus inclinaciones, y allí tenga siempre mayor recaudo donde sintiere mayor peligro. Y aunque hayamos de tener siempre guerra con todos nuestros apetitos, pero especialmente la conviene tener con los deseos de honra, de deleite y de bienes temporales, porque éstas son las tres principales fuentes y raíces de todos los males.

Miremos también no seamos apetitosos, esto es, muy amigos de que se haga nuestra voluntad y se cumplan todos nuestros apetitos, que es un vicio muy aparejado para grandes desasosiegos y caídas, muy familiar a grandes señores y a todas las personas criadas y habituadas en hacer su voluntad. Para lo cual muchas veces aprovechará ejercitarnos en cosas contrarias a nuestros apetitos y negar nuestra propia voluntad, aun en las cosas lícitas, para que así estemos más diestros y fáciles para negarla en las ilícitas. Porque no menos se requieren estos ensayos y ejercicios para ser diestros en las armas espirituales que en las carnales, sino tanto más cuanto es mayor victoria vencer a sí y vencer demonios que vencer todo lo demás. De-

bemos también ejercitarnos en oficios humildes y bajos, sin tener cuenta con el decir de las gentes, pues tan poco es lo que el mundo puede dar ni quitar al que tiene a Dios por su tesoro y heredad.

Los vicios de la imaginación. La imaginación es una de las potencias de nuestra alma que más desmandadas quedaron por el pecado y menos sujetas a la razón. De donde nace que muchas veces se nos va de casa, como esclavo fugitivo sin licencia, y primero ha dado una vuelta al mundo que echemos de ver adónde está.

Es también una potencia muy apetitosa y muy codiciosa de pensar todo cuanto se le pone delante, a la manera de los perros golosos, que todo lo andan probando y trastornando y en todo quieren meter el hocico, y aunque a veces los azoten y echen a palos, siempre se vuelven al regosto.

Es también una potencia muy libre y muy cerrera, como una bestia salvaje que anda de otero en otero sin querer sueltas, ni cabestros, ni dueño que la gobierne.

Y además de tener ella de suyo estas malas mañas, hay algunos que acrecientan su malicia con negligencia, tratándola como a un hijo regalado, al cual dejan discurrir por todas cuantas cosas quiere sin contradicción, de donde nace que después, cuando la quieren quietar en la consideración de las cosas divinas, no les obedece por el mal hábito que tiene cobrado.

Necesidad de dominarla. Por lo cual conviene que, entendidas las malas mañas de esta bestia, le acortemos los pasos y la atemos a un pesebre, que es a la consideración sola de las cosas buenas o necesarias, poniéndole perpetuo silencio en lo demás. De suerte que así como atamos arriba la lengua para que no hablase sino palabras buenas o necesarias, así también atemos la imaginación a buenos y santos pensamientos, cerrando la puerta a todos los otros.

Para lo cual conviene que haya de nuestra parte grande discreción y vigilancia para examinar cuáles pensamientos debemos admitir y cuáles desechar, para que a los unos recibamos como a amigos y a los otros desechemos como a enemigos. Porque los que en esto son desproveídos, muchas veces dejan entrar en su alma cosas que les quitan no solamente la devoción y el fervor de la caridad, sino también la misma caridad, en que está la vida del ánima. Durmióse la portera del rey Isboset (II Rey. 4, 5), que estaba limpiando el trigo a la puerta de su recámara, y en-

traron dos ladrones famosos y cortaron la cabeza al rey. De esta manera, pues, cuando se duerme la discreción, que tiene por oficio escoger y apartar la paja del grano, que es el buen pensamiento del malo, entran tales pensamientos en el alma que muchas veces le quitan la vida.

Y no sólo para conservar esta vida, sino también para el silencio y recogimiento de la oración, vale mucho esta diligencia. Porque así como la imaginación inquieta y corredora no deja tener oración sosegada, así la recogida y habituada a santos pensamientos, fácilmente persevera y se quieta en ellos

CAPITULO LXXV

De la ira y sus remedios

Ira es apetito desordenado de venganza contra aquel de quien el hombre se tiene por ofendido. Las víboras que nacen de esta serpiente son: peleas, injurias, clamores, indignaciones, blasfemias, odios y otras semejantes.

Contra esta peste nos provee de medicina el Apóstol diciendo (Ef. 4, 31): Toda amargura de corazón, toda ira e indignación, y clamor y blasfemia sea quitada de vosotros y toda malicia. Y sed entre vosotros benignos y misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios nos perdonó por Cristo. Y allende de esto acordaos que no en balde dijo aquel supremo Juez en su Evangelio (Mt. 5, 22): Quienquiera que se airare contra su hermano, quedará obligado a dar cuenta en el juicio de Dios; y quien le dijere tonto o alguna palabra injuriosa, será condenado a las penas del infierno.

Remedios contra la ira.

Pues cuando este furioso vicio tentare tu corazón, acuérdate de salirle al encuentro con las consideraciones siguientes: primeramente, considera que aun los animales brutos, por la mayor parte, viven en paz con los de su misma especie. Los elefantes andan juntos con los elefantes; las vacas y las ovejas viven juntas en sus rebaños; los pájaros vuelan en bandos; las grullas se relevan para velar de noche y andan en compañía; lo mismo hacen las cigüeñas, los ciervos, los delfines y otros muchos animales. Pues la unidad y concierto de las hormi-

gas y de las abejas a todos es manifiesta. Y entre las mismas fieras, por cruelísimas que sean, hay común paz. La fiereza de los leones cesa con los de su género; el puerco montés no acomete a otro puerco; un lince no pelea con otro lince; un dragón no se ensaña con otro dragón; finalmente, los mismos espíritus malignos, que son los primeros autores de toda nuestra discordia, entre sí tienen su liga y de común consentimiento conservan su tiranía.

Solamente los hombres, a quien más convenía la humanidad y la paz, y a quien fuera más necesaria, tienen entre sí entrañables odios y discordias que es mucho para sentir.

Y no es menos para notar que la misma naturaleza dió a todos los animales armas para pelear: al caballo pies, al toro cuernos, al jabalí dientes, a las abejas aguijón, a las aves picos y uñas, tanto que hasta a las pulgas y mosquitos dió habilidad para morder y sacar sangre; pero a ti, hombre, porque te crió para paz y concordia, crió desarmado y desnudo, por que no tuvieses con qué hacer mal.

Mira, pues, cuán contra tu naturaleza es vengarte de otro y hacer mal a quien mal te hace, mayormente con armas buscadas fuera de ti, las cuales naturaleza te negó.

Es vicio de fieras. Considera también que la ira y apetito de venganza es vicio propio de bestias fieras, de cuyas iras dice el Sabio que le había dado Dios conocimiento, y, por consiguiente, que bastardeas y tuerces mucho de la generosidad y nobleza de tu condición, imitando la de los leones y serpientes y de los otros fieros animales. De un león escribió Eliano que, habiendo recibido una lanzada en cierta montería, a cabo de un año, pasando el que le hirió por aquel mismo lugar en compañía del rey Juba y de otra mucha gente que le seguía, el león le reconoció, y rompiendo por toda la gente sin poder ser resistido, no paró hasta llegar al que le había herido y hacerlo pedazos. Lo mismo vemos también cada día que hacen los toros con los que los traen muy acosados por tomar venganza de ellos.

Y de éstos son imitadores los hombres feroces y airados, los cuales, pudiendo amansar la ira con la razón y discreción de hombres, quieren antes seguir el ímpetu y furor de bestias, preciándose y usando más de la parte más vil que tienen común con ellas que de la más divina, que es propia de ángeles.

Y si dices que es cosa muy dura amansar el corazón embravecido, ¿cómo no miras cuánto más duro fué lo que el hijo de Dios padeció por ti? ¿Quién eras tú cuando Él por ti derramó su sangre? ¿Por ventura no eras su enemi-

go? ¿No consideras también con cuánta mansedumbre te sufre Él, pecando tú a cada hora, y cuán misericordiosamente te recibe cuando a Él te vuelves? Dirás que no merece tu enemigo perdón. ¿Por ventura mereces tú que Dios te perdone? Quieres que Dios use contigo misericordia, ¿y tú quieres usar con tu prójimo de justicia?

Mira que si tu enemigo es indigno de perdón, tú eres digno para haber de perdonar, y Cristo dignísimo por quien le perdones.

Considera también que todo el tiempo que estás en odio no puedes ofrecer a Dios sacrificio que le sea agradable. Por lo cual dice el Salvador (Mt. 5, 23): Si ofreces tu ofrenda en el altar y allí se te acordare que tu prójimo está ofendido de ti, ve primero y reconcíliate con él, y entonces vuelve a ofrecer tu don. Donde puedes claramente conocer cuán grande sea la culpa de la discordia entre los hermanos, pues en cuanto ella dura estás en discordia con Dios y no le agrada cosa que hagas. Conforme a lo cual dice San Gregorio: Ninguna cosa valen los bienes que hacemos si no sufrimos mansamente los males que padecemos.

Considera, otrosí, quién sea este que tienes por enemigo, porque forzadamente ha de ser justo o injusto; si es justo, por cierto cosa es mucho para sentir que quieras mal a un justo y que seas enemigo de quien Dios se tiene por amigo.

Mas si es injusto, no menos es cosa miserable que quieras vengar la maldad ajena con tu maldad propia, y que queriendo tú ser juez en tu causa, castigues la injusticia ajena con la tuya. Mayormente que si tú quieres vengar tus injurias y el otro las suyas, ¿qué fin habrán las discordias?

Muy más gloriosa manera de vencer es aquella que el Apóstol (Rom. 12, 3) nos enseña, diciendo que venzamos los males con los bienes, esto es, los vicios ajenos con las virtudes propias. Porque muchas veces, tratando de tornar mal por mal y no queriendo ser en nada vencido, eres más feamente vencido, pues eres acoceado de la ira y vencido de la pasión, la cual si vencieses serías más fuerte que el que por armas tomase una ciudad; porque menor victoria es sojuzgar las ciudades que están fuera de ti que las pasiones que están dentro de ti, y ponerte a ti mismo leyes y refrenar y domar la bravísima fiera de la ira que dentro de ti está encerrada. La cual, si no quieres reprimir, levantarse ha contra ti e incitarte a hacer cosas que después te arrepientas. Y lo que peor es: que apenas podrás entender el mal que haces, porque al airado cualquier venganza parece justa, y las más veces se engaña creyendo que el es-

tímulo de la ira es celo de justicia, y de esta manera se encubre el vicio con color de virtud.

Véncete a ti mismo. Pues para mejor vencer este vicio, uno de los mayores remedios es trabajar por arrancar de tu ánimo la mala raíz del amor desordenado de ti mismo y de todas tus cosas, porque de otra manera fácilmente te encenderás en ira, siendo tú o los tuyos tocados con cualquier liviana palabra.

Y demás de esto, cuando te sintieres naturalmente más inclinado a ira, tanto debes estar más aparejado a paciencia, previniendo antes todas las maneras de agravios que te puedan suceder en cualquier negocio, porque las saetas que de lejos se ven menos hieren.

Para lo cual debes tener en tu corazón muy determinado que cuando en tu pecho hirviere la ira, ninguna cosa digas o hagas ni creas a ti mismo; mas ten por sospechoso todo lo que en este tiempo te dijere tu corazón, puesto que parezca muy conforme a razón. Dilata la ejecución hasta que se abaje la cólera, o reza devotamente una vez o más la oración del Paternóster u otra semejante.

Plutarco refiere que un hombre muy sabio y experimentado, despidiéndose de un emperador grande amigo suyo, no le dió otro consejo sino que cuando estuviese airado, no mandase hacer cosa alguna hasta que pasase primero entre sí todas las letras del abecé, para darle a entender cuán desatinados son los consejos de la ira al tiempo que hierve en el corazón.

Y es mucho para notar que, no habiendo en el mundo peor tiempo para deliberar lo que se debe hacer que éste, ninguno hay en que el hombre tenga mayor deseo de lo hacer. Por lo cual conviene resistir con gran discreción y ánimo a esta tentación. Porque, sin duda, así como el que está tomado del vino no puede asentar cosa que sea conforme a razón y de que después no se deba arrepentir, como se escribe de Alejandro Magno, así el que esté tomado del vino de la ira y ciego con los humos de esta pasión, ningún asiento ni consejo puede tomar que, por muy acertado que le parezca, otro día por la mañana no le condene.

También es muy buen consejo, cuando estuvieres airado, ocuparte en otros negocios, divirtiendo el pensamiento de la indignación, porque, quitando la leña del fuego, luego cesará la llama de él.

Procura, otrosí, amar a quien de necesidad has de sufrir; porque si el sufrimiento no es acompañado con amor, la paciencia que se muestra por defuera muchas veces se vuelve en rencor. Por lo cual dice S. Pablo (I Cor. 13,4):

La caridad es paciente; luego añadió: y benigna, porque la verdadera caridad no cesa de amar benignamente a los que sufre pacientemente.

También es muy loable consejo dar lugar a la ira del hermano, porque si te apartares del airado, darle has lugar para que pierda la ira, o a lo menos respóndele blandamente; porque, como dice Salomón (Prov. 15, 1), la respuesta blanda quebranta la ira.

CAPITULO LXXVI

De la virtud de la humildad, de sus grados y de los efectos que en el alma obra

La humildad es el fundamento de todas las virtudes y aparejo para recibir todas las gracias. Lo cual nos enseñan todas las Escrituras, así del Viejo como del Nuevo Testamento, que prometen estas gracias unas veces a los humildes, otras a los pequeñuelos, otras a los pobres de espíritu, llamando por estos y por otros tales a los verdaderos humildes, diciendo (Sant. 4, 6) que Dios resiste a los soberbios y que a los humildes da su gracia. La razón de esto es porque el verdadero humilde, cuanto más se conoce tanto más se encoge y se humilla y desconfía de sí, y de aquí toma motivo para poner toda su confianza en Dios, con lo cual se dispone y da lugar para que obre en Él.

Y por la misma razón se dice que la humildad es fundamento de todas las virtudes y de todo el edificio espiritual, porque para fundar bien una casa es necesario abrir primero los cimientos y echar fuera todo lo movedizo, hasta llegar a lo firme para edificar sobre ello. Pues esto pertenece a la humildad, la cual echa fuera todo lo movedizo, que es la flaqueza de las fuerzas humanas, y funda sobre Dios, que es la piedra firme, sobre la cual está seguro el edificio.

Digo esto porque algunos hay que, deseando aprovechar en el camino de las virtudes, tácitamente y casi sin sentirlo presumen y confían en sí mismos, unos en la delicadeza de su ingenio, otros en su buena condición, otros en sus letras y sabiduría, otros en su buen natural, otros en su casta y nobleza, otros en los maestros con que han aprendido, otros en la buena compañía con que han tratado y otros en la buena crianza que han tenido, parecién-

doles que estas cosas los harán más excelentes en el estudio de la virtud que los otros que de estas partes carecen.

Verdad que todas estas cosas, cada cual en su manera, ayudan a la virtud, mas sin la gracia, todo esto es humo. Por donde los que por estas cosas presumen de sí más que los otros y se prometen mayores cosas que ellos, sepan que edifican sobre arena, porque todo esto es movedizo y en comparación con la divina gracia es como nada.

Y, por tanto, quien quiera que su edificio sea firme, no confíe en esto movedizo, sino funde sobre sólo Dios, que es aquella piedra angular que dice el Apóstol (Ef. 2, 20) sobre quien se funda este espiritual edificio. Lo cual pertenece a las virtudes de la humildad y de la confianza, la una de las cuales desconfía de sí y la otra confía en Dios, y así una y otra fundan este edificio y dan lugar a Dios para que more y obre en él.

Cuanto más te vacíes de ti, más te llenarás de Dios.

Y para que mejor esto se entienda es de saber que por parte de Dios no tienen límites sus gracias y misericordias, porque así como Él es infinitamente bueno, así es infinitamente dadivoso y caritativo de sí mismo y de sus cosas, y si en este grado no se comunica, no es por falta suya, sino del vaso, que no es capaz de más. De manera que su misericordia es como aquel óleo de la viuda del profeta Eliseo (IV Rey. 4, 6), el cual nunca dejó de correr sino porque faltaron los vasos en que recibirlo.

Pues tal es el óleo de la divina misericordia, que por sí no se limita, sino por parte del sujeto a quien se comunica; el cual, cuanto mayor lugar apareja para este sagrado óleo, mayor cantidad recibirá. Y si me preguntares con qué se apareja este lugar, respondo que con todas las virtudes, mas especialmente con estas que decimos, que son la humildad y confianza, porque con la una se vacía el hombre de sí mismo, desconfiando de sí, y con la otra atrae a sí a Dios, confiando en Él, y de esta manera la una y la otra le hacen la cama y aparejan este lugar.

Primer grado de humildad: Reconocer que todo bien procede de Dios.

Pues para alcanzar perfectamente la primera de estas dos virtudes, que es la humildad, es necesario alcanzar todos los grados de ella. Los cuales, aunque diversos doctores pongan diversas maneras, pero aquí señalaremos seis muy principales.

Entre los cuales, el primero es conocer el hombre que todo lo bueno que hay en él, si algo hay, es de Dios.

Porque así como todos los bienes de naturaleza que tenemos son suyos, así también lo son los de gracia, y tanto más éstos cuanto son mayores. Por donde así como nadie puede dar un paso ni hacer una obra natural sin el concurso de la primera causa, que es Dios, así tampoco puede hacer obra sobrenatural, que es obra de gracia, sin que obre juntamente con él la primera causa sobrenatural, que es el mismo Dios.

De donde se infiere que así todo lo gratuito como lo natural se ha de referir a su misma fuente, que es Dios, de quien todo bien procede, y mucho más lo que es mayor bien. Por donde se ve claro cuán locos son los que, atribuyendo a Dios las obras de naturaleza, atribuyen a sí las obras de la gracia, siendo éstas sin comparación más excelentes, tomando para sí lo que es más y dejando a Dios lo menos.

Entienda, pues, el hombre que así como no puede decir este cabello es mío porque yo lo hice sin Dios, así tampoco puede decir esta buena obra es mía porque yo la muy propia comparación, diciendo (Jn. 15, 4): Así como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo si no está unido con la vid, así nadie puede hacer obra meritoria por sí mismo si no estuviere unido conmigo, porque sin mí ninguna cosa podéis hacer. Es también doctrina muchas veces repetida de San Pablo, el cual dice en sus epístolas (II Cor. 3, 5) que ni obrar, ni hablar, ni desear, ni pensar, ni comenzar, ni acabar podemos cosa que sirva para nuestra salvación sin Dios, de quien toda nuestra suficiencia procede.

Por tanto, hermano mío, todas cuantas veces en ti sintieres cualquier buen deseo, cualquier buen propósito, cualquier gemido o pensamiento bueno, ten por cierto que esto procede de un especial tocamiento de Dios, que te quiere salvar y te mueve a bien obrar, y así lo debes reconocer y agradecer a cuyo es.

Y no se contente el verdadero humilde con tener este conocimiento especulativo, sino conviene que esté tan resoluto en esta verdad como si la viese con los ojos y palpase con las manos. Este primer grado de humildad, entre otros provechos, hace al hombre, por una parte, agradecido, y por otra, devoto; lo primero, por lo que ha recibido, y lo segundo, por lo que ve que le falta. Y ármalo también contra el espíritu de la vanagloria y de las alabanzas humanas, de tal manera que muchas veces cuando las oye no le parece que hablan con él, sino con otro a quien aquellas alabanzas pertenecen, que es Dios.

Segundo grado de humildad: Reconocer que todo bien nos viene por gracia.

El segundo grado de humildad es conocer el hombre que eso que tiene de Dios, si algo tiene, no lo ganó por sola su lanza, sino por la gracia y misericordia divina.

Porque algunos hay que, fundados en el primer grado ya dicho, conocen que lo que tienen es de Dios, pero dentro de sí tienen una tácita persuasión, con la cual creen que todo eso alcanzaron por sus trabajos y merecimientos, como sea verdad que esos mismos merecimientos no menos sean gracia de Dios que lo que por ellos se alcanza, pues está ya dicho que ni un solo pensamiento ni deseo buenos podemos tener que no sea de Dios.

Y, además de esto, ese mismo valor y merecimiento de nuestras obras no le tienen ellas de sí, sino de la gracia con que se hacen, la cual también es dádiva de Dios. Porque así como el valor que tiene la moneda no lo tiene de suyo, sino del cuño con que se labra, así el mérito de nuestras obras no nace de sola la substancia de ellas, sino de la divina gracia, que les da ese valor; y así, cuando por ellas se nos da algo, siempre se da una gracia por otra gracia, así como si un amigo os diese cien ducados y después os diese un caballo por ellos, esto sería juntamente compra y gracia: lo uno por lo que vos dais y lo otro por lo que os dan.

Y ambas cosas significó el profeta Isaías (55,1) cuando dijo: Venid y comprad, sin dinero y sin alguna otra mercadería, leche y vino, que son manjar de principiantes y de perfectos. En las cuales palabras, mandándonos comprar, significó nuestra industria, y excluyendo el dinero y la mercaduría, manifestó la gracia. Lo cual todo nos declara cómo no tiene el hombre en sí de qué gloriarse, pareciéndole que por sí tiene lo que tiene, antes debe con mucha razón pensar que de sí tiene infinitos pecados, con que ha merecido otros tantos infiernos, y esto es de su cosecha. Todo lo demás, si algo es, ajeno es y dado de gracia, pues el mismo merecimiento también es gracia.

Tercer grado de humildad: Ver las virtudes ajenas y ser ciego para ver las propias.

Mas no bastan estas dos cosas para que uno sea verdadero humilde. Porque muchos hay que conociendo que todo lo bueno es de Dios y dado por gracia, o todavía piensan que tienen más de lo que tienen o que tienen más que sus vecinos, pareciéndoles que en sola su casa amanece y no en las de los otros, creyendo que están más desengañados que los otros o tienen más luz, más espíritu, más discreción y más virtud

que ellos, y, finalmente, están muy llenos de sí mismos y de su propia estimación. Y esto algunas veces les hace creer el enemigo tan de callada y por una mina tan secreta, que muchas veces los mismos que padecen el engaño no lo entienden, antes les parece lo contrario.

En este grado de soberbia estaba aquel fariseo del Evangelio (Lc. 18, 4), el cual daba gracias a Dios porque no era él como los otros hombres. Porque en decir que daba gracias a Dios parece que reconocía ser de Dios todo lo que había recibido, lo cual pertenece al primer grado de la humildad; mas faltaba al tercero, pues creía de sí que tenía lo que no tenía y que era por esto mejor que todos los otros. Y en el mismo engaño estaba aquel miserable a quien mandó Dios decir en el Apocalipsis (3, 17): Dices que eres rico y que de nada tienes necesidad, y no entiendes que eres miserable, pobre, ciego y desnudo. Tales son, por cierto, los que presumen de sí y piensan que son algo, porque por el mismo caso que esto piensan, merecen ser desposeídos de todo, pues ningún argumento hay más cierto para creer que uno es nada que pensar de sí que es algo.

Pues para remedio de esto se añade el tercer grado de humildad, al cual pertenece que, teniendo el hombre los ojos abiertos para ver las virtudes ajenas, sea ciego para ver las suyas, y así viva siempre con santo temor, con el cual están ellas más seguras. Porque, aunque la hacienda temporal esté más segura cuando en más la estimáis y conocéis, mas la espiritual, por el contrario, tanto está mejor guardada cuanto es menos conocida.

Y por esta misma causa, muchas veces este mismo Señor permite que los suyos padezcan grandes y viles tentaciones del enemigo, porque con esta manera de lastre camina el navío más seguro. Por lo cual permite que tengan dentro de sí muchas cosas que mirar con que deshagan la rueda de la vanidad.

Cuarto grado de humildad: Reconocer sus propias miserias. A este grado se añade el cuarto, porque no basta que el hombre conozca cuán pobre está de los verdaderos bienes, sino es necesario que conozca también cuán abastado está de verdaderos males; esto es, cuán lleno de amor propio, de propia voluntad y de su propio parecer, cuán vivas tiene todavía sus pasiones y cuán enteras sus malas inclinaciones, cuán inconstante es en los buenos propósitos y cuán fácil en la lengua, cuán descuidado en la guarda del corazón y cuán amigo de su interés propio y de cumplir sus apetitos, y así otras cosas de esta cualidad. Conocer esto es la más

alta ciencia de cuantas hay en el mundo y de mayor provecho, porque las otras ciencias, como dice el Apóstol (I Cor. 8, 1), envanecen, mas sola ésta humilla. Verdad es que no basta para este conocimiento sólo nuestro ejercicio, sino es también necesaria lumbre del cielo, para que no impida la vista de nosotros mismos la niebla del amor propio, que es muy ciego juez de quien lo tiene. Porque si es sospechoso por las leyes el juez amigo de la parte, ¿cuánto más lo será el hombre en su propia causa, siendo tan amigo de sí mismo? Pues por esto debe pedir a Dios esta luz, y pedirla con la instancia que la pedía el humilde San Francisco, el cual repetía muchas veces estas palabras en la oración: Dios mío, conózcate a ti y conózcame a mí.

Quinto grado de humildad: Tenerse por el más vil de los pecadores.

Y no se contente con tenerse por tan pobre y tan pecador, mas no descanse hasta tenerse por el más vil de todos los pecadores, que es otro grado más adelante; porque, como dice un doctor, ninguna cosa te perjudicará ponerte debajo de los pies de todos y puede hacerte daño anteponerte a uno solo.

Para lo cual no veo otro mejor remedio que el que usaba este mismo santo, el cual, como se reputase en su corazón y en sus palabras por el mayor de todos los pecadores, preguntado cómo podía él sustentar la verdad de esta opinión, respondió que verdaderamente conocía que, si Dios levantase su mano de él, sería el peor de todos los hombres, y si, por el contrario, la diese al mayor de todos los pecadores como la dió a él, sería mejor que él. Y para este grado ayuda mucho considerar el hombre la muchedumbre de los beneficios que de Nuestro Señor ha recibido, y de los aparejos que tiene para servirle y juzgar de sí, que no responde a lo uno ni a lo otro ni emplea como debe los talentos y ayudas que este Señor le dió para acrecentar el caudal de las virtudes. Porque ésta es una de las consideraciones con que más se humillan los grandes santos, conociendo que no sólo les han de pedir cuenta de los pecados cometidos, sino también de los beneficios recibidos si fueron mal empleados.

Y para lo mismo ayuda también considerar las virtudes excelentes y la pureza de vida de los santos que ahora están en el cielo y de algunos siervos de Dios que viven en la tierra, porque, mientras el mundo fuere mundo, nunca han de faltar en la Iglesia personas en quien more y obre el Espíritu Santo, y con la comparación de la pureza de éstos, humillarse y encogerse viendo cuán lejos está de llegar a este grado de virtud y simplicidad. La cual conside-

ración tanto más le aprovechará cuanto más estimare las virtudes ajenas y despreciare las suyas, lo cual hacía el bienaventurado San Bernardo, de quien se escribe que, siendo grande en los ojos de todos los otros, en solos los suyos era vil.

Sexto grado: Humildad exterior. Todos estos grados pertenecen a la humildad interior del corazón, a los cuales se debe añadir el sexto, que es de la humildad exterior, la cual ha de proceder de la interior.

Porque la verdadera humildad del corazón no sólo es conocimiento de sí mismo, sino desprecio de sí mismo, y este desprecio pertenece que tal se muestra el hombre por defuera cual se estima por dentro; quiero decir, que así como se desprecia interiormente en sus mismos ojos y se tiene por indigno de toda honra, así sea el tratamiento, el hábito, el servicio, el aparato y la compañía y todo lo demás que diga con esto.

Desprecie los vanos títulos, asiéntese, como dice el Señor, en lugar más bajo, no se desprecie de tratar con humildes, huelgue con los oficios humildes, acordándose que el Hijo de Dios vino a este mundo a servir y no a ser servido, y que la última manda que nos dejó en su testamento al tiempo de la despedida fué lavar los pies unos a otros (Jn. 13, 4), y que procure en este mundo ser menor el que en su reino quisiera ser mayor. Mas todo esto se entiende conforme a las reglas de discreción y prudencia, guardando el decoro que se debe a la dignidad de la persona y a la autoridad del oficio, cumpliendo siempre con todo esto e inclinándose más a la humildad y bajeza que a la alteza, por ser esto más seguro y más contrario a la vanidad de nuestro corazón.

Este postrer grado de la humildad exterior, aunque nace de la interior, como dijimos, todavía acrecienta esa misma fuente de donde nace, y así la una cosa se ayuda a la otra. Por lo cual dice San Bernardo que la humillación es camino y medio para la humildad, como la paciencia para la paz.

Por tanto, si quieres—dice él—alcanzar la humildad, no huyas de los ejercicios de la humillación, porque si no te quieres abajar y humillar no alcanzarás la virtud de la humildad. Y aunque este abatimiento sea de grande precio en todo género de personas, pero mucho más lo es en las altas y generosas. Por lo cual dijo San Bernardo: Puesto el hombre en lugar alto, no tener pensamientos altos, sino conversar con los humildes, cosa es muy agradable a Dios

de la escuela y república de Cristo, que es contraria a los nortes y filosofías del mundo.

Efectos de la verdadera humildad. Pues por estos seis grados subiremos al trono del verdadero Salomón, que es la virtud de la humildad, donde está asentado este rey pacífico, como San Agustín lo significó por estas palabras: Notad, hermanos, este gran milagro. Alto es Dios, y si te levantas, huye de ti, y si te humillas, viene a ti. Pero muy más claro testimonio es el del profeta Isaías (66, 1), que después de engrandecida la casa de la eternidad, donde mora Dios, le da otra casa muy pequeña, que es el corazón del humilde. Porque el que esta virtud tiene, ya tiene la silla aparejada para Dios y para todas las virtudes. Este tal no será amigo de su propio parecer, no será porfiado ni intratable: siempre juzgará y condenará a sí mismo y no los hechos de sus prójimos, porque la verdadera humildad no ve los defectos ajenos, sino los suyos.

El verdadero humilde siempre desea ser despreciado, y, como dice San Bernardo, no quiere parecer humilde, sino vil. A todos se sujeta, a todos obedece, a todos honra, a nadie reprende indebidamente; no se aíra, no usa de palabras ni de movimientos ni de gestos que tengan imagen de hipocresía, no escudriña con curiosidad los secretos de Dios, no desea ver señales ni pruebas de su bondad, no es doblado ni malicioso, no confía en sí ni en sus obras por buenas que parezcan, sino toda su esperanza pone en Dios. Las palabras, los meneos y el aspecto del verdadero humilde es manso, devoto, dulce, benigno y gracioso. Todas estas virtudes y frutos trae consigo la verdadera humildad, que para todas las cosas aprovecha.

¡Oh poderosa virtud, que así levantas a los caídos y enriqueces los pobres, curas los enfermos y alumbras los ciegos! Tú haces que conversando el hombre en la tierra, sea poseedor del cielo, y del abismo de los pecados le pones en las puertas del paraíso. El deseo que el Señor tuvo de que fuésemos sus amadores le trajo del cielo a la tierra y del seno del Padre a las entrañas de la Madre, y ponerlo en un estrecho pesebre y después en una cruz. Entonces pudo hacer de Dios hombre y ahora puede hacer del hombre Dios.

CAPITULO LXXVII

De la soberbia y sus remedios

Soberbia es apetito desordenado de propia excelencia, ora esté encerrado dentro del alma, ora se publique y manifieste por defuera.

Esta dicen los santos que es la madre y princesa y reina de todos los vicios, aunque particularmente engendra estos ocho, conviene a saber: desobediencia, jactancia, hipocresía, porfía, pertinacia, discordia, curiosidad y presunción; por los cuales frutos claramente se conocerá cuál será la raíz de donde tales frutos proceden. Y por tanto, con mucha razón nos aconseja aquel santo Tobías (4, 14) diciendo: Nunca permitas que la soberbia tenga señorío sobre tu pensamiento o tus palabras, porque de ella tomó principio toda nuestra perdición.

La soberbia entra con pies de lana. También conviene aquí advertir que entre todas cuantas tentaciones hay, apenas se hallará alguna ni más sutil, ni más peligrosa, ni más dificultosa de conocer que es la de la soberbia. Porque las tentaciones de los otros vicios, como son las de la carne, de odio, de envidia, de ira y deseos de venganza, ¿quién no ve claro ser tentaciones de pecados manifiestos y conocidos? Mas la de la soberbia muchas veces entra con pies de lana, lisonjeando al hombre y dándole a entender que es discreto, que es para mucho, que es merecedor de oficios y cargos honrosos, o que es mejor y para más que los otros y más merecedor de honras que ellos, y otras cosas de esta calidad. Las cuales fácilmente cree el hombre de sí, por el demasiado amor que se tiene, con que se ciega y engaña. Este es uno de los grandes peligros de esta vida y de que mayores males se suelen seguir.

Remedios contra la soberbia. Pues cuando este pestilencial vicio tentare tu corazón, puedes ayudarte contra él de las armas siguientes: primeramente considera aquel espantoso castigo con que fueron castigados aquellos malos ángeles que se ensoberbecieron, pues en un punto fueron derribados del

cielo y echados en los abismos. Mira, pues, cómo este vicio oscureció al que resplandecía más que las estrellas del cielo, y al que era no solamente ángel, mas muy principal entre los ángeles, hizo no solamente demonio, mas el peor de todos los demonios.

Pues si esto se hizo con los ángeles, ¿qué se hará contigo, polvo y ceniza? Porque Dios no es contrario a sí mismo ni aceptador de personas, mas así en el ángel como en el hombre, le descontenta la soberbia y le agrada la humildad. Por lo cual dice San Agustín: La humildad hace de los hombres ángeles, y la soberbia, de los ángeles demonios. Y San Bernardo dice: La soberbia derriba de lo más alto a lo más bajo, y la humildad levanta de lo más bajo hasta lo más alto. El ángel, ensoberbeciéndose en el cielo, cayó en los abismos, y el hombre, humillándose en la tierra, es levantado sobre las estrellas del cielo.

Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón. Juntamente con este castigo de la soberbia, considera el ejemplo de aquella inestimable humildad del Hijo de Dios, que por ti tomó tan baja naturaleza y por ti obedeció al Padre hasta la muerte, y muerte de cruz (Fil. 2, 8). Pues aprende, hombre, a obedecer; aprende, tierra, a estar debajo de los pies; aprende, polvo, a tenerte en nada; aprende, ¡oh cristiano!, de tu Señor y tu Dios, que fué manso y humilde de corazón. Si te desprecias de imitar el ejemplo de los otros hombres, no te desprecies de imitar el de Dios, el cual se hizo hombre no solamente para redimirnos, mas también para humillarnos.

Nuestra pequeñez. Pon los ojos en ti mismo, porque dentro de ti hallarás cosas que te prediquen humildad. Considera, pues, lo que fuiste antes de tu nacimiento, y lo que eres ahora después de nacido, y lo que serás después de muerto. Antes que nacieses eras una materia sucia, indigna de ser nombrada; ahora eres un muladar cubierto de nieve y después serás manjar de gusanos. Pues ¿de qué te ensoberbeces, hombre, cuyo nacimiento es culpa, cuya vida es miseria y cuyo fin es podre y corrupción?

Si te ensoberbeces por el resplandor de los bienes temporales que posees, espera un poco: vendrá la muerte, la cual nos hará iguales a todos. Porque como todos nacimos iguales cuanto a la condición natural, así todos moriremos iguales por la común necesidad, salvo que después de la muerte tendrán más de que dar cuenta los que tuvieron más.

Conforme a lo cual dice San Crisóstomo: Mira con atención la sepultura de los muertos y busca en ellos algún rastro de la magnificencia con que vivieron o de las riquezas y deleites que gozaron. Dime: ¿dónde están allí los atavíos y vestiduras preciosas?, ¿dónde los pasatiempos y recreaciones?, ¿dónde la compañía y muchedumbre de los criados? Acabáronse los gastos de los banquetes, las risas, los juegos y la alegría mundana. Llégate más de cerca al sepulcro de cada uno de ellos, y no hallarás más que polvo y ceniza, gusanos y huesos hediondos. Este, pues, es el fin de los cuerpos, dado que en muchos placeres y regalos se hayan criado.

Y pluguiese a Dios que todo el mal parase en sólo esto. Pero mucho más es para temer lo que después de esto se sigue, que es el temeroso tribunal del juicio divino, la sentencia que allí se dará, el llanto y crujir de dientes, y las tinieblas sin remedio, y los gusanos roedores de la conciencia que nunca mueren, y el fuego que nunca se apagará.

El peligro de la vanagloria. Considera también el peligro de la vanagloria, hija de la soberbia, de la cual dice San Bernardo que livianamente vuela y livianamente penetra, mas no hace liviana herida. Por lo cual, si alguna vez los hombres te alabaren y honraren, debes luego mirar si caben en ti esas cosas de que eres alabado o no. Porque si nada de esto cabe en ti, ninguna cosa tienes de que gloriarte. Mas si por ventura cabe en ti, di luego con el Apóstol (I Cor. 15, 10): Por la gracia de Dios soy lo que soy.

Así que no te debes por eso ensoberbecer, sino humillar y dar la gloria a Dios, a quien debes todo lo que tienes, porque no te hagas indigno de ello; pues es cierto que así la honra que te hacen como la causa por que la hacen es de Dios. Por donde todo el favor que a ti apropias, a Él lo hurtas. Pues ¿qué siervo puede ser más desleal que el que hurta la gloria a su señor?

Mira también cuán gran desvarío sea pesar tu valía con el parecer de los hombres, en cuya mano está inclinar la balanza a la parte que quisieren y quitarte de aquí a poco lo que ahora te dan y deshonrarte los que ahora te honran. Si pones tu estima en sus lenguas, unas veces serás grande, otras pequeño, otras nada, como quisieren las lenguas de los hombres mudables. Por lo cual nunca jamás debes medirte por loores ajenos, sino por lo que tú sabes de ti, y, aunque los otros te levanten hasta el cielo, mira lo que de ti dice tu conciencia y cree más a ti, que te conoces mejor, que a los otros, que te miran de lejos y

Déjate, pues, de los juicios de los hombres y deposita tu gloria en las manos de Dios, el cual es sabio para guardarla y fiel para restituirla.

Peligro de los puestos de autoridad. Piensa también, hombre ambicioso, a cuánto peligro te pones deseando mandar a otros. Porque ¿cómo podrás mandar a otros no habiendo primero obedecido a ti? ¿Cómo darás cuenta de muchos, pues apenas la puedes dar de ti sólo? Mira el peligro grande a que te pones añadiendo los pecados de tus súbditos a los tuyos, que se asienta a tu cuenta. Por lo cual dice la Escritura (Sab. 6, 6) que se hará durísimo juicio contra los que tienen cargos de justicia y que los poderosos poderosamente serán atormentados.

Mas ¿quién podrá declarar los trabajos grandes en que viven los que tienen cargo de muchos? Esto declaró muy bien un rey que, habiendo de ser coronado, primero que le pusiesen la corona en la cabeza, la tomó en las manos y la tuvo así por un poco de espacio, diciendo: ¡Oh corona, corona, más preciosa que dichosa; lo cual, si alguno bien conociese, aunque te hallase en el suelo, no te levantaría!

A nadie contenta el soberbio. Considera también, ¡oh soberbio!, que a nadie contentas con tu soberbia; no a Dios, a quien tienes por contrario, porque Él resiste a los soberbios y a los humildes da su gracia (I Pedr. 5, 5); no a los humildes, porque éstos claro está que aborrecen toda altivez y soberbia; ni tampoco a los otros soberbios tus semejantes, porque por las mismas razones que tú te levantas, ellos te aborrecen, porque no quieren ver otro mayor que a sí. Ni aun a ti mismo contentarás en este mundo si, tornando a ti, conocieres tu vanidad y locura, y mucho menos en el otros, cuando por tu soberbia perpetuamente padecerías. Por lo cual dice Dios por San Bernardo: ¡Oh hombre!, si bien te conocieses, de ti te descontentarías y a mí agradarías; mas porque no conoces a ti, estás ufano en ti y descontentas a mí. Vendrá tiempo cuando ni a mí ni a ti contentarás: a mí no, porque pecaste, y a ti tampoco, porque arderás para siempre. A sólo el diablo parece bien tu soberbia, el cual, por ella, de graciosísimo ángel se hizo abominable demonio, y por esto, naturalmente, huelga con su semejante.

¿Qué tienes delante de Dios?

Ayudará también para humillarte considerar cuán pocos servicios y méritos tienes delante de Dios que sean puros y verdaderos servicios, porque muchos vicios hay que tienen imagen de virtudes y muchas veces la vanagloria destruye la obra que de suyo es buena; y muchas veces a los ojos de Dios es oscuro lo que a los hombres parece claro. Otros son los pareceres de aquel rectísimo Juez que los nuestros, al cual desagrada menos el pecador humilde que el justo soberbio, aunque éste no se pueda llamar justo si es soberbio.

Y si por ventura tienes hechas algunas buenas obras, acuérdate que por ventura serán más las malas que las buenas. Y esas buenas que hiciste, por ventura fueron hechas con tantos defectos y friezas, que quizá tienes más razón en pedir por ellas perdón que galardón.

Tres temores quiere San Bernardo que moren siempre en nuestro corazón: uno cuando tienes gracias, y otro cuando la perdiste, y otros cuando la tornas a cobrar. Teme cuando estás en gracia, porque no hagas alguna cosa indigna de ella. Teme cuando la pierdes, porque, faltando tornes a perder. Y temiendo de esta manera, no presumirás Y teme si, después de perdida, la cobrares, porque no la tornes a perder. Y temiendo de esta manera, no presumirás de ti, estando lleno de temor de Dios.

E)—Géneros particulares de vida

CAPITULO LXXVIII

De diversas maneras de vida que hay en la Iglesia

Es de saber que, como sean muchas las virtudes que se requieren para la vida cristiana, unos se dan más a unas y otros a otras. Porque unos se dan más a aquellas virtudes que ordenan al hombre para con Dios, que, por la mayor parte, pertenecen a la vida contemplativa; otros, a las que nos ordenan para con el prójimo, que pertenecen a la activa; otros, a las que ordenan al hombre consigo mismo, que son más familiares a la vida monástica.

Asimismo, como todas las obras virtuosas sean medios para alcanzar la gracia, unos la procuran más por un me-

dio y otros por otro. Porque unos la buscan con ayunos y disciplinas y asperezos corporales; otros, con limosnas y obras de misericordia; otros, con oraciones y meditaciones continuas, en el cual medio hay tanta variedad cuantos medios hay de orar y meditar, porque unos se hallan bien con un linaje de oraciones y meditaciones y otros con otras; y así como hay muchas cosas que meditar, así hay muchos modos de meditación, entre los cuales aquel es mejor para cada uno en que halla mayor devoción y más provecho.

En la virtud, como en las ciencias, muchos creen que el mejor camino es el suyo.

Pues acerca de esto suele haber un muy común engaño entre personas virtuosas, y es que los que han aprovechado por alguno de estos medios, piensan que como ellos medraron por allí, que no hay otro camino para medrar con Dios sino sólo aquél, y ése querrían enseñar a todos; y tienen por errados a los que por allí no van, pareciéndoles que no hay más de un camino solo para el cielo. El que se da mucho a la oración piensa que sin esto no hay salud. El que se da mucho a ayuno parécele que todo es burla sino ayunar. El que se da a la vida contemplativa piensa que todos los que no son contemplativos viven en grandísimo peligro, y toman esto tan por el cabo, que algunos vienen a tener en poco la vida activa. Por el contrario, los activos, como no saben por experiencia qué pasa entre Dios y el ánima en aquel suavísimo ocio de la contemplación y ven el provecho palpable que se sigue de la vida activa, deshacen cuanto pueden la vida contemplativa, y apenas pueden aprobar vida contemplativa pura si no es compuesta de la una y de la otra, como si esto fuese fácil de hacer a quienquiera. Asimismo, el que se da a la oración mental, parécele que toda otra oración sin ésta es infructuosa, y el que a la vocal, dice que ésta es de mayor trabajo y que así será de mayor provecho. De suerte que cada buhonero, como dicen, alaba sus agujas, y así cada uno, con una tácita soberbia e ignorancia, sin ver lo que hace, alaba a sí mismo, engrandeciendo aquello en que él tiene más caudal. Y así viene a ser el negocio de las virtudes como el de las ciencias, en las cuales cada uno alaba y levanta sobre los cielos aquella ciencia en que él reina, apocando y deshaciendo todas las otras. El orador dice que no hay otra arte en el mundo que iguale con la elocuencia; el astrólogo, que no la hay tal como la que trata del cielo y de las estrellas; el filósofo dice otro tanto; el que se da a la Escritura divina dice mucho más, y con mayor razón; el que al estudio

de las lenguas, porque sirve para la Escritura, dice lo mismo; el teólogo escolástico no se contenta con el lugar del medio, sino pone su silla sobre todos. Y a ninguno le faltan razones, y grandes razones, para creer que su ciencia es la mejor y la más necesaria.

Pues esto que se halla en las ciencias tan descubiertamente, se halla en las virtudes, aunque más disimuladamente, porque cada uno de los amadores de las virtudes, por un cabo desea acertar en lo mejor y por otro busca lo que más arma con su naturaleza, y de aquí nace que lo que a él está mejor, cree que es mejor para todos, y el zapato que a él le viene justo cree que también vendrá a todos los otros.

Pues de esta raíz nacen los juicios de las vidas ajenas y las divisiones y cismas espirituales entre los hermanos, creyendo los unos de los otros que van descaminados porque no van por el camino que van ellos. Casi en este engaño vivían los de Corinto (I, 12, 3), los cuales, habiendo recibido muchos y diversos dones de Dios, cada uno tenía el suyo por mejor, y así se anteponían unos a otros, prefiriendo unos el don de lenguas, otros de la profecía, otros de la interpretación de las Escrituras, otros el hacer milagros, y así todos los demás.

Miembros de un mismo cuerpo. Contra este engaño no hay otra mejor medicina que aquella de que el Apóstol usa en esta epístola contra esta dolencia. Porque aquí principalmente iguala todas las gracias y dones en su origen y principio, diciendo que todos ellos son arroyos que nacen de una misma fuente, que es el Espíritu Santo, y, por esta parte, todos participan de una manera de igualdad en su causa, aunque entre sí sean diversos (I Cor. 12, 11): así como los miembros del cuerpo de un rey, todos, en fin, son miembros de un rey y de sangre real, aunque sean diferentes entre sí.

De esta manera, dice el Apóstol (Gál. 3, 27) que todos en el bautismo recibimos un mismo espíritu de Cristo, para que mediante él todos fuésemos miembros de un mismo cuerpo. Y así, cuanto a esto, todos participamos de una misma dignidad y gloria, pues todos somos miembros de una misma cabeza.

Por donde añade luego el Apóstol y dice: Si dijere el pie: yo no soy mano, y por eso no soy del cuerpo, ¿dejará por esto de ser del cuerpo? Si dijere el oído: porque no soy ojo, no soy de este cuerpo, ¿dejará por eso de ser de este cuerpo? Así que, por esta parte, en todos hay igualdad, para que en todos haya unidad y her-

mandad, puesto caso que con esto se compadezca alguna variedad.

Origen de tanta variedad. Esta variedad nace en parte de la naturaleza y en parte de la gracia. De la naturaleza decimos que nace, porque, aunque el principio de todo el ser espiritual sea la gracia, mas la gracia recibida, como agua en diversos vasos, toma diversas figuras, aplicándose a la condición y naturaleza de cada uno. Porque hay unos hombres naturalmente sosegados y quietos, que, según esto, son más aparejados para la vida contemplativa; otros más coléricos y hacendosos, que son más hábiles para la vida activa; otros más robustos y sanos y más desamorados para consigo mismo, y éstos son más aptos para los trabajos de la penitencia.

En lo cual resplandece maravillosamente la bondad y misericordia de Nuestro Señor, que, como desea tanto comunicarse a todos, no quiso que hubiese un solo camino para esto, sino muchos y diversos, según la diversidad de las condiciones de los hombres; para que el que no tuviese habilidad para ir por uno fuese por otro.

La segunda causa de esta variedad es la gracia, porque el Espíritu Santo, que es el autor de ella, quiere que haya esta variedad en los suyos, para mayor perfección y hermosura de la Iglesia. Porque así como para la perfección y hermosura del cuerpo humano se requiere que haya en él diversos miembros y sentidos, así también para la perfección y hermosura de la Iglesia convenía que hubiese esta diversidad de virtudes y gracias, porque si todos los fieles fueran de una manera, ¿cómo se pudiera llamar este cuerpo? Si todo el cuerpo, dice San Pablo (I Cor. 12, 17), fuese ojos, ¿dónde estarían los oídos? Y si todo fuese oídos, ¿dónde estarían las narices? Y por esto quiso Dios que los miembros fuesen muchos y el cuerpo uno, por que así, habiendo muchedumbre con unidad, hubiese proporción y conveniencia de muchas cosas en una, de donde resultase la perfección y hermosura de la Iglesia.

Así vemos que en la música conviene que haya esta misma diversidad y muchedumbre de voces con unidad de consonancia, para que así haya en ella suavidad y melodía. Porque si todas las voces fuesen de una misma manera, o todas tiples, o todas tenores, etc., ¿cómo podría haber música y armonía?

Pues en las obras de naturaleza es cosa maravillosa ver cuánta variedad puso aquel Artífice soberano y cómo repartió las habilidades y perfecciones a todas sus criaturas por tal orden, que con tener cada una su particular

ventaja sobre la otra, la otra no tuviese por qué tenerla envidia, porque también le tenía ella otra manera de ventaja.

El pavón es muy hermoso de ver, mas no es dulce de oír. El ruiseñor es dulce de oír, mas no es hermoso para ver. El caballo es bueno para la carrera y para la guerra, mas no lo es para la mesa, y el buey es bueno para la mesa y para la era, mas no sirve para lo demás. Los árbolos fructuosos son buenos para comer, mas no para edificar; los silvestres, por el contrario, son buenos para edificar, mas no lo son para fructificar. De esta manera, en todas las cosas juntas se hallan todas las cosas repartidas y en ninguna todas juntas, para que así se conserve la variedad y hermosura en el universo, y se conserven también las especies de las cosas, y se enlacen las unas con las otras, por la necesidad que tienen unas de otras.

Pues esta misma orden y hermosura que hay en las obras de naturaleza quiso el Señor que hubiese en las de gracia, y para esto ordenó por su Espíritu que hubiese mil maneras de virtudes y gracias en su Iglesia, para que de todas ellas resultase una suavísima consonancia y un perfectísimo mundo y un hermosísimo cuerpo compuesto de diversos miembros.

De aquí nace haber en su Iglesia unos muy dados a la vida contemplativa, otros a la activa, otros a obras de obediencia, otros de penitencia, otros a orar, otros a cantar, otros a estudiar para aprovechar, otros a servir enfermos y acudir a hospitales, otros a socorrer a pobres y necesitados y otros a otras muchas maneras de ejercicios y obras virtuosas.

La variedad en las Ordenes religiosas. La misma variedad vemos en las Religiones, que, aunque todas caminan para Dios, cada una lleva su propio camino. Unas van por el camino de la pobreza, otras por el de la penitencia, otras por el de las obras de la vida contemplativa, otras de la activa. Y por esto, unas buscan lo público, otras lo secreto; unas procuran rentas para su Instituto, otras aman la pobreza; unas quieren los desiertos, y otras las plazas y los poblados, y todo esto religiosamente y por caridad.

Y en una misma orden y monasterio veréis esta misma variedad: porque unos están en el coro cantando, otros en sus oficios trabajando, otros en sus celdas estudiando, otros en la iglesia confesando y otros fuera de casa predicando.

Pues ¿qué es esto? Muchos miembros en un cuerpo y muchas voces en una música, para que así haya hermosura, proporción y consonancia en la Iglesia. Porque por

eso hay en una vihuela muchas cuerdas y en órganos muchos caños: porque así pueda haber consonancia y armonía de muchas voces. Esta es aquella vestidura que el patriarca Job hizo a su hijo José de diversos colores (Gén. 37, 3), y éstas aquellas cortinas del tabernáculo (Ex. 16, 31) que mandó Dios pintar con maravillosa variedad y hermosura.

Dejad a cada uno en su llamamiento. Pues siendo esto así y siendo necesario que sea así para el orden y hermosura de la Iglesia, ¿por qué nos andamos comiendo unos a otros y juzgando y sentenciando unos a otros, porque no hacen unos lo que hacen otros? Eso es destruir el cuerpo de la Iglesia; eso es destruir la vestidura de José; eso es deshacer esta música y consonancia celestial; eso es querer que los miembros de la Iglesia sean todos pies, o todos manos, o todos ojos. Pues si todo el cuerpo fuese ojos, ¿dónde estarían los oídos?, y si todo oídos, ¿dónde estarían los ojos?

Por donde parece aún más claro cuán grande yerro sea condenar a otro porque no tiene lo que tengo yo o porque no es para lo que soy yo. ¿Cuál sería si los ojos despreciasen a los pies porque no ven y los pies murmurasen de los ojos porque no andan y los dejan a ellos con toda la carga? Porque realmente así es necesario que trabajen los pies y descansen los ojos, y que los unos anden arrastrados por tierra y los otros estén en lo alto, limpios de polvo y paja. Y no hacen menos los ojos descansando que los pies caminando; así como en el navío no hace menos el piloto que está par del gobernalle con la aguja en la mano que los otros que suben a la gavia, y trepan por las cuerdas, y extienden las velas, y limpian la bomba; antes aquel que parece que hace menos, ése realmente hace más. Porque no se mide la excelencia de las cosas con el trabajo, sino con el valor e importancia de ellas; si no queremos decir que más hace en la república el que cava y el que ara que el que la gobierna con su consejo y prudencia.

Pues quien esto atentamente considerare dejará a cada uno en su llamamiento; esto es, dejará al pie ser pie y a la mano, mano, y no querrá ni que todos sean pies ni todos manos. Esto es lo que tan largamente pretendió persuadir el Apóstol en la epístola susodicha, y esto mismo es lo que nos aconseja cuando dice (Rom. 14, 3): El que no come, no menosprecie al que come. Porque por ventura aquel que come tendrá, por una parte, necesidad de comer, y por otra, quizá tendrá otra virtud más alta que esa que tú tienes, de que tú carecerás; por donde en lo uno no tendrá culpa y en lo otro te hará ventaja. Porque así

como no menos sirven para el canto los puntos que están en regla que los que están en espacio, así no menos sirven a la consonancia y música espiritual de la Iglesia el que come que el que no come, y el que parece que está ocioso que el que está ocupado, si en su ocio trabaja por alcanzar con qué pueda después edificar a su prójimo.

CAPITULO LXXIX

De la unión de la vida activa y contemplativa

Vemos que entre las ciencias humanas, y aun en una misma ciencia, hay una parte especulativa, que se ordena a sólo saber y especular, y otra práctica, que se ordena a sólo obrar, las cuales son tan diferentes entre sí, que pocas veces se halla un mismo letrado diestro en ambas estas facultades, sino que los que son eminentes en la una no lo son todas veces en la otra.

Pues así también, entre las virtudes, unas hay más vecinas a la vida contemplativa, como son leer, orar y meditar, etc.; otras, más a la vida activa, como son todas las obras de misericordia; las cuales virtudes, aunque no sean entre sí contrarias, porque así como una verdad no puede ser contraria a otra verdad, así tampoco una virtud a otra virtud, mas todavía son tan diferentes entre sí por ser las unas más espirituales y las otras más corporales, las unas como especulativas y las otras como prácticas, que pocas veces se hallan personas que sean eminentes en las unas y en las otras.

Lo cual afirma con otros muchos doctores San Gregorio, diciendo que pocos son los que se hallan como aquel capitán llamado Ayoth, de quien dice la Escritura que jugaba de ambas las manos igualmente, así de la siniestra como de la diestra; lo cual nos representa que pocas veces se halle un hombre perfecto y diestro en las obras de ambas vidas, activa y contemplativa, por la distancia que hay de las unas a las otras.

Por donde los que son muy dados a las unas no acuden tan bien a las otras. Porque los que, siguiendo la vida contemplativa, andan siempre, como águilas, volando por lo alto y tratando con Dios, con pesadumbre descienden a tratar en las bajezas de los hombres, y, por el contrario, los que están acostumbrados y habituados a éstas hallan

muy dificultoso el recogimiento del corazón y subida a las otras.

Deja a Dios por Dios. Pues el que desea hacer enteramente lo que debe, y ser perfecto siervo de Dios, y tener más cuenta con la divina voluntad que con su propia consolación, para todo esto ha de estar aparejado, diciendo con el Salmista (107, 2): Aparejado está mi corazón, Señor; aparejado está mi corazón; conviene saber: aparejado a volar por el cielo y aparejado a andar por los agujeros de la tierra; aparejado para reposar con Vos y aparejado para trabajar con el prójimo; aparejado a gozar vuestras consolaciones y aparejado a llorar las miserias de mis hermanos; aparejado, finalmente, para el ocio de la caridad y aparejado también para los negocios que pide la necesidad de la caridad.

Así, pues, ha de estar aparejado para todo, de tal modo que, aunque esté arrebatado sobre los cielos, debe de bajar de ahí cuando supiere que padecen trabajo sus hermanos, y darles benignamente los oídos y ayudarlos en todo lo que pudiere, no mirando a ellos en ellos, sino considerando a Dios en ellos, por quien hace lo que hace, conociendo que, aunque pierda en esto sus gustos, no por eso pierde a Dios, sino que deja a Dios por Dios. Y acabada esta obra, torne a donde antes estaba y prosiga lo que hacía, como si nunca la hubiera interrumpido.

De esta manera he visto yo algunas personas, y especialmente me acuerdo de un religioso lego, el cual tenía el servicio de todo un monasterio a su cargo y no paraba un punto desde la mañana a la noche, acudiendo a todos los negocios de casa con todo cuidado y silencio, y acabado el trabajo continuo del día, así acudía a prima noche y a la madrugada a su oración, tan profunda y tan prolija como si todo el día estuviera aparejándose para ella.

De esta manera debe ser el siervo de Dios, como un caballo revuelto que sepa ir y sepa tornar, como se escribe de aquellos santos animales de Ezequiel (1, 14) que llevaban el carro de Dios, los cuales iban y volvían tan ligeros como relámpagos. Así, pues, debe el siervo de Dios acudir a los prójimos y volver con presteza a Dios, esto es, a las obras de la vida activa y a los ejercicios de la contemplativa.

CAPITULO LXXX

De los consejos evangélicos

Además de las leyes y mandamientos que caen debajo de precepto y obligan a todos y bastan para la salvación de las almas, enseña también esta santísima religión consejos admirables para los que quieren caminar a la perfección y merecer en el cielo corona de mayor gloria.

Perpetua castidad. Entre los cuales, el primero es de perpetua castidad, que es una celestial virtud y propia de los moradores del cielo, por cuyo medio ahorra el hombre infinitas maneras de molestias, y cuidados, y congojas, y desasosiegos que están anejos al estado del matrimonio y son impedimento de la perfección. De modo que el hombre casto no tiene más que un solo cuidado, que es la carga de sí mismo; mas siendo casado, tiene sobre sí todas las cargas de mujer, hijos e hijas, cuyas enfermedades, necesidades, muertes y desastres no siente menos que los suyos propios. Lo cual, en pocas palabras, alegadas por San Agustín, declaró aquel cómico diciendo: Caséme y tomé mujer: ¿qué género de miserias no experimenté en este estado? Nacieron hijos, ¿veis aquí otro nuevo cuidado?

Pues de todas estas molestias y cargas que llaman del matrimonio está libre el que vive fuera de él, y así está más hábil y desembarazado para entregarse todo a Dios, y al estudio de la sabiduría, y al ejercicio de la oración y consideración de las cosas divinas, como dice el Apóstol (I Cor. 7, 32).

Pobreza. El segundo consejo, no menos saludable, es el que el Salvador dió a un virtuoso mancebo, diciendo (Mt. 19, 21): Si quieres ser perfecto, ve y vende toda tu hacienda y repártela con los pobres, y tendrás un tesoro guardado en el cielo. Este consejo liberta tanto al hombre de todos los cuidados y negocios y pleitos que comúnmente son necesarios para administrar la hacienda, que es para conservarla, acrecentarla, defenderla, que los primeros fieles de Jerusalén (Hech. 2, 24), y también los que moraban fuera de la ciudad de Alejandría, par del lago llamado Mariam, se-

gún refiere Filón, nobilísimo historiador, la primera cosa que hacían era desposeerse de todas sus haciendas, y con ellas, de todos los cuidados que consigo traen, para emplearlos todos libremente en el estudio de la divina contemplación y de las santas Escrituras.

Devolver bien por mal. El tercer consejo es hacer bien a los que nos hacen mal y rogar a Dios por los que nos persiguen y calumnian, para que de esta manera seamos hijos de nuestro Padre celestial, el cual hace salir su sol sobre buenos y malos y llueve sobre justos y pecadores (Mt. 5, 45). En esta virtud quiere Dios que le imitemos, porque es propia condición suya usar de misericordia con los pecadores, no sólo comunicándoles estos comunes beneficios de naturaleza, sino también sufriéndolos con paciencia, y esperándolos a penitencia, y provocándolos a ella, ya con beneficios, ya con azotes y de otras muchas maneras.

Pues en esta grandeza de ánimo quiere este Señor que le imitemos y que, provocados con injurias, no nos indignemos, y diciendo mal de nosotros, ni demos maldiciones por maldiciones ni deseemos venganza de quien nos maldice. Antes quiere que tengamos una gloriosa contención y porfía con nuestros contrarios, que cuanto ellos más perseveraren en hacernos agravios, tanto nosotros porfiemos en hacerles beneficios; porque no seamos vencidos con el mal ajeno, sino que quedemos vencedores con el beneficio propio, que es muy gloriosa victoria, porque de esta manera juntamos brasas sobre la cabeza de los enemigos para hacerlos amigos (Rom. 12, 20).

Semejante consejo al pasado es no traer pleitos, sino antes dejar la capa a quien nos pidiere el sayo, por excusar con esta liberalidad todos los odios y pasiones y cuidados y desasosiegos que traen consigo los pleitos.

Y con esto concuerda otra mayor liberalidad y grandeza de corazón, que es perdonar las injurias; de modo que si setenta veces errare el prójimo contra mí, tantas me halle manso y blando para perdonarle.

Las obras de misericordia. Otro consejo es el de la limosna y misericordia, no sólo en los casos que son de precepto, sino también fuera de ellos. Lo cual es tan propio de la vida cristiana, que casi toda la doctrina que nos dió aquel Maestro que vino del cielo se endereza a los oficios de la benignidad y misericordia. Y apenas hay virtud que más nos encomiende ni vicio que más agriamente reprenda que la inhumanidad y crueldad.

Lo cual es en tanto grado verdad que, declarando las causas por las cuales en aquel temeroso día del juicio ha de dar sentencia final en favor de los buenos y castigo de los malos, no señala otras causas sino las obras de misericordia de los buenos y la inhumanidad y falta de ellas en los malos (Mt. 25, 40), añadiendo a esta sentencia que lo que se hizo a cada uno de los pobres se hizo a Él, y lo que no se hizo con ellos, se dejó de hacer a Él.

La vida de oración. Otro consejo muy propio de la vida cristiana, del cual apenas hallamos rastro en la doctrina de los filósofos, es la frecuencia y continuación de la oración, la cual tantas veces nos es encomendada, así en el santo Evangelio como en las sagradas Epístolas. San Pablo quiere que los hombres hagan oración en todo lugar, levantando las manos puras a Dios.

De este ejercicio sabían poco y escribieron menos los filósofos. Porque como ellos, según dijimos, esperaban alcanzar la felicidad y bienaventuranza y los medios que para ella eran necesarios por sus fuerzas naturales, como dijeron después de ellos los herejes pelagianos, no tenían para ella eran necesarios por sus fuerzas naturales, como de la divina gracia. Mas el cristiano, conociendo por la fe la flaqueza y dolencia de la naturaleza humana por aquel común pecado y viendo que por esto quedó tan inclinada al mal y tan inhábil para el bien que no puede por sí tener un pensamiento que agrade a Dios, todo su estudio pone en dar continuas voces a su Criador para que cure las dolencias y pasiones de su alma y le dé nuevo espíritu y favor para guardar sus santos mandamientos, diciendo con el Profeta (Salm. 120, 1): Levanté mis ojos a los montes de donde me ha de venir el socorro. Mi socorro es Dios, que hizo el cielo y la tierra. Y en otro lugar (24, 15): Mis ojos, dice, tengo puestos siempre en el Señor, porque Él librará mis pies de los lazos.

Mas aquí advierto que estos sobredichos, que regularmente son consejos, en caso de necesidad vienen a ser preceptos, como es el consejo de la limosna en graves o extremas necesidades, y el del ayuno y de la oración, y así los demás en casos que se ofrecen.

Conclusión: Dos géneros de vida en la Iglesia. Por todo lo dicho, entenderemos que hay dos maneras de vida en la religión cristiana: una, de aquellos que guardan fielmente los mandamientos, y otra, de los que se esfuerzan a guardar también los consejos.

Las cuales vidas se nos representan en dos maneras de sacrificios que se usaban en la ley: unos, en que se quemaban y ofrecían a Dios las enjundias y grosuras de los animales, y otros, más perfectos, en que todo el animal entero se quemaba y ofrecía a Dios, que llamaban holocaustos. Por los primeros entendemos los que, cumpliendo fielmente con la ley de la caridad, ofrecen a Dios lo interior de su corazón por amor, y lo demás del tiempo y del corazón emplean en el remedio de sus necesidades. Mas por los segundos entendemos los que, renunciando todos estos cuidados y negocios, no tratan más que un solo negocio, que es vacar a Dios y juntar su espíritu con ardentísimo y continuo amor con Él.

Tal fué la vida de los santos, que, morando con los cuerpos en la peregrinación de esta vida, teniéndose por extranjeros y huéspedes de ella, con el pensamiento y con el deseo conversaban en el cielo. Bienaventurados, pues, los que de tal manera viven que merecen ser sacrificios vivos de Dios; pero muy más bienaventurados los que de tal manera se entregaron a Él, que se pueden llamar holocaustos.

CAPITULO L XIXX

De las obligaciones de los estados

Dicho ya, en general, lo que conviene a todo género de personas, convenía descender en particular a tratar de lo que a cada uno conviene en su estado; mas porque éste sería largo negocio, por ahora bastará avisar brevemente que, demás de lo susodicho, conviene tener cada uno respeto a las leyes y obligaciones de su estado, las cuales son muchas y diversas, según la diversidad de estados que hay en la Iglesia. Porque unos son prelados, otros súbditos, otros casados, otros religiosos, otros padres de familia, etc. Y para cada uno de éstos hay una ley por sí.

El prelado. El prelado, dice el Apóstol que ejercite su oficio con toda solicitud y vigilancia. Y lo mismo le aconseja Salomón cuando dice: Hijo mío, si te obligaste y saliste por fiador de algún amigo tuyo, mira que has tomado sobre ti una grande carga, y por esto discurre, date prisa, despierta a tu amigo, no des sue-

ño a tus ojos ni dejes plegar tus párpados hasta poner el negocio en tales términos que salgas bien de esa obligación.

Y no te maravilles que este sabio pida tanta solicitud sobre este caso, porque por dos causas suelen tener los hombres grandes solicitud en la guarda de las cosas: o porque son de grande valor o porque están en gran peligro; y ambas concurren en el negocio de las almas en tan subido grado que ni el precio puede ser mayor ni tampoco el peligro; por donde conviene que sean guardadas con grandísimo recaudo.

El súbdito. El súbdito ha de mirar a su prelado no como a hombre, sino como a Dios, para reverenciarle y hacer lo que le manda con aquella prontitud y devoción que lo hiciera si se lo mandara Dios. Porque si el señor a quien yo sirvo me manda obedecer a su mayordomo, cuando obedezco al mayodormo, ¿a quién obedezco sino al señor? Pues si Dios me manda obedecer a prelado, cuando hago lo que el prelado me manda, ¿a quién obedezco, al prelado o a Dios? Y si San Pablo quiere que el siervo obedezca a su Señor no como a hombre, sino como a Cristo, ¿cuánto más el súbdito a su prelado, a quien sujetó el vínculo de la obediencia?

En esta obediencia ponen tres grados: el primero, obedecer con sola obra; el segundo, con obra y con voluntad; el tercero, con obra, voluntad y entendimiento. Porque algunos hacen lo que les mandan, mas ni les parece bien lo mandado ni lo hacen con voluntad; otros lo hacen y de buena voluntad, mas no les parece acertado lo que se les manda; otros hay que, cautivando su entendimiento en servicio de Cristo, obedecen al prelado como a Dios, que es con obra, voluntad y entendimiento, haciendo lo que les manda voluntariamente y aprobando lo que se manda humildemente, sin quererse hacer jueces de aquellos de quienes han de ser juzgados.

Así que, hermano mío, con todo estudio trabaja por obedecer a tu prelado, acordándote que está escrito (Lc. 10, 16): El que a vosotros oye, a mí oye, y el que a vosotros desprecia, a mí desprecia. No pongas jamás la boca en ellos, porque no te sea dicho de parte del Señor (Ex. 16, 8): No es vuestra murmuración contra vosotros, sino contra Dios. No los tengas en poco, porque no te diga el mismo Señor (I Rey. 8, 7): No despreciaron a ti, sino a mí, para que no reine sobre ellos. No trates con ellos con falsedad y doblez, porque no te sea dicho (Hech. 5, 4): No mentiste a los hombres, sino a Dios; y así pagues con arrebatada muerte la culpa de tu atrevimiento.

La mujer casada. La mujer casada mire por el gobierno de su casa, por la provisión de los suyos, por el contentamiento de su marido y por todo lo demás, y cuando hubiere satisfecho esta obligación, extienda las velas a toda la devoción que quisiere, habiendo primero cumplido con las obligaciones de su estado.

Los padres. Los padres que tienen hijos, tengan siempre ante los ojos aquel espantoso castigo que recibió Elí por haber sido negligente en el castigo y enseñanza de sus hijos (1 Rey. 4, 17), cuya negligencia castigó Dios no sólo con las arrebatadas muertes de él y de ellos, sino también con privación perpetua del sumo sacerdocio, que con esto le fué quitado.

Mira que los pecados del hijo son pecados, en su manera, también del padre, y la perdición del hijo es perdición de su padre, y que no merece nombre de padre el que, habiendo engendrado su hijo para este mundo, no lo engendra para el cielo. Castíguele, avísele, apártele de las malas compañías, búsquele buenos maestros, críele en virtud, enséñele desde su niñez, con Tobías (1, 19), a temer a Dios; quiébrele muchas veces la propia voluntad, y pues antes que naciese le fué padre del cuerpo, después de nacido séale padre del alma.

Porque no es razón que se contente el hombre con ser padre de la manera que los pájaros y los animales son padres, que no hacen más que dar de comer y sustentar sus hijos. Sea el padre como hombre, y como hombre cristiano, y como verdadero siervo de Dios, que cría su hijo para hijo de Dios, heredero del cielo, y no para esclavo de Satanás y morador del infierno.

Los señores. Los señores de familia que tienen criados y esclavos acuérdense de aquella amenaza de San Pablo que dice (1 Tim. 5, 8): Si alguno no tiene cuidado de sus domésticos y familiares, este tal negado ha la fe, que es la fidelidad que debiera guardar, y es peor que un hombre desleal. Acuérdese que éstos son como ovejas de su manada y que él es como pastor y guarda de ellas, mayormente de los que son esclavos, y piense que algún tiempo le pedirán cuenta de ellos y le dirán (Jer. 13, 20): ¿Dónde está la grey que te fué encomendada y el ganado noble que tenías a tu cargo? Y llámalo con mucha razón noble por causa del precio con que fué comprado y por la sacratísima humanidad de Cristo, con que fué ennoblecido; pues ningún esclavo

hay tan bajo que no sea libre y noble por la humanidad y sangre de Cristo.

Tenga, pues, el buen cristiano cuidado que los que tiene en su casa estén libres de vicios conocidos, como son enemistades, juegos, perjurios, blasfemias y deshonestidades. Y demás de esto, que sepan la doctrina cristiana y que guarden los mandamientos de la Iglesia, y señaladamente el de oír misa domingos y fiestas y ayunar los días que son de ayuno, si no tuvieren algún legítimo impedimento, según que arriba fué declarado.

CAPITULO LXXXII

Oración de Santo Tomás para pedir todas las virtudes

Todopoderoso y misericordioso Señor Dios, dadme gracia para que las cosas que son agradables a vuestra divina voluntad, ardientemente las desee, prudentemente las busque, verdaderamente las conozca y perfectamente las cumpla, para gloria y honra de vuestro santo nombre.

Ordenad, Señor, el estado de mi vida, y lo que me pedís que haga, dadme luz para que lo entienda y fuerza para que lo obre así como conviene para la salud de mi alma.

Séame, Señor, el camino para vos seguro, derecho y perfecto, y tal, que entre las prosperidades y adversidad de esta vida no desfallezca, para que en las prosperidades os alabe, y en las adversidades no desmaye, y ni me ensoberbezca en las unas ni desconfíe en las otras. De ninguna cosa tenga tristeza ni alegría, sino de lo que me llegare a Vos o me apartare de Vos.

A nadie deseo más contentar que a Vos, ni temo descontentar a otro más que a Vos.

Séanme viles todas las cosas transitorias por amor de Vos y muy caras y preciosas todas las vuestras, y Vos, Dios mío, sobre todas ellas.

Déme, Señor, en rostro todo gozo sin Vos y no desee alguna cosa fuera de Vos.

Séame deleitoso cualquier trabajo por Vos y enojoso cualquier descanso que tomare sin Vos.

Dadme que a menudo levante a Vos mi corazón, y si algunas vez a esto faltare, recompense esta falta con dolerme y pesarme de ella y proponer enmendarla.

Hacedme, Señor Dios mío, humilde sin fingimiento,

alegre sin distraimiento, triste sin decaimiento, maduro sin pesadumbre, pronto para vuestro servicio sin liviandad, verdadero sin doblez, casto sin corrupción, temeroso sin desesperación y confiado sin presunción.

Dadme que avise yo al prójimo sin fingimiento, que lo edifique con palabras y obras sin soberbia, que obedezca a los mayores sin contradicción y que sufra voluntariamente los trabajos sin murmuración.

Dadme, dulcísimo Dios mío, un corazón velador, que ningún pensamiento lo aparte de Vos; un corazón noble, que ningún bajo deseo lo cautive; un corazón valeroso, que ningún trabajo lo quebrante; un corazón libre, que ningún poder lo fuerce, y un corazón derecho, que ninguna mala intención lo pueda doblar.

Dadme, dulcísimo y suavísimo Señor, entendimiento que os conozca, cuidado que os busque, sabiduría que os halle, vida que siempre os agrade y perseverancia que confiadamente os abrace.

Dadme que merezca yo ser enclavado en vuestra cruz por penitencia y que use de vuestros beneficios en este mundo por gracia y goce de vuestras alegrías en el cielo por gloria. Amén.

LIBRO TERCERO

JESUCRISTO REDENTOR

PREAMBULO

CAPITULO I

De cuánto fruto sea la consideración de la vida y muerte de nuestro Redentor

Dice San Buenaventura que entre todos los ejercicios de la vida espiritual, uno de los más provechosos y que a más alto grado de perfección puede levantar un alma es la consideración de la vida y muerte de nuestro Salvador, porque en ninguna parte hallará el hombre con qué mejor se pueda armar, así contra vanidades y halagos lisonjeros de este siglo como contra sus adversidades y encuentros, como en la vida y muerte del Salvador, que es perfectísimo remedio para todo. Y de la frecuente meditación de ella viene el hombre a cobrar una manera de familiaridad, confianza y amor con este Señor, con que fácilmente se mueve el menosprecio de todas las otras cosas fuera de Él.

Y además de esto, ¿dónde se hallan mejor las virtudes de la altísima pobreza, profundísima humildad, perfectísima caridad, obediencia, paciencia, mansedumbre y oración, con todas las demás, que en la vida del Señor de las virtudes? Por donde, como dice San Bernardo, en vano trabaja el hombre por las virtudes si piensa alcanzarlas de otra parte que del Señor de las virtudes, cuya doctrina es regla de prudencia, cuya misericordia es obra de justicia, cuya vida es ejemplo de templanza y cuya muerte es estandarte de paciencia. Y en otro lugar, ¿de dónde, dice él, nace la paciencia en el martirio, sino de haber estado el hombre escondido por continua devoción y meditación en las llagas de Cristo? En ellas estaba el mártir triunfante y alegre, aunque tenía todo el cuerpo despedazado y arado con surcos de hierro. Pues ¿dónde estaba entonces el alma del mártir que padecía? Sin duda en las llagas del Salvador, que están abiertas para quien en ellas se quiere

esconder. Porque si solamente estuviera en su propia carne, allí la hallara el hierro que la buscaba, y si allí la hallara, claro está que la hiriera y maltratara.

Pues, según esto, el que quisiere, como dice un doctor, alcanzar verdadero conocimiento de Dios, el que desea verdadera sabiduría de las cosas eternas, el que quiere tener riqueza y abundancia de merecimientos, el que quiere venir a la cumbre de todas las virtudes y gracias, el que entre las adversidades y prosperidades de esta vida quiere llevar camino derecho y cierto, procure llegarse a estos sagrados misterios y traerlos siempre en su corazón. Porque en la cruz de Cristo se humilla la soberbia, y se ensancha la caridad, y se alarga la perseverancia, y se ensalza la esperanza, y toda nuestra vida se conforma con aquel que por nuestro amor se quiso conformar con nuestra naturaleza.

Abundante variedad de temas. Y como sea verdad que una de las cosas más contrarias a los ejercicios de devoción sea el hastío de pensar siempre una misma cosa, para contra esto no hay remedio más conveniente que los misterios de la vida y muerte del Salvador, porque aquí hay un campo muy espacioso y ancho, donde hay tanta variedad de ejemplos, de doctrina y de misterios, que siempre tendrá el hombre nuevas cosas con que no sólo pueda excusar este hastío, sino también alumbrar su entendimiento y despertar su devoción. Porque ¿qué cosa de mayor variedad que la vida de nuestro Salvador, tomándola desde el principio de su Encarnación hasta el fin de su gloriosa Ascensión? ¡Qué de pasos, qué de misterios, qué de ejemplos, qué de milagros, qué de consejos y doctrinas están sembrados por toda ella! ¿Qué puede el corazón devoto desear que aquí no halle? ¿A qué virtud puede uno ser inclinado para la cual no halle aquí maravillosos ejemplos?

Pues, entre los afectos de devoción, unos corazones hay inclinados a compasión, otros a amor, otros a temor, otros a esperanza, otros a dolor de los pecados, otros a admiración de las obras divinas, otros a menosprecio del mundo, otros al aborrecimiento del pecado y otros a otras maneras de afectos semejantes.

Pues ¿para cuál de éstos no se hallarán motivos y despertadores en la vida y muerte del Salvador? ¿A quién faltarán lágrimas de devoción en los misterios de su niñez, y de compasión en los de su muerte. y de amor en los beneficios de su vida santísima? ¿Quién no se maravillará del abismo de tan profunda humildad y caridad como resplandece en todas las obras de la vida de este Señor? ¿Quién no temerá el castigo de la divina justicia conside-

rando la que fué ejecutada en aquella tan alta persona, y quién, por el contrario, no esperará en la divina misericordia cuando considera los divinos merecimientos y el valor de aquella sangre preciosa?

Así que para todas las cosas hallará camino quien esta heredad labrare. Esta es una mesa real de todos los manjares, un paraíso de todos los deleites, un jardín de todas las flores, una plaza de todas las cosas, una como feria espiritual de todos los bienes.

Así que no hay por dónde nadie se deba excusar de este ejercicio, pues en él hallará cada uno lo que conviene para su remedio. Esta es entre todas las devociones la más provechosa, la más dulce, la más alta para los altos, y la más humilde para los bajos, y la más profunda para los sabios, y la más fácil para los ignorantes y simples, y aunque sea más alta la contemplación de la divinidad de Cristo que la de su sagrada humanidad, pero ésta es como principio y puerta para entrar en aquélla. Y por esto quiso el Salvador que su costado fuese abierto con una lanza, para darnos a entender que por las aberturas de sus llagas habíamos de entrar en el secreto de su corazón y en el santuario de su divinidad. Porque en aquellas sagradas llagas resplandecen más altamente que en ninguna otra cosa criada la divina bondad, la misericordia, la sabiduría, la omnipotencia, la providencia, la justicia, la caridad y todos los otros atributos y perfecciones divinas.

El ejemplo de los santos.

A este santo ejercicio nos convidan los ejemplos y dichos de los santos, los cuales señaladamente aprovecharon por este camino. De la bienaventurada virgen Santa Cecilia se escribe que traía siempre el Evangelio de Cristo en su pecho, lo cual, como declara San Buenaventura, no se ha de entender que lo trajese solamente en el seno, sino que lo traía también en el corazón, meditando y rumiando siempre como animal limpio la doctrina y misterios de la vida del Salvador.

Semejante ejemplo es el de nuestro padre Santo Domingo, de quien se escribe que traía siempre el Evangelio de San Mateo, de donde el santo varón, como de una mesa celestial, comía para sí y comía también para dar pasto a los hijos que criaba.

San Bernardo, devotísimo y santísimo doctor, en este mismo ejercicio gastaba su vida, y por aquí llegó a tanta perfección como él mismo lo confiesa a sus religiosos, diciendo así: Yo, hermanos, desde el principio de mi conversión, en lugar de los merecimientos que entendí que me faltaban, hice un manojico de mirra, compuesto de to-

das las amarguras y trabajos de mi Señor, el cual procuré siempre traer dentro de mi corazón; lo cual hacía yo pensando primeramente en las necesidades y pobrezas de todos aquellos pasos y misterios de su niñez, y después en los trabajos de su predicación, en el cansancio de sus caminos, en las vigilias de su oración, en las fatigas de sus ayunos, en las lágrimas de su compasión, en las asechanzas de sus enemigos y, finalmente, en los peligros que le vinieron por aquellos falsos hermanos; conviene saber, en las acusaciones, persecuciones, injurias, bofetadas, deshonras, escarnios, azotes, espinas, clavos, con todo lo demás. Pensar siempre en esto tuve por mi sabiduría, y aquí hallé la suma de todo lo que me convenía saber.

Aquí me daba a beber un licor precioso, que a veces es de saludable amargura, a veces de inefable consolación. Esto me levanta en las adversidades y me abaja en las prosperidades, y entre las tristezas y alegrías de la vida presente me guía por camino real, desechando los peligros que de la una y de la otra banda me quisieren saltear. Esto me reconcilia y hace amigo al Juez del mundo, cuando me representa manso y humilde al que me ha de juzgar y cuando me hace no solamente placable, sino también amable, a aquel que es inaccesible a los príncipes del cielo y terrible a los reyes de la tierra.

Por tanto, hermanos míos, estos misterios traigo siempre en la boca, predicándolos, como vosotros sabéis, y éstos en mi corazón siempre rumiándolos, como lo sabe Dios, y de éstos escribe siempre mi pluma, como todos ven, y ésta es y será siempre mi altísima y entrañable filosofía, saber a Jesús, y éste crucificado. Hasta aquí son palabras de San Bernardo.

Pues a esta santa consideración, entre los doctores, señaladamente nos convida en muchos lugares de sus escrituras el devotísimo San Buenaventura, el cual, en el libro llamado *Estímulo de amor*, dice así: No conozco otra mayor gloria, hermanos, que la cruz de nuestro Salvador. Si es preciosa la muerte de los santos en los ojos de Dios, porque murieron por Él, ¿cuánto más preciosa debe ser la muerte del Señor de los santos en los nuestros, pues murió por nosotros? Pues si tan preciosa y tan amada conviene que sea esta muerte, ¿qué merecen los que siempre viven olvidados de ella? ¡Oh, con cuánta razón se quejó el Salvador entonces y se queja ahora de los tales por su Profeta, diciendo (Salm. 87, 9): Alejaste, Señor, de mí mis amigos y prójimos, y mis conocidos se apartaron de mi miseria. Extraño soy hecho a mis hermanos, y peregrino a los hijos de mi madre. ¡Esperé quien conmigo se entristeciese, y no lo hubo, y quien me consolase, y no lo hallé!

Pues no queráis, hermanos, huir del Señor, no dejéis esta santa compañía de la Virgen, y del discípulo, y de las otras santas Marías. Subamos con ellos a la palma de la cruz y comamos del fruto de ella, porque de ella cuelga la carne del Hijo y el corazón de la Madre.

No se excuse nadie, de cualquier estado que sea, porque aquí hallará cada uno su remedio. Si eres pecador, aquí hallarás cómo aborrezcas el pecado, considerando que Dios muere por los pecados. Si eres penitente, aquí te esforzarás a hacer penitencia, mirando la que hace este cordero que no debe nada. Si eres deseoso del bien obrar, aquí hallarás ejemplo perfectísimo de todas las buenas obras y virtudes. Y si eres perfecto, aquí hallarás aparejo para transformarte en el Hijo y en la Madre, teniéndoles entrañable compasión y amor.

Pues, ¡ oh hermanos !, no se excuse nadie, pues nadie hay que no halle aquí gobierno para su vida, puerto de salud, socorro para sus peligros, morada para su alma y camino para la verdadera felicidad, porque todo esto se halla en esta sacratísima pasión.

Inagotable manantial de bienes. Ella es la que nos abre las puertas del paraíso, la que guía los ciegos, sustenta los cojos, encamina a los desencaminados, consuela a los pobres, enfrena a los ricos, humilla a los soberbios y avergüenza a los regalados. Ella es, como dice San Crisóstomo, guarda de los pequeñuelos, maestra de los ignorantes, filosofía de simples, ayo de mozos, leche de niños, manjar de rústicos, oratorio de devotos, retablo de contemplativos, libro de ignorantes, esfuerzo de penitentes, escudo de flacos, medicina de enfermos, remedio de pecadores, consiliario de justos, tesoro de pobres, puerto de perdidos, refugio de todos los atribulados.

Pues si quieres, hermano mío, poseer en una cosa todas las cosas, abrázate con esta cruz, entra en este santuario y haz tu nido, como paloma casta, en los agujeros de esta piedra. Vuela, como dice San Bernardo, por aquellas santas manos, vuela por aquellos sagrados pies y enciérrate volando en aquel precioso costado.

Pues ¿qué resta ahora sino rogar a todos los que de verdad desean aprovechar en la vida espiritual y rogar también a todos los maestros y enseñadores de esta vida que trabajen siempre por imponer en estos ejercicios a las personas que tomaren a su cargo? De suerte que, después de salidos de pecado y después de aquellos primeros ejercicios de contrición y penitencia, luego les entreguen los misterios de la vida y pasión de Cristo, para que comien-

cen a gustar cuán suave es el Señor y con el gusto de las cosas espirituales vengan a menospreciar todos los gustos y deleites sensuales.

Porque aunque éste sea libro de perfectos, también lo es de principiantes, y aquí hallarán leche los unos y manjar de más substancia los otros. Porque éste es aquel río de Ezequiel (47, 3) que por un cabo llegaba hasta los tobillos y por otro no se podía vadear, donde, como dicen los santos, andan los corderos y nadan los elefantes. Este es el libro del mismo profeta (2, 9), escrito dentro y fuera, para que en lo de fuera lean los principiantes, y en lo interior y más secreto, los perfectos. Y por esto, así como al que quiere estudiar gramática, luego le ponen un arte en las manos, así al que quiere estudiar esta filosofía del cielo, luego le deben entregar estos misterios de la vida y pasión de Cristo Nuestro Señor.

Y no se debe de negar este socorro aun a los que hubieren sido muy pecadores, porque éstos tienen necesidad de tantos mayores remedios cuanto tienen adquiridos más malos hábitos. Pues ¿qué harán éstos cuando se vean acosados de la furia de sus pasiones antiguas, sopladas con el viento del demonio, de la carne, del mundo y de la costumbre depravada? Porque algunos de éstos, mayormente en la juventud, como dice San Jerónimo, arden, más que los fuegos del monte Etna, con llamas de lujuria, otros con ardores de codicia, otros con deseos encendidísimos y rabiosísimos de venganza, otros con apetitos de privanzas, dignidades y honras. Pues ¿qué harán estos miserables si les falta este esfuerzo, este refrigerio y este ejemplo y socorro, este pasto celestial, esta consolación y esta luz? Si el Salvador dijo a los discípulos al tiempo de la pasión (Mt. 26, 41): Velad y orad por que no seáis vencidos de la tentación, ¿qué otro mejor escudo ni remedio puede haber para tales necesidades?

Dice San Agustín que ninguna cosa halló más provechosa para este caso que la memoria de las llagas del Salvador. La piedra, dice David (Salm. 103, 12), es refugio para los erizos: porque no tienen otra mejor guarida los que están llenos de las espinas de sus pecados que los agujeros de aquella sagrada piedra que por nosotros fué herida con la vara de la divina justicia, para que de ella saliese agua viva que lavase nuestros pecados y apagase la sed de nuestros deseos.

I.-DE LA NECESIDAD DE LA REDENCION

CAPITULO II

Del pecado original y de sus efectos

Comenzando a tratar en particular de este inefable misterio de nuestra redención, habemos de presuponer que ella fué remedio y medicina de la común caída y dolencia del género humano, y señaladamente del pecado original, con que la naturaleza humana quedó pervertida y lisiada. Y porque no se puede conocer bien la eficacia de la medicina sino conocida la malicia de la dolencia, trataremos primero de la dolencia y luego de la medicina. Para lo cual será necesario tomar este negocio de sus primeros principios.

Para la inteligencia de esta doctrina habemos de tomar por fundamento la inmensa bondad de nuestro Señor Dios, que es el principio de todas sus obras, y mucho más de ésta, que por excelencia se llama la obra de Dios.

Pues, como sea propio de la bondad ser comunicativa de sí misma y de los bienes que tiene, de aquí se infiere que a la suma bondad, cual es la divina, conviene suma comunicación. Por tanto, no contento Él con haber comunicado a sus criaturas el ser que tienen, con todo lo necesario para la conservación de este ser, pasó tan adelante la grandeza de su magnificencia, que no contento con la comunicación de los bienes creados, quiso también comunicar los increados, que es la comunicación y participación de su misma bienaventuranza y gloria. Por lo cual creó dos órdenes de criaturas nobilísimas y capaces de esta tan grande gloria: unas puramente espirituales, como son los ángeles, y otras espirituales y corporales, como son los hombres. Los cuales, aunque son criaturas muy bajas en comparación de los ángeles, mas en dignidad de este fin tan glorioso, son iguales a ellos.

El hombre en su creación. Mas dejemos ahora los ángeles, que no hacen a nuestro propósito, y tomemos al hombre, al cual crió Dios para el fin susodicho. Y porque las obras de Dios

son perfectas y ordenadas con suma sabiduría, como crió al hombre para tan alto fin, así le proveyó de todas las perfecciones y gracias que para tal dignidad se requerían. Porque primeramente le infundió su gracia con los hábitos de todas las virtudes que de ella proceden, para que con la gracia fuese su alma graciosa y hermosa en los ojos de Dios y con las virtudes estuviese hábil y dispuesta para bien obrar.

Y no contento con esto, criólo con la justicia original, que fué como una corona real, con que le dió señorío sobre todos los animales, para que todos le obedeciesen, y sobre la muerte y sobre todas las enfermedades que abren camino para ella, y, lo que es más, dióle señorío sobre todos los apetitos y deseos de su carne, los cuales en aquel dichoso estado obedecían a la voluntad con tanta facilidad como le obedecen ahora los miembros cuando los quiere menear, advirtiéndole que, siendo él fiel y obediente, gozarían de todas estas gracias y privilegios, así él como todos sus descendientes, y no lo siendo, así él como todos ellos los perderían.

El pecado de nuestros primeros padres. Entonces el demonio, como enemigo de Dios, con rabiosa envidia que contra el hombre concibió por haber de suceder en el lugar que él perdió, procuró engañar a la mujer, y por ella pervertir al hombre y hacerle quebrantar el mandamiento divino.

Por el cual pecado perdieron ambos las gracias y virtudes que de Dios habían recibido, y con ellas el señorío que de todas las cosas les había dado, y señaladamente el que tenían sobre su carne, con todos sus apetitos. Y así luego conocieron su desnudez, y hubieron vergüenza el uno del otro, y cubrieron sus partes naturales con hojas de árboles, porque comenzaron luego a sentir la pena de su pecado.

Y si, perdido todo lo gratuito, quedara lo natural entero, fuera alguna manera de consuelo ; mas no fué así, sino que esto también quedó por el pecado tan estragado y corrupto, que desde la planta del pie hasta la cabeza no quedó en él cosa sana.

De manera que le podemos muy bien aplicar aquello que el Profeta dice (Salm. 108, 17): Vistióse de maldición como de una vestidura, y entró así como el agua en lo interior de él, y así como óleo en todos los huesos de él. Bastaba decir que lo había cubierto la maldición como una vestidura de pies a cabeza, sin que nada quedara por cubrir, porque harto gran miseria era ésta ; mas por que no pensases que lo de fuera sólo quedaba maldito y lo de dentro

sano, dice también que entró como agua en todo lo interior de él, para que así entiendas que ninguna cosa quedó libre de maldición ni dentro ni fuera de él. Y porque el agua no es tan penetrativa como otros licores y pudieras, por ventura, imaginar que todavía quedaba alguna parte más escondida que no había sido penetrada de esta maldición, por eso añadió diciendo que entró también como óleo, que es el licor del mundo más penetrativo, dentro de los huesos de él, que es la parte más secreta y escondida del hombre. De suerte que la maldición llegó hasta los tuétanos, que es hasta lo más íntimo y más secreto del alma, que es aquella parte espiritual de ella que llaman mente, aquella que confina con los ángeles, aquella que es hecha a imagen de Dios, aquella que, así como es espíritu, así naturalmente es amiga de cosas espirituales y enemiga de carnales. Pues ésta también quedó toda por el pecado contaminada y estragada y hecha de carne.

De manera que como haya en el hombre tres partes principales, cuerpo y alma y espíritu, todas tres quedaron lisiadas e inficionadas por el pecado. Porque la maldición, como vestidura, cubrió la carne con todos sus sentidos, y como agua, entró en el alma con todas sus pasiones, y como óleo, penetró hasta lo íntimo del espíritu con sus potencias, entre las cuales el entendimiento quedó ciego, la voluntad enferma, el libre albedrío flaco y la memoria distraída y olvidada de su Criador.

La transmisión del pecado original. Pues tal cual el hombre por el pecado quedó, tales nos engendró a todos: mortal a mortales, enfermo a enfermos, miserable a miserables, mal inclinado a mal inclinados, pecador a pecadores y sujetos al demonio, a quien él se sujetó, y, finalmente, desnudo a desnudos, no tanto de la ropa cuanto de justicia y gracia.

Ni es maravilla que los hijos de este primer hombre nazcan privados de aquella gracia y justicia original que él perdió; porque así como el caballero que comete una traición contra su rey pierde el estado y mayorazgo que tenía, y por él lo pierden todos sus descendientes, como hijos de traidor, así, cometiendo el primer hombre aquella traición de levantarse contra Dios, él perdió aquella grande dignidad que había recibido, y nosotros la perdimos por él. Este es, pues, el estado miserable en que el hombre quedó por el pecado.

Pues de la privación de esta dignidad, que es de estos privilegios y gracias que el hombre perdió pecando, nace otro grande mal. El cual es que, siendo razón que la criatura amase más a su Criador que a sí misma y que

a todas las cosas, como vemos que los miembros aman más a su cabeza que a sí mismos, y así se ponen a ser cortados por ella; mas no es así, antes nacen todos los hombres con un torcimiento y una grande lisión y monstruosidad, que es como una inclinación habitual de amar más a sí y a todas sus cosas que a Dios. De manera que nacen vueltas las espaldas a Dios y convertidos a sí mismos por este amor tan desordenado que se tienen. Y este torcimiento y desorden que procede de la pérdida susodicha es lo que los teólogos llaman pecado original, en el cual todos somos concebidos.

Cuán conforme sea a la lumbre de la razón lo que la religión cristiana enseña del pecado original.

Para entendimiento de la doctrina del pecado original se ha de presuponer como cosa de fe que no crió Dios al hombre con las imperfecciones y siniestros que ahora padece, así en el cuerpo como en el alma. Lo cual, además de ser cosa de fe, mostraremos aquí probablemente y cuasi a vista de ojos. Y para esto presuponemos dos cosas: la una, que este soberano Señor, aunque pudiera criar al hombre, como dicen, *in puris naturalibus*, y así estuviera sujeto a las penalidades a que ahora está, pero no convenía a la magnificencia de su bondad criarlo de esta manera. Y por esto no quiso que en la naturaleza humana hubiese pena donde no había culpa.

La otra es que todas las obras que Él hace, cada cual en su género, son tan acabadas y perfectas, que ningún desorden ni imperfección hay en ellas, ninguna cosa que les falte ni que les sobre. Lo cual testifica Salomón por estas palabras: No hay cosa que se pueda añadir ni quitar a las obras que con tanta sabiduría y providencia hizo Dios para ser por ellas conocido y reverenciado (Ecl. 3, 14). Conforme a lo cual se escribe en el libro de la Sabiduría que todas las cosas hizo Dios con número, peso y medida (Sab. 11, 21), significando en estas tres palabras la perfección de todas las obras de aquel sapientísimo artífice que lo formó todo. Porque entre las cosas corporales, unas se reglan por números, otras por peso y otras por medida. Pues para dar a entender el Sabio la extremada perfección de las obras divinas juntó estas tres cosas en una, que son número, peso y medida.

Pero no es menos claro testimonio el que leemos en el libro del Génesis (1, 31), donde, acabada la creación del mundo, se escribe que vió Dios todas las cosas que había hecho en aquellos seis días, y que eran en gran manera buenas. Donde no se contentó con decir que eran buenas,

sino añadió también aquella palabra «en gran manera buenas», esto es, perfectísimas cada cual en su especie.

Esto mismo testifica la filosofía seglar a cada paso, diciendo que el autor de la naturaleza siempre hace lo mejor y más perfecto. Y lo mismo confirma la razón, porque la imperfección de la obra arguye imperfección en el artífice, lo cual sería blasfemia atribuir a aquel sapientísimo Hacedor.

De las principales secuelas del pecado original.

Supuestos estos dos fundamentos, que son tan claros, probaremos ahora que no era cosa digna de Dios criar al hombre con tantos defectos y manqueras y con tantos siniestros e imperfecciones con que nace del vientre de su madre. Para lo cual veamos ahora los más principales y más comunes desórdenes de la vida humana, y después recontaremos cómo éstos nacen de la mala raíz y simiente del pecado en que fué el hombre concebido.

a) *No vivir conforme a razón y virtud.*—Pues primeramente cónstanos ser el hombre criatura racional, que es su propia naturaleza, con la cual se diferencia de todas las otras criaturas inferiores, y según esto, la cosa más natural y más propia del hombre había de ser vivir conforme a razón, lo cual es vivir virtuosamente; porque la virtud está tan conjunta con la razón y es tanto su hermana, que la misma razón es regla de ella, como Aristóteles define. Mas nosotros vemos por experiencia cuán lejos está el común de los hombres de vivir conforme a razón y virtud, porque, generalmente, se rigen por sus apetitos y deseos; luego necesariamente habemos de confesar que alguna dolencia hay en la naturaleza humana, pues no hace aquello que es tan propio de su naturaleza.

Cuando vemos que el caballo no puede correr, ni el pez nadar, ni el ave volar, entendemos haber en estos animales alguna enfermedad que impide esta obra tan propia y tan natural a este género de animales. Pues muy más natural es a la criatura racional vivir conforme a razón y virtud que cualquiera de estos movimientos a estos animales; luego habemos de concluir que hay alguna general dolencia en la naturaleza humana, la cual impide una obra tan propia y tan natural como ésta.

b) *Sernos sabroso el vicio y penosa la virtud.*—Es también común sentencia de filósofos que todas las obras naturales son deleitables, porque con este cebo nos despierta y convida la naturaleza a ellas. Así los ojos huelgan de ver, los oídos de oír, el paladar de gustar, y así las demás.

Pues siendo tan natural obra de la criatura racional vivir a ley de razón y de virtud, según está dicho, había de serle la obra de la virtud muy deleitable y la del vicio muy penosa. Mas lo contrario vemos por experiencia: que las virtudes son al común de los hombres dificultosas, y los vicios, por el contrario, muy sabrosos; luego doliente está la naturaleza donde hay este desorden.

c) *Estima grande de los bienes del cuerpo y desprecio de los del espíritu*—Esto mismo se prueba por el desorden de nuestros apetitos de esta manera. Es el hombre compuesto de dos partes, que son cuerpo y alma, tan desiguales entre sí, que la una es mortal y la otra inmortal, la una terrena y la otra celestial, la una semejante a las bestias y la otra a los ángeles. Estas dos partes tienen cada cual sus propios bienes: los del cuerpo son salud, fuerzas, ligereza, riquezas y hermosura; los del alma son estos mismos, espiritualmente tomados, esto es, salud y buena disposición del ánima, fuerzas para resistir al vicio, ligereza para correr por el camino de la virtud y riqueza de todos los bienes espirituales.

Pues siendo tanta la ventaja que hacen los bienes del alma a los del cuerpo, cuanto ella es más excelente que él, el orden de nuestra voluntad y apetito por natural derecho pedía que lo más precioso fuese más estimado, más amado y con más diligencia procurado. Lo contrario de lo cual vemos en el común de los hombres, los cuales precian y aman tanto los bienes del cuerpo y búscanlos con tan grande ardor y diligencia, que de día y de noche ninguna otra cosa piensan, ni buscan, ni tratan, ni sueñan; ni hay peligros de mar, ni de tierra, ni de fuego, ni de agua, ni de lanzas y espadas a que no se arriesguen por estos bienes. Mas por los otros espirituales y divinos, que sin comparación son más excelentes, ¿quién así se desvela, quién así trabaja, quién así se pone a peligros de la vida por ellos?

Pues ¿quién no entenderá por aquí el estrago y corrupción del paladar de nuestro apetito, que tan mal arrostra a la dignidad de estos bienes espirituales y tanto se desperece y fatiga por aquellos vilísimos y corporales? Lo cual se prueba aún más claro por este ejemplo: de la manera que se ha el gusto de nuestro paladar para lo dulce y amargo, para lo más dulce y menos dulce, así se ha el apetito de nuestra voluntad para el bien y para el mal, que es el objeto de nuestra voluntad, así como lo dulce y lo amargo lo es del paladar. Pues vemos que cuando el paladar no juzga rectamente de los sabores, teniendo lo dulce por amargo y lo amargo por dulce, lo sabroso por desabrido, lo desabrido por sabroso, como lo hace la mujer que come tierra o pedazos de jarros de barro mal co-

cido, entendemos que hay dolencia en el cuerpo y que el paladar está corrupto.

Pues, según esto, viendo el desorden de nuestra voluntad en el amor de los bienes, no tomando gusto en los bienes espirituales y divinos y tomándolo tan grande en los bienes vilísimos de la carne, ¿quién no juzgará que la tal voluntad está pervertida y estragada y que no era posible que aquel artífice soberano la criase con tal desorden?

d) *Rebeldía de la carne contra el espíritu.*—Pasemos adelante y tomemos por fundamento lo que acabamos de decir de la excelencia de nuestra alma y bajeza de nuestro cuerpo. Notoria cosa es, según toda filosofía divina y humana, que naturalmente el alma se hizo como señora para mandar, y el cuerpo, para servir y obedecer, como se hace en las repúblicas bien ordenadas, donde los nobles rigen y mandan y el pueblo bajo obedece.

Pues, siendo este orden tan natural, había de obedecer y servir este cuerpo al alma con suavidad y facilidad, como vemos que los miembros del mismo cuerpo, sin haber entre ellos esta superioridad, sirven unos a otros cuando es menester. Mas todos experimentan cada hora la rebeldía de la carne contra el espíritu. Lo cual explicó el Apóstol cuando dijo (Rom. 7, 23): Siento una ley en mis miembros que repugna a la ley de mi alma con tanta fuerza, que me cautiva y sujeta a la mala inclinación del pecado que está en mi carne. Pues siendo éste un tan gran desorden y repugnancia y un como cisma entre las partes del mismo hombre, ¿cómo lo había de criar aquel sapientísimo artífice con esta manera de división y contrariedad, que es el principal impedimento de toda virtud y honestidad?

e) *Olvido del último fin.*—A todo lo dicho añado el extraño olvido que los hombres tienen en buscar el último fin para que fueron criados. Porque vemos que todos los brutos animales en ninguna otra cosa se ocupan sino en buscar todo lo que es necesario para su vida y conservación de sus cuerpos, que es el fin que les fué puesto por su Hacedor, como a criaturas irracionales que no eran capaces de otro mayor bien. Mas el fin del hombre, que dentro de sí tiene aquel rayo de la divina luz que es la razón, por cuya virtud se dice haber sido criado a imagen de Dios y por ella puede pasar de vuelo sobre todos los cielos y llegar hasta el Criador de ellos, otro fin tiene más alto, proporcionado a la nobleza de su estado, que es la contemplación y amor del sumo bien, que es Dios, como los más excelentes filósofos Aristóteles y Platón determinaron.

Mas el medio y camino para alcanzar este género de

contemplación es la posesión de las virtudes morales, con las cuales se quieta el bullicio de nuestras pasiones, que nos abaten a la tierra y apartan del cielo, y se purifican y avivan los ojos del alma para contemplar aquella infinita luz y hermosura. Para estos dos oficios nos fué dado el entendimiento, el cual tiene dos habilidades: una para procurar las virtudes y ordenar prudentemente la vida, y otra para levantarse al estudio y consideración de las cosas espirituales y divinas. Las cuales dos habilidades llaman los filósofos y teólogos entendimiento práctico y especulativo, no porque estos dos entendimientos sean distintos entre sí, porque no son sino uno sólo, que tiene estas dos facultades que llamamos por estos nombres.

Pues, siendo esto así, el orden natural pedía que, así como los brutos animales en ninguna cosa se emplean sino en procurar y buscar todo lo que se requiere para la perfección y conservación de su ser, que es su fin, así también en su grado lo hiciese el hombre. Lo cual vemos en el común de los hombres tan al revés, que en ninguna cosa menos se ocupan que en ésta, la cual sola había de ser su perpetua ocupación. Mas antes de tal manera han torcido y bastardeado de la generosidad de su naturaleza, que así como las bestias en ninguna otra cosa entienden sino en buscar bienes para su cuerpo, así ellos, generalmente hablando, en ninguna otra cosa noche y día se ocupan sino en lo mismo que ellas.

Pues ¿qué mayor bajeza, qué mayor plaga, qué mayor dolencia puede ser que una tan noble criatura, capaz de la felicidad y gloria de Dios, venga a hacerse semejante a las bestias y no pretender otro fin ni tener otra ocupación que ellas? Pues ¿para qué recibiste, hombre, aquel rayo de la luz divina que es la lumbre de la razón, que te constituye en ser de hombre, y te diferencia de las bestias, y te hace capaz de Dios?

f) *Degradación a que el hombre ha llegado.*—Pero hay aquí otra cosa más para sentir y ponernos mayor admiración, y es que no solamente no se emplea la mayor parte de los hombres en aquellos dos oficios que dijimos, que son procurar las virtudes y contemplar las cosas divinas, mas antes el entendimiento, que había de ser oficial y ejecutor de toda virtud, de tal manera, si decir se puede, ha apostatado, que se ha hecho oficial e inventor de todos los vicios. Porque ¿quién ha sido el inventor de tantas diferencias de potajes, de golosinas, de lujurias, de nuevos trajes, de edificios tan costosos y tan curiosos, de tantas maneras de juegos, de cartas, de tablas, de dados, etc., y lo que es peor, de tantos pertrechos de guerra, de tantas diferencias de armas, de tanta artillería, con que llegaron

a imitar lo que a sólo Dios pertenecía, que es tronar y relampaguear y despedir rayos de las nubes, y todo esto para destrucción del género humano, para que ni la mar, ni la tierra, ni otro algún lugar deje de estar regado con sangre humana?

En lo cual parece que no solamente se ha hecho el hombre semejante a las bestias, mas quedó aún mucho peor, porque la malicia, armada con las fuerzas de la razón, a mucho mayores males se extiende. Por lo cual dice un filósofo que no hay fiera más pestilencial para el género humano que la mala voluntad ayudada con el ingenio y agudeza de la razón.

Pues ¿quién no lamentará esta tan gran miseria? ¿Quién no se espantará de esta perversidad y apostasía de esta parte divina que Dios puso en el hombre? ¿Quién no verá claro por este argumento la miserable dolencia de la naturaleza humana y que no era posible que de las manos de aquel sumo Artífice manase una obra tan desordenada como ésta?

Falsa explicación de estos desórdenes.

Este desorden es tan grande y tan contrario a la rectitud y orden de la naturaleza y espantó tanto a los profesores de la filosofía, que vinieron a tomar de aquí motivo para decir grandísimos desatinos. Porque unos, considerando el orden que guardaban los animales en la conservación de sus vidas y el desorden y confusión de las cosas humanas, vinieron a decir que Dios tenía providencia de los animales, mas no de los hombres. Pues ¿qué cosa se pudiera decir más fuera de toda razón?

Y otros hubo aún más desatinados, los cuales, persuadidos por las razones que habemos alegado y por otras semejantes, dijeron que no era posible críar Dios al hombre con estas tan perversas inclinaciones y siniestros, y no sabiendo el secreto del pecado original causador de todos estos males, vinieron a decir que el demonio, y no Dios, había creado al hombre con todas estas cosas de acá abajo. Y así pusieron dos principios y autores de las cosas criadas: uno de las invisibles, que era Dios, y otro de las visibles, que era el demonio.

En el cual error, que fué de los maniqueos, estuvo enlazado San Agustín hasta los treinta años de su edad, en el cual tiempo, como él tampoco sabía el secreto del pecado original, no acababa de espantarse de estos desórdenes que veía en el hombre, presuponiendo que esto no podía venir de Dios, autor santísimo y sapientísimo. Lo cual entenderá quien leyere el libro de las *Confesiones*, donde muestra las angustias y congojas que sobre este

caso padecía buscando la causa de estos males. Y así, el séptimo libro de sus *Confesiones*, capítulo V, dice así: Bueno es Dios y buenas hizo todas las cosas. Pues ¿de dónde procedió el mal, de dónde entró acá? ¿Cuál fué su raíz? ¿Cuál su simiente? O ¿por ventura no hay tal cosa? Pues ¿por qué tememos lo que no es? Y si vanamente tememos, ya ese temor es malo. Pues ¿de dónde nació, pues Dios bueno, todas las cosas hizo buenas? Pues ¿de dónde tuvo origen este mal? ¿Habrá, por ventura, alguna materia mala, y formólo de ella, y dejó alguna cosa que no convirtiese en bien? ¿Por qué la dejó o por qué no le quitó aquel mal, o destruyó aquella materia o no la convirtió en bien, pues era todopoderoso? Tales cosas revolvía en mi pecho miserable, fatigado con cuidados congojosísimos del temor de la muerte sin haber hallado la verdad. Y un poco más abajo: ¡Cuáles eran, Dios mío, los tormentos de mi alma! ¡Cuáles los dolores de parto de mi corazón! Tú sólo sabías lo que padecía, y no hombre alguno. Porque ningún tiempo ni palabras bastaban para declarar a mis amigos los tormentos que padecía. Hasta aquí son palabras de San Agustín, en las cuales declara lo que su alma padecía por no haber alcanzado el secreto del pecado original.

La verdadera explicación: el pecado original.

Mas la luz de la religión cristiana, maestra de la verdad, nos saca de estas perplejidades y errores. Porque ella confiesa que ninguna de estas deformidades procedió de las manos de Dios, como claramente se prueba por lo que al principio alegamos, sino que el pecado fué el origen y fuente de todas estas dolencias.

Pues, concluyendo y resumiendo este tan largo discurso, digo que el origen y principio de todos estos males es el pecado original, en que todos somos concebidos.

Dirá alguno: ¿Cómo probáis esto? Porque vemos en la edad tierna de los muchachos, antes que puedan pecar, las semillas de estos males, porque entonces comienza a descubrirse la ira, la envidia, el odio, la rabia, el deseo de venganza y otras semejantes pasiones, las cuales no vienen por pecados propios, porque aun no los tienen. Por lo cual habemos de confesar que, pues todos los hombres nacen con estas malas inclinaciones, y no por pecados propios actuales, que algún pecado hubo en algún hombre que fué principio de toda la generación humana, el cual por su culpa quedó sentenciado a esta pena, y cual él quedó, tales nos engendró a todos.

De la muerte no trato aquí, a que también el hombre

quedó condenado por el pecado, ni de otras infinitas enfermedades y miserias del cuerpo humano; porque mi intento principal ha sido tratar de los males espirituales de nuestra alma, para cuyo remedio sirve el misterio de nuestra redención, de que aquí tratamos.

Nadie haga cargo al Creador. Mas no haga nadie cargo al Creador de esta dolencia. Porque Él, que es sumamente perfecto y bueno, todas las cosas creó buenas y perfectas, cada cual en su género. Y así, acabándolas de crear, dice la Escritura que vió todas las cosas que había creado, y que eran no como quiera buenas, sino grandemente buenas (Gén. 1, 31). Mas el pecado y desobediencia del hombre, que deseó usurpar la semejanza de Dios, fué causa de que perdiese aquella rectitud natural y justicia con que Dios lo había creado, y por él también la perdimos nosotros, como arriba está declarado.

Dicen que si, plantando una vid, le entremeten en la raíz un poco de escamonea (medicina muy purgante), todas las uvas que lleva nacen escamoneadas, y así son dañosas como la misma escamonea. De esta manera, pues, podemos imaginar que la escamonea del pecado entró en aquel primer hombre, que era raíz y principio de todos los hombres, por donde el vicio y ponzoña que entró en la raíz, que era aquel común padre, se extendió por todos los hijos. Conforme a lo cual dice San Agustín: Entonces se perdió el género humano, cuando pereció un hombre en quien estaban todos, porque tal cual él quedó, tales engendró a nosotros.

Esta es ley común de las gentes, que los hijos sigan la condición de sus padres, y así el hijo de nobles es noble, y el hijo del villano es villano, y el hijo de la madre libre es libre, y el de la esclava, esclavo.

Perdida, pues, aquella gracia, la cual tenía enfrenadas todas nuestras inclinaciones y apetitos, faltando este freno, luego todos ellos, como caballo desbocado y desenfrenado, se desordenaron y rebelaron contra el espíritu en castigo de haberse el hombre desmandado y rebelado contra su Creador.

Para remedio de tanto mal. Esta doctrina susodicha del pecado original y de la corrupción de la naturaleza humana que de él se siguió es fundamento para entender el misterio de la encarnación del Hijo de Dios y la necesidad que teníamos de este remedio.

Para lo cual se debe notar que de dos maneras de re-

medios había usado la divina Providencia para la santificación de los hombres: el uno en la ley de naturaleza y el otro en la de Escritura; porque en aquella primera ley estaba impreso en los corazones de los hombres el conocimiento de lo bueno y de lo malo, con dictamen que habían de seguir lo uno y aborrecer lo otro. Asimismo imprimió en ellos una natural reverencia y amor en los hijos para con sus padres.

Y además de esta inclinación natural que está dentro de nosotros, hay otra de fuera, porque el sol, y la luna, y la hermosura de las estrellas, y el movimiento de los cielos, y la variedad de los tiempos, y la sucesión de las cosas, y, finalmente, todas las criaturas están diciendo: Dios me hizo; y más particularmente los animales, con la fábrica de sus cuerpos tan perfecta y con las habilidades que el Creador les dió para procurar su conservación, nos incitan al amor y reverencia susodicha.

El fruto que de esta ley natural se sigue en el mundo fué que, aunque algunos justos y santos hubo en ella, el castigo universal del diluvio declara cuán pequeño era este número de los buenos y cuán grande el de los malos.

Después de esta ley proveyó Nuestro Señor de otro más eficaz remedio con la ley de Escritura, bajando Él al monte Sinaí, y dando leyes escritas por su dedo y espantando los hijos de Israel con la majestad y aparato de su presencia, y con las amenazas de sus castigos, y con promesas de sus beneficios. Y aunque aquí hubo mayor número de justos que en la ley de naturaleza, pero con todo esto se desmandaron tanto estos hombres en los vicios y en el culto de los ídolos, que así las diez tribus como las dos que quedaban fueron castigadas con duro cautiverio.

Por lo dicho vemos cuán poco aprovecharon estos dos primeros remedios de que la divina Providencia usó para reformar las vidas de los hombres; de lo cual fué la causa esta mala raíz del pecado original con que la naturaleza humana fué estragada, según habemos declarado.

Mas cuán grande haya sido el estrago y daño que nuestra naturaleza por este pecado recibió, no solamente en el cuerpo, sino mucho más en el alma, no bastarían muchos libros para explicarlo. Mas entre todos los indicios que para esto hay, además de lo que está dicho, basta tender los ojos por todo el mundo, no sólo por tierras de infieles y paganos, que viven como bestias, siguiendo los apetitos de su carne, sino también por las ciudades y tierra de cristianos, que tienen fe, y sacramentos, y doctrina, y conocimiento de otra vida, y adoran un Dios que murió por matar el pecado y desterrarlo del mundo. Y con todo esto hallará ser tanta la muchedumbre de los malos, que en

cada lugar se podrán contar por los dedos los hombres que viven en temor de Dios, y todo el resto de ellos no trata más que de lo presente, que sirve para esta vida y para el regalo de su carne, sin tener cuenta con Dios, ni con la salvación de sus almas, ni con cosa de la otra vida. Por lo cual dijo Salomón que era infinito el número de los locos (Ecl. 1, 15).

Esto, pues, basta para entender cuán grande y cuán mortal haya sido aquella lanza y dolencia del género humano y cuán grande había de ser la medicina que fuese poderosa para curar un mal tan universal, tan antiguo, tan envejecido y tan arraigado en todos los senos y potencias de nuestra alma y tan confirmado con los malos ejemplos de todo el mundo.

Y quien esto considerare no extrañará el misterio de la encarnación y pasión del Hijo de Dios y la medicina de los sacramentos, porque mal tan grande y tan extraordinario, ya que Dios, por las entrañas de su misericordia, quería curarlo, extraordinarios remedios pedía, pues ni aun con todo esto han cesado del todo los males.

Ni bastaba para esto la lumbre de naturaleza ni la de la ley escrita, como ya dijimos; porque éstas no hacían más que alumbrar el entendimiento con el conocimiento del bien y del mal; lo cual no bastaba, porque la principal parte de la dolencia más estaba en el desorden y rebeldía de nuestro apetito que en la falta del conocimiento. Y por esto, la medicina que se aplicaba al entendimiento no bastaba para curar la llaga de nuestra rebelde voluntad. Pues para la cura de esta llaga mortal, ninguna medicina había más eficaz que el misterio de la encarnación y pasión de nuestro Salvador, como luego se declarará.

CAPITULO III

DE CÓMO PLUGO A LA INMENSA BONDAD DE DIOS ENVIAR REMEDIO A LOS HOMBRES, DEJANDO AL DEMONIO EN SU OBSTINACIÓN

Vimos ya en el capítulo pasado cuál quedó el hombre después del pecado; el cual, como dice el santo Concilio Tridentino, fué dentro y fuera de sí mudado, el cuerpo sujeto a muerte y a infinitas maneras de enfermedades y miserias, y el alma, con todas sus potencias, desordenada en todos sus apetitos y pasiones, según hasta aquí hemos referido. De esta manera quedó mudado aquel hom-

bre después que pecó, y así lo quedamos todos en él, porque, como dice San Agustín, todo el género humano se perdió cuando se perdió aquel en quien todo él estaba.

Quedando, pues, el hombre en este estado tan lamentable, pudiera el Criador usar de su justicia y dejarlo así desamparado como dejó al demonio. Porque ni Él tenía a quien dar cuenta de esto ni quien le tomase residencia, como dice el Sabio (Sab. 12, 12): ¿Quién te hará, Señor, cargo o te acusará si todas las naciones del mundo perecieren? Ni tampoco le pudiera compeler a esto necesidad del servicio del hombre, porque así como *ab aeterno* estuvo sin él hasta que lo crió, así pudiera permanecer para siempre tan glorioso y bienaventurado como ahora lo es. Porque así como cuanto al ser no depende de nadie, así tampoco cuanto al bienaventurado ser. De manera que, como tiene ser por sí mismo, así es bienaventurado por sí mismo, pues en Él no se distingue ser y bienaventurado ser.

Obra de bondad y misericordia.

Ni tampoco había de parte del hombre merecimientos que a esto le obligasen, pues, quedando él en desgracia de Dios, no podía por sí hacer cosa que le fuese agradable, y así el Criador, ni por su necesidad ni por nuestro merecimiento, quedó obligado a darnos remedio sino por solas las entrañas de su bondad y misericordia.

Por donde dijo San Agustín que no le trajeron del cielo a la tierra nuestros merecimientos, sino nuestros pecados. Y el mismo Señor declara por Isaías (43, 22), diciendo: No me llamaste, Jacob, ni trabajaste en mi servicio, Israel. No me ofreciste tus carneros en holocausto ni me glorificaste con tus sacrificios. Mas con todo eso me hiciste servir en tus pecados y me diste bien en qué entender en el remedio de tus maldades. Yo soy, yo soy el que perdono tus pecados por amor de mí y de ellos no me acordaré. Entremos a cuenta y razón, y dime si tienes algo con que puedas por ti sin mí ser justificado. Hasta aquí son palabras del Señor por Isaías. Esto mismo es lo que claramente dice el Apóstol por estas palabras (Tit. 3, 4): Aparecido ha en nuestros días la benignidad y humanidad de Dios nuestro Salvador, no por las obras de justicia que nosotros hicimos, sino por su misericordia, por la cual nos quiso salvar.

El hombre, más digno de compasión que el ángel.

Podrá alguno preguntar: Pues pecó el ángel y pecó el hombre, ¿por qué no proveyó Dios de remedio al ángel y proveyó al hombre? Bastaba para satisfacer a la religión y humildad cris-

tiana la determinación y voluntad divina, porque, según dice Salviano, así como pesa más Dios que toda razón, así bastaba para satisfacernos la determinación de su voluntad más que toda otra razón. Pero con todo esto no faltan en esta parte grandes conveniencias, porque, como dice Santo Tomás, la divina Providencia provee de remedio a todas las criaturas, conservando la naturaleza de ellas sin mudar lo que Él crió.

Pues es de saber que la naturaleza del ángel, según la opinión del mismo santo doctor, es ser invariable en lo que una vez se determina. Porque así como luego de primera instancia entiende todo lo que puede entender, así también está fijo y constante en la primera voluntad en que se determinó.

Mas el hombre no es así, sino de naturaleza mudable y vertible; porque así como entiende hoy una cosa y mañana otra contraria, así hoy tiene una determinación y mañana otra; hoy propone una cosa y mañana se arrepiente de ella y propone otra. Y así el hombre, según su naturaleza, es capaz de arrepentimiento y penitencia, lo que no es el ángel. Y por eso la enfermedad del hombre fué capaz de remedio y medicina, y no la del ángel.

Con esto también se junta que, si el ángel cayó, fué por su propia y sola voluntad, sin que nadie le tentase ni solicitase al mal; pero el hombre, cuando pecó, fué provocado y solicitado por su adversario; por donde parece cosa conveniente que sea ayudado para el bien quien fué solicitado para el mal y que tenga padrinos que le aconsejen lo bueno quien tuvo tentadores que le aconsejasen lo malo. Y pues hubo quien le atravesase el pie para que cayese, haya quien le dé la mano para que se levante; pues no es razón que sea la criatura de Dios más capaz del mal que del bien, sino que, como puede ser ayudada en lo uno, lo pueda también ser en lo otro.

Item hay aquí otra cosa mucho para considerar, y es que si el ángel cayó, cayó por su propio pecado, que él por sí mismo cometió, sin que el pecado ajeno le perjudicase. Pero en los hijos de Adán no es así, los cuales nacen en pecado original e hijos de ira por el ajeno pecado, que también les es propio. Y siendo esto así, convenientísima cosa era que, pues la culpa ajena nos dañó, la santidad ajena nos ayudase, porque de otra manera parecería haber Dios criado al hombre más capaz de mal que de bien, pues le podía dañar la ajena malicia y no le podía aprovechar la virtud ajena.

Siguiérase también de aquí que fuese mayor el reino de la justicia de Dios que el de su misericordia, pues la justicia se extendía a castigar a los hombres por pecados

ajenos y la misericordia no llegaba a galardonarlos por merecimientos ajenos. Por lo cual era cosa convenientísima que hasta donde llegaba la justicia en su reino llegase la misericordia en el suyo.

Con lo cual cesa la querella del hombre, que pudiera decir: ¿Qué hice yo, Señor, en el vientre de mi madre por que naciese en pecado? Porque a esto le pueden responder: ¿Qué hiciste tú cuando fuiste bautizado para que fueses justificado de ese pecado? De manera que si dices que sin hacer tú por qué te entregaron al enemigo, no te agravies de eso, porque sin hacer tú por qué te libraron de él. Y así se cumple en ti lo que Dios dijo por Isaías (52, 3): De balde fuisteis vendidos y de balde seréis comprados.

CAPITULO IV

CÓMO NI EL HOMBRE, NI EL ÁNGEL, NI OTRA PURA CRIATURA PODÍA, EN RIGOR DE JUSTICIA, SATISFACER POR LA COMÚN DEUDA DEL GÉNERO HUMANO

Presupuesto ya que era cosa conveniente a la divina Bondad proveer de remedio al hombre caído, síguese que tratemos del remedio que para esto escogió.

Para lo cual conviene presuponer que Dios Nuestro Señor no usa comúnmente de su poder absoluto en las cosas que determina hacer, porque como Él sea sumamente perfecto, así lo son todas sus obras, y así guarda en ellas toda la orden y rectitud que conviene a su sabiduría y justicia. Y esto es lo que significó el Sabio cuando dijo que disponía todas las cosas suavemente (Sab. 8, 1), procediendo por medios convenientes a sus fines.

Y pues esta orden guarda comúnmente en todas sus obras, mucho más quiso que se guardase en la obra de nuestra redención, que es la más excelente de todas y la que por excelencia se llama obra de Dios, como el Salvador la llamó (Jn. 4, 10); y así quiso que se encaminase por el más excelente medio que se podía hallar.

Esto mismo guardó este Señor en las obras de naturaleza, que son muy bajas en comparación de ésta. Los hombres, cuando quieren hacer alguna obra, suelen tener respectos al trabajo y a la costa que les ha de hacer, y si esto sobrepuja sus fuerzas y su caudal, hacen las obras según les es posible, aunque sean menos perfectas de lo que

ellos deseaban, porque, como suelen acá decir, va el rey donde puede y no donde quiere. Mas en Dios, que es infinitamente rico y poderoso, en ningún modo cabe lo dicho. Y por eso hace las obras tan perfectas cuanto conviene a su infinita bondad y sabiduría, como se ve en esta obra de nuestra redención, la cual trazó y ordenó con tanta perfección, que no se puede imaginar otra mayor, así para gloria suya como para el remedio de nuestra miseria, que son las dos cosas que Él pretende en todas sus obras, como adelante se dirá. De manera que si todos los entendimientos de hombres y ángeles se juntaran en uno, no pudieran inventar ni desear otro modo más conveniente para lo dicho que éste.

El remedio más apto para nuestro mal.

Y con este fundamento, que es firmísimo, queda respondido a todas las preguntas que hacen los hombres ignorantes, diciendo: ¿No pudiera Dios por otros modos remediar el linaje humano sin tanta costa y trabajo suyo? A los cuales fácilmente respondemos que pudiera Él hacer esto por otros mil medios si quisiera. Mas, como ya dijimos, nunca mira Él a lo que puede hacer de su poder absoluto, porque de esta manera bien podría Él en un punto llevar al cielo todos los que están en el infierno, sino lo que conviene a la dignidad y a las leyes de su sabiduría, de su bondad, de su justicia y de su misericordia.

Y teniendo respecto a esto, imposible era hallarse medio más conveniente que éste. Lo cual declara muy bien Eusebio Emiseno por estas palabras: Había pecado el primer hombre por su culpa y desobediencia, movido por su propia voluntad, inducido por el demonio, mas no forzado. Por lo cual podía por vía de misericordia ser redimido, mas no convenía que como inocente fuese por el divino poder librado. Y no usando Dios en esta obra de su poder, sino de su justicia, era menester para la satisfacción de su culpa un hombre puro y santo y limpio de todo pecado.

Porque no podía alcanzar remedio para los pecados el que estuviese sujeto a ellos, ni podía intervenir por los siervos el que estaba obligado a las leyes de la servidumbre. Mas hombre tan puro y libre como éste no lo tenía nuestra región. Por lo cual de otra parte había de venir, para que pudiese ofrecer debida satisfacción el libre por los deudores, el justo por los injustos, el inocente por los pecadores, el cordero por los cabritos; el cual fuese en lo exterior del mismo linaje que el pecador, mas no de la misma condición; semejante a él en la cualidad de la substancia, mas desemejante en la pureza de la vida; para que de nosotros tomase de donde por nosotros pagase y

de sí tuviese que ninguna cosa debiese. De manera que de nosotros ofreció el sacrificio, mas de sí nos dió la gracia del perdón.

Y más abajo, en la homilía siguiente, prosiguiendo la materia del mismo misterio, dice así: No tuvo el Salvador pecado original, porque no tuvo lugar en él la vileza de nuestra generación, y, por tanto, pudo destruir la muerte que a todos se debía, porque él padeció la que no debía. Y así por su indignísima pasión satisfizo por los pecados ajenos, porque Él no tenía pecados propios. Y de esta manera, por vía de justicia fué vencido el enemigo del linaje humano. Porque, habiéndosele entregado el hombre y héchose suyo por el pecado, el demonio, engañándose por la costumbre que tenía de matar los otros hombres pecadores, acometió al inocente, y matando al libre, perdió al cautivo, y así perdió el derecho suyo acometiendo al hombre, que no era suyo.

Todo lo susodicho es de este doctor, el cual en pocas palabras resumió la substancia de este misterio.

Nadie podía satisfacer por el hombre. Mas para mayor luz de esta doctrina trataremos ahora más distintamente de ella. Para lo cual conviene declarar que, según este santo dice, ninguna criatura, no sólo humana, sino también angélica, era poderosa para satisfacer por vía de justicia por esta común culpa de la naturaleza humana.

Porque notoria cosa es que cuanto una persona es de mayor dignidad, tanto es mayor la ofensa hecha contra ella, y así, cuantos son los grados de la dignidad de la persona ofendida, tantos son los de la indignidad de la ofensa hecha contra ella. Pues constándonos que la majestad de Dios es infinita, claro está que la ofensa cometida contra ella también lo es, y, por consiguiente, en ley y rigor de justicia, ninguna pura criatura era poderosa para satisfacer por ella, pues todo el caudal de las criaturas es limitado y finito.

Con lo cual se junta otra manera de infinidad, que es el número de los hombres comprehendidos en este pecado en que todos nacemos, el cual, dado que no sea infinito, no repugna serlo, cuanto es de parte de la especie humana que se puede multiplicar sin término alguno. Y pues todos estos hombres nacen en pecado, ¿cuál de ellos había de ser poderoso para satisfacer por tanto número de pecadores y de pecados como son los de los nacidos y por nacer, no sólo los originales, sino también los actuales, que son muchos más, siendo esta deuda universal y el hombre persona particular?

Allende desto, todas las criaturas, así ángeles como hombres, han recibido todo lo que tiene de Dios, según aquello del Apóstol (I Cor. 4, 7): ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y por consiguiente, todo lo que tienen es debido por derecho de justicia al que todo lo dió. Por donde no puede la criatura descargar nueva deuda con servicio ya por otro título debido, así como no puede un esclavo que hurtó cien ducados a su señor satisfacerle con todos los servicios que le hace, porque todos ésos le son ya debidos por título de la servidumbre.

Ni el hombre mismo podía redimirse. Allende desto, el hombre por el pecado estaba en desgracia y enemistad de Dios, en el cual estado no podía hacer obra que fuese agradable a Dios, porque no acepta Dios servicios de enemigos, sino de amigos, ni obras hechas con solas fuerzas de naturaleza, sino de su gracia. Por lo cual no se puede decir que, pues el hombre fué poderoso para hacer obra con que desagradase a Dios, también podría hacer obra con que le agradase, pues para lo uno basta la naturaleza y para lo otro es necesaria la gracia. Mayormente que el hombre es más poderoso para dañarse que para remediar el daño que él mismo se hace, porque puede por sí matarse, mas no puede por sí resucitarse; puede por sí sólo caer en pecado, mas no puede por sí sólo salir del lazo del pecado, si no fuere ayudado por Dios.

Hay también otra muy grande inhabilidad en el hombre, y es que cuanto es de más vil y baja condición, si lo comparamos con los ángeles, tanto es mayor la injuria que pecando hace y menor la satisfacción que con su arrepentimiento ofrece, porque la bajeza de la persona hace que la ofensa sea mayor y la satisfacción menor. Así vemos que la bofetada dada a un hombre honrado por una persona vil se tiene por mayor injuria que la dada por otro noble, y asimismo, la satisfacción de tai persona es tenida por tanto de menor valor cuanto la persona es más desvalida.

Mas ¿qué digo yo de la satisfacción del hombre culpado, pues todo lo que después de la sagrada humanidad de Cristo está criado no basta en rigor de justicia para satisfacer por ofensa hecha contra majestad infinita? La razón de esto da agudamente San Anselmo, diciendo que pecar es desacatar a Dios, cuanto es de parte de la desobediencia del pecado, lo cual el hombre no debía hacer, aunque se perdiese todo lo que hay fuera de Dios, pues vale Él infinitamente más que todo ello. Por lo cual el derecho de la razón y justicia pide que el hombre pecador ofrezca en

satisfacción alguna cosa mayor que aquella por la cual no lo había de ofender, que es todo lo criado; lo cual el hombre no podía ofrecer, pues es una pequeña parte de todo ello, y así no tenía caudal para recompensar tan grande deuda como ésta.

Tampoco convenía que fuera el ángel nuestro redentor.

Y descendiendo más en particular a tratar de los ángeles, no era razón que Dios cometiese el cargo de esta satisfacción a alguno de ellos, por alto que fuese.

Porque, demás de las razones susodichas, era cosa impropia que, siendo la culpa de la naturaleza humana, la satisfacción fuese de extraña naturaleza, cual es la angélica. Y demás de esto, como dice Eusebio Emiseno, fuera gran desorden que la criatura reparase lo que el Criador había formado. Y llevando el negocio por término de justicia, como era razón, no valía tanto la persona del ángel cuanto la salud de todo el mundo, e imposible cosa era que el criado de Dios hiciese el oficio de Dios, porque aprovechar a todos los siglos presentes, pasados y venideros a sólo el universal Señor de todos los siglos pertenecía.

Y allende desto no convenía, ni para la gloria de Dios ni para la dignidad del hombre, ser por ángel redimido. Porque ¿qué cosa fuera deber el hombre a Dios el beneficio de la creación y al ángel el de la redención, siendo tanto mayor este beneficio que el otro cuanto es más el ser divino que el humano? Porque si el cumplimiento de toda la felicidad humana consiste en gozar de aquella bienaventurada inmortalidad, ¿cuánto mayor beneficio hace al hombre el que lo introduce en aquella vida que quien lo crió en este valle de tantas miserias?

Por donde, si Dios por sí nos criara en esta vida y un ángel nos mereciera la otra, al ángel deberíamos lo que es más precioso y a Dios lo que no es tanto. Y cuán grande inconveniente sea éste, decláralo San Agustín, hablando con Dios, por estas palabras: Señor, si Vos me disteis que fuese, ¿quién me pudo dar que fuese bueno sino Vos? Porque si Vos me disteis el ser y otro el buen ser, mejor sería el que me dió el buen ser que el que me dió el ser.

Creador y redentor nuestro.

Mas, aunque haya distancia de lo uno a lo otro, ambas cosas nos dió este Señor. Porque cuando Él creó al hombre, Él por sí sólo lo quiso crear, y así dijo (Gén. 1, 26): Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza. Pues el que no se desdeñó de criarlo por sí, ¿había de tener asco de repararlo por sí? No por cierto; mas

antes, si fué gran gloria suya crear al hombre, mucho mayor lo fué redimirlo. Pues no era razón que el común Señor quitase esta gloria de sí y la diese a su criatura, pues Él dice por su profeta que Él sólo es Dios y que a nadie ha de dar su honra (Is. 42, 8). Por tanto, el que fué nuestro Criador quiso también ser nuestro Redentor, para que toda esta gloria fuese suya y así lo fuese todo nuestro amor. Y esto es lo que divinamente dijo San Anselmo en pocas palabras : Por que nos repartiese el amor entre Criador y Redentor, el mismo Señor quiso ser tu Criador y Redentor.

CAPITULO V

CÓMO SÓLO EL HIJO DE DIOS, EN RIGOR DE JUSTICIA, PODÍA DESCARGAR LA COMÚN DEUDA DEL LINAJE HUMANO Y CUÁN CONVENIENTE HAYA SIDO ESTE MEDIO PARA ESTE DESCARGO

De lo que acabamos de decir en este capítulo resulta claro, por las razones alegadas, que ni el hombre, ni el ángel, ni otra pura criatura tenían caudal de virtud y gracia para redimir el linaje humano, sino que a sólo aquel Señor que tuvo por bien crearlo pertenecía redimirlo.

Mas descendiendo ahora a tratar este misterio más en particular, será necesario declarar la orden y consejo admirable que la divina Sabiduría escogió para obrar este tan gran negocio.

Quiso, pues, primeramente que el camino y medio de nuestra salvación fuese contrario al de nuestra perdición, ya que, así como un hombre pecador había destruído al mundo, así otro hombre justo lo restituyese, y que así como el pecado y la muerte entraron por uno, así la vida y la justicia entrasen por otro, y que así como el pecado de un hombre se derivó en todos los hombres, así la santidad de un solo hombre se derivase, cuanto es de su parte, en todos ellos.

Esto pedía la ley y orden de justicia, y también lo pedía el orden de naturaleza que Dios generalmente guarda en todas las cosas, el cual, habiendo repartido todas las criaturas del mundo en linajes y familias, puso en cada linaje una cabeza, que es una criatura la más noble de aquel linaje, la cual fuese causa de la nobleza que hay en todas las que se comprehenden debajo de ella. Pongamos ejemplos.

En el linaje de los cuerpos que se mueven, el principal es el primer cielo, que llaman el primer móvil, y éste es causa general de todos cuantos movimientos corporales hay en la tierra. Asimismo, en el linaje de los cuerpos resplandecientes, como son las estrellas, crió Dios una mucho más resplandeciente, que es el sol, el cual es causa de la luz y resplandor de todas ellas, porque todas lo reciben de Él.

Pues de esta manera, queriendo Dios poblar y adornar el cielo y la tierra con las almas de los varones justos y santos, ordenó que hubiese un santo extremado y aventajado en toda santidad, del cual se derivase el resplandor de la santidad en todos ellos, y así se llamase *Sanctus sanctorum,* que es el Santo de los santos, no sólo porque es el mayor de todos, sino porque es santificador de todos. Y por esto también se llama este Señor Sol de justicia, porque de él reciben justicia y gracia todos los justos. Y así dice San Juan (1, 16) que de la plenitud y abundancia de su gracia recibimos todos gracia.

Por donde entenderán los que por algunas piadosas conjeturas piensan tener alguna centella de gracia, o de devoción, o de santidad de quién la tienen y a quién la han de agradecer. Porque lo que deben los miembros a la cabeza, y las ramas del árbol a su raíz, y las estrellas al sol, y generalmente todos los efectos a sus causas, eso deben todos los justos a este Justificador.

El Hijo de Dios, el mejor medianero.

a) *Por su poder.*—Esto mismo era un medio convenientísimo para la cura de nuestras necesidades y males. Porque la primera y mayor necesidad que teníamos era ser restituídos a la antigua amistad y gracia de nuestro Creador, la cual habíamos perdido por aquel común pecado por el cual estaba este Señor enemistado con los hombres, los cuales, como el Apóstol dice (Ef. 2, 3), nacían hijos de ira. Y como la amistad y gracia de Dios para con sus criaturas sea la primera causa de todos los bienes de ellas, faltando ésta, faltaban también los beneficios que de esta amistad procedían. Lo cual declara el Señor por Isaías (59, 2), diciendo: Vuestros pecados fueron la causa de la división entre mí y vosotros y ellos me apretaron las manos para no haceros bien.

Estando, pues, los hombres en esta desgracia con su Rey y Señor, era necesario, lo que se suele comúnmente hacer cuando las partes están desavenidas, un buen tercero y medianero que las redujese a amor y concordia. Este no podía ser más conveniente que el mismo Hijo de Dios humanado.

Porque el tal medianero convenía que fuese poderoso con ambas las partes y sin sospecha de ellas para que fuese fidelísimo en el negocio que trataba. Pues para esto, ¿qué cosa se pudiera ordenar más a propósito que hacerse Dios hombre, para ser medianero entre Dios y los hombres? ¿Qué cosa más fiel para con Dios que el que era Dios? ¿Y qué cosa más fiel para con el hombre que el que era hombre? Y ¿quién más amigo de ambas naturalezas que el que las tenía en sí entrambas? De manera que ambos los negocios tenía por suyos, el de Dios, porque era Dios verdadero, y el del hombre, porque era verdadero hombre. Pues para este fin ninguna cosa se podía, no digo ordenar, mas ni imaginar ni desear más a propósito.

b) *Por ser eternamente amado del Padre.*—Asimismo, este medianero, demás de lo dicho, convenía que fuese amicísimo y gratísimo en los ojos de Dios, porque quien había de haber tan grandes y tan generales amistades, quien había de apagar la llama de este odio, quien había de hacer amigos de tantos enemigos como eran todos los siglos presentes, pasados y venideros, necesariamente había de ser amicísimo y gratísimo en los ojos de Dios, para que con la abundancia de sus gracias se deshiciesen tantas desgracias y con la grandeza de su amistad se echasen en olvido tantas enemistades. La sal que ha de dar sabor y salar todos los manjares ha de ser en sí saladísima, y el sol que ha de dar claridad a todas las estrellas ha de ser en sí clarísimo; y así, el que ha de hacer gratos y amigos a todos los hombres en los ojos de Dios, siéndole antes enemigos, ha de ser a Él gratísimo y amicísimo.

Pues ¿quién podía ser para esto más conveniente que el unigénito Hijo de Dios, infinitamente amado de su Eterno Padre? A éste, pues, nos dió la inmensa bondad de Dios por medianero y reconciliador, como lo testifica el Apóstol por estas palabras, que en sentencia dicen así (II Cor. 5, 18): Dios estaba en Cristo, reconciliando por Él consigo al mundo, y puso en nuestra boca la palabra y embajada de esta reconciliación. Por lo cual, como fieles embajadores, os rogamos queráis reconciliaros con Dios mayormente, pues Él siendo ofendido, no sólo os convida primero con la paz, mas también os ofrece la satisfacción de la ofensa pasada por medio del sacrificio de su Hijo.

Pues por ese medio, el Eterno Padre, como dice el mismo Apóstol (Col. 1, 13), nos trasladó al reino de su amantísimo Hijo y nos dió licencia y osadía para llegar a Él por este medianero y pedirle mercedes. Y así lo confirmó el mismo Hijo cuando a sus discípulos dijo (Jn. 16, 26): No digo yo solamente que rogaré al Padre por vosotros, sino que vosotros también lo rogaréis y seréis admitidos

y recibidos de Él como yo. Porque el Padre también os ama, porque vosotros me amasteis y creísteis que fuí enviado por Él. Como si más claramente dijera: De tal manera negociaré estas paces entre mi Padre y vosotros, que no sólo el Padre os haga mercedes por mi intercesión, sino también por la vuestra. De esta manera dice el Apóstol (Ef. 1, 6) que el Padre nos hizo gratos en sus ojos por medio del gratísimo y amantísimo Hijo suyo, por quien alcanzamos la redención y perdón de nuestros pecados.

La misericordia y la justicia, hermanadas entre sí.

Mas acerca de esta reconciliación es mucho de notar que, como en todas las obras de Dios se hallen juntas misericordia y justicia, así era razón que se hallasen en ésta, que es la mayor de todas, perdonando Dios de tal manera la culpa, que también la ofensa quedase satisfecha.

Lo cual divinamente declaró el Apóstol, que, después de aquellas palabras que alegamos: Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, perdonándole sus pecados, añadió luego: Aquel que no sabía qué cosa era pecado, hizo por nosotros pecado, por que nosotros fuésemos justificados por Él. Como si dijera: Aquel inocentísimo Cordero que no sabía qué cosa era pecado, hizo pecado, esto es, sacrificio por los pecados, para que, mediante el mérito de este sumo sacrificio, fuese Dios aplacado y la ofensa contra su divina Majestad cometida quedase satisfecha, y así se hallasen en esta obra las dos hermanas susodichas, misericordia y justicia. Porque misericordia fué perdonar Dios los pecados al hombre y justicia fué perdonarlos por la satisfacción de su Hijo. El cual, como no era deudor de muerte, porque no tenía pecado, ofreció la muerte que no debía por la que el mundo debía. Y de esta manera quedó el hombre perdonado y el pecado castigado.

Y así se cumplió lo que el Salmista había dicho (Salm. 34, 11): que la misericordia y la verdad se encontraron y la justicia y la paz se besaron, esto es, se hermanaron entre sí. Las cuales hasta entonces estaban diferentes.

Esta fué una de las maravillas que Dios obró en este misterio, porque la misericordia y la justicia pedían cosas contrarias. La misericordia pedía que perdonase Dios al hombre, y la justicia, que lo castigase. Entre las cuales dos demandas halló tal medio la divina Sabiduría que se cumpliese perfectísimamente lo que ambas partes pedían; porque no pudo ser mayor misericordia que ofrecer su vida el Hijo de Dios por el hombre, ni mayor justicia que pagarse la culpa del hombre con el sacrificio de Dios hecho hombre.

Y aun pasa el negocio adelante, porque de tal manera

se hallaron estas dos virtudes juntas, siendo al parecer contrarias, que cuanto hay más de la una se halla más de la otra, porque cuanto es mayor la justicia que Dios usó con su Hijo inocente, tanto fué mayor la misericordia de que usó con el hombre culpado, porque ni pudo ser mayor justicia que aquélla ni mayor misericordia que ésta.

Y así como en esta obra se hallan estas dos compañeras de todas las obras divinas, así también se hallan otras dos, que semejantemente las acompañan, que son gloria de Dios y provecho del hombre. Porque en esta obra fué Dios sumamente glorificado con aquel preciosísimo sacrificio de su Hijo, y el hombre, copiosísimamente redimido y honrado como adelante se declara.

La ofrenda del inocente.

Mas dirá por ventura alguno: ¿qué orden de justicia consiente que pague el inocente por el culpado, pues no menos desagrada a aquel justo y soberano Juez padecer el que no tiene pecado que dejar el culpado sin castigo?

A esto se responde que no agrada a Dios el castigo del inocente, mas agrádale sumamente la caridad y misericordia del inocente cuando de su propia voluntad se ofrece a satisfacer por el culpado, como lo podía hacer un hombre virtuoso, el cual, viendo llevar a la cárcel un hombre por deudas que debe, movido de compasión, tomase a su cargo las deudas del preso. En el cual caso, justo sería librar al deudor por la satisfacción del piadoso fiador.

Pues si esto se usa y practica entre los hombres, con mayor razón tendrá lugar en las obras de aquel magnificentísimo Señor, que siempre busca ocasiones para usar de su natural bondad y clemencia. Y así vemos cuántas mercedes hizo a muchos, no por sus merecimientos, sino por los ajenos.

Así, las hizo a Ismael por amor de su padre Abrahán (Gén. 17, 20), y a Esaú por amor de Jacob, y a los hijos de Lot, puesto que eran servidores de ídolos, por amor de su padre, no consintiendo que a éstos y a los descendientes de Esaú se tomase un palmo de la tierra que él les había dado. Pues ¿cuántas veces perdonó a muchos de los reyes de Judá por amor de David su padre?

Y lo que más es: el mismo Señor confiesa que, mereciendo su pueblo ser por gravísimos pecados castigado, buscaba algún varón santo para que con sus merecimientos y oraciones aplacase su ira y detuviese el castigo que estaba merecido. Porque de esta manera aplacó Moisés a Dios, ayunando cuarenta días y haciendo oración por el pecado de su pueblo.

Pues siendo ésta la naturaleza y condición de aquella suma bondad, ¿qué cosa pudiera ser más conforme a ella que perdonar al mundo por el sacrificio voluntario de su único Hijo, ofrecido por los pecados con entrañas de ardentísima caridad y compasión de nuestros males? Y aun esta manera de remedio convenía para la culpa del género humano, el cual, así como había sido condenado por ajena culpa, así fuese absuelto por ajena justicia, como arriba se declaró.

CAPITULO VI

Cuán proporcionada haya sido la manera de la satisfacción de nuestro Salvador y cuán conforme a las leyes de justicia

Mas no se contentó la divina Justicia con que tuviese virtud y gracia de merecimiento infinito el que hubiese de satisfacer por culpa infinita, sino quiso también que hubiese proporción y correspondencia entre la satisfacción y la culpa.

Para cuyo entendimiento se han de presuponer dos cosas: la una, que así como en la medicina se cura un contrario con otro, que es lo frío con lo caliente y lo caliente con lo frío, así la satisfacción de las culpas se hace con virtudes a ellas contrarias, esto es, la soberbia con humildad, la avaricia con largueza, el regalo de la gula con el rigor de la abstinencia, etc.

Es, pues, ahora de saber que dos deformidades grandes intervinieron en aquel primer pecado. Porque primeramente hubo en él soberbia, y tan gran soberbia, que el que era puro hombre quiso usurpar la semejanza de Dios. A lo menos, la mujer engañada por la serpiente esto deseó.

Pues para la cura de tan gran soberbia, ¿qué otro medio había más proporcionado que una humildad tan grande cuanto lo fué aquella soberbia en su malicia? Pues si la soberbia fué levantarse un puro hombre a usurpar la semejanza de Dios, la humildad había de ser que el que era verdadero Dios se abajase a tomar semejanza y forma de hombre. Lo cual sólo podía hacer e hizo aquel Señor, de quien dice el Apóstol (Fil. 2, 6) que estando en forma de Dios y siéndole natural y propia esta dignidad, se abajó a tomar verdadero ser y forma de hombre.

Y asimismo en aquella soberbia del primer hombre hallamos también que el que era por ley de naturaleza y de justicia totalmente siervo y sujeto a su Criador, se eximió de esta jurisdicción y se hizo libre y señor absoluto de sí mismo, cumpliendo su propia voluntad contra la de su legítimo y verdadero Señor.

Pues, según esto, la enmienda de esta culpa había de ser que el que era plenariamente Señor bajase a tomar forma de siervo y a hacer oficio de siervo, porque sola esta humildad se contrapone a aquella soberbia, pues desciende tanto cuanto aquélla se levantó. Lo cual sólo pudo hacer aquel que, siendo universalmente Señor de todos, se abajó a tomar forma de siervo, como su Apóstol dice y como el mismo Señor testifica, diciendo (Mt. 20, 28): No vino el Hijo del hombre a ser servido, sino a servir. Y en otro lugar, hablando con sus discípulos (Lc. 22, 27): Yo, dice Él, estoy en medio de vosotros, no como señor que está sentado a la mesa, sino como ministro que sirve.

Sublime ejemplo de obediencia. Lo segundo, en aquel primer pecado se halló manifiesta desobediencia de aquel hombre, que en todo y por todo estaba obligado a obedecer a su Criador y Señor. La cual desobediencia no tenía otro más propio contrario que la obediencia de aquel Señor, que, siendo exento de toda sujeción, quiso por sola su voluntad hacerse obediente hasta la muerte. Y así como la desobediencia de aquél llegó a poner las manos en el árbol vedado, así la obediencia de éste llegó a extender las suyas en el árbol de la cruz, como el Eterno Padre lo había ordenado, para que lo que por un árbol se había perdido, por otro fuese restaurado, y el demonio, que por un árbol venciera, por otro fuese vencido.

Pues de la satisfacción de esta obediencia se siguió lo que el Apóstol dice (Rom. 5, 19): que así como la desobediencia de un hombre fué causa de haber muchos pecadores, así la obediencia de Cristo lo fué de haber en el mundo muchos justos.

Satisfacción plenamente aceptada. Demás de estas conveniencias da San Agustín otra en el libro que intituló *Cur Deus homo,* la cual prosigue con un maravilloso discurso, que es razón ingerir en este lugar para consolación de los fieles.

Pregunta, pues, este santo por qué quiso Dios que fuese tan áspera la satisfacción de Cristo mediante su muerte, con todo lo demás que en ella padeció. A lo cual responde diciendo que, así como el primer hombre pecó por la

suavidad de aquella fruta que comió, así la satisfacción de este pecado había de ser con disgusto y aspereza, y el hombre, que, vencido del demonio, tan fácilmente desacató a Dios cuando pecó, tan ásperamente fuese reparado por Cristo cuanto por la gloria y obediencia de su Padre padeció. Y ninguna cosa más áspera puede el hombre padecer por la honra de Dios que muerte voluntaria y no debida, ni otra mayor le puede ofrecer que este linaje de muerte. Mas cuánto sea lo que el Hijo de Dios ofreció a su Padre cuando dió a sí mismo, todos lo entendemos.

Pues, como sea verdad que tan grande ofrenda como ésta no deba carecer de galardón, necesario es que el Padre eterno la gratifique a su Hijo. Porque de otra manera sería injusto si no le quisiese gratificar, o impotente y flaco si no pudiese, y ni lo uno ni lo otro cabe en Dios.

Mas a quien se gratifica algún servicio, forzadamente o le han de dar lo que no tiene o perdonarle lo que debe. Mas nada de esto cabe en la persona de Cristo, porque, quitada aparte la gloria de su cuerpo y de su santo nombre, no le fué dado más de lo que Él tenía. Ni tampoco había cosa que se pudiese perdonar a quien no tenía pecado.

Pues luego, ¿qué galardón se podrá dar al que está tan rico y al que ninguna culpa tiene que se le pueda perdonar? De manera que por una parte hay obligación de galardonar, y por otra, imposibilidad. Pues si un galardón tan debido no se da al Hijo, ni a otro alguno por Él, parece que en vano el Hijo ofreció tan grande ofrenda a su Padre. Por lo cual es necesario que, pues al Hijo no se puede dar debido galardón, se dé a otro por Él.

Pues si el Hijo quisiere hacer donación a otro de lo que a Él se debe, ¿podrá por ventura el Padre negar esto que el Hijo requiere? Síguese luego que el Padre está obligado a dar el premio de esta obra a quien el Hijo lo quisiere aplicar.

Pues ¿a quién podrá Él aplicar más convenientemente el fruto y galardón de su muerte que a aquellos por quien se hizo hombre, y a quien con su muerte dió ejemplo de morir por la justicia? Por donde en vano serán imitadores de su ejemplo si no fueren participantes de sus merecimientos.

Y ¿a qué otros más justamente hará Él herederos de la deuda que a Él se debe que a sus padres y hermanos, a los cuales ve obligados con tantas deudas y sumidos en el profundo de las miserias, para que les sea perdonado lo que con el pecado deben? Ciertamente, ninguna cosa se pudo denunciar al mundo más conforme a razón, ninguna más dulce, ninguna más digna de ser deseada. Por lo cual

puede el hombre por esta vía concebir una grande fe, confiando que a nadie desechará el Padre Eterno de sí, llegándose a Él debajo de la confianza de este glorioso nombre, si con todo eso se llegare con la disposición y aparejo que pide la participación de esta gracia.

Demos, pues, todos gracias a Dios, porque si caímos gravemente, somos relevados maravillosamente, pues por la muerte del Medianero alcanzamos una tan grande misericordia que sobrepuja toda deuda. Porque ¿qué mayor misericordia que decir Dios a un pecador condenado a tormentos eternos: Toma a mi Hijo y ofrécelo por ti, y decir el mismo Hijo: Tómame a mí y dame por ti? Hasta aquí son palabras de San Agustín, las cuales ya se ve cuán grandes motivos nos dan para esperar en la misericordia del Señor.

Mas porque la esperanza ha de ir acompañada con temor, notemos las palabras que ese santo al cabo dice avisándonos del aparejo que de nuestra parte se requiere, que es la penitencia y la enmienda de la vida, para hacernos participantes de esta gracia.

Desagravio superabundante. Pues con este sacrificio quedó tan satisfecha la ofensa y deuda del género humano, que mucho más agradó al Eterno Padre esta obediencia de su Hijo que le desagradó la desobediencia de aquel primer hombre y de todos los hombres, y mucho más glorificado fué con la obediencia de la cruz que ofendido con todos los pecados del mundo, y más suave le fué el olor de este sumo sacrificio ofrecido en el altar de la cruz con fuego de ardentísima caridad, que le desagradó el mal olor de todos los pecados del género humano.

Este sumo sacrificio figuraba todos los sacrificios de la Ley antigua, de los cuales se escribe que daban de sí un olor suavísimo en el acatamiento de Dios. Pues claro está que no bastaba el humo de los becerros y carneros muertos para dar de sí este tan suave olor; mas este olor daba el sacrificio de Cristo, el cual, así como fué acompañado de todas las virtudes, así fué suavísimo ante el Señor de las virtudes.

De lo dicho parece claro cuán proporcionado haya sido este medio del sacrificio y pasión de nuestro Redentor para plenario descargo de aquella primera culpa, causadora de todos nuestros males, pues mucho más fué lo que nuestro clementísimo Salvador ofreció a su Eterno Padre que lo que aquel primer hombre con su soberbia y desobediencia le quitó. De donde resultó quedar Él suficientísimamente satisfecho y aplacado por aquella culpa.

Y así, por esto le da gracias el profeta Isaías (12, 1), en nombre del mundo redimido, por estas palabras: Alabarte he, Señor, y confesarme he a ti, porque estando contra mí airado, volviste tu furor en mansedumbre y tuviste por bien consolarme. Veis aquí a Dios mi Salvador, ya viviré en Él muy confiado y no tendré por qué temer. Porque mi fortaleza y alabanza es el Señor y Él se ha hecho mi salud.

Y al mismo tono da gracias y canta el Salmista, diciendo (Salm. 84, 2): Bendijiste, Señor, tu tierra y soltaste la cautividad de Jacob. Perdonaste la maldad de tu pueblo y cubriste todos sus pecados. Amansaste la ira que tenías contra nos y desististe de la ira de tu indignación. Esto era justo que así fuese, porque la ira merecida por los pecados era razón que se mudase en misericordia, habiéndose ofrecido tal sacrificio por ellos.

En el sacrificio de Cristo resplandecen en sumo grado todas las virtudes.

Mas cuán agradable haya sido este sacrificio al Eterno Padre, ¿qué palabras bastarán para declararlo? Para cuyo entendimiento es necesario presuponer que ninguna cosa hay en el cielo ni en la tierra igualmente hermosa y preciosa en los ojos de Dios sino sola la virtud y santidad, así como ninguna hay fea ni abominable ante Él sino el malo y su maldad.

Pues, según esto, ¿cuán precioso y hermoso sería el sacrificio de la muerte de su unigénito Hijo, en el cual tantas virtudes concurrieron en sumo grado de perfección?

Porque, primeramente, aquí intervino aquella perfectísima obediencia del Hijo de Dios, que fué obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, de que ya tratamos.

Aquí intervino un encendidísimo celo de la gloria del Eterno Padre, deseando el Hijo satisfacer por su sangre a la ofensa y desacato cometido contra su majestad.

Pues ¿qué diré de aquella profundísima humildad mediante la cual quiso este Señor ser justiciado como malhechor y tenido en menos que Barrabás?

¿Qué diré de aquella perfectísima paciencia y sufrimiento de los mayores dolores que en el mundo se padecieron? Por lo cual es Cristo figurado por aquella piedra dura que dió agua en el desierto, como dice el Apóstol (I Cor, 10, 4); pues ¿qué palabras bastan para alabar aquella mansedumbre del Cordero sin mancilla, que ninguna palabra habló contra los que tan cruelmente le trasquilaban y maltrataban, antes estando ellos blasfemando y meneando sus cabezas y escarneciéndole, sentía más la culpa de su pecado que su propio tormento?

Pues ¿qué diré de aquella admirable fortaleza con que

tan animosamente se ofreció a recibir a sus enemigos? La cual quiso Dios que fuese figurada en el sacrificio del Cordero pascual, mandando que de tal manera lo sacrificasen y comiesen, que ningún hueso le quebrasen (Ex. 12, 46). Pues ¿qué fué esto sino representarnos la fortaleza inexpugnable de este Señor, que entre tantas maneras de tormentos nunca se enflaqueció ni desmayó?

Pues ¿qué diré de la pobreza evangélica que tanto allí resplandeció, muriendo este Señor en la cruz desnudo y siendo después sepultado de limosna en sepulcro ajeno?

Con estas virtudes tan admirables se juntó la perseverancia, con la cual este Señor se esforzó como gigante a llevar este negocio desde su primer principio hasta su último fin, que fué desde el pesebre hasta la cruz, de la cual no quiso descender, aunque sus contrarios daban voces y exclamaban: Si es Rey de Israel, descienda de la cruz y creeremos en él (Mc. 15, 32).

Mas no sólo llegó esta perseverancia hasta la cruz, sino de ahí bajó a las profundidades de la tierra, que es al limbo, de donde sacó a sus escogidos y los trajo consigo, y no paró hasta abrirles las puertas del cielo y presentarlos a su Eterno Padre, y asentarlos en aquellas sillas que *ab aeterno* les estaban aparejadas. Donde cumplió lo que había prometido a sus fieles siervos; es a saber, que los haría asentar a su mesa y, pasando por entre ellos, les administraría el pasto de la felicidad eterna (Lc. 22, 30). Y así cumplió lo que el profeta Zacarías (9, 11) había mucho antes profetizado, diciendo: Tú, Señor, con la sangre de tu testamento sacaste libres a tus escogidos de aquel lago donde no había agua. Por la cual palabra entiende el lugar del limbo, donde los antiguos Padres esperaban su libertad. Y llama sangre de su testamento, como el mismo Señor la llama (Mt. 26, 28), porque por su sangre y por su muerte quedaron firmes e irrevocables las mandas y promesas que Él nos tenía prometidas.

Mas de todas estas virtudes que en la sagrada Pasión resplandecen, trataremos más copiosamente en su lugar.

Pero entre todas ellas señaladamente resplandeció aquí la caridad, que fué el amor de la salud del mundo y de la gloria del Padre, el cual había de ser sumamente honrado y glorificado por aquel nobilísimo sacrificio. Porque de él había de manar tanta muchedumbre de santos, de confesores, de monjes, de vírgenes y, sobre todo, de infinitos mártires, los cuales, por ejemplo y esfuerzo de la santa cruz, habían de glorificar a Dios con sus muertes. Y todo esto veía y pretendía este Señor en su sagrada Pasión. Y esto es lo que el Apóstol significó cuando dijo que el Salvador, poniendo ante sus ojos la alegría de todos estos

frutos, abrazó la cruz sin hacer caso de su deshonra y confusión (Hebr. 12, 2).

Variado y abundantísimo banquete espiritual.

Pues, según lo dicho, ¿qué otra cosa fué este sacrificio sino un banquete y un convite real que el Salvador del mundo presentó ante el acatamiento de la Santísima Trinidad, donde ofreció tanta diferencia de manjares preciosísimos cuantas virtudes aquí resplandecieron?

Mas la mayor gracia de este convite era la dignidad del maestresala que lo ofrecía, que era el mismo Hijo de Dios, igual a su Eterno Padre. Porque, dado caso que la persona divina, en cuanto divina, no pudiese padecer, mas por estar tan estrechamente unida con la sacra humanidad, todo lo que la humanidad padecía se atribuye a ella.

Este espiritual convite fué figurado en otro que el patriarca Abrahán ofreció a aquellos tres varones en quien se representaba a la Santísima Trinidad (Gén. 18, 2), a los cuales, después que adoró postrado en tierra, rogó que aceptasen de él un convite, el cual ellos aceptaron de buena voluntad. Y él entonces a gran priesa acudió a Sara, mandándole que amasase tres panes de la flor de la harina y los cociese en el rescoldo de las brasas, y él fué a gran priesa a su ganado y trajo un becerro muy tierno y muy bueno, y dióle a un su criado para muy de prisa lo cociese. Y tomó también manteca y leche y el becerro que había cocido, y todo esto junto puso delante de ellos. Los cuales, después de haber comido, prometieron al santo patriarca el hijo Isaac, que después le nació. Pues ¿qué es esto? ¿Comen manjares corporales las tres personas divinas o los ángeles que las representaban? Claro está que no. Pues ¿por qué aceptaron este convite y comieron todo lo que se les puso delante sino para significar el agradecimiento que la Beatísima Trinidad recibió con el convite de aquel tiernísimo becerro asado en la cruz con fuego de amor, que es con la muerte que el Hijo de Dios en ella padeció por la obediencia y gloria de su Padre?

Mas aquí son mucho para considerar las circunstancias con que el Salvador acompañó esta muerte.

Suelen los que ofrecen a los reyes algún manjar de grande precio adornarlo con rosas y flores olorosas para acrecentar con esto la gracia del presente. Pues de esta manera, el Hijo de Dios, ofreciendo al Padre Eterno el sacrificio y muerte de este becerro, no se contentó con padecer la muerte que le era mandada, mas quiso también adornarla con maravillosos olores de rosas y flores, que

fueron las bofetadas, y pescozones, y azotes, y espinas, y escarnios, y vituperios, y otras muchas maneras de injurias que padeció, con las cuales declaró la devoción y alegría con que aceptó la muerte de cruz, pues con tantas otras injurias la hermoseó para que fuese más agradable a los ojos de su Eterno Padre.

Pues por aquel convite de Abrahán le fué prometido el hijo Isaac, de quien tantos otros hijos habían de nacer, y por este sacrificio se prometió al Salvador otro más espiritual hijo, que fué el pueblo cristiano, que por todo el mundo se había de dilatar.

Valor del sacrificio interior de Cristo.

Mas, allende los manjares suavísimos de estas virtudes susodichas que se presentaron en este convite, había aún otro manjar de mayor precio y suavidad, que fué la prontitud y voluntad encendidísima con que el Hijo de Dios se ofreció a la ignominia de la cruz por la gloria de su Eterno Padre y de la salud del mundo. La cual fué tan grande, que ningún entendimiento de hombres ni de ángeles basta para comprenderla. Por lo cual es cierto que no sólo aquella muerte que sufrió, pero mil muertes y martirios, si para esto fueran necesarios, padeciera con la misma voluntad y prontitud que uno solo, pues en él había gracia y caridad para esto y para mucho más.

Por donde entenderemos otro más excelente convite que el pasado en la voluntad de Cristo. Porque mucho más amó que padeció y mucho más estaba aparejado a padecer si nos fuera necesario. Por donde ante los ojos de aquel soberano Señor, que señaladamente mira las voluntades y corazones, mucho más agradable le fué el sacrificio interior de la voluntad de Cristo que el de la sagrada Pasión, si hiciéremos solamente comparación de lo que padeció en su sagrado cuerpo a lo que en su alma santísima deseó, que, como dijimos, fué sin comparación mucho más.

Y así tenemos en este sumo sacrificio dos aceptísimos sacrificios, uno visible y otro invisible; quiero decir, uno que en parte se vió y otro que del todo no se vió, que fué esta prontitud y voluntad de padecer más, si nos fuera necesario, y por ambos le debemos a este Cordero sumo amor.

CAPITULO VII

De la grandeza del beneficio de la redención

Para hablar de este misterio, verdaderamente yo me hallo tan indigno, tan corto y tan atajado, que ni sé por dó comience, ni dónde acabe, ni qué deje, ni qué tome para decir. Si no tuviera la torpeza del hombre necesidad de estos estímulos para bien vivir, mejor fuera adorar en silencio la alteza de este misterio que borrarlo con la rudeza de nuestra lengua.

Cuentan de un famoso pintor que, habiendo pintado en una tabla la muerte de una doncella hija de un rey y dibujado en torno de ella los deudos con rostros en gran manera tristes y a la madre mucho más triste, cuando vino a querer dibujar el rostro del padre, cubriólo de industria con una sombra, para dar a entender que allí ya faltaba el arte para imprimir cosa de tan gran dolor.

Pues si todo lo que sabemos no basta para explicar sólo el beneficio de la creación, ¿qué elocuencia bastará para engrandecer el de la redención? Con una simple muestra de su voluntad crió Dios todas las cosas del mundo, y quedáronle las arcas llenas y el brazo sano acabándolo de criar; mas para haberlo de redimir, sudó treinta y tres años, y derramó toda su sangre, y no quedó en Él miembro ni sentido que no padeciese su dolor.

Menoscabo parece de tan grandes misterios ser con lengua de carne manifestados. Pues ¿qué haré? ¿Callaré o hablaré? Ni debo callar ni puedo hablar. ¿Cómo callaré tan grandes misericordias? Y ¿cómo hablaré misterios tan inefables? Callar es desagradecimiento y hablar parece temeridad. Por esto suplico yo ahora, Dios mío, a vuestra infinita piedad, que entre tanto que yo estuviere apocando vuestra gloria con mi rudeza, por no saber más, deseando engrandecerla y declararla, estén allá en el cielo glorificándoos los que os saben alabar; y ellos compongan lo que yo descompongo y doren ellos lo que el hombre desdora con su poco saber.

Obra de la misericordia. Después de criado el hombre y puesto por mano de Dios en aquel lugar de deleites en tan grande dignidad y gloria, estando tan obligado al servicio de su

Creador cuanto más de él había recibido, alzóse con todo, y de donde había de tomar mayores motivos para más amarlo, de ahí los tomó para hacerle traición. Por esta causa fué lanzado del paraíso en el destierro de este mundo, y sobre esto, condenado a las penas del infierno; para que, pues había sido compañero del demonio en la culpa, lo fuese también en la sentencia.

Dijo el profeta a su criado Giezi después que tomó los dones de Naamán leproso (4 Rey. 5, 26): ¿Tomaste la hacienda de Naamán? Pues la lepra de Naamán se pegará a ti y a todos tus descendientes eternamente. Este fué el juicio de Dios contra el hombre; que, pues él quiso la riqueza de Lucifer, que fué la culpa de su soberbia, también se le pegase la lepra de Lucifer, que fué la pena de ella. Pues cata aquí al hombre, comparado con el demonio, imitador de su culpa y compañero de su pena.

Estando, pues, el hombre tan caído en los ojos de Dios y en tanta desgracia suya, tuvo por bien aquel Señor, no menos grande en la misericordia que en la majestad, de mirar no a la injuria de su bondad soberana, sino a la desventura de nuestra miseria; y teniendo más lástima de nuestra culpa que ira por su deshonra, determinó remediar al hombre por medio de su unigénito Hijo y reconciliarle consigo. Mas ¿cómo le reconcilió? ¿Cómo lo podrá eso hablar lengua mortal? Hizo tan grandes amistades entre Dios y el hombre, que vino a acabar no sólo que Dios perdonase al hombre, y le restituyese en su gracia, y se hiciese una cosa con él por amor, sino, lo que excede todo encarecimiento, llegó a hacerle tan una cosa consigo, que en todo lo que tiene criado no hay cosa más una que son ya los dos; porque no solamente son uno en amor y gracia, sino también en persona. ¿Quién nunca jamás pensara que así se había de soldar esta quiebra?

¿Quién imaginara que estas dos cosas, entre quien la naturaleza y la culpa habían puesto tan grande distancia, habían de venir a juntarse, no en una casa, ni en una mesa, ni en una gracia, sino en una persona? ¿Qué cosas más distantes que Dios y el pecador? ¿Qué cosa ahora más junta que Dios y el hombre? Ninguna cosa hay, dice San Bernardo, más alta que Dios y ninguna más baja que el cieno de que el hombre fué formado. Mas con tanta humildad descendió Dios al cieno y con tanta dignidad subió el cieno a Dios, que todo lo que hizo Dios se diga que lo hizo el cieno y todo lo que sufrió el cieno se diga que lo padeció Dios.

¿Quién dijera al hombre, cuando tan desnudo y tan enemistado se sintió con Dios que andaba buscando los rincones del paraíso terrenal para esconderse, que tiempo

vendría en que se juntase aquella tan baja substancia en una persona con Él? Fué tan estrecha esta junta y tan fiel, que cuando hubo de quebrar, que fué al tiempo de la pasión, antes quebró que despegó, porque no faltó por la juntura, sino por lo sano. Porque pudo la muerte apartar el alma del cuerpo, que era junta de naturaleza; mas no pudo apartar a Dios ni del alma ni del cuerpo, que era junta de la persona divina: porque lo que una vez por nuestro amor tomó, nunca más lo dejó.

Estas son las paces y éste el remedio que nos vino por manos de nuestro Salvador y medianero. Y aunque le seamos tan deudores por este remedio cuanto ninguna lengua criada puede explicar, no menos lo somos por la manera de remediarnos que por el mismo remedio. Mucho os debo, Dios mío, porque me librasteis del infierno y me reconciliasteis con Vos; mas mucho más os debo por la manera en que me librasteis que por la libertad que me disteis. Todas vuestras obras en todo son maravillosas, y cuando le parece al hombre que no le queda espíritu para mirar sola una, deshácese esta maravilla cuando alza los ojos y mira otra. No es deshonra, Señor, de vuestras grandezas que se deshagan las unas con las otras, sino muestra de vuestra gloria.

Pues ¿qué medio tomasteis, Señor, para remediarme? Infinitos medios había con que pudierais darme cumplida salud sin trabajo y sin costa vuestra; pero fué tan grande y tan espantosa vuestra largueza, que por mostrarme más claro la grandeza de vuestra bondad y amor quisisteis remediarme con tan grandes dolores, que sólo pensarlos bastó para haceros sudar sangre, y el padecerlos, para hacer despedazar a las piedras de dolor.

Obra del amor. Os alaben, Señor, los cielos y los ángeles prediquen vuestras maravillas. ¿Qué necesidad teníais Vos de nuestros bienes ni qué perjuicio os venía de nuestros males? Si pecares, dice Job (25, 6), ¿qué mal le harás? Y si se multiplicaren tus maldades, ¿en qué le dañarás? Y si bien hicieres, ¿qué le darás o qué podrá Él recibir de tus manos?

Pues aquel Dios tan rico y tan exento de males; aquel cuyas riquezas, cuyo poder, cuya sabiduría ni puede crecer ni ser más de lo que es; aquel que ni antes de la creación del mundo ni ahora después de criado es mayor ni menor de lo que era, ni porque todos los ángeles y hombres se salven y le alaben es en sí más honrado, ni porque todos se condenen y le blasfemen menos glorioso; este tan gran Señor, no por necesidad, sino por caridad, siendo nosotros sus enemigos y traidores, tuvo por bien

de inclinar los cielos de su grandeza, y descender a este lugar de destierro, y vestirse de nuestra mortalidad, y tomar sobre sí todas nuestras deudas, y padecer por ellas los mayores tormentos que jamás se padecieron ni padecerán.

Por mí, Señor, naciste en un establo, por mí fuiste reclinado en un pesebre, por mí circuncidado al octavo día, por mí desterrado en Egipto y por mí, finalmente, perseguido y maltratado con infinitas maneras de injurias. Por mí ayunaste, velaste, caminaste, sudaste, lloraste y probaste por experiencia todos los males que había merecido mi culpa, no siendo tú el culpado, sino el ofendido. Por mí, finalmente, fuiste preso, desamparado, vendido, negado, presentado ante unos y otros tribunales y jueces, y ante ellos acusado, abofeteado, infamado, escupido, escarnecido, azotado, blasfemado, muerto y sepultado. Finalmente, remediásteisme muriendo en una cruz y acabando la vida en presencia de vuestra santísima Madre, con tan grande pobreza, que no tuviste una sola gota de agua en la hora de vuestra muerte, y con tan gran desamparo de todas las cosas, que de vuestro mismo Padre fuiste desamparado. Pues ¿qué cosa de mayor espanto que venir un Dios de tan grande majestad a acabar así la vida en un madero con título de malhechor?

Cuando un hombre, por bajo que sea, viene por su culpa a parar en este lugar, si por caso le conocías antes y te llegas a él de cara para mejor verle, apenas acabas de maravillarte considerando a cuán baja suerte le trajo su miseria que así viniese a acabar. Pues si es cosa de admiración ver un hombre bajo en tal lugar, ¿qué será ver en el mismo al Señor de todo lo criado? ¿Qué será ver a Dios en tal lugar, que para un malhechor es abatido? Y si cuanto la persona ajusticiada es más alta y más conocida, tanto mayor espanto nos pone su caída, vosotros, ángeles bienaventurados, que tan bien conocéis la alteza de este Señor, ¿qué sentisteis cuando allí le visteis?

Mirándose están uno a otro los querubines que mandó Dios poner a los dos lados del arca del testamento (Ex. 25, 20), vueltos los rostros al propiciatorio, con semblante de maravillados, para dar a entender cuán espantados están aquellos espíritus soberanos considerando esta obra de tanta piedad, que es mirando a Dios hecho propiciatorio del mundo en aquel santo madero.

Como atónita queda la misma naturaleza, suspensas están todas las criaturas, espántanse los principados y potestades del cielo de tan inestimable bondad como por aquí conocen en Dios. Pues ¿quién no cae debajo de la ola de tan grandes maravillas? ¿Quién no se ahoga en este piélago de tanta piedad? ¿Quién no sale fuera de sí, como hizo

Moisés en el monte cuando, mostrándole Dios la figura de este misterio, daba voces y decía (Ex. 34, 6): Misericordioso, piadoso, sufridor, Dios de gran misericordia; sin saber decir otra cosa más que proclamar a gritos aquella gran misericordia que Dios allí le había representado? ¿Quién no cubre aquí sus ojos como Elías (III Rey. 19 13) cuando ve pasar a Dios, no con pasos de majestad, sino de humildad; no trastornando los montes y quebrantando las piedras con su omnipotencia, sino derribado ante los malos y haciendo despedazar a las piedras de compasión? Pues ¿quién no cerrará aquí los ojos de su entendimiento y abrirá los senos de su voluntad, para que ella sienta la grandeza de este amor y beneficio y ame cuanto pudiere, sin tasa y sin medida? ¡Oh alteza de caridad! ¡Oh bajeza de humildad! ¡Oh grandeza de misericordia! ¡Oh abismo de incomprensible bondad!

Pues si tanto, Señor, os debo, porque me redimisteis, ¿cuánto os deberé por esta manera de remedio? Redimísteisme con inestimables dolores y deshonras y con venir a ser oprobio de los hombres y desecho del mundo; con estas deshonras me honrasteis, con estas acusaciones me defendisteis, con esta sangre me lavasteis, con esta muerte me resucitasteis y con esas lágrimas vuestras me librasteis de aquel perpetuo llanto y crujir de dientes. ¡Oh buen padre, que así amáis a vuestros hijos! ¡Oh buen pastor, que así os dais en pasto y mantenimiento a vuestro ganado! ¡Oh fiel guardador, que así os entregáis a la muerte por los que os encargasteis de guardar!

Correspondencia de amor.

Pues ¿con qué dádivas responderé a esta dádiva? ¿Con qué lágrimas a esas lágrimas? ¿Con qué vida pagaré esa vida? ¿Qué va de vida de hombre a vida de Dios y de lágrimas de criatura a lágrimas de Criador? Y si por ventura te parece, hombre, que no le debes tanto porque no padeció por ti sólo, sino también por todos los otros, no te engañes; porque realmente de tal manera padeció por todos, que también padeció por cada uno. Porque con su sabiduría infinita Él tuvo todos aquellos por quien padecía tan presentes ante sus ojos como si fueran uno sólo, y con su caridad inmensa abrazó a todos y cada uno y derramó su sangre por él como por todos. Finalmente, tan grande fué su caridad, que, como dicen los santos, si uno solo entre todos los hombres fuera culpado, por él sólo padeciera lo que padeció por todos. Mira, pues, ahora cuánto debes a este Señor que tanto hizo por ti y que tanto más hiciera de lo que hizo si te fuera necesario.

CAPITULO VIII

De lo mucho que el misterio de la Encarnación nos ayuda para conocer y amar a Dios.

Son tantas las conveniencias de este misterio y tantos los frutos y provechos de él, que ni por lenguas de ángeles pueden ser bastantemente declarados. Porque ya vos podéis conjeturar que tan grande cosa como es hacerse Dios hombre y morir en cruz no había de ser para cosas pequeñas, sino para tan grandes y tan extraordinarias como lo es hacerse Dios hombre.

Pues, tomando esta materia desde sus principios, habéis de saber que tres cosas principales se requieren para el negocio de nuestra santificación, que son: conocer a Dios, amar a Dios, imitar la pureza y santidad de Dios. Las cuales tres cosas son tan hermanas y vecinas entre sí, que de la una se sigue la otra. Porque del conocer a Dios venimos a amarle, y de aquí a imitarle.

Pues para estas tres cosas veréis ahora cuán grandemente nos ayuda este misterio.

Cómo este misterio nos enseña a conocer a Dios.

Porque, comenzando por la primera, que es conocer a Dios, era cosa dificultosa antes de este misterio levantarse nuestro entendimiento al conocimiento de Él. Porque, como ya sabéis, no puede nuestro entendimiento, mientras mora dentro de la cárcel de este cuerpo, entender sino las cosas que le entran por estos sentidos corporales, que también son corporales, porque las espirituales no pueden entrar por ellos. Por la cual causa ningún filósofo hasta hoy ha llegado a conocer la substancia de nuestra alma, por ser ella espiritual; pero conocemos los efectos de ella, pues mediante ella vivimos y sentimos, etc.

Pues si es tanta la rudeza de nuestro entendimiento que ni su propia alma conoce, ¿cómo se levantará a conocer a Dios, que es altísimo y purísimo espíritu? Hubo antiguamente unos herejes que ponían en Dios cuerpo y figura humana, por donde un devoto ermitaño, creyendo ser esto así, contemplaba a Dios en esta figura. Y siendo desengañado y poniéndose a contemplar a Dios como puro

espíritu sin cuerpo, no acertaba a pensar en Él ni hallaba tomo en esta contemplación. Por lo cual lloraba y decía: Hanme quitado a mi Dios.

Siendo, pues, ésta la condición de nuestro entendimiento, que no se acomoda a contemplar las cosas espirituales sino envueltas en figuras corporales, grande beneficio de nuestro Dios fué hacerse hombre y vestirse de carne humana. Por que, si no nos aplicábamos a contemplarlo como a puro espíritu, le contemplásemos vestido de carne. Y así le contemplamos en todos los pasos y misterios de su vida santísima, y de su muerte acerbísima, y de su gloriosa resurrección y ascensión. Y de esta manera, vistiéndose Dios de nuestra humildad, que es corporal y visible, nos levantó al conocimiento de las cosas espirituales e invisibles. Porque por las obras de esta sagrada Humanidad, ordenadas para nuestro remedio, nos levantamos al conocimiento de la bondad de Dios, que a tantos extremos llegó para hacernos santos y buenos, y de la caridad de quien tanto nos amó, que dió su vida por la nuestra, y de su grande misericordia, pues tomó sobre sí nuestras deudas para descargarnos de ellas. Y no menos se conoce por aquí el rigor de la divina justicia, pues ni a su divino Hijo perdonó el Padre Eterno por haberse ofrecido por los pecados ajenos.

Mas no puedo dejar de detenerme un poco en la consideración de la divina bondad, pues ella fué la causa original de nuestro bien. Porque primeramente, antes que lleguemos a este misterio, gran bondad fué querer aquella soberana Majestad levantar un vil gusanillo sobre todos los cielos y criarlo para hacerlo participante de su misma bondad y pureza, y después de su gloria, que es igualarlo, en lo que toca a este fin, con los serafines y querubines. Y es cosa notable ver en las santas Escrituras con cuántas y cuán amorosas palabras nos llama Él y convida a esta imitación de su bondad y pureza.

Y pasó tan adelante este deseo, que viendo cuánto importaba para alcanzar esta pureza hacerse Él hombre y morir en cruz para ofrecérsenos por ayudador y ejemplo de ella, no dudó descender hasta aquí por esta causa. ¿Qué es esto, Dios mío? ¿Qué os va a Vos en eso? ¿Qué ganáis si eso se hace o qué perdéis si no se hace, pues *ab aeterno*, antes que creaseis el mundo, erais tan bienaventurado como lo sois ahora? ¿Qué amor es ése? ¿Qué bondad es ésa? Bastaba para argumento de vuestra bondad haber creado una criatura tan baja para fin tan alto; ¡mas que el deseo pasase tan adelante que llagaseis a morir por hacerme bueno y bienaventurado como Vos lo sois!

Cierto, Señor, obra de tal bondad como ésta no se

halla en todo lo criado, sino en sólo el Creador. Y ésta sola viene proporcionada y compasada al tamaño de vuestra bondad.

Abierto, pues, este camino, podréis vos filosofar y conocer por este medio las otras perfecciones divinas que en este grande misterio resplandecen. Y entenderéis luego cuán acertada fué esta invención de la sabiduría de Dios para darnos conocimiento de sus perfecciones y cuán misericordiosa, pues así se disfrazó, si decirse puede, para acomodarse a nuestra rudeza.

Y por esa causa, llamándonos el Padre Eterno al conocimiento de su unigénito Hijo, al cual enviaba por nuestro maestro al mundo, dice que compremos de Él, sin plata y sin alguna otra mercaduría, vino y leche, dándonos a entender que en este sagrado misterio hallan los simples y los sabios en qué poder ejercitarse y con qué aprovecharse. Porque leche es mantenimiento de niños, y vino es de los hombres. Para que entendamos que chicos y grandes, perfectos e imperfectos, hallarán aquí pasto y mantenimiento para sus ánimos.

Cómo nos enseña a amarle. Ya, pues, por lo dicho entenderéis cuánto nos ayuda este misterio para conocer a Dios. Veamos ahora cuánto nos ayuda para amarlo. Digo, pues, que si era grande impedimento la rudeza de nuestro entendimiento para conocer a Dios, mucho mayor era la desemejanza de nuestra vida para amarlo; que, como Vos mejor sabéis, la semejanza es causa de amor, pues el amor es unión de voluntades y corazones.

Pregunto, pues, ahora: ¿qué semejanza hay entre la alteza divina y la bajeza humana? Porque las cosas contrarias o diferentes muy mal se pueden unir entre sí. Siendo, pues, esto verdad, ¿qué cosa más diferente y más distante una de otro que Dios y el hombre? Dios, espíritu simplicísimo; el hombre, espíritu sumido en la carne; Dios altísimo, el hombre bajísimo; Dios riquísimo, el hombre pobrísimo; Dios purísimo, el hombre impurísimo; Dios inmortal e impasible, el hombre mortal y pasible; Dios exento de todas las miserias, el hombre sujeto a todas ellas; Dios inmudable, el hombre mudable; Dios en el cielo, el hombre en la tierra, y, finalmente, Dios invisible y el hombre visible, y como tal, apenas puede amar lo que es invisible.

Veis, pues, ahora cuán grandes impedimentos hay de parte del hombre para amar a Dios. Porque siendo la semejanza causa de amor y de la unión de los corazones, ¿qué semejanza hay entre Dios y el hombre, donde vemos tanta diferencia de parte a parte?

Pues ¿qué remedio para que haya semejanza donde hay tantas diferencias? Esta fué la invención admirable de la divina sabiduría, la cual de un golpe cortó a cercén todos estos impedimentos del amor haciéndose hombre. Porque veis aquí a Dios, que era purísimo espíritu, vestido de carne; veislo abajado, veislo pobre, humilde, mortal y pasible, y sujeto a las mudanzas y cansancios de la vida humana, y sobre todo esto, visible, para que el hombre, que no podía amar sino lo que veía, vestido ya Dios de esta ropa, no tenga excusa para dejar de amarle.

Y porque es también grande impedimento del amor la desigualdad de las personas, por donde se dice que no concuerdan bien ni moran en una casa majestad y amor, veis aquí también quitada la desigualdad, cuando de esta manera se abajó la Majestad y se acomodó a nuestra poquedad.

Mas no se contentó aquella soberana Majestad con quitarnos estos impedimentos de su amor, sino proveyónos también de grandes estímulos e incentivos de amor con la muestra de su bondad y de la grandeza de los beneficios que se encierran con este sumo beneficio.

Porque dos propiedades señaladas tiene el verdadero amor. La una es querer bien y desear bien al que ama, y cuanto a esto, no nos pudo el Hijo de Dios desear y procurar más bien que darnos bienes de gracia y de gloria, los unos para esta vida y los otros para la otra.

La segunda propiedad es padecer trabajos y dolores por la persona amada. Pues esto vemos en la persona y vida de nuestro Salvador, y mucho más en la muerte y en los grandes dolores y tormentos que por librarnos de la muerte padeció.

Y aquí interviene una cosa que suspende y arrebata las almas devotas a una grande admiración. Para lo cual habéis de presuponer que no solamente Dios, en cuanto Dios, no puede adquirir algo de nuevo, mas ni en cuanto hombre ganó ni mereció cosa que Él ya no tuviese. Porque su gracia y gloria nunca más creció de lo que le fué dada en el instante de su concepción, y la gloria de su cuerpo y de su santo nombre en ese mismo instante la mereció. Y así ninguna cosa adquirió de nuevo que ya no tuviese.

Siendo, pues, esto así, ¿no es cosa que espanta haberse ofrecido a los mayores dolores que jamás se padecieron ni padecerán, sin caerle nada en casa ni adquirir nada de nuevo para sí? ¿Qué novedad es ésta? ¡Qué cosa tan nunca vista! Pues generalmente vemos que todos los hombres no dan paso sin algún interés ni se ponen a grandes trabajos sin grandes pretensiones.

Pues ¿no es cosa de admiración ver a este Señor en

tan grande agonía y aflicción de espíritu, que le bastó para hacerle sudar gotas de sangre; verle preso, maniatado, escupido, abofeteado, escarnecido, azotado, burlado de Herodes, coronado de espinas, pregonado por las calles públicas, con la cruz sobre sus hombros, quebrantados con los azotes pasados; jaropado con hiel y vinagre y después enclavado en una cruz entre dos ladrones, con su Madre presente; y que en todos estos trances, en todas estas batallas, en todos estos tormentos, ejecutados en el más delicado de los cuerpos, sin ningún linaje de consuelo ni del cielo ni de la tierra, y que en todos estos tragos y dolores ninguna cosa medrase para sí, sino para los hombres?

Los mártires a cada azote que padecían se consolaban acordándose que a cada golpe que les daban correspondía un más alto grado de gracia y de gloria de que eternalmente habían de gozar, y con esto se animaban y consolaban en sus dolores; mas nada de esto había lugar en Cristo, pues ninguno de sus tormentos padeció para sí, sino para los hombres, y lo que más es: no sólo por los buenos, sino por los malos y enemigos suyos, para que a costa suya ellos pagasen; y padeciendo Él, ellos gozasen; y siendo Él humillado, ellos fuesen ensalzados y librados de todos sus males.

Lo cual es como si un padre se pusiese a remar en las galeras por que no remase un su hijo condenado a ellas. Porque de esta manera este celestial Padre, viéndonos sentenciados a muerte, se ofreció a esta muerte tan trabajosa para darnos eterna y gloriosa vida. ¿Veis, pues, qué grandes estímulos tenemos en esta sagrada Humanidad para amar a Dios?

Cómo nos enseña a imitarle.

La tercera cosa, que es la imitación de Dios, fácilmente se puede entender por lo dicho, porque tal fué este medio que Dios inventó, que, con ser uno sólo, sirve tan perfectamente para cada una de las cosas que pertenecen a nuestra santificación como si para sola ella fuera instituído, como lo veréis ahora en ésta.

Porque claro está que no hay persona que más perfecta sea y más digna de ser imitada que es Dios, pues Él es la primera regla y el primer dechado de toda virtud y santidad. Mas siendo necesario que veamos lo que habemos de imitar, fáltanos esta comodidad en Él, no por parte suya, sino por la nuestra, que no alcanza a ver la grandeza de su pureza. Mas al hombre podemos claramente ver, mas no le podemos seguramente imitar por su imperfección.

Por donde no había otro más conveniente medio para esto que juntarse Dios con el hombre, para que así tuviésemos a quién pudiésemos ver y seguramente imitar.

¿Veis cuán a propósito viene esta invención de Dios para que tuviésemos un perfecto dechado y un clarísimo espejo en que nos pudiésemos mirar y humillar y enmendar, pues ya sabéis que aun los espejos materiales así se hacen, juntando una cosa clara, que es el vidrio resplandeciente y transparente, con una tela de plomo, que es oscuro, y de esta manera, juntando lo claro con lo oscuro, se viene a hacer este espejo material? Y conforme a esto nos proveyó Nuestro Señor por este medio de este espejo espiritual, en el cual todas las virtudes de Cristo resplandecen, como lo podéis ver discurriendo por todos los pasos de su vida santísima.

Veréis, pues, primeramente en la vida de este Señor el celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas, por las cuales andaba por todas las villas y lugares de aquella tierra predicando y buscando las ovejas perdidas de la casa de Israel.

Veréis de la manera que ordenaba su vida, perseverando las noches en oración y gastando los días en doctrinar las almas.

Veréis la piedad para con los enfermos y leprosos, tocándolos con sus benditas manos y dando salud a todos cuantos dolientes y ciegos y paralíticos se la pedían, sin jamás negarla a nadie.

Veréis la fidelidad para con su Eterno Padre, atribuyendo a Él todas las obras que hacía y las palabras que hablaba, refiriéndolo todo a la gloria de Él, sin tomar nada para sí.

Veréis la misericordia de que usó con la mujer adúltera, y con la pública pecadora, y con el publicano que hería su pecho, y con San Pedro, que le había negado, y, finalmente, con todos los que acudían a Él.

Veréis aquella extremada pobreza del Señor de todo lo criado, pues, como Él dijo, los pájaros tienen nidos y las raposas cuevas, y Él no tenía sobre qué reclinar su cabeza ni con qué mantenerse, sino con las limosnas que unas piadosas mujeres le daban.

Veréis la blandura que usó con sus discípulos, pues habiéndole ellos, al tiempo de la prisión, desamparado, acabando de resucitar, les envió aquella graciosa embajada con la Magdalena, diciendo: Ve a mis hermanos y diles que subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios.

Pues ¿qué diré de aquella inefable humildad con que se abajó a lavar los pies de sus discípulos, y entre ellos a los de Judas, que lo tenía vendido? ¿Qué diré de la paciencia con que sufrió tantas injurias, llamándole samaritano y endemoniado y engañador del pueblo? ¿Qué de

la benignidad con que trataba a los pecadores, comiendo con ellos para ganarlos y traerlos a Dios?

Estos y otros semejantes ejemplos de virtudes hallaremos en su vida. Pues ¿qué será si entramos en su dolorosa muerte y en el proceso de su sagrada Pasión? ¿Quién no quedará espantado considerando tantos ejemplos de humildad como se nos dan en toda ella? Porque toda ella parece haber sido una tela tejida de pasos de humildad.

Pues ¿qué diré de aquella obediencia hasta la muerte, y muerte de cruz, y de aquella paciencia entre tantos dolores, y de aquella mansedumbre entre tantas injurias, y de aquel silencio entre tantos falsos testimonios, de que el mismo juez se espantó, y, finalmente, de aquella benignidad con que rogó al Padre por los mismos que lo crucificaban?

Estos y otros semejantes ejemplos tenemos en todo el discurso de la vida y mucho más de la muerte de nuestro Salvador, y ya vos veis de cuánta eficacia sean estos ejemplos y cuán poderosos para movernos, pues son ejemplos de persona de tanta dignidad.

Porque que el hombre sea humilde y obediente, y sea paciente, y sea pobre de espíritu y de cuerpo, no es mucho; mas que el Señor de la majestad sea humilde, y que el Rey de los reyes sea obediente, y el que es gloria de los bienaventurados padezca dolores, y el piélago de todas las riquezas sea pobre, y el que es pan de los ángeles padezca hambre, y el que viste los cielos y los campos de hermosura esté desnudo en la cruz, bien veis cuánto más nos muevan estos ejemplos que todos los de los santos, mayormente considerando que en todos estos trabajos, demás del ejemplo que nos daba, obraba nuestra salud.

II.—DE LA INFANCIA DE NUESTRO SEÑOR

CAPITULO IX

De la concepción de la Sacratísima Virgen Nuestra Señora

Dos casas tuvo Dios en este mundo señaladas entre todas las otras. La una fué la humanidad de Jesucristo, en la cual mora la divinidad de Dios corporalmente, como dice

el Apóstol (Col. 2, 9), y la otra, las entrañas virginales de Nuestra Señora, en las cuales moró por espacio de nueve meses. Estas dos casas fueron figuradas en aquellos dos templos que hubo en el Viejo Testamento, uno de ellos que hizo Salomón (III Rey. 7, 1) y el otro que se edificó en tiempo de Zorobabel, después del cautiverio de Babilonia (I Esd. 6, 17).

Estos dos templos concuerdan en una cosa y difieren en dos. Concuerdan en ser ambos templos de un mismo Dios, y difieren, lo primero, en la riqueza y primor de las labores, porque mucho más rico fué el primero que el segundo, y lo segundo, en la fiesta de la dedicación de ellos (III Rey. 8, 1). Porque en la dedicación del primero todos cantaban y loaban a Dios; mas en la del segundo, unos cantaban y otros lloraban: cantaban los que veían ya acabada aquella obra que tanto deseaban y lloraban los que se acordaban de la riqueza y hermosura del templo pasado, viendo cuán baja obra era ésta en comparación de aquélla.

Pues esto mismo nos acontece ahora en el día de la dedicación de estos dos templos místicos de que hablamos. Y por el día de la dedicación entendemos el día de la concepción; porque este día fueron estos dos templos dedicados y consagrados. Pues en el día de la concepción del Hijo, todos cantan, todos alaban a Dios, todos dicen que fué concebido del Espíritu Santo, y por eso su concepción fué santa y limpia de todo pecado, y donde no hay pecado, no hay materia de lágrimas, sino de alegría y de alabanza. Mas en la concepción de la madre, unos cantan, otros lloran; unos cantan y dicen: Toda eres hermosa, amiga mía, y en ti no hay mancha. Otros lloran y dicen: Todos pecaron en Adán (Rom. 3, 23) y tienen necesidad de la gracia de Dios. Mas todos concuerdan en que la sacratísima Virgen, antes que naciese, fué llena de todas las gracias y dones del Espíritu Santo, porque así convenía que fuese la que *ab aeterno* era escogida para ser madre del Salvador del mundo.

Cuán grande fuese esta gracia y estas virtudes, no hay lengua humana que lo pueda declarar. La razón es porque Dios hace todas las cosas conformes a los fines para que las escoge, y así las provee perfectísimamente de lo que para ellas es necesario. Escogió Dios a Oliab para maestro de su arca (Ex. 36, 1), escogió a San Juan Bautista para testigo de su venida (Lc. 1, 17), escogió a San Pablo y a todos los otros apóstoles para maestros de su Iglesia. Pues, conforme a esto, los proveyó perfectísimamente de todas aquellas habilidades y facultades que para eso se requerían.

Y porque a esta sacratísima Virgen escogió para la ma-

yor dignidad que se puede conceder a pura criatura, de aquí viene que la adornó y engrandeció con mayor gracia, con mayores dones y virtudes que jamás se concedieron a ninguna pura criatura.

La hermosura de Dios, reflejada en María. Y así, una de las cosas en que Dios tiene más declarado la grandeza de su bondad y sabiduría de su omnipotencia es en la santidad y perfección de esta Virgen. Por la cual, si tuviésemos ojos para saber mirar y penetrar la alteza de sus virtudes, en ninguna cosa de cuantas hay creadas se nos presentaría tan claro el artificio y sabiduría de Dios como en ésta. De manera que ni el sol, ni la luna, ni las estrellas, ni la tierra con todas sus flores, ni el mar con todos sus peces, ni aun el cielo con todos sus ángeles, nos declararían tanto las perfecciones y hermosura del Creador como la alteza y perfección de esta Virgen. Porque si el Profeta dice que es Dios admirable en sus santos (Salm. 67, 36), ¿cuánto más lo será en aquella que es madre del Santo de los santos, en la cual sola están juntas todas las prerrogativas de todos los santos?

Y hay en esto dos cosas de grande admiración. La una es compadecerse toda perfección en una criatura de carne y sangre como nosotros. No es maravilla que un oficial haga más delicadas obras de oro y plata que de una masa de barro, porque la masa sufre toda esa ventaja y primor. No se espantan los hombres de ver un águila volar por cima de las nubes, mas espántanse de ver trepar un hombre con dos arrobas de hierro por cima de una cuerda. Quiero decir: no es maravilla que un ángel vuele más alto y sea más adornado de todo género de virtudes y perfecciones, pues es substancia espiritual, que un alma, que está cercada y vestida de carne; mas que un alma, encerrada en un cuerpo sujeto a tantas miserias y cercado de tantos sentidos, pase de vuelo sobre todos los ángeles en perfección y sea más pura que las estrellas del cielo, esto es cosa de grande admiración.

No es maravilla que ande limpia una dama que no tiene otro oficio más que andar alrededor del estrado de la reina; mas aquella que toda su vida anduviese sirviendo en una cocina entre los tizones y ollas, y que, con todo eso, al cabo de cincuenta o sesenta años de servicio, saliese de allí más limpia que aquella que está en el palacio real, esto sería de mayor admiración.

Pues, según esto, ¿no es cosa admirable ver el alma de esta Virgen encerrada en un cuerpo cercado de tantos sentidos y que en tantos años de vida ninguno se le desmandase en un cabello; que nunca sus ojos se desman-

dasen en ver, nunca sus oídos en oír, nunca su paladar en gustar; que siendo tantas veces necesario comer, y beber, y dormir, y hablar, y negociar, y salir de casa, y conversar con las criaturas, que llevase las cosas con tanto compás, que jamás se desmandase en una palabra, ni en un pensamiento, ni en un movimiento, ni en un afecto, ni en un bocado demasiado? ¿A quién no pone en admiración este tan grande compás, esta tan perfecta igualdad y orden y este concierto tan perpetuo como es el de los mismos cielos y de sus movimientos?

Lo segundo de que nos debemos espantar es de ver con cuán pocos ejercicios llegó esta Virgen a tan alta perfección. El apóstol San Pablo discurría por el mundo, predicaba a los gentiles, disputaba con los judíos, escribía epístolas, hacía milagros y otras cosas semejantes.

Mas la sacratísima Virgen no entendía en estas obras, porque la condición y estado de mujer no lo consentía. Sus principales ejercicios, después del servicio y crianza de su Hijo, eran espirituales, eran obras de vida contemplativa, aunque no faltaban, cuando eran necesarias, las de la vida activa.

Pues ¿no es cosa de admiración que con tan poco estruendo de obras exteriores, con lo que pasaba en silencio dentro de aquel sagrado pecho, dentro de aquel corazón virginal, mereciese tanto a Dios y ganase tanta tierra o, por mejor decir, tanto cielo que pasase de vuelo sobre todos los ángles y sobre todos los querubines? Pues ¿qué sería esto? ¿Qué pasaría en aquel corazón virginal de noche y de día? ¿Qué maitines, y qué laudes, y qué *Magnificat* allí se cantarían? ¡Quién tuviera ojos para poder penetrar los movimientos, los arrebatamientos, los sentimientos, los ardores, los resplandores y los excesos de amor y todo lo que pasaba en aquel sagrado templo! Teníalos el Espíritu Santo cuando, enamorado de tan grande perfección y hermosura, decía: Hermosa eres, amiga mía, hermosa eres. Tus ojos son de paloma, allende de lo que dentro está escondido (Cant. 4, 1); porque esto solamente podían ver los ojos de Dios, mas no los ojos de los hombres.

¿No sería cosa maravillosa si viésemos a un tañedor que en una vihuela de una o dos cuerdas, o en manicordio de una o dos teclas, tañese tantas obras e hiciese tanta armonía como otro con un instrumento perfecto? Pues ¿no es maravilla que con sólo aquel corazón tañese e hiciese esta Virgen tantas obras, obrase tantas maravillas y diese tantas y tan suaves músicas a Dios?

Injustamente os quejáis los que decís que sois pobres y enfermos diciendo que no tenéis de qué hacer bienes ni con qué padecer trabajos por amor de Dios. Basta que

tengáis corazón para poder amar a Dios y vacar a Dios, porque si de ése os sabéis aprovechar, con él alcanzaréis grandes virtudes y con él haréis innumerables servicios a Dios. ¿En qué entendían aquellos Padres antiguos, aquellos monjes que vivían en los desiertos, sino en contemplación noche y día? Aquel ocio es el mayor de los negocios, aquel no hacer nada es sobre todo lo que se puede hacer. Porque allí el alma religiosa, dentro de su retraimiento, alaba a Dios; allí ora, allí adora, allí ama, allí teme, allí cree, allí espera, allí reverencia, allí llora, allí se humilla delante de la majestad de Dios, allí canta y pregona sus loores, allí hace todas las cosas tanto más puramente cuanto más ocultamente y sin testigos humanos.

Para ser digna Madre de Dios. Pues volviendo ahora a nuestro propósito, tal convenía que fuese y de tal manera convenía que naciese aquella que *ab aeterno* era escogida para ser madre de Dios; porque costumbre es de Dios, como está ya dicho, proporcionar los medios con los fines, que es hacer tales los medios cuales competen para la excelencia del fin para que los instituyó.

Pues como Dios escogiese a esta benditísima Virgen para la mayor dignidad de cuantas hay debajo de Dios, que es para ser madre del mismo Dios, así convenía que le diese el espíritu, la santidad y la gracia tal cual convenía para la excelencia de esta dignidad. De donde así como aquel templo material de Salomón fué una de las más famosas obras que hubo en el mundo, porque era casa que se edificaba no para hombres, sino para Dios, así convenía que este templo espiritual donde Dios había de morar fuese una perfectísima obra, pues para tal huésped se aparejaba. Porque ¿cuál convenía que fuese el alma que el Hijo de Dios había tomado por especial morada, sino llena de toda santidad y pureza? Y ¿cuál convenía que fuese la carne de donde había de tomar carne el Hijo de Dios, sino libre de todo pecado y corrupción? Porque así como el cuerpo de aquel primer Adán fué hecho de tierra virgen antes que la maldición de Dios cayese sobre ella, como cayó después del pecado (Gén. 2, 7), es como así convenía que fuese formado el cuerpo del segundo de otra carne virginal, libre y exenta de toda maldición y pecado.

Figuras de la pureza de María. Por esto, convenientísimamente es figurada esta Virgen por aquella arca del testamento hecha de madera de Setín (Ex. 25, 10), que es madera incorruptible, para significar la incorrupción y pureza de esta sacratísi-

ma Virgen, que es el arca mística donde estuvo el maná de los cielos y pan de ángeles y donde estuvo aquella vara de la raíz de Jesé, sobre cuya flor se asentó el Espíritu Santo (Is. 11, 1).

Es también figurada por el hermosísimo trono de Salomón, de que dice la Escritura que era hecho de marfil, y que estaba dorado de un oro muy resplandeciente, y que tal obra como aquélla no fuera nunca hecha en todos los reinos del mundo (III Rey. 10, 20). Las cuales cosas, todas perfectísimamente convienen a esta sacratísima Virgen, como a trono espiritual de aquel verdadero Salomón, pacificador del cielo y de la tierra.

Es también figurada por aquel huerto cerrado y fuente sellada de los Cantares (4, 12) y por aquella puerta oriental que vió el profeta Ezequiel (43, 2): Porque ninguno comió de la fruta de aquel vergel, ni bebió del agua de aquella fuente, ni entró por aquella puerta, sino sólo el Hijo de Dios, porque sólo Él era su amor, su pensamiento, su deseo, sus cuidados, su memoria continua.

Porque, como dice San Agustín, toda la obra y vida de María siempre estuvieron atentas en Dios, que residía en medio de su corazón, según aquello del Profeta que dice: Dios en medio de ella nunca será movido, y ayudarla ha el Señor por la mañana muy de mañana (Salm. 45, 6); o como traslada San Jerónimo: En el nacimiento de la mañana, que es en el principio de la vida, donde fué llena de gracia y dones celestiales; porque tales convenían que fuesen los cimientos de una obra que Dios quería tanto levantar. Porque si el santo Job (31, 18) se gloría que del vientre de su madre salió con él la misericordia, ¿qué diremos de ésta, que había de ser Madre de misericordia? Y si Jeremías (1, 5) y San Juan Bautista (Lc. 1, 41) fueron llenos de gracia en el vientre de sus madres, el uno porque lo escogía Dios para profeta y el otro para más que profeta, ¿qué diremos de esta Virgen, escogida para Madre del Señor de los profetas, pues conforme a la dignidad da Dios la gracia y la santidad?

CAPITULO X

De la anunciación de Nuestra Señora

Mas en este paso, cuando el ángel la saludó, debemos contemplar a la Virgen en su oratorio retraída; porque, aunque la casa fuese pobre, no faltaría en ella lugar de ora-

ción, donde es cosa verosímil que tendría sus libros devotos, sus salmos, sus profetas y sus oraciones, y por ventura, como la santa Judit, sus cilicios y sus disciplinas para castigar aquel sacratísimo cuerpo, que no se lo merecía; y señaladamente es de creer que en este paso estaría su espíritu elevado en alguna altísima contemplación, como dicen los santos, cuando el ángel la visitó.

Virtudes practicadas en la Anunciación. Considera, después de aquella tan dulce y graciosa salutación del ángel, las virtudes altísimas de esta Virgen, que en todo este diálogo que pasó entre ella y el ángel maravillosamente resplandecen, y señaladamente su silencio, su humildad, su virginidad y su fe.

a) *Silencio.*—El silencio se mostró en que, hablando tantas cosas y tantas veces el ángel, la Virgen habló tan pocas veces y tan pocas palabras, para enseñar a las vírgenes el principal decoro y ornamento de la virginidad, que es el silencio y la vergüenza.

b) *Humildad.*—Mas la humildad se nos descubre en aquella turbación y temor que tuvo de las palabras tan honrosas del ángel: porque no hay cosa más nueva ni más extraña para el verdadero humilde que oír sus alabanzas, y asimismo no hay cosa para él de mayor temor, porque así como teme el rico avariento los ladrones por que no le hurten su tesoro, así teme el verdadero humilde las alabanzas de los hombres, que son ladrones de la humildad.

c) *Virginidad.*—La virginidad y amor inestimable que tenía a esta virtud se nos descubre en aquellas palabras que dijo: ¿Cómo se hará esto, porque no conozco varón? Como si dijera, según declara San Bernardo: Sabe mi Señor que su sierva tiene hecho voto de perpetua virginidad; pero si Él es servido que se dispense este voto para que yo haya de tener tal hijo, alégrome del hijo que me da, mas duélome del voto que se dispensa, puesto caso que en todo me someto a su divina voluntad.

Pues ¿qué cosa se podrá decir mayor en alabanza de la virginidad y en honra de la sacratísima Virgen que verla estimar tanto esta virtud que, con ofrecerle por una parte tal hijo y tal dignidad (que es la mayor de cuantas Dios dió, ni dará jamás, ni en este género puede dar), que este contrapeso tan grande no bastase para ahogar del todo el sentimiento que su alma tenía en ver que por esta vía se impedía el propósito de su castidad? ¿Oh maravillosa alabanza de esta virtud! ¡Oh piedra preciosa de inestimable valor, tan estimada de los buenos y de los malos tan despreciada! ¡La Virgen, llena del Espíritu Santo, siente

la pérdida de esta gloria, dándole por recompensa esta dignidad inefable, y el hombre, carnal y miserable, no duda perderla por un deleite bestial!

Virginidad y humildad se engrandecen mutuamente. Y porque estas dos virtudes susodichas, virginidad y humildad, resplandecieron en la sacratísima Virgen, y sería razón que lo mismo hicieran en nosotros, oye lo que de ambas dice el devotísimo Bernardo por estas palabras: Hermosa mezcla es la de la virginidad y humildad, y no poco agrada aquella alma en quien la humildad engrandece a la virginidad y la virginidad adorna la humildad

Mas ¿de cuánta veneración te parece que será digna aquella cuya humildad engrandece la fecundidad y cuyo parto consagra la virginidad? Oyes virgen y oyes humilde: si no puedes imitar la virginidad de la humilde, imita la humildad de la virgen. Loable virtud es la virginidad, pero más necesaria es la humildad. A aquélla nos aconsejan, a ésta nos obligan; a aquélla nos convidan, a ésta nos fuerzan. De aquélla se dice: El que la pudiere guardar, guárdela; de ésta se dice (Mt. 18, 3): Si no os volviéredes como los niños pequeñuelos, no entraréis en el reino de los cielos. De manera que aquélla es galardonada como sacrificio voluntario, ésta pedida como servicio obligatorio. Finalmente, puedes salvarte sin virginidad, mas no sin humildad.

Puede luego agradar la humildad que llora la virginidad perdida; mas sin humildad, oso decir que ni aun la virginidad de María fuera agradable. Porque ¿sobre quién reposará mi espíritu, dice el Señor, sino sobre el humilde y el manso? (Is. 62, 2). Luego si María no fuera humilde, no reposara sobre ella el Espíritu Santo, y si no reposara sobre ella, no concibiera por virtud de Él; porque ¿cómo pudiera concebir de Él sin Él?

Queda luego entendido que para que de Él hubiese de concebir, como ella dice, miró el Señor a la humildad de su sierva (Lc. 1, 48) mucho más que la virginidad. Por donde consta que la humildad fué la que hizo agradable su virginidad. ¿Qué dices, pues, aquí, virgen soberbia? María, olvidada de la virginidad, se gloría de la humildad, y tú, ¿menospreciando la humildad te glorías en tu virginidad? Dice ella: Miró el Señor la humildad de su sierva. ¿Quién es ella? Una virgen santa, virgen pura, virgen devota. ¿Por ventura eres tú más casta que ella o más devota, o será tu castidad más agradable que la de María, para que puedas tú sin humildad agradar con la tuya, no habiendo ella sin esta virtud agradado con la suya? Finalmente, cuanto eres más gloriosa por el singular don de

castidad, tanto haces tú a ti mayor injuria afeando la hermosura de tu vida con mancilla de soberbia. Hasta aquí son palabras de San Bernardo.

d) *Fe.*—Pues, tornando al propósito, demás de estas tres virtudes, resplandece también aquí singularmente la fe de esta sagrada Virgen, porque ni dudó de tan grandes maravillas como el ángel le decía ni pidió señal como Zacarías, siendo mayor cosa parir virgen que parir estéril, y parir a Dios que parir a un hombre; sino como verdadera hija de Abrahán, imitadora de su fe, así como él creyó que el mozo Isaac después de muerto tenía hijos, resucitándolo Dios, así ella creyó que siendo virgen sería madre, obrándolo el mismo Dios.

Por donde dicen los santos que cuando la sagrada Virgen preguntó: ¿Cómo se hará esto?, que no dudó del hecho, sino preguntó por el modo; porque bien creyó que se podía hacer lo que Dios prometía, mas preguntó en qué manera se haría, pues ella tenía hecho voto de virginidad. Mas a lo uno y a lo otro satisfizo el Angel diciéndole que pariría un hijo y que sería virgen, y así gozaría del fruto de madre y no perdería la corona de virgen. Sobre todas estas palabras escribiendo, el devotísimo Bernardo dice así:

Cielo y tierra esperan suspensos la respuesta de María.

Oíste, Virgen, el hecho, y también oíste la manera de él; lo uno y lo otro es cosa de grande admiración y alegría. Alégrate, pues, hija de Sión; gózate, hija de Jerusalén, y pues a tus oídos ha dado el Señor gozo y alegría, oigamos también nosotros la respuesta de alegría que esperamos, para que así se alegren los huesos afligidos y humillados.

Oíste que concebirás y parirás, oíste cómo no es éste negocio de hombres, sino del Espíritu Santo; el ángel está esperando tu respuesta, porque ya es tiempo que se vuelva a quien lo envió. Esperamos también nosotros, Señora, esta palabra de misericordia, a los cuales tiene condenados a muerte la divina sentencia, de la cual seremos librados por tu palabra.

Por la palabra de Dios eterna fuimos todos criados y con todo esto morimos, mas por tu palabra seremos ahora remediados para que eternamente no muramos. Esto te suplican, ¡oh piadosa Virgen!, el lloroso Adán, desterrado del paraíso con toda su posteridad: esto, Abrahán; esto, David, con todos los otros santos Padres tuyos, los cuales moran en tinieblas y sombra de muerte, y esto mismo te pide todo el universo mundo postrado a tus pies. Y no por cierto sin causa, porque de tu palabra pende la consolación de los miserables, la redención de los cauti-

vos, la liberación de los condenados y la salud de todos los hijos de Adán.

Responde, Virgen, muy aprisa; responde una palabra, la cual esperan los cielos y la tierra y los infiernos; y el mismo Rey y Señor de todos, cuanto codició tu hermosura, tanto desea ahora tu respuesta, con la cual determina reparar la naturaleza humana. De manera que aquel a quien agradaste callando, ahora le agradarás hablando, pues Él te habla del cielo, diciendo: ¡Oh hermosa entre las mujeres, hazme que oiga tu voz! Si tú le hicieres oír tu voz, Él te hará ver el misterio de nuestra salud. ¿Por ventura no es esto lo que buscabas y lo que gemías y por lo que días y noches suspirabas? Pues ¿eres tú aquella para quien se guardan estas promesas o esperamos otra? Tú eres, por cierto, y no otra. Tú eres aquella prometida, aquella esperada, aquella deseada de quien tu santo padre Jacob, estando para morir, esperaba la salud, diciendo (Gén. 49, 18): Tu salud esperaré, Señor.

Pues ¿para qué esperas de otro lo que a ti se te ofrece y lo que por ti se cumplirá, si das consentimiento y respondes una palabra? Responde, Señora, presto al ángel, o, por mejor decir, al Señor por el ángel. Responde una palabra y recibe otra palabra; da la tuya y recibe la divina; da la transitoria y recibe la eterna. ¿Por qué tardas? ¿Por qué temes? Cree, confiesa y recibe. Cobre ahora tu profunda humildad una santa osadía y tu vergüenza confianza. No conviene que la simplicidad virginal se olvide aquí de la prudencia. En sólo este negocio no tema la prudente virgen presunción. Porque, aunque es agradable en el silencio la vergüenza, pero más necesaria es ahora la piedad en las palabras.

Abre, ¡oh bienaventurada Virgen!, el corazón a la fe, y la boca a la confesión, y las entrañas al Criador. Mira que el deseado de todas las gentes está llamando a tu puerta. Levántate, corre y abre; levántate por la fe, corre por la devoción y abre por la confesión.

He aquí la esclava del Señor. He aquí, dice ella, la sierva del Señor; sea hecho en mí según tu palabra. Siempre suele ser familiar a la divina gracia la virtud de la humildad, porque Dios resiste a los soberbios y a los humildes da su gracia. Y por esto humildemente responde, para que así se apareje silla conveniente a la divina gracia.

He aquí, dice, la sierva del Señor. ¿Qué humildad es ésta tan alta que no se deja vencer de las honras ni se engrandece con la gloria? Escógela Dios por madre, y ella pónese nombre de sierva. No es, por cierto, pequeña mues-

tra de humildad, en medio de tanta gloria, no olvidarse de la humildad. No es grande cosa ser humilde en las bajezas, mas muy grande y muy rara ser humilde en las grandezas.

Responde, pues, la Virgen gloriosa: Sea hecho en mí según tu palabra. Esta palabra, sea hecho, es palabra significativa del deseo que la Virgen tenía de este misterio o es palabra de oración que pide lo que le prometen, porque Dios quiere que pidan lo que Él promete. Y por ventura, por esta causa promete muchas cosas de las que quiere dar, por que con la promesa se despierte la devoción, y así merezca la devota oración lo que Él quería dar de gracia. Todo lo susodicho es de San Bernardo.

Y el Verbo de Dios se hizo hombre.

Lo último, considera cómo en el punto que la Virgen dijo aquellas palabras: He aquí la sierva del Señor, sea hecho en mí según tu palabra, en ese mismo encarnó Dios en sus entrañas, obrándolo el Espíritu Santo, a quien señaladamente se atribuye esta obra, porque fué obra de inestimable bondad y amor, que son los atributos del Espíritu Santo.

Mas ¿quién podrá aquí explicar las grandezas y maravillas que en este punto fueron obradas en aquellas entrañas virginales y quién podrá declarar los sentimientos, los afectos y resplandores que sintió aquel purísimo corazón con aquella nueva entrada del Hijo y del Espíritu Santo: del Hijo, para encarnar, y del Espíritu Santo, para obrar en ella este tan grande misterio? Esto se quede ahora en silencio para la devota inquisición y consideración del alma religiosa.

Ni es menos de considerar la bondad inefable de aquel Señor, que, siendo para Él angosto lugar el cielo y la tierra, se quiso estrechar no sólo en tan pequeño lugar como eran las entrañas de una doncella, sino también en tan pequeña materia como sería la de aquel cuerpo santísimo en el instante que fué formado. De esta tan grande humildad dice un santo doctor así: Entre todas las flaquezas e injurias a que se quiso sujetar por nosotros aquella divina grandeza, así como fué la primera en tiempo, así pienso que fué muy grande en humildad haber querido aquella divina grandeza estrecharse en un vientre y sufrir aquella clausura y encerramiento por espacio de nueve meses. Tanto tiempo no habla nada aquella divina Sabiduría, tanto tiempo con ninguna señal visible se descubre aquella soberana Majestad. No parece haberse humillado tanto en la cruz, pues la flaqueza que entonces se descubrió fué más poderosa que todas las cosas, cuando, muriendo, glorificó al ladrón,

y expirando, inspiró vida al centurión; cuando el dolor de pocas horas de su pasión no sólo hizo compadecerse de Él a todas las criaturas, sino también condenó a los príncipes de las tinieblas a la pasión de los eternos tormentos. Mas en el vientre de la Madre así está como si no estuviese y así la omnipotente virtud está ociosa como si nada pudiese hacer.

Mas a vosotros, hermanos míos, habla el silencio de esta palabra, a vosotros clama y a vosotros encomienda la disciplina y regla del silencio. Porque en silencio y esperanza dice Isaías (30, 15) que estará nuestra fortaleza y que el culto de la justicia será silencio. Porque así como aquel niño poco a poco llegó a maduro parto debajo de aquel profundo silencio, así el espíritu del hombre se cría, forma y esfuerza con la disciplina del silencio y crece cada día de virtud en virtud tanto más seguramente cuanto más secretamente.

CAPITULO XI

De la humanidad de Cristo, nuestro Salvador

Acabando el ángel de proponer su embajada y dando la Virgen su consentimiento, luego en ese punto fué criada aquella sacratísima humanidad y unida por una inefable manera con la persona del Verbo divino con tan estrecho vínculo, que en ambas naturalezas no hay más que una sola persona.

Bien sabéis que a Dios ninguna cosa es imposible sino sólo lo que implica contradicción, como es ser y no ser; y como esto no lo implique, no tenemos que dudar del poder de Dios. Y si confesamos que Él juntó en un sujeto dos cosas tan distantes como son un alma, que es substancia espiritual como los ángeles, con una cosa tan material como es el cuerpo humano, no es mucho de espantar que juntase dos naturalezas, divina y humana, en un mismo supuesto. Y así como el alma y el cuerpo no son dos hombres, sino uno sólo, así la naturaleza divina y humana, juntas en una persona, son un solo Cristo.

De esto tenemos ejemplo muy palpable en un árbol injerto, donde una rama es de una casta y otra de otra diferente. Y con ser estas ramas de naturalezas diversas, no decimos que sean éstos dos árboles, sino uno sólo, porque no

tienen más que una sola raíz y un tronco que las sustenta. Pues así, aunque en Cristo nuestro Salvador haya dos naturalezas, divina y humana, no por eso hay dos Cristos, sino un solo, por ser una la Persona divina que sustenta ambas naturalezas.

No fué ignominia. Ahora querría que comenzases a tratar de la gloria que está encerrada en esa figura tan humilde de nuestra humanidad.

Para eso quiero traeros a la memoria aquellas palabras que el Salvador dijo a los discípulos de San Juan Bautista (Mt. 11, 6): Bienaventurado aquel que no fuere escandalizado en mí. Quiere decir: Bienaventurado aquel que viendo la humildad de mi humanidad, y la pobreza y aspereza de mi vida, y la ignominia de mi muerte, no deja por eso de conocer la gloria de la divinidad que debajo de esa humanidad está encubierta.

Estas cosas susodichas fueron escándalo y tropiezo a los infieles para no conocer ni recibir al Salvador, pareciéndoles ser estas cosas bajas e indignas de aquella soberana Majestad. Y para que ninguna de ellas altere vuestro corazón, declararos he cómo en todas ellas no sólo no hay ignominia, sino grandísima gloria. Y después que vuestro entendimiento esté asentado y fijo en el conocimiento de esta verdad, trataremos luego de lo que sirve para mover la voluntad al amor de este Señor y a la admiración de este misterio.

Y comenzando por la primera de estas tres cosas, quiero declararos cómo juntarse el Hijo de Dios con nuestra humanidad no sólo no fué cosa indigna de su Majestad, sino muy gloriosa. Para la inteligencia de esto, acordaos que en la plática pasada os probé por autoridad de las santas Escrituras la divinidad de Cristo nuestro Salvador, declarando cómo en Él ponían los profetas dos nacimientos, uno *ab aeterno*, en que nace del Padre, y otro temporal, en que nació de la Madre (Miq. 5, 2), y por esta causa confesamos ser Él Dios y hombre, Dios *ab aeterno* y hombre en tiempo.

Sino grandísima gloria. Preguntoos ahora, pues: ya que Dios tuvo por bien de juntar consigo en una misma persona esta sagrada humanidad con tan estrecha unión y liga que con verdad se diga que Dios es hombre y el hombre es Dios, ¿qué riquezas y gracias os parece que se le darían siendo ella sublimada al más alto ser y a la mayor dignidad y gloria de cuantas toda la omnipotencia de Dios puede dar?

Por cierto, razón era que todas las gracias y excelen-

cias que estaban en todos los tesoros divinos y toda la gloria que el entendimiento humano y angélico puede comprehender, se había de comunicar a la humanidad levantada a ese tan alto ser.

Porque el estilo de Nuestro Señor es, cuando diputa a alguna persona para alguna dignidad u oficio, darle perfectísimamente todo lo que se requiere para la administración de él. Porque decir lo contrario sería poner mácula en las obras de Dios. De esta manera, habiendo escogido los profetas para reprender los pecados de su pueblo, los hizo Él santísimos y libres de pecado. Por esto, a Jeremías (1, 5) santificó, antes aun que naciese, en el vientre de su madre, y a Isaías (6, 6) envió un serafín, el cual le purgó los labios con una brasa que tomó del altar de Dios. Dióles otrosí fortaleza para que ni temiesen la muerte ni la ofensión de aquellos cuyos vicios reprendían. Y así dijo uno de ellos (Miq. 3, 8): Yo estoy lleno de la fortaleza del espíritu del Señor, de juicio y de virtud, para denunciar a la casa de Jacob sus maldades y pecados.

Pues en el Nuevo Testamento, ¿qué gracias dió a los Apóstoles para predicar el Evangelio y plantar la fe en el mundo? ¿Qué cosa más admirable que descender el Espíritu Santo en forma visible sobre ellos y darles lenguas para que en todas las lenguas del mundo lo predicasen?

Así que éste es el estilo general de Dios, cuyas obras son perfectísimas, como Él lo es.

Pues, tornando a nuestro propósito, como Dios escogiese aquella sagrada Humanidad para lo que está dicho, claro estaba que le había de dar todo lo que se requería para tan alta dignidad. Si un rey casase con una doncella de baja suerte, como lo hizo el gran rey Asuero con Ester, cierto es que juntamente con el título de reina le había de dar todo lo que pertenecía a aquella dignidad real. Pues como el Hijo de Dios desposase consigo aquella santa Humanidad con muy más estrecha unión y vínculo que hay entre los casados, de suyo estaba que la había de sublimar y engrandecer con todas las riquezas y gracias que para esto eran necesarias.

Pues, conforme a esto, decimos que fueron tantas las riquezas y tesoros y poderes, tantos los dones y gracias y hermosura que fué dada a esta esposa del Rey soberano, que si pusiéremos a una parte la hermosura de todos los ángeles y querubines y serafines, y de todo cuanto Dios tiene criado en cielos y tierra y cuanto más su infinita potencia puede criar, y en otra sola esta sagrada Humanidad, aquí se hallarán sin comparación mayores riquezas, mayores gracias, mayor dignidad y hermosura que en todo lo otro junto: antes digo que todas estas gracias y hermo-

suras no resplandecerían más ante la de esta sagrada Humanidad que las estrellas en presencia del sol.

Y siendo esto así, no sólo no fué ignominia, sino grandísima gloria, juntarse con nuestra humanidad, aunque fuese tan baja por naturaleza, porque en eso mostró Él la grandeza de su poder, en levantar tanto por gracia lo que tan bajo era por naturaleza. Lo cual vió en espíritu aquel santo Rey y Profeta cuando dijo (Salm. 9, 2): El Señor ha reinado y se ha vestido de hermosura y ceñido de virtud. Y todo esto se infiere en consecuencia necesaria después de fundada y probada la divinidad del Rey Mesías, como arriba la probamos.

Sin dejar de ser Dios. Juntad con esto que si este Señor, por vestirse de nuestra humanidad, dejara de ser lo que era, o adquiriera algo de nuevo que Él no tuviese, o fuera por alguna vía forzado a hacer lo que hizo, pudiéramos poner aquí alguna nota de ignominia. Mas nada de esto se puede decir; porque haciéndose Él lo que no era, no dejó de ser lo que era, pues es imposible dejar Dios de ser Dios. Ni tampoco adquirió por eso algo de nuevo, pues en aquella altísima y simplicísima substancia no puede caber accidente Ni tampoco fué forzado a hacer lo que hizo, pues no tiene aquel supremo Señor quien le puede forzar a nada. Mas Él, por solas las entrañas de su infinita misericordia y bondad, quiso vestirse de este nuestro hábito por los inestimables frutos y provechos que por este misterio nos vinieron, de que ya tratamos.

Esto se ha dicho aquí brevemente; más adelante se trata más por extenso esta materia, procediendo por toda la vida del Salvador y declarando por toda ella cuán llena y acompañada de gloria fué aquella humildad y humanidad que por nuestra causa tomó.

Al alcance de nuestro amor. Los frutos que de aquí procedieron podrá contar quien contare las estrellas del cielo, de los cuales algo tratamos ya. Mas ahora no quiero declararos más que uno.

Para lo cual habéis de saber que la suma de toda nuestra cristiandad y felicidad consiste en la caridad, que es en unir nuestro espíritu por amor con Dios y hacernos una cosa con Él. Esto tenía dos grandes dificultades: una era la alteza de aquella purísima y altísima Substancia, infinitamente levantada sobre todo lo criado, y otra la grosería de nuestra naturaleza, tan sujeta a estos sentidos exterio-

res que no puede entender sino lo que entra por ellos y apenas puede amar sino lo que conoce por ellos.

Pues como sea tan grande la rudeza de la mayor parte de los hombres que con dificultad se podían acomodar a amar un espíritu tan alto y tan desproporcionado con el suyo, porque el amor amasa de tal manera los corazones que de dos hace uno, buscó para esto remedio aquella infinita Bondad y Sabiduría, acomodándose a la capacidad de su criatura, y vistiéndose de su misma naturaleza, y cubriendo el resplandor de su gloria con el velo de nuestra carne, para que, como dice San Bernardo, el hombre, tosco y rudo, que no se podía aplicar a amar sino carne, hallase en aquella sacratísima humanidad y carne y en todas las obras de ella grandísimos estímulos y motivos de amor.

Remedio es éste de que suelen usar los médicos con los dolientes que tienen hastío de los manjares saludables. Porque en este caso envuelven los provechosos con los que les son más gustosos, y con esta invención hacen que el doliente coma lo que le conviene. Bien creo que entenderéis la aplicación de este ejemplo al propósito que tratamos, y por eso lo dejo a vuestra discreción.

Mas otro ejemplo os quiero yo ahora poner que me da grande consolación todas las veces que lo pienso. Escriben Suetonio Tranquilo y Cornelio Tácito, entre las crueldades de Nerón, una muy horrible. Dicen que en las fiestas públicas mandaba echar los lebreles a los santos mártires para que los despedazasen. Mas como los lebreles no tocasen en ellos, usaba el cruelísimo tirano de esta invención, que mandaba vestir los cuerpos desnudos de los santos de pieles de fieras, para que a los lebreles, acostumbrados a esta montería, creciese el coraje y los acometiesen con mayor braveza.

¿Qué diremos aquí, hermano? ¿Qué será razón que sintamos? Muy más piadoso es nuestro Criador que Nerón cruel y más sabio para buscar invenciones para hacernos bien que aquel tirano para hacer mal. Pues si éste buscó esta invención para encender el furor y rabia de los perros contra los hombres, mucho más convenía a aquella inmensa Bondad buscar invenciones para encender los corazones de los hombres en el amor de Dios. Y por cuanto ellos por su gran rudeza no arrostraban a amar a Dios puro y desnudo de carne, vistióse Él de esa misma carne, para que los que no sabían amar sino carne hallasen en Él tantos motivos de amor cuantos pasos dió Él por ellos en esta vida vestido de esa misma carne.

Y el fruto de esto nos muestra la experiencia en todas las almas devotas, las cuales, andando como abejas por to-

das las flores de los misterios de la vida y muerte del Salvador, desde el pesebre hasta la cruz, cogen de ahí miel de suavísima devoción, con la cual reciben pasto de vida y crecen más en el amor de aquel Señor que tales pasos por ellos dió.

Estas, pues, son aquellas invenciones que manda Isaías (12, 4) notificar al mundo cuando dice: Predicad en los pueblos las invenciones que Dios buscó para nuestro remedio y acordaos que es muy alto su nombre. Como si dijera: A tan grande bondad y misericordia como es la suya, tales obras e invenciones convenían.

Por tanto, hermano, cuando oyeres este nombre, Jesús, que es nombre de hombre, no habéis de concebir solamente hombre, sino Dios infinitamente amable, mas vestido y junto con nuestra humanidad, para que así lo pudiésemos más fácilmente conocer, amar e imitar, que son tres cosas en que consiste la suma de toda nuestra felicidad. Y por tanto, cuando oyereis nombrar este glorioso nombre, inclinad devotamente no sólo la cabeza, sino mucho más el alma y corazón.

CAPITULO XII

De la revelación de la virginidad y parto de Nuestra Señora a San José

Después de la sagrada concepción del Hijo de Dios en las entrañas virginales de Nuestra Señora, dice San Mateo evangelista que José, entendida la preñez de la sacratísima Virgen, no sabiendo el misterio de ella, como fuese varón justo y no quisiese infamarla, quiso secretamente irse y desampararla.

Aquí primeramente se nos ofrece que considerar la santidad de este glorioso patriarca, la cual debemos de medir y estimar por el oficio para que Dios lo escogió, que fué para ser esposo de la sagrada Virgen y para amo y padre putativo de su hijo, que son dos grandísimas dignidades: y conforme a éstas le fué dada la gracia y la santidad. Y por razón de la primera es de creer que le fué dada una pureza y castidad angélica, para que así tratase a la Virgen con aquella pureza y reverencia que merecía ser tratada aquella Señora, en cuya comparación las estrellas del cielo no eran limpias.

Dice, pues, el santo evangelista que, porque era justo, no quiso infamar a la Virgen, sino tomar él sobre sí la pena e irse y desampararla. Esta es una de las pruebas y argumentos de la verdadera justicia, que para ser verdadera ha de ser acompañada de misericordia, como es la de Dios. Porque la misma ley de Dios le ponía el cuchillo en la mano, pero como esto era en favor del agraviado, renuncia él en Dios el derecho que tiene, y como le quiere hallar en su casa misericordioso más que riguroso, tal procura que le halle su prójimo cual él quería hallar a Dios.

Donde también es mucho de notar e imitar hasta dónde debe llegar un hombre primero que ponga su boca en la fama de otro. Porque pudiendo el santo varón usar aquí del derecho que le parecía tener en su propia causa, quiso antes perder la tierra y la casa que poner boca en la fama de una persona que él a su parecer tenía por culpada. ¿Qué dirán aquí los deslenguados y los maldicientes, que, sin irles nada en ello y aun sin saberlo cierto de las cosas, ponen boca en las famas ajenas y dejan tiznada y destruída la fama ajena, que algunos estiman en más que la vida? ¡Oh lenguas de escorpiones y de basiliscos! Los cuales, mirando, emponzoñan el aire y matan a los que miran; mas vosotros emponzoñáis los oídos de quienes os oyen y matáis a los presentes y a los ausentes, que cuando vienen a saber sus infamias, muchas veces pierden también con la paciencia las almas.

El sufrimiento de María. Mas ¿quién podrá explicar lo que pasaba en el corazón de la sacratísima Virgen en este tiempo? Porque no ignoraba la prudentísima Virgen lo que en el corazón del esposo pasaba, pues no ignoraba la ocasión que para eso había: al cual miraba con aquellos ojos y con aquel amor y reverencia que merecía ser mirado un esposo tan santo, dado por mano de Dios. Pues ¿cuál sería la compasión, la pena y la lástima que la santa Virgen en todo este tiempo padecería viendo siempre ante sus ojos, en los ojos y en el rostro del esposo, la saeta que Él traía hincada en el corazón? Porque si es tan propia la virtud de la misericordia y compasión en todos los buenos, y tanto más en esta reina de misericordia, ¿cuál sería la compasión que tendría de quien tanto amaba y tan lastimado veía, y con tanta ocasión para ello?

Y no es menos de considerar en este mismo tiempo la mansedumbre, la paciencia y discreción de la Virgen y la obediencia y conformidad con la divina voluntad, así en este trabajo como en todos los demás que le pudiesen venir, en el cual ofrecía a Dios su corazón y su cruz con

tanta humildad y obediencia, presentando ante Él su inocencia y la llaga del esposo lastimado, suplicándole por el remedio, mas poniéndole en sus manos y ofreciéndosele otra vez por esclava, no sólo para recibirle en sus entrañas, mas también para padecer por esta obediencia todo cuanto fuese su voluntad.

Ni es menos de considerar la confianza que Ella tendría en este trance tan riguroso, fiándose de aquella infinita bondad y esperando que Él miraría por su inocencia y por la del esposo y proveería a entrambos de competente remedio. Porque si la santa Susana, estando ya sentenciada a apedrear por lo que no merecía, tenía su corazón en medio de las piedras lleno de confianza y esperaba el remedio del defensor de la inocencia, ¿cuánto mayor confianza tendría la Virgen, que tanto mayores prendas tenía de la divina misericordia?

De esta confianza procedía en su alma una paz tan grande y una tranquilidad y serenidad de conciencia, que no está tan quieto el mar cuando duermen todos los vientos ni tan sereno el cielo cuando el cierzo ha desterrado todas las nubes cuanto lo estaba aquella alma bendita en medio de una tan grande tempestad. Porque si la paz es fruto de la justicia y es hija legítima de la confianza, ¿qué tan grande paz tendría quien tenía tanta justicia y tan grande confianza?

El gozo de San José. Mas dejando ahora a la Virgen, volvamos al santo José, al cual apareció un ángel de Dios en sueños y díjole: José, hijo de David, no temas la compañía de María tu esposa, porque lo que en sus entrañas está es del Espíritu Santo. Y parirá un hijo, y ponerle has por nombre Jesús, que quiere decir Salvador, porque él hará salvo a su pueblo de sus pecados. ¡Oh, cuántos misterios comprehendió el ángel en estas tan breves palabras!

Pues consideremos ahora primeramente el corazón del santo José, y después el de la Virgen, sobre esta revelación. Porque los evangelistas, después que han relatado brevemente las historias sagradas, comúnmente callan el sentimiento de los corazones, parte por ser esto las más veces cosa inefable y parte porque esto dejan para la consideración de las almas devotas, que, entendida la historia y las causas de las cosas y las circunstancias de las personas, podrán entender algo de lo que pasaría en lós corazones. Trabajemos, pues, ahora por esta vía entender qué tal quedaría el corazón del santo patriarca habiéndole revelado el ángel este tan grande misterio y mudado su entendimiento de un extremo a otro tan distante como era

de la opinión que tenía de la Virgen y del fruto de su vientre a la que tuvo después; porque ni aquella primera opinión pudo ser más baja ni ésta más admirable ni más alta.

Para esto, pues, debemos considerar todos los misterios que el ángel en estas palabras le reveló. Porque primeramente aquí le reveló que el Mesías era ya venido al mundo, y que ya eran cumplidas todas las promesas de Dios, y las esperanzas de todos los santos, y las voces de todas las Escrituras, y las profecías de todos los profetas, y los deseos y remedios de todos los siglos.

Revelóle también qué manera de salud se había de esperar de este Salvador, que no era carnal, sino espiritual; no temporal, sino eterna; no de cuerpo solamente, sino de cuerpos y almas juntamente. Porque en decir que había de ser Salvador de pecados, que son las causas de todos los males, así de cuerpo como de alma, y que había de librar a su pueblo de ellos, todo esto le reveló.

Revelóle también la dignidad y excelencia de este Salvador, porque diciéndole cuán admirable era su concepción y nacimiento, pues era por obra de Espíritu Santo y de madre virgen, por esta tan nueva y nunca vista dignidad mucho pudo conocer de la dignidad de la persona que así nacía, porque bien entendería el santo varón que aquella manera de nacimiento no se debía a pura criatura.

Entendió también cuán grande era el beneficio que Dios a él le hacía siendo un pobre carpintero, pues de su casa y compañía había Dios ordenado que saliese la luz y la esperanza y la salud y remedio de todos los siglos, y que él tuviese tanta parte en ese tan gran negocio como era ser amo y padre putativo de aquel tan grande Señor y esposo de su santísima Madre.

Sobre todo esto, aquí le reveló la grandeza de la santidad y excelencia de la Virgen y le mudó el corazón de tal manera, que tuviese en grandísima reputación y reverencia la persona de quien antes había tenido tan diferente opinión. Y sobre todo, que estos misterios y maravillas le diese Dios a conocer no por medio de algún hombre, sino de ángel.

Pues cuando un corazón tan puro y santo se viese cercado o, por mejor decir, anegado entre tantos misterios, ¿qué sentiría, qué haría, cuál estaría? ¿Cuán pasmado, cuán arrebatado y atónito entre tantas grandezas y maravillas, especialmente siendo estilo del Espíritu Santo dar a los justos el sentimiento de los misterios conforme al conocimiento que les da de ellos? Porque como él sea esencialmente amor que procede del Padre y del Hijo, no menos cuenta tiene con la voluntad que con el entendimiento, moviéndola e inflamándola conforme a la luz que

da al entendimiento. De suerte que, así como la naturaleza no hace los miembros desiguales, sino proporcionados unos con otros, así aquel espíritu divino, comúnmente hablando, tales hace los ardores y movimientos de la voluntad cuales fueron los resplandores del entendimiento. Pues siendo esto así, ¿cuál estaría aquella santa voluntad cuando tal estaba el entendimiento?

Pero hay aún aquí más que considerar, que es la grandeza del arrepentimiento y dolor que tendría en su corazón acordándose cuán diferente opinión había él tenido de la Virgen, estando tan lejos de merecerla y siendo tal su vida, que ni este argumento ni otro alguno hubiera de bastar para poner mácula en ella. Y juntamente con esto es de considerar cuán lloroso, cuán devoto y cuán alegre se iría a postrar a los pies de la Virgen y pedirle mil perdones del yerro pasado, dándole cuenta del desengaño que el ángel le había dado y del misterio que le había declarado.

Alegría de la Virgen por esta revelación del misterio.

Pues cuando la sacratísima Virgen viese esta manera de providencia y socorro de Dios y viese al esposo, que tanto amaba y cuya pena tanto sentía, tan despenado, tan consolado y tan alegre, y juntamente con esto viese de la manera que la divina Providencia había mirado por su inocencia, oído su oración, pacificado su casa, sosegado su esposo por tan alto medio como éste, ¿qué haría ella también? ¿Qué sentiría? ¿Qué diría? ¿Qué alabanzas y qué gracias daría a Dios, considerando la fidelidad y providencia paternal que este soberano Señor tiene para con todos los que le sirven, como ella misma lo había cantado cuando dijo: Su misericordia corre de generación en generación sobre todos los que le temen?

Pues, según esto, ¿qué alegría, qué lágrimas, qué devoción sería la de esta sacratísima Virgen cuando así se viese proveída y socorrida en esta tan grande tribulación? Allí, después de las alabanzas divinas, daría familiar cuenta al esposo de todo aquel misterio y de lo que había pasado con el ángel, y con la bienaventurada Isabel, y con el niño que estaba en sus entrañas; con la cual historia crecerían de nuevo las lágrimas del santo patriarca, y así se acrecentaría su gozo a otro gozo y una admiración a otra admiración.

Él preguntaría y la Virgen le respondería, como secretaria de los misterios y obras del Espíritu Santo, y ambos juntamente, con muchas lágrimas alabarían y glorificarían a Dios, gastando muchas horas en este diálogo tan suave,

o por mejor decir, en estos maitines celebrados con tantas lágrimas y con tanto espíritu y devoción.

CAPITULO XIII

Del nacimiento de Nuestro Señor

Ahora vengamos al misterio glorioso del nacimiento de nuestro Salvador. Porque sin duda, entre todos los pasos y misterios de su vida santísima, uno de los más dulces y más devotos y más llenos de maravillas y doctrinas es este de su glorioso nacimiento. En este día, dice la Iglesia, los cielos están destilando gotas de miel por todo el mundo, y en este día nos amaneció el día de la redención nueva, de la reparación antigua y de la felicidad eterna.

Salid, pues, ahora, hijas de Sión, dice la Esposa de los Cantares, y veréis al rey Salomón con la corona que lo coronó su madre en el día de su desposorio y en el día de la alegría de su corazón.

¡Oh almas devotas y amadoras de Cristo, salid ahora con el espíritu de todos los cuidados y negocios del mundo y, recogidos en uno todos vuestros pensamientos y sentidos, poneos a contemplar al verdadero Salomón, pacificador de los cielos y de la tierra, no con la corona que lo coronó su Padre cuando lo engendró eternalmente y le comunicó la gloria de su deidad, sino con la que le coronó su madre cuando lo parió temporalmente y lo vistió de nuestra humanidad!

Venid a ver al Hijo de Dios, no en el seno del Padre, sino en los brazos de la Madre; no entre los coros de los ángeles, sino entre unos viles animales; no sentado a la diestra de la Majestad en las alturas, sino reclinado en un pesebre de bestias; no tronando ni relampagueando en el cielo, sino llorando y temblando de frío en un portal.

Venid a celebrar este día de su desposorio, donde sale ya del tálamo virginal casado con la naturaleza humana con tan estrecho vínculo de matrimonio, que ni en vida ni en muerte se haya de desatar. Este es el día de la alegría secreta de su corazón, cuando, llorando por defuera como niño pequeñito, se alegraba de dentro por nuestro remedio como verdadero Redentor.

En la plenitud de los tiempos.

Pues en este día tan glorioso y de tanta virtud, dice el santo evangelista que se cumplieron los días del parto de la Virgen, y llegó aquella hora tan deseada de todas las gentes, tan esperada en todos los siglos, tan prometida en todos los tiempos, tan cantada y celebrada en todas las Escrituras divinas. Llegó aquella hora de la cual pendía la salud del mundo, el reparo del cielo, la victoria del demonio, el triunfo de la muerte y del pecado, por la cual lloraban y suspiraban los gemidos y destierro de todos los santos.

Era la media noche, muy más clara que el mediodía, cuando todas las cosas estaban en silencio y gozaban del sosiego y reposo de la noche quieta, y en esta hora tan dichosa sale de las entrañas virginales a este nuevo mundo el unigénito Hijo de Dios, como esposo que sale del tálamo virginal de su purísima madre.

Pues en esta tan dichosa hora, aquella omnipotente Palabra de Dios, habiendo descendido de las sillas reales del cielo a este lugar de nuestras miserias, apareció vestido de nuestra carne y acompañado de todas aquellas flaquezas y bajezas, excepto las de ignorancia y malicia, con que nacen los otros hombres. De suerte que ya puede él por sí decir aquellas palabras del Sabio (Sab. 7, 1): Soy yo también hombre mortal como los otros, del linaje terreno de aquel que primero que yo fué formado, y en el vientre de mi madre tomé substancia de carne, y después de nacido recibí este aire común a todos, y caí en la misma tierra que todos, y la primera voz que di fué llorando como todos los otros niños, porque ninguno de los reyes tuvo otro origen en su nacimiento, porque todos tienen una misma manera de entrar en la vida y una manera de salir de ella.

Considero yo en estas palabras que si por grande humildad y maravilla confesaba este que hablaba en persona de rey todas estas bajezas que tenía comunes con los otros hombres, ¿cuánto mayor maravilla será que pueda ya confesar de sí todas estas mismas bajezas el Señor de todo el mundo? ¿Cuánta mayor maravilla será que se pueda ya decir con verdad del segundo Adán lo que por ironía y manera de escarnio se dijo del primero (Gén. 3, 22): Veis aquí a Adán como uno de nosotros, que sabe de bien y de mal? Veis aquí al Salvador del mundo, a la gloria del cielo, al Señor de los ángeles, a la bienaventuranza de los hombres y aquella sabiduría eterna, engendrada antes del lucero de la mañana, que por boca de Salomón tan magníficamente se gloría, diciendo (Prov. 8, 24): No estaban aún criados los abismos, y ya yo era concebida; aun no habían brotado las fuentes de las aguas, aun no se habían asen-

tado los montes en sus lugares, ante todos los collados ya yo era engendrada.

Veisla aquí, pues, con principio a la que era sin principio. Veis hecha a la que era hacedora de todas las cosas, que sabe ya de bien y de mal, sabe de llorar, sabe de penas, sabe de lágrimas, sabe de trabajos, de dolores y gemidos. De todo sabe, y no poco, sino mucho, pues como dice Isaías (53, 3), él es varón de dolores y que sabe de enfermedades.

La cátedra del divino pesebre. Y si todas estas cosas son dignas de admiración, no menos lo es lo que añade el santo evangelista diciendo que, salido el santo niño a esta luz, la Virgen lo acostó en un pesebre, porque no había otro lugar en aquel mesón (Lc. 2, 7). Pues ¿quién no se espantará de ver al Señor de todo lo criado acostado en un pesebre de bestias? El Señor, dice el Profeta (Salm. 10, 5), está en su santo templo, el Señor tiene en el cielo su silla. Pues ¿cómo se trocó el templo por el establo? ¿Cómo se mudó el cielo en el pesebre? Creo cierto que cuando los santos, algunas veces en la contemplación, salían de sí y quedaban enajenados y transportados en Dios, era considerando esta tan grande maravilla y esta tan grande muestra de la divina bondad y caridad.

Y no solamente los hombres, mas si fuera posible salir Dios de sí, dijéramos que había salido de sí cuando llegó a este tan grande extremo de humildad. A lo menos los filósofos de este mundo así lo sentían cuando decían que la predicación del Evangelio era locura (1 Cor. 1, 18), pareciéndoles que no era posible que aquella altísima y simplicísima substancia quisiese inficionarse (como ellos hablan) y sujetarse a tan grandes injurias.

Pues hasta aquí llegó la bondad y la misericordia y el amor de Dios para con los hombres, a hacer tales cosas por ellos, que aquellos mismos por quien las hacía las tuviesen por locura.

Elegantemente dijo un sabio que amar y tener seso apenas se concede a Dios. Porque así vemos aquí a Dios, ya que no era posible caer este desfallecimiento en Él, como salido de sí y transformado en el hombre, tomando lo que no era, sin dejar de ser lo que era, por la grandeza del amor.

Plantó Noé una viña después del diluvio, y bebió tanto vino de ella, que vino a salir de sí y quedar desnudo y hecho escarnio de su mismo hijo. Pues así tú, Dios mío, plantaste los hombres en este mundo como vides de una viña, y fué tan grande el amor que les tuviste, que por

ellos viniste como a salir de ti, vistiéndote de naturaleza extraña y peregrina.

Perseverando más en la consideración de este sagrado pesebre, hallarás en él motivos no sólo para el conocimiento de aquella soberana bondad y amor de Dios, sino también para toda virtud. Aquí aprenderás humildad de corazón, aquí menosprecio del mundo, aquí aspereza de cuerpo y aquí aquella desnudez y pobreza de espíritu tan celebrada en el Evangelio.

Sabía muy bien este médico y maestro del cielo cuánta paz e inocencia mora en la casa del pobre de espíritu y cuántas guerras y desasosiegos y cuidados trae consigo el desordenado amor de las riquezas, y por esto luego, desde la cuna del pesebre, como de una cátedra celestial, la primera lección que leyó y la primera voz que dió fué condenando la codicia, raíz de todos los males, y engrandeciendo la pobreza de espíritu y la humildad, fuente de todos los bienes. Esto, dice un doctor, nos predica aquel pesebre, aquellos pañales, aquella pobre casa y aquel establo.

¡ Oh dichosa casa ! ¡ Oh establo más glorioso que todos los palacios de reyes, donde Dios asentó la cátedra de la filosofía del cielo, donde la palabra de Dios, enmudecida, tanto más claramente habla cuanto más calladamente nos avisa ! Mira, pues, hermano, si quieres ser verdadero filósofo, no te apartes de este establo, donde la palabra de Dios, callando, llora ; mas este lloro es más dulce que toda la elocuencia de Tulio y aun que la música de todos los ángeles del cielo.

Para ser más amable a los hombres.

Por lo cual, con mucha razón exclama un religioso doctor, diciendo así : ¡ Oh, cuán glorioso y cuán amable es tu nacimiento, Niño Jesús, que santifica el nacimiento de todos, reforma la naturaleza dañada, deshace los agravios del enemigo, rompe la escritura de nuestra condenación, para que, si alguno tiene dolor por haber nacido condenado, pueda, si quisiere, volver a renacer salvo !

Verdaderamente tú eres niño misericordioso, a quien la misericordia sola hizo niño, aunque la misericordia y la verdad juntamente se encontraron en ti. Verdaderamente tú, niño misericordioso, naciste no para ti, sino para nosotros, pues naciendo buscaste nuestro remedio y no tu acrecentamiento. Y por esto dulce cosa es por cierto contemplar a Dios niño, y no sólo dulce, sino poderosa y eficaz para curar nuestras llagas.

Mas con todo esto, siempre vuelvo a aquello que más dulcemente sabe : conviene saber, que por eso se quiso

hacer semejante a los hombres, por ser más amable a los hombres, porque la semejanza es causa de amor. Y por esto no puedo caber en mí de alegría cuando veo que aquella soberana Majestad vistió la naturaleza divina de mi carne y me admitió, no por una hora, sino para siempre, a las riquezas de su gloria. Hízose hermano mío el Señor mío, y ya el temor que le tenía como a Señor se vence con el afecto de hermano.

Y por esto, Señor mío, de buena gana oigo decir que reinas en el cielo más de mejor que naces en la tierra. Porque esta consideración arrebata mi afición y la memoria de este beneficio enamora y enciende mi corazón.

Estábase mi Señor entre los coros de los ángeles oyendo la música y los cantares de su gloria, haciendo maravillas en el cielo y en la tierra y en todos los abismos. Yo estaba atollado en el cieno, lleno de trabajos y miserias y perdida la esperanza de salir de ellas. Él en la gloria, yo en la miseria. Él admirable, y yo miserable.

Pues aquel que era admirable a los ángeles inclinó los cielos y descendió e hízose consiliario de los hombres. El nombre de majestad se volvió en nombre de piedad. Y el que era admirable en el cielo viene a ser consiliario en la tierra.

Escondió su púrpura real debajo del saco de mi miseria e inclinóse al lodo, donde yo estaba, sin ensuciarse en él. Yo estaba atollado en el profundo del cieno, y Él extendió su diestra a la obra de sus manos y sacóme del profundo de las aguas, y sacado, lavóme, y lavado, vistióme, y vestido, reparóme, y reparado, confirmóme, y así del todo me dejó remediado.

Dióme la mano cuando nació, sacóme cuando predicó, lavóme cuando murió, vistióme cuando resucitó, reparóme cuando subió al cielo y confirmóme cuando envió al Espíritu Santo, y así del todo me remedió.

Cantemos con los ángeles. Después de la visita devota del pesebre, abramos los oídos para oír el cantar de los ángeles, de los cuales dice el evangelista que, acabando uno de ellos de dar estas tan alegres nuevas a los pastores, se juntó con él una muchedumbre del ejército celestial y que, todos a una voz, por aquellos aires cantaban alabanzas a Dios, diciendo: Gloria sea a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad.

¿Quién jamás vió juntarse en uno, por un cabo, tanta humildad, y por otro tanta gloria? ¿Cómo dicen entre sí estar entre bestias y ser alabado de ángeles, morar en un establo y resplandecer en el cielo? ¿Quién es éste tan alto

y tan bajo, tan grande y tan pequeño? Pequeño en la carne, pequeño en el pesebre, pequeño en el establo; mas grande en el cielo, a quien las estrellas servían; grande en los aires, donde los ángeles cantaban; grande en la tierra, donde Herodes y Jerusalén temían.

Pues ¿qué quiere decir en un mismo misterio por un cabo tanta humildad y por otro tanta gloria? ¿Qué altibajos son estos que juntó en uno la sabiduría de Dios?

Humildad y grandeza.

Oye ahora, hermano, la causa de este misterio.

Dos cosas has de considerar siempre en la persona de Cristo: conviene saber, quién era y a lo que venía. Si miras quién Él era, a Él convenía toda gloria y toda honra, porque era hijo de Dios; mas si miras a lo que venía, a Él convenía toda humildad y toda pobreza, porque venía a curar nuestra soberbia. Por esto, si miras atentamente, hallarás en todos los pasos de su vida santísima, juntas en uno siempre, por una parte, grande humildad, y por otra, grande gloria.

Grande humildad es ser Dios concebido, mas grande gloria es ser concebido del Espíritu Santo.

Grande humildad es nacer de mujer, pero grande gloria es parir una Virgen.

Grande humildad es nacer en un establo, pero grande gloria es resplandecer en el cielo.

Grande humildad es estar entre bestias, pero grande gloria es ser cantado y alabado de ángeles.

Grande humildad es ser circuncidado, pero grande gloria es el nombre que allí le ponen de Salvador.

Grande humildad es ser bautizado entre publicanos y pecadores, mas grande gloria es abrirse los cielos, sonar la voz del Padre y descender sobre Él el Espíritu Santo. Finalmente, grandísima humildad fué padecer y morir en una cruz, pero grandísima gloria fué temblar la tierra, oscurecerse el cielo, despedazarse las piedras y hacer sentimiento todos los elementos cuando Él moría en esa cruz.

Todo esto era razón que así fuese, porque lo uno convenía para curar la grandeza de nuestra soberbia y lo otro para la dignidad de la persona que la curaba; lo uno para quien Él era y lo otro para el negocio a que venía. Por lo uno dijo San Juan (I, 1, 14): Vimos la gloria de este Señor, que fué la grandeza de sus maravillas, la cual era conforme a quien Él era, que era Hijo único de Dios, y así hacía obras de Dios. Y por lo otro dijo Isaías (53, 2): Vímosle, y no tenía figura de quien Él era, y deseamos verle el más despreciado de los hombres, varón de dolores y que sabe de trabajos,

Y puesto caso que lo uno parece que pertenecía para su gloria y lo otro para nuestro provecho, mas si bien miras, así lo uno como lo otro era para nuestro bien, porque en lo uno se edifican nuestras costumbres y en lo otro se confirma nuestra fe.

Y por esto, si te escandaliza la humildad de Cristo, para no creer que es Dios el que ves tan humillado, mira la gloria que acompaña esa humildad, y verás que no es indigna cosa de la majestad de Dios humillarse con tanta gloria. Indigna cosa parece el nacer Dios de mujer, mas no lo es si miras la gloria con que nace. Indigna cosa parece morir, mas no morir de la manera que Él murió. El morir descubre la grandeza de su bondad, y el morir de aquella manera, la gloria de su poder. Con lo uno, según dijimos, edifica nuestras costumbres y nos enciende en su amor, y con lo otro alumbra nuestros entendimientos y nos confirma en la fe, y por esto no es menos hermoso este Señor a los ojos de quien lo sabe mirar en su bajeza que en su gloria.

Hermosísimo es en el cielo y hermosísimo en el establo, hermosísimo en el trono de su Iglesia y hermosísimo en el pesebre de Belén, hermosísimo entre los coros de los ángeles y hermosísimo entre los brutos animales.

CAPITULO XIV

Del misterio de la circuncisión y del glorioso nombre que fué puesto al Salvador

Acerca de este sagrado misterio podemos considerar cómo luego, al octavo día, quiso el Salvador comenzar a hacer oficio de redentor, que es padecer trabajos y derramar sangre por nuestro remedio.

Donde primeramente debemos pensar qué dolor sentirían las entrañas de la sacratísima Virgen viendo aquel santo niño en tan tierna edad comenzar a perder ya de su carne y de su sangre. Considera también al Niño Jesús, o por mejor decir, a la eterna Sabiduría de Dios en aquel niño, llorando y derramando lágrimas por la grandeza del dolor de la herida, el cual era tan grande, que algunas veces acaecía morir de él; y es de creer que en este niño sería mayor, pues era el más delicado de todos los niños.

Pues siendo esto así, ¿qué dolor padecería la Virgen

cuando viese aquel cuchillo correr por las carnes del hijo tan querido y tan delicado, y con cuánto dolor de sus entrañas y con cuántas lágrimas de sus ojos se esforzaría a halagar y a acallar al niño tomándolo en sus brazos, y arrullándolo en sus virginales pechos y dándole a mamar?

Y ¿qué sentiría otrosí el santo José, que por ventura fué el ministro de esta circuncisión? ¿Con qué compasión ejercitaría este oficio, y con qué entrañas sentiría este dolor, y vería correr por un cabo la sangre del niño y por otro las lágrimas de la madre, a los cuales él amaba con tan grande amor?

¡Oh Esposo de sangre y Rey de gloria, desposado con la naturaleza humana, que tan grande fué el amor que tuviste para con los hombres y el rigor para contigo, pues tan presto quisiste por ellos ensangrentar tu carne y experimentar los filos del cuchillo que después había de acabar tu vida!

¡Oh Sol de justicia, arrebolado por la mañana y por la tarde, esto es, en el nacer y en el morir, teñido y colorado de sangre! Dicen que los arreboles de la mañana son señales de agua en la tarde; pues luego, ¿qué significan esos arreboles de la mañana (esto es, esa sangre de la circuncisión) sino la grande lluvia de sangre que había de haber en la tarde, cuando, rasgadas todas las venas y fuentes de tu sacratísimo cuerpo, por todas partes lloviese sangre? Mas los arreboles de la tarde no son señales ya de lluvia, como los de la mañana, sino de serenidad; y verdaderamente así lo fueron, pues acabado el martirio de tu Pasión, con tu muerte destruíste nuestra muerte y con los arreboles de tu sangre deshiciste todos los nublados de nuestros males.

Hermosos ejemplos. a) *De inestimable caridad.*—Lo segundo, considera el ejemplo de aquella inestimable caridad y humildad del Hijo de Dios, que tan presto quiso comenzar a padecer por nosotros y recibir en sí la sangría y medicina de nuestra enfermedad.

Sobre este misterio dice San Bernardo así: En la circuncisión del Señor tenemos qué amar, y qué imitar, y de qué maravillarnos. Porque vino el Salvador al mundo no sólo para redimirnos con su sangre, sino también para enseñarnos con su doctrina e instruirnos con su ejemplo. Porque así como no nos aprovechara saber el camino si estuviéramos presos en la cárcel, así no aprovechara sacarnos de la cárcel si, ignorando el camino, el que primero nos hallara nos volviera a la cárcel.

Y por esto en la edad más crecida nos dió manifiestos ejemplos de paciencia, y humildad, y caridad, y de todas

las virtudes, mas en la niñez dió estos mismos ejemplos, aunque disimulados y encubiertos con figuras. Porque tomando en su encarnación forma de hombre, fué hecho menor que los ángeles; mas circuncidándose al octavo día, vino a parecer mucho menor que los hombres, pues no sólo tomó aquí forma de hombre, sino también de pecador. Porque ¿qué otra cosa es la circuncisión sino indicio de superfluidad y de pecado? ¿Qué hacéis circuncidando este niño? ¿Pensáis por ventura que podrá caer sobre él aquella maldición que dice: El varón que no fuere circuncidado, perecerá su alma de su pueblo? ¿Podrá el padre olvidarse del hijo de sus entrañas o no le conocerá si no le viere señalado con esta señal?

Mas ¿qué maravilla es que la cabeza, estando sana, reciba en sí la medicina de los miembros enfermos? ¿Cuántas veces acaece recibir un miembro la cura y medicina de otro? Está enfermo el hígado, y sanan al enfermo de la mano; están torcidas las cuerdas de los pies, y ponen la medicina en el cerebro. Pues de esta manera es cauterizada hoy la cabeza, para curar la corrupción de todo el cuerpo.

Finalmente, ¡qué maravilla es haber querido ser circuncidado por nosotros el que quiso morir por nosotros! Porque todo Él enteramente se nos dió, y así todo Él enteramente se empleó en nuestro provecho.

b) *De profunda humildad.*—Lo tercero considera no solamente la caridad, como dicho es, sino también la humildad del Hijo de Dios; la cual señaladamente quiso Él que resplandeciese en el comienzo de su vida, como raíz y fundamento de todas las virtudes.

Pues ¿qué mayor humildad que tomar imagen de pecador el que era remedio de pecadores y querer parecer culpado el que era espejo de inocencia y destierro de toda culpa?

El cordero sin mancilla, dice San Bernardo, sin tener necesidad de circuncisión, quiso ser circuncidado, y el que no tenía rascuño ni señal de herida, quiso ser curado con la medicina de los heridos. No lo hace así la perversidad de la soberbia humana, sino, antes por el contrario, quiere gloriarse en los delitos y tiene vergüenza de los remedios. De manera que siendo tan desvergonzados para la torpeza de la culpa, somos muy vergonzosos para la medicina de la penitencia; malos en lo uno y peores en lo otro; malos en ser tan inclinados a las heridas y peores en ser tan vergonzosos para la cura de ellas.

Mas el que no supo qué cosa era pecado, no se desdeñó de parecer pecador; nosotros queremos serlo y no queremos parecerlo.

Su nombre «Jesús», esto es, Salvador. Después de circuncidado el niño, dice el evangelista (Lc. 2, 21) que le pusieron por nombre Jesús, que quiere decir Salvador. Este glorioso nombre fué primero pronunciado por boca de los ángeles, porque el ángel que trajo la embajada a la Virgen dijo que le llamarían por nombre Jesús (Lc. 1, 31) y el que apareció a José en sueños le dijo lo mismo y añadió la razón del nombre, diciendo (Mt. 1, 21): Porque Él hará salvo a su pueblo de sus pecados.

Bendito sea tal nombre, y bendita tal salud, y bendito el día que tales nuevas fueron dadas al mundo. Hasta aquí, Señor, todos los otros salvadores que enviasteis al mundo eran salvadores de cuerpos y eran salvadores de carne, que ponían en salvo las haciendas y las casas y las viñas y dejaban perdidas las almas, hechas tributarias del pecado y por él sujetas al enemigo. Pues ¿qué le aprovecha al hombre conquistar y señorear al mundo si él queda esclavo del pecado, por donde venga después a perderlo todo?

Pues para remedio de este mal es ahora enviado este nuevo Salvador, para que sea cumplida salud de todo el hombre, que salvando las almas remedie los cuerpos y, librando de los males de culpa, libre también de los males de penas, y así deje a todo el hombre salvo.

Esta es la salud que desearon los patriarcas, ésta la que con tantos clamores y deseos pidieron los profetas, ésta la que tantas veces cantan y prometen los Salmos, y ésta, finalmente, con la que acabó el postrer huelgo de la vida y alivió los trabajos de la muerte el patriarca Jacob, diciendo (Gén. 49, 18): Tu salud esperaré, Señor. Sobre las cuales palabras dice el intérprete caldeo: Tu salud esperaré, Señor; como si más claramente dijera: No espero la salud de Gedeón, hijo de Joás, porque es salud temporal; ni la de Sansón, hijo de Manué, porque es salud transitoria, sino la redención del ungido hijo de David, la cual espera mi alma.

Este sentido dió a estas palabras del santo patriarca el intérprete caldeo, que era judío de nación y de grande autoridad entre los hebreos y escribió antes de la venida del Salvador al mundo. Las cuales ciertamente deberían bastar para que se viese claro cómo la salud que el Mesías venía a dar al mundo no era temporal ni corporal, como los judíos imaginan, sino espiritual y eterna. Lo cual manifiestamente vió el que estas palabras interpretó. Porque considerando que el santo patriarca, en la agonía y tránsito de la muerte, despidiéndose de sus hijos, dijo estas palabras: Tu salud esperaré, Señor, claramente vió

que no esperaba salud temporal, sino eterna, pues despedido ya de la vida, no tenía que esperar esta salud, la cual fenecía con la vida. Y pues esperaba salud, y no temporal ni corporal, claro está que esperaba la eterna, la cual no estaba aún dada, porque se guardaba esta dádiva para el Salvador del mundo, de quien estaba prometido que por él todas las gentes habían de ser benditas, esto es, redimidas y salvadas.

¡Oh bienaventurada salud, digna de tal Salvador y de tal Señor! Desee cada uno la salud y los bienes que quisiere, anteponga las cosas de la tierra a las cosas del cielo, tenga en más la muerte del cuerpo que la del alma; mas yo desearé con el santo patriarca esta salud, y desfallecerá mi alma deseándola con el profeta David (Salm. 118, 81).

Sálvame, Señor, de mis pecados, líbrame de mis malas inclinaciones, sácame del poder de estos tiranos, no me dejes seguir el ímpetu bestial de mis pasiones, defiende la dignidad y gloria de mi alma, no permitas que yo sea esclavo del mundo y tenga por ley de mi vida el juicio de tantos locos, líbrame de los apetitos de mi propia carne (que es el mayor y más sucio de todos los tiranos), líbrame de los vanos deseos y de los vanos temores y vanas esperanzas del mundo, y sobre todo esto, líbrame de tu enemistad, de tu ira y de la muerte perdurable que se sigue de ella; y concedida esta libertad y esta salud, reine quien quisiere en el mundo y gloríese en el señorío de la tierra y de la mar, porque yo con el profeta solamente me gloriaré en el Señor y alegrarme he en Dios mi Salvador. (Hab. 3, 18).

a) *Nombre poderoso.*—Pues ésta es la salud que vino el Señor a dar al mundo y ésta es la que se significa por este nuevo nombre que hoy le ponen de Jesús.

De manera que cuando el cristiano oye este nombre, ha de representar en su corazón un Señor tan misericordioso, tan hermoso, tan poderoso, que disipa todo el ejército del demonio, que despoja de sus fuerzas a la muerte, que pone silencio al pecado, que quita la jurisdicción al infierno, que saca los que están cautivos en manos de estos tiranos, y los limpia de la fealdad de sus cárceles, y los restituye en tanta hermosura que los ojos de Dios se aficionan a ellos, y los abraza su bondad, y los hace reinar eternamente consigo.

Porque tres males principales, entre otros muchos, nos vinieron del pecado, que son muerte, infierno y servidumbre del demonio; y por esto, quien nos libró del pecado, junto con él nos libró de todos estos enemigos y nos dió prenda y certidumbre de vida perpetua, de compañía

con la vida de Dios, de gracia y amistad con Él, de favores de su poder, de dones de su liberalidad y de segura posesión de todos los bienes. Porque todo esto se pierde por el pecado y todo se gana por Jesucristo, y por esto con mucha razón le fué puesto tan divino nombre.

b) *Nombre glorioso.*—¡Oh nombre glorioso, nombre dulce, nombre suave, nombre de inestimable virtud y reverencia, inventado por Dios, traído del cielo, pronunciado por los ángeles y deseado en todos los siglos! De este nombre huyen los demonios, con él se espantan los poderes infernales, por él se vencen las batallas, por él callan las tentaciones, con él se consuelan los tristes, a él se acogen los atribulados y en él tienen su esperanza todos los pecadores.

c) *Nombre saludable.*—Este es el nombre de que la Esposa, hablando con el Esposo en los Cantares (1, 2), dice: Oleo derramado es tu nombre. Sobre las cuales palabras exclama San Bernardo, diciendo: ¡Oh nombre bendito, oh nombre por todos los lugares derramado! Porque del cielo caíste en Judea, y de Judea en toda la tierra, cuya es esta voz: Oleo derramado es tu nombre. Por cierto derramado, pues no sólo roció el cielo y la tierra, mas también llegó hasta los infiernos, y por esto en el nombre de Jesús se hincan las rodillas en el cielo y en la tierra y en los infiernos, y toda lengua confiese y diga:

Oleo derramado, es Señor, tu nombre. ¡Cuán precioso, cuán vil y cuán saludable! Porque, como si fuera vil, así se derramó; mas como saludable, dió salud. Mas ¿qué maravilla es que el nombre del Esposo se haya derramado, pues Él también se derramó cuando se abatió tomando forma de siervo y diciendo (Salm. 21, 15): Así como agua soy derramado? Derramóse la plenitud, para que todos de ella recibiésemos la vida.

Este nombre glorioso alumbra las almas cuando se predica, y apacienta los corazones cuando se piensa, y cúralos cuando se invoca. ¿Por ventura no se esfuerza tu corazón cuando te acuerdas de este nombre? ¿Qué cosa hay que más repare los sentidos, esfuerce las virtudes, confirme las buenas costumbres y sustente los santos deseos y aficiones que este dulcísimo nombre?

Seco es para mi alma todo manjar, si no fuere guisado con este óleo, y desabrido si no fuere rociado con esta sal. Si escribes algo, no tomo gusto en ello si no leo ahí a Jesús. Si disputas o platicas, no gusto de esa plática si no sonare ahí el nombre de Jesús. Jesús es miel en la boca, y melodía en el oído, y alegría en el corazón.

Es también este nombre medicina de las almas. Si alguno está triste, entre Jesús en su corazón, y de ahí salga

a la boca, y a la salida de esta luz, se desharán los nublados y volverá la serenidad.

Y a esto nos convida Él cuando dice (Salm. 41, 15): Llámame en el día de la tribulación, y oírte he y honrarme has.

No hay cosa que así refrene el ímpetu de la ira, que así deshaga la hinchazón de la soberbia, y sane las llagas de la envidia, y apague la llama de la lujuria, y temple la sed de la avaricia, como la devota invocación y memoria de este dulcísimo nombre.

Porque nombrando yo a Jesús, se me representa un hombre manso y humilde de corazón, benigno, templado, casto, misericordioso y extremado en toda honestidad y santidad; y así también se me representa que el mismo hombre es Dios todopoderoso, el cual por una parte me ayuda con su ejemplo y por otra esfuerza con su virtud. Y así del hombre tomo ejemplo, y de Dios la virtud, y de estas dos cosas hago una tan saludable confección para curar mis llagas cual ningún médico del mundo puede hacerlo.

Pues este precioso lectuario tienes, alma mía, encerrado en el vaso de este nombre Jesús, el cual es medicina común de todas las enfermedades. Por tanto, tráelo siempre en el corazón y en las manos, para que por él se gobiernen tus pensamientos y tus obras. Lo cual el mismo Señor te pide en los Cantares (8, 6), diciendo: Ponme así como sello sobre tu corazón y sobre tu brazo. Hasta aquí son palabras de San Bernardo.

Devoción al dulce nombre de Jesús.

A la misma devoción de este glorioso nombre nos convida también el devotísimo doctor San Buenaventura [1], presuponiendo primero cómo todos los nombres de este Señor se reducen a dos órdenes, porque unos pertenecen a su gloria y otros a nuestro remedio, y en el orden de estos segundos, el principal es el nombre de «Jesús», que quiere decir Salvador.

Pues con éste dice el santo que nos debemos de abrazar para nuestro remedio y los otros remitirlos a su gloria. Tenga, pues, este Señor para sí, dice él, llamarse Hijo de Dios, Resplandor de la gloria, Imagen de la divina Substancia. Palabra del Padre, virtud del Omnipotente, heredero de todas las cosas, Rey de los reyes y Señor de los señores.

Tenga para sí llamarse Cristo, que quiere decir Ungi-

---

[1] *De quinque festivitatibus pueri Jesu (Opera omnia,* t. VIII. página 88 y s.).

do, pues Él fué ungido como gran Profeta, como Rey y como Sacerdote. Porque como Profeta nos enseñó con su doctrina, y como Sacerdote nos reconcilió con su Padre, y como Rey nos ha de coronar con eterno galardón.

Tenga, pues, Él para sí todos estos títulos y excelencias. Mas para ti sea «Jesús», que quiere decir Salvador, para que él te salve y libre de la vanidad del mundo, de los engaños del demonio y de las malas inclinaciones de la carne.

Y pues estás cercado de tantas miserias, llama a este Señor y dile: Sálvanos, Señor, Salvador del mundo; pues con tu sangre y con tu cruz nos redimiste, esfuerza al flaco, consuela al triste, y ayuda al enfermo y levanta al caído.

Este es el nombre que vence los demonios, alumbra los ciegos, resucita los muertos y sana todo género de enfermedades.

¡Oh, cuánta alegría sintió la verdadera madre de este Señor cuando entendió la virtud de este nombre! Y así también se alegra la madre espiritual cuando considera de la manera que estas maravillas se obran espiritualmente en las almas. Porque de ahí se lanzan los demonios cuando se perdonan los pecados, y se alumbran los ciegos cuando se da verdadero conocimiento de las cosas divinas, y se resucitan los muertos cuando se da la gracia del Espíritu Santo, y se curan los flacos y enfermos cuando son armados con fortaleza del cielo, para que así sean fuertes y poderosos por la gracia los que eran flacos y enfermos por la culpa.

¡Oh dichoso y bienaventurado nombre de tanta virtud y eficacia, el cual algunas veces alegra las almas, mas otras llega a embriagarlas y hacerlas salir de sí con la grandeza de su dulzura!

CAPITULO XV

De la purificación de Nuestra Señora y de la presentación del Niño Jesús en el templo

Acerca de este sagrado misterio considera primeramente cómo, cumplido ya el número de los días que señalaba la ley, despidiéndose la Virgen de aquel santo pesebre y dejándolo lleno de lágrimas y de gracias para la devoción de los fieles, pártese para Jerusalén a cumplir el man-

damiento de la ley. Entra, pues, la Virgen con el Niño en los brazos por las puertas de la ciudad.

¡Oh santo Niño, ésta es la ciudad donde, según está de Vos profetizado, habéis de obrar grandes maravillas! (Salm. 86, 6). Porque aquí habéis de hacer una hazaña mayor que fué criar al mundo, pues mayor cosa es redimir el mundo que criarlo de nuevo.

Este es el campo donde habéis de pelear con aquel famoso gigante Goliat (I Rey. 17, 40), con cinco llagas mortales recibidas en vuestro cuerpo y con el báculo de la cruz, donde le venceréis y cortaréis la cabeza con sus mismas armas, destruyendo la muerte con vuestra muerte y el pecado con la pena del pecado.

Esta es la tela donde habéis de justar; paseadla ahora, Señor, muy despacio, para que tengáis muy bien reconocidos los pasos de ella. Ahora la pasearéis a caballo, después a pie; ahora llevándoos la Virgen en sus brazos, después llevando Vos la cruz en vuestros hombros.

Aquel monte que veis en la alto, ¡oh qué encuentro, Señor mío, veréis y recibiréis en él! Porque Vos allí perderéis la vida, mas destruiréis el reino del pecado y derribaréis por tierra al príncipe de este mundo.

¡Oh, cuán diferente ofrecimiento será aquél de este de hoy! Hoy seréis ofrecido y redimido; allí seréis ofrecido y redentor. Hoy seréis redimido en cinco siclos que darán por vos; allí será el mundo redimido con cinco llagas que recibiréis por él. Hoy seréis ofrecido con los brazos de Simeón; allí, en los brazos de la cruz. Este es ahora el sacrificio de la mañana, aquél será el de la tarde.

Ofrenda de pobres. Mas tornando a la sagrada Virgen, viene este día a ofrecer al templo su primogénito y unigénito con la ofrenda que la ley mandaba a los pobres, que era un par de tórtolas o de palominos (Lev. 12, 8). Donde es mucho para considerar la pobreza de la santa Virgen, pues no ofreció cordero, que era ofrenda de los ricos, sino un par de tórtolas o de palominos, que era ofrenda de pobres. Y habiendo recibido pocos días antes tan grandes presentes y tesoros de aquellos santos Reyes, ya los había repartido por pobres, quedándose en el mismo estado de pobreza que estaba antes, como la que, llena del Espíritu Santo, entendía que la voluntad del Hijo era, de rico, hacerse pobre para enriquecernos con su pobreza.

Entra, pues, la santa Virgen en el templo material para ofrecer el templo vivo y espiritual que llevaba en sus brazos.

¡Oh maravillosa novedad! Ofrécese el templo en el templo, ofrécese Dios a Dios, preséntase ante Dios el que nunca se apartó de Dios, es redimido por cinco siclos el que es redención de todos los hombres, es ofrecido por manos de la Virgen el que es ofrenda de todo el mundo. Vuelve la Virgen su depósito al mismo Señor que se lo había encomendado y corren los ríos al lugar de do salieron para que vuelvan a correr (Ecl. 1, 7).

La ofrenda de la Virgen es nuestra ofrenda.

Mas aquí es mucho de considerar que no sólo se ofrece aquí esta ofrenda al Padre Eterno, sino también se entrega hoy por manos de la Virgen en los brazos de la Iglesia y de todas las almas fieles, cuyo agente era el santo Simeón, que representa la persona de la Iglesia. De suerte que aquel Señor, por cuyo deseo suspiraba el mundo con todos los escogidos y por cuya esperanza y penosa dilación estaba suspensa la naturaleza humana, hoy lo da la sacratísima Virgen a todos los fieles y ellos lo reciben en sus brazos por manos de Simeón.

Porque ¿qué había de hacer sino dar lo que tenía la que tales ejemplos de liberalidad y misericordia veía en su mismo Hijo? Veía cómo Él se había dado a los hombres en precio de su redención, en ejemplo de su conversación, en compañía de su destierro y en premio de su bienaventuranza. Pues ¿qué había de hacer la que tales ejemplos tenía de largueza, sino darnos todo cuanto bien tenía, que era este celestial tesoro?

Esta donación fué ratificada por autoridad de toda la Santísima Trinidad. Porque por autoridad del Padre, dada en la ley, y por voluntad del Hijo, que se ofreció para nuestro remedio, y por inspiración del Espíritu Santo, que trajo a Simeón al templo, y por manos de la sacratísima Virgen, que como verdadera madre poseía este tesoro, se nos hace hoy esta firme y verdadera donación.

Porque en los otros misterios pasados aun no lo había recibido la Iglesia con esta manera de solemnidad. Mas hoy, por manos de la Virgen, que era persona común; en el templo de Dios, que era lugar común; siendo procurador de la Iglesia el santo Simeón, amador del bien común, recibe la Iglesia este don en sus brazos y es introducida por él y amparada en su posesión, y así canta y se gloría este día, diciendo (Salm. 47, 10): Recibido habemos, Señor, vuestra misericordia en medio de vuestro templo, y así como vuestro nombre es grande, así es grande la gloria y alabanza de vuestra majestad en toda la tierra.

Corred, pues, ahora todos los fieles a este templo para

que os quepa parte de esta ofrenda tan gloriosa. Todos los que tenéis sed, venid a las aguas, y los que no tenéis oro ni plata, venid a recibir este don celestial. Corred, viejos, y cantad con Simeón. Corred, viudas, y predicad con Ana. Corred, vírgenes, y alegraos con María. Corred, varones, y ceñíos de fortaleza con José. Corred, niños, y juntaos con el niño Jesús. Corred, justos, y recibid gracia. Corred, pecadores, y recibid perdón. Corred, ángeles, y maravillaos de ver a Dios redimido, y a la Virgen purificada, y al Señor de todas las cosas humillado y sujeto a la ley, y aprended en la escuela de este Niño cómo siendo Dios tan alto le agradan los corazones humildes en el cielo y en la tierra.

El «nunc dimittis» del santo Simeón.

Después de esto considera más en particular la alegría y consolación que este santo viejo recibió en este día. Los evangelistas ordinariamente no escriben más que la historia de los misterios, dejando todo lo interior, que son los afectos y sentimientos de las personas, a la devota inquisición del piadoso lector.

Pues cuáles hayan sido los sentimientos y alegrías de este varón, viendo con sus ojos y recibiendo en sus brazos al Salvador del mundo, ¿quién lo podrá explicar? Veía el santo hombre el mundo lleno de maldades y pecados, veía millares de almas descender cada día a los infiernos, dolíanle entrañablemente (como a verdadero justo) las ofensas de Dios y el perdimiento de tantas almas, deseaba el remedio de estos males cuanto era el dolor que padecía por verlos. Sabía que este remedio estaba librado en la venida de este Señor; daba voces día y noche clamando y suspirando por ella, acordándose que estaba escrito por Isaías (62, 6): Los que tenéis memoria del Señor no calléis ni ceséis de importunarle hasta que haga a Jerusalén materia de alabanza en toda la tierra.

Pues cuando viese ya el santo varón cumplidos tan largos y tan ansiosos deseos, cuando viese ya oídas sus oraciones y recibidas sus lágrimas, cuando viese ante sí nacido el remedio del mundo, cuando viese al hijo en los brazos de la madre, como una preciosa margarita engastada en oro precioso, y no solamente lo viese con sus ojos, sino también lo tomase en sus brazos y en ellos lo adorase y reverenciase (como quien también conocía por espíritu de Dios lo que en ellos tenía), cuando todo esto viese y contemplase, ¿qué haría? ¿Qué diría? ¿Qué sentiría? ¿Qué lágrimas derramaría? ¿Qué gracias y alabanzas daría a quien para tanto bien lo había guardado? ¿Con qué devoción, con qué amor, con qué temor extendería sus brazos para recibir en ellos aquel tesoro? ¿Qué ríos de lágrimas corre-

rían por aquella cara y por aquellas venerables canas, con las cuales regaría el rostro del Niño que entre sus pechos tenía? ¿Qué de besos le daría? ¿Cómo lo apretaría entre sus brazos, diciendo con la Esposa en los Cantares (3, 4): Hallado he al que ama mi alma; téngole, no le dejaré?

Alegría y dolor de la Virgen. Y ¿qué gozo juntamente recibiría la Virgen viendo las lágrimas y devoción de este santo viejo, y considerando por cuántas partes comenzaba ya a resplandecer la gloria de su Hijo, y cómo cada día crecían más los testimonios de quien Él era?

Mas esta alegría no fué del todo pura como las pasadas, sino mezclada con un amarguísimo cáliz de dolor, que se comenzó en este día y se acabó juntamente con la vida.

Porque cuando aquel varón lleno del espíritu de Dios, entre la confesión y alabanza del Niño, comenzó a profetizar los grandes trabajos y contradicciones que el mundo le había de hacer y el cuchillo de dolor que había de traspasar el alma de su inocentísima madre, allí se echó acíbar en los placeres de su vida, porque apenas tuvo gozo tan puro que no fuese aguado con el sobresalto y los temores de este día. Cuyos trabajos, cuanto menos distantemente conocía, tanto el amor se los hacía sospechar mayores.

¿Qué haces, santo varón? ¿Para qué quieres dar perpetua materia de dolor a esta Virgen? Dejárasla ahora en su santa simplicidad y no le dijeras cosa cuya noticia le sea perpetuo martirio de toda la vida. ¡Oh si supieses qué vena de dolores le has descubierto con esas palabras y qué materia de trabajos le has dado con esa tan dolorosa profecía!

Si nada de eso le fuera revelado, viviera en una perpetua paz y alegría, viviera en continuo gozo con la presencia de su Hijo; mas de aquí adelante su vida será una cruz y una muerte prolija. ¡Oh cuántas lágrimas, oh cuántos gemidos pudieras redimir con el silencio de esa palabra!

Pues ¿qué consejo fué el tuyo en querer decir lo que tanto la había de lastimar? No fué, cierto, consejo tuyo, sino del Espíritu Santo, porque el mismo que te enseñó lo que estaba por venir te lo mandó revelar. No enseña Dios lo que se ha de decir y calla el tiempo en que se ha de decir, porque el que es maestro de lo uno también es maestro de lo otro.

Pues ¿por qué, Señor, quisisteis lastimar así el corazón de esta Virgen? ¿Por qué quisisteis que viviese siempre con tormento la que nunca cometió pecado?

Sin duda, la causa fué porque en todo quisisteis que fuesen conformes la madre y el hijo, y que, pues esta Virgen

era la más perfecta de las perfectas, no dejase de participar de la mayor gloria del Santo de los santos. Y porque la mayor gloria de este Señor fué haber padecido tantos dolores por obediencia del Padre, no era razón que faltase parte de esta gloria a su santísima madre, y así como el Hijo siempre tuvo la cruz delante de sus ojos, padeciendo con la memoria de ella, así la Virgen tuviese ante los suyos esta misma cruz y padeciese con esa misma memoria.

Pues ¿dónde están ahora los que infaman los trabajos, los que tanto huyen las asperezas de la vida, los que con todas sus fuerzas buscan el descanso y el regalo y en él ponen su felicidad? Si éstos fueran verdaderos bienes, no carecieran de ellos las dos mejores personas del mundo, y si los contrarios fueran verdaderos males, no estuviesen tan llenos de ellos.

Pues ¿de qué te quejas, enfermo, pobre y atribulado, porque Dios te trate de la manera que trató a su Hijo y a su Madre? Por muy buena medicina tiene el esclavo la que el padre da a un hijo suyo muy amado; pues ¿por qué nos agraviamos de la medicina de las tribulaciones, de que tanta parte dió el Padre eterno a las dos más amadas personas del mundo?

Quien con este ejemplo no tiene las tribulaciones por favores y beneficios de Dios, no sé yo cuál otro le puede bastar.

El ejemplo de la viejecita Ana. Después de esto considera los ejercicios y la vida de aquella bienaventurada viuda, ejemplo de todas las viudas y aun de todas las vírgenes y casadas, de la cual dice el evangelista (Lc. 2, 37) que nunca salía del templo, sirviendo al Señor con ayunos y oraciones día y noche.

¡Qué convenientes ejercicios para la viuda ayuno y oración! El ayuno mortifica la carne, la oración levanta el espíritu; el ayuno santifica el cuerpo, la oración purifica el alma; el ayuno mortifica las pasiones, la oración hinche el corazón de buenos deseos; el ayuno templa la vihuela, la oración hace la música; el ayuno merece las consolaciones, la oración las recibe; el ayuno limpia al alma de los vicios, la oración la hermosea con las virtudes; con el ayuno vence el hombre al demonio, con la oración triunfa de Dios.

Y son tan conexas estas virtudes entre sí, que apenas se pueden hallar la una sin la otra, porque ni en el trabajo del ayuno y asperezas podría el hombre perseverar sin el regalo de la oración, ni la oración se podría cumplidamente ejercitar sin la templanza del ayuno.

CAPITULO XVI

De la huída a Egipto y de la degollación de los inocentes

Hasta aquí, sacratísima Virgen, todo ha sido alegrías, todo favores del cielo, todo maravillas sobre maravillas. Tiempo es ya que comencéis a beber del cáliz de vuestro Hijo y saber qué cosas son los trabajos de este mundo. Tiempo hay, dice el Sabio (Ecl. 3, 5), de abrazar y tiempo de alejarse de los abrazos.

Hasta aquí fué tiempo de gozar de los abrazos de vuestro Hijo; ya es tiempo que comencéis a beber del cáliz que él bebió. No esperéis, Señora, otra fruta de este mundo. En valle de lágrimas estamos, en lugar de destierro, en tierra de condenados, junto a los ríos de Babilonia, donde están enmudecidos los órganos de Sión y donde tan pocas veces se oyen cantares de alegría.

Por tanto, aparejaos, Virgen, para las lágrimas, pues el tiempo y el lugar no os convidan a otra cosa. Hoy se cierra vuestra aleluya, hoy se da fin a vuestros placeres y se os da a comer la amarguísima fruta de este siglo.

Las penalidades de la huída a Egipto. Consideremos, pues, con qué prisa se levantaría la sacratísima Virgen en esta hora, y tomaría en sus brazos al Niño, y dejaría su pobre casa, y sin despedirse de nadie, porque la prisa del negocio no daba lugar a más, comenzaría a andar a gran prisa su camino. Porque la que tan bien sabía estimar el tesoro que tenía, no haría caso de perder todas las cosas por asegurar tan grande bien.

¡Oh noche oscura! ¡Oh noche tenebrosa! ¡Oh noche de lágrimas y de dolor! ¡Oh si de esta manera supiesen los hombres estimar a Cristo, si supiesen poner el cobro que convenía en este tesoro, que cuando corriese riesgo de perder a Él o de perder todo lo demás, supiesen perder para ganar y aun tuviesen, con el Apóstol, todas las pérdidas por ganancias (Fil. 3, 8), cuando con ellas conservasen este bien! Porque si la astuta serpiente sabe poner todo el cuerpo a peligro por asegurar la cabeza, en la cual consiste su vida, ¿cuánto más debíamos nosotros poner a riesgo todo lo demás por asegurar a Cristo, nuestra cabeza, en quien está nuestra vida?

Pues, tornando a Vos, Virgen santísima, ¿qué tan gran-

des fueron los trabajos que pasaste en esta jornada, desamparando vuestra tierra, vuestra casa y vuestros dulces conocidos y parientes, y caminando a tierras extrañas y tierras de idólatras e infieles, con ese tan delicado Niño en vuestro brazos, donde ni teníades casa, ni abrigo, ni hacienda para servirle? Si entre vuestros naturales no hallaste más que establo y un pesebre para el nacimiento del Niño, ¿qué hallarías entre infieles, bárbaros y extraños? ¿Dónde aportaríais? ¿Quién os acogería? ¿Quién usaría con Vos de caridad donde reinaba la infidelidad?

Y sobre todo esto, ¿qué sentiría vuestro piadoso corazón morando en tierra de infieles, viendo allí tan desterrado y muerto el conocimiento de Dios y tan vivo el culto y servicio de los demonios? Si del santo Lot se dice que moraba entre aquellos que atormentaban el alma del justo con sus malas obras (Gén. 13, 6), y si del apóstol San Pablo se lee (Hech. 17, 16) que se afligía su espíritu viendo la ciudad de Atenas dada al culto de los ídolos, ¿qué sentiríais Vos, que cuanto mayor gracia teníais, tanto más sentíais la deshonra de Dios y el perdimiento de tantas almas?

Y tú, ¡oh santísimo Niño!, ¿por qué tan presto quieres comenzar a padecer trabajos? ¿Por qué no quieres perdonar los tiernos años de esa edad?

Mas no sólo este argumento, sino también la crueldad de Herodes, nos declara la perversidad y malicia del mundo; de la cual trata copiosamente Gregorio Niseno, hermano de San Basilio, por estas palabras:

Los Santos Inocentes, mártires de Cristo.

Esta sentencia de Herodes no sólo nos descubre la extremada y nunca vista crueldad de este tirano, sino también su grandísima ceguedad y locura. Porque ¿qué era lo que le movió a la matanza de tantos niños? Responderá él que por la estrella del cielo que los Magos le dijeron que era señal de ser nacido un nuevo rey. Pues dime, loco, si ese nuevo rey es tan poderoso que puede alterar los cielos, luego fuera está de tu jurisdicción.

Pues ¿por qué mandaste publicar tan cruel edicto contra estos niños? ¿Qué maleficio cometieron? ¿Qué causa te dieron para tan cruel sentencia, pues no vemos en ellos otra culpa que haber nacido? Y por sola esta causa hinchas la ciudad de verdugos y mandas juntar las madres con sus hijos, y es de creer que también los padres y los parientes se hallarían presentes a ese tan doloroso espectáculo.

Mas ¿qué palabras bastarán para escribir y poner ante los ojos aquella tan grande calamidad y aquellas lágrimas y música tan confusa y lamentable de los niños, de las

madres, de los padres y de los parientes, que todos lastimosamente daban voces y clamaban contra las amenazas de aquellos crueles carniceros?

¿Quién podrá con palabras representar de la manera que estaba el verdugo par del niño, con la espada desenvainada en la mano, con los ojos sangrientos y encarnizados y con palabras furiosas, tirando con la una mano el niño hacia sí y con la otra levantando la espada para herirle, y por otra parte, cómo la triste madre tiraba el niño para sí, poniendo sus cervices al golpe de la espada por no ver con sus ojos despedazar sus entrañas?

¿Quién declarará el sentimiento de los padres, los ruegos, las exclamaciones, los gemidos, los postreros abrazos de sus hijos, pues todas estas cosas juntas concurrían en un mismo tiempo? ¿Quién tendrá lágrimas para llorar tantas figuras y maneras de calamidades y los dolores de las madres, considerando cómo el miserable niño por una parte estaba mamando a los pechos y por otra recibía el golpe de la espada que lo atravesaba de parte a parte, y cómo la miserable madre, por un cabo daba la teta al niño y por otro recibía en su seno la sangre de él?

Y muchas veces acaecería que el cruel verdugo, errando el golpe, traspasase juntamente la madre y el hijo con la misma estocada, y así se juntasen en uno la sangre de ambos.

Y porque la cruel sentencia del tirano mandaba matar todos los niños de dos años abajo, acaecería también en este tiempo tener una madre dos hijos; en lo cual se me representa otro espectáculo más triste que el pasado, que es ver dos carniceros par de una sola madre, el uno tirando por el hijo mayor y el otro por el menor, que estaba mamando.

Pues ¿cuál sería el sentimiento de la miserable madre que en esto se viese, partiéndole el corazón por medio y poniéndola en duda a cuál de los dos verdugos acudiría, pues ambos tiraban los niños, uno por la una parte y otro por otra, oyendo al uno dar voces y llorar y al otro, tartamudeando, llamar con lágrimas a su madre y pedirle socorro? Pues la pobre madre, ¿qué haría, adónde iría, adónde se volvería, a cuál de los clamores respondería y cuál de las muertes primero lloraría, pues igualmente le apretaban los estímulos y amor de naturaleza?

Mira, pues, en qué extremo de males despeñó la soberbia y el amor del señorío a este malaventurado, pues no sólo le hizo más cruel que todas las fieras, sino también el más loco de todos los locos.

Esta es, pues, hermano mío, la miseria del corazón humano; ésta es la naturaleza del amor desordenado de sí

mismo, hasta aquí llega el amor de la propia excelencia y hasta aquí has de creer tú también de ti que llegarías si tuvieras la misma causa o si no fueses prevenido con la divina gracia.

Mas sobre todo esto es mucho de considerar la grandeza de la divina bondad que en la gloria de estos niños resplandece. ¿Qué mayor bondad y largueza que aceptar Dios no sólo por sacrificio, sino por martirio, una muerte padecida no por voluntad, sino por necesidad, donde no hubo querer, sino fuerza; donde no hubo merecimiento, sino acaecimiento; donde no hubo corazón de mártir, aunque había cuerpo de mártir; donde no hubo devoción en el que moría, sino crueldad en el que mataba, y donde, finalmente, había cuchillo de tirano y no había espíritu de mártir?

Mas todo esto que faltaba suplió la divina gracia, la cual mudó los desastres en coronas y los acaecimientos en merecimientos. Porque no es mayor la malicia de Herodes que la bondad de Dios, y si aquella maldad se extendió a dar pena sin culpa, no es mucho que esta bondad se extienda a dar corona sin merecimiento.

Mira, pues, desconfiado; mira, pusilánime y escrupuloso, que por cada niñería piensas ser condenado, cuánto mejor Dios tienes de lo que pensabas, cuán amador de los hombres, cuán deseoso de su salud, cuán amigo de dar su gloria, pues tales ocasionss busca para darla y con tales servicios se contenta.

Si, como dijo un filósofo, el liberal a veces busca achaques para hacer mercedes, ¿cuánto más hará esto aquel que sobre todas sus virtudes es alabado de misericordioso y liberal? No es lo que a este Señor agrada el cuerpo sólo de las obras, sino el espíritu con que se hacen, que es la buena voluntad; mas el que tanta hambre tiene de nuestro bien, contentóse en estos niños con lo que halló, supliendo con su gracia lo que faltaba y añadiendo con su bondad lo que no había en la edad.

¡Oh bienaventurados niños, dichosamente nacidos, pero más dichosamente muertos! Mueren, dice Eusebio Emiseno, por Cristo los niños, por la justicia muere la inocencia.

¡Cuán dichosa edad, que aun no puede hallar a Cristo y ya merece morir por Cristo, y no teniendo cuerpo para las heridas, ya lo tiene para la pasión!

¡Cuán dichosamente nacieron, pues a la primera entrada del nacimiento les salió a recibir la vida eterna! Hallaron luego al principio de la vida el fin de la vida; mas con el mismo fin de la vida compraron el principio de la eternidad. No parecen aún maduros para la muerte, mas dichosamente mueren para la vida; apenas habían probado

la presente y ya reciben la venidera; apenas los habían puesto en las cunas y ya reciben las coronas; son arrebatados de los brazos de sus madres y de ahí son llevados a los coros de los ángeles.

CAPITULO XVII

De cómo se perdió el Niño Jesús de edad de doce años

Entre los misterios de la infancia y niñez del Salvador es muy dulce de contemplar cómo se perdió el Niño Jesús en el templo, donde muchas veces acaecerá que, buscando con la madre el Hijo perdido, se cobren y hallen los perdidos.

Pues para esto es de saber que mandaba Dios en la Ley que tres veces en el año pareciesen delante de Él todos los hijos varones (Deut. 16, 16). Y por esto la sacratísima Virgen, como persona de tanta obediencia, llevaba aquel santo Niño a Jerusalén, a presentarlo delante de Dios en el templo y cumplir aquella ley.

Pues siendo el niño de doce años, que es el más florido y más gracioso tercio de la vida, subió con él a Jerusalén, y como el santo Niño les desapareciese y después de buscado entre los parientes y conocidos no se hallase, volviéronse otra vez a Jerusalén, y rodearon toda la ciudad y todas las plazas y lugares de ella, preguntando a todos los que encontraban por el Niño. Nadie les sabía dar razón de lo que preguntaban.

Pasáronse en esto tres días y tres noches, en que la sacratísima Virgen ni dormiría ni reposaría, viendo que le había faltado su tesoro y temiendo aún mayores peligros. Porque como tanta parte de la vida se le hubiese pasado en huídas y sobresaltos y ahora viese que el Niño, que tan doméstico y obediente era, le había desaparecido, eran tan grandes los temores y dolores de esta ausencia, que no hay lengua que los pueda explicar.

Y está muy clara la razón. Porque el dolor y todos los otros sentimientos fúndanse en amor, y así, cuanto el amor es mayor, tanto es mayor el temor y el dolor, con todos los otros afectos y accidentes del amor. Pues ¿quién podrá explicar la grandeza del amor que la sacratísima Virgen tenía a su Hijo? Porque éste fué el mayor de cuantos amores ninguna pura criatura ha tenido en el mundo ni

tendrá jamás. Y este amor cada día crecía con los continuos actos de virtudes, merecedores de mayor gracia y amor.

Pues si los ríos, cuando llegan a la mar, por muy pequeños que sean, entran muy poderosos por las muchas acogidas de agua que toman, ¿cuál estaría entonces este amor, que al principio era tan grande, al cabo de tantos años de crecimiento, con tan grandes avenidas y crecientes de amor? Pues si tan grande era el amor de este tesoro, ¿cuál sería el dolor de haberlo perdido, pues tan grande es el dolor como el amor?

Las causas de dolor de la Virgen. Para cuyo entendimiento es de saber que tres afectos hubo en el corazón de esta Virgen, tan grandes y tan admirables, que exceden todo lo que nuestra capacidad puede entender. El primero fué la grandeza del amor que tenía a su Hijo, porque en ella concurrían todas las causas de amor que puede haber, y todas en altísimo grado de perfección. Porque hay amor de naturaleza, amor de gracia y amor de justicia. El amor de naturaleza era el mayor que nunca fué ni será jamás, porque era amor de madre a hijo único, que es el mayor amor que halló el rey David cuando quiso comparar el suyo para con Jonatás, su muy íntimo amigo, diciendo: Así como la madre ama a un solo hijo que tiene, así yo te amaba. Pues este amor era también de madre a un solo hijo, aunque tal manera de madre, sin compañía de padre, y tal manera de Hijo nunca lo hubo ni habrá jamás.

Pues el amor de gracia tampoco lo hubo ni habrá mayor en esta vida, porque a ninguna pura criatura se dió la gracia en tanta abundancia como a esta Virgen, y conforme al tamaño de la gracia se le dió la caridad y el amor para con él.

El tercer amor, que llamamos de justicia, que es el que se debe a la cosa amada por razón de sus perfecciones, también tuvo el mayor motivo que podía ser. Porque el amado era no sólo hijo de la Virgen, mas también Hijo de Dios, infinitamente perfecto, y así digno de ser amado con amor infinito, si éste fuera posible. Porque si cuanto un hijo es más perfecto tanto más merece ser amado, ¿cuánto lo merecería ser aquél, que era infinitamente perfecto?

Pues estos tres ríos tan caudalosos de amor juntos, ¿qué tanta agua llevarían? Estos tres fuegos tan encendidos, juntos en uno amor de naturaleza, amor de gracia y amor de justicia, esto es, amor de Dios, amor de Hijo, y más tal hijo, ¿qué tan grande llama levantarían? No hay lengua que esto pueda explicar.

El segundo afecto que se sigue de éste es la grandeza de la alegría que la Virgen tendría con la presencia y compañía de tal hijo. Porque la alegría nace de la presencia y fruición de la cosa amada, de tal manera que cuanto es mayor el amor, tanto es mayor esta alegría.

Pues la que tan grande amor tenía a tal hijo, ¿qué tan grande sería la alegría que recibiría de traerlo siempre a su lado, de verlo cada día a su mesa, de oír sus palabras, de gozar de su presencia, de ver aquel divino rostro, aquellos ojos, aquella mesura y aquella majestad que en aquel santo cuerpecito resplandecía? ¿Qué de veces estaría a la mesa sin comer, viendo comer a aquel que mantiene a los ángeles? ¿Qué de veces se le pasaría la noche de claro, hincada de rodillas par de la cama del Niño, viendo cómo dormía aquel que velaba sobre la guarda del mundo?

Si la memoria sola de este Señor bastaba para despertar de noche al profeta Isaías, cuando decía: Mi alma, Señor, te deseó de noche; y si de algunos santos leemos que, contemplando en las perfecciones y hermosura de este Señor, se arrebataban y salían de sí y se levantaban en el aire, como se lee de San Antonio, de San Francisco y de Santo Tomás y de otros, esta Señora, que tanta mayor caridad y gracia tenía que todos los santos; ésta, que tan presente tenía al Santo de los santos, ¿qué haría, qué sentiría y cuál sería la alegría y los movimientos y sentimientos de su corazón? ¿Habrá lengua que esto pueda explicar?

Pues de aquí podemos inferir la cualidad del otro tercero afecto que se sigue de éstos, que es la grandeza del dolor que la Virgen sentiría cuando a deshora se viese desposeída de tan gran tesoro, especialmente acordándose de las profecías de aquel santo Simeón, y de la persecución de Herodes, y de la muerte de los Inocentes, del destierro de Egipto, del temor de Arquelao, porque todas estas cosas amenazaban y prometían de sí grandes trabajos.

De la madre de Tobías se escribe que, tardando un poco su hijo en un camino, lloraba con lágrimas irremediables, diciendo: ¿Por qué te enviamos a peregrinar, báculo de nuestra vejez, lumbre de nuestros ojos, esperanza de nuestra posteridad y consuelo de nuestra vida? Pues si esto sentía aquella madre, ¿qué sentiría ésta? ¿Qué comparación hay de madre a madre, y de hijo a hijo, y de tesoro a tesoro, y de pérdida a pérdida? Pues lo que va de uno a otro, eso va de dolor a dolor.

Pues en todo este tiempo, ¿qué haría la sacratísima Virgen? ¿Cuáles serían sus lágrimas, sus gemidos, sus discursos, sus oraciones? En este tiempo, ¿si comería, si bebería, si daría sueño a sus ojos hasta hallar al que amaba

su alma? Hijo mío, diría ella, ¿por qué me desamparaste?, ¿dónde estarás?, ¿dónde dormirás?, ¿dónde comerás?, ¿dónde reposarás? ¡Oh mansísimo y suavísimo Cordero!, ¿cómo pudiste atravesar con tan agudo cuchillo el corazón de tu Madre?

Tres días de espacio se dieron al patriarca Abrahán, después de haberle mandado sacrificar a su hijo, para que en este tiempo padeciese el piadoso padre el dolor que la memoria de la muerte de tan amado hijo le había de causar, y otros tantos se dieron a esta piadosísima Madre para que sufriese el dolor que esta tan triste ausencia le causaba? ¡Oh Señor! ¡Que habéis de afligir a los que amáis! ¡Qué cuidado tenéis de darles materia de merecimiento y coronas, ofreciéndoles tantas ocasiones de padecer, de orar, de temer, de esperar, de humillarse y acudir siempre a Vos en todos sus trabajos!

La alegría del hallazgo.

Pues queriendo el Espíritu Santo dar fin a este martirio de la Virgen, ordenó que fuese a buscar al Hijo en su propio lugar, que es el templo y casa de Dios. Porque común cosa es hallarse lo que se busca en su propio lugar. Y pues el templo es lugar de Dios, en él es razón que se busque y ahí se hallará. El templo es casa de oración, y ahí es cierto que se halla Dios.

Y por esto, cuando tú, hermano, te hallares triste, desconsolado, distraído, tibio, seco y sin una centella de devoción, entra en este templo, persevera en la oración, que si fielmente y humildemente perseverares en ella, sin duda hallarás a Dios, y el indicio de haberlo hallado será la devoción y la suavidad y el esfuerzo y alegría que allí recibirás.

Pues cuando la sacratísima Virgen alzó los ojos y vió aquella luz que tanto deseaba; cuando la piadosa mujer, trastornada toda la ciudad, halló la pieza de oro que había perdido, ¿quién podrá explicar la alegría que recibió? Si tan grande fué la tristeza de perderla, ¿cuál sería la alegría de hallarla? Quedáronse las mismas lágrimas en sus ojos, mas mudóse la causa de ellas, porque antes eran lágrimas de tristeza, ahora lágrimas de alegría.

Hermosa es la misericordia de Dios en el tiempo de la tribulación, dice el Sabio (Ecli. 35, 26), como la sombra en el estío, como el agua fría en la sed, como la serenidad después de los nublados oscuros. Pues ¿qué tal sería aquella misericordia y aquella luz después de las tinieblas de tanta tristeza?

Llegóse la Madre donde estaba el Hijo; no aguardó a que se acabase la disputa, no se empachó de tanta gente

como allí estaba; entra por medio de todos y no para hasta llegar a su amado.

Mas ¿de qué manera le halló? Asentado en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles. No era todo hablar ni todo oír, sino a veces oía con paciencia y a veces preguntaba con discreción; y era tan grande la cordura que tenía en lo uno y en lo otro, mayormente en las respuestas, que todos estaban suspensos y atónitos de ver en aquella tan tierna edad tan grande seso, tan grande sabiduría, tanta elocuencia, tanto reposo, tanta gravedad, tanta prudencia y tantas maravillas como en aquel divino rostro, en aquellos ojos y en aquellas palabras resplandecían. Porque, aunque allí no veían por defuera más que figura de hombre, todavía parecía haber allí otra cosa más que humana.

Porque así como muchas veces la agudeza de los ingenios y la mansedumbre de los corazones resplandece en los rostros y en los ojos, que son como intérpretes y testigos del ánimo, así aquella Divinidad soberana que en aquel pequeño cuerpo estaba encerrada echaba sus rayos fuera y descubría algo de lo que dentro se escondía, como vemos en el sol, que, aunque esté cubierto con alguna nube, todavía descubre algo de su resplandor.

Por esto, con mucha razón se maravillaban los que presentes estaban y entre sí decían: ¿Qué es esto? ¿Qué niño es éste? ¿Qué novedad es ésta? ¿Qué sabiduría es ésta en tales años? ¿Cúyo hijo es este niño? ¿Dónde pudo saber tanto en tan poco tiempo? ¿De qué tierras es? ¿Dónde ha estado hasta ahora encerrado este tesoro? Estas y otras cosas semejantes dirían aquellos hombres.

Siguiendo la vocación divina. Pues como la Santísima Virgen hallase al Hijo en esta disposición, dice el evangelista que se llegó a él y le dijo: Hijo, ¿por qué lo habéis hecho así? Mirad que vuestro padre y yo con dolor os andábamos buscando.

Respóndele el Hijo: ¿Para qué me buscabais? ¿No sabíais que en estos negocios, que son de mi Padre, me convenía a mí estar? Aspera respuesta parece ésta de hijo a madre, mas en esto se nos da ejemplo de la gravedad y entereza que debemos tener para con nuestros padres cuando nos fueren impedimento para las cosas de Dios, aunque en lo demás deban ser acatados y obedecidos.

Y el mismo Señor que nos enseñó lo uno nos enseñó lo otro. Porque luego dice el evangelista que se fué con ellos y que les era obediente en todo lo que le mandaban.

¡Oh palabra de gran admiración! Era, dice, súbdito a ellos. ¿Quién a quién?, dice San Bernardo. Dios a los

hombres. Dios, digo, cuyos súbditos son los ángeles, a quien obedecen los principados y potestades, obedece a María, y no sólo a María, sino también a José por amor de María.

Maravíllate de ambas cosas y escoge de qué más te debes maravillar, o de la grandísima humildad del Hijo o de la grandísima dignidad de la Madre, porque lo uno y lo otro es cosa de grande admiración. Que Dios se sujete a una mujer, humilde es sin ejemplo, y que una mujer tenga mando sobre Dios, dignidad es sin comparación. Entre las alabanzas de las vírgenes, señaladamente se canta que siguen al Cordero por doquiera que va. Pues si tan grande gloria es seguir al Cordero, ¿cuánto mayor será ir delante de Él?

Aprende, hombre, a obedecer; aprende, tierra, a sujetarte; aprende, polvo, a hacer lo que te mandan. Dios se humilla, y ¿tú te ensalzas? Dios se sujeta a los hombres, y tú, deseando señorear, ¿te antepones a tu Hacedor? Porque, ciertamente, cuantas veces deseo mandar a los otros, tantas procuro anteponerme a Dios.

Si por ser hombre te desdeñas de imitar el ejemplo de otro hombre, no te desdeñes de imitar siquiera el de tu Hacedor. Si no lo puedes seguir por doquiera que va, a lo menos síguele a donde por ti descendió. Esto es, si no puedes subir a la alta senda de la virginidad, a lo menos sigue a Dios por el segurísimo camino de la humildad, del cual, si se apartaren las vírgenes, sin duda ya no siguen al Cordero por doquiera que va. Hasta aquí son palabras de San Bernardo.

Mas no sólo de humildad, mas también de obediencia tenemos aquí maravillosos ejemplos. Porque ¿quién a quién se desdeñará ya de obedecer, pues el Señor de los ángeles vino a obedecer a los hombres? Si todo el saber de Dios y todo el poder y toda la majestad así se sujeta, y así obedece, y así acude a donde le mandan una mujer y un pobre oficial, ¿cómo no se confunden los presuntuosos, y los puntosos, y los que andan midiendo como con un compás las cortesías y reverencias? Si aquí el cielo se pone debajo de la tierra, ¿cómo la tierra se quiere subir sobre los cielos y se desdeña de hacer lo que hace Dios?

III.—DE LA VIDA PUBLICA DE NUESTRO SALVADOR

CAPITULO XVIII

Del bautismo del Señor, del ayuno y de la tentación

Desde estos doce años hasta los treinta no tenemos en el Evangelio cosa escrita de la vida del Salvador, porque todo este tiempo quiso Él dedicar a una principal lección que nos convenía saber, que es el silencio, y ésta nos enseñó callando treinta años y escogiendo sólo tres para predicar; para que veas cuánto tiempo dedicó al recogimiento del silencio y cuán poco al oficio de la predicación. Nosotros, como dice San Bernardo, estamos llenos de bocas y por todas querríamos hablar. Si algo pensamos que sabemos no podemos callar, nos tenemos por sabios si los otros no saben lo que sabemos. De manera que todas nuestras habilidades, por pequeñas que sean, querríamos que fuesen publicadas en las plazas.

Jesús se humilla en el bautismo y el Padre lo ensalza desde los cielos.

Cumplidos, pues, estos treinta años, vino el Señor desde Galilea a Judea, al río Jordán, al bautismo de San Juan; donde puedes considerar cuán pobre, cuán solo y cuán desacompañado vino el Salvador este camino, pues aun no tenía discípulos que le acompañasen, y, sobre todo, mira cómo viene en compañía de publicanos, de pecadores y fariseos, como si fuera uno de ellos, esperando que le cupiese la vez para ser con ellos bautizado.

Pues ¿quién, considerando esto, no se abaja hasta el polvo de la tierra? ¿Quién osará justificarse y ensoberbecerse y anteponerse a los otros? Pues, ¡oh hermosura del cielo, fuente de limpieza y de vida!, ¿qué a ti con el lavatorio de las inmundicias? ¿Qué a ti con el remedio de los pecados, pues fuiste concebido sin pecado?

No era razón que tan grande humildad pasase sin testimonio de alguna grande gloria, pues la condición del Señor es humillar a los soberbios y glorificar a los humildes,

y así acaeció en este paso. Porque allí se le abrieron los cielos, y bajó el Espíritu Santo en forma de paloma, y sonó aquella voz magnífica del Padre, que decía: Este es mi Hijo muy amado, en quien yo me agradé, a Él oíd.

Y generalmente acaeció esto en todos los pasos de la vida de este Señor, que dondequiera que Él más se humilló, ahí fué más particularmente glorificado. Nace en un establo, y ahí es alabado con cantares del cielo. Es circuncidado como pecador, y ahí le ponemos por nombre Jesús, que quiere decir Salvador de pecadores. Muere en una cruz entre ladrones, y ahí se oscurecen los cielos, y tiembla la tierra, y se despedazan las piedras, y resucitan los muertos, y se alteran todos los elementos. Pues así en este misterio, por una parte es bautizado como pecador entre pecadores y por otra es publicado por Hijo de Dios.

Donde verán todos los que fueren miembros suyos que nunca jamás se humillarán por amor de Dios que no sean glorificados y honrados por el mismo Dios.

Jesús se prepara para la predicación con la oración y el ayuno. Después del sacro misterio del bautismo y del magnífico testimonio del cielo, es llevado Jesús por el Espíritu Santo al desierto, para que allí sea tentado del enemigo. ¿Qué consecuencia tienen entre sí estos misterios? ¿Cómo dicen en uno los trabajos y soledad del desierto con los pregones del cielo, y las tentaciones del enemigo con los favores del Espíritu Santo? Primeramente, por aquí entenderemos que el regalar Dios a sus siervos no es para asegurarlos, sino para esforzarlos y disponerlos a mayores trabajos.

Así cura y da de comer el caminante a su caballo para esforzarlo en el camino, y así arma y favorece el capitán a sus soldados para ponerles en el mayor peligro. Y por esto, el que así se viere visitado de Dios, no por esto se tenga por más seguro, sino antes por citado y emplazado para el mayor peligro.

Donde también es de considerar cómo antes que el Salvador diese principio a la predicación del Evangelio, se aparejó con ayuno de cuarenta días y con la soledad y ejercicio del desierto, para que tú entiendas por aquí cuán grande sea el negocio de la salud de las almas, pues aquel Señor, que era sumamente perfecto, sin tener de eso alguna necesidad, se dispuso para él con tan grandes aparejos.

Y por aquí también entenderán los oficiales de este oficio en qué género de ejercicios se han de ejercitar antes que comience este negocio. Porque ninguno debe salir a lo público de la predicación si primero no se hubiese ejercitado en el secreto de la contemplación; pues, como dice

San Gregorio, ninguno sale seguro fuera si primero no está ejercitado de dentro.

Para lo cual es de saber que tres maneras de vidas virtuosas señalan los santos: una puramente activa, que principalmente entiende en obras de misericordia, y otra puramente contemplativa, más perfecta que ésta, que se ocupa en ejercicios de oración y contemplación, si no es cuando la obediencia o la necesidad de la caridad pide otra cosa. Otra hay más perfecta que ésta, compuesta de ambas, que tiene lo uno y lo otro, cual fué la vida de los Apóstoles y cual debiera de ser la de todos los predicadores perfectos.

Pues la orden que se ha de tener en esta vida, según San Buenaventura, es que, regularmente hablando, ninguno debe pasar a la segunda sino después de ejercitado en la primera, ni menos a la tercera si no se ha ejercitado en la segunda. Porque, como dice San Gregorio, los verdaderos predicadores han de recoger en la oración lo que derraman en la predicación. De suerte que la principal maestra de los verdaderos predicadores, después de las ciencias para esto necesarias, ha de ser la soledad, donde Dios habla al corazón palabras que salgan del corazón y revela los secretos de su sabiduría a los verdaderos humildes.

Amemos, pues, la soledad, la cual el Señor santificó con su ejemplo; porque el que no conversa con los hombres, forzado es que converse con Dios.

¡Oh miseria del siglo presente! ¿Dónde están ahora aquellos dichosos tiempos? ¿Dónde los desiertos de Egipto, de Tebas, de Escitia y de Palestina, llenos de monasterios y de solitarios? ¿Dónde está aquel desierto de que dijeron los profetas: Hará el Señor que el desierto esté lleno de deleites y que la soledad sea como un vergel de Dios? ¿Dónde están aquellas flores siempre verdes, aunque plantadas en tierras desiertas y sin agua?

Ya los hombres desampararon los desiertos y se entregaron a la vida carnal, llena de cuidados. Por donde si, por estar ya cubierto de hierba ese camino, no tienes aparejo para ir al desierto, a lo menos haz dentro de ti un espiritual desierto, recogiendo tus sentidos y entrando dentro de ti mismo, porque por aquí entrarás a Dios. En el desierto vió Moisés la gloria de Dios, y en este espiritual desierto se da Dios a conocer y a gustar a sus amigos.

Las dos alas del apóstol.

Mas entrando en este desierto, conviene que con el mismo Moisés subas al monte, esto es, que, dejadas las bajezas de la tierra, levantes el corazón a las cosas del cielo. Para lo cual serán necesarias dos alas, una

de oración y otra de ayuno, el cual es necesario para esta misma oración, porque el vientre cargado de mantenimiento no está hábil para subir a lo alto. Porque si permaneciendo en este desierto careces de estas alas, ya puedes entender la parte que te cabía de aquella sentencia del filósofo que dice: El hombre que vive en soledad, o es divino o bestial.

Ayunó aquella carne santísima, que no sabía qué cosa era rebelar contra el espíritu, por que ayune la tuya, perversísima, que, a manera de aquel horno de Babilonia, siempre levanta llamas para inflamarlo.

Y mira que entre las obras exteriores comenzó el Señor por el ayuno; porque la primera batalla del cristiano es contra el vicio de la gula, la cual el que no venciere, en vano trabaja contra las otras.

Mas no solamente ayunó, sino también oró y peleó con nuestro adversario, y todo esto para nuestro provecho: la soledad, para nuestro ejemplo; la oración, para nuestro remedio; el ayuno, para la satisfacción de nuestras deudas, y la pelea con el enemigo, para dejar vencido y debilitado nuestro adversario.

Acompaña, pues, tú, hermano mío, al Señor en todos estos ejercicios y trabajos tomados por tu causa, pues aquí se están haciendo tus negocios y pagándose tus delitos. Imita en todo lo que pudieres a este Señor: ora con Él, ayuna con Él, pelea con Él, mora a tiempos en la soledad con Él, junta tus trabajos y ejercicios con los suyos, para que por este medio sean ellos agradables a Dios.

CAPITULO XIX

De la doctrina y predicación del Salvador

Esto se ha dicho generalmente de la vida de nuestro Salvador. Mas para mayor luz y conocimiento de ella será bien tratar más en particular de la excelencia de su doctrina, de los ejemplos admirables de sus virtudes y de los trabajos de su vida santísima.

Cuanto a lo primero, una de las consideraciones más cotidianas del verdadero cristiano había de ser la ley de Dios y la doctrina de sus santos mandamientos. Por donde, entre las alabanzas del varón justo, una de las principales es que pensará en la ley del Señor día y noche. Y el pro-

feta David en sus Salmos, a cada paso se gloría del amor que tenía a esta ley, y cómo todo el día tenía el pensamiento en ella, y cómo esta consideración le era más dulce que el panal y la miel (Salm. 18, 10). Pues si tan dulce cosa era a este santo considerar las palabras y mandamientos de aquella antigua ley, ¿cuánto más dulce será considerar las de los Evangelios? Aquellos mandamientos en mucha parte eran corporales; éstos, por la mayor parte, son espirituales; aquéllos, temporales; éstos, eternos; aquélla era ley de siervos, ésta de hijos; aquélla fué dada por manos de los hombres, aunque santos hombres; ésta, por mano del Verbo eterno y Sabiduría de Dios. Por donde, por la excelencia del dador de la ley, se puede conocer la excelencia de la ley. Porque para este Señor se guardaba el mejor vino del convite, el cual había de convertir el agua fría de la ley en el dulce y precioso vino del Evangelio.

Perfección de la doctrina de Cristo. De suerte que, como un solo Dios sea el autor de la gracia y de la naturaleza, por el mismo orden que procede en las obras de naturaleza procede comúnmente en las de gracia, que es levantando siempre las cosas de menos a más, esto es, de menos perfecto a más perfecto

El pintor, primero dibuja la imagen groseramente con un carbón y después la perfecciona con todos sus matices y colores. La naturaleza, primero informa el cuerpo del niño en el vientre de su madre con una forma de planta, y después la infunde la forma de hombre.

Pues por estos mismos términos procedió el Autor de la gracia, que primero dió al mundo, cuando estaba grosero y rudo, una ley por la mayor parte corporal, y después de informado ya con ésta, le dió ley espiritual. Primero le dibujó, como con un perfil, una imperfecta imagen de justicia en la ley, y después añadió en el Evangelio todos los colores y matices que faltaban para la perfección de esta imagen.

Cuando un hombre tiene muy enmarañados los cabellos por haber mucho tiempo que no entró peine en ellos, no luego se peina con los dientes agudos del peine, sino con los más gruesos, y esto hecho, luego puede fácilmente usar de los agudos, con que queda mejor peinado. Pues como el mundo estaba tan desgreñado, por haber tantos mil años que no entraba el peine de la ley en él, porque no la había, no convenía que luego de primera instancia quisiese Dios meter en aquella melena tan crespa el peine menudo y delicado del Evangelio hasta que primero entrase el más grosero de la ley.

Y por tanto, el que ha pasado por la ley al Evangelio, el que desea y suspira por la perfección de la vida cristiana, el que quiere ser grande en el reino de los cielos, el que desea ser verdadero discípulo de Cristo y el que quiere ser perfecto como su Padre, que está en los cielos, lo es, ponga los ojos en este espejo del Evangelio y en todos los consejos y palabras de Cristo, porque aquí hallará toda la perfección que se puede desear.

Y no es menester para esto gastar mucho tiempo ni revolver mucho los libros, porque en solas ocho palabras de San Mateo está sumada muy gran parte de esta perfección.

Si no, párate a considerar atentamente aquellas ocho bienaventuranzas de Cristo (Mt. 5, 3): aquella pobreza voluntaria, que de un golpe corta la raíz de todos los pecados, y cuidados, y trabajos, y negocios del mundo, que es la codicia; aquella mansedumbre de cordero, que excusa todos los odios e iras y contiendas de los pobres; aquellas piadosas lágrimas con que el alma es otra vez bautizada, refrigerada y regada para que dé frutos de vida eterna; aquella hambre y sed de justicia, que son las primicias de la gracia y las flores que preceden al fruto de las virtudes; aquella misericordia que, proveyendo a las necesidades ajenas, remedia las suyas y asegura para el tiempo del menester la divina misericordia; aquella limpieza de corazón, donde resplandecen los rayos de la divina luz como en un espejo muy claro; aquella paz y concordia con todos, que hace al hombre hijo de Dios e imitador de aquella infinita bondad y caridad para con los hombres, y, sobre todo, aquella paciencia y alegría en las tribulaciones y persecuciones, la cual levanta al hombre sobre las estrellas del cielo y lo constituye en aquella región de paz y tranquilidad adonde no llegan las peregrinas impresiones y nublados de este siglo tempestuoso y de donde ve como debajo de sus pies todas las nieblas y torbellinos del mundo.

Pues quienquiera que todas estas virtudes atentamente considerare, verá en estas ocho bienaventuranzas resumida la mayor parte de la perfección evangélica.

Entre las cuales, la primera y la postrera son tan hermanas que a ambas se promete un mismo galardón, y a ambas, luego de presente, como quiera que a todas las otras se prometa en el tiempo venidero.

Por donde dice San Bernardo que son grandes las alas de la pobreza, pues tan presto suben al hombre de la tierra al cielo y lo hacen señor y poseedor de aquella tan esclarecida heredad, aunque no llama este santo pobreza la que lo es de sólo nombre, sino aquella que voluntariamente huelga de padecer necesidad por amor de Dios, y la que

de tal manera abre las puertas a esta virtud, que también las abre a todos sus allegados y compañeros, que son hambres, sed, calor, frío y desnudez con todos los demás.

La alteza de los consejos evangélicos.

Mira después de esto la alteza de los consejos que están repartidos por todo el cuerpo del Evangelio, en los cuales verás claramente con cuánta razón el profeta Isaías (9, 6) puso al Salvador por excelencia nombre de Consiliario, por la alteza de estos admirables consejos que dió al mundo.

Tal es el consejo de vender todas las cosas y darlas por amor de Dios, para tenerlas seguras en el cielo; el consejo de la castidad, que es imitadora de la pureza de los ángeles y de aquellos bienaventurados moradores del cielo; el consejo de no pleitear ni defender la capa por términos de justicia, por no perder la caridad con el prójimo y la paz de la conciencia; el consejo de no resistir a los malos y perseguidores, sino estar aparejado para darle un carrillo al que nos hiere en el otro; el consejo de hacer bien a los que mal nos hacen y decir bien de los que dicen mal y rogar por ellos, que es como un traslado de aquella infinita bondad y largueza de Dios, el cual hace salir su sol sobre buenos y malos y llueve sobre justos y pecadores; el consejo de la continua y perpetua oración, del nunca jurar ni por un cabello de la cabeza, y de negar a sí mismo y su propia voluntad, y tomar su cruz cada día, y seguir a Cristo, y dejar padre y madre, y todas las cosas, y a sí mismo por su amor.

Pues ¿qué cosa más alta, ni más perfecta, ni más divina que esta manera de consejos? ¿Dónde pudo venir esta perfección al mundo sino de la policía del cielo? Y ¿quién podía tener osadía para aconsejar estas cosas a los hombres sino quien tenía también poder para dar al Espíritu Santo y hacer de los hombres ángeles? ¿Por ventura, dice Dios a Job (38, 33), sabrás tú como yo la orden del cielo y podrás poner la razón de ella en la tierra?

Sólo aquel Señor de los cielos pudo saber esto, y sólo Él fué poderoso para bajar el cielo a la tierra y subir la tierra al cielo, haciendo que los hombres pudiesen en su manera imitar la pureza y perfección de los ángeles.

Esta es, pues, la perfección de la vida evangélica que trajo al mundo el Hijo de Dios de la tierra de donde vino, que era el cielo.

CAPITULO XX

De las virtudes, trabajos y ejemplos del Salvador

Y por que no pienses que esto es sólo decir y no hacer, considera luego cuánto más resplandecen estas mismas virtudes en los ejemplos que en las palabras del Salvador.

Si no, dime: ¿qué tan pobre fué aquel que nació en un establo, y fué reclinado en un pesebre, y pudo con verdad decir aquellas palabras (Mt. 8, 20): Las raposas tienen cuevas y las aves del aire nido, y el Hijo del Hombre no tiene sobre qué reclinar su cabeza? Pues ¿qué mayor pobreza que ser más pobre que los pájaros y que los animales del campo?

Y si por esta pobreza de espíritu se entiende, como algunos autores entienden, la humildad, ¿quién más humilde que aquel que, siendo Dios y Señor de los ángeles, vino a decir aquellas palabras (Salm. 21, 7): Yo soy gusano y no hombre, oprobio de los hombres y desecho del mundo?

¿Quién más manso que aquel que por eso es llamado en las Escrituras Cordero y testificado con figuras de paloma por la incomprensible mansedumbre de su vida?

¿Quién derramó más lágrimas que aquel que se obligó a llorar y entristecerse por todos los pecados del mundo?

¿Quién tuvo mayor hambre y sed de justicia que aquel que por poner esta justicia en la tierra echó tantos caminos, padeció tantos trabajos, sufrió tantas contradicciones y derramó toda su sangre en una cruz?

¿Quién tuvo mayor hambre y sed de justicia que aquel que ni con todas las aguas de la Pasión pudo apagar esta sed, cuyas entrañas estaban abrasadas con el deseo y celo de la honra de Dios y de la hermosura de su casa?

¿Quién más misericordioso que aquel a quien la misericordia hizo tomar sobre sí todas las miserias de los hombres para que por este medio fuesen todos libres de ellas?

¿Quién más misericordioso que aquel que corrió toda aquella tierra de Judea sanando todos los atormentados del demonio, alumbrando los ciegos, sanando los cojos, limpiando los leprosos, curando los paralíticos, resucitando los muertos y ejercitando todas las obras de misericordia con tanto trabajo suyo y con tan poco agradecimiento del mundo?

¿Qué tan limpio fué aquel que, recibiendo en sí las deudas y manchas de todos los pecados del mundo, quedó tan limpio y tan hermoso como estaba antes?

¿Qué tan pacífico fué aquel que sólo hizo paz entre cielos y tierra (Col. 1, 20), entre Dios y los hombres, entre judíos y gentiles, quebrando las iras todas y furias de todas estas enemistades en su propia carne?

¿Qué tanto padeció por la justicia aquel cuya muerte y cuya vida fué toda una perpetua cruz por la obediencia y por la gloria del Padre y por la predicación de su doctrina?

Pues entrando por los otros consejos, ¿quién así dejó de litigar como aquel que, acusado ante el juez con tantos falsos testimonios, no abrió su boca ni respondió palabra, tanto que el mismo juez estaba espantado de tan gran silencio entre tantas acusaciones?

¿Quién así dejó de resistir a los malos como aquel de quien dice el profeta que así como oveja sería llevado a la muerte, y así como cordero, delante de quien le trasquila, enmudecería y no abriría su boca?

¿Quién tan fielmente cumplió el consejo de amar los enemigos como aquel que la primera palabra que habló en la cruz fué rogar al Padre por ellos, y quien la misma sangre que allí derramó, derramó también por ellos?

¿Qué tan ocupado andaba en oración el que gastaba los días con los prójimos y pasaba las noches de claro por los montes en oración?

Pues ¿qué diré de aquella su ardentísima caridad, de aquella perfectísima obediencia hasta la muerte, de aquella fidelidad para con el Padre, de aquel amor para con los prójimos, y de aquella paciencia inexpugnable en los trabajos, y de aquella tan encendida sed y deseo de la gloria de Dios y de la salud de los hombres?

La ceguedad del mundo. Mas ¡cuán mal supo, Señor, conocer el mundo el resplandor de estos ejemplos y doctrina tan admirable! No hay cosa más alegre ni más visible que la luz; mas si la luz es muy clara y los ojos están enfermos, no hay cosa para ellos menos visible y más aborrecible. Pues así acaeció a estos malaventurados, que como enfermaron con la medicina, así se cegaron con la luz.

Hacíais maravillas, y decían que erais hechicero; lanzabais los demonios, y decían que erais endemoniado; reprendíais los vicios, y os tenían por alborotador de pueblos; recibíais a los pecadores, y os tenían por uno de ellos, comíais con los publicanos por sanarlos, y os tenían por comedor y bebedor de vinos; predicabais con espíritu y fervor maravilloso, y decían que erais sandio,

Vos hacíais como quien erais, y ellos hacían como quien eran. Por eso no os indignabais, prudentísimo Señor; antes mucho más os compadecíais de ellos, porque sabíais muy bien cuánta sea la ceguedad del mundo y cuán dañada quedó la naturaleza humana por el pecado.

El buen Pastor y la oveja perdida. Pues, además de estas infamias y títulos ignominiosos, ¿quién podrá explicar los trabajos que este Señor padeció buscando como buen pastor la oveja perdida por montes y valles para atraerla al aprisco sobre sus hombros?

¡Qué de caminos echó para esto, qué de ayunos, qué de peregrinaciones, caminando de castillo en castillo, de ciudad en ciudad, de provincia en provincia! ¿Qué aldea hubo tan pobre que no quedase honrada y esclarecida con su presencia, y donde no amaneciese este nuevo Sol de justicia, y donde no dejase rastro y memoria de sus virtudes?

Pues ¡cuántas necesidades padecería en estos caminos, cuánta pobreza, cuántas contradicciones, cuántas injurias, cuánta sed, hambre, frío y calor, con todo lo demás que en los caminos suelen los pobres caminantes padecer!

Testigos son de esto los discípulos, que de pura hambre estrujaban las espigas aun en día del sábado para comer (Mt. 12, 1). Testigos los de Cafarnaúm, que una vez lo quisieron despeñar, y los de Judea, que tantas veces lo quisieron prender y apedrear. Testigos los genezarenos, y también los samaritanos, que en su tierra no le quisieron recibir ni hospedar. Donde como los discípulos con celo sin discreción le preguntasen: Señor, ¿queréis que mandemos que venga fuego del cielo que los queme?, el Señor de los ángeles, con inestimable suavidad y mansedumbre, respondió (Lc. 9, 55): No sabéis cuál sea el espíritu que mora en vuestras almas, pues eso decís. El Hijo del hombre no vino a destruir almas, sino a salvarlas.

De esta manera, pues, anduvo el Salvador en este mundo, peregrinando en su propia morada. De cuya peregrinación se maravillaba el Profeta cuando decía: ¿Por qué, Señor, has de ser como peregrino en la tierra y como caminante que anda a buscar posada donde repose?

Y siendo tantos los caminos, no leemos que jamás el Salvador caminase a caballo, excepto aquella vez que entró en Jerusalén, sino siempre a pie; y no sólo a pie, sino también descalzo, como muchos piadosos autores lo dicen. Porque mandando Él a sus discípulos que fuesen descalzos a predicar, no es de creer que Él anduviese calzado. Y

que esto se deba entender a la letra parece claro por lo que al tiempo de la pasión les preguntó, diciendo (Lc. 22, 35): Cuando os envié sin alforjas y sin zapatos, ¿por ventura os faltó algo? Y ellos respondieron que no. De donde parece que no preguntaba aquí por alforjas ni por zapatos espirituales, sino materiales. Asimismo, cuando la santa Magdalena lavó sus pies con lágrimas, y los enjugó con sus cabellos, y ungió con ungüento, de creer es que no halló allí zapatos que desatase y descalzase.

Pues ¿qué padecería un tan delicado cuerpo en tantos y tan trabajosos caminos y con tan pobre aparejo y provisión para caminar? Encarece el Apóstol los trabajos de sus caminos en una epístola (II Cor. 11, 23), muchos de los cuales padecería el Salvador en los caminos, como los padecían sus discípulos, porque quien quiso padecer más trabajos a muerte que ellos no había de buscar vida más regalada que ellos.

Pues de las deshonras y persecuciones que padeció, ¿qué diré? En unas partes, como ya dijimos, lo querían prender; en otras apedrear, en otras despeñar, en otras atar como a furioso y en otras lo echaron de la Sinagoga y público ayuntamiento.

Pues ¿de qué te quejas tú, hermano, si el mundo usa contigo de su acostumbrado oficio y te hace malos tratamientos, pues así los hizo al mismo Hijo de Dios? ¿Cómo quieres que tenga ley con los siervos, pues no la tuvo con su Señor?

Si al padre de la familia le llama Belzebú, ¿cuánto más, dice Él (Jn. 15, 20), lo llamarán a sus criados? Como si dijera: Si todavía pusieron boca en una persona que con tanta sabiduría y providencia ordenaba todas las cosas y que con tanta prudencia y medida pesaba todas sus palabras y obras, ¿qué harán con vosotros, que no tenéis tanta gracia y sabiduría para todo esto? Antes se había de confundir el perfecto cristiano, viendo a su Señor tan maltratado del mundo, si se viese bien tratado de él.

Porque si es verdad que los perros no ladran a los de su casa, sino a los extraños, ¿cómo se tiene por extraño del mundo aquel contra quien no ladra el mundo? ¿Cómo se tiene por discípulo de Cristo, y por hijo de este Padre, y por miembro de esta cabeza, si no le parece en una cosa tan propia y tan continua de su vida?

Dechado de virtudes. He aquí, pues, ¡oh alma mía!, un espejo en que te puedes mirar y una medicina eficacísima con que puedas curar tus llagas, que es la vida y ejemplos del Salvador. ¡Oh medicina, dice San Agustín, que curas todos los males, que hu-

millas las cosas altas, que esfuerzas las flacas, que cortas las superfluas y enderezas todas las aviesas y torcidas!

¿Qué soberbia se puede curar si con la humildad del Hijo de Dios no se cura?

¿Qué avaricia se puede sanar si con la pobreza del Hijo de Dios no se sana?

¿Qué ira se puede amansar si con la mansedumbre del Hijo de Dios no se amansa?

Y sobre todo esto, ¿qué corazón puede haber tan desamorado que con tantos y tales beneficios no se encienda en caridad y amor?

Para todo, pues, tenemos aparejo en este tan hermoso retablo. Aquí tenemos qué mirar, y qué imitar, y qué llorar, y con qué alegrarnos, y de qué maravillarnos, y con qué consolarnos, y con qué curar nuestras llagas, y con qué provocarnos a amar a aquel que tanto nos amó y tantas maneras de trabajos por nuestra causa padeció.

CAPITULO XXI

De la samaritana

Andando, pues, en estos pasos, llegó una vez a la ciudad de Samaria, a hora de mediodía, cansado, asoleado, sudado y fatigado con el trabajo del camino. De manera que aquí por nuestra causa se cansó el descanso, sudó el refrigerio, padeció hambre el pan de los ángeles y tuvo sed la fuente de la vida.

Asiéntase par de la fuentecilla la fuente de agua viva, así como cualquiera otro hombre pobre, flaco y necesitado. No pienses que se sentó para beber, porque no se hace mención allí de que bebiese, sino para esperar oportunidad para cazar un alma que allí había de venir y armarle un piadoso lazo en aquel bebedero. De manera que, aunque estaba cansado de caminar, no lo estaba para bien obrar; y así, llegando una mujer pecadora a aquella fuente, pidióle agua como cansado y ofrecióle gracia como deseoso y sediento de salud. Mujer, dice Él, dame de beber.

Yo soy el Mesías. Mira, pues, cómo aquel Señor de todo lo criado, aquel que es Palabra y Sabiduría eterna del Padre, se pone a hablar tan

familiarmente con una mujer de cántaro, y mujer samaritana, y mujer de cinco maridos, y tan ignorante y grosera para las cosas espirituales, que apenas entendía cosa que le dijesen. Mira, pues, con todo esto, cuán benignamente le habla, cuán discretamente le enseña, cuán piadosamente la desengaña y cuán maravillosa y claramente se le descubre y dice quién era.

Porque apenas se hallará paso en el Evangelio donde tan clara y distintamente el Salvador dijese que él era el Mesías como aquí, donde tan abiertamente dijo: Yo soy que hablo contigo (Jn. 4, 26). De manera que aquel sacrosanto misterio que tantos tiempos estuvo encubierto a la mayor parte del mundo, aquí es revelado, sin alguna manera de figura ni velo, a una mujer en quien tantas bajezas concurrían.

Pues ¿qué mayor gracia, qué mayor misericordia, qué mayor largueza que ésta, de que el Señor usa tan de gracia con quien tan lejos estaba de pedirla ni merecerla?

¡Oh maravillosa piedad y clemencia del Salvador, que así se comunica a los hombres y así llama y trae a sí a los pecadores! ¿Cómo te negarás, Señor, a los que con todo su corazón te buscan, pues tan benignamente te ofreces y descubres a quien no te buscaba? ¿Qué méritos tenía una mujer de cinco maridos y samaritana? ¿Qué tenía que ver con tu gracia la que no salió de su casa a buscar gracia, sino a coger agua? Y no viniendo más que a llevar agua del pozo, encontró con la fuente de vida, y bebió tan copiosamente de ella, que de samaritana quedó hecha evangelista.

El cansancio de Cristo. Y no es menos de considerar en este Evangelio aquel cansancio de Cristo, de quien dice el evangelista que, fatigado del camino, estaba sentado así sobre el brocal del pozo, porque ya era cerca del mediodía. Estaba, dice, sentado así. ¿Cómo así? Así como si fuera él quienquiera de por ahí; así como estuviera cualquiera de los otros comunes caminantes y peregrinos; así como si no fuera Él el descanso de los ángeles, y la hartura del mundo, y la gloria de todos los bienaventurados. Como si nada de esto fuera, así estaba allí solo, cansado, asoleado, despeado, fatigado del trabajo del camino, y del hambre, y de la sed, como cualquiera de los otros hombres pobres y flacos.

¡Quién fuera tan dichoso que acertara en esta coyuntura a pasar por aquel lugar y, considerados los caminos y cansancios de este Señor, se llegara humildemente a Él y le preguntara: Señor, ¿qué vida es esta que vivís? ¿En

qué andáis? ¿Qué buscáis por tantos caminos y carreras? ¿Qué manera de vida es esta tan trabajosa que tenéis, caminando de lugar en lugar, de provincia en provincia, ya de Judea a Galilea, ya de Galilea a Judea, sin que ni los cansancios de los caminos ni las contradicciones del mundo os aparten de este propósito? Nunca reposáis, nunca tomáis una hora de descanso: de día andáis por los lugares, de noche por los montes orando. Pues ¿qué tesoro es este que buscáis con tanto trabajo?

Lo que a esto se podía responder es que, como buen pastor, andaba en busca de su ganado descarriado. Dolíale mucho su descarriamiento y perdimiento, y por esto no había camino ni trabajo a que no se pusiese, por reducirlas a su majada.

He aquí, pues, ¡oh alma mía!, por qué caminos y con qué trabajo te buscó este piadoso Señor, y que lo hizo para volverte a su Padre.

Mira, pues, con qué priesa, con qué celo y con qué amor te buscaba aquel en cuya persona se dijo: ¿Si daré yo sueño a mis ojos y consentiré plegarse mis párpados hasta que halle lugar para el Señor y morada para el Dios de Jacob? Y en su misma persona también se dijeron aquellas palabras de Isaías (43, 24): Hicísteme servir en tus pecados y dísteme bien en qué entender en tus maldades.

El manjar de Cristo Esta era su vida, ésta su ganancia, éste su descanso y su tesoro: buscar por todas vías la salud de nuestras almas y la gloria de su Padre.

De aquí nació que cuando los discípulos, después de ida la samaritana, vinieron y le pusieron la comida delante, respondió el benignísimo Señor: Ya yo tengo otro manjar que comer que vosotros no sabéis. Y como los discípulos no entendiesen este lenguaje, porque no tenían el mismo espíritu, díjoles el Señor: Mi manjar es hacer la voluntad del Padre, que me envió, y dar cabo a la obra que encomendó, que es la salud de los hombres. Como si dijera: Estas son mis fiestas, ésta mi hartura: hacer la voluntad de mi Padre y procurar por todas vías la amplificación de su gloria.

¡Dichoso aquel que puede decir estas palabras de corazón, que de tal manera tiene hambre y sed de justicia, de tal manera desea la honra de Dios y el bien de los prójimos, que ninguna cuenta tiene consigo ni con su propio provecho, y aunque esté en suma necesidad y pobreza, todo lo tiene por bien empleado con tanto que sus bajezas y miserias sirvan para la gloria de Dios y bien de sus hermanos!

CAPITULO XXII

De la conversión de la Magdalena

Aunque haya muchos y diversos caminos para ir al cielo, todos ellos finalmente se reducen a dos: uno es el de la inocencia y otro el de la penitencia; uno es de aquellos que nunca pecaron y otro de aquellos que después de haber pecado hicieron penitencia de sus pecados. Por aquel camino fué la sacratísima Virgen, nuestra Señora, y San Juan Bautista y otros tales que nunca pecaron mortalmente, y por éste van todos los demás.

Fuera de estos dos caminos no hay otro, porque todos los que se han de salvar, o han de ser inocentes o han de ser penitentes.

Pues, porque en los caminos son menester guías, para estos dos caminos proveyó la divina Sabiduría de dos guías muy principales que fuesen delante. Estas dice la Iglesia que son dos Marías: María, madre del Salvador, para que fuese espejo de inocencia, y María Magdalena, para que lo fuese de penitencia.

Pues, según esto, todos los que caminan por el camino de la inocencia, si algunos hay que por aquí caminan, pongan los ojos en la primera María para ver si van bien encaminados. Mas los que caminan por el de la penitencia, pónganlos en esta segunda: miren si tienen algo de aquel espíritu vehemente, de aquel dolor tan grande, de aquella fe tan viva, de aquel amor tan encendido, de aquel menosprecio del mundo, y por ahí juzgarán de su penitencia qué tal es. Porque si nada de esto hay en ellos, no es su penitencia verdadera.

Y tales parece que son las penitencias de aquellos que apenas han acabado de confesarse, cuando luego vuelven a todas las maldades pasadas. Pues por esto, quien quisiere examinar su penitencia, vaya a este contraste, y examínele por él y no por su vana estimación.

La pecadora, a los pies del Salvador. Dice San Lucas que un fariseo de aquellos tiempos rogó a Cristo que quisiese un día ser su huésped. Aceptó el Salvador este convite y sentóse a la mesa con él.

Había en aquella ciudad una mujer pecadora que era

esta bienaventurada penitente, hermana de Lázaro y de Marta. Llámala pecadora, porque era mujer de mal vivir, y por tal conocida en toda la tierra.

¡Oh sabiduría de Dios! Una de las cosas más viles y bajas que hay en el mundo es una mala mujer, la cual dice el Eclesiástico que es hollada y despreciada de todos como el estiércol que está en el camino. Y con ser esto así, puso Dios los ojos en ésta, sin haber qué mirar en ella, para hacerla ejemplo de penitencia y una de las principales estrellas de su Iglesia.

¿Por qué razón? No hay por qué, sino sólo aquello que dijo el Profeta (Salm. 17, 20): Hízome salvo porque quiso salvarme. El porqué es: para gloria de su gracia, para ejemplo de misericordia, para muestra de su bondad, para que entendamos que nuestro bien procede originalmente de su santa voluntad, y, por consiguiente, que todo nuestro bien procede de sus manos, y que a Él lo atribuyamos, y a Él lo pidamos y de Él estemos colgados, y así seamos más humildes, más solícitos, más agradecidos y más temerosos. Más humildes, por nuestra pobreza; más solícitos, por nuestros peligros; más agradecidos, por su gracia, y temerosos, por nuestra flaqueza.

Pues esta dichosa mujer, despertada primero por la opinión y doctrina de Cristo, alumbrada por su gracia y movida con un muy grande espíritu de penitencia, como supo que el Salvador estaba en casa del fariseo, sin más aguardar lugar y sazón, porque la fuerza del dolor y del amor no le daban lugar para más, cúbrese su manto y toma un bote de ungüento precioso en las manos, no procurado antes de aquel tiempo para redimir pecados, sino para multiplicar pecados, y no para ungir a Cristo, sino para sacrificar al demonio. Pues con estas armas e instrumentos del pecado va a hacer guerra al mismo pecado.

Entra en la casa donde estaba comiendo el Salvador, y no osó parecer ante sus ojos, porque la vergüenza y la confusión de sus pecados no le dieron atrevimiento para esto, sino, rodeando por las espaldas, vino a derribarse a sus pies, sobre los cuales derramó tantas lágrimas que bastaron para lavarlos. Y así como el agua de pies fué extraña y de nueva manera, así también lo fué la toalla con que los limpió, que fueron sus cabellos. Y no contenta con esto, comienza a besar sus pies sacratísimos y ungirlos con aquel precioso ungüento.

De manera que todas aquellas cosas con que servía al mundo consagró al servicio de Cristo, y de todas aquellas armas e instrumentos del pecado hizo remedios contra el pecado. De los ojos hizo fuentes para lavar las mancillas de su alma, de los cabellos hizo lienzos para limpiarlos,

de la boca hizo portapaz para recibir la de Cristo y del ungüento hizo bálsamo para curar las llagas de su alma y encubrir el hedor de su mala vida.

Y es mucho para considerar que lo que ella obraba por defuera obraba el Señor interiormente en su alma por otra más excelente manera. Ella venía, y Él la atraía; ella le ungía los pies con ungüento, y Él ungía el alma con su gracia; ella lavaba sus pies con lágrimas, Él lavaba sus pecados con su sangre; ella le enjugaba los pies con sus cabellos, Él adornaba su alma con virtudes; ella le besaba los pies con grande amor, y Él le daba aquel beso de paz que se dió al hijo pródigo en su conversión.

Agua de ángeles son las lágrimas de la Magdalena.

Entre todos estos oficios no se cuentan ningunas palabras que hablase, porque bastaban por palabras las lágrimas, bastaban los gemidos, bastaban los deseos, como dice el Profeta (Salm. 37, 10): Señor, delante de Vos está mi deseo, y mi gemido no está de Vos escondido.

¡Oh qué palabras éstas tan eficaces! ¡Oh lágrima humilde, dice San Jerónimo: tuya es la potencia, tuyo es el reino; no tienes miedo al tribunal del juez, a los acusadores pones silencio, no hay quien te impida la entrada, vences al invencible, atas las manos al omnipotente!

Estas lágrimas llama San Bernardo vino de ángeles, porque en ellas hay olor de vida, sabor de gracia y gusto de indulgencia. Tiene por cierto él mucha razón de llamarlas vino de ángeles, mas yo las llamo agua de ángeles.

Suelen los hombres destilar una manera de agua olorosa, no de una sola hierba olorosa, sino de muchas y diversas, y éstas llaman agua de ángeles, que tiene muchos y suaves olores, conforme a las hierbas de que se destila. Pues tales eran estas lágrimas, las cuales no procedían de una sola causa o de un afecto, sino de muchos y diversos, porque aquéllas eran lágrimas de fe, lágrimas de esperanza, lágrimas de amor, lágrimas de dolor y lágrimas de devoción.

Todos estos afectos y movimientos había en aquel piadoso corazón, y todos éstos se resolvían en lágrimas con el fuego de la caridad y se destilaban por los ojos, y así salía esta agua de ángeles más olorosa que la que acá destilan los hombres.

Con las alas del amor y del dolor.

Pues de esta conversión y penitencia tan admirable fué el origen y primer principio aquel nuevo rayo de luz con que el Salvador alumbró las tinieblas de esta

santa pecadora, de la cual procedieron todos estos santos movimientos y afectos.

Porque esta luz le abrió los ojos y con ella vió la horrible figura de aquellos monstruos infernales de que estaba cercada, y espantada de tan extraño peligro corrió luego a buscar el remedio. Y así parte luego en medio del día, sin aguardar más consejo ni tiempo ni sazón, y métese por medio del convite y de los convidados a buscar a Cristo.

¿Qué haces, mujer? Mira que no es ése tiempo ni lugar aparejado para lo que quieres. Nadie para este negocio busca testigo ni lugares públicos, sino tinieblas y soledad. Porque así lo hizo aquel príncipe de los fariseos Nicodemo, que vino de noche a buscar al Salvador (Jn. 3, 2). No se pierde nada que aguardes siquiera una hora más para este negocio.

No oye ninguna de estas razones, porque la vehemencia y la prisa del dolor y del temor y del espanto de sí misma de tal manera ocupaban su entendimiento que no podía entender sino sola la grandeza de su peligro.

Todo esto obraba aquella luz y aquella candela que Dios había metido en su alma. Ella obraba dentro de ella este tan grande sobresalto y temor, y no sólo temor, sino también amor, y amor tan grande, que dijo al Señor: Fuéronle perdonados muchos pecados, porque amó mucho.

Y no sólo obró amor, sino también dolor, y tan gran dolor, que le hizo derramar tanta abundancia de lágrimas; y no sólo dolor, sino vergüenza y confusión; y no sólo vergüenza de Cristo, sino también menosprecio del mundo, pues tan poco caso hizo del decir de las gentes y de los juicios del fariseo para dejar por eso de hacer lo que cumplía a su salvación.

Y no sólo obró esto, mas juntamente con ello un tan gran deseo de satisfacer a Dios por las ofensas que tenía hechas, que, después de subido el Salvador al cielo, aunque había ya alcanzado *vivae vocis oraculo* jubileo e indulgencia plenísima de sus pecados, estuvo treinta años en una peña haciendo penitencia. Donde cada día era maravillosamente arrebatada en lo alto entre los coros de los ángeles, para mostrar Dios en esto la virtud y eficacia de la verdadera penitencia, que suele hacer a los buenos penitentes iguales a los ángeles.

Al lado de la inocente. Y para mayor confirmación de esto leemos en los Evangelios hallarse la Magdalena al lado de la Virgen gloriosa, que es María la pecadora par de la inocente; para que por aquí entendamos cómo algunas veces los buenos penitentes se igua-

lan con los inocentes y aun a veces los pasan adelante, como lo significó aquel santo penitente que dijo: Rociarme has, Señor, con un hisopo y seré limpio; lavarme has, y pararme he más blanco que la nieve. Decir que seré más blanco que la nieve es decir que el penitente llegará a quedar más blanco que el inocente, como es de creer que esta santa pecadora tiene hoy más gloria en el cielo que muchos de los que nunca mortalmente pecaron.

Imitemos, pues, todos esta manera de penitencia, para que así vengamos a ser merecedores de su gloria.

CAPITULO XXIII

De la transfiguración del Señor

Entre los principales pasos de la vida de nuestro Salvador es muy señalado y muy devoto el de su gloriosa transfiguración; cuando, tomando en su compañía tres discípulos suyos de los más amados y familiares, subió a un monte y, puesto allí en oración, como dice San Lucas, se transfiguró delante de ellos, de tal manera que su rostro resplandeció como el sol y sus vestiduras se pararon blancas como la nieve.

Considera, pues, aquí primeramente el artificio maravilloso de que este Señor usó para traernos a sí. Vió Él que los hombres se movían más por los gustos de los bienes presentes que por las promesas de los advenideros, conforme a aquella sentencia del Sabio que dice: Más vale ver lo que deseas que desear lo que no sabes.

Pues por esto, después de haberles predicado muchas veces que su galardón sería grande en el reino de los cielos y que estarían asentados sobre doce sillas, etc., ahora les dió a gustar una pequeña parte de este galardón, para que, mostrando al luchador el palio de la victoria, le hiciese cobrar nuevo aliento para el trabajo de la pelea.

Mas no mostró aquí la mejor parte de esta promesa, que es la gloria esencial de los bienaventurados, porque ésta sobrepuja todo sentido, sino sola una parte de la accidental, que es la claridad y hermosura de los cuerpos gloriosos, y esto con mucha razón. Porque esta carne es la que nos impide en este camino, ésta es la que nos aparta de la imitación de Cristo y ésta la que nos estorba el llevar su cruz; y por esto convenía que para despertarla

y avivarla le mostrasen la grandeza de esta gloria, para que así se esforzase más al trabajo de la carrera.

Por lo cual, si desmayas oyendo que te mandan crucificar y mortificar tu carne, esfuérzate oyendo lo que dice el Apóstol: Esperando estamos a Jesucristo nuestro Salvador, el cual reformará el cuerpo de nuestra humildad, haciéndolo semejante al cuerpo de su gloriosa claridad.

En la soledad del monte. Considera también cómo celebró el Señor esta tan gloriosa fiesta en un monte solitario y apartado, la cual pudiera Él muy bien, si quisiera, celebrar en cualquier valle o lugar público, para que entiendas que no suelen conseguir los hombres este beneficio de la transfiguración en lo público de los negocios del mundo, sino en la soledad del recogimiento; ni en el valle lodoso de los apetitos bestiales, sino en el monte de la mortificación, que es en la victoria de las pasiones sensuales.

Pues en este monte solitario se ve Cristo transfigurado; en éste se ve la hermosura de Dios; en éste se reciben las arras del Espíritu Santo; en éste se da a probar una gota de aquel río que alegra la ciudad de Dios; en éste, finalmente, se da la cata de aquel vino precioso que embriaga los moradores del cielo.

¡Oh, si una vez llegases a la cumbre de este monte, cuán de verdad dirías con el apóstol San Pedro: Bueno es, Señor, que estemos aquí! Como si dijera: Troquemos, Señor, todo lo demás por este monte, troquemos todos los otros bienes y regalos del mundo por los de este desierto.

Mas dice el evangelista que no sabía Pedro lo que decía; para que entiendas cuánta sea la grandeza de este deleite y cuánta la fuerza de este vino celestial, pues de tal manera roba los corazones de los hombres, que del todo los enajena y hace salir de sí; pues tan alienado estaba San Pedro, que no sabía lo que se decía ni se acordaba de cosa humana, por la grandeza de la suavidad y gusto que allí sentía. Ni quisiera él jamás apartarse de aquel lugar ni dejar de estar bebiendo siempre aquel suavísimo licor, por lo cual decía: Señor, bueno es que nos estemos aquí. Si os parece, hagamos aquí tres moradas: una para Vos, y otra para Moisés, y otra para Elías.

Pues si esto decía San Pedro, no habiendo gustado más que una sola gota de aquel vino celestial, viviendo aún en este destierro y en cuerpo mortal, ¿qué hiciera si a boca llena bebiera de aquel impetuoso río de deleites que alegra la ciudad de Dios? Si una sola migajuela de aquella mesa celestial así lo hartó y enriqueció que no deseaba más que la continuación y perseverancia de este bien, ¿qué hi-

ciera si gozara de aquella abundantísima mesa de los que ven a Dios y gozan de Dios, cuyo pasto es el mismo Dios?

Pues por esta maravillosa obra entenderás que no es todo cruz y tormento la vida de los justos en este destierro, porque aquel piadoso Señor y Padre que tiene cargo de ellos, sabe a sus tiempos consolarlos, visitarlos y darles algunas veces en esta vida a probar las primicias de la otra, para que no caigan con la carga ni desmayen en la carrera.

Estando el Señor en oración.

Mira también cómo estando el Señor en oración fué de esta manera transfigurado: para que entiendas que en el ejercicio de la oración suelen muchas veces transfigurarse espiritualmente las almas devotas, recibiendo allí nuevo espíritu, nueva luz, nuevo aliento y nueva pureza de vida, y, finalmente, un corazón tan esforzado y tan otro, que no parece que es el mismo que antes era, por haberlo Dios de esta manera mudado y transfigurado.

Y mira también lo que se trata en medio de estos tan grandes favores, que es de los trabajos que se han de padecer en Jerusalén. Para que por aquí entiendas el fin para que hace Nuestro Señor estas mercedes y cuáles hayan de ser los propósitos y pensamientos que ha de concebir el siervo de Dios en este tiempo; los cuales han de ser determinaciones y deseos de padecer y poner la vida por aquel que tan dulce se le ha mostrado y tan digno es de que todo esto y mucho más se haga por Él. De manera que cuando Dios estuviere comunicando al hombre sus dulzores, entonces ha de estar él pensando en los dolores que ha de padecer por él, pues tales dádivas como éstas tal recompensa nos demandan.

IV.--DE LA PASION DE NUESTRO SEÑOR

CAPITULO XXIV

De la grandeza de los dolores de Cristo

Pregunta Santo Tomás en la tercera parte si los dolores que padeció Cristo en su sacratísima Pasión fueron los mayores que se han padecido en el mundo. A lo cual respon-

de él diciendo que, quitados aparte los dolores de la otra vida, que son los del infierno y del purgatorio, éstos fueron los mayores que en el mundo se padecieron ni padecerán jamás.

Esta conclusión prueba él con muchas razones.

a) *Por la caridad de Cristo.*—La primera, por la grandeza de la caridad de Cristo, que era la mayor que podía ser, la cual le hacía desear la gloria de Dios y el remedio del hombre con sumo deseo. Y porque mientras mayores dolores padecía por los pecados más enteramente satisfacía a la honra de Dios ofendido y más copiosamente redimía al hombre culpado, por esto quiso Él que sus dolores fuesen gravísimos, por que así fuese perfectísima esta redención.

b) *Por la pureza de los dolores.*—La segunda causa era la pureza de sus dolores, los cuales ninguna mixtura tenían de alivio ni consolación. Porque jamás en esta vida padeció nadie dolores tan puros que no se aguasen con alguna manera de consolación, con la cual se hiciesen a veces tolerables y a veces también alegres, como acaeció a los mártires. Mas en Cristo no fué así, porque por la razón susodicha cerró Él todas las puertas por donde le pudiese entrar algún rayo de luz o de consolación, y así, cruzados los brazos, se entregó al ímpetu de los tormentos, para que sin contradicción ni mitigación alguna le atormentasen todo cuanto le pudiesen atormentar.

c) *Por la delicadeza de su cuerpo.*—La tercera causa fué la delicadeza de su cuerpo, el cual no fué formado por virtud de hombres, sino del Espíritu Santo, por lo cual fué el más perfecto y más bien complexionado de todos los cuerpos, y así era el más delicado y más sensible de ellos, por lo cual sentía mucho más que otro alguno sus dolores.

d) *Por la compasión de su Madre.*—Juntamente con esto le afligía grandemente la memoria y compasión de su bendita Madre, cuyo corazón sabía Él que había de ser atravesado con el más agudo cuchillo de dolor que nunca mártir alguno padeció. Porque así como ningún mártir amó tanto su propia vida cuanto ella la de su Hijo, así nunca mártir sintió tanto su propia muerte cuanto ella la del Hijo.

e) *Por la memoria de su propia muerte.*—También, naturalmente, le afligía la representación y memoria de su propia muerte. Porque así como es natural el amor de la vida, así lo es el horror de la muerte, y tanto más cuanto más merece ser amada la vida. Por donde dice Aristóteles que el sabio ama mucho su vida, porque, como sabio, entiende que tal vida merece ser muy amada. Pues según

esto, ¿cuánto amaría el Salvador aquella vida, de la cual sabía que una hora valía más que todas las vidas criadas?

Pues estas cuatro causas de dolor afligían aquella alma santísima sobre todo lo que se puede encarecer. En lo cual parecen haber sido mucho mayores los dolores de su alma que los de su cuerpo y mucho mayor la pasión invisible que padecía dentro que la visible que padecía defuera.

Padecimiento general. Demás de esto, el mismo linaje de muerte, que fué la cruz, es penosísimo, como adelante se verá, con lo cual se junta que en esta muerte concurrieron tantas maneras de injurias y tormentos que ninguna cosa hubo en toda aquella sagrada humanidad (sacada la porción superior de su alma) en la cual no padeciese su propio tormento.

Porque él primeramente padeció en su alma santísima los dolores que habemos dicho, y padeció en su cuerpo los que nos quedan por decir.

Padeció también en la fama con los falsos testimonios y títulos ignominiosos con que fué condenado.

Padeció en la honra con tantas invenciones y maneras de escarnios, injurias y vituperios como le fueron hechos.

Padeció en la hacienda, que eran solas aquellas pobres vestiduras que tenía, de las cuales también fué despojado y puesto en la cruz desnudo.

Padeció en sus amigos, pues todos huyeron y le desampararon y le dejaron solo en poder de sus enemigos.

Padeció también en todos los miembros y sentidos de su sacratísimo cuerpo, en cada uno su propio tormento. La cabeza fué coronada con espinas, los ojos oscurecidos con lágrimas, los oídos atormentados con injurias, las mejillas heridas con bofetadas, el rostro afeado con salivas, la lengua jaropada con hiel y vinagre, la sagrada barba repelada, sus manos traspasadas con clavos, el costado abierto con una lanza, las espaldas molidas con azotes, los pies atravesados con duros clavos, y todo el cuerpo, finalmente, descoyuntado, ensangrentado y estirado en la cruz.

Proporcionado a nuestras culpas. Por que así como todos los miembros de su cuerpo místico estaban heridos y llagados, así todos los del verdadero natural estuviesen heridos y atormentados; y asimismo, pues nuestra malicia había sido tal que con todas nuestras cosas y con todos nuestros miembros y sentidos habíamos ofendido a Dios, la satisfacción de Cristo fuese tal que en todas sus cosas padeciese tormen-

tos, pues nosotros con todas las nuestras habíamos cometido pecados.

Sufrimiento continuado. Creció también esta pena con la continuación y muchedumbre de trabajos que el Salvador padeció desde la hora de su prisión hasta que expiró en la cruz. Porque en este tiempo todos a porfía trabajaban por atormentarle, cada cual de su manera. Uno le prende, otro le ata, otro le acusa, otro le escarnece, otro le escupe, otro le abofetea, otro le azota, otro le corona, otro le hiere con la caña, otro le cubre los ojos, otro le viste, otro le desnuda, otro le blasfema, otro le carga la cruz a cuestas, y todos, finalmente, se ocupan en darle cada cual su manera de tormento. Vuélvenle y revuélvenle, llévanle y tráenle de juicio en juicio, de tribunal en tribunal, de pontífice en pontífice, como si fuera un público ladrón y malhechor.

¡Oh Rey de gloria!, ¿qué te debemos, Señor, por tantas invenciones y maneras de trabajos como padeciste por nos?

Pues estas y otras semejantes causas claramente prueban que los dolores que el Salvador padeció sobrepujan todos cuantos dolores hasta hoy se han padecido en esta vida y padecerán jamás.

Lo que nos enseña la cruz. Pues ¿qué fruto sacamos de esta consideración? Verdaderamente grande e inestimable. Porque todo cuanto enseña la filosofía cristiana, nos enseña en breve la cruz de Cristo, y todo cuanto obran la ley y el Evangelio, dándonos conocimiento del bien y amor de él, todo esto, en su manera, enseña y obra la filosofía de la cruz.

Porque, primeramente, por aquí mejor que por todos los medios del mundo se conoce la gravedad y malicia del pecado, viendo lo que el Hijo de Dios padeció por él y lo que hizo por destruirlo.

Por aquí se conoce la gravedad de las penas del infierno, pues en tal infierno de penas y dolores quiso entrar este Señor para sacarnos de ellas.

Por aquí se conoce cuán grandes sean los bienes, así de gracia como de gloria, pues tal mérito fué menester para alcanzarlos, después de perdidos, por vía de justicia.

Por aquí se ve la dignidad del hombre y el valor de su alma, considerando en lo que Dios la estimó, pues tal precio quiso dar por ella.

Por aquí también, más que por otro medio, venimos en conocimiento de Dios, no cual le tuvieron los filósofos, que tan poco les aprovechó, pues poco más conocieron

que la omnipotencia y sabiduría suya, la cual resplandece en las cosas criadas, mas tal cual conviene para hacer a los hombres santos y religiosos, que es de la bondad, de la caridad, de la misericordia, de la providencia y de la justicia de Dios. Porque este conocimiento causa en nuestras almas amor y temor de Dios, y confianza en su misericordia, y obediencia a sus mandamientos, en las cuales virtudes consiste la suma de la verdadera religión.

Pues cuánto resplandezcan estas perfecciones divinas en este misterio parece claro por esta razón. Porque a la bondad pertenece comunicar y darse a sí misma; al amor, hacer bienes al amado, y a la misericordia, tomar sobre sí todas las miserias y males del miserable, y a la justicia, castigar severamente los delitos del culpado.

Pues siendo esto así, ¿qué mayor bondad que la que llegó a comunicar a sí mismo y hacerse una misma cosa con el hombre? ¿Qué mayor caridad que la que repartió cuantos bienes tenía con el hombre? ¿Qué mayor misericordia que la que tomó sobre sí todas las miserias y deudas del hombre? ¿Qué mayor misericordia que recibir Dios en sus espaldas los azotes que nuestros hurtos merecían, padecer nuestra cruz, beber nuestro cáliz y querer ser atormentado por nuestros deleites, deshonrado por nuestras soberbias, despojado en la cruz por nuestras codicias y, finalmente, entregado al poder de las tinieblas por librar los hombres de ellas? ¿Puede ser mayor misericordia que ésta?

Pues no es menor la justicia que aquí resplandece.

Porque ¿qué mayor justicia que haber querido tomar Dios tan extraña manera de venganza de los pecados del mundo en la persona de su amantísimo e inocentísimo Hijo? Porque justísimo es el juez que a su mismo hijo no perdona por haber tomado sobre sí la culpa ajena.

Pues siendo esto así, ¿quién no temerá tal justicia, y quién no esperará en tal misericordia, y quién no amará tal bondad?

Verdaderamente, no era posible darse al hombre mayores motivos de amor, de temor, de obediencia y de confianza de los que aquí le fueron dados, y el corazón que con esto no se vence, no sé cosa que lo pueda vencer.

Demás de esto, ¿qué tan grandes son los ejemplos y motivos que aquí se nos dan para todas las otras virtudes, y señaladamente para la virtud de la humildad, de la obediencia, de la paciencia, de la mansedumbre, de la pobreza de espíritu y para todas las demás?

Porque, como dice Santo Tomás, los ejemplos de las virtudes tanto son más eficaces cuanto son de personas más altas. Porque ¿quién tendrá corazón para ir a caballo

cuando ve a su rey ir a pie o para quedarse en la cama cuando lo ve entrar en la batalla? Pues si tanto pueden ejemplos de reyes, que al fin son hombres mortales como nosotros, ¿cuánto más deben poder los ejemplos de aquella real Majestad, que tanto más hizo por nosotros? Especialmente que los ejemplos de Cristo tienen otra dignidad y fuerza admirable que en ningunos otros se puede hallar. Porque sus ejemplos de tal manera son ejemplos, que también son beneficios, y remedios, y medicinas, y estímulos de amor, de devoción y de toda virtud.

Demos, pues, infinitas gracias al Señor por este tan grande beneficio; esto es, por lo mucho que Él nos dió, y por lo mucho que le costó, y mucho más por lo mucho que nos amó, porque mucho más amó que padeció, y mucho más padeciera si nos fuera necesario.

Y pues de nuestra parte no tenemos cosa digna que darle, a lo menos trabajemos por que toda nuestra vida sea suya, pues la suya fué toda nuestra.

Presupuesto, pues, ahora este pequeño preámbulo, contaremos en suma los principales pasos de la Pasión, comenzando por la entrada del Señor en Jerusalén con ramos, porque ésta fué principio y camino para ella.

CAPITULO XXV

De la entrada en Jerusalén con los ramos

Pues como se llegase ya el tiempo en que el Salvador tenía determinado de ofrecerse en sacrificio por la salud del mundo, así como Él por su propia voluntad se quiso sacrificar, así por ella misma se vino al lugar del sacrificio, que era la ciudad de Jerusalén, para que en la ciudad y en el día que el cordero místico era sacrificado, en éste lo fuese también el verdadero, y donde habían sido tantas veces muertos los profetas, allí también lo fuese el Señor de los profetas, y donde poco antes había sido tan honrado y celebrado, allí fuese condenado y crucificado; para que así fuese su Pasión tanto más ignominiosa cuanto el lugar era más público y el día más solemne.

Y por esto, habiendo escogido la aldea de Belén para su nacimiento, escogió la ciudad de Jerusalén para este sacrificio, por que la gloria de su nacimiento se escondiese

en el rinconcillo de Belén y la ignominia de su pasión se publicase más en la ciudad de Jerusalén.

Entrando, pues, en esta ciudad, fué recibido con gran de solemnidad y fiesta, con ramos de olivas y palmas y con tender muchos sus vestiduras por tierra y clamar todos a una voz: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor: Sálvanos en las alturas.

La alegría y prontitud con que Cristo se ofrece a la Pasión.

Aquí primeramente se nos ofrece luego que considerar la grandeza de la caridad de nuestro Salvador y la alegría y prontitud de voluntad con que iba a ofrecerse a la muerte por nosotros, pues en este día quiso ser recibido con tan grande fiesta en señal de alegría y fiesta que en su corazón había, por ver que se llegaba ya la hora de nuestra redención.

Porque si de Santa Agueda se dice que, siendo presa por cristiana, iba a la cárcel con tan grande alegría como si fuera llevada a un convite por la honra de Dios, ¿con qué prontitud y devoción iría el que tanto mayor caridad y gracia tenía. cuando fuese a obrar la obra de nuestra redención por la obediencia y honra del mismo Dios?

Donde claramente aprenderás con qué manera de prontitud y voluntad debes entender en las obras de su servicio, pues con tanta alegría entendió Él en las de tu remedio; acordándote que, por una parte, dice el Apóstol que huelga mucho Dios con el alegre servidor, y por otra, dice el profeta: Maldito sea el hombre que hace las obras de Dios pesada y negligentemente.

Mira cómo viene para ti.

Considera también las palabras de la profecía con que esta entrada se representa, que son éstas: Alégrate mucho, hija de Sión, y haz fiesta, hija de Jerusalén, y mira cómo viene para ti tu Rey, pobre y manso, asentado sobre una asna y un pollino hijo suyo. Todas estas palabras son palabras de grande consolación.

Porque decir «tu Rey y para ti» es decir que ese Señor es todo tuyo y que todos sus pasos y trabajos son para ti. Para ti viene, para ti nace, para ti trabaja, para ti ayuna, para ti ora, para ti vive, para ti muere y para ti, finalmente, resucita y sube al cielo.

Y no te escandalice el nombre de rey, porque este Rey no es como los otros reyes del mundo, que reinan más para su provecho que para el de sus vasallos, empobreciendo a ellos para enriquecer a sí y poniendo a peligro la vida de ellos por guardar la suya. Mas este nuevo Rey no ha de ser de esta manera, porque Él te ha de enriquecer a costa

suya, y defenderte con la sangre suya, y darte vida perdiendo Él la suya. Porque para esto dice Él por San Juan que le fué dado poderío sobre toda carne, para que a todos los que fueren suyos dé Él la vida eterna. Este es aquel principado de que dice el profeta que está puesto sobre los hombros del que lo tiene y no sobre los de su pueblo, para que el trabajo de la carga sea suyo y el provecho y fruto sea nuestro.

Y cómo triunfa con la humildad.

Y dice más: que viene manso y asentado sobre una pobre cabalgadura. De manera que aquel Dios de venganzas, aquel que está sentado sobre los querubines, y vuela sobre las plumas de los vientos, y trae millares de carros de ángeles a par de sí, ése viene ahora tan manso y humilde como aquí se nos representa, para que ya no huyas de Él, como lo hizo Adán en el paraíso y como el pueblo de los judíos cuando le daba la ley, antes te llegues a Él viéndole hecho cordero de león. Porque el que hasta aquí no venció tu corazón con la fuerza del poder ni con la grandeza de la majestad, quiere ahora vencerlo con la grandeza de su humildad y con la fuerza de su amor.

Esta es la nueva manera de pelear que escogió el Señor, como dijo la santa profetisa: Y con esto quebrantó las fuerzas de sus enemigos y venció sus corazones.

Y esto es lo que por figura se nos representa en este tan solemne recibimiento que aquí se hizo, donde, como dice el evangelista, toda aquella ciudad se revolvió, y todos salieron a recibirle con ramos de palmas y olivas en las manos y otros echando sus vestiduras por tierra, cantando sus alabanzas y pidiéndole la salud eterna.

Cómo hemos de recibir a Cristo.

Entonces, pues, comenzaron luego los hombres, unos a cortar ramos de oliva, despojándose de sus haciendas y gastándolas en obras de piedad y de misericordia, que por la oliva es entendida, y otros pasaron más adelante, que tendieron sus ropas por tierra para adornar el camino por do iba el Salvador, que son los que con la mortificación de sus apetitos y propias voluntades, y con el castigo y maltratamiento de su carne, y con la muerte de sus propios cuerpos, sirvieron a la gloria de este Señor, como lo hicieron innumerables mártires, que dejaron arrastrar y despedazar las túnicas de sus cuerpos por la confesión y gloria de Él.

En lo cual se nos encomiendan tres maneras de virtudes con que hemos de salir a recibir a este Señor cuando viene

espiritualmente a nuestras almas. La primera es la oración, figurada en aquellos que le alababan con sus voces y le pedían salud. La segunda es la limosna y misericordia, que es figurada en los otros que cortaban ramos de oliva, porque ya dijimos que por la oliva se entiende la misericordia. La tercera es la mortificación de la carne y el menosprecio de sí mismo, que es figurada por aquellos que arrastraban sus ropas por tierra para que fuesen pisadas y acoceadas por honra de Cristo.

De las cuales virtudes, la primera, que es la oración, se debe a Dios; la segunda, que es la misericordia, al prójimo; mas la tercera, que es la mortificación, debe el hombre a sí mismo.

Estas son tres cruces espirituales que ha de traer el cristiano siempre sobre sí, y cuando se levantare por la mañana, así como acabare de dar gracias a Dios y encomendarle todo el curso de aquel día, luego se ha de cargar de estas tres cruces que son estas tres grandes obligaciones y andar todo el día con una perpetua atención para cumplir con ellas, trayendo un corazón devotísimo para con Dios, y otro piadosísimo para con su prójimo, y otro muy severo para consigo, castigando su carne, enfrenando su lengua y mortificando todos sus apetitos.

Lo que vale la gloria del mundo.

Sobre todo esto tienes también aquí un grande argumento y motivo para despreciar la gloria del mundo, tras que los hombres andan tan perdidos y por cuya causa hacen tantos extremos.

¿Quieres, pues, ver en qué se debe estimar esa gloria? Pon los ojos en esta honra que aquí hace el mundo a este Señor, y verás que el mismo mundo que hoy lo recibió con tanta honra, de ahí a cinco días lo tuvo por peor que Barrabás y le pidió la muerte y dió contra él voces diciendo: ¡Crucifícalo, crucifícalo! De manera que el que hoy le predicaba por hijo de David, que es por el más santo de los santos, mañana le tiene por el peor de los hombres y por más indigno de vida que Barrabás.

Pues ¿qué ejemplo más claro para ver lo que es la gloria del mundo y en lo que se deben estimar los testimonios y juicios de los hombres?

¿Qué cosa más liviana, más antojadiza, más ciega, más desleal y más inconstante en sus pareceres que el juicio y testimonio de este mundo? Hoy dice y mañana desdice; hoy alaba y mañana blasfema; hoy livianamente os levanta sobre las nubes y mañana, con mayor liviandad, os sume en los abismos; hoy dice que sois hijos de David, mañana dice que sois peor que Barrabás.

Tal es el juicio de esta bestia de muchas cabezas y de este engañoso monstruo, que ninguna fe, ni lealtad, ni verdad guarda con nadie, y ninguna virtud ni valor mide sino con su propio interés. No es bueno sino quien es para con él pródigo, aunque sea pagano, y no es malo sino el que le trata como él merece, aunque haga milagros; porque no tiene otro peso para medir la virtud sino sólo intereses.

Pues ¿qué diré de sus mentiras y engaños? ¿A quién jamás guardó fielmente su palabra? ¿A quién dió lo que prometió? ¿Con quién tuvo amistad perpetua? ¿A quién conservó mucho tiempo lo que le dió? ¿A quién jamás vendió vino que no se lo diese aguado con mil zozobras? Sólo esto tiene de constante y de fiel: que a ninguno fué fiel.

Este es aquel falso Judas, que, besando a sus amigos, los entrega a la muerte. Este, aquel traidor de Joab, que, abrazando al que saludaba como amigo, secretamente le metió la espada en el cuerpo.

Pregona vino, y vende vinagre; promete paz, y tiene de secreto armada la guerra. Malo de conservar, peor de alcanzar; peligroso para tener y dificultoso de dejar.

¡Oh mundo perverso, prometedor falso, engañador cierto; amigo fingido, enemigo verdadero; lisonjeador público, traidor secreto; en los principios dulce, en los dejos amargo; en la cara blando, en las manos cruel; en las dádivas escaso, en los dolores pródigo, al parecer algo; de dentro vacío, por defuera florido, y debajo de la flor, espinoso.

No te dejes engañar. Después de esto tenemos en este sagrado Evangelio un maravilloso ejemplo y medicina para curar una común dolencia de la naturaleza humana, que es el apetito de la gloria del mundo, el cual procura siempre de atizar y encender nuestro común adversario, porque sabe él muy bien que después de ciegos con este amor, en lo demás no le queda qué hacer, porque por aquí tiene la puerta abierta para todo lo que quiere.

Y es cosa maravillosa ver en este caso el artificio de este embaidor, porque con ser esta gloria una cosa tan breve, tan frágil, tan engañosa y de tan poco ser, él la pinta con tales colores, que hace a los hombres hacer tan grandes extremos por ella. En lo cual me parece que se ha como unos grandes matemáticos, los cuales por arte de perspectiva figuran ciertas líneas en unas tablas con tal proporción y artificio, que no siendo a la verdad más que esto, si las miráis por un cierto agujerico que ellos saben ordenar, parece que están allí las más hermosas figuras del

mundo, como quiera que a la verdad no estén más que unas rayas desnudas.

Tal, pues, me parece el artificio de este grande engañador, pues siendo las honras de este mundo una cosa tan sin ser, él nos las pinta y representa de tal manera que por ellas despreciamos vida y alma y todo lo que Dios promete.

Pues, ¿quieres tú ahora ver la grandeza de este engaño? No vamos más lejos: pon los ojos en esta honra que aquí el mundo hizo a este Señor, y en ella verás lo que es la gloria del mundo. Lo cual declara San Bernardo por estas palabras: El mismo pueblo, en el mismo tiempo y en el mismo lugar donde le recibió con tan gran triunfo, de ahí a pocos días le pidió la muerte y le puso en cruz.

¡Oh cuán diferentes voces eran! Por una parte: ¡Crucifícalo, crucifícalo!, y por otra: ¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor; sálvanos en las alturas! ¡Cuán diferentes voces son llamarlo ahora Rey de Israel y de ahí a pocos días decir: No tenemos rey sino a César! ¡Cuán diferentes cosas son: ahora ramos verdes y floridos, y poco después, espinas, azotes y cruz!

Y a quien primero sirvieron con sus propias vestiduras, de ahí a poco le desnudaron de las suyas y echaron suertes sobre ellas. Y finalmente, al que hoy predicaban por hijo de David, que es por el más santo de los santos, mañana le tienen por el peor de los hombres y por más indigno de la vida que Barrabás. Pues ¿qué ejemplo más claro para ver lo que es la gloria del mundo y en lo que se deben estimar los testimonios y abonos de él?

Ceguedad de los que sirven al mundo.

Pues, según esto, ¿cómo no se corren los hombres de hacer tanto caso de este monstruo, de estimar en tanto su gloria, de hacer tanto caso de sus juicios y dar tantos pasos por su servicio? ¿Cómo no se afrentan de hacer tantas expensas para agradar a sus ojos, para quedar en su memoria, pues está claro que su memoria es como la del huésped de un día que va de camino?

Cosa es por cierto de gran lástima, después del beneficio de la redención de Cristo, ver los hombres tan cautivos y tan esclavos del mundo y ver lo que hacen por tenerle propicio.

Muchos hay que no son señores de sí mismos ni tienen libertad para hacer mil cosas que para sus cuerpos y almas eran necesarias, si temen que no las aprobará el mundo, aunque las apruebe y mande Dios, haciendo más caso del qué dirán las gentes que de lo que en fin de la vida les dirá Dios. Otros hay que por ser más honrados en el

mundo, por tener con qué apacentar ojos ajenos, por dejar de sí memoria en el mundo con títulos, con mayorazgos y edificios soberbios, ayunan toda la vida y hacen ayunar su familia, robando al mundo y agraviando a los suyos, para que así crezcan los instrumentos de esta gloria a costa ajena. Y no acaban los miserables de entender, siquiera por este ejemplo, cuán caro compran la memoria de un mundo tan olvidadizo y tan ingrato.

Pues, ¡oh ciegos, oh mendigos y miserables!, ¿en qué andáis? ¿Qué buscáis? ¿Qué pretendéis de esa bestia de muchas cabezas? ¿Por qué después de redimidos y libertados por Cristo os queréis volver a ser esclavos de ese mismo tirano? El cual, como es falso y engañoso, así también lo son todas sus cosas, porque también ellas prometen lo que no cumplen y parece que tienen lo que no dan.

No son más, como decía Platón, que unas sombras e imágenes contrahechas de los bienes verdaderos, y nosotros, como animales brutos, no sabemos hacer diferencia de lo que es a lo que parece. Y así nos acaece como a los perrillos y cabritillos, que, si les ponéis el dedo en la boca, comienzan a mamar en él, pensando que es la teta de la madre, porque algún tanto se parece con ella.

Pues ¿qué mayor miseria que venir el hombre a no tener más discreción que las bestias y a no saber hacer diferencia entre la apariencia de las cosas y la existencia de ellas y a estar tomando placer con las figuras de los bienes, como si fuesen verdaderos?

Dime, hombre miserable, que andas por todas las criaturas buscando deleites: ¿qué leche, qué hartura, qué paz has hallado en todos esos pechos que has mamado? ¡Cuántas veces donde buscabas leche hallaste acíbar, y donde miel, hallaste hiel! ¡Cuántas veces, en la hacienda o estado o casamiento, donde pensabas hallar descanso hallaste tormento y ocasión de trabajos y cuidados! Esa es la leche que se halla en los pechos del mundo, a los cuales tiene Dios echada su maldición por su Profeta, diciendo: Señor ¿qué darás tú a los malos? Dales, Señor, vientre estéril y pechos secos, para que ni nazca de ellos fruto de bendición, por falta de buenas obras, ni tengan leche de consolación, por la muchedumbre de sus miserias.

CAPITULO XXVI

Del lavatorio de los pies

Contempla, pues, ¡oh alma mía!, en esta cena a tu dulce y benigno Jesús, y mira el ejemplo de inestimable humildad que aquí te da levantándose de la mesa y lavando los pies de sus discípulos.

¡Oh buen Jesús!, ¿qué es esto que haces? ¡Oh dulce Jesús!, ¿por qué tanto se humilla tu majestad? ¿Qué sintieras, alma mía, si vieras allí a Dios arrodillado ante los pies de los hombres y ante los pies de Judas? ¡Oh cruel!, ¿cómo no te ablanda el corazón esa tan grande humildad? ¿Cómo no te rompe las entrañas esa tan grande mansedumbre? ¿Es posible que tú hayas ordenado de vender este mansísimo Cordero? ¿Es posible que no te hayas ahora compungido con este ejemplo? ¡Oh blancas y hermosas manos!, ¿cómo podéis tocar pies tan sucios y abominables? ¡Oh purísimas manos!, ¿cómo no tenéis asco de lavar pies enlodados en los caminos y tratos de vuestra sangre?

Mirad, ¡oh espíritus bienaventurados!, qué hace vuestro Criador. Salid a mirar desde esos cielos, y vedlo arrodillado ante los pies de los hombres, y decid si usó jamás con vosotros de tal linaje de cortesía. Señor, oí tus palabras, y temí; consideré tus obras, y quedé espantado.

¡Oh apóstoles bienaventurados!, ¿cómo no tembláis viendo esa tan grande humildad? Pedro, ¿qué haces? ¿Por ventura consentirás que el Señor de la majestad te lave los pies?

¿Tú, Señor, lavas a mí los pies?

Maravillado y atónito San Pedro, como viese al Señor arrodillado delante sí, comenzó a decir: ¿Tú, Señor, lavas a mí los pies? ¿No eres tú Hijo de Dios vivo? ¿No eres tú el criador del mundo, la hermosura del cielo, el paraíso de los ángeles, el remedio de los hombres, el resplandor de la gloria del Padre, la fuente de la sabiduría de Dios en las alturas? Pues ¿tú me quieres a mí lavar los pies? ¿Tú, Señor de tanta majestad y gloria, quieres entender en oficio de tan gran bajeza? ¿Tú, que fundaste la tierra sobre sus cimientos y la hermoseaste con tanta maravilla;

tú, que encierras el mundo en la mano, mueves los cielos, gobiernas la tierra, divides las aguas, ordenas los tiempos, dispones las cosas, beatificas los ángeles, enderezas los hombres y riges con tu sabiduría todas las cosas?

¿Tú a mí has de lavar los pies? ¿A mí, que soy un hombre mortal, un poco de tierra y ceniza, un vaso de corrupción, una criatura llena de vanidad, de ignorancia y de otras infinitas miserias y, lo que es sobre toda miseria, llena de pecados?

¿Tú, Señor, a mí? ¿Tú, Señor de todas las cosas, a mí, el más bajo de todas ellas? La alteza de tu majestad y la profundidad de mis miserias me hacen fuerza que tal cosa no consienta.

Deja, pues, Señor mío, deja para los siervos este oficio; quita esa toalla, toma tus vestiduras, asiéntate en tu silla y no me laves los pies. Mira no se avergüencen de esto los cielos, viendo que con esa ceremonia los pones debajo de la tierra, pues las manos en quien el Padre puso los cielos y todas las cosas vienes a poner debajo de los pies de los hombres. Mira no se afrente de esto toda la naturaleza criada, viéndose puesta debajo de otros pies que los tuyos. Mira no te desprecie la hija del rey Saúl (II Rey. 6, 10), viéndote con ese lienzo vestido a manera de siervo, y diga que no quiere recibir por esposo ni por Dios al que ve entender en tan vil oficio.

Esto decía Pedro, como hombre que aun no sentía las cosas de Dios y como quien no entendía cuánta gloria estaba encerrada en esta obra de tan gran bajeza. Mas el Salvador, que tan bien lo conocía y tanto deseaba dejarnos un tan maravilloso ejemplo de humildad, satisfizo a la simplicidad de su discípulo y llevó adelante la obra comenzada.

El mandato del amor. Mas no sólo nos dejó aquí ejemplo de humildad, sino también de caridad, porque lavar los pies no sólo es servicio, sino también regalo, el cual hizo el Salvador a los pies de sus amigos, víspera del día que habían de ser enclavados y lavados con sangre los suyos; para que veas cuán dura es la caridad para sí y cuán blanda para los otros.

Pues este ejemplo de caridad y humildad deja el Señor en su testamento por mandato a todos los suyos, encomendándoles en aquella hora postrera que se tratasen ellos entre sí como Él los había tratado y se hiciesen aquellos regalos y beneficios que Él entonces les había hecho.

Pues ¿qué otra ley, qué otro mandamiento se pudiera esperar de aquel pecho tan lleno de caridad y misericordia más propio que éste? ¿Qué otro mandamiento dejara

un padre, a la hora de su muerte, a hijos que mucho amase sino que se amasen ellos entre sí e hiciesen para consigo lo que él hacía para con ellos? Este fué el mandamiento que el santo José dió a sus hermanos cuando los envió a su padre, diciendo: No tengáis pasiones en el camino, caminad en paz y no os hagáis mal unos a otros. Mandamiento fué éste de verdadero hermano, que de verdad amaba a sus hermanos y deseaba su bien.

Pues para mostrar el Señor este mismo amor para con los hombres pone aquí este mandamiento, que por excelencia se llama el Mandato, en el cual nos mandó la cosa que más convenía para nuestra paz, para nuestro bien y para nuestro regalo. Tanto, que si este mandamiento se guardase en el mundo, sin duda vivirían en él los hombres como en un paraíso.

Donde advertirás también cuáles sean los mandamientos que nos manda el Señor. Porque tales son y tan provechosos para los hombres, que, si bien se consideran, más debemos nos a Él por las cosas que nos manda que Él a nos por la guarda de lo que manda; pues aun quitando aparte el galardón del cielo, ninguna cosa se nos podía mandar en este mundo que fuese más para nuestro provecho.

CAPITULO XXVII

De la última cena y de la institución de la santa Eucaristía

Como amase a los amigos que tenía en el mundo, en el fin señaladamente los amó, porque entonces les hizo mayores beneficios y les descubrió más claramente la grandeza de su amor. Y entre estas obras, una de las más principales fué la institución del Santísimo Sacramento. Lo cual podrá entender muy a la clara quien atentamente considerare las causas de su institución.

Mas para esto abre tú, clementísimo Salvador, nuestros ojos y danos lumbre para que veamos cuáles fueron las causas que movieron tu amoroso corazón a instituirnos y dejarnos este tan admirable Sacramento.

Para recuerdo de su amor.

Para entender algo de esto has de presuponer que ninguna lengua criada puede declarar la grandeza del amor que Cristo tiene a su esposa la Iglesia y, por

consiguiente, a cada una de las almas que están en gracia, porque cada una de ellas es también esposa suya. Por esto, una de las cosas que pedía y deseaba el apóstol San Pablo (Ef. 3, 19) era que Dios nos diese a conocer la grandeza de este amor, el cual es tan grande que sobrepuja toda sabiduría y conocimiento criado, aunque sea el de los ángeles.

Pues, queriendo este Esposo dulcísimo partirse de esta vida y ausentarse de su esposa la Iglesia, por que esta ausencia no le fuese causa de olvido, dejóle por memorial este Santísimo Sacramento en que se quedaba Él mismo, no queriendo que entre Él y ella hubiese otra prenda que despertase esta memoria sino sólo Él. Y así dijo entonces aquellas tan dulces palabras: Cada vez que esto hiciéredes, hacedlo en memoria de mí, para que os acordéis de lo mucho que os quise y de lo mucho que voy a hacer y padecer por vuestra salud.

Para compañía de la esposa. Quería también el Esposo en esta ausencia tan larga dejar a su esposa compañía, por que no quedase sola, y dejóle la de este Sacramento, donde se queda Él mismo, que era la mejor compañía que le podía dejar.

En memoria de su Pasión. Quería también entonces ir a padecer muerte por la esposa y redimirla y enriquecerla con el precio de su sangre. Y por que ella pudiese, cuando quisiese, gozar de este tesoro, dejóle las llaves de él en este Sacramento, porque, como dice San Crisóstomo, todas las veces que nos llegamos a él hemos de hacer cuenta que llegamos a poner la boca en el costado de Cristo y que nos ponemos a beber de aquella preciosa sangre y a hacernos participantes de aquel misterio.

Mira, pues, cuáles sean los hombres, que, por un poco de pereza, dejan de llegar a este tan alto convite y de gozar un tan grande y tan inestimable tesoro. Estos son aquellos malaventurados perezosos de quien dijo el Sabio (Prov. 19, 24): Esconde el perezoso la mano en el seno y déjase morir de hambre por no llegarla hasta la boca. ¿Qué mayor pereza puede ser que, por un tan pequeño trabajo como es el aparejo para este Sacramento, dejar de gozar de un tal tesoro que vale más que todo cuanto Dios tiene criado?

Para despertar nuestro amor. Deseaba, otrosí, este celestial Esposo ser amado de su esposa con grande amor, y para esto ordenó este misterioso bocado, con tales palabras consagrado que

quien dignamente lo recibe luego es tocado y herido de este amor.

¡Oh misterio digno de estar impreso en lo íntimo de nuestros corazones! Dime, hombre: si un príncipe se aficionase en tanta manera a una esclava que viniese a tomarla por esposa y hacerla reina y señora de todo lo que él es, ¿qué tan grande diríamos que había sido el amor del príncipe que tal hiciese? Y si por ventura, después de hecho ya el casamiento, estuviese la esclava resfriada en el amor de tal esposo, y entendiendo él esto anduviese perdido buscando algún bocado que darle a comer con que la enamorase de sí, ¿qué tan excesivo diríamos que era el amor del príncipe que hasta aquí llegase?

Pues, ¡oh Rey de gloria!, que no se contentaron las entrañas de tu amor con tomar mi ánima por esposa, siendo como era esclava del enemigo, sino que viéndola, aun con todo esto, resfriada en tu amor, ordenaste de darle este misterioso bocado, y con tales palabras lo transformaste, que tenga virtud para transformar en ti las almas que lo comieren y hacerlas arder en vivas llamas de amor.

No hay cosa que más declare el amor que el desear ser amado; y pues tú tanto deseaste nuestro amor que con tales invenciones lo buscaste, ¿quién de aquí en adelante estará dudoso de tu amor? Cierto estoy, Señor mío, si te amo, que me amas. Cierto estoy que no he yo menester buscar nuevas artes para atraer tu corazón a mi amor, como tú las buscaste para el mío.

Para transformarnos en sí.

Quería, otrosí, aquel Esposo dulcísimo ausentarse de su esposa, y como el amor no sufre división ni ausencia del amado, quería de tal manera partirse que del todo no se partiese, y de tal manera irse que también se quedase. Pues como ni a Él convenía quedarse ni la esposa podía con Él por entonces irse, dióse medio para que, aunque Él se fuese y ella quedase, nunca jamás entre sí se partiesen.

Pues para esto ordenó este divino Sacramento, para que por medio de él fuesen las almas unidas e incorporadas espiritualmente con Cristo con tan fuerte vínculo de amor que de entrambos se haga una misma cosa. Porque así como del manjar y del que lo come se hace una misma cosa, así también, en su manera, se hace del alma y de Cristo, sino que, como Él mismo dijo a San Agustín, no se muda Él en las almas, sino la almas se mudan en Él.

En prenda de bienaventuranza. Quería también asegurarla y darle prendas de aquella bienaventurada herencia de la gloria, para que con la esperanza de este bien pasase alegremente por todos los trabajos y asperezas de esta vida.

Porque, en hecho de verdad, no hay cosa que tanto haga despreciar todo lo de acá como la esperanza firme de lo que gozaremos allá, según que lo significó el mismo Salvador en aquellas palabras que dijo a sus discípulos antes de la Pasión (Jn. 14, 28): Si me quisiésedes bien, os holgaríais de mi partida, porque voy al Padre. Como si dijera: Es un tan grande bien ir al Padre, que, aunque sea ir a Él por azotes, y espinas, y clavos, y cruz, por todos los martirios y trabajos de esta vida, es cosa de inestimable ganancia y alegría.

Pues para que la esposa tuviese cierta y segura la esperanza de este bien, dejóle acá en prendas este inefable tesoro, que vale tanto como todo lo que allá se espera, para que no desconfiase que se lo dará Dios en la gloria, donde vivirá en espíritu, pues no se le negó en este valle de lágrimas cuando vivía en carne.

En testamento y herencia. Quería también a la hora de su muerte hacer testamento y dejar a la esposa alguna manda señalada para su remedio, y dejóle ésta, que era la más preciosa y provechosa que le pudiera dejar.

Elías, cuando se quiso ir de la tierra, dejó el palio a su discíplo Eliseo, como quien no tenía otra hacienda de que hacerlo heredero (IV Rey. 2, 12), y nuestro Salvador y Maestro, cuando se quiso subir al cielo, dejónos acá el palio de su sagrado cuerpo en este Sacramento, haciéndonos aquí herederos, como a hijos, de todos los tesoros y merecimientos que en Él estaban encerrados. Con aquel palio pasó Eliseo las aguas del Jordán sin ahogarse y sin mojarse, y con la virtud y gracia de este Sacramento pasan los fieles por las aguas de las vanidades y tribulaciones de esta vida sin trabajo y sin peligro.

Para reparar nuestras fuerzas. Quería, finalmente, dejar a nuestras almas suficiente provisión y mantenimiento con que viviesen, porque no tiene menor necesidad el alma de su propio mantenimiento para vivir vida espiritual que el cuerpo del suyo para la vida corporal. Si no, dime: ¿por qué causa ha menester el cuerpo su ordinario mantenimiento de cada día? Claro está que la causa es porque el calor natural gasta siempre la substancia de nuestros cuerpos, y por eso

es menester que se repare con el mantenimiento de cada día lo que con el calor de cada día se gasta; porque de otra manera acabaríase presto la virtud del hombre y luego desfallecería.

¡Oh si pluguiese a Dios quisiesen por aquí entender los hombres la necesidad que tienen de este divino Sacramento y la sabiduría y misericordia de aquel que lo instituyó! ¿No está claro que tenemos acá, dentro de estas entrañas, un calor pestilencial que nos vino por parte del pecado, el cual gasta todo lo bueno que en hombre hay? Este es el que nos inclina al amor de este siglo, y nos engolosina de todos los vicios, y nos derrama por las consolaciones sensuales, y con esto nos aparta de Dios, y nos entibia en su amor, y nos entorpece para todo lo bueno y aviva para todo lo malo.

Pues si tenemos acá dentro tan arraigado este perpetuo gastador, ¿no será razón que haya quien siempre repare lo que siempre se está gastando? Si hay continuo gastador y no hay continuo reparador, ¿qué se puede esperar sino continuo desfallecimiento y después cierta caída?

Basta para prueba de esto ver el curso del pueblo cristiano, el cual, en el principio de la primitiva Iglesia, cuando comía siempre de este manjar, vivía con él y tenía fuerza no sólo para guardar la ley de Dios, sino también para morir por Dios. Mas ahora, por la mayor parte, está muerto porque no come, y así viene a perecer de hambre, como lo significó el profeta cuando dijo (Is. 5, 13): Por eso fué llevado mi pueblo cautivo, porque no tuvo conocimiento de Dios, y los nobles de él murieron de hambre, y la muchedumbre de ellos pereció de sed.

Pues para esto ordenó aquel tan sabio médico, que tan bien tenía tomados los puntos de nuestras flaquezas, este Sacramento, y por eso lo ordenó en especie de mantenimiento, para que la misma especie en que lo instituía nos declarase el efecto que obraba y la necesidad que nuestras almas de él tenían.

Don inefable. Pues ¿qué gloria puede ser mayor que ésta, qué dádiva más rica, qué beneficio más grande, qué mayor muestra de amor? Callen todas las obras de naturaleza y callen también todas las obras de gracia, porque esta obra es sobre todas las obras y esta gracia es sobre todas las gracias.

¡Oh maravilloso Sacramento! ¿Qué diré de ti? ¿Con qué palabras te alabaré? Tú eres vida de nuestras almas, medicina de nuestras llagas, consuelo de nuestros trabajos, memorial de Jesucristo, testimonio de su amor, manda preciosísima de su testamento, compañía de nuestra peregri-

nación, alegría de nuestro destierro, leña para encender el fuego del divino amor, medio para recibir la gracia, prenda de la bienaventuranza y tesoro de la vida cristiana.

Con este manjar es unida el alma con su Esposo, con éste se alumbra el entendimiento, avívase la memoria, enamórase la voluntad, deléitase el gusto interior, acreciéntase la devoción, derrítense las entrañas, ábrense las fuentes de las lágrimas, adormécense las pasiones, despiértanse los buenos deseos, fortalécese nuestra flaqueza y toma con él aliento para caminar hasta el monte de Dios.

¿Qué lengua podrá dignamente contar las grandezas de este Sacramento? ¿Quién podrá agradecer tal beneficio? ¿Quién no se derretirá en lágrimas cuando vea a Dios corporalmente unido consigo?

Faltan las palabras y desfallece el entendimiento considerando las virtudes de este soberano misterio.

Completa transformación espiritual.

Pues ¿qué deleites, qué suavidad, qué olores de vida se sienten en el alma del justo en la hora que lo recibe? No suena entonces allí otra cosa sino cantares dulcísimos del hombre interior, clamores de deseos, hacimientos de gracia y palabras suavísimas en alabanza del amado.

Porque allí el alma devota, por virtud de este venerable Sacramento, es toda interiormente renovada, es llena de gozo, es recreada con devoción, mantenida de paz, fortalecida de fe, confirmada en la esperanza y atada con lazos de perpetua caridad con su dulcísimo Redentor. De aquí viene cada día a hacerse más ferviente en el amor, más fuerte en la tentación, más presta para el trabajo, más solícita en el bien obrar y más deseosa de la frecuentación de este sagrado misterio.

Dilatad, Señor, nuestros corazones.

Tales son tus deseos, ¡oh buen Jesús!, tales las obras y deleites de tu amor, los cuales sueles comunicar a tus amigos por medio de este divino Sacramento, para que con estos tan grandes y tan poderosos deleites menosprecien todos los otros vanos y engañosos deleites.

Pues abre desde ahora, ¡oh melifluo amor!; abre, ¡oh divina luz!, los ojos interiores de tus fieles para que con rayos de fe viva te conozcan, y dilata sus corazones para que te reciban en sí; para que, enseñados por ti, busquen a ti por ti y descansen en ti, y sean, finalmente, por medio de este Sacramento unidos contigo, como miembros con su cabeza y como sarmientos con su vid, para

que así vivan por tu virtud y gocen de las influencias de tu gracia en los siglos de los siglos.

CAPITULO XXVIII

De la oración del huerto

¿Qué haces, alma mía? No es ahora tiempo de dormir. Ven conmigo al huerto de Getsemaní, y allí oirás y verás grandes maravillas. Allí verás cómo se entristece la alegría, y teme la fortaleza, y desfallece la virtud, y se confunde la majestad, y se estrecha la grandeza, y se anubla y oscurece la gloria.

Considera, pues, primeramente cómo, acabada aquella misteriosa cena, se fué el Señor con sus discípulos al monte Olivete a hacer oración antes de que entrase en la batalla de su pasión, para enseñarnos cómo en todos los trabajos y tentaciones de esta vida hemos siempre de recurrir a la oración como a una sagrada áncora, por cuya virtud o nos será quitada la carga de la tribulación o se nos darán fuerzas para llevarla, que es otra gracia mayor. Porque, como dice San Gregorio, mayor merced nos hace el Señor cuando nos da esfuerzo para llevar los trabajos que cuando nos quita los mismos trabajos.

Velad conmigo. Para compañía de este camino tomó consigo aquellos tres más amados discípulos, San Pedro, Santiago y San Juan, los cuales habían sido testigos poco antes de su gloriosa transfiguración; para que ellos mismos viesen cuán diferente figura tomaba ahora, por amor de los hombres, el que tan glorioso se les había mostrado en aquella visión.

Y por que entendiesen que no eran menores los trabajos interiores de su alma que los que por defuera se comenzaban a descubrir, díjoles aquellas tan dolorosas palabras: Triste está mi alma hasta la muerte; esperadme aquí y velad conmigo.

Aquel Dios y hombre verdadero: aquél, más alto que nuestra humanidad y que todo lo creado, cuyos tratos y conversaciones eran con aquel pecho de la suma deidad, con la cual sola comunicaba sus secretos, es ahora en tanta manera entristecido que desciende a dar parte de su pena a sus criaturas y a pedirles su compañía, diciendo: Esperadme aquí y velad conmigo.

¡Oh riqueza del cielo! ¡Oh bienaventuranza cumplida! ¿Quién te puso, Señor, en tal estrecho? ¿Quién te echó por puertas ajenas? ¿Quién te hizo mendigo de tus mismas criaturas sino el amor de enriquecerlas?

Mío es tu temor. Dime, ¡oh dulcísimo Redentor!, ¿por qué temes la muerte que tú tanto deseabas, pues el cumplimiento del deseo más es causa de alegría que de temor? No tenían los mártires ni la fortaleza ni la gracia que tú, sino una sola partecica que de ti, que eres la fuente de la gracia, se les comunicaba, y con sola ésta entraban tan alegres en las conquistas de su martirio. ¿Y tú, que eres dador de la fortaleza y de la gracia, te entristeces y temes antes de la batalla?

Ciertamente, Señor, ese temor tuyo no es tuyo, sino mío, así como aquella fortaleza de los mártires no era de ellos, sino tuya. Tú temes por lo que tienes de nosotros, y ellos se esforzaron por lo que tenían de ti. La flaqueza de mi humanidad se descubre en los temores de Dios, y la virtud de tu deidad se muestra en la fortaleza del hombre. Así que mío es este temor y tuya esta fortaleza, y por eso mía es tu ignominia y tuya mi alabanza.

Quitaron el hueso al primer Adán para formar de él la mujer, y en lugar del hueso que le quitaron pusiéronle carne flaca (Gén. 2, 21). Pues ¿qué es eso sino que de ti, nuestro segundo Adán, tomó el Padre Eterno la fortaleza de la gracia para poner en la Iglesia tu esposa, y de ella tomó la carne y flaqueza para poner en ti? Pues por esto queda la mujer fuerte y tú flaco: ella, fuerte con tu virtud, y tú, flaco con su flaqueza.

Doblada merced fué ésta que nos hiciste, Padre nuestro, pues no contento con vestirnos de ti, te quisiste vestir de nosotros.

Por lo uno y por lo otro te bendigan los ángeles para siempre, pues ni fuiste avariento en comunicarnos tus bienes ni tuviste asco de recibir nuestros males.

Pues ¿qué debo hacer considerando esto sino, viéndome lleno de tus misericordias, gloriarme en ti y, viendo a ti por mi amor lleno de mis miserias, compadecerme de ti? Por lo uno me alegraré y por lo otro me entristeceré, y así con lágrimas y alegría cantaré y lamentaré el misterio de tu pasión y estudiaré siempre en aquel libro de Ezequiel que de cantares y lamentaciones era escrito.

El sudor de sangre. Acabadas estas palabras, apartóse el Señor de los discípulos cuanto un tiro de piedra, y, postrado en tierra con grandísima reverencia, comenzó su oración diciendo: Padre, si es posi-

ble traspasa de mí este cáliz, mas no se haga como yo lo quiero, sino como Tú. Y hecha esta oración tres veces, a la tercera fué puesto en tan grande agonía que comenzó a sudar gotas de sangre, que iban por todo su sagrado cuerpo hilo a hilo hasta caer en tierra.

Considera, pues, al Señor en este paso tan doloroso y mira cómo representándosele allí todos los tormentos que había de padecer, y aprehendiendo perfectísimamente con aquella imaginación suya nobilísima tan crueles dolores como se aparejaban para el más delicado de los cuerpos, y poniéndosele delante todos los pecados del mundo, por los cuales padecía, y el desagradecimiento de tantas almas que no habían de reconocer este beneficio ni querer aprovecharse de tan grande y tan costoso remedio, fué su alma en tanta manera angustiada y sus sentidos y carne delicadísima tan turbados, que todas las fuerzas y elementos de su cuerpo se destemplaron y la carne bendita se abrió por todas partes, y dió lugar a la sangre que manase por toda ella en tanta abundancia que corriese hasta la tierra.

Y si la carne, que de solo rechazo padecía estos dolores, tal estaba, ¿qué tal estaría el alma que derechamente los padecía?

En los otros hombres, cuando se ven en algún súbito y grande trabajo, suele acudir la sangre al corazón, dejando los otros miembros fríos y despojados de su virtud por socorrer al miembro más principal. Mas Cristo, por el contrario, como quería padecer sin ninguna manera de consuelo, por que fuese más copiosa nuestra redención, aun este pequeño alivio de naturaleza no quiso admitir por nuestro amor.

Mira, pues, al Señor en esta agonía y considera no sólo las angustias de su alma, sino también la figura de su sagrado rostro.

Suele el sudor principalmente acudir a la frente y a la cara. Pues si salía por todo el cuerpo de Jesús la sangre y corría hasta el suelo, ¡qué tal estaría aquella tan clara frente que alumbra la luz y aquella cara tan reverenciada del cielo, estando como estaba toda goteada, cubierta de sudor de sangre!

Y si los que mucho se aman, en las enfermedades y peligros de muerte suelen estar colgados del rostro de sus amigos mirando el color y los accidentes que muda la enfermedad, tú, alma mía, que miras a la cara de Jesús, ¿qué sientes cuando ves en ella señales tan extrañas y tan mortales? ¿Qué dolores serán los de adelante, cuando al principio de la enfermedad le toma tal agonía? ¿Qué sentirá padeciendo los dolores, pues en sólo pensarlos suda sangre?

¿Tienes, cristiano, corazón de piedra? Si en este paso no te compadeces del Salvador y si cuando Él suda sangre de todo su cuerpo tú no viertes lágrimas de tus ojos, piensa que tienes corazón de piedra.

Si no puedes llorar por falta de amor, a lo menos llora por la muchedumbre de tus pecados, pues ellos fueron causa de este dolor.

No lo azotan ahora los verdugos, no lo coronan los soldados, no son los clavos ni las espinas las que ahora le hacen salir la sangre, sino tus culpas. Esas son los espinas que lo punzan, ésos los verdugos que lo atormentan, ésa la carga tan pesada que le hace sudar ese sudor.

¡Oh cuán caro te cuesta, Salvador mío, mi salud y mi remedio! ¡Oh mi verdadero Adán, echado del paraíso por mis pecados, que con sudores de sangre ganas el pan con que me has de mantener!

Extraño descuido de nuestra salvación. Considera también en este mismo paso, por una parte, aquella tan grande agonía y vigilia de Cristo, y por otra, el sueño tan profundo de los discípulos, y verás aquí representado un grande misterio.

Porque verdaderamente no hay cosa más para sentir en el mundo que ver el descuido en que viven los hombres y el poco caso que hacen de un negocio tan grande como es su salvación. ¿Qué cosa puede ser más para sentir que tan grande descuido en tan grande negocio?

Pues, si quieres entender lo uno y lo otro, mira al Salvador y mira a los discípulos en este paso. Mira cómo el Salvador, entendiendo en este negocio, está puesto en un tan profundo cuidado y agonía que le hace sudar gotas de sangre; y mira a los discípulos, por el contrario, tendidos por aquel suelo, durmiendo con un sueño tan pesado que no bastaba ni la reprensión del Maestro, ni la mala cama que allí tenían, ni el desabrigo y sereno de la noche, para hacerlos volver en sí.

Mira, pues, qué tan grande es el negocio de la salvación de los hombres, pues bastó para hacer sudar gotas de sangre al que sostiene los cielos y la tierra. Y mira, por otra parte, en cuán poco lo tienen los hombres, pues tan dormidos y descuidados están al tiempo que así por ellos se desvela el mismo Dios. No se pudo más encarecer lo uno y lo otro que por estas dos cosas tan extrañas.

Pues si trabajos ajenos pusieron a Dios en tanto cuidado, ¿cómo vive con tan extraño descuido aquel cuyo es el trabajo, y el negocio, y el provecho, y el daño?

Cristo vela por nosotros. En este mismo cuidado y descuido podrás entender cuán de verdad sea este Señor nuestro Padre y cómo tiene para con nosotros entrañas y corazón de padre.

¡Cuántas veces acaece estar la hija durmiendo a sueño suelto y estar el padre toda la noche desvelado, cuidando y pensando en su remedio! Pues así este piadoso Padre, estando nosotros tan dormidos y descuidados de nuestra salud, como aquí se representa, está Él toda noche velando y trasudando y agonizando sobre el cobro que nos ha de poner.

CAPITULO XXIX

De cómo fué preso el Salvador

Mira después cómo, acabada la oración, llegó aquel falso amigo con aquella infernal compañía, renunciado ya el oficio del apostolado y hecho adalid y capitán del ejército de Satanás. Mira cuán sin vergüenza se adelantó primero que todos y, llegado al buen Maestro, lo vendió con beso de falsa paz.

Gran miseria es ser un hombre vendido por dineros, y mucho mayor si es vendido de sus amigos y de aquellos a quienes hizo bien. Cristo es vendido de quien había hecho no solamente discípulo, sino apóstol, y es vendido con engaños y traiciones, y es vendido a cruelísimos mercaderes, que no quieren más de Él que la sangre y el pellejo para hartar su hambre.

Mas ¿por qué precio es vendido? La bajeza del precio acrecienta la grandeza de la injuria. Dime, Judas: ¿por qué precio pones en almoneda al Señor de todo lo criado? Por treinta dineros. ¡Oh qué bajo precio es ése para tan grande Señor! Por más subido precio se suele vender una bestia en el mercado; ¿y tú por ése vendes a Dios? No te tiene Él a ti en ese precio, pues te compra ahora con su sangre. ¡Oh estima del hombre y desestima de Dios! ¡Dios es vendido por treinta dineros, y el hombre es comprado por la sangre del mismo Dios!

Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas.

En aquella hora dijo el Señor a los que le venían a prender: Así como a ladrón, salisteis a mí con espadas y lanzas, y habiendo yo estado con vosotros cada día en el templo, no extendisteis las manos en mí; mas ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas.

Este es un misterio de gran admiración. ¿Qué cosa de mayor espanto que ver al Hijo de Dios tomar imagen no solamente de pecador, sino también de condenado?

Esta es, dice Él, vuestra hora y el poder de las tinieblas. De las cuales palabras se saca que por aquella hora fué entregado aquel inocentísimo Cordero en poder de los príncipes de las tinieblas, que son los demonios, para que por medio de sus miembros y ministros ejecutasen en Él todos los tormentos y crueldades que quisiesen. Y así como el santo Job, por divina permisión, fué entregado en poder de Satanás para que le hiciese todo el mal que quisiese, con tanto que no le tocase en la vida, así fué dado poder a los príncipes de las tinieblas, sin excepción de vida ni de muerte, para que empleasen todas sus furias y rabias contra aquella santa Humanidad.

De aquí nacieron aquellos tantos ensayos y maneras de escarnios y vituperios nunca vistos con que el demonio pretendía hartar su odio, vengar sus injurias y derribar aquella santa alma en alguna impaciencia, si le fuere posible.

Mostróme Dios, dice el profeta Zacarías (3, 1), a Jesús sacerdote grande, vestido de una vestidura manchada, y Satanás estaba a su diestra aparejado para hacerle contradicción. Mas el Salvador responde por su parte diciendo (Salm. 15, 8): Ponía yo al Señor siempre delante de mis ojos, porque él está a mi diestra para que no pueda yo ser movido.

Piensa, pues, ahora tú hasta dónde se abajó aquella alteza divina por ti, pues llegó al postrero de todos los males, que es a ser entregado en poder de los demonios. Y porque la pena que tus pecados merecían era ésta, Él se quiso poner a esta pena por que tú quedases libre de ella (Salm. 8, 6).

¡Oh santo Profeta!, ¿de qué te maravillas viendo a Dios hecho menor que los ángeles? Maravíllate ahora mucho más de verlo entregado en poder de los demonios. Sin duda los cielos y la tierra temblaron de tan grande humildad y caridad.

Cómo Cristo fué apresado. Dichas estas palabras, arremetió luego aquella manada de lobos hambrientos con aquel manso cordero, y unos lo arrebataban por una parte, otros por otra, cada uno como más podía.

¡Oh cuán inhumanamente lo tratarían, cuántas descortesías le dirían, cuántos golpes y estirones le darían, qué gritos y voces alzarían, como suelen hacer los vencedores cuando se ven ya con la presa!

Toman aquellas santas manos, que poco antes habían obrado tantas maravillas, y átanlas fuertemente con unos lazos corredizos, hasta desollarle los cueros de los brazos y hasta hacerle reventar la sangre, y así lo llevan atado por las calles públicas con grande ignominia.

¡Oh espectáculo de nueva admiración! Piensa tú ahora qué sentirías si conocieses alguna persona de grande autoridad y merecimiento y la vieses llevar por las calles públicas, en poder de la justicia, con una soga a la garganta, cruzadas y atadas las manos, con grande alboroto y concurso de pueblo y con grande estruendo de armas y de gente de guerra.

Mira lo que en este caso sentirías, y luego alza los ojos y contempla este Señor de tanta reverencia y que tales maravillas obraba en aquella tierra y tales sermones predicaba, a quien reverenciaban todos los enfermos y necesitados y pedían el remedio de todos sus males. Mira cómo ahora lo llevan tan desautorizado y avergonzado, medio andando, medio arrastrando, haciendo llevar el paso, no cual a su gravedad y persona convenía, sino cual quería la furia de sus enemigos y el deseo que tenían de contentar a los fariseos, que tanta hambre tenían por ver ya aquella presa en sus uñas.

Míralo muy bien cuál va por este camino, desamparado de sus discípulos, acompañado de sus enemigos, el paso corrido, el huelgo apresurado, el color mudado y el rostro ya encendido y sonrosado con la prisa del caminar. Y contempla, en tan mal tratamiento de su persona, tanta mesura en su rostro, tanta gravedad en sus ojos y aquel semblante divino, que en medio de todas las descortesías del mundo nunca pudo ser oscurecido.

Cristo, preso por libertarnos. Sube luego más arriba y párate a considerar quién es éste que así ves llevar con tanta deshonra.

Este es Verbo del Padre, sabiduría eterna, virtud infinita, bondad suma, bienaventuranza cumplida, gloria verdadera y fuente clara de toda la hermosura.

Mira, pues, cómo por tu salud y remedio es aquí atada

la virtud, y presa la inocencia, y escarnecida la sabiduría, y vituperada la honra, y atormentada la gloria, y enturbiada con lágrimas y dolores la fuente clara de toda la hermosura. Si tanto sintió el sacerdote Helí (I Rey. 4, 18) la prisión del Arca del Testamento, que de espanto cayó de la silla donde estaba y, quebradas las cervices súbitamente, murió, ¿qué debe sentir el alma cristiana cuando ve el arca de todos los tesoros de la sabiduría de Dios llevada y presa en poder de tales enemigos?

Alábenlo, pues, los cielos y la tierra y todo lo que en ellos es (Salm. 68, 34), porque oyó el clamor de los pobres y no menospreció el gemido de sus presos, pues Él quiso ser preso por libertarlos.

CAPITULO XXX

De la presentación del Salvador ante los pontífices Anás y Caifás, de los trabajos que pasó la noche de su pasión y de la negación de San Pedro

Muchas cosas tienes, alma mía, que contemplar hoy; muchas estaciones tienes que andar en compañía del Salvador, si no quieres con los discípulos huir o si no te pesan los pies para andar los caminos que el Señor tuvo por bien de caminar por ti.

Cinco veces es hoy llevado a diversos jueces, y en cada casa de ellos es maltratado por ti y paga tu merecido. En una casa es abofeteado, en otra escupido, en otra escarnecido, en otra azotado, y coronado con espinas, y sentenciado. Mira qué estaciones éstas para no quebrar el corazón y para no andarlas los pies descalzos y corriendo sangre.

Y si bien, ¿por qué me hieres?

Vamos, pues, a la primera, que fué a casa de Anás, y mira cómo allí, respondiendo el Señor cortésmente a la pregunta que el pontífice le hizo sobre sus discípulos y doctrina, uno de aquellos malvados que presentes estaban dió una gran bofetada en su rostro, diciendo: ¿Así has de responder al pontífice? Al cual el Salvador benignamente respondió: Si mal hablé, muéstrame en qué; y si bien, ¿por qué me hieres?

Mira, pues, aquí, ¡oh alma mía!, no solamente la man-

sedumbre de esta respuesta, sino también aquel divino rostro señalado y colorado con la fuerza del golpe, y aquella mesura de ojos tan serenos y tan sin turbación en aquella afrenta, y aquella alma santísima en lo interior tan humilde y tan aparejada para volver la otra mejilla, si el verdugo lo demandara.

¡Oh malaventurada mano, que tal has parado el rostro ante cuyo acatamiento se arrodilla el cielo, ante cuya majestad tiemblan los serafines y toda la naturaleza criada! ¿Qué viste en Él, porque así borraste el traslado de la gloria del Padre y así afeaste y avergonzaste el más hermoso de los hijos de los hombres?

¡Y le escupían en su divino rostro!

Mas no será ésta la postrera de las injurias de esta noche. Porque de esta casa llevan al Señor a la del pontífice Caifás, donde será razón que lo vayas acompañando, y ahí verás eclipsado el Sol de justicia y escupido aquel divino rostro en que desean mirar los ángeles. Porque como el Salvador, siendo conjurado por el nombre del Padre, le dijese quién era, respondiese a esta pregunta a aquellos que tan indignos eran de oír tan alta respuesta, cegándose con el resplandor de tan grande luz, vuélvense contra Él como perros rabiosos y allí descargan en Él todas sus iras y rabias.

Allí todos a porfía le dan de bofetones y pescozones; allí escupen con sus infernales bocas en aquel divino rostro; allí le cubren los ojos y, dándole palmadas en la cara, juegan con Él diciendo: Adivina quién te dió.

¡Oh maravillosa humildad y paciencia del Hijo de Dios! ¡Oh hermosura de los ángeles! ¿Rostro era ése para escupir en él? Al rincón más despreciable suelen volver los hombres la cara cuando quieren escupir, ¿y en todo ese palacio no se halló otro lugar más despreciado que tu divino rostro para escupir en él?

La humildad de Cristo y la locura de mi soberbia.

¿Cómo no te humillas con este ejemplo, tierra y ceniza? Dios calla, escupido y abofeteado; los ángeles y todas las criaturas tienen las manos quedas viendo así maltratado a su Criador; ¿y el vil gusanillo trastorna el mundo sobre un punto de honra?

¿De qué os espantáis, hombres, por ver a Dios tan abatido y maltratado en el mundo, pues venía a curar la soberbia del mundo? Si te espanta la aspereza de la medicina, mira la grandeza de la llaga, y verás que tal llaga tal

medicina como ésta requería, pues aun con todo esto no está sana.

Espántaste de ver a Dios tan humillado; yo me espanto de ver a ti todavía tan soberbio, estando Dios tan humillado.

Espántaste de ver a Dios abajado al polvo de la tierra; yo me espanto de ver que, con todo esto, el polvo y la tierra se levante sobre el cielo y quiera ser más honrado que Dios.

Pues ¿cómo no basta este tan maravilloso ejemplo para vencer la soberbia del mundo? Bastó la humildad de Cristo para vencer el corazón de Dios y amansarlo, y ¿no bastará para vencer el tuyo y humillarlo? Dijo el ángel al patriarca Jacob (Gén. 32, 28): No te llamarás ya más Jacob, sino Israel será tu nombre, porque si para con Dios fuiste poderoso, ¿cuánto más lo serás para con los hombres? Pues si la humildad y mansedumbre de Cristo prevalecieron contra el furor y la ira divina, ¿cómo no prevalece contra nuestra soberbia? Si trocaron y amansaron un corazón tan poderoso como el de Dios airado, ¿cómo no truecan y amansan el nuestro?

Espántome y mucho me espanto cómo con esta paciencia no se vence tu ira, con este abatimiento tu soberbia, con estas bofetadas tu presunción, con este silencio tan profundo entre tantas injurias los pleitos que tú revuelves porque te tocaron en la ropa.

Gran maravilla es ver que por medio de tan terribles injurias quisiese Dios derribar el reino de nuestra soberbia, y gran maravilla es también que, hecho todo esto, esté aún viva la memoria de Amalech debajo del cielo (I Rey. 15, 3) y queden todavía reliquias de esta mala generación.

Cura, pues, en mí, ¡oh buen Jesús!, con el ejemplo de tu humildad la locura de mi soberbia, y pues la grandeza de tus llagas me dice claro que tengo necesidad de remediador, tu remedio me diga claro que ya lo tengo.

¡Oh noche cruel! Después de esto, considera los trabajos que el Salvador pasó toda aquella noche dolorosa; porque los soldados que lo guardaban escarnecían de él, como dice San Lucas, y tomaban por medio para vencer el sueño de la noche estar burlando y jugando con el Señor de la Majestad.

Mira, pues, ¡oh alma mía!, cómo tu dulce Esposo está puesto aquí como blanco a las saetas de tantos golpes y bofetadas como allí le daban.

¡Oh noche cruel! ¡Oh noche desasosegada, en la cual, ¡oh buen Jesús!, no dormías, ni dormían los que tenían por descanso atormentarte! La noche fué ordenada para que

en ella todas las criaturas tomasen reposo, y los sentidos y miembros, cansados de los trabajos del día, descansasen; y ésta toman ahora las malos para atormentar todos tus miembros y sentidos, hiriendo tu cuerpo, afligiendo tu alma, atando tus manos, abofeteando tu cara, escupiendo tu rostro y atormentando tus oídos, porque en el tiempo en que todos los miembros suelen descansar, todos ellos en ti penasen y trabajasen.

¡Qué maitines éstos tan diferentes de los que en aquella hora te cantarían los coros de los ángeles en el cielo! Allí dicen: Santo, Santo; acá dicen: muera, muera, crucifícalo, crucifícalo.

¡Oh ángeles del paraíso, que las unas y las otras voces oíais!, ¿qué sentíais viendo tan maltratado en la tierra a aquel a quien vosotros con tanta reverencia tratáis en el cielo? ¿Qué sentíais viendo que Dios tales cosas padecía por los mismos que tales cosas hacían?

¿Quién jamás oyó tal manera de caridad que padezca uno muerte por librar de la muerte al mismo que se la da? No se puede encarecer más la malicia del hombre que haber llegado a poner las manos en su mismo Dios, ni la bondad y misericordia de Dios que haber venido a padecer esto por criatura que tal hizo.

La negación de San Pedro.

Crecieron sobre todo esto los trabajos de esta noche dolorosa con la negación de San Pedro.

Aquel tan familiar amigo, aquel escogido para ver la gloria de la transfiguración, aquel entre todos honrado con el principado de la Iglesia, ése primero que todos, no una, sino tres veces, en presencia del mismo Señor jura y perjura que no lo conoce ni sabe quién es.

¡Oh Pedro!, ¿tan mal hombre es ese que ahí está que por tan gran vergüenza tienes aún haberle conocido? Mira que eso es condenarlo tú primero que los pontífices, pues das a entender en eso que Él sea persona tal, que tú mismo te desprecias y deshonras de conocerla. Pues ¿qué mayor injuria puede ser que ésta?

¡Y miró el Salvador a Pedro!

Volvióse entonces el Salvador y miró a Pedro, y vánsele los ojos tras aquella oveja que se le había perdido. ¡Oh vista de maravillosa virtud! ¡Oh vista callada, mas grandemente significativa! Bien entendió Pedro el lenguaje y las voces de aquella vista, pues las del gallo no bastaron para despertarle, y éstas sí. Mas no solamente hablan, sino también obran, los ojos de Cristo, y las lá-

grimas de Pedro lo declaran, las cuales no manaron tanto de los ojos de Pedro cuanto de los ojos de Cristo.

De manera que cuando alguna vez despertares y volvieres en ti, debes entender que ése es beneficio de los ojos del Señor que te miran. Ya habían cantado los gallos y no se acordaba Pedro, porque aun no lo había mirado el Señor. Mirólo, y acordóse, y arrepintióse, y lloró su pecado, porque sus ojos abren los nuestros y ellos son los que despiertan a los dormidos.

Luego dice el evangelista que Pedro salió fuera y lloró amargamente; para que entiendas que no basta llorar el pecado, sino que es menester también huir el lugar y las ocasiones del pecado. Porque llorar siempre los pecados y siempre repetirlos es oficio de condenados, que siempre pecan y siempre lloran porque pecaron.

Muchos hay que niegan a Cristo. Y para mientes que la principal culpa de Pedro fué haber tenido empacho y temor de parecer discípulo de Cristo, y esto se dice haberlo negado.

Pues si esto es negar a Cristo, ¿cuántos cristianos hallarás que de esta manera lo nieguen? ¡Cuántos hay que rehusan de confesar, y comulgar, y orar, y tratar de Dios, y conversar con buenos, y sufrir injurias, por que el mundo no los desestime y burle de ellos! Pues ¿qué es esto sino tener vergüenza de parecer discípulo de Cristo? Y ¿qué es esto sino negar a Cristo, como lo negó San Pedro, que tuvo vergüenza de parecer discípulo suyo?

Pues ¿qué esperan los que esto hacen sino aquel castigo y sentencia del Salvador que dice: El que se afrentare de ser mi discípulo delante de los hombres, el Hijo de la Virgen se afrentará de reconocerlo por suyo (Mc. 8, 38) cuando venga con su majestad y con la del Padre y de los santos ángeles?

Cristo es tenido por loco. Acabada esta noche tan triste, llevan luego al Salvador a casa del adelantado Pilato, y él, porque supo que era natural de Galilea, enviólo a Herodes, que era rey de aquella tierra, el cual lo tuvo por loco y como a tal lo mandó vestir de una vestidura blanca y así lo volvió a enviar a Pilato. En lo cual parece que el Salvador en este mundo no sólo fué tenido por malhechor, sino también por loco.

¡Oh misterio de grande veneración! La principal virtud del cristiano es no hacer caso de los juicios y pareceres del mundo. Pues aquí tienes, hermano, dónde puedas apren-

der muy bien esta filosofía y consolarte con este ejemplo cada vez que fueres desestimado del mundo.

Porque no te puede el mundo hacer injuria ni levantar testimonio que primero no lo levantase a Cristo. Él fué tenido por malhechor y revolvedor de pueblos, y por tal le acusan ante los jueces y le piden la muerte. Fué tenido por nigromántico y endemoniado, y así decían que en virtud de Belcebú lanzaba los demonios. Fué tenido por glotón y comedor, y así decían: Cata aquí un hombre tragador y bebedor de vino. Fué tenido por hombre que andaba en malos tratos y compañías, y así decían que se juntaba con publicanos y pecadores y comía con ellos. Fué tenido por hombre de mala generación y mala casta, y así dijeron: Tú samaritano eres y demonio tienes. Fué tenido por hereje y blasfemo, y así dijeron que se hacía Dios y que perdonaba los pecados como Dios.

No faltaba sino que después de todo esto lo tuviesen por loco, y por tal es ahora tenido, no de quienquiera, sino de los príncipes y cortesanos de Herodes, y así lo visten como a loco, porque todos lo tuvieron por tal.

¡Oh inestimable humildad! ¡Oh ejemplo de toda virtud! ¡Oh consuelo de toda tribulación!

Pues para que tú hagas poco caso de los juicios y aprecios del mundo, pon los ojos en este dechado de todas las virtudes y en este consuelo general de todos los males, y mira aquí cómo la sabiduría de Dios es tenida por locura, la virtud por maleficio, la verdad por herejía, la templanza por glotonería, el pacificador del mundo por alborotador del mundo, el reformador de la ley por quebrantador de la ley y el justificador de los pecadores por pecador y seguidor de pecadores.

Divina serenidad de Cristo. En todas estas idas y venidas y en todas estas demandas y respuestas ante los jueces, mira con grande atención aquella mesura del Salvador, aquella serenidad de su rostro y aquella entereza de ánimo, nunca vencido ni quebrantado con tan grandes encuentros.

Y viéndose en presencia de tantos jueces y tribunales, en medio de tantas injurias y heridas, entre tanta confusión de voces y clamores de los que lo acusaban y pedían para la muerte, entre tanta furia y rabia de enemigos, y aun estando ya la muerte y el madero de la cruz presente, en medio de tantas olas y torbellinos, fué tan maravillosa su constancia, su paciencia y su templanza, que no hizo ni dijo cosa que no fuese de grande y generoso corazón. No salió de su boca palabra áspera ni dura, no se acuitó ni abajó a ruegos, ni suplicaciones, ni lágrimas, sino que

en todo y por todo guardó la mesura que convenía a la dignidad de tan alta persona.

¡Qué silencio entre tantas y tan falsas acusaciones! ¡Qué miramiento, cuando había de hablar, en sus palabras! ¡Qué prudencia en sus respuestas!

Finalmente, tal fué la figura de su rostro y de su ánimo en estos negocios, que ella sola, sin más testimonio, bastara para justificar su causa si la bajeza de aquellos ánimos tan viles entendieran la alteza de esta probanza.

CAPITULO XXXIX

De los azotes que el Señor recibió atado a la columna

Después de todas estas injurias, considera los azotes que el Salvador padeció en la columna. Porque el juez, visto que no podía aplacar la furia de aquellos tan crueles enemigos, determinó de hacer en Él un tan famoso castigo que bastase para satisfacer a las rabias de aquellos tan cueles corazones, para que, contentos con esto, dejasen ya de pedirle la muerte.

Este es uno de los grandes y maravillosos espectáculos que ha habido en el mundo. ¿Quién jamás pensó que habían de caer azotes en las espaldas de Dios? Dice David (Salm. 90, 9): Altísimo es, Señor, el lugar de tu refugio; no llegará mal a donde tú estuvieres y el azote no tendrá que ver en tu morada.

Pues ¿qué cosa más lejos de la alteza y gloria de Dios que la bajeza de los azotes? Castigo es éste de esclavos y ladrones, y tan abatido castigo que bastaba ser uno ciudadano de Roma para no estar sujeto a él. Y con todo esto, ¡que venga ahora el Señor de los cielos, el Criador del mundo, la gloria de los ángeles, la sabiduría y el poder y la gloria de Dios vivo, a ser castigado con azotes!

Creo verdaderamente que todos los coros de los ángeles estuvieron aquí como atónitos y espantados mirando esta maravilla y adorando y reconociendo la inmensidad de aquella divina bondad que aquí se les descubría. Porque si hincheron los aires de voces y alabanzas el día de su nacimiento, no habiendo visto más que los pañales y el pesebre, ¿qué harían ahora viendo los azotes y la columna?

Pues tú, alma mía, a quien tanto más que a los ángeles

toca este negocio, ¡cuánto más lo debes sentir y agradecer!

Lleva, ¡oh cristiano!, las lágrimas aparejadas. Entra, pues, ahora con el espíritu en el pretorio de Pilato y lleva contigo las lágrimas aparejadas, que serán bien menester para lo que allí verás. Mira cómo aquellos crueles y viles carniceros desnudan al Salvador de sus vestiduras con tanta inhumanidad y cómo Él se deja desnudar de ellos con tanta humildad, sin abrir la boca ni responder palabra a tantas descortesías como allí le dirían. Mira cómo luego atan aquel santo cuerpo a una columna, para que así lo pudiesen herir más a su placer donde y como ellos más quisiesen. Mira cuán solo estaba allí el Señor de los ángeles entre tan crueles verdugos, sin tener de su parte ni padrinos ni valedores que hiciesen por Él, ni aun ojos que se compadeciesen de Él. Mira cómo luego comienzan con grandísima crueldad a descargar sus látigos y disciplinas sobre aquellas delicadísimas carnes, y cómo se añaden azotes sobre azotes, y llagas sobre llagas, y heridas sobre heridas. Allí verás luego ceñirse aquel sacratísimo cuerpo de cardenales, rasgarse los cueros, reventar la sangre y correr a hilo por todas partes.

Mas sobre todo esto, ¡qué sería ver aquella tan grande llaga que en medio de las espaldas estaría abierta, adonde principalmente caían todos los golpes! Creo sin duda que estaría tan abierta y tan ahondada que, si un poco pasara más adelante, llegaran a descubrir los huesos blancos entre la carne colorada y acabar aquella santa vida, antes de la cruz, en la columna.

Finalmente, de tal manera hirieron y despedazaron aquel hermosísimo cuerpo, de tal manera lo cargaron de azotes y lo araron y sembraron de llagas, que ya tenía perdida la figura de quién era y aun apenas parecía hombre.

Mira, pues, alma mía, cuál estaría allí aquel mancebo hermoso y vergonzoso, estando, como lo estaría, tan maltratado y tan avergonzado y desnudo. Mira cómo aquella carne tan delicada, tan hermosa y como una flor de toda carne es allí por todas partes abierta y despedazada.

Cinco mil azotes. Mandaba la ley de Moisés que azotasen a los malhechores y que conforme a la medida de los delitos así fuese la de los azotes, con tal condición que no pasasen de cuarenta (Deut. 23, 3), por que no caiga, dice la ley, tu hermano delante de ti feamente despedazado; pareciéndole al dador de la ley que exceder este número era una manera de cas-

tigo tan atroz, que no se compadecía con las leyes de hermandad.

Mas en ti, ¡oh buen Jesús!, que nunca quebrantaste la ley de la justicia, se quebrantan todas las leyes de la clemencia y de la justicia, y de tal manera se quebrantan que en lugar de cuarenta te dan cinco mil y tantos azotes, como muchos santos doctores testifican.

Pues si tan afeado estaría un cuerpo pasando de cuarenta azotes, ¡cuál estaría el tuyo, dulcísimo Señor y Padre mío, pasando de cinco mil! ¡Oh alegría de los ángeles y gloria de los bienaventurados!, ¿quién así te descompuso, quién así afeó con tantas manchas el espejo de la inocencia?

Claro está, Señor, que no fueron tus pecados, sino los míos; no tus hurtos, sino los míos, los que así te maltrataron. El amor y la misericordia te cercaron y te hicieron tomar esa carga tan pesada. El amor hizo que me dieses todos tus bienes, y la misericordia, que tomases sobre ti todos mis males.

Pues si en tales y en tan rigurosos trances te pusieron misericordia y amor, ¿quién habrá que esté ya dudoso de tu amor? Si el mayor testimonio del amor es padecer dolores por el amado, ¿qué será cada uno de esos dolores sino testimonio de amor? ¿Qué serán todas esas llagas sino unas bocas celestiales que todas me predican amor y me demandan amor? Y si tantos son los testigos cuantos fueron los azotes, ¿quién podrá poner duda en la probanza que con tantos testigos es probada? Pues ¿cuál incredulidad es la mía, que con tales y tantos argumentos no se convence?

Y todo por amor... Maravíllase el evangelista San Juan (12, 37) de la incredulidad de los judíos, diciendo que, habiendo el Señor hecho tantas señales entre ellos para confirmar su doctrina, no quisieron creer en Él. ¡Oh santo evangelista!, deja ya de maravillarte de esa incredulidad y maravíllate de la misericordia. Porque no es menor argumento el padecer dolores para creer el amor de Cristo que el hacer milagros para creer en Cristo. Pues si es gran maravilla, habiendo hecho tantos milagros, no creer lo que dice, ¿cuánto mayor lo será, habiendo recibido por nosotros cinco mil y tantos azotes, no creer que nos ama?

Pues ¿qué será si juntamos con las heridas de la columna todos los otros pasos y trabajos de su vida, pues todos nacieron de amor? ¿Quién te trajo, Señor, del cielo a la tierra sino amor? ¿Quién te abajó del seno del Padre al de la Madre, y te vistió de nuestro barro, y te hizo parti-

cipante de nuestras miserias, sino el Espíritu Santo, que es amor? ¿Quién te puso en un establo, y te reclinó en un pesebre, y te echó por tierras extrañas, sino amor? ¿Quién te hizo traer a cuestas el yugo de nuestra mortalidad por espacio de tantos años, sino amor? ¿Quién te hizo sudar, y caminar, y velar, y trasnochar, y cercar la mar y la tierra buscando las almas, sino amor?

¿Quién ató a Sansón de pies y manos (Jue. 16, 16), lo trasquiló y despojó de toda su fortaleza, y lo hizo escarnio de sus enemigos, sino el amor de Dalila, su esposa? Y ¿quién a ti, nuestro verdadero Sansón, ató, y trasquiló, y despojó de su virtud y fortaleza, y entregó en manos de sus enemigos para que te escarneciesen, y escupiesen, y burlasen, sino el amor de tu esposa la Iglesia y de cada una de nuestras almas?

¿Quién, finalmente, te trajo hasta poner en un palo y estar allí todo de pies a cabeza tan maltratado, las manos enclavadas, el costado partido, los miembros descoyuntados, el cuerpo sangriento, los sentidos turbados, los labios secos, las venas agotadas, la lengua amargada y todo finalmente despedazado? ¿Quién pudo hacer tal estrago como éste, sino el amor?

¡Oh amor grande! ¡Oh amor gracioso! ¡Oh amor tal cual convenía a las entrañas y a la inmensidad de la divina bondad!

Pues si tanto me amas, ¿cómo no te amaré yo?

Pues con tales y tantos testimonios como éstos, ¿cómo no creeré yo, Señor, que me amas, pues es cierto que no has mudado en el cielo el corazón que tenías en la tierra?

No eres tú como aquel copero de Faraón (Gén. 40, 23) que, cuando se vió en prosperidad, se olvidó de los humildes amigos que en la cárcel había dejado; sino antes la prosperidad y gloria de que ahora gozas en el cielo, te hace tener mayor compasión de los hijos que dejaste acá en la tierra.

Pues si es cierto que tanto me amas, ¿cómo no te amaré yo? ¿Cómo no esperaré en ti? ¿Cómo no me fiaré de ti? ¿Cómo no me tendré ya por dichoso y rico teniendo al mismo Dios por tal amigo? Gran maravilla es por cierto que me ponga ya en cuidado alguna cosa de esta vida, pues tengo de mi parte un tan rico y tan poderoso amador por cuyas manos pasa todo.

CAPITULO XXXII

De la coronación de espinas, del «Ecce homo» y de la comparación de Cristo con Barrabás

Salid, hijas de Sión, y mirad al rey Salomón con la corona que lo coronó su madre en el día de su desposorio y en el día de la alegría de su corazón.

Alma mía, ¿qué haces? Corazón mío, ¿qué piensas? Lengua mía, ¿cómo has enmudecido? ¿Cuál corazón no revienta? ¿Cuál dureza no se ablanda? ¿Qué ojos se pueden contener de lágrimas teniendo delante de sí tal figura?

¡Oh dulcísimo Salvador mío!, cuando yo abro los ojos y miro este retablo tan doloroso, ¿cómo no se me parte el corazón de dolor? Veo esa delicadísima cabeza, de que tiemblan los poderes del cielo, traspasada con crueles espinas. Veo escupido y abofeteado ese divino rostro, oscurecida la lumbre de esa fuente clara, cegados con la lluvia de la sangre esos ojos serenos. Veo los hilos de sangre que gotean de la cabeza y descienden por el rostro y borran la hermosura de esa divina cara.

Pues ¿cómo, Señor? ¿No bastaban ya los azotes pasados, y la noche venidera, y tanta sangre derramada, sino que por fuerza habían de sacar las espinas la sangre de la cabeza a quien los azotes perdonaron? Si por denuestos y bofetadas lo habías, para satisfacer por las que yo te di pecando, ¿ya no habías recibido muchas de éstas toda la noche pasada? Si sola tu muerte bastaba para redimirnos, ¿para qué tantos ensayos? ¿Para qué tantas invenciones y maneras de vituperios? ¿Quién jamás oyó ni leyó tal manera de corona y tal linaje de tormento? ¿Dé qué entrañas salió esta nueva invención al mundo, que de tal manera sirviese para deshonrar a un hombre que no menos lo atormentase que deshonrase? ¿No bastan los tormentos que se han usado en todos los siglos pasados, sino que se han de inventar otros nuevos en tu pasión?

Bien veo, Señor mío, que no eran estas injurias necesarias para mi remedio. Bastaba para esto una sola gota de tu sangre. Mas eran convenientísimas para que me declarases la grandeza de tu amor, y para que me echases cadenas de perpetua obligación, y para que confundieses los atavíos y galas de mi vanidad y me enseñases por aquí el menosprecio de la gloria del mundo.

Míralo todo desfigurado. Pues para que sientas algo, alma mía, de este paso tan doloroso, pon primero ante tus ojos la imagen antigua de este Señor y la excelencia de sus virtudes, y luego vuelve a mirarlo de la manera que aquí está.

Mira la grandeza de su amor, la mesura de sus ojos, la dulzura de sus palabras, su autoridad, su mansedumbre, su serenidad y aquel aspecto suyo de tanta veneración. Míralo tan humilde con sus discípulos, tan blando con sus enemigos, tan grande para con los soberbios, tan suave para con los humildes y tan misericordioso para con todos. Considera cuán manso haya sido siempre en el sufrir, cuán sabio en el responder, cuán piadoso en el juzgar, cuán misericordioso en el recibir y cuán largo en el perdonar.

Y después que así lo hubieres mirado y deleitádote de ver una tan acabada figura, vuelve los ojos a mirarlo tal cual aquí lo ves, cubierto con aquella púrpura de escarnio, la caña por cetro real en la mano y aquella horrible diadema en la cabeza, y aquellos ojos mortales, y aquel rostro difunto, y aquella figura toda borrada con la sangre y afeada con las salivas que por todo el rostro estaban tendidas. Míralo todo dentro y fuera: el corazón atravesado con dolores, el cuerpo lleno de llagas, desamparado de sus discípulos, perseguido de los judíos, escarnecido de los soldados, despreciado de los pontífices, desechado del rey inicuo, acusado injustamente y desamparado de todo favor humano.

Y no pienses esto como cosa ya pasada, sino como presente; no como dolor ajeno, sino como tuyo propio. A ti mismo ponte en lugar del que padece y mira lo que sentirías si en una parte tan sensible como es la cabeza te hincasen muchas y muy agudas espinas que penetrasen hasta los huesos. ¿Y qué digo espinas? Un solo alfiler que fuese, apenas lo podrías sufrir. ¿Qué sentiría aquella delicadísima cabeza con este linaje de tormentos?

Yo soy, Señor, la causa de tu dolor. Pues, ¡oh resplandor de la gloria del Padre!, ¿quién te ha tan maltratado? ¡Oh espejo sin mancilla de la majestad de Dios!, ¿quién te ha todo manchado? ¡Oh río que sales del paraíso de deleites y alegras con tus corrientes la ciudad de Dios!, ¿quién ha enturbiado esas tan serenas y tan dulces aguas? Mis pecados, Señor mío, las han enturbiado, mis maldades las han oscurecido.

¡Ay de mí, pobre y miserable! ¡Ay de mí! Y ¡qué tal habrán parado mis pecados a mi alma cuando tal pararon los ajenos a la fuente clara de toda la hermosura! Mis pecados son, Señor, las espinas que te punzan; mis

locuras, la púrpura que te escarnece; mis hipocresías y fingimientos, las ceremonias con que te desprecian; mis atavíos y vanidades, la corona con que te coronan. Yo soy tu verdugo, yo soy la causa de tu dolor.

Limpió el rey Ezequías (II Par. 29, 16) el templo de Dios, que estaba por los malos profanado, y toda la basura que en él había mandó echar en el arroyo de los cedros. Yo soy este templo vivo, por los demonios profanado y ensuciado por infinitos pecados, y tú eres el río limpio de los cedros, que sustentas con tus corrientes toda la hermosura del cielo. Pues ahí son lanzados todos mis pecados, ahí desaparecen mil maldades.

Porque, por el mérito de esa inefable caridad y humildad con que te inclinaste a tomar sobre ti todos mis males, no sólo me libraste de ellos, mas también me hiciste paticipante de todos tus bienes. Porque tomaste mi muerte, me diste tu vida. Porque tomaste mi carne, me diste tu espíritu. Porque tomaste sobre ti mis pecados, me diste tu gracia.

Así que, Redentor mío, todas las penas tuyas son tesoros y riquezas mías. Tu púrpura me viste, tu corona me honra, tus cardenales me hermosean, tus dolores me regalan, tus amarguras me sustentan, tus llagas me sanan, tu sangre me enriquece y tu amor me embriaga. ¿Qué mucho es que tu amor me embriague, pues el amor que tú me tuviste bastó para embriagarte y dejarte, como a otro Noé, tan avergonzado y desnudo? Con la púrpura encendida de ese amor sostienes esa púrpura de escarnio, y con el celo de mi aprovechamiento esa caña en la mano, y con la compasión de mi perdimiento esa corona de confusión.

«Ecce homo.» Acabada la coronación y escarnios del Salvador, tomólo el juez por la mano, así como estaba tan maltratado, y sacándole a la vista del pueblo furioso, díjoles: *Ecce homo*. Como si dijera: Si por envidia le procurabais la muerte, veislo aquí tal, que no está para tenerlo envidia, sino lástima. ¿Temías no se hiciese rey? Veislo aquí tan desfigurado, que apenas parece hombre. De estas manos atadas, ¿qué os teméis? A este hombre azotado, ¿qué más le demandáis?

Por aquí puedes entender, alma mía, qué tal saldría entonces el Salvador, pues que el juez creyó que bastaba la figura que allí traía para quebrantar el corazón de tales enemigos. En lo cual puedes bien entender cuán mal caso sea no tener un cristiano compasión de los dolores de Cristo, pues ellos eran tales, que bastaban, según el juez creyó, para ablandar unos tan fieros corazones.

Mira cuán aborrecible es a Dios el pecado.

Donde hay amor, hay dolor. Pues ¿cómo dice que tiene amor de Cristo quien no tiene compasión de Cristo viéndolo en esta figura?

Y si tan gran mal es no compadecerse de Cristo, ¿qué será acrecentar sus martirios y añadir dolor a su dolor? No pudo ser mayor crueldad en el mundo que, después de mostrada por el juez tal figura, responder los enemigos aquella tan cruel palabra: Crucifícalo, crucifícalo. Pues si tan grande fué esta crueldad, ¿cuál será la de un cristiano que con las obras dice otro tanto, ya que con las palabras no lo diga?

Veamos. ¿No dice San Pablo (Hebr. 6, 6) que el que peca vuelve otra vez a crucificar al Hijo de Dios, pues, cuanto es de su parte, hace cosas con que le obligaría otra vez a morir si la muerte pasada no bastara? Pues ¿cómo tienes tú corazón y manos para crucificar tantas veces a ese Señor con tus pecados? Deberías considerar que así como el juez presentó aquella figura tan lastimera a los judíos, creyendo que no habría otro medio más eficaz para apartarlos de su furor que aquella vista, así el Padre eterno la presenta hoy a todos los pecadores, entendiendo que, a la verdad, no hay otro medio más poderoso para apartarlos del pecado que ponerles delante tal figura.

Haz, pues, ahora cuenta que te la pone Él también a ti delante y que te está diciendo: *Ecce homo*. Como si dijese: Mira este hombre cuál está y acuérdate que es Dios, y que está de la manera que aquí le ves no por otra causa sino por los pecados del mundo. Mira cuál pararon los pecados a Dios. Mira qué fué menester para satisfacer por un pecado. Mira cuán aborrecible es a Dios el pecado, pues tal paró la cara de su Hijo por destruirlo. Mira la venganza que tomará Dios del pecador por sus pecados propios, pues tal la tomó del Hijo por los ajenos. Mira, finalmente, el rigor de la divina justicia y la malicia del pecado, la cual resplandece en la cara de Cristo.

Pues ¿qué más que esto se pudiera hacer para que los hombres se apartasen de pecar?

Parece que se hubo Dios aquí con el hombre como la buena madre con la mala hija que se le va echando a perder. Porque cuando no le valen ya palabras ni castigos, vuelve las iras contra sí misma, dase de bofetadas, y despedázase la cara, y pónese así desfigurada delante de la hija para que por esta vía conozca ella la grandeza de su yerro y siquiera por lástima de la madre se aparte de él.

Pues esta manera de remedio parece que tomó Dios aquí para castigo de los hombres, poniéndoles delante su divina imagen, que es la cara de su Hijo, tan maltratada

y desfigurada, para que, ya que por tantas reprensiones y castigos como les había enviado antes por boca de sus profetas no se querían apartar del mal, se apartasen siquiera por lástima de ver tal aquella divina figura.

De manera que antes ponía las manos en los hombres, ahora vino a ponerlas en sí, que era lo último que se podía hacer. Y por esto, aunque siempre fué gran maldad ofender a Dios, mas después que tal figura tomó para destruir el pecado, no sólo es gran maldad, sino también grandísima ingratitud y crueldad.

Nuestro intercesor ante Dios. Perseverando en la contemplación de este mismo paso, además del aborrecimiento del pecado, puedes también de aquí tomar grandes esfuerzos para confiar en Dios considerando esta misma figura, la cual, así como es poderosa para mover los corazones de los hombres, así también lo es, y mucho más, para mover el de Dios.

Para lo cual debes considerar que la misma figura que sacó entonces el Salvador a los ojos del pueblo, esa misma representa hoy a los del Padre, tan fresca y tan corriendo sangre como estaba aquel mismo día.

Pues ¿qué imagen puede ser más eficaz para amansar los ojos del Padre que la cara amancillada de su Hijo? Este es el propiciatorio de oro, éste es el arco de diversos colores y puesto entre las nubes del cielo, con cuya vista se aplaca Dios. Aquí se apacentaron sus ojos, aquí quedó satisfecha su justicia, aquí se le restituyó su honra, aquí se le hizo tal servicio cual convenía a su grandeza.

Pues dime, hombre flaco y desconfiado, si en este paso estaba tal la figura de Cristo que bastaba para amansar los ojos crueles de tales enemigos, ¿cuánto más lo estará para amansar los ojos de aquel Padre piadoso, especialmente padeciendo por su honra y obediencia todo lo que allí padecía? Compárame ojos con ojos y persona con persona, y verás cuánto más segura tienes tú la misericordia del Padre presentándole esta figura que tuvo Pilato la de los judíos cuando allí se la presentó.

Pues en todas tus oraciones y tentaciones toma a este Señor por escudo y ponlo entre ti y Dios, y preséntalo ante Él diciendo: *Ecce homo*. He aquí, Señor Dios mío, el hombre que tú buscabas tantos años ha para que se pusiese de por medio entre ti y los pecadores. He aquí el hombre tan justo como a tu bondad convenía y tan justiciado cuanto nuestra culpa demandaba.

Pues, ¡oh defensor nuestro!, míranos, Señor, y para que así lo hagas pon los ojos en la cara de tu Cristo. Y tú, salvador y medianero nuestro, no ceses de presentarte ante

los ojos del Padre por nosotros, y pues tuviste amor para ofrecer tus miembros al verdugo para que los atormentase, tenlo, Señor, para presentarlos al Padre eterno para que por ti nos perdone.

Salió el Señor condenado, y libre y suelto Barrabás.

A esta injuria se añadió otra, y por ventura la mayor de cuantas el Señor recibió en su pasión.

Porque siendo costumbre de aquella tierra dar la vida a algún condenado por honra de la Pascua, deseando el presidente librar al Señor de la muerte, propúsoles, juntamente con él, uno de los peores hombres que en aquel tiempo había, que era Barrabás, el cual había revuelto la ciudad y muerto un hombre en esta revuelta (cuya muerte todos con mucha razón debían desear), pareciéndole que por no dar la vida a este tan famoso malhechor la darían al Salvador. Porque, siendo el competidor tan indigno de la vida, creía el juez que no serían tan desatinados ni tan ciegos que juzgasen por más digno de la vida aquel revolvedor de la tierra que a un hombre tan manso. De esta manera, pues, pensó el juez que pudiera librar al inocente.

Donde ya primeramente ves hasta dónde llegó la humildad de este Señor, pues vino a competir con Barrabás y a que se pusiese en disputa cuál de los dos era mejor y más digno de la vida.

Pero pasa el negocio aún más adelante, porque, puestos ambos en juicio, salió el Señor condenado, y libre y suelto Barrabás.

Pues ¿a quién no pondrá en espanto esta tan grande abyección y humildad del Hijo de Dios? Más parece que se abajó aquí que en la cruz. Porque en la cruz fué condenado por malhechor y crucificado con malhechores como uno de ellos; mas aquí, hecha comparación con este malhechor, por común sentencia y aclamación del pueblo es sentenciado por peor que él.

¡Oh Rey de la gloria, hasta dónde, Señor, bajó tu humildad! ¡Hasta dónde llegó tu paciencia! ¡Hasta dónde tu caridad!

Pues dime, hombre: ¿qué tan grande te parece la soberbia que con tan extraña humildad hubo de ser curada y que aun con todo esto tú no la curas?

Y dime también: ¿qué caso debes hacer de los juicios y pareceres del mundo, pues tal parecer tuvo en esta causa y tanto desatinó en ella, y no sólo en ella, sino también en la condenación de los profetas, de los apóstoles y de todos los mártires, los cuales tan injustamente condenó? Porque si a un criado tuyo tomas en una sola mentira, ape-

nas le crees cosa que te diga, por parecerte que también mentirá en lo uno como en lo otro. Pues, según esto, ¿qué crédito será razón que demos al mundo, a quien en tantas mentiras hemos tomado cuantos santos tiene condenados, y más en esta tan horrible y desvengozada mentira como fué tener al Hijo de Dios por peor que Barrabás?

Sin duda, esto sólo bastaba para que cerrásemos los ojos y tapásemos los oídos a todos los hechos y dichos de esta bestia de muchas cabezas, tan furiosa, tan ciega y tan desatinada en todos sus juicios y pareceres.

CAPITULO XXXIII

De cómo el Salvador llevó la cruz a cuestas y del encuentro con su Madre santísima

Mas como todo esto nada aprovechase, dióse finalmente sentencia que el inocente muriese. Y para que por todas partes creciese su tormento, ordenaron sus enemigos que Él mismo llevase sobre sí el madero de la cruz en que había de padecer.

Toman, pues, aquellos crueles carniceros el santo madero, que, según se escribe, era de quince pies, y cargáronlo sobre los hombros del Salvador, el cual, según los trabajos de aquel día y de la noche pasada y la mucha sangre que había perdido, apenas podía tenerse en pie y sustentar la carga de su propio cuerpo, y sobre ésta le añaden tan grande sobrecarga como era la de la cruz.

Esta fué otra invención y manera de crueldad nunca vista ni aplicada en el mundo. Porque general costumbre es cuando uno ha de padecer esconderle los instrumentos de su pasión. Y por esto cubren los ojos al que ha de ser degollado, por que no vea la espada que le ha de herir. Mas aquí se usó de tan extraña crueldad con este inocentísimo Cordero, que no le esconden la cruz de los ojos, sino se la hacen llevar sobre sus hombros, para que con la vista de la cruz padeciese su alma y con el peso de ella penase su cuerpo, y así padeciese dos cruces primero que en una fuese crucificado.

No leemos que se hiciese esto con los dos ladrones que con Él habían de padecer, porque, aunque habían de morir en cruz, no los obligaron a llevar sobre sí la cruz como

al Salvador; queriendo en esto dar a entender que su culpa era mayor, pues el castigo era más atroz.

Pues ¿qué cosa más injuriosa y más para sentir? ¡Quién me diera, oh buen Jesús, que os pudiera yo servir en ese tan trabajoso camino! Toda la noche habéis velado, y los crueles sayones, a porfía, se han entrenado en Vos, dándoos bofetadas y diciéndoos injurias, y después de tan largo martirio, después de enflaquecido ya y desangrado el cuerpo con tantos azotes, cargan la cruz sobre vuestros delicadísimos hombros y así os llevan a ajusticiar.

¡Oh delicado cuerpo! ¿Qué carga es esa que lleváis sobre Vos? ¿A dó camináis, Señor, con ese peso? ¿Qué quieren decir esas insignias tan dolorosas? Pues, ¿cómo? ¿Vos mismo habíais de llevar a cuestas los instrumentos de vuestra pasión?

Mira, pues, aquí, ¡oh alma mía!, al Señor en este camino y mira esta tan pesada carga que lleva sobre sí, y entiende que parte de aquella carga eres tú, que vas en ella con todo el peso de tus pecados, de los cuales cada uno pesa más que todo el mundo, y da gracias a ese buen pastor que así lleva la oveja descarriada sobre sus hombros para volverla a la manada.

Cae Jesús en tierra. Suelen en este paso tan doloroso contemplar las personas espirituales y devotas cómo el Señor, en este tan trabajoso camino, se arrodillaría con la carga tan pesada que llevaba sobre sí.

Porque, aunque esto no digan los evangelistas, es cosa muy verosímil que así sería, pues el Señor en aquel tiempo estaba tan debilitado, así por estar molido y desangrado con los azotes que había recibido, y la cabeza tan enflaquecida con el tormento de la corona de espinas como por la mala noche que había pasado en poder de aquellos crueles sayones, y por el mismo peso de la cruz que sobre sí llevaba, y por la prisa del caminat,mayormente, pues Él no se quería ayudar de la virtud y fuerza de su divinidad para dejar de padecer todo lo que la crueldad y fiereza de sus enemigos quisiese.

Pues ¿qué cosa más para sentir que ver al Salvador del mundo caer en tierra con aquella carga tan pesada que sobre sus delicadísimos hombros llevaba? Pues ¿qué corazón habrá tan de piedra que, considerando al Señor así arrodillado, así postrado y quebrantado, no se quebranta con dolor, mayormente considerando que en aquella misma carga le cargaba más el peso de nuestros pecados que el de su misma cruz?

Doloroso encuentro de la Madre y el Hijo. Entretanto, alma mía, aparta un poco los ojos de este cruel espectáculo, y con pasos apresurados, con aquejados gemidos, con ojos llorosos, camina al encuentro de la Virgen, y cuando a ella llegares, derribado ante sus pies, comienza a decirle con dolorosa voz:

¡Oh Señora de los ángeles, Reina del cielo, puerta del paraíso, abogada del mundo, refugio de los pecadores, salud de los justos, alegría de los santos, maestra de las virtudes, espejo de limpieza, título de castidad, dechado de paciencia y suma de toda perfección!

¡Ay de mí, Señora mía! ¿Para qué se ha guardado mi vida hasta ahora? ¿Cómo puedo yo vivir habiendo visto con mis ojos lo que vi? ¿Para qué son más palabras? Dejo a tu unigénito Hijo y mi Señor en manos de sus enemigos, con una cruz a cuestas para ser en ella ajusticiado.

¿Qué sentido puede aquí alcanzar hasta dónde llegó este dolor de la Virgen? Desfalleció aquí su alma y cubrióse la cara y todos sus virginales miembros de un sudor de muerte, que bastara para acabarle la vida si la dispensación divina no la guardara para mayor trabajo y para mayor corona.

Camina, pues, la Virgen en busca del Hijo, dándole el deseo de verle las fuerzas que el dolor le quitaba. Oye desde lejos el ruido de las armas, y el tropel de las gentes, y el clamor de los pregones con que iban pregonando. Ve luego resplandecer los hierros de las lanzas y alabardas que asomaban por lo alto. Halla en el camino las gotas y el rastro de sangre, que bastaban ya para mostrarle los pasos del Hijo y guiarla sin otro guía. Acércase más y más a su amado Hijo y tiende sus ojos, oscurecidos con el dolor, para ver, si pudiese, al que amaba su alma.

¡Oh amor y temor del corazón de María! Por una parte deseaba verlo y por otra rehusaba de ver tan lastimera figura.

Finalmente, llegada ya donde lo pudiese ver, míranse aquellas dos lumbreras del cielo una a otra, y atraviésanse los corazones con los ojos y hieren con la vista sus almas lastimadas.

Las lenguas estaban enmudecidas para hablar, mas al corazón de la Virgen hablaba el afecto natural del Hijo dulcísimo y le decía:

¿Para qué vienes aquí, paloma mía, querida mía y madre mía? Tu dolor acrecienta el mío y tus tormentos atormentan a mí. Vuélvete, madre mía; vuélvete a tu posada, que no pertenece a tu pureza virginal compañía de homicidas y de ladrones. Si lo quisieres así hacer, templarse ha el dolor de ambos y quedaré yo para ser sacrificado por

el mundo, pues a ti no pertenece este oficio y tu inocencia no merece este tormento.

Vuélvete, pues, ¡oh paloma mía!, al arca hasta que cesen las aguas del diluvio, pues aquí no hallarás dónde descansen tus pies. Allí vacarás a la oración y contemplación acostumbrada, y allí, levantada sobre ti misma, pasarás como pudieres este dolor.

Pues al corazón del Hijo respondería el de la santa Madre y le diría:

¿Por qué me mandas esto, Hijo mío? ¿Por qué me mandas alejar de este lugar? Tú sabes, Señor mío y Dios mío, que en presencia tuya todo me es lícito y que no hay otro oratorio sino dondequiera que tú estás. ¿Cómo puedo yo partirme de ti sin partirme de mí? De tal manera tiene ocupado mi corazón este dolor, que fuera de él ninguna cosa puedo pensar. A ninguna parte puedo ir sin ti y de ninguna pido ni puedo recibir consolación. En ti está todo mi corazón y dentro del tuyo tengo hecha mi morada; mi vida toda pende de ti.

Y pues tú por espacio de nueve meses tuviste mis entrañas por morada, ¿por qué no tendré yo estos tres días por morada las tuyas? Si ahí dentro me recibieres, ahí seré yo contigo crucificado, crucificada, y contigo sepultado, sepultada. Contigo beberé de la hiel y vinagre, y contigo penaré en la cruz, y contigo juntamente expiraré.

Tales palabras en su corazón iría diciendo la Virgen, y de esta manera anduvo aquel trabajoso camino hasta llegar al lugar del sacrificio.

CAPITULO XXXIV

De cómo fué crucificado el Salvador

Llegado el Salvador al monte Calvario, fué allí despojado de sus vestiduras, las cuales estaban pegadas a las llagas que los azotes habían dejado. Y al tiempo de quitárselas es de creer que se las desnudarían aquellos crueles ministros con tanta inhumanidad que volverían a renovarse las heridas pasadas y a manar sangre por ellas.

Pues ¿qué haría el bendito Señor cuando así se viese desollado y desnudo? Parece que levantaría entonces los ojos al Padre y le daría gracias por haber llegado a tal punto que se viese así tan pobre, tan deshonrado y desnudo por su amor.

Estando Él, pues, así, mándanle extender en la cruz que estaba tendida en el suelo, y obedece Él como cordero a este mandamiento, y acuéstase en aquella cama que el mundo le tenía aparejada, y entrega liberalmente sus pies y manos a los verdugos para el tormento.

Pues cuando el Salvador se viese así tendido sobre la cruz y sus ojos puestos en el cielo, ¿qué tal estaría su piadoso corazón? ¿Qué pensaría, qué diría en este tiempo? Volverse había a su Eterno Padre y decirle había así:

¡Oh Padre Eterno, gracias doy a vuestra infinita bondad por las obras que en todo el discurso de la vida pasada habéis obrado por mí! Ahora, fenecido ya con vuestra obediencia el curso de mis días, vuelvo a Vos, no por otro camino que el de la cruz. Vos mandasteis que yo padeciese esta muerte por la salud de los hombres; yo vengo a cumplir esta obediencia y a ofrecer aquí mi vida en sacrificio por vuestro amor.

Jesús, clavado de pies y manos.

Tendido, pues, el Salvador en esta cama, llegó uno de aquellos malvados ministros con un grueso clavo en la mano, y puesta la punta del clavo en medio de la sagrada palma, comenzó a dar golpes con el martillo y hacer camino al hierro duro por las blandas carnes del Salvador.

Los oídos de la Virgen oyeron estas martilladas y recibieron estos golpes en medio del corazón, y sus ojos ¿pudieron ver tal espectáculo como éste sin morir? Verdaderamente aquí fué su corazón traspasado con esta mano y aquí fueron con este clavo sus virginales entrañas rasgadas.

Con la fuerza del dolor de la herida, todas las cuerdas y nervios del cuerpo se encogieron hacia la parte de la mano clavada y llevaron en pos de sí todo el peso del cuerpo. Y estando así cargado el buen Jesús hacia esta parte, tomó el cruel sayón la otra mano, y por hacer que llegase al agujero que estaba hecho, estiróla tan fuertemente que los huesos del sagrado pecho se desabrocharon y quedaron tan señalados y distintos, que, como el Profeta dice, uno a uno los pudieran contar.

Y de esta misma crueldad es de creer que usaron cuando le enclavaron los pies, y de esta manera quedó el sagrado cuerpo fijado en la cruz.

Este fué el mayor de los tormentos corporales que el Salvador sufrió en su pasión. Porque este linaje de muerte de cruz era uno de los más acerbos y penosos que en aquel tiempo se acostumbraban. Porque las heridas son en pies y manos, que son los lugares del cuerpo en que hay más junturas de huesos y de nervios, los cuales son órganos e

instrumentos del sentir, y así las heridas en esta parte son más sensibles y más penosas.

Y también esta manera de muerte no es acelerada como otras, sino prolija y larga, en la cual los matadores no sólo pretenden matar, sino también atormentar al que muere. Y en todo este espacio tan largo, el cuerpo está en el aire colgado de los clavos, naturalmente carga para abajo, y así está siempre rasgando las llagas, y rompiendo los nervios, y ensanchando las heridas, y acrecentando continuamente el dolor.

Escarnecido por sus enemigos

Y con ser tal este tormento que un animal bruto que lo padeciera pudiera mover a compasión, sus enemigos eran tales, que en este mismo tiempo estaban meneando la cabeza, y haciendo fiestas, y diciendo donaires, y haciendo escarnio del Salvador.

Pues ¿qué era esto sino estar echando sal en las llagas recientes y frescas y crucificar con las lenguas a quien con los clavos habían ya crucificado?

Mas aun no se acaban aquí los trabajos del Salvador, sino pasan más adelante, porque ni el fervor de su caridad ni el furor de sus enemigos se contentaba con esto. Y así añadieron ellos otra nueva y nunca vista crueldad a todas las otras.

Porque estando el Señor ya todo desangrado, secas las entrañas y agotadas todas las fuentes de las venas, como naturalmente padeciese grandísima sed y dijese aquella dolorosa palabra: *Sitio*, que es sed tengo, aquellos malvados enemigos usaron con Él de tanta crueldad que en este tiempo le dieron a beber una esponja con vinagre.

Pues ¿qué mayor crueldad que acudir con tal bebida a quien tal estaba en esta sazón y negar un jarro de agua a quien la pedía muriendo? En lo cual parece cómo no quiso este piadoso Señor que alguno de sus miembros quedase sin su propio tormento, y por esto quiso que la lengua también padeciese su pena, pues todos los otros miembros habían padecido la suya.

Pues si a este linaje de pobreza y aspereza llegó el Señor de todo lo criado por nuestro remedio, ¿cómo el cristiano, redimido por este medio, y enseñado por este ejemplo, y obligado con este tan grande beneficio, pondrá toda su felicidad en deleites y regalos de carne y no holgará de padecer algo por imitación y honra de Cristo?

Injuriado y deshonrado. Aquí es razón de considerar que, aunque fué tan acerba y dolorosa la pasión de este Señor como aquí hemos visto, no menos fué injuriosa que dolorosa, por que con lo uno padeciese la vida y con lo otro padeciese la honra.

Porque el linaje de muerte que padeció fué ignominiosísimo, que era de muerte de cruz, que en el aquel tiempo era castigo de ladrones ; el lugar también lo era, porque era público y donde ajusticiaban los públicos malhechores, y la compañía también lo era, pues fué de ladrones y malos hombres. Y además de esto, el día era solemne, porque era víspera de la fiesta, adonde había acudido mucha gente de todas partes. Y para mayor confusión y deshonra suya, fué puesto en la cruz desnudo, que es cosa vergonzosa y afrentosa para nobles corazones.

De lo cual todo parece claro cómo en la sacratísima Pasión del Señor hubo suma deshonra, suma pobreza y sumo dolor. Lo cual convenía así, porque su sagrada Pasión había de ser cuchillo y muerte del amor propio, que es la primera raíz de todos los males, de la cual nacen tres ramas pestilenciales, que son amor de honra, amor de hacienda y amor de deleites, las cuales son yesca e incentivo de todos los males. Pues contra el amor de la honra milita esta suma ignominia, y contra el amor de la hacienda, esta suma pobreza, y contra el amor del regalo, este sumo dolor.

Y de esta manera, el amor propio, que es el árbol de muerte, se cura con el bendito fruto de este árbol de vida, el cual es general medicina de todos los males, cuyas hojas, como dice San Juan, son para salud de las gentes.

María, espiritualmente crucificada con su Hijo. Mas desviando ahora un poco los ojos del Hijo, pongámoslos en su santísima Madre, que a todos estos trabajos y dolores se halló presente. Pues ¿qué sentiría vuestro piadoso corazón, Virgen bienaventurada, la cual, asistiendo a todos estos martirios y bebiendo tanta parte de este cáliz, visteis con vuestros propios ojos aquel cuerpo santísimo, que Vos tan castamente concebisteis y tan dulcemente criasteis, y que tantas veces reclinasteis en vuestro seno y trajisteis en vuestros brazos, ser despedazado con espinas, deshonrado con bofetadas, rasgado con clavos, levantado en un madero y despedazado con su propio peso y, al cabo, jaropado con hiel y vinagre ?

Y no menos visteis con los ojos espirituales aquella alma santísima, llena de la hiel de todas las amarguras del mun-

do, ya entristecida, ya turbada, ya congojada, ya temiendo, ya agonizando, parte por el sentimiento vivísimo de sus dolores, parte por las ofensas y pecados de los hombres, parte por la compasión de nuestras miserias y parte por la compasión que de Vos, su Madre dulcísima, tenía viéndoos asistir presente a todos estos trabajos.

Verdaderamente, aquí fué su bendita alma espiritualmente crucificada con su hijo, aquí fué traspasada con agudísimo cuchillo de dolor y aquí jaropada con la hiel y vinagre que Él recibió.

Aquí vió muy por entero cumplidas las profecías que aquel santo Simeón le había profetizado, así de las persecuciones que había de padecer el Hijo como de los dolores que habían de traspasar el corazón de la Madre.

Aquí vió la inmensidad de la bondad de Dios, la grandeza de su justicia, la malicia del pecado, el precio del mundo y la estima en que Él tiene los trabajos llevados en paciencia, pues tan a manos llenas los reparte con sus tan grandes amigos.

CAPITULO XXXV

De las siete palabras que el Salvador habló en la cruz

Apareja ahora tus oídos, alma mía, y oye la dulce música de aquellas siete palabras que tu rey David cantó en el arpa de la cruz, porque ésta es la música que verdaderamente lanza el espíritu malo del corazón.

«Padre, perdónalos». Mira, pues, con cuánta piedad y mansedumbre pronunció este Señor la primera palabra, diciendo: Padre, perdona a éstos, que no saben lo que hacen. Primero que consuele a su madre, primero que provea a sus amigos, primero que encomiende al Padre su espíritu, provee a sus perseguidores de remedio. Y entre tantas cosas como se habían de proveer con sus palabras, la primera provisión es para ellos.

¡Oh bondad sin medida! ¡Oh inestimable caridad! En el tiempo que estaban los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo, que fueron los autores de la muerte del Salvador, acrecentando los dolores de su santísimo cuerpo con palabras sangrientas que tiraban saetas a su piadoso corazón, entonces levanta Él la voz al Padre, di-

ciendo: Perdona, Padre, a éstos, que no saben lo que hacen.

No había ya más dolores con que atormentar al cuerpo azotado, descoyuntado y crucificado, y no contenta su ira y rabia con tan extraños tormentos, añadieron estos nuevos escarnios. Porque unos, meneando las cabezas, decían: ¡Ah, que destruyes el templo de Dios y en tres días lo vuelves a reedificar!, haz ahora salvo a ti mismo. Otros decían: A otros hizo salvos, y a sí no puede salvar. Si es rey de Israel, descienda de la cruz y creeremos en él. Tiene su confianza puesta en Dios; líbrelo, si quisiere, pues Él dijo que era Hijo de Dios.

Pues en el tiempo que aquellos miembros de Satanás, después de haber crucificado el cuerpo del Señor con clavos, crucifican su piadoso corazón con sus lenguas, el mansísimo Cordero, teniendo más compasión de la perdición de sus almas que dolor de sus propias injurias, hace esta oración al Padre por ellos.

Nosotros, cuando somos injuriados, aguardamos a que el tiempo cure nuestras pasiones y queremos que entre tanto esté ociosa la virtud y la razón. Aguardamos también a que la humildad y reconocimiento de nuestros malhechores nos aplaque, y así venga a ser el perdón más virtud ajena que nuestra.

Nada de esto mira el Salvador; no aguarda que se cierren las llagas ni que el tiempo cure las injurias, sino en medio de las heridas de su cuerpo y de las palabras que tiraban como saetas a su corazón, saca Él palabras de su corazón, no herido con verbo, sino herido de amor y compasión. Todos sus miembros y sentidos tenía impedidos y atormentados, cada uno con su propio tormento; los pies y manos, clavados, y todos los otros miembros, descoyuntados y estirados en la cruz. Sola la lengua estaba libre, aunque amargada con la hiel que le habían dado, y ésta, que sola quedaba suelta, emplea ahora en hacer oración por quien le hacía tanto mal.

Pues, ¡oh Cordero de infinita piedad y mansedumbre!, no seáis para con los enemigos piadoso y para con los vuestros severo, ni sea medio para medrar con Vos ser cruel y duro contra Vos.

Aquí, Señor, me presento derribado a vuestros pies, no escandalizándome con vuestra muerte, sino predicando vuestra gloria; no haciendo burla de vuestra pasión, sino compadeciéndome de vuestro dolor. Pues, levantad, Señor, la voz y encomendadme a vuestro dulce Padre y decidle: Padre, perdona a este pecador, que no supo lo que se hizo.

Esta fué la primera palabra, llena de caridad y misericordia, que el Salvador habló.

La fe, la humildad y la oración del buen ladrón.

La segunda fué al ladrón que le confesaba por rey y le pedía se acordase de él, diciendo: Acuérdate, Señor, de mí cuando estuvieres en tu reino. Sobre este paso, Eusebio Emiseno dice así: Es este mismo tiempo, cuando, preguntado el apóstol San Pedro por la criada del pontífice, respondió que no conoció tal hombre, este ladrón, que no le había conocido, le confesó por rey. ¡Cuán singular y cuán maravillosa devoción fué ésta! En aquel tiempo confesó el ladrón cuando el discípulo escogido negó. ¿Cuánto más gloriosa cosa fué confesar el ladrón por rey al Salvador lleno de tormentos que si lo viera haciendo milagros? Y por eso no sin causa mereció tanto..

Mas veamos las palabras que dijo: Acuérdate de mí, Señor, cuando estuvieres en tu reino. No dijo: Si eres Dios, líbrame de este presente tormento, sino: Pues eres Dios, líbrame del juicio advenidero. ¡Cuán presto el magisterio del Espíritu Santo le alumbró, por el cual, representándosele el rigor de este juicio, fué su espíritu lleno de temor! Aquí confesó al Señor por juez del mundo y por rey de los siglos. No había sido discípulo y ya es maestro, y de ladrón se hace confesor. Acuérdate, dice, Señor, de mí. Con esta palabra alivió el dolor de sus tormentos. Y digo alivió porque aunque la pena comenzó en ladrón, después por nueva manera se vino a acabar en mártir. Hasta aquí son palabras de Eusebio.

Maravíllase también sobre este paso San Ambrosio de la oración de este santo ladrón y de ver cómo llamó a Cristo rey viéndole padecer pena de ladrón. Porque ¿qué insignia de rey veía en Él para llamarle por este nombre? Entendió, pues, este ladrón que aquellas heridas que el Señor padecía no eran suyas, sino del ladrón, y por esto le comenzó a amar mucho, porque en Él reconoció sus propias llagas. Porque si él creyera que aquellas heridas eran propias de Cristo, nunca le llamara rey. Mas porque entendió ser ajenas, le confesó por verdadero rey. Porque ningunas insignias son más propias de rey que padecer por bien de sus vasallos.

Pues ¿quién, viendo esta confesión, no se maravillará del abismo de las obras de Dios? Estaba el Salvador en aquella hora el más afligido y despreciado de todos los hombres, desamparado de sus discípulos, negado de Pedro, vendido de Judas, blasfemado de los judíos, escarnecido de los gentiles y casi descreído de todos. Y al tiempo que los otros le descreyeron y negaron, este ladrón le adora y le confiesa por rey, diciendo: Acuérdate, Señor, de mí cuando estuvieres en tu reino. Velo condenado, y

reconócelo por Dios; tiénelo por compañero de los tormentos, y pídele el reino de los cielos.

Y los discípulos habían conversado con Cristo, y oído su maravillosa doctrina, y visto la inocencia de su vida, la alteza de sus virtudes, la grandeza de sus milagros, y con todo esto perdieron la fe en aquella sazón. Y este ignorante ladrón, que nada de esto había visto ni oído, ni sabía otra cosa sino robar, ahora sobrepuja a los apóstoles en la constancia, y en la fortaleza, y en la confesión de la fe.

¡Oh cuánto puede el más bajo de los hombres con la gracia divina y cuán poco el mayor de todos sin ella! Por aquí verán lo que deben a Dios todos los escogidos, cuya persona representa este ladrón, los cuales son salvos por la infinita bondad y misericordia de Dios como éste lo fué.

Porque ¿quién no ve que la fe y conocimiento de este ladrón fué gracia singular y misericordia de Dios? Mira lo que pidió y verás claro lo que creyó. No pidió nada para este siglo, pues ya él estaba casi fuera del siglo, sino pidió mercedes para el siglo advenidero, confesando que aquel que estaba allí con él crucificado era poderoso para dárselas, y esto no como rogador o tercero, sino como Rey y Señor del cielo, cuando por tal lo confesó. Pues ¿cómo podía un ladrón alcanzar en tal tiempo tan maravillosa luz y creer cosa al parecer tan increíble si no fuera por especial privilegio de Dios?

Y no sólo resplandece aquí la fe, sino también la humildad, compañera de la fe en esta oración. Acuérdate, dice, Señor, de mí cuando estuvieres en tu reino. No te pido silla a la diestra ni a la siniestra, ni tampoco pido cosa para este mundo, pues tu reino no es de este mundo; sino que cuando estuvieres en el reino de los cielos te quieras acordar de mí. No de mis pecados, no de mis errores ni de los hurtos que tengo hechos, sino de que soy hombre flaco y enfermo y criatura tuya, hecha a tu imagen y semejanza.

Acuérdate que por mí criaste todas las cosas, y por mí tomaste carne humana, y por mí predicaste, ayunaste, oraste, caminaste, sudaste, y por mí has trabajado toda la vida y ahora mueres en cruz. Acuérdate que, pues soy hombre, aunque pecador, soy hermano tuyo y redimido por tu sangre. No te demando grandes cosas, porque me tengo por indigno de ellas. No oso pedirte el reino de los cielos, porque no es razón que tal ribaldo como yo sea recibido en tal lugar. Ni te pido que me lleves allá siquiera para servir a aquellos celestiales ciudadanos, porque tampoco merezco esto. Solamente pido me tengas en tu memoria y no te quieras olvidar de quien quisiste tener por compañero en el tormento.

No mires a mi malicia, sino a tu bondad, la cual te ha hecho abrir esas puertas de misericordia por todo ese sagrado cuerpo, en las cuales llamo y doy voces como necesitado y mendigo. Por éstas deseo entrar, y si me fuera posible, por ellas querría robar ahora los tesoros de tu gracia y ser ladrón en la muerte como lo he sido en la vida.

He visto que ruegas al Padre, por los mismos que te crucifican, con tanta clemencia, y cómo los excusas en tu corazón diciendo que no saben lo que hacen. Esto me da atrevimiento, aunque sea ladrón, para que ose encomendarme a ti. Pues sabes de dolores y sientes qué cosa es estar colgado en una cruz, apiádate de este pobre que así ves padecer.

No es sola esta cruz la que me atormenta; otras tres padezco sin ésta. La una es de dolor que tengo de mi compañero viendo que muere en su pecado, blasfemando de ti; la otra es de temor grande que tengo de las penas del infierno, debidas a mis pecados; la tercera es de compasión, viendo a ti y a tu inocentísima Madre padecer tan gran dolor. Mas con todo eso, si yo supiese que te habías de acordar de mí, todas esas cruces me serían dulces y en medio de mis dolores me tendría por consolado.

«Hoy serás conmigo en el paraíso.»

Respóndele Cristo: En verdad te digo, hoy serás conmigo en el paraíso.

¡Oh maravillosa magnificencia y largueza de Dios! Mira cuánto más le dieron de lo que pedía. El pedía estar en la memoria de Cristo, y Cristo le promete el reino del cielo. Y ¿cuándo, si piensas? Hoy dice; esto es, el mismo día. Y ¿en cúya compañía? En la del mismo Cristo. Hoy, dice, serás conmigo. Y ¿a quién se promete esto? A un vilísimo ladrón, que por sus hurtos padecía y poco antes con su compañero blasfemaba. Mas ¿por qué causa se le promete tan grande bien? Porque humildemente lo pidió.

¡Oh virtud inestimable de la sangre de Cristo, que es la que obra todas estas maravillas y la que hace nuestras oraciones valederas ante Dios! Mas ¿qué mucho era que en aquel día del Viernes Santo, cuando se abrieron las puertas de todos los divinos tesoros, cuando Cristo con tanta largueza vertía su sangre y, rasgados sus pies y manos, derramaba por aquellas aberturas tanta abundancia de misericordias que le alcanzase una sola gota a este ladrón?

Al primer ladrón del mundo dijo Dios: Tierra eres y en tierra te volverás, y al postrer ladrón del Viejo Testamento dice Cristo: Hoy serás conmigo en el paraíso. Mira cuán grande es la virtud de la sagrada pasión y cuán provechosa cosa es hablar con Cristo crucificado.

Mas no tome nadie ocasión por este ejemplo de aguardar a convertirse a la hora de la muerte; porque éste, así como fué el postrer de los milagros de Cristo, así en este género fué el mayor. Este fué un particular privilegio que convenía para la gloria de aquel día y para declarar la virtud y eficacia de aquella espiritual triaca que Dios había ordenado para remedio de los pecados. Y pues éste fué privilegio particular y no ley universal, nadie debe tomar por regla universal de todos lo que fué particular privilegio de uno.

María estaba de pie junto a la cruz. A este espectáculo tan doloroso se halló presente la sacratísima Virgen, y no de lejos, como se escribe de los otros amigos y conocidos, sino junto al pie de la cruz. Estaba, dice el evangelista (Jn. 19, 25), par de la cruz la Madre de Jesús. No solamente estaba cabe la cruz, viendo con sus piadosos ojos las heridas del hijo; más aún, estaba en pie.

¡Oh fortaleza de ánimo! ¡Oh maravillosa constancia! El mundo se trastornaba, la tierra se estremecía, las columnas del cielo temblaban y los miembros virginales están quedos en su lugar. Las piedras se hacían pedazos, y está entero el corazón de la Madre.

Su corazón estaba hecho un mar de amargura, y las olas de este mar subían hasta los cielos; mas el marinero era tan diestro y llevaba en sus manos el gobernalle con tan maravillosa prudencia, que no bastó para desatinarlo una tan espantosa tormenta ni apartarlo de la voluntad de Dios.

Mas con esta conformidad de voluntad no se podía excusar en su alma un espantoso dolor, viendo con sus ojos lo que el amantísimo Hijo padecía.

Conforme a lo cual dice San Bernardo: ¿Qué pecho puede ser tan de hierro, qué entrañas tan duras que no se muevan a compasión, ¡oh dulcísima Madre!, considerando las lágrimas y dolores que padeciste al pie de la cruz, cuando viste a tu dulcísimo Hijo sufrir tan grandes, tan largos y tan vergonzosos tormentos?

¿Qué corazón puede pensar, qué lengua puede explicar tu dolor, tus llantos y suspiros y el quebrantamiento de tu corazón, cuando, estando en este lugar, viste a tu amado Hijo tan maltratado y no le pudiste socorrer, vístelo desnudo y no le pudiste vestir, vístelo transido de sed y no le pudiste dar a beber, vístelo injuriado y no le pudiste defender, vístelo infamado de malhechor y no pudiste responder por Él, viste escupido su rostro y no lo podías limpiar; finalmente, viste sus ojos corriendo lágrimas y

no se las podías enjugar, ni recoger aquel postrer huelgo que de su sagrado pecho salía, ni juntar en uno los rostros tan conocidos y tan amados y morir así abrazada con Él?

Bien sentiste en aquella hora el cumplimiento de la profecía que aquel santo viejo te pronosticó antes que muriese, diciendo que un cuchillo de dolor traspasaría tu corazón.

Pues, ¡oh piadosísima Virgen!, ¿por qué, Señora, quisiste acrecentar este dolor con la vista de nuestros ojos? ¿Por qué quisisteis hallaros hoy en este lugar? No es de vuestro recogimiento parecer en lugares públicos, no es de corazón de madre ver a los hijos morir, aunque sea con su honra y en su cama. ¿Y vos venís a ver el Hijo morir por justicia y entre ladrones en una cruz?

Ya que determináis de vencer el corazón de madre y queréis honrar el misterio de la cruz, ¿para qué os ponéis tan cerca de ella que hayáis de llevar en vuestro manto perpetua memoria de este dolor?

Remedio no se lo podéis dar, sino antes con vuestra presencia acrecentarle su tormento. Porque sólo esto le faltaba para acrecentamiento de sus dolores: que en el tiempo de su agonía, en el último trance y contienda de la muerte, cuando ya los postreros gemidos levantaban su pecho atormentado, bajase sus ojos sangrientos y desmayados y os viese al pie de la cruz.

Y porque, estando al fin de la vida enflaquecidos los sentidos y oscurecidos los ojos con la sombra de la muerte, no podía divisar de lejos, os pusisteis tan cerca, para que clara y distintamente os conociese, y viese esos brazos, en que fué recibido y llevado a Egipto, tan quebrantados, y esos pechos virginales, con cuya leche fué criado, hechos un piélago de dolor.

Mirad, ángeles bienaventurados, estas dos figuras, si por ventura las conocéis. Mirad, cielos, esta crueldad, y dad muestras de dolor. Cubríos de luto por la muerte de vuestro Señor. Oscureced el aire claro, por que el mundo no vea las carnes desnudas de vuestro Criador. Echad con vuestras tinieblas un manto sobre ese cuerpo, por que no vean los ojos profanos el arca del testamento desnuda.

¡Oh cielos, que tan serenos fuisteis criados, oh tierra, de tanta variedad y hermosura vestida!, si vosotros oscurecisteis vuestra gloria en esta pena; si vosotros, qué erais insensibles, la sentisteis a vuestro modo, ¿qué harían las entrañas y los pechos virginales de la madre?

¡Oh vosotros, dice ella, que pasáis por el camino, parad mientes y mirad si hay dolor semejante a mi dolor!

Verdaderamente, no hay dolor semejante a tu dolor, porque no hay en todas las criaturas amor semejante a tu amor.

«Mujer, ahí tienes a tu hijo.»

Pues, ¡oh Redentor y Salvador del mundo!, si los ladrones desean que os acordéis y tengáis memoria de ellos, ¿cuánto más lo deseará vuestra benditísima Madre? Y si vos tenéis memoria de los robadores, ¿cómo no la tendréis de los robados? Bien veo, Redentor mío, que no la tenéis olvidada, porque el dolor con que su presencia aflige vuestro corazón no os la deja olvidar: antes creo que allá dentro de vuestra alma le hablabais muchas veces y le decíais:

¡Oh inocente y afligida Virgen!, ¿qué consuelo te daré? Tu consuelo sería mío; mas porque no lo hay hoy para mí, tampoco lo hay para ti. Si consuelo es condolerme de ti, más siento los dolores de tu corazón que los de mi cuerpo y más siento ver y correr esas lágrimas por tus ojos que esta sangre por mi cuerpo.

¡Oh Madre dulcísima!, ¿dónde están ahora los gozos que conmigo tuviste? Llegada es ya la hora en que te tengo de ser corporalmente quitado y en que se ha de partir esta tan amada y tan antigua compañía. Pues ¿con qué palabras me despediré de ti al tiempo de la partida? Si te llamo Madre al tiempo que pierdes al Hijo, atormentarse han tus entrañas con esta voz. Si del todo no te hablo ni me despido de ti en tan largo camino, añadirse ha otro dolor a tu dolor. Llamarte he, pues, no madre, sino mujer, diciendo: Mujer, he ahí a tu hijo.

¡Oh Virgen santísima!, si deseabais oír alguna palabra, ésta es la más conveniente que se os podía decir, pues en ella se provee de compañía para vuestra soledad y se os da otro hijo por el que perdéis. Consolaos, pues, con este consuelo.

Antes con él se renueva mi dolor. Porque con la comparación de lo que me dan veo más claro lo que me quitan. Tal es y tan nuevo mi dolor, que crece con los remedios.

Quiero contemplar, dice San Agustín, ¡oh benditísima Madre, hija y ama de este Señor!, qué tal haya sido este dolor. Ves a tu único Hijo crucificado, mudas el Maestro en el discípulo, el Señor en el criado, el que todo lo puede en el que todo desfallece. Verdaderamente, atraviesa tu alma un cuchillo de dolor, y penetra tu corazón la lanza, y rompen tus entrañas los clavos, y despedaza tu espíritu entristecido la vista del Hijo crucificado.

Desfallecido han tus fuerzas, enmudecido ha tu lengua,

agotado se han las fuentes de tus ojos y marchitado se ha la flor de tu hermosura. Las heridas del Hijo son heridas tuyas, la cruz suya es también tuya, y su muerte tuya es.

Dime, Madre, ¿dónde dejas al Hijo? Hija, ¿dónde dejas al Padre? Ama, ¿cómo desamparas al que criaste? ¿Cuán de mejor gana perdieras la vida que tan dulce compañía! Mártir eres y más que mártir, pues sacrificas más que la vida.

Dos martirios y dos altares hallarás, alma mía, en este día: uno en el cuerpo de Cristo y otro en el corazón de la Virgen; en el uno se sacrifica la carne del Hijo y en el otro el alma de la Madre.

«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?»

Después de esta tercera palabra, dicha a la bendita Madre, síguese la cuarta, enderezada al Eterno Padre. Al cual, con dolorosa voz, clamó diciendo (Mt. 27, 46): Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?

Esta palabra nos descubre una de las principales circunstancias que intervinieron en la sagrada Pasión, por la cual entendemos la grandeza de los dolores que el Salvador en ella padeció.

Porque, dado caso que muchos de los santos mártires padecieron horribles y nunca vistos tormentos, pero la divina bondad y misericordia aducíales al mejor tiempo con nuevos socorros y milagros, unas veces quitando su virtud al fuego que los cercaba, otras amansando las fieras a quien los arrojaban, otras curando de noche las llagas que recibían de día y otras veces de muchas otras maneras. Y además de esto, el fervor de la caridad y amor de Dios, por cuya gloria padecían, y la esperanza tan cierta y segura que tenían de que, acabando de correr los filos del cuchillo por la garganta, habían sus almas de volar a la gloria y ver y gozar eternalmente de la hermosura del Señor que tanto amaban, de tal manera los alegraba, que disminuía gran parte de sus dolores. Porque así vemos que la mujer muy deseosa de hijos no siente tanto los dolores del parto, considerando ser ellos camino para alcanzar lo que desea.

Mas en Cristo, nuestro Salvador, no tuvo esto lugar, porque, dado caso que el menor de sus trabajos bastaba para redimir mil mundos por la dignidad infinita de aquella divina Persona que los padecía, mas quiso Él por la grandeza de su bondad padecer los mayores que jamás se padecieron, para que fuese más copiosa nuestra redención, y para consuelo y esfuerzo de los santos mártires que

habían de morir con Él, y para que también nosotros tuviésemos con esto mayores incentivos de amor y mayores motivos de esperanza, más ilustres ejemplos de humildad y paciencia y más claras muestras de la grandeza de su bondad y caridad.

Y por esto Él mismo cerró las puertas a todas las maneras de consolaciones que le podían venir del cielo y de la tierra, de su Padre soberano y de sí mismo. Y esto es lo que Él significó cuando en el Salmo (68, 3) dijo que estaba sumido en lo profundo de las aguas y que no hallaba sobre qué hacer pie, porque no había en el cielo ni en la tierra nungún linaje de alivio que mitigase la fuerza de sus dolores. El desamparo de los hombres significó en el mismo Salmo (68, 9 y 21) cuando dijo: Extraño soy hecho a mis hermanos y peregrino a los hijos de mi madre. Esperé si había alguno que juntamente conmigo se entristeciese, y no lo hubo; busqué quien me consolase, y no lo hallé. Lo cual dijo el Salvador para significar el desamparo de los Apóstoles y de todos los otros discípulos y amigos, que miraban su Pasión de lejos. Porque la santa Madre que presente tenía no aliviaba, sino agravaba su dolor.

Pues así como en este Salmo declaró el desamparo de los hombres, así ahora con esta dolorosa palabra declaró el de su Eterno Padre, diciendo: Dios mío, ¿por qué me desamparaste?

Este fué el más triste canto y la más dolorosa voz que se oyó jamás en todas las generaciones. Canten los profetas los dolores que sintieron por los males del mundo, levante la voz Jeremías en sus lamentaciones, suenen por todas partes cantares de dolor, que ésta es la voz que más deben nuestras almas sentir.

Mas porque en estas palabras, Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?, pregunta el Hijo al Padre por la causa de su desamparo, todos podemos responder a esto con verdad que por nuestro amparo fué Él desamparado; porque por remediar el mundo desamparó el Padre a su amantísimo Hijo; por amparar el siervo desamparó al Señor. Por donde con mucha razón exclama la Iglesia: ¡Oh inefable amor y caridad de Dios, que por redimir al siervo entregaste a la muerte al Hijo!

Pues ¿cuánto nos obliga esto a amar a quien así nos amó? ¿Cuánto es lo que esta tan lamentable y dolorosa voz pide al hombre? Dice Salomón que el que cierra las orejas al clamor del pobre, él clamará y no será oído. Pues si tan gran culpa es no oír la voz de un pobre mendigo, ¿cuál será no oír la de tal pobre, que así clama desde la cruz, representándonos nuestra obligación?

«Sitio»: Tengo sed. La quinta palabra fué: *Sitio*, que quiere decir: Tengo sed (Jn. 19, 28). ¿Qué es esto, Salvador mío?, dice San Bernardo. ¿Más pena os da la sed que la cruz, pues no quejándoos de la cruz, os quejáis de la sed? ¿Qué sed es ésta que tanto os fatiga? Ciertamente, no otra que el deseo de nuestra salud, de nuestra fe y de nuestro remedio; porque esto es como si dijera: Más me duelen vuestros males que los míos y más siento vuestras culpas que los tormentos de mi cruz.

Pues si ésta es, Señor, vuestra sed, las lágrimas de mi contrición y penitencia la apagarían, y yo, más crudo que vuestros enemigos, no os doy este refrigerio.

¡Oh Virgen santísima!, ¿qué sintió vuestro piadoso corazón con esta palabra cuando visteis el refrigerio que sus enemigos le dieron y no fuisteis poderosa para dar un jarro de agua al Hijo que la pedía muriendo?

¿Dónde están ahora, ¡oh Magdalena!, aquellas lágrimas que derramaste sobre los pies del Salvador? ¿Dónde están las vuestras, oh serenísima Virgen? ¿Cómo no subís a aquella cruz y, siquiera con esas lágrimas de vuestros ojos, no refrescáis aquellos labios cárdenos y desequidos y refrige-*est*, que quiere decir: Acabado es.

«Consummatum est»: Acabado es. La sexta palabra fué cuando, estando ya el Salvador para expirar, dijo (Jn. 19, 30): *Consummatum ets*, que quiere decir: Acabado es.

Levantaría entonces sus ojos honestísimos la Virgen a ver si con esta palabra se acababa la vida del Hijo. ¿Cuál de estas cosas deseáis, Virgen? ¿Deseáis, por ventura, que se acaben sus dolores? Si se acaban sus dolores, también se ha de acabar su vida. ¿Pues deseáis que se acabe la vida? No es de madre tal deseo. Pues ¿qué deseáis? Nueva manera de dolor es ésta, pues no sabéis qué desear.

Pues ¿qué sentiría el corazón de la Virgen cuando levantara sus ojos a mirar la cara del Hijo y en la amarillez y mudanzas de ella conociese la presencia de la muerte, que ya se acercaba? ¿Qué sentiría cuando viese perderse el color del rostro, teñirse los labios de color de muerte, afilarse las narices, oscurecerse la hermosura de sus ojos, inclinarse la cabeza y levantarse el sagrado pecho?

¿Conocéis vos, Señora mía, esta figura? ¿Conocéis cúya es esta tan enronquecida voz? ¿Cómo se ha descolorido el rubí en que se miraban vuestros ojos? ¿Cómo se ha marchitado la flor de la mañana? ¿Cómo es eclipsado el sol del mediodía?

¡Oh castísimos ojos, guardados para verdugos de este día!, ¿adónde miraréis que no sea con intolerable dolor? Si

miráis a lo alto, veis las insignias y los mensajeros de la muerte en la cara del Hijo. Si miráis a lo bajo, veis la tierra toda arroyada y encharcada de su sangre. Pues ¿adónde, Virgen, miraréis, cuando el cielo y la tierra parece que han conjurado hoy contra vos? ¿Cómo pueden esos piadosísimos ojos ver los hilos de la sangre viva correr a vuestros pies y no morir?

«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.»

Mas ahora descansará ya el alma santísima de vuestro Hijo. Oíd la postrera de sus palabras, que dice (Lc. 23, 46): Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y diciendo esto, inclinada la cabeza, dió el espíritu.

¡Oh dulce dejo, oh dulce muerte, oh dulce sangre, oh dulces llagas, oh dulce madero, oh dulce peso, oh inestimable caridad, que por llevar los miserables desterrados al cielo mueres tú, Señor de los cielos, en un madero!

Suplícote, Señor mío, por el dolor de este apartamiento, que al tiempo que esta pobre alma se apartare de este cuerpo, pues nadie puede carecer de este doloroso apartamiento, sea yo favorecido con la virtud de este misterio y acabe con las palabras que tú acabaste, encomendando mi espíritu en tus manos y recibiéndolo tú en ellas.

En medio de esas llagas preciosas se acabe el postrer punto de mi vida y en medio de esa preciosa sangre sea el postrero de mis gemidos. Amén.

CAPITULO XXXVI

María, corredentora y medianera, padece con Cristo

Haciéndose el Hijo de Dios verdadero hombre del linaje de Adán, forzadamente había de tener madre de ese linaje, y con esto, teniendo de nuestra parte al Hijo, tenemos también la Madre, la cual hallaremos por compañera del Hijo no sólo en los pasos de su santa niñez, sino también en los dolores de su pasión, pues se halló con Él al pie de la cruz. Y como se despierta nuestra devoción y compasión mirando en todos estos pasos al Hijo, también se despierta mirando a la Madre, que como persona conjunta se alegra con Él y padece con Él, pues el amor todas las cosas hacía comunes, y así estuvo Ella con el Hijo

crucificado, crucificada, y con Él sepultado, sepultada, y también con Él resucitado, resucitada.

Y como en el Hijo tenemos un grande y fiel medianero para con el Padre, así en Ella tenemos una grande medianera para con el Hijo. Porque ni el Padre negará nada a tal Hijo ni el Hijo a tal Madre. La cual, con ser Madre de Dios, es también Madre de misericordia y abogada de los pecadores, a los cuales ama, porque ve cuánto su Hijo los amó y por cuán caro precio los compró.

Y sobre todo esto ve que los pecadores fueron ocasión de que el Hijo de Dios tomase carne en sus entrañas y Ella fuese Madre de Él. Y por esto los mira con ojos más piadosos, y ellos con más confianza acuden a Ella en sus necesidades. Porque en el Hijo veneran la alteza de su divinidad, mas en la Madre reconocen que es mujer, y que es propia de las mujeres la blandura y misericordia, pues la gracia no destruye, sino perfecciona la naturaleza.

Y aunque la memoria de esta Virgen santísima generalmente sea agradable a todos, mas particularmente lo es al devoto linaje de las mujeres, considerando que mujer como ellas era la que vino a ser Madre de Dios. Lo cual podréis notar viendo que, en nombrándose en la iglesia el nombre glorioso de esta Virgen, luego sentiréis en las mujeres una ternura de corazón y unos devotos suspiros, con que muestran el amor que la tienen.

Sea para siempre bendito el Autor de tanta maravilla y el que por tantas vías procuró socorrer a nuestra miseria, pues con una sola obra nos proveyó de tantas ayudas para encender nuestro amor y esforzar nuestra esperanza. Porque los que recelan por sus culpas presentarse al Hijo, tomarán por remedio acogerse a la Madre, que no puede dejar de ser misericordiosa, pues tuvo por espacio de nueve meses encerrada en sus entrañas a la misma misericordia.

La compasión de la Madre. Hasta aquí has celebrado, alma mía, la muerte y los dolores del Hijo; tiempo es ya que comiences a celebrar y lamentar los de la Madre.

Pues, para esto, asiéntate ahora un poco a los pies del profeta Jeremías, y tomándole las palabras de la boca, con amargo y doloroso corazón suspirando, di así (Lam. 1, 1): ¿Cómo quedas ahora sola, inocentísima Virgen? ¿Cómo quedas viuda, la Señora del mundo, y sin tener ninguna culpa te han hecho tributaria de tanta pena? ¡Oh Virgen santísima!, querría consolarte y no sé cómo. Querría aliviar un poco la grandeza de tus dolores, y no sé por qué camino.

Reina del cielo, si la causa de tus dolores eran los de tu Hijo bendito y no los tuyos, porque más amabas a Él que a ti, ya han cesado sus dolores, pues el cuerpo ya no padece y su alma es ya del todo gloriosa. Cese, pues, la muchedumbre de tus gemidos, pues cesó la causa de tu dolor. Lloraste con el que lloraba, justo es que goces ahora con el que ya se goza. Ciérrense las fuentes de esos purísimos ojos, más claros que las aguas de Hesebón y ahora turbios y oscurecidos con la lluvia de tantas lágrimas (Cant. 7, 4).

Aplacada es ya la ira del Señor con el sacrificio del verdadero Noé (Gén. 8, 21); cese, pues, el diluvio de tus sacratísimos ojos y esclarézcase la tierra con nueva serenidad. Salida es ya la paloma del arca; señales traerá, cuando vuelva, de la clemencia divina. Alégrate con esta esperanza y cesen ya tus gemidos.

El mismo Hijo tuyo pone silencio a tus clamores y te convida a nueva alegría en sus Cantares (2, 11) diciendo así: El invierno es ya pasado, las lluvias y los torbellinos han cesado, las flores han aparecido en nuestra tierra; levántate, querida mía, hermosa mía y paloma mía, que moras en los agujeros de la piedra y en las aberturas de la cerca, que es en las heridas y llagas de mi cuerpo; deja ahora esa morada y ven conmigo.

Bien veo, Señora, que no basta nada de esto para consolaros, porque no se ha quitado, sino trocado, vuestro dolor. Acabóse un martirio y comienza otro; renuévanse los verdugos de vuestro corazón; idos unos, suceden otros con nuevos géneros de tormentos, para que con tales mudanzas se os doble el tormento de la pasión.

Hasta aquí llorabais sus dolores, ahora su muerte; hasta aquí su pasión, ahora vuestra soledad; hasta aquí sus trabajos, ahora su ausencia; una ola pasó y otra viene a dar de lleno en lleno sobre Vos, de manera que el fin de su pena es comienzo de la vuestra.

La lanzada del Hijo atraviesa el corazón de la Madre.

Y como si esta pena fuera pequeña, veo que os aparejan otra no menor.

Cerrad, Señora mía, cerrad los ojos y no miréis aquella lanza que va enristrada por el aire adónde va a parar. Cumplido es ya vuestro deseo; escudo sois hecha de vuestro Hijo, pues aquel golpe a Vos hiere y no a Él. Deseabais los clavos y las espinas: eso era para su cuerpo; la lanzada se guardaba para Vos.

¡Oh crueles ministros! ¡Oh corazones de hierro! ¿Y tan poco os parece lo que ha padecido el cuerpo vivo, que no lo queréis perdonar aun después de muerto? ¿Qué rabia

de enemistad hay tan grande que no se aplaque cuando ve el enemigo ya muerto delante de sí? Alzad un poco esos crueles ojos y mirad aquella cara mortal, aquellos ojos difuntos, aquel caimiento de rostro y aquella amarillez y sombra de muerte; que, aunque seáis más duros que el hierro y que el diamante y que vosotros mismos, viéndolo, os amansaréis.

¿Por qué no os contentáis con las heridas del Hijo, sino que también queréis herir a la Madre? A ella herís con esa lanza, a Ella tira ese golpe, a sus entrañas amenaza la punta de ese hierro cruel.

Llega, pues, el ministro con la lanza en la mano y atraviésala con gran fuerza por los pechos desnudos del Salvador. Estremecióse la cruz en el aire con la fuerza del golpe y salió de allí agua y sangre, con que se lavan los pecados del mundo.

¡Oh río, que sales del paraíso y riegas con tus corrientes toda la sobrehaz de la tierra! ¡Oh llaga del costado precioso, hecha más con el amor de los hombres que con el hierro de la lanza cruel! ¡Oh puerta del cielo, ventana del paraíso, lugar de refugio, torre de fortaleza, santuario de los justos, sepultura de peregrinos, nido de las palomas sencillas y lecho florido de la esposa de Salomón!

¡Dios te salve, llaga del costado precioso, que llagas los devotos corazones; herida que hieres las almas de los justos, rosa de inefable hermosura, rubí de precio inestimable, entrada para el corazón de Cristo, testimonio de su amor y prenda de la vida perdurable!

Por ti entran las almas a guarecerse del diluvio en el arca del verdadero Noé, a ti se acogen los tentados, en ti se consuelan los tristes, contigo se curan los enfermos, por ti entran al cielo los pecadores y en ti duermen y reposan dulcemente los desterrados y peregrinos.

¡Oh fragua de amor, casa de paz, tesoro de la Iglesia y vena de agua viva que salta hasta la vida eterna!

Abreme, Señor, esa puerta; recibe mi corazón en esa tan deleitable morada; dame por ella paso a las entrañas de tu amor; beba yo de esta dulce fuente; sea yo lavado con esta santa agua y embriagado en ese tan preciado licor. Adormézcase mi alma en este pecho sagrado; olvide aquí todos los cuidados del mundo; aquí duerma, aquí coma, aquí cante dulcemente con el profeta, diciendo: Esta es mi morada en los siglos de los siglos; aquí moraré, porque esta morada escogí (Salm. 131, 14).

CAPITULO XXXVII

Del descendimiento de la cruz y llanto de la Virgen

Después de esto considera cómo fué quitado aquel santo cuerpo de la cruz y recibido en los brazos de la Virgen. Llegan, pues, el mismo día sobre tarde aquellos dos santos varones José y Nicodemo, y arrimadas sus escaleras a la cruz, descienden en brazos el cuerpo del Salvador.

Como la Virgen vió que, acabada ya la tormenta de la cruz, llegaba el sagrado cuerpo a tierra, aparéjase Ella para darle puerto seguro en sus pechos y recibirlo de los brazos de la cruz en los suyos. Pide, pues, con grande humildad a aquella noble gente que, pues no se había despedido de su Hijo ni recibido de Él los postreros abrazos en la cruz al tiempo de su partida, que la dejen ahora llegar a Él y no quieran que por todas partes crezca su desconsuelo, si, habiéndoselo quitado por un cabo los enemigos vivo, ahora los amigos se lo quitan muerto.

¡Oh por todas partes desconsolada Señora! Porque si te niegan lo que pides, desconsolarte has; y si te lo dan, como lo pides, no menos te desconsolarás. No tienen tus males consuelo sino en sola tu paciencia. Si por una parte quieres excusar un dolor, por otra parte se dobla.

Pues ¿qué haréis, santos varones? ¿Qué consejo tomaréis? Negar a tales lágrimas y a tal Señora cosa que pida no conviene, y darle lo que pide es acabarle la vida. Teméis por una parte desconsolarla y teméis por otra no seáis, por ventura, homicidas de la Madre, como fueron los enemigos del Hijo.

Finalmente, vence la piadosa porfía de la Virgen, y pareció a aquella noble gente, según eran grandes sus gemidos, que sería mayor crueldad quitarle el Hijo que quitarle la vida, y así se lo hubieron de entregar.

Pues cuando la Virgen lo tuvo en sus brazos, ¿qué lengua podrá explicar lo que sintió?

¡Oh ángeles de paz!, llorad con esta sagrada Virgen; llorad, cielos; llorad, estrellas del cielo, y todas las criaturas del mundo acompañad el llanto de María.

Abrázase la Madre con el cuerpo despedazado, apriétalo fuertemente en sus pechos, para sólo esto le quedaban fuerzas; mete su cara entre las espinas de la sagrada ca-

beza, júntase rostro con rostro, tíñese la cara de la Madre con la sangre del Hijo y riégase la del Hijo con las lágrimas de la Madre.

¡Oh dulce Madre!, ¿es ése, por ventura, vuestro dulcísimo Hijo? ¿Es ése el que concebiste con tanta gloria y pariste con tanta alegría? Pues ¿qué se hicieron vuestros gozos pasados? ¿Dónde se fueron vuestras alegrías antiguas? ¿Dónde está aquel espejo de hermosura en quien vos os mirabais?

Ya no os aprovecha mirarle a la cara, porque sus ojos han perdido la luz. Ya no os aprovecha darle voces y hablarle, porque sus orejas han perdido el oír. Ya no se menea la lengua que hablaba las maravillas del cielo; ya están quebrados los ojos que con su vista alegraban al mundo.

¿Cómo no hablas ahora, Reina del cielo? ¿Cómo han atado los dolores vuestra lengua? La lengua estaba enmudecida, mas el corazón allá dentro hablaría con entrañable dolor al Hijo dulcísimo y le diría:

Devotísimo soliloquio de la Virgen.

¡Oh vida muerta! ¡Oh lumbre oscurecida! ¡Oh hermosura afeada! ¿Y qué manos han sido aquellas que tal han parado vuestra divina figura? ¿Qué corona es esta que mis manos hallan en vuestra cabeza? ¿Qué herida es esta que veo en vuestro costado?

¡Oh Sumo sacerdote del mundo!, ¿qué insignias son estas que mis ojos ven en vuestro cuerpo? ¿Quién ha borrado el traslado de la gloria del Padre? ¿Quién ha manchado el espejo y la hermosura del cielo? ¿Quién ha desfigurado la cara de todas las gracias? ¿Estos son aquellos ojos que oscurecían al sol con su hermosura? ¿Estas son las manos que resucitaban los muertos a quien tocaban? ¿Esta es la boca por donde salían los cuatro ríos del paraíso? ¿Tanto han podido las manos de los hombres contra Dios? Hijo mío y sangre mía, ¿de dónde se levantó a deshora esta fiera tempestad? ¿Qué ola ha sido esta que así te me ha llevado?

Hijo mío, ¿qué haré sin ti? ¿Adónde iré? ¿Quién me remediará? Los padres y los hermanos afligidos venían a rogarte por sus hijos y por sus hermanos difuntos, y tú, con tu infinita virtud y clemencia, los consolabas y socorrías. Mas yo que veo muerto a mi hijo, y mi padre, y mi hermano, y mi Señor, ¿a quién rogaré por Él? ¿Quién me consolará? ¿Dónde está el buen Jesús Nazareno, Hijo de Dios vivo, que consuela a los vivos y da vida a los muertos? ¿Dónde está aquel grande Profeta poderoso en obras y palabras?

Hijo, antes de ahora descanso mío y ahora cuchillo de

mi dolor, ¿qué hiciste por que los judíos te crucificasen? ¿Qué causa hubo para darte tal muerte? ¿Estas son las gracias de tantas buenas obras? ¿Este es el premio que se da a la virtud? ¿Esta es la paga de tanta doctrina? ¿Hasta aquí ha llegado la maldad del mundo, hasta aquí la malicia del demonio, hasta aquí la bondad y clemencia de Dios?

¿Tan grande es el aborrecimiento que Dios tiene contra el pecado? ¿Tanto fué menester para satisfacer por culpa de uno? ¿Tan grande es el rigor de la divina justicia? ¿En tanto tiene Dios la salud de las almas?

¡Oh dulcísimo hijo mío!, ¿qué haré sin ti? Tú eras mi hijo, mi padre, mi esposo, mi maestro y toda mi compañía. Ahora quedo huérfana sin padre, madre sin hijo, viuda sin esposo y sola sin tal maestro y tan dulce compañía. Ya no te veré más entrar por mis puertas cansado de los discursos y predicación del Evangelio. Ya no limpiaré más el sudor de tu rostro asoleado y fatigado de los caminos y trabajos. Ya no te veré más sentado a mi mesa comiendo y dando de comer a mi alma con tu divina presencia. Ya no me veré más a tus pies oyendo las palabras de tu dulce boca, ni sonará más en mis oídos la dulce voz de madre, ni de mujer, ni de María. Fenecida es ya mi gloria; hoy se acaba mi alegría y comienza mi soledad.

Hijo, ¿no me hablas? ¡Oh lengua del cielo que a tantos consolaste con vuestras palabras, a tantos diste habla y vida!, ¿quién os ha puesto tanto silencio que no habláis a vuestra Madre? ¿Cómo no me dejáis siquiera alguna manda con que yo me consuele? Yo la tomaré con vuestra licencia. Esta corona real será la manda; de estos clavos y de esta lanza quiero ser vuestra heredera. Estas joyas tan preciosas guardaré yo siempre en mi corazón; allí estarán hincados vuestros clavos, allí estará guardada vuestra corona, vuestros azotes y vuestra cruz. Este es el mayorazgo que yo elijo para mí mientras me durare la vida.

¡Cómo dura poco la alegría en la tierra y cómo se siente mucho el dolor después de mucha prosperidad! ¡Oh Belén y Jerusalén, cuán diferentes días he llevado en vosotros! ¡Qué noche fué aquella tan clara y qué día este tan oscuro! ¡Qué rica entonces y qué pobre ahora! No podía ser pequeña la pérdida de tan grande felicidad.

¡Oh ángel bienaventurado!, ¿dónde están ahora aquellas tan grandes alabanzas de la antigua salutación? No era vana mi turbación ni mi temor en aquella hora, porque a grandes alabanzas, por fuerza es que se ha de seguir o gran caída o grande cruz. No quiere el Señor que estén sus dones ociosos; nunca da honra sin carga, ni mayoría sin servidumbre, ni mucha gracia sino para mucho trabajo.

Entonces me llamaste llena de gracia; ahora estoy llena

de dolor. Entonces, bendita entre las mujeres; ahora, la más afligida entre las mujeres. Entonces dijiste: El Señor es contigo; ahora también está conmigo, mas no vivo, sino muerto, como lo tengo en mis brazos.

¡Oh dulce Redentor mío!, ¿fué alguna culpa tenerte yo en mis brazos con tanta alegría recién nacido por do viniese ahora a tenerte en ellos tan atormentado? ¿Fué algún pecado recibir tanto gozo en darte la dulce leche de mis pechos, por que ahora me hayas querido dar a beber un cáliz de tanta amargura? ¿Fué algún yerro mirarme yo en tu rostro como en un espejo luciente, porque ahora has querido que te vea yo tan afeado y atormentado? ¿Fué algún delito amarte tanto, porque ahora has querido que el amor se me hiciese verdugo y que tanto más padeciese cuanto más te amé?

¡Oh Padre eterno, oh amador de los hombres, piadoso para con ellos y para con vuestro Hijo riguroso! Vos sabéis cuán grandes sean las olas y tempestad de mi corazón. Vos sabéis que cuantos azotes y heridas ha recibido este santo cuerpo, tantas muertes ha llevado este corazón.

Mas con todo esto, yo, la más afligida de todas las criaturas, os doy gracias infinitas por este dolor. Bástame quererlo Vos para que yo me consuele. De vuestra mano, aunque sea el cuchillo, lo meteré yo en mis entrañas. Por los favores y por los dolores igualmente os doy las gracias. Por el usufructo de vuestros bienes, de que hasta aquí he gozado, os bendigo; y porque ahora me lo quitáis, no me indigno, sino antes os vuelvo vuestro depósito con hacimiento de gracias. Por lo uno y por lo otro os bendigan los ángeles, y mis lágrimas también con ellos os bendigan.

Mas suplícoos, Padre mío, si Vos de ello sois servido, os deis por contento con treinta y tres años de martirio que hasta aquí se han pasado. Vos sabéis que desde el día que aquel santo Simeón me anunció este martirio se echó acíbar en todos mis placeres, y desde entonces traigo este día atravesado en el corazón. En medio de mis alegrías me salteaba siempre la memoria de este dolor, y nunca tuve gozo tan puro que no se aguase con los dolores y temores de este día.

Bien sé que todo esto fué encaminado por vuestra providencia y que Vos quisisteis que desde entonces tuviese yo conocimiento de este misterio, para que así como el Hijo trajo siempre la cruz ante los ojos desde el día de su concepción, así también la trajese la Madre. Así queréis Vos que los vuestros en esta vida siempre padezcan, y en este valle de lágrimas no queréis que sean grandes ni perpetuas nuestras alegrías, aunque sean en Vos.

Pues, ¡oh Rey mío!, habed ya por bien que sea éste el

postrero de mis martirios, si Vos de ello sois servido; y si no, hágase en esto y en todo vuestra divina voluntad. Si para una mujer os parece poco un martirio, bien sabéis Vos que tantas veces he sido mártir cuantas fué herido el cuerpo de mi Salvador. Ya se acabaron sus martirios, y el mío viéndole se renueva. Mandad a la muerte que vuelva por los despojos que dejó y lleve a la madre con el hijo a la sepultura.

¡Oh dichosa sepultura, que has sucedido en mi oficio, y la corona que a mí quitan, a ti la dan, pues encerrarás dentro de ti al que tuve yo encerrado en mis entrañas! Mis huesos se alegrarían si allí se viesen, y allí sería de verdad mi vida en la sepultura. El corazón y alma, que yo puedo, yo la sepultaré; mas Vos también, Señor mío, el cuerpo, que yo no puedo sin Vos.

¡Oh muerte!, ¿por qué eres tan cruel que me apartas de aquel en cuya vida está la mía? Más cruel eres a las veces en perdonar que en matar. Piadosa fuera para mí si nos llevaras a entrambos; mas ahora fuiste cruel en matar al hijo y más cruel en perdonar a la madre.

V.—DE LA VIDA GLORIOSA DE NUESTRO SALVADOR

CAPITULO XXXVIII

De la alegría del día de la Resurrección y descendimiento del Señor al limbo

Este es el día que hizo el Señor; gocémonos y alegrémonos en él (Salm. 117, 24). Todos los días son del Señor, que es el hacedor de los tiempos; mas éste señaladamente se dice que hizo Él, porque en éste acabó la más excelente de sus obras, que fué la obra de nuestra Redención. Pues así como ésta se llama por excelencia la obra de Dios, por la ventaja que hace a todas sus obras, así también éste se llama día de Dios, porque en Él se acabó ésta, que fué la más excelente de todas sus obras.

Dícese también que este día hizo el Señor porque todo lo que hay en él fué hecho por sola su mano. En las otras fiestas y misterios del Salvador siempre se halla algo que hayamos hecho nosotros, porque siempre hay en ellos algo

de pena, y la pena nació de nuestra culpa, y por eso hay algo de nosotros. Mas este día no es de trabajo ni de pena, sino destierro de toda pena y cumplimiento de toda gloria, y así todo él es puramente de Dios.

Día de alegría universal. Pues en tal día como éste, ¿quién no se alegrará? En este día se alegró toda la humanidad de Cristo, y se alegró la Madre de Cristo, y se alegraron los discípulos de Cristo, y se alegró el cielo y la tierra, y hasta al mismo infierno cupo parte de esta alegría.

Más claro se ha mostrado el sol este día que todos los otros, porque razón era que sirviese al Señor con su luz en el día de sus alegrías, así como le sirvió con sus tinieblas en el día de su pasión. Los cielos que, viendo padecer al Señor, se habían oscurecido por no ver a su Criador crucificado y desnudo, éstos ahora con doblada claridad resplandecen viendo cómo sale vencedor del sepulcro. Alégrese, pues, el cielo, y tú, tierra, toma parte de esta alegría, porque mayor resplandor nace hoy del sepulcro que del mismo sol que alumbra en el cielo.

Dice un doctor contemplativo que todos los domingos, cuando se levantaba a maitines, era tanta la alegría que recibía acordándose del misterio de este día, que le parecía que todas las criaturas del cielo y de la tierra en aquella hora cantaban a grandes voces y decían: En tu resurrección, Cristo, aleluya, los cielos y la tierra se alegren, aleluya.

Y descendió a los infiernos. Pues, para sentir algo del misterio de este día, piensa primeramente cómo el Salvador, acabada ya la jornada de su pasión, con aquella misma caridad que subió por nosotros en la cruz, con esa misma descendió a los infiernos para dar cabo a la obra de nuestra reparación. Porque así como tomó por medio el morir para librarnos de la muerte, así también el descender al infierno para librar a los suyos de él.

Desciende, pues, el noble triunfador a los infiernos vestido de claridad y fortaleza, cuya entrada describe un santo doctor por estas palabras: ¡Oh luz hermosa, que, resplandeciendo desde la alta cumbre del cielo, vestiste de súbita claridad a los que estaban en tinieblas y sombra de muerte! Porque en el punto que el Redentor allí descendió, luego toda aquella eternal noche resplandeció, y el estruendo de los que lamentaban cesó, y toda aquella cruel tienda de atormentadores tembló viendo al Salvador presente. Allí fueron conturbados los príncipes de Edom

(Ex. 15, 15), y temblaron los poderosos de Moab, y pasmáronse los moradores de la tierra de Canaán.

Luego, todos aquellos infernales atormentadores, en medio de sus oscuridades y tinieblas, comenzaron entre sí a murmurar diciendo: ¿Quién es éste tan terrible, tan poderoso y tan resplandeciente? Nunca tal hombre como éste se vió en nuestro infierno; nunca en estas cuevas tal persona nos envió hasta hoy el mundo. Acometedor es éste, no deudor; quebrantador es, no pecador; juez parece, no culpado; a pelear viene, no a penar. Decidme: ¿dónde estaban nuestros guardas y porteros cuando este conquistador rompió nuestras cerraduras y por fuerza entró?

¿Quién será éste, que tanto puede? Si éste fuese culpado, no sería tan osado; y si trajera alguna oscuridad de pecado, no resplandecieran tanto nuestras tinieblas con su luz.

Mas si es Dios, ¿qué tiene que ver con el infierno? Y si es hombre, ¿cómo tiene tanto atrevimiento? Si es Dios, ¿qué hace en el sepulcro? Y si es hombre, ¿cómo ha despojado nuestro limbo?

¡Oh cruz, que así has burlado nuestras esperanzas y causado nuestro daño! En un madero alcanzamos todas nuestras riquezas y ahora en un madero las perdimos.

Tales palabras murmuraban entre sí aquellas infernales compañías cuando el noble Triunfador entró allí a libertar sus cautivos.

Allí estaban recogidas todas las almas de los justos que desde el principio del mundo hasta aquella hora habían salido de esta vida. Allí vierais un profeta aserrado, y otro apedreado, y otro quebradas las cervices con una barra de hierro, y otros que con otras maneras de muertes glorificaron a Dios.

¡Oh compañía gloriosa! ¡Oh nobilísimo tesoro del cielo! ¡Oh riquísima parte del triunfo de Cristo!

Allí estaban aquellos dos primeros hombres que poblaron el mundo, que así como fueron los primeros en la culpa, así fueron los primeros en la fe y en la esperanza. Allí estaba aquel santo viejo que con la fábrica de aquella grande arca guardó simiente para que se volviese a poblar el mundo después de las aguas del diluvio. Allí estaba aquel primer padre de los creyentes, el cual mereció primero que todos recibir el testamento de Dios y la señal y divisa de sus siervos en su carne. Allí estaba su obediente hijo Isaac, que, llevando a cuestas la leña en que había de ser sacrificado, representó el sacrificio y el remedio del mundo. Allí estaba el santo padre de las doce tribus, que, ganando con ropas ajenas y hábito peregrino la bendición del padre, figuró el misterio de la Encarnación del Verbo divino.

Allí estaba también, como huésped y nuevo morador de aquella tierra, el santo Bautista, y el bienaventurado viejo que no quiso salir del mundo hasta que viese con sus ojos el remedio del mundo y lo recibiese en sus brazos y cantase antes que muriese, como cisne, aquella dulce canción. También tenía su lugar allí el pobrecito Lázaro del Evangelio, que por medio de sus llagas y paciencia mereció ser participante de tan noble compañía y esperanza.

La alegría de los antiguos patriarcas y justos.

Todo este coro de almas santas estaban allí gimiendo y suspirando por este día, y en medio de ellos, como maestro de capilla, aquel santo rey y profeta repetía sin cesar aquella su antigua lamentación que decía (Salm. 41, 2): Así como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi alma a ti, mi Dios. Fuéronme mis lágrimas pan de noche y de día, mientras dicen a mi alma: ¿Dónde está tu Dios?

¡Oh santo rey!, si ésa es la causa de tu lamentación, cesa ya de ese cantar, porque aquí está ya tu Dios presente y aquí está tu Salvador. Muda, pues, ahora ese cantar y canta lo que muchos antes, en espíritu, cantaste cuando escribiste (Salm. 84, 2): Bendijiste, Señor, a tu tierra y sacaste a Jacob de cautiverio. Perdonaste la maldad de tu pueblo y disimulaste la muchedumbre de sus pecados.

Y tú, santo Jeremías, que por el mismo Señor fuiste apedreado, cierra ya el libro de las Lamentaciones que escribías por ver a Jerusalén destruída y el templo de Dios asolado, porque otro más hermoso templo que ése verás de aquí a tres días reedificado y otra más hermosa Jerusalén por todo el mundo renovada.

Pues como aquellos bienaventurados Padres vieron ya sus tinieblas alumbradas, y su destierro acabado, y su gloria comenzada, ¿qué lengua podrá explicar lo que sentirían? ¿Cuán de veras, viéndose ya salidos del cautiverio de Egipto y muertos ya sus enemigos en el mar Bermejo, cantarían todos y dirían (Ex. 15, 1): Cantemos al Señor que gloriosamente ha triunfado, pues al caballo y al caballero arrojó en la mar!

¡Con qué entrañas aquel primer padre de todo el género humano, derribado ante los pies de su hijo y Señor, diría: Viniste ya, muy amado Señor y muy esperado, a remediar mi culpa; viniste a cumplir tu palabra y no echaste en olvido a los que esperaban en ti! Venció al camino duro la piedad grande, y a los trabajos y dolores de la cruz, la grandeza del amor.

No se puede con palabras explicar la alegría de estos

Padres. Mas mucho mayor era, sin comparación, la que el Salvador tenía viendo tanta muchedumbre de almas remediadas por su pasión.

¡Cuán por bien empleados darías entonces, Señor, los trabajos de la cruz cuando vieses el fruto que comenzaba ya a dar aquel árbol sagrado!

Con dos hijos que nacieron al patriarca José en la tierra de Egipto, ya no hacía caso de todos sus trabajos pasados. Y, en significación de esto, al primer hijo que en aquella tierra le nació puso por nombre Manasés (Gén. 41, 51), diciendo: Héchome ha Dios olvidar de todos mis trabajos y de la casa de mi padre.

Pues ¿qué sentiría el Salvador cuando se viese ya cercado de tantos hijos, acabado el martirio de la cruz; cuando se viese aquella oliva preciosa con tantos y tan hermosos pimpollos al derredor?

CAPITULO XXXIX

De la resurrección del cuerpo del Salvador y de cómo el Salvador apareció a la Virgen Nuestra Señora

Mas ¡oh Salvador mío! ¿Qué hacéis que no dais parte de vuestra gloria a aquel cuerpo santísimo que os está aguardando en el sepulcro? Acordaos que la ley del repartimiento de los despojos dice que igual parte le ha de caber al que se queda en las tiendas que al que entra en la batalla. Vuestro santo cuerpo se quedó aguardándoos en el sepulcro y vuestra alma santísima entró a pelear en el infierno. Repartid con él vuestra gloria, pues habéis ya vencido la batalla.

Estaba el santo cuerpo en el sepulcro con aquella dolorosa figura que el Señor lo había dejado, tendido en aquella losa fría, amortajado con su mortaja, cubierto el rostro con un sudario y sus miembros todos despedazados.

Era ya después de media noche, a la hora de alba, cuando quería prevenir el Sol de justicia al de la mañana y tomarle en este camino la delantera. Pues en esta hora tan dichosa entra aquella alma gloriosa en su santo cuerpo. ¿Y qué tal, si piensas, lo paró? No se puede esto explicar con palabras, mas por un ejemplo se podrá entender algo de lo que es.

Acaece alguna vez estar una nube muy oscura y tenebrosa hacia la parte del poniente, y si cuando el sol se

quiere ya poner la toma delante y la hiere y la embiste con sus rayos, suele pararla tan hermosa y tan dorada que parece al mismo sol. Pues así aquella alma gloriosa, después que se embistió en aquel santo cuerpo y entró en él, todas sus tinieblas convirtió en luz y todas sus fealdades en hermosura, y del cuerpo más afeado de los cuerpos hizo el más hermoso de todos los cuerpos.

De esta manera resucita el Señor del sepulcro, todo ya perfectamente glorioso, como primogénito de los muertos y figura de nuestra resurrección.

¿Quién es éste? ¿Quién es éste, que, después de tan grandes tempestades y deshonras, sale tan resplandeciente y tan hermoso? Este es aquel santo patriarca José (Gén. 41, 14), salido ya de la cárcel, trasquilados los cabellos de su mortalidad y vestido de ropas inmortales y hecho señor de la tierra de Egipto.

Este es aquel santo Moisés (Ex. 2, 10), sacado de las aguas en la pobre canastilla de juncos, que después viene a destruir todo el poder y carros de Faraón.

Este es aquel santo Mardoqueo (Est. 6, 11), despojado ya de su saco y cilicio y vestido de vestiduras reales, el cual, vencido su enemigo y crucificado en su misma cruz, libró a todo su pueblo de la muerte.

Este es aquel santo Daniel (14, 39), salido ya del lago de los leones sin haber recibido perjuicio de las bestias hambrientas.

Este es aquel fuerte Sansón (Jud. 16, 3), que, estando cercado de sus enemigos y encerrado en la ciudad, se levanta a media noche y quebranta sus puertas y cerraduras, dejando burlados los propósitos y consejos de sus adversarios.

Este es aquel santo Jonás (2, 1), entregado a la muerte por librar de ella a sus compañeros, el cual, entrando en el vientre de aquella gran bestia, al tercer día es lanzado en la ribera de Nínive.

¿Quién es éste, que, estando entre las hambrientas quijadas de la bestia carnicera, no pudo ser comido de ella, y engolfado en los abismos de las aguas, gozó de aires de vida, y sumido en lo profundo de la perdición, la misma muerte le sirvió?

Este es nuestro Salvador glorioso, a quien arrebató aquella cruel bestia que jamás se harta, que es la muerte; la cual, después que lo tuvo en la boca, conociendo la presa, tembló en tenerla.

Porque dado caso que la tierra después de muerto lo tragó, mas hallándolo libre de culpa, no pudo detenerlo en

su morada, porque la pena no hace al hombre culpado, sino la causa.

Acordaos, Señor, de vuestra Madre.

Ya, Señor, habéis glorificado y alegrado esa carne santísima que con Vos padeció en la cruz. Acordaos también que es vuestra carne la de vuestra Madre y que también padeció ella con Vos viéndoos padecer en la cruz.

Ella fué crucificada von Vos: justo es que también resucite con Vos. Sentencia es de vuestro Apóstol (Rom. 6, 5) que los que fueron compañeros de vuestras penas también lo han de ser de vuestra gloria. Y pues esta Señora os fué fiel compañera desde el pesebre hasta la cruz en todas vuestras penas, justo es que también ahora lo sea de vuestras alegrías.

Serenad aquel cielo oscurecido, descubrid aquella luna eclipsada, deshaced aquellos nublados de su alma entristecida, enjugad las lágrimas de aquellos virginales ojos y mandad que vuelva el verano florido después del invierno de tantas aguas.

Estaría la santa Virgen en aquella hora en su oratorio recogida, esperando esta nueva luz. Clamaba en lo íntimo de su corazón y, como piadosa leona, daba voces al Hijo muerto al tercer día, diciendo: Levántate, gloria mía; levántate, salterio y vihuela; vuelve, triunfador, al mundo; recoge, buen pastor, tu ganado; oye, Hijo mío, los clamores de tu afligida Madre y, pues éstos te hicieron bajar del cielo a la tierra, éstos te hagan ahora subir de los infiernos al mundo.

En medio de estos clamores y lágrimas resplandece súbitamente aquella pobre casita con lumbre del cielo y ofrécese a los ojos de la Madre el Hijo resucitado y glorioso.

No sale tan hermoso el lucero de la mañana, no resplandece tan claro el sol del mediodía como resplandeció en los ojos de la Madre aquella cara llena de gracias y aquel espejo sin mancilla de la gloria divina. Ve el cuerpo del Hijo resucitado y glorioso, despedidas ya todas las fealdades pasadas, vuelta la gracia de aquellos ojos divinos y restituída y acrecentada su primera hermosura. Las aberturas de las llagas, que eran para la Madre cuchillos de dolor, velas hechas fuentes de amor. Al que vió penar entre ladrones, velo acompañado de santos y ángeles. Al que la encomendaba desde la cruz al discípulo, ve cómo ahora extiende sus brazos y le da dulce paz en su rostro. Al que tuvo muerto en sus brazos, velo ahora resucitado ante sus ojos, tiénelo y no lo deja; abrázalo y pídele que no se le

vaya. Entonces, enmudecida de dolor, no sabía qué decir; ahora, enmudecida de alegría, no puede hablar.

El gozo de la Virgen. ¿Qué lengua, qué entendimiento podrá comprender hasta dónde llegó este gozo? No podemos entender las cosas que exceden nuestra capacidad sino por otras que dicen con ellas, haciendo una como escalera de lo bajo a lo alto y conjeturando las unas por las otras.

Pues para sentir algo de esta alegría considera la alegría que recibió el patriarca Jacob cuando, después de haber llorado con tantas lágrimas a José, su muy amado hijo, por muerto, le dijeron que era vivo y señor de toda la tierra de Egipto. Dice la Escritura divina (Gén. 45, 26) que cuando los hijos le dieron estas nuevas fué tan grande su alegría y espanto que, como quien despierta de un pesado sueño, así él no acababa de entrar en su acuerdo ni podía creer lo que los hijos le decían. Ya que, finalmente, lo creyó, dice el texto que volvió su espíritu a revivir de nuevo y que dijo estas palabras: Bástame este solo bien; si José, mi hijo, es vivo, iré y verlo he antes que muera.

Pues dime ahora: Si quien tenía otros once hijos en casa tanta alegría recibió de saber que uno sólo, a quien él tenía por muerto, era vivo, ¿qué alegría recibiría la que no tenía más que uno, y éste tal y tan querido, cuando, después de haberlo visto muerto, lo viese ahora resucitado y glorioso, y no Señor de toda la tierra de Egipto, sino de todo lo criado? ¿Hay entendimiento que esto pueda comprender?

Verdaderamente, tan grande fué esta alegría que no pudiera su corazón sufrir la fuerza de ella si por especial milagro de Dios no fuera para ello confortado.

¡Oh Virgen bienaventurada, bástate sólo este bien; bástate que tu Hijo sea vivo y que lo tengas delante y lo veas antes que mueras, para que no tengas más que desear!

¡Oh Señor, y cómo sabes consolar a los que padecen por ti! No parece ya grande aquella primera pena en comparación de esta alegría. Si así has de consolar a los que por ti padecen, bienaventuradas y dichosas sus pasiones, pues así han de ser remuneradas.

CAPITULO XL

De cómo el Salvador se apareció a María Magdalena

Dice, pues, el evangelista San Juan (20, 19) que, después que esta santa mujer fué a los discípulos, y señaladamente a San Pedro y San Juan, a darles nuevas de cómo el cuerpo del Salvador no estaba en el sepulcro, y ellos vinieron y hallaron ser así y se tornaron para su casa, donde estaban encerrados por temor de los judíos, esta mujer se quedó allí llorando y sin esperanza esperaba, y esperando perseveraba, porque la grandeza del amor la hacía esperar y perseverar.

Y si San Pedro y San Juan temieron y por eso se fueron, María no temía, porque no le quedaba qué temer, porque había perdido su Maestro, al cual amaba con tan gran amor que, perdido Él, ni tenía qué amar, ni qué esperar, ni qué temer, ni qué perder. Por lo cual tenía por mejor el morir que el vivir, porque, por ventura, muriendo hallara a quien no podía hallar viviendo.

Estaba, pues, allí, dice el evangelista, par del monumento, llorando. El amor la hacía estar y el dolor la forzaba a llorar, y lloraba por creer que le habían quitado a quien ella buscaba. Este dolor era nuevo, porque antes lloraba porque le habían muerto su Maestro y ahora porque se lo habían quitado. El cual, en parte, era mayor que el pasado, porque carecía de toda consolación. Porque el primer dolor de haber perdido al Maestro vivo, aunque era grande, todavía tenía alguna manera de consuelo, porque le quedaba el cuerpo muerto, y de esta consolación es ahora privada por no hallarle.

Venía ella al monumento trayendo consigo ungüentos que había aparejado, para que así como antes había ungido sus pies, ahora ungiese su sacratísimo cuerpo, y como antes había regado los pies de su Maestro por la muerte de su alma, ahora regase también con ellas el monumento por la muerte de Él. Y no hallando el cuerpo, cesó el trabajo de ungirlo y creció la causa de llorarlo. Faltóle el Maestro para su servicio, mas no para su dolor. Faltó a quien ungiese, mas no a quien llorase.

Estando, pues, así María, inclinóse y tornó a mirar otra vez el monumento. No se contentaba con haberlo ya visto

una vez por sí y otra con los dos discípulos, sino tornó otra vez a mirar; porque la grandeza del deseo le hacía no fiarse de sus ojos ni tener ninguna diligencia por demasiada en busca de lo que tanto amaba. Así lo hacen los que buscan alguna piedra preciosa u otra cosa de gran valor que perdieron: que muchas veces vuelven y revuelven el mismo lugar que ya vieron, para ver si, por ventura, hallarán las postreras veces lo que en las primeras no hallaron.

Y no fué del todo ociosa esta diligencia, porque ya que no vió al Señor que buscaba, vió a sus criados, que eran dos ángeles vestidos de blanco, asentados uno a los pies y otro a la cabecera donde estaba el cuerpo de Jesús.

Aquí vemos el fruto de las almas que buscan a Dios. Porque ya que no hallan luego lo que desean, mas en el camino de lo que buscan les depara Dios cosas con que se enciendan y acrecienten sus deseos, porque, como dice San Agustín, el que de todo corazón busca a Dios, ya tiene parte de lo que desea cuando lo busca, porque no lo buscara con tan grande fervor si no tuviese alguna prenda o rastro de Él. Los discípulos vinieron al monumento y volviéronse luego, y por eso no vieron los ángeles. Mas esta santa mujer, que fielmente perseveró, los vió, y no sólo a los ángeles, mas también al mismo Señor de los ángeles; para que veas cuánto vale la paciencia y perseverancia para hallar a Dios.

Mujer, ¿por qué lloras?

Dícenle, pues, los ángeles: Mujer, ¿por qué lloras? No ignoraban los santos ángeles la causa de las lágrimas de María, que tan conocida era; mas pregúntanle por qué llora porque huelgan con esta pregunta de renovarle la memoria y la causa de sus lágrimas por el gusto que tomaban en ellas. Porque si, como dice San Bernardo, las lágrimas de los penitentes son vino de los ángeles, las cuales proceden del dolor, ¿cuánto más lo serían éstas, que procedían del amor?

Pues a esta pregunta, ¿por qué lloras?, responde María: Porque me han tomado mi Señor y no sé dónde le han puesto. Esto lloro, esto siento, ésta es la causa de mis lágrimas. Cuando era vivo, en Él estaba toda mi felicidad y gloria y todo mi descanso, y entonces servíale con lo que tenía: hospedábale en mi casa, seguía sus pisadas, oía su doctrina, ungía sus sagrados pies, y con esto descansaba el amor que ardía en mi corazón, teniendo estos respiraderos y ejercicios en que emplearse. Ahora todo esto ha cesado y no me queda otro servicio que poderle hacer sino ungir su precioso cuerpo y acompañarle en este monumento.

Y como veo que este consuelo y ejercicio que me quedaba me han quitado, lloro y lloraré mientras no hallare este bien.

Cosa es ésta que declara la caridad de esta santa mujer. Los padres no ven la hora de echar al hijo muerto de casa, la mujer hace otro tanto con su marido, y esta mujer no tiene otro refrigerio sino estar en compañía de este santo cuerpo.

¿Adónde buscaré a quien ama mi alma? ¿Dónde estás, Maestro mío? ¿Dónde te llevaron, alegría mía? ¿Dónde te escondieron, dulzura mía? ¿Pues tan poco pareció a tus enemigos lo que habían hecho en tu cuerpo vivo que no lo quieren perdonar aun después de muerto? ¿Qué es esto, Salvador mío, que ni en vida ni en muerte has de tener descanso?

¿Dónde, Señor, iré? ¿Adónde te buscaré? ¿A quién preguntaré por ti? Angustias me cercan por todas partes y no sé qué consejo tome. Si estoy par del sepulcro, no hallo lo que deseo; si me fuere, no sé dónde vaya. Apartarme de este monumento es muerte para mí, estar aquí es dolor irremediable. Pero mejor me es guardar el sepulcro de mi Señor que apartarme de él.

Aquí, pues, estaré y aquí moriré, siquiera para que me entierren aquí par de mi Señor. Viviendo estaré par de Él y muriendo me llegaré a Él, y así ni muerta ni viva de Él me apartaré.

Mas, ¡oh miserable de mí!, ¿por qué no miré yo todo esto cuando vi sepultar a mi Señor? ¿Por qué me fuí de este lugar? ¿Por qué no perseveré siempre aquí par de Él? Porque no llorara yo ahora por habérmelo llevado, porque o no lo dejara llevar o me fuera tras los que lo llevaran. Mas yo, miserable, quise guardar la ley y perdí al Señor de la ley, obedecí a la ley y no guardé aquel a quien obedece la ley. Pues ¿qué haré? ¿Con quién me aconsejaré?

¡Oh todo amable! ¡Oh todo digno de ser deseado! Vuélveme, Señor, la alegría saludable de tu presencia. ¡Oh esperanza mía, no sea yo confundida por esperar en ti!

Consolad ya, Señor, a quien os ama tanto. Pues ¿por qué, ¡oh buen Jesús!, por qué, Señor, no miráis a las piadosas lágrimas y deseos de esta mujer? ¿Por qué la dejáis tanto tiempo llorar y buscar en balde? ¿Dónde están aquellas palabras que dijisteis (Prov. 8, 17): Yo amo a quien me ama, y quien por la mañana velare a mí, hallarme ha? ¿Dónde está aquella palabra que disteis a esta mujer cuando la dijisteis (Lc. 10, 42): María escogió la mejor parte, la cual nunca le será quitada?

Pues ¿cuál otra es la parte que ella escogió sino a Vos? A Vos escogió, a Vos amó, en Vos puso toda su esperanza, todo lo trocó y renunció por Vos. Pues si dejado todo lo otro no halla a Vos, ¿qué le quedará? ¿Cómo se cumplirá aquella palabra que le disteis cuando le dijisteis que nunca le sería quitada?

No se pudieron más contener aquellas entrañas de piedad y misericordia que no acudiesen a las lágrimas de tanta fidelidad y amor.

El amor pone vendas en los ojos.

Volviendo, pues, el rostro, María vió al Señor y no le conoció, antes le parecía ser hortelano de aquel huerto. Dice, pues, el Señor a María: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?

¡Oh Rey de gloria! ¡Oh consolador de tristes! ¿Venís a consolar y habláis palabras de tanta desconsolación? Porque ninguna cosa hay que más renueve las llagas y más avive el dolor de la persona desconsolada que preguntarle por quién llora y a quién busca; porque eso es refrescarle la memoria de lo que ama, y la ausencia de lo que siente, y las causas de su dolor.

Mas ella, pensando que era el hortelano, díjole: Señor, si tú lo tomaste, dime dónde lo pusiste, porque yo lo llevaré (Jn. 20, 15).

Bien parece estar fuera de sí esta santa mujer, pues cuantas palabras pronuncia tantas ignorancias dice. Porque, lo primero, no responde a propósito ni entiende lo que le preguntan, porque no entiende más de lo que ama ni tiene sentido para otra cosa.

Y demás de esto, llama señor al hortelano, que era demasiada cortesía para quien tan bajo oficio tenía. Y junto con esto no habla por nombres, sino por pronombres, diciendo: Si tú lo tomaste, dime dónde lo pusiste, porque yo lo llevaré. Parecíale que todos estaban en lo que ella estaba y que así no había necesidad de más declaración.

También parece disparate presuponer que el hortelano andaba tomando los cuerpos de los muertos, y mucho mayor, ya que por algún misterio lo hubiese tomado, que luego por una palabra lo diese a quien no conocía.

Todo esto obraba el amor, el cual tan santamente la hacía errar, aunque mayor yerro era tener al Señor delante y no conocerlo; porque como estaba enferma de amor, de tal manera se le habían oscurecido los ojos con esta enfermedad que no veía a quien veía, porque veía a Jesús y no sabía que era Jesús.

¡Oh María, si buscas a Jesús, ahí tienes a Jesús! Mas, por ventura, por esto no le conoces hallándole vivo, porque

le buscabas muerto. Sin duda, ésta es la causa por que Él no te aparecía; porque ¿cómo te había de aparecer, si tú no le buscabas? Porque tú buscabas lo que no era y no buscabas lo que era: buscabas a Jesús y no buscabas a Jesús, y por eso, viéndole, no le conoces.

¡Oh piadoso y dulce Maestro, no puedo del todo excusar esta discípula tuya; no puedo defender este error, porque tal te buscaba cual te había visto y cual te había dejado en el monumento! Había visto quitar de la cruz el cuerpo difunto y poner en el monumento, y tan grande era el dolor que había recibido de tu muerte y de tu sepultura que no le quedaba esperanza de tu resurrección y de tu vida.

Finalmente, José puso tu cuerpo en el monumento y María sepultó juntamente con Él su espíritu, y de tal manera lo juntó con tu sacratísimo cuerpo, que más fácil cosa fuera apartar el alma del cuerpo a quien daba vida que apartarla del tuyo a quien ella amaba. Porque el espíritu de María más estaba en tu cuerpo que en el suyo, y por eso, cuando buscaba tu cuerpo, buscaba también su espíritu, y después que perdió el cuerpo tuyo, perdió el espíritu suyo, y por eso, ¿qué maravilla es que no te conozca, pues no tienes espíritu con que te haya de conocer?

Por tanto, vuélvele, Señor, su espíritu, y luego recobrará su sentido y dejará el error en que está.

«María».—«Maestro». Mas no se dilató mucho la misericordia del Señor ni duró mucho esta simulación, sino de la manera que el patriarca José se disimuló un poco en sus hermanos cuando fueron a Egipto; pero al cabo, vencido de su nobleza y del amor fraternal, dulcemente se les descubrió (Gén. 45, 3); así, este nobilísimo Señor, después de esta breve disimulación, luego, muy dulcemente, se descubrió a la discípula llamándola por su acostumbrado nombre, María.

A una palabra respondió María otra palabra, y no menos significativa. Porque diciendo el Salvador: María, respondió ella: Maestro; conviene saber, Maestro del cielo, Maestro del mundo, Maestro de mi alma, Maestro de los mansos y humildes de corazón.

No dijo más que esta palabra; porque con la fuerza del afecto estaba tan atada y envarada la lengua, que no podía decir más, habiendo tanto qué decir y qué preguntar sobre tan grande mudanza y tan inefable misterio. Mas el afecto que no se declaró con palabras comenzó a declarar con obras, arrojándose a los pies del Señor, a los cuales tenía derecho por antigua posesión y en los cuales había hallado todo su tesoro.

Respóndele el Salvador: No quieras tocarme, porque

aun no he subido a mi Padre. No rehusaba el Señor que esta santa mujer adorase y besase sus sacratísimos pies, pues no negó esto, de ahí a poco espacio, a las santas mujeres que volvían del monumento, en cuya compañía venía la misma María. Y esto se entiende por lo que luego dice: Aun no he subido a mi Padre.

Pensaba esta santa mujer que el Salvador era ya subido al cielo y vuelto a su Padre, como Él tantas veces había repetido esta palabra consolando a sus discípulos y dándoles cuenta de su partida. Y porque presuponía que el Salvador estaba en el cielo y que no lo había de ver más que aquella vez en este mundo, quiso lograrla más enteramente, y así se derribó a sus pies para que no se le fuese tan presto.

A la cual respondió el Señor las palabras susodichas, como si dijera: No me detengas, no pienses que me voy ni que será ésta la postrera vez que me veas, porque aun acá estoy en el mundo y estaré por algunos días, porque no he subido a mi Padre, como tú imaginas.

Subo a mi Padre y a vuestro Padre. Y acabadas estas palabras, despídela el Salvador, diciendo: Corre, ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios.

¿Qué más dulce lenguaje? ¿Qué mayor significación de humildad y amor que ésta? Con mucha razón encarece el Apóstol esta tan grande humildad del altísimo Hijo de Dios, que no se despreció de llamar hermanos suyos e hijos de un mismo Padre a unos pobres pescadores (Hebr. 2, 11) que eran como estropajos del mundo y que poco antes, desleal y cobardemente, huyeron y le desampararon en medio de sus enemigos, sin embargo de haberle visto tantas veces obrar tantas maravillas.

Bien parece, Señor, que no mudasteis la condición que mostrasteis en este mundo después que lo dejasteis, sino que aquella misma suavidad y blandura que teníais antes tenéis ahora, y que el tratamiento que hacíais a los vuestros estando en ellos les hacéis ahora después que los dejasteis; porque no se muda vuestro corazón con los lugares, ni se diferencia con los tiempos, ni se altera con la nueva dignidad y gloria de vuestro cuerpo y de vuestro nombre que ahora tenéis.

Y por esto, con mucha razón se deben consolar, animar y gloriar los vuestros en Vos, como hermanos de tal hermano y como hijos de tal Padre, pues así los llamáis Vos.

Y no es menor la suavidad y dignación de las palabras que se siguen: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios. Porque ¿qué mayor gloria y digni-

dad para el hombre que tener a Dios por Padre y qué mayor humildad para el Hijo de Dios que tener a nuestro Dios por suyo? ¿Por cuál os debemos más, Señor, o porque a vuestro Padre hicisteis nuestro o porque a nuestro Dios hicisteis vuestro?

Ni puede ser mayor honra que la primera ni mayor humildad que la segunda, la cual nos mereció la gloria de la primera. Porque por el mérito de aquella tan grande humildad como fué abajarse el Hijo de Dios a hacerse hijo del hombre, nos levantó a esta tan grande gloria que el hijo del hombre se hiciese hijo de Dios.

CAPITULO XLI

De la subida de nuestro Salvador a los cielos

La historia de este misterio escribe San Lucas diciendo que, pasados cuarenta días después de la resurrección, habiendo el Señor aparecido a los discípulos muchas veces en este tiempo, como se llegase la hora de su gloriosa subida, llamó a todos y llevólos al monte Olivete, que es junto a Betania.

¿Quién dudará que se hallase presente a esta fiesta la sacratísima Virgen Nuestra Señora? No era, cierto, razón que se partiese el Salvador un tan largo camino sin despedirse de su santísima Madre. ¿Habíale de ver subir en la cruz y no le había de ver subir a los cielos? ¿Había de padecer los trabajos del monte Calvario y no había de gozar del monte Olivete?

No es ésta la condición de Nuestro Señor, sino que si padeciéramos con Él, reinaremos con Él, y si fuéremos compañeros de sus dolores, también lo seremos de sus alegrías.

Pues si los Apóstoles, a quien tan pequeña parte cupo de los dolores de Cristo en comparación de la Virgen porque de ellos huyeron, de ellos le negaron, fueron convidados a esta fiesta, la bienaventurada Madre, a quien tanta parte cupo de este cáliz, ¿había de ser excluída de ella? No por cierto. Allí estuvo, allí se halló, allí vió con sus propios ojos levantarse el fruto de su vientre sobre las estrellas del cielo.

Id y predicad mi Evangelio. Pues, junta toda esta gloriosa compañía, comenzó el Salvador a dar orden en lo que después de su ida los discípulos habían de hacer y díceles así: Vosotros, discípulos míos, recibiréis en vuestras almas la virtud del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y esforzados con ella, seréis testigos míos en Jerusalén, y en Judea, y en Samaria, y en toda la tierra.

Como si dijera: Vosotros, hijos míos y ovejas de mi manada, fuisteis testigos de toda mi vida, visteis la doctrina que he predicado, los ejemplos que os he dado, las obras que he hecho, las contradicciones que he sufrido, los tormentos e injurias y la muerte que por el remedio del mundo he padecido. Visteis mi resurrección y veréis ahora mi ascensión, después de la cual recibiréis el Espíritu Santo para que eternamente more con vosotros y con todos los que por vosotros creyeren.

Pues id con la bendición de mi Padre por todo el mundo y predicad mi Evangelio a toda criatura. Predicad estas buenas nuevas al mundo: que yo, siendo natural Hijo de Dios, me hice hombre para hacer los hombres dioses, que morí para matar su muerte, que resucité para reparar su vida y que yo subo a los cielos a aparejar su gloria.

Yo os envío de la manera que me envió mi Padre. Desengañad los hombres, perdonad los pecados y hacedles participantes de mis merecimientos y trabajos. Decidles que no amen la vanidad, las riquezas caducas, los bienes perecederos; que teman a Dios, que se les acuerde que hay juicio, que hay otra vida, que hay paraíso e infierno para buenos y malos y que es Dios testigo y juez de las obras humanas.

¿Dónde vais, Señor, sin nosotros? Dichas estas palabras, como ya se llegase el tiempo de la partida, viendo los hijos la soledad que les quedaba de todo su bien y la orfandad de tal Padre, ¿qué sentirían? ¿Qué harían? ¿Qué dirían? ¿Cuán gran dolor, dice San Bernardo, y cuán gran temor, si pensáis, hermanos, entró en aquellos pechos apostólicos cuando viesen al Señor que tanto amaban levantarse en el aire y apartarse de su compañía?

Grande, sin duda, era este dolor viendo que los dejaba aquel por quien ellos habían dejado todas las cosas. Por lo cual no podían los hijos del Esposo dejar de llorar viendo que se les iba el Esposo. Y no era menor el temor que el dolor, viendo que quedaban en medio de tantos y tan poderosos enemigos, no estando aún armados con virtud y fortaleza del cielo.

Pues, viéndose de esta manera, ¿qué sentirían? ¿Qué harían? Unos se derribarían a sus pies, otros le besarían aquellas sacratísimas manos, otros se colgarían de sus hombros y todos a una voz dirían: ¿Cómo, Señor, nos dejáis solos y huérfanos entre tantos enemigos? ¿Qué harán los hijos sin padre, los discípulos sin maestro, las ovejas sin pastor y los soldados flacos sin su capitán? ¿Dónde vais, Señor, sin nosotros? ¿Dónde quedaremos sin Vos? ¿Qué vida será la nuestra faltándonos tal arrimo, tal guía y tal compañía?

A todas estas querellas les respondió benignamente el Salvador, prometiéndoles la venida y favor del Espíritu Santo y su perpetua asistencia y providencia, que nunca jamás les faltaría.

Y subió a los cielos. Entre estas y otras palabras, llegándose ya la hora de la subida, comienzan los ángeles a decir aquellas palabras del Profeta: Levantaos, Señor, para ir al lugar de vuestro descanso Vos y el arca de vuestra santificación; ese arca de donde se pagó la deuda de todo el mundo, ese arca en la cual están todos los tesoros de Dios escondidos, ese arca de santificación y de amistad por la cual fueron los hombres santificados y reconciliados con Dios.

Llevad, pues, con Vos ese arca gloriosa de vuestra humanidad, para que la que fué compañera en los trabajos lo sea en la gloria y la que estuvo fijada al santo madero reine para siempre con Vos en el cielo.

Levántese, pues, este arca y comience a subir aquel cuerpo glorioso a lo alto en una nube resplandeciente. Él iba subiendo, y los discípulos, suspensos y atónitos de ver ir por el aire a su Elías volando, y ya que no podían seguirle con los cuerpos, seguíanle con los ojos y con los corazones. ¡Qué vista! ¡Qué atención! ¡Qué impresión de ojos en ojos y de corazón en corazones! Levantadas las manos en alto, dice San Lucas, subía al cielo y les daba su bendición.

¿Y dejas, Pastor santo...? ¡Oh quién se hallara allí presente para que le alcanzara parte de esta bendición y se despidiera de este Señor! ¡Oh cuán dichosa procesión ésta, dice San Bernardo, en la cual ni aun los mismos Apóstoles fueron dignos de ser admitidos! ¡Oh quién fuere tan dichoso, ya que en esta procesión no se hallara, que a lo menos estuviera presente al tiempo de esta partida y se despidiera de este Señor!

Sentía muy bien esta soledad y ausencia el bienaven-

turado San Agustín, cuando dulcemente se quejaba diciendo: Fuiste consolador mío y no te despediste de mí. Subiendo a lo alto, diste la bendición a los tuyos, y no lo vi. Los ángeles prometieron que volverías otra vez al mundo, y no lo oí.

Con estas y otras semejantes palabras significaba este santo la soledad que sentía su alma con la partida de este Señor.

Y no menos sentía esto el devotísimo Bernardo, diciendo así: ¿Qué tengo yo que ver con estas solemnidades? ¿Quién me consolará, Señor Jesús, pues no te vi yo colgado en la cruz, afeado con llagas, amarillo con la presencia de la muerte; pues no me compadecí del crucificado ni serví al muerto para que lavara yo siquiera la sangre de tus heridas con mis lágrimas? ¿Cómo te fuiste sin saludarme cuando, vestido de ropas de gloria, te subiste al cielo? Sin duda no admitiera consolación mi alma si los ángeles, con alegre voz, no me previnieran, diciendo: Varones de Galilea, ¿qué estáis aquí mirando al cielo? Este Señor que veis subir al cielo de esta manera, tornará cuando vuelva a juzgar al mundo.

Así vendrá, por cierto, de la manera que subió, y no de la manera que descendió, porque descendió primero con gran humildad a salvar las almas, mas descenderá después con grande gloria a resucitar los cuerpos y dar a cada uno según su merecido. Verlo he yo, aunque no ahora, y mirarlo he, aunque no tan de cerca. Este manojo de las primicias de nuestra humanidad está ya ofrecido al Padre y puesto a su mano derecha; después se ofrecerá todo lo que falta.

Entrada triunfal de Cristo en el cielo.

Mas ¿qué lengua podrá explicar con cuánta fiesta y alegría fué recibida aquella sacratísima humanidad en el cielo? Costumbre era de los romanos, cuando algún señalado capitán había hecho grandes hazañas, aparejarle un muy solemne recibimiento, rompiendo los muros por donde entrase y acompañándole y dando voces todo el pueblo y predicando sus loores. Y de esta manera entraba en un carro triunfal, acompañado de los cautivos y prisioneros que consigo traía.

Pues si esto se hace acá en la tierra, ¿qué haría aquella corte celestial a este grande Capitán, que triunfó del mundo, del demonio, del pecado, de la muerte, del infierno y que tanto número de almas libres de cautiverio traía consigo? ¿Qué fiesta se haría aquel día, qué cantos, qué músicas, qué loores, qué recibimiento? ¿Qué sería oír las voces de los ángeles y de todos aquellos cortesanos celestiales?

¡Oh Señor!, ¿qué mudanza es ésta tan grande? ¡Quién os vió en aquel Viernes y quién os ve en este Jueves! ¡Quién os vió en el monte Calvario y quién os ve hoy en el monte Olivete! ¡Allí tan solo, aquí tan acompañado; allí subido en un madero, aquí levantado sobre las nubes del cielo; allí crucificado entre ladrones, aquí acompañado de coros de ángeles; allí enclavado y condenado, aquí libre y libertador de condenados; finalmente, allí muriendo y padeciendo, aquí gozando y triunfando de la misma muerte!

Caminó Jacob a la tierra de Mesopotamia por dar lugar a la ira de su hermano, y, como hombre que iba huyendo, caminaba solo y pobre, sin más que un bordón en la mano, con el cual pasó el río Jordán. Y al cabo de cierto tiempo, tornando por allí con grande prosperidad, acordándose de la pobreza con que por allí había pasado, levantando los ojos al cielo, dijo: Bendito seáis Vos, Señor, porque con un palo en la mano pasé este río y ahora torno con dos compañías de hombres y de ganado.

Figura es ésta de Cristo nuestro Salvador, el cual pasó las agua de esta vida mortal con un palo en la mano, que fué el madero de la cruz, y ahora vuelve con dos compañías, una de ángeles y otra de hombres; esto es, de las almas de muchos santos patriarcas y profetas que desde el principio del mundo esperaban por su venida y le venían acompañando.

Allí venía el inocente Abel, y el justo Noé, y el obediente Abrahán, y el casto Isaac, y el fuerte Jacob, y el prudente José, y el pacientísimo Job, y el manso Moisés, y el santo Ezequías, y el elegante Isaías, y el afligido Jeremías.

Entre los cuales venía el Cantor celestial con su arpa en la mano, cantando delante de la verdadera arca del testamento, convidando a los otros a que alabasen y glorificasen a este Señor, diciendo: Cantad al Señor cantar nuevo, porque ha obrado grandes maravillas.

¿Por qué, veamos, cantar nuevo? Porque ningún cantar viejo responde a esta fiesta ni iguala con el merecimiento de este día, y por esto nueva fiesta y nueva gloria con nuevos loores ha de ser celebrada.

Pues ¿qué cantar nuevo cantaremos? El cantar será: Mira cuán buena cosa es y cuán alegre morar ya los hermanos en uno (Salm. 132, 1). Estos dos hermanos son el cuerpo y el espíritu de Cristo, los cuales hasta ahora vivían en diversos estados, porque el cuerpo padecía los tormentos y el espíritu gozaba de deleites eternos. Mas en este día ya moran los hermanos en uno, pues el cuerpo y el espíritu suben glorificados al cielo, y, habiendo sido

tan desiguales en la vida, participan ahora una misma gloria.

De esta manera, pues, con estas alabanzas, con estos cantares y con esta tan gloriosa compañía, sube aquella sacratísima humanidad sobre todos los cielos, hasta llegar a ser colocada a la diestra del Padre; por que el que se había humillado más que todas las criaturas por la obediencia y gloria del Padre, fuese sublimado sobre todas ellas y asentado a su diestra. De modo que aquella naturaleza a quien fué dicho: Polvo eres y en polvo te volverás, ahora es levantada del polvo de tierra y subida sobre todos los cielos.

CAPITULO XLII

De la venida del Espíritu Santo

En esta gloriosa venida del Espíritu Santo podemos primeramente considerar la inmensa bondad de nuestro Señor para con los hombres, pues, habiéndoles ya dado a su unigénito Hijo, les dió ahora al Espíritu Santo. Y así como el Hijo de tal manera vino al mundo que también se quedó con nosotros en el Santísimo Sacramento, así nos dió también al Espíritu Santo, para que eternamente estuviese en la Iglesia y en los corazones de los fieles, enseñándolos y guiándolos por caminos seguros a la vida eterna. En lo cual parece que se hubo el Eterno Padre con el mundo como una madre que cría un hijo chiquito, al cual, después que ha dado uno de los pechos, le da también el otro, para que no le falte mantenimiento con que se sustente.

Cuán grande sea la excelencia de este misterio parecerá claro a quien considerare que todos los otros pasos y misterios de la vida de nuestro Salvador se ordenaron a éste, porque todo cuanto Él en esta vida hizo y padeció, a este fin lo ordenó, como quien tanto procuró en todas las cosas nuestra salvación, la cual consiste en morar en nuestras almas el Espíritu Santo.

Vese también esto porque una de las cosas que más veces el Salvador nos prometió en el Evangelio fué esta venida del Espíritu Santo. Y así podemos decir que una buena parte del Evangelio es profecía de esta venida, y que como los profetas fueron profetas de Cristo, así Cristo fué profeta del Espíritu Santo. Por donde entendere-

mos cuán alto sea el misterio, pues tal profeta mereció tener.

Vese también esto por la excelencia de esta dádiva y por los efectos que en el alma obra.

Perseveraban con María en la oración. Mas veamos ahora la historia de este misterio, como la cuenta San Lucas.

Dice, pues, él que, despidiéndose el Salvador de sus discípulos para subir al cielo, al tiempo de la partida les mandó que estuviesen en Jerusalén hasta que fuesen vestidos y fortalecidos con la virtud y poder del Espíritu Santo. Con este recaudo se volvieron ellos del monte Olivete al cenáculo de Jerusalén, donde se recogió aquella inocente manada de los discípulos y discípulas del Salvador, que por todos eran ciento veinte personas. Y de todos ellos dice el evangelista que perseveraban en oración con María, Madre de Jesús, y con otras santas mujeres que seguían a este Señor. Acordábanse de aquellas palabras con que Él los exhortaba a la oración diciendo: Si vosotros, siendo malos, dais buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidieren?

Y por este mismo medio habemos todos de negociar con nuestro Padre celestial, pidiéndole este mismo Espíritu. Mas esta petición, para subir al cielo, ha de ir acompañada con gemidos y deseos entrañables del corazón, pues está escrito que el deseo de los pobres oyó Dios.

Tal era la oración de estos santos discípulos cuando esperaban la venida del Espíritu Santo para su abrigo y remedio. Porque veíanse huérfanos y desamparados de su Maestro, veíanse puestos en medio de tantos enemigos, entendían que el remedio de estos males consistía en la venida de este segundo Maestro que esperaban. No sabían cuánto Él dilataría su venida, clamaban noche y día de lo íntimo de su corazón, diciendo:

¿Cuándo, Señor, nos habéis de enviar ese Maestro y Consolador que nos prometía vuestro Hijo? ¿Hasta cuándo habéis de dilatar esa tan grande misericordia? Mirad, Señor, nuestro desamparo, nuestro desabrigo, nuestra orfandad y nuestro grande peligro. Mirad que ninguna otra cosa nos queda debajo del cielo sino esta prenda de vuestro Hijo.

Nosotros somos los que perseveramos con Él en todas sus tribulaciones y caminos. Por Él dejamos barcos y redes y todo lo que en el mundo poseíamos. Por Él somos corridos e infamados entre las gentes. Por Él andamos a sombra de tejados. Por Él estamos aquí encerrados sin osar

parecer entre los hombres. Y no es justo que estén desamparados los que son perseguidos por vuestro amor.

Y pues ésta es una de las primeras honras que dais a nuestro Maestro, por aquella grande obediencia suya, mostrad, Señor, en la grandeza de esta gracia cuánto os agradó aquella tan perfecta obediencia.

Estas y otras semejantes palabras repetían y esta petición le representaban continuamente. Estaban en compañía de los discípulos aquellas piadosas mujeres, que seguían al Cordero por doquiera que iba y sustentaban con sus limosnas al que mantiene todas las criaturas.

Y, sobre todo, estaba allí la sacratísima Virgen, como gobernadora y presidente de aquel sagrado colegio en la ausencia de su Hijo, guiando aquel ganado a lo interior del desierto, que es al secreto del recogimiento y perseverancia de la oración, como la que sabía cuánto importaba la perseverancia de esta virtud para recibir al Espíritu Santo.

¡Quién fuera tan dichoso que mereciera hallarse en aquella bienaventurada compañía, y oír aquellos gemidos, y ver aquellas lágrimas, perseverar en aquellas oraciones, mirar el rostro de aquella serenísima reina de los ángeles y aquellas lágrimas que de sus purísimos ojos corrían, y ver de qué manera aparejaría aquellos pechos apostólicos para la venida del Espíritu Santo!

Era ella su Esposa, secretaria de sus misterios, testigo de sus maravillas, y así sabía muy bien cómo se habían de aparejar los corazones para este Huésped, y entendía que uno de los principales medios para esto era perseverar día y noche en oración. Porque si un tahur juega, desde la prima noche hasta la mañana sin dormir y sin cansar, con esperanza de desquitarse de lo que ha perdido o de ganar algo de nuevo, ¿qué mucho era hacer los hombres otro tanto por recibir el Espíritu Santo? Porque, sin duda, si gastásemos parte de la noche luchando y porfiando en la oración con Nuestro Señor, como lo hizo el patriarca Jacob, cierto es que recibiríamos la gracia de su bendición como él la recibió.

Maravillosos efectos de la venida del Espíritu Santo.

Estando, pues, los discípulos ocupados en este ejercicio diez días después que el Salvador había subido al cielo, descendió el Espíritu Santo en forma de un grande viento y en fugaces lenguas de fuego, y asentóse sobre las cabezas de sus discípulos. Y fué tan grande la claridad, y el amor, y la suavidad y conocimiento que allí recibieron de Dios, que no se pudieron contener sin salir en público y decir a grandes

voces, en todas las lenguas, las grandezas y maravillas de Él.

Pues, según esto, ¿cuál sería la luz, el amor, la suavidad, el celo de la gloria de Dios y la fortaleza que aquellos pechos recibirían? ¿Cuán grande sería el conocimiento que por aquí recibirían de la infinita bondad y hermosura de Dios, pues no se pudieron contener sin salir a dar voces y pregonar la grandeza de sus maravillas?

¿Qué verían aquéllos, en cuyas almas resplandecía el Sol de mediodía con tan grandes resplandores? ¿Qué dirían, qué sentirían, qué gustarían y qué harían, viéndose abrasados y transformados en Dios con aquella tan grande luz?

Parece que si en aquella sazón no dieran estas voces, que reventaran y se hicieran pedazos, como las tinajas nuevas cuando hierven con el nuevo mosto.

Creo también que fué tanto lo que alcanzaron de la bondad y caridad y hermosura de Dios y que lo amaron con tan grande amor, que, si tuvieran mil vidas, con grandísima alegría las ofrecieran por Él los que antes por muy pequeña ocasión desampararon a su Maestro y lo dejaron solo en poder de sus enemigos.

Creo también que fué tan grande el deseo que tuvieron de la gloria de Dios y de que los hombres conociesen y amasen esta tan grande bondad, que cada uno de ellos tomara por partido ser anatema de Cristo por la salud de sus hermanos, como San Pablo lo deseaba.

Y con este deseo ardían, morían, abrasábanse y derretíanse sus entrañas, con deseo de la honra de Dios y de la salvación de sus prójimos.

Y no fueron defraudados de lo que tanto deseaban, porque con una llama de aquel fuego abrasaron allí tres mil hombres, y con otra, cinco mil, y así cada día iban abrasando el mundo, hasta que llegó esta llama hasta los últimos fines de la tierra e hicieron que el Dios que solamente era conocido, aunque mal servido, en Judea, fuese conocido y adorado en el mundo.

De manera que, abrasados ellos, abrasaron los otros; inflamados, los inflamaron, y santificados por este Espíritu del cielo, santificaron el mundo.

CAPITULO XLIII

De la santa Iglesia católica

Iglesia quiere decir tanto como ayuntamiento o congregación. Y así, a toda la congregación de todos los cristianos, doquiera que estén repartidos, llamamos Iglesia. Porque puesto que estén muy apartados los unos de los otro, por concordar todos en una fe y un bautismo y una obediencia de Cristo, nuestro Redentor, los llamamos Iglesia.

Decimos que es santa, porque están juntos en un cuerpo místico y son miembros de él, tienen por cabeza a nuestro Redentor Jesucristo y son santificados por el Espíritu Santo.

Llámase católica, a diferencia de las congregaciones cismáticas y de los herejes, porque éstos se apartan y hacen división de la verdadera fe y obediencia de nuestro Redentor, y también se llama católica para comprender la Iglesia de todos los tiempos, de todos los lugares y de todas las naciones que tienen una misma fe.

Dos significaciones de Iglesia santa.

Mas, por ventura, preguntará alguien dónde ponemos a los cristianos que son pecadores y no quieren salir de sus pecados. Porque éstos no todos sean herejes, ni tampoco veo que sean de la compañía de la Iglesia santa, siendo tan malos, ni miembros del cuerpo de nuestro Redentor, pues Él no los tiene por suyos.

A esto se responde que estas palabras, «Iglesia santa», tienen dos significaciones. Por la una entendemos la congregación de todos aquellos que confiesan la fe católica, aunque haya entre ellos algunos que en sus corazones tengan pecados y no estén juntos con Dios por caridad y por gracia. Y de esta manera solamente están fuera de esta Iglesia los herejes y los infieles. En los demás súfrese que esté por este tiempo la paja junta con el grano.

Por la otra significación solamente son entendidos los miembros verdaderamente santificados, no solamente por la profesión de fe, mas por la gracia del Espíritu Santo y, mediante ella, unidos con su cabeza, y de éstos habla más claramente la segunda parte del artículo, que es la comunión de los santos.

Mas los primeros, verdaderamente son muy dignos de ser llorados, pues teniendo nombre de miembros de tan santo cuerpo, de verdad no lo son, sino podridos; esto es, sin espíritu de Dios, sin obediencia y sin amor.

Y aunque todavía tienen éstos más aparejo para volver al verdadero camino que los herejes, por la doctrina que oyen y por no estar metidos en tan grandes errores como ellos, todavía es grande lástima de ellos, y querría mucho saber qué corazón tienen o qué es lo que sienten cuando vienen a confesar este artículo y dicen que creen que hay acá en la tierra una compañía e Iglesia a quien el Espíritu Santo comunica sus dones y les da limpieza y santidad, sabiendo que ellos no tienen parte en esta compañía, sino que son de otra que tiene otra cabeza, que es el demonio, que tiene enemistad y bando con el Redentor del mundo.

Por cierto, grande razón sería que el que en tan mal estado se halla y rezando llega a la confesión de este artículo, se turbase consigo mismo y no pasase con tan gran descuido por él, como muchos creemos que pasan.

Este artículo convida y avisa a los cristianos a que miren mucho por la paz y concordia de la Iglesia, que tengan en grande reverencia y acatamiento el estado y doctrina de ella y favorezcan y atiendan mucho por los que sirven a Dios y dan buen ejemplo a los otros; que no pongan a estos tales impedimento ni escándalo alguno, porque los que lo contrario hacen pecan contra este artículo.

Comunión con Cristo, con el Espíritu Santo y con los demás fieles.

Ahora veamos lo que de este artículo se sigue. Porque lo que se sigue es parte de este mismo artículo, que es creer la comunión de los santos, que es aquella segunda manera de Iglesia y compañía que arriba dijimos; que es de los miembros santificados no sólo por la fe, sino también por la caridad y gracia del Espíritu Santo. Porque entre éstos se halla esta maravillosa comunión que tienen con Cristo, consigo y con el Espíritu Santo.

Con Cristo, porque Él es su verdadera cabeza, que comunica sus virtudes y méritos a estos miembros. De donde nacen otras grandes y nuevas prerrogativas y excelencias.

Porque de aquí procede que el mismo hijo de Dios los ama como a sus miembros, y mira por ellos como por sus miembros, y tiene solícito cuidado de ellos como de sus propios miembros, e influye en ellos continuamente su virtud como cabeza en sus miembros, y, finalmente, el Padre Eterno los mira con amorosos ojos, porque los mira como miembros vivos de su unigénito Hijo, unidos e incorporados con Él por la participación de su Espíritu, y así sus

obras le son agradables y meritorias, por ser obras de miembros vivos de su Hijo, el cual obra en ellos todo lo bueno.

De la cual dignidad procede que cuando los tales piden mercedes a Dios, las piden con muy grande confianza, porque entienden que no piden tanto para sí cuanto para el mismo Hijo de Dios, que en ellos y con ellos es honrado. Porque como sea verdad que el bien que se hace a los miembros se hace a la cabeza, teniendo ellos a Cristo por cabeza, entienden que, pidiendo para sí, piden para ellos.

Porque si es verdad, como el Apóstol dice, que los que pecan contra los miembros de Cristo pecan contra el mismo Cristo, y el mismo Cristo se tiene por perseguido cuando por Él son sus miembros perseguidos, como Él lo dijo al mismo Apóstol cuando perseguía a la Iglesia (Hech. 9, 5), ¿qué maravilla es que, siendo esos miembros honrados, sea el mismo Cristo honrado en ellos?

Con el Espíritu Santo, porque todos ellos viven con este Espíritu y con el aliento y gracia que de él reciben, y Él vive, mora y reina en todos ellos y los hace en su manera más unos entre sí que lo son los miembros de un mismo cuerpo, por estar animados con una misma alma.

Y entre sí también están unidos, porque, participando todos de un mismo espíritu y de la virtud de una misma cabeza y siendo miembros de un mismo cuerpo, de necesidad se sigue que los bienes de los unos han de ser de los otros, porque las oraciones de los unos valen para los otros y los méritos y penitencias de los unos también valen a los otros, en cuanto hacen más aceptas las oraciones que hacen por ellos. Y con esto les comunican su doctrina, ejemplo, socorro y todo lo demás.

Esto es lo que significa la comunión de los santos.

Unión de caridad en el Espíritu Santo.

No falta ahora sino que, pues esto es así, trabajemos todos por vivir siempre en esta caridad y largueza con nuestros prójimos todos, principalmente con los que viéremos que son amigos de Dios, porque ya se ve cuán mala cuenta dará de este artículo el que, ensoberbecido de sus bienes espirituales, se alzare con ellos y quisiera para sí solo la santidad y no para otro, y el que por codicia de los temporales dejare de favorecer la gloria, la fe y obediencia del Redentor y el acrecentamiento de sus fieles; porque este tal, claro está que no participa de este espíritu ni se tiene por parte de este cuerpo, pues no se emplean en procurar con todas sus fuerzas el bien de él como de cosa suya propia.

CAPITULO XLIV

De la Asunción de Nuestra Señora

Entre todas las fiestas que la santa madre Iglesia celebra de la Virgen Nuestra Señora, esta de su gloriosa Asunción se puede con más razón llamar fiesta suya. Porque en todas las otras fiestas de sus misterios, aunque fueron muy gloriosos, siempre hubo algo de la fruta de esta tierra, que es valle de lágrimas. Quiero decir, que siempre hubo alguna mixtura de trabajo y de dolor.

La gloria de esta fiesta nos representa la Iglesia en el Evangelio que se canta en ella, que trata de las dos hermanas, Marta y María Magdalena. Mas aunque la letra de él no sirve a este misterio, pero en el sentido espiritual ninguna cosa podía venir más a propósito.

Trátase en él cómo el Salvador entró en un castillo, y que una mujer, por nombre Marta, lo hospedó en su casa, y que ésta tenía una hermana, por nombre María, la cual, asentada a los pies del Salvador, estaba oyendo con mucha atención sus palabras ; y así una entendía en apacentar el cuerpo de Cristo con su servicio y la otra el espíritu de Él con su devoción.

Todas estas cosas perfectísimamente competen a Nuestra Señora y todas declaran la grandeza del galardón que este día recibe por ellas. De manera que Ella es el castillo donde vino Cristo, Ella la casa donde fué hospedado, Ella la Marta que le servía y Ella la María que con silencio oía sus palabras y la que escogió la mejor parte, que nunca le será quitada. Declaremos cada cosa de éstas.

Castillo inexpugnable y morada amenísima del Señor.

Primeramente, Ella fué este castillo inexpugnable por su fe y fortaleza. Y así se dice de Ella en los Cantares que es como la torre de David, edificada con sus baluartes y con mil escudos, que están colgados de ella, y con todo género de armas de caballeros esforzados.

Pues esta torre es el alma de esta sacratísima Virgen, fortalecida con todas las virtudes y dones del Espíritu Santo, con las cuales estuvo tan armada que todas las potencias del mundo, de la carne y del demonio nunca pudieron

tomar una sola almena de él, porque nunca la pudieron hacer desviar en un solo pecado venial.

Mujer de carne era, en este mundo vivía, con las gentes del mundo conversaba, a las necesidades de su cuerpo servía, sobre todos los lazos y peligros de este mundo andaba, y con todo esto tenía el Espíritu Santo tan a recaudo este castillo—¡oh cosa de gran admiración!—, que en sesenta años de vida, ni en comer, ni en beber, ni en dormir, ni en hablar, ni en pensar excedió en un punto el compás de la razón y de la ley de Dios.

Este privilegio a sola Ella, como a madre de Dios, fué concedido, el cual ni a los apóstoles se otorgó. Porque voz es común de todos ellos: si dijéramos que no tenemos pecados, mentimos y no hablamos verdad. Y por eso les dijo el Salvador que en su oración dijesen: Perdona, Señor, nuestras deudas, así como nosotros las perdonamos a nuestros deudores.

Fué también esta Virgen casa donde el Salvador fué recibido y aposentado. Porque, aunque sea verdad que todos los justos son casas y templos donde mora Dios, mas esta Señora, por otra manera más excelente merece este nombre, pues en Ella moró Dios por especial manera, pues no sólo moró en su alma con mayor abundancia de gracia, sino también en su cuerpo, tomando de Ella carne humana. Por lo cual con mucha razón se llama templo vivo de Dios, arca del testamento, silla de la sabiduría, trono del verdadero Salomón y paraíso terrenal del segundo Adán.

Esta es aquella casa que aparejó la huéspeda de Eliseo a este mismo profeta, que era un pequeño aposento con una cama, y silla, y mesa, y un candelero, para servicio del profeta para cuando por allí pasaba. Estas fueron las alhajas con que el Espíritu Santo aparejó el alma de la Virgen para hospedar al verdadero Eliseo cuando a este mundo viniese. El aposento pequeño fué su humildad, la cama es el descanso de la oración; la mesa, el fruto de las buenas obras; la silla, la perseverancia; el candelero, la luz del buen ejemplo y buena vida. Estos, pues, fueron los aderezos de la casa donde el Salvador fué recibido, y estos mismos ha de procurar el que desea tener a Dios en su alma.

Nombre y oficio de Marta.

También compete a este Virgen, con mucha razón, el nombre y oficio de Marta. Porque si Marta es la que algunas veces recibió al Salvador en su casa y le sirvió, ¿cuánto más lo será la que lo aposentó en sus entrañas, la que lo envolvió, cuando nació, en pañales; la que lo reclinó en el pesebre, la que lo trajo en sus brazos, la que le dió leche a sus pechos, la que huyó con él a

Egipto, la que trabajaba día y noche para sustentarlo, la que lo siguió siempre en su vida, la que le acompañó en su muerte y la que se halló al pie de la cruz y de ella lo recibió en sus brazos y acompañó hasta la sepultura?

Si es Marta la que recibe al peregrino y viste al desnudo, ¿cómo no lo será la que tantas veces dió de comer a este nuevo peregrino y lo vistió de nuestra humanidad?

De aquella mujer fuerte escribe Salomón que hizo una tela de lino y la vendió y dió un cinto al cananeo. ¿Qué tela es ésta y qué cinto, sino aquella sagrada humanidad de Cristo, con la cual esta santa mujer ciñó y estrechó al que hinche cielos y tierra? Este vestido le vendió el día de la Encarnación, y hoy se lo pagan en el día de su Asunción y le dan por él señorío de todo el mundo.

María escogió la mejor parte. Y no menos compete a esta Señora el nombre de María que de Marta. Porque si María es la que, asentada a los pies de Cristo, oye sus palabras, ¿cómo no lo será la que tantas veces gozó de esta misma doctrina?

¡Cuán de buena voluntad enseñaría tal Maestro a tal discípula! Grande gusto es para el labrador sembrar en buena tierra y para el pescador tender las redes en agua fértil, y no menos lo sería para este Maestro predicar a tales oídos.

¡Cuántas veces Ella, asentada a la mesa, perdería el gusto y la comida por estar suspensa viendo comer en su pobre mesa el que mantiene los ángeles en la gloria! ¡Cuántas veces, acostada junto al Niño en la cama, perdería el sueño contemplando cómo dormía aquel Niño, que velaba gobernando al mundo!

Pues si el oficio de María era contemplar en Dios, ¿cuándo esta Virgen dejó de contemplar en Él, por más ocupada que estuviese? Si María Magdalena con tanta devoción y lágrimas lavaba los pies de Cristo y enjugaba con sus cabellos, ¿qué pasaría en el corazón de esta Virgen cuando envolvía al Niño y lo desenvolvía, cuando lo arrollaba, cuando lo halagaba, cuando lo calentaba y abrigaba en sus virginales pechos y cuando, después de pasado un año, masticaba la Virgen algún bocado de más substancia y lo ponía en la boquita del Niño?

¿Y cuán sin asco aceptaría Él este servicio? ¿Con qué reverencia estaría acostada al lado del santo Niño, teniendo su divina cara junta con aquel en cuya faz desean mirar los ángeles? ¿Y cuál podemos entender que era la pureza y santidad de la que para este tan alto misterio *ab aeterno* fué escogida?

Triunfal acogida en los cielos. Mas ya es tiempo que tratemos del galardón que se dió a tales servicios, que son los privilegios que le fueron concedidos este día. Entre los cuales uno fué, según que refiere San Dionisio, hallarse los Apóstoles presentes a la hora de su fallecimiento, lo cual sería para Ella materia de grande consolación, mas para ellos de grande soledad, viendo que ya quedaban del todo huérfanos de Padre y Madre.

Otro privilegio fué ser llevada al cielo en cuerpo y alma, y que su purísima carne, como la del Hijo bendito, no padeciese corrupción. Lo cual afirma San Agustín diciendo: Aquella purísima carne de donde tomó carne el Hijo de Dios, creer que fué entregada a los gusanos para que la comiesen, como no lo puedo creer, así no lo oso decir.

Otro privilegio fué la fiesta y recibimiento tan solemne que se le haría a la salida de este mundo. ¡Oh quién se hallara en aquella procesión tan gloriosa y gozara de aquella solemnidad! Leemos de algunos santos que fueron llevados por los ángeles, con voces y cantos celestiales, hasta el lugar de la sepultura, como se describe de San Martín. Y aun de aquel pobrecito Lázaro dice el Evangelio que fué llevado por los ángeles al seno de Abrahán. Pues si esta honra se hace a los santos, ¿qué se haría a la Madre del Santo de los santos, mayormente habiendo sido Ella medianera de la gloria de ellos, pues por su mano recibieron el fruto de la vida?

Pues siendo esto así, ¿qué harían en el día de su triunfo, el día que se les ofrecía ocasión para mostrarle el agradecimiento y voluntad que tenían al Hijo y a la Madre? ¿Con qué alegría la saldrían a recibir en medio de esos aires? ¿Cuál sería aquel recibimiento? ¿Qué voces, qué alabanzas, qué melodías, qué músicas allí se oirían?

Y ¿qué sería ver con las voces de los hombres también las de los ángeles y el espanto de ellos cuando viesen una criatura de tan baja especie, como es una mujer nacida y criada en este mundo, levantarse sobre todas las criaturas y dejar a sus espaldas todos los coros de los ángeles y poner su silla al lado de Dios?

Y así, maravillados de esta grande novedad y gloria, comenzaron a decir: ¿Quién es ésta, que sube del desierto, llena de deleites y recostada sobre su amado?

Otros, considerando el olor suavísimo de sus virtudes, decían: ¿Quién es ésta, que sube como una vara delgada de humo de mirra e incienso y de todos los polvos olorosos, que son todas las virtudes?

Otros, considerando la grandeza de su resplandor y

hermosura, decían: ¿Quién es ésta, que sube a lo alto como la luz de la mañana cuando comienza a esclarecer, hermosa como la luna, escogida como el sol y terrible como los escuadrones de los ejércitos bien ordenados?

¿Cuál sería, pues, aquí la alegría de los ángeles, acordándose que por medio de esta Señora fueron sus sillas reparadas? ¿Cuál la de los profetas, viendo ya presente con sus ojos la que tantos años antes habían visto en espíritu? ¿Cuál la de los santos patriarcas, viendo aquella hija suya, cuyo resplandor alumbraba sus almas, cuya esperanza sostenía sus vidas y cuya memoria los consolaba en su destierro?

De esta manera, pues, fué recibida y llevada esta Virgen santísima al trono que le tenía Dios *ab aeterno* aparejado.

Y filial alegría en la tierra. Y aunque esta fiesta sea suya, pero también es nuestra, pues Ella es nuestra madre, y nuestra abogada, y nuestra medianera. Porque así como el Hijo, mostrando sus llagas al Padre, aboga por nosotros, así esta Señora, mostrando al Hijo los pechos virginales con que lo crió, aboga por nosotros. Y como el Hijo es nuestro medianero ante la cara del Padre, así Ella también lo es ante la presencia del Hijo, donde reside gozando de inestimables deleites y rogando por los pecadores.

CAPITULO XLV

De la coronación de Nuestra Señora

Después de la subida a los cielos de la Virgen gloriosa, síguese luego su coronación, que es la grandeza de la gloria que por sus merecimientos y trabajos le fué dada.

La grandeza de esta gloria veremos claramente cuando la misericordia de Nuestro Señor nos sacare de esta cárcel y llevare a su compañía. Mas, mientras esto se dilata, podremos por algunas conjeturas entender algo de ella.

Porque esta gloria corresponde a los servicios de esta Virgen, y a la profundidad de su humildad, y a la alteza de su dignidad, y a la grandeza de sus trabajos. Declararemos cada cosa de éstas.

Los servicios de esta Virgen criando y sirviendo al Hijo

de Dios y acompañándolo hasta la cruz y hasta la sepultura, fueron los mayores del mundo, y así, por ellos le compete el mejor lugar del mundo.

La humildad fué la mayor de todas, y así será también la gloria. Porque si Lucifer, por ser el mayor de los soberbios, cayó en el más bajo de los lugares, la que fué más humilde de las humildes, ¿dónde estará sino en el más alto lugar del mundo?

Y si la honra de la madre es honra del hijo, ¿qué lugar tendrá guardado tal Hijo para tal Madre, pues la honra de Ella es honra de Él?

En galardón de sus trabajos.

Y si, como dice el Apóstol, cada uno recibirá el galardón conforme a sus trabajos, ¿qué corona y qué galardón recibirá hoy la que toda la vida trajo ante los ojos la cruz y la muerte y las persecuciones del Hijo? Y sobre todo esto, ¿qué trabajo fué para Ella estar tantos años en este destierro ausente del Hijo que tanto amaba? Si la madre de Tobías se desperecía por la ausencia de un hijo que mucho amaba, ¿qué haría esta Señora por la ausencia tan larga de tal Hijo y tanto más amado? Entendía esto aquel que decía: Deseo ser desatado y verme con Cristo (Fil. 1, 23).

De todos los santos se dice que tienen la muerte en deseo, la vida en paciencia. Pues ¿qué haría esta Virgen, siendo la más santa de los santos y la que tanto más deseaba verse con Cristo? Si es común voz de todos los santos: así como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi alma a ti, mi Dios, sólo Él sabe lo que en este tiempo esta Virgen padecería, sólo Él sabe lo que sentía cuando en la oración decía: Venga a nos, Señor, tu reino, y también la obediencia con que luego decía: Hágase, Señor, tu voluntad en la tierra como se hace en el cielo.

Pues ¿por qué, Señor, quisisteis que esta inocentísima Virgen tantos trabajos padeciese y tanto tiempo fuese mártir? Todo esto fué para nuestro provecho: como los trabajos del Hijo, así también los de la Madre. Quiso Él que esta Virgen fuese ejemplo y consolación de todas las mujeres. Quiso que fuese ejemplo de las vírgenes siendo virgen, y de las casadas siendo casada, y de las viudas y desamparadas siendo ella viuda; para que así se consolasen con su ejemplo y le pidiesen confiadamente socorro, considerando que como el Hijo, por haber sido en este mundo perseguido y atribulado, sabe socorrer a los atribulados, así la Madre, por haber visto los trabajos de las mujeres, sea común socorro de ellas.

Pues si el galardón de Dios ha de ser conforme a los

trabajos y a los servicios y merecimientos, quien tales merecimientos tuvo, ¿qué galardón recibiría? No hay aquí qué responder más de lo que San Bernardo dice: que como la Virgen hospedó a Cristo, cuando vino a este mundo, en el mejor lugar del mundo, que fué su templo virginal, así cuando Ella subió de este mundo al cielo fué aposentada en el mejor lugar del cielo, que fué a la mano derecha de su Hijo, para que así pueda ya decir con la Esposa: A la sombra de mi Amado estoy sentada y su fruto es dulce a mi garganta.

El encuentro con el Hijo glorioso.

Pues ¿cuál sería la alegría de aquel maternal corazón cuando viese ante sus ojos el Hijo tan amado y tan deseado, cuando lo adorase y abrazase y diese paz en su divino rostro, y viese cuán dulcemente la llamaba Él y convidaba, diciendo: Levántate y date prisa, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven a mí, que el invierno es ya pasado, y las aguas y torbellinos de los dolores han cesado, y las flores han aparecido en nuestra tierra?

Cuando el patriarca Jacob vió vivo a su hijo José muy querido, al cual tenía por muerto, y supo que era señor de toda la tierra de Egipto, prorrumpió en aquellas palabras de tanta alegría: Ya, hijo, moriré alegre, porque vi tu cara y te dejo vivo. Pues según esto, ¿qué haría esta Virgen cuando, al cabo de doce años, en los cuales día y noche suspiraba por la presencia de su Hijo, lo viese ante sí glorioso y Señor de todo lo criado? Pues ¿qué palabras bastarán para explicar esta alegría?

¡Oh por cuán bien empleados daríais entonces, Señora, vuestras lágrimas, vuestros dolores, vuestros caminos y vuestros trabajos! ¡Oh dichosas lágrimas, que merecieron tal consolación, y dichosos trabajos, a que se ofrece tal galardón!

Pues la alegría del Hijo en ver su dulcísima Madre ya despenada y descansada, ¿quién la entenderá? Porque cuanto era mayor la caridad del Hijo que la de la Madre y cuanto es mayor gloria para Dios hacer mercedes que a la criatura recibirlas, tanto fué mayor aquí la alegría del Hijo que la de su Madre, por grandísima que fuese.

Sentada a la diestra del Hijo.

Pues el lugar donde la asentaron, ¿cuál sería? ¿En cuál de los coros celestiales sería colocada, porque todos ellos tenían cierta manera de acción y derecho para pedirla para sí?

Los hombres decían que a ellos les pertenecía, por ser del linaje humano.

Los ángeles decían que a ellos pertenecía, porque, aunque la naturaleza era humana, la vida fué más que angélica.

Las vírgenes otrosí la pedían para su coro, porque ella fué guía y reina de las vírgenes y la primera inventora de la virginidad.

Los mártires también la querían para sí, diciendo que ella fué mártir, y más que mártir, al pie de la cruz.

Pues ya los Apóstoles la piden para sí, porque fué maestra y señora de ellos y vicaria en ausencia de su Hijo.

Pues a todas estas peticiones se da por sentencia que no pertenece a la dignidad singular de la Madre de Dios estar en compañía de otros, sino que Ella esté por sí sola y haga coro por sí donde no tenga compañía alguna, sino que sea singular en la gloria como fué singular en la vida; y así fué colocada al lado de su amantísimo Hijo, como en figura se representó en la madre de Salomón, que, entrando una vez a ver a su hijo, levantóse el hijo a recibirla y mandó poner un trono a su lado en que la madre se asentase.

Pues ¿cuánto con mayor razón el Hijo de Dios, que nos mandó honrar a los padres, asentaría a su lado a su bendita Madre, y tal madre? Porque justo era que la que a su lado se halló al pie de la cruz penando en la tierra, se hallase a su mismo lado gozando en el cielo, y que como en la tierra fué participante de la pena del Hijo, así ahora lo fuese de la grandeza de su gloria.

Vestida de sol y coronada de estrellas.

Y a este propósito aplica San Bernardo aquello del Apocalipsis, donde dice San Juan que apareció en el cielo una mujer vestida de sol, la cual debajo de sus pies tenía la luna y encima de la cabeza una corona de doce estrellas. Con mucha razón dice este santo que la Virgen Nuestra Señora estaba vestida del sol, porque estaba toda cercada y embestida de aquella luz inaccesible; para que entendamos que ninguna cosa había en Ella que no estuviese abrasada y encendida con amor.

¡Oh Señora, cuán familiar, cuán vecina y cuán íntima eres a Dios! ¡Cuánta gracia hallaste en sus ojos! Él está en ti y tú en Él; tú vistes a Él y Él viste a ti; tú le vistes con la substancia de nuestra carne y Él viste a ti con la gloria de su majestad. Tú vistes al sol con una nube, y Él te viste con el mismo sol.

Tiene también la luna debajo de los pies, para que entendamos que reina sobre todo lo que es mudable. Sólo

Dios, que no se muda, es más que Ella. Pero lo que no es Dios, no es tal como Ella.

Dice más: que tiene en la cabeza una corona de doce estrellas. Porque ¿cómo no será coronada con estrellas la que se viste del sol y la que más esclarece con su resplandor a las mismas estrellas?

Reina de misericordia y abogada de los pecadores.

Pues esta Señora no es menos grande en la misericordia que en su gloria, y así en todas nuestras necesidades nos acojamos a Ella, pues Ella nos fué dada por común remedio de todos los males y dadora de todos los bienes. Ella nos dió al reparador del cielo, al vencedor del infierno, al salvador del mundo, a la alegría de los ángeles, a la salud de los hombres, a la corona de los santos y a la lumbre del paraíso.

Y así como el Hijo, subiendo a lo alto, envió dones a los hombres, así la Virgen hará lo mismo, porque ni le falta poder, pues es reina del cielo, ni tampoco voluntad, pues es reina de misericordia y abogada de los pecadores.

LIBRO CUARTO

DE LOS SACRAMENTOS DE LA SANTA MADRE IGLESIA

CAPITULO I

De la virtud y efectos de los sacramentos en común y de la razón por que fueron instituídos

Sentencia es común entre todos los filósofos que la naturaleza no falta en las cosas necesarias; esto es, que el autor de la naturaleza, que es Dios, así como crió todas las cosas para que fuesen y permaneciesen en su ser, así las proveyó de todo aquello que para la conservación de este ser les era necesario.

Y si esta providencia tiene Dios en las obras de la naturaleza, mucho más la ha de tener en las de gracia; y si tan enteramente proveyó de todo lo que era necesario para la vida corporal, mucho más proveerá de lo que conviene para la vida espiritual.

Pues como la verdadera vida y bienaventuranza del hombre consista en el cumplimiento y guarda de la ley de Dios, que es vida celestial y sobrenatural, y ésta no se pueda cumplir sin el favor de la gracia, necesario es que, pues quería Dios que el hombre viviese esta manera de vida, que lo proveyese también de esta gracia, con la cual pudiese vivir.

No bastaba la ley escrita.

La razón de esto es porque la ley escrita no hace más que alumbrar el entendimiento para conocer el bien y el mal; pero ni me da amor de este bien ni aborrecimiento de este mal. Alumbra mi entendimiento, mas no sana mi apetito. La dolencia está en una parte, mas la ley, que es la medicina, está en otra. La ley enséñame

el camino del cielo, mas no me da fuerzas para andarlo. Póneme el manjar de la buena doctrina delante, mas no me da gana de comerlo. Y no sólo no bastaba aquella ley escrita para curar la dolencia de nuestro apetito, que es el atizador de los pecados, mas en parte la acrecentaba, porque es tal su naturaleza, que la prohibición de las cosas le acrecienta más el deseo de ellas. Y así dijo aquella mala mujer en los Proverbios (9, 13): Lo que se bebe a hurto es más sabroso, y el pan que se come en escondido, más suave. Y por esta causa dice el Apóstol que aquella ley escrita no sólo no era remedio de los pecados, mas antes era atizadora de ellos, no por culpa de la ley, que era santa, sino por la perversidad de nuestro apetito, el cual tomaba ocasión del bien para crecer en el mal.

Qué son los sacramentos. Pues para esto fueron instituídos los sacramentos, que son unos celestiales instrumentos y medios por donde se nos comunica la divina gracia y unos caños que se derivan de la fuente del costado de Cristo, por los cuales se deriva el agua de su gracia en nuestras almas.

Porque, aunque Dios pudiera infundir esta gracia sin estos medios, como muchas veces la infunde, todavía, porque el hombre está compuesto de dos substancias, una visible y otra invisible, que son cuerpo y alma, por esto, proporcionando el remedio con la persona a quien se debía, quiso que se le diese por medio de estos sacramentos, que también están compuestos de dos cosas, la una visible, que es la materia y forma del sacramento, y la otra invisible, que es el espíritu y gracia que por él se da.

Necesidad de siete sacramentos. Mas por ventura dirás: para eso bastaba un solo sacramento que diese esa gracia de que el hombre tiene tanta necesidad. A esto se responde que así como la misma divina Providencia crió muchas diferencias de cosas para la sustentación de la vida humana, porque eran muchas las necesidades que padecía, así también, porque tenía el hombre diversas maneras de necesidades en la vida espiritual, lo proveyó de diversas maneras de remedios, y por eso fueron muchos y diversos los sacramentos, porque así lo eran también las necesidades.

Y siguiendo ahora el hilo de la misma comparación de la vida humana, vemos primeramente que para esta vida tiene el hombre necesidad de una virtud generativa, para que en ella nazca; y de otra aumentativa, para que, después de nacido, crezca; y de otra que llaman nutritiva, para que, después de crecido, se conserve; y de otra cura-

tiva, para que, si alguna vez adoleciere, se cure; y de otra reparativa, para que después de curado se restituya en aquellas mismas fuerzas y vigor que de antes estaba.

Pues estas mismas cinco cosas proveyó también este Señor en su manera para la sustentación de la vida espiritual, y esto mediante la virtud de los cinco primeros sacramentos. Entre los cuales, uno sirve para nacer en esta vida, que es el sacramento del santo Bautismo; otro para crecer y esforzarnos, que es el de la Confirmación; otro para conservarnos y sustentarnos en ella, que es el de la Eucaristía; otro para curarnos si alguna vez enfermáremos, que es el de la Confesión, y otro después para del todo restituirnos y restaurarnos en ella, que es el de la Extremaunción.

De manera que por el bautismo se hace uno, de infiel, fiel, que es, de hijo de hombre, hijo de Dios, o de hijo de Adán, hijo de Cristo; por la confirmación se hace, de menor, mayor y más robusto; por la Eucaristía vive y se conserva en esa misma fortaleza; por la confesión se cura cuando está enfermo, y por la extremaunción, del todo se restituye y queda sano, porque por ella se quitan las reliquias que en nuestra alma quedaron del pecado; aunque este sacramento se administra en artículo de muerte, porque era razón que en tiempo de tanta necesidad tuviese el hombre defuera quien le ayudase, cuando apenas puede él ayudarse de sí mismo.

Estos cinco sacramentos son necesarios al hombre, considerándolo en cuanto es una persona particular. Mas considerándolo en cuanto tiene otros dos oficios, el uno, de propagar y multiplicar la naturaleza humana con otros individuos, y el otro, de regir a éstos y encaminarlos a su último fin, que es Dios; tiene necesidad de otros dos sacramentos: el uno del Matrimonio, que nos da virtud para vivir casta y religiosamente en este estado y criar nuestros hijos en temor de Dios, y el otro, del Orden, que nos hace hábiles para ser ministros de la Iglesia y encaminar los hombres a Dios.

Y porque para lo uno y lo otro era el hombre inhábil sin la gracia de Dios, convenía también a su Providencia que no faltase en esta necesidad, sino que ordenase sacramentos para eso.

Estos, pues, son los siete sacramentos, por los cuales el Espíritu Santo, por la virtud y méritos de la Pasión de Cristo, que nos mereció tanto bien, comunica sus bienes y gracias a los fieles para todos estos efectos. De manera que así como Dios crió siete planetas en el cielo, por cuya virtud e influencia gobierna todo este mundo visible, que son todos los cuerpos inferiores, así también instituyó estos siete sacramentos, que son como otros siete espirituales pla-

netas, por los cuales influye y gobierna a la Iglesia y produce todas las virtudes y gracias en nuestras almas.

CAPITULO II

Del sacramento del Bautismo

Pues comenzando por el primero de ellos, que es el Baustismo, será necesario tratar sumariamente de él cinco cosas: lo primero, qué cosa sea bautismo; lo segundo, por qué es y se dice sacramento y quién lo instituyó; lo tercero, qué fruto y efecto hace en los hombres, donde especificaré brevemente las ceremonias y costumbres que la Iglesia guarda en su administración; lo cuarto, asignaré las condiciones que ha de tener aquel que ha de ser bautizado; lo quinto y último, enseñaré cuál es y debe ser el oficio de los padrinos y madrinas con sus ahijados. Lo cual todo trataré breve y distintamente.

Cuanto a lo primero, brevemente digo que, en nuestro propósito, bautismo significa y es un lavatorio de agua que tiene virtud de la palabra de la vida. De esta manera le llama el Apóstol escribiendo a los Efesios. O es también un lavatorio de otra generación y renovación, como le llama el mismo, escribiendo a Tito (3, 5). Dícese lavatorio de agua, porque los bautizados se bañan en agua, al menos se mojan en ella; y llámase de otra generación y renovación, porque en este sacramento otra vez nacemos espiritualmente y somos limpiados y santificados, como enseña el Apóstol.

Por qué es sacramento. Cuanto a lo segundo, por qué razón el bautismo es y se dice sacramento, la causa es porque sacramento es una señal visible exterior de la gracia invisible. Donde en cada sacramento de éstos se nos ofrecen dos cosas para considerar. Una es la señal que de fuera aparece; otra, la gracia divina, que no se aparece.

Pero es de saber que los sacramentos no solamente son señales sagradas, mas son señales eficaces y obradoras de lo que significan; esto es, que no solamente significan la gracia de Dios y favor que en ellos nos hace, mas dan y obran la misma gracia en los que dignamente los reciben.

Estas dos cosas manifiestamente se hallan en el bautismo; quiero decir, señal exterior y gracia interior.

Porque como el agua tiene por su naturaleza fuerza para limpiar las suciedades de las cosas corporales, así el agua del bautismo muestra que en él se lavan las inmundicias de las almas. Pero no solamente se muestra esto por aquel lavatorio, mas de hecho y verdaderamente se hace en él. Por lo cual dice San Agustín: Esta agua no solamente limpia los cuerpos de las suciedades, mas limpia el alma de los pecados.

Pero conviene que sepamos de dónde tiene virtud esta agua que aprovecha no sólo a los cuerpos, mas a las almas; porque no toda agua tiene de suyo tal virtud, sino la que va acompañada con las palabras que Dios ordenó. Quitad al agua estas palabras: ¿qué quedará al agua, sino agua? Júntase la palabra con el agua y hácese sacramento.

La virtud de las palabras de aquel que anduvo sobre las aguas, ésa es la que limpia nuestras almas, y las palabras son los mandamientos y promesas de Cristo, instituidor de este sacramento, las cuales son éstas: Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Fúndanse estas palabras en aquellas que dijo Cristo a sus discípulos: Id y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo (Mt. 28, 19).

Fúndanse también en la promesa de Cristo, que es ésta: El que creyere y fuere bautizado, será salvo. El que no creyere, será condenado (Mc. 16, 16).

El sentido de las sobredichas palabras con que el ministro de este sacramento lo celebra es éste: Yo, por esta señal visible que es el agua, te lavo en nombre de la Santísima Trinidad, que es Padre e Hijo y Espíritu Santo, para que te reconcilies con Dios y estés en su gracia. Donde parece que el sello de nuestra alianza y amistad con Dios y del favor de su gracia es el bautismo.

Efectos del bautismo. Ahora declaremos lo tercero, conviene a saber, el efecto y provecho que el bautismo hace.

El efecto es que por este sacramento se libra el bautizado de la tiranía y reino del diablo, recibe perdón de todos sus pecados, y por el Espíritu Santo y por la inocencia se consagra a un Dios Padre e Hijo y Espíritu Santo, y se hace su hijo y heredero, y le infunde la gracia con todas las virtudes y dones del Espíritu Santo, y así queda hecho templo vivo suyo.

En las personas que tienen ya uso de razón requiérese que haya determinación de propia voluntad y aborrecimiento de la mala vida pasada, con propósito de la en-

mienda. Y en éstos no sólo quita el pecado original, sino también todos los otros actuales que hasta aquel punto hubiere el hombre cometido, sin que de ellos quede culpa ni pena.

Porque este sacramento es como nacimiento en la vida espiritual, en la cual nace el hombre cuando se bautiza. Y así como en el nacimiento y generación de una cosa no queda nada de aquello de que se engendró, como vemos que en el pollo, que se engendra de un huevo, no queda nada del huevo de que se engendró, así en el hombre que nace en esta nueva vida espiritual no queda nada de la vida vieja, que es de las culpas y pecados de ella. De modo que si el hombre entonces muriese, iría derecho a gozar de Dios.

Significación de las ceremonias bautismales.

Los cuales efectos y frutos también se muestran y representan hermosamente en las obras y manera con que se administra y celebra este sacramento, y principalmente metiendo el bautizado en el agua y sacándolo de ella. Porque escondiéndose el hombre dentro en el agua, o cubriéndose y mojándose con ella, signifícase que ya muere y se libra del imperio de Satanás, y de la muerte, y del pecado, que reinan en los infieles. Y sacándolo fuera del agua, signifícase que de ahí adelante resucita a otra nueva vida e inocencia; conviene a saber, que por el Espirítu Santo es otra vez resucitado o engendrado y hecho hijo y heredero de Dios.

Además de esto, en la bendición que primero se hace de la pila del agua con solemnes oraciones, ungiéndola con el santo crisma, se nos da a entender que el agua, no por su propia naturaleza, según arriba dijimos, mas por la virtud divina y obra del Espíritu Santo, lava las máculas del pecado.

El exorcismo o conjuro del demonio que luego se hace en la administración del bautismo, así con ciertas palabras como con el soplo del sacerdote, principalmente se hace para que el espíritu malo, que hasta entonces tenía tiranizado por el pecado de los primeros padres al que se ha de bautizar, huya y dé lugar al Espíritu Santo y de ahí adelante no ose derribar ni corromper a aquel que desde entonces se pone al amparo de Jesucristo.

Luego el que se bautiza se signa con la señal de la cruz, para que se acuerde que está señalado por siervo y caballero de Cristo, escrito en la nómina de los suyos y que con muy grande confianza y ánimo muy constante lo ha de confesar delante de todo el universo mundo y reconocerlo por Señor.

Después de esto dan al bautizado a gustar sal bendita primero, para que con esto sea amonestado que ha de carecer de todo hedor y corrupción de pecado y que de ahí adelante todas sus palabras han de ser ordenadas con sabiduría, que es significada por la sal.

Luego se untan las orejas y las ventanas de las narices del que se ha de bautizar, con saliva; para que sea avisado que le conviene por toda la vida oír la palabra de Dios, y que en sólo Dios ha de poner todos sus deleites y contentamientos, y que en ninguna manera ha de buscar los deleites y regalos o mimos de la carne.

Después dicen al que se ha de bautizar que renuncie a Satanás y que confiese la fe de Cristo; para que, acordándose después de lo que entonces promete, en todos sus pensamientos y palabras huya solícitamente de todos los pecados y de todos los malos consejos del diablo y que todo el tiempo que viviere se junte con Cristo y con la inocencia de vida constantemente.

Demás de esto úngese el que se ha de bautizar con óleo santo en el pecho y entre las espaldas, para que entienda que ha de luchar contra Satanás y contra el mundo y para que, con la virtud de Dios, se esfuerce para la confesión de la fe católica y para la ejecución de las buenas obras.

Luego, en siendo bautizado, se unge con crisma en la frente, para que conozca que entonces se une con la cabeza de la Iglesia, que es Cristo, lo cual es ser cristiano, porque como San Pablo dice (Gál. 3, 27), por el bautismo nos vestimos de Cristo.

Luego se cubre el bautizado con un velo blanco, para que sepa que ya está libertado de la servidumbre del diablo en que antes estaba y para que entienda que por el bautismo se viste de inocencia y de pureza, la cual ha de trabajar por guardar en cuanto viviere sana y salva.

Las cuales ceremonias son antiquísimas y por la mayor parte descienden del tiempo y ordenación de los apóstoles, por lo cual ninguno las debe tener en poco ni dejarlas presuntuosamente.

El bautismo es para los niños y para los adultos.

Después de lo dicho, resta que consideremos brevemente cuáles son o han de ser aquellos a quien se ha de dar el bautismo.

A esto decimos, juntamente con la santa y católica Iglesia, que se ha de dar a los niños de poco tiempo nacidos y a los que tienen años de discreción que de nuevo se convierten a Cristo. Lo cual podemos mostrar por firmísimas razones.

Lo primero, averiguada cosa es que la circuncisión que

se dió a los judíos fué figura del bautismo, como también el mar Bermejo (1 Cor. 10, 2); pues cierto es que en el Viejo Testamento los niños nacidos de ocho días se circuncidaban, y por el mar Bermejo no solamente pasaron y se salvaron los hombres ya hechos, sino también los niños.

Luego de esta manera se han ahora de bautizar no solamente los mozos y hombres, mas también los niños; porque lo que en la figura se hacía, mucho más conviene que se haga en la verdad.

Asimismo, Cristo abiertamente dijo: Dejad a los pequeñitos venir a mí, porque de los tales es el reino de los cielos (Mt. 19, 14). Y en otra parte dijo: No tiene voluntad mi Padre que perezca uno de estos pequeñitos. Pues cierto es que no pueden venir a Cristo los niños sino por el bautismo y no pueden dejar de perecer si no son bautizados. Porque quien no fuere bautizado no puede entrar en el reino de Dios (Mc. 16, 16).

Y si alguno preguntase: ¿Cómo creen los niños nuevamente nacidos? Respondemos con San Agustín que los tales creen, pero por otros, como también pecaron por otros Y que la fe ajena aproveche a otros parece claro por el Evangelio, donde por la fe que otros tuvieron perdonó el Señor los pecados a un paralítico (Mt. 19, 6). De esta manera recibe el Señor en su gracia y en su fe al niño que no entiende ni sabe hablar, por la fe y confesión de la Iglesia y de sus padrinos.

Oficio de los padrinos y quiénes deban ser.

Ahora vengamos a lo último que prometimos, conviene a saber, qué cosas pertenecen al oficio de padrinos.

Significan, pues, y representan los padrinos a aquellos que por mandato de Cristo le traían los niños y se los ponían delante para que los tocase con su mano. Cuyo ministerio siempre usó la Iglesia desde el tiempo de los apóstoles, como refiere San Dionisio. Estos son los que en nombre de su Iglesia y en su fe ofrecen a Cristo los niños para que sean bautizados y se constituyen como fiadores por los que no pueden por su palabra obligarse. Y por esto responden por ellos a lo que son preguntados y prometen que pondrán diligente cuidado en su crianza y en la fe y en las costumbres.

Por lo cual, pues su oficio es de tanta importancia y de tanta obligación, hase de mirar mucho la cualidad de las personas que se escogen. Y especialmente no se deben escoger ni tomar mozos que no entiendan lo que prometen ni el cargo que echan sobre sí ni la virtud y misterios del bautismo.

Después de esto han de procurar los padrinos de cumplir enteramente su obligación. Lo cual harán si responden a lo que son preguntados con el corazón lo mismo que pronuncian por la boca y enseñan y avisan a sus ahijados de todo lo que pertenece a la fe católica y a las costumbres y vida cristiana, si entendieren que tienen de eso necesidad, como dice San Agustín.

Esto es lo que nos basta saber de lo que toca a esta haber sido criado y conservado en el ser de naturaleza es que ordenemos nuestra vida de tal manera que permanezca en nosotros la eficacia y virtud del bautismo; esto es, que mortifiquemos nuestros pecados y resucitemos y perseveremos en novedad de vida. Porque de esta manera seremos siempre lo que comenzamos a ser en el bautismo, conviene a saber, hijos de Dios y herederos de la bienaventuranza, cuya posesión esperamos en el cielo y en la vida venidera.

Acción de gracias por el beneficio del santo bautismo.

Muchas gracias os doy, clementísimo y benignísimo Señor y Padre mío, porque tuviste por bien de adoptarme por hijo mediante el sacramento del santo Bautismo. ¿Qué me aprovechará haber sido criado y conservado en el ser de naturaleza si no fuera reengendrado por este sacramento en el ser de gracia?

¡Cuántas son las criaturas, cuántas las ciudades y las provincias y regiones a quien por los altos juicios de vuestra profundísima sabiduría no se comunica este beneficio! Para los cuales podemos decir que no hay redención, pues no gozan de los sacramentos, por los cuales se duplica el mérito de vuestra sagrada Pasión. Porque así como las causas universales, como son los cielos y los planetas, han menester otras causas particulares por quien produzcan particulares efectos, así ordenó también vuestra Providencia que la causa universal de nuestro remedio, que es la sagrada Pasión, se comunicase por medio de los sacramentos, que son como causas particulares que obran en virtud de esta universal, de la cual proceden las influencias de todo nuestro bien.

Pues ¿qué fuera de mí si no fuera bautizado, sino quedarme sin redención y sin remedio? Y como sean tantos los que no gozan de este beneficio y tan pocos los que lo reciben, quisisteis, Padre clementísimo, que fuese yo uno de estos pocos a quien cupiese tan dichosa suerte que pudiese decir con el Profeta: Muy esclarecida es la suerte que me cupo en el repartimiento de la tierra, porque mi heredad es muy esclarecida para mí.

Muchas gracias, pues, os doy, Señor, por este beneficio tan grande; porque como me alegro mucho de ser cristiano y no moro, ni judío, ni pagano, así os alabo muy de corazón porque por Vos soy lo que soy. Si aquel sabio de Grecia daba gracias porque era griego y no bárbaro, siendo también Grecia servidora de ídolos, ¿cuánto mayores gracias os debo yo dar porque soy cristiano y no pagano y porque adoro al verdadero Dios y no piedras ni demonios?

CAPITULO III

Del sacramento de la Confirmación

Después del sacramento del Bautismo síguese el de la Confirmación. Del cual, para proceder por su orden, diremos primeramente qué cosa es confirmación; lo segundo, de dónde viene el uso y costumbre de este sacramento; lo tercero, por qué y cómo es sacramento; lo cuarto, qué significan las ceremonias que se hacen en su administración; lo quinto, en qué edad se ha de recibir; lo sexto y último, con qué intención se ha de recibir y qué efectos obra en quien lo recibe.

Qué es la Confirmación. La Confirmación es un sacramento en el cual y por el cual se infunde a los bautizados gracia y acrecentamiento de los provechos espirituales; conviene a saber, de los siete dones del Espíritu Santo, que son espíritu de sabiduría y entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad y espíritu de temor del Señor.

Y por que ninguno se maraville cómo el Espíritu Santo se da en este sacramento a los bautizados, pues ya en el bautismo lo recibieron, entienda que de una manera se da aquí el Espíritu Santo y de otra manera allí. Porque en el bautismo se da para purificar y renovar al alma, y en la confirmación se da para fortaleza y acrecentamiento de fe y de virtud; quiero decir, para que sea guarda y esfuerzo de los bautizados, consolador en las adversidades, maestro en las cosas dudosas, autor y defensor en todas las tentaciones.

Esto se entenderá mejor declarando lo segundo que prometimos, que es cuando leemos en las Escrituras haberse usado este sacramento.

Uso que de él hizo la primitiva Iglesia. A lo cual decimos que los Apóstoles usaban de él, porque a ellos por su oración, poniendo las manos sobre la cabeza de los bautizados, les impetraban el Espíritu Santo. Lo cual refiere y justifica la Santa Escritura por estas palabras: Oyendo los Apóstoles, que estaban en Jerusalén, que los moradores de Samaria habían recibido la palabra de Dios, enviáronles a San Pedro y a San Juan; los cuales, llegando a su ciudad, hicieron oración por ellos para que recibiesen el Espíritu Santo, porque aun no era venido sobre alguno de ellos, mas solamente eran bautizados en el nombre del Señor Jesús. Entonces pusieron las manos sobre ellos y recibieron el Espíritu Santo (Hech. 8, 17).

Este lugar de la Santa Escritura entienden especialmente del sacramento de la Confirmación, así los antiquísimos escritores como los sucesores y modernos. De aquí es que Clemente, discípulo de San Pedro, en la epístola que escribió a los obispos Julio y Juliano, dice: Todos deben darse prisa para volver a nacer para Dios, y luego sean signados por el obispo, y así reciban la gracia de los siete dones del Espíritu Santo, porque ninguno sabe cierto cuál será el día último de su vida.

Y Tertuliano, escribiendo de la resurrección de los cuerpos, dice así: La carne se lava para que el alma se limpie; la carne se unge para que el alma se consagre; la carne se signa para que el alma se fortalezca; con las manos se cubre la cabeza, para que con el Espíritu Santo se alumbre el alma.

De los cuales testimonios parece claro que de este antiquísimo tiempo y de los mismos Apóstoles desciende el uso de este sacramento de la Confirmación, y desde entonces siempre se ha continuado en la Iglesia católica.

Por qué es sacramento. Ahora declaremos lo tercero, que es por qué la confirmación se llama sacramento.

Ya dijimos que en cada uno de los sacramentos se ha de considerar el signo visible y la gracia de Dios invisible, asimismo la palabra con que se da. Pues ambas estas cosas hallaremos en la confirmación, cuyas palabras son éstas: Yo te signo con la señal de la cruz y te confirmo con el crisma de la salud en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, para que seas lleno del mismo Espíritu Santo y vivas vida eterna.

La materia de este sacramento es el crisma, con el cual se unta la frente del confirmado, con la señal de la cruz. Lo cual por ordenación apostólica así se acostumbra des-

pués que el Espíritu Santo cesó de venir en formas visibles sobre los confirmados, en lugar de lo que se solía hacer antiguamente, cuando se ponían las manos sobre la cabeza.

Y pues la confirmación tiene palabras determinadas y materia cierta, con justa razón es y se llama sacramento, cuyas palabras se fundan en las promesas que Cristo hizo de enviar su Espíritu Santo a los Apóstoles y a los fieles. Y el crisma se usa en lugar de propia materia para significar la invisible e interior unción del Espíritu Santo, y juntamente para avisar a los que se crisman con este suavísimo óleo que fueron alumbrados con el resplandor de la fe y calentados con el ardor de la caridad y que les conviene dar de sí buen olor de justas obras por toda la vida.

Las ceremonias y su significación. Vengamos ya a las ceremonias que allende de la unción del crisma se usan en la administración de este sacramento. Primeramente se hace en la frente la señal de la cruz, para que seamos amonestados que sin miedo alguno habemos de confesar públicamente y en todo lugar a nuestro Emperador y Señor Jesucristo crucificado, por cuyos nos entregamos en el bautismo, para que verdaderamente digamos con San Pablo: Ninguna otra cosa sé sino Jesucristo, y a éste crucificado (I Cor. 2, 2). Y lo que en otra parte él mismo escribe: Nunca Dios quiera que yo me gloríe en otra cosa sino en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo (Gál. 66, 14).

Después da el obispo una bofetada al confirmado, para avisarnos que, como habemos de confesar el nombre y la cruz de Cristo sin miedo alguno ante todas las gentes, así también habemos de estar aparejados a sufrir cualquier injuria pacientemente y de buena voluntad por su amor y por su gloria, tanto que, si fuere necesario, volvamos la mejilla izquierda a quien nos hiriese en la derecha, como nos enseña el Señor (Mt. 5, 39).

A qué edad debe recibirse. Pero sepamos de qué edad comúnmente se deben confirmar los que ya están bautizados; y decimos que, según la costumbre que ahora se tiene, se confirman así los niños que aun no tienen edad de discreción como los que ya tienen juicio y entendimiento. Puesto que la Iglesia y los Padres antiguamente acostumbraban a dar la confirmación solamente a los que tenían discreción y eran primero enseñados en la fe y religión cristiana y antes de la confirmación confesaban delante del obispo la fe católica y la obediencia cristiana por su propia boca, con

lo cual libraban a sus padrinos del cuidado que prometieran tener de ellos, según se escribe en el Concilio Aurelianense, donde se manda que los que en esta edad se confirman vengan en ayunas a este sacramento y confiesen primero la fe.

Para qué se recibe. Resta que declaremos la intención que ha de tener el que se llega a recibir este sacramento. Pues el que quiere ser confirmado determine consigo con fe cierta, sin alguna duda, que por la fe y oración recibirá al Espíritu Santo por prenda de su salvación, para que por sus dones sea mucho más alumbrado en la fe y hecho más fuerte para la confesión de la misma fe y para ejecución de las buenas obras y, finalmente, para poder perseverar firme y no vencido de todas las acometidas de sus enemigos, así interiores como exteriores; porque éstos son los principales efectos de la confirmación.

DEL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

CAPITULO IV

Del sacramento de la Penitencia y de sus partes

La necesidad que de este sacramento tenemos es ésta.

Acontece muchas veces a los bautizados y confirmados en el espíritu lo que a todos los hombres igualmente acontece en el cuerpo. Porque ninguno de los mortales nace y se cría tan perfecto, que algunas veces no enferme y se enflaquezca. Y de la misma manera, ninguno de los cristianos se hace por el bautismo y por la confirmación tan robusto y valiente en la fe y virtudes cristianas, que alguna vez no caiga en pecados. Porque aun todavía está arraigada en nosotros, puesto que seamos bautizados y confirmados, aquella inclinación o naturales deseos del pecado, en cuanto vivimos en este cuerpo mortal; por cuyos estímulos muchas veces caemos no solamente en leves pecados, mas muchas veces en crímenes gravísimos.

Luego fué necesario tener algún remedio espiritual por cuya virtud y obra nos levantemos después de caídos; conviene a saber, que seamos otra vez libres de las culpas

cometidas. Porque de otra manera, ¿quién se podría tener o ponerse en pie o quién no desesperaría de su salvación?

Este remedio que Dios nos dió para esta flaqueza es el sacramento de la absolución o de la penitencia, a quien graciosamente llaman los santos segunda tabla, en que se acogen y salvan aquellos cuya nave se abre en la tempestad. Porque la tabla primera en que navegamos para el puerto de la salvación, libres del naufragio que causaron el pecado de nuestro primer padre y nuestra propia malicia, es sólo el bautismo.

Pero si, después de bautizados, por propios pecados otra vez cometidos padecemos otro naufragio, ya no ha de morir otra vez por nosotros Cristo, como dice San Pablo, ni nos queda otro bautismo ni otro remedio sino sola esta tabla en que nos salvemos, que es la penitencia. Para lo cual dejó Cristo a la Iglesia el poder de absolver los pecados, que en el Evangelio se llama llaves (Mt. 16, 19).

Qué es este sacramento.

El sacramento de la Penitencia es sacramento con que es absuelto el penitente de todos sus pecados por el sacerdote, como por público ministro de Cristo y de la Iglesia, y es vuelto a la amistad de Cristo y de la Iglesia. Dícese sacramento de penitencia porque su fuerza en ninguno otro tiene lugar sino en el pecador arrepentido. Esto es tan manifiesto, que no tiene necesidad de mayor declaración; y si alguna cosa hay en esto todavía oscura, declararse ha más ampliamente por lo que ahora diremos.

Diremos que tiene las mismas partes que los otros sacramentos, conviene a saber, forma y materia. La forma es el tenor de las palabras que el sacerdote dice, que son éstas: Yo te absuelvo de todos tus pecados, en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Porque estas palabras son la substancia de la absolución, y las otras palabras que dice el sacerdote son oraciones que hace por el penitente.

Pero las palabras que dijimos son la substancia de la absolución, que son conformes a las que Cristo usaba cuando perdonaba los pecados y decía al penitente: Perdonados son tus pecados (Mt. 9, 2).

Y además de esto se fundan en la determinación y palabra que Cristo dió a sus Apóstoles y a sus sacerdotes, sus sucesores, cuando les dijo: Como me envió mi Padre, yo os envío. Recibid el Espíritu Santo: a quien perdonareis los pecados, serán perdonados, y a quien los retuviereis, serán retenidos (Jn. 20, 23). Y en otra parte: En verdad os digo que todo lo que atareis sobre la tierra, será

atado en el cielo, y todo lo que desatareis sobre la tierra, será desatado en el cielo (Mt. 16, 19).

La materia o señal visible de este sacramento son los pecados confesados; porque sobre esta materia cae la forma de la absolución. Donde lo que el sacerdote dice yo te absuelvo, tanto vale como si expresamente dijese: Yo, en lugar de Cristo, te absuelvo. Y cuando, diciendo estas palabras, el sacerdote pone la mano encima del penitente, significa que la mano de Dios, conviene a saber, la virtud divina o gracia del Espíritu Santo, está presente al sacramento y eficazmente obra en él para limpiar y santificar al pecador.

Condiciones que se requieren para recibirle bien.

Ahora consideremos ya qué condiciones se requieren en nosotros para que recibamos el efecto de la absolución y se perdonen nuestros pecados. A esto digo que se requiere que tengamos verdadero arrepentimiento de nuestras malas obras; porque por esto se llama sacramento de penitencia, que quiere decir arrepentimiento. Y entonces verdaderamente el pecador se arrepiente cuando se convierte de los pecados y los deja, y se vuelve a Dios cuando tiene grande y vehemente dolor por haber pecado, y determinado aborrecimiento de los pecados y firme propósito de enmendar de ahí en adelante su vida.

Para lo cual es de saber que el sacramento de la Penitencia, según la doctrina de los santos, tiene tres partes, conviene a saber, contrición, confesión y satisfacción.

De la contrición.

La contrición es una intensa tristeza por los pecados cometidos y por haber ofendido a Dios, con firme propósito de mudar en mejor la vida y de nunca más pecar.

La cual nace en nuestros corazones, primeramente, de la atenta consideración de la fealdad del pecado y de la pena que por él merecemos. Lo segundo, del entrañable agradecimiento y memoria de los beneficios que de Dios tenemos recibidos, y, finalmente, de la consideración del ardiente amor con que Dios nos ama y de su bondad, que está aparejada para recibirnos cada vez que a Él nos volviéremos.

Mas para que eficazmente nos movamos con el conocimiento de la culpa y del castigo y para que verdaderamente nos dolamos por tener ofendido a este Señor, necesario es que Dios nos lo dé. Porque todos estos bienes de Él manan, y de esta manera Él comienza en nosotros la penitencia y la perfecciona. Porque, como San Pablo dice,

Dios da el arrepentimiento y la enmienda de vida (Fil. 2, 13), con que se libra el hombre de los lazos del diablo, que tiene cautivos a los pecadores.

Lo cual hace Dios por medios de que usa con nosotros, así públicamente, con amenazas y promesas, por sus Escrituras y predicadores, como interiormente, por el Espíritu Santo, inspirando saludables propósitos y deseos en nuestros corazones, con que nos mueve y, finalmente, nos determina. Por lo cual, para que esta contrición se críe en nosotros, conviene oír diligentemente las palabras de Dios y pedir devotamente a Dios nos dé la gracia de su Santo Espíritu.

De la confesión sacramental. La confesión, que es la segunda parte de la penitencia, es una humilde manifestación de los pecados cometidos de que tenemos conocimiento y memoria.

Pero de tres maneras podemos confesar nuestros pecados : una, interiormente, en nuestro corazón ; segunda, a nuestro hermano ; tercera, sacramentalmente. La primera confesión se hace a sólo Dios, y se debe hacer cada día ; la segunda, al prójimo, cuando lo tenemos ofendido y le pedimos perdón ; la tercera, al sacerdote, como a público ministro de toda la Iglesia, la cual se debe hacer todas las veces que nos hallamos culpados de algunas culpas y pecados mortales y todas las veces que nos llegamos a la sagrada comunión.

De la primera confesión habla la Escritura en muchos lugares, pero especialmente David en el salmo XXXI, donde dice : Dije : yo confesaré mi injusticia delante del Señor, y tú perdonaste la maldad de mi pecado. Y San Juan, en su canónica, dice : Si confesáremos nuestros pecados, fiel y justo es Dios, que nos los perdonará.

De la segunda confesión se entiende lo que San Mateo escribe en el capítulo XVIII y Santiago en su epístola (5, 16), donde dice : Confesad unos a otros vuestros pecados por que seáis salvos. La cual sentencia también se entiende de la confesión sacramental.

De ésta, que es la tercera, se entienden todos los lugares del Evangelio donde Cristo dió poder a sus Apóstoles y, por la misma razón, a sus sucesores los sacerdotes, para perdonar y para retener los pecados, conviene a saber, para perdonarlos a los penitentes y retenerlos a los que no quisieren hacer penitencia.

Porque dado que en estos lugares no se hace expresa mención de la letra de esta palabra, confesión, pero necesariamente se presupone y se incluye en el poder que Cristo da de absolver y de retener los pecados. Porque

¿cómo podrán ejercitar esta autoridad los sacerdotes si no entienden y saben los pecados que han de retener o los que han de perdonar? Pues ¿cómo podrán saber esto los sacerdotes si los penitentes no les declararen y contaren sus pecados? Mayormente, pues todos los pecados no se cometen públicamente, antes los más se hacen a escondidas, y no menos los secretos llegan al alma que los públicos; por lo cual igualmente tienen necesidad de perdón y, por consiguiente, de confesión en el juicio del sacerdote.

Donde bastantemente se concluye que es necesaria la confesión y relación de los pecados hechos delante del sacerdote.

Se han de referir y confesar todos los pecados que ocurrieren a la memoria, hecho para esto diligente examen de conciencia; y los que, habiendo precedido toda diligencia, se olvidaren, perdónanse por virtud de la penitencia, como si particularmente se confesasen.

Y mírese mucho que no se deje de confesar algún pecado mortal; porque quien esto hiciese no engañaría a Dios ni a sus vicarios, sino a sí mismo, según aquello que se escribe en los Proverbios: Quien esconde sus pecados no se justificará, y quien los confiesa y los descubre alcanzará misericordia (Prov. 28, 13).

De la satisfacción de obra.

Resta tratar de la tercera parte de la penitencia, que es la satisfacción.

Y por que ninguno se ofenda con este vocablo, satisfacción, pareciéndole que con ninguna obra podemos satisfacer a Dios, declaro que hay dos maneras de satisfacción. Una es por la cual se perdona la culpa de nuestros pecados y se descarga la pena de la muerte eterna.

Esta satisfacción solamente se hace por los merecimientos de Cristo y a sólo Él la debemos atribuir; como quiera que Él sólo sea el sacrificio por quien alcanza perdón de los pecados todo el mundo, según dice el evangelista San Juan. Y por la virtud de esta satisfacción, nosotros cumplimos y nos son perdonados los pecados, así en este sacramento de la Penitencia como primero en el bautismo.

Otra satisfacción hay, de que al presente hablamos, que consiste en nuestras obras, conviene a saber, en la enmienda de la vida y en huir los pecados, y demás de esto, en obras trabajosas de penitencia, como son oraciones, lágrimas, ayunos, vigilias, limosnas y otros ejercicios de esta cualidad, hechos o por propia voluntad o impuestos por el sacerdote.

Y lo que principalmente es necesario es huir del pecado

y mejorar la vida, porque sin ambas cosas estas, o no se perdonan los pecados o, aunque primero fueran perdonados, vuelve el hombre a la misma condenación y a merecer ser más gravemente castigado, como parece en muchos lugares del Evangelio (Mt. 3, 8), mayormente en aquel sermón y amonestaciones que San Juan Bautista hizo a los que venían a bautizarse, a los cuales decía: Haced frutos dignos de penitencia.

Las cuales obras penitenciales aprovechan para sanar las malas inclinaciones y reliquias que quedan de los pecados aun después que se perdonaron y para que la mala costumbre, envejecida de pecar, con estos ejercicios se venza y destierre, y para que las penas temporales debidas por el pecado, del todo se perdonen o al menos se ablanden.

Porque, perdonada la culpa del pecado que personalmente cada uno comete, no por eso luego se perdona la pena temporal a que por el pecado nos obligamos, como parece en el rey David y en el pueblo de Israel, que, aun después de perdonados, fueron rigurosamente castigados.

Y sobre todo, manifiestamente lo conocemos con nuestra propia experiencia en las enfermedades y dolores y trabajos que padecemos todavía por el pecado original, aunque la culpa de él nos esté perdonada por el bautismo. Donde con razón dice el Sabio: Del pecado perdonado no estés sin miedo y no acrecientes pecado a pecado (Ecl. 5, 5). Y en otra parte dice: Hijo, ¿pecaste? No añadas más pecados, sino pide a Dios que te perdone los que tienes cometidos (Ibíd. 21, 1).

En conclusión, digo que no sentimos en esta materia por este nombre de satisfacción otra cosa sino frutos dignos de penitencia, esto es, obras contrarias a los pecados cometidos. Pero entendamos que estas obras que dijimos bastan para que por ellas se nos remitan las penas temporales o se nos ablanden, no por su valor ni dignidad, mas por la fe y devoción con que se hacen y por la cumplida satisfacción y merecimientos bastantes de Cristo, en que principalmente estriban.

Y no dude cualquiera que tuviese estas tres partes de penitencia arriba declaradas, según el poder, que verdaderamente se le aplicará la satisfacción de Cristo en este sacramento. Esto es, que por la sangre de Cristo alcanzará cumplido perdón de sus pecados y la gracia del Espíritu Santo.

CAPITULO V

DE LA PRIMERA PARTE DEL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA, QUE ES LA CONTRICIÓN, Y DE LOS MEDIOS POR DONDE SE ALCANZA

Entre todos los males que ahora hay en el mundo, ninguno hay que más merezca ser llorado que el modo que tienen muchos cristianos de confesar cuando lo manda la Iglesia. Porque, sacados aquellos que viven en temor de Dios y tienen cuenta con sus almas, vemos cuán mal se aparejan muchos otros para este sacramento y cuán sin arrepentimiento y sin examen de su conciencia se llegan a él.

De donde nace que, acabando de confesar y comulgar, luego se vuelven a lo pasado, y que apenas es acabada aquella semana de la penitencia, cuando luego tornan a aquel mismo cieno en que antes se revolcaban y vuelven como perros a tragar lo que ya habían revesado. Este es un gran desprecio de Dios y de su Iglesia y de sus ministros y sacramentos, y parece que es andar cada año jugando con Dios, pidiéndole perdón de las injurias hechas y protestando la enmienda de ellas, y a vuelta de cabeza tornando a hacer otras mayores.

El castigo que merecen éstos es el que Dios les da, que es el mayor que se puede dar, que es dejarlos andar en este juego toda la vida hasta que llegue la muerte, donde les acaezca lo que suele acaecer a los que nunca hicieron penitencia verdadera hasta aquella hora, cuyo fin, regularmente hablando, como dice el Apóstol, será conforme a sus obras; de las cuales nunca hicieron penitencia verdadera, sino falsa, como el mismo Señor se queja por un profeta, diciendo: No se volvieron a mí con todo su corazón, sino con mentira.

Y llama aquí mentira aquella penitencia falsa y aparente que hacen los tales, que parece penitencia y no lo es; con la cual no engañan a Dios, mas engañan a sí mismos, pues les parece que han hecho penitencia verdadera, como quiera que todo lo hecho sea mentira.

Pues si alguno desea convertirse a Dios de verdad y hacer penitencia de verdad, aquí le declararemos en pocas palabras lo que para esto debe hacer, poniéndole delante los más comunes avisos que los doctores para esto dan, los cuales, aunque entre los teólogos sean muy claros,

a los simples, para cuya edificación esta escritura se ordena, son muy ocultos, y por esto conviene que sean advertidos de ellos.

Y porque este sacramento tiene tres partes principales, que son contrición, confesión y satisfacción, en cada una de éstas declararemos sumariamente lo que se debe hacer para que la penitencia sea perfecta.

La verdadera contrición. Pues el que de veras y de todo corazón desea volver a Dios; el que, entendida la vanidad del mundo y la obligación que tiene al servicio de su Criador y Redentor, se quiere tornar a él y, a manera del hijo pródigo, desea volver a la casa de su padre, sepa que la primera puerta por donde ha de entrar es la contrición.

Porque éste es uno de los más preciosos sacrificios que podemos ofrecer a Dios, según aquello del salmo que dice: Sacrificio es a Dios el espíritu quebrantado; el corazón contrito y humillado, Señor, no despreciarás.

Esta contrición tiene dos partes principales. La una es arrepentimiento de los pecados pasados, y la otra, propósito de enmendar los venideros. La razón de esto es porque la contrición, propiamente hablando, es una detestación y aborrecimiento del pecado sobre todo lo que se puede aborrecer, en cuanto es ofensivo de la divina Majestad.

Por donde el que este aborrecimiento tiene, así aborrece los pecados pasados como los venideros, porque así los unos como los otros son ofensivos de esta Majestad. Mas los pasados, como ya no los puede excusar, pésale por haberlos cometido, y los venideros, que están en su mano, propone firmísimamente de evitarlos.

Por donde se ve claro que, como dice San Agustín en el libro *De la medicina de la penitencia*, no basta al hombre para aplacar a Dios mudar la vida y apartarse de los pecados pasados, sino es menester también satisfacer por ellos con el dolor de la penitencia, y con el gemido de la humildad, y con el sacrificio del corazón contrito y humillado, y con obras de misericordia.

Primera condición: dolor verdadero. Pues, conforme a esto, la primera cosa que debe procurar el verdadero penitente es el dolor y arrepentimiento de sus pecados, haciendo lo que hacía aquel santo penitente que decía: Revolveré, Señor, en mi memoria delante de ti todos los años de mi vida con amargura de mi corazón.

Y este dolor y amargura no ha de ser principalmente porque por sus pecados mereció el infierno y perdió el cielo

con todos los otros bienes que por esto se pierden, aunque esto no sea malo, sino porque por ellos ofendió a Dios y le perdió. Y así como Dios merece ser amado y preciado sobre todas las cosas, así es razón que sintamos haberle perdido y ofendido sobre todas las cosas. Porque la mayor de las ofensas pide el mayor de los sentimientos, y la mayor de las pérdidas, el mayor de los dolores.

Verdad es que la piedad de Nuestro Señor y el deseo que tiene de nuestra salvación es tan grande, que aunque el dolor no sea tan calificado como éste, juntándose con él la virtud del sacramento, que da gracia a quien no pone algún impedimento para recibirla, bastará para dar salud.

Y esto es lo que comúnmente suelen los teólogos decir: que los sacramentos de la ley de gracia hacen al hombre, de atrito, contrito. Porque así como una candela recién muerta y que aun está humeando, con un pequeño soplo se enciende y se hace, de muerta, viva, así el alma, que con la virtud de la contrición está como humeando, aunque no encendida, sobreviniendo el soplo y la virtud del sacramento, viene a encenderse del todo y a hacerse, de muerta, viva.

Mas cuál sea la atrición que a este grado llegue, no es dado saber a los hombres, sino sólo a aquel Señor a quien ninguna cosa se esconde.

También es aquí de notar, para consuelo de los flacos, que este dolor que aquí pedimos no es necesario que sea siempre como los otros dolores sensibles, que están en la parte sensitiva de nuestra alma y que revientan en lágrimas; porque sin esto puede ser éste verdadero arrepentimiento y dolor, cuando nuestra voluntad aborrece el pecado sobre todo lo que se puede detestar y aborrecer, lo cual muchas veces se hace sin lágrimas y sin esta manera de dolor.

Del propósito de la enmienda. La segunda parte, y también muy principal, que para esta contrición se requiere es el firme propósito de nunca más ofender a Dios en cosa de pecado mortal. Y esto también, como el dolor, no ha de ser por cielo, ni por infierno, ni por algún otro interés propio, sino por amor de Dios, como vemos que la buena mujer tiene asentado en su corazón de morir antes que quebrantar la fe que debe a su marido, no tanto por el temor o interés que de él espera, cuanto por el amor que le tiene, puesto caso que temer o desear las tales cosas no sea cosa reprobada, sino provechosa y loable y aun don de Dios.

Y así como está obligado a tener propósito de evitar los pecados venideros, así también es necesario apartarse

de los presentes en que está, si son mortales; porque de otra manera la confesión no sería confesión, sino sacrilegio e injuria del sacramento. Y, por consiguiente, así el que se confesase como el que le absolviese serían sacrílegos y deshonradores del sacramento, y así la tal confesión no sería remisión de los pecados viejos, sino acrecentamiento de otros nuevos.

Y, por tanto, el que no quiere hacer de la medicina ponzoña ni usar para su condenación de lo que Dios instituyó para su remedio, trabaje ante todas las cosas por apartarse de cualquier pecado mortal, si por ventura está en él.

Propósito de perdonar las injurias. Y, por tanto, el que tiene odio y enemistad formada contra su prójimo debe salir de esta mala voluntad, y reconciliarse con él, y restituirle el habla, si se la tiene quitada, en caso donde, de no hacerlo así, se siguiese algún escándalo notable a juicio de prudente confesor, como es cuando el que contra vos erró os pide perdón en el foro que llaman de la conciencia y vos se lo negáis, porque con esto les escandalizáis y provocáis a odio contra vos.

De restituir los bienes ajenos. Asimismo, el que retiene lo ajeno contra la voluntad de su dueño es obligado a luego restituirlo. Y digo luego, porque si luego puede pagar, luego es obligado a ello. y no basta que tenga propósito de restituir adelante o en el testamento si luego lo puede hacer, aunque sea poniéndose en necesidad, mayormente cuando aquel a quien se debe está puesto en otra tal.

Y porque acerca de esta obligación de luego pagar hay mucho que decir y también mucho engaño en los malos pagadores, quien quisiere tener segura su conciencia aconséjese con quien le sepa desengañar.

Y tenga aviso que no sólo es obligado a restituir el que tomó o hizo algún daño, sino también el que fué causa que se hiciese o acompañando, o aconsejando, o consintiendo, o recibiendo en su casa al malhechor como a malhechor, o comprando de persona sospechosa, o recibiéndola o encubriéndola en su casa, o también no atajando el mal que se hacía si era persona que lo debía y podía hacer. Porque todos éstos, de ellos *in solidum,* son obligados a restituir al agraviado, y restituyendo él, los otros quedan obligado a restituir a éste, que pagó por todos.

De restituir la fama. Y como hay restitución de hacienda, así también hay restitución de fama si yo eché en la plaza algún delito grave y secreto

de mi prójimo, y así también hay de honra si le hice alguna injuria de palabra o de obra. Y en lo primero es obligado a restituirle su fama, volviendo a dorar con buenas palabras lo que antes desdoró, cuando de esto se espera provecho, y en lo segundo es necesario satisfacer a la persona ofendida o enviándole a pedir perdón o recompensando la injuria, o con lo uno y otro juntamente cuando el caso lo requiere, según el juicio del confesor.

Así que tenemos aquí tres maneras de restitución: una de hacienda, otra de fama y otra de honra; en cada una de las cuales conviene mirarse mucho la obligación que el hombre tiene para descargo de su conciencia.

De evitar la ocasión deshonesta.

Asimismo, los que tienen alguna comunicación deshonesta o propósito y afición dañada, están obligados a despedir de sí esta pestilencia si quieren gozar de la gracia de este sacramento.

Y no basta apartar el corazón del pecado si no se aparta la ocasión de él, porque de otra manera, mal se puede evitar este pecado.

En lo cual se engañan muchos que, justificado, a su parecer, el propósito y la intención, creen que está ya todo seguro, y no miran que la simiente del mal se les queda en casa, la cual al mejor tiempo tornará a brotar. Por lo cual dice San Bernardo: ¿Cada día quieres conversar con una mujer y ser tenido por continente? Ya que lo fueses, no puedes excusar, a lo menos, la mancilla de la mala sospecha. Si eso haces, dígote que me eres escándalo. Por eso quita la materia y la causa de él, porque escrito está: ¡Ay de aquel por quien viene el escándalo!

Pero mucho más para temer es lo que el mismo santo dice en un sermón sobre los Cantares de esta manera: ¿Por ventura no es mayor maravilla morar con una mujer y no perder la castidad que resucitar un muerto? Luego si no puedes lo que es menos, ¿cómo quieres que te crea lo que es más?

Pues por esta causa conviene quitar de por medio todas las ocasiones de pecados; especialmente cuando ya una vez se rompió el velo de la vergüenza y se abrió camino para el mal. Porque abierta esta puerta, imposible es, moralmente hablando, dejar de pasar el mal adelante.

Y si dices que te es muy dificultoso apartar esa ocasión, porque para eso es menester echar fuera de casa tal y tal persona a quien tienes grande obligación o de quien tienes grande necesidad, a eso no sé qué te responda sino aquello del Salvador que dice: Si tu pie o mano te fuere ocasión de mal, corta el pie o la mano que esta ocasión te da,

porque más vale que cojo y manco vayas al cielo que con dos pies y manos al infierno.

Bien veo que es recia cura ésta. Mas así como hay algunas enfermedades corporales que no se pueden curar sino con hierro y fuego, cortando a veces un miembro por guardar todo el cuerpo, así te confieso que hay algunas enfermedades espirituales que no sufren más blandos remedios que éstos.

Y de esto no tiene culpa la ley de Dios, que es rectísima y suavísima, sino tú, que rompiste el velo de la vergüenza, y abriste camino para el mal, y te pusiste a provocar y ensañar una fiera estando fuera de su misma jaula, donde ni había pies para huir ni guarida para acogerte. Y por esto no es mucho que pagues ahora tu merecido, y cojas el fruto de lo que sembraste, y pases mucho trabajo en echar al enemigo de casa, pues tú le abriste la puerta.

Esto es lo que toca a las dos principales partes de la contrición. Ahora tratemos de los medios por donde esta virtud se alcanza, y especialmente la primera parte de ella, que es el dolor y arrepentimiento de lo pasado.

Se consigue la contrición.

a) *Pidiéndola a Dios.* — Pues el que de veras y de todo corazón desea alcanzar esta piedra preciosísima de la contrición, sepa que el primer medio que para esto hay es pedirla a Dios con toda la humildad e instancia posible.

Porque arrepentirse el hombre de los pecados como debe es una especialísima gracia y dádiva suya y una obra que excede toda la virtud y facultad de la naturaleza humana. Porque Él la crió derecha y levantada a Dios por amor, mas el pecado la torció e inclinó a sí misma, que es el amor de los bienes visibles, los cuales ama y aprecia más que a Dios. Por lo cual, así como un hombre que nace torcido y encorvado del vientre de su madre no hay medicina ni virtud natural que baste para restituirlo en su natural rectitud, así también, naciendo nuestra voluntad con esta manera de corcova y torcimiento espiritual, nadie es poderoso para rectificarla y enderezarla a Dios, haciendo que le ame sobre todas las cosas, sino el mismo Señor que la crió.

Pues así como no puede el hombre alcanzar este amor sobre todas las cosas sin Dios, así tampoco puede dolerse del pecado sobre todas las cosas por él sin especial ayuda del mismo Dios, porque de lo uno se sigue lo otro.

Y por esto dice el Señor en su Evangelio : Nadie puede venir a mí si mi Padre no le trajere. Porque venir a Cristo es amarle sobre todas las cosas y dolerse del pecado sobre

todas ellas, y este tal amor y dolor nadie lo puede tener de sí, como conviene tenerse, si el mismo Dios no se lo da.

Pues hacer Él esto con un pecador es la mayor gracia y el mayor bien que se le puede hacer. Porque, aunque sea mayor bien dar gloria que gracia, pero mayor cosa es sacar un hombre de pecado y ponerlo en gracia que, después de puesto en gracia, darle la gloria, pues mayor distancia hay del pecador a la gracia que de la gracia a la gloria.

Y aun dice Santo Tomás, tratando de las obras de Dios, que es mayor obra la justificación de un pecador que la creación del mundo; porque todo el ser del mundo no es más que un bien limitado y finito, como lo son todas las cosas criadas, mas la justificación del hombre es una participación de la dignidad y gloria de Dios, que es bien infinito.

Pues si ésta es obra de Dios, y tan grande obra y misericordia suya, síguese que a Él se ha de pedir con toda humildad e instancia posible, perseverando en esta demanda con aquella piadosa cananea y diciendo: Ten misericordia de mí, Señor, hijo de David, porque mi hija, que es mi alma, es malamente atormentada del enemigo.

Y aunque el Señor al principio se nos muestre áspero y riguroso, como a ella se le mostró, no por eso aflojemos ni desmayemos en este requerimiento; porque por eso se mostró Él tal a esa mujer, por que en ella aprendiésemos a no desconfiar cuando así le viésemos, sino antes perseverásemos como ella perseveró. Porque, sin duda, alcanzaremos lo que ella alcanzó, pues, como dice el Apóstol, fiel es Dios y no se puede negar a nadie.

Y para ayudar a hacer esto más fácilmente se ponen adelante algunas devotas oraciones y consideraciones, para que los que no saben por sí hablar con Dios y manifestarle sus necesidades, por aquí se las puedan mejorar, manifestar y pedirle esta misericordia.

b) *Considerando los motivos del arrepentimiento.* — El segundo medio que para esto hay es recogerse el hombre dentro de sí mismo en tiempo y lugar conveniente y considerar todas aquellas cosas que le pueden inclinar a tener este arrepentimiento y dolor. Porque cuanto más considerare las causas que para esto tiene, tanto más claro verá cuánta razón tiene para llorar y sentir su mal. Porque no sin causa ordenó la naturaleza que el mismo sentido que sirve para ver sirviese para llorar, pues de lo uno se sigue lo otro, porque el que bien ve, bien llora. Esto es, el que sabe mirar los males como deben ser mirados, ése los sabe llorar como merecen ser llorados.

Abra, pues, el hombre los ojos y póngalos primera-

mente en la muchedumbre de sus pecados y después en Dios, contra quien pecó; porque cada cosa de éstas le dirá cuánta razón tiene para dolerse de ellos.

c) *Meditando en la grandeza de Dios.*—Primeramente muévelo a esto considerar la grandeza de la persona ofendida, que es Dios, cuya bondad, majestad, nobleza, misericordia, hermosura y sabiduría es tan grande que, aunque de Él ninguna cosa tuviéramos recibida ni esperásemos recibirla, por sólo ser Él quien es merecería que, aunque el hombre tuviese más vidas que estrellas hay en el cielo y arenas en el mar, todas las ofreciese en sacrificio de Él.

Y de aquí verás cuánta razón tienes de dolerte por haberlo ofendido, pues no solamente no te ofreciste en sacrificio por Él, mas antes tantas veces como éstas lo crucificaste de nuevo, pues tantas o pocas menos lo ofendiste.

d) *Y en la muchedumbre de sus beneficios.*—Moverte ha también a esto la consideración de sus beneficios, que son sin cuento.

Porque, si sabes bien echar la cuenta, hallarás que cuantas cosas hay en el cielo y en la tierra son beneficios suyos, y cuantos miembros y cabellos tienes son beneficios suyos, y cuantos puntos vives de vida son beneficios suyos, y, finalmente, el pan que comes, el sol que te calienta y el cielo que te alumbre, con todo lo demás, son beneficios suyos.

Y para decirlo todo en una palabra, todos los bienes y males del mundo son beneficios suyos; porque todos esos bienes crió para ti y de todos esos males te libró, o de la mayor parte de ellos.

Pues ¿qué cosa más digna de ser sentida que haber vivido con tan gran olvido y desconocimiento de un Señor en cuyos brazos andabas, de cuyos pechos te mantenías, con cuyo espíritu vivías, cuyo sol te calentaba, cuya providencia te regía, te movía y conservaba? ¿Qué mayor maldad que haber perseverado tanto tiempo en ofender a quien siempre perseveraba en hacerte bien y haber hecho tantos maleficios contra quien te hacía tantos beneficios?

e) *Y en los novísimos.*—También la memoria de las penas del infierno, que son tan horribles, y la de aquel juicio universal, que será tan riguroso, y en particular la de nuestra muerte, que a cada hora nos aguarda, es razón que nos mueva a dolor y temor de nuestros males; pues cada cosa de éstas, por su parte, amenaza tan grandes males al culpado y de tanto más cerca cuanto menos le puede quedar de vida.

f) *Y en los muchos y enormes pecados propios.*—Considera también la multitud y grandeza y enormidad de tus pecados, y hallarás que se han multiplicado sobre los cabellos de tu cabeza y sobre las arenas del mar.

Y si bien esmerilares la vida pasada, hallarás en ella tantas heridas, tanto tiempo perdido, tantos aparejos para bien obrar tan mal empleados, tantos atrevimientos, tantas invenciones y maneras de males; una lengua tan suelta, unos ojos tan livianos, un corazón tan desenfrenado y una conciencia tan desbaratada como si fueras nacido entre gentiles o como si ningún conocimiento tuvieras de Dios.

Pues quien halla dentro de sí un tamaño estrago, ¿cómo no llorará y gemirá de corazón y sentirá tan grande mal?

En estas y otras semejantes consideraciones debe el hombre ocupar sus pensamientos algún tiempo antes que se confiese para despertar en su alma este dolor. Y debe leer y rezar algunas oraciones y salmos que de esta materia traten, para que, haciendo él de su parte lo que buenamente pudiere, el Señor haga lo que es de la suya y le dé a beber un poco de este cáliz, el cual, aunque tiene los primeros principios amargosos, el fin es de muy grande suavidad.

CAPITULO VI

DE LOS FRUTOS Y PROVECHOS GRANDES QUE SE SIGUEN DE LA VERDADERA CONTRICIÓN

Estas son, cristiano lector, las oraciones y consideraciones que nos pueden ayudar para esta tan grande gracia de la contrición. Y heme detenido tanto en esta parte por ser ésta la llave y el fundamento de todas las otras partes de la penitencia y de todo nuestro bien. Por tanto, éstas debe el hombre leer con la mayor devoción, recogimiento y aparejo que le sea posible, en tiempo convenible y en lugar apartado; porque muchas veces acaecerá que así como entrando uno en la oración sin devoción, después la viene a hallar, así, comenzando a leer alguna oración o consideración de éstas sin convicción, que en medio de la oración se la den. Porque así como leemos que el Señor se transfiguró, como escribe San Marcos, estando en oración, así muchas veces en la oración se hacen grandes mudanzas en las almas, dando al fin de la oración lo que al principio no había. Por lo cual se dice que es mejor el fin de la oración que el principio.

Primer fruto: Recobrar la gracia.

Pues como el penitente, por estos o por otros cualesquiera medios, llega a tener espíritu de verdadera contrición, luego en ese punto le es restituída la gracia del Espíritu Santo, y el mismo Espíritu le es dado por huésped, y por ayo, y por gobernador de su vida, para que, como un muy sabio y fiel piloto, le guíe seguramente por medio de las ondas del mar tempestuoso de esta vida. En esta misma hora es luego perfectamente unido con Cristo, como miembro vivo con su cabeza, para que, estando incorporado con él, se haga participante de las influencias de su gracia y de los méritos y trabajos de su muerte y de su vida santísima. Luego también es recibido y adoptado por hijo de Dios, y nombrado por heredero de su reino, y tratado como hijo, tomando Dios de él aquel cuidado y providencia que suele tener de los que así recibe por hijos. Aquí el Padre piadoso acoge en su casa al hijo desperdiciado, y le manda vestir la primera vestidura de la gracia, y dale el anillo de los secretos de la divina sabiduría, que es el nuevo conocimiento que se le da de las cosas de Dios, encubiertas a los ojos mundanos.

En esta hora se alegran los cielos, y cantan los ángeles alabanzas a Dios, y se hace fiesta en aquella corte soberana por la vuelta del nuevo hermano, y todas las criaturas que se entristecieron por la ofensa del Criador y por la pérdida de su criatura, ahora se alegran y cantan dulcemente aleluya por su nueva reparación. Y entre todas ellas, el buen Pastor, que con tanto trabajo buscó su oveja perdida y la trajo sobre sus hombros a la manada, ahora junta todos sus amigos y vecinos y les dice: Gozaos todos conmigo, porque ya hallé la oveja que había perdido.

Y es aquí de notar que cuanto es mayor la contrición y humildad del penitente, tanto es disposición para más alta gracia y tanto suele ser víspera de mayor misericordia. Porque así como en los edificios, cuando se hacen muy hondos los cimientos, entendemos que la obra ha de ser muy alta, y el árbol que echa más hondas las raíces suele crecer más que los otros, así también cuando aquel soberano Señor previene al hombre con mayor humildad y arrepentimiento de su mala vida, es señal que le dispone para más alta gracia.

El juicio y la justicia dice el Profeta que son aparejo para la silla de Dios. Al juicio pertenece examinar la causa, y a la justicia ejecutar la sentencia. Pues el alma que hace lo uno y lo otro, que, entrando en juicio consigo misma, reconoce luego humildemente lo que hizo, que fué menospreciar al Criador por el deleite de la criatura, y conforme a esto ejecuta la sentencia, la cual es que quien así deshon-

ró a Dios, se humille y deshonre a sí mismo y se abaje hasta el polvo de la tierra, y el que se deleitó desordenadamente en la criatura, se duela y castigue ásperamente por este deleite, este tal se apareja para ser silla de Dios y casa de aquella divina sabiduría, que quiere hacer en ella su morada.

Segundo fruto: Disponerse el alma para quedar limpia y consolada.

Dos pies dice San Bernardo que tiene Dios, el uno de temor y el otro de amor; y cuando él quiere entrar en un alma, primero suele poner el pie del temor y después el del amor; y cuanto es mayor el temor que precede, tanto suele ser mayor el amor que después se sigue. El Señor, dice el Profeta, mortifica y da vida, sepulta en los infiernos y saca de ellos. Porque ésta es la condición y estilo común de este Señor, que después que los hombres han llegado a tener tan grande dolor y temor de sus pecados que les parece estar ya en los infiernos por ellos, los saca misericordiosamente de ahí y los resucita y les envía tan grandes consolaciones cuan grande fué la muchedumbre de los dolores en que se vieron.

Por tanto, hermano mío, cuando así te vieses turbado con estas desconfianzas, no por esto desmayes, sino entonces reconoce que te dan una recia purga para que con ella quedes más sano, y que te lavan con un agua fuerte para que quedes más limpio, y que te meten en una fragua muy encendida para que despidas de ti todo el orín de los vicios que se te había pegado. Entonces debes llamar a Dios con el Profeta, diciendo: Conmoviste, Señor, la tierra y conturbástela; sana sus quebrantamientos, pues así fué conmovida. Y luego verás en ti lo que el mismo Profeta dijo: La tierra tembló y sosegóse cuando Dios se levantaba a juicio. Porque cuando tú mismo, movido por Dios, comenzares a hacer en ti aquel juicio que arriba dijimos, entonces temblará la tierra de tu alma con el temor y espanto de la justicia divina; pero sosegarse ha después con la paz y confianza que el Señor te enviará de su misericordia. El cual lava las mancillas de las hijas de Sión y quita la sangre de en medio de ellas con espíritu de juicio y con espíritu de ardor; esto es, atemorizando primero el alma con espíritu de juicio y con el temor de la divina justicia y consolándola después con espíritu de amor y con la confianza de su divina misericordia. Primero sintió Elías el estruendo y el temblor de la tierra y el torbellino que trastornaba los montes, y después de esta tempestad siguióse aquel aire delgado en que venía Dios.

CAPITULO VII

De la segunda parte del sacramento de la Penitencia, que es la confesión

Dicho ya de la primera parte de la Penitencia, que es la contrición, digamos ahora de la segunda, que es la confesión. Pues el que quisiere acertar a confesarse como debe, cosa que muy pocos saben hacer, después que hubiere proveído lo que está dicho acerca de la contrición, debe guardar las cosas siguientes:

Primera: Examen de conciencia. Lo primero, que tome tiempo antes que se confiese para examinar su conciencia y traer a la memoria todos los pecados pasados, mayormente si hace días que no se confesó. En lo cual, como dice un doctor, debe entender con aquel cuidado y diligencia que entendería en un negocio grave y de mucha importancia, pues, a la verdad, éste es el más grave y más importante de los negocios.

Y es esta diligencia tan necesaria, que, faltando ella, la confesión sería ninguna, como lo sería aquella donde, a sabiendas, se dejase de confesar algún pecado. Porque, como dicen los doctores, todo viene a ser una misma cuenta: o callar de propósito algún pecado en la confesión o confesarse tan negligentemente y tan sin aparejo, que por fuerza se haya de quedar alguno.

Esta es una cosa que se había de predicar a voces por las plazas, por estar tantas personas en esto tan engañadas, que sin ninguna manera de examen ni aparejo se van a los pies del confesor. Las cuales, demás del sacrilegio que cometen, son obligadas otra vez a confesarse como si de propósito callaran algún pecado, por la razón susodicha. Porque el olvido en esta parte no excusa, sino acusa, pues no viene por defecto de naturaleza, sino por negligencia notable de la misma persona.

Pues para no incurrir en estos inconvenientes, debe el hombre, como ya dijimos, aparejarse primero y examinar su conciencia.

Y la manera y el orden del examen puede ser procediendo por los mandamientos y pecados mortales, mirando en cada uno cuántas veces pecó en él por pensamiento,

por palabra o por obra, con todas las circunstancias que en el pasado intervinieron, cuando son tales que de necesidad se deban confesar. De lo cual todo trataremos adelante.

Segunda: Confesar el número de los pecados.

Lo segundo, tenga aviso, cuando se confesare, de declarar el número de los pecados; conviene saber, cuántas veces cometió tal o tal pecado. Porque si este número no se declarase, no sería la confesión entera.

Y si no se acordare distintamente de este número, a lo menos declárelo en la manera que le sea posible, poco más o menos, según que se acordare. Y si aun de esto no puede tener memoria y es pecado que va a la larga, como una enemistad o un pecado de carne, declare cuánto tiempo perseveró en él, porque por ahí se puede conjeturar, poco más o menos, el número de los pecados que pudo hacer en tanto tiempo.

Mas si es pecado que no tiene esta continuación, sino que se repite muchas veces, como es perjurar, decir mal de los prójimos o echar maldiciones y cosas tales, y no se puede acordar de las veces que en esto pecó, a lo menos diga si tenía por costumbre caer en este género de culpas cada vez que se le ofrecía ocasión para ello o si algunas veces volvía sobre sí y resistía. Porque ya, siquiera por esta vía, entienda el médico la disposición del enfermo, para que le sepa curar.

Tercera: Confesar las circunstancias.

Y no basta confesar la especie y número de los pecados, sino es también necesario confesar las circunstancias de ellos cuando son tales que tienen especial repugnancia contra algún mandamiento de Dios o de su Iglesia o cuando muy notablemente agravan el pecado, aunque no muden la especie de él.

Porque aunque la obra del pecado mortal sea una, puede ir acompañada con algunas fealdades de tal cualidad, que de necesidad se hayan de confesar: como si uno hurtase armas para matar a fulano por tomarle su mujer, bien se ve que aunque ésta sea una sola obra, que es hurtar, y, por consiguiente, un solo pecado, porque no es más que una obra, pero esa obra tiene otras dos fealdades anejas, que son querer matar y adulterar, las cuales contradicen a aquellos dos mandamientos no matarás y no codiciarás la mujer ajena. Y, por tanto, esta manera de circunstancias que así agravan el pecado es necesario que se confiesen.

Mas otra manera de circunstancias que son de esta cua-

lidad, como es murmurar en la iglesia o hacer tal pecado en día de ayuno o de fiesta, no es necesario que se confiesen, aunque de consejo es muy bien confesarlas, como se confiesan los pecados veniales.

Y porque saber hacer diferencia de las unas circunstancias a las otras es algo dificultoso, por esto pondré aquí las circunstancias que más comúnmente somos obligados a declarar en la confesión.

a) *Circunstancias de los pecados carnales.* — Primeramente, en los pecados carnales es necesario declarar las circunstancias de la persona con quien pecaste; porque según son diversas las cualidades de las personas, así son diversos los pecados. Porque pecar con soltera es siempre fornicación; con casada, adulterio; con doncella virgen, estupro; con parienta, incesto, y con persona religiosa y dedicada a Dios, sacrilegio o adulterio espiritual. Y por esto siempre se ha de declarar la tal circunstancia en este pecado, no sólo cuando se comete por obra, sino también por sólo pensamiento y deseo, pues para con Dios todo es una manera de pecado.

b) *Circunstancia del escándalo.*—También en este mismo género de pecados, y en cualquier otro, se ha de declarar la circunstancia del escándalo. Y por escándalo entendemos aquí haber dado ocasión, con alguna mala obra o palabra, a que otro pecase; como el que solicita a una mujer para que peque, o a un hombre para que juegue, o a otro para que se vengue de su contrario, etc.

Y por esto, en todos los pecados carnales, demás de lo dicho, se ha también de declarar si trabajó él por inducir la parte a que pecase o si la misma parte voluntariamente se ofreció al pecado; porque en lo primero hay escándalo, que es un pecado grave, y en lo segundo, no.

Asimismo se debe mirar si cuando cometió el pecado lo cometió en tal lugar y delante de tales personas que con el mal ejemplo que dió les fuese ocasión eficaz de hacer otro tanto; como si una persona de autoridad se pusiese a comer carne sin necesidad en día vedado o hacer otro pecado delante de personas que de aquí podían tomar licencia para hacer otro tanto. Porque en este caso, necesario sería confesar esta circunstancia del escándalo y mal ejemplo que dió.

Y esto deberían mirar mucho los señores que tienen tableros y juegos en sus casas, y los padres y madres, cuyas obras y palabras son leyes de sus hijos; porque basta hacer los mayores una cosa para que por el mismo caso los menores la tengan por lícita y honrosa. Matóse el rey Saúl con su espada, y como esto vió el paje de la lanza que le seguía, desenvainó él también la suya e hizo otro tanto,

pareciéndole que no hacía mal en hacer lo que hacía su rey, aunque fuese matarse.

c) *Circunstancias del lugar sagrado y devoto.*—La circunstancia también del lugar sagrado algunas veces es necesario declararse, y señaladamente en tres casos, que son: hurto del lugar sagrado, derramamiento de simiente humana o de sangre humana, cuando lo uno o lo otro se hace con pecado. Porque cada cosa de éstas, por razón del lugar, muda la especie del pecado y lo hace sacrilegio, que es pecado más grave.

También, si alguno tuviese hecho voto o juramento de hacer o no hacer alguna cosa a la cual, por otra parte, es obligado por especial mandamiento de Dios, como es de no jurar, o matar, o fornicar, etc., si después hiciese lo contrario de esto, sería obligado a declarar la circunstancia del juramento o voto que precedió, porque ésta hace que lo que era pecado por una razón, lo sea también por otra.

Cuarta: Confesar la especie del pecado.

El cuarto aviso es que, cumplido lo que está dicho acerca del número y circunstancia de los pecados, en lo que resta no se ha de confesar más que la especie sola del pecado, que es el nombre que tiene: de hurto, odio, adulterio o cosa semejante.

De lo cual se infiere primeramente que no hay necesidad, para declarar un pecado, de contar toda una historia, sino basta decir el nombre del pecado y cuántas veces lo cometió, sin contar la historia de cómo pasó.

Lo cual, si entendiesen bien los penitentes, podrían muy limpia y brevemente confesarse de infinitos pecados, reduciéndolos todos a sus especies y diciendo: Mil veces hurté, o maté, o adulteré, etc.

Y para saber hacer esto, mire el hombre, cuando quiere contar una historia de éstas, la causa o causas por qué la cuenta, que es para acusarse de algunas cosas malas que intervinieron en ella, y entresaque éstas de todo el cuerpo de la historia y acúsese de ellas, y así acertará a acusarse como conviene. Mas si todo no supiere hacer, acúsese como pudiere, porque Dios no pide a nadie más de aquello que sabe y puede hacer.

De aquí también se infiere que no es necesario explicar por menudo los modos y maneras en que se cometió el pecado, mayormente cuando es carnal, sino basta declarar, como dijimos, la especie sola de él.

Y aunque esta materia sea torpe, todavía para tratar del remedio de nuestras torpezas será necesario meternos un poco en este cieno y ofender algún tanto las orejas limpias declarando esto más en particular. Para cuyo enten-

dimiento es de saber que un pecado deshonesto se puede cometer o por pensamiento, o por palabra, o por tocamiento, o por obra consumada. Si fué por obra consumada, basta decir el nombre de la obra, como es: Cometí adulterio, o incesto, o simple fornicación tantas veces, sin declarar aquellas particularidades que se entienden entendida la especie de la obra. Si fué por tocamiento, basta decir: Toqué deshonestamente tantas veces a tal manera de persona; sin decir en qué lugar, ni cómo y en qué manera, si del tocamiento no se siguió alguna cosa que mudase la especie de este pecado. Si fué por palabra, basta decir: Dije palabras torpes para provocar a mal o para deleitarme en ellas; sin decir: Dije tales y tales palabras. Si fué por pensamiento, basta decir: Tuve un pensamiento deshonesto, y consentí, o deleitéme, o detúveme en él; sin decir: Pensé tal y tal cosa, como algunos hacen, con grande vergüenza suya y sin necesidad del sacramento.

Quinta: Confesar los pecados del pensamiento.

Y porque hay especial dificultad en confesar los pecados del pensamiento, declararé también, sumariamente, cómo esto se haya de hacer. Para cuyo entendimiento es de saber que con un mal pensamiento se puede el hombre haber en una de cuatro maneras, conviene saber, o desechándolo de sí con presteza, o deteniéndose algún tanto en él, o determinando ponerlo por obra, o, a lo menos, queriendo de propósito estarse deleitando en él.

En lo primero, claro está que no hay culpa, sino merecimiento y corona; y por eso no hay qué confesar. Y aunque el combate del pensamiento durase todo el día, si todavía el hombre resiste fuertemente, no hay aquí pecado, sino corona y merecimiento.

En lo segundo hay pecado venial, más o menos grave según fué mayor o menor el detenimiento. Y la manera de confesar este pecado es diciendo: Acúsome que tuve un pensamiento deshonesto, o de ira, o de odio, etc., y no lo deseché de mí tan presto como debiera, sino antes me detuve algún tanto en él.

En el tercero, que es cuando tuvo consentimiento y determinación de poner el mal pensamiento por obra, aunque no lo pusiese, claro está que hay pecado mortal y de la misma especie que sería la obra. Porque, como dicen los teólogos, la obra exterior ninguna cosa esencial añade a la interior.

En el cuarto caso, que es cuando uno se quiere estar o se deja estar pensando y deleitando en un mal pensamiento, como de una venganza o una deshonestidad, aun-

que no tenga intención de ponerla por obra, también hay pecado mortal, el cual llaman los doctores delectación morosa, que es, como suelen decir, si no bebo en la taberna, huélgome en ella. Que es un linaje de pecado en que por la mayor parte suelen caer personas viciosas y desalmadas y amigas de deleites sensuales. Porque aunque esto no sea consentir en la obra del pecado, es consentir en el deleite de ella y ponerse en manifiesto peligro de consentir en ella.

Esto se entiende cuando el hombre ve lo que piensa y no lo despide de sí. Porque si cuando esto advierte trabaja por sacudir de sí esta llama, ya esto no será pecado mortal, porque no advirtió lo que pensaba; mas será venial, porque debiera de estar más sobre aviso para advertirlo.

Y esta manera de pecado puede acaecer en todo género de pecados mortales, aunque más ordinariamente acaece en pecados de carne y de odio y deseos de venganza, que comúnmente son más encendidos y pegajosos que los otros.

Quiénes suelen caer en estos pecados. En este pecado suelen comúnmente caer las personas viciosas y deshonestas, las cuales, cuando no tienen aparejo para cumplir sus malos deseos, hacen eso que pueden, que es revolcarse con el pensamiento en el cieno de la delectación, mayormente cuando, o por su honra o por su encerramiento, tienen tomadas las puertas para obrar mal.

Asimismo están muy a peligro de caer en este pecado las personas tocadas de la afición deshonesta de otra persona, por la gran fuerza que tiene esta afición para tiranizar el corazón, y llevarlo tras sí, y tenerlo fijo en la cosa que ama. Y por eso no hay cosa más peligrosa que dar entrada a una afición de éstas, porque es meter en casa un cruelísimo tirano, un destruidor de la inocencia y un despertador y causador de infinitos pecados.

También están a peligro de caer en este vicio los que andan muy encendidos en tratos de casamientos; porque aunque los deleites de los casados sean lícitos cuando son casados, mas no antes que lo sean, porque el deleite está presente y el casamiento por venir, el cual por muchas vías se puede impedir, y por esto no es lícito el deleite en aquel tiempo que se recibe.

Pues entendidas estas cuatro diferencias de pensamientos, fácil cosa será saber acusarse de ellos, declarando el penitente si se detuvo, o si consintió, o si deleitó morosamente en el mal pensamiento.

Sexta: No descubrir a otro pecador. El sexto aviso sea que el penitente trabaje por guardar la fama del prójimo, confesando de tal manera sus pecados que no descubra los ajenos ni nombre a nadie por su nombre, sino diga: Pequé con cierta persona casada, o soltera, etc. Y si la circunstancia de la persona fuese tal que por ella entenderá el confesor quién era, debe entonces buscar otro confesor que esto no entienda, por excusar esto. Lo cual, si no fuere posible, entonces, siendo el confesor persona tal, bien puede decir esta circunstancia, porque esto no es propiamente infamar, sino declarar el pecado.

Séptima: Confesar los pecados tal como fueron. Asimismo, tenga aviso que ni excuse sus pecados, ni ponga más en ellos de lo que hay, ni lo dudoso diga por cierto, ni lo cierto por dudoso, sino cada cosa ponga en su lugar, sin desviarse de lo que es.

Elegir un buen confesor. El último aviso sea que, para mayor cumplimiento de todo lo dicho, trabaje por haber tan buen médico para su alma como lo buscaría para su cuerpo si estuviese enfermo, pues en esto va tanto más.

Porque buscar confesor ignorante es buscar una guía cierta para el infierno; pues, como dice el Salvador, si un ciego guía a otro ciego, ambos caen en el hoyo. Y los que esto no hacen no carecen de grandísimo peligro, porque, como dice San Crisóstomo, no se pueden excusar por ignorancia los que tuvieron aparejo para hallar, si tuvieran gana de buscar. Porque si la verdad es salud y vida de los que la conocen, no es razón que ella busque a nadie, sino que ella sea buscada de todos.

Casos en que la confesión debe repetirse. Y que para que más claramente se vea lo que importa cada cosa de las susodichas, será bien contar sumariamente los casos más comunes en que la confesión es nula, y así es necesario confesarse otra vez.

Entre los cuales, el primero es cuando el penitente mintiese en la confesión en materia de pecado mortal.

El segundo, si de propósito callase algún pecado mortal. Esto se entiende cuando la persona tenía lo que así calló por pecado mortal; porque si no lo tenía por tal y después entendiese que lo es, basta que se acuse de esto, sin que vuelva a repetir la confesión. Y aunque la ignoran-

cia fuese tal que no excuse de pecado cuando aquello se hizo, todavía basta para excusar de esta nueva obligación.

El tercer caso es si, habiendo días que no se confesó, no examinó su conciencia para haberse de confesar. Porque en este caso el olvido no excusa, sino acusa más al penitente, como arriba se declaró.

El cuarto es cuando el penitente no tiene propósito de salir del pecado en que está, como es de la enemistad, o deshonestidad u otro cualquier pecado en que vive, o cuando no quiere restituir lo que debe.

El quinto es cuando está excomulgado y no procura primero la absolución de la excomunión.

El sexto es cuando el confesor es ignorante, no siendo letrado el penitente y habiendo cosas graves que deslindar en la confesión. Porque en este caso no puede dejar de haber yerros que tengan necesidad de otra cura mejor, como arriba se dijo.

Y es de notar que en cualquiera de estos casos en que es necesario reiterar la confesión, si esto se hiciere con el mismo confesor, no es necesario volver a decir todos los pecados que ya dijimos, si él tiene memoria de ellos, sino basta decir: Acúsome de todos aquellos pecados que tal vez os confesé, y allende de esto, de tal o tal culpa, por donde ahora soy obligado a reiterar esta confesión.

Y porque muchos podrán con razón temer si por ventura habrá habido algún defecto de los sobredichos en sus confesiones pasadas, por esto me parece muy sano consejo que una vez en la vida haga el hombre una confesión general muy bien hecha, para barrer con ella todas estas negligencias y de ahí adelante mirar por sí con mayor cuidado.

Congojas de algunas almas delicadas. Después de haber tratado de la confesión para las personas que se confiesan de tarde en tarde, síguese que digamos de la manera que se deben aparejar y examinar para esto las que se confiesan a menudo. Muchas de las cuales padecen gran trabajo y escrúpulo, porque, examinando su conciencia, no hallan a veces de qué echar mano para haberse de confesar. Porque como por una parte creen, y saben cierto, que no carecen de pecados, y por otra, al tiempo de confesar no los hallan, congójanse por esto demasiadamente y creen de sí que nunca jamás se confiesan a derechas.

De esto podríamos señalar dos causas. La una, que en hecho de verdad es dificultoso negocio conocer el hombre a sí mismo y entender muy bien todos los rincones de su conciencia; porque no en balde dijo el Profeta: Los deli-

tos, ¿quién los entiende? De mis pecados ocultos líbrame, Señor.

La otra causa es porque los pecados de los justos, los cuales dice el Sabio que caen siete veces al día, más son pecados de omisión que de comisión, los cuales son muy dificultosos de conocer.

Para cuyo entendimiento es de saber que todos los pecados se cometen por una de dos vías: conviene saber, o por vía de comisión, que es haciendo algunas obras malas, como es hurtar, matar, deshonrar, etc., o por vía de omisión, que es dejando de hacer algunas buenas, como es dejando de amar a Dios, de ayunar, de rezar, etc.

Pues entre estas dos maneras de pecados, los primeros, como consisten en hacer, son muy sensibles y muy fáciles de conocer. Mas los segundos, como no consisten en hacer, sino en dejar de hacer, son más dificultosos, porque lo que no es, no tiene tomo para echarse de ver. Por donde no es de maravillar que las personas espirituales, mayormente cuando son simples, no hallen a veces pecados de que acusarse, porque como las tales personas no caen tantas veces en aquellos pecados de comisión que dijimos, y los otros que son por vía de omisión no los entienden, de aquí nace no hallar de qué confesarse y afligirse por esto.

Sus remedios. Pues para remedio de esto me pareció ordenar este memorial para las tales personas, en el cual principalmente se trata de este género de pecados.

Y porque los tales pecados pueden ser o contra Dios, o contra nos, o contra nuestros prójimos, por eso va el memorial repartido en tres partes, que de estas tres maneras de negligencia tratan. Muchas de las cuales a veces no serán ni aun pecados veniales, mas todavía son imperfecciones y desfallecimientos y muchas veces podrían ser pecados veniales. Por donde los que caminan a la perfección no del todo deben dejar la acusación de ellas, aunque esto no conviene que se haga siempre, sino algunas veces, especialmente en las fiestas señaladas, por que no se cansen los confesores con nuestra demasiada prolijidad. Mas las otras veces ordinarias podrá cada uno tomar de aquí lo que le pareciere que más hace para descargo de su conciencia.

Memorial para confesarse. Dicha la confesión general, antes que entre en la acusación particular de sus culpas, acúsese de estas cuatro cosas siguientes:

Primeramente, de no venir tan aparejado a este sacra-

mento ni haber puesto tanta diligencia en examinar su conciencia como debiera.

Lo segundo, de no traer tanto dolor y arrepentimiento de sus culpas ni tan firme y verdadero propósito de apartarse de ellas cuanto debiera.

Lo tercero, de no haberse llegado al santo sacramento de la Comunión con aquella pureza de conciencia y con aquella reverencia y devoción que convenía. Y después de haber comulgado, de no haber tenido aquel recogimiento que para tan alto huésped se requería.

Lo cuarto, de no haber puesto tanta diligencia en la enmienda de su vida y procurado de aprovechar cada día más en el servicio de nuestro Señor, sino antes permanecido en una misma tibieza y negligencia y aun vuelto atrás. Dicho esto, comience a acusarse por el orden siguiente.

De las obligaciones para con Dios.

Para con Dios somos obligados a tener aquellas tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad. Y de cada una de éstas se puede el hombre acusar en la forma siguiente. De la caridad, se acuse de no haber amado a Dios con todo su corazón y alma, como era obligado, sino antes puesto su amor desordenadamente en las criaturas y vanidades de este siglo, olvidándose de su Criador.

De la fe, se acuse si no ha tenido tan firme fe como debiera y si no ha desechado de sí tan presto las fantasías y pensamientos que el demonio acerca de esto le ha traído.

De la esperanza, se acuse si en los trabajos y necesidades que se le han ofrecido no ha recurrido a Nuestro Señor con aquella seguridad y confianza que debiera; y si ha desmayado y congojádose demasiadamente con ellos, porque esto nace de flaqueza de confianza.

De la pureza de intención, acúsese que las obras del servicio de Nuestro Señor no las hace con aquella pureza de intención, por sólo Dios, como debería, sino algunas veces por cumplimiento, otras por sola costumbre, otras porque son conformes a su gusto y apetitos y otras por otros semejantes intereses.

Acúsese también de haber sido muy flojo y negligente en responder a las inspiraciones de Nuestro Señor y a sus llamamientos, resistiendo en esto muchas veces al Espíritu Santo, por no hacerse fuerza y ponerse a un poco de trabajo. Esta es una culpa muy espiritual, y muy secreta, y muy digna de hacer siempre conciencia de ella.

Asimismo, de no haber sido tan agradecido a los beneficios divinos como debiera, ni dado tantas gracias por ellos, ni aprovechádose de ellos para amar y servir más al dador de todo.

También se acuse del olvido de Nuestro Señor, trayéndole muchas veces como desterrado de su corazón, habiendo de andar en su presencia y traerlo ante los ojos.

De la paciencia en las adversidades se acuse si por ventura no ha tenido aquel sufrimiento en los trabajos que Dios le envía, ni conocido que son enviados de su mano para su bien, ni dádole aquellas gracias que debe por ellos. Esto se puede especificar más si particularmente nos remuerde la conciencia de algo.

Acúsese también de no haber asistido en la misa, y en los oficios divinos, y en los lugares sagrados, en presencia del Santísimo Sacramento, con aquella devoción y reverencia que debiera.

De las obligaciones para consigo mismo. El hombre tiene en sí muchas partes, porque tiene cuerpo con todos sus sentidos, y alma con todos sus apetitos, y espíritu con todas sus potencias, que son entendimiento, memoria y voluntad; y así, puede haber pecado contra la rectitud y orden que había de haber en cada cosa de éstas.

Acúsese, pues, primeramente de no tratar su cuerpo con aquel rigor y aspereza que debería, así en el comer, y beber, y vestir, y dormir, como en todas las otras cosas; antes ser muy blando y piadoso para con él y amigo de sí mismo.

De no traer así la imaginación como los otros sentidos exteriores tan recogidos y guardados como debía, sino muy placeros y derramados, oyendo, viendo, hablando, imaginando muchas cosas ociosas y excusadas, que después impiden el recogimiento del corazón y la atención de la oración.

De no haber mortificado sus apetitos y quebrado su propia voluntad como debía, antes seguídola y cumplídola casi en todas las cosas.

De no haber sido tan humilde de corazón y obra como debía, ni conocerse por tan vil y tan miserable como es, ni tratádose como a tal.

De haber sido tibio y perezoso en la oración, y cortado muchas veces el hilo de ella por livianas causas, y no haber estado en ella con tanto recogimiento y atención como debía.

De las obligaciones para con el prójimo. Acúsese de no haber amado a sus prójimos con aquel amor que él querría ser amado, como Dios lo manda. De no haberles acudido en sus necesidades con el favor y socorro que debiera y pudiera. De no haber

compadecídose tanto de sus miserias y rogado tanto a Dios por ellas como era obligado.

De las calamidades públicas de la Iglesia, como son guerras, herejías, etc.; de no haber tenido aquel sentimiento que era razón ni encomendádolas tanto a Dios como pudiera y debiera hacer.

Los que tienen superiores, se acusen de no haberles obedecido y reverenciado como debieran. Y los que tienen súbditos, hijos y criados, de no haberles enseñado, castigado, proveído de lo necesario y tenido de ellos aquel cuidado que era razón.

De los pecados de comisión. Después que así se hubiere acusado de los pecados de omisión, puede luego acusarse de los que llaman de comisión, discurriendo por los diez mandamientos y siete pecados capitales, y acusándose de lo que la conciencia le remordiese en cada uno de ellos. Y si más brevemente quiere, puede discurrir por los pensamientos, palabras y obras en que puede haber pecado y acusarse de ellas.

Y después de todo esto, se debe acusar de todas las culpas anejas al estado u oficio que tiene, declarando lo que ha hecho contra las leyes y obligaciones de su estado; como, si es religioso, de los tres votos y de las cosas de su regla; si es juez, o médico, o mercader, o abogado, etc., de las cosas de su oficio; si príncipe, del suyo.

Acabadas todas estas acusaciones, concluya diciendo: De todas estas culpas y de todas las demás en que he caído por pensamiento, por palabra y por obra, me acuso gravemente, y digo a Dios mi culpa, mi culpa, mi muy grande culpa, y pido a Vos, Padre, la absolución y penitencia de ellas.

CAPITULO VIII

De la tercera parte del sacramento de la Penitencia, que es la satisfacción

Después de la contrición y confesión, síguese la satisfacción, que es la tercera parte de la Penitencia; a la cual pertenece satisfacer a la honra de Nuestro Señor por las

ofensas hechas contra Él, tomando justa venganza de quien así le ofendió.

Para cuyo entendimiento es de saber que así como el que quebranta las leyes de la república está obligado a las penas puestas contra los quebrantadores de ellas, así también el que quebranta las leyes de Dios está obligado a cierta manera de penas que tiene para esto tasadas y señaladas la justicia de Dios.

Estas penas forzadamente se han de pagar en esta vida o en la otra; esto es, o en el infierno, o en el purgatorio, o en este mundo. En el infierno páganse con pena eterna; en el purgatorio no se pagan con pena eterna, mas páganse con una pena tan recia y tan intensa, que, como dice San Agustín, ninguna pena hay en este mundo que se pueda comparar con ella, aunque entren en esta cuenta todas las penas y tormentos de los mártires, que fueron los mayores del mundo.

De esta tan grande y temerosa pena nos redimen los ayunos y asperezas corporales, aunque sean sin comparación menores, porque como Dios en estas cosas no mira tanto a la grandeza del trabajo cuanto a la voluntad del sacrificio, porque lo que en este mundo se padece es voluntario y lo otro necesario, de aquí es que una pena voluntaria de esta vida, sin comparación vale más y satisface más que muchas necesarias de la otra.

El sacramento de la Penitencia no quita toda la pena.

Mas diréis: Padre, ¿pues el sacramento de la Penitencia no vale para eso, cómo vale el Bautismo, que lo quita todo, absolviendo al hombre de culpa y de pena?

A esto se responde que hay gran diferencia entre un sacramento y el otro. Porque el sacramento del Bautismo es una regeneración espiritual y nacimiento del hombre interior. Por donde así como una cosa que nace de nuevo deja luego de ser lo que era y recibe otro nuevo ser, sin quedar allí nada de lo que antes era, como cuando de una simiente nace un árbol, la simiente deja de ser y el árbol recibe nuevo ser; así, cuando un hombre espiritualmente nace, luego deja de ser todo aquel hombre viejo que antes era, que era hijo de perdición y de ira, y comienza a ser otro hombre nuevo, que es hijo de gracia, y así, libre de culpa y de pena.

Mas el sacramento de la Penitencia no libra de los pecados pasados como regeneración, sino como medicina; la cual unas veces sana perfectamente y otras no, sino dejando algunas reliquias de la enfermedad pasada, que después, a la larga, con buen regimiento se han de gastar.

De esta manera, la penitencia unas veces sana perfectamente, librando al hombre de culpa y de pena, cuando en ella interviniere alguna perfectísima contrición, como fué la de la Magdalena y otras tales; mas otras veces, cuando la contrición no es tan perfecta, aunque quita toda la culpa, no quita toda la pena, y esta que queda se ha de purgar o en esta vida o en la otra.

De esto tenemos ejemplo aun en las cosas humanas. Porque si un caballero comete un delito contra el rey por el cual merecía la pena de muerte, puede él hacerle después tan grandes servicios que merezca la gracia del rey y perdón general de toda esta pena; y puédelos también hacer tales que no merezcan tanto, sino algo menos, conviene saber, la gracia del rey y conmutación de la pena de muerte en algún destierro temporal. Así leemos que lo hizo el rey David con su hijo Absalón. Porque habiendo éste muerto a su hermano Amón, y estando tan justamente el padre indignado contra él, después de tres años de ausencia le perdonó la culpa pasada, mas con tal condición: que no entrase en su palacio real ni pareciese delante de él.

Pues de esta manera, cuando la contrición del penitente no es tan consumada y perfecta, perdona Dios al hombre, por virtud del sacramento, la culpa y también la pena eterna que por ella merecía y parte de la temporal. Pero no quiere que luego entre ese tal en su palacio celestial y vea su cara hasta que esté purgado en esta vida o en la otra.

De esta manera se hubo el mismo Dios con el mismo David, a quien, por razón de su confesión y arrepentimiento, perdonó la culpa del adulterio en que había caído y restituyó en su amistad y gracia, la cual había perdido; mas después de esto le envió grandes azotes y calamidades por el pecado perdonado.

Mas ¿qué pecado hubo en el mundo más perdonado que el de Moisés y Aarón en las aguas de la contradicción? Y con todo esto, perdonado el pecado, quedó siempre viva la pena que la divina justicia sentenció contra él, que fué privar a aquellos dos tan santos varones de la entrada en la tierra de promisión.

Pues así acaece por la mayor parte en este sacramento, donde, por virtud de la pasión de Cristo, que en él obra, se perdona la culpa y se alcanza la divina gracia. Pero queda el hombre obligado, por la imperfección de su contrición, a ciertos grados de pena, según las tasas de la divina justicia.

La verdadera penitencia mueve a compasión delante de Dios.

Vista ya la necesidad que tenemos de la satisfacción, veamos ahora el origen y principio de ella, para que por aquí entendamos mejor cuál deba ella de ser.

Pues para esto debemos acordarnos de lo que al principio de este tratado dijimos: conviene saber, que la verdadera penitencia y la gracia de la conversión del pecador era la mayor gracia y misericordia que se podía hacer en esta vida, porque aunque sea mayor cosa la gloria que la gracia, pues la una es gracia comenzada y la otra gracia consumada, pero mayor gracia es sacar Dios a un hombre de pecado y ponerle en estado de gracia que, después de puesto en gracia, darle la gloria.

Y demás de esto, así como el bautismo, que es la puerta de los sacramentos y principio de la regeneración del hombre, trae consigo, cuanto es de su parte, todas las virtudes y dones del Espíritu Santo juntamente con la gracia, de quien todos estos bienes proceden, así también la verdadera penitencia, que es el principio de nuestra resurrección, trae también consigo todos estos dones y tesoros, y señaladamente trae una nueva luz y conocimiento de las cosas espirituales y divinas, para las cuales estaba el hombre antes casi ciego, como quien estaba en la región de las tinieblas y sombra de muerte; y trae una nueva caridad y amor de Dios, que es la forma de la verdadera penitencia y de todas las virtudes y la que causa en nuestra alma admirables efectos y sentimientos pertenecientes a esta virtud.

Porque como el amor natural es principio de todos los otros afectos y pasiones naturales, así el amor sobrenatural de Dios lo es de todos los afectos y sentimientos espirituales, y tanto más cuanto él fuere mayor.

Y así como son diferentes las gracias de las conversiones, en unos mayores, como fué la de San Agustín y San Pablo y otras muchas, y en otros menores, como suelen ser por la mayor parte las ordinarias y cotidianas, así también son mayores o menores los afectos y movimientos interiores que causa esta virtud.

Pues esta virtud causa en el alma un tan grande arrepentimiento y descontentamiento por haber ofendido a Dios, que quisiera el hombre haber antes padecido mil maneras de tormentos que haber ofendido a tal Señor.

Mueve a temor de Dios.

Causa también un grandísimo temor de la divina Majestad, la cual ve que desacató y provocó a ira con tantas ofensas, por las cuales conoce haber incurrido en la indignación de su furor.

Causa también una grandísima vergüenza de parecer ante su divina presencia, como la que tendría una mujer que hubiese errado a su marido cuando, después de perdonada, la recibiese en su casa; cual era la que tenía aquel publicano del Evangelio, que no osaba levantar los ojos al cielo, de pura vergüenza y confusión.

Mueve a reparación. Causa también un grandísimo deseo de satisfacer a Dios con debida penitencia por la ofensa que le hizo y grandísimo deseo de tomar venganza de quien le fué ocasión de esta ofensa, que fué su propia carne. Porque cuando considera que ésta fué la que con sus apetitos y halagos le hizo extender los brazos al desordenado amor de las criaturas y apartarse del amor y obediencia de su legítimo Esposo y Señor, embravécese en tanta manera contra ella, que la querría despedazar y martirizar como a causadora de todos sus males.

Y para mejor entender todo esto, imagina lo que haría una doncella castísima si, después de desposada en ausencia con un hombre noble y principal, alguna mala hembra la engañase haciéndole creer que otro que aquél era su esposo, y así ella, creyendo todo esto, se entregase a él y lo tratase como a tal. Dime, pues: la que este engaño hubiese padecido y viese que aquella mala hembra fué la que así la engañó y deshonró, ¿qué haría, qué diría y qué coraje tomaría contra ella? Sin duda, le parecería poco beber la sangre de quien así la hubiese deshonrado.

Pues el alma, a quien Dios ha abierto los ojos y dado una particular y nueva luz, con la cual tan claramente ve que Él era su verdadero y legítimo Esposo y el último fin para quien había sido criada, y, por otra parte, ve que por engaño de esta tan mala hembra, que es su propia carne, vino a extender los brazos de su amor a las criaturas, abrazándolas con aquel amor que a sólo Él se debe, cuando ve que la causa de este adulterio fué su carne, ¿cómo ha de tener paciencia con ella? ¿Cómo no la ha de afligir y maltratar y tomar venganza de quien tanto mal le hizo?

Pues de aquí nacen los excesos que suelen hacer algunos penitentes al principio de su conversión, a los cuales no podéis quitar de las manos las disciplinas, ni el cilicio, ni el ayuno, ni otras semejantes asperezas, con que muchas veces vienen a hacer grandes excesos y estragar la salud, sino procurar tener en esto mucho tiento y discreción.

A ejemplo de Job y de David.

Tal era el espíritu de penitencia que declara el santo Job en aquellas palabras que dice: Pequé. ¿Qué quieres que te haga, oh guardador de los hombres? Como si más claramente dijera, según expone San Agustín: Yo confieso, Señor, mi pecado, y es tan grande la pena que por esto tengo que ninguna pena rehusaré de padecer por él. Mira tú, Señor, qué quieres que haga, que aparejado estoy para todo lo que quisieres hacer de mí. No tengo otra cosa que ofrecer sino un corazón dispuesto para todo lo que tú mandares hacer. Si mandares que arda en vivas llamas, o que este mi cuerpo sea despedazado, o que padezca otro cualquier tormento, por grande que sea, corazón tengo aparejado para ello. Aquí me ofrezco atado de pies y manos y derribado a tus pies. No huyo, no apelo de tu sentencia, no declino jurisdicción, no pongo excusa ni suplico que me descargues de las penas, sino que me sentencies a tu voluntad. Sé tú el cuchillo, yo seré la carne. Corta, Señor mío, por donde quisieres, con tal que perdones las culpas que cometí.

De esta manera también se afligía el santo rey David cuando en un salmo de su penitencia decía: Afligido estoy y humillado, y doy bramidos de lo íntimo de mi corazón. Señor, delante de Vos está mi deseo y mi gemido no es a Vos escondido. Mi corazón se ha turbado, y mis fuerzas han desfallecido, y ya me falta la lumbre de los ojos.

De esta manera se afligía este santo penitente, y así se habían también de afligir, humillar y castigar los que a tal Señor ofendieron. Porque, como dice un doctor, el alma que contra la voluntad de Dios, desamparado el Criador, se deleitó desordenadamente en la criatura, justo es que purgue y pague con trabajos voluntarios el deleite voluntario con que se cegó.

Y pues a la culpa naturalmente se debe pena, con la cual se corrige y ordena la culpa, justo es que abrace y procure las penas quien osó cometer tantas culpas.

Y pues el hombre pecador desamparó el sumo bien y lo trocó por una vilísima criatura, que es grandísima injuria y menosprecio de aquella soberana Majestad, justo es que se humille y desprecie y abaje voluntariamente hasta el polvo de la tierra quien así menospreció tan gran Señor.

De esta manera, pues, trabajan por satisfacer a Dios aquellos a quien Él abrió los ojos con esta lumbre del cielo, con la cual, conociendo la inmensidad y grandeza de la divina bondad, en ella conocen la grandeza de su maldad y conforme a esto le desean satisfacer.

CAPITULO IX

De los caminos de la conversión del pecador

¿Qué darían los hombres por saber de qué manera se podía hacer de cobre oro, que es lo que llaman alquimia, si la hay? Pues ¿cuánto más es para desear saber de qué manera hace Dios de la tierra cielo, de la carne espíritu y del hombre ángel?

Pues para esto es de saber que, regularmente hablando, siempre suelen proceder diversos movimientos y alteraciones en el corazón antes que el hombre perfectamente se convierta y vuelva a su Criador.

Orden del llamamiento divino.

Porque así como el arte y la naturaleza no hacen sus obras en un instante, sino van poco a poco disponiendo la materia, y después de ya dispuesta, en un instante se introduce la forma, así, aquí primero dispone y modifica Dios el corazón del hombre con algunas inspiraciones con que secretamente le dice dentro de su alma: Mira cuánto tiempo ha que vives mal; mira cuántos millares de pecados tienes hechos contra Dios; mira cuánto te ha sufrido y esperado, y con todo esto, cuántos beneficios te ha hecho y de cuántos males te ha librado.

Acuérdate que fulano murió súbitamente, y fulano sin confesión, y fulano sin testamento, y fulano estando en medio de los juegos del mundo, y tú también pudieras haber muerto como todos éstos. Mira no se canse Dios de esperarte, como lo hizo con esos otros, pues no tienes tú más seguro que ellos. Mira que así como Dios es misericordioso para perdonar al penitente, así es justo para castigar al rebelde, y de esos tales están los infiernos llenos.

Mira que la pena del infierno no es así como quiera, porque es pena eterna, y pena de carecer de Dios para siempre, y pena de arder en aquellas vivas y vengadoras llamas. Pues si se tendría por intolerable tormento tener las manos por una hora sobre unas brasas de fuego, ¿cómo no miras lo que será estar en cuerpo y en alma ardiendo en aquel fuego, no por una hora, sino por espacio de una eternidad que no tiene cabo? Si tendrías por intolerable trabajo estar acostado en una cama por espacio de veinte o treinta años, aunque fuese de rosas y flores, ¿cómo no

miras lo que será estar acostado en aquella calera de fuego en aquel horno de Babilonia, cuyas llamas subían cuarenta y nueve codos de alto, no por espacio de veinte o treinta años, sino de treinta mil cuentos de millones de años?

Estas son las aldabadas y representaciones con que Nuestro Señor comienza a alterar el alma y sacarla de aquel abismo y de aquellas tinieblas en que está.

La lucha del alma. Siente el hombre estos movimientor por una parte, y por otra ve lo que esto le importa. Mas, por otra parte, se pone en armas toda la malicia de la carne, representándole las dificultades de esta mudanza y del divorcio que ha de hacer de todos los gustos y contentamientos del mundo, a los cuales ha de dar libelo de repudio, que es cosa muy dura.

Impulso definitivo de la gracia. De esta manera anda el alma batallando y fluctuando con estas ondas; una la trae y otra la lleva, hasta que finalmente, en medio de esta batalla, acude Dios con particular socorro, que es como un pederosísimo movimiento; el cual, de tal manera alumbra el entendimiento del hombre y mueve su voluntad, que le hace decir un «quiero» muy de veras y muy determinado. Esto es, quiero volver a Dios, quiero enmendar mi vida, quiero romper con el mundo, quiero dejar no solamente los pecados, mas también las ocasiones de ellos; finalmente, quiero tratar de mi salvación, que es el mayor de todos los negocios, porque todo lo demás es vanidad.

Pues en este instante, obrando Dios juntamente con el hombre, es él justificado y recibido de Dios por hijo y ungido con su gracia.

Por donde se ve lo que dijimos: cómo poco a poco lleva Dios hasta el cabo este negocio. Y así parece que es como cuando uno quiere encender fuego en leña verde, que primero sopla una vez y otra, y se cansa, y llora con el humo, hasta que después, finalmente, viene a dar un grande soplo y luego súbitamente levántase una llama con que se enciende el fuego.

Pues ese mismo orden, regularmente hablando, guarda Dios en esta obra. Porque primero os envía una inspiración y después otra y otra, y como con éstas no se acaba el negocio, acude con otra poderosísima, la cual levanta una clarísima llama en el entendimiento, que es principio de toda esta obra tan admirable; porque de esta luz, como de una raíz, nace todo lo demás que se refiere para esta obra de la justificación.

La luz sobrenatural. Y si alguno preguntare qué cosa sea esta luz, digo que es un conocimiento sobrenatural que Dios de nuevo infunde en el entendimiento del hombre; el cual, por una manera maravillosa, le da a conocer la bondad de Dios, la hermosura de la virtud, la fealdad del pecado, la vanidad del mundo, el peligro y engaño en que hasta entonces vivió; el cual lleva en pos de sí la voluntad y le hace dar de mano a las vanidades y engaños del mundo, amar a su Criador y aborrecer sobre todas las cosas el pecado.

Pues esta luz es el primer principio y como raíz de toda la justificación, y así es la primera cosa que Dios para esto obra en nuestra alma. De donde así como cuando Dios crió el mundo la primera cosa corporal que hizo y la primera palabra que habló fué ésta: Hágase luz, y luego fué hecha luz (Gén. 1, 3), así en la regeneración del hombre, que es en su justificación, la primera cosa que hace y la primera palabra que dice es: Hágase luz. Como si dijese: Esta alma está envuelta en las tinieblas de Egipto, las cuales hacen que no vea el despeñadero y peligro en que está. Pues amanezca aquí un nuevo rayo de luz para que vea cómo está.

La respuesta del pecador: arrepentimiento y amor. Este es el orden que comúnmente suele haber en la conversión de las almas, que es el mismo que Nuestro Señor guardó en la santificación del mundo, el cual primero recibió la ley y después el Evangelio; conforme a lo cual, primero ha de sentir en sí el alma la obra y rigor de la ley, y después, la paz y consolación del Evangelio.

La obra de la ley es atemorizar y espantar, como se significó en los temores con que ella se dió en el monte Sinaí. Mas la obra del Evangelio es consolar y esforzar, como se hizo cuando ella se dió el día de Pentecostés en el monte Sión.

Pues quien quisiera llegar a este monte ha de pasar por el otro monte; quiero decir que el que quisiere recibir el espíritu del amor, primero ha de sentir el del temor, y quien quisiere sentir en su alma la obra y consolación del Evangelio, primero ha de pasar por la obra y temor de la ley.

Y al alma que así está dispuesta se prometen y ofrecen todas las gracias y tesoros del Evangelio, como lo significó el Profeta cuando habló en persona del Salvador y dijo: El espíritu del Señor está en mí, porque él me ungió con su gracia y me envió a predicar a los mansos, para que curase a los que tenían quebrantado el corazón y anunciase a los cautivos redención y a los encarcelados libertad;

para que consolase a los tristes y diese fortaleza a los que lloran a Sión, y les diese corona por ceniza, y óleo de alegría por llanto, y palio de alabanza por el espíritu de su tristeza.

Mira aquí por cuántas maneras de metáforas se significan: por una parte, las obras de la ley y de la penitencia, y por otra, las del Evangelio y de la gracia, y cómo las unas se prometen por las otras.

Y, por tanto, quien quisiere entrar en el palacio de Cristo y en la celda de los vinos preciosos del verdadero Salomón, sepa que la puerta es la amargura de la penitencia y la aflicción de los trabajos, y que si por otra quisiera entrar, será salteador y ladrón.

Sube, pues, hermano, primero con la Esposa al monte de la mirra, que es a la amargura del dolor y mortificación, y oirás aquellas palabras que se siguen luego: Toda eres hermosa, querida mía, y no hay mácula en ti.

Orden extraordinario.

Verdad es que algunas veces acaece mudar el Señor este orden y prevenir primero, a los que quiere traer a sí, con bendiciones de dulcedumbre, por que no se retiren afuera y resurtan con los golpes de la desconfianza y con los temores de la penitencia. Mas, después de confirmados y esforzados ya con estas prendas de su misericordia, luego les envía un espíritu de gran dolor y temor, tras el cual se sigue la gracia de la paz y consolación de que arriba tratamos.

Esto significó el mismo Señor, hablando con el alma del verdadero penitente, por el profeta Oseas, diciendo así: Yo le daré leche a mis pechos y la llevaré a la soledad y hablaré a su corazón, y darle he el valle de Acor, que quiere decir conturbación, para abrirle los caminos de la esperanza, y allí cantará de la manera que cantaba en los días de su mocedad.

De manera que primero se da aquí la leche de la dulcedumbre espiritual y después el valle de Acor, que es la tribulación y amargura de la contrición, y esto hecho, luego se siguen los cantares de la mocedad, que son las alegrías y alabanzas del alma que recibe en sí las prendas del nuevo amor y gracia que Nuestro Señor le envía como arras de casamiento y primicias de su gloria.

Orden para el aumento de la gracia.

Y es mucho de notar que este mismo orden que aquí hemos declarado que comúnmente se guarda para hacer mudanza de la vida y subir del pecado a la

gracia, ese mismo, generalmente, se guarda para subir de una gracia menor a otra mayor.

Porque cuando Nuestro Señor quiere levantar un alma a cosas mayores, primero la dispone con gemidos, y deseos, y temores, y dolores, y con aflicciones de espíritu, y trabajos de cuerpo para darle sus dones; queriendo que siempre preceda este invierno lluvioso y tempestuoso al verano florido y fructuoso de sus dones y gracias. Y cuanto mayores han de ser las gracias, tanto suelen ser mayores las aflicciones y deseos que para esto han de preceder.

Por tanto, nadie desmaye ni se desconsuele cuando así se viere; antes esto tome por señal y prenda de las mercedes nuevas que Nuestro Señor le quiere hacer.

CAPITULO X

CONTRA LOS QUE DILATAN LA MUDANZA DE LA VIDA PARA ADELANTE

Porque ya nos consta que la cosa que todo hombre cristiano más debe desear es su salvación, y que para ésta le es necesaria la conversión y enmienda de la vida, porque de otra manera no hay salud, resta, pues, que veamos cuándo ésta se haya de hacer. De manera que no nos queda aquí por averiguar sino sólo el tiempo, porque en todo lo demás no hay debate. Tú dices que adelante, yo digo que luego. Tú dices que adelante te será esto más fácil de hacer, yo digo que luego lo será. Veamos quién tiene razón.

No tienes seguro el día de mañana.

Mas antes que tratemos de la facilidad, ruégote me digas: ¿quién te dió seguridad que llegarías adelante? ¿Cuántos te parece que se habrán burlado con esta esperanza? San Gregorio dice: Dios, que prometió perdón al pecador si hiciese penitencia, nunca le prometió el día de mañana. Conforme a lo cual dice Cesáreo: Dirá alguno por ventura: Cuando llegare a la vejez me acogeré a la medicina de la penitencia. ¿Cómo tiene atrevimiento para presumir esto de sí la fragilidad humana, pues no tiene seguro sólo un día?

Creo verdaderamente que son innumerables las almas que por este camino se han perdido. A lo menos, así se

perdió aquel rico del Evangelio de quien escribe San Lucas (12, 16) que, como le hubiese sucedido muy bien la cosecha de un año, púsose a hacer consigo esta cuenta: ¿Qué haré de tanta hacienda? Quiero derribar mis graneros y hacerlos mayores para guardar estos frutos, y hecho esto, hablaré con mi alma y decirle he: aquí tienes, mi alma, muchos bienes para muchos años. Pues que así es, come, bebe, y huelga y date buena vida. Y estando el miserable haciendo esta cuenta, oyó una voz que le dijo: Loco, esta noche te pedirán tu alma; eso que tienes guardado, ¿para quién será? Pues ¿qué mayor locura que disponer un hombre por su autoridad lo que ha de ser adelante, como si tuviese en su mano la presidencia de los tiempos y momentos que el Padre Eterno tiene puestos en su poder?

Y si del Hijo sólo dice San Juan (Apoc. 1, 18) que tiene las llaves de la vida y de la muerte para cerrar y abrir a quien y cuando Él quisiere, ¿cómo el vil gusanillo quiere adjudicar a sí y usurpar este tan gran poder?

Sólo este atrevimiento merece ser castigado con este castigo, para que el loco por la pena sea cuerdo, que no halle delante tiempo de penitencia el que no quiso aprovecharse del que Dios le daba.

Y pues son tantos los que de esta manera son castigados, muy mejor acuerdo será escarmentar en cabeza ajena y sacar de los peligros de los otros seguridad, tomando aquel tan sano consejo que nos da el Eclesiástico (5, 8) diciendo: Hijo, no tardes en convertirte al Señor y no lo dilates de día en día, porque súbitamente suele venir su ira y destruirte ha en el tiempo de la venganza.

Las dificultades de la conversión.

a) *La mala costumbre.*—Mas ya que te concediésemos esa vida tan larga como tú imaginas, ¿cuál será más fácil: comenzar desde luego a enmendarla o dejarse esto para adelante? Y para que esto se vea más claro, señalaremos aquí sumariamente las principales causas de donde esta dificultad procede.

Nace, pues, esta dificultad no de los impedimentos y embarazos que los hombres imaginan, sino del mal hábito y costumbre de la mala vida pasada; que mudarla, como dicen, es a par de muerte. Por lo cual dijo San Jerónimo que el camino de la virtud nos había hecho áspero y desabrido la costumbre larga de pecar.

Porque la costumbre es otra segunda naturaleza, y así, prevalecer co[illegible]a ella es vencer la misma naturaleza, que es la mayor de todas las victorias. Y así dice San Bernardo que, después que un vicio se ha confirmado con la costum-

bre de muchos años, es menester especialísimo y casi milagroso socorro de la divina gracia para vencerlo.

Por donde el cristiano debe temer mucho la costumbre de cualquier vicio; porque así como hay prescripción en las haciendas, así también, en su manera, la hay en los vicios. Y después que un vicio ha prescrito, es muy malo de vencer por pleito si no hay, como dice aquí San Bernardo, especialísimo fervor divino.

Porque es cierto que así como los que hincan un clavo, con cada golpe que le dan lo hincan más, y con otro golpe más, y así mientras más golpes le dan más fijo queda y más dificultoso de arrancar, así, con cada obra mala que hacemos, como con una martillada, se hinca más y más el vicio de nuestras almas, y así queda tan aferrado, que apenas hay manera para poderlo después arrancar.

Por donde vemos que la vejez de aquellos que gastaron la mocedad en vicios suele ser muchas veces amancillada con las disoluciones de aquella edad pasada, aunque la presente la rehuse y la misma naturaleza la sacuda de sí. Y estando ya la naturaleza cansada del vicio, sola la costumbre, que queda en pie, corre el campo y les hace buscar deleites imposibles. Tanto puede la tiranía y la fuerza de la mala costumbre.

b) *El apartamiento de Dios.*—Nace también de estar Dios apartado del alma que está en pecado, que es aquella guarda que vela siempre sobre los muros de Jerusalén: el cual está tanto más alejado del pecador cuanto él está más lleno de pecados. Y de este alejamiento nacen grandes miserias en el alma, como el Señor lo significó cuando por un profeta dijo (Os. 7, 13): ¡Ay de ellos, porque se apartaron de mí! Y por otro dice (Ibíd. 9, 12): ¡Ay de ellos cuando yo me apartare de ellos! Que es el segundo ¡ay! de que San Juan hace mención en su Apocalipsis (11, 14).

c) *Las potencias del alma, estragadas.*—Ultimamente nace esta dificultad de la corrupción de las potencias de nuestra alma, las cuales en gran manera se estragan y corrompen por el pecado, aunque esto no sea en sí mismas, sino en sus operaciones y efectos.

Porque así como el vino se corrompe con el vinagre, la fruta con el gusano y, finalmente, cualquier contrario con su contrario, como arriba dijimos, así también todas las virtudes y potencias de nuestra alma se estragan con el pecado, que es el mayor de todos sus enemigos y contrarios.

Porque con el pecado se oscurece el entendimiento, y se enflaquece la voluntad, y se desordena el apetito, y se debilita más el libre albedrío, y se hace menos señor de

sí y de sus obras, aunque nunca del todo pierda ni su ser ni su libertad.

Y siendo estas potencias los instrumentos con que nuestra alma ha de obrar el bien, siendo éstas como las ruedas de este reloj, que es la vida bien ordenada, estando estas ruedas e instrumentos tan maltratados y desordenados, ¿qué se puede esperar de aquí sino desorden y dificultad?

Estas, pues, son las principales causas de este trabajo, las cuales todas originalmente nacen del pecado y crecen más y más con el uso de él.

Con el tiempo aumentarán las dificultades.

Pues siendo esto así, ¿en qué seso cabe creer que adelante te será la conversión y mudanza de vida más fácil, cuando habrás multiplicado más pecados, con los cuales juntamente habrán crecido todas las causas de esta dificultad?

Claro está que adelante estarás tanto más mal habituado cuanto más hubieres pecado.

Y adelante estará también el demonio más apoderado de ti y Dios mucho más alejado.

Y adelante estará mucho más estragada el alma con todas aquellas fuerzas y potencias que dijimos.

Pues si éstas son las causas de esta dificultad, ¿en qué juicio cabe creer que será este negocio más fácil, creciendo por todas partes las causas de la dificultad? Porque continuando cada día los pecados, claro está que adelante habrás añadido otros nudos ciegos a los que ya tenías dados; adelante habrás añadido otras cadenas nuevas a las que ya te tenían preso; adelante habrás hecho mayor la carga de los pecados que te tenían oprimido; adelante estará tu entendimiento, con el uso del pecar, más oscurecido, tu voluntad más flaca para el bien y tu apetito más esforzado para el mal, y tu libre albedrío, como ya declaramos, más enfermo y debilitado para defenderse de él.

Pues siendo esto así, ¿cómo puedes tú creer que adelante te será este negocio más fácil? Si dices que no puedes ahora pasar este vado aun antes que el río haya crecido mucho, ¿cómo lo pasarás mejor cuando vaya de mar a mar?

Si tan trabajoso se te hace arrancar ahora las plantas de los vicios que están en tu alma recién plantadas, ¿cuánto más lo será adelante, cuando hayan echado más hondas raíces? Quiero decir: si ahora que están los vicios más flacos dices que no puedes prevalecer contra ellos, ¿cómo podrás adelante, cuando estén más arraigados y fortificados? Ahora peleas, por ventura, con cien pecados, adelante pelearás con mil; ahora, con un año o dos de mala costumbre, adelante quizá con diez.

Pues ¿quién te dijo que adelante podrás más fácilmente con la carga que ahora no puedes, haciéndose ella por todas partes más pesada? ¿Cómo no ves que éstas son trapazas de mal pagador, que, porque no quiere pagar, dilata la paga de día en día? ¿Cómo no ves que éstas son mentiras de aquella antigua serpiente, que con mentiras engañó a nuestros primeros padres y con ellas trata de engañar a sus hijos?

Pues siendo esto así, ¿cómo es posible que, creciendo las dificultades por todas partes, te será más fácil lo que ahora te parece imposible? ¿En qué seso cabe creer que multiplicándose las culpas será más ligero el perdón y creciendo la dolencia será más fácil la medicina? ¿No has leído lo que el Eclesiástico dice (10, 11), que la enfermedad antigua y de muchos años pone en trabajo al médico y que la de pocos días es la que más presto se cura?

En la vejez serás más débil.

Sobre todo esto, ¿no mirarías cuán mal repartimiento es diputar el tiempo de la vejez para hacer penitencia y dejar pasar en flor los años de la mocedad? ¿Qué locura sería si un hombre tuviese muchas bestias y muchas cargas que llevar en ellas que las echase todas sobre la bestia más flaca y dejase las otras irse holgando vacías?

Tal es, por cierto, la locura de los que guardan para la vejez toda la carga de la penitencia y dejan los mejores tercios de la mocedad y de los buenos años, que eran, cierto, mejores para llevar esta carga que la vejez, la cual apenas puede sostener a sí misma. Muy bien dijo aquel gran filósofo Séneca que quien espera por la vejez para ser bueno, claro muestra que no quiere dar a la virtud sino el tiempo que no le sirve para otra cosa.

Pues ¿qué será si con esto consideras la grandeza de la satisfacción que aquella Majestad infinita pide para perfecto descargo de sus ofensas? La cual es tan grande que, como dice San Juan Clímaco, apenas puede el hombre satisfacer hoy por las culpas de hoy, apenas puede el mismo día descargar a sí mismo.

Pues ¿cómo quieres tú amontonar deudas en toda la vida y reservar la paga para la vejez, que apenas podrá pagar las suyas propias? Es tan grande esta maldad, que la tiene San Gregorio por una gran deslealtad, como él lo significa por estas palabras: Harto lejos está de la fidelidad que debe a Dios el que espera el tiempo de la vejez para hacer penitencia. Debería este tal temer no venga a caer en las manos de la justicia, esperando indiscretamente en la misericordia.

No ofrezcas a Dios lo peor de tu vida. Demás de esto, si tú esperas que te has de salvar, también has de presuponer que te tiene Dios *ab aeterno* predestinado para esta salud.

Pues dime ahora: si madrugó este Señor desde su eternidad a amarte, y hacerte cristiano, y adoptarte por hijo, y hacerte heredero de su reino, ¿cómo aguardas tú en el fin de tus días a amar a aquel que desde el principio de su eternidad, que es sin principio, te amó? ¿Cómo puedes acabar contigo de hacer servicios tan cortos a quien determinó hacerte beneficios tan largos?

Porque a buena razón, ya que el galardón es eterno, también lo había de ser el servicio, si esto fuera posible. Mas ya que no lo es, sino tan breve cuanto es la vida del hombre, ¿cómo de ese espacio tan corto quieres quitar un pedazo tan largo al servicio de tal Señor y dejarle tan poco, y aun eso de lo peor?

Porque, como dice muy bien Séneca, en lo bajo del vaso no sólo queda lo poco, sino también lo malo. Pues ¿qué ración es esa que dejas para Dios? Maldito sea, dice Él por Malaquías (1, 14), el engañador que, teniendo en su manada animal sano y sin defecto, ofrece al Señor el más flaco de su ganado; porque Rey grande soy yo, dice el Señor de los ejércitos, y mi nombre es terrible entre las gentes. Como si más claramente dijera: A tan grande Señor como yo, grandes servicios pertenecen, e injuria es de tan grande Majestad ofrecerle el desecho de las cosas.

Pues ¿cómo guardas tú lo mejor y más hermoso de la vida para servicio del demonio y quieres ofrecer a Dios lo que ya el mundo desecha de sí? Dice Dios (Deut. 25, 13): No tendrás en tu casa medida mayor ni menor, sino medida justa y verdadera. ¿Y quieres tú, contra esta ley, tener dos medidas tan desiguales, una tan grande para el demonio, como medida de amigo, y otra tan pequeña para Dios, como si fuera enemigo?

Conviértete hoy, no mañana. Sea, pues, la conclusión de este capítulo la que dió Salomón a su Eclesiastés (12, 1), donde, finalmente, vino a resolverse en aconsejar al hombre se acordase de su Criador en el tiempo de su mocedad y no dejase este negocio para la vejez, que para todos los trabajos corporales es inhábil.

Este es, pues, el consejo tan saludable que te da Salomón, y este mismo te da el Eclesiástico (17, 25) diciendo: Confesarte has y alabarás a Dios estando vivo. Vivo y sano te confesarás, y si así lo hicieres, serás glorificado y enriquecido con sus misericordias.

CAPITULO XI

Contra los que dilatan la penitencia hasta la hora de la muerte

Razón sería que bastase lo dicho para confusión de otros que dejan, como ya declaramos, la penitencia para la hora de la muerte. Porque si tan gran peligro es dilatarla para adelante, ¿qué será para este punto?

Mas porque este engaño está muy extendido por el mundo y son muchas las almas que por aquí perecen, necesario es que de él particularmente tratemos. Y aunque sea algún peligro hablar de esta materia, porque podría ser ocasión de desconfianza para algunos flacos, pero muy mayor peligro es no saber los hombres el peligro a que se ponen cuando para este tiempo se guardan. De manera que pesados ambos peligros, sin comparación es mayor éste que el otro, pues vemos cuántas más son las almas que se pierden por indiscreta confianza que por demasiado temor. Y, por tanto, a nosotros, que estamos puestos en la atalaya de Ezequiel (33, 7), conviene avisar de estos peligros, por que los que por nosotros deben ser avisados no se llamen a engaño y, si ellos se perdieran, no carguen su sangre sobre nosotros.

Y pues no tenemos otra lumbre ni otra verdad en esta vida sino la de la Escritura divina y de los santos Padres y doctores que la declaran, veamos qué es lo que ellos dicen acerca de esto, porque bien creo que nadie será tan atrevido que ose anteponer su parecer a éste. Y procediendo por esta vía, traigamos primero lo que los santos antiguos y, al cabo, lo que la santa Escritura acerca de esto nos enseñan.

Mas antes que entremos en esta disputa, supongamos primero lo que San Agustín y todos los doctores generalmente dicen, conviene saber, que así como es obra de Dios la verdadera penitencia, así la puede Él inspirar cuando quisiere, y así en cualquier tiempo que la penitencia fuere verdadera, aunque sea en el punto de la muerte, es poderosa para dar salud. Mas esto cuán pocas veces acaezca, ni quiero que yo ni tú seamos creídos en esta parte, sino que lo sean los santos, por cuya boca habló el Espíritu Santo y por sus dichos y testimonios será razón que todos estemos.

Lo que dice San Agustín. Oye, pues, primeramente lo que sobre este caso dice San Agustín en el libro *De la verdadera y falsa penitencia.* Ninguno espere a hacer penitencia cuando ya no puede pecar, porque libertad nos pide para esto Dios y no necesidad. Y, por tanto, aquel a quien primero dejan los pecados que él deje a ellos, no parece que los deja por voluntad, sino por necesidad. Por donde los que no quisieron convertirse a Dios en el tiempo que podían y después vienen a confesarse cuando ya no pueden pecar, no así fácilmente alcanzarán lo que desean.

Y un poco más abajo, declarando cuál haya de ser esta conversión, dice así: Aquel se convierte a Dios que todo y del todo se vuelve a Él; el cual no sólo teme las penas, sino trabaja por alcanzar la gracia y los bienes del Señor. Y si de esta manera acaeciere convertirse alguno al fin de la vida, no habemos de desesperar de su perdón. Mas porque apenas o muy pocas veces se halla en aquel tiempo esta tan perfecta conversión, hay razón para temer del que tan tarde se convierte. Porque el que se ve apretado con los dolores de la enfermedad y espantado con el temor de la pena, con dificultad llegará a hacer verdadera satisfacción, mayormente viendo delante de sí los hijos que desordenadamente amó, y a la mujer y al mundo, que están tirando por él. Y porque hay muchas cosas que en este tiempo impiden el hacer penitencia, peligrosísima cosa es, y muy vecina de la perdición, dilatar hasta la muerte el remedio de ella.

Y con todo esto, digo que si este tal alcanzare perdón de sus culpas, no por eso quedará libre de todas las penas. Porque primero ha de ser purgado con el fuego del purgatorio, por haber dejado el fruto de la satisfacción para el otro siglo. Y este fuego, aunque no sea eterno, como es el del infierno, mas es extrañamente grande, porque sobrepuja todas las maneras de penas que se han padecido en este mundo. Ni jamás en carne mortal se sintieron tales tormentos, aunque los de los mártires hayan sido tan grandes y los que han padecido algunos malhechores.

Y, por tanto, procure cada uno de corregir así sus males que no le sea necesario, después de la muerte, padecer tan terribles tormentos. Hasta aquí son palabras de San Agustín, donde habrás visto la grandeza del peligro en que se pone el que de propósito guarda la penitencia para este

Lo que dice San Ambrosio. San Ambrosio, también en el libro *De la penitencia,* aunque otros atribuyen este dicho al mismo San Agustín, trata copiosamente esta materia, donde, entre otras

muchas cosas, dice así: El que puesto ya en el postrer término de la vida pide el sacramento de la Penitencia, y le recibe, y así sale de esta vida, yo os confieso que no le negamos lo que pide, mas no osamos decir que salga de aquí bien encaminado. Torno a repetir que no oso decir esto, que no os lo prometo, que no lo digo, que no os quiero engañar.

¿Pues quieres, hermano, salir de esta duda y escaparte de cosa tan incierta? Haz penitencia en el tiempo que estás sano. Si así lo haces, dígote que vas bien encaminado, porque hiciste penitencia en tiempo que pudieras pecar. Pero si aguardas a hacer penitencia en tiempo que ya no podías pecar, los pecados dejaron a ti, y no tú a ellos.

Lo que dice San Jerónimo. Todas estas palabras son mucho para temer, mas mucho más son las que escribe Eusebio, discípulo de San Jerónimo, que este su santo maestro dijo estando para morir, echado en tierra y vestido de saco. Y porque no osaré referirlas con el rigor que están escritas por no dar motivo a los flacos para desmayar, el que quisiere las podrá leer en el cuarto tomo de las obras de San Jerónimo, en una epístola que Eusebio escribe a Dámaso, obispo, sobre la gloriosa muerte de San Jerónimo. Pero entre otras cosas dice así:

Podrá decir el que todos los días de su vida perseveró en su pecado: A la hora de la muerte haré penitencia y me convertiré. ¡Oh, cuán triste es esta consolación! Porque el que ha vivido mal toda la vida, sin acordarse sino por ventura por entre sueños qué cosa era penitencia, muy dudoso remedio tendrá en esta hora. Porque estando él en este tiempo enlazado con los negocios del mundo, y fatigado con los dolores de la enfermedad, y acongojado con la memoria de los hijos que deja y con el amor de los bienes temporales de que ya no espera gozar; estando así cercado de todas estas angustias, ¿qué disposición tiene para levantar el corazón a Dios y hacer verdadera penitencia, la cual en toda la vida nunca hizo cuando esperaba vivir y ahora no haría si esperase sanar?

Pues ¿qué manera de penitencia es la que se hace cuando la misma vida se despide? Conozco algunos de los ricos de este siglo que, después de graves enfermedades, recobran la salud del cuerpo y empeoran en la del alma. Esto tengo, esto pienso, esto he aprendido por larga experiencia: que por maravilla tendrá buen fin aquel cuya vida fué siempre mala, el cual nunca temió pecar y siempre sirvió a la vanidad. Hasta aquí son palabras del dicho Eusebio, en las cuales ves el temor que este santo doctor tie-

ne de la penitencia que hace en esta hora aquel que nunca la hizo en toda la vida.

Lo que dice San Isidoro. Lo mismo dice San Isidoro por estas palabras: El que quiere a la hora de la muerte estar cierto del perdón, haga penitencia cuando está sano y entonces llore sus maldades. Mas el que, habiendo vivido mal, hace penitencia a la hora del morir, éste corre mucho peligro, porque así como su condenación es incierta, así su salvación es dudosa.

Lo que dice San Gregorio. Y no es menor el que San Gregorio en esta parte tiene, el cual, sobre aquellas palabras de Job que dicen: ¿Qué esperanza tendrá el hipócrita si roba lo ajeno? ¿Por ventura oirá Dios su clamor en el día de su angustia?, dice así:

No oye Dios en el tiempo de la angustia las voces de aquel que en tiempo de paz no quiso oír las voces de su Señor. Porque escrito está (Prov. 28, 9): El que cierra las orejas para no oír la ley, no será recibida su oración. Mirando, pues, el santo Job cómo todos los que ahora dejan de obrar bien, al fin de la vida se vuelven a pedir mercedes a Dios, dice: ¿Por ventura oirá Dios el clamor de los tales? En las cuales palabras se conforma con la sentencia del Redentor que dice (Mt. 25, 11): A la postre vinieron las vírgenes locas diciendo: Señor, Señor, abridnos; y fuéles respondido: En verdad os digo que no os conozco. Porque en aquel tiempo usa Dios de tanta mayor severidad cuanto ahora usa de mayor misericordia. Y entonces castigará a los que pecaron con mayor rigor de justicia el que ahora benignamente les ofrece su misericordia. Hasta aquí son palabras de San Gregorio.

Este es, pues, el parecer de todos estos tan grandes doctores. Por donde verás cuán grande locura sea tener tú por segura la navegación de un golfo de quien tan sabios pilotos hablan con tan gran temor. Oficio es el bien morir que conviene aprenderse toda la vida; porque a la hora de la muerte hay tanto que hacer en morir, que apenas hay espacio para aprender a bien morir.

Lo que dice Escoto. Resta ahora, para mayor confirmación de esta verdad, ver también lo que acerca de esto sienten los doctores escolásticos.

Entre los cuales, Escoto trata muy de propósito esta cuestión en el IV de las *Sentencias*, donde pone una con-

clusión que dice así: La penitencia que se hace a la hora de la muerte apenas es verdadera penitencia, por la dificultad grande que entonces hay para hacerla. Prueba él esta conclusión por cuatro razones.

Primera: por la imposibilidad de ejercitarse en obras de penitencia.—La primera es por el grande estorbo que hacen allí los dolores de la enfermedad y la presencia de la muerte para levantar el corazón a Dios y ocuparlo en ejercicios de verdadera penitencia.

Para cuyo entendimiento es de saber que todas las pasiones de nuestro corazón tienen grande fuerza para llevar en pos de sí el sentido y el libre albedrío del hombre. Y según reglas de filosofía, muy más poderosas son para esto las pasiones que dan tristeza que las que causan alegría. De donde nace que las pasiones y afectos del que está para morir son las más fuertes que hay; porque, como dice Aristóteles, el último trance y la más terrible cosa de las terribles es la muerte, donde hay tantos dolores en el cuerpo, tantas angustias en el alma y tanta congoja para los hijos y mujer y mundo que se dejan. Pues entre tan recios vientos de pasiones, ¿dónde ha de estar el sentido y el pensamiento sino donde tan fuertes dolores y pasiones lo llevaren?

Vemos por experiencia, cuando uno está con un dolor de ijada o con algún otro dolor agudo, que aunque sea hombre virtuoso, apenas puede por entonces tener el pensamiento fijo en Dios, sino que allí está todo el sentido donde lo llama el dolor. Pues si esto acaece al justo, ¿qué hará el que nunca supo qué cosa era pensar en Dios, y que tanto cuanto está más habituado a amar su cuerpo que su alma, tanto más ligeramente acude al peligro del mayor amigo que del menor?

Entre cuatro impedimentos que San Bernardo pone de la contemplación, uno de ellos dice que es la mala disposición del cuerpo. Porque entonces el alma está tan ocupada en sentir los dolores de su carne, que apenas puede admitir otro pensamiento que aquel que le presente la fatiga. Pues si esto es verdad, ¿qué locura es aguardar a la mayor de las indisposiciones del cuerpo para tratar del mayor de los negocios del alma?

Supe de una persona que, estando en paso de muerte y diciéndole que se aparejase para lo postrero, recibió tan grande angustia de ver tan cerca de sí la muerte, que, como si la pudiera detener con las manos, todo su negocio era pedir a muy gran prisa remedios y confortativos para evitar aquel trago si le fuera posible. Y como un sacerdote le viese tan olvidado de lo que convenía para aquella hora y le amonestase que se dejase ya de aquellos cuidados y

comenzase a llamar a Dios, importunado del buen consejo, respondió palabras muy ajenas de lo que aquel tiempo requería, con las cuales expiró. Y el que así habló había sido persona virtuosa. Para que por aquí veas cómo turbará la presencia de la muerte a los que aman la vida, cuando así turbó a quien en otro tiempo la despreciaba.

Segunda: por falta de voluntariedad en la penitencia.—La segunda razón de este doctor es porque la verdadera penitencia ha de ser voluntaria, esto es, hecha con prontitud de voluntad y no por sola necesidad. Por lo cual dice San Agustín: Menester es no sólo temer al juez, sino también amarle y hacer lo que se hiciere por voluntad y no por necesidad.

Pues el que en toda la vida nunca hizo penitencia verdadera y aguarda entonces a hacerla, no parece que la hace por voluntad, sino por pura necesidad. Y si por sola esta causa la hace, no es su penitencia puramente voluntaria.

Tal, pues, parece la penitencia de muchos malos cristianos, los cuales, habiendo perseverado en ofender a Dios toda la vida, cuando llega la hora de la cuenta, como ven la muerte al ojo, y la sepultura abierta, y el juez presente, y entienden que no hay fuerza ni poder contra aquel sumo poder, y que en aquel punto se ha de determinar lo que para siempre ha de ser, vuélvense al juez con grandes suplicaciones y protestaciones; las cuales, si son verdaderas, no dejan de ser provechosas; mas el común suceso de ellas declara lo que son. Porque por experiencia habemos visto muchos de éstos que, si escapan de aquel peligro, luego se descuidan de todo lo que prometieron y vuelven a ser los que eran: y aun tornan a revocar los descargos que dejaban ordenados, como hombres que no hicieron lo que hicieron por virtud y por amor de Dios, sino solamente por aquella prisa en que se vieron, la cual, como cesó, cesó también el efecto que de ella se seguía.

En lo cual parece ser esta manera de penitencia muy semejante a la que suelen hacer los mareantes en tiempo de alguna grande tormenta, donde proponen y prometen grandes virtudes y mudanzas de vida; mas, acabada la tormenta y escapados del presente peligro, luego se vuelven a jugar y blasfemar como lo hacían antes, sin hacer más caso de todo lo pasado que si fuera un propósito soñado.

Tercera: por la costumbre de pecar.—La tercera razón es porque el mal hábito y costumbre de pecar que el malo ha tenido toda la vida, comúnmente le suele acompañar, como la sombra al cuerpo, hasta la muerte.

Porque la costumbre es como otra naturaleza, que con gran dificultad se vence. Y así vemos por experiencia mu-

chos en aquella hora tan olvidados de su alma, tan avarientos para ella, aun en la muerte; tan encarnizados en el amor de la vida, si la pudiesen redimir por algún precio; tan cautivos del amor de este mundo y de todas las cosas que en él amaron, como si no estuviesen en el paso que están. ¿No has visto algunos viejos en aquella hora tan guardosos y codiciosos, y tan atentos a mirar por sus trapillos y pajuelas, y tan cerradas las manos para todo bien, y tan vivo el apetito aun de aquello que no pueden consigo llevar?

Este es un linaje de pena con que muchas veces castiga Dios la culpa, permitiendo que acompañe a su autor hasta la sepultura, según que lo dice San Gregorio por estas palabras: Con este linaje de castigo castiga Dios al pecador, permitiendo que se olvide de sí en la muerte el que no se acordó de Dios en la vida. De esta manera se castiga un olvido con otro olvido; el olvido que fué culpa con el que juntamente es pena y culpa. Lo cual se ve cada día por experiencia, pues tantas veces habemos oído de muchos que se dejaron morir entre los brazos de las malas mujeres que mal amaron, sin quererlas despedir de su compañía ni aun en aquella hora, por estar, por justo juicio de Dios, olvidados de sí mismos y de sus almas.

Cuarta: por el escaso valor de aquellas obras. — La cuarta razón se funda en la cualidad del valor que ordinariamente suelen tener las obras que en aquel tiempo se hacen.

Porque parece claro, a quien tiene algún conocimiento de Dios, cuánto menos le agrade este linaje de servicios que los que en otros tiempos se hacen. Porque ¿qué mucho es, como decía la santa virgen Lucía, ser muy largo de lo que, aunque te pese, has acá de dejar? ¿Qué mucho es perdonar allí la deshonra, cuando sería mayor deshonra no perdonarla? ¿Qué mucho es dejar la manceba cuando, aunque quisieses, no la podrías ya más tener en casa?

Por estas razones, pues, concluye este doctor que en aquella hora con dificultad se hace penitencia verdadera. Y añade aún más, diciendo que el cristiano que con deliberación determina guardar la penitencia para aquella hora, peca mortalmente, por la gran ofensa que hace a su alma y por el grandísimo peligro en que pone su salvación. Pues ¿qué cosa más para temer que ésta?

Apremiante exhortación de Jesucristo. Mas porque todo el peso de esta disputa principalmente pende de la palabra de Dios, porque para contra ésta no hay apelación ni respuesta, oye ahora lo que acerca de esto nos enseña Jesucristo.

Hablando el Salvador en el Evangelio (Mt. 13, 25) de su venida a juicio, aconseja a sus discípulos con grande instancia que estén aparejados para esta hora, trayéndoles para esto muchas comparaciones por las cuales entendiesen cuánto esto les importaba. Y así dice (Mt. 24, 46): Bienaventurado es el siervo a quien el Señor hallare en aquella hora velando. Mas si el mal siervo dijere en su corazón: Mi señor se tarda mucho, tiempo me queda para aparejarme; y él entre tanto se diere a comer, y beber, y hacer mal a sus compañeros, vendrá su señor en el día que él no piensa y en la hora que no sabe, y partirlo ha por medio y darle ha el castigo que se da a los hipócritas.

Aquí parece claro que el Señor sabía bien los consejos de los malos y las veredas que buscan para sus vicios; y por esto les sale al camino y les dice cómo les ha de ir por él y en qué han de parar sus confianzas. Pues ¿qué otro pleito es el que ahora tratamos sino éste? ¿Qué digo yo aquí sino lo que el mismo Señor te dice? Tú eres ese siervo malo que haces en tu corazón la misma cuenta, y así te quieres aprovechar de la dilación del tiempo para comer, y beber, y perseverar en los mismos delitos. Pues ¿cómo no temerás esta amenaza que te hace quien es tan poderoso para cumplirla como para hacerla? Contigo habla, contigo lo ha, a ti lo dice: despierta, miserable, y repárate con tiempo, por que no seas despedazado cuando llegue la hora de este juicio.

Paréceme que gasto mucho tiempo en cosa tan clara. Mas ¿qué haré, que aun con todo esto veo muy gran parte del mundo cubrirse con este manto? Pues para que aun más claro veas la grandeza de este peligro, oye otro testimonio del mismo Salvador.

La parábola de las diez vírgenes. Acabadas estas palabras, añade luego lo que sigue, diciendo (Mt. 25, 1): Entonces será semejante el reino de los cielos a diez vírgenes, cinco locas y cinco sabias. Entonces dice. ¿Cuándo entonces? Cuando venga el juez, cuando se llegue la hora de su juicio, así el universal de todos como el particular de cada uno, según declara San Agustín, por que no se altere en el universal lo que en el particular se determina.

Pues en este caso, dice el Señor, os acaecerá como acaeció a diez vírgenes, cinco locas y cinco sabias, las cuales aguardaban por la venida del esposo. Las sabias proveyéronse con tiempo de lámparas y de óleo para salirle a recibir; mas las locas, como tales, no curaron de esto.

Y a la media noche, al tiempo de mayor sueño, que es

cuando los hombres están más descuidados y menos piensan en este paso, diéronles rebato, diciendo que venía el esposo, que le saliesen a recibir.

Entonces levantáronse todas aquellas vírgenes y aderezaron sus lámparas, y las que estaban ya aparejadas entraron con él a las bodas y cerróse la puerta.

Mas las que no estaban aparejadas comenzaron entonces a querer proveerse, y aparejarse, y a dar voces al Esposo diciendo: Señor, Señor, abridnos.

A las cuales él respondió: En verdad os digo que no os conozco.

Y así concluye el santo Evangelio la parábola y la declaración de ella, diciendo: Por tanto, velad y estad aparejados, pues no sabéis el día ni la hora. Como si dijera: ¿Habéis visto cuán bien libraron en este trance las vírgenes que estaban aparejadas y cuán mal las que no lo estaban? Por tanto, pues no sabéis el día ni la hora de esta venida y el negocio de vuestra salvación pende tanto de este aparejo, velad y estad aparejados en todo tiempo; porque no os tome aquel día desapercibidos, como a estas vírgenes, y así perezcáis como ellas perecieron.

Este es el sentido literal de esta parábola, como declara el cardenal Cayetano en este lugar, donde dice: Esto sólo sacamos de aquí: que la penitencia que se dilata hasta la hora de la muerte, cuando se oye esta palabra: Ved que viene el esposo, no es segura; antes en esta parábola se describe como no verdadera, porque por la mayor parte no lo es.

Y al cabo pone este doctor la resolución de toda la parábola, diciendo: La conclusión de esta doctrina es dar a entender que, por tanto, las cinco vírgenes locas fueron desechadas porque al tiempo que el esposo vino no estaban aparejadas; y por esto las otras cinco fueron admitidas, porque estaban apercibidas. Por donde conviene que siempre lo estemos, pues no sabemos la hora de esta venida.

Pues ¿qué cosa se podía pintar más clara que ésta? Por lo cual me maravillo mucho cómo después de la testificación tan clara de esta verdad se osan los hombres entretener y consolar con esta tan flaca esperanza. Porque antes de esta luz tan clara no me maravillara yo tanto que se persuadieran lo contrario o se quisieran engañar; mas después que aquel Maestro del cielo resolvió esta materia, después que el mismo Juez nos declaró con tantos ejemplos las leyes de su juicio y el norte por donde nos había de juzgar, ¿en qué seso cabe creer que de otra manera pasará el negocio que lo predicó el que lo ha de sentenciar?

No te excuses con el buen ladrón.

Mas, por ventura, contra todo esto me dirás: ¿Pues el ladrón no se salvó con una sola palabra a la hora de la muerte? A esto responde San Agustín en el libro alegado que aquella confesión del buen ladrón fué la hora de su conversión y de su bautismo y de su muerte juntamente. Por donde así como el que muere acabándose de bautizar, como a muchos otros ha acontecido, va derecho al cielo, así acaeció a este dichoso ladrón, porque aquella hora fué para él la hora de su bautismo.

Respóndese también que así esta obra tan maravillosa como todos los milagros y obras semejantes estaban profetizadas y guardadas para la venida del Hijo de Dios al mundo y para testimonio de su gloria; y así convenía que para la hora en que aquel Señor padecía se oscureciesen los cielos, y temblase la tierra, y se abriesen los sepulcros, y resucitasen los muertos. Porque todas estas maravillas estaban guardadas para testimonio de la gloria de aquella persona. Y en la cuenta de éstas entra la salud de aquel santo ladrón. En la cual obra no es menos admirable su confesión que su salvación, pues confesó en la cruz el reino, y predicó la fe cuando los Apóstoles la perdieron, y honró al Señor cuando todo el mundo le blasfemaba.

Pues como esta maravilla, junto con las otras, pertenezca a la dignidad de aquel Señor y de aquel tiempo, grande engaño es creer que generalmente se haga en todos los tiempos lo que estaba reservado para aquél.

Cónstanos también que en todas las repúblicas del mundo hay cosas que ordinariamente se hacen y cosas también extraordinarias. Y las ordinarias son comunes para todos, mas las extraordinarias son para algunos particulares. Lo mismo también pasa en la república de Dios, que es su Iglesia. Porque cosa regular y ordinaria es aquella que dice el Apóstol que el fin de los malos será conforme a sus obras; dando a entender que, generalmente hablando, a la buena vida se sigue buena muerte, y a la mala vida, mala muerte.

Cosa también es ordinaria que los que hicieron buenas obras irán a la vida eterna, y los que malas, al fuego eterno. Esta es una sentencia que a cada paso repiten todas las Escrituras divinas. Esto cantan los Salmos, esto dicen los profetas, esto anuncian los Apóstoles, esto predican los evangelistas. Lo cual en pocas palabras resumió el profeta David cuando dijo (Salm. 61, 12): Una vez habló Dios, y dos cosas le oí decir: que Él tenía poder y misericordia, y que así daría a cada uno según sus obras.

Esta es la suma de toda la filosofía cristiana. Pues según esta cuenta, decimos que es cosa ordinaria que así

el justo como el malo reciban su merecido al fin de la vida según sus obras. Pero, fuera de esta ley universal, puede Dios usar de especial gracia de algunos para su gloria y dar muerte de justo a los que tuvieron vida de pecadores, como también podría acaecer que el que hubiese vivido como justo, por algún secreto juicio de Dios viniese a morir como pecador; que es como el que ha navegado prósperamente toda la carrera y a boca del puerto viniese a padecer tormenta.

Por lo cual dijo Salomón (Ecl. 3, 21): ¿Quién sabe si el espíritu de los hijos de Adán sube a lo alto y el espíritu de las bestias desciende a lo bajo? Porque aunque universalmente acaece que las almas de los que viven como bestias descienden a los infiernos, y las de los que viven como hombres de razón, al cielo, mas todavía, por algún especial juicio de Dios, puede suceder esto de otra manera.

Pero la doctrina segura y general es: quien viviere bien, tendrá buena muerte. Pues por esta causa nadie debe asegurarse con ejemplos de gracias particulares, pues éstos no hacen regla general ni pertenecen a todos, sino a pocos, y ésos no conocidos; por donde no puedes tú saber si serás del número de ellos.

No basta cualquiera atrición. Otros alegan otra manera de remedio, diciendo que los sacramentos de la ley de gracia hacen al hombre, de atrito, contrito, y que entonces, a lo menos, tendrán esta manera de disposición, la cual, junto con la virtud de los sacramentos, será bastante para darles salud.

La respuesta de esto es que no cualquier dolor basta para tener aquella manera de atrición que, junta con el sacramento, da gracia al que lo recibe. Porque cierto es que hay muchas maneras de atrición y de dolor y que no por cualquiera atrición de éstas se hace el hombre, de atrito, contrito, sino por sola aquella que en particular sabe el dador de la gracia, y otro fuera de él no puede saber.

No ignoraban esta teología los santos doctores, y con todo esto hablan con tanto temor en esta manera de penitencia como arriba declaramos. Y expresamente San Agustín, en la primera autoridad que de él alegamos, habla del que recibe penitencia y es reconciliado por los sacramentos de la Iglesia; al cual, dice, damos penitencia, mas no seguridad.

Y si me alegares para esto la penitencia de los ninivitas, que procedía del temor que tenían de ser destruídos dentro de cuarenta días, mira tú no sólo la penitencia tan áspera que hicieron, sino también la mudanza de su vida; y múdala tú de esa manera y no te faltará esta misma mi-

sericordia. Pero veo que apenas has escapado de la enfermedad cuando luego tornas a la misma maldad y revocas cuanto tenías ordenado. ¿Qué quieres, pues, que juzgue de esta penitencia?

Conclusión: no confíes en la última hora. Todo esto se ha dicho, no para cerrar a nadie la puerta de la salud ni de la esperanza, porque ésta ni los santos la cierran ni nadie la debe cerrar, sino para desencastillar a los malos de este lugar de refugio, adonde se acogen para perseverar en sus males.

Pues dime ahora, hermano, por amor de Dios: Si todas las voces de los doctores, y de los santos, y de la razón, y de la misma Escritura, tan peligrosas nuevas te dan de esta penitencia, ¿cómo osas fiar tu salvación de tan gran peligro? ¿En qué confías para en aquella hora? ¿En tus aparejos y mandas de testamentos y oraciones? Ya ves la prisa que se dieron aquellas vírgenes locas a proveerse y las voces que dieron al esposo pidiéndole la puerta y cuán poco les valieron, porque no procedían de verdadera penitencia.

¿Confías en las lágrimas que allí derrmarás? Mucho valen, cierto, las lágrimas en todo tiempo y dichoso el que las derramare de corazón. Mas acuérdate cuántas lágrimas derramó aquel que por una golosina vendió su mayorazgo, y cómo, según dice el Apóstol (Hebr. 12, 17), no halló lugar de penitencia, aunque con tantas lágrimas la buscó. Porque no lloraba por Dios, sino por el interés que perdía.

¿Confías en los buenos propósitos que allí propondrás? Mucho valen también éstos cuando son verdaderos. Mas acuérdate de los propósitos que propuso el rey Antíoco (II Mac. 9, 13), el cual, estando en este paso, prometió a Dios tan grandes cosas, que ponen admiración a quien las lee; y con todo esto, dice la Escritura: Hacía aquel malvado oración a Dios, del cual no había de alcanzar misericordia. Y la causa era porque todo aquello que proponía no lo proponía con espíritu de amor, sino de puro temor servil; el cual, aunque sea bueno, pero sólo él no basta para alcanzar el reino del cielo. Porque temer las penas del infierno es cosa que puede proceder del amor natural que el hombre tiene a sí mismo, y amar el hombre a sí no es cosa por la cual se dé a nadie este reino. De suerte que así como con la ropa de sayal no entraba nadie en el palacio del rey Asuero (Est. 4, 2), así tampoco entrará en el de Dios con ropa de siervo, que es con sólo este temor, si no va vestido con ropa de bodas, que es amor.

¡Oh, pues, hermano mío!, ruégote ahora pienses atentamente que sin duda te has de ver en esta hora, y no será de aquí a muchos días, pues ya ves la prisa que se dan los cielos a correr. Presto se acabará de hilar con tantas vueltas este copo de lana que es nuestra vida mortal. Cerca está, dice el Profeta, el día de la perdición, y los tiempos se dan prisa por llegar.

Pues, acabado este tan ligero plazo, vendrá el cumplimiento de estas profecías, y allí verás cuán verdadero profeta te he sido en lo que te he anunciado. Allí te verás cercado de dolores, fatigado con cuidados, agonizando con la presencia de la muerte, esperando la suerte que de ahí a poco te ha de caber.

¡Oh suerte dudosa! ¡Oh trance riguroso! ¡Oh pleito donde se espera sentencia de vida para siempre! ¡Oh muerte para siempre! ¿Quién pudiese entonces trocar aquellas suertes! ¡Quién tuviese mano en aquella sentencia!

Ahora la tienes, no la desprecies. Ahora tienes tiempo para granjear al Juez. Ahora puedes ganarle la voluntad.

Toma, pues, el consejo del Profeta que dice (Is. 55, 6): Buscad al Señor en el tiempo que se puede hallar y llamadlo cuando está cerca para oíros. Ahora está cerca para oírnos, aunque no lo podamos ver. Mas en la hora del juicio verse ha, pero no nos oirá si desde ahora no lo tuviéramos merecido.

DEL SACRAMENTO DE LA EUCARISTIA

CAPITULO XII

Qué cosa sea Eucaristía

Dicho ya del sacramento de la Confesión, será razón que tratemos de la sagrada Comunión, que después de él suele seguir.

Yo os confieso, hermano, que ninguna materia hay que más desee tratar que ésa, por la gran consolación que en ello recibo considerando la grandeza de ese beneficio que Dios nos hizo; y ninguna que más tema tratar, porque eso poco que yo de él concibo no tengo palabras con que lo pueda declarar, con lo cual padece mi alma como dolores

de parto, porque deseo declarar por palabras lo que siente mi corazón y sé que no tengo de salir con ello; porque entiendo que así como este beneficio divino es incomprensible, así es inefable. Y tengo razón para temer que la cortedad y falta de mis palabras sea injuriosa a la dignidad y excelencia de él. Por lo cual entiendo que sería más acertado reverenciar este misterio con una grande admiración y silencio que pretender declarar con palabras humanas lo que ni con lenguas angélicas se podría explicar.

Mas ya que queréis ser informado de la doctrina de este sacramento, la primera cosa que os diré es que muchos de los fieles están tan firmes y constantes en la fe de este misterio y tan lejos de dudar de él, que éste les hace creer con mayor alegría y firmeza los otros artículos de nuestra fe. Porque reciben con el uso de él tan grandes bienes y consolaciones en sus almas, y tan grande luz en sus entendimientos, y tan grande fuego de amor en sus voluntades, y tan grandes ayudas para toda virtud, que por aquí entienden que no podía ser sino Dios el que ordenó una cosa de tanta eficacia para la santificación y salvación de las almas. Y porque saben que quien esto ordenó es el autor de todos los otros misterios que creemos, de aquí es que la fe certísima de este artículo los acrecienta la de todos los otros.

Comenzando, pues, a declarar lo que hemos de creer de este sacramento, decimos que por virtud de las palabras de la consagración pronunciadas por un sacerdote, la substancia del pan se muda en la del cuerpo de nuestro Salvador, y la del vino en su sangre preciosa.

Mas por cuanto así el cuerpo como la sangre no están sin alma, y lo uno y lo otro no está sin la divinidad, por tanto, aunque por virtud de las dichas palabras no esté debajo de aquellas especies sacramentales más que el cuerpo y sangre de Cristo, mas por vía de concomitancia está su alma santísima y su divinidad.

De la institución de la Eucaristía. Por quién fué instituída la Eucaristía, ya de lo que acabamos de decir queda manifiesto, porque no por otro sino por el mismo Cristo, cuyo cuerpo y sangre es.

Pero oigamos ahora las palabras con que lo instituyeron, las cuales leemos en los evangelistas y en el apóstol San Pablo, que son las que Cristo dijo cuando, cenando con sus Apóstoles, tomó el pan, y lo bendijo, y partió, y dió a sus discípulos, diciéndoles: Tomad y comed; éste es mi cuerpo, que por vosotros será entregado a la muerte. Esto haced en mi memoria.

Y tomando el cáliz y dando gracias al Padre, se lo dió diciendo: Bebed de esto todos, porque ésta es mi sangre del Nuevo Testamento, que por vosotros y por muchos será derramada para perdón de los pecados. Esto haced todas las veces que lo bebiereis en mi memoria.

Con estas palabras, que sacamos en suma de los Evangelios (I Cor. 11, 23; Mt. 26, 26; Mc. 14, 22; Lc. 22, 19), Nuestro Señor Jesucristo instituyó el sacramento de la Eucaristía. Las cuales son llanas y claras, sin figura alguna ni arte de decir; mas abiertamente afirman, y así se han de entender, que ésta es su verdadera carne y sangre. Donde quien otra cosa dijese, al Señor haría injuria no creyendo a sus palabras o desconfiando de su poder.

De la materia y de la forma de este sacramento.

La forma son las mismas palabras que Cristo pronunció en su institución, que ahora acabamos de recibir.

La materia es pan de trigo y vino de uvas, porque en estas dos especies se consagra este sacramento. Y si quieres saber por qué el Señor quiso poner su cuerpo y sangre y que lo comunicásemos en las especies de pan y vino y no en otras, diré dos causas, que son las principales de muchas que para esto se acostumbran y pueden dar.

La primera, porque naturalmente el pan mantiene y sustenta el corazón del hombre, y el vino cría la sangre y alegra los espíritus.

La segunda, porque el pan se hace de muchos granos de trigo amasados y unidos en uno, y el vino, de muchos racimos de uvas exprimidos.

Pues de esta manera quiso el Señor dar a entender los excelentes efectos que obra este sacramento en los que fielmente lo reciben. Porque primeramente él es mantenimiento y conservación del alma, vida y alegría de la conciencia, unión y compañía con su cuerpo místico, que es la Iglesia, esto es, comunicación de los merecimientos y bienes de todos los suyos.

Y si alguno preguntase por qué quiso el Señor darnos su cuerpo y sangre escondido en esta figura y no lo quiso dar descubierto o visible, respondemos brevemente que esto quiso por dos razones: una, por ejercitar de esta manera nuestra fe, la cual es de las cosas invisibles; otra, por que no se espantase el hombre y tomase horror poniéndole delante para comer carne y sangre humana.

Pero aun otra cosa habemos de notar no menos que las dichas: que, puesto que la figura de pan se atribuye particularmente al cuerpo y la figura de vino se atribuye a la sangre, todavía en la verdad así está la sangre de Cristo

debajo de la figura del pan como la carne, y así está todo Cristo en cada una de aquellas especies como en ambas, porque no se puede dividir Cristo, como dice el Apóstol (I Cor. 1, 13).

Donde, puesto que los sacerdotes, cuando celebran, reciben a Cristo debajo de ambas especies de pan y de vino, y los seglares que comulgan no más que debajo de una, no por eso deben agraviarse, mas solamente tener cuidado cómo reciban a Cristo dignamente.

Porque, como dice San Hilario, acontece a los que reciben este sacramento lo que aconteció a los hijos de Israel cuando cogían el maná en el desierto, que a quien cogía mayor cantidad de la que había menester no le sobraba y a quien cogía menos no le faltaba. De esta manera, el que recibe ambas especies no recibe más que el que recibe una de ellas, ni el que recibe una, menos que el que recibe ambas.

¡Pan de vida!

¡Oh memorial de salud! ¡Oh sacrificio singular, hostia agradable, pan de vida, mantenimiento suave, manjar de reyes y maná que en sí contiene toda suavidad!

¿Quién te podrá cumplidamente alabar? ¿Quién dignamente recibir? ¿Quién con debido acatamiento venerar?

Desfallece mi alma pensando en ti. No puede mi lengua hablar de ti ni puedo cuanto deseo engrandecer tus maravillas.

Y si este beneficio concediera el Señor a solos inocentes y limpios, aun fuera dádiva inestimable. Mas ¿qué diré, que por el mismo caso que se quiso comunicar a éstas se obligó a pasar por las manos de muchos malos ministros, cuyas almas son moradas de Satanás, cuyos cuerpos son vasos de corrupción, cuya vida se gasta en torpezas y vicios? Y con todo esto, por visitar y consolar a sus amigos consiente ser tratado de éstos, y tratado con sus manos sucias, y recibido en sus bocas sacrílegas, y sepultado en sus cuerpos hediondos. Una sola vez fué vendido su cuerpo, mas millares de veces lo es en este sacramento. Una vez fué escarnecido y menospreciado en su Pasión, mas mil veces lo es de los malos en la mesa del altar. Una vez se vió puesto entre dos ladrones, y mil veces se ve aquí puesto en manos de pecadores.

Pues ¿con qué podremos servir a un Señor que por tantas vías y maneras pretende nuestro bien? ¿Qué le daremos por este tan admirable mantenimiento?

Si los criados sirven a sus amos por que les den de comer; si los hombres de guerra se meten por hierro y por fuego por esta misma causa, ¿qué deberemos al Señor por este

pasto celestial? Y si tanto agradecimiento pedía Dios en la Ley por aquel maná que envió de lo alto, que era manjar corruptible, ¿qué pedirá por este manjar que no sólo es incorruptible, sino que también hace incorruptibles (Jn. 6, 27) a los que dignamente lo reciben? Y si el mismo Hijo de Dios da gracias en el Evangelio a su Padre por una comida de pan de cebada, ¿qué gracias deben los hombres dar por este pan de vida?

CAPITULO XIII

De cuán conforme sea al poder y a la bondad de Dios la institución de este sacramento

Esto es lo que estamos obligados a creer de este misterio.

Pues para creer que esto sea así no se requiere más que probar que esto pudo hacer Dios y que lo quiso hacer, porque, probado el poder y querer divino, cesa toda cuestión. Estas dos cosas os declararé ahora, y después os diré el fin para que fué instituído este sumo sacramento.

Poder de Dios en este sacramento.

Y cuanto a lo primero, que es poder Dios por ministerio del sacerdote hacer esta mudanza susodicha de una substancia en otra, no tenemos mucho que altercar. Porque mayor cosa es hacer algo de nada que mudar una substancia en otra. Y pues confesamos que Dios crió los cielos, que son tan grandes, junto con la mar y la tierra, de nada, mucho más podrá hacer una cosa de otra.

Asimismo vemos que el pan que cada día comemos, por virtud del calor natural, en breve espacio se muda en nuestra carne. Pues ¿qué maravilla es que lo que puede hacer en espacio de dos o tres días el calor natural lo haga en un instante la virtud omnipotente de Dios?

Y quien tan fácilmente pudo mudar en las bodas del Evangelio el agua en vino, también podrá mudar la substancia del pan en la de su santísimo cuerpo.

Esa conversión y mudanza no me espanta. Mas lo que me espanta es que, diciéndose en la misma hora cien mil misas en toda la Iglesia cristiana, asista la presencia de Dios en todas ellas, de tal manera que en el punto que acaba el sacerdote de pronunciar las palabras de la consagración, obre Dios esa conversión; y esto no por ministerio de án-

geles, sino por sí mismo. Porque, mirando esto con ojos de carne, parece que es poner a Dios en cuidado de acudir a tantas partes sin faltar un punto.

¡Oh cuán bien dijo Tulio, como arriba alegamos, que es cosa dificultosa apartar el entendimiento del uso de los sentidos, los cuales quieren medir las cosas divinas por las humanas, estando aquella nobilísima naturaleza infinitamente levantada sobre todo lo criado! De donde nace que el mayor impedimento que los hombres tienen para conocer a Dios es querer medirlo y tantearlo por sí mismos.

Pues para que veáis que esta asistencia susodicha no pone a Dios en cuidado ni impide punto de su felicidad, poneros he, para la inteligencia de esto, un ejemplo.

Dice Aristóteles y todos los buenos filósofos que el alma intelectiva que tenemos los hombres no procede de la materia de que se forma el cuerpo humano, porque éste se fabrica de una materia corporal. Mas como esta alma sea substancia espiritual semejante a los ángeles, no puede ser producida de substancia material, y por eso dicen que viene de fuera. Y acrecienta a esto la fe y religión cristiana que, después de organizado el cuerpecito del niño en las entrañas de su madre, el Criador de todas las cosas por sí sólo crea el alma y la infunde en aquel cuerpecito en el mismo punto que se acaba de organizar.

Pregúntoos, pues, ahora: ¿qué tan continuo será el oficio de Dios en criar tantas almas e infundirlas en sus cuerpos? Poned los ojos en todo el universo mundo, que es en todo este nuestro hemisferio, y en el que está debajo de nosotros, y en las islas de todos los mares, y, finalmente, en todas las naciones del mundo, e imaginad: ¿cuántas ocasiones habrá de día y de noche para criar Dios almas e infundirlas en sus cuerpecitos?

Y con toda esa ocupación y otras innumerables que aquí no digo, se compadece aquella beatísima felicidad y tranquilidad de que eternalmente goza Dios. Pues si este Señor asiste noche y día a la formación de tantos millares de cuerpos para que en el punto y momento que se acaban de formar, infaliblemente críe e infunda las almas en ellos, ¿qué maravilla es asistir a todos los altares de la cristiandad y hacer esta transmutación que decimos en el punto que el sacerdote acaba de consagrar?

Si asiste a la formación de cuantos negrillos y negrillas son concebidos en Etiopía, en que tan poco va, para infundirles las almas, ¿cuánto con mayor razón asistirá a la consagración de su cuerpo para la santificación de nuestra vida?

Para mérito de nuestra fe. Mas cómo sea posible que aquel sacratísimo cuerpo del Salvador esté todo encerrado en una pequeña hostia, a eso no quiero responder sino con aquella muy cristiana y prudente respuesta que San Agustín da a semejantes obras y maravillas de Dios, diciendo: Concedamos que Dios pueda hacer alguna cosa la cual no pueda comprender nuestra razón. Porque en las tales obras, toda la razón es la omnipotencia de quien las hace.

Con esto, pues, se debe contentar el cristiano humilde, sin querer saber más: en lo cual consiste el mérito de la fe, que es de creer lo que no vemos; y con esto empleamos en servicio de nuestro Criador una nobilísima pieza que él en nuestras almas crió, que es el entendimiento y la razón.

Porque si en aquel primer mandamiento de la ley nos manda emplear en el amor y servicio de nuestro Criador todo lo que Él en nosotros crió y una de las piezas más principales es nuestro entendimiento, éste señaladamente es justo que le sirva, y su principal servicio es creer lo que no puede entender.

Porque creer lo que él por sí alcanza y entiende es de menos valor. Y, por tanto, así como entonces sirve más la voluntad a Dios cuando por su amor ama lo que repugna a su naturaleza, como cuando ama a sus enemigos y perseguidores y les desea todo el bien, así también le sirve con el entendimiento cuando lo humilla y cautiva y sujeta a creer las verdades que no alcanza. Porque entonces hace sacrificio a Dios de su Isaac, que es de una nobilísima potencia que en sí tiene.

Manifestación de la bondad de Dios. Para probar el querer y la voluntad de Dios conviene repetir todo lo que hasta aquí habemos tratado de la naturaleza del bien, del cual dijimos que su naturaleza es comunicarse a todos. Y cuanto la bondad es mayor, tanto más participa esta condición. Y cuando ella es perfecta, no hay trabajo a que no se ponga para dar a otros parte de sí misma; como lo vemos en aquel santo Apóstol, que hacía de sí mil manjares y se hacía todo a todos por hacer salvos a todos (Rom. 9, 3), que es por comunicarles el bien que él tenía. El cual deseo era tan grande, que deseaba hacerse anatema de Cristo por hacer salvos a sus hermanos.

Pues siendo esto así, ¿qué podremos juzgar de aquella suma e infinita bondad? Cierto es que cuanto ella es mayor que toda bondad criada, tanto es más comunicativa de sí misma y tanto es mayor el deseo que tiene de hacer a todos buenos y santos, como Él lo es.

Esta teología nos enseña aquel gran teólogo Dionisio, el cual, en el libro *De los nombres divinos* (cap. IV), dice así: Por cuanto Dios es un bien substancial, pretende comunicar su bondad a todo lo que tiene ser, así como el sol comunica su luz a todas las cosas. Y en el libro *De la jerarquía celestial* repite esta misma sentencia por estas palabras: Todas las cosas pretende Dios hacer semejantes a sí y comunicarles sus dones según la capacidad y naturaleza de cada una. Y en este mismo libro declara más este natural deseo de aquella suma bondad por estas palabras: Cristo busca con grande amor a los que se retiran y apartan de Él y procura y ruégales que no desamparen al que con tanta fuerza de amor los busca. Y no contento con esto, tolera benignísimamente a los que dilatan su venida, convidándolos con sus promesas y atrayéndolos con sus regalos.

Pues siendo esto así, ¿qué cosa puede ser más conforme a esta suma bondad que haber instituído un sacramento tan poderoso para hacernos participantes de su bondad y santidad?

La obra más digna de Dios.

Oso decir, con verdad, que es tan propia obra de Dios la institución de este sumo sacramento, que si me propusiesen esta obra por una parte y la creación de este mundo por otra y me preguntasen cuál de éstas tendría por más propia y más digna de Dios, sin duda respondería que la institución de este divino sacramento.

La razón es porque aquello es obra más digna de Dios de que resulta más gloria a Él y más provecho a los hombres. Pues cuán pequeño haya sido el provecho espiritual que los hombres sacaron de la obra de la creación, aunque esto haya sido por culpa de ellos, vese por los pecados e idolatrías que en el mundo reinaron hasta la predicación del Evangelio, y esto tomando ocasión para ello de la hermosura y excelencia de esas mismas criaturas. Mas este santísimo sacramento ha sido la principal causa de la santidad de cuantos mártires y confesores y vírgenes ha habido en la Iglesia y habrá hasta el fin del mundo; porque el principal socorro y esfuerzo que todos ellos tuvieron para vencer el mundo, el demonio y la carne, de este pan celestial les vino.

Pues ¿cómo no será ésta más excelente, más digna y más propia obra de aquella infinita bondad y santidad, que tanta eficacia tiene para hacernos buenos y santos, que criar el mundo? Y si decís que fué obra de gran poder con solas palabras criar el mundo, a esto digo que no se requiere menor poder para mudar la substancia del pan y del vino tantas mil veces cada día en la substancia del cuerpo y san-

gre de Cristo por virtud de las palabras que pronuncia un sacerdote.

La razón es porque, según tantas veces habemos en esta escritura dicho, como la cosa de que Dios más se precia y por la cual quiere ser más conocido y alabado sea su bondad y santidad, la cual predican siempre aquellos espíritus soberanos en el cielo, y ésta resplandezca mucho más en los misterios de nuestra redención y santificación que en la fábrica de todo este mundo visible, síguese que aunque la una y la otra sean obras propias de Dios, ésta lo es mucho más, porque descubre más de su bondad que la otra.

Y no os maravilléis, hermano, de que hagamos tantas veces fundamento de la bondad de Dios para tratar de sus cosas, porque, como ya dijimos, el primer principio de todas las obras de Dios es su inmensa bondad. Porque como en Él no tenga lugar ni la necesidad, ni el hado, ni obligación, ni deuda que deba a alguna criatura, antes todas deben a Él lo que son y lo que tienen, síguese que ninguna otra causa le puede mover a todo lo que hace sino sola bondad. Y ésta es la mejor y más cierta manera de filosofar en sus obras que hay, reduciéndolas todas a esta bondad.

Esta, pues, le hizo dejarnos acá esta joya más preciosa que todas las piedras preciosas. Con ésta dejó ornamentada y enriquecida su Iglesia; con ésta le tiene compañía en este lugar de destierro; con ésta la consuela en sus trabajos; con ésta la defiende en sus peligros; con ésta la esfuerza y alienta para todo lo bueno; con ésta la hinche de santos propósitos y deseos; con ésta la hace arder en amor y deseo de las cosas del cielo y le causa hastío y desprecio de las vanidades del mundo; con ésta la incorpora y ajunta consigo; con ésta la hace participante de los trabajos y méritos de su sagrada pasión, y con ésta, finalmente, le da una prenda firmísima de la vida eterna.

Pues ¿quién pudiera instituir una cosa tan saludable y provechosa como ésta sino Dios? ¿Cúya había de ser esta invención que tanto importa para hacernos buenos, sino de aquella suma e infinita bondad?

Ni tenga nadie por menoscabo de su grandeza entrar en el pecho de una criatura tan baja. Porque esta sentencia ha de tener fija en su corazón todo cristiano: que este Señor no tiene por cosa indigna de su majestad todo lo que sirve para hacer bien a sus criaturas.

CAPITULO XIV

De cómo se hallan en este divino sacramento todas las señales de verdadero y perfecto amor

Entre todas las muestras de caridad que nuestro Salvador nos dió en este mundo, con mucha razón se cuenta por muy señalada la institución del Santísimo Sacramento. Por lo cual dice San Juan que, habiendo el Señor amado a los suyos que tenía en el mundo, esto es, a sus escogidos, en el fin de la vida señaladamente los amó, porque en este tiempo les hizo mayores beneficios y les descubrió mayores muestras de su amor.

Pues para entendimiento de estas palabras, que son fundamento así de este misterio como de todos los demás que se siguen, conviene presuponer que ninguna lengua criada es bastante para declarar la grandeza del amor que Cristo tenía a su Eterno Padre y, consecuentemente, a los hombres, que Él le encomendó. Porque como las mercedes y beneficios que este Señor, en cuanto hombre, había recibido de este soberano Padre fuesen infinitas, y la gracia otrosí de su alma, de donde procede la caridad, fuese también infinita, de aquí es que el amor que a todo esto respondía era tan grande, que no hay entendimiento humano ni angélico que lo pueda comprender.

Pues como sea propio del amor desear padecer trabajos por el amado, de aquí nace que tampoco se puede comprender la grandeza del deseo que Cristo tenía de beber el cáliz de la muerte y padecer trabajos por la gloria de Dios y por la salud de los hombres, que él tanto deseaba por su amor.

Y de aquí se ha de tomar la medida de los trabajos de Cristo, no de la furia de sus enemigos, porque ésta no igualaba con su amor, ni de la muchedumbre de nuestros pecados, pues para éstos bastaba una sola gota de su sangre, sino de la grandeza de este amor.

Mas, ante todas estas cosas, este mismo amor le hizo ordenar un sacramento admirable, el cual, por dondequiera que le miréis, está echando de sí llamas y rayos de amor. Por donde el que desea saber qué tan grande sea este amor, ponga los ojos en este divino sacramento y considere los efectos y propósitos para que fué instituído, porque éstos le darán nuevas ciertas de la grandeza de la caridad que

ardía en el pecho de donde este sacramento procedió. Porque todos los indicios y señales que hay de verdadero y perfecto amor, en este divino sacramento se hallan.

Para unirnos espiritualmente con Cristo. Porque, primeramente, la principal señal y obra del verdadero amor es desear unirse y hacerse una cosa con lo que ama. De donde viene a ser que el que ama, todos los sentidos tiene en la cosa que ama: el entendimiento, la memoria, la voluntad, la imaginación, con todo lo demás. De suerte que el amor es una alienación y destierro de sí mismo, que nace de estar el hombre todo trasladado y transportado en el amado.

Pues este tan principal efecto de amor nos mostró Cristo en este sacramento. Porque uno de los fines para que lo instituyó fué para incorporarnos y hacernos una cosa consigo, y por esto lo instituyó en especie de manjar; porque así como del manjar y del que lo come se hace una misma cosa, así también de Cristo y del que dignamente lo recibe, como Él mismo lo significó diciendo: El que come mi carne y bebe mi sangre, él está en mí y yo en él. Lo cual se hace por la participación de un mismo espíritu que mora en ambos, que es como estar en ambos un mismo corazón y una misma alma, de donde se sigue una misma manera de vida y después una misma gloria, aunque en grados diferentes. Pues ¿qué cosa más para apreciar y estimar que ésta?

Para enriquecernos con sus bienes. La segunda señal y obra de verdadero amor es hacer bien a la persona amada y darle parte de cuanto tiene, después que le ha dado su corazón y a sí mismo. Porque el verdadero amor nunca está ocioso, porque siempre obra y siempre trabaja por hacer bien a quien ama.

Pues ¿qué mayores bienes, qué mayores dádivas que las que nos da Cristo en este sacramento? Porque en él se nos da la misma carne y sangre de Cristo, con todo lo que con el sacrificio de esa misma carne y sangre se ganó. De manera que aquí se nos da el panal juntamente con la miel, que es Cristo con todos sus merecimientos y trabajos, de que aquí nos hace participantes por virtud de este sacramento, según la disposición y aparejo del que lo recibe.

De donde así como en tocando nuestra alma en la carne que desciende de Adán, cuando Dios la infunde y la crea, luego es hecha participante de todos los males y miserias de Adán, así, por el contrario, en tocando por medio de este santísimo sacramento dignamente en la carne de Cristo, se hace participante de todos los bienes y tesoros de

Cristo. Por lo cual se llama este sacramento Comunión, porque por él nos comunica Dios no solamente su preciosa carne y sangre, mas también su parte de todos los trabajos y méritos que con el sacrificio de esa carne y sangre se alcanzaron.

Para recuerdo en su ausencia. La tercera señal y obra de amor es desear vivir en la memoria del amado y querer que siempre se acuerde de él, y para eso se dan los que se aman, cuando se apartan, algunos memoriales y prendas que despierten esta memoria.

Pues para esto ordenó también el Señor este sacramento, para que en su ausencia fuese memorial de su sacratísima pasión y de su persona. Y así, acabándolo de instituir, dijo: Cada vez que celebréis este misterio, celebradlo en memoria de mí; esto es, para acordaros de lo mucho que os amé, de lo mucho que os quise y de lo mucho que por vuestra causa padecí. Pues quien esta memoria con tales prendas y memoriales nos pedía, ¿con qué amor es de creer que nos amaba?

Para retorno de amor. Mas no se contenta el verdadero amor con sola la memoria, sino sobre todo pide retorno de amor, porque toda otra paga tiene por pequeña en comparación de ésta, y a veces llega este deseo a tanto, que viene a buscar maneras de bocados y artificios para causar este amor cuando entiende que no lo hay.

Pues hasta aquí llegó aquel soberano amor de Dios, que, deseando ser amado de nosotros, ordenó este misterioso bocado con tales palabras consagrado, que quien dignamente lo recibe, luego es herido y tocado de este amor. Pues ¿qué cosa más admirable que ésta?

Para consuelo de las almas. La quinta señal y obra de amor, cuando es tierno, es desear dar placer y contentamiento al que ama y buscarle cosas acomodadas para esto, como hacen los padres a los hijos chiquitos, que les procuran y traen algunas cositas que sirven para su gusto y recreación.

Pues esto mismo hizo aquí este soberano amador de los hombres ordenando este sacramento, cuyo efecto propio es dar una espiritual refección y consolación a las almas puras y limpias, las cuales reciben en él tan gran gusto y suavidad, que, como dice Santo Tomás, no hay lengua que lo pueda explicar.

Y mira, te ruego, en qué tiempo se puso el Señor a

aparejarnos este bocado de tanta suavidad que fué la noche de su pasión, cuando a Él se le estaban aparejando los mayores trabajos y dolores del mundo. De manera que cuando a Él se aparejaban los dolores, nos aparejaba Él estos sabores; cuando a Él se aparejaba la hiel, nos aparejaba Él esta miel; cuando para Él se aparejaban estos tormentos, nos ordenaba Él estos regalos, sin que la presencia de la muerte y de tantos trabajos como le estaban aguardando fuese parte para ocupar su corazón de tal manera que lo retrajese de hacernos este tan grande beneficio.

Verdaderamente, con mucha razón dice que es fuerte el amor como la muerte, pues las muchas aguas y los grandes ríos de pasiones y dolores no bastaron no sólo para apagar, mas ni aun para oscurecer la llama de este divino amor.

Para conservar la presencia del amado. La última señal y obra de amor es desear la presencia del amado, por no poder sufrir el tormento de su ausencia. Esto verá claro quien leyere los extremos que hacía la madre de Tobías por la ausencia de su hijo y lo que hizo el patriarca Jacob por la vista de José, pues al cabo de ciento treinta años de edad partió con toda su casa y familia para Egipto, por ver, antes que muriese, con sus ojos lo que tanto amaba su corazón. Porque la condición del verdadero amor es querer tener presente lo que ama y gozar siempre de su compañía.

Pues por esta causa este divino amador instituyó este admirable sacramento, en que realmente está Él mismo en substancia, para que, estando este sacramento en el mundo, se quedase Él también con nosotros en el mundo, aunque se partiese para el cielo. Lo cual es manifiesto argumento de su amor y de lo que Él deseaba nuestra compañía, porque la grandeza de este amor no sufría esta ausencia tan larga.

Y hacer Él esto con nosotros fué la mayor honra, el mayor provecho, el mayor consuelo y mayor remedio que nos pudiera quedar en este mundo, para que en él tuviésemos en quien poner los ojos, a quien llamar en nuestros trabajos, a quien acudir en nuestras necesidades, a quien hablar cara a cara cuando nos fuese menester; cuya presencia despertase más nuestra devoción, acrecentase más nuestra reverencia, esforzase más nuestra confianza y encendiese más nuestro amor.

Engrandecía Moisés al pueblo de Israel diciendo que no había en el mundo nación tan grande que tuviese sus dioses tan cerca de sí cuanto lo estaba nuestro Dios a todas

nuestras oraciones. Si esto decía él aun antes de la institución de este divino sacramento, ¿qué dijera ahora, cuando en él y por él tenemos a Dios presente, que no ve y le vemos y con quien rostro a rostro platicamos?

Verdaderamente, mucho hizo este Señor en ordenar este sacramento para que le recibiésemos dentro de nosotros, pero mucho hizo también en querer que le tuviésemos perpetuamente en nuestra compañía en los lugares sagrados. Dichosos los cristianos que todos los días pueden visitar estos lugares, y asistir a la presencia de este Señor, y hablar cara a cara con Él. Pero mucho más los sacerdotes y religiosos, que moran en los mismos templos y de día y de noche pueden gozar de esta misma presencia y tratar familiarmente con Dios.

El primer don de Dios, el amor.

¿Ves, pues, cómo todas las señales y obras de perfecto amor concurren en este divino sacramento, y todas en sumo grado de perfección? Por donde no queda lugar para dudar de la grandeza de este amor, pues con tantos y tan evidentes argumentos se nos declara.

En lo cual conocerás que no es Dios menos grande en amar que en todas las otras obras suyas. Porque así como es grande en galardonar, y en consolar, y en castigar, así también lo es en amar, y mucho más. Pues ¿qué mayor tesoro, qué mayor consolación puede ser que ésta? Porque cierto es que, hablando con todo rigor, el mayor bien que Nuestro Señor puede hacer a una criatura es amarla. Porque el amor dicen los teólogos que es el primer don y la primera dádiva que se da, de la cual nacen todas las otras dádivas, como arroyo de su fuente o como efecto de su causa.

Pues, siendo esto así, ¿qué mayor riqueza ni consolación pueden tener los siervos de Dios que saber que de esta manera son amados de Dios?

Porque dado caso que de éste no se puede tener evidencia, si Dios no lo revelase, pero todavía se pueden tener grandes conjeturas, cuales las tienen los que perseveran mucho tiempo sin pecado mortal, y esto basta para recibir con esta manera de noticia grandísima consolación; y no sólo consolación, sino también grandísimos estímulos y motivos, así para amar a Dios como para esperar en Él. Porque si con ninguna cosa se enciende más un fuego que con otro fuego, ¿con qué se podrá más encender en nuestros corazones su amor que con tal fuego de amor? Y si ninguna cosa esfuerza más la confianza que saber que os ama el que puede remediaros, ¿cómo no tendremos grandísima confianza en quien nos tiene tan grande amor?

¿Qué negará el que a sí mismo se dió y el que tanto nos amó, pues la primera de las dádivas es el amor?

Los extremos del amor divino. Mas hay aún otra cosa aquí que declara mucho la grandeza de este amor. Porque ya que esta dádiva era tan grande, si la diera Él a quien la mereciera, o a quien la agradeciera, o a quien supiera aprovecharse dignamente de ella, no fuera tanto. Mas darla a muchos que tan mal la conocen, y tan poco la agradecen, y tan mal se saben de ella aprovechar, esto es de caridad y misericordia singular.

Quisiste, Señor, declarar la grandeza de tu caridad al mundo, y supístelo muy bien hacer; porque para esto buscaste una tan ingrata y tan indigna criatura como yo, para que tanto más resplandeciese la grandeza de tu gracia cuanto más indigna era esta persona. Los pintores, cuando pintan una imagen blanca suelen ponerla en un campo negro, para que salga mejor lo blanco par de lo prieto. Pues así tú, Señor, usaste de esta tan maravillosa gracia con una tan indigna criatura como es el hombre para que la indignidad de esta criatura descubriese más la grandeza de tu gracia.

Pues, ¡oh Rey de gloria!, ¿qué tiene este hombre, porque tanto le amas y tanto quieres ser amado de él? ¡Oh cosa de grande admiración! Si todo tu ser y gloria dependiera del hombre, así como toda la del hombre pende de ti, ¿qué más hicieras de lo que hiciste para ser amado de él? Cosa es por cierto maravillosa que, estando toda mi salud, toda mi gloria y bienaventuranza en ti, huya yo de ti y, teniendo tú tan poca necesidad de mí, hagas tanto por amor de mí.

El pan de vida. Ni es menos argumento de esta caridad la especie en que este Señor quiso quedar acá con nosotros. Porque si en su propia forma quedara, quedara para ser venerado; mas quedando en forma de pan, queda para ser comido y venerado, para que con lo uno se ejercitase la fe y con lo otro la caridad.

Y llámase pan de vida porque es la misma vida en figura de pan; y por esto, ese otro pan poco a poco va dando la vida a quien lo come, después de muchas digestiones; mas el que dignamente come este pan, en un momento recibe vida, porque come la misma vida. De manera que, si tienes horror de este manjar porque es vivo, allégate a él porque es pan, y si lo tienes en poco porque es pan, estímalo mucho porque es vivo.

CAPITULO XV

De los efectos de este divino sacramento

Mas, tratando de los efectos de este divino sacramento por algún orden, para que mejor los entendáis, habéis de saber que dos son los principales efectos de este sacramento; el uno, común con todos los otros sacramentos de la ley de la gracia, que es dar gracia al que dignamente lo recibe, de la cual gracia proceden todas las virtudes infusas, con las cuales el alma queda fortalecida, hermoseada y habilitada para todo lo bueno.

El otro efecto es propio de este sacramento, con que se diferencia de los otros, el cual llaman los teólogos refección espiritual, que es mantenimiento del alma, con el cual ella se renueva, rehace y restaura para todo lo bueno. Por lo cual dice el Concilio Florentino que todos los efectos que obra el manjar corporal en los cuerpos obra este divino manjar en las almas.

Estos efectos podemos reducir a tres que tiene el mantenimiento corporal, que son reparar lo que se ha gastado, deleitar el gusto y apagar el hambre dando hartura al que comió. Apliquemos, pues, ahora estos tres efectos a este divino manjar.

1.º Para restaurar las fuerzas perdidas. Primeramente, el manjar corporal, como dijimos, restaura lo que se ha gastado de nuestra substancia. La necesidad que de este reparo hay es porque así como la lumbre de la lámpara está siempre gastando el aceite que tiene, así el calor natural de nuestros cuerpos está siempre consumiendo y gastando la substancia de ellos. Y por eso, como cebamos siempre con aceite la lámpara que siempre arde, así conviene cebar el cuerpo con su ordinario mantenimiento, para que lo que por una parte se gasta por otra se restaure. Y con esta ordinaria refección no sólo se rehace la substancia que se gastó, mas también en cierta edad, cual es la de los niños y mozos, se acrecienta, y así vienen de pequeños a hacerse grandes. Y con este mismo manjar se renuevan también las fuerzas de los cuerpos cuando por falta de mantenimiento están debilitados y flacos, como se ve en los enfermos cuando comienzan a convalecer.

Pues todos estos efectos obra este pan de los ángeles en las almas, las cuales también tienen necesidad de su propia restauración. Porque dentro de ellas está otro calor no natural, sino muy perjudicial, que es el ardor de nuestros apetitos, que los santos llaman concupiscencia, heredado de nuestros primeros padres y causado del pecado original. El cual ardor, cuanto más nos inclina al amor de las cosas de la tierra, tanto más nos resfría en el de las cosas del cielo; y cuanto más procura los gustos de la carne, tanto más disminuye los del espíritu; y cuanto más con el peso de sus aficiones carga para abajo, tanto más nos derriba de lo alto, como dijo el Sabio (Sab. 9, 15).

Con el cual también se junta el mundo, que está todo armado sobre vicios, que es la compañía y vivienda entre los hombres carnales, los cuales son fautores de nuestra carne.

Pues si, teniendo tantos atizadores para el mal, no tuviéremos quien nos ayude y encienda en el amor del bien, ¿en qué vendremos a parar?

Pues por esta causa, la divina Providencia, que ni aun a las hormigas falta y que tanto mayor cuidado tiene de las cosas cuanto son más excelentes, como proveyó a los cuerpos de su propio mantenimiento, así era mayor razón que proveyese a las almas del suyo, lo cual hizo instituyendo este divino sacramento de su cuerpo, de quien Él mismo dice (Jn. 6, 56): Mi carne verdaderamente es manjar. Manjar, dice, no, cierto, de los cuerpos, sino de las almas, mediante cuya virtud se repara lo que el ardor de nuestros apetitos y la compañía de este mundo gasta, con cuyo uso crece el hombre en la perfección de la vida espiritual y en todas las virtudes y cobra nuevas fuerzas y aliento para caminar por la carrera de la virtud hasta llegar con Elías al monte de Dios (III Rey. 19, 8).

Y por esto se llama este sacramento, por otro nombre, Viático, que quiere decir provisión de caminante, porque mediante la virtud de este manjar se rehace el hombre cada día y cobra nuevas fuerzas para andar este camino sin que las dificultades y barrancos que en él hay le hagan caer o volver atrás.

Estas fuerzas y aliento nos da la virtud de la devoción causada por este sacramento, cuyo oficio es sacudir de nuestra alma todo peso, toda dificultad y pereza, y darnos aliento y esfuerzo para los trabajos y un corazón alegre y pronto para andar por el camino de Dios. Por donde parece que uno de los principales medios que hay para alcanzar la verdadera y esencial devoción es la frecuentación de este sacramento, porque realmente es el sacramento de devoción y éste es su propio efecto.

2.º Para dar al alma gusto y sabor de los bienes espirituales. La segunda propiedad del manjar dijimos que era dar gusto y sabor al que come, y tanto mayor cuanto el manjar es más precioso y el paladar está más bien dispuesto. Este gusto ordenó la divina Providencia para la conservación de nuestra vida. Porque como sea necesario el comer para vivir, púsonos este gusto y cebo en el manjar, para que éste nos provocase a comer, como vemos que se hace, pues hay muchos que comen más por el gusto que hallan en la comida que por la conservación de la vida.

Pues si este gusto puso el Criador en el manjar de los cuerpos, en cuya vida va tan poco, ¿cuál será el que puso en el manjar de las almas, que son tanto más excelentes que los cuerpos, cuyo manjar es este pan de los ángeles? Pues tal es y tan grande la suavidad de este divino manjar, que, como dice Santo Tomás, nadie lo podrá explicar; porque aquí, dice él, se gusta esta suavidad en su misma fuente, que es en Dios, infinitamente suave y autor de toda

Y está clara la razón para quien considerare, por una parte, la dignidad del alma, y por otra, la excelencia de este manjar. Porque como sea el alma, sin comparación, más noble que el cuerpo, síguese que sus deleites han de ser tanto más excelentes y suaves que los del cuerpo, cuanto ella es más excelente que él.

Pues del manjar, que es el mismo Dios, ¿qué diremos? ¿Cuánto será mayor la dulzura de este manjar que la de todos los otros corporales, mayormente en aquellos que, como presuponemos, tienen purgado el paladar de sus almas? Porque en los tales esta suavidad no sólo recrea e hinche todos los senos y fuerzas del espíritu, mas también redunda en la misma carne con tanta suavidad, que hace decir al hombre con el Salmista (83, 3): Mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo.

De donde también nace lo que dice San Buenaventura en un libro, *De la perfección*, que escribió a una su hermana: que muchas veces acaece llegar una persona de éstas muy debilitada y flaca a la sagrada comunión, y ser tan grande la alegría y consolación que recibe con la virtud de este manjar, que se levanta de ahí tan esforzada como si ninguna flaqueza tuviera. En lo cual, dice este santo, muestra Dios que quiere ser a veces mantenimiento y esfuerzo de ambos nuestros hombres, interior y exterior.

La dulzura de este manjar produce: a) *Amor de Dios.*—Mas ¿quién podrá explicar los efectos que esta tan grande suavidad causa en el que la recibe? Porque, primeramente, viéndose una de

estas almas tan visitada, tan consolada de Nuestro Señor; viéndose tratada con tanta benignidad y blandura como una hija regalada, luego se enciende en ella un entrañable amor de un Dios que tan suave, tan benigno y amoroso se le ha mostrado. Y de este amor, acompañado con suavidad, se siguen todos los buenos propósitos y deseos, que son las flores que suelen preceder al fruto de las buenas obras.

b) *Menosprecio del mundo.*—Porque de aquí nace el menosprecio y disgusto de todos los gustos y contentamientos del mundo; porque, como dice San Bernardo, en gustándose la suavidad espiritual, luego toda carne, que es todo lo terreno, pierde su sabor, y así viene el hombre espiritual a tener asco y aborrecimiento de todos los ídolos que adoraba. Porque así como los hombres dejaron la bellota, que es manjar de puercos, después que hallaron pan de trigo, así esta alma religiosa renuncia a todos los gustos sensuales cuando han hallado los espirituales, que sin comparación son mayores, porque aquéllos son de criaturas, y éstos, del Creador.

c) *Deseo de agradar a Dios.*—De aquí también nace un encendido deseo de agradar al Señor, que tanto ama y que tan suave y amoroso se le ha mostrado. Y porque entiende que ninguna otra cosa le agrada sino la obediencia y guarda de sus mandamientos y ninguna cosa le desagrada sino los pecados, de aquí le nace un ardentísimo deseo de guardar estos mandamientos y un grande y solícito cuidado de huir no solamente todos los pecados mortales, sino también los veniales y todas las ocasiones de los unos y de los otros. Por lo cual huelga con la soledad y el silencio, porque con esto trae el corazón recogido y excusa las ocasiones de muchos pecados.

d) *Deseo de padecer.*—De aquí también nace un inflamado deseo de padecer trabajos y contradicciones, y aun de derramar su sangre por amor de este Señor. Porque como sabe que la fineza y prueba de la verdadera virtud consiste en la paciencia de los trabajos y tribulaciones, como dice el Apóstol (Rom. 5, 3), y que esto es lo que más agrada al que por ella padeció, de aquí procede que cuanto más le desea agradar, tanto mayor deseo tiene de padecer. Y así huelga con los trabajos y enfermedades y da gracias al Señor por ellos.

Y porque, como se escribe en los Cantares (8, 6), el amor es fuerte como la muerte, que todas las cosas vence, de este suavísimo amor que se nos comunica por este pan celestial se cría en nuestras almas una tan grande fortaleza, que la encarece San Crisóstomo diciendo que de esta masa salen los hombres tan esforzados como leones que

echan fuego por la boca, con que espantan los mismos demonios.

Por donde el santo mártir Cipriano, en tiempo de las persecuciones de la Iglesia, procuraba que los excomulgados fuesen absueltos, para que se les diese la sagrada comunión, que eran las armas que los habían de fortalecer y armar contra el furor de los tiranos, alegando que desfallecerían en la batalla los que careciesen de estas armas.

3.º Para saciar el hambre de amor. El tercer efecto del manjar, como dijimos, es matar el hambre y dar hartura.

El cual efecto principalísimamente pertenece a este pan de ángeles, como experimenta este linaje de personas de que vamos hablando, las cuales con la presencia del Señor, que en este sacramento se encierra, reciben en sus almas una tan grande hartura y contentamiento y una paz y quietud de todos sus apetitos y deseos, que no les queda en esta vida más que desear. Y no es esto de maravillar, porque como Dios sea el Esposo de las almas, y el último fin de nuestra vida, y el centro de nuestra felicidad, estando el alma reposando en este centro y gozando de la presencia de aquel Señor, que es infinitamente amable, no tiene más que desear. Porque con este bocado está tan llena y tan harta, que no le queda más que desear, pues posee aquel bien universal en quien están todos los bienes. Y en este tiempo no se harta de decir aquellas palabras que San Francisco toda una noche repetía diciendo: ¡Oh mi Dios y todas las cosas! ¡Oh mi Dios y todas las cosas!

Esta hartura produce: a) *Nueva hambre.*—De esta hartura nace una grande hambre de ese mismo manjar que causó esta hartura. En lo cual se ve la diferencia que San Gregorio pone entre los deleites del cuerpo y los del alma. Porque en aquéllos la hartura causa hastío, y en éstos, por el contrario, hambre, conforme a aquellas palabras de la Sabiduría que dicen (Ecl. 24. 29): Los que comen de mí, todavía tendrán hambre, y los que beben, mayor sed. Porque como el alma religiosa recibe con este pasto celestial toda esta consolación y hartura, con todo lo demás que habemos dicho, viene a tener un encendidísimo deseo de este convite tan suave para volver a gozar de lo que allí gozó y le es en gran manera penosa la dilación de él.

b) *Mortificación de las pasiones.*—¿Qué más diré? De esta misma paz y hartura se sigue la mortificación de nuestras pasiones, porque como éstas nazcan, según dice Santiago (4, 1), de los apetitos de nuestra carne, estando

éstos satisfechos con este bocado, no tiene la ira ni las otras pasiones desaforadas por qué perturbarse e inquietarse, pues la causa de su inquietud es impedirse el gusto de las cosas que deseamos, lo cual aquí no ha lugar, pues el corazón está quieto y satisfecho con lo que tiene.

c) *Y algunas veces arrobamiento.* — A todos estos efectos añado una grande admiración y pasmo que estas almas tienen muchas veces en la sagrada comunión. Porque cuando por una parte consideran su bajeza y vileza y por otra la inmensidad y alteza de aquel Señor, que infinitamente se levanta sobre todo lo criado, y miran cómo este Señor que hinche cielos y tierra y que está asentado sobre los querubines, cuya silla es el cielo y cuyo estrado real es la tierra, no tiene asco de venir a morar en una casa de paja, conciben de esto una tan grande admiración de aquella divina bondad, acompañada con un tan grande amor y alegría, que no se puede fácilmente explicar.

Y aun a veces pasa tan adelante esta admiración en las almas que están ya muy purgadas, que de tal manera lleva tras sí la parte superior del alma, que deja la inferior sin ningún sentido; como acaecía a la virgen Santa Catalina de Sena, la cual de tal manera quedaba absorta en espíritu cuando comulgaba, que, según se escribe en la bula de su canonización, herida y punzada en este rapto, no sentía más que una piedra. Y lo mismo acaecía al bienaventurado Padre San Francisco, de quien escribe San Buenaventura que las más veces que comulgaba era arrebatado en espíritu y privado de los sentidos.

En lo cual se ve cuánto mayor sea la suavidad y dulzura de este divino manjar que la de todos los deleites del mundo, pues basta para dejar al hombre como muerto a su cuerpo por la vehemente postración y suspensión del espíritu. Pues ¿qué deleites del mundo hay que hasta aquí lleguen? Lo cual no calló aquella santa Esposa en sus Cantares cuando, hablando con su Esposo, dijo que eran mejores sus pechos que el vino, entendiendo por los pechos divinos la leche de la dulzura espiritual, y por el vino, los deleites del mundo, declarando por esto la ventaja que hacen estos divinos deleites a todos los otros que fuera de Dios puede haber.

Estos y otros tales son los efectos de este santísimo sacramento. Lo cual nadie debe tener por increíble. Porque, estando toda la majestad de Dios real y verdaderamente en él, no habían de ser pequeños los efectos que por él se habían de obrar. Y pues el Apóstol dice que son incomprensibles las riquezas de gracia que trajo el Salvador al mundo (Ef. 2, 7), las cuales señaladamente se comuni-

can en los sacramentos, ¿cuánto mayores han de ser las de éste, que es el más excelente de ellos?

CAPITULO XVI

De cómo las virtudes teologales crecen y se perfeccionan con la frecuencia de este sacramento

No os maravilléis de que hagamos tantas veces fundamento de la bondad de Dios para tratar de sus cosas; porque, como dijimos, el primer principio de todas las obras de Dios es su inmensa bondad. Porque, como en Él no tenga lugar ni la necesidad, ni el hado, ni obligación, ni deuda que deba a alguna criatura, antes todas deben a Él lo que son y lo que tienen, síguese que ninguna otra causa le puede mover a todo lo que hace sino sola bondad. Y ésta es la mejor y más cierta manera de filosofar en sus obras que hay, reduciéndolas todas a esta bondad.

Esta, pues, le hizo dejarnos acá esta joya más preciosa que todas las piedras preciosas. Con ésta dejó ornamentada y enriquecida su Iglesia; con ésta la tiene compañía en este lugar de destierro; con ésta la consuela en sus trabajos; con ésta la defiende en sus peligros; con ésta la esfuerza y alienta para todo lo bueno; con ésta la hinche de santos propósitos y deseos; con ésta la hace arder en amor y deseo de las cosas del cielo y le causa hastío y desprecio de las vanidades del mundo; con ésta la incorpora y ajunta consigo; con ésta la hace participante de los trabajos y méritos de su sagrada pasión, y con ésta, finalmente, le da una prenda firmísima de la vida eterna.

Pues ¿quién pudiera instituir una cosa tan saludable y provechosa como ésta sino Dios? ¿Cúya había de ser esta invención, que tanto importa para hacernos buenos, sino de aquella suma e infinita bondad?

Ni tenga nadie por menoscabo de su grandeza entrar en el pecho de una criatura tan baja. Porque esta sentencia ha de tener fija en su corazón todo cristiano: que este Señor no tiene por cosa indigna de su majestad todo lo que sirve para hacer bien a sus criaturas.

Se acrecienta la caridad.

a) *Porque nos muestra el amor que Dios nos tiene.* — Pues esta obra, primeramente, nos declara la grandeza del amor que Dios nos tiene. Porque la condi-

ción y naturaleza del amor es querer estar siempre en compañía del amado y nunca apartarse de él. Lo cual dice San Dionisio por estas palabras: El amor tiene tanta virtud y fuerza para unir los corazones en uno, que no deja a los que aman tener perfecto señorío de sí mismos. Por donde aquel divino amador decía: Vivo yo, ya no yo, mas vive en mí Cristo. Esto dice porque el alma del santo apóstol más estaba en Cristo que en sí mismo.

Por lo cual dijo un filósofo que el que amaba estaba muerto en su cuerpo propio y vivía en el ajeno. Porque allí tiene todos sus pensamientos, sus cuidados, sus gustos, sus deseos y, finalmente, todo está en él. Lo cual es tan propio del verdadero y perfecto amor, que del mismo se dice que es unión y conformidad de dos corazones y voluntades, en las cuales hay un mismo querer y no querer.

Pues siendo ésta la naturaleza y condición del amor, ¿qué mayor indicio del grande amor que el Salvador tiene a las almas de los suyos que haber instituído un tan admirable sacramento para unirse con ellas y estar y morar en ellas? ¿No es esto lo que Él mismo significó cuando dijo (Jn. 6, 57): El que come mi carne y bebe mi sangre, él está en mí y yo en él? Y de aquí se infiere que así como yo recibo la divinidad y vida de mi Padre por estar Él en mí, así la vida del que dignamente me recibiere será semejante a la mía por morar yo en su alma.

Donde es mucho para considerar que, si el Salvador pretendía con este pan celestial dar mantenimiento y refección a las almas, comunicándoles por él su gracia, bien pudiera Él hacer esto dando virtud sobrenatural a este divino manjar para darnos su gracia, como da al agua del santo bautismo y a los sagrados óleos, sin estar su real y verdadera presencia en ellos de la manera que aquí está.

Mas fué tan grande su caridad y amor para con los hombres, que, además de la gracia que por este sacramento se nos da, quiso que, morando Él en nuestras almas, no la diese. De modo que así como pudiera Él sacrificar a su precursor estando ausente, mas para mayor gloria de su santo quiso Él venir en persona a santificarlo, así pudiera Él comunicarnos su gracia sin esta real presencia; mas quiso Él, para mayor consolación y gloria nuestra, venir con su presencia a darla.

Gran merced es la que el rey hace a un vasallo enfermo enviándole una muy saludable medicina, mas ¿cuánto mayor merced es que el mismo rey venga en persona a traérsela? No hay comparación de lo uno a lo otro. Pues esto mismo hace aquí el Rey del cielo con los hombres para curar sus enfermedades. Pues ¿qué gracias le debe-

mos por esta tan grande gracia y con qué amor responderemos a este grande amor?

b) *Porque en él resplandece la inmensa bondad de Dios.*—La segunda cosa que en este misterio resplandece es la inmensa bondad de nuestro Criador, el cual no se desdeña de querer descender a morar en una casa tan pobre como es el corazón del hombre. Porque ¿qué cosa es el hombre sino, como se escribe en el libro del santo Job, polvo, y ceniza, y gusano, y podredumbre, y sombra, que parece algo y no lo es, y hoja de un árbol que a cada viento se menea, y aun paja seca, que es más movediza y más liviana?

Pues David, en un lugar, hablando del hombre, dice que él es toda la vanidad junta (Salm. 38, 6), y en otro pasa tan adelante, que en lugar de lo que nuestra letra dice (61, 10): Vanos son los hijos de los hombres y mentirosos en las balanzas otros, traslada: Son tan vanos los hijos de los hombres, que, si se pesaren en una balanza, hallarse han más livianos que la misma vanidad. Quiero decir que si el hombre se pusiere en una balanza y la vanidad en otra, ésta pesará más que él. No parece que se podía más encarecer nuestra vanidad que con esta comparación.

Pues ¿qué mayor obra y muestra de bondad que ver aquella altísima Majestad que hinche cielos y tierras, la cual está infinitamente levantada sobre todo lo que alcanzan los querubines y serafines, cuya silla real es el cielo y cuyo estrado es la tierra; a quien asisten y alaban millares de millares de ángeles y ante cuya presencia tiemblan las columnas del cielo, inclinarse y bajar a morar en una casa pajiza, que es en el pecho y alma de una tan baja criatura como es el hombre, que tan pobre recibimiento le ha de hacer cuan pequeño es el conocimiento que tiene de su grandeza?

Porque descender este Señor en el alma del bienaventurado padre San Francisco o de Santa Catalina de Sena, los cuales, acabando de comulgar, perdían el uso de todos los sentidos corporales por estar sus espíritus totalmente absortos y arrebatados en la admiración y amor de esta tan grande bondad, no fuera tanto. Mas descender en las almas de muchos flacos e imperfectos cristianos que se llegan a este divino sacramento con tan poco fuego de amor, con tan poca reverencia y devoción, esto es querer otra vez este Señor ser reclinado en un pesebre y hospedado en una tan pobre casa como fué la de su santo nacimiento.

Mandó Josué al pueblo, cuando iban a pasar el río Jordán, que no se llegasen al arca del testamento, sino que hubiese por lo menos dos mil codos de distancia entre

ellos y ella. Pues quien tanta reverencia quiso que se tuviese a una arca de madera, ¿cuánta querrá que se tenga a su misma persona? Y con ser esta reverencia tan debida a tal grandeza, consiente ser recibido dentro de los pechos de muchos que con tan poca reverencia le reciben.

Pues ¿cuál es la bondad de aquel Señor que así inclinó la alteza de su majestad a tan gran bajeza por hacernos participantes de su gloria?

c) *Porque nos declara su suavidad y dulzura.*—La tercera cosa que este divino sacramento nos declara es la inefable suavidad y dulzura de nuestro Criador, y esto mediante la que Él comunica a aquellos que religiosa y devotamente lo reciben, lo cual es propio de este manjar celestial. Porque así como es propio del manjar corporal no sólo sustentar y esforzar el cuerpo, sino también regalar y deleitar el gusto, así lo uno y lo otro es propio de este pan celestial.

Mas porque de la grandeza de esta suavidad tratamos arriba, al presente no diré más de que por aquí conocerán los hombres cuán dulce, cuán blando, cuán amoroso y cuán benigno es el que, no contento con proveer a sus fieles siervos de mantenimiento, también los recrea y regala con este manjar. En lo cual les da a entender que no los trata ya como a siervos, sino como a amigos e hijos regalados.

Pues por aquí se entiende cuán dulce y cuán suave sea en sí aquel Señor, que con tanta suavidad y blandura trata a sus hijos. Por donde con mucha razón exclama la Iglesia cuando dice: ¡Oh cuán suave es, Señor, tu espíritu, pues para declarar la dulzura del amor que tienes a tus hijos los proveíste de un suavísimo pan venido del cielo, el cual hinche de bienes a los hambrientos y a los soberbios deja vacíos.

d) *Porque en él resplandece la providencia santificadora del Señor.*—La cuarta cosa que nos declara este divino sacramento es la providencia especial que Nuestro Señor tiene de su Iglesia, proveyéndola de un sacramento que tanta virtud y eficacia tiene para la santificación de las almas y que tan maravillosos efectos obra en ellas, como arriba dijimos. Mas ¿qué dijimos? Porque ¿quién tendrá boca para explicar las virtudes y excelencias de este pan celestial? Muchas almas religiosas y devotas hay en la Iglesia que esto sienten, pero ninguna habrá que pueda bastantemente explicar lo que siente.

Mas esto podré decir con verdad: que entre todos los espirituales ejercicios de vigilia, y santas oraciones, y meditaciones, y lecciones, y otras cosas tales, en ninguno recibe el alma que está dispuesta tan grande edificación, tan grande esfuerzo, tan grande consolación y tan grande

ardor de caridad como cuando recibe este pan celestial. Porque dado caso que en todos estos ejercicios esté Dios, mas aquí está juntamente la virtud del mayor de los sacramentos, y con ella, la presencia real y verdadera del mismo Cristo.

Lo cual, entre otras cosas, sirve para que, considerando los hombres, cuando se llegan a comulgar, que está allí presente la divina Majestad, se lleguen con mayor temor y temblor y mayor humildad y reverencia, viendo con los ojos de la fe, que son más ciertos que los del cuerpo, estar allí Dios todopoderoso. De donde nace que aun los hombres poco devotos, cuando se llegan a comulgar, se recogen y humillan dentro de sí y se disponen con más acatamiento y reverencia para esto, no tanto por la reverencia que les pide el mismo sacramento cuanto por la presencia de la Majestad, que reconocen y creen estar en ellos.

Resplandece también aquí la divina Providencia en la conveniencia del medio tan proporcionado que ordenó para nuestra satisfacción. Lo cual se entiende por la condición del fin para que el hombre fué criado, que fué para ser participante de la bienaventuranza y gloria del mismo Dios.

Y pues entre el fin y los medios ha de haber orden y proporción, síguese que el que ha de ser semejante a Dios en la gloria ha de ser ahora semejante a Él en la pureza de la vida, y pues ha de ser divino en lo uno, conviene que lo sea también en lo otro.

Pues, según esto, ¿qué medio podía haber más proporcionado y más eficaz para hacer al hombre divino en la vida que recibir al mismo Dios en su alma? Porque ¿cuál otra criatura sin Dios era poderosa para causar esta vida divina? Porque ninguna causa puede dar lo que no tiene, y pues ninguna criatura tiene divinidad, ninguna era poderosa para dar esta manera de divinidad sino el mismo Dios. Y si esto considerasen los herejes e infieles, no extrañarían la presencia de la divina Majestad en este sacramento.

Familiar amistad y confianza. Ayúdanos también grandemente este divino sacramento para alcanzar un familiar amor y confianza con nuestro Salvador.

Porque de no haber esto de por medio, cuando considerase el hombre la alteza de Dios y su propia vileza y bajeza y la infinita distancia que hay entre el Criador y su criatura, pudiera imaginar que una naturaleza tan alta y tan encumbrada sobre todos los entendimientos criados no descendiera a tener comercio y comunicación y familiar amistad con una tan baja criatura como es el hombre. El

cual pensamiento nos fuera impedimento de grandes bienes.

Pues porque esto no hubiese aquí lugar, quiso este clementísimo Señor encerrarse en este divinísimo sacramento y morar acá con nosotros en la tierra el que tiene su tabernáculo y morada en el cielo, y, lo que más es, entrar dentro de nuestro cuerpo, para que, con este tan claro argumento de su real presencia, entendiésemos que tan vecino y tan presente estaba a nuestras almas y al socorro de nuestras necesidades cuanto lo estaba con esta presencia sacramental; y así conociésemos que aquel Señor, que antes se gloriaba diciendo que era Dios de lejos, porque todas las cosas veía aunque estuviesen muy alejadas, ahora nos podemos nosotros gloriar que es Dios de cerca, pues tan familiar y vecino se ha hecho por este sacramento a los hombres.

Divino desposorio. Por este mismo sacramento nos declara también una cosa digna de grande admiración y amor, que es ser Él esposo de nuestras almas, y así, por medio de él, entra en ellas a hacerse una cosa con ellas.

Porque así como, en lo corporal, entonces se dice ser el matrimonio consumado cuando de dos carnes se hace una, así en lo espiritual, entonces se consuma este santo matrimonio cuando se junta el espíritu humano con el divino; lo cual se hace por medio de este sumo sacramento, como el mismo Salvador lo significó por estas clarísimas y divinas palabras: Quien come mi carne y bebe mi sangre, él está en mí y yo en él. De modo que, como en el matrimonio corporal de dos carnes se hace una, así en el espiritual de dos espíritus se hace uno; mas de tal manera, que no se muda el espíritu divino en el humano, sino el humano en el divino, participando de la virtud y santidad y pureza de él. Por lo cual, todas las veces que el alma religiosa recibiere este divino sacramento, entienda que en esta dichosa hora el Esposo celestial entra en ella a consumar este santo matrimonio.

Pues siendo esto así, ¿con qué amor, con qué devoción, con qué humildad, con qué alegría, con qué reverencia y con cuánto encogimiento y vergüenza debe ella recibir a un Señor de tan grande bondad y majestad que no se desdeña de tomar por esposa a la que no merece llamarse sierva?

También quiero que sepáis que este santo matrimonio no es estéril. Mas los hijos que nacen de él son santos propósitos y deseos, dulces lágrimas y consolaciones y fruto de obras merecedoras de vida eterna y, finalmente, todas las virtudes.

Dios con nosotros. Otro fruto inestimable tenemos en él, demás del que se nos comunica cuando le recibimos, que es estar en todas las iglesias, para que cuando los fieles acuden a este lugar a presentar sus necesidades y peticiones a su Criador, sepan que lo tienen allí, por una especial manera, presente y que hablan con Él cara a cara. Lo cual es cosa que grandemente despierta la reverencia y la confianza y la devoción de los que oran, viendo que están hablando y negociando con un Señor que no es menos piadoso que poderoso para remediarnos.

Y aunque éste sea beneficio común a todos los fieles, pero es muy especial de los religiosos y religiosas que moran en sus monasterios, donde está este divino sacramento y donde tienen en las noches, antes y después de los maitines, un muy grande aparejo para vacar a Dios en presencia de este santísimo sacramento. A lo cual también no ayuda poco el silencio de la noche y la soledad y oscuridad del lugar, para recoger mejor los sentidos y ofrecer todo su corazón al Señor, que presente tienen.

Pues todos estos frutos y provechos susodichos nos declaran la providencia paternal de aquel Señor, que tan copiosamente proveyó a nuestras necesidades con este divino misterio.

Retorno de amor. Resumiendo, pues, lo que está dicho, estas cuatro divinas perfecciones nos certifica y predica, sin palabras, este santo sacramento, que son: la inmensa caridad, y la bondad, y la suavidad, y la providencia del que lo instituyó.

Pues ¿qué tan grandes estímulos y motivos tenemos aquí para amar a este Señor? Porque ¿qué nos pide la grandeza de su caridad y amor sino retorno de amor? ¿Y qué su infinita bondad sino amor, pues el objeto de la voluntad es la bondad? ¿Y qué la grandeza de su dulcedumbre y suavidad sino amor? ¿Y qué, finalmente, la providencia, que tan copiosamente nos proveyó de remedio con este sacramento, con el cual se nos comunican tantos bienes, sino amor?

Pues ¿qué corazón habrá tan helado que con estas brasas no se encienda viéndose por todas partes cercado de tantos estímulos de amor?

Se acrecienta la esperanza. Mas quiero pasar adelante declarándoos que no son menores los motivos que aquí tenemos para esperar que para amar. Porque ¿de quién esperaré yo mi remedio con mayor confianza que de quien es todopode-

roso y tanto nos ama? ¿En quién esperaré con mayor seguridad que en tan grande bondad, pues es tan propio de la bondad hacer bien y comunicarse con todos? ¿Y cómo no esperaré en un Dios que tan blando y tan suave se muestra a los suyos en este sacramento? ¿Y qué otra cosa nos pide su providencia sino esta confianza, pues ella nos declara el cuidado que tiene de nuestra salud? ¿Cómo cerrará la puerta a quien le pide socorro quien, sin pedírselo, nos proveyó de tal remedio?

Se acrecienta la fe. Digo, pues, que dado caso que nadie pueda tener en esta vida certidumbre de fe que está en estado de gracia si no fuese por revelación de Dios, mas, sin embargo de esto, las personas que tienen purgado el paladar de su alma reciben en este divino sacramento tan grandes consolaciones, tan grande luz y conocimiento de Dios, tan grande alegría, tan grande paz, tan grande hartura y quietud de espíritu y, sobre todo esto, tan grande mudanza de sus condiciones e inclinaciones antiguas, amando lo que antes aborrecían y aborreciendo lo que amaban y holgándose con la presencia y memoria de la muerte de que antes temblaban, que vienen a confirmarse tanto en la fe que tienen con la experiencia de cosas tan ajenas de sus propias inclinaciones, que, aunque todos los hombres del mundo les dijesen que su fe no era verdadera, a éstos confiadamente responderían que todos ellos se engañaban y que su fe era la cierta y la verdadera.

Y esto dirían no por razones y argumentos humanos, sino por la mudanza que ven en sus almas. Por lo cual entienden con cuánta razón dijo el profeta que los que esperaban en Dios mudaban la fortaleza. Porque los que no hallaban en sí más que fuerzas humanas, que son fuerzas de carne flaca, vendrían a tener fuerzas divinas, que son fuerzas del Espíritu Santo.

Y esta mudanza que hallan en sí cuando con pureza de conciencia frecuentan este divino sacramento, les hace entender que es Dios todopoderoso el que en Él está, pues Él sólo es poderoso para mudar las condiciones y corazones de los hombres.

A esto añado otra cosa más, y es que el estilo de Nuestro Señor es, cuando obliga a creer alguna cosa ardua, proveer de motivos y medios suficientes para que se crea; como lo vemos en la muchedumbre de las profecías que nos dan clarísimo testimonio de la venida del Salvador al mundo.

Pues como entre las cosas más arduas de nuestra religión sea la fe de este altísimo sacramento, quiso el Señor,

que lo instituyó, que fuesen tales los efectos que en las almas puras y devotas obrase, que él mismo diese testimonio de sí. Y así, él es como la lumbre del sol, que hace ver todas las cosas y a sí mismo también con ellas. Por donde si preguntaren a una de estas personas devotas cuál sea el artículo de la fe que creen con mayor voluntad, abiertamente confesarán que éste, por las prendas y experiencias cotidianas que de él tienen.

Pues por lo dicho, aunque brevemente, entenderéis cómo aquellas tres nobilísimas virtudes, fe, esperanza y caridad, que llamamos teologales porque tienen a Dios por objeto o blanco a quien miran y acatan, crecen y se perfeccionan con la frecuencia de este divino sacramento.

CAPITULO XVII

De la preparación que se requiere para la sagrada Comunión

Solamente trataré aquí del aparejo que se requiere para llegarnos a este misterio, pues va tanto en esto, que cual fuere el aparejo del que lo recibe, tal será la gracia que se le dará. Porque ese sacramento es de infinita virtud, así porque contiene en sí a Cristo, que es fuente de gracia, como porque por él se nos comunica la virtud de su Pasión, que es de infinito valor, y por esto cuanto mayor fuere el aparejo con que nos llegáremos a él, tanto mayor será la gracia que se nos dará.

Vemos que el que va a coger agua de la mar, tanta agua coge cuan grande vaso lleva, porque por parte de la mar no puede faltar el agua, sino faltare por la estrechura del vaso. Pues lo mismo acaece a los que se llegan a este divino sacramento, que es mar de todas las gracias. Y así viene a cumplirse aquí aquello del Salmo que dice: Ensancha la boca de tu corazón, porque yo henchiré todo el lugar que me dieres en él.

Regla es también de filosofía que todas las causas obran conforme a la disposición que hallan en los sujetos; y por esto arde el fuego en la leña seca y no en la verde, por estar la una dispuesta para esto y la otra no.

Pues como en este sacramento esté Cristo, que es la causa general de todas las gracias, claro está que conforme a la disposición que hallare en el alma que lo recibe,

así obrará en ella y le comunicará su gracia. Esto ven por experiencia los que a menudo celebran y comulgan, los cuales cada día experimentan que tal devoción y fruto sacan de este sacramento cual es el aparejo con que llegan a él.

Y no sólo la esperanza de este fruto, mas también el temor de nuestro daño nos debe hacer diligentes en este aparejo. Porque general cosa es en todos los sacramentos de la ley de gracia que así como son de grandísimo provecho al que dignamente los recibe, así pueden ser ocasión de grandísimo daño al que los recibe indignamente. Conforme a lo cual dice un doctor que así como el sol y el agua y el aire ayudan a crecer y fructificar las plantas cuando están vivas y arraigadas en la tierra, mas si, por el contrario, no lo están, esas mismas causas e influencias las secan y pudren más presto, así también este santísimo sacramento, que es causa de todas las gracias, hace crecer y medrar las almas que están vivas y arraigadas en caridad; mas, por el contrario, las que no lo están, mientras más a menudo lo reciben, más se ciegan y endurecen y empeoran, no por causa del sacramento, sino por su mal aparejo.

Este sacramento requiere preparación peculiar.

Los sacramentos, cuanto son más excelentes, tanto piden mayor aparejo y pureza para haberlos de recibir. Porque algunos hay que para recibirse dignamente basta tener dolor y arrepentimiento verdadero de los pecados. Mas este sacramento de que hablamos es de tanta pureza y excelencia, por estar en él encerrado el mismo Dios, que, además de lo dicho, pide otro sacramento por aparejo, que es el de la Confesión, cuando precedió algún pecado mortal.

Y además de esto, sobre la confesión, pide actual devoción y reverencia para recibirse más dignamente. La cual devoción no puede estar sin actual atención y consideración de las cosas de Dios. Y para esto conviene despedir por entonces de nuestra alma todas las imágenes y cuidados de las cosas del mundo, para que así pueda ella libremente y sin impedimento fijar el corazón en Dios.

Por donde parece que en este tiempo no se debe contentar el hombre con ir limpio de todos los pecados, sino debe trabajar por ir también limpio de todos los pensamientos y cuidados que le pueden impedir esta atención y devoción. Porque de esta manera se ha de llegar a este Señor el que dignamente se quiere llegar a Él, conviene saber, con un corazón tan solitario, tan recogido y tan olvidado de todas las cosas terrenas y tan absorto en Dios, que

por entonces le parezca que no hay en el mundo más que él y Dios.

Y aunque, esto parezca imposible a la naturaleza humana, no lo es a la caridad ni a la gracia divina. Porque, como dice la Esposa de los Cantares, fuerte es el amor como la muerte; porque así como la muerte corporal hace el cuerpo insensible a todas las cosas del mundo, así la perfecta caridad de tal manera ocupa el corazón del hombre y lo traslada a Dios, que le hace olvidar de todo lo que no es Él.

Bien veo que esta muerte no es de todos, sino de sólo esta esposa celestial, que es del alma que esta dignidad y nombre merece; pero pídese y propónese a todos por la dignidad de este sacramento, el cual, así como es pan de ángeles, así pide pureza de ángeles para haberse de recibir. Mas, con todo esto, conténtase el Señor con que tengamos algo de ella, que es con hacer lo que es de nuestra parte para tener por entonces este olvido de todas las cosas y esta actual devoción y atención a Él.

Sólo Dios puede prepararnos dignamente. La primera cosa que para comulgar dignamente se requiere es reconocer el hombre con grande humildad que ninguna diligencia de hombres ni de ángeles es bastante para este aparejo si no interviene la mano de Dios, que para ello especialmente nos ayuda.

Porque así como nadie se puede disponer para el aumento de gracia sin gracia, así nadie se puede disponer para recibir dignamente a Dios sin el mismo Dios. Y por esto Él ha de ser invocado y llamado con humildes y ardientes deseos, para que Él por su mano limpie y aderece la casa en que ha de ser aposentado.

Vemos que, cuando un rey va de camino a posar a una aldea, no espera que los aldeanos le aderecen el aposento como él merece, porque no son ellos parte para esto, sino envía él delante sus recámaras y sus aposentadores, que es el aderezo conveniente para su persona real.

Y pues esto así pasa, buen título tenemos para suplicar a este Señor que pues Él, por la grandeza de su bondad y misericordia, quiere venir a posar a nuestra aldea, sea servido por esta gracia hacernos otra gracia, que es enviar el Espíritu Santo con la recámara de todas sus virtudes y dones celestiales, para que de esta manera, con la gracia y virtud omnipotente de Dios, se apareje la casa en que ha de morar Dios.

Preparación que se requiere. *Primero: pureza de conciencia.*—Pues, para que esto se haga como conviene, la primera cosa que se requiere es limpieza de conciencia, esto es, que vayamos limpios de todo pecado mortal.

Porque por esto dijo el Profeta: Lavaré mis manos entre los inocentes y cercaré, Señor, tu altar. Donde primero dice que lavará sus manos, que son las culpas de sus obras; después, que se acercará al altar, que es la mesa de este Señor.

Y por esto mismo nos amenazó tan espantosamente el Apóstol cuando dijo: Quienquiera que comiere el pan o bebiere el cáliz del Señor indignamente, será reo contra el cuerpo y sangre del Señor. En las cuales palabras da a entender que los que se llegan en pecado mortal a este misterio cometen una culpa semejante a la que cometieron aquellos que crucificaron a Cristo, pues los unos y los otros pecan contra el mismo cuerpo y sangre de Cristo, aunque sea en diferente manera.

Y además de esto, ¿qué se puede seguir de juntarse en uno dos cosas tan contrarias como son Cristo y el pecador, sino corrupción de la una o la otra? Porque las cosas semejantes fácilmente se juntan unas con otras, como un hierro con otro hierro y una agua con otra agua; mas las contrarias, como son el agua y el fuego, en ninguna manera se pueden juntar sin corromper la una a la otra.

Pues como por medio de este Santísimo Sacramento se junte el hombre con Cristo, ¿qué se puede esperar de esta junta sino corrupción de la parte más flaca? ¿Cómo se juntará en uno el bueno con el malo, el limpio con el sucio, el humilde con el soberbio, el manso con el airado y el misericordioso con el crudo?

Pues por esto conviene que haya alguna manera de semejanza entre el cristiano y entre Cristo para juntarse dignamente a Él. Lo cual todo destruye el pecado cuando no se ha purgado por penitencia. Y como quiera que todos los pecados mortales hagan esto, señaladamente lo hacen dos que más particularmente repugnan a la condición de este sacramento, que son odio y deshonestidad.

a) *Libres de odio.*—Porque, cuanto a lo primero, este sacramento es sacramento de amor y de unión, porque en él participan los fieles un mismo mantenimiento y un mismo espíritu, el cual hace a todos los fieles una misma cosa por amor.

Y para significar esto, dice San Agustín que Nuestro Señor instituyó este sacramento en tal género de cosas, que de muchas vienen a hacerse una, como son el vino y el pan, porque de muchos granos de trigo se hace el pan y

de muchos granos de uva el vino; para dar a entender que el sacramento que en estas dos especies se administraba obraba este mismo efecto en los que lo recibían, que es hacer de muchos corazones un corazón, comunicando a todos ellos un mismo espíritu cuando lo reciben.

Pues siendo esto así, ¿qué cosa puede ser más contra razón que llegarse a recibir un sacramento de unión con corazón dividido? ¿Qué es esto sino pedir al cirujano que os cierre la herida y trabajar vos por otra parte por tenerla siempre abierta?

Pues no es menos contra razón llegarnos a recibir esta medicina espiritual, que tiene virtud de cerrar las llagas de los odios y malas voluntades y juntar en uno los corazones divididos, queriendo por otra parte resistir de propósito este beneficio y romper con particulares odios y disensiones la unión de la paz que esta medicina causa.

Pues el que quisiere evitar este inconveniente, no se atreva a llegar a esta mesa sin determinarse de poner por obra aquello que el Salvador nos encomendó diciendo: Si ofrecieres tu ofrenda ante el altar y ahí se te acordare que tu hermano tiene alguna querella contra ti, deja la ofrenda a los pies del altar y ve primero a reconciliarte con tu hermano, y esto hecho, podrás volver a ofrecer tu don.

Pues con esta manera de satisfacción o con la determinación firme de ella, según el juicio del prudente confesor, debe el hombre llegarse a esta mesa celestial. Porque de otra manera está claro que le dirá el Señor del convite: Amigo, ¿cómo entraste aquí sin tener ropa de bodas? Que es la virtud de la caridad, la cual, como dice el Apóstol, cubre la muchedumbre de los pecados. Y debe con mucha razón temer, como no tenga qué responder a esto, mande el Señor lo que se sigue, que es atarlo de pies y manos y echarlo en el fuego.

b) *Libres de torpezas.*—El otro pecado contrario a este sacramento es cualquier torpeza y deshonestidad, porque este sacramento, que en sí encierra aquella carne virginal amasada de las purísimas entrañas de Nuestra Señora, pide una tan grande limpieza del cuerpo y del alma, que aun haber pasado por entre sueños una sombra de deleite tienen los santos por impedimento para llegarse a este divino sacramento, si no fuese cuando o la obediencia o alguna fiesta señalada a esto nos obligase.

Y no sólo de comulgar, mas aun de ayudar a misa nos aconseja San Bernardo que nos abstengamos habiendo esto precedido: tan grande es la pureza que se requiere para este misterio. Porque si para sólo vacar a la oración quiere el Apóstol que se abstengan los casados de la vida conyugal, ¿cuánto más para llegarse a este sacramento, donde

corporalmente se recibe a Dios? Y si en la ley vieja un solo sueño deshonesto desterraba al hombre por todo aquel día de las tiendas y compañía del pueblo de Dios, ¿cuánto más de la comunión y participación del mismo Dios?

c) *Libres de pecados veniales.*—Y no sólo de los pecados mortales, mas también de los veniales conviene que vayamos limpios para allegarnos a este sacramento. Porque este género de pecados, aunque no apaga el fuego de la caridad, pero amortigua el fervor de la devoción, que es el más propio aparejo que para este divino sacramento se requiere.

Y para alcanzar limpieza de este género de pecados conviene que preceda la confesión antes de la comunión, o a lo menos el arrepentimiento y dolor de ellos, o algunos otros santos ejercicios de amor y de devoción, para que con ellos se restituya el fervor y devoción actual que con los tales pecados se perdió. Y quien dejase de hacer algo de esto no se excusaría, a lo menos, de pecado venial grave por esta negligencia y perdería mucho de suavidad y refección de este sacramento, que es el propio efecto que él obra en las almas que con este aparejo se allegan a él.

Mas el que hubiese caído en pecado mortal, demás del arrepentimiento susodicho, es necesario confesarse sacramentalmente, so pena de pecado mortal, como expresamente está mandado en el santo Concilio Tridentino.

Segundo: pureza de intención.—Lo segundo que para comulgar dignamente se requiere es rectitud y pureza de intención, que es hacer esto por el fin que se debe hacer.

Porque como la intención sea la principal circunstancia de todas nuestras obras, ésta es la que principalmente se debe mirar en todas ellas, y mucho más en ésta, por que no pervirtamos las cosas de Dios usando para un fin de lo que Él instituyó para otro. Y por que mejor se entienda esto, será bien poner aquí los fines de los que mal y bien comulgan, para que así se vea más claro lo que nos conviene seguir.

No por fines aviesos. Porque algunos sacerdotes hay a los cuales principalmente mueve a celebrar el provecho temporal que esperan por el sacrificio. Estos parece que son como aquellos dos hijos de Aarón, que ofrecieron a Dios sacrificio con fuego ajeno, pues los mueve a celebrar no el fuego del amor divino, sino el ardor y codicia del dinero. Por donde así como salió fuego del santuario y quemó a aquéllos en un momento, así deberían temer éstos no les acaeciese otro tanto.

¡Quién creyera, Señor, cuando tú ordenabas este admi-

rable sacramento, que había de ser tan grande el abuso de los hombres, que hubiesen de usar para ganar dinero de lo que tú ordenaste para ganar el cielo y que, puestos en dos balanzas Dios y un real, había de haber quien se moviese más por un real que por Dios!

Otros hay que comulgan a más no poder por pura fuerza o por temor de la pena, como hacen algunos malos cristianos en la comunión de la Pascua; los cuales van por los cabellos y como quien va a la cruz a la mesa del Señor.

Estos deberían considerar que ni con ropa de sayal entraba nadie dentro en el palacio del rey Asuero, y con esta manera de ánimo y corazón servil nadie debe entrar en este sacro palacio y recibir este sacramento. Con amor se ha de recibir lo que por amor se instituyó; porque no es razón que se reciba con ánimo de siervo lo que se ordenó con amor de padre. Por donde con mucha razón debe temer el que así entra no le digan a él también aquellas palabras del Evangelio que arriba alegamos: Amigo, ¿cómo entraste aquí sin tener ropas de boda?

Otros hay también que van a comulgar tras el hilo de la gente por hacer lo que otros hacen, sin tener aquella hambre ni procurar aquel aparejo ni aquella enmienda de vida que para esto se requiere.

Y no son muy diferentes de éstos los que comulgan por sola costumbre, como hacen algunos que, por tener por costumbre de comulgar de tantos a tantos días, sin tener ni preocupar aquella devoción que deberían, se llegan a este misterio. Los cuales deberían mirar que, aunque esta costumbre sea buena, no es negocio éste que se ha de hacer por sola costumbre, sino por el fruto que de aquí se espera y con el aparejo que para gozar de este fruto se requiere.

Otros también se llegan con una golosina espiritual, que es con un apetito y deseo de sentir alguna suavidad y devoción sensible en este sacramento, teniendo esto como por último fin de este negocio y no enderezando esta manera de devoción al fin que se debe enderezar, que es abrazar la cruz y la mortificación de Cristo y servir al Señor con mayor prontitud y voluntad.

Todos estos fines son aviesos y unas como puertas falsas para entrar a hurtar como ladrón y no a recibir como fieles siervos las mercedes del Señor.

Con fines rectos. Entremos, pues, por las puertas que entraron los santos, procurando de llevar la intención que ellos llevaron; la cual no es siempre de una manera, sino de muchas y diversas, como lo declara San Buenaventura por estas palabras:

Muchos son los afectos e intenciones de los que se lle-

gan a celebrar o comulgar. Algunos mueve el amor de Dios para que por medio de este sacramento traigan más veces al amado a la casa de su alma y allí dentro le abracen dulcemente y le tengan consigo, y con esta sagrada unión se enciendan más en su amor.

A otros mueve el conocimiento de su propia enfermedad y flaqueza, para que con el favor y socorro de este médico celestial sean curados y librados de sus enfermedades.

A otros lleva el conocimiento de sus deudas y pecados, para que, mediante esta divina hostia y sacrificio de salud, sean librados y perdonados.

A otros lleva la prisa de alguna tribulación o tentación, para que por virtud de aquel que todo lo puede sean libres de sus adversidades y amparados del enemigo.

A otros inclina más el deseo de alguna gracia particular, para que por medio de aquel a quien el Padre no puede negar nada alcancen lo que desean.

A otros mueve el agradecimiento de los beneficios recibidos, considerando que no podemos de nuestra parte ofrecer al Padre cosa más agradable por lo que nos ha dado que recibir el cáliz de la salud que Él nos comunicó.

A otros mueve el deseo de alabar a Dios y a sus santos, pues no podemos honrarlos con otra mayor honra que con ofrecer de nuestra parte, en memoria de ellos, este sacrificio de alabanza.

A otros mueve el deseo de la salud de los prójimos y la compasión de sus trabajos, sabiendo que por la salud de vivos y muertos ninguna cosa aboga con mayor eficacia ante los ojos del Padre que la sangre preciosa del Hijo, que por los unos y por los otros se derramó. Hasta aquí son palabras de San Buenaventura.

Pues el que desea acertar en la pura y recta intención que para aquí se requiere, escoja cuál de estos fines le agrada más, y a ése enderece su intención. Y mucho mejor será considerar primero todos estos fines, que son los frutos admirables de este sacramento, y ponerlos todos ante los ojos y pretender por este divino medio conseguirlos todos.

Fin principal: transformarse en Cristo.—Pero el fin más principal y más propio es procurar por medio de este sacramento, en el cual está Cristo, recibir en nuestras almas el espíritu de Cristo, mediante el cual seamos transformados en Él y vivamos como vivió Él, que es con aquella caridad, y humildad, y paciencia, y obediencia, y pobreza de espíritu, y mortificación de cuerpo, y menosprecio del mundo que Él vivió. Porque esto es, espiritualmente, comer y beber a Cristo, transformándose en Él y haciéndose una cosa con Él por imitación de su vida, como había hecho

aquel que decía: Vivo yo, ya no yo, mas vive en mí Cristo.

Y, por tanto, éste ha de ser nuestro fin principal, y juntamente con esto, hacer lo que Él nos encomendó, que es renovar en este sacramento la memoria de su pasión y darle gracias por el beneficio inestimable de nuestra redención.

Tercero: devoción actual.—Lo tercero que para este sacramento se requiere es actual devoción.

Y si me preguntares qué cosa sea esta actual devoción, no sé cómo podértelo mejor explicar que con decirte que es una como agua de ángeles, la cual, así como se destila de diversas hierbas olorosas, así tiene diversos y muy suaves olores. Porque esta devoción es un afecto espiritual, compuesto de otros espirituales y santos afectos y deseos, de los cuales ha de ir llena el alma cuando se llega a este memorable sacramento.

Porque, como dice San Ambrosio, ¡con cuánta contrición y arrepentimiento, con qué fuente de lágrimas, con qué temor y reverencia, con qué castidad de cuerpo y con qué pureza de espíritu se ha de celebrar, Dios mío, este divino misterio, donde tu carne verdaderamente se come y tu sangre verdaderamente se bebe; donde las cosas altas se juntan con las bajas y las divinas con las humanas, y donde está la presencia de los santos ángeles, y donde tú mismo eres el sacerdote y el sacrificio por una manera inestimable! ¿Quién, pues, podría dignamente tratar de este misterio, si tú, Señor, no le hicieres digno?

Y descendiendo más en particular a tratar de esta devoción que aquí pedimos, digo que para corresponder de nuestra parte a lo que pide la condición y nobleza de este sacramento, conviene que nos lleguemos a él, por un cabo, con grandísima humildad y reverencia, y por otro, con grandísimo amor y confianza, y por otro, con grandísima hambre y deseo de este pan celestial. Todas estas maneras de afectos piden las excelencias de este sacramento, y cada uno de estos afectos tiene sus consideraciones con que se despierte.

Acercarse:

a) *Con humildad y temor.*—Porque, primeramente, para despertar el temor y reverencia, debe el hombre levantar los ojos a considerar la inmensidad y grandeza del Señor que en este sacramento se encierra.

Porque realmente, debajo de aquel sagrado velo y de aquellas especies de pan está encerrada aquella divina Majestad, creadora, conservadora y gobernadora del mundo, ante cuya presencia tiemblan las columnas del cielo, ante cuyo acatamiento está postrada toda la naturaleza criada;

a quien alaban las estrellas de la mañana; de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan; ante cuyos ojos no están limpios los espíritus celestiales; en cuya comparación esta tan maravillosa fábrica del mundo no es más, como dice el Sabio, que una gota del rocío de la mañana o un grano de peso que se carga sobre la balanza.

Pues ¿cómo no temerá el que con ojos de fe tan cierto ve que se llega a recibir dentro de sí un Señor de tan grande majestad?

No trato yo ahora aquí de la grandeza de sus juicios y de su justicia y del aborrecimiento que tiene con los malos y con su maldad, sino solamente de lo que pide la grandeza de tan alta majestad, para que no sólo el pecador, sino también el justo, vea cuánta razón tiene, cuando aquí se llega, para temer. Ni nadie debe asegurarse con la virtud de este sacramento, que es vida de las almas, pues, como ya dijimos, puede también ocasionalmente ser castigo de las que estuvieren mal aparejadas. Pues por esto exclama el Apóstol diciendo: Examine su conciencia el hombre, y de esta manera coma de aquel sagrado pan y beba de aquel cáliz; porque el que lo come y bebe indignamente, juicio come y bebe para su alma, pues no trata como debe el cuerpo del Señor.

Pues ¿cuánto será razón que tema quien tantas veces se ha hecho nada, quien tantas culpas tiene cometidas, tantas fealdades, tantas torpezas y tantas abominaciones contra Dios? ¿Cómo no temerá recibir un tan gran Señor en un corazón que tantas veces ha sido cueva de dragones y nido de serpientes y basiliscos?

Pues con estas consideraciones humille el hombre su corazón cuanto pudiere y venga, como el hijo pródigo, a la casa de su piadoso padre, dando voces y diciendo: Padre, pequé contra el cielo y contra vos, ya no merezco llamarme vuestro hijo; hacedme siquiera como uno de vuestros criados.

Venga con el corazón de aquel publicano del Evangelio, que ni osaba acercarse al altar ni alzar los ojos al cielo, sino hería sus pechos diciendo: Señor Dios, apiádate de mí pecador.

b) *Con amor y confianza.*—Mas el amor y confianza se alzará considerando, por otra parte, que este Señor, cuan grande es en la majestad y en la justicia y en el aborrecimiento del pecado, tan grande es en la bondad y en la misericordia y en la piedad para con los pecadores.

Porque ésta le hizo bajar del cielo a la tierra, y vestirse de nuestra carne, y andar por caminos y carreras en busca de ellos, y comer en compañía de ellos, y decir que el remedio de ellos era su comida y sus deleites. Por éstos

ayunó, caminó, sudó, trabajó, veló, madrugó y sufrió infinitas persecuciones y contradicciones del mundo. Por éstos caminaba y predicaba de día y por éstos velaba y oraba de noche; para éstos tenía siempre abiertas las puertas de sus entrañas, de tal manera que a ninguno desechó ni despidió de sí, a pesar de todo lo miserable que fuesen y desechado de todos.

Y, finalmente, tanto deseó la salud y remedio de éstos, que por verlos remediados no paró hasta ponerse en una cruz entre dos ladrones y derramar toda cuanta sangre tenía por ellos.

Y no contento con esto, por que, acabado el curso de esta vida mortal, no faltase otro tal recibidor como Él, dejó ordenado este divino sacramento en que se queda Él mismo, para que todo este linaje de hombres necesitados de remedio tuviesen siempre la misma puerta y la misma botica abierta para su remedio.

De manera que la misma causa que le obligó a morir, ésa le hizo instituir este sacramento. Porque así como amor fué el que le trajo del cielo a la tierra y le hizo poner en manos de pecadores, así el amor es el que ahora le hace por esta vía venir otra vez al mundo y el que le pone en las mismas manos.

En lo cual parece que de su parte no fué otra causa de esta tan grande obra sino su inmensa caridad, y de la nuestra, no otra más que nuestra gran necesidad; de la suya, sola misericordia, y de la nuestra, sola miseria. De donde nace que este divino sacramento es común remedio de justos y pecadores; porque no solamente es manjar de sanos, sino también medicina de enfermos; no sólo es vida de vivos, sino también resurrección de muertos; porque, como dice San Agustín, este pan no sólo sustenta a los que halla vivos, sino también a veces resucita a los que halla muertos.

Pues ¿por qué título me podrá nadie defender la participación de este misterio? Este es un hospital real instituído por la divina misericordia y dotado con la sangre de Cristo para remedio universal de todos los enfermos y necesitados. Pues ¿por qué por ser enfermo me tendré yo por excluído de él? Antes, por el mismo caso que estoy enfermo, si deseo sanar, tengo más obligación de llegarme a él. Porque si estoy enfermo, aquí me curarán; si flaco, aquí me esforzarán; si ciego, aquí me alumbrarán; si pobre, aquí me enriquecerán; si hambriento, aquí me hartarán, y si desnudo, aquí me vestirán y cubrirán mi desnudez.

Esto es lo que no acaban o no quieren entender los que con semejantes excusas se apartan y apartan a otros

del uso de este sacramento, no mirando que este divino misterio fué instituído no sólo para manjar de sanos, sino también para medicina de enfermos; no sólo para regalo y fortaleza de justos, sino también para remedio y esfuerzo de penitentes.

Del cual, aquél tiene mayor necesidad que se siente más flaco; y por este título, mucho menos puede vivir el flaco que el fuerte, porque el fuerte puede por más tiempo perseverar sin este socorro, mas el que trae el alma en la boca y está tan flaco y tan sin fuerzas que, en desviando un poco los ojos de Dios, luego comienza a desfallecer, este tal, ¿en qué parará si no se aprovecha de este socorro?

Y por esto señaladamente se compadece el Salvador de este linaje de hombres cuando, hablando en figuras de este misterio, decía: Si los dejare caminar ayunos, desfallecerán en el camino, porque algunos de ellos vinieron de lejos. Porque, sin duda, así como entonces padecían mayor peligro los que habían venido de lejos que los que vinieron de cerca, porque tenían más larga la jornada, así también aquí lo padecen los que son más flacos y los que tienen más camino que andar hasta llegar a la perfección del amor de Dios. Y pues para remedio de éstos se ordenó este pan celestial, no es atrevimiento, sino consejo muy saludable, que el deseoso de su remedio se llegue a su remediador y se aproveche de la medicina que Él para esto, no con menor amor que costa de su sangre, le ordenó.

Antes una de las grandes culpas de los hombres, y de que mayor cargo se les ha de hacer el día de la cuenta, ha de ser de la sangre de Cristo, conviene a saber, de no haber querido aprovecharse de los remedios que por medio de aquella preciosa sangre nos fueron instituídos, el mayor de los cuales es éste.

Si un rey hubiese hecho un famoso hospital y proveídolo muy copiosamente de todas las cosas necesarias para la cura de los enfermos, si después de acabada la obra con mucho gasto y diligencia suya no hubiese enfermos que se quisiesen curar en él, ¿no tendría esto por mala dicha viendo que le salían en blanco todos sus intentos y trabajos?

Pues no menos se ofende aquel Rey del cielo si, después de habernos aparejado con su misma sangre un tan grande y tan costoso remedio como éste, no queremos aprovecharnos de él, pues por el mismo caso, cuanto es de nuestra parte hacemos infructuosos todos sus intentos y trabajos. Y ésta es aquella manera de ofensa que el mismo Señor significó en la parábola de la cena cuando, aparejado ya todo lo necesario para el convite, envió a llamar los convidados y ellos no quisieron venir. Contra los cuales

fulminó Él aquella tan terrible sentencia de excomunión, diciendo: Dígoos de verdad que ninguno de aquellos hombres que fueron llamados gustará jamás de esta cena.

Pues siendo esto así, ¿qué razón tendrás tú para excusarte de este convite? Si dices que eres pecador, ya no es pecador el que desea ser justo y le pesa por haber sido pecador; porque, como dice San Jerónimo, los pecados pasados no te dañan si no te agradan. Si dices que estás caído y derribado, ya no se puede llamar caído al que le pesa porque cayó y extiende la mano para que lo levanten.

Si dices que eres indigno de llegarte a tan alto misterio, harto loco eres si piensas que hay en el mundo quien sea perfectamente digno de llegarse a él; porque por eso se quiso el Señor comunicar a los pequeñuelos, por que por ahí se declarase más la gloria de su bondad, que quiso comunicarse a los tales. Así que, todo esto bien considerado, claramente verás que no solamente no ofendes al Señor en llegarte a él, sino antes le ofenderías mucho más en no querer aprovecharte del remedio que él instituyó para los tales como tú.

c) *Con hambre y encendido deseo.*—Mas la tercera cosa, que es el hambre y deseo de este pan celestial, se despierta considerando las influencias y virtudes de este nobilísimo sacramento y los efectos que obra en las almas que devotamente le reciben.

Y para conocimiento de esto has de saber que así como contra aquel primer hombre, que fué el origen y principio de todos nuestros males, proveyó Dios de otro segundo hombre, que fué Cristo Jesús, principio de todos nuestros bienes, así también contra la fruta ponzoñosa de aquel árbol, que fué la raíz de todo nuestro daño, proveyó el manjar de este santísimo sacramento, que es la fuente de todo nuestro remedio.

Por donde así como todos los males que nos vinieron por la desobediencia de aquel primer hombre se remediaron por la obediencia del segundo, así todos los que nos vinieron por aquel manjar ponzoñoso se remedian por este santísimo sacramento. Porque él es como una espiritual triaca ordenada por consejo de aquel sapientísimo Médico del mundo para remedio de la naturaleza humana, inficionada con el veneno y silbo de aquella antigua serpiente.

Pues según esto, quien quisiere saber cuántos sean los bienes que se nos comunican por este manjar, póngase a contar cuántos sean los males que por el otro nos vinieron, porque todos los bienes contrarios a aquellos males nos vienen por él. Por donde así como de aquel manjar se dijo: En cualquier día que comieres de él morirás, así, por el contrario, se dice de éste: El que comiere de este pan vi-

virá para siempre. ¿Ves, pues, cuán derechamente se contrapone este manjar a aquel manjar, como medicina ordenada contra aquella dolencia?

Este es un medio por donde se conoce algo de los efectos de este santísimo sacramento.

Otro medio es considerar lo que en él se contiene. Porque en él realmente está la misma carne de Cristo, la cual, por estar unida con el Verbo divino, participa las virtudes e influencia de Él, así como el hierro inflamado y unido con el fuego participa las mismas propiedades de él. Por lo cual dice San Juan Damasceno que aquel Verbo de Dios Eterno que da vida a todas las cosas, juntándose con la carne humana, la hizo dadora de vida. De donde se sigue que este sacramento tiene todas las virtudes y efectos de Cristo, pues en él se recibe la carne de Cristo, que, unida con el Verbo divino, participa de todas las virtudes de Él.

Pues por aquí puedes fácilmente conocer qué es lo que obra en ti este Señor cuando viene a ti. Porque viene a honrarte con su presencia, a ungirte con su gracia, a curarte con su misericordia, a lavarte con su sangre, a resucitarte con su muerte, a alumbrarte con su luz, a inflamarte con su amor, a regalarte con su infinita suavidad, a unirse y desposarse con tu alma y a hacerte participante de su espíritu de todo cuanto para ti ganó en la cruz con esa misma carne que te da.

Y así, ese divino sacramento perdona los pecados pasados, esfuerza contra los venideros, enflaquece las pasiones, disminuye las tentaciones, despierta la devoción, alumbra la fe, enciende la caridad, confirma la esperanza, fortalece nuestra flaqueza, repara nuestra virtud, alegra la conciencia, hace al hombre participante de los merecimientos de Cristo y dale prendas de la vida perdurable.

Este es aquel pan que confirma el corazón del hombre, que sustenta a los caminantes, levanta a los caídos, esfuerza a los flacos, arma a los fuertes, alegra a los tristes, consuela a los atribulados, alumbra a los ignorantes, enciende los tibios, despierta los perezosos, cura los enfermos y es común socorro de todos los necesitados.

Pues si tales y tan maravillosos son los efectos de este sacramento y tal la bondad y amor del que nos lo da, ¿quién no será codicioso de tales riquezas? ¿Quién no tendrá hambre de tan excelente manjar?

Y puesto caso que este sacramento sea de tanta dignidad, no por eso debe el hombre apartarse de él, considerando su indignidad y pobreza. Porque, como arriba dijimos, para pobres se proveyó este tesoro, y para enfermos se ordenó esta medicina, y para necesitados se dió este socorro, y para hambrientos se aderezó este manjar.

Verdad es que él es pan de ángeles, mas también es pan de penitentes. Verdad es que es manjar de sanos, mas también es medicina de enfermos. Verdad es que es convite de reyes, mas también es pan de trabajadores. Verdad es que es manjar de robustos, mas también es leche de niños.

Así que para todos es todas las cosas, y ninguno, por imperfecto que sea, se debe abstener de esta medicina si de todo corazón desea sanar. No tienen los sanos necesidad de médico, sino los enfermos, y pues para éstos señaladamente vino Cristo al mundo, para éstos señaladamente viene ahora en este sacramento.

Pues ¿con qué hambre, con qué deseo, con qué alegría será razón que sea esperado y deseado el que te viene a hacer tales mercedes? Mira el deseo que tenían aquellos padres antiguos de la venida de este Señor cuando rompían el cielo con clamores pidiéndole que viniese, por la cual causa le llamaban el deseado de las gentes.

Pues si este mismo Señor es el que ha de venir a tu alma a hacer en ella lo que hizo en el mundo, porque, como dice Santo Tomás, así como cuando vino al mundo dió al mundo vida de gracia, así cuando viene al alma le da la misma vida, ¿cómo no será esperado y deseado con el mismo deseo?

Mira también el deseo que los apóstoles tenían de la venida del Espíritu Santo y las oraciones y clamores con que pedían y suspiraban con ella, y por aquí verás cuánto debes tú desear esta venida, pues en ella esperas recibir el mismo Espíritu, aunque sea por otra diferente manera.

Mira además el deseo con que una mujer casada y cargada de hijos y necesidades desea la venida del marido, que está en las Indias, con la cual espera recibir todo consuelo, amparo, compañía, honra y remedio de sus males. Pues ¿cómo no desearás tú, con más ardientes deseos, la venida de aquel Esposo dulcísimo de las almas, que viene de las Indias celestiales, lleno de todos los bienes, para darte mucho más que todo el mundo te puede dar?

CAPITULO XVIII

De lo que se ha de hacer antes y después de la comunión

Cosa es por cierto de grande confusión ver lo que la Escritura divina cuenta que hacían las mujeres del rey Asuero para presentarse una sola vez al año delante de

él. Porque los seis meses primeros dice que gastaban en curar el rostro con un cierto óleo, y los otros seis, con no sé qué otros ungüentos y confecciones.

Pues si tanto se hacía por caer en gracia de los ojos de un hombre terreno, ¿qué se deberá hacer por caer en gracia de los ojos de Dios? ¿No fué ésta una de las principales alabanzas que el ángel dijo a la Sacratísima Virgen: Hallaste gracia en los ojos de Dios? Pues ¿qué mucho sería hacer tanto por esta dignidad cuanto se hacía por aquella vanidad? ¿Qué mucho sería que toda nuestra vida fuese un continuo aparejo para caer en gracia en los ojos de Dios, pues toda la de aquellas miserables mujeres lo era para caer en gracia de los de un hombre?

Precauciones que debemos tomar.

Mas ya que esto no se hace así, a lo menos será razón que comencemos a disponernos para este tan grande misterio, haciendo de nuestra parte todo lo que buenamente pudiéremos.

Y si preguntares qué sea esto, digo que lo primero sea mirar en este tiempo más atentamente por ti y por tus obras y por tu manera de conversación, para no desmandarte en cosa que pueda ofender los ojos de este Señor, no sólo mortalmente, mas ni aun venialmente, en cuanto sea posible. Y no sólo nos debemos guardar de los pecados, mas también de todas las ocasiones de ellos, como son risas, pláticas y vanas conversaciones y todas aquellas cosas que pocas veces pasan sin pecado. De manera que así como una mujer ataviada y limpia, cuando se viste de fiesta para salir de casa, se guarda cuanto puede de poner las manos en cosa que la pueda ensuciar, así deberíamos andar más solícitos en este tiempo que en otro, donde nos solemos vestir de fiesta para ir a recibir al Señor de los ángeles y asentarnos a comer con él a su mesa.

Especialmente conviene guardar en este tiempo la boca y mirar con todo cuidado no nos desmandemos en palabras vanas o dañosas, para que así esté más limpia la puerta por donde ha de entrar en nuestra alma aquella hostia celestial.

Y aun mucho más conviene guardar el corazón de todo pensamiento sucio, vano o inquieto; porque, pues éste es el tálamo donde Dios ha de ser aposentado, no conviene que haya en él cosa de que se puedan ofender sus ojos divinos.

Y porque la cosa más propia del lugar en que este Señor mora es la paz, como el Salmista dice, será razón dar de mano en este tiempo a todos los negocios desasosegados y congojosos; porque, pues el lecho de este Esposo

celestial es florido, como la Esposa dice en los Cantares, no lo tengamos, por otra parte, lleno de los abrojos y de espinas de semejantes pensamientos.

Y si la necesidad nos obligare a tratar estos negocios, sea con tal tiento y discreción, que no se nos trabe el corazón de ellos, y así nos impidan la paz y sosiego del alma.

Y conviene que se dé más tiempo a todos los espirituales ejercicios de meditación y oraciones, porque éste es el incienso con que ha de estar perfumada la casa en que se ha de aposentar este húesped celestial.

Prácticas que conviene ejecutar antes de la Comunión.

Y particularmente convendrá ocupar nuestro pensamiento en aquellas tres maneras de consideraciones que arriba pusimos, para despertar en nuestras almas temor, amor y hambre de este pan celestial.

Y podemos también hacer oración a la Santísima Trinidad, a cada una de las tres divinas Personas, para que nos den aquella pureza y gracia que para esta santísima comunión se requiere.

Y particularmente podemos recurrir a la Sacratísima Virgen Nuestra Señora, suplicándole que por aquella devoción con que Ella concibió en sus entrañas virginales al Hijo de Dios y lo recibió en sus brazos después que nació, nos alcance gracia para que dignamente le recibamos nosotros en nuestras almas. Y supliquémosle también que por aquella devoción con que Ella, después de la subida de su Hijo al cielo, comulgaba y recibía su sacratísimo cuerpo, nos alcance amor y gracia, con que nosotros también así le recibamos.

Donde, pidiendo esto, será bien que consideremos la fe, la devoción, el amor, las lágrimas y la alegría con que esta sacratísima Virgen comulgaría y recibiría el cuerpo de un hijo tan amado y tan deseado, cubierto con el velo de aquellas especies sacramentales, entre tanto que se dilataba la vista clara de su hermosura. Porque quien considerare la alteza de la fe y amor de esta Virgen, esto es, con cuán grande firmeza y certidumbre creía que en aquel pan consagrado estaba el preciosísimo cuerpo de su Hijo y cuán grande era el amor que le tenía y el deseo de verlo y abrazarlo en sus entrañas, no podrá dejar de entender algo de la alegría y de las grandes maravillas y sentimientos que en aquel santísimo corazón habría al tiempo que comulgaba. Pues de esta devoción le pidamos una centella, porque ésta bastará para llegarnos como debemos a este convite.

La noche antes de la comunión será bien excusar la

cena, si fuere posible, o a lo menos procurar que sea muy templada y sin conversaciones de sobremesa, por que así sea el sueño más quieto y más puro y también para que haya más aparejo para gastar un pedazo de aquella noche en estos y otros semejantes ejercicios, con que el alma se apareje para la fiesta del día siguiente.

Y cuando se fuere a acostar, sea con el mismo cuidado y pensamiento, suplicando al Señor le guarde aquella noche de las figuras y asechanzas del enemigo, para que con mayor pureza de cuerpo y alma se llegue a él. Y cuantas veces despertare, sea con este mismo pensamiento y oración con que se acostó.

Y a la mañana, apenas ha de haber abierto los ojos, cuando ya esté abrazado con la cruz de Cristo y con la memoria de su pasión, en la cual señaladamente nos hemos de ocupar en este día, considerando aquella inmensidad de amor con que el Hijo de Dios se ofreció por nosotros en la cruz y puso sus espaldas a recibir los azotes que nuestros hurtos merecían, y también la caridad con que en esta mesa se ofrece a todos para remedio común de nuestros males.

Porque, pues este sacramento fué instituído en memoria de la pasión de Cristo, éste es el principal pensamiento que debe haber de nuestra parte para que así cumplamos en esto con la intención del testador.

Al acercarse a comulgar.

Pues al tiempo de comulgar, cuando ya te quieres llegar al altar, haz cuenta que suena en tus oídos aquella voz del Evangelio que dice : Ya viene el Esposo, salid a recibirlo.

Porque verdaderamente en ninguno de los sacramentos se muestra Dios tan a la clara ser Esposo de nuestra alma como en éste, pues el efecto de él es unir la tal alma consigo y hacer de ambos una misma cosa, que es un matrimonio espiritual.

Pues para salir a recibir a este Esposo es necesario mirar atentamente de la manera que Él viene, para que conforme a ésa le salgas tú a recibir. Él, pues, viene a ti lleno de caridad, de suavidad, de bondad y de misericordia, diciendo que con deseo ha deseado celebrar contigo esta pascua, en la cual se pone el cordero pascual.

Tú, pues, por el contrario, estás obligado a salirle a recibir con toda la devoción, amor, temor y alegría que te fuere posible, pues vas a recibir al verdadero Esposo de tu alma, a tu Dios, tu Criador y tu Señor y todo tu bien.

Para lo cual debes considerar la grandeza de la devoción y alegría con que aquel santo Simeón recibió al Niño

Jesús en sus brazos cuando la Virgen se lo ofreció, para cuya vista solamente deseaba la vida; porque esa misma es razón que tenga el que se llega a recibir por medio de este sacramento al mismo Señor.

Mira también la devoción y alegría con que la madre del santo Bautista recibió a la de este Señor en su casa, cuando dijo aquellas palabras de tanta devoción: ¿De dónde a mí tan grande bien que la madre de mi Señor venga a mi casa? Porque con esa misma es razón recibas tú a este Señor, diciendo con esa santa mujer: ¿De dónde a mí tan grande bien que Vos, Señor de los ángeles y gloria del cielo, queráis venir a mí? ¡Oh Padre, oh Pastor, oh Señor, oh Dios mío, oh todas las cosas, que no contento con haberme criado a vuestra semejanza y redimido con vuestra sangre, sobre todo esto queráis ahora venir a mí, y morar en mí, y transformarme en Vos, y hacerme una cosa con Vos, como si Vos dependieseis de mí y no yo de Vos!

¿De dónde esto, Señor, a mí? ¿Por ventura por mis merecimientos o porque ganáis Vos algo conmigo? No por cierto, Señor, sino por vuestra sola bondad y misericordia, por la cual holgáis Vos más de estar conmigo que yo con Vos. Porque yo deseo a Vos como miserable, mas Vos a mí como misericordioso; yo a Vos para tener quien me dé, y Vos a mí para tener a quien dar. Y porque más deseáis Vos dar que yo recibir, porque sois Vos más bueno que yo necesitado, de aquí es que más holgáis Vos de venir a mí que yo a Vos; y por eso dijisteis que vuestros deleites eran estar con los hijos de los hombres; porque así como el deleite natural del ave es volar y del pez nadar, así el deleite natural del Sumo Bien es hacer bien y comunicarse a todos.

En estos y otros tales pensamientos debe ocupar el hombre su corazón antes que reciba y después de haber recibido este Huésped celestial, para cebar con ellos la devoción que para esto se requiere.

Mas porque este Esposo es de grande dignidad y muy amigo de que su Esposa sea vergonzosa, por tanto, conviene que esta devoción y alegría vaya mezclada con grande reverencia y humildad, considerando la dignidad del que se recibe y la indignidad del que lo recibe.

Porque esto es cumplir lo que dice el Salmo: Servid al Señor con temor y alegraos delante de Él con temblor. Para lo cual será bien acordarnos de aquellas tan grandes amenazas con que Dios mandó prevenir a su pueblo, al tiempo que daba la ley, sobre que nadie fuese osado llegar al monte donde Dios hablaba, ni hombre, ni bestia, ni ganado, so pena de que por ello fuese luego apedreado. Al mismo Aarón, con ser sumo sacerdote escogido por

Dios, y otros hombres de los más principales a quien dió licencia que subiesen al monte, mandó que adorasen de lejos y que no se acercasen a Él, sino sólo Moisés.

Pues considerando esto, encójase el hombre dentro de sí mismo y abájese en su corazón hasta el polvo de la tierra y hasta los abismos cuando llega a recibir dentro de su cuerpo y alma un Señor de tan gran majestad.

Después de comulgar. Después que hubiere recibido esta sagrada hostia, deténgala un poquito en la boca hasta que se humedezca, por que así la pueda más fácilmente pasar. Porque si esto no se hace, muchas veces acaece pegarse al paladar y poner tanto cuidado en despegarla, que por atender a esto deja el hombre de pensar en lo que aquel tiempo requiere.

Y procure de no escupir luego después de haber comulgado, si no tuviere especial necesidad, y esto sea en lugar honesto y limpio, donde no se pueda hollar.

Ni debe comer luego acabada la comunión, porque aunque esto no sea pecado, no deja de ser irreverencia, estando aún las especies sacramentales enteras en el pecho, cargarlas luego de otros manjares; mayormente que aquel tiempo que sigue después de la comunión es el mejor que hay para negociar con Dios y para abrazarle dentro de su corazón. Y así, debe el hombre estar este tiempo en la iglesia o donde comulgó dando gracias al Señor por este beneficio y ocupando su corazón en santos pensamientos y oraciones.

Y en ninguna manera haga lo que hacen muchos, que es, acabando de comulgar, ir luego a parlar y reír con otros. Esto tengo por un grande desacato y digno de grande reprensión. Porque ¿qué más mala crianza puede ser que, acabado de recibir un tal huésped en vuestra casa, le volváis luego las espaldas y le dejéis con la palabra en la boca y os vayáis a parlar con otros?

Y además de esto, dice el cardenal Cayetano que este sacramento comunica su virtud al alma que lo recibe no sólo cuando actualmente lo recibe, sino por todo aquel tiempo que las especies sacramentales están enteras en el pecho del hombre, para que aquí se pueda también decir aquello que el Señor dijo: Mientras estoy en el mundo, lumbre soy del mundo.

Y si esto es así, como este doctor presume, hay mucha razón para que por todo este espacio esté el hombre muy recogido y devoto, para que así se le comunique con mayor abundancia esta gracia celestial, pues, como arriba dijimos, este sacramento obra conforme a la disposición que en las almas halla.

Y porque las principales puertas por donde muchas veces se nos entran las influencias del Espíritu Santo son el entendimiento y la voluntad, dando al entendimiento mayor luz y a la voluntad mayor sentimiento de las cosas de Dios, no es razón que estas dos tan principales puertas estén cerradas en este tiempo, lo cual hace quien de propósito se divierte entonces a otras cosas. Y pues éste es uno de los principales frutos de la sagrada Comunión y uno de los mejores bocados de esta mesa, muy fuera de razón es que, estando ya hecha la costa y recibido este divino manjar, se despida el hombre al tiempo que había de estar abriendo los senos de su alma y recibiendo el fruto de su aparejo y del sacramento.

Acción de gracias. Y si me preguntas en qué podrás mejor ocupar este tiempo, digo que en alabanzas y ejercicios de amor de Dios.

Porque, como dice San Bernardo, aquí son los abrazos, aquí los besos de paz más dulces que todos los panales de miel y aquí, finalmente, es la dulce unión del alma con el Esposo celestial. Por tanto, aquí principalmente ha lugar el ejercicio de aquellas santas aspiraciones, que no son otra cosa que actos de caridad y deseos entrañables de aquel sumo bien, cuales eran los del Profeta cuando decía: *Diligam te, Domine, fortitudo mea,* etc. Y cuando decía: *Sicut cervus desiderat ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te, Deus,* etc.

Aquí también conviene dar gracias al Señor por todos sus beneficios, y señaladamente por éste, en el cual se nos da el mismo dador y Señor de todos los bienes.

Y por que mejor entiendas la obligación que a esto tienes, acuérdate de aquel mandamiento que mandó Dios a Moisés cuando, después de haber enviado el maná a los hijos de Israel, le dijo que tomase un vaso de oro y lo llenase de maná y lo pusiese dentro del arca del testamento, y que estuviese allí guardado perpetuamente, para que supiesen todas las generaciones advenideras con qué linaje de manjar había Él sustentado a sus padres cuarenta años en el desierto. Pues dime ahora: ¿qué comparación hay entre aquel maná, que era manjar corruptible, y este santísimo sacramento, que es manjar de vida perdurable? Pues si tal agradecimiento y memoria pedía Dios por aquel manjar corruptible, ¿qué pedirá por éste, que es manjar de vida, y vida eterna? No se puede esto explicar con ningún género de palabras.

Comportamiento durante el día. En este mismo día también debe tener el hombre sobre sí la guarda que pide una tan solemne hospedería como es haber recibido dentro de sí a Dios.

Y si el profeta David decía que tenía reverenciado al lugar en que habían estado los pies de Dios, razón sería que este día tenga el hombre una manera de reverencia a sus pechos, en los cuales recibió al mismo Dios. Mas esta reverencia se ha de enderezar a que por aquel día no entre en ellos cosa que no sea de Dios, en cuanto nos sea posible. Y en este mismo día señaladamente conviene tapar la boca del horno, por que no se salga fuera el calor de la devoción que el fuego del amor de Dios hubiera dejado en él, pues sabemos cuán delicado es el espíritu de la devoción, el cual ligeramente se va y no vuelve sino con mucha dificultad.

De esta manera, este santo sacramento nos será causa de andar todos estos días recogidos, así antes como después de la comunión. Por donde así somo el sol alumbra y esclarece el mundo no sólo cuando sale, sino también una hora antes que salga y otra después de puesto, así el Sol de justicia, que en este sacramento se encierra, no sólo esclarecerá nuestras almas cuando le recibiéremos, sino también antes y después de haberle recibido : lo uno con la esperanza del recibimiento y lo otro con la memoria del beneficio recibido.

CAPITULO XIX

Responde a algunas objeciones de los negligentes

Los hombres carnales y amigos de vivir a su voluntad dicen que para qué es tanta confesión y comunión ; que basta confesar una vez al año, como lo manda la Iglesia.

Estos no tienen conocida ni la dolencia de la naturaleza humana, ni la virtud de esta celestial medicina, ni la necesidad que de ella tenemos. Si el hombre una sola vez en el año enfermase, una sola vez bastaba usar de estos remedios. Mas si toda la vida del hombre es una tela perpetua de enfermedades ; si tantas veces nos fatiga el ardor y fuego de la codicia, y la hinchazón de la soberbia, y las postemas de la envidia, y la lepra de la lujuria, y las llagas encrudecidas de nuestros odios, y el hastío de las cosas

espirituales, y el hambre canina de las carnales, ¿cómo queremos acudir al cabo del año a males tan cotidianos y con remedios tan tardíos?

Muy flacas suelen ser las medicinas cuando caen sobre llagas afistuladas. Porque aunque el sacramento de la Confesión cure del todo los pecados, mas no quita del todo las raíces de ellos, que son los malos hábitos en que estamos envejecidos y acostumbrados, que son dificultosísimos de curar.

¿Cuál es, además, el hombre que, cuando la casa arde o los enemigos baten el muro, espera por el fin del año para proveer de remedio? Pues si la carne arde con tantas llamas de codicias cuantos apetitos tiene desordenados, y si los demonios, que son nuestros capitales enemigos, baten continuamente los muros de nuestro corazón, contra los cuales no hay otro más poderoso remedio que el de los sacramentos, ¿cómo aguardamos a usar de este remedio al cabo del año, siendo el peligro tan cotidiano?

Sin duda, quien esto hace ni sabe estimar la dignidad de su alma, ni entiende la malicia y perversidad de su carne, ni conoce la virtud y eficacia de los sacramentos, ni el fin para que fueron instituídos, pues es cierto que no menos fué instituído el sacramento de la Confesión para curar las almas y el de la Comunión para sustentarlas que la medicina para curar los cuerpos enfermos y el pan para mantenerlos.

Y si dices que al cabo del año te perdona Dios todo, ¿qué me dices de la tiranía de la mala costumbre que queda arraigada en tu alma? ¿Qué me dices de las ofensas de Dios que pudieras haber excusado, que pesan más que la pérdida de mil mundos? ¿Qué me dices de los otros pecados que se seguirán de ese pecado, pues dice San Gregorio que el pecado que no se cura con la penitencia luego acarrea otro con su misma carga? Pues ¿cuánto mejor consejo fuera prevenir las llagas que curarlas después de hechas? ¿Cuánto mejor sería a la mujer casada no cometer adulterios que perdonarla su marido después de cometidos?

Y dado caso que la Iglesia no nos obliga a comulgar más que una sola vez en el año, pero esto hizo como piadosa madre, que no quiso dar ocasión de comulgar indignamente a los flacos o de quebrantar sus mandamientos dejando del todo de comulgar, como hacen algunos, y por esto no quiso hacer ley más que esta sola vez por amor a estos flacos, dejando, por otra parte, la puerta abierta y la mesa puesta todo el año para los devotos.

Segunda objeción: Me da vergüenza. Otros hay que tienen esto y conocen por experiencia la virtud de los sacramentos, mas dejan de recibirlos a menudo por vergüenza del mundo. Estos parece que son como aquellos fariseos de que dice San Juan que conocieron a Cristo, mas no lo osaron confesar por miedo del mundo, de los cuales dice Él que aman más la gloria de los hombres que la de Dios.

Decidme, pues: si vos confesáis que este santo sacramento fué ordenado y encomendado por Cristo, ¿qué otra cosa es tener vergüenza de recibirlo sino tener vergüenza de parecer buen cristiano y discípulo de Cristo? Ese mismo temor padeció San Pedro cuando negó a Cristo, porque tuvo temor y vergüenza de parecer discípulo suyo, y por eso se dice que lo negó. Pues ya ahora reina en el cielo y es adorado del mundo, y con todo eso se afrentan los hombres de hacer cosas con que parezcan discípulos suyos.

¿Cuál es, dice Salviano, la honra que tiene Cristo entre los cristianos, cuando parecer ser uno muy suyo es caso de menos valer? ¿Adónde pueden llegar los males del mundo que a tenerse la religión y la virtud por deshonra, siendo ella sola merecedora de honra y para quien todas las leyes divinas y humanas diputaron la honra?

¿Dícesme que te retraen de este misterio las voces y clamores del mundo? Pues ¿cómo? Si tú confiesas que entre los tres enemigos y perseguidores que nuestra alma tiene, uno de los principales es el mundo, el cual persiguió a Cristo y persiguió a los apóstoles, y a los profetas, y a los santos, ¿qué caso debes tú hacer de quien esto hizo y de quien así está pregonado y declarado por enemigo tuyo? ¿Quién jamás tuvo por seguro el consejo de su enemigo, y enemigo que siempre le hace guerra mortal?

Pues si este enemigo por una parte te retrae de estos misterios y por otra te llama Cristo a ellos diciendo: Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados, que yo os daré de comer; siendo esto así, ¿a cuál de estas voces será más razón acudir? Si, llamándonos Cristo y el mundo, acudimos al mundo y dejamos a Cristo, ¿cómo nos podemos llamar siervos de Cristo? Porque de aquél es el hombre siervo cuya voluntad hace y a quien desea contentar. Y así dice el Apóstol: Si a los hombres desease agradar, no sería siervo de Cristo.

Y si nos llamara el mundo para descanso y Cristo para trabajo, alguna manera de excusa pudiéramos tener. Mas no es así, sino de la manera que lo representa San Agustín por estas palabras: El mundo clama: Yo desfallezco; Cristo dice: Yo esfuerzo; y con todo eso, la miserable de

mi alma más quiere seguir al que desfallece que al que nos esfuerza.

Dime otrosí: ¿Qué te hacen esas voces del mundo? ¿Qué te dan, qué te quitan? Muchas veces somos como bestias espantadizas, que tememos las sombras y cosas de aire. El amor propio es el artífice de estos temores, que quiere tener tan seguros sus provechos que no solamente recela los peligros verdaderos, sino también los imaginados.

Mas ya que hubiese que temer y las persecuciones de los hombres bastasen para sacarnos sangre, ¿por qué no pasaríamos este poco de trabajo por gozar de tan grande bien? ¿Caro te parece este bocado por este precio? El oso que va abrazado con la colmena no se le da nada que por todas partes le piquen las abejas, por gozar de la miel que lleva. Pues llevando tú contigo una colmena llena de tantos bienes como es esa Hostia consagrada y un panal de miel tan suave como es la consolación de este divino manjar, ¿por qué no sufrirás esas picaduras de las lenguas maldicientes, por gozar de tal bocado?

Tercera objeción: Tengo pereza. Otros hay aún no menos culpados que éstos, los cuales, por pereza de prepararse para este sacramento, dejan de recibirlo y de recibir a Cristo en él, que es todo nuestro bien.

Pues ¿cómo, tan pequeño te parece este tesoro que se te hace caro pasar ese poco de trabajo por él? Mira, ruégote, en cuán diferente estima lo tenía el bienaventurado mártir Ignacio, el cual en una carta suya dice así: Fuegos, cruces, bestias, despedazamientos de miembros y todas las penas del mundo y las que puedan inventar los demonios carguen sobre mí, con tal que merezca yo gozar de Cristo.

Pues si este santo se ponía a todos los martirios de los demonios por gozar de Cristo, que es el que se te da en este sacramento, ¿por qué no te pondrás tú a tan poco trabajo como es confesarte y encomendarte a Dios, para gozar de este mismo tesoro? ¿Qué mayor locura que dejarse el hombre morir de hambre por no extender la mano a tomar el manjar que tiene delante? Esconde, dice el Sabio, el perezoso la mano en el seno y parécele gran trabajo llevarla a la boca.

Pues ¿qué cosa puede ser más reprensible ni aun abominable que ésta? ¿Qué excusa tendrá ante Dios en la hora de la cuenta quien así despreció el remedio que se le ofrecía tan de gracia por tan pequeña carga?

Cuarta objeción: Se requiere mucha reverencia.

Ni tampoco se deben excusar las personas, so color de reverencia, diciendo que por eso quieren comulgar de tarde en tarde, por comulgar con mayor reverencia.

Para lo cual debes saber que una de las maravillas de este sacramento, entre otras muchas, es que como quiera que entre los hombres la mucha conversación sea causa de menosprecio, aquí no es así cuando este sacramento dignamente se recibe. Porque como en Él se da gracia, mientras más a menudo se recibe, más gracia se da, y cuanto más crece la gracia, más crece el amor, y el temor, y la devoción, y la reverencia, y todas las otras virtudes que de ella proceden, que son los principales medios que para este sacramento se requiere. De lo cual todo carece el que menos veces lo recibe, y así le recibirá con menor devoción.

Esto mismo también se prueba por la diferencia que San Gregorio pone entre el gusto de los deleites espirituales, cual es el de este manjar celestial, y el de los mundanales o sensuales; la cual es que los gustos y deleites sensuales, cuando no se tienen, causan deseo, mas después de alcanzados, hastío, como se ve claro en el hombre hambriento y en el harto; mas, por el contrario, en los espirituales, cuando no se tienen, no se desean, porque no se conocen; mas después de alcanzados y gustados, cuanto más se poseen, más se desean y más hambre causan, según aquello que la divina Sabiduría protestó, diciendo: Los que comen de mí, tendrán más hambre, y los que beben de mí, tendrán más sed.

Pues si el deseo y el hambre de este pan celestial es uno de los principales aparejos que se requieren para él, y este deseo crece con el gusto y experiencia de él, claro está que cuanto más a menudo se recibiere, más se deseará y más dignamente se recibirá. De lo cual se infiere claramente que tanto más dignamente comulgará el hombre cuanto más a menudo comulgare. Mas los que dilatan esto mucho tiempo, como por una parte carecen de este socorro y por otra cargan de pecados por falta de él, de aquí nace que mientras más tardan en recibirlo, menos dignamente le reciben.

Quinta objeción: Soy indigno.

Y si alegas que eres pecador y flaco, y por eso indigno de esa comida, a esto digo que, no estando en pecado mortal, por esa misma razón te deberías llegar por la cual te desvías.

Porque este sacramento es perdón de pecados, y man-

tenimiento de flacos, y medicina de enfermos, y tesoro de pobres, y remedio común de todos los necesitados. Y así fué él instituído por Cristo, no sólo para que fuese manjar de vivos y fortaleza de sanos, sino también para que fuese medicina de enfermos y resurrección de muertos. Por lo cual dicen los santos que muchas veces, por virtud de él, se hace el que lo recibe, de atrito, contrito, que es como si dijésemos, de muerto, vivo.

Acuérdate también que comía Cristo con publicanos y pecadores y que a los que de este convite murmuraban les respondió diciendo: No tienen necesidad los sanos de médico, sino los enfermos, y no vine yo a llamar a los justos, sino a los pecadores.

Bueno es retraerse de este sacramento por temor y bueno es llegarse por amor; porque lo uno y lo otro es honrar a Dios. Mas, como Santo Tomás determina, mejor es llegarse por amor que retirarse por temor; porque absolutamente hablando, mejores son las obras del amor que las del temor. Conforme a lo cual, leemos que David, como vió muerto a Oza por la irreverencia que cometió contra el arca del testamento, no osó hospedarla en su casa, sino mandóla depositar en casa de Obededón. Mas después que supo cómo el Señor había prosperado la casa de su huésped con abundancia de bienes, esforzado más con este buen suceso que atemorizado por aquel castigo, determinó llevarla a su casa y no le engañó su esperanza.

CAPITULO XX

En el cual se declara el misterio de la Misa

Porque entre todos los misterios y ejercicios de la religión cristiana, el mayor es el de la Misa, por razón del mayor de todos los sacramentos que en ella se consagra; será bien, después de haber tratado de los sacramentos y del uso de ellos, tratar también del misterio de la Misa y de la manera que habemos de asistir a ella. Para lo cual entre todas las cosas conviene declarar qué cosa es Misa; porque, entendido esto, queda luego entendida la grandeza del misterio y la manera en que habemos de asistir a ella.

La Misa es un sacrificio.

Misa es un altísimo y divinísimo sacrificio que se ofrece a Dios, en el cual la Iglesia, mediante el ministerio del sacerdote, ofrece al Eterno Padre la más rica

ofrenda que se le puede ofrecer, que es el cuerpo y sangre de su unigénito Hijo, que por nosotros se ofreció en la cruz.

Para lo cual se ha de saber que antiguamente, desde el principio del mundo, ofrecían los hombres a Dios sacrificios de animales, como le ofreció Abel, Abrahán y los otros padres, degollándolos y sacrificándolos para gloria de Dios. Estos sacrificios eran una protestación y confesión de cómo era Dios criador, conservador y dador de todos los bienes y Señor universal de todo, y como a tal le ofrecían y presentaban eso que Él mismo les daba, reconociendo que de Él lo habían todo recibido y a Él lo volvían a entregar, como cosa recibida de su mano, y así le daban las gracias por eso.

Y no solamente era esta protestación y reconocimiento de sus beneficios, sino también satisfacción por los pecados cometidos; porque, matando aquellos animales, daban a entender que eran merecedores de muerte por haberle ofendido, y en lugar de esta muerte le ofrecían la de aquellos animales; porque con ésta se daba la divina misericordia por contenta, la cual no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.

Mas porque este sacrificio era imperfecto y no tenía valía por sí mismo, sino por la humildad y devoción del que lo ofrecía, porque imposible es, como dice el Apóstol, que se quiten los pecados con sangre de cabritos o de toros, por esto vino el Hijo de Dios al mundo, y con inestimable caridad y celo de satisfacer a la honra de Dios y a la salvación de los hombres, ofreció a sí mismo, que es su propia sangre y vida, en servicio y obediencia del Padre. El cual sacrificio fué de infinita estima, por la dignidad de la persona que lo ofrecía y por la grande caridad con que lo ofrecía. No porque Dios se deleite con los dolores ni con la muerte de los hombres; mas deleitóse sumamente con la caridad, con la humildad, con la mansedumbre, con la paciencia y con la suma obediencia de su unigénito Hijo, el cual con suma devoción y alegría ofreció su vida por la gloria del Padre, y ofreciera mil vidas, si mil tuviera.

Este sacrificio le fué tan agradable, que basta, cuanto es de su parte, para perdón de todos los pecados del mundo y para que por él se den todos los bienes de esta vida y de la otra. Y por esto, después de celebrado este sacrificio, no quiere Dios que se ofrezcan jamás los otros imperfectos sacrificios, sino éste sólo, pues éste sólo basta para nuestro remedio.

Y así dice por un profeta (Mal. 1, 11): No tengo ya mi voluntad y corazón con vosotros ni recibiré más ofrendas de vuestra mano, porque desde donde el sol sale hasta donde se pone es grande mi nombre entre las gentes y en

todo lugar se me ofrece y sacrifica una ofrenda muy limpia. La cual no es otra sino la de aquel Cordero sin mancha, de quien dijo San Juan Bautista: Ved aquí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo.

Pues este mismo es ahora el sacrificio que se ofrece en la Misa, conviene a saber, el mismo Cordero, la misma carne y la misma sangre que allí se ofreció. Y la misma aceptación y gracia que entonces tuvo tiene ahora, porque tan fresca está el día de hoy en el acatamiento divino aquella preciosa sangre como en el día que se derramó; porque en los ojos de Dios ni lo pasado pasa ni lo futuro llega, porque lo uno y lo otro le está siempre presente.

Así que el mismo sacrificio que allí se ofreció se ofreció aquí, aunque no de la misma manera, porque allí se ofreció visiblemente con dolor y heridas del que padecía, mas aquí se ofrece sacramentalmente, sin dolor ni muerte del que se ofrece.

La Misa y la última cena.

Para cuyo entendimiento es mucho de notar que Cristo nuestro Salvador es sacerdote, como dice el Profeta (Salm. 109, 4), según el orden de Melquisedec. Y llámase sacerdote de este orden a diferencia de los sacerdotes del orden de Aarón, los cuales ofrecían a Dios sacrificios de animales; mas Melquisedec ofreció a Dios sacrificios de pan y vino, como lo ofreció después de aquella ilustre victoria de Abrahán, porque, como dice el texto de la Escritura (Gén. 14, 18), era sacerdote de Dios altísimo.

Por esto se llama Cristo sacerdote según este orden y no según el orden de Aarón; porque no ofreció sacrificios de animales, como él ofrecía, sino sacrificios de pan y vino, como ofreció Melquisedec; el cual sacrificio ofreció en la última cena con sus discípulos cuando consagró el pan y el vino y ofreció no solamente a los discípulos para que lo recibiesen, sino también al Padre para que lo aceptase en remedio de nuestros pecados y en memoria del sacrificio que luego había de hacer en la cruz.

Pues cuando nosotros ahora ofrecemos en la Misa a Cristo, no lo ofrecemos como Él se ofreció en la cruz, mas como se ofreció en la cena; esto es, no lo ofrecemos como herido y ensangrentado y como si aun estuviese muerto o mortal, porque ya resucitó de los muertos para no más morir, como dice el Apóstol.

Fines de la Misa.

Ofrecémoslo, según dijimos, como Él se ofreció en la cena, para representar este mismo sacrificio y obrar por él lo mismo que se obró en la cruz.

Asimismo, para que en él demos gracias al Eterno Padre y cantemos sus loores, porque tuvo por bien recibirnos en su amistad por aquel único sacrificio que su Hijo le ofreció por nosotros.

Finalmente, en este sacrificio de la Misa con entera fe aplicámonos, y, como nuestro, al Hijo de Dios, a quien el Padre nos dió, y ofrecemos al mismo, que allí está presente en sacramento de su cuerpo y de su sangre, al Padre celestial.

Y con la confianza que tenemos de sus merecimientos, hacemos oración por el perdón de nuestros pecados y pedimos todo lo que pertenece a la salvación de nuestra alma y de nuestro cuerpo. En la cual petición rogamos al Padre por Jesucristo, su Hijo, tenga por bien nos sea saludable y eficaz todo aquello que Cristo Nuestro Señor mereció e impetró, por el sacrificio que ofreció de su cuerpo y sangre en la cruz, para remedio del universo mundo.

Y, finalmente, pedimos que aquel Padre misericordiosísimo, por el mismo Jesucristo Nuestro Señor, aparte los males de nosotros y de toda la cristiandad y nos dé todos los bienes y con su fortaleza nos ampare y socorra.

Finalmente, por este ofrecimiento se aplaca Dios y se perdonan los pecados, porque por él se nos aplica el remedio de la redención. De manera que en el sagrado sacrificio de la Misa se perdonan los pecados por la conmemoración y representación que en ella se hace del único sacrificio de la muerte de Cristo, la cual allí se anuncia y se ensalza y glorifica. Lo cual no solamente lo tiene en su intención, mas graciosamente lo muestra y significa en las palabras, en los actos, en las vestiduras y en todas las ceremonias de la Misa.

Lo accesorio del sacrificio. Queda, pues, ahora suficientemente declarado cómo la Misa es sacrificio y en qué concuerda con el sacrificio de la cruz y en qué difiere de él.

Mas aquí es mucho de notar que, puesto que lo principal y aun esencial de la Misa sea esto, todavía con esto se juntan otras cosas que sirven para ayudarnos a ofrecer con mayor devoción y pureza este sacrificio, como son las oraciones y lecciones de Epístola y Evangelio y todas las ceremonias de la Misa, las cuales nos despiertan a considerar los misterios que en ella se representan. Porque tanto nos cabrá más parte de este sacrificio cuanto con mayor pureza y devoción lo ofreciéremos.

De manera que dos cosas concurren en la Misa, una principal y otra como accesoria ; la principal es el sacrificio y la accesoria son todas las otras cosas que preceden

y se siguen al sacrificio; las cuales sirven para despertar nuestra devoción, instruir nuestra vida, purificar nuestra conciencia, para que así lo ofrezcamos más dignamente. Esto es, pues, lo que se comprende bajo el nombre de Misa.

CAPITULO XXI

De la manera de oír y celebrar la Misa

Declarado ya qué cosa es Misa, tratemos ahora de la manera que se ha de oír y celebrar y de los aparejos que para esto se requiere. Donde será necesario avisar de algunos abusos y negligencias que por el discurso del tiempo sucedieron en la Iglesia acerca de este misterio.

En la Misa todo ha de ser santo.

Para esto habemos de presuponer que una de las cosas que más hace atollar todos los entendimientos humanos es pensar en las cosas de este sacramento, que nos mandó Cristo repetir muchas veces para conocimiento y memoria de su pasión. Publicó este mandamiento en la última cena, cuando dijo: Haced esto en memoria de mi muerte (Lc. 22, 19). Así, la Iglesia, para cumplir con ésta y para representar la grandeza de este sacramento sobre los otros, dando orden cómo se habían de celebrar todos los sacramentos, para unos manda tomar unas cosas santas y para otros, otras; mas para el sacramento del altar, todas las cosas han de ser santas.

Lo primero, la persona que lo tratare ha de ser consagrada y ungida con óleo santo, y las partes con que lo ha de tratar, como las manos, han de ser particularmente ungidas y consagradas, y el ministro, particularmente, se ha de santificar con otros sacramentos, como son confesión y penitencia, para administrar este sacramento.

Las vestiduras también no han de ser las comunes, sino diputadas y consagradas para esto. Han de ser, primero, santas para servir de este oficio. Aunque el bautismo se administre con vestiduras y personas consagradas, puédese hacer sin ellas, porque una mujer y un soldado, con sus vestiduras comunes, pueden en tiempo de necesidad lícitamente bautizar.

El lugar también donde se administra este sacramento ha de ser consagrado: la casa, el altar, la piedra y los pa-

ños sobre que se consagra. Todas estas cosas han de ser diputadas y consagradas para esto. Antiguamente se guardó esto con mucho rigor, y la Iglesia apartó esto con leyes y decretos muy rigurosos.

Modo de conducirse en la iglesia. Ordenadas las cosas que concurren en la administración de este sacramento, se han de ordenar los hombres, desde que entran en la iglesia, a hacer este sacrificio.

Para esto es necesario componerse el hombre y dejar a la puerta de la iglesia la autoridad que tiene con los otros hombres, porque delante de la majestad de Dios ningún hombre tiene autoridad. Y así, todo lo que no es hacer negocio con Dios, aunque sea bueno, se ha de dejar a la puerta de la iglesia.

San Bernardo, cuando entraba en el coro, porque no tenía que dejar sino los negocios de su monasterio, decía a la puerta de la iglesia, tomando el agua bendita que suele estar en aquel lugar: Pensamientos y cuidados míos, esperadme aquí hasta que vuelva a salir. Los cuidados que un hombre tiene de su casa, de su familia o de su hacienda, buenos son; mas se han de dejar a la puerta de la iglesia, si no es cuando se ha de hacer negocio con Dios de ellos.

Así dice San Agustín en su Regla: En el oratorio nadie haga cosa alguna sino aquello para que fué hecho y de donde tomó nombre de oratorio.

Cristo, dos veces entrando en Jerusalén, se fué derecho al templo, y hallando en él muchos comprando y vendiendo y haciendo negocio, y que los cambiadores tenían allí metidas sus mesas, hizo unas disciplinas de cuerdas y afrentosamente los lanzó del templo y derribó las mesas de los que compraban y vendían, derramándoles el dinero por el suelo, diciendo: Mi casa es casa de oración y vosotros la hicisteis casa de ladrones.

En esta obra y en estas palabras nos mostró Cristo con qué obras se profana el templo de Dios y cuánta injuria se hace al Señor en hacer en el templo otras cosas que aquellas para qué fué fundado, que son orar, sacrificar, enseñar y oír la ley de Dios.

En fin, el templo es casa de contratación para el cielo, y todo lo que se hace en él que no es contratar para allá está mal hecho. Porque cierto es que Cristo no castigó aquel pecado con tanto rigor por la substancia de la obra, porque comprar y vender palomas, si se hiciere fuera del templo, ningún pecado era. Luego el pecado fué la circunstancia del lugar, y así Cristo castigó la injuria que se

hacía al templo con aquellas obras profanas, aunque fuera de allí no eran malas. Defendió Cristo tan apretadamente hacer estas cosas comunes en el templo, que no permitió que alguien llevase un cántaro o vaso común por él, ni otra cualquier alhaja profana, como dice por San Marcos (11, 16).

Si aquel templo, diputado para sacrificio de animales, dice Cristo que se había de tratar con tanto acatamiento, ¿con cuánto mandará tratar nuestro templo, diputado no para hacer sacrificio de animales, sino para hacer sacrificio del mismo Dios? Si por hacer cosas tan comunes, como vender y comprar palomas, llama Jesucristo ladrones a los vendedores, ¿qué nombre pondrá a los que en el templo cristiano hacen estas cosas u otras peores?

Compostura del cuerpo. Dijimos con qué ánimo ha de estar un hombre en la iglesia y lo que ha de hacer en ella. Conviene también saber cómo ha de ordenar su cuerpo en la iglesia.

Antiguamente, el templo de Salomón tenía tres partes: una, que era más secreta, a que llamaban *sancta sanctorum,* en la cual sólo el sumo sacerdote entraba, y esto una vez en el año. La segunda llamaban *sancta,* donde entraban todos los sacerdotes y ministros del templo. La tercera llamaban *atrio,* donde entraba todo el pueblo, los varones a una parte y las mujeres a otra.

De este acatamiento corporal que debemos tener en la iglesia hay mucho descuido entre los cristianos. Porque muchos entran así en la iglesia como en casa de su vecino, y hecha una ceremonia de oración que hacen luego entrando en la iglesia, siéntanse en una silla entre tanto que dicen la Misa; y paréceles que basta, cuando ven levantarse los otros a oír el Evangelio, levantarse ellos y ponerse de rodillas cuando el sacerdote alza el Sacramento y cuando consume. Y para esto traen una almohada, para no poner las rodillas en el suelo.

Otros ponen una rodilla en el suelo y otra en el aire, y entre tanto el sacerdote levanta el Sacramento y lo consume, rezan alguna Avemaría o rezan por algún libro de devoción que ellos traen para esto, y el otro tiempo parlan con sus vecinos, y acabada la Misa, vuélvense para su casa.

Y éstas son las más comunes maneras de oír Misa que ahora vemos. Y porque los más creo que pecan por ignorancia acerca de esto y por descuido, avisarlos hemos aquí cómo se ha de cumplir con esta obligación en la Misa.

La mejor manera de oír la Misa: ofrecer con el sacerdote.

La verdadera forma que se ha de tener en la Misa es la que la Iglesia con tan grande consejo y acuerdo ordenó.

Para esto habéis de entender que todos nos juntamos para hacer Misa, que no solamente venís para oír la Misa, como decís, sino a hacerla con el sacerdote. Porque venís a ofrecer y a hacer sacrificio con él, aunque sólo él habla y con sus manos ofrece, pero todos ofrecemos.

Como cuando todo un pueblo manda un presente a su señor vienen tres o cuatro hombres y habla uno solo con él, mas todos traen el presente y todos le ofrecen, así acá, por manos del sacerdote, ofrecemos todos esta ofrenda.

Verdad es que hay diferencias, porque en el ejemplo que traemos, aunque escogen uno que hable, con todo, cualquiera de los otros podía hacer aquello; en la Misa, no; porque sólo el sacerdote, que es escogido de Dios para eso, puede hacer lo que se hace en la Misa. Todos los demás, o han de servir o asistir a lo que hace el sacerdote u oír con reverencia lo que se dice en la Misa, como personas que son partes en tan grande negocio como allí se trata. Porque éste es el mejor libro que allí pueden leer y el mejor devocionario que se puede rezar.

Por lo cual es bien avisar a los sacerdotes que digan con voz clara y moderadamente alta aquella cosa que la Iglesia ordenó que entendiese el pueblo, como la Epístola, el Evangelio y el Prefacio y oraciones. Porque, cierto, los que dicen bajo estas cosas privan al pueblo de la doctrina y no hacen lo que la Iglesia manda.

CAPITULO XXII

Del sacramento de la Extremaunción

Otro sacramento es el de la Extremaunción. De este sacramento nos conviene declarar, primeramente, quién fué su primer autor, de quién desciende este uso de ungir a los enfermos; después de esto diremos por qué esta unción es y se llama sacramento; lo tercero, los efectos que obra y, finalmente, con qué afectos y devoción se ha de aparejar el enfermo para recibirlo.

Lo instituyó Jesucristo.

Cuanto a lo primero, si queremos saber quién fué el autor de esta sagrada costumbre, oigamos lo que dice el evangelista San Marcos (6, 13): Caminando

los Apóstoles, predicaban a los hombres que hiciesen penitencia, echaban muchos demonios y ungían a muchos enfermos con aceite y sanaban.

Veis aquí donde claramente se nos dice que los Apóstoles dieron principio a la unción de los enfermos. Los cuales no tenemos duda sino que lo hicieron por especial mandamiento de Cristo, porque no es de creer que de su cabeza lo inventasen o por su autoridad lo intentasen hacer. Luego síguese que como los Apóstoles fueron los primeros ejecutores de este sacramento, así Cristo fué su primer instituidor.

Donde parece la reverencia que se le debe, pues no es invención de hombres, sino ordenación de Dios y uso apostólico. Porque manifiesto está que no untaban los Apóstoles a los enfermos con aceite como con otro ungüento o medicina natural, sino como con cosa sagrada y medicina de las almas; ni los enviaba el Señor por la tierra como médicos y cirujanos, sino como Apóstoles, a comunicar la gracia que habían recibido para la salud, principalmente de las almas. Lo cual asaz parecía claro, pues luego, en ungiendo a los enfermos con aceite, sanaban. Que cierto es que a no todas las enfermedades y llagas aprovecha, naturalmente, el aceite; mas la gracia que los Apóstoles habían recibido de Cristo sanaba a todos los que los ungían.

Y para más abundante confirmación, oigamos lo que dice el apóstol Santiago en su Epístola (5, 14): Cuando alguno de vosotros enferme, traiga a los presbíteros de la Iglesia y hagan oración por él, ungiéndolo con aceite en el nombre del Señor, y la oración fiel salvará al enfermo y si estuviere en pecado se le perdonarán.

Bien veis claramente que aquel aceite no era ungüento de médicos, ni de cirujanos, ni materia medicinal, sino sagrada y sacramental, que por eso se ponía en nombre del Señor y se acompañaba con fieles oraciones.

Demás de éstos, podría traer innumerables doctores que así entienden estos lugares de la Escritura y enseñan la doctrina de este sacramento: Dionisio, Clemente, Ambrosio, Agustín y otros que callo. Pero la sentencia y palabras de Teofilacto no callaré, el cual, escribiendo sobre aquel lugar de San Marcos, dice así: Sólo San Marcos cuenta que los Apóstoles ungían con óleo a los enfermos, y después de él, Santiago, primo del Señor, dice lo mismo en su Epístola canónica: Cuando alguno de vosotros enfermare, llame a los sacerdotes de la Iglesia y hagan oración sobre él ungiéndolo con óleo. Donde abiertamente Teofilacto afirma que la misma unción de los Apóstoles que refiere San Marcos, esa misma es la que Santiago dice que se haga en

la Iglesia. Y que el sobredicho doctor entienda que esta unción es sagrada y sacramental, parece claro por lo que luego añade, según abajo más largamente referiremos.

Forma y materia de la Extremaunción. Ahora, pues, mostramos que en el tiempo de los Apóstoles se usó la Extremaunción y que Cristo la instituyó. Resta que declaremos por qué es sacramento y se deba así llamar.

Llámase y es sacramento porque tiene su forma determinada y su materia, señal visible y gracia invisible. La forma son las palabras que se dicen al tiempo mismo que se hace la unción, que, en suma, son éstas: Por esta unción y por su piísima misericordia te perdone Nuestro Señor Jesucristo cuanto pecaste por la vista, por el oído, por el olfato, por el gusto, por el tacto, por los pasos y por los pensamientos. Amén. Paz sea contigo. Las cuales palabras tienen fuerza por los dos lugares de la santa Escritura que arriba recitamos de San Marcos y Santiago.

La materia o señal exterior de que usamos en la administración de este sacramento es aceite santificado. Y por qué en este sacramento se use esta materia, decláralo hermosamente Teofilacto en el lugar arriba referido. Porque el aceite es provechoso para recrear los miembros trabajados y cría y sostiene la luz con que se alegran los hombres, y significa la misericordia de Dios y la gracia del Espíritu Santo, por la cual sentimos alivio en el cansancio y recibimos luz y gozo espiritual. Estas son las palabras de Teofilacto.

Pero más clara y elegantemente escribe San Cirilo la sagrada significación de este aceite, diciendo así: Por el aceite se significa la misericordia de Dios, porque su naturaleza concuerda mucho con la misericordia divina. El aceite sube arriba y nada sobre cualesquier otros licores; así, la misericordia de Dios se ensalza sobre todas sus obras y se descubre a los hombres más que todas las otras, como dice Santiago (2, 13): La misericordia de Dios se ensalza sobre su juicio. Y el Salmista dice (102, 3): Sus misericordias son sobre todas sus obras.

Demás de esto, el aceite mitiga los ardores de las llagas y sana las hinchazones y las heridas; así, la misericordia de Dios sana todas las llagas del alma y remedia todas las enfermedades del pecado, como canta el Profeta diciendo: Alaba, alma mía, al Señor, que perdona todos tus pecados, y sana todas tus enfermedades, y cumple tus buenos deseos, y te corona con misericordia y piedad.

También los que entraban en lucha o en algún desafío, primero se untaban con aceite, para que sus cuerpos estu-

viesen más hábiles y más diestros para aquel género de pelea; así, a los que pelean en batalla contra los poderes del demonio, unge Dios con el óleo de su misericordia, con que les da fuerzas para que alcancen victoria de tan dura contienda.

Así que, pues la sagrada unción tiene cierta señal visible y sagrada significación, como vemos en la doctrina de estos santos, con justa razón y derecho se llama, como en la verdad lo es, sacramento.

Efectos de la Extremaunción. Mas para que más cumplidamente parezca la gracia que en este sacramento se comunica a los que se ungen estando dignamente dispuestos, veamos ahora, según prometimos, los efectos que en ellos hace.

El apóstol Santiago, como arriba alegamos, dice: La oración fiel salvará al enfermo y levantarlo ha el Señor, y si estuviere en pecado alcanzará perdón. Donde abiertamente vemos que por la fiel oración, junta con esta sagrada unción, favorecerá Dios al enfermo y estará presente y cumplirá sus promesas que nos anunció por su Apóstol; esto es, restituirá la salud o aliviará el trabajo del enfermo, o al menos le dará que parta de esta vida con menor dolor y con más esperanza. Y además de esto, le perdonará los pecados y lo fortalecerá con su divina potencia contra las tentaciones y engaños del diablo y contra el espanto de la muerte. Estos son los frutos de la sagrada unción dignamente recibida.

Cómo debe recibirse. Donde fácilmente podemos sacar la intención y afección con que el enfermo debe recibir este sacramento, conviene a saber, con tal corazón y propósito, que confíe que será sano en el alma y en el cuerpo por la misericordia de Dios que en este sacramento obra. Y para esto, en cuanto se unge, haga esta oración con el alma o con la lengua, u otras semejantes:

Señor Dios, Padre celestial, yo te ruego y pido por tu unigénito Hijo, nuestro Salvador, que, como ahora se ungen mis pecadores miembros con aceite visible y sagrado, así tú tengas por bien ungir interiormente mi conciencia, llagada y enferma, con óleo de alegría, y con la gracia del Espíritu Santo, y con tu infinita misericordia, y me quieras librar de todo trabajo y de todo daño que por mis culpas tengo merecido y alumbrarme con luz espiritual y, finalmente, alegrarme con el gozo de la vida eterna. Amén.

Y porque en aquella última lucha es el hombre combatido con innumerables tentaciones de Satanás, para esto debe el enfermo, después que se hubiere ungido, pensar

dentro de sí con ánimo confiado: Miembro soy de Cristo, luchador soy de Cristo, por cuya significación me ungieron con sagrado óleo, según la doctrina del Apóstol. Pues tú, príncipe de este mundo, espíritu sucio, pártete de aquí; no tienes en mí parte ni entre ti y mí hay alguna cosa común, porque mi Señor Jesucristo te desterró de este mundo.

Y, puesto que me aparezcas en mil figuras infernales, no he miedo de ti, porque más son conmigo que contigo, porque está conmigo la Iglesia de los santos, que hace oración por mí sin cesar. Y no sólo esto, mas el mismo Cristo, aquel que de ti gloriosamente triunfó y te quitó los despojos que del mundo habías robado, me recibió en su amparo, y para confianza de este socorro tengo señales y testimonios ciertos que Dios me dió, conviene a saber: los sacramentos de la Iglesia, y ahora, en el fin de mi vida, la absolución sacramental, el cuerpo y sangre del Señor y la unción extrema, con que sé cierto que Dios no me engañará, mas será constante en sus prometimientos y cumplirá todo aquello de que me dió esperanza.

A quien estas y otras cosas semejantes pensare en el artículo de la muerte, ¿quién dudará que el Señor dará su gracia y consolación, con que venza los temores de la muerte y los malignos acometimientos del demonio? Y esto basta para concluir la materia de este sacramento.

CAPITULO XXIII

Del sacramento del Orden sacerdotal

Manifiesto es, por relación de antiquísimos y santísimos doctores, que en el pueblo cristiano hubo siempre especiales ministros de la Iglesia, que por especial ordenación eran instituídos para tratar y ministrar los sacramentos y misterios divinos. Porque dado que podamos llamar por las Escrituras santas a todos los cristianos sacerdotes, a los cuales el apóstol San Pedro dice (1, 2, 9): Vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, y San Juan, en su Apocalipsis (5, 9), dice de Cristo que nos amó y lavó de nuestros pecados con su sangre y nos hizo reino y sacerdotes de su Padre; puesto que así se diga y así sean todos cristianos sacerdotes, pero esto se entiende espiritualmente, como también por las mismas Escrituras se llaman reyes.

Son ciertamente sacerdotes para ofrecer a Dios sacrifi-

cios espirituales, conviene a saber, loores, hacimientos de gracias, oraciones, invocación del nombre de Dios, corazón contrito y humillado, mortificación de la carne, sacrificio de justicia y de inocencia. Como también de esta manera son reyes para señorear y sojuzgar los malos apetitos de la carne y regir sus miembros por la ley del espíritu.

Pero como además de estos espirituales reyes hay en el pueblo cristiano otros reyes y príncipes y jueces que gobiernan las ciudades, a los cuales debe el pueblo, según enseña el Apóstol (Rom. 13, 11), honra y temor y tributos, de esta manera, además de los sacerdotes espirituales que tenemos dicho, hay otros sacerdotes en la Iglesia de Cristo, los cuales, por especial título, son y se llaman sacerdotes; a quien las Escrituras santas llaman también obispos, presbíteros, que quiere decir más viejos, pastores, doctores, prelados, ministros de Cristo, dispensadores de los misterios de Dios, etc.

Y como no pertenece igualmente a todos los cristianos administrar ni ejercitar los oficios de la república, así tampoco es lícito a todos entrometerse ni querer usurpar el oficio y dignidad y cargos de los sacerdotes, que son particulares y propios ministros de la Iglesia; que son predicar al pueblo la doctrina del Evangelio, celebrar los divinos sacramentos y los otros solemnes oficios que a sus órdenes pertenecen. Mas a solos aquellos convienen estos ejercicios que para ellos son legítimamente escogidos y ordenados por los obispos y prelados de la Iglesia. Por lo cual algunos que imprudentemente se atrevieron a usurpar el oficio de sacerdotes, fueron por Dios rigurosamente castigados, como cuentan las Escrituras de Datán y Abirón y de Ozías, rey de Israel (Núm. 16, 3; Salm. 105, 17; II Par. 26, 18). Porque a esta dignidad ninguno se ha de llegar sino llamado por Dios, como dice el Apóstol (Hebr. 5, 4).

Pues de este particular y propio cargo y dignidad de los ministros de la Iglesia trataremos al presente, y primero diremos qué cosas son las Ordenes; lo segundo, cómo y por qué las Ordenes se llaman y son sacramentos; lo tercero, cuántas y cuáles diferencias hay de Ordenes y qué oficios pertenecen a cada una de ellas; lo cuarto, por qué fin se instituyeron; lo quinto, qué significan las ceremonias con que se dan.

Qué son Ordenes sagradas.

Digo, pues, que las Ordenes son un sacramento por el cual se da gracia y poder al que es escogido y llamado directamente para ejercer algún particular oficio como ministro público de la Iglesia. Esta definición clara está y ninguna duda tiene. Solamente resta declarar cuál

es escogido y llamado para recibir las Ordenes y qué gracia y facultad en ellas se concede.

La vocación sacerdotal. A esto respondo que aquel es justa y directamente escogido y llamado que no solamente es escogido y traído por Dios, mas es ofrecido y presentado por los prelados de la Iglesia, que, según las ordenaciones apostólicas, tienen poder para dar las Ordenes.

Conviene que preceda la elección y llamamiento de Dios para que, prósperamente y para bien del ordenado y del pueblo cristiano, se le conceda el ministerio. Pero cuál sea escogido de Dios, ninguno lo puede saber y tener por cierto, porque no lo muestra Dios por revelaciones y señales sensibles. Pero hay muchos indicios de los cuales se puede colegir confiadamente esta elección; como si se siente el hombre inclinado y deseoso de las mismas órdenes y estado eclesiástico, si siente en sí habilidad y disposición para tales oficios y, finalmente, si desea y pretende en este propósito sólo la gloria de Dios y el provecho espiritual del pueblo y no temporales intereses y ganancias.

Mas porque el apóstol San Juan enseña que se deben primero probar los espíritus si son de Dios y no se ha de creer a cada uno por su propio testimonio, han de procurar con toda diligencia aquellos a quienes está encomendado escoger y probar a los que se han de ordenar, que en este negocio despidan toda afición humana y propios provechos y solamente presenten o reciban a los que fueren dignos e idóneos; quiero decir que fueren católicos, templados, castos, humildes, mansos, bien doctrinables y enseñados en santas y buenas doctrinas y hábiles y poderosos para persuadir la verdad y convencer a quien la contradijere.

Tales condiciones se requiere que tengan los ministros de la Iglesia para que dignamente y con fruto sean escogidos y llamados, como enseña el Apóstol escribiendo a Tito y a Timoteo, y los que tuvieren las condiciones contrarias a éstas se han de despedir.

A los cuales, así escogidos y ordenados, se da la gracia singular de este sacramento. La cual gracia es una virtud por la cual son firmes y eficaces delante de Dios aquellas cosas de su ministerio que ellos hacen, según el regimiento que tienen de Cristo y de la Iglesia, no solamente si son dignos de tal virtud, mas aunque no sean dignos. Porque puesto que se requiere que sean los que habemos dicho, pero los sacramentos no penden de su virtud y santidad, sino de la virtud de las palabras de Cristo que los instituyó,

Materia y forma de este sacramento. Lo segundo que dijimos, cómo las Ordenes sean sacramento, no es dificultoso mostrarlo. Porque tienen, como todos los otros sacramentos, su forma y su propia materia, tienen señal visible y gracia invisible.

La forma son aquellas palabras que los obispos dicen cuando dan cada una de las Ordenes, las cuales tienen fuerza por mandamiento de Cristo.

La materia o señal exterior en las Ordenes menores es entregar a los ordenados diversos instrumentos convenientes a su ministerio. Y en el sacerdocio, la forma son las palabras que el obispo dice: Recibe poder de ofrecer el sacrificio por los vivos y por los muertos, en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Por las cuales formas y señales visibles se hace cierto el ordenado que recibe el don de Dios que se le da en este sacramento para edificación de la Iglesia.

Número y fin de las Ordenes sagradas. Cuanto al número de las Ordenes que en este sacramento se comprenden, decimos que son siete. La primera es de los porteros; la segunda, de los lectores; la tercera, de los conjuradores; la cuarta, de los acólitos; la quinta, de los subdiáconos; la sexta, de los diáconos; la séptima y última, de los sacerdotes. La cual distinción de títulos no es nueva en la Iglesia, mas fueron así declarados de tiempo antiquísimo, parte por las Escrituras de los Apóstoles, parte por la doctrina de los antiquísimos y santísimos Padres.

El oficio de los porteros era guardar las puertas del templo y recibir a los que merecían entrar dentro y despedir a los indignos. De los lectores era cantar y leer las lecciones santas públicamente en el coro eclesiástico. De los exorcistas o conjuradores, invocar el nombre del Señor sobre los endemoniados y conjurar al espíritu malo, o para echarlo fuera o, al menos, para que no atormentase más. De los acólitos, allende de otros servicios, era tener los cirios encendidos de los presbíteros y diáconos cuando rezaban el Evangelio, en señal de resplandor y claridad del Evangelio. De los subdiáconos era servir a los diáconos y leer en la Misa la Epístola. De los diáconos era servir en todas las cosas a los sacerdotes y obispos, procurar limosnas para sustentar a los pobres, leer el Evangelio y predicarlo al pueblo.

De los sacerdotes es enseñar al pueblo, como preceptores de la cátedra o púlpito, las palabras de Dios, celebrar los sacramentos y administrarlos a los seglares y consagrar

y ofrecer aquel perpetuo sacrificio de la Eucaristía, de quien arriba hablamos.

Estos son los oficios de las Ordenes desde tiempo antiguo, puesto que ahora no están en uso los ejercicios de ellos, más que del subdiaconado, diaconado y sacerdocio.

Pero es de notar que el sacerdocio, aunque en la verdad es un orden e individuo, todavía está repartido en diversos oficios, y dignidades, y poderes, y grados; porque unos son sacerdotes menores, que son los que comúnmente así llamamos; otros sacerdotes, que son los obispos y arzobispos, patriarcas y, sobre todos, el Sumo Pontífice.

Las cuales distinciones ayudan mucho para que se guarde la unidad y concordia en la Iglesia: porque si todos fueran iguales, cuantas cabezas hubiera, tantos pareceres hubiera, y no habría cabeza o autoridad principal que determinara entre ellos lo que se había de tener.

Y para decir brevemente el oficio de estos principales sacerdotes, allende de lo que tienen común con los sacerdotes menores, tienen demás consagrar el crisma y el óleo santo, confirmar a los bautizados y consagrar las iglesias y altares, dar órdenes a los sacerdotes y los otros grados eclesiásticos, bendecir a las vírgenes religiosas, reunir sínodos en sus diócesis, visitar sus territorios y, finalmente, mirar cuidadosamente por sí y por todo el rebaño del Señor que les es encomendado.

Para qué fué instituído este sacramento. Cuanto a lo cuarto, que es para qué fué instituído este sacramento por Cristo y qué provecho viene de él a la Iglesia; para respuesta de esto es de notar lo que dice el apóstol San Pablo (Ef. 4, 11): Cristo dió a unos que fuesen apóstoles, otros profetas, otros evangelistas, otros pastores y doctores, para cumplir el número de los escogidos y para diversos ministerios, para edificación del cuerpo de Cristo.

Donde se colige que fué este sacramento del Orden instituído para que todos conozcan la verdad y se conviertan y se ayunten al cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, y crezcan en la fe y en la caridad y, finalmente, sean salvos para

De lo cual también habemos de ser avisados en cuánta estima y acatamiento habemos de tener este sagrado ministerio y cuánta reverencia debemos a los sacerdotes y ministros de la Iglesia. De los cuales dice el Señor: El que a vosotros oye, a mí oye, y el que a vosotros desprecia, a mí desprecia (Lc. 10, 12). Y conforme a esto dice San Pablo: Los presbíteros que bien presiden en sus oficios son dignos de doblada honra, mayormente los que trabajan en la predicación y doctrina (I Tim. 5, 17).

Y cuál deba ser esta honra que habemos de dar a los sacerdotes, decláralo en muchos lugares el Apóstol; conviene a saber, que obedezcamos a sus mandamientos, que los reverenciemos y tengamos en grande precio, que los amenos con caridad y tengamos paz con ellos y, finalmente, que les demos lo necesario para su vida y sustentación.

Significado de las ceremonias. Pero no será sin razón declarar, después de todo lo que tenemos dicho, qué significa la unción sacramental con que los sacerdotes son ungidos; asimismo por qué les cortan el cabello y les abren la corona.

Y de esto último decimos que con mucha razón los clérigos se cortan los cabellos y se hacen la corona, así para que anden distinguidos y diferenciados de los seglares como más principalmente para que por esta obra adviertan lo que a su oficio pertenece. Porque la corona rapada les muestra que han de rapar de su corazón los vanos y desordenados pensamientos, y todos los carnales y torpes deseos, y todos los cuidados de los negocios y haciendas seculares, para que, atendiendo a sólo Dios y a las cosas divinas, puedan cumplir su oficio más libre y más diligentemente.

CAPITULO XXIV

Del sacramento del Matrimonio

Mas aquí será excusado declarar qué cosa sea matrimonio; porque bien tenemos entendido que matrimonio es el ayuntamiento y compañía del varón y de la mujer según la ley de Dios y de la Iglesia. Pero será bien que mostremos al principio por qué llamamos al matrimonio sacramento. Lo cual también está manifiesto, pues en él claramente se hallan las condiciones de los otros sacramentos, porque tiene su propia forma y señal visible y la gracia invisible.

La forma son las palabras con que el varón y la mujer declaran juntamente su consentimiento con que se recibe uno a otro, las cuales palabras tienen vigor de las que dijo Cristo en el Evangelio (Mt. 19, 4): El que hizo al hombre al principio, crió al hombre y a la mujer y dijo: Por ésta dejará el hombre el padre y la madre, y llegarse ha a su

mujer, y serán dos en una carne. Pues a los que Dios ayuntó, no aparte el hombre.

La señal visible de este sacramento es el tocarse exteriormente el marido y la mujer cuando se dan las manos, o uno al otro da un anillo. Y para que más claramente parezca cómo el matrimonio es sacramento, hará mucho al caso decir lo que por él se significa y la gracia que en él se da.

Gracia y significado del sacramento del Matrimonio.

Acerca de lo cual digo que la gracia que en este sacramento reciben los que con temor de Dios y con santa intención se ayuntan es que el marido ame a la mujer con amor casto, como Cristo amó a la Iglesia, y semejantemente la mujer ame y reverencie al marido, para que por ella el uno y el otro se guarde limpio de todo ilícito deleite y críen sus hijos, si los tuvieren, con todas sus fuerzas en piedad cristiana. Esta es la gracia del matrimonio.

Ahora consideremos su significación, y entenderla hemos por la sentencia y palabras del apóstol San Pablo, que dice así (Ef. 5, 32): Ninguno aborrece su propia carne, mas antes la mantiene y la regala, como Cristo hizo con la Iglesia; porque somos miembros de su cuerpo y de su carne y de sus huesos. Por eso dejará el hombre al padre y a la madre y llegarse ha a su mujer, y serán dos en una carne. Este sacramento es grande, en cuanto es figura de la unión de Cristo y de su Iglesia.

Mirad cómo abiertamente aquí el Apóstol llama al matrimonio sacramento, por el cual se significa muy a propósito aquella estrechísima unión de Cristo y de la Iglesia, en la cual somos una cosa Cristo y sus fieles. Y pues tan noble significación, con que los hombres tanto se deben consolar, tiene el matrimonio, por esta razón, aunque otra no hubiera, se debía llamar sacramento.

Cómo se ha de recibir.

Ahora veamos cómo este sacramento se ha de recibir y conservar por los casados, que sin duda conviene que se trate santamente, como todos los otros sacramentos.

Digo, pues, que entonces principalmente lo recibirán y proseguirán dignamente los casados cuando ellos fueren reverenciadores de Dios y guardadores de la ley cristiana, y se amaren uno a otro con amor honesto, y se ajuntaren con sólo el deseo y propósito de engendrar hijos, y guardaren uno a otro la fe y lealtad que deben; finalmente, cuando moraren juntos y se acompañaren por toda la vida sin hacer divorcio alguno. Porque de esta manera repre-

sentarán verdaderamente el ayuntamiento de Cristo y de la Iglesia y se harán ellos mismos un cuerpo con Cristo.

El temor de Dios y su honra y servicio se requiere que tengan sobre todas las cosas, así porque Dios es único instituidor del matrimonio como porque fué establecido en el estado de la inocencia, como también porque sin el temor de Dios ninguna cosa tiene buen principio ni buen suceso.

Conviene también que haya amor entre los casados, pues fué ésta la principal causa de la institución del matrimonio, que es para que fuese una estrechísima compañía entre los hombres, que comprendiese las razones de toda amistad. Donde leemos que dijo el Señor (Gén. 2, 18): No es bueno que el hombre esté solo, hagámosle un ayudador semejante a él.

Fines del matrimonio. Y que los casados se hayan de ayuntar con su propósito de tener generación, éstas son las causas principales. Primeramente porque para este fin instituyó Dios este estado y linaje de vida, para que se criasen hijos; y así, de generación en generación se multiplicase y conservase el linaje humano.

Después de esto, porque sobre los que se ayuntan para sólo cumplir el encendimiento de su lujuria, prevalece Satanás; y los que se ayuntan con deseos de tener hijos más que por satisfacer a su deleite, alcanzan la bendición del Señor, según dijo el ángel Rafael a Tobías.

La fe y lealtad del matrimonio se requiere porque de propiedad del matrimonio es que no haya más de dos personas; por donde de todo en todo es su contrario el adulterio. Por lo cual dice San Pablo (Hebr. 13, 4): Hase de honrar el matrimonio en todas las cosas, y la cama de los casados no se ha de injuriar; porque el Señor condenará a los adúlteros y fornicadores.

Indisolubilidad del matrimonio. Finalmente, entre los casados se requiere vivienda y morada perpetua. Porque el matrimonio cristiano en ninguna manera consiente ser apartado ni que el marido eche de sí a su mujer, según lo declaró y sentenció el Señor diciendo (Mt. 19, 6): Los que Dios ayuntó, no los aparte el hombre. Y San Pablo determina lo mismo diciendo (I Cor. 7, 10): Mando yo, mas no yo, sino el Señor, que la mujer a quien desechare su marido porque le cometió adulterio permanezca sin casarse con otro o se reconcilie con su marido y que el marido no deje a su mujer.

Donde, puesto que alguna vez se haga apartamiento de

los casados o por adulterio de alguno de ellos o por otra legítima causa, según los sagrados cánones, pero viviendo alguno de ellos, el otro de ninguna manera se puede casar.

Matrimonios reprochables. Pero acerca de lo dicho se puede mover una duda, y es: Pues que, según dijimos, el matrimonio fué instituído para que haya generación, ¿por ventura podrán los casados lícitamente vivir y permanecer sin haber entre ellos ayuntamiento carnal? ¿Y será lícito y aprobado el matrimonio entre los viejos, de quien ninguna esperanza hay de engendrar? Y pues, según dijimos, no conviene que los casados se ayunten sino con el propósito de tener hijos, ¿qué diremos o qué sentiremos de aquellos que no tienen respeto a generación, sino solamente a su apetito?

A lo cual responderé brevísimamente. Y cuanto toca a los que siendo de edad impotente para engendrar se casan, decimos que aunque tengan perdida la esperanza de tener hijos, todavía es entre ellos verdadero matrimonio. Porque no sólo es de la institución del matrimonio la multiplicación del género humano, mas también es, como arriba dijimos, causa de su institución la razón de ayuntar una firme y santa amistad y compañía. Pues si algunos por esta institución se casan, no solamente su matrimonio se ha de permitir, mas hase de aprobar. Pero no aprobamos a los viejos que sin esta causa y sin aquélla, solamente por cumplir sus desordenados deleites o por amontonar hacienda y riquezas, se casan.

Finalmente, acerca de la destemplanza de aquellos casados que se ayuntan sólo por gozar de deleites, decimos que no carecen de vicio y de culpa. Pero es menor su pecado por el bien y razón del matrimonio, con tanto que no pasen desenfrenadamente los términos y límites de la costumbre y orden de la naturaleza. Por tanto, mire quien pide la deuda que la pida como es razón, y la parte que es requerida pague lo que debe, porque no le dé ocasión de fornicar o de hacer otro pecado. Porque así dice el Apóstol (I Cor. 7, 3): El varón pague la deuda a su mujer, y, por el contrario, la mujer a su marido.

Como quiera que tanto se debe huir la fornicación y cualquier obra deshonesta, que por esta causa es muy sano y acertado no solamente que los casados se gocen, mas que los solteros se casen, según dice el Apóstol con estas palabras (I Cor. 7, 8): Bien es que el hombre no conozca mujer; pero por evitar la fornicación, tenga cada uno su propia mujer, y cada mujer su marido. Y de esta manera, como dice el Maestro de las Sentencias, el matrimonio, que fué instituído en el paraíso antes del pecado como oficio

virtuoso, fuera del paraíso y después del pecado se hizo remedio; y se descubre otra causa de su institución, conviene a saber, cautela y remedio para evitar los ilícitos deleites.

Matrimonios que se deben evitar.

Y no dejaré también de avisar en este lugar que en todas maneras se debían evitar los matrimonios clandestinos, y que no se debía hacer casamiento alguno sin consentimiento de los padres o de los que tienen lugar de padres, y que se debía dar principio a género de vida tan santo públicamente en la presencia de la Iglesia. Porque de esta manera se remediarían muchos inconvenientes y se excusarían muchos males que, de lo contrario, suelen seguirse y sucederían las bodas más prósperamente que en tales casos suceden.

Lo mismo digo que se debía procurar cómo el consentimiento de los que se casan fuese libre y con madura y prudente deliberación, y que ningún engaño hubiese acerca de las personas ni acerca del dote; para que adelante no hubiese discordias entre el marido y la mujer y no se diese ocasión a justo ni a injusto apartamiento.

Aviso a los casados y a los continentes.

Concluyendo, pues, este capítulo, digo que los que sois casados trabajéis por vivir en vuestro estado santa y cristianamente y con el amor y paz de Dios. Y los que no sois aún casados, mas tenéis determinada aquella vida, ante todas las cosas poned delante de los ojos el temor de Dios y buscad compañía no tanto resplandeciente en riquezas o hidalguía o gentileza cuanto amador de virtud y de justicia. Y de esta manera comenzaréis vuestro estado como cosa santa y divina; y después de casados, gozad uno de otro, no con ardor de deleites, sino con deseo de generación.

Finalmente, sea vuestra morada en uno, pacífica y perpetua en cuanto la vida durare. Sea vuestra cama limpia y honesta; y los hijos que Dios os diere, criadlos en temor de Dios y amor de la virtud.

Y los que de vosotros estáis obligados a la continencia por voto que tenéis hecho o por vuestra voluntad, tened deseo y propósito de guardar castidad. Procurad diligentemente las cosas que agradan al Señor y servidlo de día y de noche con ayunos y oraciones, y sed castos y santos juntamente en el cuerpo y en el espíritu.

LIBRO QUINTO

DE LAS POSTRIMERIAS DEL HOMBRF

I.—DE LA MUERTE

CAPITULO I

De cuán provechosa sea la consideración de la muerte

Sentencia es común de los filósofos que las dos pesas con que se mueve ordenadamente el reloj de la vida humana son castigo y galardón. Porque es tan grande nuestra miseria, que nadie quiere la virtud desnuda si no viene o premiada con castigo o acompañada con provecho.

Y porque ningún castigo ni galardón puede ser mayor que pena y gloria para siempre, por eso trataremos aquí de estas dos cosas, a las cuales añadiremos otras dos que preceden a éstas, que son la muerte y el juicio universal; porque cada cosa de éstas, bien considerada, sirve mucho para amar la virtud y aborrecer el vicio, según aquello del Sabio que dice (Ecl. 7, 40): Acuérdate de tus postrimerías y nunca jamás pecarás. Por las cuales postrimerías entiende estas cuatro que aquí habemos nombrado, de que al presente para nuestro propósito nos conviene tratar.

La consideración de la muerte.

a) *Ordena nuestra vida.*—Lo primero para alcanzar la verdadera sabiduría es saber el hombre regir y ordenar su vida. Porque, como dicen los filósofos, en las cosas que se ordenan a algún fin, la regla y la medida para encaminarlas se toma del mismo fin. Y por esto los que edifican, y los que navegan, y, finalmente, todos los que algo quieren hacer, siempre ponen los ojos en el fin que pretenden, y conforme a él encaminan todo lo demás.

Pues como entre los fines y términos de nuestra vida

uno de ellos sea la muerte, donde todos vamos a parar, el que quisiere acertar a encaminar bien su vida, ponga los ojos en este blanco y conforme a él encamine todo lo que hubiere de hacer. Mire cuán pobre y desnudo ha de salir de aquí, y cuán recio juicio ha de pasar allí, y cuán hollado y olvidado ha de estar en la sepultura, y conforme a esto mire cómo le conviene vivir. De esta manera regía su vida un filósofo que decía: Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo tengo de volver a la sepultura; pues ¿para qué quiero perder tiempo en allegar riquezas, si el fin ha de parar en desnudez?

De no mirar este fin nacen todos nuestros yerros. De aquí nace nuestra presunción, y nuestra soberbia, y nuestra codicia, y nuestro regalo, y las torres de viento que edificamos sobre arena. Porque si pensásemos cuáles nos hemos de ver de aquí a pocos días en aquella pobre casa, más humilde y más templada sería nuestra vida. ¿Cómo tendría presunción quien allí mirase cómo es polvo y ceniza? ¿Cómo tendría por dios a su vientre quien allí mirase cómo es manjar de gusanos? ¿Quién levantaría tan alto sus pensamientos viendo cuán flaco es el cimiento sobre que se funda? ¿Quién andaría perdido buscando riquezas por mar y por tierra, viendo que le han de hacer allí pago con una pobre mortaja? Finalmente, todas las obras de nuestra vida se corregirían si todas las midiésemos con esta regla.

Por esto decían los filósofos que la vida del sabio no era otra cosa sino un continuo pensamiento de la muerte. Porque esta consideración enseña al hombre lo que es algo y lo que es nada; lo que debe seguir y lo que debe huir, conforme al fin en que ha de parar. De aquellos filósofos que llamaban brahmanes se escribe que eran tan dados a este pensamiento, que tenían las sepulturas abiertas a las puertas de sus casas, para que, entrando y saliendo por ellas, siempre se acordasen de este paso.

Al profeta Jeremías (18, 2) dijo Dios que descendiese a la casa donde se labraba el barro, porque quería hablar allí con él. Bien pudiera Dios hablar en otro cualquier lugar con su profeta, mas quísole hablar en éste para dar a entender que la casa del barro, que es la sepultura, es la escuela de la verdadera sabiduría, donde Dios suele enseñar a los suyos grandes maravillas y doctrinas. Allí les enseña cuán grande sea la vanidad del mundo, la miseria de la carne, la brevedad de la vida, y, sobre todo, allí les enseña a conocer a sí mismos, que es la más alta filosofía que se puede saber.

Desciende, pues, ¡oh hombre!, con el espíritu a esta casa, y ahí verás quién eres, y de qué eres, y en qué has de

parar, y en qué para la hermosura de la carne y la gloria del mundo, y así aprenderás a despreciar todo lo que el mundo adora por no saber mirarlo, pues no mira más que a la cara de Jezabel (IV Rey. 9, 30), que asoma por la ventana muy compuesta, y no a los extremos miserables de ella, los cuales, después de comido el cuerpo, quiso Dios que quedasen enteros, para que por aquí viésemos que otra cosa es el mundo de lo que por defuera parece, y para que de tal manera le mirásemos a la cara, que también nos acordásemos de los extremos dolorosos en que para su gloria.

b) *Nos aparta del pecado.*—Lo segundo, aprovecha esta consideración para apartarnos del pecado, según que lo testifica el Eclesiástico diciendo (7, 40): Acuérdate de tus postrimerías y nunca jamás pecarás. Gran cosa es no pecar, y gran remedio es para esto acordarse el hombre que ha de morir.

San Juan Clímaco escribe de un monje que, siendo gravemente tentado de la hermosura de una mujer que él había visto en el mundo, como viniese a saber que ya era muerta, fuése a la sepultura donde estaba y refregó un pañizuelo en el cuerpo hediondo de la difunta, y todas las veces que el demonio le volvía a convidar con aquel mal pensamiento, poníase aquel pañizuelo en las narices y decía: He aquí, miserable, lo que amas, y he aquí en qué paran los deleites y hermosuras del mundo. Gran remedio era éste para vencer el pecado, y no es menor la profunda consideración de la muerte, según aquello que dice San Gregorio: No hay cosa que así mortifique los apetitos de esta carne perversa como considerar qué tal ha de estar ella misma después de muerta.

El mismo santo cuenta de otro monje que, teniendo ya la mesa puesta para comer y dar un poco de refrigerio al cuerpo fatigado, que le sobrevino a deshora la memoria de la muerte, y como si este pensamiento fuera un alguacil, de tal manera le atemorizó y sobresaltó, que finalmente le hizo dejar la comida. Mira cuánto puede en el corazón del justo la memoria de esta cuenta, pues le hace abstener de una obra tan lícita y necesaria.

Verdaderamente, una de las cosas más espantosas que hay en el mundo es saber los hombres tan de cierto la cuenta que en esta hora se les ha de pedir y tener tanta facilidad en pecar. Si un caminante que no lleva más que un solo maravedí en la bolsa entrase en una venta y, asentado a la mesa, pidiese al huésped perdices, y gallinas, y capones, y, finalmente, todo cuanto hay en la posada, y cenase muy a su placer, sin acordarse que había de haber hora de cuenta, ¿quién no tendría a éste por burlador o

por loco? Pues ¿qué mayor locura que la de aquellos que tan desenfrenadamente se derraman por todos los vicios y duermen tan a su sabor en ellos, sin acordarse que de ahí a poco rato, al salir de la posada, se les ha de pedir tan estrecha cuenta de toda aquella soltura?

Por esto es de creer cierto que el demonio trabaja cuanto puede por hacernos perder esta memoria; porque sabe él muy bien cuánto ganaríamos con ella. Porque de otra manera, ¿cómo sería posible olvidarse los hombres de una cosa tan terrible y tan espantable y que tan de cierto saben que ha de venir por sus casas? Un recelo de una pérdida muy pequeña de hacienda o de otra cosa semejante nos trae muchas veces desvelados y nos hace perder el sueño y aun la salud. Pues ¿cómo no hace esto la memoria de la muerte, que así para lo del cuerpo como para lo del alma es la cosa más horrible de cuantas nos pueden venir? Por grandísima maravilla tengo que, estando los hombres tan cuidadosos en cosas de paja, vivan tan descuidados en cosa que tanto va.

c) *Nos enseña a bien morir.*—Lo tercero, aprovecha esta consideración no sólo para bien vivir, como está dicho, sino, además de esto, para bien morir. Grande ayuda es el apercibimiento para las cosas arduas y dificultosas. Un tan grande salto como es el de la muerte, que llega desde esta vida a la otra, no se puede bien saltar si no se toma muy de atrás y muy de lejos la corrida.

Ninguna cosa grande se hace bien de la primera vez. Y pues tan grande cosa es el morir y tan necesaria el bien morir, muramos muchas veces en la vida, por que acertemos a morir bien aquella vez en la muerte. La gente que ha de pelear tiene primero sus estudios y ejercicios. con los cuales aprende en tiempo de paz lo que ha de hacer en tiempo de guerra.

El caballo que ha de pasar la carrera, primero la pasea y anda toda y reconoce los pasos de ella, por no hallarse nuevo al tiempo que la haya de correr. Y pues a todos nos es forzado pasar esta carrera, pues no hay hombre que viva que no haya de ver la muerte, y el camino es tan oscuro y tan fragoso como todos sabemos, y el peligro tan grande, que el que cayere ha de ir a dar consigo en el profundo del infierno, bien será que paseemos ahora todo este camino y miremos todos los pasos que hay en él, uno por uno, porque en todos ellos hay mucho que considerar.

Y no nos contentemos con mirar solamente lo que pasa por fuera alrededor de la cama del doliente, sino mucho más debemos trabajar por entender lo que pasa dentro de su corazón.

CAPITULO II

DE CÓMO ES INCIERTA LA HORA DE LA MUERTE Y DE LA PENA QUE DA EL APARTAMIENTO DE TODAS LAS COSAS

Acuérdate, pues, ahora, hermano mío, que eres cristiano y que eres hombre. Por la parte que eres hombre, sabes cierto que has de morir, y por la que eres cristiano, sabes también que has de dar cuenta de tu vida acabando de morir. En esta parte no nos deja dudar la fe que profesamos, ni en la otra la experiencia de lo que vemos. Así que no puede nadie excusar este trago, que sea rey, que sea papa.

Día vendrá en que amanezcas y no anochezcas, o anochezcas y no amanezcas. Día vendrá, y no sabes cuándo, si hoy, si mañana, en el cual tú mismo, que estás ahora leyendo esta escritura, sano y bueno de todos tus miembros y sentidos, midiendo los días de tu vida conforme a tus negocios y deseos, te has de ver en una cama con una vela en la mano esperando el golpe de la muerte y la sentencia dada contra todo el linaje humano, de la cual no hay súplica ni apelación.

La hora de la muerte es incierta. Considera, pues, primeramente cuán incierta sea esta hora, porque ordinariamente suele venir al tiempo que el hombre está más descuidado y menos piensa que ha de venir, echando sus cuentas y haciendo sus trazas para adelante. Y por esto se dice que viene como ladrón, el cual suele venir al tiempo que los hombres están más seguros y más dormidos.

Antes de la muerte precede la enfermedad grave que la ha de causar, con todos los accidentes, dolores, hastíos, tristezas, medicinas, molestias y noches largas que allí nos han de fatigar; lo cual todo es camino y disposición para morir. Porque así como antes de entrarse por fuerza un castillo suele preceder una recia batería que atormenta y finalmente derriba los muros por tierra, y tras de esto es luego entrado y conquistado, así suele preceder a la muerte una gravísima enfermedad, la cual de tal manera bate noche y día sin parar las fuerzas naturales y los miembros principales de nuestro cuerpo, que el alma, no

pudiéndose ya más defender ni conservar en ellos, los desampara y se va.

Considera, pues, los accidentes y paroxismos de aquella hora: cómo el cuerpo queda desamparado de su calor, los miembros sin fuerzas y sin movimiento, como si fuesen de piedra; las partes altas y extremidades frías, la cara demudada, el color de plomo, las cuencas de los ojos hundidas y los ojos vidriados, la boca llena de espumas, la lengua gruesa y la garganta adelgazada. Mira también cómo el pecho con ansias se despedaza, los labios se vuelven azules y los dientes pardos, y, finalmente, resolviéndose todo el cuerpo y desamparándole el alma con tristísimos suspiros, el hombre queda hecho un costal de tierra.

El anuncio de la muerte. El primer golpe con que suele herir la muerte es el temor del morir. Recia cosa es ésta para el que ama la vida. Duele tanto esta palabra, que muchas veces la disimulan los amigos de la carne, aunque sea con perjuicio del alma miserable. Esforzado ánimo tenía el rey Saúl; mas después que le apareció aquella sombra de Samuel (I Rey. 28, 20) y le dijo cómo había de morir en la batalla y, al cabo, añadió diciendo: Mañana tú y tus hijos os veréis acá conmigo, fué tan grande el temor y espanto que recibió, que a la hora, perdido todo el esfuerzo, cayó en tierra como muerto. Pues ¿qué sentirá el amador de esta vida cuando le den a él semejante nueva que ésta?

El dolor de la separación. Allí luego se representa el apartamiento y destierro perpetuo de este mundo y de todo cuanto hay en él. Allí verá el hombre cómo es ya llegada su hora y cómo amaneció ya aquel día por su casa en que se ha de apartar de todo lo que amaba en esta vida. El cuerpo morirá una vez, mas el corazón morirá tantas veces cuantos amores de cosas piensa perder, pues entre todas ellas y él pondrá la muerte cuchillo de división.

Si se tiene por grande mal el destierro de la patria y de los aires en que el hombre se crió, pudiendo el desterrado llevar consigo todo lo que ama, ¡cuánto mayor será el destierro universal de todas las cosas, de la casa, y de la hacienda, y de los amigos, y del padre, y de la madre, y de los hijos, y de esta luz y aire común, y, finalmente, de todas las cosas! Si un buey da bramidos cuando lo apartan del otro buey con quien araba, ¡qué bramido será el de tu corazón cuando te aparten de todos aquellos con cuya compañía trajiste a cuestas el yugo de las cargas de esta vida!

Tanto más suele doler la muela al tiempo de sacar, cuanto más encarnada estaba en las encías. Pues como el corazón del malo esté tan arraigado en el amor de las cosas de esta vida, cuando piensa que es llegada ya la hora en que se ha de apartar de cada una de ellas, con cada cual hace su llanto y de cada una se despide con dolor. Entonces las cosas más amadas hieren más agudamente el corazón, y lo que suele ser consuelo de los trabajos, en aquella hora es verdugo más cruel.

Cuenta San Agustín que, al tiempo que deliberaba apartarse del mundo y de todos sus deleites, que le parecía que todos ellos se le ponían delante y le decían: ¿Cómo? ¿Y para siempre nos has de dejar? ¿Y nunca más nos has de ver? Pues mira tú qué sentirá un corazón de carne cuando las cosas que más amaba se le pongan en aquella hora delante y se vea despojar de todas, de tal manera que le sea forzado decir: Ya no habrá más mundo para mí, ni más aire ni más cielo para mí, ni más hijos y mujer y regalos para mí. Del todo quedo desnudo, de todo me ha de despojar ahora la muerte. Llegada es ya mi vez, cumplido es el día de mis días; ahora moriré a todas las cosas y todas ellas a mí. Pues, ¡oh mundo!, quedaos adiós. Heredades y haciendas mías, quedaos adiós. Amigos y mujer e hijos míos, quedaos adiós, que ya en carne mortal no nos veremos jamás.

¡Oh cuán amargo será aquel apartamiento, donde no te podrán consolar las riquezas, mas antes te darán mayor congoja; no te podrán valer las honras, mas con tanto dolor las dejarás cuanto con mayor codicia las adquiriste, y de los deleites pasados no te quedará otra cosa sino sólo remordimiento de conciencia!

Pues ¿qué harás en aquel trance? ¿Qué tal estará allí tu alma? Salir del cuerpo ha de serle intolerable, quedar en él es imposible, dilatar la salida no le será concedido. Ni tampoco podrá tornar a los acostumbrados deleites de los sentidos, ya insensibles; mas, volviendo a sí misma, se espantará de su propia fealdad, y si posible fuese, de sí misma querría huir. Verse ha rodeada de espantables monstruos, conviene saber, de sus pecados, de los cuales a doquiera que se vuelva será perseguida. Todo lo pasado le parecerá un soplo; lo venidero conocerá que es infinito y no sabrá si será bueno o malo. Entonces podrá bien decir con el Profeta: Cercáronme dolores de muerte y peligros del infierno me han salteado.

De esta manera viene el hombre a pagar en la salida de la vida las angustias ajenas con que entró en ella, padeciendo los dolores, al tiempo de salir, que su madre padeció al tiempo de parir. Y así concuerda muy bien la

entrada con la salida, pues la una y la otra es con dolores, aunque la una con los ajenos y la otra con los propios.

CAPITULO III

Del horror de la sepultura

Salida ya el alma de las carnes, aun te quedan dos caminos por andar, el uno acompañando el cuerpo hasta la sepultura y el otro siguiendo el alma hasta la determinación de su causa, considerando lo que a cada una de estas partes acaecerá.

Mira, pues, cuál queda el cuerpo después que su alma lo desampara, y cuál es aquella noble vestidura que le aparejan para enterrarlo, y cuán presto procuran echarlo de casa. Considera su enterramiento, con todo lo que en él pasará: el doblar de las campanas, el preguntar todos por el muerto, los oficios y cantos dolorosos de la Iglesia, el acompañamiento y sentimiento de los amigos y, finalmente, todas las particularidades que allí suelen acaecer, hasta dejar el cuerpo en la sepultura, donde quedará sepultado en aquella tierra de perpetuo olvido.

En la sepultura. Ve, pues, que la mejor suerte que le puede caber al cuerpo no es más que una pequeña sepultura.

Maravíllate de tan baja suerte como ésta, porque, considerando por una parte la estima en que él tenía a su cuerpo y viendo por otra a cuán bajo y miserable lugar ha de venir a parar, no acaba de maravillarse de esto. Mira cuán estrecha es aquella casa que se apareja en la tierra, cuán oscura, cuán hedionda, cuán acompañada de gusanos y de huesos y calaveras de muertos y cuán horrible aun de sólo mirar a los vivos. Y cómo ve que aquel cuerpo a quien él solía tratar con tanto regalo, y aquel vientre a quien él tenía por su dios, y aquel paladar a cuyos deleites servían la mar y la tierra, y aquella carne para quien se tejía el oro y la seda y se aparejaba la cama blanda, ha de ser echada en tan miserable muladar, y allí ha de ser pisada y comida de gusanos, y allí ha de venir a tener la misma figura que tiene un rocín que se muere por esos campos, que el caminante se tapa las narices y se da prisa a caminar por no olerlo.

Después de sepultado. Y según vemos que se muda el curso de las cosas humanas, podrá ser que algún tiempo venga a hacerse algún edificio par de tu sepultura, por muy esclarecida que sea, y que saquen de ella tierra para hacer una pared; y vendrá tu pobre cuerpo hecho tierra a ser después una tapia, aunque ahora sea el más noble y regalado del mundo. Si no, dime cuántos cuerpos de reyes y emperadores habrán venido a parar en esta dignidad.

En polvo te volverás. No es de los sabios maravillarse, y la costumbre de cada día quita a las cosas grandes su admiración; y con todo esto, se maravillaba aquel gran Sabio de esta miseria, aunque tan cotidiana y tan usada, cuando decía (Ecl. 2, 11): Si de una manera muere el hombre y la bestia, ¿qué me aprovecha haber trabajado más en buscar la sabiduría?

Si el cuerpo en este apartamiento viniera a parar en alguna cosa que fuera de precio o de provecho, parece que fuera esto alguna manera de consuelo. Mas esto es cosa de admiración que venga a parar una tan excelente criatura en la más deshonrada y abominable cosa del mundo.

Esta es aquella gran miseria de que con mucha razón se maravillaba el santo Job (14, 7) cuando decía: El árbol después de cortado tiene esperanza de revivir y volver a reverdecer. Y si envejeciere en la tierra su raíz y el tronco estuviere muerto en el polvo, con la frescura del agua vuelve a retoñar y a criar hojas como cuando de nuevo fué plantado. Mas el hombre, después de muerto, y despojado, y consumido, ruégote que me digas, ¿en qué viene a parar?

Grande fué, sin duda, el tributo que se cargó sobre los hijos de Adán por el pecado. Bien entendió aquel eterno Juez la penitencia que daba al hombre cuando dijo (Gén. 3, 19): Polvo eres y en polvo te volverás.

CAPITULO IV

De cómo se conocen aquí los yerros y ceguedad de la vida pasada

Tras de esta congoja se sigue otra no menor, especialmente en aquellos que han vivido mal, que es venir a caer tan tarde en la cuenta de su engaño y en los yerros de la vida pasada.

¡Oh, cuán confusos se hallarán allí los malos cuando les abra los ojos el dolor de la pena, los cuales había cegado antes el sabor de la culpa! ¡Qué claro verán entonces cuán falsos eran aquellos dioses a quien servían, y cuán engañosos aquellos bienes tras que andaban, y cómo por el camino que pensaban hallar descanso hallaron su perdición!

Venían los criados del rey de Siria a prender al profeta Eliseo (IV Rey. 6, 18), y como Dios los cegase a todos por la oración del profeta, después de ya ciegos, díjoles: Andad acá conmigo, y mostraros he lo que venís a buscar. Y dicho esto, llevólos en pos de sí hasta Samaria y púsolos en la plaza de la ciudad en medio de todos sus enemigos, e hizo otra vez oración y dijo: Abre, Señor, los ojos de estos miserables, para que vean adónde están. Pues cuando éstos abriesen los ojos y viesen adónde habían venido a parar, creyendo que iban a hallar buen recaudo de lo que buscaban, ¡qué espantados quedarían y qué confusos!

Pues ¿qué cosa puede representar más al propio el discurso y los engaños de nuestra vida? Todos andamos en este mundo por el camino de nuestros apetitos y codicias; unos a buscar oro, otros honra, otros deleites, otros oficios y dignidades, y a cada uno le parece que va bien encaminado, y que si hallare lo que busca, que tendrá luego su paraíso y descanso. Mas al cabo de la jornada, como no nos hallamos alcanzados de cuentas, conocemos claramente nuestro engaño y vemos que por el camino que pensábamos hallar el descanso hallamos nuestra perdición.

¡Oh miserables de nosotros, qué ciegos andamos ahora y qué ojos tendremos entonces! ¡Cuán diferentes serán allí los juicios y cuán otros los pareceres! Allí veremos cuán miserable cosa sea todo lo que hay en este mundo, cuán falsos sus bienes, cuán vanas sus esperanzas, cuán desvariados sus caminos, cuán mentirosas sus promesas, cuán amargos sus placeres y cuán breve su gloria. Allí conoceremos, aunque tarde, cómo sus riquezas eran espinas, y sus deleites ponzoña, y, finalmente, cómo, cerrados los ojos sin saber adónde íbamos, al cabo de la jornada nos hallamos en la plaza de Samaria y en la tela del juicio divino, cercados de nuestros enemigos, que son los demonios y los pecados.

Lamentable ceguedad.

¡Oh cuán confusos se hallarán los malos en aquella hora y cuán burlados! ¡Cuán de veras podrá cada uno decir allí: ¡Miserable de mí!, ¿qué provecho me traen ahora todos mis placeres pasados, sino tener indignado contra mí para esta hora el Juez que me ha de sentenciar?

Ya los placeres se acabaron y no quedan de ellos ni reliquia ni memoria para hecho de alegrarme, no más que si nunca fueran; y, por otra parte, quedan como espinas que atraviesan mi corazón, y hacen mi causa dudosa, y atormentan ahora mi alma, y por ventura para siempre la atormentarán. Este es el fruto que he cogido de mis deleites, ésta es la dentera que me causan ahora mis golosinas pasadas. Los deleites ya dejaron de ser: fuéronse y nunca más volverán, y por ventura, por deleites que duraron un punto, se me apareja eterno tormento.

Pues ¿qué ceguedad pudo ser mayor? ¡Cuánto mejor me fuera nunca haber nacido que haber ofendido a quien para esta hora tanto había menester! ¡Cuánto mejor fuera que la tierra se abriera y me tragara antes que pensara ofenderle! ¡Oh día desdichado, oh hora malaventurada en que yo, Señor, te ofendí! ¿Cómo no miré por esta hora? ¿Cómo no me acordé de este juicio? ¿Cómo se cegaron mis ojos con tan pequeño resplandor? ¿Este es el camino que yo tenía por acertado? ¿En esto paran las honras del mundo? ¿Tan poco vale para esta hora todo lo que en él se estima?

El temor de la cuenta. De esta congoja se sigue otra no menor, que es el temor de la cuenta que se ha de pedir. Este es uno de los mayores trabajos que allí se pasan. Porque demás de ser cosa tan temerosa entrar en juicio con Dios, acrecientan los mismos demonios este temor en aquella hora, los cuales antes lo deshacían con la esperanza de la misericordia divina. Allí traen a la memoria la grandeza de los juicios de Dios y de su justicia, la cual muestran ser tan grande, que a su mismo Hijo no perdonó por los pecados ajenos (Lc. 23, 31). Pues si esto se hace en el madero verde, en el seco—dicen—, ¿qué se hará?

Allí, pues, comenzará el malo a temblar y decir entre sí: ¡Miserable de mí! Si es verdad lo que toda la Escritura clama, que Dios ha de dar a cada uno según sus obras, yo, que tan malas tengo hechas, ¿qué espero recibir? Si el evangelista dice que conforme al fruto que diere el árbol así será juzgado (Mt. 3, 10), quien tan malos frutos tiene dados como yo, ¿qué juicio puede esperar? Si el Profeta dice (Salm. 23, 4) que no subirá al monte de Dios sino el que tuviere las manos inocentes y el corazón limpio, yo, que tan malas manos he tenido y tan sucio corazón, ¿adónde iré? Si el Sabio dice (Prov. 28, 9) que el que cierra sus orejas por no oír la ley, que él clamará y no será oído, ¿qué espera quien tan cerradas las ha tenido para Dios y tan abiertas para las mentiras del mundo?

Pues, ¡oh Dios mío!, ¿con qué cara pareceré ahora delante de ti y te pediré que me oigas, pues tú tantas veces me llamaste y no te oí? ¿Cómo te pediré que me recibas en tu casa, pues tú tantas veces llamaste a la mía y te di con las puertas en la cara? ¿Cómo te hallaré yo ahora al tiempo del menester, pues tú tantas veces me hubiste menester y no me hallaste? ¿Con qué título te pediré al cabo de la jornada que me des el cielo, habiendo empleado toda la vida en servicio de tu enemigo?

¡Oh, cuán justamente me podrás, Señor, allí decir: Al mundo y al demonio serviste: ve a ésos que te den el galardón! De esta manera respondió el profeta Eliseo al rey Acab, el cual, habiendo empleado toda la vida en servicio y culto de los ídolos, en el tiempo de la necesidad se acogió al profeta de Dios para que le diese remedio. Al cual el santo profeta respondió (IV Rey. 3, 13): ¿Qué tienes tú que ver conmigo, rey Acab? Corre, ve a los profetas de tu padre y madre, a quien has seguido, y pídeles que te den remedio.

Todos imitamos a este mal rey en vida y en muerte. En la vida servimos al mundo y en la muerte llamamos a Dios. Pues ¿qué respuesta esperamos en aquella hora, sino la que tiene él respondido en semejante causa?: ¿Qué tienes tú que ver conmigo, pues que nunca me serviste? Corre, ve a los consejeros que seguiste y a los ídolos a quien amaste, y serviste, y adoraste, y diles que te den el pago de tu servicio. Cuando clamares, dice Dios por Isaías (57, 13), que vengan a socorrerte tus valedores, a los cuales todos se llevará el viento y soplará el aire.

La angustia del espíritu. Aquí, pues, te parecerá que estás presente en el juicio de Dios y que todos tus pecados te están acusando y poniendo demanda delante de Él. Aquí verás abiertamente cuán grandes males eran los que tú tan fácilmente cometías y maldecirás muchas veces el día en que pecaste y el deleite que te hizo pecar. Aquí no acabarás de maravillarte de ti mismo viendo cómo por cosas tan livianas cuales eran las que desordenadamente amabas te pusiste en peligro de padecer dolores tan grandes como allí comenzarás a sentir. Porque como los deleites sean ya pasados y el juicio de ellos comience ya a parecer, lo que de suyo era poco y deja de ser, parece nada; y lo que de suyo es mucho y está presente, parece más claro lo que es.

Pues como tú veas que por cosas tan vanas estás en términos de perder tanto bien y mirando a todas partes te veas de todas cercado y atribulado, porque ni queda más tiempo de vida ni hay más plazo de penitencia, y el

curso de tus días es ya fenecido, y ni los amigos ni los ídolos que adoraste te puedan allí valer, antes las cosas que más amabas y preciabas te han de dar allí mayor tormento, dime, ruégote: cuando te veas en este trance, ¿qué sentirás, adónde irás, qué harás, a quién llamarás? Volver atrás es imposible, pasar adelante es intolerable, estarse así no se concede: pues ¿qué harás?

Entonces, dice Dios por el profeta (Am. 8, 9), se pondrá el sol a los malos en medio del día, y haré que se oscurezca la tierra en día claro, y convertiré sus fiestas en llanto y sus postrimerías en día amargo. ¡Qué palabras éstas tan para temer! Entonces, dice, se les pondrá el sol en medio del día; porque representándose a los malos en aquella hora la muchedumbre de sus pecados y viendo que la justicia de Dios les comienza ya a cerrar los términos de la vida, vienen muchos de ellos a tener tan grandes temores y desconfianzas, que les parece que están ya desahuciados de la misericordia divina. Y estando aún en medio del día, esto es, dentro del término de la vida que es tiempo de merecer y desmerecer, les parecerá que para ellos no hay lugar de mérito ni de demérito, sino que todo les está ya como cerrado.

Poderosa es la pasión del temor, la cual de las cosas pequeñas hace grandes y de las ausentes presentes. Y si esto hace a las veces un temor liviano, ¿qué hará entonces el temor de tan justo y verdadero peligro?

Vense en esta vida aun entre sus amigos, y paréceles que ya comienzan a sentir el dolor de los condenados. Juntamente les parece que están vivos y muertos; y doliéndose de los bienes presentes que dejan, comienzan a padecer los males venideros que barruntan. Tienen por dichosos a los que acá se quedan, y créceles con esta envidia la causa de su dolor.

Pues entonces se les pondrá el sol en medio del día, cuando a doquiera que volvieren los ojos, les parecerá que por todas partes les está cerrado el camino del cielo y que ningún rayo se les descubre de luz. Porque si miran a la misericordia de Dios, paréceles que la tienen desmerecida; si a la justicia, paréceles que viene ya a dar sobre su cabeza y que hasta allí ha sido su día y que desde allí comienza ya a ser el día de Dios.

Si miran a la vida pasada, casi toda ella los está acusando; si al tiempo presente, ven que se están muriendo; si un poco más adelante, paréceles que ven al Juez que los está esperando. Pues entre tantos objetos y causas de temor, ¿qué harán, adónde irán?

Dice más: que se les convertirá en tinieblas la luz en el día claro. Quiere decir que las cosas que les solían dar

antes mayor alegría, entonces les darán mayor dolor. Alegre cosa es para el que vive la vista de sus hijos, y de sus amigos, y de su casa y hacienda, y de todo lo que ama. Mas entonces se convertirá esta luz en tinieblas; porque todas estas cosas darán allí mayor tormento y serán más crueles verdugos de sus amadores. Porque natural cosa es que así como la posesión y presencia de lo que se ama da alegría, así el apartamiento y la pérdida da dolor. Y por esto quitan a los dulces hijos de la presencia del padre que se está muriendo y se esconde la buena mujer en este tiempo, por no dar y tomar tan crueles dolores con su presencia. Y con ser la partida para tan lejos y la despedida para tan largo camino, no deja guardar el dolor los términos de la buena crianza ni da lugar al que se parte para decir a los amigos: Quedaos adiós.

Si tú has llegado a este punto, en todo esto verás que digo verdad; mas si aun no has llegado a él, cree a los que por aquí han pasado, pues, como dice el Sabio, los que navegan la mar cuentan los peligros de ella.

Vanos deseos de penitencia.

Aquí comienza ya el hombre a desear espacio de penitencia, y parécele que si se lo diesen que no se contentaría con cualquier penitencia, sino que haría la más áspera vida del mundo. Y como ve que no se lo dan y se acuerda del tiempo y de los aparejos que antes tuvo para esto y cómo los dejó pasar en vano, duélese en gran manera de esta pérdida y conoce que tal castigo merece quien tan mal cobro puso en lo que tenía.

¡Oh, a cuántos de nosotros acaece esta misma burla, que gastamos el tiempo que Dios nos da en vanidades y burlerías y después viene a faltarnos cuando más era menester! Y así, nos acaece como a los pajecillos o mozos de palacio, que les dan una vela para acostarse y ellos gástanla en jugar toda la noche y después vienen a acostarse a oscuras.

CAPITULO V

De la agonía de la muerte

Llega ya la enfermedad a lo postrero, y comienza la Iglesia a ayudar entonces a sus hijos con oraciones y sacramentos y con todo lo que puede. Y porque la necesidad es

tan grande, pues en aquel punto se ha de determinar lo que para siempre ha de ser, dase prisa a llamar a todos los santos, para que todos nos ayuden en tan gran peligro. ¿Qué otra cosa es aquella letanía que allí se manda rezar sobre el que muere, sino que la Iglesia, como piadosa madre, congojada por el peligro de su hijo, llama a todas las puertas del cielo y da voces a todos los santos para echarlos por rogadores ante el acatamiento divino por la salud de aquel necesitado?

Luego el sacerdote unge todos los sentidos y miembros del doliente con aquel sagrado óleo, pidiendo a Dios le perdone todo lo que pecó con cualquiera de ellos. Y así, ungiendo los ojos, dice: Por esta unción y por su divina misericordia te perdone Dios todo lo que pecaste con la vista. Y de esta manera unge todos los demás. Pues si el pecador miserable ha sido suelto de la vista, o de la lengua, o de alguno de los otros sentidos, y si se le representan en aquella hora todas estas solturas pasadas, y ve el poco fruto que le queda en las manos de ellas, y el aprieto en que allí se ve por ellas, ¿cómo podrá dejar de sentir entrañable dolor? ¡Qué diera por nunca haber alzado los ojos del suelo ni haber abierto la boca por hablar palabra!

Las angustias de la partida. Tras de esto llega la agonía de la muerte, que es la mayor de las batallas de la vida, cuando ya encienden la candela, y comienzan a aparejar el hábito o la mortaja, y dicen al doliente que es llegada la hora de la partida, que comience a encomendarse a Dios y a llamar a su bendita Madre, que suele socorrer en aquella hora a los que la llaman; cuando ya comienzan a sonar en las orejas del enfermo los gritos y gemidos de la pobre mujer, que comienza a sentir los daños de la nueva viudez y soledad; cuando ya comienza a despedirse el alma de las carnes, y al tiempo del despedirse, cada uno de los miembros hace sentimiento por su salida. Entonces es cuando se renuevan los cuidados del alma; entonces es cuando ella está batallando y agonizando, no tanto por la salida cuanto por la hora de la cuenta que se le viene acercando.

Aquí es el temer y temblar, aun de los muy esforzados. Estando en este paso el bienaventurado Hilarión, comenzó a temblar y rehusar la salida, y él esforzábase diciendo: Sal fuera, alma, sal fuera, ¿de qué temes? Setenta años ha que sirves a Cristo, ¿y aun temes la muerte?

Pues si temía esta salida quien tantos años había servido a Cristo, ¿qué hará quien ha por ventura otros tantos que le ofende? ¿Adónde irá? ¿A quién llamará? ¿Qué consejo tomará?

¡Oh si pudiesen los hombres entender hasta dónde llega esta perplejidad y congoja! Ruégote que imagines ahora qué tal estaría el corazón del patriarca Isaac (Gén. 22, 9) cuando su padre lo tenía sobre la leña atado de pies y manos para haberlo de sacrificar. Encima de sí veía relucir el cuchillo del padre; debajo de sí veía arder la llama del fuego; los mozos que lo pudieran socorrer habíanse quedado a la subida del monte; él tenía atados los pies y las manos para no poder huir ni defenderse. Pues ¿qué tal estaría entonces el corazón de este santo mozo cuando así se viese? Sin duda, muy afligido y apretado.

Pues de esta manera has de imaginar que está cercada el alma del malo en aquella hora, sino que el conflicto y el peligro sin ninguna comparación es mayor. A ninguna parte volverá los ojos que no vea causas de turbación y de temor. Si mira hacia arriba, ve la espada de la divina justicia que le está amenazando; si mira hacia abajo, ve la sepultura abierta que le está esperando; si mira dentro de sí, ve la conciencia que le está remordiendo; si mira al derredor de sí, barrunta que están allí los ángeles y los demonios aguardando y esperando cada una de las partes a quién ha de caber la presa. Si vuelve los ojos hacia atrás, ve cómo ya los criados y los parientes y los bienes de esta vida se quedan acá y no son parte para socorrerle, pues él sólo sale de esta vida y todo lo demás se queda en ella.

Finalmente, si después de todo esto vuelve los ojos hacia dentro y se mira a sí mismo, espantarse ha de verse tal, y si posible fuese, querría echar a huir de sí. Salir del cuerpo es intolerable; quedarse en él es imposible; dilatar la salida no le es concedido. Lo pasado le parecerá un soplo, y lo venidero, como ello es, infinito. Pues ¿qué hará el miserable cercado de tantas angustias?

¡Oh locura y ceguedad de los hijos de Adán, que para tal trance como éste no se quieren proveer!

CAPITULO VI

De la fealdad del cuerpo muerto, del enterramiento y de la sepultura

Finalmente, acabada ya esta tan larga contienda, arráncase el alma de las carnes, y sale de su antigua morada, y queda el cuerpo despojado de todo el bien que tenía.

Ahora consideremos cuál sea la suerte que a cada una de estas dos partes le ha de caber. Primeramente considera qué tal queda el cuerpo después que el alma se parte de él. ¿Qué cosa más estimada que el cuerpo de un príncipe cuando vive y qué cosa más desestimada y más vil que el mismo cuerpo cuando muere? ¿Dónde está aquella antigua majestad, aquella gentileza, aquella autoridad, aquel temblar todos delante de él y aquel hablarle de rodillas y con tantas reverencias? ¡Qué presto se deshace toda aquella pompa, como si fuera una cosa de sueño o un negocio de farsa que se deshace en una hora!

Luego se apareja la mortaja, que es la más rica joya que se puede sacar de esta vida, con la cual se hace pago al más rico de los hombres en aquella hora. Esto sería bien que mirasen todos los avarientos y los que tienen al dinero por dios, cuya ceguedad y locura reprende el Profeta por estas palabras (Salm. 48, 17): No temas cuando el hombre enriqueciere mucho y cuando vieres que se multiplica la gloria de su casa, porque cuando muriere, no llevará consigo sus cosas ni descenderá con él su gloria.

La sepultura. Luego abren un hoyo de siete u ocho pies en largo, aunque sea para Alejandro Magno, que no cabía en el mundo, y con sólo esto se da allí el cuerpo por contento. Allí le dan casa para siempre, allí toma solar perpetuo en compañía de los otros muertos, allí le salen a recibir los gusanos y allí, finalmente, lo depositan en una pobre sábana, cubierto el rostro con un sudario y atados los pies y manos en balde, porque bien seguro está que no huirá de la cárcel ni se defenderá de nadie. Allí lo recibe la tierra en su regazo, y le dan paz los huesos de los finados, y le abrazan los polvos de sus antepasados, y le convidan a aquella mesa y a aquella casa, que está constituída para todo viviente.

Y la postrera honra que le puede hacer el mundo en aquella hora es echarle encima una capa de tierra y cobijarle muy bien con ella, para que no vean las gentes su hediondez y su deshonra. Y el mayor beneficio que le puede allí hacer el mayor de sus amigos es honrarle con un puñado de tierra. Y por esto, los fieles suelen usar de esta ceremonia con los difuntos, por que Dios depare quien haga con ellos otro tanto. ¿Qué mayor confesión se puede tomar de nuestra miseria que ver aquí los hombres prevenirse con tiempo para no carecer de un tan pequeño beneficio? ¡Oh avaricia de vivos y pobreza de muertos! ¿Cómo desea tanto para tan breve vida quien con tan poco espera contentarse en aquella hora?

Luego, el enterrador toma la azada y pisón y comienza

a trastornar huesos sobre huesos y tapiar encima la tierra muy tapiada. De manera que el más lindo rostro del mundo, y más curado, y más guardado de sol y aire andará allí debajo del pisón del rústico cavador, que no tiene empacho de darle con él en la frente, y quebrarle los cascos, y sumirle los ojos y las narices, por que quede bien acompañado de tierra. Y sobre el otro gentilhombre que cuando vivía no le había de tocar el aire ni caer un pelico en la ropa, sin que luego anduviese la escobilla por encima, echarán aquí un muladar de basura. Y el otro que andaba lleno de ámbar y olores se verá aquí cubierto de hediondez y de gusanos.

Este es el paradero de las galas y de la gloria del mundo. De esta manera lo dejarán aposentado sus amigos en aquella casa tan estrecha, en aquella tierra de olvido y en aquella cárcel tenebrosa, en la cual queda acompañado de perpetua soledad.

¡Oh mundo!, ¿y qué es de tu gloria? ¡Riquezas!, ¿qué es de vuestro poder? ¡Amigos!, ¿dónde me habéis dejado? ¿Cómo desapareció tan presto una tan antigua compañía? ¿Cómo se deshizo tan presto la rueda de tan grande felicidad?

Provechosa meditación.

¡Oh, cuantas veces, dice un sabio, me acaece entrar en los sepulcros donde están algunos cuerpos de muertos y, maravillado y atónito de lo que veo, pongo los ojos en aquella figura, meneo los huesos, junto las manos, concierto los labios y póngome a decir entre mí: Mira aquellos pies, cuántos caminos anduvieron; aquellas manos, cuánto apañaron y guardaron; aquellos ojos, cuántas vanidades miraron; para aquella boca, cuántas golosinas se guisaron; aquellos huesos de la cabeza, cuántas torres de viento fabricaron; por el deleite de aquellos polvos y pellejos tan sucios, cuántos pecados se hicieron, por los cuales el alma de este cuerpo, por ventura, estará ahora penando para siempre!

Salgo después de aquel lugar atónito, y encontrado con algunos hombres, pongo los ojos en ellos y miro que éstos también, y yo con ellos, nos hemos de ver presto de aquella manera y en aquella misma vileza.

Pues, ¡oh miserable de mí!, ¿para qué son las riquezas, si aquí me tengo de ver tan desnudo? ¿Para qué las galas y atavíos, pues aquí me tengo de ver tan feo? ¿Para qué los deleites y las comidas, pues aquí tengo de ser manjar de gusanos?

CAPITULO VII

De la muerte de los justos

La muerte de los justos, ¡cuán ajena está de todos estos males! Porque así como el malo recibe aquí el castigo de sus maldades, así el bueno, el galardón de sus merecimientos, según aquello del Eclesiástico que dice (1, 13): El que teme a Dios irá bien en sus postrimerías y en la hora de la muerte será bendito; esto es, será enriquecido y galardonado por sus trabajos.

Y esto es lo que más claramente significó el evangelista San Juan en el Apocalipsis (14, 13). El cual dice que oyó una voz del cielo que le dijo que escribiese, y las palabras que le mandó escribir eran éstas: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Porque luego les dice el Espíritu Santo que descansen ya de sus trabajos, porque sus buenas obras van en seguimiento de ellos.

Pues el justo que esta palabra tiene de Dios, ¿cómo desmayará en esta hora viendo que va a recibir lo que procuró toda la vida? Pues por esto se escribe en el libro de Job, hablando del justo, que a la hora de la tarde le saldrá el resplandor del mediodía, y cuando le pareciere que estaba consumido, resplandecerá como lucero. Sobre las cuales palabras dice San Gregorio que por esto amanece este resplandor al justo en la hora de la tarde, porque a la hora de su muerte reconoce la claridad y gloria que le está aparejada, y así, en el tiempo que los otros se entristecen y desmayan, está él en Dios consolado y confiado. Así lo testifica Salomón en sus Proverbios diciendo: Por su malicia será desechado el malo; mas el justo, a la hora de muerte estará confiado.

La confianza del justo. Si no, dime: ¿qué mayor confianza que la que el bienaventurado San Martín tenía a la hora de su muerte, el cual, viendo ante sí al demonio, dijo estas palabras: ¿Qué haces aquí, bestia sangrienta? No hallarás en mí cosa muerta en que te puedas cebar; y por esto el seno de Abrahán me recibirá en paz.

¿Qué mayor confianza, otrosí, que la que en este mismo paso tenía nuestro padre Santo Domingo, el cual, viendo a sus frailes llorar por su partida y por la falta que les ha-

cía, les consoló y esforzó diciendo: No os desconsoléis, hijos míos, porque en el lugar donde voy os seré más provechoso? Pues ¿cómo podía en aquel trance desconsolarse ni temer la muerte quien tenía la gloria por tan suya, que no sólo esperaba alcanzarla para sí, sino también para sus hijos?

No teme la muerte. Pues, por esta causa, los justos no tienen por qué temer la muerte, antes mueren alabando y dando gracias a Dios por su acabamiento, pues en él acaban sus trabajos y comienza su felicidad. Y así dice San Agustín sobre la epístola de San Juan: El que desea ser desatado y verse con Cristo no se ha de decir de él que muere con paciencia, sino que vive con paciencia y muere con alegría.

Así que el justo no tiene por qué entristecerse ni temer la muerte; antes con mucha razón se dice de él que muere cantando como cisne, dando gloria a Dios por su llamamiento. No teme la muerte, porque temió a Dios, y quien a este Señor teme, no tiene más que temer. No teme la muerte, porque temió la vida; porque los temores de la muerte efectos son de mala vida. No teme la muerte, porque toda la vida gastó en aprender a morir y en aparejarse para morir; y el hombre bien apercibido no tiene por qué temer a su enemigo. No teme la muerte, porque ninguna otra cosa hizo en la vida sino buscar ayudadores y valedores para esta hora, que son las virtudes y buenas obras. No teme la muerte, porque tiene al juez granjeado y propicio para este tiempo con muchos servicios que le ha hecho.

Finalmente, no teme la muerte, porque al justo la muerte no es muerte, sino sueño; no muerte, sino mudanza; no muerte, sino último día de trabajos; no muerte, sino camino para la vida y escalón para la inmortalidad; porque entiende que después de la muerte pasó por el veneno de la vida, perdió los resabios que tenía de muerte y cobró dulzura de vida.

Ni tampoco por todos los otros accidentes y compañeros de este paso, porque sabe que éstos son dolores de parto con que nace la eternidad, por cuyo amor tuvo la muerte siempre en deseo y la vida en paciencia.

No desmaya con la memoria de los pecados, porque tiene a Cristo por Redentor, a quien siempre agradó. No por el rigor del juicio divino, porque le tiene por abogado. No por la presencia de los demonios, porque le tiene por capitán. No por el horror de la sepultura, porque sabe que allí siembra el cuerpo animal, para que después nazca espiritual.

Pues si al fin se canta la gloria y el postrer día, como

dice muy bien Séneca, juzga de todos los otros días y da sentencia sobre toda la vida pasada, porque él es el que justifica o condena todos los pasos de ella, y tan pacífico y quieto es el fin de los buenos y tan congojoso y peligroso el de los malos, ¿qué más era menester que esta sola diferencia para escupir la mala vida y abrazar la buena? ¿Qué montan todos los placeres, toda la prosperidad, todas las riquezas y todos los regalos y señoríos del mundo si en fin vengo a ser despeñado en el infierno? Y ¿qué me pueden dañar todas las miserias de esta vida acabándola en paz y tranquilidad y llevando prendas de la gloria advenidera?

La verdadera sabiduría. Sea el malo cuan sabio quisiere en saber vivir, ¿para qué presta este saber sino para saber adquirir cosas con que te hagas más soberbio, más vano, más regalado, más poderoso para el mal, más inhábil para el bien y para que te sea tanto más amarga la muerte cuanto era más dulce la vida? Si seso hay en la tierra, no hay otro mayor que saber bien ordenar la vida para este fin. Pues el principal del sabio es saber ordenar convenientemente los medios para su fin.

Por donde si es sabio médico el que sabe ordenar la medicina para la salud, que es el fin de esa medicina, aquel será perfecta y absolutamente sabio que supiere ordenar su vida para la muerte; esto es, para la cuenta que se ha de dar en ella, a la cual se debe ordenar toda la vida

II.—DEL JUICIO

CAPITULO VIII

Del juicio particular

Ahora dejemos el cuerpo en el sepulcro y veamos el camino que lleva el alma por aquel nuevo mundo, que es como otro hemisferio, donde hay cielo nuevo y tierra nueva, y otra suerte de vida, y otro modo de entender y conocer.

Salida, pues, de la carne, entra en esta nueva región, por donde nunca jamás anduvieron los vivos, llena de es-

pantos y sombras de muerte. Pues ¿qué hará aquí el nuevo peregrino en tierra tan extraña, si no tiene merecida para este tiempo la guarda y la defensión angélica? ¡Oh alma mía!, dice San Bernardo, ¿cuál será aquel día cuando sola entrarás en aquella región no conocida, donde te saldrán al camino aquellos monstruos tan temerosos y tan terribles? ¿Quién volverá por ti? ¿Quién te defenderá? ¿Quién te librará de aquellos leones que rabian de hambre y están aparejados para tragar?

El temor del juicio. Temeroso es, por cierto, este camino, mas muy más temeroso es el juicio que allí se ha de celebrar. ¿Quién podrá declarar cuán estrecha sea la tela de este juicio, cuán derecho el juez, cuán solícitos los acusadores, cuán pocos los padrinos, cuán menuda la cuenta y cuán largo el proceso de nuestra vida?

Cuando algunas veces, pensando este artículo y confesión que yo mismo hago, se me ofrece a la memoria el día en que he de aparecer ante la presencia de Dios para ser juzgado, acontece desatinarme tanto, que no parece sino que desde ahora busco dónde esconderme, y póneseme tan grande confusión en el corazón y en la lengua y aun pienso que en el rostro, que muchas veces por grande espacio no lo puedo lanzar de mí; porque me parece que no he de tener lengua con qué responder, y que tenerla sería mucho mayor sin vergüenza; pues, hablando la verdad y estando en juicio donde no tiene lugar la mentira, no podría yo decir que creí verdaderamente, y si lo creí, fué con una fe muerta y desalmada, pues no quise recibir a Jesucristo Hijo de Dios vivo por mi señor, sino que le deseché y no hice caso de Él. Porque el no agradecer ni servir esta merced es como no quererla y desecharla.

Porque luego, después de la muerte, se sigue la cuenta y la tela de aquel juicio divino. El cual cuánto sea para temer no lo has de preguntar a los hombres del mundo, los cuales, así como moran en Egipto, que quiere decir tinieblas, así viven en intolerables errores y ceguedades. Si no, pregúntalo a los santos que moran en la tierra de Jesé (Ex. 10, 23), donde resplandece siempre la luz de la verdad; y ésos te dirán, no sólo por palabras, sino por obras, cuánto sea esta cuenta para temer.

Porque santo era David y, con todo esto, era tan grande el temor que tenía de esta cuenta, que hacía oración a Dios diciendo (Salm. 142, 2): No entres, Señor, en juicio con tu siervo, porque no será justificado ante ti ninguno de los vivientes. Y santo era también Arsenio, el cual, estando ya para morir, cercado de sus discípulos, comenzó a te-

mer este trance de tal manera, que los discípulos, entendiendo su temor, le dijeron: Padre, ¿y tú ahora temes? A los cuales respondió el santo varón: Hijos, no es nuevo en mí este temor, porque siempre viví con él. Y del bienaventurado Agatón se escribe que, estando en este paso con este mismo temor y preguntado por qué temía habiendo vivido con tanta inocencia, respondió que porque eran muy diferentes los juicios de Dios de los de los hombres.

Ante la justicia del Juez. Y si preguntares cuál sea la causa por donde los santos tuvieron tan gran temor en este paso, a esto responde San Gregorio en el cuarto libro *De los morales*, diciendo: Los santos varones, considerando atentamente cuán justo sea el Juez que les ha de tomar cuenta, cada día ponen ante los ojos el término de su vida y examinan con cuidado qué es lo que podrán responder al Juez en esta demanda. Y si por ventura se hallan libres de todas las malas obras en que pudieron caer, temen si por ventura lo están de los malos pensamientos que en cada momento el corazón humano suele representar. Porque aunque sea fácil cosa vencer las tentaciones de las malas obras, no lo es defenderse de la guerra continua de los malos pensamientos.

Y como quiera que en todo tiempo teman los secretos juicios de este tan justo Juez, entonces señaladamente los temen cuando se llegan ya a pagar la común deuda de la naturaleza humana y se ven acercar a la presencia de su Juez.

Y crece aún este temor cuando el alma se quiere ya desatar de la carne. Porque en este tiempo cesan los malos pensamientos y fantasías de la imaginación y ninguna cosa de este siglo se representa al que está ya casi fuera del siglo. De manera que entonces los que están muriendo solamente miran a sí y a Dios, ante quien se hallan presentes, y todo lo demás, como ya no es necesario, vienen a echar en olvido. Y si en este paso se acuerdan que nunca dejaron de hacer los bienes que entendían, temen si por ventura dejaron de hacer los que no entendían, porque no saben juzgarse ni conocerse perfectamente. Y por esto, al tiempo de la salida son combatidos con mayores y más secretos temores, porque ven que de ahí a un poquito espacio hallarán lo que para siempre nunca mudarán.

Hasta aquí son palabras de San Gregorio, las cuales bastantemente nos declaran cuánto más para temer sea esta cuenta y esta hora de lo que los hombres mundanos imaginan.

Ten compasión de ti mismo.

Pues si tan riguroso es este ejercicio y si tanto y con tanta razón le temieron los santos, ¿qué será justo que hagan los que no lo son, los que la mayor parte de la vida gastaron en vanidades, los que tantas veces despreciaron a Dios, los que tan descuidados vivieron de su salud y tan poca cuenta tuvieron con aparejarse para esta hora? Si tanto teme el justo, ¿qué debe hacer el pecador? ¿Qué hará la vara del desierto, cuando así se estremece el cedro del monte Líbano? Y si, como dice San Pedro (I, 4, 18), el justo apenas se salvará, el pecador y malo, ¿dónde parecerán?

Dime, pues: ¿qué sentirás en aquella hora, cuando, salido ya de esta vida, entres en aquel divino juicio solo, pobre y desnudo, sin más valedores que tus buenas obras y sin más compañía que la de tu propia conciencia, y esto en un tribunal tan riguroso, donde no se trata de perder la vida temporal, sino de vida y muerte perdurable?

Y si en la tela de este juicio te hallares alcanzado de cuentas, ¡cuáles serán entonces los desmayos de tu corazón! ¡Cuán confuso te hallarás y cuán arrepentido! Grande fué el desmayo de los príncipes de Judá (III Rey. 14, 25) cuando vieron la espada vencedora de Sesach, rey de Egipto, volar por las plazas de Jerusalén; cuando por la pena del castigo presente conocieron la culpa del yerro pasado. Mas ¿qué es todo esto en comparación con la confusión en que allí los malos se verán? ¿Qué harán? ¿Dónde irán? ¿Con qué se defenderán?

Lágrimas allí no valen; arrepentimientos allí no aprovechan; oraciones allí no se oyen; promesas para adelante allí no se admiten; tiempo de penitencia allí no se da; porque, acabado el postrer punto de la vida, ya no hay más tiempo de penitencia. Pues riquezas y linaje y favor de mundo, mucho menos aprovecharán; porque, como dice el Sabio (Prov. 11, 4), no aprovecharán las riquezas en el día de la venganza; mas la justicia sola librará de la muerte.

Pues cuando el alma miserable se vea cercada de tantas angustias, ¿qué hará sino decir con el Profeta (Salm. 114, 3): Cercado me han gemidos de muerte y dolores del infierno me han rodeado? ¡Oh miserable de mí, y en qué cerco me han puesto ahora mis pecados! ¡Cuán súbitamente me ha salteado esta hora! ¡Cuán sin pensarlo se ha llegado! ¿Qué me aprovechan ahora todas mis honras y dignidades pasadas? ¿Qué todos mis amigos y criados? ¿Qué todas las riquezas y bienes que poseí, pues ahora me han de hacer pago con siete pies de tierra y con una pobre mortaja? Y lo que peor es: que las riquezas han de quedar acá, para

que las desperdicien otros, y los pecados que hice en mal ganarlas han de ir conmigo allá, para que los pague yo.

¿Qué me aprovechan otrosí ahora todos mis deleites y contentamientos pasados, pues ya los deleites se acabaron y no quedan ahora más que las heces de ellos, que son los escrúpulos y el remordimiento de la conciencia, las espinas que atraviesan ahora mi corazón y para siempre lo atormentarán? ¿Cómo no me aparejé hasta ahora? ¡Cuántas veces me avisaron de esto y me hice sordo! ¿Por qué aborrecí la disciplina y no quise obedecer a mis maestros (Prov. 5, 12) ni hice caso de las voces de los que me enseñaban? En todo género de pecados he vivido en medio de la Iglesia y del pueblo.

Estas, pues, serán las ansias, las congojas y las consideraciones de los malos en esta hora.

Vive precavido. Pues por que tú, hermano mío, no te veas en este aprieto, ruégote ahora quieras, de todo lo que hasta aquí está dicho, considerar y retener estos tres puntos en la memoria. El primero sea considerar qué tan grande ha de ser la pena que a la hora de la muerte recibirás por todas las ofensas que hiciste contra Dios. El segundo, qué tanto es lo que allí desearás haberle servido y agradado, para tenerle para aquella hora propicio. El tercero, qué linaje de penitencia desearas allí hacer, si para esto se te diese tiempo. Por que de tal manera trabajes por vivir ahora como entonces desearas haber vivido.

CAPITULO IX

Del juicio universal y de las señales que le han de preceder

El séptimo artículo de la fe es que de allí ha de venir a juzgar vivos y muertos. Para lo cual es de saber que dos promesas hay en la Sagrada Escritura de venir nuestro Redentor Jesucristo al mundo, la una para redimirlo, la otra para juzgarlo. La primera fué con grande humildad y mansedumbre; la segunda, con grande poder y majestad. Porque el Padre Eterno, en pago de haber su unigénito Hijo redimido los hombres y haberse abajado a ser juzgado y sentenciado de ellos y tan maltratado y tenido en poco

de ellos, le puso en las manos el juicio de los hombres, para que por su sentencia y palabra los malos sean condenados y los justos heredados en las promesas y bienes de su reino.

Esto se espera que será en el fin del mundo, y que después no habrá más generación de hombres ni más nacer ni morir, sino que los malos se quedarán en perpetua miseria y los buenos en perpetua gloria. Y parece muy bien ser éste consejo y obra de las manos y de la justicia de Dios, que, pues su Hijo y Redentor nuestro tanto padeció por los hombres y les predicó la voluntad de su Padre y el camino para ganar el cielo, sea hecho rey y señor y juez de los mismos hombres.

Con la fe de este misterio, por una parte, nos habemos de alegrar mucho, viendo que tan de nuestra parte tenemos el juez, que es el mismo que murió por nosotros, y que es grande merced, como de verdad lo es, la que en esto nos es hecha.

Por otra parte, grandísimo espanto y temor viendo la vida que vivimos, y las obras que hacemos, y lo que debemos al Señor que nos ha de juzgar, y que de tal manera se ha de haber en este juicio, que el principal respecto que se ha de tener es a que la majestad de su Padre sea satisfecha y su justicia quede cumplida y que sus enemigos sean castigados (Salm. 109, 1); y que así como en su muerte quiso derramar su sangre por el celo de la honra que tenía de su Padre y para que los hombres quedasen perdonados, así en esta otra venida no quiere que estas dos cosas se aparten, sino que lo que se hallare enemigo de su Padre sea tratado como tal y el enemigo y servidor reine perpetuamente con Él; porque así en una venida como en otra siempre se cele la honra del Padre, así en el castigo de los malos servidores como en el galardón de los buenos. Por eso nos dejó avisados de cuán estrecha cuenta se nos ha de pedir, que aun de las palabras ha de haber juicio y razón.

El tiempo y día de este juicio no se puede saber, porque dejó nuestro Redentor puesto silencio sobre eso, y dijo que era secreto que a ninguno se comunicaba, que su Padre lo tenía cerrado en su pecho (Mt. 24, 36).

Solamente queda por declarar qué quiere decir que ha de juzgar vivos y muertos. A esto se responde que por vivos podemos entender los que en aquel tiempo se hallaren vivos, y por muertos, los que por todo el tiempo de antes fueren muertos. O podemos decir que muertos quiere decir los que serán condenados, y vivos, los justos y salvos; porque los unos irán a perpetua muerte y los otros a perpetua vida.

Cuán provechosa sea la consideración del juicio final.

En este artículo se da doctrina y documento de temor para los buenos y para los malos. Porque unos conciben temor y acatamiento muy grande de contemplar la majestad y poder con que el Hijo de Dios ha de aparecer aquel día, y humillándose delante de su misericordia y teniendo en poco sus obras, ponen toda su confianza en la sangre y bondad del que primero los redimió y entonces los ha de juzgar.

Pero a los malos, que solamente saben temer los castigos y penas, también les es provechosa la consideración de este artículo, si del todo no quieren ser perdidos y reprobados: porque muchas veces acontece que, viendo el pecador el tormento que le está aparejado, aunque no ame a Dios por lo que en eso le va, comienza a refrenarse de sus malas obras y desea y procura seguir otro camino, y poco a poco, con los favores del cielo, llega a amar y servir al Señor de corazón y voluntad. Porque la misericordia divina es tan grande, que por muchos caminos y maneras se comunica a los hombres.

¡Ay de los despreocupados blasfemos!

Y así, los que esta confesión desprecian, tienen en poco y parece que con las obras la deshacen y niegan, propiamente son aquellos en cuyos corazones nunca entra temor bueno ni malo, sino que con gran desenfreno y menosprecio de los castigos con que Dios les tiene amenazados viven quietos en sus maldades. Y pluguiese a Dios que no fuese tan grande la multitud de estos escarnecedores, porque tales se han de llamar, pues parece que zumban de los castigos y penas que la justicia y potencia de Dios tiene aparejadas para con ellos. Y de ellos hay que buscan maneras y caminos para tener esto en poco, diciendo en sus corazones, y aun a veces por palabras, que el día de juicio va muy a la larga y que hay mil mundos de aquí allá; y que cuando viniere, estará ya cada uno en su lugar; que no ha de ser tan riguroso como el Evangelio lo pinta, antes creen ellos que aquel día ha de ser para mayor misericordia y perdón, y que todo lo demás se dice para espantarnos, por que no vivamos tan mal.

Estas todas son blasfemias hechas y dichas contra la confesión que de este artículo la Iglesia católica hace. Son soberbias de los vanos y endurecidos entendimientos, que no quieren entender más de lo que su locura y bajeza les enseña. Y es bien que sepan los desventurados, lo primero, que cuanto más tarde aquel día, tanto es peor para ellos y señal de mayor rigor y castigo si se descuidan y perseveran en sus pecados; lo segundo, que aunque de

todos los que vivimos, cada uno haya pasado por su particular juicio, aquel día ha de ser tal, que el demonio—que tantos años ha que está condenado—desde ahora y desde entonces lo teme, y treme de pensar en él, el cual ha de ser allí juzgado con todos sus ministros y amigos.

De las señales que han de preceder al juicio universal. Mas porque la consideración de este juicio hace mucho al caso para refrenar nuestro corazón y crear en él temor de Dios, será bien tratar aquí más largamente de la historia y orden de él. Para lo cual se ha de presuponer que no hay lengua en el mundo que sea bastante para declarar el menor de sus trabajos en este día. Por donde el profeta Joel, queriendo hablar de la grandeza de él, hallóse tan atajado de razones y tan embarazado, que comenzó lamentándose a decir: ¡Ah, ah, ah! ¡Qué día será aquél!

Aquél será día de ira, día de calamidad y de miseria, día de tinieblas y oscuridad, día de nieblas y tronada, día de trompote y estruendo sobre las ciudades fuertes y sobre las altas esquinas.

Si quieres saber qué tal será este día, párate a considerar las señales que le precederán, porque por las señales conocerás lo señalado, y por la víspera y vigilia, la fiesta del día.

Primeramente, aquel día cuándo haya de ser, nadie lo sabe, ni los ángeles del cielo ni el Hijo, para haberlo de revelar a nadie, sino sólo el Padre. Mas todavía precederán antes de él algunas señales, por las cuales pueden pronosticar los hombres no sólo la vecindad de este día, sino también la grandeza de él.

Conmoción universal. Porque, como dice el Salvador (Mt. 24, 7), primero que este día venga, habrá grandes guerras y movimientos en el mundo. Levantarse han gentes contra gentes y reinos contra reinos, y habrá grandes temblores de tierra en muchas partes, y pestilencias, hambres y cosas espantosas que parecerán en el aire y otras grandes señales y maravillas.

Y sobre todos estos males vendrá aquella persecución tantas veces denunciada, del mayor perseguidor de cuantos ha tenido la Iglesia, que es el anticristo, el cual no sólo con armas y tormentos horribles, sino también con milagros aparentes y fingidos, hará la más cruel guerra contra la Iglesia que jamás se hizo. Piensa, pues, ahora tú, como dice San Gregorio, qué tiempo será aquél, cuando el piadoso mártir ofrecerá sus miembros al verdugo y el verdugo hará milagros delante de él. Finalmente, será tan grande

la tribulación de estos días cual nunca fué desde el principio del mundo ni jamás será. Y si no proveyese la misericordia de Dios que se abreviasen estos días (Mc. 13, 20), no se salvará en ellos toda carne. Mas por amor a los escogidos se abreviarán (Mt. 24, 22).

Después de estas señales habrá otras más espantosas y más vecinas a este día, las cuales parecerán en el sol, y en la luna, y en las estrellas. De las cuales dice el Señor por Ezequiel (32, 7): Haré que se oscurezcan sobre ti las estrellas del cielo, y cubriré el sol con una nube, y la luna no resplandecerá con su luz, y todas las lumbreras del cielo haré que se entristezcan y hagan llanto sobre ti, y enviaré tinieblas sobre toda tu tierra.

Pues habiendo tan grandes señales y alteraciones en el cielo, ¿qué se espera que habrá en la tierra, pues que toda se gobierna por él? Vemos que cuando en una república se revuelven las cabezas que la gobiernan, que todos los otros miembros y partes de ella se revuelven y desconciertan. Pues si todo este cuerpo del mundo se gobierna por las virtudes del cielo, estando éstas alteradas y fuera de su orden natural, ¿qué tales estarán todos los miembros y partes de él? ¿Cuál estará el aire, sino lleno de relámpagos y torbellinos y cometas encendidos? ¿Cuál estará la tierra, sino llena de aberturas y temblores espantosos? Los cuales se cree que serán tan grandes, que bastarán para derribar no sólo las casas fuertes y las torres soberbias, mas aun hasta los montes y peñas arrancarán y trastornarán de sus lugares. Mas la mar sobre todos los elementos se embravecerá, y serán tan altas sus olas y tan furiosas, que parecerá que han de cubrir toda la tierra. A los vecinos espantará con sus crecientes y a los distantes con sus bramidos, los cuales serán tales, que de muchas leguas se oirán.

Día angustioso. ¡Cuáles andarán entonces los hombres! ¡Cuán atónitos, cuán confusos, cuán perdido el sentido, el habla y el gusto de todas las cosas! Dice el Salvador (Lc. 21, 26) que se verán entonces las gentes en grande aprieto y ahogamiento y que andarán los hombres secos y ahilados de muerte, por el temor grande de las cosas que han de sobrevenir al mundo. ¿Qué es esto?, dirán. ¿Qué significan estos pronósticos? ¿Qué ha de venir a parir esta preñez del mundo? ¿En qué han de parar estos tan grandes remolinos de todas las cosas?

Pues así andarán los hombres espantados y desmayados, caídas las alas del corazón y los brazos, mirándose los unos a los otros; y espantarse han tanto de verse tan

desfigurados, que esto sólo bastaría para hacerlos desmayar, aunque no hubiese más que temer. Cesarán todos los oficios y granjerías del mundo, y con ellos el estudio y la codicia de adquirir; porque la grandeza del temor traerá tan ocupados sus corazones, que no sólo se olvidarán de estas cosas, sino también del comer y del beber y de todo lo necesario para la vida.

Todo cuidado será andar a buscar lugares seguros para defenderse de los temblores de la tierra, y de las tempestades del aire, y de las crecientes de la mar. Y así, los hombres se irán a meter en las cuevas de las fieras y las fieras se vendrán a guarecer en las casas de los hombres; y así, todas las cosas andarán revueltas y llenas de confusión. Afligirlos han los males presentes, y mucho más el temor de los venideros; porque no sabrán en qué fines hayan de parar tan dolorosos principios. Faltan palabras para encarecer este negocio, y todo lo que se dice es menos de lo que será. Vemos ahora que cuando en la mar se levanta alguna brava tormenta o cuando en la tierra sobreviene algún grave torbellino o terremoto, cuáles andan los hombres, cuán medrosos, y cuán cortados, y cuán pobres de esfuerzo y de consejo. Pues cuando entonces el cielo, y la tierra, y la mar, y el aire ande todo revuelto, y en todas las regiones y elementos del mundo hay su propia tormenta; cuando el sol amanece con luto, y la luna con sangre, y las estrellas con caídas, ¿quién comerá, quién dormirá? ¿Quién tendrá un solo punto de reposo en medio de tantas tormentas?

El día de Dios. No sólo se llama este día de ira, sino también día de Dios, como lo llama el profeta Joel (1, 15), para dar a entender que todos estos otros han sido días de hombres, en los cuales hicieron ellos su voluntad contra la de Dios; mas éste se llama día de Dios, porque en él hará Dios su voluntad contra la de ellos. Tú ahora juras y perjuras y blasfemas, y calla Dios. Día vendrá en que rompa Dios el silencio de tantos días y de tantas injurias y responda por su honra.

De manera que no hay más que dos días en el mundo, un día de Dios y otro del hombre. En este su día puede el hombre hacer todo lo que quisiere, y a todo callará Dios. En este día puede el rey Sedecías mandar empozar el profeta de Dios, y darle a comer pan por onzas (II Par. 18, 26), y hacer cuanto se le antojare, y a todas estas injurias callará Dios.

Mas tras de este día vendrá otro día, y tomará Dios al rey Sedecías y quitarle ha el reino, y destruirá a Jerusalén, y llevará en hierros a Sedecías delante del rey de Babilo-

nia, y allí matarán todos sus amigos e hijos en presencia de él, y luego le mandará sacar los ojos, guardados para ver tanto mal, y tras de esto lo hará llevar en hierros a Babilonia y poner en una cárcel hasta que muera.

De manera que así como el hombre tuvo licencia para hacer en su día todo cuanto se le antojó, sin que nadie le fuese a la mano, así la tendrá Dios para hacer en este día todo lo que Él quisiere, sin que nadie se lo estorbe.

En este día reducirá Dios a su debida hermosura toda la fealdad que los malos han causado en el mundo con sus malas obras. Y como éstas hayan sido tantas, así la enmienda ha de ser proporcionada con ellas, para que a costa del malo quede el mundo tan hermoseado con su pena cuanto antes estuvo afeado con su culpa. Cuando un hombre da alguna gran caída y se le desconcierta un brazo, tanto cuanto fué mayor el desconcierto, tanto con mayor dolor se viene después a concertar y poner en su lugar. Pues como los malos hayan desconcertado todas las cosas de este mundo y puéstolas fuera de su lugar natural, cuando aquel celestial reformador venga a restituir el mundo con el castigo de tantos desconciertos, ¡qué tan grande será el castigo, pues tales y tantos fueron los desconciertos!

Confianza de los justos.

¡Oh desdichada suerte de los malos, a cuya cabeza amenazan todos estos pronósticos, y bienaventurada la de los buenos, para quien todas estas cosas son favores y regalos y buenos anuncios de la prosperidad que les ha de venir! ¡Cuán alegremente cantarán entonces con el Profeta (Salm. 45, 2): Dios es nuestro refugio y nuestra fortaleza, y por esto no temeremos aunque se trastorne la tierra, y se arranquen los montes, y vengan a caer en el corazón de la mar! Así como entendéis, dice el Salvador (Lc. 21, 29), que cuando la higuera y todos los árboles comienzan a florecer y dar fruto, que se llega ya el verano, así, cuando viereis estas cosas, sabed que se acerca el reino de Dios. Entonces podréis abrir los ojos y levantar la cabeza, porque se llega el día de vuestra redención. ¡Cuán alegre estará entonces el bueno y por cuán bien empleados dará todos sus trabajos! Y, por el contrario, ¡cuán arrepentido estará el malo y por cuán condenados tendrá todos sus pasos y caminos!

CAPITULO X

De la venida del Juez, de la materia del juicio y de los testigos y acusadores

Pues estando ya todos resucitados y juntos en un lugar esperando la venida del Juez, descenderá de lo alto aquel a quien Dios constituyó por Juez de vivos y muertos. Y así como en la primera venida vino con grandísima bondad y mansedumbre, convidando a los hombres con la paz y llamándolos a penitencia, así en la segunda vendrá con grandísima majestad y gloria, acompañado de todos los poderes y principados del cielo, amenazando con el furor de su ira a los que no quisieron usar de la blandura de su misericordia.

Aquí será tan grande el temor y espanto de los malos, que, como dice Isaías (2, 21), andarán a buscar las aberturas de las piedras y las concavidades de las peñas para esconderse en ellas, por la grandeza del temor del Señor y por la gloria de su majestad cuando venga a juzgar la tierra.

Finalmente, será tan grande su temor, que, como dice San Juan, los cielos y la tierra huirán de la presencia del Juez y no hallarán lugar donde esconderse. Pues ¿por qué huís, cielos? ¿Qué habéis hecho, por qué teméis? Y si por cielos se entienden aquellos espíritus bienaventurados que moran en los cielos, vosotros, bienaventurados espíritus, que fuisteis criados y confirmados en gracia, ¿por qué huís, qué habéis hecho, por qué teméis? No temen, cierto, por su peligro, sino temen por ver en el Juez una tan grande majestad y saña que bastará para poner en espanto y admiración a todos los cielos.

Cuando la mar anda brava, todavía tiene su espanto y admiración el que está seguro a la orilla; y cuando el padre anda hecho un león por la casa castigando al esclavo, todavía teme el hijo inocente, aunque sabe que no es contra él aquel enojo.

Pues ¿qué harán entonces los malos cuando los justos así temerán? Si los cielos huyen, ¿qué hará la tierra? Y si aquellos que son todo espíritu tiemblan, ¿qué harán los que fueron del todo carne? Y si, como dice el Profeta (Is. 64, 1), los montes en aquel día se derretirán ante la

cara de Dios, ¿cómo nuestros corazones son más duros que las peñas, pues aun con esto no se mueven?

La presencia de la cruz. Delante del Juez vendrá el estandarte de la cruz, con todas las otras insignias de la Sagrada Pasión, para que sean testigos del remedio que Dios envió al mundo y cómo el mundo no le quiso recibir. Y así, la santa cruz justificará allí la causa de Dios, y a los malos dejará sin consuelo y sin excusa. Entonces dice el Salvador (Mt. 24, 21) que llorarán y plantearán todas las gentes de la tierra y que unas a otras se herirán los pechos.

¡Oh cuántas razones tendrán para llorar y plantear! Llorarán porque ya no pueden hacer penitencia, ni huir de la justicia, ni apelar de la sentencia. Llorarán las culpas pasadas, la vergüenza presente y los tormentos advenideros. Llorarán su mala suerte, su desastrado nacimiento y su malaventurado fin. Por estas y por otras muchas causas llorarán y plantearán, y como atajados por todas partes y pobres de consejo y de remedio, darán palmas con las manos y herirse han en los pechos los unos a los otros.

El libro de la vida. Entonces el Juez hará división entre los malos y los buenos, y pondrá los cabritos a la siniestra y a las ovejas a la diestra (Mt. 25, 33). ¿Quiénes serán éstos tan dichosos, que tal lugar y honra como ésta recibirán? Atribúlame, Señor, aquí: aquí mata, aquí corta, aquí abrasa, por que allí me pongas a tu mano derecha.

Luego comenzará a celebrarse el juicio y tratarse la causa de cada uno, según lo escribe el profeta Daniel (7, 9) por estas palabras: Estaba yo, dice él, y vi poner unas sillas en sus lugares, y un anciano de días se sentó en una de ellas, el cual estaba vestido de una vestidura blanca como la nieve, y sus cabellos eran también blancos como una lana limpia. El trono en que estaba sentado eran llamas de fuego, y las ruedas de él como fuego encendido, y un río de fuego muy arrebatado salía de la cara de él. Millares de millares entendían en servirle y mil veces cien mil millares. Miraba yo todo esto en aquella visión de la noche, y vi venir en las nubes uno que parecía hijo de hombre. Hasta aquí son palabras de Daniel, a las cuales añade San Juan y dice (Apoc. 20, 12): Y vi todos los muertos, así grandes como pequeños, estar delante de este trono, y fueron abiertos allí los libros, y otro libro se abrió, que es el libro de la vida, y fueron juzgados los muertos según lo contenido en aquellos libros y según sus obras.

He aquí, hermano, el arancel por donde has de ser

juzgado; he aquí las tasas y precios por donde se ha de apreciar todo lo que hiciste, y no por el juicio loco del mundo, que tiene el peso falso de Canaán (Os. 12, 7) en la mano, donde tampoco pesan la virtud y el vicio. En estos libros se escribe toda nuestra vida con tanto recaudo, que aun no has echado la palabra por la boca, cuando ya está apuntada y asentada en su registro.

Darás cuenta de todo. Mas ¿de qué cosas, si piensas, se nos ha de pedir cuenta? Todos los pasos de mi vida tienes, Señor, contados, dice Job (31, 4). No ha de haber ninguna palabra ociosa ni un solo pensamiento de que no se haya de pedir cuenta. No sólo de lo que pensamos o hicimos, sino también de lo que dejamos de hacer cuando éramos obligados. Si dijeres: Señor, yo no juré, dirá el juez; juró tu hijo, o tu criado, a quien tú debieras castigar. Y no sólo de las obras malas, sino también de las buenas daremos cuenta de con qué intención y de qué manera las hicimos.

Si este rigor fuera con ángeles, que son criaturas espirituales y muy perfectas, no era tanto de maravillar; pero ser con hombres, cuyas malas inclinaciones son innumerables, y que con todo esto sea tan estrecha la cuenta de sus vidas que no se les disimule una sola palabra ociosa ni un punto de tiempo mal gastado, esto es cosa que sobrepuja toda admiración. Porque ¿a quién no espantan aquellas palabras del Salvador (Mt. 12, 36): En verdad os digo que de cualquier palabra ociosa que hablaren los hombres darán cuenta el día del juicio?

Pues si de estas palabras, que a nadie hacen mal, se ha de pedir cuenta, ¿qué será de las palabras deshonestas, y de los pensamientos sucios, y de las manos sangrientas, y de los ojos adúlteros, y, finalmente, de todo el tiempo de la vida expedido en malas obras?

Si esto es verdad, como lo es, ¿qué se puede decir del rigor de este juicio que no sea menos de lo que es? ¡Cuán asombrado quedará el hombre cuando en presencia de un tan gran senado se le haga cargo de una palabrilla que tal día habló sin propósito! ¿A quién no pone en admiración esta tan nueva demanda? ¿Quién osara decir esto, si Dios no lo dijera? ¿Qué rey jamás pidió cuenta a alguno de sus criados de un cabo de una agujeta? ¡Oh alteza de la religión cristiana, cuán grande es la pureza que enseñas, y cuán estrecha la cuenta que pides, y con cuán riguroso juicio la examinas!

A la pública vergüenza. ¿Cuál será también la vergüenza que allí los malos pasarán cuando todas las maldades que ellos tenían encubiertas con las paredes de sus casas, y todas las deshonestidades que cometieron desde sus primeros años, con todos los rincones y secretos de sus conciencias, sean pregonadas en la plaza y ojos de todo el mundo?

Pues ¿quién tendrá la conciencia tan limpia que no comience desde ahora a mudar los colores y teme esta vergüenza? Porque si descubrir el hombre sus culpas a un confesor en un fuero tan secreto como el de la confesión es cosa tan vergonzosa que algunos por esto se tragan el pecado y lo encubren, ¿qué hará allí la vergüenza de Dios y de todos los siglos presentes, pasados y venideros? Será tan grande esta vergüenza, que, como el Profeta dice: (Os. 10, 12), darán voces a los montes, diciendo: ¡Oh montes!, caed sobre nosotros y sumidnos en los abismos, donde nunca más parezcamos con tan grande vergüenza y confusión.

Dios será el testigo. Pues acusadores y testigos tampoco faltarán en esta causa. Porque testigos serán nuestras mismas conciencias, que clamarán contra nosotros, y testigos serán también todas las criaturas de quien mal usamos, y sobre todo, será testigo el mismo Señor a quien ofendimos, como Él mismo lo significa por un profeta, diciendo (Mal. 3, 5): Yo seré testigo apresurado contra los hechiceros y adúlteros y perjuros, y contra los que andan buscando calumnias para quitar al jornalero su jornal, y contra los que maltratan a la viuda y al huérfano, y fatigan a los peregrinos y extranjeros que poco pueden y no miraron que estaba yo de por medio, dice el Señor.

Pues ¿qué sentirá entonces cada uno de los malos cuando entre Dios con él en este examen y allá dentro de su conciencia le diga así: Ven acá, hombre malaventurado, ¿qué viste en mí, porque así me despreciaste y te pasaste al bando de mi enemigo? Yo te levanté del polvo de la tierra, y te crié a mi imagen y semejanza, y te di virtudes y gracia, con que pudieses alcanzar mi gloria. Mas tú, menospreciando los mandamientos de vida que yo te di, quisiste más seguir la mentira del engañador que el consejo saludable de tu Señor. Para librarte de esta caída descendí del cielo a la tierra, donde padecí los mayores tormentos y deshonras que jamás se padecieron. Por ti ayuné, caminé, velé, trabajé y sudé gotas de sangre. Por ti sufrí persecuciones, azotes, blasfemias, escarnios, bofetadas, deshonras,

tormentos y cruz. Por ti, finalmente, nací en mucha pobreza, viví con muchos trabajos, morí con gran dolor.

Testigos son esta cruz y clavos que aquí parecen; testigos estas llagas de pies y manos que en mi cuerpo quedaron; testigos el cielo y la tierra, delante de quien padecí, y testigos el sol y la luna, que en aquella hora se eclipsaron.

Pues ¿qué hiciste de esa alma tuya, que yo con mi sangre hice mía? ¿En cúyo servicio empleaste lo que yo compré tan caramente? ¡Oh generación loca y adúltera! ¿Por qué quisiste más servir a ese enemigo tuyo con trabajo que a mí, tu creador y redentor, con alegría?

Espantaos, cielos, sobre este caso (Jer. 2, 12) y vuestras puertas se caigan de espanto, porque dos males ha hecho mi pueblo: a mí desampararon, que soy fuente de agua viva, y desampamáronme por otro Barrabás.

Llaméos tantas veces, y no me respondisteis; toqué a vuestras puertas, y no despertasteis; extendí mis manos en la cruz, y no las mirasteis; despreciasteis mis consejos y todas mis promesas y amenazas.

Pues decid ahora vosotros, ángeles; juzgad vosotros, jueces, entre mí y mi viña: ¿qué más debí yo hacer por ella de lo que hice?

Pues ¿qué responderán aquí los malos, los burladores de las cosas divinas, los mofadores de la virtud, los menospreciadores de la simplicidad, los que tuvieron más cuenta con las leyes del mundo que con las de Dios, los que a todas sus voces estuvieron sordos, a todas sus inspiraciones insensibles, a todos sus mandamientos rebeldes y a todos sus azotes y beneficios ingratos y duros? ¿Qué responderán los que vivieron como si creyeran que no había Dios y los que con ninguna ley tuvieron cuenta sino con sólo su interés?

¿Qué haréis los tales, dice Isaías (10, 3), en el día de la visitación y calamidad que os vendrá de lejos? ¿A quién pediréis socorro y qué os aprovechará la gloria de vuestras riquezas, para que no seáis llevados cautivos en hierros y caigáis entre los muertos?

Y el demonio, tu acusador. Acusadores tampoco faltarán, y bastará por acusador el mismo demonio, que, como San Agustín escribe, alegará muy bien ante el Juez de su derecho y decirle ha: Justísimo Juez, no puedes dejar de sentenciar y dar por míos a estos traidores, pues ellos han sido siempre míos y en todo han hecho mi voluntad.

Tuyos eran ellos, porque tú los criaste e hiciste a tu imagen y semejanza y redimiste con tu sangre. Mas ellos borraron tu imagen y se pusieron la mía, desecharon tu

obediencia y abrazaron la mía, menospreciaron tus mandamientos y guardaron los míos. Con mi espíritu han vivido, mis obras han imitado, por mis caminos han andado y en todo han seguido mi partido.

Mira cuánto han sido más míos que tuyos, que, sin darles yo nada ni prometerles nada y sin haber puesto mis espaldas en la cruz por ellos, siempre han obedecido a mis mandamientos y no a los tuyos. Si yo los mandaba jurar, y perjurar, y robar, y matar, y adulterar, y renegar de tu santo nombre, todo esto hacían con grandísima facilidad. Si yo les mandaba poner hacienda, vida y alma por un punto de honra que yo les encarecía o por un deleite falso a quien yo les convidaba, todo lo ponían a riesgo por mí.

Y por ti, que eras su Dios y su Criador y su Redentor; que les diste la hacienda y la salud y la vida; que les ofrecías la gracia y les prometías la gloria y, sobre todo esto, que por ellos padeciste en una cruz, con todo esto, nunca se pusieron al menor de los trabajos del mundo por ti. ¡Cuántas veces te aconteció llegar a sus puertas llagado, pobre y desnudo, y darte con ellas en la cara, teniendo más cuidado de engordar sus perros y caballos y vestir sus paredes de seda y oro que de ti!

Y pues esto es así, justo es que algún día sean castigadas las injurias y desprecios de tan grande majestad.

La terrible sentencia. Pues ¿qué será, sobre todo esto, esperar el rayo de aquella sentencia final que dirá (Mt. 25, 41): Id, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para Satanás y para sus ángeles? ¿Qué sentirán los malaventurados con esta palabra? Si apenas podemos, dice el santo Job (26, 14), oír la más pequeña de sus palabras, ¿quién podrá esperar aquel espantoso trueno de su grandeza?

Esta palabra será tan espantosa y de tanta virtud, que por ella se abrirá la tierra en un momento y serán sumidos y despeñados en los abismos los que, como dice el mismo Job (21, 12), tañían aquí el pandero y la vihuela, y se holgaban con la suavidad y música de los órganos, y gastaban todos sus días y horas en deleites.

Preparémonos para este día. Pues, ¡oh hermanos míos!, si esto ha de pasar así, proveámonos con tiempo y tomemos el consejo que nos da aquel que primero quiso ser nuestro abogado que nuestro juez. No hay quien mejor sepa lo que sea menester para aquel día que el que ha de ser juez de nuestra causa. Él, pues, nos enseña brevemente lo que nos conviene ha-

cer, por estas palabras: Mirad, dice Él por San Lucas (21, 34), no se carguen y apaguen vuestros corazones con demasiadas comidas y bebidas y con los cuidados y negocios de esta vida, y os venga de rebato aquel temeroso día, porque así como lazo ha de venir sobre todos los que moran sobre la haz de la tierra. Y por esto, velad y haced oración en todo tiempo, por que merezcáis ser librados de todos estos males que han de venir y comparecer delante del Hijo de la Virgen.

Pues considerando esto, hermanos, venid y levantémonos de este sueño tan pesado antes que caiga sobre nosotros la noche oscura de la muerte, antes que venga este tan temeroso día, de quien dice el profeta (Mal. 3, 2): Ya viene, ¿y quién lo esperará? ¿Y quién podrá sufrir el día de su venida?

Aquel, por cierto, podrá esperar el día de este juicio que hubiere tomado la mano al Juez y juzgádose a sí mismo.

III.—DEL INFIERNO

CAPITULO XI

De cuán provechosa sea la consideración de las penas del infierno

La consideración de las penas del infierno es en gran manera provechosa para muchas cosas. Lo primero, para movernos a los trabajos y asperezas de la penitencia, como se movía el bienaventurado San Jerónimo, el cual dice de sí mismo que, por el gran miedo que había concebido de las penas del infierno, se había condenado a hacer tan áspera penitencia como él allí describe que hacía en aquel desierto.

Aprovecha también, como dice Ricardo, para vencer las tentaciones del enemigo, cuando a la primera entrada del mal pensamiento ponemos luego delante el horror de estas penas y apagamos la llama del deleite antes que arda con la memoria de las llamas que nunca se apagarán. Conforme esto, se escribe de uno de aquellos Padres del yermo que, siendo una vez tentado del enemigo con un mal pensamiento, puso las manos sobre unas brasas de fuego para ver si podía sufrir aquel poco de calor, y como no lo

pudiese sufrir, volvióse contra sí mismo y dijo: Si no puedo sufrir este poco de calor por un espacio tan breve, ¿cómo podré sufrir el fuego del infierno, que durará para siempre?

Aprovecha también esta consideración para despertar en nuestros corazones el temor de Dios, el cual es principio de la sabiduría y comienzo de la caridad y después de ella es el mayor freno que podemos tener para todo lo malo. Y, sobre todo esto, aprovecha grandemente para temer el pecado, visto el miserable galardón que por él se da, que es la muerte perdurable. Por lo cual es mucho de maravillar cómo los que esto creen y confiesan osan cometer una ofensa contra Dios.

Mas porque esto más viene por falta de consideración que de fe, por tanto, es muy provechoso ejercicio considerar esto que nos dice la fe, para que, entendida la gravedad de la pena, vivamos con mayor temor de la culpa por la cual se merece tan grande pena.

De la pena de daño y pena de sentido.

Y aunque sean innumerables las penas del infierno, todas ellas, finalmente, se reducen a dos, que son pena de sentido y pena de daño. Pena de sentido es la que atormenta los sentidos y cuerpos de los condenados y pena de daño es el haber de carecer para siempre de la visión y compañía de Dios.

Estas dos maneras de penas responden a dos males y desórdenes que hay en el pecado: el uno de los cuales es amor desordenado de la criatura y el otro es menosprecio y desestima del Criador. Pues a estos dos males responden dos maneras de penas en el infierno. Al amor y deleite sensual que se tomó en la criatura responde la pena del sentido, para que el sentido que se deleitó contra lo que Dios mandaba pague con el dolor de la pena la golosina de su culpa. Y al menosprecio y desestima de Dios responde el perder para siempre al mismo Dios; porque, pues el hombre primero lo desechó de sí, justo es que sea para siempre desechado de Él. Y porque entre estos dos males, el postrero, que es el menosprecio de Dios, es sin comparación mayor que el primero, por esó la pena de daño que a este mal corresponde es sin comparación mayor que la del sentido.

Los cuerpos resucitados de los condenados.

Aunque todos los muertos resuciten para nunca más morir, será grande la diferencia que habrá entre cuerpos y cuerpos. Porque los cuerpos de los justos resucitarán hermosos y resplandecien-

tes como el sol, mas los de los malos, oscuros y feos como la misma muerte.

Pues ¿qué tristeza sentirá el alma del condenado cuando vea su cuerpo tal cual allí se lo ofrecerán, oscuro, sucio, hediondo y abominable? ¡Oh malaventurado cuerpo!, dirá ella. ¡Oh principio y fin de mis dolores! ¡Oh causa de mi condenación! ¡Oh, no ya compañero mío, sino enemigo; no ayudador, sino perseguidor; no morada, sino cadena y lazo de mi perdición! ¡Oh gusto malaventurado, y qué caros me cuestan ahora tus regalos! ¡Oh carne hedionda, que a tales tormentos me has traído con tus deleites! ¿Este es el cuerpo por quien yo pequé? ¿De éste eran los deleites por quien yo me perdí? ¿Por este muladar podrido perdí el reino del cielo? ¿Por este vil y sucio tronco perdí el fruto de la vida perdurable? ¡Oh furias infernales!, levantaos ahora contra mí y despedazadme, que yo merezco este castigo. ¡Oh malaventurado el día de mi desastrado nacimiento, pues tal hubo de ser mi suerte, que pagase con eternos tormentos tan breves y momentáneos deleites!

Estas y otras más desesperadas palabras dirá la desventurada alma a aquel cuerpo que en este mundo tanto amó. Pues dime ahora, alma miserable: ¿Por qué tanto aborreces lo que tanto amaste? ¿No era esta carne tu querida? ¿No era este viento tu Dios? ¿No era este rostro el que curabas y guardabas del sol y aire y pintabas con tan artificiosos colores? ¿No eran éstos los brazos y los dedos que resplandecían con oros y diamantes? ¿No era éste el cuerpo para quien se cercaba la mar y la tierra, para tenerle la mesa delicada, y la cama blanda, y la vestidura preciosa? Pues ¿quién ha trocado tu afición? ¿Quién ha hecho tan aborrecible lo que antes era tan amable?

He aquí, pues, hermano, en qué para la gloria del mundo con todos los deleites y regalos del cuerpo.

Diversas penas de sentido. Estas penas dice San Buenaventura que se deben imaginar debajo de algunas figuras y semejanzas corporales que los santos nos enseñaron. Por lo cual será cosa conveniente imaginar el lugar del infierno, según él mismo dice, como un lago oscuro y tenebroso puesto debajo de la tierra, o como un pozo profundísimo lleno de fuego, o como una ciudad espantable y tenebrosa que toda se arde en vivas llamas, en la cual no suena otra cosa sino voces y gemidos de atormentadores y atormentados, con perpetuo llanto y crujir de dientes.

a) *Del tacto.*—Comenzando, pues, por las penas de los sentidos exteriores, la primera es fuego de tan gran ardor y eficacia, que, según dice San Agustín, este nuestro

de acá es como pintado si se compara con él. Este fuego atormentará no solamente los cuerpos, sino también las almas, y de tal manera las atormentará, que no las consumirá, por que así la pena sea eterna. Lo cual dice San Agustín que se hará por especial milagro; porque Dios, que dió su naturaleza a todas las cosas, dió esta propiedad a aquel fuego, que de tal manera atormenta que no consume.

Pues mira tú ahora qué sentirán los malaventurados estando siempre acostados en tal cama como ésta. Y para que mejor esto puedas entender, párate a imaginar lo que sentirías si te echasen en una grande caldera cuando ella estuviese más viva y más encendida o en algún grande horno de fuego, cual era aquel que encendió Nabucodonosor en Babilonia, cuyas llamas subían cuarenta y nueve codos en alto, y por aquí podrás barruntar algo de lo que allí se pasará. Porque si este nuestro fuego, que, según dijimos, es como pintado, así atormenta, ¿qué hará aquel que es verdadero? No me parece que sería necesario pasar adelante si el hombre quisiese detenerse un poco en este paso y hacer aquí una estación hasta sentir esto como es.

Con esta pena se juntará otra contraria a ella, aunque no menos intolerable, que será un horrible frío que con ninguno de los nuestros se puede comparar, el cual se dará por miserable refrigerio a los que arden en aquel fuego, pasándolos, como se escribe en Job (24, 12), de las aguas de nieve a los calores del fuego, para que no quede ningún género de tormento por probar a los que ningún género de deleite quisieron dejar de gustar.

b) *De los ojos.*—Y no solamente los atormentará el frío y el fuego, sino también los mismos demonios con figuras horribles de fieras y monstruos espantables en que les aparecerán; los cuales con su vista atormentarán los ojos adúlteros y deshonestos y los que se pintaron con artificiosos colores para ser lazos hermosos y redes de Satanás.

Esta pena es mucho mayor de lo que nadie puede pensar, porque si nos consta que algunas personas han perdido el sentido y han muerto de espanto con la vista o imaginación de algunas cosas temerosas, y a veces la sospecha sola de ellas nos hace erizar los cabellos y temblar, ¿qué será el temor de aquel lago tenebroso, lleno de tan horribles y espantosas quimeras como allí se ofrecen a los ojos de los malos, especialmente si consideramos cuán horrible sea la figura del demonio, pues por tan terribles semejanzas nos la representa el mismo Dios en las Escrituras sagradas, como cuando en el libro de Job (41, 4) dice así: ¿Quién descubrirá la haz de su vestidura, y quién será poderoso para entrar en su boca, y quién abrirá las puertas con que se cubre su rostro? Al derredor de sus dientes está el te-

mor, su cuerpo es como un escudo de acero cubierto de escamas tan trabadas entre sí, que ni un poquito de aire puede colar por ellas. Su estornudo es un resplandor de fuego y sus ojos bermejean como los arreboles de la mañana. De su boca salen hachas como de teas encendidas y de sus narices sale humo como de una holla que hierve. Con su resuello hace arder las brasas, y llamas salen de su boca.

Pues ¿qué tanto nos espantará allí la vista de un tan terrible monstruo como por estas semejanzas es aquí figurado?

c) *De las narices.*—Al tormento de los ojos se añade otra pena terrible para las narices, que será un hedor insoportable que habrá en aquel lugar, para castigo de los olores y atavíos que los hombres mundanos y carnales buscaron en este mundo, como lo amenaza Dios por Isaías (43, 16), diciendo: Porque se envanecieron los hijos de Sión y anduvieron los cuellos levantados, halconeando con los ojos y pavoneándose en su pasear, haciendo alarde de sus pompas y riquezas entre los flacos y desnudos, por tanto el Señor les pelará los cabellos de la cabeza con todos los otros atavíos profanos y darles ha en lugar de los suaves olores hedor, y en lugar de la cinta una soga, y en lugar de los cabellos ondeados la calva pelada, y en lugar de la faja de los pechos un cilicio.

Esta es la pena que se debe a los olores y atavíos de los hombres mundanos.

d) *De los oídos.*—Y si esta pena se da a las narices, ¿qué tal es la que se dará a las orejas, con las cuales se cometen mayores pecados? Estas, pues, serán atormentadas con perpetuas voces, y clamores, y gemidos, y blasfemias que allí sonarán. Porque así como en el cielo no suena sino aleluya perpetuo y alabanzas divinas, así no suena otra cosa en esta infernal tienda de atormentadores sino blasfemias y maldiciones de Dios y una desacordada melodía de infinitas voces desiguales que allí se cantan al sonido de los martillos y golpes de los verdugos. En la cual será tanta la confusión y variedad de las voces, tan grandes los alaridos de toda aquella miserable carcelería, que ni cuando Troya se perdió ni cuando Roma se ardía, es todo nada en comparación de lo que allí será.

Para sentir algo de esta pena imagina ahora que pasases por un valle muy hondo, el cual estuviese lleno de una infinita muchedumbre de cautivos y heridos y enfermos, y que todos ellos estuviesen dando gritos y voces, cada uno de su manera, así hombres como mujeres, como niños, como viejos. Dime: ¿qué parecería este ruido tan grande y de tanta confusión?

Pues ¿qué parecerá aquel espantoso ruido de tan gran número de condenados, los cuales perpetuamente otra cosa no harán sino gritar y blasfemar y renegar de Dios y de sus santos? ¿Qué galera hay en el mundo que de tantos renegadores y forzados esté poblada? Estos son los maitines que allí se cantan, ésta es la triste capilla del príncipe de las tinieblas y éstos sus laudes y cantores, de los cuales serán hermanos y cofrades todos los murmuradores y maldicientes y los que dieron sus oídos a las mentiras del enemigo.

e) *De la lengua.*—Ni tampoco faltará a la lengua y al gusto regalo de su tormento, pues leemos en el Evangelio (Lc. 16, 24) la sed que padecía aquel rico goloso entre las llamas de sus tormentos y las voces que daba al santo patriarca pidiéndole una sola gota de agua para refrescar la lengua, que tenía tan abrasada.

CAPITULO XII

DEL TORMENTO DE LOS SENTIDOS Y POTENCIAS INTERIORES Y DE LA PENA QUE LLAMAN DE DAÑO

Gravísimas son todas estas penas de los sentidos exteriores del cuerpo, pero mucho mayores serán las de los sentidos interiores del alma, a los cuales ha de caber tanta mayor parte de la pena cuanto fueron más negligentes en atajar la culpa.

La imaginación.

Porque, primeramente, la imaginación será allí atormentada con una tan vehemente aprehensión de aquellos dolores, que en ninguna otra cosa pensará ni podrá pensar. Porque si vemos que cuando un dolor es agudo no podemos, aunque queramos, apartar el pensamiento de él, porque el mismo dolor despierta la imaginación para que otra cosa no piense sino lo que le duele, ¿cuánto más acaecerá esto allí donde el dolor es sin comparación más intolerable?

De esta manera, la imaginación avivará al dolor, y el dolor a la imaginación, para que así por todas partes crezca el tormento del condenado. Estas serán las meditaciones continuas de aquellos que nunca quisieron, mientras vivían, acordarse de estas penas; para que los que no quisieron pensar aquí para freno de su vida, las padezcan allí para castigo de su culpa.

mente en la muchedumbre de sus pecados y después en Dios, contra quien pecó; porque cada cosa de éstas le dirá cuánta razón tiene para dolerse de ellos.

c) *Meditando en la grandeza de Dios.*—Primeramente muévelo a esto considerar la grandeza de la persona ofendida, que es Dios, cuya bondad, majestad, nobleza, misericordia, hermosura y sabiduría es tan grande que, aunque de Él ninguna cosa tuviéramos recibida ni esperásemos recibirla, por sólo ser Él quien es merecería que, aunque el hombre tuviese más vidas que estrellas hay en el cielo y arenas en el mar, todas las ofreciese en sacrificio de Él.

Y de aquí verás cuánta razón tienes de dolerte por haberlo ofendido, pues no solamente no te ofreciste en sacrificio por Él, mas antes tantas veces como éstas lo crucificaste de nuevo, pues tantas o pocas menos lo ofendiste.

d) *Y en la muchedumbre de sus beneficios.*—Moverte ha también a esto la consideración de sus beneficios, que son sin cuento.

Porque, si sabes bien echar la cuenta, hallarás que cuantas cosas hay en el cielo y en la tierra son beneficios suyos, y cuantos miembros y cabellos tienes son beneficios suyos, y cuantos puntos vives de vida son beneficios suyos, y, finalmente, el pan que comes, el sol que te calienta y el cielo que te alumbre, con todo lo demás, son beneficios suyos.

Y para decirlo todo en una palabra, todos los bienes y males del mundo son beneficios suyos; porque todos esos bienes crió para ti y de todos esos males te libró, o de la mayor parte de ellos.

Pues ¿qué cosa más digna de ser sentida que haber vivido con tan gran olvido y desconocimiento de un Señor en cuyos brazos andabas, de cuyos pechos te mantenías, con cuyo espíritu vivías, cuyo sol te calentaba, cuya providencia te regía, te movía y conservaba? ¿Qué mayor maldad que haber perseverado tanto tiempo en ofender a quien siempre perseveraba en hacerte bien y haber hecho tantos maleficios contra quien te hacía tantos beneficios?

e) *Y en los novísimos.*—También la memoria de las penas del infierno, que son tan horribles, y la de aquel juicio universal, que será tan riguroso, y en particular la de nuestra muerte, que a cada hora nos aguarda, es razón que nos mueva a dolor y temor de nuestros males; pues cada cosa de éstas, por su parte, amenaza tan grandes males al culpado y de tanto más cerca cuanto menos le puede quedar de vida.

f) *Y en los muchos y enormes pecados propios.*—Considera también la multitud y grandeza y enormidad de tus pecados, y hallarás que se han multiplicado sobre los cabellos de tu cabeza y sobre las arenas del mar.

Y si bien esmerilares la vida pasada, hallarás en ella tantas heridas, tanto tiempo perdido, tantos aparejos para bien obrar tan mal empleados, tantos atrevimientos, tantas invenciones y maneras de males; una lengua tan suelta, unos ojos tan livianos, un corazón tan desenfrenado y una conciencia tan desbaratada como si fueras nacido entre gentiles o como si ningún conocimiento tuvieras de Dios.

Pues quien halla dentro de sí un tamaño estrago, ¿cómo no llorará y gemirá de corazón y sentirá tan grande mal?

En estas y otras semejantes consideraciones debe el hombre ocupar sus pensamientos algún tiempo antes que se confiese para despertar en su alma este dolor. Y debe leer y rezar algunas oraciones y salmos que de esta materia traten, para que, haciendo él de su parte lo que buenamente pudiere, el Señor haga lo que es de la suya y le dé a beber un poco de este cáliz, el cual, aunque tiene los primeros principios amargosos, el fin es de muy grande suavidad.

CAPITULO VI

DE LOS FRUTOS Y PROVECHOS GRANDES QUE SE SIGUEN DE LA VERDADERA CONTRICIÓN

Estas son, cristiano lector, las oraciones y consideraciones que nos pueden ayudar para esta tan grande gracia de la contrición. Y heme detenido tanto en esta parte por ser ésta la llave y el fundamento de todas las otras partes de la penitencia y de todo nuestro bien. Por tanto, éstas debe el hombre leer con la mayor devoción, recogimiento y aparejo que le sea posible, en tiempo convenible y en lugar apartado; porque muchas veces acaecerá que así como entrando uno en la oración sin devoción, después la viene a hallar, así, comenzando a leer alguna oración o consideración de éstas sin convicción, que en medio de la oración se la den. Porque así como leemos que el Señor se transfiguró, como escribe San Marcos, estando en oración, así muchas veces en la oración se hacen grandes mudanzas en las almas, dando al fin de la oración lo que al principio no había. Por lo cual se dice que es mejor el fin de la oración que el principio.

su amor propio y porque pudieran excusar aquellos tormentos si de otra manera vivieran.

Con esto tienen también una perpetua desesperación: porque sienten tan mal de Dios y de su misericordia, que no esperan de ella que los podrá jamás perdonar. Y ésta es la causa de sus blasfemias y de aquel deslenguamiento contra Dios; porque como ya no esperan nada de Él, procuran vengarse de Él, en lo que pueden, con sus lenguas rabiosas.

De la pena de daño. ¿Quién podrá creer que, después de todas estas penas susodichas, queda más aún que padecer? Pues es cierto que todas estas penas son como nada en comparación de la que queda por decir. Mira tú cuál será esta pena, pues tan horribles tormentos como los susodichos se llaman nada comparados con ella. Porque todas las penas que hasta aquí hemos dicho pertenecen, por la mayor parte, a la pena del sentido; queda después de ésta la pena de daño, que arriba tocamos, que es sin comparación mayor.

Lo cual parece claro por esta razón. Porque no es otra cosa pena sino privación de algún bien que se poseía o se esperaba poseer, y cuanto es mayor este bien, tanto es mayor la pena que se recibe cuando se pierde, como parece claro en las pérdidas temporales, que cuanto son de mayores bienes, tanto causan mayor dolor. Pues como Dios sea un bien infinito y el mayor de todos los bienes, claro está que carecer de Él será mal infinito y el mayor mal de todos los males.

Además de esto, como Dios sea el centro del alma racional y el lugar donde ella tiene su reposo cumplido, de aquí nace que apartar este alma de Dios le es el más penoso dolor y apartamiento de todos cuantos pueden ser. Por lo cual dice San Crisóstomo que mil fuegos de infierno que se juntasen en uno no darían al alma tanta pena como le ha de dar este apartamiento de Dios.

No se puede explicar con palabras hasta dónde llega este dolor. No es nada el apartamiento que suele entrevenir en las guerras y cautiverio, cuando quitan a los hijos de los pechos de sus madres, para lo que será aquella perpetua división y apartamiento de Dios.

Pues para entender algo de esto párate a mirar a aquel tan horrible género de muerte con que un tirano dicen que atormentaba los hombres, el cual hacía bajar hasta el suelo dos ramas de dos grandes árboles y a las dos puntas de ellas mandaba atar los pies del hombre miserable que quería ajusticiar, y esto hecho, mandábalas soltar de presto, para que, resurtiendo ellas a sus lugares naturales, volasen

el cuerpo en lo alto y lo despedazasen en el aire, llevándose cada una de las ramas su pedazo colgado. Pues si este apartamiento de las partes del cuerpo entre sí mismas era tan grande tormento, ¿qué te parece que será aquel apartamiento de Dios, que no es la parte, sino el todo, de nuestra alma, especialmente habiendo de durar no tanto tiempo cuanto fuese menester para subir la rama en alto, sino tanto cuanto Dios fuere Dios?

De las penas particulares de los condenados.

Sobre todas estas penas susodichas hay aún otras, porque éstas son penas generales y comunes a todos los condenados; mas sobre éstas hay otras particulares, señaladas y proporcionadas a cada uno según la cualidad de su delito, como lo significó el profeta Isaías (27, 8) cuando dijo: Medida se dará contra medida, porque así lo determinó el Señor en su corazón duro en el día del estío. El estío significa el encendimiento y furor de la ira divina; el corazón duro, la terrible sentencia que castigará las culpas temporales con penas eternas; la medida contra medida será la cuantidad y porporción de la pena, conforme a la cualidad de la culpa.

Porque allí ha de resplandecer la hermosura y orden de la divina justicia, dando a cada uno su merecido según la condición de su pecado. De esta manera serán castigados allí los avarientos con miserable necesidad. Los perezosos serán allí pungidos con agujones encendidos. Los glotones serán atormentados con grandísima hambre y sed. Los carnales y deshonestos serán investidos con llamas de piedra-azufre hediondas. Los envidiosos aullarán con dolores entrañables como perros rabiosos. Los soberbios y presuntuosos serán llenos de perpetua confusión, y así todos los demás.

Pues ¡oh idólatras del mundo, amadores de honra, allegadores de hacienda, inventores de nuevos trajes, comidas y deleites!

¡Oh ciudad triste y miserable de Babilonia! ¡Quién tomase ahora llanto sobre ti y te llorase otra vez con aquellas piadosas lágrimas del Salvador!, diciendo (Lc. 19, 42): ¡Si conocieses ahora tú! ¡Oh si conocieses cuán caros te han de costar estos bocados y cuán recios verdugos te han de ser allí esos ídolos que adoraste!

CAPITULO XIII

De algunas consideraciones por donde se puede entender algo de la grandeza de esta pena

Carecer eternamente de Dios es el mayor mal de los males.

Esto debían considerar los que se atreven a cometer un pecado mortal, para ver la carga que toman sobre sí. Los hombres que viven de llevar y traer cargas a cuestas, cuando son alquilados para llevar alguna, primero la miran muy bien y prueban a levantarla, para ver si podrán con ella,

Pues tú, miserable, que estás cebado en la golosina del pecado y que por este precio te obligas a llevar sobre ti la carga de él, mira, ruégote, primero lo que esa carga pesa, que es la pena que por él se da, para ver si tienes hombros en que llevarla.

Y por que mejor puedas hacer esto, quiero ponerte aquí algunas consideraciones, por las cuales podrás entender algo de la grandeza de esta pena, para que más claro veas la grandeza de la carga que sobre ti tomas cuando pecas.

Y aunque de esta materia tratamos en otros lugares, pero aquí la trataremos por otros medios diferentes, que es por algunas razones y consideraciones que esto nos declaren, porque ella es tan copiosa, que da motivo para todo esto y mucho más.

1.° Considerando la ira de Dios. Entre las cuales, la primera es considerar la inmensidad y grandeza de Dios, que ha de castigar el pecado, el cual en todas sus obras es Dios; quiero decir, en todas grande y admirable; no sólo en la mar, y en la tierra, y en el cielo, sino también en el infierno y en todo lo demás.

Pues si este Señor en todas sus obras es Dios y parece Dios, no menos lo parecerá en la ira, y en la justicia, y en el castigo del pecado.

Por esta consideración dijo el mismo Señor por Jeremías (5, 22): ¿A mí no temeréis y de mí no temblaréis? Pues yo soy el que puse las arenas por término de la mar, con tan fijo y perpetuo mandamiento, que nunca más lo traspasará. Y aunque se embravezcan sus olas y se levanten hasta el cielo, no serán poderosas para pasar la raya

que yo les tengo señalada. Como si más claramente dijera: ¿No será razón que temáis el brazo de un Dios tan poderoso cuanto declara la grandeza de esta obra, el cual así como es grande y admirable en todas sus obras, así también lo será en sus castigos, y que así como por lo uno es dignísimo de ser engrandecido y adorado, así por lo otro merece ser temido y reverenciado?

Pues por esto temía y temblaba este mismo profeta (10, 7), aunque era inocente y santificado en el vientre de su madre, cuando decía: ¿Quién no temblará de ti, Rey de las gentes? Porque tuya, Señor, es la gloria. Y en otro lugar (15, 17): Estaba yo, dice él, solo y apartado de la compañía de los hombres, por estar, Señor, mi corazón lleno de temor de vuestras amenazas. Y aunque sabía muy bien este profeta que las amenazas no eran contra él, todavía ellas eran tales, que le hacían temblar. Y por esta causa se dice, con razón, que tiemblan las estrellas y las columnas del cielo ante la majestad de Dios y que tremen, otrosí, delante de Él aquellos grandes príncipes y poderes soberanos, no porque no estén seguros de su gloria, sino porque les pone espanto y admiración la grandeza de la majestad divina.

Pues si éstos no carecen de temor, ¿qué deben hacer los culpados, los menospreciadores de Dios, pues éstos son sobre quien Él ha de descargar el torbellino de su ira? Por donde decía el Salvador a sus discípulos (Mt. 10, 28): No queráis temer a aquellos que no pueden hacer más que matar el cuerpo y después no les queda qué hacer. Quiéroos yo mostrar a quién hayáis de temer. Temed a aquel que, después de muerto el cuerpo, tiene poder para echar el alma en el infierno. Este os digo yo que es para temer.

2.º Considerando la justicia divina. Lo mismo parece aún más claro considerando en especial la grandeza de la justicia divina, cuya obra es este castigo. Esta se nos trasluce algún tanto por sus efectos, que es por los castigos espantosos de Dios de que están llenas las Escrituras divinas. ¿Qué castigo tan espantoso fué aquel de Datán y Abirón (Núm. 16, 31) y de todos sus consortes, los cuales tragó la tierra vivos y sumió en lo profundo de los infiernos porque se levantaron contra sus prelados? ¿Quién jamás oyó tal linaje de amenazas y maldiciones como aquellas que leemos en el Deuteronomio contra los quebrantadores de la ley?

Espantosos castigos son éstos. Mas así éstos como todos los que se ejecutaron en esta vida, no son más que una pequeña sombra y figura de los que están guardados para la otra, que es el tiempo en que ha de resplandecer la

divina justicia en aquellos que aquí despreciaron su misericordia.

Pues si tal y tan temerosa es la sombra, ¿cuál será la misma verdad? Y si ahora, cuando la justicia anda tan templada con la misericordia y el cáliz de la ira del Señor se da tan agudo, es tan desabrido, ¿qué hará cuando se dé puro y cuando se haga juicio sin misericordia con los que no hubieren usado de misericordia, aunque sea siempre menor el castigo de lo que merece el pecado?

3.º Considerando la misericordia de Dios. Mas no sólo la grandeza de la justicia, sino también la de la misma misericordia, con quien tanto se favorecen los malos, nos da a entender la grandeza de este castigo.

Porque ¿qué cosa de mayor espanto que ver a Dios, vestido de carne, padecer en ella todos los tormentos y deshonras que padeció hasta acabar la vida en un madero? ¿Qué mayor misericordia que descender Él a tomar sobre sí todas las deudas del mundo, para descargar de ellas al mundo y derramar su sangre por aquellos mismos que la derramaban? Pues así como son espantables las obras de la divina misericordia, así lo han de ser las de su justicia; porque como en Dios no haya cosa mayor ni menor, pues todo lo que hay en Dios es Dios, cuan grande es su misericordia, tan grande es necesario que sea su justicia cuanto es de parte de ella. Por donde así como por la cuantía de un brazo sacamos la del otro, así por la grandeza del brazo de la misericordia se conoce la del brazo de la justicia, pues ambos son de una misma manera.

Pues ruégote ahora que me digas: si en el tiempo que Dios quiso mostrar al mundo la grandeza de su misericordia hizo cosas tan admirables y tan increíbles al mundo que el mismo mundo las vino a tener por locuras, cuando se llegare el tiempo de la segunda venida diputado para declarar la grandeza de su justicia, ¿qué te parece que hará, mayormente habiendo tantas causas para usar de justicia cuantas son las maldades del mundo? Porque la misericordia no tuvo quien defuera así la ayudase, pues no había de parte de nuestra humanidad cosa que la mereciese; mas la justicia tendrá tantas ayudas y estímulos para declararse cuantos pecados ha habido en el mundo, para que por aquí puedas conjeturar qué tan espantable será.

4.º Considerando la paciencia de Dios. Lo mismo también nos declara la paciencia de Dios, así para con todo el mundo como para cada uno de los malos. Porque vemos muchos hombres tan

desalmados que, desde que abrieron los ojos de la razón hasta los postreros años de su vida, la mayor parte de ella gastaron en ofender a Dios y despreciar sus mandamientos, sin hacer caso de sus promesas, ni de sus amenazas, ni de sus beneficios, ni de sus avisos, ni de otra cosa alguna. Y en todo ese tiempo los guardó aquella suma bondad y paciencia, sin cortarles el hilo de la vida y sin dejar de llamarlos por muchas vías a penitencia, sin ver en ellos enmienda.

Pues cuando, acabada toda esta tan larga paciencia, suelte Él contra ellos la presa de su ira, que por tantos años se ha ido poco a poco recogiendo en el seno de su justicia, ¿con qué ímpetu, con qué fuerza vendrá a dar sobre ellos? ¿Qué otra cosa quiso significar el Apóstol cuando dijo (Rom. 2, 4): No miras, hombre, que la benignidad de Dios te aguarda y te llama a penitencia? Mas tú, por tu gran dureza y por ese corazón tan cerrado a penitencia, atesoras contra ti ira para el día del justo juicio de Dios, el cual dará a cada uno según sus obras.

Pues ¿qué quiere decir «atesoras ira» sino dar a entender que, como el que allega tesoros va cada día añadiendo dineros a dineros y riquezas a riquezas para que así crezca el montón, así también Dios va cada día y cada hora acrecentando más y más el tesoro de su ira, así como el malo, con sus malas obras, va siempre acrecentando las causas de ella?

Pues dime ahora: si un hombre se diese tanta prisa a juntar tesoro que no se pasase día ni hora que no acrecentase algo en él, y esto por espacio de cincuenta o sesenta años, cuando después de este tiempo abriese sus arcas, ¿qué tan gran tesoro hallaría?

Pues, ¡oh miserable de ti, que apenas hay día ni hora que se te pase sin acrecentar contra ti el tesoro de esta ira divina, la cual crece a cada hora con cada uno de tus pecados! Porque aunque no hubiese más que las vistas deshonestas de tus ojos, y los malos deseos y odios de tu corazón, y las palabras y juramentos de tu boca, esto sólo basta para henchir un mundo. Pues cuando con esto se juntare todo lo demás, ¿qué tesoro de ira tendrás allegado contra ti a cabo de tantos años?

5.º Considerando la ingratitud y malicia de los hombres. La ingratitud también de los malos y su malicia, si bien se mira, da a entender por su parte cuán grande haya de ser este castigo.

Si no, ponte a considerar, por una parte, la inmensa benignidad y largueza de Dios para con los hombres; lo que en este mundo tiene hecho, y dicho, y padecido por ellos;

los aparejos y oportunidades que para bien vivir les ha dado; lo que les ha disimulado y perdonado; los bienes que les ha hecho; los males de que los ha librado, con otras muchas maneras de favores y beneficios que cada día les hace.

Mira, por otra parte, el olvido de los hombres para con Dios, su ingratitud, su rebeldía, su deslealtad, sus blasfemias, el menosprecio de Él y de sus mandamientos, el cual es tan grande, que no sólo por cualquier interés que se le ofrezca, sino muchas veces de balde y sin propósito, por sola maldad y desvergüenza, ponen debajo los pies todo cuanto manda Dios.

Pues quien de esta manera despreció aquella tan grande majestad, como si fuera un dios de palo; quien tantas veces, como dice San Pablo (Hebr. 10, 29), pisó al Hijo de Dios y despreció la sangre de su testamento; quien tantas veces lo crucificó y lo abofeteó con peores obras que hiciera un pagano, ¿qué puede esperar sino que, cuando llegue la hora de la cuenta, se haga a costa del malo tan grande recompensa de la honra de Dios cuan grande fué la injuria contra Él?

Porque pues Dios es justo juez, a Él pertenece hacer igualdad y recompensa suficiente entre el castigo del que injurió con la deshonra del injuriado. Pues si Dios es aquí injuriado, ¿qué entrega se hará en el cuerpo y alma del condenado para que del cuero salgan las correas y de sus dolores la recompensa de tales injurias?

Y si fué menester la sangre del Hijo de Dios para hacer recompensa de las ofensas de Dios, supliendo con la dignidad de la persona lo que faltaba de rigor a la pena, ¿qué será donde se haya de hacer esta recompensa, no con la dignidad de la persona, sino con la grandeza sola de la pena?

6.º Considerando la crueldad del demonio. Considera también, demás de la condición del Juez, la del verdugo que ha de ejecutar su sentencia, que es el demonio, para que por aquí veas lo que de tales manos puedes esperar.

Y para entender algo de la crueldad de este ejemplo, mirá cuál paró a un hombre sobre quien le fué dado poder, que fué el santo Job (1, 2). Porque todo cuanto fué posible hacerse contra una criatura racional, hizo, sin tener respeto a ningún género de blandura ni piedad. Quemóle las ovejas, robóle todos los otros ganados mayores, cautivóle los criados, derribóle las casas, matóle todos los hijos, cubrióle de pies a cabeza de cáncer y de gusanos, sin dejarle otro refrigerio más que un muladar en que se

sentase y un pedazo de teja con que rayese la materia que de sus llagas corría, y sobre todo esto, dejóle la mujer y los amigos, a quien con mayor crueldad perdonó que matara, para que ellos con sus palabras le fuesen otros gusanos más crueles que llegasen hasta roerle las entrañas. Esto hizo con el santo Job.

Mas ¿qué hizo con el Salvador del mundo en aquella dolorosa noche en que fué entregado al poder de las tinieblas? Esto no se puede explicar en pocas palabras.

Pues si este enemigo y todos sus consortes son tan fieros, tan inhumanos, tan carniceros, tan amigos de sangre, tan enemigos del linaje humano y tan poderosos para dañar; cuando tú, miserable, te veas en sus manos para que ejecuten en ti todas las crueldades que quisieren, según la disposición de la divina justicia, y esto no por una noche y día, sino por todos los siglos de los siglos, ¿parécete que estarás bien librado en tales manos? ¡Oh, qué día tan oscuro será aquél cuando así te veas en poder de tales manos!

Resumen. Todas estas cosas, bien consideradas, nos declaran asaz qué tan grandes hayan de ser las penas de los malos.

Porque ¿qué otra cosa se puede esperar de todas estas grandezas que aquí se han dicho sino grandísimos castigos? ¿Qué se puede esperar de la inmensidad y grandeza de Dios, y de la grandeza de su justicia para castigar los pecados, y de la grandeza de su paciencia para sufrir los pecadores, y de la muchedumbre de los beneficios con que tantas veces los procuró traer a sí, y de la grandeza del odio con que aborrece al pecado, pues por ser ofensivo de infinita majestad merece odio infinito, y de la grandeza del furor de nuestros enemigos, tan poderosos para atormentarnos y tan rabiosos para malquerernos?

¿Qué se puede, pues, esperar de todas estas causas de grandeza, sino grandísimo castigo del pecado? Pues si tan grande es la pena que está aparejada para el pecado, y en esto no puede haber falta, pues así nos lo predica la fe, ¿por qué causa, los que esto creen y confiesan, no mirarán la carga que sobre sí toman cuando pecan, pues por el mismo caso que cometen un pecado se obligan a una pena que por tantos títulos se prueba ser tan grande?

CAPITULO XIV

De la eternidad de las penas del infierno

Y si entre tanta muchedumbre de penas hubiese alguna esperanza de término o de alivio, aun sería esto alguna manera de consuelo; mas no es así, sino que de todo en todo están allí cerradas las puertas a todo género de alivio y de esperanza.

En todas cuantas maneras de trabajo hay en esta vida, siempre queda algún resquicio por donde pueda recibir el que padece algún linaje de consuelo. Unas veces, la razón; otras, el tiempo; otras, los amigos; otras, la compañía del mal de muchos; otras, a lo menos, la esperanza del fin, consuelan al que padece.

Mas en sólo este mal están de tal manera cerrados todos los caminos y tomados todos los puertos de consolación, que de ninguna parte pueden los miserables esperar remedio, ni del cielo, ni de la tierra, ni de lo pasado, ni de lo presente, ni de lo venidero, ni de otra alguna parte, sino de todas parece que les tiran saetas y que todas las criaturas han conjurado contra ellos y ellos mismos son crueles contra sí.

De suerte que, a dondequiera que volvieren los ojos, a dondequiera que extendieren las manos, ningún consuelo hallarán, por pequeño que sea. Y así como el que se está ahogando en el mar, sumido ya debajo de las aguas, sin hallar sobre qué hacer pie, tiende muchas veces las manos a todas partes en vano, porque todo lo que aprieta es agua líquida y deleznable que le burla y engaña, así acaecerá allí a los malaventurados cuando estén ahogándose en aquel piélago de tantas miserias, agonizando y batallando siempre con la muerte, sin tener arrimo ni consuelo sobre que puedan estribar.

Esta es, pues, una de las mayores penas que en aquel malaventurado lugar se padecen. Porque si estas penas hubieran de durar por algún tiempo limitado, aunque fuera mil años o cien mil millones de años, aun esto fuera algún linaje de consuelo, porque ninguna cosa es cumplidamente grande si tiene fin. Mas no es así, sino que sus penas compiten con la eternidad de Dios, y la duración de su miserias con la duración de la divina gloria. En cuan-

to Dios viviere, ellos morirán, y cuando Dios dejare de ser Él, dejarán ellos de ser lo que son.

¡Oh vida mortífera! ¡Oh muerte inmortal! No sé cómo te llame: si vida, si muerte. Si eres vida, ¿cómo matas? ¿Si eres muerte, ¿cómo duras? Ni te llamaré lo uno ni lo otro, porque en lo uno y en lo otro hay algún bien. En la vida hay descanso, y en la muerte, término, que es grande alivio a los trabajos. Tú ni tienes descanso ni término.

Pues ¿qué eres? Eres lo malo de la vida y lo malo de la muerte, porque de la muerte tienes el tormento sin el término, y de la vida, la duración sin el descanso. Despojó Dios a la vida y a la muerte de lo bueno que tenían, y puso en ti lo que restaba para castigo de los malos. ¡Oh amarga composición! ¡Oh purga desabrida del cáliz del Señor, del cual beberán todos los pecadores de la tierra!

Piensa en la eternidad de las penas. Pues en esta duración y en esta eternidad querría yo, hermano mío, que hincases un poco los ojos de la consideración y que, como animal limpio, rumiases ahora este paso dentro de ti. Y para que mejor esto hagas, ponte a considerar el trabajo que pasa un enfermo en una mala noche, especialmente si le aqueja algún grande dolor o alguna enfermedad aguda.

Mira qué de vuelcos da en aquella cama, qué desasosiego tiene consigo, qué tan larga le parece aquella noche, que hace de contar las horas del reloj y cuán grande le parece cada una, y todo se le va en desear la luz de la mañana, que tan poca parte ha de ser para curar su mal.

Pues si éste se tiene por tan grande trabajo, ¿cuál será el de aquella noche eterna, que no tiene mañana ni espera el alba del día? ¡Oh oscuridad profunda! ¡Oh noche perpetua! ¡Oh noche maldita por boca de Dios y de sus santos, que deseas la luz y no la verás, ni el resplandor de la mañana que se levanta!

Pues mira ahora qué linaje de tormento será vivir para siempre en tal noche como ésta, acostado, no en la cama blanda, como lo está un doliente, sino en un horno de llamas tan terribles. ¿Qué espaldas bastarán para sufrir estos ardores?

¡Oh cosa para temblar! Si sólo poner la punta del dedo sobre un ascua por espacio de una Avemaría parece cosa intolerable, ¿qué será estar en cuerpo y en alma ardiendo en medio de aquellos fuegos tan vivos que los de esta vida, en comparación de ellos, son como pintados? ¿Hay juicio en la tierra? ¿Tienen seso los hombres? ¿Entienden lo que quieren decir estas palabras? ¿Creen que esto es fábula de poetas? ¿Piensan que esto les toca a ellos o que se dice

por otros? Nada de esto ha lugar que se diga, pues de todo esto nos desengaña la fe.

¿Por qué no somos sensatos? Pues ¿cómo no temblamos nosotros sabiendo cierto que es infinito el número de los locos, y que es estrecho el camino de la vida, y que el infierno ha dilatado sus senos para recibir los muchos que van a él?

Si esto no creemos, ¿dónde está la fe? Y si lo creemos y confesamos, ¿dónde está el juicio y la razón? Y si hay fe y razón, ¿cómo no andamos dando gritos y voces por las calles? ¿Cómo no nos vamos por esos desiertos, como hicieron muchos de los santos, a hacer vida entre las bestias por escapar de estos tormentos? ¿Cómo dormimos de noche? ¿Cómo no perdemos el seso imaginando un tan extraño peligro, pues otros menores acaecimientos han bastado no sólo para desvelar y sacar de juicio a los hombres, sino también para acabarles la vida?

Porque es cierto que si hiciese ahora Dios este partido con un hombre que le dijese: Tú has de tener todo el tiempo que vivieres un dolor de gota o de una sola muela, pero tan agudo que no te deje reposar noche ni día, o si quieres ahorrar este dolor, has de ser fraile cartujo o descalzo y hacer la penitencia que ellos hacen toda la vida. Mira cuál de estas dos cosas quieres. No hay hombre tan perdido que, usando de buena razón, siquiera por el amor que tiene a sí mismo, no escogiese cualquier profesión de éstas antes que padecer este martirio por este espacio.

Pues siendo tanto mayores los tormentos de que hablamos, y siendo tanto mayor el espacio que duran, y siendo tanto menos lo que Dios nos pide que ser fraile descalzo o cartujo, ¿cómo no aceptamos un tan pequeño trabajo por evitar un tan prolijo tormento? ¿Quién no ve ser éste el mayor de todos los engaños del mundo?

Para siempre, para siempre... Pues ésta es la mayor pena de los miserables: saber que Dios y su pena corren a la pareja, y por esto su mal no tendrá consuelo, porque su pena no tiene fin.

En tanta manera es esto verdad, que aun la pena que allí se dará por los pecados veniales también será eterna, como la que se diere por los mortales. Porque aunque al pecado venial no se deba pena infinita, mas porque en aquel estado no se sufre suelta ni descargo de ninguna deuda, porque ya pasó el tiempo de pagar y satisfacer, por eso se estará aún aquella pena en un mismo ser y para siempre durará. Pues ¿qué cosa puede ser de mayor tor-

mento y hastío que padecer siempre de una manera sin ningún linaje de mudanza?

Por muy precioso que fuese un manjar, si se comiese toda la vida, daría en rostro. Porque no pudo ser manjar más precioso que aquel maná que envió Dios a los hijos de Israel en el desierto, y con todo eso, por comer siempre de él, vino a causarles hastío y vómito. El camino que es todo llano dicen que cansa más que el que no lo es, porque siempre la vanidad, aun en las penas, es linaje de consuelo.

Pues dime: si aun las cosas sabrosas, cuando son siempre de una manera, son causa de hastío y de pena, ¿qué linaje de hastío será aquel que de tan horribles penas se causará siendo siempre de una manera? ¿Qué sentirán los malaventurados cuando allí se vean tan aborrecidos y desechados de Dios, que ni aun con la suelta de un pecado venial quiera dar alivio a sus tormentos? Será tan grandísima la furia y rabia que contra Él concebirán, que perpetuamente nunca cesarán de maldecir y blasfemar su santo nombre.

IV.—DE LA GLORIA

CAPITULO XV

De la hermosura y magnificencia de la patria celestial

Acerca de la grandeza del premio que se promete a la virtud, que es la gloria del paraíso, se nos ofrecen dos cosas señaladas que considerar. La una es la hermosura y excelencia de este lugar y la otra es la hermosura y excelencia del Rey que mora en él con todos sus escogidos.

Y cuanto a lo primero, qué tan grande sea la hermosura y riqueza de este lugar, no hay lengua mortal que lo pueda explicar. Mas todavía, por algunas conjeturas, podremos, como de lejos, barruntar algo de lo que esto es.

Entre las cuales, la primera es el fin de esta obra; porque ésta es una de las circunstancias que más suelen declarar la condición y excelencias de las cosas. Pues el fin para que Nuestro Señor edificó y aparejó este lugar es para manifestación de su gloria. Porque aunque todas las cosas haya creado este Señor para su gloria, como dice

Salomón (Prov. 16, 4), pero ésta señaladamente se dice haber creado para este fin, porque en ella singularmente resplandece la grandeza y magnificencia de Él.

Por donde así como aquel grande rey Asuero, que reinó en Asia sobre ciento veintisiete provincias (Est. 1, 3), celebró un convite solemnísimo en la ciudad de Susa por espacio de ciento ochenta días, con toda la opulencia y grandeza que se puede imaginar, para descubrir por este medio a todos sus reinos la grandeza de su poder y de sus riquezas. así también este Rey soberano determinó hacer en el cielo otro convite solemnísimo, no por espacio de ciento ochenta días, sino de toda la eternidad, para manifestar en él la inmensidad de sus riquezas, de su sabiduría, de su largueza y su bondad.

Esto se entenderá aún más claramente si consideramos la grandeza del poder y de las riquezas de este Señor.

Es tan grande su poder, que con una sola palabra creó toda esta máquina tan admirable del mundo y con otra sola le podría destruir, y no sólo un mundo, mas mil cientos de mundos podría Él crear con una sola palabra y tornarlos a deshacer con otra. Y además de esto, lo que hace, hácelo tan sin trabajo, que con la facilidad que creó la menor de las hormigas creó el mayor de los serafines, porque no gime ni suda debajo de la carga mayor ni se alivia con la menor; porque todo lo que quiere puede y todo lo que quiere obra con sólo querer.

Pues dime ahora: si la omnipotencia de este Señor es tan grande, y la gloria de su santo nombre tan grande, y el amor de ella tan grande, ¿cuál será la casa, la fiesta y el convite que tendrá aparejado para este fin? ¿Qué falta aquí para que no sea perfectísima esta obra? Falta de menos, aquí no hay, porque el Hacedor es infinitamente poderoso. Falta de cabeza, aquí no la hay, porque es infinitamente sabio. Falta de querer, aquí no la hay, porque es infinitamente bueno. Falta de riqueza, aquí no la hay, porque Él es el piélago de todas ellas.

Pues luego, ¿qué tal será la obra donde tales aparejos hay para que sea tan grande? ¿Qué tal será la obra que saldrá de esta oficina, donde concurren tales oficiales como son la omnipotencia del Padre, la sabiduría del Hijo y la bondad del Espíritu Santo; donde la bondad quiere, la sabiduría ordena y la omnipotencia puede todo aquello que quiere la infinita bondad y ordena el infinito saber, aunque todo esto sea uno en todas las divinas Personas?

Cómo honra Dios a sus santos. Hay otra consideración para este propósito semejante a ésta. Porque no sólo aparejó Dios esa casa para honra suya, sino también para honra y gloria de todos sus escogidos.

Pues qué tan grande sea el cuidado que este Señor tiene de honrarlos y de cumplir aquello que Él mismo dijo: Yo honro a los que me honran, claramente se ve por las obras, pues aun viviendo ellos en este mundo puso debajo de su obediencia el señorío de todas las cosas.

¿Qué cosa es ver al santo Josué (10, 13) mandar al sol que se parase en medio del cielo y que, como si él tuviera en la mano las ruedas de toda la máquina del mundo, así lo hiciese detener, obedeciendo, como dice la Escritura, Dios a la voz del hombre?

¿Qué cosa es ver al profeta Isaías (38, 8) dar a escoger al rey Ezequías qué quería que hiciese del mismo sol, si quería que le mandase ir adelante o que volviese atrás, que con la misma facilidad que haría lo uno haría lo otro?

¿Qué cosa es ver al profeta Elías suspender las aguas y las nubes del cielo por todo el tiempo que quiso y mandarlas otra vez volver con la virtud y palabra de la oración? (III Rey. 17, 1).

Y no sólo en vida, sino también en muerte los honró tanto, que dió este mismo señorío y poder a sus huesos y cenizas. ¿Quién no alaba a Dios viendo que los huesos de Eliseo muerto resucitaron un muerto que acaso unos ladrones echaron en su sepulcro? (IV Rey, 13, 21).

A la cadena de San Pedro quiso Dios que se hiciese fiesta general en toda la Iglesia, para que se vea en cuánto estima Él los cuerpos de los santos, pues las cadenas infames de las cárceles, por haber tocado en ellos, quiere que se tengan en tanta veneración.

Mas ¿qué es todo esto en comparación de aquella honra tan grande que hizo Dios, no ya a la cadena de este apóstol, ni a sus huesos, ni a su cuerpo, sino a la sombra de su cuerpo, pues le dió aquella virtud que escribe San Lucas en los Hechos de los Apóstoles (5, 15), que todos los enfermos que tocaban en ella sanaban?

¡Oh admirable Dios! ¡Oh sumamente bueno y honrador de buenos, pues dió a este hombre lo que para sí no tomó! Porque no se lee de Cristo que con su sombra sanase a los enfermos, como se lee de San Pedro.

Pues en tanta manera es amigo Dios de honrar a sus santos, aun en el tiempo y lugar que no es propicio de galardonar, sino de trabajar, ¿qué tal podremos entender que será la gloria que Él tiene destinada para honrarlos y para ser honrado Él en ellos? Quien tanto desea honrarlos y

tanto puede y sabe hacer en qué los honre, ¿qué es lo que les debe tener allá aparejado para esto?

El precio de la gloria. Hay también otra conjetura para esto, que es considerar cuán grande sea el precio que Dios pide por esta gloria, siendo Él tan liberal y tan magnífico como es.

Pues para darnos esta gloria no se contentó con otro menor precio después del pecado que la sangre y muerte de su unigénito Hijo. De manera que por la muerte de Dios se da al hombre vida de Dios, por la tristeza de Dios se le da alegría de Dios, y porque estuvo Dios en la cruz entre dos ladrones, se da al hombre que esté entre los coros de los ángeles.

Pues dime ahora, si se puede decir: ¿cuál es aquel bien que para que se te diese fué menester que sudase Dios gotas de sangre y que fuese preso, azotado, escupido, abofeteado y puesto en cruz? ¿Qué es lo que tendrá Dios aparejado, siendo como es tan magnífico, para dar por este precio? Quien supiese ahondar en este abismo, más entendería por aquí la grandeza de la gloria que por todos los otros medios que se pueden imaginar.

Y además de esto nos pide este Señor, como por añadidura, lo último que se puede a un hombre pedir, esto es, que tomemos nuestra cruz a cuestas (Mt. 10, 38), y que saquemos el ojo derecho si nos escandalizare (Ibíd. 5, 29), y que no tengamos ley con padre ni madre ni con otra cosa criada cuando se encontrare con lo que manda Dios.

Y sobre todo esto que por nuestra parte hacemos, dice aquel soberano Señor que nos da la gloria de gracia. Y así dice por San Juan (Apoc. 22, 13): Yo soy principio y fin de todas las cosas. Yo daré al que tuviere sed a beber agua de vida de balde.

Pues dime ahora: ¿qué tal bien será aquel por quien tanto nos pide Dios, y después de todo esto dado, dice que nos lo da de balde? Y digo de balde mirando lo que nuestras obras por sí valen, no por el valor que por parte de la gracia tienen.

Pues dime: si este Señor es tan largo en hacer mercedes, si su divina magnificencia concedió en esta vida a todos los hombres tantas diferencias de cosas, si a todos indiferentemente sirven las criaturas del cielo y de la tierra y de los justos e injustos es común la posesión de este mundo, ¿qué bienes tendrá guardados para solos los justos?

Quien tan graciosamente dió tan grandes tesoros sin deberlos, ¿qué dará a quien los tuviere debidos? Quien tan liberal es en hacer mercedes, ¿cuánto más lo será en pagar servicios? Si tan inestimable es la largueza del que da,

¿cuanto será la magnificencia del que restituye? Sin duda, no se puede con palabras declarar la gloria que dará a los agradecidos, pues tales cosas dió aun a los ingratos.

La Jerusalén celestial. Considera la hermosura del lugar, la cual en figura nos describe San Juan en el Apocalipsis (21, 9) por estas palabras: Uno de los siete ángeles habló conmigo diciéndome: Ven y mostrarte he la Esposa del Cordero. Y levantóme en espíritu en un monte alto y grande, y mostróme la ciudad santa de Jerusalén que descendía del cielo, la cual resplandecía con claridad de Dios, y la lumbre de ella era semejante al resplandor de las piedras preciosas.

Tenía esta ciudad un muro grande y alto, en el cual había doce puertas, y en las puertas doce ángeles, según el número de las puertas. Los cimientos de los muros de esta ciudad eran todos labrados de piedras preciosas, y las doce puertas de ella eran doce piedras preciosas, cada puerta de su piedra, y la plaza de esta ciudad era de oro limpio, semejante a un vidrio muy claro. Y templo no vi en ella, porque el Señor Dios todopoderoso es su templo y el Cordero. Y la ciudad no tiene necesidad de sol ni luna que le den lumbre, porque la claridad de Dios la alumbra, y la lámpara que en ella arde es el Cordero.

Y mostróme más el ángel: un río de agua viva claro, así como un cristal, el cual salía de la silla de Dios y del Cordero, y en medio de la plaza y en la una ribera del río y de la otra estaba plantado el árbol de la vida, que llevaba doce frutos en el año, cada mes el suyo, y las hojas de éste árbol eran para salud de las gentes.

Todo género de maldición nunca más allí se verá, sino la silla de Dios y del Cordero allí estarán, y sus siervos le servirán, y ellos verán su cara, y tendrán el nombre de Él escrito en sus frentes, y reinarán en los siglos de los siglos.

He aquí, hermano, dibujada la hermosura de esta ciudad, no para que hayas de pensar que hay en ella estas cosas así materialmente como suenan las palabras, sino para que por éstas entiendas otras más espirituales y más excelentes que por éstas se nos figuran.

Porque cuando el hombre lee en algunos graves autores que cualquiera de las estrellas del cielo es mayor que toda la tierra, y aunque hay algunas de ellas de tan notable grandeza que son noventa veces mayores que toda ella, y con esto alza los ojos al cielo y ve en él tanta muchedumbre de estrellas y tantos espacios vacíos donde podrían caber otras muchas más, ¿cómo no se espanta, cómo no queda atónito y fuera de sí considerando la inmensidad

de aquel lugar y mucho más la de aquel soberano Señor que lo crió?

La tierra de los vivientes. Llámase en la Escritura tierra de los que viven (Salm. 26, 13): por donde entenderás que ésta en que aquí moramos es tierra de los que mueren. Pues si en esta tierra de muertos hay cosas tan excelentes y tan vistosas, ¿qué habrá en aquella tierra de los que para siempre viven?

Tiende los ojos por todo este mundo visible y mira cuántas y cuán hermosas cosas hay en él. ¡Cuánta es la grandeza de los cielos, cuánta la claridad y el resplandor del sol, y de la luna, y de las estrellas! ¡Cuánta la hermosura de la tierra, de los árboles, de las aves y de todos los otros animales! ¡Qué es ver la llanura de los campos, la altura de los montes, la verdura de los valles, la frescura de las fuentes, la gracia de los ríos repartidos como venas por todo el cuerpo de la tierra, y sobre todo, la anchura de los mares, poblados de tantas diversidades y maravillas de cosas! ¿Qué son los estanques y lagunas de aguas claras, sino unos como ojos de la tierra o como espejos del cielo? ¿Qué son los prados verdes entretejidos de rosas y flores, sino como un cielo estrellado en una noche serena? ¿Qué diré de las venas de oro y plata y de otros tan ricos y tan preciosos metales? ¿Qué de los rubíes, y esmeraldas, y diamantes y otras piedras preciosas, que parecen competir con las mismas estrellas en claridad y hermosura? ¿Qué de las pinturas y colores de las aves, de los animales, de las flores y de otras cosas infinitas?

Juntóse con la gracia de la naturaleza también la del arte y doblóse la hermosura de las cosas. De aquí nacieron las vajillas de oro resplandecientes, los dibujos perfectos y acabados, los jardines bien ordenados, los edificios de los templos y de los palacios reales, vestidos de oro y mármol, con otras cosas innumerables.

Pues si en este elemento, que es el más bajo de todos, según dijimos, y tierra de los que mueren, hay tantas cosas que deleitan, ¿qué habrá en aquel supremo lugar, que cuanto está más alto que todos los cielos y elementos, tanto es más noble, más rico y más hermoso?

Porque si eso que parece por defuera a los ojos mortales es tan hermoso, ¿qué será lo que allá está escondido a los ojos inmortales? Y si vemos que por manos de los hombres se hacen aquí algunas obras tan vistosas y de tanta hermosura que espantan a los ojos de quien las mira, ¿qué será lo que tendrá obrado la mano de Dios en aquella casa real, y en aquel sacro palacio, y en aquella casa de solaz que Él edificó para gloria de sus escogidos? ¡Oh cuán

amables son, dice el Profeta (Salm. 83, 2), tus tabernáculos, Señor Dios de las virtudes! Codicia y desfallece mi alma contemplando los palacios del Señor.

Los ciudadanos del cielo. Lo que principalmente suele ennoblecer la condición de los ciudadanos es si son nobles, si son muchos y concordes entre sí. Pues ¿quién podrá declarar en esta parte la excelencia de esta ciudad? Todos sus moradores son hijosdalgo, y ninguno hay entre ellos de baja suerte, porque todos son hijos de Dios. Son tan amigables entre sí, que todos ellos son un alma y un corazón, y así viven en tanta paz, que la misma ciudad tiene por nombre Jerusalén, que quiere decir visión de paz.

Y si quieres saber el número y la población de esa ciudad, a eso te responderá San Juan en el Apocalipsis (7, 9) diciendo que vió en espíritu una tan grande compañía de bienaventurados, que no bastaría nadie para contarlos, la cual había sido recogida de todo linaje de gentes y pueblos y lenguas. Los cuales estaban en presencia del trono de Dios y de su Cordero, vestidos de ropas blancas y con palmas triunfales en las manos, cantando a Dios cantares de alabanza.

Con lo cual concuerda lo que el profeta Daniel (7, 10) significa de este sagrado número, diciendo: Millares de millares servían al Señor de la majestad y diez veces cien mil millares asistían delante de Él. San Dionisio dice que es tan grande el número de los ángeles, que excede sin comparación al de todas cuantas cosas materiales hay en la tierra.

Santo Tomás, conformándose con este parecer, dice que así como la grandeza de los cielos excede a la de la tierra sin proporción, así la muchedumbre de aquellos espíritus gloriosos excede a la de todas las cosas materiales que hay en este mundo con esta misma ventaja. Pues ¿qué cosa puede ser más admirable? Por cierto, cosa es ésta que, si bien se considerase, bastaba para dejar atónitos a todos los hombres.

Y no pienses que por ser tantos están desordenados, porque no es allí la muchedumbre causa de confusión, sino de mayor orden y armonía. Porque aquel que con tan maravillosa consonancia ordenó los movimientos de los cielos y los cursos de las estrellas, llamando a cada una por su nombre, ése ordenó todo aquel innumerable ejército de bienaventurados con tan maravilloso concierto, dando a cada uno su lugar y gloria, según su merecimiento. Y así, un lugar es el que allí tienen las vírgenes, otro los confesores, otro los santos mártires y otro los patriarcas y pro-

fetas, otro los apóstoles y evangelistas, y así todos los demás.

Y de la manera que están repartidos y aposentados los hombres, así lo están en su manera los ángeles, divididos en tres jerarquías, las cuales se reparten en nueve coros, sobre todos los cuales reside el trono de la serenísima Reina de los ángeles, que sola Ella hace coro por sí, porque no tiene par ni semejante. Y sobre todos, finalmente, preside aquella santísima Humanidad de Cristo, que está sentada a la diestra de la majestad de Dios en las alturas.

¡Saluda a tu Patria! Tú, alma cristiana, discurre por estos coros, pasea por estas plazas y calles, mira el orden de estos ciudadanos, la hermosura de esta ciudad y la nobleza de estos moradores.

Salúdalos a cada uno por su nombre y pídeles el sufragio de su oración.

Saluda también esa dulce Patria, y como peregrino que la ve aún desde lejos, envíale con los ojos el corazón, diciendo: Dios te salve, dulce Patria, tierra de promisión, puerto de seguridad, lugar de refugio, casa de bendición, reino de todos los siglos, paraíso de deleites, jardín de flores eternas, plaza de todos los bienes, corona de todos los justos y fin de todos nuestros deseos. Dios te salve, madre nuestra, esperanza nuestra, por quien suspiramos, por quien hasta ahora damos gemidos y peleamos, pues no ha de ser coronado sino el que fielmente peleare (II Tim. 2, 5).

CAPITULO XVI

Del gozo que el alma recibirá con la compañia de los santos, de la Santísima Virgen y de la humanidad de Jesús

¿Quién podrá, después de este gozo, declarar el que se recibirá con aquella tan dichosa compañía? Porque allí la virtud de la caridad está en toda su perfección, a la cual pertenece hacer todas las cosas comunes. Aquella petición del Salvador que dice (Jn. 17, 22): Ruégote, Padre, que ellos sean una misma cosa por amor, así como Nosotros lo somos por naturaleza, allí es donde perfectamente se cumple, porque allí son todos entre sí más unos que

los miembros de un mismo cuerpo, el cual da a todos un mismo ser y una bienaventurada vida.

Si no, dime: ¿qué es la causa por que los miembros de un cuerpo tienen entre sí tan grande unidad y amor? La causa es porque todos ellos participan de una misma forma, que es una misma alma, la cual da a todos ellos un mismo ser y una vida.

Pues dime: si el espíritu humano tiene virtud para causar tan grande unidad entre los miembros de tan diferentes oficios y naturaleza, ¿qué mucho es que aquel espíritu divino, por quien viven todos los escogidos, que es como alma común de todos, cause entre ellos otra mayor y más perfecta unidad, pues es más noble causa y de más excelente virtud y que da más noble ser?

Pues dime ahora: si esta manera de unidad y de amor hace todas las cosas comunes, así las buenas como las malas, como lo vemos en los miembros de un mismo cuerpo y en el amor de las madres para con los hijos, las cuales huelgan tanto con los bienes de ellos como con los suyos propios; siendo esto así, ¿qué gozo tendrá allí un escogido de la gloria de todos los otros, pues a cada uno de ellos ama como a sí mismo? Porque, como dice San Gregorio, aquella heredad celestial para todos es una, y para cada uno, toda; porque de los gozos de todos recibe cada uno tan grande alegría como si él mismo los poseyera.

Pues ¿qué se sigue de aquí sino que, pues es casi infinito el número de los bienaventurados, serán casi infinitos los gozos de cada uno de ellos? ¿Qué se sigue sino que cada uno de ellos tendrá las excelencias de todos, pues lo que uno no tuviere en sí tendrán los otros?

Estos son, espiritualmente, aquellos siete hijos de Job (1, 4), entre los cuales había tan grande amor y comunicación, que cada uno de ellos, por su orden, hacía un día de la semana su convite a los otros, de donde resultaba que no menos participaría cada uno de la hacienda de los otros que de la suya propia, y así, lo propio era común de todos, y lo común, propio de cada uno. Esto obraba en aquellos santos hermanos el amor y la hermandad. Pues ¿cuánto es mayor la hermandad de los escogidos, cuánto mayor el número de los hermanos, cuántos más bienes y riquezas de que gozar?

La gloria de los demás será la gloria nuestra.

Pues según esto, ¿qué convite será aquel que nos harán allí los serafines, que son los más altos espíritus y más allegados de Dios, cuando descubran a nuestros ojos la nobleza de su con-

dición, y la claridad de su contemplación, y el ardor ferventísimo de su amor?

¿Qué convite harán luego los querubines, donde están encerrados todos los tesoros de la sabiduría de Dios? ¿Cuál será el de los tronos y dominaciones y todos los otros bienaventurados?

¿Qué será gozar y ver allí señaladamente aquel ejército glorioso de los mártires, vestidos de ropas blancas, con sus palmas en las manos y con las insignias gloriosas de sus triunfos? ¿Qué será ver juntas aquellas once mil vírgenes y aquellos diez mil mártires, imitadores de la gloria y de la cruz de Cristo, con otra muchedumbre innumerable?

¿Qué gozo será ver aquel glorioso diácono, con sus parrillas en la mano, resplandeciendo mucho más que las llamas en que ardió, desafiando los tiranos y cansando los verdugos con paciencia inexpugnable? ¿Cuál será ver la hermosísima virgen Catalina coronada de rosas y azucenas, vencida la rueda de sus navajas con las armas de la fe y de la esperanza? ¿Qué será ver a aquellos siete nobles Macabeos, con la piadosa y valerosa madre, despreciando las muertes y los tormentos por la guarda de la ley de Dios?

¿Qué collar de oro y pedrería será tan hermoso de mirar como el cuello del glorioso Bautista, que quiso antes perder la cabeza que disimular la torpeza del rey adúltero? ¿Qué púrpura resplandecerá tanto como el cuerpo del bienaventurado San Bartolomé, por Cristo desollado? Pues ¿qué será ver el cuerpo de San Esteban, con los golpes de las piedras señalado, sino ver una ropa rozagante sembrada de rubíes y diamantes?

Y vosotros, príncipes gloriosos de la Iglesia cristiana, ¿qué tanto resplandeceréis, el uno con la espada y el otro con el estandarte glorioso de Cristo con que fuisteis coronados?

Pues ¿qué será gozar de cada una de todas estas glorias como si fuese propia? ¡Oh convite glorioso! ¡Oh banquete real! ¡Oh mesa digna de Dios y de sus escogidos! Vayan, pues, los mundanos a sus banquetes, sucios y carnales, a romper los vientres con sus excesos y demasías.

Tal banquete como éste convenía para Dios, donde se sirviese tan excelentes manjares.

Glorioso recibimiento. ¿Qué será, sobre todo esto, ver las fiestas y triunfos que cada día se celebran con los nuevos hermanos que, vencido ya el mundo y acabado el curso de su peregrinación, entran a ser coronados con ellos?

¡Oh qué gozo se recibe de ver restaurarse aquellas sillas, y edificarse aquella ciudad, y repararse los muros de

aquella noble Jerusalén! ¡Con cuán alegres brazos los reciben toda aquella corte del cielo viéndolos venir cargados de los despojos del enemigo vencido!

Allí entran, con los varones triunfantes, también las mujeres vencedoras, que, juntamente con el siglo, vencieron la flaqueza de su condición. Allí entrarán las vírgenes inocentes martirizadas por Cristo, con doblado triunfo de la carne y del mundo, con guirnaldas, y azucenas, y rosas en sus cabezas. Allí también muchos mozos y niños, que sobrepujaron la ternura de sus años con discreción y virtudes, entran cada día a recibir el premio de su pureza virginal. Allí hallan a sus amigos, conocen a sus maestros, reconocen a sus padres, abrázanse y danse dulce paz y reciben la enhorabuena de tal entrada y tal gloria.

Allí discurren los ángeles, ministran los arcángeles, triunfan los principados, alégranse las potestades, enseñorean las dominaciones, resplandecen las virtudes, relampaguean los tronos, lucen los querubines, arden los serafines y todos cantan alabanzas a Dios.

La presencia de la Santísima Virgen. Sube aún más arriba, sobre todos los coros de los ángeles, y hallarás otra gloria singular, la cual maravillosamente alegra toda aquella corte soberana y embriaga con maravilloso dulzor la ciudad de Dios.

Alza los ojos y mira aquella Reina de misericordia, llena de claridad y hermosura, de cuya gloria se maravillan los ángeles, de cuya grandeza se glorían los hombres. Esta es la Reina del cielo, coronada de estrellas, vestida del sol, calzada de la luna y bendita sobre todas las mujeres.

Mira, pues, qué gozo será ver a esta Señora y Madre nuestra no ya de rodillas ante el pesebre, no ya con los sobresaltos y temores de lo que aquel santo Simeón le había profetizado, no ya llorando y buscando por todas partes al Niño perdido, sino con inestimable paz y seguridad asentada a la diestra del Hijo, sin temor de perder jamás aquel tesoro.

Ya no será menester buscar el silencio de la noche secreta para escapar el Niño de las celadas de Herodes huyendo a Egipto. Ya no se verá más al pie de la cruz, recibiendo sobre su cabeza las gotas de sangre que de lo alto caían y llevando en su manto perpetua memoria de aquel dolor. Ya no padecerá más el agravio de aquel triste cambio, cuando le dieron al discípulo por el Maestro y al criado por el Señor. Ya no se oirán más aquellas tan dolorosas palabras que, debajo de aquel árbol sangriento, con muchas lágrimas decía (II Rey. 18, 33): ¡Quién me diese que yo muriese por ti, Absalón, hijo mío, hijo mío Absalón!

Ya todo esto se acabó, y la que en este mundo se vió más afligida que toda pura criatura, se verá ensalzada sobre toda criatura, gozando para siempre de aquel sumo bien y diciendo: Hallado he al que ama mi alma; téngolo, no lo dejaré (Cant. 3, 4).

La gloriosísima humanidad de Cristo. Y si éste es tan grande gozo, ¿qué será ver aquella sacratísima humanidad de Cristo y la gloria y hermosura de aquel cuerpo que por nosotros fué tan afeado en la cruz?

Cosa será por cierto, como dice San Bernardo, llena de toda suavidad que vean los hombres a un hombre criador de los hombres. Por honra propia tienen los deudos ver a un deudo hecho cardenal o papa. Pues ¿cuánto mayor honra será ver aquel Señor, que es nuestra carne y nuestra sangre, asentado a la diestra del Padre y hecho rey de cielos y tierra?

¡Qué ufanos estarán los hombres entre los ángeles cuando vean que el Señor de la posada y el común Criador de todos no es ángel, sino hombre! Si los miembros tienen por honra suya la que se hace a su cabeza, por la grande unión que hay entre ellos y ella, ¿qué será allí, donde tan estrecha es la unión de los miembros y de la cabeza? ¿Qué será sino que todos tengan por suya propia la gloria de su Señor?

Este será un gozo tan grande, que ningunas palabras bastan a darle debido encarecimiento. Pues ¿quién será tan dichoso que merezca gozar de tanto bien?

¡Oh quién me diese, hermano mío, que te mantienes de los pechos de mi Madre (Cant. 8, 1), que te hallase yo allá fuera y te diese paz con labios de devoción y te abrazase con brazos de amor! ¡Oh dulcísimo Señor!, ¿cuándo será este día? ¿Cuándo pareceré delante de tu cara? ¿Cuándo me veré harto de tu hermosura? ¿Cuándo veré ese rostro en que desean mirar los ángeles?

CAPITULO XVII

Del gozo que el alma recibirá con la visión clara de Dios

Todo esto pertenece a la gloria accidental de los santos. Mas hay aún otra gloria sin comparación mayor, que es la que llaman esencial, la cual consiste en la visión y pose-

sión del mismo Dios, de la cual dice San Agustín: El premio de la virtud será el mismo que dió la virtud, el cual se verá sin fin, y se amará sin hastío, y se alabará sin cansancio. De manera que este galardón es el mayor que puede ser, porque ni es cielo, ni tierra, ni mar, ni otra alguna criatura, sino el mismo Criador y Señor de todo; el cual, aunque sea uno y simplicísimo bien, en Él está la suma de todos los bienes.

Dios, bien universal, fuente de todos los bienes.

Para cuyo entendimiento has de notar que los bienes de esta vida no son más que bienes particulares, porque ninguno encierra en sí todos los bienes, sino alguna pequeña parte de bien. Unos traen consigo honestidad; otros, provecho; otros, deleite; otros, honra; otros, hermosura; otros, salud, y otros, otras perfecciones particulares, cada uno según es.

Mas aquel soberano bien decimos que es universal porque en él están todos los bienes, toda la hermosura y todas las perfecciones de las cosas creadas por muy más excelente manera que están en sí mismas. Es como un árbol que lleva todas las frutas, como una flor que tiene todas las gracias, como un manjar que tiene todos los sabores y como un piélago para donde corren todas las aguas.

Finalmente, es un tal bien, que él sólo basta para dar mayor hartura y contentamiento a la voluntad que todos los bienes juntos que se poseyesen. Porque así como el sol, no siendo más que un solo planeta, tiene más claridad y luz que todas las otras estrellas y planetas, y así es más parte para esclarecer y alegrar el mundo que todas ellas, así aquel sol de claridad eterna, de todas las perfecciones, es más parte para beatificar y alegrar a los santos que la posesión universal de todos los bienes. Porque si esta ventaja hace una criatura a otras criaturas, ¿qué hará el mismo Criador y Señor de todo?

Pues dime ahora: si una sola gota de un bien particular de los de acá, como es alguna grande honra o deleite o hermosura de alguna criatura, basta, según cada día vemos, para embobar a los hombres y sacarlos fuera de sí, ¿qué sería si se encontrasen con un bien universal en quien estuviesen todos los bienes juntos por una tan excelente manera y supiesen que habían de gozar de él para siempre sin recelo de jamás perderlo? ¿Qué tales andarían? ¿Qué harían, qué darían, qué no padecerían por este bien?

Superabundantemente llena de gozo todas las potencias y sentidos.

Pues no sólo es este bien universal, sino es también universalmente participado. Para lo cual has de notar que los bienes de esta vida, así como son particulares, así dan contentamiento a particulares sentidos. Unos deleitan la vista con su hermosura; otros, los oídos con su melodía; otros, las narices con su suavidad; otros, el gusto con su dulzura, y así, cada uno de nuestros sentidos, por la mayor parte, está casado con alguno de estos bienes con tan estrechos vínculos de matrimonio, que no quiere admitir otros amores y deleites sino los de sus propios objetos.

Mas aquel bien infinito, así como es universal, así es universalmente participado en todas las potencias de nuestra alma y de todos los sentidos de nuestro cuerpo, que todo el hombre, parte por parte y sentido por sentido, goza de él; y esto no por tasa ni por medida, sino con tanta abundancia, que así como la tierra harta de agua deja correr por encima la que no puede beber, así el alma del bienaventurado vendrá a participar tanto de esta gloria, que no quede en ella cosa que no esté llena y empapada en ella.

Si no, dime: Si tomases ahora una manzana mondada por todas partes y la echases en un gran vaso de azúcar que estuviese hirviendo, ¿qué tal saldría de allí al cabo de muchos días sino hecha un puro terrón de azúcar? Pues así aquellos cuerpos y almas de los santos, gozando y participando en todas sus potencias y sentidos la gloria de Dios, ¿qué tales han de estar sino transformados en Dios y hechos dioses?

Sobre todo esto has de considerar que toda esta multitud de bienes que este bien universal en sí encierra se concibe y goza toda junta, sin que la atención y gusto de una cosa impida el gusto de la otra.

Y en esta vida no se halla esta manera de gozo, porque es tan estrecha la capacidad de nuestra alma, que no pueden entrar en ella las cosas juntas, sino hilo a hilo, una a una; ni tampoco se pueden gozar juntas, porque la atención y gusto de una no da lugar al de las otras, como vemos por experiencia que, estando muy atentos a una cosa, no vemos lo que pasa delante de los ojos. Mas en aquella bienaventurada vida, todos los bienes se poseen juntos y se gozan juntos, y del gozo de todos resulta una alegría común, como una música que de muchas voces está compuesta.

La divina hermosura, enamoradora.

El Creador, que tanto desea ser amado de sus criaturas, quiso que en todas ellas, comenzando desde el cielo hasta las entrañas de la tierra, hubiese algún rastro

o sombra de su infinita hermosura. La cual primeramente resplandece en el cielo estrellado en una noche serena, donde vemos toda aquella gran capa y bóveda del cielo resplandecer con tan gran número de lumbreras más claras que todos los diamantes y piedras preciosas, y éstas en tan gran número, que sólo el que las crió las puede contar. Resplandece también en las dos principales estrellas, sol y luna, de cuya virtud y hermosura ya tratamos.

Resplandece también en la verdura de los campos, en las frescuras de las fuentes, en la diversidad de las flores que hermosean los prados verdes, en las cuales no sabréis de qué más os maravilléis, si de la diversidad de los colores, si de las labores tan primorosas con que están obradas.

Pues ¿qué diré de la hermosura de las perlas y piedras preciosísimas, de tantos colores y virtudes y de tan gran valor? ¿Qué de los metales, y especialmente de la plata y el oro, el cual en todas las naciones, por bárbaras que sean, es tan preciado por su grande resplandor y hermosura?

¿Qué de la hermosura de los cuerpos humanos, y señaladamente de algunos, cuales eran los que refiere la santa Escritura, como fué José, Absalón, Tamar, Judit y Ester? Porque no quiero hacer aquí mención de la reina Elena, por quien se perdió Troya.

En lo cual parece que én todas las especies de criaturas quiso el Criador que se viese una centella de su hermosura, pues hasta en el oro y piedras preciosas que se crían en las entrañas de la tierra quiso que se hallase rastro de ellas.

Mas sobre todo esto, ¿qué diré de la hermosura de las almas que están en gracia? ¿Qué de la de aquellos espíritus soberanos, en los cuales tanto resplandece la hermosura del Criador, pues la vista y resplandor de uno solo hizo caer en tierra de sólo espanto al profeta Daniel; los cuales son más en número que las estrellas del cielo?

Pues todas estas hermosuras que vemos y otras innumerables que no vemos están por muy más excelente manera en el Creador de ellas. Porque así como el maestro tiene en su entendimiento la ciencia que enseña a sus discípulos más perfectamente que ellos, así el que dió su hermosura a todas las criaturas visibles e invisibles necesariamente ha de tener en sí por más excelente manera lo que dió a ellas, pues nadie da lo que no tiene.

Y, según esto, ¿cuál será la bienaventuranza de aquellos que ven todas estas hermosuras en la faz de Dios, con otras infinitas que son propias suyas, que a ninguna criatura fueron comunicadas?

Y si el apóstol San Pedro quedó tan enajenado y tan

fuera de sí cuando vió una sola centella de esta hermosura en la transfiguración del Señor que, arrebatado y como embriagado con la grandeza de aquella alegría no sabía lo que decía, ¿qué sentirán aquellas almas gloriosas cuando entren en el gozo de su Señor y beban de aquel arroyo tan crecido de sus deleites?

Y si la hermosura de alguna criatura, que no es más que un cuerecico blanco o colorado que parece por defuera, basta muchas veces para trastornar el seso de un hombre, y para hacerle caer en cama, y a veces perder la vida, ¿qué os parece que obrará en aquellas almas gloriosas la vista de aquella infinita hermosura de que todos éstos gozan?

Veremos a Dios en su esencia.

¿Qué será ver aquella cara, aquella lumbre y aquella hermosura en quien resplandecen todas las hermosuras? ¿Qué será ver aquella esencia tan admirable, tan simplicísima y tan comunicable, y ver en ella de una vista el misterio de la beatísima Trinidad, la gloria del Padre, la sabiduría del Hijo y la bondad y amor del Espíritu Santo?

Allí veremos a Dios, y veremos a nos, y veremos todas las cosas en Dios. Dice San Fulgencio que así como el que tiene un espejo delante ve al espejo, y ve a sí mismo en el espejo, y ve todas las otras cosas que están delante del espejo, así, cuando tengamos aquel espejo sin mancilla de la majestad de Dios presente, veremos a Él, y veremos a nos en él, y después todo lo que está fuera de él, según el conocimiento mayor o menor que tuviéramos de él.

Allí descansará el apetito de nuestro entendimiento y no deseará más saber, porque tendrá delante todo lo que se puede saber.

Allí descansará el de nuestra voluntad, amando aquel bien universal en quien están todos los bienes, fuera del cual no hay más bienes de que gozar.

Allí reposará nuestro deseo con el bocado de aquel soberano gozo, que de tal manera henchirá la boca de nuestro corazón, que no le quedará capacidad para más desear.

Allí serán perfectamente remuneradas aquellas tres virtudes con que Dios es aquí honrado: conviene a saber, fe, esperanza y caridad; cuando a la fe se dé por premio la clara visión, y a la esperanza la posesión, y a la caridad imperfecta la caridad en toda su perfección. Allí verán y amarán, gozarán y alabarán, y estarán hartos sin hastío y hambrientos sin necesidad.

Pues, ¡oh hombre miserable!, si esto es así, como de verdad lo es, ¿en qué te andas por la tierra de Egipto (Ex. 5, 14), buscando pajas y bebiendo en todos los char-

quillos de agua turbia, dejando aquella vena de felicidad y fuente de aguas vivas? ¿Por qué andas mendigando y buscando a pedazos lo que hallarás recogido y aventajado en este todo?

Si deleites deseas, levanta tu corazón y considera cuán deleitable será aquel bien que contiene en sí los deleites de todos los bienes. Si te agrada esta vida criada, ¿cuánto más aquella que todo lo crió? Si te agrada la salud hecha, ¿cuánto más aquella que todo lo hizo? Si es dulce el conocimiento de las criaturas, ¿cuánto más el del mismo Criador? Si te deleita la hermosura, Él es de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan. Si el linaje y la nobleza, Él es el primer origen y solar de toda nobleza.

Eterno cantar siempre nuevo. Allí es donde siempre se canta aquel cantar casi nuevo que San Juan oyó cantar en su Apocalipsis (14, 3). El cual llama casi nuevo porque aunque él sea siempre de una manera, porque es una común alabanza que responde a una misma gloria que todos tienen, pero con todo esto es siempre nuevo cuanto al gusto y a la suavidad, porque el mismo sabor que tuvo a los principios, éste tendrá para siempre sin fin. No encanece ni se envejece la alegría de los santos, como tampoco envejecerán sus cuerpos; pues el que hace los cielos estar siempre nuevos al cabo de tantos años, ése hará que la flor de su gloria esté siempre verde y que nunca se marchite.

CAPITULO XVIII

Del gozo que el alma recibirá con la gloria del cuerpo

Esta es la gloria esencial de las almas. Mas aquel justo juez y padre tan liberal no se contenta con sólo glorificar las almas, sino extiende también su magnificencia, por honra de ellas, a glorificar sus cuerpos y dar lugar a las bestias en su palacio real.

La resurrección de los cuerpos. Veamos ahora la obra de la resurrección general que la fe nos propone, la cual el santo Job, por especial revelación de Dios, antes del Evangelio y de la ley conoció y testificó por estas memorables palabras: ¡Quién

me diese que se escribiesen estos mis sermones! ¡Quién me diese que esculpiesen en un libro con una pluma de hierro, o en una plancha de plomo, o en una peña viva! Porque sé que mi Redentor vive, y en el día postrero tengo de resucitar, y otra vez tengo que ser cercado de esta piel de mi cuerpo, y en esta carne mía tengo de ver a Dios; al cual tengo de ver yo mismo, y mis ojos lo han de ver, y no otro del que ahora soy. Esta esperanza tengo yo guardada en el seno de mi alma.

No se pudiera representar este tan gran misterio con mayor claridad y mayor aparato de palabras que las de este santo varón. Pues esto que nos predica la fe testifica también la razón, por ser esto conforme a la rectitud y cumplimiento de la divina justicia, para que pues el cuerpo, juntamente con el alma, mientras en este mundo vivieron se ocuparon o en servir a Dios o en ofenderle, justo es que en la otra sean galardonados o castigados.

Cómo en la resurrección de los cuerpos resplandece el poder de Dios.

Pues consideremos ahora cuán grande sea el poder que en un punto, y, como dice el Apóstol, en espacio de un cerrar y abrir el ojo, resucitará en aquel temeroso día del juicio todos los cuerpos de los hombres y se juntarán con sus propias almas, para que así todo el hombre, que es compuesto de cuerpo y alma, resucite o para la pena o para la gloria. Pues ¡que tan grande será el poder de aquel Señor que por el ministerio de un arcángel y sonido terrible de una trompeta, que sonará por todas las regiones del mundo, resucitará los cuerpos, de los cuales unos estarán hechos tierra, otros ceniza, otros comidos de aves, otros de peces y otros de otros hombres! Y todos éstos han de resucitar.

Cuenta Eusebio en el libro V de la *Historia eclesiástica* que en una persecución que hubo en tiempo del emperador Antonio Vero en Lyón y Viena, ciudades de Francia, donde fueron innumerables los mártires que padecieron, no contentos con esto los tiranos, quemaron y volvieron en ceniza aquellos sagrados cuerpos y echáronla en el río Ródano para que se la llevase. Y en esta manera les parecía que acababan de vencer a nuestro Dios y quitaban a nosotros la esperanza de la resurrección. Porque decían: Esperan éstos que algún tiempo se han de levantar de los sepulcros, y por esto, engañados con esta vana superstición, se ofrecen a los tormentos y a la muerte. Pues ahora veamos si resucitarán y si los podrá valer su Dios y librarlos de nuestras manos.

Pues siendo esto así, ¿cuál es aquel poder y aquel

saber que sabrá hacer diferencia entre tanta confusión y muchedumbre de cenizas para conocer cuál parte de ellas pertenece al cuerpo de un mártir y cuál a otro, para mudar aquella ceniza en su propio cuerpo? Pues ¿quién no sale de juicio considerando y adorando y pasmando de este tan gran poder y saber?

Es doctrina de fe. Mas con ser ésta una cosa tan grande que sobrepuja toda admiración, no sobrepuja la fe que de ella los fieles deben tener. Para lo cual sirve el ejemplo que para confirmación de esta verdad trae el Apóstol (I Cor. 15, 36) de la virtud que puso el Criador en todas las semillas de hierbas y árboles, en cada una de las cuales puso virtud para que de ella nazca la planta de que procedió la semilla; y lo que más es: conviene que esta semilla muera, para que, muriendo, resucite y fructifique.

A la rectitud y perfección de la divina justicia, como decimos, pertenece que el mismo cuerpo que fué instrumento y compañero del alma en el mal o en el bien sea participante con ella en su mal y en su bien. Porque de otra manera podrían los malos, como dice Eusebio Emiseno, regalar sus cuerpos con todo género de vicios, presuponiendo que otros nuevos cuerpos habían de ser atormentados y no los suyos. Y por esto conviene, como el Apóstol dice (I Cor. 15, 42), que este cuerpo corruptible resucite incorruptible y el que ahora es mortal se vista de inmortalidad, para que así reciba su debido castigo o galardón.

Pues en esta obra no menos, sino por ventura mucho más que en la pasada, se ve la inmensidad de la sabiduría y omnipotencia del Criador; porque saber dónde están las cenizas y las reliquias y la materia de cuantos cuerpos ha habido desde el principio del mundo hasta que se acabe y dónde están los que murieron ahogados en la mar en tiempo del diluvio y en los otros naufragios que han sucedido y adelante se seguirán, ¿quién no ve cuán espantosa obra sea ésta? Y si estos cuerpos estuvieran enteros con toda su armazón, como el de Lázaro de cuatro días muerto, o como el del hijo de la viuda que el Salvador resucitó, no nos espanta; pero estando ya comidos de peces y aves u hombres y convertidos en la substancia de ellos, esto es cosa que agota todos los entendimientos humanos; porque por eso, predicando el Apóstol este misterio en Atenas, escarnecieron de él los atenienses (Act. 17, 32), diciendo que era predicador de nuevos demonios.

Mas a esto responde San Agustín diciendo: Concedamos que puede Dios hacer alguna cosa que nosotros no podemos entender. Y responde también Salomón diciendo

(Ecl. 11, 5): Así como no alcanzas de la manera que se fabrica el cuerpo de un niño en el vientre de la mujer preñada, donde hay tanta infinidad de miembros, y órganos, y sentidos, y todos tan acordados y proporcionados al servicio y uso del cuerpo humano, así no puedes alcanzar las maravillas y secretos de las obras de Dios, que es el Hacedor de todas las cosas. Responde también el santo Job, el cual dice que hace Dios cosas grandes y admirables y tales, que el entendimiento humano no puede escudriñar ni entender cómo sean posibles.

Pues por esta maravilla, que sobrepuja todo entendimiento, se conoce cuán incomprensible sea la majestad y grandeza de aquel soberano Señor, que tales cosas sabe y puede hacer, y con cuánta razón dijo aquel ángel que lo representaba: ¿Por qué preguntas por mi nombre, que es admirable?

La gloria de los cuerpos resucitados.

Considera después de esto la gloria de los cuerpos, los cuales gozarán de aquellas cuatro dotes singulares, que son sutileza, ligereza, impasibilidad y claridad, la cual será tan grande, que cada uno de ellos resplandecerá como el sol en el reino de su Padre. Pues si no más de un sol que está en medio del cielo basta para dar luz y alegría a todo este mundo, ¿qué harán tantos soles y lámparas como allí resplandecerán?

Pues ¿qué alegría será entonces para las almas de los justos ver del todo ya cumplido su deseo y verse juntos los hermanos tan queridos y tan amados, al cabo de tan largo destierro? ¡Cómo podrá entonces decir el alma a su cuerpo: ¡Oh cuerpo mío y fiel compañero mío, que así me ayudaste a ganar esta corona, que tantas veces conmigo ayunaste, velaste y sufriste el golpe de la disciplina, y el trabajo de la pobreza, y la cruz de la penitencia, y las contradicciones del mundo! ¡Cuántas veces te quitaste el pan de la boca para dar al pobre! ¡Cuántas quedaste desabrigado por vestir al desnudo! ¡Cuántas renunciaste y perdiste de tu derecho por no perder la paz con el prójimo! Pues justo es que te quepa ahora parte de esta hacienda, pues me ayudaste a ganarla, y que seas compañero de mi gloria, pues también lo fuiste de mis trabajos.

Allí, pues, se ayuntarán en un supuesto los dos fieles amigos, no ya con apetito y pareceres contrarios, sino con liga de perpetua paz y conformidad, para que eternalmente puedan cantar y decir: Mirad cuán buena cosa es y cuán alegre morar ya los hermanos en uno (Salm. 132, 1).

Sentimientos de gratitud.

¡Oh amador de los hombres, oh honrador de los buenos!, ¿y qué tiene que ver la carne podrida, y en todos sus apetitos como bestia, con el santuario del cielo? La carne que había de estar atada en el establo, ¿cómo ha de ser colocada entre los ángeles en el cielo? Deja, Señor, al polvo con el polvo, que no está bien la tierra sobre el cielo.

Mas aquel que dijo a Abrahán (Gén. 17, 20): Honraré y multiplicaré a Ismael, aunque sea hijo de esclava, por lo que a ti toca, ése quiere hacer este favor a los cuerpos de los santos por el parentesco que tienen con las almas de ellos. Quiere también este Señor que el que ayudó a llevar la carga entre en el repartimiento de la gloria, y que así como el alma, por conformarse en esta vida con la voluntad de Dios, viene después a participar la gloria de Dios, así el cuerpo, que contra su naturaleza se conformó con la voluntad del alma, venga también a participar de la gloria de ellos.

Y de esta manera serán los justos en cuerpo y alma gloriosos y, como dice el profeta (Is. 61, 7), poseerán en su tierra los bienes doblados, que es la gloria de las almas y de los cuerpos.

Pues ¿qué diré de la gloria de los sentidos? Cada uno tendrá allí su deleite y gloria singular. Los ojos, renovados y esclarecidos ya sobre la lumbre del sol, verán aquellos palacios reales, y aquellos cuerpos gloriosos, y aquellos campos de hermosura, con otras infinitas cosas que allí habrá que mirar. Los oídos oirán siempre aquella música de tanta suavidad, que una sola voz bastaría para adormecer todos los corazones del mundo. El sentido del oler será recreado con suavísimos olores, no de cosas vaporosas como acá, sino proporcionadas a la gloria de allá. Y asimismo el gusto será lleno de increíble sabor y dulzura, no para la sustentación de la vida, sino para cumplimiento de toda gloria.

¿Cuándo llegará este día?

Pues ¿qué diré de todos los otros bienes que allí hay? Allí habrá salud sin enfermedad, libertad sin servidumbre, hermosura sin fealdad, inmortalidad sin corrupción, abundancia sin necesidad, sosiego sin turbación, seguridad sin temor, conocimiento sin error, hartura sin hastío, alegría sin tristeza y honra sin contradicción.

Allí será, dice San Agustín, verdadera la gloria donde ninguno será alabado por error ni por lisonja. Allí será verdadera la honra, la cual ni se negará al digno ni se concederá al indigno. Allí será verdadera la paz donde ni de sí ni de otro será el hombre molestado.

Allí el lugar es ancho, hermoso, resplandeciente y seguro; la compañía, muy buena y agradable; el tiempo, de una manera no ya distinto en tarde y mañana, sino continuado con una simple eternidad.

Allí habrá perpetuo verano, que con el frescor y aire del Espíritu Santo siempre florece. Allí todos se alegran, todos cantan y alaban a aquel sumo dador de todo, por cuya largueza viven y reinan para siempre.

¡Oh ciudad celestial, morada segura, tierra donde se halla todo lo que deleita; pueblo sin murmuración, vecinos quietos y hombres sin ninguna necesidad! ¡Oh si se acabase ya esta contienda! ¡Oh si se concluyesen los días de mi destierro! ¿Cuándo llegará este día? ¿Cuándo vendré y compareceré ante la cara de mi Dios?

CAPITULO XIX

Bienaventuranza eterna

Mas ahora veamos por qué tanto espacio se concede a esta bienaventuranza tan grande. Esto es lo que sólo debería bastar para hacernos andar dando voces y llamando a todos los trabajos que lloviesen sobre nosotros, para servir y agradar a quien tan largas mercedes nos ha de hacer.

Durará este galardón tantos millares de años cuantas estrellas hay en el cielo y muchos más. Durará tantas centenas de millares de años cuantas gotas de agua han caído sobre la tierra y muchas más. Durará, finalmente, mientras durare Dios, que será en los siglos de los siglos; porque escrito está (Salm. 145, 10): El Señor reinará para siempre y más. Y en otro lugar (Salm. 144, 13): Tu reino es reino de todos los siglos, y tu señorío, de generación en generación.

Eterno descanso. ¡Oh, cuán dulcemente sabe entonces el fruto de la virtud, aunque un tiempo parecían amargas sus raíces! Dulce es la sombra después del resistidero del mediodía, dulce la fuente al caminante cansado, dulce el sueño y reposo al siervo trabajador; pero muy más dulce es a los santos la paz después de la guerra, la seguridad después del peligro y el descanso perdurable después de la fatiga de los trabajos pasados.

Ya son acabadas las guerras, ya no hay más por qué andar armados a la diestra y a la siniestra. Armados subieron los hijos de Israel a la tierra de promisión; más después de conquistada la tierra arrimaron sus lanzas y dejaron sus armas, y olvidados ya todos los temores y alborotos de guerra, cada uno a la sombra de su parra y de su higuera gozaban del ocio y de los frutos de la dulce paz.

Ya pueden allí dormir los ojos cansados de las continuas vigilias; ya puede descender de su estancia el profeta velador, que fijaba sus pies sobre el lugar de la guarnición. Ya puede reposar el bienaventurado padre San Jerónimo, que juntaba las noches con los días hiriendo sus pechos en la oración, peleando animosamente contra las fuerzas importunas de la antigua serpiente.

No suenan aquí ya más las armas temerosas del enemigo sangriento; no tienen allí lugar las astucias de la culebra enroscada; no llega aquí la vista del ponzoñoso basilisco ni se oirá allí el silbo de la antigua serpiente, sino el silbo del aire del Espíritu Santo, donde se vea la gloria de Dios.

Esta es la región de paz y seguridad puesta sobre todos los elementos, donde no llegan los nublados y torbellinos del aire tenebroso.

Suspirando por el cielo. ¡Oh, cuán gloriosas cosas nos han dicho de ti, ciudad de Dios! Bienaventurados, dice el santo Tobías, los que te aman y se gozan de tu paz.

Alma mía, bendice al Señor, porque libró a Jerusalén, su ciudad, de todas sus tribulaciones. Bienaventurado seré yo si llegaren las reliquias de mi generación a ver la claridad de Jerusalén. Las puertas de Jerusalén de zafiros y esmeraldas serán labradas y de piedras preciosas se edificará todo el cerco de sus muros. De piedras blancas y limpias serán soladas sus plazas y por todos los barrios de ella se cantará *aleluya*.

¡Oh alegre patria! ¡Oh dulce gloria! ¡Oh compañía bienaventurada! ¿Quiénes serán aquellos tan dichosos que están escogidos para ti? Atrevimiento parece desearlo, mas no puede nadie vivir sin tu deseo.

Hijos de Adán, linaje de hombres miserablemente ciego y engañado, ovejas descarriadas y perdidas; si ésta es vuestra majada, ¿tras qué andáis? ¿Qué hacéis? ¿Cómo dejáis perder un tan grande bien por tan pequeño trabajo?

Si para esto son menester trabajos, desde aquí os llamo a todos los trabajos del mundo que vengáis a dar sobre mí. ¡Lluevan sobre mí dolores, fatíguenme enfermedades, afíjanme tribulaciones, persígame uno, inquiéteme otro, con-

juren contra mí todas las criaturas, sea yo hecho oprobio de los hombres y desecho del mundo, desfallezca en dolores mi vida y mis años con gemidos, con tal que después de esto venga yo a descansar en el día de la tribulación y merezca subir a aquel pueblo guarnecido y hermoseado con tanta gloria.

Anda, pues, ahora, loco amador del mundo; busca títulos y honras, edifica recámaras y palacios, ensancha términos y heredades, manda si quisieres arreglos y mundos, que nunca por eso serás tan grande como el menor de los siervos de Dios, que recibirá lo que el mundo no puede dar y gozará de lo que para siempre ha de durar. Tú, con tus pompas y riquezas, serás, con el rico glotón, sepultado en el infierno; mas éste, con el pobre Lázaro, será por los ángeles llevado al seno de Abrahán.

Oración. Pues ¡oh Padre de misericordia y Dios de toda consolación!: suplícote, Señor, por las entrañas de tu piedad, no sea yo privado de este soberano bien. Señor Dios mío, que tuviste por bien criarme a tu imagen y semejanza y hacerme capaz de ti, hinche este seno que tú criaste, pues lo criaste para ti. Mi parte sea, Dios mío, en la tierra de los vivientes (Salm. 141, 6). No me des, Señor, en este mundo descanso ni riquezas: todo guárdamelo para allá. No quiero heredarme con los hijos de Rubén en la tierra de Galaad (Núm. 32, 5) y perder el derecho de la tierra de promisión Una sola cosa pedí al Señor, y ésta siempre buscaré: que more yo en la casa del Señor todos los días de mi vida (Salm. 26, 4).

CONCLUSION

Parecerá esta escritura a alguno larga. La causa de esto fué porque yo no me contenté con sólo informar el entendimiento declarando los artículos y misterios de nuestra fe, que es en lo que principalmente se ocupan los catecismos, sino mucho más en mover la voluntad al amor y temor de Dios y obediencia de sus santos mandamientos, que es el fin de todo nuestro conocimiento, sin el cual valdría poco y aun podría redundar en nuestro daño, pues dice el Salvador que el siervo que sabe la voluntad de su señor y no la cumple será más gravemente castigado.

El fruto principal de toda esta escritura es saber el cristiano los principales artículos y misterios de la fe y religión

que profesa, y saberlos de tal manera, que conozca la dignidad y excelencia y hermosura de ellos, y con esto tenga su alma un suavísimo pasto y mantenimiento con la consideración de estas verdades, que son las más altas, más nobles y más divinas de cuantas por todas las ciencias humanas se pueden alcanzar. Con lo cual será su alma tan confirmada en la fe de esta verdad, si con el estudio de ella juntase el de la humilde oración, que vendrá por una nueva manera como a palpar y tocar la verdad de los misterios que cree.

Y pues en estos tristes tiempos, por justo juicio de Dios y por los pecados del mundo, tanta parte de la cristiandad se ha apartado de la sinceridad de la fe católica, ninguna materia viene más a propósito para ellos que la que sirve para esclarecer los misterios de nuestra fe y confirmar los fieles en ella; para que el ejemplo de tantos perdidos que de ella han apostatado no sea escándalo para los flacos, sino motivo para compadecerse el verdadero cristiano y dar gracias a Nuestro Señor por no ser él uno de ellos. Porque como en tiempo de guerras son menester más las armas y en tiempo de grandes enfermedades las medicinas, así en tiempo donde el enemigo ha sembrado tanta cizaña de herejías entre la buena sementera de la fe católica conviene estar más apercibidos y armados con la verdad de la doctrina de la fe.

Pues la paz y consolación que de esta fe tan esclarecida y formada se sigue, como el Apóstol dice, otros la experimentarán, si con humildad y devoción se ocuparen en esta doctrina.

A P E N D I C E

INDICE DE LOS LUGARES DE LAS OBRAS DE FRAY LUIS DE GRANADA DE DONDE ESTAN TOMADOS LOS DIVERSOS CAPITULOS DE LA PRESENTE «SUMA DE LA VIDA CRISTIANA» [1]

LIBRO I

Tratado de Dios y de la creación

[1] El texto del P. Granada está tomado de la edición crítica y completa de las *Obras de Fray Luis de Granada* publicada por el P. Justo Cuervo, O. P., Madrid, 1907. Como es edición poco difundida y además quemados o robados por los rojos durante la Cruzada nacional los ejemplares no vendidos, indicamos, además del tomo y páginas de donde están tomados los capítulos, el título de la obra del P. Granada y la parte, sección o capítulo correspondientes, para que puedan ser confrontados a base de otras ediciones.

CAP. V.—De cómo Dios es infinitamente perfecto: *Guía de pecadores*, l. I, p. I, c. 1, t. I, págs. 16-22.

CAP. VI.—De la divina hermosura: *Adiciones al «Memorial de la vida cristiana»*, p. II, c. 22, consid. 2.ª, t. IV, págs. 200-205.

CAP. VII.—De la suprema bondad y misericordia de Dios: *Adiciones al «Memorial de la vida cristiana» (De las perfecciones divinas)*, consid. 1.ª, t. IV, págs. 176-199.

CAP. VIII.—Del amor que Dios nos tiene: *Adiciones al «Memorial de la vida cristiana» (De las perfecciones divinas)*, consid. 4.ª, t. IV, páginas 207-214.

CAP. IX.—De la grandeza de la justicia divina y de la profundidad de sus juicios: *Memorial de la vida cristiana*, trat. V, c. 4, t. III, páginas 311-314; *Manual de diversas oraciones*, t. XI, págs. 187-189.

CAP. X.—De cómo Dios es todopoderoso: *Compendio de la doctrina cristiana*, p. I, c. 4, t. XIII, págs. 27-29.

CAP. XI.—De la providencia especial que Nuestro Señor tiene de las cosas humanas: *Introducción al símbolo de la fe*, p. I, c. 36, t. V, páginas 281-285.

CAP. XII.—Del beneficio inefable de la divina predestinación: *Guía de pecadores*, l, I, p. II, c. 6, t. I, págs. 60-64.

CAP. XIII.—Del misterio de la Santísima Trinidad: *Introducción al símbolo de la fe*, p, IV, diál. III, t. VIII, págs. 211-227; *Compendio de la doctrina cristiana*, p. I, cc. 3 y 5; t. VIII, págs. 20-34.

CAP. XIV.—De cómo creó Dios el mundo: *Introducción al símbolo de la fe*, p. I, cc. 3 y 38, t. V, págs. 59-60 y 306-308.

CAP. XV.—Creó Dios el firmamento, el sol, la luna y las estrellas: *Introducción al símbolo de la fe*, p. I, c. 5, t. V, págs. 62-75.

CAP. XVI.—De los beneficios de la atmósfera y de la lluvia: *Introducción al símbolo de la fe*, p. I, c. 8, t. V, págs. 78-82.

CAP. XVII.— De la sublime grandeza del mar: *Introducción al símbolo de la fe*, p. I, c. 8, t. V, págs. 83-88.

CAP. XVIII.—De la hermosura y fertilidad de la tierra: *Introducción al símbolo de la fe*, p. I, c. 10, t. V, págs. 89-107.

CAP. XIX.—De la variedad y perfección de los animales: *Introducción al símbolo de la fe*, p. I, cc. 11 y 12, t. V, págs. 165-192.

CAP. XX.—De cómo resplandece más la sabiduría y providencia del creador en las cosas pequeñas que en las grandes: *Introducción al símbolo de la fe*, p. I, cc. 18-21, t. V, págs. 165-192.

CAP. XXI.—De la admirable constitución del cuerpo humano y de la creación de las almas: *Introducción al símbolo de la fe*, p. I, cc. 13 y 38. t. V. págs. 209-216 y 323-324.

CAP. XXII.—De las facultades inferiores del alma humana: *Introducción al símbolo de la fe*, p. I, cc. 25 y 26, t. V, págs. 221-224 y 238-240.

CAP. XXIII.—De la utilidad y perfección de los sentidos exteriores del hombre: *Introducción al símbolo de la fe*, p. I, cc. 27, 30 y 31, t. V, págs. 240, 243-246 y 253-260.

CAP. XXIV.—De la variedad de pasiones y afectos de nuestro corazón: *Introducción al símbolo de la fe*, p. I, c. 33, t. V, págs. 264-270.

CAP. XXV.—De cómo por el alma espiritual somos imagen y semejanza de Dios: *Adiciones al «Memorial de la vida cristiana» (De las perfecciones divinas)*, consid. 6.ª, t. IV, págs. 227-230; *Introducción al símbolo de la fe*, p. I, cc. 24-25, t. V, págs. 271-280.

CAP. XXVI.—Del agradecimiento que debemos a Dios por el beneficio de la creación: *Guía de pecadores*, l. I, p. I, c. 2, t. I, págs 24-30; *Adiciones al «Memorial de la vida cristiana» (De los beneficios divinos)*, consids. 1.ª-2.ª, t. IV, págs. 141-151.

CAP. XXVII.—De la creación de los ángeles y de la caída de los demonios: *Compendio de la «Introducción al símbolo de la fe»*, c. 8, t. X, páginas 463-465.

CAP. XXVIII.—De cómo conserva Dios los seres por él creados: *Adiciones al «Memorial de la vida cristiana» (De las perfecciones divinas)*, consid. 5.ª, t. IV, págs. 221-227; *Introducción al símbolo de la fe*, p, I, c. 38, t. V, págs. 325-332.

LIBRO II

DEL FIN DEL HOMBRE Y DE LAS VIRTUDES NECESARIAS PARA ALCANZARLE

CAPÍTULO I.—De cómo sabemos cuál sea nuestro fin: *Introducción al símbolo de la fe*, p. II, c. 2, t. VI, págs. 38-44.

CAP. II.—De cuán falsa y engañosa sea la felicidad de este mundo: *Guía de pecadores*, l. I, p. III, c. 28, t. I, págs. 310-322.

CAP. III.—De cómo la verdadera felicidad y descanso se halla en sólo Dios: *Guía de pecadores*, l. I, p. III, c. 38, t. I, págs. 322-330.

CAP. IV.—De la variedad de virtudes que nos dirigen hacia la verdadera felicidad: *Guía de pecadores*, l. II, p. II, c. 19, t. I, págs. 459-464.

CAP. V.—Exhortación a abrazar el camino de la virtud: *Guía de pecadores*, l. I, p. III, c. 29, t. I, págs. 331-335.

CAP. VI.—De los vicios y pecados que nos alejan de la verdadera felicidad: *Guía de pecadores*, l. II, p. I, c. 12, t. I, págs. 396-397; *Memorial de la vida cristiana*, trat. II, p. I, c. 3, y p. II, c. 2, t. III, págs. 56-58 y 102-103; *Guía de pecadores* (texto primitivo), l. II, c. 4, t. X, páginas 67-70; *Compendio de la doctrina cristiana*, p. II, c. 12, t. XIII, págs. 171-175; *Doctrina espiritual*, trat. V, t. XIV, págs. 146-147.

CAP. VII.—De los pecados contra el Espíritu Santo y de los que claman al cielo: *Compendio de la doctrina cristiana*, p. II, cc. 21 y 22, t. XIII, págs. 233-237.

CAP. VIII.—De la servidumbre en que viven los malos: *Guía de pecadores*, l. I, p. II, c. 18, t. I, págs. 182-192.

CAP. IX.—De los principales remedios generales para no caer en pecado: *Compendio de la doctrina cristiana*, p. II, c. 13, t. XIII, páginas 177-183.

CAP. X.—De la ley de Dios, que nos muestra el camino de la verdadera felicidad: *Compendio de la doctrina cristiana*, p. II, c. 1, t. XIII, págs. 100-103.

CAP. XI.—De la gracia divina que nos capacita y ayuda para alcanzar la felicidad celestial: *Guía de pecadores*, l. I, p. I, c. 5, y p. II, c. 13, t. I, págs. 53-57 y 133-136; *Memorial de la vida cristiana*, p. II, trat. V, c. 1, t. III, págs. 244-248; *Introducción al símbolo de la fe*, p. IV, c. 12, t. VIII, págs. 77-78.

CAP. XII.—De los dones del Espíritu Santo que disponen nuestra alma

para obedecer pronto suavemente sus inspiraciones: *Compendio de la doctrina cristiana,* p. I, c. 11, t. XIII, págs. 72-75.

CAP. XIII.—De cuán grande sea el beneficio de la justificación por la gracia: *Adiciones al «Memorial de la vida cristiana»*, c. 22, consid. 4.ª, págs. 168-175.

CAP. XIV.—De la necesidad de la fe: *Introducción al símbolo de la fe,* p. II, c. 1, t. VI, págs. 27-31.

CAP. XV.—De las cualidades y perfección de la fe cristiana: *Introducción al símbolo de la fe,* p. II, c. 2, t. IV, págs. 33-35.

CAP. XVI.—De cómo la fe cristiana está suficientemente confirmada por los milagros: *Introducción al símbolo de la fe,* p. II, c. 27, t. VI, páginas 249-253.

CAP. XVII.—De la alegría que en el alma causa la verdadera fe: *Introducción al símbolo de la fe,* p. II, c. 30, t. VI, págs. 342-349.

CAP. XVIII.—De los principales artículos de nuestra fe: *Compendio de la doctrina cristiana,* p. I, c. 3, t. XIII, págs. 19-24.

CAP. XIX.—De las tentaciones contra la fe: *Introducción al símbolo de la fe,* p. II, c. 30, t. VI, págs. 359-367.

CAP. XX.—De cómo prospera y cómo se pierde la fe en las naciones: *Introducción al símbolo de la fe,* p. IV, diál. XI, t. VIII, págs. 359-367.

CAP. XXI.—De la esperanza cristiana: *Guía de pecadores,* l. I, p. II, c. 17, t. I, págs. 170-179; *Introducción al símbolo de la fe,* p. III, c. 15, t. VII, págs. 97-102; *Compendio de la doctrina cristiana,* p. I, c. 4, t. XIII, pág. 30.

CAP. XXII.—De la excelencia de la caridad: *Adiciones al «Memorial de la vida cristiana»*, c. 1, t. IV, págs. 15-36.

CAP. XXIII.—De cómo la perfección de la vida cristiana consista en la caridad, y de los grados y efectos de la misma: *Memorial de la vida cristiana,* p. II, trat. VII, cc. 1 y 2, t. III, págs. 539-546.

CAP. XXIV.—Del amor que los teólogos llaman unitivo y de sus frutos: *Adiciones al «Memorial de la vida cristiana»*, c. 22, consid. IV, t. IV, págs. 217-220; *Introducción al símbolo de la fe,* p. II, c. 14, t. IX, págs. 105-112.

CAP. XXV.—Del don de la sabiduría, que corresponde a la virtud de la caridad: *Guía de pecadores,* l. I, p. II, c. 14, t. I, págs 138-145.

CAP. XXVI.—De los principales medios por donde se alcanza el amor de Dios: *Adiciones al «Memorial de la vida cristiana»*, p. I, c. 2, t. IV, págs. 39-43.

CAP. XXVII.—De cómo para alcanzar el amor de Dios se requiere vencer el amor propio: *Memorial de la vida cristiana,* p. II, trat. VII, c. 5, t. III, págs. 563-566; *Adiciones al «Memorial de la vida cristiana»*, p. I, c. 3, t. IV, pág. 44.

CAP. XXVIII—Necesidad de la purificación y mortificación de la propia voluntad para alcanzar el amor de Dios: *Adiciones al «Memorial de la vida cristiana»*, p. I, c. 5, t. IV, págs. 66-72.

CAP. XXIX.—De cómo la continua memoria de Dios es medio para alcanzar perfecta caridad: *Adiciones al «Memorial de la vida cristiana»*, p. II, c. 10, t. IV, págs. 84-91.

CAP. XXX.—De qué manera podemos crecer cada día en el amor de Dios: *Adiciones al «Memorial de la vida cristiana»*, p. II, c. 11, t. IV, páginas 94-96.

CAP. XXXI.—De la acidia, que se opone al amor de Dios: *Compendio de la doctrina cristiana,* p. II, c. 20, t. XIII, págs. 223-228.

CAP. XXXII.—Devotísima oración para pedir el amor de Nuestro Señor: *Adiciones al «Memorial de la vida cristiana»*, p. I, c. 3, t. IV, págs. 37-40.

CAP. XXXIII.—De la caridad para con el prójimo: *Guía de pecadores*, l. I, p. II, c. 16, t. I, págs. 432-436.

CAP. XXXIV.—De la virtud de la misericordia y de sus excelencias: *Libro de la oración y meditación*, p. III, trat. III, t. II, págs. 604-619.

CAP. XXXV.—De cuán obligados estamos a socorrer a los pobres: *Libro de la oración y meditación*, p. III, trat. III, t. II, págs. 619-631.

CAP. XXXVI.—De la manera que habemos de tener en socorrer al prójimo: *Libro de la oración y meditación*, p. III, trat. III, t. II, páginas 631-636.

CAP. XXXVII.—De algunos pecados contra la caridad para con el prójimo: *Compendio de la doctrina cristiana*, p. II, c. 23, t. XIII, páginas 238-240.

CAP. XXXVIII.—De la gravedad del pecado de escándalo: *Sermón de las caídas públicas*, t. XIV, págs. 530-555.

CAP. XXXIX.—De la envidia y de los vicios que de ella nacen y de sus remedios: *Guía de pecadores*, l. II, p. I, cc. 7 y 9, t. I, págs. 372-381.

CAP. XL.—De la prudencia cristiana y de la manera de alcanzarla: *Guía de pecadores*, l. II, p. II, c. 15, t. I, págs. 424-431.

CAP. XLI.—De la virtud de la justicia y de cuán recomendada sea: *Guía de pecadores* (texto primitivo), l. II, cc. 9 y 11, t. X, págs. 82 y 100-102.

CAP. XLII.—De cómo la avaricia es fuente de muchas injusticias y cuáles sean sus remedios: *Guía de pecadores*, l. II, p. I, c. 5, t. I, páginas 355-359.

CAP. XLIII.—De quiénes pecan contra el séptimo mandamiento y de la obligación de restituir lo ajeno: *Guía de pecadores*, l. II, p. I, c. 5, t. I, págs. 359-361.

CAP. XLIV.—De la gravedad de las injusticias que se cometen con la lengua: *Guía de pecadores*, l. II, p. I, c. 11, t. I, págs. 389-395; *Compendio de la doctrina cristiana*, p. II, c. 9, t. XIII, págs. 154-157.

CAP. XLV.—De la virtud de la religión, que participa de las condiciones de la justicia: *Introducción al símbolo de la fe*, p. I, cc. 8 y 38, t. IX, págs. 50-51, y V, pág. 334.

CAP. XLVI.—De los actos internos de la virtud de la religión: *Libro de la oración y meditación*, p. II, c. 1, t. II, págs. 276-281.

CAP. XLVII.—De las cosas que ayudan para alcanzar la verdadera devoción: *Libro de la oración y meditación*, p. II, cc. 1 y 2, t. II, páginas 276-281.

CAP. XLVIII.—De las cosas que impiden la devoción: *Libro de la oración y meditación*, p. II, c. 3, t. II, págs. 319-358.

CAP. XLIX.—De la virtud y excelencia de la oración: *Libro de la oración y meditación*, p. I, c. 1, t. II, págs. 11-16.

CAP. L.—De dos maneras de oración, vocal y mental: *Memorial de la vida cristiana*, p. II, trat. V, c. 4, t. III, págs. 288-291.

CAP. LI.—De la utilidad de la oración: *Libro de la oración y meditación*, p. III, serm. I, t. II, págs. 438-453.

CAP. LII.—De la necesidad y perseverancia de la oración: *Libro de la oración y meditación*, p. III, serm. II, t. II, págs. 461-476.

CAP. LIII.—De las principales condiciones que ha de tener la buena oración: *Memorial de la vida cristiana*, p. II, trat. V, c. 2, t. III, páginas 264-279.

CAP. LIV.—De la oración mental: *Memorial de la vida cristiana*, trat. IV, c. 3, t. III, págs. 375-383.

CAP. LV.—De las principales partes que puede tener la oración mental: *Libro de la oración y meditación*, p. I, cc. 4 y 9, t. II, págs. 227-238; *Memorial de la vida cristiana*, trat. VI, c. 3, t. III, págs. 383-384.

CAP. LVI.—Importantes avisos acerca de las partes de la oración mental: *Libro de la oración y meditación*, p. I, c. 10, t. II, págs. 243-256.

CAP. LVII.—De las tentaciones más comunes de los que se dan a la oración, y sus remedios: *Doctrina espiritual*, trat. I, c. 15, t. XIV, páginas 80-83 y 282-283.

CAP. LVIII.—De algunos avisos muy importantes para las personas que aspiran a la perfección: *Libro de la oración y meditación*, p. II, c. 5, t. II, págs. 405-432.

CAP. LIX.—Del culto a las imágenes: *Introducción al símbolo de la fe*, p. IV, diál. X, t. VII, págs. 350-551.

CAP. LX.—De no tomar el nombre de Dios en vano: *Guía de pecadores*, l. II, p. I, c. 11, t. I, págs. 388-389; *Compendio de la doctrina cristiana*, p. II, c. 3, t. XIII, págs. 116-120.

CAP. LXI.—De la santificación de las fiestas: *Compendio de la doctrina cristiana*, p. II, c. 4, t. XIII, págs. 122-126.

CAP. LXII.—De cómo hemos de obedecer a Dios: *Guía de pecadores*, l. II, p. II, c. 17, t. I, págs. 444-449.

CAP. LXIII.—De la honra y obediencia debida a los padres y superiores y de las obligaciones de éstos: *Compendio de la doctrina cristiana*, p. II, c. 1, t. XIII, págs. 127-134.

CAP. LXIV.—De la necesidad de la fortaleza y de los medios para alcanzarla: *Guía de pecadores*, l. II, p. II, c. 23, t. I, págs. 486-492.

CAP. LXV.—Del martirio, acto principal de la virtud de la fortaleza y testimonio de nuestra fe: *Introducción al símbolo de la fe*, p. II, c. 25, t. VI, págs. 237-241, y p. III, c. 24, t. VII, pág. 150.

CAP. LXVI.—De la virtud de la paciencia y de los medios para alcanzarla: *Guía de pecadores*, l. II, p. II, c. 17, t. I, págs. 450-455.

CAP. LXVII.—De la guarda de la castidad y de los medios para alcanzarla: *Sermón de las caídas públicas*, t. XIV, págs. 534-537.

CAP. LXVIII.—De la lujuria y sus remedios: *Guía de pecadores*, l. II, p. I, c. 6, t. I, págs. 362-366; *Compendio de la doctrina cristiana*, p. II, c. 16, t. XIII, págs. 198-204.

CAP. LXIX.—De la virtud de la abstinencia: *Guía de pecadores*, l. II, p. II, c. 15, t. I, págs. 410-415.

CAP. LXX.—De los bienes espirituales para que aprovecha la templanza: *Libro de la oración y meditación*, p. III, *Del ayuno*, t. II, págs. 571-583.

CAP. LXXI.—De los bienes corporales para que aprovecha la templanza: *Libro de la oración y meditación*, p. III, *Del ayuno*, t. II, páginas 385-395.

CAP. LXXII.—De la gula y sus remedios: *Guía de pecadores*, l. II, p. I, c. 8, t. I, págs. 375-378; *Compendio de la doctrina cristiana*, p. II, c. 18, t. XIII, págs. 209-214.

CAP. LXXIII.—De la modestia corporal y de la guarda de los sentidos y de la lengua: *Guía de pecadores*, l. II, p. II, c. 15, t. I, págs. 407-418.

CAP. LXXIV.—Del dominio de las pasiones y de la imaginación: *Guía de pecadores*, l. II, p. II, c. 15, t. I, págs. 419-424.

CAP. LXXV.—De la ira y sus remedios: *Guía de pecadores*, l. II, p. I,

c. 9, t. I, págs. 280-283; *Compendio de la doctrina cristiana*, p. II, c. 19, t. XIII, pág. 215.

CAP. LXXVI.—De la virtud de la humildad y de sus grados y de los efectos que en el alma obra: *Adiciones al «Memorial de la vida cristiana»*, p. II, c. 15, t. IV, págs. 109-117.

CAP. LXXVII.—De la soberbia y sus remedios: *Guía de pecadores*, l. II, p. I, c. 4, t. I, págs. 348-352; *Compendio de la doctrina cristiana*, p. II, c. 14, t. XIII, págs. 198-204.

CAP. LXXVIII.—De diversas maneras de vidas que hay en la Iglesia: *Guía de pecadores*, l. II, p. II, c. 21, t. I, págs. 476-482.

CAP. LXXIX.—De la unión de la vida activa y contemplativa: *Adiciones al «Memorial de la vida cristiana»*, p. II, c. 19, t. IV, págs. 126-127.

CAP. LXXX.—De los consejos evangélicos: *Introducción al símbolo de la fe*, p. II, c. 5, t. VI, págs. 50-53.

CAP. LXXXI.— De las obligaciones de los estados: *Guía de pecadores*, l. II, p. II, c. 18, t. I, págs. 456-458.

CAP. LXXXII.—Oración de Santo Tomás para pedir todas las virtudes: *Memorial de la vida cristiana*, trat. V, t. III, pág. 338.

LIBRO III

JESUCRISTO REDENTOR

CAP. I.—Preámbulo. De cuánto fruto sea la consideración de la vida y muerte de nuestro Redentor: *Adiciones al «Memorial de la vida cristiana» (Vida de Cristo)*, c. 1, t. IV, págs. 252-259.

CAP. II.—Del pecado original y sus efectos: *Introducción al símbolo de la fe*, p. III, c. 2, t. VII, págs. 19-27; *Compendio de la «Introducción al símbolo de la fe»*, p. III, c. 3, t. IX, págs. 252-259.

CAP. III.—De cómo plugo a la inmensa bondad de Dios enviar remedio a los hombres, dejando al demonio en su obstinación: *Introducción al símbolo de la fe*, p. III, c. 3, t. VII, págs. 28-30.

CAP. IV.—De cómo ni el hombre ni el ángel ni otra pura criatura podía, en rigor de justicia, satisfacer por la común deuda del género humano: *Introducción al símbolo de la fe*, p. III, c. 4, t. VII, págs. 32-37.

CAP. V.—Cómo sólo el Hijo de Dios, en rigor de justicia, podía descargar la común deuda del linaje humano y cuán conveniente haya sido este medio para este descargo: *Introducción al símbolo de la fe*, p. III, c. 5, t. VII, págs 38-43.

CAP. VI.—Cuán proporcionada haya sido la manera de la satisfacción de nuestro Salvador y cuán conforme a las leyes de justicia: *Introducción al símbolo de la fe*, p. III, c. 6, t. VII, págs. 44-52.

CAP. VII.—De la grandeza del beneficio de la redención: *Guía de pecadores*, l. I, p. I, c. 4, t. I, págs, 39-44.

CAP. VIII.—De lo mucho que el misterio de la Encarnación nos ayuda para conocer y amar a Dios: *Discurso de la Encarnación*, t. XIV, págs. 179-186.

CAP. IX.—De la concepción de la Santísima Virgen Nuestra Señora: *Sermón de la fiesta de la Concepción de Nuestra Señora*, t. XIII, páginas 466-472.

Cap. x.—De la Anunciación de Nuestra Señora: *Adiciones al «Memorial de la vida cristiana» (La Anunciación)*, t. iv, págs. 278-285; *Sermón de la fiesta de la Anunciación de Nuestra Señora*, t. xiii, pág. 404.

Cap. xi.—De la humanidad de Cristo Nuestro Salvador: *Introducción al símbolo de la fe*, p. iv diál. iv, t. viii, págs. 229-234.

Cap. xii.—De la revelación de la virginidad y parto de Nuestra Señora a San José: *Adiciones al «Memorial de la vida cristiana» (Vida de Cristo)*, t. iv, págs. 289-293.

Cap. xiii.—Del nacimiento de Nuestro Señor: *Adiciones al «Memorial de la vida cristiana» (Vida de Cristo)*, t. iv, págs. 297-307; *Sermón de la fiesta del nacimiento de Nuestro Redentor*, t. xiii, págs. 475-476.

Cap. xiv.—Del misterio de la circuncisión y del glorioso nombre que fué impuesto al Salvador: *Adiciones el «Memorial de la vida cristiana» (Vida de Cristo)*, t. iv, págs. 309-317.

Cap xv.—De la purificación de Nuestra Señora y de la presentación del Niño Jesús en el templo: *Adiciones al «Memorial de la vida cristiana» (Vida de Cristo)*, t. iv, págs. 325-331.

Cap. xvi.—De la huída a Egipto y de la degollación de los Inocentes: *Adiciones al «Memorial de la vida cristiana» (Vida de Cristo)*, t. iv, págs. 335-339.

Cap. xvii.—De cómo se perdió el Niño Jesús de edad de doce años: *Memorial de la vida cristiana*, trat. vi, t. iii, págs. 426-428; *Adiciones al «Memorial de la vida cristiana» (Vida de Cristo)*, t. iv, págs. 339-343.

Cap. xviii.—Del bautismo del Señor, del ayuno y de la tentación: *Memorial de la vida cristiana*, trat. vi, t. iii, págs. 430-433.

Cap. xix.—De la doctrina y predicación del Salvador: *Adiciones al «Memorial de la vida cristiana» (Vida de Cristo)*, t. iv, págs. 354-357.

Cap xx.—De las virtudes, trabajos y ejemplos del Salvador: *Adiciones al «Memorial de la vida cristiana» (Vida de Cristo)*, t. iv, páginas 358-362.

Cap. xxi.—De la samaritana: *Memorial de la vida cristiana*, trat. vi, t. iii, pág. 440; *Adiciones al «Memorial de la vida cristiana» (Vida de Cristo)*, t. iv, págs. 362-365.

Cap. xxii.—De la conversión de la Magdalena: *Adiciones al «Memorial de la vida cristiana» (Vida de Cristo)*, t. iv, págs. 374 y 378-382.

Cap. xxiii.—De la transfiguración del Señor: *Memorial de la vida cristiana*, trat. vi, t. iii, págs. 446-448.

Cap. xxiv.—De la grandeza de los dolores de Cristo: *Memorial de la vida cristiana*, trat. vi, t. iii, págs. 452-456.

Cap. xxv.—De la entrada en Jerusalén con los ramos: *Memorial de la vida cristiana*, trat. vi, t. iii, págs. 457-461; *Adiciones al «Memorial de la vida cristiana» (Vida de Cristo)*, t. iv, págs. 387-389.

Cap. xxvi.—Del lavatorio de los pies: *Libro de la oración y meditación*, p. i, c. 3, t. ii, págs. 21-23; *Memorial de la vida cristiana*, trat. vi, t. iii, págs. 463-464.

Cap. xxvii.—De la última cena y de la institución de la sagrada Eucaristía: *Libro de oración y meditación*, p. i, c. 3, t. ii, págs. 26-33.

Cap. xxviii.—De la oración del huerto: *Libro de la oración y meditación*, p. i, c. 3, t. ii, págs. 35-39.

Cap. xxix.—De cómo fué preso el Salvador: *Libro de la oración y meditación*, p. i, c. 3, t. ii, págs. 39-41.

Cap. xxx.—De la presentación del Salvador ante los pontífices Anás y Caifás, de los trabajos que pasó la noche de su pasión y de la ne-

gación de San Pedro: *Libro de la oración y meditación*, p. I, c. 3, t. II, págs. 45-50.

CAP. XXXI.—De los azotes que el Señor recibió atado a la columna: *Libro de la oración y meditación*, p. I, c. 3, t. II, págs. 51-54.

CAP. XXXII.—De la coronación de espinas, del «Ecce homo» y de la comparación de Cristo con Barrabás: *Libro de la oración y meditación*, p. I, c. 3, t. II, págs. 56-61; *Memorial de la vida cristiana*, trat. VI, t. III, págs. 482-483.

CAP. XXXIII.—De cómo el Salvador llevó la cruz a cuestas y del encuentro con su Madre santísima: *Libro de la oración y meditación*, p. I, c. 3, t. II, págs. 62-64.; *Memorial de la vida cristiana*, trat. VI, t. III, págs. 483-484.

CAP. XXXIV.—De cómo fué crucificado el Salvador: *Memorial de la vida cristiana*, trat. VI, t. III, págs. 486-489.

CAP. XXXV.—De las siete palabras que el Señor habló en la cruz: *Adiciones al «Memorial de la vida cristiana» (Vida de Cristo)*, t. IV, págs. 432-443.

CAP. XXXVI.—María, corredentora y medianera, padece con Cristo: *Libro de la oración y meditación*, p. I, c. 3, t. II, págs. 77-79; *Discurso de la encarnación del Hijo de Dios*, t. XIV, págs. 188-189.

CAP. XXXVII.—Del descendimiento de la cruz y llanto de la Virgen: *Libro de la oración y meditación*, p. I, c. 3, t. II, págs. 79-84.

CAP. XXXVIII.—De la alegría del día de la resurrección y del descendimiento del Señor al limbo: *Libro de la oración y meditación*, p. I, c. 3, t. II, págs. 89-93.

CAP. XXXIX.—De la resurrección del cuerpo del Salvador y de cómo el Salvador apareció a la Virgen Nuestra Señora: *Libro de la oración y meditación*, p. I, c. 3, t. II, págs. 93-97.

CAP. XL.—De cómo el Salvador apareció a María Magdalena: *Adiciones al «Memorial de la vida cristiana» (Vida de Cristo)*, t. IV, páginas 475-486.

CAP. XLI.—De la subida de nuestro Salvador a los cielos: *Adiciones al «Memorial de la vida cristiana» (Vida de Cristo)*, t. IV, páginas 489-493.

CAP. XLII.—De la venida del Espíritu Santo: *Adiciones al «Memorial de la vida cristiana» (Vida de Cristo)*, t. IV, págs. 506-510.

CAP. XLIII.—De la santa Iglesia católica: *Guía de pecadores*, l. I, p, I, c. 5, t. I, págs. 53-54; *Compendio de la doctrina cristiana*, p. I, c. 12, t. XIII, págs. 76-78.

CAP. XLIV.—De la asunción de Nuestra Señora: *Adiciones al «Memorial de la vida cristiana» (Vida de Cristo)*, t. IV, págs. 510-514.

CAP. XLV.—De la coronación de Nuestra Señora: *Adiciones al «Memorial de la vida cristiana» (Vida de Cristo)*, t. IV, págs. 515-518.

LIBRO IV

DE LOS SACRAMENTOS DE LA SANTA MADRE IGLESIA

CAPÍTULO I.—De la virtud y efectos de los sacramentos en común y de la razón por que fueron instituídos: *Introducción al símbolo de la fe*, p. II, c. 7, t. VI, pág. 57; *Compendio de la doctrina cristiana*, p. III. c. 7, t. XIII, págs. 277-279.

CAP. II.—Del sacramento del Bautismo: *Adiciones al «Memorial de la vida cristiana»*, c. 22, consid. 5.ª, t. IV, págs. 161-162; *Tratado del modo de catequizar*, c. 7, t. IX, págs. 452-453; *Compendio de la doctrina cristiana*, p. III, c. 6, t. XIII, págs. 279-284.

CAP. III.—Del sacramento de la Confirmación: *Compendio de la doctrina cristiana*, p. III, c. 7, t. XIII, págs. 285-288.

CAP. IV.—Del sacramento de Penitencia y de sus partes: *Compendio de la doctrina cristiana*, p. III, c. 8, t. XIII, págs. 289-294.

CAP. V.—De la primera parte del sacramento de la Penitencia, que es la contrición, y de los medios por donde se alcanza: *Memorial de la vida cristiana*, trat. II, c. 1, t. III, págs. 45-50; *Compendio de la doctrina cristiana*, p. III, c. 9, t. XIII, págs. 297-298.

CAP. VI.—De los frutos y provechos que se siguen de la verdadera contrición: *Memorial de la vida cristiana*, trat. II, c. 6, t. III, págs. 75-79.

CAP. VII.—De la segunda parte del sacramento de la Penitencia, que es la confesión: *Memorial de la vida cristiana*, trat. II, p. II, cc. 1 y 2, y p. III, c. 5, t. III, págs. 79-89 y 121-126.

CAP. VIII.—De la tercera parte del sacramento de la Penitencia, que es la satisfacción: *Memorial de la vida cristiana*, trat. II, p. II, cc. 1 y 2, t. III, págs. 103-109.

CAP. IX.—De los caminos de la conversión del pecador: *Memorial de la vida cristiana*, trat. II, c. 7, t. III, págs. 75-79; *Adiciones al «Memorial de la vida cristiana» (Vida de Cristo)*, t. IV, págs. 376-378.

CAP. X.—Contra los que dilatan la mudanza de vida para adelante: *Guía de pecadores*, l. I, p. III, c. 24, t. I, págs. 250-261.

CAP. XI.—Contra los que dilatan la penitencia hasta la hora de la muerte. *Guía de pecadores*, l. I, p. III, c. 25, t. I, págs. 262-277.

CAP. XII.—Qué cosa sea Eucaristía: *Guía de pecadores*, l. I, p. I, c. 5, t. I, págs. 58-59; *Memorial de la vida cristiana*, p. IV, diál. VIII, t. III, página 127; *Introducción al símbolo de la fe*, p. IV, diál. VIII, t. VIII, páginas 288-289; *Compendio de la doctrina cristiana*, l. I, p. I, c. 5, t. XIII, págs. 313-314.

CAP. XIII.—De cómo se hallan en este divino sacramento todas las señales de verdadero y perfecto amor: *Memorial de la vida cristiana*, trat. VI, t. III, págs. 464-470.

CAP. XIV.—De los efectos de este divino sacramento: *Introducción al símbolo de la fe*, p. IV, diál. VIII, t. VIII, págs. 292-298.

CAP. XV.—De cómo las virtudes teologales crecen y se perfeccionan con la frecuencia de este sacramento: *Introducción al símbolo de la fe*, p. IV, diál. VIII, t. VIII, págs. 303-313.

CAP. XVI.—De la preparación que se requiere para la sagrada comunión: *Memorial de la vida cristiana*, trat. IV, cc. 1 y 3, t. III, págs. 127-146; *Compendio de la doctrina cristiana*, p. III, c. 13, t. XIII, pág. 320.

CAP. XVII.—De lo que se ha de hacer antes y después de la comunión: *Memorial de la vida cristiana*, trat. III, c. 7, t. III, págs. 150-157.

CAP. XVIII.—Responde a algunas objeciones de los negligentes: *Memorial de la vida cristiana*, trat. III, c. 8, t. III, págs. 162-167.

CAP. XIX.—En el cual se declara el misterio de la misa: *Compendio de la doctrina cristiana*, p. III, c. 17, t. XIII, págs. 343-346.

CAP. XX.—De la manera de oír y celebrar misa: *Compendio de la doctrina cristiana*, p. III, c. 18, t. XIII, págs. 351-354.

CAP. XXI.—Del sacramento de la Extremaunción: *Compendio de la doctrina cristiana*, p. III, c. 16, t. XIII, págs. 338-342.

CAP. XXII.—Del sacramento del Orden sacerdotal: *Compendio de la doctrina cristiana*, p. III, c. 14, t. XIII, págs. 327-332.

CAP. XXIII.—Del sacramento del Matrimonio: *Compendio de la doctrina cristiana*, p. III, c. 15, t. XIII, págs. 333-337.

LIBRO V

DE LAS POSTRIMERÍAS DEL HOMBRE

CAPÍTULO I.—De cuán provechosa sea la consideración de la muerte: *Guía de pecadores*, l. I, p. I, c. 7, t. I, págs. 65-66; *Libro de la oración y meditación*, p. I, c. 3, t. II, págs. 141-145.

CAP. II.—De cómo es incierta la hora de la muerte y de la pena que da el apartamiento de las cosas: *Guía de pecadores*, l. I, p. I, c. 7, t. I, págs. 67-68; *Libro de la oración y meditación*, p. I, c. 3, t. II, págs 138-146; *Manual de oraciones*, II estado, consid. 3.ª, t. XI, págs. 188-189.

CAP. III.—Del horror de la sepultura: *Libro de la oración y meditación*, p. I, c. 3, t. II, págs. 140-147.

CAP. IV.—De cómo se conocen aquí los yerros y ceguedad de la vida: *Guía de pecadores*, l. I, p. I, c. 7, t. I, págs. 68-70; *Libro de la oración y meditación*, p. I, c. 3, t. II, págs. 150-153.

CAP. V.—De la agonía de la muerte: *Libro de la oración y meditación*, p. I, c. 3, t. II, págs 153-155.

CAP. VI.—De la fealdad del cuerpo muerto, del enterramiento y de la sepultura: *Libro de la oración y meditación*, p. I, c. 3, t. II, págs. 155-158.

CAP. VII.—De la muerte de los justos: *Guía de pecadores*, l. I, p. III, c. 23, t. I, págs. 236-238.

CAP. VIII.—Del juicio particular: *Guía de pecadores*, l. I, p. I, c. 7, t. I, págs. 70-74; *Libro de oración y meditación*, p. I, c. 3, t. II, páginas 158-159; *Compendio de la doctrina cristiana*, p. I, c. 5, t. XIII, páginas 38-39.

CAP. IX.—Del juicio universal y de las señales que le han de preceder: *Libro de la oración y meditación*, p. I, c. 3, t. II, págs, 166-170; *Compendio de la doctrina cristiana*, p. I, c. 10, t. XIII, págs. 60-61.

CAP. X.—De la venida del Juez, de la materia del juicio y de los testigos y acusadores: *Guía de pecadores*, l. I, p. I, c. 8, t. I, págs. 76-79; *Libro de la oración y meditación*, p. I, c. 3, t. II, págs. 173-179.

CAP. XI.—De cuán provechosa sea la consideración de las penas del infierno: *Libro de la oración y meditación*, p. I, c. 3, t. II, págs. 172-73 y 179-187.

CAP. XII.—Del tormento de los sentidos y potencias interiores y de la pena que llaman de daño: *Libro de la oración y meditación*, p. I, c. 3, t. II, págs. 187-191.

CAP. XIII. De algunas consideraciones por donde se puede entender algo de la grandeza de esta pena: *Guía de pecadores*, l. I, p. I, c. 10, t. I, págs. 95-104.

CAP. XIV.—De la eternidad de las penas del infierno: *Guía de pecadores*, l. I, p. I, c. 10, t. I, pág. 105; *Libro de la oración y meditación*, p. I, c. 3, t. II, págs. 191-195; *Memorial de la vida cristiana*, trat. I, c. 1, t. III, págs. 18-22.

CAP. XV.—De la hermosura y magnificencia de la patria celestial: *Guía de pecadores,* l, I, p. I, c. 9, t. I, págs. 83-89; *Libro de la oración y meditación,* p. I, c. 3, t. II, págs. 200-203; *Doctrina espiritual,* trat. I, c. 2, t. XIV, págs. 23-24.

CAP. XVI.—Del gozo que el alma recibirá con la compañía de los santos, de la Santísima Virgen y de la humanidad de Jesús: *Libro de la oración y meditación,* p. I, c. 3, t. II, págs. 203-206; *Memorial de la vida cristiana,* trat. I, c. 2, t. III, págs. 30-31.

CAP. XVII.—Del gozo que el alma recibirá con la visión clara de Dios: *Guía de pecadores,* l. I, p. I, c. 9, t. I, págs. 90-91; *Libro de la oración y meditación,* p. I, c. 3, t. II, págs. 207-208; *Introducción al símbolo de la fe,* p. I, c. 22, t. V, págs. 207-208; *Sermones (En la fiesta de Todos los Santos),* t. XIII, págs. 460-462..

CAP. XVIII.--Del gozo que el alma recibirá con la gloria del cuerpo: *Libro de la oración y meditación,* p. I, c. 3, t. II, págs. 172 y 208-209; *Introducción al símbolo de la fe,* p. I, c. 38, t. V, págs. 317-320; *Doctrina espiritual,* trat. I, c. 2, t. XIV, pág. 25.

CAP. XIX.—Bienaventuranza eterna: *Libro de la oración y meditación,* p. I, c. 3, t. II, págs. 209-210; *Memorial de la vida cristiana,* trat, I, c. 2, t. III, págs. 31-32.

CONCLUSIÓN.—*Introducción al símbolo de la fe (Al cristiano lector),* t. V, págs. 17-18.

INDICE DE NOMBRES

INDICE DE MATERIAS

ACABÓSE DE REIMPRIMIR ESTE VOLUMEN
DE «OBRA SELECTA», DE FRAY LUIS
DE GRANADA, EL DÍA 25 DE ABRIL
DE 1952, FESTIVIDAD DE SAN MAR-
COS EVANGELISTA, EN LOS
TALLERES DE LA EDI-
TORIAL CATÓLI-
CA, S. A., AL-
FONSO XI, 4
MADRID

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI

Biblioteca de Autores Cristianos

VOLUMENES PUBLICADOS

1 SAGRADA BIBLIA, de Nácar-Colunga, 4.ª ed., corregida en el texto y copiosamente aumentada en las notas. Prólogo del Excmo. y Rvmo. Sr. D. Gaetano Cicognani, Nuncio de Su Santidad en España. 1951. LXXXIV + 1700 páginas en papel biblia, con profusión de grabados y 8 mapas.

2 SUMA POETICA, por José María Pemán y M. Herrero García. 2.ª ed. 1950. XVI + 824 págs.

3 OBRAS COMPLETAS CASTELLANAS DE FRAY LUIS DE LEON. Edición revisada y anotada por el P. Fr. Félix García, O. S. A. 2.ª ed. 1951. XII + 1800 págs. en papel biblia.

4 SAN FRANCISCO DE ASIS: *Escritos completos*, las *Biografías* de sus contemporáneos y las *Florecillas*. Edición preparada por los PP. Fr. Juan R. de Legísima y Fr. Lino Gómez Canedo, O. F. M. 2.ª ed. 1949. XL + 888 págs., con profusión de grabados.

5 HISTORIAS DE LA CONTRARREFORMA, por el P. Ribadeneyra, S. I. *Vida de los PP. Ignacio de Loyola, Diego Laínez, Alfonso Salmerón y Francisco de Borja. Historia del Cisma de Inglaterra. Exhortación a los capitanes y soldados de la «Invencible»*. Introducciones y notas del P. Eusebio Rey, S. I. 1945. CXXVI + 1356 págs., con grabados.

6 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo I: *Introducción. Breviloquio. Itinerario de la mente a Dios. Reducción de las ciencias a la Teología. Cristo, maestro único de todos. Excelencia del magisterio de Cristo*. Edición en latín y castellano, dirigida, anotada y con introducciones por los PP. Fr. León Amorós, Fr. Bernardo Aperribay y Fr. Miguel Oromí, O. F. M. 1945. XL + 756 págs.—Publicados los tomos II (9), III (19), IV (28), V (36) y VI (49).

7 CODIGO DE DERECHO CANONICO Y LEGISLACION COMPLEMENTARIA, por los Dres. D. Lorenzo Miguélez, Fr. Sabino Alonso Morán, O. P., y P. Marcelino Cabreros de Anta, C. M. F., profesores de la Universidad Pontificia de Salamanca. Prólogo del Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. Fr. José López Ortiz, Obispo de Túy. 4.ª ed. 1951. XLVIII + 1076 págs.

8 TRATADO DE LA VIRGEN SANTISIMA, de Alastruey. Prólogo del Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Antonio García y García, Arzobispo de Valladolid. 2.ª ed. 1947. XXXVI + 992 págs., con grabados de la *Vida de la Virgen*, de Durero.—(Agotada. En prensa la 3.ª ed.)

9 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo II: *Jesucristo en su ciencia divina y humana. Jesucristo, árbol de la vida. Jesucristo en sus misterios:* 1) *En su infancia.* 2) *En la Eucaristía.* 3) *En su Pasión.* Edición en latín y castellano, dirigida, anotada y con introducciones por los PP. Fr. León Amorós, Fr. Bernardo Aperribay y Fr. Miguel Oromí, O. F. M. 1946. XVI + 848 págs.—Publicados los tomos III (19), IV (28), V (36) y VI (49).

10 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo I: *Introducción general y bibliografía. Vida de San Agustín*, por Posidio. *Soliloquios. Sobre el orden. Sobre la vida feliz.* Edición en latín y castellano, preparada por el P. Fr. Victorino Capánaga, O. R. S. A. 2.ª ed. 1950. XII + 828 págs., con grabados.—Publicados los tomos II (11), III (21), IV (30), V (39), VI (50), VII (53), VIII (69) y IX (79).

11 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo II: *Confesiones* (en latín y castellano). Edición crítica y anotada por el P. Fr. Angel Custodio Vega, O. S. A. 2.ª ed. 1951. VIII + 740 págs., con grabados.—Publicados los tomos III (21), IV (30), V (39), VI (50), VII (53), VIII (69) y IX (79).

12-13 OBRAS COMPLETAS DE DONOSO CORTES (dos volúmenes). Recopiladas y anotadas por el Dr. D. Juan Jureischke, profesor de la

Facultad de Filosofía de Madrid. 1946. Tomo I: XVI + 956 págs. Tomo II: VIII + 870 págs.

14 BIBLIA VULGATA LATINA. Edición preparada por el P. Fr. ALBERTO COLUNGA, O. P., y D. LORENZO TURRADO, profesores de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia de Salamanca. 1951. Reimpresión. XXIV + 1592 + 122 páginas en papel biblia, con profusión de grabados y 4 mapas.

15 VIDA Y OBRAS COMPLETAS DE SAN JUAN DE LA CRUZ. *Biografía*, por el P. CRISÓGONO DE JESÚS, O. C. D. *Subida del Monte Carmelo. Noche oscura. Cántico espiritual. Llama de amor viva. Escritos breves y poesías.* Prólogo general, introducciones, revisión del texto y notas por el P. LUCINIO DEL SS. SACRAMENTO, O. C. D. 2.ª ed. 1950. XL + 1436 págs., con grabados.

16 TEOLOGIA DE SAN PABLO, del P. JOSÉ MARÍA BOVER, S. I. 1952. Reimpresión. XVI + 980 págs.

17-18 TEATRO TEOLOGICO ESPAÑOL. Selección, introducciones y notas de NICOLÁS GONZÁLEZ RUIZ. Tomo I: *Autos sacramentales*. 1946. VIII + 924 págs. Tomo II: *Comedias teológicas, bíblicas y de vidas de santos*. 1946. XLVIII + 924 págs.

19 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo III: *Colaciones sobre el Hexaémeron. Del reino de Dios descrito en las parábolas del Evangelio. Tratado de la plantación del paraíso.* Edición en latín y castellano, dirigida, anotada y con introducciones por los PP. Fr. LEÓN AMORÓS, Fr. BERNARDO APERRIBAY y Fr. MIGUEL OROMÍ, O. F. M. 1947. XII + 800 págs.—Publicados los tomos IV (28), V (36) y VI (49).

20 OBRA SELECTA DE FRAY LUIS DE GRANADA: *Una suma de la vida cristiana.* Los textos capitales del P. Granada seleccionados por el orden mismo de la *Suma Teológica* de Santo Tomás de Aquino, por el P. Fr. ANTONIO TRANCHO, O. P., con una extensa introducción del P. Fr. DESIDERIO DÍAZ DE TRIANA, O. P. Prólogo del Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. Fr. FRANCISCO BARBADO VIEJO, Obispo de Salamanca. 1952. Reimpresión. LXXXVIII + 1164 págs.

21 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo III: *Contra los académicos. Del libre albedrío. De la cuantidad del alma. Del maestro. Del alma y su origen. De la naturaleza del bien: contra los maniqueos.* Texto en latín y castellano. Versión, introducciones y notas de los PP. Fr. VICTORINO CAPÁNAGA, O. R. S. A.; Fr. EVARISTO SEIJAS, Fr. EUSEBIO CUEVAS, Fr. MANUEL MARTÍNEZ y Fr. MATEO LANSEROS, O. S. A. 1951. Reimpresión. XVI + 1056 págs.—Publicados los tomos IV (30), V (39), VI (50), VII (53), VIII (69) y IX (79).

22 SANTO DOMINGO DE GUZMAN. *Orígenes de la Orden de Predicadores. Proceso de canonización. Biografías del Santo. Relación de la Beata Cecilia. Vidas de los Frailes Predicadores. Obra literaria de Santo Domingo.* Introducción general por el P. Fr. JOSÉ MARÍA GARGANTA, O. P. Esquema biográfico, introducciones, versión y notas de los PP. Fr. MIGUEL GELABERT y Fr. JOSÉ MARÍA MILAGRO, O. P. 1947. LVI + 956 págs., con profusión de grabados.

23 OBRAS DE SAN BERNARDO. Selección, versión, introducciones y notas del P. GERMÁN PRADO, O. S. B. 1947. XXIV + 1516 págs., con grabados. (Agotada. Se prepara la 2.ª ed.)

24 OBRAS DE SAN IGNACIO DE LOYOLA. Tomo I: *Autobiografía y Diario espiritual.* Introducciones y notas del P. VICTORIANO LARRAÑAGA, S. I. 1947. XII + 884 págs.

25-26 SAGRADA BIBLIA, de BOVER-CANTERA. Versión crítica sobre los textos hebreo y griego. 2.ª edición, notablemente mejorada, en un solo volumen. 1951. XVI + 2064 págs. en papel biblia, con profusión de grabados y 8 mapas.

27 LA ASUNCION DE MARIA. Tratado teológico y antología de textos, por el P. JOSÉ MARÍA BOVER, S. I. 2.ª ed., con los principales documentos pontificios de la definición del dogma. 1951. XVI + 488 págs.

28 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo IV: *Las tres vías o incendio de amor. Soliloquio. Gobierno del alma. Discursos ascético-místicos. Vida perfecta para religiosas. Las seis alas del serafín. Veinticinco memoriales de perfección. Discursos mariológicos.* Edición, en latín y castellano, preparada por

los PP. Fr. BERNARDO APERRIBAY, Fr. MIGUEL OROMÍ y Fr. MIGUEL OLTRA, O. F. M. 1947. VIII + 976 págs.—Publicados los tomos V (36) y VI (49).

29 SUMA TEOLOGICA de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Tomo I: *Introducción general* por el P. SANTIAGO RAMÍREZ, O. P., y *Tratado de Dios Uno*. Texto en latín y castellano. Traducción del P. Fr. RAIMUNDO SUÁREZ, O. P., con introducciones, anotaciones y apéndices del P. Fr. FRANCISCO MUÑIZ, O. P. 1947. XVI + 1296 págs., con grabados.—Publicados los tomos II (41) y III (56).

30 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo IV: *De la verdadera religión. De los costumbres de la Iglesia católica. Enquiridión. De la unidad de la Iglesia. De la fe en lo que no se ve. De la utilidad de creer.* Versión, introducciones y notas de los PP. Fr. VICTORINO CAPÁNAGA, O. R. S. A.; Fr. TEÓFILO PRIETO, Fr. ANDRÉS CENTENO, Fr. SANTOS SANTAMARTA y Fr. HERMINIO RODRÍGUEZ, O. S. A. 1948. XVI + 900 págs.—Publicados los tomos V (39), VI (50), VII (53), VIII (69) y IX (79).

31 OBRAS LITERARIAS DE RAMON LLULL: *Libro de Caballería. Libro de Evast y Blanquerna. Félix de las Maravillas. Poesías* (en catalán y castellano). Edición preparada y anotada por los PP. MIGUEL BATLLORI, S. I., y MIGUEL CALDENTEY, T. O. R., con una introducción biográfica de D. SALVADOR GALMÉS y otra al *Blanquerna* del P. RAFAEL GINARD BAUÇÁ, T. O. R. 1948. XX + 1148 págs., con grabados.

32 VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, por el P. ANDRÉS FERNÁNDEZ, S. I. 1948. LVI + 612 págs., con profusión de grabados y 8 mapas.

33 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo I: *Biografía* y *Epistolario* Prólogo del Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. JUAN PERELLÓ, Obispo de Vich. 1948. XLIV + 900 págs. en papel biblia, con grabados.—Publicados los tomos II (37), III (42), IV (48), V (51), VI (52), VII (57) y VIII (66).

34 LOS GRANDES TEMAS DEL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA. Tomo I: *Nacimiento e infancia de Cristo*, por el Prof. FRANCISCO JAVIER SÁNCHEZ CANTÓN. 1948. VIII + 192 págs., con 304 láminas.—Publicados los tomos II (64) y III (47).

35 MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO, del P. FRANCISCO SUÁREZ, S. I. Volumen 1.°: *Misterios de la Virgen Santísima. Misterios de la infancia y vida pública de Jesucristo.* Versión castellana por el P. GALDOS, S. I. 1948. XXXVI + 916 págs.—Publicado el volumen 2.° (55).

36 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo V: *Cuestiones disputadas sobre el misterio de la Santísima Trinidad. Colaciones sobre los siete dones del Espíritu Santo. Colaciones sobre los diez mandamientos.* Edición en latín y castellano, preparada y anotada por los PP. Fr. BERNARDO APERRIBAY, Fr. MIGUEL OROMÍ y Fr. MIGUEL OLTRA, O. F. M. 1948. VIII + 756 págs.—Publicado el tomo VI (49).

37 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo II: *Filosofía fundamental.* 1948. XXXII + 828 págs. en papel biblia.—Publicados los tomos III (42), IV (48), V (51), VI (52), VII (57) y VIII (66).

38 MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo I: FRAY ALONSO DE MADRID: *Arte para servir a Dios y Espejo de ilustres personas;* FRAY FRANCISCO DE OSUNA: *Ley de amor santo.* Introducciones del P. Fr. JUAN BAUTISTA GOMIS, O. F. M. 1948. XII + 704 págs. en papel biblia.—Publicados los tomos II (44) y III (46).

39 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo V: *Tratado de la Santísima Trinidad.* Edición en latín y castellano. Primera versión española, con introducción y notas del P. Fr. LUIS ARIAS, O. S. A. 1948. XVI + 944 págs., con grabados. Publicados los tomos VI (50), VII (53), VIII (69) y IX (79).

40 NUEVO TESTAMENTO, de NÁCAR-COLUNGA. Versión directa del texto original griego. (Separata de la Nácar-Colunga.) 1948. VIII + 452 págs. en papel biblia, con profusión de grabados y 8 mapas.

41 SUMA TEOLOGICA de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Tomo II: *Tratado de la Santísima Trinidad,* en latín y castellano; versión del P. Fr. RAIMUNDO

SUÁREZ, O. P., e introducciones del P. Fr. MANUEL CUERVO, O. P. *Tratado de la creación en general*, en latín y castellano; versión e introducciones del Padre Fr. JESÚS VALBUENA, O. P. 1948. XX + 888 págs., con grabados.—Publicado el tomo III (56).

42 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo III: *Filosofía elemental* y *El Criterio*. 1948. XX + 756 págs. en papel biblia.—Publicados los tomos IV (48), V (51), VI (52), VII (57) y VIII (66).

43 NUEVO TESTAMENTO. Versión directa del griego con notas exegéticas, por el P. JOSÉ MARÍA BOVER, S. I. (Separata de la Bover-Cantera.) 1948. VIII + 624 págs. en papel biblia, con 8 mapas

44 MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo II: FRAY BERNARDINO DE LAREDO: *Subida del monte Sión;* FRAY ANTONIO DE GUEVARA: *Oratorio de religiosos y ejercicio de virtuosos;* FRAY MIGUEL DE MEDINA: *Infancia espiritual;* BEATO NICOLÁS FACTOR: *Doctrina de las tres vías*. Introducciones del P. Fr. JUAN BAUTISTA GOMIS, O. F. M. 1948. XVI + 840 páginas en papel biblia.—Publicado el tomo III y último (46).

45 LAS VIRGENES CRISTIANAS DE LA IGLESIA PRIMITIVA, por el P. FRANCISCO DE B. VIZMANOS, S. I. Estudio histórico-ideológico seguido de una antología de tratados patrísticos sobre la virginidad. 1949. XXIV + 1308 páginas en papel biblia.

46 MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo III y último: FRAY DIEGO DE ESTELLA: *Meditaciones del amor de Dios;* FRAY JUAN DE PINEDA: *Declaración del «Pater noster»;* FRAY JUAN DE LOS ANGELES: *Manual de vida perfecta* y *Esclavitud mariana;* FRAY MELCHOR DE CETINA: *Exhortación a la verdadera devoción de la Virgen;* FRAY JUAN BAUTISTA DE MADRIGAL: *Homiliario evangélico*. Introducciones del P. Fr. JUAN BAUTISTA GOMIS, O. F. M. 1949. XII + 872 págs. en papel biblia.

47 LOS GRANDES TEMAS DEL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA. Tomo III: *La Pasión de Cristo*, por JOSÉ CAMÓN AZNAR. 1949. VIII + 108 páginas, con 303 láminas.

48 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo IV: *El protestantismo comparado con el catolicismo*. 1949. XVI + 772 páginas en papel biblia.—Publicados los tomos V (51), VI (52), VII (57) y VIII (66).

49 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo VI y último: *Cuestiones disputadas sobre la perfección evangélica. Apología de los pobres*. Edición en latín y castellano, preparada y anotada por los PP. Fr. BERNARDO APERRIBAY, Fr. MIGUEL OROMÍ y Fr. MIGUEL OLTRA, O. F. M. 1949. VIII + 48* + 784 págs.

50 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo VI: *Del espíritu y de la letra. De la naturaleza y de la gracia. De la gracia de Jesucristo y del pecado original. De la gracia y del libre albedrío. De la corrección y de la gracia. De la predestinación de los santos. Del don de perseverancia*. Edición en latín y castellano, preparada y anotada por los PP. Fr. VICTORINO CAPÁNAGA, O. R. S. A.; Fr. ANDRÉS CENTENO, Fr. GERARDO ENRIQUE DE VEGA, Fr. EMILIANO LÓPEZ y Fr. TORIBIO DE CASTRO, O. S. A. 1949. XII + 948 págs.—Publicados los tomos VII (53), VIII (69) y IX (79).

51 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo V: *Estudios apologéticos. Cartas a un escéptico. Estudios sociales. Del clero católico. De Cataluña*. 1949 XXXII + 1004 págs. en papel biblia.—Publicados los tomos VI (52), VII (57) y VIII (66).

52 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo VI: ESCRITOS POLÍTICOS: *Triunfo de Espartero. Caída de Espartero. Campaña de gobierno. Ministerio Narváez. Campaña parlamentaria de la minoría balmista*. 1950. XXXII + 1068 págs. en papel biblia.—Publicados los tomos VII (57) y VIII (66).

53 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo VII: *Sermones*. Edición en latín y castellano, preparada por el P. AMADOR DEL FUEYO, O. S. A. 1950. XX + 952 páginas.—Publicados los tomos VIII (69) y IX (79).

54 HISTORIA DE LA IGLESIA CATOLICA. Tomo I: *Edad Antigua (1-681): La Iglesia en el mundo grecorromano*, por el P. BERNARDINO LLORCA, S. I. 1950. XXXII + 968 págs., con grabados.—Publicado el tomo IV (76).

55 MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO, del P. FRANCISCO SUÁREZ, S. I. Volumen 2.° y último: *Pasión, resurrección y segunda venida de Jesucristo.* Versión castellana por el P. GALDOS, S. I. 1950. XXIV + 1216 págs.

56 SUMA TEOLOGICA de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Tomo III: *Tratado de los Angeles.* Texto en latín y castellano. Versión del P. Fr. RAIMUNDO SUÁREZ, O. P., e introducciones del P. Fr. AURELIANO MARTÍNEZ, O. P. *Tratado de la creación del mundo corpóreo.* Versión e introducciones del P. Fr. ALBERTO COLUNGA, O. P. 1950. XVI + 948 págs., con grabados.

57 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo VII: ESCRITOS POLÍTICOS: *El matrimonio real: Campaña doctrinal. Campaña nacional. Campaña internacional. Desenlace. Ultimos escritos políticos.* 1950. XXXII + 1068 páginas en papel biblia.—Publicado el tomo VIII (66).

58 OBRAS COMPLETAS DE AURELIO PRUDENCIO. Edición en latín y castellano, dirigida, anotada y con introducciones por el P. Fr. ISIDORO RODRÍGUEZ, O. F. M., y D. JOSÉ GUILLÉN, catedráticos en la Pontificia Universidad de Salamanca. 1950. VIII + 84* + 800 págs.

59 COMENTARIOS A LOS CUATRO EVANGELIOS, por el P. JUAN DE MALDONADO, S. I. Tomo I: *Evangelio de San Mateo.* Versión castellana, introducción y notas del P. LUIS MARÍA JIMÉNEZ FONT, S. I. Introducción biobibliográfica del P. JOSÉ CABALLERO, S. I. 1950. XVI + 1160 págs. en papel biblia.—Publicado el tomo II (72).

60 CURSUS PHILOSOPHICUS, por una comisión de profesores de las Facultades de Filosofía en España de la Compañía de Jesús. Tomo V: *Theologia Naturalis,* por el P. JOSÉ HELLÍN, S. I. 1950. XVI + 928 págs.

61 SACRAE THEOLOGIAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Teología en España de la Compañía de Jesús. Tomo I: *Introductio in Theologiam. De revelatione christiana. De Ecclesia Christi. De sacra Scriptura,* por los PP. MIGUEL NICOLÁU y JOAQUÍN SALAVERRI, S. I. 1950. XXIV + 1096 págs.—Publicados los tomos III (62) y IV (73).

62 SACRAE THEOLOGIAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Teología en España de la Compañía de Jesús. Tomo III: *De Verbo incarnato. Mariologia. De gratia Christi. De virtutibus infusis,* por los PP. JESÚS SOLANO, JOSÉ A. DE ALDAMA y SEVERINO GONZÁLEZ, S. I. 1950. XX + 784 páginas—Publicado el tomo IV (73).

63 SAN VICENTE DE PAUL: BIOGRAFIA Y ESCRITOS. Edición preparada por los PP. JOSÉ HERRERA y VEREMUNDO PARDO, C. M. 1950. XII + 912 páginas en papel biblia, con profusión de grabados.

64 LOS GRANDES TEMAS DEL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA. Tomo II: *Cristo en el Evangelio,* por el Prof. FRANCISCO J. SÁNCHEZ CANTÓN. 1950. VIII + 124 págs., con 255 láminas.—Publicado el tomo III (47).

65 PADRES APOSTOLICOS: *La Didaché o Doctrina de los doce apóstoles. Cartas de San Clemente Romano. Cartas de San Ignacio Mártir. Carta y martirio de San Policarpo. Carta de Bernabé. Los fragmentos de Papías. El Pastor de Hermas.* Edición bilingüe, preparada y anotada por D. DANIEL RUIZ BUENO, catedrático de lengua griega y profesor a. de la Universidad de Salamanca. 1950. VIII + 1136 págs. en papel biblia.

66 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo VIII y último: *Biografías. Miscelánea. Primeros escritos. Poesías. Indices.* 1950. XVI + 1020 páginas en papel biblia.

67 ETIMOLOGIAS, de SAN ISIDORO DE SEVILLA. Versión castellana total, por vez primera, e introducciones parciales de D. LUIS CORTÉS, párroco de San Isidoro de Sevilla. Introducción general e índices científicos del Prof. SANTIAGO MONTERO DÍAZ, catedrático de la Universidad de Madrid. 1951. XX + 88* + 568 págs.

68 EL SACRIFICIO DE LA MISA. Tratado histórico-litúrgico. Versión española de la obra alemana en dos volúmenes *Missarum sollemnia,* del P. JUNGMANN, S. I. 1951. XXVIII + 1268 págs.

69 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo VIII: *Cartas.* Edición en latín y castellano, preparada por el P. LOPE CILLERUELO, O. S. A. 1951. VIII + 936 páginas.—Publicado el tomo IX (79).

70 COMENTARIO AL SERMON DE LA CENA, por el P. JOSÉ M. BOVER, S. I. 1951. VIII + 336 págs.

71 TRATADO DE LA SANTISIMA EUCARISTIA, por el Dr. D. GREGORIO ALASTRUEY. 1951. XL + 432 págs. con grabados.

72 COMENTARIOS A LOS CUATRO EVANGELIOS, por el P. JUAN DE MALDONADO, S. I. Tomo II : *Evangelios de San Marcos y San Lucas.* Versión castellana, introducción y notas del P. JOSÉ CABALLERO, S. I. 1951. XVI + 888 páginas en papel biblia.

73 SACRAE THEOLOGIAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Teología en España de la Compañía de Jesús. Tomo IV : *De sacramentis, De novissimis,* por los PP. JOSÉ A. DE ALDAMA, FRANCISCO DE P. SOLÁ, SEVERINO GONZÁLEZ y JOSÉ F. SAGÜÉS, S. I. 1951. XXIV + 888 págs.

74 OBRAS COMPLETAS DE SANTA TERESA DE JESUS. Nueva revisión del texto original con notas críticas. Tomo I : *Bibliografía teresiana,* por el P. OTILIO DEL NIÑO JESÚS, O. C. D. *Biografía de Santa Teresa,* por el P. EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, O. C. D. *Libro de la Vida,* escrito por la SANTA. Edición revisada y preparada por los PP. EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS y OTILIO DEL NIÑO JESÚS. 1951. XII + 912 págs. en papel biblia.

75 ACTAS DE LOS MARTIRES. Edición bilingüe, preparada y anotada por D. DANIEL RUIZ BUENO, catedrático de lengua griega y profesor a. de la Universidad de Salamanca. 1951. VIII + 1192 págs. en papel biblia.

76 HISTORIA DE LA IGLESIA CATOLICA. Tomo IV : *La Iglesia en su lucha y relación con el laicismo,* por el P. FRANCISCO JAVIER MONTALBÁN, S. I. Revisada y completada por los PP. BERNARDINO LLORCA y RICARDO GARCÍA VILLOSLADA, S. I. 1951. XII + 960 págs.

77 SUMMA THEOLOGICA SANCTI THOMAE AQUINATIS, cura fratrum eiusdem Ordinis, in quinque volumina divisa. Vol. I : *Prima pars.* 1951. XXIV + 860 págs.—Publicado el tomo II (80).

78 OBRAS ASCETICAS DE SAN ALFONSO MARIA DE LIGORIO. Tomo I : *Obras dedicadas al pueblo en general.* Edición crítica. Introducción, versión del italiano, notas e índices del P. ANDRÉS GOY, C. SS. R. 1952. XVI + 1040 págs. en papel biblia.

79 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo IX : *Los dos libros sobre diversas cuestiones a Simpliciano. De los méritos y del perdón de los pecados. Contra las dos epístolas de los pelagianos. Actas del proceso contra Pelagio.* Edición en latín y castellano, preparada y anotada por los PP. Fr. VICTORINO CAPÁNAGA y Fr. GREGORIO ERCE, O. R. S. A. 1952. XX + 788 págs.

80 SUMMA THEOLOGICA S. THOMAE AQUINATIS, cura fratrum eiusdem Ordinis, in quinque volumina divisa. Vol. II : *Prima secundae.* 1952. XX + 856 págs.—Publicado el tomo III (81).

81 SUMMA THEOLOGICA S. THOMAE AQUINATIS, cura fratrum eiusdem Ordinis. Vol. III : *Secunda secundae.* 1952. XXVIII + 1240 págs.

82 OBRAS COMPLETAS DE SAN ANSELMO. Tomo I : *Monologio. Proslogio. Acerca del gramático. De la verdad. Del libre albedrío. De la caída del demonio. Carta sobre la encarnación del Verbo. Por qué Dios se hizo hombre.* Introducción general, versión castellana y notas teológicas, por el P. JULIÁN ALAMEDA, O. S. B. 1952. XVI + 904 págs.

DE PROXIMA APARICION

TRATADO DE LA VIRGEN SANTISIMA. 3.ª edición.
LA EVOLUCION HOMOGENEA DEL DOGMA, del P. MARÍN SOLA, O. P.
OBRAS COMPLETAS DE SAN IGNACIO DE LOYOLA. En un solo volumen. Edición preparada por el Instituto Histórico de la Compañía de Jesús, de Roma.
EL CUERPO MISTICO DE CRISTO, por el P. EMILIO SAURAS, O. P.
OBRAS COMPLETAS DEL BEATO JUAN DE AVILA. Edición crítica, preparada por D. LUIS SALA BALUST.
OBRAS DEL P. ARINTERO, O. P.
SUMMA THEOLOGICA S. THOMAE AQUINATIS. Vol. IV: *Tertia pars.* Vol. V: *Supplementum. Indices.*
LA EUCARISTIA EN LA SAGRADA ESCRITURA Y EN LOS SANTOS PADRES, por el P. JESÚS SOLANO, S. I.
SUMMA CONTRA GENTES, de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Edición bilingüe.
SACRAE THEOLOGIAE SUMMA. Vol. II.
PHILOSOPHIAE SCHOLASTICAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Filosofía en España de la Compañía de Jesús. Tomo I: *Theodicea. Ethica.*
SANTO TOMAS DE VILLANUEVA. *Sermones.* Primera versión al castellano.

EN PREPARACION

HISTORIA DE LA IGLESIA. Tomos II y III.
NUEVO TESTAMENTO TRILINGÜE, greco-latino-castellano.
OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo X.
OBRAS COMPLETAS DE SAN ANSELMO. Tomo II.

Al hacer su pedido haga siempre referencia al número que la obra solicitada tiene, según este catálogo, en la serie de la Biblioteca de Autores Cristianos

Dirija sus pedidos a LA EDITORIAL CATOLICA, S. A. Departamento de Extranjero. Alfonso XI, 4, Madrid (España)


Princeton Theological Seminary Libraries
1 1012 01195 7711
DATE DUE
GAYLORD
PRINTED IN U.S.A.




SICUT CERVUS AD FONTES
B.A.C.



